Digitized by Google

4502.

TEATRO DE LA GUERRA.

TEATRO DE LA GUERRA:

CABRERA,

LOS MONTEMOLINISTAS Y REPUBLICANOS

EN CATALUÑA.

CRONICA DE NUESTROS DIAS.

REDACTADA

por un testigo ocular de los acontecimientos.

ATENEU BARCELONÈS
B

MADRID,
IMPRENTA DE D. B. GONZALEZ, CALLE DE HORTALEZA, 89.
1849.

Digitized by Google

PRÓLOGO.

ESTA hoy sus violencias el corazon de la antigua Cataluña. Todavía corre por las venas de sus hijos sangre caliente y abundante. Sobre los restos de una guerra grande y desoladora, y fenecidas apenas las últimas convulsiones, se eleva ufana y se engrandece de improviso, y hoy como hace diez años, el ruido de los campamentos, el fragor de los combates, los gritos de victoria, los lamentos de la derrota y las voces que apellidan á los hombres á un principio, se extinguen en eco confuso entre las gargantas del Principado, ó se pierden en el mar que baña sus costas, entre el silbido de las olas que hayan herido por la afilada punta de los peñascos. Cosa verdaderamente sorpresa y aun asombro, el ver que en Cataluña, pueblo eminentemente fabril y comerciante se desarrollen tan de pronto, los gérmenes de guerra y se conserven por tanto tiempo como aclimatados en aquel país, y esta sorpresa sube de punto, cuando al estudiar la naturaleza de las

artes y de la industria; se observa que unas y otra solo pueden verificar su desarrollo bajo el resorte de una grande actividad, y que se aniquilarian en tiempo de guerra que es la perturbacion mas grave de las actividades civilizadas y un elemento destructor. La industria es el barómetro de los pueblos, y no puede, como la atmósfera adquirir gas alguno deletéreo sin que se conmueva y decline; una oscilacion política cualquiera hace descender muchos grados la industria de un pais.

Ni es menos delicada y armónica la estructura del comercio. Viviendo y elevándose sobre el influjo de las relaciones mútuas, recorre en esta parte, una escala inmensa, que partiendo siempre del círculo doméstico, va á parar algunas veces hasta los últimos límites del globo, llevando por delante la antorcha de la civilizacion, y aspirando constantemente á establecer entre los hombres, los pueblos, las nacionalidades y la humanidad entera, un vínculo de alianza sostenido por el interés individual. El comercio por consiguiente solo puede vivir á la sombra de la paz, y no obstante Cataluña en lo que vá transcurrido del presente siglo, apenas ha gozado un momento de reposo. Algunas razones económicas que ocurren de pronto son insuficientes para esplicar este grande hecho; solo la historia, la profecía del tiempo, ofrece un dato seguro é irrecusable.

El carácter catalan al desprenderse de las primeras páginas de la historia, toma formas tan atrevidas que es dificil desconocerle al través de los siglos, de las épocas y de las localidades. Activo, emprendedor y laborioso en la paz, despliega en tiempo de guerra una energía estraordinaria, una tenacidad superior á los azares de la suerte, y un valor impetuoso, cuyos últimos límites se confunden con los de la temeridad. Sóbrio, duro, casi infatigable, domina la ruda topografía de sus montes, y muchas veces ha regado con sangre propia y estraña los jigantes brazos del Pirineo.

El génio de la independencia es el alma de los pueblos jóvenes; todos la han defendido en los albores de su vida, pero despues han caido en la postracion. El altivo catalan sin renunciar á este sentimiento, le ha asimilado á el de su libertad legal, y la tradicion elevándose como un baluarte al lado de este sentimiento, le ha fortificado hasta el punto de convertirle en la fibra mas delicada é irascible de su organizacion política. Poderes discrecionales y manos imprudentes le han herido en dos épocas, (en 1654 y 1705) y en ambas los catalanes con sus esclarecidos hechos han le-

gado á la historia la verdad, de que un pueblo vulnerado en sus mas santas afecciones, se convierte en una inmensa tumba de mártires ó en un plantel de héroes. El abuso de religion, el espíritu de conquistas, todos los estremos del bien producen fanáticos, pero el fanatismo de un pueblo que defiende desesperadamente una institucion noble y pura, es siempre heroicidad. Dificil y estraño á nuestro objeto seria el penetrar en los anales de las dos épocas citadas, y recoger los rasgos de denuedo y de abnegacion que demostraron los catalanes en tan encrudecidas lides: baste decir que en la primera alcanzaron una transaccion honrosa, salvando sus fueros y franquicias, y en la última sucumbieron bajo el colosal poder de dos grandes naciones.

El valor y el talento son cosmopolitas y brillan en todas las regiones de la tierra. Pocos siglos antes de los sucesos que acabamos de apuntar, á mediados del undécimo, ocurrió la famosa espedicion de los catalanes á Oriente. Llamados como auxiliares por una córte pérfida, temidos despues, envueltos entre los mil hilos de tenebrosas intrigas, faltos de víveres y pertrechos, acosados por el formidable poder de los turcos, con sus caudillos asesinados, pisando siempre una tierra enemiga y sobre los cadáveres de propios y estraños, conquistando su subsistencia á costa de su sangre, y teniendo interceptadas todas sus comunicaciones con Europa, quinientos catalanes lograron al fin de una guerra de siete años, apoderarse de Andrinópolis y establecerse en el rico confin del Peloponeso. Tal vez este hecho forme una escepcion en los anales del mundo. Verdad es que la constancia domina todas las eventualidades de la suerte y la constancia humana nunca ha subido á tan alto punto. Podian elegir entre la fuga, la sumision ó la victoria. El idioma catalan no tenia las dos últimas palabras y tomaron por lema la tercera.

Los siglos son dias en la vida de los pueblos, pero mientras que las generaciones giran silenciosamente sobre el eje inmutable del tiempo, el carácter de estos declina ó desfallece por completo. No obstante el catalan ha llegado hasta nosotros lleno de vigor y lozania.

Con el siglo actual sobrevino la guerra de la Independencia. En este duelo célebre y terrible la España postrada y abatida se elevó tanto como se humilló el mayor capitan de los tiempos modernos. Tambien en esta lucha los fieros catalanes enaltecieron con sus hazañas sus viejos timbres y gloriosos precedentes. Habia el conquis-

tador subyugado á Barcelona con artificioso y doble trato, creyendo que una vez aherrojada la cabeza los miembros caerian inertes ó desfallecidos. Este cálculo resultó ilusorio y naturalmente debia suceder así; la diplomacia como la hidráulica son impotentes siempre que intentan detener las olas de una tempestad. El amor patrio produjo héroes en Cataluña como en otras partes, mas que en otras partes tal vez, pues la gallarda defensa de Gerona, bastaria por sí sola para inmortalizar á un pueblo.

Aquella lucha gloriosa acabó para dejar abierto el campo á las divisiones intestinas. Durante estas ocurrencias Cataluña semejante al atleta que reposa despues del triunfo, confiando en sus fuerzas para el porvenir, no tomó en aquellas una parte principal y activa, y siguió sin hacer rémora la suerte de la nacion. Pero en 1827 brillaron en el Principado las centellas de una nueva guerra, y probablemente hubieran producido una conflagracion general á no haber acudido á sofocarlas con oportunidad, celo y grandes elementos. La última guerra dinástica nació y feneció tambien en Cataluña; vamos á tocar aqui estos sucesos en su terminacion y á entrar despues de lleno en el dominio de nuestra publicacion actual.

Cuando en 1840 la guerra civil arrojada de las demás provincias de la Península, se reconcentró en el Principado, creyeron todos que allí recibiria un golpe mortal, porque se la consideraba como la última reverberacion de una luz que iba estinguiéndose. Estos vaticinios y conjeturas no resultaron fallidos; la guerra cesó de existir, pero no sin dejar abundantes gérmenes de nuevos disturbios. Fecundaron estos pronto y produjeron acibarados frutos. En 1841, el principio de *junta central*, principio democrático en su fondo y revestido al alcance de las circunstancias, produjo una convulsion dolorosa y sangrienta en la capital del Principado, pero fué enérgicamente reprimido. Sin embargo la paz, consecuencia de este último hecho, era conocidamente ficticia, no llegaba al corazon ni á los presentimientos de los catalanes; las pasiones cada vez mas encendidas por el roce de los acontecimientos conservaban una tendencia revolucionaria, y la revolucion es como el fuego que sofocado en un estremo por una presion vigorosa, se robustece durante algun tiempo en la oscuridad y el misterio y levanta por fin su cabeza en la direccion y sitio peor resguardados.

Dos años mas adelante, en 1843, salió de Barcelona el decreto de ostracismo para el regente Espartero; allí se fundieron los prime-

ros y principales medios empleados para derrocar su poder. Poco despues y como removido por el terrible empuje de los acontecimientos, salió otra vez de entre los recuerdos mas vivos, el nombre de junta central. Se hallaba esta tendencia tan localizada en Cataluña y tenia en otras partes simpatias tan poco sinceras, que parecia condenada á perecer pronto y sin esperanza alguna de éxito, pues una gran fraccion política que quiso entonces convertirla en instrumento de sus miras, tuvo que arrojarla al fin como arma envenenada y dañina. Pelearon no obstante los catalanes con sus acostumbrados brios, y aunque sucumbieron por fin, dejaron á la historia un testimonio claro y limpio de cuanto puede el valor, sin los grandes auxilios de la organizacion y disciplina.

Sobre la sangre tibia y humeante aun de los que perecieron en esta última demanda, se ha levantado la *bandera montemolinista*, Pocos de sus adictos se agruparon al principio en derredor de esta bandera: era la herencia de una derrota y no podia escitar el entusiasmo que en los momentos de efervescencia produce, un emblema nuevo é ileso en sus precedentes. La opinion pública ese pensamiento filosófico de las sociedades constituidas que sino siempre falla con oportunidad, nunca falla sin datos, consideró esta causa desaconsejada, débil, y de suma fragilidad. Con efecto durante dos años arrastró una existencia lánguida y zozobrante; algunas partidas sin organizacion, sin disciplina, sin pensamiento fijo en sus escursiones apellidaban á Cárlos VI, pero ningun gefe de valia y prestigio se habia decidido á tomar sobre sí la responsabilidad grave, de aunar estos elementos dispersos y aun hetereogéneos.

Tal era el estado de la guerra catalana, cuando sobrevinieron los ruidosos sucesos de 1848. La tempestad política pasó rugiendo sobre nuestras cabezas y electrizó con su contacto los ánimos, produciendo sangrientas querellas. Los nuevos principios anunciados tan tumultuosamente repugnaban á las creencias que tenian los *montemolinistas*, pero producian en el gobierno isabelino fuertes desazones y graves conflictos, lo cual redundaba en pro de su adversario, que siguiendo la ley comun á todos los partidos combatientes, subordinaba la naturaleza é índole de los medios á la importancia de su fin.

En álas de la esperanza y estrechado por las instancias de sus hermanos políticos. atravesó el Pirineo un hombre que en la anterior guerra dinástica habia representado, por decirlo asi, la ortodoxia del

carlismo y sellado el último, con sus hechos en la Península, la religion de sus juramentos. Simbolizaba mejor que ninguno de los otros gefes, el pensamiento dinástico que empezaba á revivir bajo distintas formas y atareado de diferente manera. Tenia este hombre fama de activo, capaz, resuelto y valiente, y el vigor de su carácter enérjico le precipitó en la pasada lucha, en demasias y escesos que rayaban en crueldad. Pero las faltas del corazon pueden modificarse por el cálculo ó por la desgracia, y aquel hombre habia estado sugeto á la accion de estos dos resortes poderosos. Antes de abandonar el territorio estrangero, la opinion le habia señalado el papel que debia representar, y se temia su llegada por unos, con el mismo ahinco que se deseaba por otros. En el momento de su aparicion en el Principado, la guerra un tanto soliviantada por los sucesos revolucionarios, se enderezó de repente, cual si estuviera sostenida por un espíritu nuevo y vigoroso. Con efecto un gefe acreditado es el alma de una guerra y de la *montemolinista* lo era D. Ramon Cabrera.

No se crea por eso que la influencia de este nombre ha sido ilimitada, y qne no han existido otras causas poderosas para el repentino engrandecimiento de la guerra; no, otros motivos persisten en toda situacion belicosa y complican indefinidamente su marcha y sus resultados. Estos motivos se desprenden de la estructura física y moral del pais, de la organizacion y número de los combatientes, del arraigo que tienen en los corazones las causas enemigas, de la prolongacion de la guerra, y en Cataluña sobre todo del carácter catalán. Estas diferentes causas y motivos crean los elementos que sirven de pábulo á la guerra y sin los que toda direccion resultaria supérflua y nula, tal como lo son las mas brillantes concepciones del espíritu, que no tienen en cualquiera esfera de la vida, medios hábiles de realizacion.

Pesar y examinar el valor de cada una de estas causas y referir sencilla é imparcialmente los sucesos acaecidos en la guerra actual, es el objeto de la obra que ofrecemos al público con el deble título de TEATRO DE LA GUERRA, CABRERA LOS MONTEMOLINISTAS Y REPUBLICANOS.

La simple enumeracisn de esta obra revela su interés á la par que las graves dificultades de su ejecucion. Vamos pues á escribir sobre hechos que viven todavia en las complicaciones de la política, en la imaginacion de los partidos, en los intereses de los individuos y en el pensamiento del pais entero y esta circunstancia ya envuelve

la existencia de muchas objeciones y de muchos obstáculos tambien. En efecto, por qué escribir la historia, que es la vida de las generaciones pasadas, sobre los hechos de una generacion que existe, que se agita y conmueve á nuestra vista? ¿Cómo adquirir datos ciertos y puros, cuando deben estar inficionados por el espíritu de los partidos, que tienen natural empeño en alterarlos y desfigurarlos? Y sobre todo por qué escribir la historia de una guerra, cuyas complicaciones no puede conocerse porque está en pié, y cuya fisonomia se halla velada en parte por la densa sombra del porvenir?

Tienen fuerza aparente estas observaciones, podian oponerse á nuestra publicacion, hemos querido prevenirlas y combatirlas ahora, deteniéndonos despues á señalar su estructura y las materias que comprende, pasando finalmente de ligero y como por terreno vedado, sobre lo que respecta á las ventajas de la obra, pues la alabanza aunque sea justa, en boca propia es siempre disonante.

Desde remotos tiempos viene agitándose la cuestion de si es mejor historia la que se escribe, al pasar bullendo los acontecimientos ó la que se redacta algo ó mucho despues de transcurridos. Actualmente no existe este problema porque se ha encontrado su clave en la verdad histórica. La verdad es para la historia lo que el calor para el mundo físico; es decir su principio de su vida y sin el que aquella se convertiría en una novela, un drama, un poema ó cualquiera otra composicion. Y es indudable que la verdad se presenta mas accesible para el que comtempla de cerca los acontecimientos y puede estudiar todas las fases de las circunstancias dominantes, que para el que quiere verlos al través de relaciones insípidas unas, apasionadas otras, oscuras y contradictorias todas y cuando ya ha muerto ó desaparecido el génio de la época en que acontecieron. La historia es el retrato de un pueblo, de una nacion, ó de un periodo, y el peor retrato es el que se forma por la memoria ó la presencia de un cadáver.

Pero aunque fuese otra y contraria la jurisprudencia de la buena crítica, nosotros teniamos fuertes motivos para violarla ó preterirla. Hemos en efecto permanecido en Cataluña durante todo el tiempo que duró la anterior guerra dinástica, hemos visto tambien los albores y progresos de la actual, asistiendo frecuentemente á las acciones y batallas, á ese terrible juego de azar en que se arriesga la existencia á trueque de una esperanza mas. Pasando del campo á las grandes poblaciones, hemos presenciado tambien esos desborda-

mientos de las iras populares, y esa exuberancia de vida política, producida por la reaccion de sufrimientos hondos y prolongados. En esta situacion, al principio como por instinto, recogimos muchos datos y estensos detalles sobre los acontecimientos militares de Cataluña. De este modo y casi insensiblemente hicimos rico acopio de datos de una importancia elevada, y á su vista nos ocurrió la idea de escribir los fastos de época tan fecunda en hechos notables. Admitida una vez esta idea no podia rechazarse, sopena de arrojar al viento muchas hojas de papel, ó de dejarlas espuestas á todas las eventualidades de la fortuna, á la incuria y al abandono tal vez, y á esto se opone nuestro amor propio, el recuerdo de nuestras investigaciones y aun el bien del pais interesado en conocer bajo su verdadero punto de vista unos acontecimientos que, acaso no tendrán porvenir por que carecen de historia. Por lo demas desde el momento en que esta idea tomó la forma y solidez de proyecto, nada hemos olvidado para vencer las dificultades que al realizarla, se presentaban; un exámen maduro y detenido de las noticias, un análisis penetrante y profundo de los acontecimientos, largos y laboriosos cálculos sobre sus deferencias recíprocas, todo lo hemos empleado á fin de sacar airosa y radiante la verdad de entre las contradicciones y falsas apariencias. Desconfiando hasta del testimonio de nuestros propios ojos, hemos sometido la narracion de muchos acontecimientos al juicio de personas respetables y muy competentes, y jamás hemos declarado válido un dato sin que haya sido compulsado, constatado y victorioso en la concurrencia con otros muchos datos, que giraban sobre el mismo suceso.

Tal es el método que hemos seguido con los elementos de esta publicacion, método minucioso y un tanto suspicaz, pero que nunca nos atreveremos á calificar de nimio, porque un solo error, al parecer insignificante, empaña y afea toda una série de verdades, á la manera que un grano de arena olvidado sobre la cara de un filon de oro bruñido debilita la fulgidez de este é indigna por la rareza del contraste, á la vista del observador.

Tambien nos hemos detenido y reflexionado mucho antes de dar á nuestra obra la última forma y estructura. Parece este punto sumamente sencillo y trivial, pero presenta en su ejecucion grandes inconvenientes. En la organizacion de una obra es necesario guardar la armonía gerárquica que la naturaleza aspira á establecer en todas sus elaboraciones, y siempre se motejaria, fluctuando entre la lás-

tima y el ridiculo, al historiador que arrojara en confuso tropel y mal ideado hacinamiento, las consideraciones mas filosóficas, los dictámenes mas puros de una crítica sana y la narracion mas fiel y elegante de los acontecimientos, tal como se vitupera y moteja al artista, que encargado de hacer una estátua con los mas preciosos metales, olvida de todo punto las reglas de proporcion entre las partes y el todo.

Nosotros hemos pretendido orillar este grande inconveniente, estableciendo un orden riguroso en las materias y otro no menos severo en la cronologia. Para mejor inteligencia hemos dividido en dos libros esta publicacion, separados uno de otro por la falta de continuidad en los sucesos que refieren, pero tan íntimamente asimilados bajo otros muchos respetos, que puede considerarse el libro primero como una introduccion general y absoluta de la obra.

El objeto de este libro es presentar con los grandes rasgos del carácter catalan, la insurreccion de la guerra pasada entre la cual y la presente no hay mas diferencia que la sustitucion de un hombre, y la heterogeneidad visible de uno de sus elementos. Este libro se halla dividido en dos secciones, histórica y biografia: la primera comprende una relacion clara, detallada y verídica de los sucesos ocurridos en el Principado durante la guerra de los siete años: y la segunda abraza las biografias de los hombres que adquirieron mas celebridad bajo las banderas de D. Cárlos y de Isabel II, escritas con religiosa exactitud y enriquecidas con datos inéditos y de sumo interés. El General Llauder, el Baron de Meer, Urbistondo, el Conde de España y Linage simbolizan respectivamente un periodo de la guerra y un sistema militar ó politico y por consiguiente sus biografias presentan además de una lectura entretenida y amena, la confirmacion de muchas noticias consignadas en el cuerpo de la historia, pudiendo decirse, que una y otra seccion se sirven recíprocamente de sancion y de correctivo.

Dividido del mismo modo y escrito tambien en presencia de datos incontestables, el libro segundo ofrece un interés mas palpitante é inmediato, porque refiere los hechos sucedidos en la guerra actual. Este segundo libro por su importancia debe tener un lugar privilegiado en nuestra publicacion y asi nada hemos omitido para que sea digno de ocuparla. Una redaccion breve, pero clara y luminosa, pone en relieve los sucesos mas importantes, sin deslucir ni empañar los incidentes á ellos adheridos, esforzándonos al propio

tiempo, para que la historia pueda servir de leccion ó de útil consejo á la sociedad actual, y á las generaciones que sobrevengan. Hay otra circunstancia que recomienda este libro y es la que demostraremos en él, la organizacion y número de los montemolinistas, valiéndonos para ello de datos y guarismos, cuya autenticidad tenemos bien garantida. Segun hemos indicado se insertarán en su lugar oportuno las biografias de los generales y gefes de partida que mas se han distinguido en uno y otro campo, y entre ellas y como la mas notable la biografia de Cabrera, enriquecida con nuevos pormenores y continuada hasta el dia.

Tambien debe entrar en la jurisdiccion de la historia el *partido centralista* que bajo el nombre de *republicano* representa hoy mas ingénuamente el principio democrático que envolvia en su seno y que trata de defender á costa de su sangre, habiéndole precipitado de nuevo, desde la region pura y abstracta de la teoria, hasta el campo ardiente y bullicioso de los combates. Pondremos pues en limpio los hechos de este partido y le seguiremos con la narracion por la difícil via que ha escogido, ciñéndonos en esto, como en todo lo demás, á la imparcialidad mas indeclinable.

LIBRO PRIMERO.

EPOCA PRIMERA.

CAPITULO I.—1823 A 1828.

Libertado el Rey Fernando por Angulema, espide el decreto de 1.° de octubre de 1823.—Division del partido absolutista: cuarto de D. Cárlos.—Influencia de este sobre el Rey.—Biografia de Calomarde.—Sistema politico de Fernando.—Luchas intestinas de los realistas por la inquisicion y la amnistia: conspiracion de Capapé.—Tentaviva liberal en Tarifa y prision del ministro Cruz.—Intrigas de los apostólicos y rebelion de Bessieres.—Nuevos recursos de los apostólicos.—Caracter de D. Cárlos.—Sedicion carlista de 1827: Fernando se presenta en Cataluña y decreta un indulto: justicias que hace el Conde de España.

MPRENDEMOS nuestra tarea en el punto en que el ejército francés, á las órdenes del duque de Angulema, franquea al rey Fernando á cañonazos las puertas que le aprisionaban en Cádiz, comprimiendo sus enojos y concentrando sus iras contra los constitucionales que alli le condujeran. Allí principia la reaccion que sucedió á su libertad, y dentro de la cual estan los gérmenes de las hondas disensiones que se desarrollaron luego entre los favorecidos de Luis XVIII, dando lugar á graves acontecimientos en

Digitized by Google

algunos puntos de la monarquía y mas principalmente en Cataluña.

Luego que Fernando puso el pié en las playas del Puerto de Santa María, los desalentados constitucionales no tardaron en conocer lo que significaba la ceñuda mirada con que de ellos se despidiera. El decreto de 1.° de octubre de 1823, en que dió por nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno constitucional desde el 7 de marzo hasta aquella fecha, que él habia sancionado, y en que aprobó todo cuanto habia decretado y ordenado la junta provisional de gobierno de Oyarzun y la regencia del reino creada en Madrid, fué para los vencidos la señal de su proscripcion, y para los vencedores, de la persecucion y la venganza. Valdés, Ciscar y Vigodet hubieran sido las primeras víctimas de la reaccion, hasta cierto punto inevitable, que se preparaba, con sus compañeros de la regencia de junio, cuya muerte de horca habia firmado el rey en secreto, si no hubiesen sido anticipadamente avisados y salvados en un buque francés por Bourmont. Pero, si Fernando no pudo satisfacer los primeros impulsos de su reconcentrada cólera, el vulgo de los pueblos no tuvo estas ligaduras y dióse bien presto á saciar su venganza con calabozos, insultos y apaleamientos, no solo de los ex-milicianos nacionales, sino que tambien de sus inocentes hijas y esposas. El príncipe francés no dejó de comprender, en presencia de este hervor popular de los ánimos, que esperaban grandes calamidades al pais y tal vez graves riesgos á la causa que acababa de sacar triunfante; y antes de regresar á Francia, manifestó al rey y á sus consejeros en diferentes ocasiones cuanto importaria seguir un sistema de templanza y moderacion, sanos consejos que fatalmente desestimaron. Todos los esceseos se llamaban *inocentes desahogos* del pueblo; y fueron estos tantos y de tal naturaleza que Luis XVIII y sus ministros, temiendo la desesperacion pública y por arrojar de sí la nota de sus promovedores ó padrinos, cuando vieron que nada lograban las reclamaciones de su representante, acudieron á la Santa Alianza para que Pozzo di Borgo en su nombre aconsejase á Fernando y hablase á su gobierno con enerjía. Solicitó Pozzo que se diese una amnistía á los liberales; pero el ministro de Estado, Saez, confesor del rey, y el partido *apostólico*, formado por los mas ardientes partidarios de un absolutismo teocrático, oponian franca resistencia, y era preciso lidiar con ella, porque prevalecia en el ánimo real. El embajador ruso luchó en efecto, y acaso triunfó por consideraciones internacionales que el rey no podia ladear de su camino. Saez trocó por la mitra de Tortosa la silla de Estado, que ocupó Casa-Irujo; el conde de Ofalia, la de Gracia y Justicia; la de Guerra, el mariscal de campo D. José de la Cruz; D. Luis Lopez Ballesteros, la de Hacienda; personas todas de conocida prudencia y moderacion.

Pero este fué el gérmen de la division que trabajó luego sordamente las entrañas del partido realista. Desde aquel momento puede decirse que se dividió en dos bandos, que se distinguieron mas por la enerjía de la exaltacion que por la diferencia de doctrinas: componiase uno de los que aspiraban á un despotismo ilustrado que, á semejanza del que rije á las potencias del Norte,

previniese las revoluciones por medio de un gobierno conciliador y templado, que concediese algo al espíritu del siglo: componíase el otro de los que escluian toda idea que tendiera á una transacion, y querian un sistema que estinguiese las ideas liberales, que tanto aborrecian, si era necesario con la estincion de cuantos las profesaran. Descontentos estos de la conducta de Fernando, que no era, sin embargo, sino obra de la influencia de las naciones á quienes debia su reposicion en el trono absoluto, acojiéronse al cuarto del hermano del rey, el infante D. Cárlos, cuyo celo religioso era para ellos prenda de mayor seguridad en sus designios. Este príncipe, tal vez ostigado por su esposa, dotada de grande ambicion, mas que por sus propias pasiones, se puso al frente de los que ya desde entonces pensaron en llevar á su gefe y protector al sólio. Y como D. Cárlos ejercia grande influencia en el ánimo de su hermano, confiaban, cuando menos, en contener la marcha de templanza, al parecer adoptada con la disolucion de los cuerpos voluntarios formados durante la dominacion constitucional y con el decreto en que se ordenaba la remision al ministerio de una lista de todos los grados y honores concedidos por sus parciales, en nombre del rey, durante aquella época. Los abusos cometidos en esto se veian amenazados, y estendian, como es natural, el descontento entre la gente de armas, tan poderosa á la sazon.

La influencia de D Cárlos en su hermano nacia de un entrañable afecto y de la comunidad de suerte que, desde el cautiverio en Valencey, les habia hecho inseparables. Tal vez á esta influencia se debiesen, ya el olvido de las capitulaciones estipuladas por los franceses con las tropas constitucionales y los pueblos, ya el establecimiento de la policia política y la formacion de numerosas listas de proscripcion, ya la creacion de *comisiones militares* «ejecutivas y permanentes contra los liberales que desde el 1.° de octubre hubiesen conspirado, hablado ó escrito en favor de la Constitucion.» El estado del espíritu público no era otro tampoco, pues de diferentes puntos se solicitaba el restablecimiento de la inquisicion, y en particular de algunos el de la célebre Compañía de Jesus.

Fernando, empero, no tardó en establecer su sistema propio, que no abandonó ya hasta los momentos cercanos á su muerte. La del marqués de Casa-Irujo dejó vacante la cartera de Estado, que pasó á tomar el conde de Ofalia, y se elevó hasta su silla de Gracia y Justicia D. Francisco Tadeo de Calomarde, á mediados de enero del año siguiente 1824, á quien nos importa dar á conocer personalmente, porque de él dependen y á él estan ligados muchos de los sucesos que hemos de referir (1).

---

(1) **Biografía del ministro Calomarde.**

Calomarde era, cuando fué elevado al ministerio, secretario de la Cámara de Castilla, y esta posicion no la habia improvisado en un dia, pues no dejaba de ser ya bastante conocido entre los suyos como hombre de abundantes dotes para hacerse lugar en tiempos como aquellos.

Constituido asi el ministerio, puede decirse que entonces principió Fernando á realizar su sistema de gobierno. Aborreciendo de muerte á los liberales y temiendo justamente de los apostólicos, estableció en el gabinete una lucha intestina, en cuyos efectos sobremanera se complacia. Unos

---

Nació en un pequeño pueblo de Aragon, llamado Villel, en 10 de febrero de 1773 de unos labradores, aunque honrados, de muy escasa fortuna. Esta triste condicion no fué obstáculo para que, fiados en la caridad privada, le enviasen á la universidad de Zaragoza á seguir la elevada carrera de la magistratura, que era entonces, así como la de la iglesia, la aspiracion de las mayores ambiciones. Colocóse en efecto de paje de una señora, á quien humildemente servia en tal condicion. No se distinguió en las aulas Calomarde por altas dotes de entendimiento, aunque no era tampoco de los mas rudos; pero no por eso dejaba de abrigar ya la ambicion que vió al cabo realizada. Cuéntase que, acompañando una noche con su farol de paje á unos comerciantes que concurrian á la tertulia de su ama, le preguntaron en el tránsito qué aspiraba á ser, hecho ya abogado. —Ministro de Gracia y Justicia, respondió sin titubear el estudiante novato, como quien ha pensado maduramente el asunto y trazádose el camino. Riéronse no poco los contertulios cuando le vieron otra noche esplicar en presencia de todos el secreto de sus deseos de una manera no muy suelta, pero sí bastante audaz.

Recibido ya de abogado, pero sin pleitos en que manifestar el fruto, pequeño ó grande, de sus estudios, pasó con auxilios de la amistad y con cartas de recomendacion á Madrid. La que le dieron para D. Antonio Beltran, paisano suyo y médico de Godoy, fué el orígen de su rápida fortuna. Estaba este valido en el apogeo de su poder, y calculando Calomarde cuanto podia servirle la proteccion de Beltran, hízose enamorado de su hija doña Juana, mas favorecida por la naturaleza en su alma que en su rostro. Como regalo de boda, se le dió en efecto, una plaza de oficial en la Secretaría de Indias; pero, así que hubo en sus manos el nombramiento, el pérfido galan manifestóse frio é indiferente con su futura, buscó pretestos frívolos para cualquier desavenencia, y por último se negó al cumplimiento de su palabra de caballero. Súpolo Godoy por el burlado padre de la novia; llamó á su presencia al mozo y le amenazó con un presidio si no la cumplia. Obedeció; mas la infeliz esposa tuvo á los pocos meses que separarse, retirándose á Zaragoza, donde terminó sus dias sin una palabra de consuelo ni una leve muestra de compasion de su ingrato marido.

Cuando por la invasion francesa tuvo el gobierno que trasladarse á Cádiz, Calomarde hallábase ya de oficial mayor de su secretaria; de aquí lo pasó su íntimo amigo el ministro Sierra á oficial mayor de la secretaria de Gracia y Justicia, donde ya pudo creerse profeta de la posicion que diez años hacia predijera el paje á sus señores. El público no conocia los méritos de esta elevacion; pero entonces, como ahora, eran estas progresiones harto frecuentes. Las elecciones que se verificaron para Córtes generales, hallándose todavia en Cádiz, acabaron de decidir su suerte, que iba, sí, en ascenso, pero que no llevaba aun direccion determinada. Abierto aquel campo á su ambicion, quiso ser elegido, lo cual prueba que no tenia entonces antipatías al régimen constitucional; mas los aragoneses desconfiaron del protejido del odiado Godoy, y le negaron sus sufragios. Este desaire le dió el color político que conservó hasta su muerte, porque el resentimiento le unió á los enemigos naturales de aquel sistema, sin que por eso mereciese entre ellos una distinguida posicion. Vino á dársela la pretension á la regencia de la infanta Carlota, de quien se hizo partidario; pues, siendo tan pocos los adictos, el desafortunado éxito de aquella negociacion, le puso en relieve al lado de Lardizabal y sus compañeros. Así fué que, al caer en 1814 el sistema constitucional y cuando Lardizabal subió al ministerio, Calomarde volvió á desempeñar su antiguo cargo, primero en el de-

ministros se hicieron enemigos de los otros; Calomarde, de Ofalia y de Zea, Cruz de Eguia y de Erro; las medidas de este eran contrariadas por aquel; los unos se vigilaban á los otros: tal era la gran política del rey que, por haberla comprendido y plegádose á ella mejor Calomarde, gozó

---

partamento de Ultramar, y luego, al suprimirse este, nuevamente al de Gracia y Justicia.

Tratándose al año siguiente de las bodas del rey y de su hermano Cárlos, con las princesas del Brasil, hijas del regente de Portugal, con la mira política de dirimir cuestiones pendientes acerca de los dominios del rio de la Plata Lardizabal y Calomarde, como antiguos defensores de la familia de Portugal, fueron nombrados para ajustar las negociaciones matrimoniales con el célebre en nuestras políticas revueltas Fr. Cirilo de la Alameda. Firmáronse los contratos en Coimbra y vinieron acompañando á las princesas á Cádiz. En momentos en que tanto parecia sonreirle la fortuna, un contratiempo disipó sus ilusiones. Lardizabal, fuese por recobrar el poder, fuese porque realmente temiese las consecuencias de la conducta que se seguia, presentó un memorial á la prometida esposa de Fernando en que denunciaba todos los manejos de la camarilla violenta que le aconsejaba. Tuvo esta conocimiento del asunto, y castigaron á los negociadores con su exoneracion, desterrándoles además á Pamplona. Así los que habian solemnizado los contratos con sus firmas, celebraron las bodas en el destierro: contraste frecuente cuando se juega en un albur el todo por el todo. Rogó por ellos la reina inútilmente, y en su desgracia vino á sorprenderlos la proclamacion de la Constitucion en Las-Cabezas, dando un golpe mortal á la ambicion de Calomarde. Temeroso de las persecuciones, pasó en 1822 de Pamplona á Madrid, donde tambien se ocultó, hasta de sus propios amigos.

Pero llegó el francés á Madrid, abandonado por Zayas, y Calomarde se presentó á recojer el fruto de sus padecimientos. Instalóse la regencia provisional, de que le hicieron secretario, y como durante su dominio se prestase á secundar los deseos mas furibundos, se grangeó el olvido de lo que, por envidia, fuera motivo de persecucion: el mismo rey le distinguió con señaladas muestras de aprecio. Disuelta la regencia y muerto despues Casa-Irujo, Calomarde fué por él llamado á ocupar la silla que dejaba vacante en el ministerio de Gracia y Justicia. El paje vió realizada, tal vez con propio asombro, su prediccion. Nombróle el rey, porque su pensamiento fué introducir en el ministerio á quien inspirase confianza á los exaltados y que al mismo tiempo, por no hallarse mezclado en las persecuciones y violencias, la inspirase á los templados. Calomarde era en efecto lo que el rey apetecia: sagaz para conocer el pensamiento de sus colegas y los deseos del monarca, dócil á su voluntad y partidario de la máxima que hace fuertes y libres á los débiles: *dividir para reinar*. Sosteniendo la discordia entre los bandos realistas, quedaba el monarca en mayor holgura para efectuar entretanto su voluntad. De esta suerte, comprendiéndose tan bien rey y ministro, identificándose en el pensamiento, Calomarde llegó á tener el mayor valimiento y á contar en el ministerio un periodo de tiempo (10 años) que nadie mucho tiempo antes ni despues de él ha contado todavia. Lo que en su trascurso hizo pertenece en gran parte á la *época primera* que historiamos en este y el siguiente capítulo. Aquí solo nos falta decir que, por la conducta doble en punto á sucesion que observó con la esposa del rey, en el primer amago de su muerte, fué exonerado y desterrado. El no aguardó su cumplimiento fugándose trabajosamente á Francia, donde no por eso dejó de sufrir insultos y amenazas de aquellos á quienes su dominacion habia maltratado. Maldecíanle unos y otros, porque á todos habia herido; y esto fué causa de que al solicitar desde Tolosa de D. Cárlos, al empezar la guerra, tomar parte en ella, se le negase. Este

de su favor mas largos años. Y para que no encontrase tropiezos en su marcha, procuró con todo empeño la disolucion de los cuerpos de la fé, á que muchos se oponian, escitados por el furibundo fraile que redactaba *El Restaurador*, cuya publicacion fué al fin prohibida con la de todo periódico, á escepcion de la Gaceta y el Diario de Madrid. Al tiempo que se hacian otros nombramientos de exaltados, se enviaba á la capitanía general de Cataluña al honrado baron de Eroles, cuyas palabras son dignas de señalada mencion: «No vengo, dijo á los catalanes en su primera proclama, á atizar resentimientos, sino á sofocarlos: yo mismo no conservo otra memoria que la de los beneficios. Orden y concordia; estos son mis votos y mi propósito. Ni los alharidos de la multitud ni consideraciones particulares alterarán la marcha majestuosa de la ley.» Pero tan honrosa moderacion chocaba de frente con el espíritu de las masas, caldeadas por el clero. El mismo ayuntamiento de Barcelona, en un escrito inspirado por la mas feroz venganza, que elevó al rey en 10 de marzo, pedia el restablecimiento de la inquisicion, que era el bello desideratum de la parte exaltada del realismo: los obispos de Tarragona y Orihuela la declararon de hecho restablecida en sus diócesis contra la voluntad del rey, y llegó el desacato y el furor hasta dar á la Europa la junta de la fé establecida en su lugar, en Valencia, el escándalo de un nuevo auto de fé en un pobre maestro de escuela de cerca de la ciudad, llamado Ripoll, porque negaba los misterios de la Santísima Trinidad, Encarnacion del Verbo, Virginidad de Ntra. Señora y Eucaristía, reconociendo por otra parte y venerando al Dios criador del universo, y siendo ejemplo de las mas raras virtudes con sus semejantes.

Oponíase el rey al restablecimiento del Santo Oficio, porque veia en él un temible rival de su poder, como lo habia sido en otros tiempos, y porque la Francia y hasta la misma Rusia se lo hubieran impedido segun lo prueba la correspondencia diplomática de aquellos dias: Fernando no era supersticio-

---

desaire, la ingratitud de sus protejidos y el remordimiento alteraron su salud, que fué desapareciendo bajo el poder de la hipocondria. Para curarla, fué á Roma, donde no se vió físicamente aliviado, pero sí volvió á Tolosa con el ánimo tranquilo, sinceramente arrepentido de los estravios y las faltas de su vida privadas y políticas: desde entonces ya no se ocupó de nuestras discordias, y socorria indistintamente á carlistas y liberales. El mal fué creciendo, y el 21 de junio de 1842 pagó su tributo al Criador: el gobierno francés ordenó celebrar sus funerales con la pompa que requeria su condecoracion del Toison de Oro; y sus cenizas, que el moribundo deseó fuesen llevadas á la capilla del Cristo de Olba, donde tuviera una finca, reposan aun en el sitio de su muerte.

Personas de recto juicio y severa imparcialidad condenaron en Calomarde la ingratitud, la escasez de virtudes domésticas y la vanidad que alimentaba su ambicion; pero respetaron en él la proteccion y afecto que dispensaba á sus paisanos, su desprendimiento de las riquezas y su caridad, señalada en considerables donativos á establecimientos públicos. Cometió faltas, consumó desgracias, perpetró injusticias en su vida política; pero no merece, dicen, la responsabilidad del autor sino del cómplice.

so, y solo tomaba de la religion para la política cuanto bastaba para dominar al vulgo fanático. Esta misma consideracion fué la que le obligó á publicar el 20 de mayo el decreto de amnistía, objeto de division y discordia en el bando realista, y que por lo reducido, venía á ser mas bien un indulto parcial que un generoso y ámplio olvido de lo pasado; así fué que ningun partido ni fraccion quedó de ella satisfecho. Fué sin embargo lo bastante para que las sociedades secretas atizáran con mas ardor el fuego oculto con que se disponian á destruir la obra de los que llamaban falsos amigos del trono y de la religion. El furor de los apostólicos llegó hasta promover tumultos y quemar la efigie del ministro de la Guerra, con motivo del reglamento de organizacion de los cuerpos realistas, cuyas demasías cortaba en diferentes artículos: hubo punto donde se opusieron á su cumplimiento, y hubo un Consejo de Castilla que calificó de laudable la desobediencia, suponiendo al monarca rodeado de enemigos. En tal estremo, fué necesario desterrar de la Córte á algunos generales de varias órdenes religiosas y á algunos obispos que sin recato conspiraban contra el gobierno. Desde este momento puede decirse que se declararon ódio eterno y guerra á muerte los dos bandos realistas, pensando el vencido en destruir al vencedor por todo género de medios. La fragua apostólica redobló sus esfuerzos segura de la impunidad por el lugar que ocupaba. Era el cuarto del infante D. Cárlos, como hemos dicho, el centro de todas las intrigas palaciegas, y se hizo desde entonces el foco de todas las conspiraciones, alimentado como siempre por la ambicion y la osadía de la infanta Doña Francisca y la princesa de Beira, harto fecunda, como luego ha demostrado ser, en recursos de este órden. La primera conjuracion que debió derrocar el ministerio y proclamar el establecimiento del Santo Oficio, fué la del titulado brigadier Capapé, de acuerdo con el general Grimarest, que mandaba las armas en Aragon; pero descubrióse la trama por la policía, y Capapé con otros varios de sus cómplices fué arrestado y procesado. En su defensa presentó el reo dos cartas de D. Cárlos animándole á la santa empresa, indudable prueba de su complicidad con los conspiradores; el fiscal las remitió al ministro de la Guerra; este las puso en manos de Fernando, quien al pronto se irritó fuertemente de la traicion de su hermano, pero á quien debió perdonar muy luego, porque se les vió continuar en su antigua fraternal armonía.

Fatalmente la desgraciada tentativa de los liberales en Tarifa llegó oportunamente á coadyuvar á los deseos de esterminio de los apostólicos: el 20 de agosto se publicó, segun sus inspiraciones, en el real sitio de San Ildefonso un decreto neroniano contra los liberales, á quienes se sometió al juicio de comisiones militares que procedian sumaria y ejecutivamente. La venganza y la sed de sangre llegó á amontonar hasta trescientas víctimas en Tarifa y Almería, y á reclamar del emperador de Marruecos á los fugitivos que se habian acojido á su piedad. El club apostólico se aprovechó

ademas de esta ocasion, para acusar al ministro de la Guerra D. José de la Cruz, autor del reglamento para los realistas, de inteligencia con los constitucionales, logrando arrojarlo á un calabozo en compañía del brigadier Llano y el intendente Aguilar y Conde. El punto de que le arrancó la intriga fué confiado al coronel de realistas D. José Aymerich, cuyo carácter violento y sanguinario merecia la confianza del cuarto de D. Cárlos, en obsequio de quien destruyó el famoso reglamento que ponia un dique al desbordamiento de las malas pasiones. Es cierto que Ugarte, secretario del Consejo de ministros y del Consejo de Estado, iniciado en todos los secretos del conciliábulo apostólico, fué enviado de ministro plenipotenciario á Cerdeña por alejarle de la Córte; pero su caida no produjo cambio alguno en la política, haciendo solamente recaer la privanza que disfrutaba con el rey en Calomarde, por consejos de quien hizo una oportuna declaracion en favor del despotismo puro, que fué objeto de universal alegría y de felicitaciones sin cuento. Tal era la conducta de Fernando: ponia en libertad al ex-ministro Cruz, aunque con el reconocimiento público de su inocencia le desterraba de España, y al mismo tiempo absolvia á Capapé. Este sistema no contentaba á la fraccion ardiente que dirigia sus tenebrosos trabajos con mas ahinco cada dia al logro de su pensamiento, patrocinado por el ministro de la Guerra. Publicábanse escritos incendiarios, que suponian al rey dominado por los masones, para que no opromiese á los liberales ni restaurase la inquisicion. El templado Zea, que vió demasiado cerca los peligros que amenazaban al pais y al rey, presentóle el cuadro de aquella situacion próxima á precipitarse por los imprudentes consejos de algunos falsos amigos, y prestando prudentes oidos á los del ministro de Estado, envió á Aymerich de gobernador de Cádiz, elevando á la silla de la Guerra al marqués de Zambrano: hiciéronse tambien otras sustituciones de capitanes generales, entre ellas la de Cataluña con el marqués de Campo Sagrado. Encrepóse con estas disposiciones aun mas de lo que estaba el tumultuoso mar de las envidias, rivalidades y ódios en que habia naufragado la armonia del bando realista. La estincion de las comisiones militares, que conservaban permanente la reaccion y la venganza, fué para los apostólicos la señal de alarma que izó bandera negra en su campo. Creyeron llegado el momento de hacerla ondear, y la colocaron en las manos del turbulento mariscal de campo, D. Jorge Bessieres, antiguo bullicioso republicano y entonces iracundo absolutista. El núcleo de la conjuracion tenia su asiento como siempre en palacio, y desde él se estendia como otras tantas vetas por todos los ángulos de la monarquia las sociedades secretas que debian arrojar en un dia y á una misma hora sus emanaciones mortíferas. En ocasion en que se encontraba la familia real en San Ildefonso, Bessieres salió en la noche del 15 de agosto de la corte y se dirigió á la provincia de Guadalajara precedido de algunos emisarios enviados por él, para derramar la falsa noticia entre los realistas de que los masones dominaban el

palacio y se habia restaurado la lápida de la Constitucion. Preparados asi los ánimos, se presentó en diferentes pueblos concitándoles á empuñar las armas. Era Brihuega el punto de confluencia de los conjurados, á donde mas ó menos reacios, fueron llegando, entre ellos tres compañías del regimiento de caballeria de Santiago acantonado en Getafe. Estos soldados apenas conocieron el designio de sus gefes, los abandonaron antes de llegar á aquel punto, donde Bessieres encontró inopinada resistencia en los cincuenta provinciales de Cuenca que lo guarnecian, leales hasta preferir el desarme antes que unirse á los rebeldes. La proclama que en nombre del rey dirigió á los voluntarios realistas de los pueblos comarcanos acreció sus filas hasta cuatrocientos hombres, con los cuales emprendió su campaña.

La noticia de la sedicion llegó á palacio con la del abandono y la indiferencia de los soldados, y conociendo los pérfidos cortesanos que Bessieres no podia triunfar con el solo apoyo de los realistas, convirtiéronse en sus acusadores y mas implacables enemigos, para alejar sin duda de esta suerte la sospecha de su complicidad. A sus instigaciones, se espidió un decreto prodigando la pena de muerte á los rebeldes con solo el perdon de los sargentos y soldados que entregasen á sus gefes. Y acompañó á este decreto el nombramiento de los mariscales de campo Osorio y Sexti, para comandar las tropas que habian de ir en su persecucion, confiadas luego al conde de España, que ofreció dar en breve cumplida y satisfactoria cuenta de la rebelion. Las cosas caminaban á este fin. Bessieres quiso hacer su punto de apoyo en Sigüenza; pero no le permitieron apoderarse de ella los oficiales indefinidos y retirados que acudieron á tomar contra él las armas, como todos los empleados de la administracion. Estas primeras desgracias demostraron á sus satélites la impopularidad de su bandera, y fuéronle abandonando hasta que él mismo despidió el resto para mejor fugarse á los pinares de Cuenca con algunos soldados. Cortado asi el tronco de la rebelion, las estensas ramas que tenia, cayeron con él. El coronel D. Saturnino Albuin, que perseguia sin descanso á los rebeldes con una partida de granaderos de la guardia real, los alcanzó é hizo prisioneros en Zafrilla, de donde fueron trasladados inmediatamente á Molina para someterlos á la autoridad del conde de España. Este, á la hora de su llegada, intimó á Bessieres y sus siete compañeros la pena que le imponian los decretos del rey, poniéndoles para sufrirla inmediatamente en capilla. Habianse rendido á la primera intimacion sin oponer resistencia, como se lo proponia la real órden del 17, y era por lo tanto el procedimiento del conde una atroz villania y un quebrantamiento de la régia palabra, que hizo sospechar á muchos el interés que él tendria en que la muerte sellase cuanto antes los labios de Bessieres. Tanto mas se acreditó la sospecha cuando se supo que no consintió en que se le tomase declaracion sobre las causas que le habian movido al alzamiento. Bessieres

con efecto y sus campañeros sufrieron con resignacion su muerte en la mañana del 26 de agosto de 1825 llevando consigo el secreto que los sacrificaba (1). El conde de España redujo á cenizas inmediatamente los papeles hallados en el equipage de Bessieres, y, libre asi de todo cuidado, se presentó con la ensangrentada corona de su fácil triunfo á recibir como otros muchos entonces el galardon tal vez de una infame traicion.

En Zaragoza, en Granada y en Tortosa, se dejaron percibir públicos síntomas de correspondencia con los rebeldes de Getafe; mas la enerjía de las autoridades y principalmente la desgracia de su gefe, paralizaron su accion ó fué instantáneamente destruida con todo el rigor de las leyes.

Contrariados así por la fortuna los proyectos de los apostólicos, que ya no tenian en el ministerio la fuerte columna de Aymerich, dirijieron sus esfuerzos à la caida de Zea Bermudez, en cuyo sistema de templanza encontraban su principal obstáculo. D. Cárlos, los obispos que le rodeaban, Calomarde, todos emplearon simultáneamente su influencia contra el político del despotismo ilustrado, logrando al fin verle exonerado en octubre del mismo año 25. Este triunfo y la ocupacion de la silla vacante por el duque del Infantado compensaban sobradamente á la tertulia de D. Cárlos de las amarguras de la derrota de Bessieres. Con tan poderoso elemento, y dejando ya de lado el restablecimiento de la inquisicion por disposicion real, vista la oposicion de las córtes estranjeras, particularmente la Francia, trabajaron resueltamente por producir en el Principado una sublevacion general, prefiriendo aquella provincia, ya por su topografía, ya por el carácter belicoso y turbulento de sus habitantes, ya finalmente porque allí, en su alta montaña, contaba con mayores elementos. Hácia ella se dirijian todos sus conatos, casualmente ó de propósito favorecidos por otras disposiciones del rey, como la creacion de la inspeccion de realistas, que infundió entre ellos mayor osadía y orgullo. Escitábase con sermones y fiestas religiosas el fanatismo del pueblo, harto impresionable de suyo. La tentativa de Bazan y la revolucion de Portugal vinieron á encender mas los ánimos, presentándoles como un remedio eficaz y único punto de salvacion una revuelta en cuyo torbellino desapareciesen todos aquellos que juzgaban enemigos. Fernando espiaba todos los conciliábulos que con tan negros designios se celebraban, y para apartarlos del camino, soltaba de vez en cuando algunas palabras al parecer ambiguas, pero realmente de muy marcada intencion. Los apostólicos, sin embargo, creian que Fernando se anonadaria ante la insurreccion que proclamase á su hermano rey de España. D. Cárlos gozaba de buena reputacion como hombre privado; era religioso, buen padre, buen esposo, económico y ordenado; cualidades que

(1) Los fusilados fueron ocho: D. Jorge Bessieres, mariscal de campo; D. Francisco Baños, coronel; D. Valerio Gomez, comandante del escuadron de Santiago; D. Antonio Peranton, comandante; D. Francisco Ortega, ayudante; D. José Velasco, D. Miguel Cisvona y D. Simon Torres, tenientes.

se estendian con exageracion adrede para hacerle mas popular: D. Cárlos no aspiraba, asi lo creemos, á derribar á su hermano; pero la ambicion que á él le faltaba calentaba el corazon de su esposa, que le hacia trabajar en este sentido sin manifestárselo, antes aparentando el mas vivo deseo de la seguridad del trono de su cuñado. D. Cárlos tenia en sus manos el hilo de las conspiraciones; pero era su esposa quien lo hilaba. La antigua sociedad secreta del *Angel esterminador*, entonces *Federacion de realistas puros*, que era la fragua de los apostólicos, circuló un manifiesto á principios de 1827 *sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo señor infante D. Cárlos*, que no puso en alarma al rey, al parecer seguro de la inocencia de su hermano. Alentados por su inaccion los conspirados y por los halagos que en revistas y reuniones públicas tributaba á los realistas, dieron el último paso que les faltaba para colocarse en el campo de la fuerza, que era la absorcion de la policía, bajo frívolos pretestos, por el ministerio de Gracia y Justicia, rejido por Calomarde, iniciado tambien en los planes y de la mas íntima confianza del rey.

Los apostólicos habian ya querido apoderarse en agosto de 1825 por soborno ó por las armas de la plaza de Tortosa, para que les sirviese de foco de la insurreccion general; descubrióse el proyecto y fué objeto de un proceso lento y jamás sentenciado. En setiembre del año siguiente dirijieron sobre ella de nuevo sus miras y sobre Peñíscola; pero fué tambien sofocada. Ahora, en 1827, se presentó con mayor resolucion la bandera sediciosa en la parte oriental del Principado. El primer grito de guerra fué lanzado en los contornos de Horta y Pauls, en marzo, por un capitan ilimitado llamado Llovet, al frente de una pequeña partida que, auxiliada por el coronel *Trillas*, debia apoderarse de Tortosa, poniendo en libertad á sus amigos allí encerrados todavía por las tentativas anteriores. Trillas espidió una proclama llamando á los catalanes á las armas para asegurar el trono, próximo á su ruina, y libertar al monarca del cautiverio en que vivia, oprimido por masones disfrazados que desnaturalizaban sus intenciones. Esta voz encontró eco en los espíritus de los que se llamaban *agraviados* por el gobierno, quienes debian producir, segun se decia, una esplosion general el dia 1.° de abril: el teniente Llanas por la parte de Manresa y Vich; Ballester, Carnicer, Dinat, Caballeria, Bussons, conocido por Jep dels Estanys y otros ilimitados, por diferentes puntos debian ser los caudillos de la rebelion. Las primeras partidas cayeron en poder de las tropas, y sus gefes, Trillas, Llovet, Planas y Solá pagaron en el cadalso su deuda de lealtad. La sociedad del *Angel esterminador*, que dirijia los movimientos desde el monasterio de Poblet, no se amilanó por esto: compuesta de obispos y eclesiásticos sedientos de venganza, habian estado desde 1825 atizando su fuego, que, segun los partes de la audiencia de Barcelona, habia devorado 1828 oficiales del ejército disuelto, asesinados en los caminos y las aldeas; y entonces que esperaban mas ópimo fruto de sus labores

no era cosa de pararse porque en el camino tropezáran con algunas víctimas.

El grito de los sublevados no era enteramente uniforme; sus gefes manifestaban distintos deseos; y esta discordancia hizo sin duda creer al rey que un simple indulto bastaria para apagar aquel fuego; dióselo en 30 de abril, haciéndolo estensivo á todos los gefes; pero Jep dels Estanys que era ya el gefe principal, no quiso admitirlo en la confianza del triunfo que le aseguraban nuevos elementos. Tomó con efecto rápido incremento en el mes de julio por los campos de Gerona, Vich y Manresa, auxiliando aquel que se titulaba comandante general de las divisiones realistas, Saperes, álias Caragol, y Vilella. Los esfuerzos del general Carratalá y del marqués de Campo Sagrado no bastaron á contener entonces una inflamacion general, á pesar de la lealtad del soldado. Con el fin de asegurar su triunfo, los cabecillas esparcian la voz de que la Córte y el clero les auxiliaban, y hasta que órdenes secretas del rey los movian á sublevarse. Cierto es que este conocia los planes de los conjurados, que los dejó trabajar con holgura; pero no parece creible que así trabajase contra su trono cuando realmente contaba con verdaderos enemigos que podrian aprovecharse de la revuelta en su daño.

Alarmado muy al contrario por el estado de Portugal, por las notas de la Francia, por la decision que tomaron los espatriados en Inglaterra de protejer el levantamiento para combatirlo despues, y porque el nombre de D. Cárlos corria de boca en boca como bandera suya, hizo partir á Cataluña numerosas tropas, que confió al mando del que ya diera cuenta de la faccion de Bessieres, el conde de España, á quien hizo al mismo tiempo, para mejor desempeño de su encargo, capitan general del Principado con las mas ámplias facultades: le invistió de su propia autoridad régia para modificar las sentencias, otorgar perdones, destituir generales y empleados que no secundasen sus deseos etc. Con tales poderes, el conde de España se hizo un verdadero rey en Cataluña, cuyo cetro era mas temible para el pais que el de Fernando, por lo arbitrario y violento de su carácter. Cuéntase que antes de partir tuvo una conferencia con D. Cárlos, á la cual se atribuye el objeto de sofocar por entonces la rebelion hasta que con mejores circunstancias pudiera renovarse.

Cuando el conde llegó á Cataluña, la encontró generalizada por todo el pais. Corrompida la guarnicion de Manresa, que hacia el regimiento infantería de la Reina segundo de línea, la sorprendieron en la noche del 27 al 28 de agosto los cabecillas citados al frente de sus somatenes. Cometieron algunos escesos, reclutaron á sus adeptos de 1823, y al dia siguiente crearon una especie de gobierno con el título de junta provisional de Cataluña, compuesta por algunos frailes é individuos del ayuntamiento bajo la presidencia de Caragol. Las proclamas que este improvisado tribunal espidió parecian escritas con la hiel de la venganza mas sanguinaria. A su eco se

levantó Vich con igual furor, y de aquella hoguera saltaron chispas á Aragon, Alava, Castilla y Valencia. Este aspecto amenazador amedrentó al rey y dispuso en un decreto, mas enérgico que habian sido los anteriores, la disolucion de los cuerpos realistas de aquellas dos poblaciones. Huyendo de los estragos que por todas partes causaban los insurrectos, ya en los liberales, ya en las personas con fama de riqueza, refujiábanse las gentes á Barcelona, donde la acumulacion hizo temer un contajio. Todas estas circunstancias y la voz esparcida por los rebeldes de que Fernando, cansado del poder por los quebrantos de su juventud, habia abdicado la corona en su hermano D. Cárlos, le hicieron adoptar una medida rápida y eficaz. El 18 de setiembre anunció por decreto que «queriendo examinar por sí mismo las causas que habian producido las inquietudes del principado de Cataluña, y persuadido de que su real clemencia contribuiria poderosamente al restablecimiento de la paz en aquella provincia, habia resuelto pasar á la plaza de Tarragona.» Esta resolucion era obra de Calomarde, que se hizo acompañar al rey en su espedicion. Este astuto ministro pertenecia á la tertulia de la esposa de D. Cárlos y no era menos exaltado en su realismo que los demas concurrentes; pero, juzgando muy bien que la Francia y la Inglaterra no tolerarian la deposicion del rey, cuya vida por otra parte, gastada y achacosa, no podia ser ya muy duradera, se propuso sofocar la hoguera inflamada, usando de medios pacíficos.

Partieron el rey y él precipitadamente en un mismo coche de San Lorenzo llegando en tres dias á pisar la pintoresca huerta de Valencia; atravesó velozmente la ciudad con la noticia de que los realistas exaltados trataban de apoderarse de él para obligarle á las demandas de los *agraviados*, y el 28 entró en Tarragona en medio de un recibimiento triunfal. Inmediatamente dirigió su voz á los catalanes con esta proclama: «EL REY. Catalanes: ya estoy entre vosotros, segun os lo ofrecí por mi decreto de 18 de este mes; pero sabed que como padre voy á hablar por última vez á los sediciosos el lenguaje de la clemencia, dispuesto todavia á escuchar las reclamaciones que me dirijan desde sus hogares, si obedecen á mi voz; y que como rey vengo á restablecer el órden, á tranquilizar la provincia, á proteger las personas y las propiedades de mis vasallos pacíficos, que han sido atrozmente maltratados, y á castigar con toda la severidad de la ley á los que sigan turbando la tranquilidad pública. Cerrad los oidos á las pérfidas insinuaciones de los que asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religion que profanan y por el trono á quien insultan, solo se proponen arruinar esta industriosa provincia. Ya veis desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretestos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelion. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religion, ni la patria peligra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad

es coartada por nadie. ¿A qué, pues, toman las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos? ¿Contra quien se proponen emplearlas? Contra su rey y señor. Sí, catalanes, ármanse con tales pretestos; hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la religion, que manda obedecer las potestades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; es, en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas, porque, si pudiesen admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habria ningun trono estable en el universo. Yo no puedo creer que mi real presencia deje de disipar todas las preocupaciones y recelos, ni quiero dejar de lisongearme de que las maquinaciones de los seductores y conspiradores quedarán desconcertadas al oir mi acento. Pero si contra mis esperanzas no son escuchados estos últimos avisos; si las bandas de sublevados no rinden y entregan las armas á la autoridad militar mas inmediata á las veinte y cuatro horas de intimarles mi soberana voluntad, quedando los caudillos de todas clases á disposicion mia para recibir el destino que tuviese á bien darles, y regresando los demas á sus respectivos hogares con la obligacion de presentarse á las justicias á fin de que sean nuevamente empadronados; y por último, si las novedades hechas en la administracion y gobierno de los pueblos no quedan sin efecto con igual prontitud, se cumplirán inmediatamente las disposiciones de mi real decreto del 10 del corriente, y la memoria del castigo ejemplar que espera á los obstinados durará por mucho tiempo. Dado en el palacio arzobispal de Tarragona á 28 de setiembre de 1827. —Yo el rey.»

A esta proclama habian precedido órdenes reservadas de las sociedades secretas para la capitulacion; de modo que su efecto fué casi mágico: D. Juan Rafi y Vidal, que capitaneaban unos trescientos facciosos del campo de Tarragona, depusieron las armas y se acogieron al indulto; la junta de Manresa se presentó tambien al conde de España, escepto Caragol, que, ocultando su designio por medio de un movimiento sobre Barcelona, se fugó á Francia; en Cervera, el mismo gefe de la insurreccion esparció entre los suyos la proclama real y se presentó al general Monet; las facciones de Villafranca de Panadés, se dispersaron tambien, sometiéndose á la obediencia su caudillo Morató; el sargento retirado Salval, gefe de los de Villabella y Albajar de los de Mombrió del Campo, disuelven sus partidas; Belbey, Vila y Figueras siguen sus huellas, presentándose en Tarragona; Paries se entrega con 600 infantes y 50 caballos; y por último, el cabecilla Castañ, caudillo de los de Olot, ya no se satisface con reconocer su estravio y someterse al rey, si no que ademas vá en busca de los suyos para hostilizarlos. Asi fué que el ejército del rey, enviado en su persecucion á las órdenes del conde de España, el baron de Meer, Monet, Manso y otros hi-

zo mas bien un paseo por brigadas que una batida por combinacion: sus operaciones se redujeron á recoger los fusiles de los rendidos que, sin esperar su llegada, los entregaban á los ayuntamientos de los pueblos. Pocos gefes rebeldes permanecieron con las armas en la mano: Jep dels Estanys era uno de ellos, y habia tanto mas empeño en aprisionarle, cuanto que como alma de la sublevacion, era dueño de secretos y papeles de suma importancia, que el conde manifestó ansiedad de cojer. Pero Jep, al aproximarse las tropas á Berga, punto de su cuartel general, se retiró á Francia con la secretaria y diez y ocho cargas de dinero: alcanzáronle al dia siguiente; pero una rápida huida le puso á salvo en territorio francés. Con este último golpe, desapareció el monstruo que amenazara alterar la paz general de la monarquia: el cabecilla T[illegible]et, hecho prisionero hácia el Ampurdan, fué fusilado; el renombrado Abres, álias Pixola, pasó herido al hospital de Olot; y por último, Oriol pudo salvarse, merced á la veloz carrera de su caballo. Los mismos pueblos los perseguian, y á los que se restituyeran á sus casas los insultaban.

La rendicion y presentacion de todos estos caudillos tenia en general por garantia la solemne promesa empeñada por el rey en su proclama del 28 de setiembre; no bien se oyó su voz y repitió su eco en las montañas que ocupaba la rebelion se deshizo como bruma que disipa el viento. Sin embargo, la real clemencia no echó su velo protector sobre los delincuentes, y al contrario los entregó á la cuchilla del verdugo: el 7 de noviembre dos cañonazos y una bandera negra, enarbolada en el castillo de Tarragona, llamaron al vecindario aterrado á presenciar el lúgubre espectáculo de Rafi y Vidal y de Olives, comandante de batallon el uno y capitan graduado el otro, pendientes de la horca: once dias despues el mismo fúnebre crespon y tres cañonazos anunciaban la muerte de otros tantos gefes, los infelices D. Joaquin Laguardia, teniente coronel, Don Miguel Bericart de Tortosa y el doctor en medicina D. Magin Pallas, de Manresa, vocal de su junta: antes de que desaparecieran del suelo las manchas de su sangre, las renovó el ajusticiamiento del teniente coronel D. Rafael Bosch y Ballester, despues de cuya escena dió el verdugo al público la de la quema de las cuatro banderas cogidas á los rebeldes y de gran número de sus proclamas, y la de romper por su misma mano ciento treinta espadas «profanadas, decia el artículo de oficio, por infames militares»: el último cuadro de este drama sangriento fué la muerte del capitan ilimitado D. Narciso Abres, el famoso Pixola, Jaime Vives y José Rebusté. Romagosa, gobernador faccioso de Mataró, debió á la fuga, como Caragol, su salvacion; y el terrible Padre Puñal, padre franciscano de la partida del Jep del Estanys, que, armado de pies á cabeza, con bandera de sangre en la mano y pendiente un crucifijo entre dos pistolas, llegara hasta las puertas de Barcelona, proclamando con el ardor de un energúmeno la inquisicion, debió su vida á unas monjas que en su con-

vento le ocultaron. Estos castigos no hubieran inspirado tanto horror é indignacion sin las sospechas ó fundadas presunciones que la opinion tenia acerca del origen de la insurreccion, sin la horrible forma del suplicio que se les dió, y si no fuera cierto que los infelices se presentaron inmediata y espontáneamente á implorar la clemencia del rey. De ella solo disfrutaron el teniente coronel D. Francisco Terricabras y siete de sus compañeros que debian ser ajusticiados en Vich.

En tanto que tan terrorífico escarmiento se ejecutaba, los reyes daban un paseo por las provincias que la insurreccion amagára, para que el entusiasmo que produjéra su presencia y la aureola de triunfo que les acompañaba sofocáran los postreros conatos de los descontentos. La reina Amalia, que se despidiera en San Lorenzo de su esposo con unos sentidos versos matizados de piadosos sentimientos, fué llamada á Valencia, adonde el rey salió á esperarla; pasaron de allí á Barcelona, que espléndidamente los obsequió con fiestas cívicas y religiosas, que algo dulcificaron en el rey los renovados dolores de gota; y continuando lentamente el viaje, pasaron por Zaragoza, Pamplona, San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Burgos, Palencia y Valladolid, llegando de regreso á Madrid el 11 de agosto del siguiente año 1828, entre el universal regocijo de su poblacion, siempre novelera y afecta á las pompas régias. Tras diez meses de ausencia, se restituian á su hogar, dejando en la monarquía por fruto de su espedicion los bienes de la paz, que hubieran sido mas dulces y duraderos, sino se hubiesen regado tan profusamente con sangre y sangre al fin de españoles.

No habian terminado los reyes su paseo, y la rebelion, sobre cuya garganta acababan de poner el pié, daba su último suspiro. El Jep dels Estanys, bien le alentase el perdon que la voz pública dijo le hiciera ofrecer en Francia Calomarde con la mira de apoderarse de sus papeles, bien que intentase, como el gobierno dijo, resucitar la rebelion, apareció en el pais, siendo inmediatamente cogido y arcabuceado en la altura que domina al pueblo de Olot con tres de sus ayudantes y con no menor premura reducidos á cenizas sus papeles. Este malaventurado purgó al fin entonces todos sus estravios: habia estado, segun su propia declaracion, durante su vida en diez y ocho cárceles; de contrabandista en la guerra de la independencia, se habia trasformado en coronel; por estos servicios y los prestados en la guerra de la fé, gozaba una pension de veinte mil reales, concedida por el rey; este hombre, aunque ya viejo, era impetuoso, su vida le habia endurecido para las fatigas corporales, siéndole indiferente colchon de blanda pluma ó silíceo peñasco por lecho; no le afectaba el sol mas abrasador ni el contacto de la humedad; su sueño ofrecia la cortada agitacion que el crimen introduce en el pecho del hombre; unos le tenian por ambicioso; otros únicamente por enemigo de su especie. Tal era el hombre que los instigadores de la sublevacion

de 1827 colocaron á su frente. Estos, no bien observaron que caminaba aleteando, herida de muerte, corrieron á deponer nuevas protestas de fidelidad á los pies del monarca, cuya ruina procuraban, mientras los fugitivos en Francia daban á luz manifiestos que atacaban á los ministros por las prendas mas estimables al hombre, y particularmente de Calomarde, á quien presentaban desembozadamente como traidor. No tenemos datos para asegurar que lo hubiese sido; pero creemos que la ambigua conducta que se habia propuesto seguir, en armonía con el rey, puede justificar esas acusaciones. Sabemos que tales suelen ser las espansiones del despecho; mas, si tenemos presente que jamás volvió Calomarde á la gracia del bando apostólico y de su gefe D. Cárlos, aun cuando mas necesarios le eran los esfuerzos de todos sus partidarios en la guerra, no podemos rehusarnos á conceder visos de verdad y de razon á las quejas é inculpaciones de los vencidos.

La conducta de Fernando y de D. Cárlos en esta breve crisis, que alteró la paz de la monarquía, es asunto en que los contemporáneos han discurrido largamente, cada cual segun sus afecciones ó compromisos, pero concordando todos en que á ninguno de los dos eran desconocidos los proyectos antes de su ejecucion. Y bien: si los conocian ¿cómo es que no impidieron se llevasen á cumplido término y no evitaron la consiguiente efusion de sangre, que, á mas de española, era de hermanos? D. Cárlos, se dice, y no nos negamos á creerlo, tenia noticias de la conspiracion, sabia que se empleaba su nombre para seducir y obligar, sabia que se le iba á presentar como bandera de la sedicion; pero él jamás autorizó á nadie para ese abuso, se resistió á las sugestiones de su esposa y adeptos, y protestó que *mientras* existiese su hermano, él no atentaria á su corona. Esta conducta estaba sin duda muy en armonía con los sentimientos religiosos y fraternales de D. Cárlos. Pero, si no le era desconocido el criminal uso que de su nombre se hacia ¿cómo es que no dió á su hermano cuenta de lo que contra él se tramaba? No se pidan en este siglo las acciones de Guzman el Bueno, ni aun que el marido delate á su tierna esposa: de aquella conjuracion eran acaso el núcleo las personas mas afectas á su corazon.

Fernando tampoco ignoraba el pensamiento que contra él germinaba, y tal vez corria por su mano el hilo que se urdia; pero se dice que no creyó llegasen los planes á su consumacion, seguro como estaba de la lealtad de su hermano Cárlos, y en todo caso que, declarados patentemente sus enemigos, tendria luego mas desembarazado el camino del gobierno, cuya marcha entorpecian consideraciones contrarias á su carácter, pero obligatorias para él.

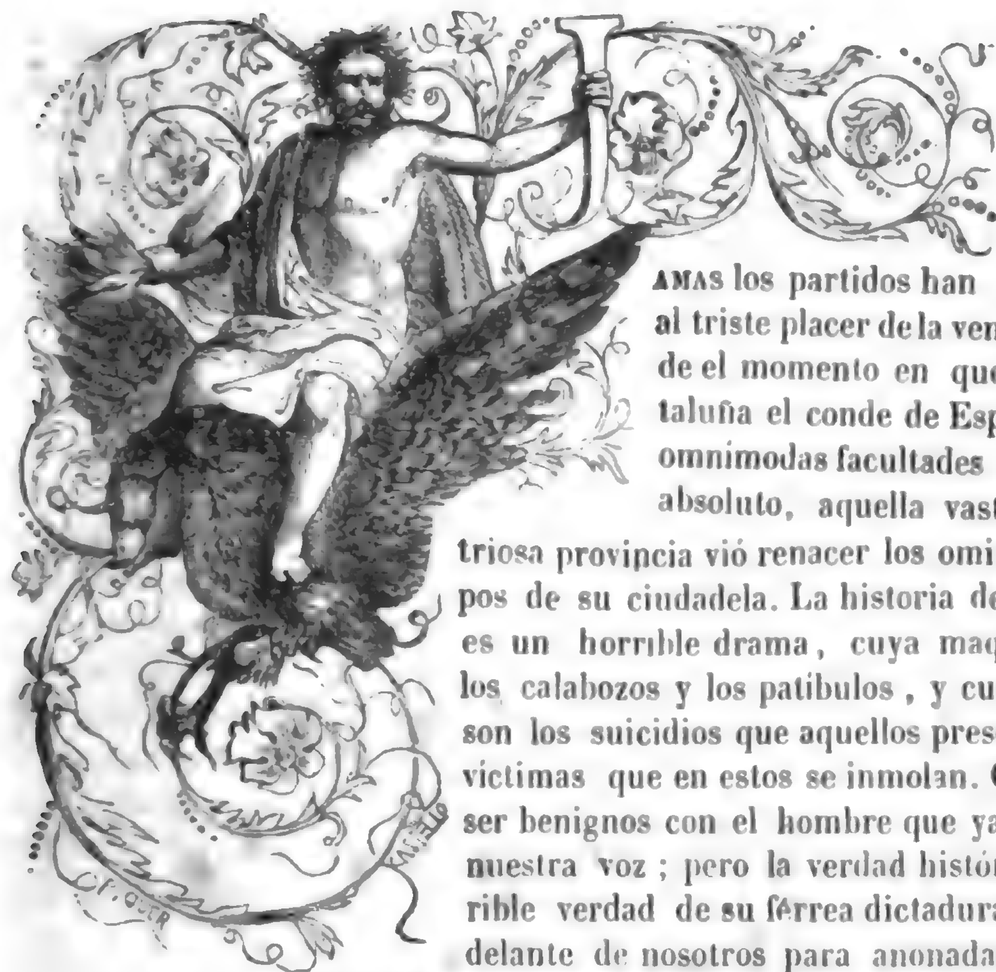
Siempre quedará un grave cargo contra ambos hermanos: ¿por qué Fernando castigó tan severamente el delito que dejó perpetrar? ¿por qué D. Cárlos no empleó su influencia en alcanzar el perdon de sus amigos vencidos?

Mas no se crea que, por serlo, ellos se resignaron con su suerte, y que los apostólicos abandonaron sus planes, y que la tertulia de D. Cárlos se deshizo, y que su esposa domó su ambicion y la exaltacion de sus ideas. Veremos luego que nadie cejó en su camino, sirviéndoles únicamente este contratiempo para dirijir mas hábil y pausadamente sus pasos. Los sucesos que subsiguieron son evidente prueba de que ni las derrotas ni los mártires producen el arrepentimiento y la disolucion de los partidos.

Digitized by Google

CAPITULO II.—1828 A 1833.

Conducta del conde de España en Cataluña.—Casamiento del rey con Cristina.—Cuestion de sucesion á la corona.—Declaracion de la infanta Isabel princesa de Asturias.—Derogacion de la Pragmática sancion.—Ministerio Cea.—Primera regencia de Cristina.—Restablecimiento de la Pragmática sancion.—Recupera el rey el mando.—D. Cárlos pasa á Portugal.—Jura en Córtes de la princesa de Asturias.—Muerte del primer cabecilla carlista en Cataluña.



JAMAS los partidos han renunciado al triste placer de la venganza. Desde el momento en que pisó á Cataluña el conde de España con las omnimodas facultades de un rey absoluto, aquella vasta é industriosa provincia vió renacer los ominosos tiempos de su ciudadela. La historia de su mando es un horrible drama, cuya maquinaria son los calabozos y los patíbulos, y cuyas escenas son los suicidios que aquellos presencian y las víctimas que en estos se inmolan. Quisiéramos ser benignos con el hombre que ya no escucha nuestra voz; pero la verdad histórica, la horrible verdad de su férrea dictadura se pondria delante de nosotros para anonadarnos y atormentar nuestra conciencia. En los cinco años que rijió el Principado, no

fué el baston del gefe militar ni la vara del magistrado lo que empuñó su mano, sino el látigo de un señor, siempre estallando sobre el pueblo catalan. Apenas abandonaron los reyes su territorio emprendió la larga série de tropelias y venganzas que sembraron de odios é inundaron de lágrimas y sangre aquel malaventurado pais. Organizó nuevamente los cuerpos de voluntarios realistas que el rey habia desarmado, dando las armas á los mismos que para la rebelion las empuñáran; creó una policía secreta de los hombres mas inmorales, que espiaban los dichos mas inofensivos, sirviendo los unos á los otros de testigos; nombró magistrados venales que acogian falsas conspiraciones para su tráfico; obligaba á los encausados á aceptar el defensor que él les nombraba y que en la elaboracion del proceso, de propósito abandonaba las pruebas que aquellos le suministraban. El estruendo del cañon despertó un dia, el 19 de noviembre, á los habitantes de la populosa Barcelona; era que el verdugo empezaba sus tareas. Trece infelices, entre quienes se hallaba el coronel Ortega que, arrebatado por la desesperacion, habia intentado suicidarse en el calabozo con un hueso de gallina, fueron aquella lúgubre mañana fusilados, mutilados y colgados sus restos de las horcas que habian levantado de antemano frente á la ciudadela. El conde acudió con los fiscales, como los buitres al olor del cadáver, a devorar con sus ojos aquel sangriento espectáculo, y se retiró con la sonrisa en los lábios ¡sonrisa de tigre! Nadie dormia tranquilo en su casa, porque los procesos se formaban sobre simples delaciones, que cualquier enemigo privado fraguaba, dándole un aspecto político para mayor seguridad del éxito. Los presos no tenian mas cama en sus calabozos que una estera; comian allí un brevage insalubre que les hacian pagar á peso de oro, y les obligaban á limpiar sus propias inmundicias. Se les encerraba con los ladrones y asesinos que alcanzaban el perdon de la muerte para servir allí mismo de espias. Se hacian los registros de los presos esponiéndolos desnudos á la intempérie en medio de un dia rígido de invierno; y los que, con cualquier prueba de cualquier supuesto ó verdadero delito, no iban pronto al patíbulo, despues de algunos meses de prision y martirio, iban á los presidios de Africa con la cabeza rapada. La desesperacion llegó á su colmo, pues en pocos dias se intentaron quince suicidios, llegando algunos á conseguir su fatal designio: el uno se traspasa la cabeza con un clavo que encuentra en la pared de su calabozo; el otro se abre las venas con un hueso aguzado; aquel se ahoga con otro; este se corta y traspasa la garganta con un vidrio. El escarnio de las víctimas llegaba hasta juntar en las cadenas de presidio, al magistrado con el ladron ó asesino, al militar de mayor graduacion con el último soldado. Los presidios se poblaron de familias enteras, en las que la esposa purgaba el delito de no haber querido declarar contra su marido, ó un hijo contra su padre.

De tiempo en tiempo las horcas de la ciudadela proseguian su tarea, siempre anunciada por el fúnebre estampido del cañon: el dia 26 de

febrero del año siguiente 29 pendian de ellas cuatro troncos, escogidos de entre los diez tenientes coroneles y un comerciante arcabuceados: el 30 de julio perecieron otros nueve, siendo cuatro de ellos tambien colgados del horrible maderamen, todavia salpicado con la sangre de sus compañeros.

Hé aqui de que manera se volcanizó aquel suelo, de suyo combustible: el fuego que entonces se pretendió apagar, no dejando mas con que alimentarlo, es el que luego aparece de súbito á las primeras conmociones de la guerra civil y devora á sus propios atizadores; que en las luchas politicas tambien la hoguera sobrevive al ciclope.

El casamiento de un rey en cualquier monarquia es un suceso notable; en una monarquia absoluta es altamente importante; y si la monarquia absoluta se encuentra en circunstancias como las que acabamos de bosquejar, entonces suceso tan ordinario y de escasa entidad en otros estados, épocas ó situaciones, es ocasion de viva agitacion en los ánimos: unos dudan, otros confian; unos temen, otros esperan. Asi recibió la monarquia de Fernando VII en setiembre de 1829 la noticia oficial de que, atendiendo á la utilidad que reportaria el pueblo español de que tuviese sucesion directa, habia concertado su cuarto matrimonio con la princesa napolitana doña Maria Cristina de Borbon. Realizados seguidamente los desposorios (el 11 de diciembre en Aranjuez) esperanzas y temores no tardaron en tomar exageradas dimensiones en los pechos de la multitud, que tan prodigiosamente fertiliza la politica. El entusiasmo, no obstante, fué universal, pues, aunque los apostólicos trataban de prevenir antes de su venida en contra suya el espíritu público, por medio de artículos atentatorios á su decoro, en la *Cotidianne*, periódico realista francés, no por eso dejó de ser recibida como quien llega con una mision salvadora: á tal grado de postracion y decadencia llegara, repetimos, la monarquia española, un tiempo tan próspera y encumbrada.

En medio de todo, no era inesplicable aquella fermentacion de los espíritus: lo que temian los apasionados de D. Cárlos era consiguientemente lo mismo que alentaba á sus contrarios; la preñez de la reina Cristina, cuya prole pondria una valla imponente á los proyectos de sucesion que se habian concebido. Luego que hubo ostensibles indicios de preñez, la madre de aquella, la reina Isabel de Nápoles, imbuyó en el ánimo de Fernando la necesidad de proveer al caso en que el alumbramiento de su esposa diese á la monarquia una niña, acerca de cuyo órden estaban las leyes harto acomodadas á interpretaciones de legal apariencia. En estos consejos ayudaba entonces á la madre el ministro Calomarde, que se puso de parte de Cristina tan luego como conoció el ascendiente que adquiria con su belleza y cariñosas demostraciones en el corazon del rey. Este no se negó á una disposicion que parecia conforme á sus deseos, pues el 29 de marzo de 1830 se publicó la pragmática sancion que admitia á las hembras en la sucesion

á la corona de España. Para nosotros, digámoslo francamente, esta ley ó esta pragmática y el auto acordado de Felipe V, no eran entonces mas que un pretesto legal que se buscaba para la querella de fuerza que se consideraba inevitable y se deseaba entablar. Despues de lo que acerca de esto hemos dicho en la Galeria militar contemporanea, no repetiremos aqui sino cuanto exija un libro independiente, que no debe dejar claros de sucesos tan notables en la narracion.

Los pueblos bárbaros del norte que invadieron nuestra península á principios del siglo V, no admitian, es verdad, como todo pueblo guerrero, las hembras á la sucesion de la corona; pero entonces tampoco existia sucesion dinástica, porque el monarca era electivo, cual convenia tambien á sus hábitos de guerra. El argumento, pues, de que la primera ley de sucesion en la monarquía solo aceptaba á los barones es bien escasamente valedero en la época presente.

A esta ley tradicional, si tal nombre quiere darse á una costumbre mas ó menos arraigada en un pueblo no constituido todavia en cuerpo de nacion, sucedió la primera ley escrita que acerca de la materia se conoce, la ley de las *Partidas*, primer código, pudiéramos decir tambien, en el que Alonso el Sábio constituye en cuerpo de legislacion española los miembros dispersos de nuestras legislaciones romana y goda y de nuestras leyes consuetudinarias.

Cuatro siglos y medio existió esta ley sin la menor contradiccion ni alteraciones hasta que Felipe V la destruyó con su auto acordado en 1713 cuando la nacion yacia postrada á sus pies, vencida y estenuada: semejantes circunstancias creemos que no dan el mejor carácter á la *ley sálica*, importada de estraños códigos por un estranjero que blandia en su mano la espada del conquistador.

Su voluntad fué tambien respetada hasta 1789 en que Cárlos IV convocó las Córtes del Buen Retiro para tratar de la necesidad y conveniencia de restablecer la primera ley y costumbre de suceder en la corona con preferencia de mayor á menor y de varon á hembra, habilitando á estas. Las Córtes así lo acordaron y el rey lo sancionó, siendo esta tal vez para nosotros la primera disposicion en la materia con carácter de verdadera ley, por ser obra del pais representado en Córtes: hasta entonces todas habian sido emanaciones de la voluntad omnímoda de reyes absolutos.

Pero esta pragmática sancion, aboliendo el auto acordado, no se publicó entonces, á peticion del mismo rey, «por convenir así á su mejor servicio», aunque se hizo su solemne declaracion en las Córtes, y se pasó copia certificada, por conducto de su presidente, al gobernador del Consejo el conde de Campomanes, por la via reservada; y en esta circunstancia apoyaban los partidarios de D. Cárlos la invalidez de que, á su juicio, estaba afectada, cuando Fernando, por decreto de 26 de marzo de 1830 dirijido al Con-

sejo, mandó que se publicase ley y pragmática con las formalidades establecidas (1).

¿Es cierto que Fernando, monarca absoluto, no podia dar ó quitar su fuerza al auto acordado de Felipe V, que lo introdujera con el mismo título de rey absoluto? Si la voluntad de los monarcas absolutos no es la suprema ¿qué regla, que juez, da la autoridad á sus mandatos? ¿Es la antigüedad?—Seria necesario ascender al nebuloso origen de los pueblos. ¿Es el bien de los súbditos?—Seria necesario penetrar en la prolija cuestion de los medios propios de apreciarlo. Pero en ambos casos ¿qué se habria hecho del orígen divino de la autoridad real? Nosotros lo hemos dicho há poco: para ambos partidos y para sus respectivas personificaciones, la cuestion legal era un simple pretesto; todos hubieran rechazado el fallo del mas autorizado tribunal. Si acerca de esto se escribió y disputó tanto, es por ese

(1) Este documento bien merece, por la importancia que se le dió, un lugar en una de las obras que componen nuestra historia de la guerra civil.

Pragmática sancion en fuerza de ley decretada por el señor rey D. Carlos IV á peticion de las Cortes del año de 1789 y mandada publicar por S. M. reinante para la observancia perpetua de la ley 2.ª título 15, Partida 2.ª que restablece la sucesion regular de la corona de España.

Don Fernando VII, por la gracia de Dios rey de Castilla etc. etc A los infantes, prelados, duques, marqueses, condes, ricos-hombres, priores, comendadores de las ordenes y sub-comendadores, alcaides de los castillos, casas fuertes y las masas, y á los de mi consejo, presidentes y oidores de las mis audiencias y chancillerías, alcaldes, alguaciles de mi Casa y Córte, y á todos los corregidores, asistentes, gobernadores alcaldes mayores y ordinarios, y otros cualesquiera jueces y justicias, ministros y personas de todas las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos y señoríos tanto á los que ahora son, como los que serán de aquí en adelante, y á cada uno y cualquiera de vos, *sabed*: Que en las Córtes que se celebraron en mi palacio de Buen Retiro el año 1789, se trató á propuesta del rey mi augusto padre, que está en gloria, de la necesidad y conveniencia de hacer observar el método regular establecido por las leyes del reino, y por la costumbre inmemorial de suceder en la corona de España, con preferencia de mayor á menor y de varon á hembra, dentro de las respectivas líneas por su órden: y teniendo presente los inmensos bienes que de su observancia por mas de setecientos años habia reportado esta monarquía, así como los motivos y circunstancias eventuales que contribuyeron á la reforma decretada por el auto acordado en 10 de mayo de 1713, elevaron á sus reales manos una peticion con fecha de 30 de setiembre del referido año de 1789, haciendo mérito de las grandes utilidades que habian venido al reino, ya antes, ya particularmente despues de la union de las coronas de Castilla y Aragon, por el órden de suceder señalado en la ley 2.ª, título 15 Partida 2.ª, y suplicándole que, sin embargo de la novedad hecha en el citado auto acordado, tuviese á bien mandar se observase y guardase perpetuamente en la sucesion de la monarquía dicha costumbre inmemorial, atestiguada en la citada ley, como siempre se habia observado y guardado, publicándose pragmática sancion, como ley hecha y formada en Córtes, por la cual constase resolucion y la derogacion de dicho auto acordado. A esta peticion se dignó el rey mi augusto padre resolver como lo pedia el reino, decretando á la consulta con que la junta de asistentes á Córtes, gobernador y ministros de mi real Cámara de Castilla acompañaron la peticion de las Córtes: Que «habia tomado la resolucion correspondiente á la citada súplica»; pero mandando que por entonces se guardase el mayor secreto, «por convenir así á su servicio»; y en el decreto á que

mismo afan que hace á los mayores delincuentes buscar una justificacion de sus crímenes. Sin duda que, por claro y patente que estuviese el órden de sucesion establecido en nuestras leyes, ni las pretensiones de D. Cárlos y sus implacables partidarios, ni la ambicion de Cristina y las esperanzas que fomentó, hubieran abandonado espontáneamente el campo de la fuerza. A lo menos esa es nuestra opinion, dando á las circunstancias el valor que la revolucion de julio estaba imprimiendo en ellas.

En tanto que, acerca de este punto, una lucha sorda estaba cruzando argumentos y dicterios, los hechos se iban precipitando en medio de los combatientes. El 10 de octubre dió á luz Cristina una niña, á quien al siguiente dia 30 se bautizó con el nombre de Isabel, y dos despues se proclamó solemnemente princesa de Asturias, heredera del trono. Los apostólicos se felicitaron al fin de que fuese hembra y no varon el recien na-

se refiere: «Que mandaba á los de su Consejo espedir la pragmática sancion que en tales casos se acostumbra». Para en su caso, pasaron las Córtes á la via reservada copia certificada de la citada súplica, y demas concerniente á ella, por conducto de su presidente, conde de Campomanes, gobernador del Consejo; y se publicó todo en las Córtes con la reserva encargada. Las turbaciones que agitaron la Europa en aquellos años, y las que esperimentó despues la península, no permitieron la ejecucion de estos importantes designios, que requerian dias mas serenos. Y habiéndose restablecido felizmente por la misericordia divina la paz y el buen órden de que tanto necesitaban mis amados pueblos; despues de haber examinado este grave negocio, y oido el dictámen de ministros celosos de mi servicio y del bien público, por mi real decreto dirijido al mi Consejo en 26 del presente mes, he venido en mandarle que con presencia de la peticion original, de lo resuelto á ella por el rey mi muy querido padre, y la certificacion de los escribanos mayores de Córtes, cuyos documentos se le han ocompañado, publique inmediatamente ley y pragmática en la forma pedida y otorgada. Publicado aquel en el mismo mi Consejo pleno, con asistencia de mis dos fiscales, y oidos in voce en el dia 27 de este mismo mes acordó su cumplimiento y espedir la presente en fuerza de ley y pragmática sancion, como hecha y promulgada en Córtes. Por lo cual mando se observe, guarde y cumpla perpétuamente el literal contenido de la ley 2.ª, título 15, Partida 2.ª segun la peticion de las Córtes celebradas en mi palacio de Buen Retiro en el año 1789 que queda referida, cuyo tenor literal es el siguiente:

«Mayoria en nascer primero es muy grandt señal de amor que muestra Dios á los fijos de los reyes, á aquellos que la da entre los otros sus hermanos que nascen despues del: en aquel á quien esta honra quiere facer, bien da á entender quel adelanta et le pone sobre los otros porque le deben obedescer et guardar, así como a padre et á señor. El que esto sea verdat pruébase por tres razones: la primera naturalmente, la segunda por ley, la tercera por costumbre: ca segunt natura, pues que el padre et la madre cobdician haber linage que herede lo suyo, aquel que primero nasce et llega mas aina para cumplir lo que ellos desean, por derecho debe ser mas amado de ellos, et él lo debe haber, et segun ley, se prueba por lo que dijo nuestro señor Dios á Abraham cuando le mandó, como probándole, que tomase su fijo Isaac el primero, que mucho amaba, et le degollase por amor del; et esto le dijo por dos razones: la una porque aquel era fijo que él amaba así como á sí mismo, por lo que de suso dijimos; la otra porque Dios le habia escojido por santo, cuando quiso que nasciese primero, et por eso le mandó que de aquel le ficiese sacrificio; ca segunt él dijo á Moisés en la vieja ley, todo másculo que nasciese primeramente serie llamado cosa santa de Dios. Et que los hermanos le deben tener en logar de padre se muestra

cido, por cuanto la vaguedad del derecho permitia la apelacion á las armas donde se abrigaba su mas grande esperanza á la vista de doscientos mil realistas y la mayor parte del ejército que no sin razon juzgaban sus adictos. Pero la infalibilidad de los lúgubres dias que se acercaban daba un sombrio aspecto al porvenir, que no sin secreto terror y visible abatimiento contemplaban ya todas las clases de nacion. Por eso las disposiciones que por ambos bandos se tomaban, no tendian mas que á la guerra: se preparaban como legiones que pisan ya el terreno de la batalla y como quien está en la víspera del combate. Cristina dedicaba toda su habilidad y empleaba todos

porque él ha mas dias que ellos et veno primero al mundo; et aquel han de obedescer como á señor se prueba por las palabras que dijo Isaac á Jacob, su fijo, cuando le dió la bendicion, cuidando que era el mayor: tú serás señor de tus hermanos, et ante tí se tornarán los fijos de tu padre, et al que bendijeres será bendicho, et al que maldijieres cayerle ha la maldicion: onde por todas estas palabras se da á entender que el fijo mayor ha poder sobre los otros hermanos, así como padre et señor, et que ellos en aquel logar le deben tener. Otrosí, segun antigua costumbre, como quier que los padres comunalmente habiendo piedat de los otros fijos, no quisieron que el mayor lo hobiese todo, mas que cada uno de ellos hobiese su parte: pero con todo eso los homes sabios et entendudos, catando el pro comunal de todos, et conosciendo que esta particion non se podrie facer en los regnos que destroidos non fueen, segun nuestro señor Jesucristo, dijo, que todo regno partido astragado serie, tuvieron por derecho aquel señorio del regno non lo hobiese sinon el fijo mayor despues de la muerte de su padre. Et esto usaron siempre en todas las tierras del mundo do el señorio hubieron por linage, et mayormente en España: ca por escusar muchos males que acaescieron et podrien aun seer fechos, posieron que el señorio del reino heredasen siempre aquellos que viniesen por liña derecha et por ende establecieron que si fijo varon hi non hobiese, la fija mayor heredase el regno, et aun mandaron que si el fijo mayor moriese ante que heredase, si dejase fijo ó fija que hobiese de su muger legítima, que aquel ó aquella lo hobiese, et non otro ninguno: pero si todos estos fallesciesen, debe heredar el regno el mas propinco pariente que hi hobiere, seyendo home para ello et non habiendo fecho cosa porque lo debiere perder. Onde por todas estas cosas es el pueblo tenudo de guardar el fijo mayor del rey, ca de otra guisa non podrie seer el rey complidamente guardado, si ellos así non guardasen al regno: et por ende cualquier que contra esto ficiere, farie traicion conoscida, et debe haber tal pena como desuso et dicha de aquellos que desconoscen señorio al rey.»

Y por tanto os mando á todos y cada uno de vos, en vuestros distritos, jurisdicciones y partidos guardeis, cumplais y ejecuteis, y hagais guardar, cumplir y ejecutar esta mi ley y pragmática sancion de todo y por todo, segun y como en ella se contiene, ordena y manda, dando para ello las providencias que se requieran, sin que sea necesaria otra declaracion alguna mas que esta, que ha de tener su puntual ejecucion desde el dia que se publique en Madrid y en las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos y señorios, en la forma acostumbrada, por convenir así á mi real servicio, bien y utilidad de la causa pública de mis vasallos: que así es mi voluntad, y que al traslado impreso de esta mi carta, firmado de D. Valentin de Pinilla, mi escribano de Cámara mas antiguo y de gobierno de mi Consejo, se le dé la misma fé y crédito que á su original. Dada en Palacio a 29 de marzo de 1830.—Yo el rey.—Yo D. Miguel de Gordon, secretario del rey nuestro señor, lo hice escribir por su mandado.—D. José Maria Puig.—D. Francisco Marin.—D. José Hevia y Noriega.—D. Francisco Jabier Adell.—D. José Cabanilles.—Registrada: D. Salvador Maria Granés.—Teniente canciller mayor: D. Salvador Maria Granés.»

los resortes de su mérito en atraerse á la fuerza armada en ostentosas revistas y en solemnes cumpleaños, que eran ocasion de repetidas aunque vagas manifestaciones acerca de la gran cuestion de herencia, como quien aspira y teme á la vez ir soltando precedentes. El nacimiento de la infanta Maria Luisa Fernanda era para Cristina una doble prenda de seguridad para sus proyectos. La ambicion que esta demostraba por la ocupacion del trono, durante una larga minoria, acaso estaba fortalecida por el aborrecimiento que habian llegado á inspirarle los ministros Calomarde y el obispo de Leon, con las atroces venganzas que sucedieron al vencimiento de los revolucionarios de Vera, Andalucia, Cataluña y Galicia, y el inhumano y pérfido señuelo tendido á Torrijos por el gobernador de Málaga, Gonzalez Moreno, atrayéndoles por medio de finjidos amigos á donde él les esperaba para lograr su captura y esterminio. Fernando habia dictado providencias crueles, porque la influencia de su esposa, aunque grande, no alcanzaba á neutralizar sus antiguos odios á los liberales y á modificar sus vigorosos instintos.

La hora, de todos tan ansiada, se acercaba presurosa. La enfermedad que corroia la robusta constitucion del monarca, malgastada durante su borrascosa existencia, habia hecho tan rápidos progresos en el verano de 33 que el mismo paciente vió cercano su próximo fin, cuando á mediados de setiembre, en san Ildefonso, se fijó la gota en el pecho. Esta idea, la idea de su aislamiento y desamparo, aflijia en tanto estremo y debilitaba el espíritu de Cristina que, por mas que á su ambicion halagase el cargo de gobernadora del reino que en el testamento le legaba el moribundo durante la menor edad de su hija Isabel, se dedicó con tal esmero y cariño á su cuidado que no parecia sino que queria disputar á la muerte su presa con todas las armas del mas acendrado amor conyugal. No abandonaba un momento el lecho del moribundo; sus manos le suministraban todos los medicamentos y curaban las heridas; velaba noche y dia á su lado espiando todos sus movimientos y previniendo sus menores deseos: crecia con esto el reconocimiento del moribundo hácia su jóven esposa. Ambos de acuerdo y preparándose para el trance fatal que la paz de la monarqnia iba á sufrir, llamaron á Calomarde y al obispo de Leon para escuchar sus consejos: uno y otro, identificados con la causa de D. Cárlos, estuvieron acordes en que la muerte del rey seria inmediatamente correspondida por la fuerza armada y el pueblo con la proclamacion del príncipe como heredero de su corona. El ministro de Gracia y Justicia, hábil en los manejos de partido, no creyendo prudente desahuciar todas las esperanzas de Cristina, indicó que tal vez Cárlos se comprometeria á defenderla por medio de algun acomodamiento que le diese parte en la gobernacion del Estado. El conde de Alcudia partió sin dilacion á presentar al infante el nombramiento de consejero de la reina, que el rehusó en breves palabras con noble franqueza: si, animado de maquiavélicos designios, hubiera aceptado un puesto que

tan inmediato al solio le colocaba y que indudablemente le hubiera hecho su árbitro, no cabe dudar que habria asegurado entonces su triunfo. Desechada esta proposicion, se le hizo tambien, á propuesta del mismo Calomarde, la de un lugar al lado únicamente de Cristina como regente del reino; pero se le exijia prévio el reconocimiento de los derechos de su sobrina, á la cual se negó de nuevo con noble y respetuosa franqueza. Comprendió aquella entonces que estaba rodeada de enemigos, que solo esperaban el último suspiro del monarca para volverle completamente la espalda: los embajadores de Francia é Inglaterra eran sus únicos apoyos. Antonini, enviado de la córte de Nápoles como embajador de familia, era quien mas ayudaba con todas las fuerzas de su habilidad diplomática á los ministros exaltados. Acudieron un dia á la cámara mortuoria, pintaron ante los desconsolados esposos el cuadro aterrador de una nacion, cuyas entrañas destrozan encontrados partidos, exageraron los elementos de adhesion al infante y los riesgos de una reina viuda y dos niñas huérfanas, sin amparo alguno, sin partido constituido, con falsos amigos, entregadas á la debilidad natural de su sexo: el hombre moribundo y la muger aterrada retrocedieron ante ese cuadro, y anularon de comun acuerdo con un codicilo la pragmática sancion de 29 de marzo y la parte del testamento relativa á la sucesion de la corona. Disponiase en el decreto y ademas lo encargó el rey de palabra á los presentes, que todo aquello se reservase en un profundo secreto hasta su muerte; pero los amigos del infante, ansiosos de afianzar sus derechos con un documento de tanta importancia, lo quebrantaron en uno de los letargos que padecia el doliente, estendiendo presurosamente certificaciones de lo actuado con el decreto al Consejo y al ministerio de la Guerra para su solemne publicacion. Uno y otro se negaron hasta que oficialmente les constase el fallecimiento del rey; mas no por eso dejó de hacerse todo público por medio de copias manuscritas que aparecieron en todas las esquinas de la Córte con la falsa noticia de la muerte. Lo que aguardaba á la viuda no se ocultó á la sagacidad de Cristina, que se preparó á la partida de España con un rico equipaje.

Pero el destino habia dispuesto las cosas de suerte que la atribulada esposa gozase al fin del codiciado objeto de sus miras y que la córte de D. Cárlos, á quien ya los fanáticos y los aduladores saludaban con el título de *Majestad* y el sobrenombre de *Pio*, viesen tras larga série de incertidumbres y penalidades disipadas como aéreo sueño sus doradas esperanzas. Restablecióse el rey de aquel terrible ataque, que, por conducto de los embajadores, llevó á las córtes estranjeras la precipitada nueva de su muerte. Con la mejoria, pareció recobrar el enfermo robustez de espíritu suficiente para meditar sobre cuanto acababa de suceder, que una enérgica reaccion vino á destruir por su base. Resucitó en la juventud madrideña cierto sentimiento caballeroso de compasion hácia la hermosa reina desvalida, y corrió presurosa á ofrecerle sus vidas y sus fortunas en el próximo peligro: ella

que posee dones de atraccion, entusiasmo á sus generosos defensores, quienes desde aquel momento constituyeron una sociedad que llevaba su nombre y á la cual debe sin duda los mas nobles y ardientes esfuerzos que hayan podido robustecer su causa. El entusiasmo se propagó rápidamente, y luego se vieron alrededor de la frágil cuna de Isabel títulos ilustres, altas dignidades, clases enteras é importantes poblaciones. Corrió tambien al real sitio desde Andalucía el infante D. Francisco con su esposa, la varonil princesa doña Luisa Carlota, quien, no satisfecha con haber reprendido en su hermana Cristina la pusilanimidad que demostrára, llamó á Calomarde para arrojarle improperios por su doble y desleal conducta, llegando, se dice, su irritacion hasta pegarle una bofetada, y en seguida pidió el decreto y las certificaciones originales, que quedaron hechas menudos fragmentos en sus airadas manos. Al mismo tiempo Fernando veia que la falsa noticia de su muerte no habia producido la esplosion general en favor de su hermano Cárlos que se le habia asegurado, y de aquí deducia lógicamente que no era tan general y poderoso su partido.

Sin embargo, este preparaba sus haces para la pelea. El capitan general de Castilla la Vieja, D. José Odonell, prevenia secretamente á las autoridades subalternas, para que se dispusiesen á resistir á los liberales en el cercano momento del triunfo de D. Cárlos: el conde de España mandaba tambien en secreta mision á su favor por todo el Principado al coronel Segarra: en Cartagena, un capellan militar predicó á la tropa en formacion y en presencia de su coronel contra la sucesion directa, y hubiera llegado á mas sin el contrario aspecto que presentó el pueblo y la marina.

Animada Cristina, y aun mas su hermana, con los efímeros resultados de los trabajos carlistas, redoblaron sus esfuerzos y decidieron marchar por la única senda abierta á su salvacion. Llamaron á Madrid á la division del general Pastor, en quien tenian mas confianza, y á su sombra Calomarde y sus compañeros fueron exonerados del ministerio, como principal obstáculo á sus miras. Sustituyóles uno compuesto de personas de templadas doctrinas en política bajo la presidencia de Zea Bermudez, á quien se trajo de la embajada de Londres recordando los consejos que diera al monarca en su primer ministerio. Y como el despacho real de los negocios públicos estaba paralizado durante su enfermedad, habilitó para él á su esposa por decreto de 6 de octubre. Así tuvo origen la primera regencia de Cristina, que empezaba ya á ver mas risueño su porvenir.

Este corto periodo de la existencia política de Cristina fué tan fecundo en hechos como su falsa posicion lo reclamaba, y debemos deducir de ellos que la conocia hasta cierto punto. Necesitaba un escudo, una hueste y una bandera para la contienda que se preparaba. La primera firma que estampó fué en un decreto de indulto general á favor de todos los presos capaces de esta gracia, y en el mismo dia 7 de octubre abria tambien las puertas de las universidades, cerradas desde 1830 por evitar que en la inflamable

juventud que á ellas acudia prendiera alguna chispa de la revolucion de julio, que derrocara del trono á Cárlos X. A estos decretos siguieron la exoneracion de Eguia, Gonzalez Moreno y otros que mas se habian distinguido en su adhesion á la causa del infante, sustituyéndoles con personas de contrarios fines y opiniones. Y por último, el célebre decreto de amnistía para los emigrados liberales ya no dejó duda alguna acerca del rumbo por que se proponia dirijir la nave del Estado, mientras estuviese en sus manos el gobernalle. Este decreto escluia, sin embargo, *á pesar suyo* (asi lo dice en el mismo), a los que tuvieron la desgracia de firmar la destitucion del rey en Sevilla y los que acaudillaron fuerza armada contra su soberania: esta escepcion habia sido hecha por el rey, de quien si algo podian conseguir en tan estrechas circunstancias el amor paternal y los halagos de su esposa, no que diese en un momento al olvido antiguas y, digámoslo asi, congénitas antipatías.

No necesitamos decir que esta conducta de Cristina era una concesion, tal vez una dura concesion á la imperiosa ley de la necesidad; opinion á que ella misma no tardó en dar el apoyo de importantes hechos en la elevada esfera del gobierno. Alarmada con el aspecto de las masas que iban agitándose á manera de un mar que se conmueve con el lijero soplo de la brisa, cambió de ministerio reemplazando las personas liberales que habia en su seno con otras mas acomodadas al pensamiento de Zea Bermudez, que aspiraba á realizar un sistema, tan absurdo como inoportuno, de fusion de principios y banderias. Era imposible evadirse al contajio de las ideas de la época, apenas contenidas en diez años de resistencia y persecucion; y no era menos imposible que ambos partidos cegaran, el uno la abundante fuente de sus ódios, y el otro el naciente manantial de sus venganzas. Política que sin duda meses antes hubiera sido recibida con beneplácito universal y que solo alcanzó entonces movimientos de desden y ágrias esclamaciones. Ciertamente no era aquella ocasion de medias tintas: los carlistas no habian de trocar de ídolo, y los liberales debian medir en adelante su decision á favor de quien les dirijia no muy lisonjeras alusiones. Principió entonces la opinion pública á formular respecto á la reina Cristina el juicio que toda su historia posterior ha venido á confirmar: Cristina tiene dotes de atraccion, mas no retiene con fijeza á los corazones honrados; tiene el valor de la agresion, mas no el de la resistencia; ama la gloria, pero ama mucho mas su bienestar: la política sin gloria valdria poco para ella, y la gloria sin provecho valdria mucho menos: esto era entonces, que hoy la gloria ha perdido para su imaginacion el brillo de los primeros años.

Pero deciamos que la nueva política era intempestiva, y no tardaron sus autores en recibir pruebas alarmantes: una sublevacion intentada en la provincia de Toledo, aunque sofocada rápidamente, descubrió su orígen debido á una junta de las mas distinguidas del bando carlista establecida en la misma Córte. Acaso entonces creyeron que importaba quitar á tan osa-

dos y tenaces contrarios todas sus armas defensivas y ofensivas, entre las que el codicilo del dia 6 debia jugar mas que ninguna. Las naturales sugestiones de Cristina y el amor paternal hicieron derogarlo en una solemne declaracion hecha el 31 de diciembre en la misma Cámara real á presencia de todas las principales dignidades de la nacion. Y para dar á esta ceremonia mayor fuerza y validez se publicaron en la Gaceta las actas de las Córtes celebradas por Cárlos IV, de que ya hemos dado conocimiento á nuestros lectores.

Los carlistas prescindian ya de la cuestion legal por el momento: las almas fogosas, sin querer aguardar el fruto de mas hábiles combinaciones, salieron por las calles de la capital disparando tiros y dando mueras al «gobierno mason». Esta tentativa, impulsada por cabezas poco reflexivas de la tertulia de las princesas doña Francisca y la de Beyra, tal vez con el fin de esplorar los ánimos, encontró en la poblacion glacial indiferencia y espíritu hostil en las tropas de la guarnicion. La esperanza que de ella dependiera debió de disiparse como el humo.

La politica de Zea no encontraba al pronto entorpecimientos graves en su marcha: una de sus primeras resoluciones, consiguiente á ella, fué la separacion del infausto capitan general de Cataluña, el conde de España, de tan luctuosa memoria para aquel pais, por tanto tiempo víctima de su carácter escéntrico y sanguinario. Dejamos para lugar mas oportuno la biografía de este personaje, tristemente célebre en nuestros anales.

Otras principales ruedas de la administracion se sustituyeron tambien con personas mas idóneas á las circunstancias y al pensamiento del gobierno, antes de que Fernando volviese á cojer en sus desfallecidas manos las riendas del Estado. Al hacerlo, tal vez por acallar los rumores de que la conducta de su régia esposa le displacia altamente, le dirijió una carta en que colmaba de elogios tanto su afecto conyugal como su «acierto y afanes en el gobierno» que la hacian «modelo de administracion á las reinas»: mandó ademas acuñar una medalla en memoria del breve periodo de su regencia. Todo esto parece demostrar que, sea por conviccion, sea por la influencia de Cristina, no fué entonces su política opuesta, como se dijo, á sus deseos y voluntad.

Pero, fuese ó no conforme, su restitucion al ejercicio de la autoridad real, no contuvo los preparativos de los descontentos carlistas, que en todas partes se reunian y agitaban: el turbulento y osado obispo de Leon se ponia en su diócesis, á donde habia sido obligado á restituirse, á la cabeza de los realistas sublevados; en Castilla la Vieja y Aragon hervian las conspiraciones; en Cataluña podia apenas Llauder con las mas esquisitas precauciones contener un rompimiento general de los realistas; en Madrid mismo la junta central, que componian el conde Negri, Otal y otros, tenia en continua alarma al gobierno y á la poblacion; por último Tey levantó en el Principado nuevo pendon de guerra en favor de D. Cárlos. Atribuiase por

Fernando y su primer ministro esta efervescencia general al sistema adoptado, y para apaciguarla se emprendió diverso rumbo. Fué modificado el ministerio en sentido mas absolutista, y se condenó enérgicamente toda innovacion política por medio de comunicaciones especiales á las autoridades militares.

Al mismo tiempo, preparándose para el próximo fin del monarca, anunciado por los médicos para el otoño, se trató de que unas Córtes jurasen á la princesa Isabel heredera de la corona; y para esto importaba alejar á D. Cárlos de la córte. Coincidió este deseo con una carta en que el mismo infante pedia á su hermano autorizacion para acompañar á la princesa de Beira á Portugal, y la salida se verificó en efecto el 16 de marzo ya del año 33 en compañía ademas de D. Sebastian y su familia. Despejado así el campo, se convocaron las Córtes para el 20 de junio, llamando á ellas á todas las ciudades de voto, altas dignidades eclesiásticas, grandes de España y títulos de Castilla. Pero antes quiso Fernando obtener de su hermano una manifestacion libre y esplícita acerca de este punto, y tal deseo fué motivo de una larga correspondencia por el intermedio de nuestro embajador en aquel reino, á la sazon el ilustre Fernandez de Córdoba.

Exijia Fernando de su hermano en su primera carta que, sin violentar su conciencia, le manifestase claramente si concurriria ó no á la jura de la princesa Isabel, como heredera. «¡Cuanto desearia poder hacerlo!» le contestó «tengo unos derechos tan legítimos á la corona siempre que te sobreviva y no dejes varon, que no puedo prescindir de ellos; derechos que Dios me ha dado cuando fué su voluntad que yo naciese, y solo Dios me los puede quitar concediéndote un hijo varon que tanto deseo yo, puede ser que aun mas que tú; ademas en ella defiendo la justicia del derecho que tienen todos los llamados despues que yo, y así me veo en la precision de enviarte la adjunta declaracion, que hago con toda la formalidad á tí y á todos los soberanos, á quien espero se la harás comunicar.» La contestacion es sin duda tan esplícita como se solicitaba: en su virtud fué desterrado D. Cárlos con su familia á los Estados Pontificios, á donde debia conducirle la fragata Lealtad desde Lisboa; pero el infante, unas veces pretestando la existencia del cólera en los pueblos que debia atravesar, otras una visita al convento de Mafra, luego necesidad de un buen médico, mas tarde escasez de fondos, iba oponiendo obstáculos nuevos á cada uno que Fernando apartaba ó destruia. Ganar tiempo era cuanto importaba á D. Cárlos, ya porque la vida de su hermano no podia ser duradera, ya porque, siendo su causa idéntica á la que D. Miguel sostenia en Portugal, le convenia unir sus esfuerzos y hermanar sus intereses tan intimamente como las circunstancias lo prescribian. Entre tanto sus agentes minaban la mayor parte de las provincias y mas particularmente las Vascongadas, á cuyos habitantes heria el corazon la idea, hábilmente esplotada, de que la constitucion acabaria con sus fueros, á los que debian las ventajas morales y ma-

teriales que tenian sobre el resto de España. Esta hervia en conspiraciones por mas que algunos pagasen con su vida la rebelion: el cabecilla, que, como hemos dicho, habia el primero alzado el grito en Cataluña pereció bien pronto en el cadalso ante la inmensa muchedumbre de Barcelona.

Llegó en fin el 20 de junio destinado á la grande solemnidad de la jura de Isabel; este dia, tan anhelado de unos como de otros maldecido. Hizose la ceremonia con grande pompa y regocijos, como si se temiese que la sencillez desvirtuase el derecho, que se aspiraba sin duda á fortificar con un hecho mas. De esta suerte pretendia Zea Bermudez, y no diremos si Fernando tambien, conjurar la tormenta que á la vista de todos se formaba en nuestro horizonte político. Para que estallase y lanzára sobre nuestro suelo todos los estragos de las pasiones desencadenadas, solo era preciso que la mano de la Providencia despidiera su rayo de muerte sobre la exánime vida de Fernando; y no diremos si, por fortuna ó por desgracia, no se hizo esperar. El dia 29 de setiembre á las tres menos cuarto de la tarde sucumbió en un violento ataque de apoplegia.

El dolor de Cristina pareció corresponder á lo inmenso de sus incertidumbres. Y en efecto el cadáver de Fernando, al caer al suelo, dejaba á descubierto un inmenso porvenir, pero un porvenir oscuro, tormentoso hácia el cual era forzoso caminar sin saber si al fin encontraria el viajero un hogar de descanso y reparacion ó un abismo. Su cuerpo, aquel cuerpo tan estenuado era sin embargo un dique que contenia las aguas sanguinosas de la guerra civil. Los tañidos de la campana funeral, mas que la muerte del último monarca, anunciaban el próximo alumbramiento de la anarquía.

EPOCA SEGUNDA.

CAPITULO III.—1833

Ojeada topográfica y moral de Cataluña.—Primeras tentativas de guerra.—Célebre representacion de Llauder á la reina solicitando Córtes.

LEGÓ con la muerte del rey

Digitized by Google

la hora, por tantos ansiada, de la guerra. A través de ella veian triunfante la causa de sus convicciones é intereses, destronada en el último periodo de su vida por distintos intereses y antipáticas convicciones; y eso basta para que los partidos busquen ávidamente lo que el hombre en el seno de la familia mira con horror.

No bien sonó esa hora, los ojos de los descontentos se volvieron á Cataluña, donde, como saben ya nuestros lectores, existian profundas simpatías y acumulados poderosos elementos en favor de D. Cárlos. Ninguna provincia seguramente con mejores condiciones para la cuestion que se iba á debatir. Y antes de que pasemos á la esposicion del terrible drama de la guerra civil, bueno será que el lector nos acompañe á examinar el escenario en que por algunos años va á ver desarrollarse la inagotable accion de los partidos.

El antiguo principado de Cataluña, que hoy se divide en las cuatro provincias de Gerona, Barcelona, Tarragona y Lérida, es un triángulo trazado por la naturaleza en la parte mas oriental de España, que tiene su base en el Mediterráneo en una estension de 75 leguas, y su vértice en el Pirineo, que la separa de Francia por 50 leguas de jigantes montañas. Despréndense de ella formidables cordilleras que limitan y cortan este triángulo formando entre sí pequeños pero fértiles valles, como los de Barrabes, Aran, Cardona, Aró, Aneu, Farrera, Andorra y otros. Los interrumpen las desornenadas ramificaciones de Llorona y Basagoda, sierra del Grau, Coll de la Ganga, Monserrat, Moureu, Cadio, Vallirana, Llena, Mola y Escarnalbou y otros que elevan sobre el horizonte atrevidos conos y ofrecen á la vista del viajero con harta frecuencia grandes hundimientos, aberturas prolongadas, desfiladeros profundos, donde trescientos hombres bastarian para contener un ejército.

Por estas pendientes de granito resbalan sus aguas sus muchos riachuelos, unas veces atravesando bosques de robles, castaños, nogales y alcornoques, otras fertilizando los campos en que el activo morador cultiva la vid y el olivo. Fuera del Segre, engrosado por los Nogueras, Ribagorzana y Pallaresa, que obsequia al Ebro forastero con sus aguas, solo merecen citarse entre las corrientes que van á terminar en el Mediterráneo el Ter, que pasa por Gerona, el Llobregat, que desagua cerca de Barcelona y el Francolí, que baña á Tarragona.

Sobre este triángulo de mas de mil leguas cuadradas de superficie se ven esparcidos, ya en las pendientes de sus montañas, ya asentados en las orillas de sus rios mas de dos mil pueblos, conteniendo algo mas de un millon de habitantes.

A todas estas circunstancias naturales, tan ventajosas para la guerra, añádase la del carácter de la raza que allí puebla, tal vez hijo en gran manera de la misma constitucion del terreno, ademas de los accidentes históricos que lo hayan formado. Es una observacion, no bastante generalizada to-

davia, la de las relaciones entre los carácteres de un pais y los del pueblo que lo habita: nosotros presumimos que existe entre ellos la mas absoluta correspondencia. Si se atiende á la historia del pueblo catalán, se encontrará constantemente la misma energía de carácter, la misma fuerza de independencia, desde que los fenicios pusieron allí por vez primera su planta en nuestra Península hasta despues de las irrupciones de las naciones bárbaras, cuando entablaron con Felipe V la heróica y desesperada lucha de la guerra de sucesion, que señaló el último y mas profundo rasgo de su fisonomía moral; los catalanes son sobrios, activos, laboriosos, diligentes, amantes de la justicia, leales en la amistad, celosos de sus fueros, tenaces en sus convicciones y apegados á sus tradiciones, acaso las mas gloriosas de nuestro pais. Despues que rechazaron á los moros, constituyeron sus estados independientes, que, asimilándose poco á poco, formaron la monarquía de Aragon, tan célebre en nuestros anales. Cualidades tan ventajosas para constituir guerrero aquel pueblo, solo tienen acaso el contrapeso de la indomable energía de voluntad, que les hace propensos á la indisciplina en la milicia. Creemos que no reconoce otra causa el que en siete años de guerra civil no haya podido organizarse una fuerza considerable sujeta á las leyes del arte. Esta causa aparecerá mas en relieve en el discurso de la narracion que ahora, conocido el terreno que vá á servir de teatro á la contienda, emprendemos sin mas miras que la de consignar la verdad pagando á todos el tributo debido á sus virtudes y condenando sin reservas sus faltas.

Ya hemos hablado de la prematura tentativa de Tey, á quien habia puesto en accion el mismo foco que inundaba el Principado de proclamas en favor de D. Cárlos, pues no todas las remesas que de Francia entraban caian bajo la vijilancia de las autoridades, no sin motivo temerosas de que el incendio prendiese en la alta montaña, donde las opiniones absolutistas prevalecian en oposicion á la marina, donde el espíritu liberal se habia desarrollado con igual entusiasmo ó fanatismo.

Aun no habia llegado á Cataluña la noticia del fallecimiento de Fernando y ya el teniente coronel Galceran, ex-capitan de realistas, se habia alzado en Prats de Llusanés á la cabeza de algunos de los comprometidos en la tentativa del año 27, vueltos de presidio. Pero este primer grito, como sucede en los principios de las luchas civiles, fué sofocado inmediatamente teniendo Galceran que fugarse al estranjero dispersada su gente. A los pocos dias, á las inmediaciones de Barcelona y en la provincia de Tarragona, se alzaban otras partidas, poco numerosas en general, á cuya cabeza aparecian los nombres de Busons, Bagarro, Tarragona, Tristani, Llauge, Ros, Muchacho, Buquica, Vilella, el vicario de Oix, Llarch de Copons y otros que no tardaron en alcanzar superior nombradía á la que entonces gozaban. Estas lijeras chispas se apagaban pronta y fácilmente porque Llauder habia armado en masa toda la poblacion adicta á la causa de Cristina, destituido todas las autoridades que á su favor contaba la contraria, y por la vigilancia

y rápida persecucion que habia organizado. Es indudable que en ninguna provincia encontraron los conspiradores mayores dificultades para la realizacion de sus bien trazadas combinaciones, en que entraban personajes de la categoría y linage del arzobispo de Tarragona y el obispo de Tortosa.

«Sus comunicaciones, dice un parte de Llauder, rápidamente establecidas lo están por secciones: las órdenes que salen del seno de la faccion se trasmiten por lo que toca á los pueblos foráneos, al monasterio de benitos de san Feliu de Guixols, en donde está la caja principal; de aquí pasan á los curas de los pueblos que con el nombre de *cabezas de conferencia* les están agregados, y estos las comunican á otros eclesiásticos subalternos que tambien tienen sus agregados para la circulacion. Las cabezas de conferencia se reunen para sus deliberaciones no teniendo fijo el sitio, con cuyo sistema todo se hace á la vez y es imposible la interceptacion de documentos. Ninguna vigilancia basta para impedir estas confabulaciones: sola una fuerza local puede neutralizar sus efectos y sofocar en su nacimiento las primeras tentativas, debiendo reconocerse que ya es esta una cuestion de fuerza, despues que ninguna consideracion ha bastado para calmar la resistencia de los desafectos á nuestra soberana.»

Estos eran los vivos deseos de Llauder y demas gefes que le secundaban, Carratalá entre ellos, que conocian hallarse sobre un volcan próximo á estallar, á pesar de todas sus precauciones y conocida enerjía. Llauder, no solo habia organizado 40 batallones de voluntarios urbanos, sino fortificado muchos puntos, dado facultades á los pueblos y gobernadores militares para proceder contra los que llegaran á turbar el órden y formado ademas pequeñas columnas que recorrian el pais en todas direcciones.

Pero todas estas medidas, aunque honran á aquellos á quienes la conservacion de la paz estaba encomendada, eran harto ineficaces careciendo de mas poderosos elementos para evitar un incendio en un pais sembrado de fulminante combustible. Las autoridades tropezaban por todas partes con la red de la conspiracion: ya en Aigua-freda se presenta una partida de 50 hombres; ya en Igualada se sienten amagos de una próxima esplosion; ya la aproximacion de cabecillas emigrados á la frontera anuncia cercana la campaña; ya la sorpresa de proclamas y de frailes que se fugan de sus conventos; todo les hace temer muy próxima una conflagracion general, contra la cual reclaman en vano del gobierno de Madrid medios de resistencia.

Era en vano que apelasen al terror ofreciendo á la muchedumbre el triste espectáculo de algunos infelices sacrificados al rigor de las leyes: las esperanzas políticas endurecen el corazon, y en pueblos como el catalán las escenas de sangre mas exaltan que anonadan. Asi, hasta los primeros actos de rigor que vinieron desgraciadamente á recaer sobre infelices jornaleros faltos de trabajo, sirvieron para atizar el fuego naciente, cuyo rápido incremento hacia temer á Llauder grandes calamidades para la monarquía.

Consideraciones de tan grave peso le estimularon a acojer un consejo de los amigos de la reforma que le rodearon desde su llegada á la capital del Principado: nuestros lectores recordarán sin duda la célebre esposicion dirijida á fines de aquel año á la Gobernadora del reino, proponiendo á su soberana resolucion la convocacion de Córtes para afianzar la nueva situacion, amenazada en su sentir de eminentes riesgos por la meticulosa politica del gabinete Zea.

Escasos todavia, cual se vé, en importancia los sucesos militares, acontecimiento político de tan grande entidad hizo volver la vista del pais hácia Cataluña y hácia el general Llauder, á quien, seria injusto negarlo, recibió el pais en general con evidentes muestras de alegria: el yugo de su antecesor habia sido demasiado duro para todos. Desde los primeros dias Llauder demostró los mas leales deseos en bien de la causa que abrazó, desplegando en su defensa una grande actividad y el celo mas recomendable. Conocedor del pais y apreciador bastante exacto de las circunstancias, no se le ocultó que, siendo allí donde mas elementos de accion contaba el carlista, mas decision y enerjía era forzoso desplegar en la represion. Yendo sin duda tras el apoyo de la opinion, se rodeó y aconsejó de todas aquellas personas que mas se habian distinguido en contra de las anteriores tentativas carlistas y en favor de las ideas liberales. Sea que Llauder obrase bajo la influencia de estas personas en quienes parecia depositar su confianza, sea inspiracion de su patriotismo y buen deseo, á fines de año elevó á la Gobernadora del reino una esposicion acriminando duramente la conducta del ministerio Zea, cuya deposicion aconsejaba, con la convocacion de Córtes, en cumplimiento de la promesa real de Fernando. Este célebre documento que tanta alarma causó al ministerio y tanta sensacion en el pais, merece ser conocido de nuestros lectores y que emitamos nuestro juicio acerca de la conducta de su autor. Transcribiremos solamente aquellos párrafos que suministren al lector bases para su juicio y que son apoyo del nuestro.

«Durante mi permanencia en el destino de capitan general de Aragon y »ahora de Cataluña, me he podido convencer de que la suerte de estas pro»vincias y la seguridad en ellas depende del acaso, y con frecuencia se de»be echar mano de la fuerza para sostener el trono, y esta se gasta con »mucha rapidez, cuando no la sostiene la opinion. Desde que al despedirme »de V. M. y besar la mano de su augusta hija, se dignó V. M. prevenirme, »que la escribiese con toda la libertad cuanto estimase conveniente, protes»tándome tan espontáneamente repetidas veces que solo deseaba el bien de »los españoles, he cumplido puntualmente en hacer presente á V. M. to»do lo que era mi obligacion, y ofrecer á su consideracion en cumplimien»to de aquel precepto; pero una constante y larga esperiencia me ha de»bido convencer de que aquellos candorosos y heróicos sentimientos de V. M.

»se hallan contrariados por consejos de hombres que, habiendo debido es»tudiar abstractamente en paises lejanos, han olvidado el suyo propio, sus »necesidades, sus deseos, y cuanto debiera formar los verdaderos elemen»tos del acierto en el gobierno que V. M. se ha dignado confiarles, y á »cuyos soberanos designios dejan seguramente de corresponder. Esta es, »señora, la opinion acreditada en el público, y yo no debo dejarlo igno»rar á V. M.: mas debo decir para gobierno de V. M., y es, que Zea y »su ministerio se ha hecho ya tan impopular que compromete la tranqui»lidad y mina el trono de Isabel en el mismo estribo que le sostiene........

....

....

«La nacion no puede olvidar que el rey difunto, para anular lo hecho »por la nacion, y conseguir que esta se sometiese á su cetro despues de »haberse reconquistado á sí misma su rey, despues de entregada al estran»jero por la sola voluntad de un ministro, prometió solemnemente en su »real decreto de 4 de mayo de 1814 que no seríamos engañados en nuestras »nobles esperanzas y que aborrecia el despotismo, que ni las luces ni la ci»vilizacion permitian; que para impedir volviese á suceder que el capricho »de los que gobiernan arruinase y entregase el trono y la nacion, conser»vando la dignidad y privilegios de la corona, no menos que los derechos »de los pueblos, que dijo ser igualmente inviolables, trataria con los pro»curadores de la España y Américas en Córtes convocadas legítimamente, »conforme sus gloriosos abuelos lo habian hecho y la nacion deseaba; que »la inviolabilidad individual y real fuese firmemente asegurada por leyes que »al mismo tiempo consolidasen la tranquilidad pública y el órden, y de»jaran á todos una libertad racional; que tuviesen garantías para hacer »cesar toda sospecha de que las contribuciones que los pueblos pagan con »tantos trabajos y sudores no fuesen disipadas; que aquellas serian impues»tas no arbitrariamente por un ministro sin el concurso del reino, y final»mente que con él mismo serian hechas y acordadas las leyes...............

....

....

«Se dirá á V. M. que no tiene facultades para hacer innovaciones como »regente, y que debe entregar el gobierno á su hija en el modo que lo »ha recibido, siendo asi que esto es solo un pretesto para conservar un »poder arbitrario y perpetuar los abusos los que tal suponen. ¿La convoca»cion de Córtes, cuando la gravedad, urgencia y complicacion de los nego»cios del Estado la reclaman imperiosamente, puede calificarse por ventu»ra de innovacion, sin olvidar las leyes mas antiguas de la monarquía que »la colocan en la categoría de un principio fundamental? Los que osaran »dirigir á V. M. tan mentida reconvencion ¿pueden cerrar el oido á la ré»plica que hacen los pueblos, diciendo que cuando se ha tratado aislada»mente del interés de la augusta hija de V. M., de la convocacion de Cór-

»tes, ya no ha sido una novedad sino un acto enteramente conforme con »la predicha ley fundamental? desconocen que á los pueblos no se les »oculta que la teoria de aquellos hombres se reduce á que solo valga la ley »para la defensa de los derechos del trono y queden sin proteccion algu»na los de los mismos pueblos? Es por fin, Señora, una verdad innegable »la de que la España carece de legislacion uniforme, y es al presente un »cuerpo monstruoso por la disonancia de las partes que le componen; que »todos los ramos de administracion pública exigen arreglo y aquel desempe»ño ilustrado, vigoroso é imparcial que solo pueden verificar los hombres »sábios, pero actualmente desconocidos, porque ningun medio facilita el »desarrollo de los talentos, ni se dá á estos la importancia que obtienen »en otros paises.»

Bajo tres aspectos debe examinarse este hecho si con imparcialidad quiere formarse el juicio: el de los principios, el de la conveniencia ú oportunidad y el de su origen ó autor.

En principios, el punto era de fácil resolucion para aquellos que tanto aparentaron escandalizarse de ese suceso, calificándolo como un atentado á la autoridad real. Los defensores del nuevo órden no podian desconocer que la corona cuya legitimidad se apoyaba en los votos del pais, reconocia en este implícitamente el derecho primordial en la gobernacion del estado y que á quien tanto se confesaba deber era consiguiente y justo retribuir á su vez. Cuando una nueva causa se encuentra en lucha frente á otra, es forzoso que la bandera que levante sea la contraria: si D. Cárlos proclamaba el absolutismo puro, y la España absolutista proclamaba á D. Cárlos como su genuina personificacion, ¿quién duda que el lema de Isabel debia ser el de un sistema opuesto y que á él aspiraban cuantos se aprestasen á su sostenimiento? Por esta misma razon era preciso dar un derecho al éxito de la lucha que se entablaba, porque la victoria por sí sola no puede darlo en cuestiones esencialmente políticas, como era aquella.

A estas causas evidentemente debe atribuirse que los intereses encomendados á la direccion de Cristina no hubiesen atraido en su auxilio á todas las clases naturalmente enlazadas á ellos en otros paises. Realmente el trono de Isabel no estaba apoyado cual necesitaba en un gran partido, fuerte á la vez por su número y por su calidad para poder contrabalancear á su contrario. Entonces, que la España estaba calentada por el fuego de dos revoluciones, la de Francia y la de Portugal, se pretendia que los instintos reformistas, adormecidos, no muertos, cambiasen aquí su naturaleza. Este error fué origen de muchos otros y gérmen de grandes males para la misma causa naciente.

En los tres meses transcurridos desde la muerte del rey, ni se habian destruido las antipatías, ni amalgamado los intereses: en circunstancias

tales es un error funesto pensar en sofocar las ambiciones y apagar los odios. Por eso el ministerio Zea mas favoreció que resistió el alumbramiento de la guerra: su manifiesto de 4 de octubre habia entiviado el ardor de los innovadores, únicos que podian prestar un apoyo, siempre condicional, á la corona; de suerte que, en vez de crear partidarios, mas bien creaba intereses opuestos ó daba pávulo á la apatía, que semeja á la muerte en política. El entusiasmo, elemento de accion tan prodigioso en las guerras, era comprimido en una atmósfera glacial, y los que mas interés debian tener en su espansion se manifestaban pública y privadamente sus mas celosos enemigos. Semejante conducta tenia indefectiblemente por término para el trono de Isabel el suicidio ó la revolucion, y acaso de ambos modos la muerte.

Las circunstancias eran á no dudarlo harto graves para la causa naciente, no por lo que hace al estado de Cataluña, donde el celo de sus defensores habia hasta entonces inutilizado los inmensos recursos que alli tenia hacinado el bando de D. Cárlos, sino por el aspecto general del pais, agitado con siniestro rumor, como mar que arrugan los primeros soplos de la tormenta. En Aragon, Valencia, Castilla, en las provincias Vascongadas especialmente, la rebelion asomaba rugiente su cabeza, merced, en unas partes á la apatía ó connivencia de las autoridades, merced en otras á la grande escasez de fuerzas, pues nuestro ejército era el mas pequeño de Europa relativamente á la poblacion.

Segun nuestra manera de ver el hecho, dentro de las teorías del bando en que Llauder estaba afiliado, los principios y las circunstancias lo santifican. Ahora el hecho ofrece otro aspecto al que, en nuestro sentir, se ha dado un valor superior al que entonces, no establecidas las reglas, no deslindadas las atribuciones, confundidas las jurisdicciones, debia concedérsele. Tal representacion, se ha dicho, dirijida al trono por un capitan general, al frente de un ejército y de una provincia, es una ofensa á la majestad real, una usurpacion criminal de su autoridad y un acto de punible insubordinacion. Nosotros no investigaremos los motivos de la conducta de Llauder; no diremos si obedeció á las sugestiones de la ambicion ó del patriotismo: misterios son del corazon á donde no puede penetrar la conciencia del historiador. Pero, como quiera que sea, se reproduce tambien aqui la consideracion de los tiempos: lo que en épocas normales, lo que en una organizacion regularizada es un grave delito no podia menos de ser de otra manera juzgado entonces por los mas severos puritanos. Llauder y sus amigos tal vez atribuian y no sin razon el que en el distrito de su mando, la misma Cataluña de 1827, la rebelion no se hubiese erguido pujante como en otras provincias, al espíritu público que habia desarrollado, tanto como á las disposiciones militares. Acaso pensaba que en la aurora de las revoluciones ponerse á su frente y dirijirlas es el mejor medi de contenerlas y evitar sus estragos. Y habia realmente un grave peligro

era que D. Miguel, dejando á D. Pedro en Oporto, avanzase á Madrid con sus 18,000 infantes y 2,000 caballos á colocar en el trono á D. Cárlos, identificado con él, para que fuese él á su vez su protector defendiendo su corona en Portugal. Concibiendo de esta suerte aquella situacion, puede calificarse como testimonio de lealtad la representacion que con el triple carácter de capitan general, presidente de la audiencia y gobernador político, elevó á la reina, de quien por otra parte recibiera al despedirse el encargo de informarla y aconsejarla acerca de cuanto creyese conveniente á su causa. Otros antes que él, entre ellos individuos de la grandeza, habian espuesto iguales deseos. De estas esposiciones el gobierno hacia escaso aprecio, y sus partidarios contemplaban esto con dolor porque aun los mas adictos á las prerrogativas reales conocian que era forzoso conceder algo prudentemente á las circunstancias. Estos son los hombres que dieron luego el Estatuto Real, donde no se dirá que se hacian largas concesiones á las franquicias populares. Pudiéramos citar ejemplos históricos de situaciones semejantes en otros estados, resueltas felizmente de la manera que leales consejeros lo recomendaban entonces. Quien poseido de una teoria olvida las circunstancias de su aplicacion, rara vez deja de recojer amargos frutos allí de donde tan ópimos los esperaba.

Y á la verdad, prescindiendo ahora del móvil y de la forma del hecho, volviendo la vista á las consecuencias que de él surjieron, ¿qué partidario de la causa constitucional puede desconocer que el cambio de gabinete, que vino á ser su inmediato efecto, produjo la decisiva espulsion de Portugal de los pretendientes, llevó á Navarra un brillante ejército y verificó el tratado de la Cuadruple-Alianza? A lo menos es permitido dudar que el ministerio Zea tuviese en ánimo y se decidiese á una conducta tan opuesta á sus antecedentes. En el célebre manifiesto de 4 de octubre se hacia al trono, ya lo hemos dicho, reprimir todas las esperanzas que antes se habian halagado, y era consiguiente que los que las habian concebido fiasen poco en quien, cuando mas les necesitaba, cometia la indiscrecion de alejarles de sí. Habia producido tan malos resultados para la causa de Isabel la politica de Zea Bermudez, que los que hasta entonces jamás imaginaran separar sus miras de ella, se vieron inclinados á una especie de divorcio que en aquellas circunstancias á nadie mas que á la Gobernadora del reino debia ser funesto. ¿Qué es, con efecto, el *despotismo ilustrado*, con tanta vanidad proclamado por aquel? ¿Qué podia ser en aquellos momentos y con aplicacion á España? No es este lugar oportuno para el exámen de principios y la discusion de sistemas; pero dejamos dicho lo bastante para que el lector se convenza de que entonces, en la situacion en que el pais se encontraba y en el estado de los partidos, tal lema y tal conducta no podian dejar de ser una absurda utopia y fecundo gérmen de discordia.

Volvemos á decir que nosotros no investigamos las intenciones del general Llauder en el hecho que juzgamos: cualesquiera que ellas hayan si-

do, examinándolas con relacion al bando que defendia, pensamos que ninguno de sus afiliados tiene derecho á condenar las consecuencias que produjo.

CAPITULO IV.—1843

Resultados de la representacion de Llauder.—Importante accion de Mayals y demas hechos militares de este año.—Biografía de Carratalá.—El infante D. Sebastian en Barcelona.

La acojida que el gabinete hizo á la representacion de Llauder no correspondió á la esperanza del pensamiento que la dictára; su respuesta era á la vez una leccion y un castigo: el pliego fué devuelto sin abrirle, y tras él fueron cuatro gobernadores civiles para otras tantas provincias del Principado, á cuyas manos debian pasar la mayor parte de las atribuciones que ejercia el capitan general. Esta providencia, aunque arreglada á principios no podia dejar de ser considerada en tal ocasion

Digitized by Google

como un castigo, del cual creyeron que debian tomar venganza todos aquellos que ó habian inspirado el objeto ó participaban de las opiniones de Llauder. Espontáneo ó instigado un motin (que orígenes de tales acontecimientos son difíciles de investigar), estalló en Barcelona al medio dia del 10 de enero, sostenido al pronto por varios individuos de la Milicia Urbana. Pero luego que estos supieron que el general habia salido la noche anterior á Esparraguera, por evadirse sin duda de dar posesion al nuevo gobernador civil de Barcelona, se retiraron á sus casas. Esto bastó, sin embargo, para que Llauder por entonces no cumplimentase las órdenes del gobierno, aunque luego lo hizo, confinando además á los que se dijo promovedores de las bullangas.

Justa era, sin embargo, la flaqueza y el descrédito de aquel gabinete que á tan débil empuje se vino al suelo, sucediéndole inmediatamente, el dia 15, el primero que presidió D. Francisco Martinez de la Rosa, uno de los hombres mas notables del bando liberal.

El estado en que este encontró al pais no era lisonjero: los gritos de guerra se cruzaban en todas direcciones; y como en tales circunstancias la ambicion ó el entusiasmo presenta fáciles triunfos á la imaginacion, hasta los hombres de tibia condicion sentian el fuego de la época en su pecho.

En Castilla, en Aragon y Valencia, en las provincias Vascongadas y Navarra sobre todo, las huestes carlistas crecian rápidamente en número y disciplina bajo la direccion de los antiguos y hábiles militares que se pusieron á su frente.

Pero lo que al mismo tiempo acontecia en Cataluña no podia menos de ser á todos estraño: allí, donde tantos combustibles dejaran las pasadas revueltas; allí, donde el carácter belicoso de sus habitantes tan bien se prestaba á los planes de trastorno; allí, donde las circunstancias topográficas eran an favorables, allí no existian gruesas facciones como en otras provincias, y encontraban las pequeñas que se habian organizado una persecucion activa, tanto de las autoridades como de los pueblos.

El punto predilecto á donde los conspiradores dirijian sus trabajos era á la parte de las montañas, por el espíritu que hemos dicho en ellas dominaba, y mas particularmente al distrito que comprende la Seo de Urgel, donde Caragol se hallaba oculto bajo la proteccion del clero de aquella diócesis.

La partida formada por D. Francisco Paré, capitan ilimitado, conocido por *Bugarro*, despues de haber sido rechazada por los voluntarios de Castelltersoll y San Cugat, á quienes habia intentado sorprender, lo fué á su vez el dia 11 en la casa de campo Soler de Bastipor por el cabo de las rondas volantes de Sabadell, quedando prisionero el gefe con 29 mas.

Al abrigo de los ásperos riscos de Monserrat, Vilella y Llauger de Piera habian logrado aumentar su partida hasta el número no muy frecuente de 100 hombres, con los cuales volvieron á emprender sus correrias. Pero las circunstancias no eran las mas propicias: Bagarro acababa

de ser derrotado; y aunque el espíritu catalán sea de los que menos enflaquecen con las derrotas, no dejaba de ser arriesgada la tentativa. Esta vez, à lo menos, les fué funesta: dió con ellos en el monte Colbay un destacamento de cazadores de América mandado por el comandante Gándara, y los puso en fuga; cayeron en seguida cerca del teniente Plantes de Zamora en la Fonollosa, y tambien los obligó á refugiarse en una casa de campo llamada de Santa Susana del pueblo de Salu. Dirijióse à ella el gefe isabelino con 20 cazadores de Zamora, y 50 urbanos de Cardona y Calaf; la circunvaló apenas entrada la noche, é intimó á los cercados la rendicion; pero la resistencia fué tan denodada que pudieron burlar las esperanzas de sus enemigos dejándoles en su fuga por trofeos 5 prisioneros, tres muertos y algunas armas y mantas que en el reconocimiento de la mañana encontraron sobre el campo. Huian con solo 4 de los suyos Vilella y Llauger, y aun tuvieron la mala suerte de tropezar con otra partida de tiradores, que dejaron á 2 de ellos en el campo é hirieron á uno de los gefes. En otros puntos eran tanto ó mas desgraciados sus esfuerzos. La partida de Plandolit, alias Targarona, coronel de infantería, se vió tan acosada que el 13 tuvo que refugiarse en Francia por el distrito de Ceret con solos tres capitanes, uno de ellos su hermano. Entonces pudo decir muy bien Llauder en un parte al gobierno, que en el distrito de su mando reinaba la tranquilidad.

Pero esta era una quietud engañosa, pues si los carlistas no habian engrosado sus filas consistía tambien en la falta de armas y gefes de crédito que los organizasen. De Francia recibian trabajosamente armas y municiones, que no podian por su escaso número llenar sus deseos, y con poca fortuna los buscaban en las fábricas estranjeras, porque era difícil arribar sin inconveniente à nuestras costas, constantemente vigilados por los cruceros. La goleta toscana *Aurora*, les conducia 14 cañones con sus cureñas, 12 barriles y una farra de pólvora, granadas, balas y algunos fusiles; pero el comandante del falucho guarda-costas *Pluton* tenia noticia de su próxima llegada, y el 9 de febrero logró apresarla, viniendo á servir todos aquellos pertrechos en su daño.

En san Salvador de Viana se habian reunido mas de 200 al mando de Pajalas y Vila; mas de 20 habian pasado por Torralles con el párroco de Oiz; y los Urbanos de Olot se habian tiroteado con algunos en las inmediaciones de Finestras. A una legua de Gerona, en el lugar de Madrámaña, se reunieron varios otros comprometidos y despues de recoger armas y municiones, marcharon en direccion de Casá y Llangostera con el objeto de sorprender las compañías de seguridad. Tambien en la parte de Tarragona la columna móvil de Falset tuvo que salir en persecucion de una partida de 20 hombres que se habian presentado en la Morera. Esta agitacion general era obra de la misma combinacion que preparaba ya entonces, en febrero, el desembarco en la costa de Tarragona

del general Romagosa y varios otros gefes superiores á quienes se esperaba en Tarifa para conducirlos en una goleta fletada al efecto en Gibraltar. En todos estos planes era el clero la fuente de los esfuerzos y de la actividad mas pertinaz y osada.

Plandolit, que no habia sido internado de la frontera francesa, volvió á franquearla en marzo para ponerse al frente de una nueva partida, resultado de ocultas y bien entretegidas maquinaciones.

La mayor parte de estos trabajos eran rápidamente de antemano frustrados por una esquisita vigilancia; pero, como donde quiera habia elementos de accion para el carlismo, era tambien su vida inagotable. Cuando Llauder creia enteramente pacificado el distrito de su mando en virtud de los repetidos encuentros y persecucion de los urbanos que habian aventado á la nacion vecina en gran número á las partidas citadas, era cuando aparecia en Chisquer, cerca de san Lorenzo de Piteus, partido de Solsona, un grupo de mas de 50. Salió á su encuentro un destacamento de tiradores de Isabel II mandados por el subteniente Boada, que no les hizo sin embargo 5 muertos sin salir él mismo gravemente herido. A los tiros acudieron los Urbanos de Gosols y otros de la parte de Solsona, que cooperaron á la persecucion, emprendida mas inmediatamente por el capitan Prats con 32 hombres del regimiento infanteria de América. No los dejó por espacio de veinte y una horas de fuga, y al fin logró alcanzarlos en las alturas de Cambrils, cerca de la venta de Serraseca, en la formidable posicion de la Rocalarga. Eran cincuenta y los capitaneaba el citado D. Antonio Vilella, uno de los deportados á Ceuta. Desalojados á la bayoneta de la primera posicion, se replegaron á lo alto de la roca que forma la misma cordillera, y allí se trabó un combate vivo y sangriento, en que cuerpo á cuerpo pelearon á bayonetazos nuestros soldados durante diez minutos. Quedaron muertos cuatro, Tristany fué herido en el costado derecho, otros siete lo fueron igualmente, y debieron su salvacion al arrojo de precipitarse por la roca rodando la montaña, por cuyo pié les persiguieron hasta entrada la noche.

La mayor necesidad que sentia Llauder era la de tropas: esta falta mas que otros fines tal vez le habian obligado á hacer cada dia mas estenso el armamento de la Milicia Urbana; esta falta le precisó á organizar con el nombre de tiradores de Isabel II, cuerpos de hijos del pais bajo la disciplina militar que prestaron los mayores servicios á la causa que simbolizaba aquel nombre. En abril se estendió ya á todos los corregimientos con autorizacion del gobierno, y desde entonces Llauder pudo contar con mayores elementos para la seguridad del Principado.

Los carlistas á su vez hacian esfuerzos en pro de su causa no menos eficaces. Para ellos, el aborto de las conspiraciones y los estériles frutos de las partidas levantadas eran efecto, no de la resistencia ni aun la indiferencia del pais, sino de la opresion en que vivia bajo el poder de las autori-

dades de la reina. Creian que, para sublevarlo en masa contra ella, estando minadas las cuatro provincias, bastaba que una fuerte columna recorriese los pueblos protegiendo su alzamiento, como niño que ha menester andadores antes de que pueda por si solo tenerse en pié y moverse. Si Carnicer ó cualquiera de sus segundos, que con gruesas facciones operaban en el bajo Aragon, trasponia el Ebro solamente, era seguro que una insurreccion general inflamaria allí otra hoguera tan voraz como la que en el opuesto ángulo crecia. Pero la suerte de las armas quiso que todos estos cálculos brillantes y tan seductoras esperanzas fueran ilusiones desastrosas por entonces.

De acuerdo Carnicer con el club catalán, emprendió la espedicion á la provincia de Tarragona seguido de una columna fuerte de 1,200 infantes y 80 caballos, que gobernaban sus segundos Cabrera, Quilez y Miralles. Intentando pasar el Ebro por Mora, enderezaron sus pasos á Batea, cuyo destacamento se guareció en el fuerte; en el tránsito á Gandesa, arrollaron á los 70 hombres que habian salido en auxilio de aquel, debiendo únicamente su salvacion á la escabrosidad del terreno; y en la mañana del dia 7 de abril traspusieron el rio dirijiéndose inmediatamente á Falset. La noticia de la invasion causó la alarma consiguiente, y mientras algunas pequeñas partidas se les unian y en los pueblos se notaban síntomas de secreta inteligencia, todas las tropas de la reina se ponian en movimiento á la voz de sus gefes. El brigadier gobernador de Tortosa, D. Manuel Breton, se precipitó sobre los espedicionarios llegando á Mora cuatro horas despues de su paso: el segundo cabo, gobernador de Tarragona, D. José Carratalá, salió de ella el mismo dia 7 al frente de una columna del ejército y urbanos de Reus y pueblos inmediatos, poniéndose desde luego en combinacion con aquel para la persecucion del enemigo. Desde Riu de Cols se dirijió Carratalá al dia siguiente á Falset, donde suponia encontrarle; Carnicer lo esquivaba, de suerte que tan pronto como supo su rumbo hacia Porrera, donde se hallaba, se encaminó á Posoleda. En efecto, la conveniencia aconsejaba á los carlistas huir entonces todo choque de dudoso resultado, y esto constituia para los gefes de la reina la mayor dificultad. Carratalá empero, concibió pronto el plan de acorralarlos en la márgen del Ebro para obligarles á batirse ó arrojarles á la corriente y, en union con su segundo Breton, ejecutó tan diestros movimientos en los dias 8 y 9 que á las tres de la tarde del 10 Carnicer no pudo menos de hacerle frente en los campos de Mayals, cuando por medio de una marcha forzada se dirijia ya á repasar el rio por la barca de Faion.

Llauder, á la noticia de la invasion, habia tambien abandonado á Barcelona en la noche del 10, deseoso sin duda de batir al enemigo que, á su llegada á Reus, andaba ya fugitivo y disperso por las orillas del Ebro.

Carnicer habia situado su gente en las alturas que á un lado y á otro

del pueblo de Mayals forman una buena posision militar: Quilez con los aragoneses constituia el ála izquierda; Miralles, la derecha apoyado en la caballeria; y mandaba el centro, de unos 400 infantes cubiertos de un olivar, el gefe Carnicer, teniendo á su espalda crecido y embarazoso séquito de clérigos y propietarios de sus ideas que iban tras él huyendo de la persecucion que sufrian en los pueblos. Las fuerzas de uno otro y campo eran próximamente iguales en número y calidad porque, si el carlista llevaba gente sin gran disciplina, no era mucho mayor sin duda la de los urbanos que formaban parte de las heterogéneas tropas del caudillo liberal: la caballeria únicamente era superior en ambos conceptos. Rompieron el fuego las compañias de urbanos de Porrera, Falset y Flix y la de tiradores de Isabel II de Tortosa, contra las cuales mandó el gefe enemigo á Cabrera con las guerrillas: las alturas se vieron tambien atacadas, la de la izquierda donde está la ermita de San Sebastian por los tiradores del 2.° batallon de Bailen á las órdenes del coronel Azpiroz, y las de la derecha por otra compañia de carabineros del mismo batallon y algunos de costas y fronteras que mandaba el teniente coronel Lopez. Unos y otros guardaron al principio un continente respetuoso, porque la firmeza de la resistencia igualaba á la osadía del ataque; pero, reforzando Carratalá sus guerrillas, las de Cabrera tuvieron que replegarse á su centro, y de este modo se generalizó la accion con grande ardor por ambas partes. Luego conoció el caudillo de la reina que el flanco mas débil del enemigo era su derecha, donde estaba la caballeria, y formando un hábil cálculo estratégico, envió contra ella al brigadier Breton con 70 de la suya del regimiento de Navarra, mientras entretenia al centro y la izquierda con un ataque simultáneo ejecutado por los comandantes Ramos y Mirambell. Los carlistas con todo disputaron valerosamente el campo hasta las cinco que se pronunciaron en derrota: en vano Cabrera acude con su natural intrepidez y su prestigio á impedir la dispersion de los ginetes envueltos por Breton; en vano Quilez recibe órden de mantener su puesto, porque entretanto el mismo Carnicer tomaba el primero la retirada del campo. Carratalá hizo entonces el último esfuerzo por la victoria, y la dispersion de sus contrarios fué general y completa: Cabrera tuvo que luchar personalmente á culatazos con los ginetes de la reina que acuchillaban su gente, y apenas los demas gefes podian arrastrar consigo, para rehacerse, pequeños pelotones.

Pero luego ya ni en esto se pensaba, pues el enemigo les perseguia con empeño tal que Cabrera solo debió su salvacion á la noche y á la ligereza de su escape. Carratalá esperaba en efecto sacar mayor fruto que de la accion de la retirada, porque, contando con el triunfo de su parte, habia, al disponer su plan, oficiado á las columnas amigas del brigadier Foxá y coronel Nogueras que operaban á la derecha del Ebro para que acudiesen á su orilla, y mandado retirar á ella todas las barcas y ocupar

los vados desde Mora hasta Caspe. Así fue como los fugitivos, recibidos á balazos, tuvieron los unos que rendirse ya en cueros y otros perecer ahogados en la corriente. Solo Carnicer, que habia salido de Mayals con 200 de caballería é infantería, llevaba la mitad de este número en Alforque cuando se dirijia á pasar el Segre por la Granja de Escarpe. Fué en esto mas afortunado que sus compañeros, porque el destacamento colocado allí de órden de Carratalá habia sido retirado presurosamente á Lérida, donde se presentaron síntomas ó se hicieron creer al gobernador de aquella plaza conatos de una revolucion. Carnicer, aprovechándose de aquel ponton, pasó al pueblo de Cinco-Villas, se apoderó de una barca, y con ella volvieron los restos de su hueste á sus guaridas del bajo Aragon, huyendo tambien allí de la persecucion de las tropas de la reina.

Esta derrota, debida á los diestros movimientos de Carratalá y Breton, costó á los carlistas mas de 300 muertos y unos 700 prisioneros, que fueron luego llevados á Tarragona y dedicados á los trabajos públicos ó guardados en los depósitos para los canges. Apenas repasaron el Ebro 200; y siendo tan completa la derrota, produjo un desaliento general en los carlistas de todo el Principado, particularmente en la parte alta de aquel distrito, preparada de antemano para un levantamiento general que vino á reducirse á un aumento de 250 de los dispersos á la gente que el Ros de Heroles y otros sostenian en la parte de Orgaña, Riana, Cambrils, Monjol y otros puntos de aquel escabroso terreno. (1)

---

(1) **Biografía del general Carratalá.**—El hecho de armas que acabamos de describir dió bastante nombradia á su principal actor, para que creamos oportuno hacer aquí de él una ligera reseña biográfica, en consideracion ademas á sus hechos anteriores y á su categoría.

Nació D. José Carratalá en la ciudad de Alicante el 14 de diciembre de 1784. Dedicáronle sus padres, cuando llegó á la edad oportuna, á la carrera eclesiástica, bien porque tal era el espíritu de la época, bien para que rijiese una capellanía de familia, enviándolo al efecto al seminario conciliar de san Miguel de Orihuela. En el transcurso de los tres años de filosofía, demostró mas inclinacion á la jurisprudencia; y no pensando sus padres en contrariársela, fué enviado á la universidad de Valencia con este objeto. Completados sus estudios con regular aprovechamiento, por los años de 1808 se recibió de abogado en la audiencia de aquella capital, segun la práctica de entonces. Deseoso de perfeccionar su instruccion, trataba de pasar á la córte, cuando, con motivo de los graves sucesos de Aranjuez, que tan memorable hicieron aquella época, le obligaron sus padres á regresar al seno de la familia. Lo que con tal providencia trataban sin duda de evitar es lo que poco despues hubieron de presenciar con el natural sentimiento de quien vé espuesto á graves peligros lo que es objeto de su cariño. Cuando en mayo de aquel año el grito heróico de Madrid llevó su eco á los campos y las ciudades de nuestra malaventurada monarquía, el jóven Carratalá fué uno de los individuos de aquella briosa juventud que empuñaron las armas, ya como soldados, ya como improvisados gefes, contra el osado profanador de nuestros hogares y el doloso mancillador de nuestra nacionalidad. Nombrado desde luego individuo de la junta salvadora que en aquel

Pero se engañaria quien creyese que quedaban con ella destruidos todos los gérmenes de insurreccion que en Cataluña habia, y que veremos renacer á cada momento en diferentes lugares, porque en esta clase de luchas los reveses suelen ser momentáneos y motivo de mejor organizacion.

---

punto se formó, supo hacer un acertado uso de la energía y sentimientos de que le habia dotado la naturaleza y de los conocimientos que en las aulas habia adquirido. En medio de la ciega efervescencia que entonces reinaba Carratalá demostró ya las inclinaciones al órden que especialmente caracterizan su vida: en un dia de irritacion popular, se arrojó á proteger y salvó con denuedo y grave esposicion á los franceses domiciliados en la ciudad.

La comision del alistamiento de los jóvenes aptos para tomar las armas que le dió la junta fué lo que reveló sus buenas dotes para la carrera militar: en breves horas, con sorpresa general, alistandose él el primero como soldado voluntario en medio de la multitud que le cercaba, se vió seguido en su noble ejemplo de mas de 1700 mancebos de la ciudad y sus cercanías. Condújolos al dia siguiente al cuartel general de Almansa, donde se formó de ellos el regimiento infanteria de Alicante de dos batallones, que tanta fama alcanzó en aquella gloriosa lucha nacional. La junta le nombró comandante de batallon; pero él solo admitió el empleo de subteniente, manteniéndose á sus espensas por mucho tiempo, como hicieron entonces otros muchos jóvenes igualmente generosos y de ardiente patriotismo.

Trasportado de esta suerte el jóven Carratalá del templo de Minerva al campo de Marte, el presentimiento de sus ulteriores destinos ó el honroso afan de llenar dignamente sus deberes, le hicieron aprovechar los ratos de ocio y de descanso que el servicio permitia en el estudio de las obras militares mas recomendadas, distinguiendose por su aplicacion en las academias y ejercicios.

Y no obstante, su entrada en campaña no fué muy halagüeña. En la desgraciada batalla de Tudela el 23 de diciembre de dicho año de 1808, que fué su segundo encuentro, habiéndose ofrecido voluntariamente á mandar 40 granaderos que debian tomar una posicion peligrosa, recibió tres heridas y fué casi milagrosamente estraido de entre los cadáveres. Con la buena opinion que ya gozaba entre los gefes, este hecho le valió elevadas recomendaciones. Estaban aun abiertas sus heridas, y salió del hospital de Zaragoza para hacer con su regimiento el servicio de las baterías en el segundo sitio de aquella heróica ciudad. Llevado con los prisioneros á Pamplona, hizo por pasar a pretesto de curacion al hospital, de donde logró fugarse para ingresar de nuevo en las filas de la patria. Herido nuevamente y prisionero en el sitio de Tortosa del año 11, tambien supo evadirse del hospital de Zaragoza y reunirse á los suyos para encontrarse en una larga série de acciones, venturosas unas, adversas otras, pero todas para él honrosas. Entre ellas mencionaremos solamente la gloriosa batalla de Vitoria, la de Sorauren y demas dentro de Francia en que tomó parte la division del general Morillo, á que perteneció, hasta que se hizo la paz en mayo de 1814. En el curso de esta gloriosa lucha habia hecho inscribir en su hoja de servicios bastantes méritos para el grado de teniente coronel con que la terminó, sirviendo de ayudante de campo de dicho general.

Sucedió para él á esta guerra otra menos afortunada para España: la de la independencia de nuestras vastas posesiones de la América. Tomó parte en la espedicion de aquel año con el empleo de teniente coronel del regimiento de cazadores de Estremadura, á cuyo frente llegó al Perú por el istmo de Panamá. Durante los nueve años que á precio de nuestra sangre todavia poseimos aquellos apartados paises, muchos fueron los hechos en que Carratalá se distinguió con buenas cualidades para la milicia y la administracion, ya como gefe, ya como subalterno. Entre los varios que merecieron honoríficas recomendaciones

Bien pocos dias despues una pequeña partida se atrevió á entrar en el arrabal llamado de las Roquetas distante un cuarto de hora de Tortosa, y haciéndose dar porcion de raciones y alpargatas, se retiró á las montañas próximas antes de que llegase la fuerza enviada contra ellos y pudiera alcanzarles.

---

en las órdenes generales del ejército, indicaremos de corrida: la sorpresa de la division enemiga de Lacorte sobre el campamento de la Torre en abril de 1817; el gobierno é intendencia de la provincia Huancavelica, cuyos ramos reorganizó con inteligencia á la vez que la defendió con las armas; en el mismo año 21, encargado de la conservacion de las tres provincias del centro del Perú con la insignificante fuerza de 300 caballos y una compañía de cazadores contra el enemigo Arenales que le acometió con sestuplicadas fuerzas, emprendió una brillante retirada de 50 leguas en 21 dias casi siempre á la vista del enemigo que no pudo cojerlo ni un hombre ni un caballo, asistió el año siguiente á la memorable batalla de 7 de abril sobre Ica, y en el de 23 á la de Cepita «cuyo brillante resultado le es debido en la mayor parte» segun decia en el parte el mismo general en gefe Valdes; cúpole tambien grande parte en la gloriosa campaña del Sur del Perú, persiguiendo á los enemigos hasta la cima de los Andes. Mas cuando llegó la hora de los desastres, participó como el que mas de ellos en la penosa campaña de 1824 que terminó con la funesta batalla de Ayacucho y con nuestro dominio sobre aquellos hermosos paises.

Vuelto á la península en clase de mariscal de campo, y contemplando con pena el estado de la nacion agitada en el mar para él desconocido de las pasiones políticas, tomó su cuartel para Barcelona, donde permaneció sustraido á la vida activa hasta 1827 cuando estalló la primera tentativa carlista. Nombrado entonces gefe de E. M. del ejército de operaciones, contribuyó á la pronta pacificacion cuanto lo permitia su empleo, y mas eficazmente en medio de las difíciles circunstancias del Principado cuando al año siguiente fué nombrado gobernador militar y político de la plaza de Gerona y su distrito.

Estos antecedentes eran una recomendacion para el nuevo poder entronizado á la muerte del rey Fernando, y se lo demostró pasándole á igual destino de la provincia de Tarragona, donde contaba mas enemigos. Inauguró su destino de segundo cabo de aquel distrito, reteniendo dicho gobierno, con la importante accion de Mayals que acabamos de describir y que tan funesta fué para la causa carlista del Principado, por cuanto impidió por bastante tiempo que la guerra se arraigase en la baja Cataluña. Los talentos militares de que en ella hizo prueba merecieron que, no concluido aquel año 34, le nombrasen comandante general de las provincias Vascongadas. En el poco tiempo que desempeñó este cargo conquistó otro laurel con la reñida accion de los altos de Ormaistegui en que con 6 batallones hizo retirar á 9 de los carlistas mandados por Zumalacárregui, que hizo necesarias diferentes cargas á la bayoneta para que tomase algunas posiciones. En la capitanía general de Estremadura, que se le confirió á los dos meses, en marzo de 35, se dedicó á organizar fuerzas suficientes de Urbanos y cuerpos francos para repeler las de los carlistas de la Mancha y Toledo que se aproximaron á ella para propagar allí la insurreccion. Pasó luego á la de los reinos de Valencia y Murcia, desde la que por renuncia se retiró de cuartel á Madrid en marzo de 36, permaneciendo en la córte hasta que le fué conferida la capitanía general de Castilla la Vieja. Volvió á ella al año, cuando en enero de 1838 le nombró la Gobernadora secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

El estado de la contienda no era entonces ciertamente el mas lisonjero: los ejércitos constitucionales del Norte, Centro y Cataluña agotaban su fuerza reprimiendo la audacia de sus contrarios cada dia mas ensoberbecidos que, aspirando á realizar el pensamiento de uno de sus mas entendidos caudillos, se estendian ya por el mediodia á fin de encerrar al gobierno de Madrid en un cír-

El brigadier Colubi, con una compañía de granaderos de América y otra de urbanos de Igualada batió en Sierra Seca y Coll de Baix á las partidas que recorrian aquella parte. Llauder en el tránsito de Santa Coloma de Queralt á Igualada alcanzó á otras obligándolas á guarecerse en la montaña de que habian bajado. La del Llarc de Copons tuvo hácia Manresa la misma suerte, y Tristany no fué mas afortunado.

Este caudillo, á quien hemos contado entre los primeros gefes de la insurreccion catalana, á la tenacidad de sus convicciones unia una dureza de carácter y una enerjía de actividad que le hacian mas propio para el campo de batalla que para el servicio del altar. Era canónigo de Gerona

---

culo que poco á poco iria acortando su rádio, y de incomunicarlo con sus ejércitos de la periferia. Tal era el objeto de la espedicion de D. Basilio, que indudablemente hubiera crecido mas en fuerzas y prestigio sin las providencias del ministro y los esfuerzos de sus subordinados, Carratalá acumuló fuerzas á la division perseguidora del Norte; confió su mando al general Sanz y las proveyó de lo necesario para su equipo y sustento harto dificil a la sazon por las penurias del Erario. Las instrucciones del ministro y el celo del general dieron prontos y evidentes resultados en la derrota que el carlista sufrió el 5 de febrero entre Ubeda y Baeza y las que fueron su consecuencia de Castril, Yévenes y orillas del Jucar. Entonces tambien tuvo lugar la sorpresa de Tallada por los nacionales de Barrax.

Pacificabase el mediodia de la península al mismo tiempo que el ejército del Norte conseguia importantes victorias sobre las líneas de Balmaseda y Guardamino y contra la espedicion del conde Negri, en cuya gloria alguna parte cabe al ministro. Mas directa es la que le pertenece por el refuerzo que dió al ejército con la quinta de 40,000 hombres que pidió, ya para cubrir sus bajas, ya para formar con ellos dos divisiones de reserva que, colocadas en el centro de la península, pudiesen oportunamente salir al encuentro de las invasiones que emprendiese el enemigo para realizar su plan. Ademas aumentó con 2,000 caballos este arma, que tantos beneficios produjo á la causa constitucional, conservando constantemente una indudable superioridad sobre la contraria: llevaba en este aumento por mira tener siempre á cubierto el centro de la monarquía, tan á propósito para la caballería. Así dejó la cartera que le fuera confiada en marzo quedando de cuartel en la Córte hasta febrero de 39: elevado ya entonces á teniente general, fué a ejercer el mando superior de Andalucía que desempeñó hasta la próxima terminacion del año. Despues de los grandes sucesos de 1840, volvió á él, y en él le encontraron los no menos grandes de 1843 que le obligaron á presentar su renuncia. En tal situacion continúa hoy en la Córte, ageno á la agitacion y maquinaciones de los partidos, que no han podido contar en él hasta hoy un ciego instrumento de sus miras.

La reputacion militar de Carratalá es honrosa, y sus hechos en ambos continentes la abonan: la de autoridad lo es mas tal vez, porque se ha mostrado siempre amigo del órden y la justicia: los sentimientos del hombre merecieron en América de los insurgentes acusaciones de dureza y crueldad, que no hemos visto justificados, y que desmiente su conducta conciliadora en los diversos mandos que obtuvo desde el de Gerona. Sin embargo, creemos que puede ser cruel con la ordenanza ó la ley en la mano: patrocinará á la víctima antes de que la ley la halle; desde este momento, Carratala es militar antes que hombre de partido, antes que amigo y acaso (permítasenos la espresion) mas que hombre. Por eso sucumbió con la causa del ex-rejente y sucumbirá siempre con aquella que abrace.

cuando Galceran dió el primer grito de guerra, y no tardó en presentarse en el pueblo de Monistrol, inmediato al convento de Monserrat, para ponerse al frente de una partida que, en medio de los reveses, fué engrosando poco á poco.

Reunido en esta ocasion con otros partidarios, se vió perseguido tenazmente en la Fonollosa por los granaderos de América, siendo desalojado de la plaza del pueblo de Camps y otras posiciones en que se hizo fuerte Llauder, para evitar el ejemplo que producia en las pueblos la presencia de los carlistas y cortar de raiz los progresos de la rebelion que trataba de establecerse en la alta montaña, determinó pasar al teatro de sus correrias para dar mayor impulso á las operaciones militares: las partidas del Muchacho y Boquica, que infestaban el torritorio de Berga, no bien vieron las activas disposiciones que se tomaban, no aguardaron á las columnas que iban en su busca á las órdenes del gobernador D. Antonio Oliver, y se dispersaron completamente, habiéndose internado en Francia por Oseje 25 de sus individuos, un fraile lego y cuatro oficiales ilimitados que residian en Cervera y en Manresa, de cuyas ciudades se habian ausentado, reuniéndose con otros en Buza: otra vez las partidas reunidas del Ros de Eroles, Tristany, Llarch de Copons y el albeitar de Biosca, fueron perseguidas desde la parte de Solsona hácia el Segre por las columnas de los brigadieres Colubi y Magrat: las del coronel Churruca y teniente coronel Manresa y otras varias que dicho capitan general habia dispuesto hicieron un movimiento general y combinado, con 400 de los voluntarios de Tarrasa, Sabadell, Martorell, Esparraguera y Santa Coloma de Queralt, que ocuparon varios puntos interesantes de suerte que, arrojados los rebeldes contra el Segre, se vieron precisados á pasar á su derecha por el puente de Espiá, huyendo precipitadamente á las orillas del Noguera, invadiendo el corregimiento de Talarn. Alli fueron recibidos por las tropas y voluntarios urbanos con que su gobernador salió al encuentro, persiguiéndoles de san Salvador hácia Villanueva de Meyá, resultando de todas estas persecuciones y contramarchas una dispersion mas hácia lo mas fragoso y montuoso del Principado.

La desgracia perseguia aun á los carlistas del Principado, pues casi todas sus tentativas abortaban sino es que sus contrarios destruian los planes mejor concebidos en estado, digámoslo así, de feto. Por algun tiempo todavia la historia de aquella guerra no es mas que una série no interrumpida, sino de mortales desastres, de grandes adversidades al menos. Mientras el Ros de Heroles, perseguido por los urbanos de Igualada, Vendrell, y Villafranca; salvaba su existencia con pocos de los suyos en lo mas escabroso de los montes de la Llacuna refugiándose luego al valle de Andorra, en las montañas de Tibisa, Pratdip y Marsá otra partida de urbanos logró capturar por medio de marchas, contramarchas y terreno casi intransitable, al cabecilla José Pujadés y á Juan Sa-

baté, que con una corta fuerza vagaban por aquellos montes.

Por la parte de Berga eran perseguidos con igual tenacidad los restos de la partida de Boquica, y en la misma cordillera, mas adelante, habiendo encontrado el comandante de Esparraguera en la altura del Mas de la Riera una reunion de 60, los atacó y dispersó, cojiéndoles bastantes armas. Volvieron á reunirse despues y cayeron en manos de los comandantes de armas de Igualada y Santa Coloma y de un destacamento de cazadores del Rey 1.° ligero: trabaron con ellos una refriega bastante viva y obstinada, y despues de una hora de combate, fueron deshechos, dejando en el campo 20 muertos. Concluida esta, fué destruida por los voluntarios de Barbará y Pont de Armentera otra que apareció á la derecha del Mas de Jesus, cesando la persecucion por haber entrado la noche. La que capitaneaba el estudiante Guardiola fué tambien destruida con la prision del gefe en las inmediaciones de Sanahuja por la columna que cubria la línea del Llobregat. Al mismo tiempo el cabo de la escuadra de mozos de Moyá con otros cuantos apresó al cabecilla Antonio Mas (a) Chavana, ilimitado, que se hallaba escondido en una cueva, y conducido á Berga, fué pasado por las armas; y los mozos de la escuadra de san Celoni encontraron detras del manso rio de Cañamás al cabecilla Pablo Guinart (a) Grabat de Llinás, siendo muerto en el acto por haberse resistido, aprehendiendo igualmente á su compañero Pablo Buiré de Corró. Reaparece el Ros de Heroles al terminar el mismo mes de mayo; pero viene como á sustituir al Muchacho que á principios del siguiente tuvo que refugiarse en Francia por Osejo y Erz, y á presenciar la deportacion de 150 prisioneros del puerto de Tortosa á la Habana. Tan viva é incesante fué la persecucion en aquella primavera que por espacio de algun tiempo no se hablaba de los carlistas catalanes sino para referir sus desastres al par de las ventajas que los de otras provincias con mejor disciplina iban consiguiendo. Y en efecto, este vicio, el del aislamiento, el de la insubordinacion, fué el que minó la existencia de las huestes carlistas del Principado: él retardó por mucho tiempo el periodo de su virilidad, y cuando este llegó á merced de estrañas circunstancias, precipitó su muerte.

Aunque á su costa, los diversos caudillos de aquella rebelion llegaron á penetrarse de que su impotencia consistia en esta condicion de carácter catalan, ó mas que ellos, lo conocieron los directores; y para obviar á ella se concibió un plan que, con mas discrecion ó tal vez con mas fortuna ejecutado, hubiera reorganizado aquellas fuerzas y dado nueva y vigorosa vida á la insurreccion de aquella vasta provincia. El pensamiento era sujetar todas aquellas ambiciones rivales al yugo de una autoridad superior, asi en categoria como por su elevada delegacion, antecedentes y capacidad: un gefe que reuniese todas estas circunstancias deberia naturalmente dominar todos aquellos espiritus rebeldes á la disciplina

y necesaria gradacion de la milicia. El general Romagosa fué el elegido para realizar este pensamiento en union con el infante D. Sebastian que, para mejor refrenar las envidias, debia ponerse al frente del ejército que se crease. Ciertamente el proyecto era atinado, porque en el estado actual de la sociedad, y en la índole del partido absolutista mas, las circunstancias del nacimiento valoran los derechos del hombre al respeto y á la consideracion de sus semejantes. Llegó con esta mision el infante á Barcelona á fines de julio confiando en que el juramento que prestara de fidelidad á su sobrina Isabel alejaria de él toda sospecha. Pero Llauder vivia vigilante, y la policia no tardó en darle noticias que le confirmaron en que formaba parte del plan que llevaba á Romagosa al Principado: individuos de la comitiva fueron bastante imprudentes para provocar la irritacion del pueblo barcelonés. Llauder, que hasta entonces habia tratado al principe con las deferencias debidas á su rango, ofreciéndole el palacio que ocupaba, al ver que oponia á sus reflexiones y consejos una poca disimulada resistencia, usó de mayor energia y autoridad en su lenguaje hasta darle á entender que estaba resuelto á cubrir la responsabilidad que sobre él pesaba de la tranquilidad del pais con todo género de medidas sin consideracion ninguna ante el mandato de la ley y del gobierno. Esta actitud de firmeza obligó al infante á abandonar la capital del Principado sin llevar á cabo la retractacion del juramento, que en seguida hizo marchando á defender en Navarra la causa de D. Cárlos. Esta transformacion se debia á la influencia de la princesa de Beyra, que habia sustituido á la de su tio Fernando. Con esto vino á faltar una de las bases en que se fundaban los nuevos proyectos del carlismo, y que bien pronto se mostraron á descubierto.

Romagosa, á quien D. Cárlos habia nombrado en abril teniente general, recibiera en junio desde Porstmouht su autorizacion para sublevar en su nombre la Cataluña como su comandante general, confiriéndole al efecto facultades régias y suministrándole abundantes recursos. Fuese el agraciado á Génova, y allí fletó un bergantin sardo que le dejó el 12 de setiembre en las playas de San Salvador y la punta de Bará, sin que bastára á impedirlo la vigilancia de los cruceros españoles reforzados con una escuadrilla de cuatro velas que la Francia, en virtud del tratado de la Cuadrupe Alianza, concertado meses antes, mandó á guardar la costa desde Rosas hasta la embocadura del Ebro. Apenas saltó en tierra el nuevo caudillo catalán, se situó en la casa del cura párroco de Selma y con su proteccion y la del baile ó alcalde dió las primeras disposiciones. Pero Llauder, que recibiera avisos oportunos de su próxima llegada y que con razon temia á enemigo tan hábil, tomára tambien las suyas anticipadamente para su captura, que solo se hizo esperar cuatro dias. El dia 16 fué preso el mal aventurado Romagosa cerca del pueblo de su naturaleza, encontrándosele en el equipage unas doscientas cincuenta onzas del

rey de Cerdeña y multitud de proclamas y documentos importantes. Conducidos inmediatamente á Igualada él, el rector Güel y el alcalde antes nombrados, fué fusilado con el primero sin mas demora que las prescritas por la religion, tres dias antes del señalado para la vasta insurreccion tramada.

Cortado el nudo, todos los hilos cayeron sueltos al suelo. Al fusilamiento de estos correspondió en Lérida el del teniente coronel D. Ramon Aldama, nombrado por D. Cárlos gobernador de aquella plaza, cerca de la cual fué cojido El coronel Saperas (a) Caragol, de quien ya hemos hablado entró por el Pirineo en combinacion con Romagosa; y situado en Basora, espedia órdenes para un somatén general en calidad de mariscal de campo del ejército carlista, y derramaba con profusion los ochentines del rey Alberto corriéndola entre el paisanage como moneda de su rey D. Cárlos. Reuniéronsele el Ros de Heroles, Tristany, Montaner, Llauger y el Muchacho; pero tan menguadas estaban sus partidas que apenas alcanzaban al número de 300 hombres, no bien armados y peor disciplinados. No quisieron por eso esperar al gobernador de Manresa, que se lanzó sobre ellos, y se dirijieron al Prat de Llusanes, donde creian encontrar simpatías por haber sido el pueblo en que Galceran diera su primer grito de guerra. Era el 28 de octubre y las cinco de su tarde cuando atacaban á 40 urbanos encerrados en unas casas que los recibieron á balazos; y hubieran de retirarse recelosos de que cayese sobre ellos alguna columna. El gobernador de Vich, en efecto, á la noticia de su proximidad, salió á socorrer á los urbanos, y aunque llegó tarde para cojer á los sitiadores, fué tras ellos hasta la casa del Manso Soler, término de Gaya, donde perdió su pista. Habian retrocedido hácia Castelladrell, y atravesando el Cardener, se dirijieron á San Mateo y Coaner. Alcanzólos por allí cerca del Moyal el comandante de Sellent, que tambien saliera en su perseguimiento con una pequeña columna de urbanos, y no tardó mucho, en la disposicion que llevaban, en derrotarlos, volviendo á encontrarles oportunamente el gobernador de Manresa, que hizo retirar á Caragol en fuga hácia Matamargó.

Llauder, conociendo cuanto importa en la guerra aprovechar los efectos morales, hecha la captura y muerte de Romagosa, se trasladó rápidamente al punto amenazado por su compañero Caragol, y se situó en Manresa para dirijir las operaciones, cuyos resultados no dejaron de corresponder á su propósito.

Targarona en los primeros dias de noviembre amenaza con 200 hombres por la parte de Nuria; desplegando su enérgica actividad corre á uno y otro punto, derrama proclamas y dicta bandos á los pueblos que quiere dominar; pero bien pronto los movimientos que por la parte de Camprodon hacen varias partidas del ejército y urbanos, le fuerzan á diseminar su gente entrando alguna en Francia. Llauder entonces, para que el resto de las fuerzas carlistas siguiera igual camino, estableció una linea

de pequeñas columnas que desde Borrada corrian por San Jaime de Montaña, la Pobla de Lillet y Baga hasta Coll de Fou. Esta disposicion produjo inmediatos resultados: estrechado el Muchacho en el pueblo de Casella de Nach, hubo de salvarse arrojándose por espantosos precipicios, interponiendo el Llobregat y dispersando á pesar de eso su gente: otro buen trozo de la de Targarona traspasó la frontera: Caragol con solos 100 hombres, acosado contínuamente por las columnas de la parte de Solsona y Carmona, se vió reducido á buscar abrigo y sustento en los pueblos mas miserables de la montaña: el cabecilla Boadella, que habia sido encontrado escondido con otros 5 en una cueva por los urbanos de Santa Coloma de Farnes, y el llamado Tradera, cojido en el corregimiento de Mataró, fueron con varios otros de sus partidarios fusilados en los respectivos pueblos de su naturaleza: Tristany fué el dia 26 batido en la izquierda del Llobregat por la columna del coronel Melcior teniendo que refugiarse en las asperezas de Monserrat en su guarida favorita de la ermita de San Salvador: no salió de allí en la noche del dia siguiente sino para sufrir una nueva corida hasta el Bruch donde le pellizcó una partida del 1.° Ligero. En el corregimiento de Tortosa no eran menos afortunadas las armas de la reina: batidos los carlistas en la sierra Alfara por el coronel Azpiroz, fueron á dar los dispersos con la columna del brigadier Colubi, gobernador entonces del distrito, que les hizo mas de 30 prisioneros, obligando á presentarse á indulto á todos los que no pudieron pasar á incorporarse á las huestes del bajo Aragon.

Tal es el estado en que Llauder dejó entonces á Cataluña tras dos años de un mando que no podrá seguramente ser tachado por sus enemigos de inaccion y debilidad. Es fuerza reconocer que sin su inagotable actividad y la eficaz cooperacion de sus segundos, las partidas que dieron nacimiento á la rebelion carlista, á pesar de las contrariedades que hemos indicado, hubieran engrosado sus filas y ofrecido aquellas montañas el triste cuadro de las del norte, donde la guerra causaba ya sus naturales estragos. Y esta razon, que era para los carlistas motivo de profundo ódio así como su rijidez en las penas, para los liberales era título de reconocimiento y afecto: los partidarios de las reformas avanzadas le desquerian desde que se habia mostrado con ellos escesivamente severo; pero todos, no obstante, reconocian sus servicios en un género de lucha tan penosa como escasa en glorias.

Dejó entonces, á principios de diciembre, el baston de mando del Principado para ir á tomar posesion de la cartera de la Guerra en el ministerio, rehabilitado para con la córte despues de la célebre esposicion que tanto la habia alarmado. La quiebra que su nombre habia sufrido le obligara á fines de agosto á presentar su dimision, que no le fué admitida, antes por respuesta le nombraron general en gefe del ejército del Norte que hubiera aceptado á pesar de los ruegos de los que no querian se

alejase de Cataluña, á no haber coincidido con este nombramiento la tentativa de Romagosa, que le precisó á suspender la aceptacion. Sin que hubiese llegado á hacerla, recibió en Manresa el de ministro de la Guerra fechado en 2 de noviembre, y apresurándose á cumplir la voluntad de la Gobernadora, dejó el mando interino del Principado al general Santocildes.

En el corto periodo que lo desempeñó los descalabros de los carlistas no tuvieron intermision. El 7 de diciembre fueron fusilados en Vich los caudillos Jaime Turó, alias Roqueta, Isidro Prat y José Camps; lo fué tambien Vicente Marqués, por sobrenombre Tumaña; la partida del estudiante Grau sufrió un gran destrozo; en la alta montaña el coronel D. Antonio Van-Halen empujaba hácia el vecino reino restos de la fuerza de Caragol; en las alturas de Torradas por la parte de Mataró otra fraccion era tambien batida con pérdida; las disposiciones de Colubi dieron por resultado un casi completo destrozo de la partida de Valles, que era la mas considerable del corregimiento puesto á su cuidado, y la emigracion á Aragon de la del Montañés. A fin de que sirviesen de base á las operaciones y asegurasen la sumision del pais, principió por fortificar los pueblos de Alfara, Pauls, Mas de Barberans y Puell; encargó la custodia del lindero de Aragon al coronel Churruca, y él salió en la noche del 23 al 24 á buscar el fruto de una combinacion con el coronel Azpiroz, comandante de las tropas que operaban en la parte alta del corregimiento contra las fuerzas de Vallés, Paraceite, Querrista y Chambonet que se albergaban en los puertos. Simuló Azpiroz un movimiento hácia Valencia, trasladándose á la Cenia, de cuyo punto por una marcha forzada nocturna contramarchó á emboscarse en Coll de Suar; el teniente coronel D. Salvador Martí se dirijió con dos compañías por el barranco de la Caranolla; Colubi al frente de una columna del regimiento de Saboya y 16 caballos fué tambien por el barranco de Carraceite á ocultarse en los pozos de Chese: asi dispuesta y preparada la batida, fuéronse acercando al enemigo, sobre quien Azpiroz fué el primero en romper el fuego. No resistieron mucho tiempo los carlistas, pues la sorpresa y la red que se les habia tendido no habilitaron su espíritu para una vigorosa defensa. La derrota fué casi completa: 40 quedaron muertos en el campo, entre ellos los gefes Paraceite y el Guerrista; 26 fueron hechos prisioneros, incluso el coronel Vallés, nombrado por D. Cárlos comandante general de aquel corregimiento, que fué fusilado en su capital con otros 16 malaventurados que fueron víctimas, como otros muchos antes que ellos, del crudo rigor con que ambas huestes se trataban.

Asi terminó aquel año, el primero de la guerra civil que siete años asoló aquel industrioso pais, y asi terminó el segundo esfuerzo hecho por sus caudillos para adelantar el momento de una esplosion general. Los pocos elementos de guerra que se habian salvado de la malograda espedicion de Romagosa quedaron tan reducidos, aquellas fraccionadas fuerzas tan

aniquiladas, tan amenguado su espíritu que por bastante tiempo la hueste catalana pareció muerta ó que vivia en un síncope enervador.

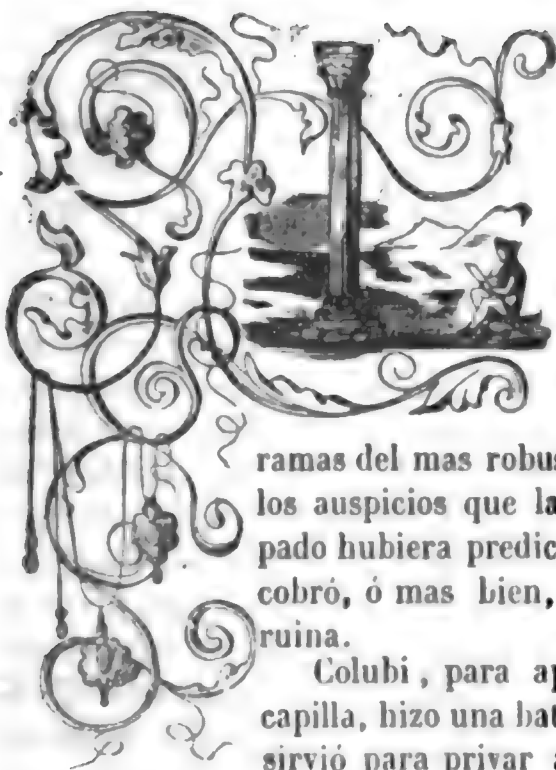
Habia una razon para que esto aconteciese que nosotros no debemos ocultar á quien quiera que dañe su manifestacion. Las partidas carlistas se habian atraido en general el ódio del pais por su escasa disciplina y maléfica conducta: las crónicas de aquellos dias están llenas de robos presidenciados por los gefes, de asesinatos espantosos, de crímenes sin ejemplo que no queremos recordar porque estamos persuadidos de que no pertenecen á la sana parte del bando carlista. Entonces, como en todas las épocas de trastorno, se unieron á los sublevados, los criminales de profesion y los sedientos de venganza por adquirir un escudo; y caian por eso sobre la bandera arbolada y sobre sus leales sostenedores las execraciones de los pueblos. Ademas, nosotros sabemos cuanto las circunstancias influyen en la conducta de los gefes: por adquirir prosélitos, por rodearse de fuerza, se aceptan elementos y recursos que el corazon rechaza, y de que se queda dispuesto á prescindir tan pronto como se suelte el yugo de la necesidad. Tras de las causas nacientes, de las esperanzas dudosas y de los peligros reales, no es lo comun que vayan á ocupar los puestos subalternos las gentes de mas cultivada inteligencia, mas delicadeza de sentimientos y pureza de moralidad. Allí van las que viven del abuso y del vicio donde la licencia es condicion precisa de existencia y por algun tiempo de conservacion. El osado cabecilla, escaso de elementos, falto de recursos, ¿qué aliciente podria ofrecer á los que no por las convicciones sino por el interés cojen un puesto en los partidos? Esos que ni aun el oficio de la pólvora sino el de la metralla desempeñan en las luchas de los partidos ¿qué otro estímulo podrian recibir que el de las víctimas que encontraran á su paso?

La licencia, pues, en que vivió á los principios la hueste carlista catalana era casi tan necesaria como funesta para ella: le era forzoso vivir por medio del terror y de los escesos, y los escesos y el terror atraian sobre ella las maldiciones de los pueblos. Sin embargo, jamás llegó á verificarse una destruccion completa, un aniquilamiento radical, porque la tenacidad y el valor catalán saben triunfar de las derrotas: cuando mas dispersas se veian aquellas mil partidas, cuando los cabecillas tenian que refugiarse á lo mas intrincado de aquellas ásperas montañas, cuando mas postrada y abatida, en fin, se juzgaba la rebelion, es cuando mas viva y osada renacia como Saturno de sus cenizas. En el discurso de este año la hemos visto por todas partes perseguida, por todas fugitiva ó derrotada, pero jamás rendida, jamás anonadada ó muerta. Los defensores de la reina llevaban á los carlistas ventaja en número, en disciplina, en todas las circunstancias que, supuesta la igualdad personal, constituyen un ejército superior á otro; pero en las luchas civiles, y en topografías como la de Cataluña, y con soldados como el catalán, esa proposicion, recibida como axioma en la milicia, tiene sus escepciones como la que entonces tuvo. Por lo mismo que no

hay grandes ejércitos frente á frente; por lo mismo que no se libran sangrientas batallas, de esas que dan en tierra con la mas herculea existencia, está naciendo siempre, siempre en un largo y trabajoso periodo de infancia, de que apenas acierta á salir. Pero al fin es vida.

CAPITULO IV.—1835.

Hechos militares: los carlistas empiezan á tomar la iniciativa.—Acontecimientos políticos: quema de los conventos de Reus, Barcelona y otros puntos.



Los vaivenes de la fortuna militar son tan caprichosos como los del viento, que tan pronto inclina á un lado las ramas del mas robusto arbol como al opuesto. Nadie con los auspicios que la guerra tuvo el año 35 en el Principado hubiera predicho el desarrollo y la osadia que luego cobró, ó mas bien, nadie hubiera dejado de predecir su ruina.

Colubi, para aprovechar la declaracion de Vallés en capilla, hizo una batida á las cuevas de los puertos que solo sirvió para privar á los carlistas de algunos de sus escasos recursos; el cabecilla Juan Soler, por sobrenombre Carabasa, pereció en las inmediaciones de Godall perseguido por el capitan Vidal, y al ter-

minar el primer mes del año, mas de 100 carlistas se habian presentado á indulto.

Y eso no obstante, es ahora cuando empiezan á buscar la iniciativa en el combate. El canónigo Tristani, á la sazon comandante en gefe de las fuerzas del Principado, despues de eludir diestramente un lazo tendido por el mariscal de campo D. Pedro Nolasco Basa, comandante general de la alta montaña, presenta caras el 9 de febrero al frente de 300 hombres divididos en tres trozos que ocupaban las casas de Rosell, Mas del Vila y Garriga, á la columna móvil de Sanahuja, con quien traba un bien sostenido combate, que abandona luego en órden con escasa pérdida como para demostrar á su gente que para retirarse de las tropas de la reina no es necesario acudir á la fuga en dispersion. Al dia siguiente otros 200 atacaron cerca del Valls á 60 soldados de Saboya que escoltaban un convoy de caudales, que solo á favor de una vigorosa defensa pudieron salvar. Las partidas del Mari y el Herrador en número de 80 tambien intentaron en San Andrés de la Castaña una sorpresa sobre la columna del Valles que mandaba Montells. Grau, Badia, Meri y Pelegri reunieron sus pequeñas partidas para constituir una mas poderosa que tomase igualmente la iniciativa, cuando las hubiesen organizado suficientemente al abrigo de las escabrosidades del Monsein. Súpolo Llauder, que habia vuelto al mando de aquel distrito despues de la batalla parlamentaria que su ministerio tuvo que sostener en el Estamento de Procuradores con motivo de la sublevacion de Cardero en la Casa de correos, y conociendo cuanto importaba cortar el naciente vuelo de los carlistas, fué á situarse en Granollers. Reunió allí algunas fuerzas y las dirigió contra las que ocupaban el Monsein, que encontraron desalojado, porque los carlistas, fraccionados en pequeñas partidas, se habian corrido de noche al corregimiento de Manresa; siendo el resultado único de las combinaciones preparadas por los de la reina dejar espedito el tránsito de Vich á Barcelona.

El espíritu del bando liberal habíase amortiguado con esta inesperada actitud de los carlistas, y fueron urgentes nuevas operaciones para reanimarle. Tristani fué desalojado de la posicion que ocupaba en Sorba por su perseguidor Macias, comandante de Zamora, precisándole á dispersarse en el bosque de la Serra de la Caña. A la sazon el gobernador de Berga practicaba un reconocimiento por la parte de Montmayor, y al oir el fuego, se dirigió á dicha Serra: encontró al enemigo posicionado en la casa de Turriellas engrosado por la fuerza de Boquica; pero la noche envolvió el campo en una profunda oscuridad, que facilitó á los cercados la evasion con muy pequeño quebranto. Van-Halen con la noticia de estos encuentros se habia tambien puesto en movimiento y llegó á darles alcance en el Coll de Fou, obligando á los dos caudillos á separarse para distraer su atencion. Continuando el gobernador de Berga la persecucion

les encontró todavia, y les causó alguna pérdida en la acometida que hizo á las posiciones que en el pueblo de la Nou ocupaban unos 270.

Y á pesar de estos contínuos descalabros y de esta incesante persecucion, los carlistas entonces levantaron nuevas partidas y no cejaron en su movimiento progresivo. Una nueva partida de 200 hombres se presentó en el portazgo de Sirañá á tomar raciones, y otra desarmaba al mismo tiempo á los urbanos de la Garriga. Acometido el comandante de miqueletes Bernoya por otros 100, sufrió una completa derrota, teniendo aquel que huir con solo su asistente y otros dos que, alcanzados en la fuga, perecieron á manos de sus perseguidores. Las fuerzas del Ros de Heroles y el Borges atacaron tambien el dia 24 el pueblo de Oliana defendido por sus urbanos y la guarnicion de los de Zamora, que tal vez hubieran tenido que rendirse á pesar de su denuedo á no acudir á su socorro el general Varleta. Envió este en seguimiento de los caudillos enemigos al comandante Rodriguez Vera del 1.° Ligero, y así él como el coronel Van-Halen que le salió al encuentro con el gobernador de Berga lograron aventarlos hasta mas allá del Ciu. Mas á los pocos dias volvian á medir sus fuerzas entre Timoneda y Oreu con dos columnas del regimiento de América.

Basa, persiguiendo al Muchacho y á Boquica, los arrojó hácia Castelladrall, donde los urbanos de Balsarein salieron ufanos á su encuentro; pero viéronse bien pronto precisados á retirarse y hacerse fuertes en el pueblo, que aquellos atacaron con denuedo hasta la aproximacion de los urbanos de Sallent.

En el corregimiento de Tortosa tambien los carlistas atacaron el dia 5 de marzo el pueblo de Figuerola llevándose consigo al baile y un regidor rescatados luego por los urbanos de Pla, que salieron á su encuentro causando la muerte del caudillo Ferrer, llamado Barbut. El Muchacho sorprendió é hizo prisionero el pequeño destacamento de la Abadia del Sin que, no queriendo tomar partido con él, fué dejando en libertad, pero todos desnudos: en seguida sorprendió otro que iba de Manresa á un punto fortificado, y de los 15 prisioneros solo uno pudo salvar su vida. El de urbanos del mismo punto que iba el dia 10 de Sallent á relevar el de Olot cayó tambien en una emboscada cerca de Ariño, siendo todos pasados á cuchillo, pues los pocos que se salvaron quedaron mortalmente heridos y como muertos los dejaron en el campo.

Esta inusitada osadia de los carlistas puso en cuidado á Llauder, quien desde la plaza de Cardona dictó varias providencias para refrenarla: dispuso que los gobernadores de Berga, Solsona y Cardona organizasen partidas de guias con los paisanos comprometidos y los carlistas presentados con el prest de seis reales diarios, las que tuvieran por objeto servir de guias á las columnas y perseguir á los dispersos de las acciones y á las pequeñas partidas; fortificó algunos puntos; armó algunas milicias urba-

nas, y dictó otras medidas que, si fomentaron alguna confianza, no fué ciertamente muy duradera.

El gefe carlista Caballería al frente de 180 hombres sostuvo el dia 14 con el gobernador de Vich en San Quirse de Basora una accion en que el triunfo se disputó con tenaz empeño por ambas partes, cediendo al fin el primero á la mejor disciplina de su contrario. Los 40 que Grau mandaba por entonces entró por sorpresa en Monistrol de Caldes y se hicieron dueños del armamento de los urbanos y de algunos vecinos. Estos encuentros parciales de tan pequeños resultados y otros que dejamos de mencionar sirven bien para demostrar el vuelo que iba tomando la rebelion catalana.

Entre Tristani y el comandante Sevilla se trabó el 3 de abril en el pueblo de Suer una reñida accion que el ardor de los combatientes prolongó hasta que la noche vino á separarlos con pérdidas próximamente iguales: dos dias despues en un segundo encuentro el gefe de la reina fué mas afortunado en la Llanera, pues hizo á su competidor correrse hácia Castellfollit. Reunióse allí á Vilella formando un total de 300 hombres con los que resistieron en Iborra la embestida de una columna de los de Saboya, que quedó al fin dueña de sus posiciones. Al mismo tiempo el cabecilla Saurá entraba por sorpresa en el pueblo de Llangostera, y Llauger en la villa de Piera, aunque en esta los urbanos tuvieron algun tiempo para ponerse en defensa: el pueblo de Santa María de Corrio lo fué de la misma manera por Saura unido á Mergato y Tijet.

A su vez la columna de Van-Halen y el gobernador de Cardona sorprendió al mas intrépido y activo de los caudillos carlistas: supo aquel que se hallaba Tristani con otros gefes en las casas de Puilat y Mirabalda; favorecido de la oscuridad de la noche, llega hasta sus puertas á las cuales tratan de dar fuego, pero los cercados se aperciben en tiempo y tratan de vender caras sus vidas: por espacio de dos horas se empeña un vivo tiroteo, entretanto que Tristani, derribando un tabique, prepara su fuga y la de sus compañeros. Los sitiadores, que se lisongeaban de cojer prisionero al terrible canónigo, solo encontraron 4 muertos y algunos caballos ensillados.

La fortuna, pues, se contrabalanceaba con unos y otros encuentros. Mientras el coronel Niuvó bate por espacio de cinco dias á la fuerza de Borges precisándola á una penosa fuga, el partidario Grabat á la cabeza de 100 hombres sorprende la villa de Guisona y la domina pasageramente. Y poco despues, ya en mayo, despues que el gobernador de Berga sale en las alturas de Bamell al encuentro de Llauger, que con 400 hombres marchaba á Capolat, y los fuerza á variar de rumbo; el Muchacho sorprende en Balsarein un convoy de arrieros escoltado por el mismo gobernador de Berga. Fuéle á este preciso, para contener el impetuoso ataque de sus contrarios, acudir á la bayoneta, y seguramante mas sangrienta

hubiera sido la refriega sin la oportuna llegada del gobernador de Vich que atravesaba el Llobregat. Pero el mismo Muchacho á los pocos dias tuvo que sufrir los efectos de la batida combinada que le dirijieron el coronel Buitje y los urbanos de Sallent sobre la casa de Saumat de Castell-nou. Griset de Cabra se apoderó el dia 23 del convento de monjas de Montblanch, y desde él tiroteó la casa fuerte que ocupaban los urbanos de Valls: aunque su resistencia fué bien sostenida, estaban ya para sucumbir cuando el socorro de las columnas de Gándara y Llorens llegó á sacarles del apuro con la pérdida de dos oficiales. El hecho con que los carlistas pusieron término á las operaciones de este mes prueba claramente la osadia de sus planes. Escaseábales la pólvora; no estaba como en otro tiempo espedita la frontera para introducirla, y determinaron tomarla de las mismas fábricas de la reina: dirijiéronse el dia 30 á la de Manresa, situada estramuros de la poblacion, y horadando sus paredes, estrageron cuanta les permitió el temor de tan inmediata proximidad del enemigo. Cuando el hecho llegó á noticia de Llauder, se trasladó á Calaf y Pinos, desde donde envió en su seguimiento 800 hombres á las órdenes del coronel Novella, que en efecto los encontró emboscados el 3 de junio en las cercanias de Matamargó: dispuso el ataque en tres columnas, y no tardó en hacerse general. Las de los costados hicieron cejar á los carlistas; pero la del centro abandonó menguadamente el campo, y hubiera sufrido una completa derrota á dilatarse algo mas el refuerzo de tres compañias enviadas en su auxilio. Retiráronse en seguida sin el triunfo que habian esperado conseguir y sin las acémilas de pólvora que habian ido á buscar.

De esta adversidad resarció á los de la reina el favorable resultado de la accion que el dia 4 empeñó el comandante de Bañolas D. Pedro Font con el cabecilla Saurá al frente de 200 hombres en Vall de Vir; la dispersion fué tan apurada que mas de 16 de los que se arrojaron al Ter huyendo la suerte de los que quedaban en el campo, encontraron la muerte en sus aguas.

Llauder, á la vista del creciente desarrollo que iba tomando la hueste carlista del Principado, desengañado tal vez de los medios terroríficos que hasta entonces habia empleado para contener sus atroces desmanes, apeló á otro medio, no muy eficaz tampoco para el carácter catalan, una vez lanzado á la pelea. Del nuevo indulto que el dia 6 espidió en Igualada solo 24 de la columna de Borges se aprovecharon de él en el discurso de todo el mes. Es verdad tambien que para retenerles en las filas carlistas bastaba la licencia que por necesidad ó sistema les concedian los gefes: el terror que inspiraban algunas era tal que sus mismos partidarios de los que habitaban el campo se refugiaron de su vandalismo en las poblaciones mayores.

Terminaron tambien este mes los carlistas con otra operacion no menos atrevida que la del anterior. Juntáronse para ella, que fué el ataque

del pueblo de Gosal, las partidas del Ros de Heroles, Muchacho y Caballería, á quienes debia haber impuesto no poco la proximidad de la plaza de Berga y su gobernador. Salieron á su encuentro los urbanos, pero fué tan arrolladora su acometida que, despues de haber perdido 10 hombres y herido bastantes mas, tuvieron que retirarse al pueblo para acudir á su defensa. Continuó en el la refriega, con tanta desesperacion sostenida por los moradores, que el espectáculo de diez y seis casas ardiendo no fué poderoso á obligarles á rendirse. Cuando los sitiadores conocieron su resolucion, se retiraron cautelosos de una brusca sorpresa al eco del tiroteo que sostenian ó al resplandor de las llamas.

No era menos próspero por la parte de Urgel el estado de los carlistas á principios de julio. Sus partidas se habian aumentado considerablemente, hasta el punto de tener que encerrarse en los fuertes la guarnicion de la Seo por el bloqueo á que la redujeron con el corte de un puente de madera.

Fuera de la montaña, sin embargo, no era tan halagüeño su estado. En Segura la partida de Miralles fuerte de 250 plazas tuvo que ceder el campo á las bayonetas de la columna móvil de Igualada; y en Chenta, situada á la derecha del Ebro, pero en el corregimiento de Tortosa, Cabrera tuvo que abandonar la idea de su posesion con que le lisongeaban el número de 300 hombres que capitaneaba y el efecto de la sorpresa y de su nombre, que allí resonaba con mas poder como hijo del pais.

El Ros de Heroles, Muchacho, Boquica y Caballería reunidos continuaron sus arriesgadas empresas. En los primeros dias de julio acometieron á la Pobla de Lillet é incendiaron dos edificios contiguos al fuerte para rendir á sus defensores: los urbanos empero sostuvieron con corage por espacio de cuatro horas el fuego hasta que el gobernador de Berga con su columna y las de Solsona y el Segre, llegó á libertarlos de la angustiosa posicion á que ya se veian reducidos. Retiráronse los sitiadores á su vista hasta las posiciones de Cuart y San Mauricio, donde se hicieron fuertes, teniendo por fin que abandonarlas.

En Pasanat fué mas audaz el pensamiento del Llarc de Copons, Griset, Margorel y otros caudillos subalternos, cuyas fuerzas reunidas ascendian al número hasta entonces sin ejemplo de 1,500 hombres. Niuvó debia pasar por allí con su pequeña columna de 130 guias y urbanos y 24 caballos; y no bien llegó al punto que esperaban, le acometieron con el ardor y la confianza que siempre presta la superioridad numérica. El gefe de la reina hubo de retirarse en el mejor órden posible con alguna pérdida; mas es probable que la derrota hubiera sido completa, si los carlistas no temiesen verse envueltos por la espalda por las fuerzas inmediatas al terreno de la accion. Y su temor no era infundado pues los gobernadores de Lérida y Tarragona, que se hallaban con sus columnas en Segura y Barlerá, acudieron á la primera noticia del fuego, llegando á tiem-

po, sino de privarles de la ventaja conseguida, de obligarles á separarse en distintas direcciones. La columna de Solsona dió en Prades con el Llarc de Copons y Tristani; pero, fraccionándose en grupos y dispersándose, pudieron eludir su ataque hasta el punto que juzgaron á propósito. Soldáronse entonces los grupos y revolvieron con tal ímpetu sobre las tropas de la reina que estas tuvieron que acudir á la bayoneta para rechazarlos: todavia en Catelltallat defendieron con tenacidad tres posiciones sucesivas. Entretanto la corta fuerza que quedara en Prades se vió tambien acometida por otros grupos que la pusieran en aprieto sin la oportuna contramarcha que hizo á aquel punto desde Castelltallat el comandante Sebastian. A su aproximacion se retiraron á la Creueta Vermella en cuyas formidables posiciones hicieron una obstinada resistencia á sus contrarios que al fin lograron verlas desalojadas.

Aquí interrumpen nuestra narracion sucesos de otro órden no menos sangrientos que los que acabamos de ofrecer á la contemplacion del lector. Los acontecimientos políticos de Cataluña ó digamos mas bien los acontecimientos en que el pueblo fué principal actor, que ahora tienen un espantoso principio, participan de todas las condiciones de su carácter: las creencias hasta el fanatismo; el ódio hasta la crueldad. En el terrible ensayo que de su fuerza hizo entonces el pueblo catalán debió de conocerse lo que llegaria á consumar en el camino de la revolucion si prudentemente no se lo cerraba una política racional y previsora.

Habia llegado para la institucion monástica ese fatal periodo de muerte que llega al fin á todas las cosas humanas: la opinion ya no miraba en ella la institucion prestigiosa y sagrada de los siglos XV y XVI; tenia mas en la memoria sus incoherencias con el presente y sus estravios que los beneficios que hubiese producido á su vez á la sociedad y á la ciencia. En semejantes circunstancias lo que importa hacer es lo que hace el nautilo cuando se acerca la tempestad: plegar las velas y desaparecer de la superficie sumerjiéndose en el fondo de los mares. El gobierno no podia desconocer el estado de la opinion; habíase pronunciado de una manera harto clara, y su inaccion diera ya lugar á las terribles escenas de la matanza de los frailes en Madrid. ¿Era cuerdo, era lícito, despues de aquella catástrofe, que debió y pudo evitarse, permaneciera sordo á aquel estruendo de amenazas y ciego á tan sangriento espectáculo? Desgraciadamente así fué, y la revolucion no tardó en devorar la presa que se le arrojaba. La disolucion de la órden de los jesuitas sirvió solo para inflamar mas el deseo de una satisfaccion completa al espíritu del siglo. Si este decreto hubiera sido mas ámplio, sin duda hubiera salvado muchas víctimas, porque los liberales suponian, no sin razon, que los conventos eran los mas activos focos de la rebelion carlista y sus madrigueras. Destruir, pues, todas las órdenes religiosas hubiera sido á la vez una medida humanitaria y política. Todavia, sin embargo, á la vista de las matanzas de Zaragoza acertó solo el gobier-

no á hacer una concesion algo mas ámplia y cada dia mas incalificable. ¿Se creia por ventura desenconar el ódio público con la supresion de tales ó cuales casas? ¿eran por ventura las mas desiertas las que esclusivamente se deseaba destruir? Si por el decreto iban á cerrarse 900, que eran próximamente la mitad de las que existian en España ¿por qué respetar las otras sino es para concentrar mejor en ellas la animadversion de sus enemigos? Sin duda esta medida era ya ineficáz por lo incompleta ó por lo tardia. Antes de que llegase á saberse en el pais ya estaban ardiendo la mayor parte de los monasterios y conventos, asaltados tumultuariamente por el pueblo, y asesinados ó puestos en fuga los religiosos que en ellos habitaban. En la villa de Reus, la segunda poblacion del principado de Cataluña, se dió la señal de este incendio, y este esterminio cundió por toda España con rapidéz espantosa. La milicia urbana de esta villa estaba dando tiempo hacia una guarnicion en un punto fortificado de las orillas del Ebro. El 22 de julio bajaba el destacamento de relevo, y sorprendido por una partida carlista capitaneada por un fraile franciscano del convento de dicha villa, fueron dispersados los milicianos, y siete infelices, incluso un oficial, fueron cojidos y bárbaramente asesinados. Llegó esta noticia infausta á Reus, y la mas viva indignacion se apoderó de todo el vecindario liberal. Alborotáronse los urbanos y amenazaron incendiar los dos únicos conventos de franciscanos y carmelitas que en la villa habia. Sabedora de tal intento la autoridad, dió parte al gobernador civil de Tarragona, el cual con algunas compañías del ejército y algunos caballos se trasladó á Reus acto continuo y todo parecia que se habia disipado. Mas al dia siguiente llegó el destacamento que habia sufrido el descalabro, y á las diez de la noche del mismo empezaron á acudir urbanos á la plaza disparando algunos tiros, á cuya señal se llenó esta de gente armada. Nada bastó á contenerlos; á la presencia de las autoridades y de la tropa se dirijieron los urbanos al convento de San Francisco, lo sitiaron con un cordon de centinelas que no dejaban entrar en el recinto á nadie que no fuese con armas y con el objeto de acabar con el convento; y pegándole fuego por sus cuatro costados, lo asaltaron, dando muerte á cuantos frailes alcanzaron.

En aquellos terribles momentos la venganza trajo á la memoria de los liberales de Reus cuanto les habian hecho sufrir los padres franciscanos, durante el gobierno de Calomarde, azuzando á los voluntarios realistas, denunciando y persiguiendo á todos los que tenian nota de liberal. En este convento se fomentára la rebelion carlista de 1827; á este convento pertenecia el *P. Puñal*, predicador furibundo que siempre provocaba á sus fieles al asesinato. Asi escitado el ódio, todo el convento de franciscanos con su magnífica iglesia, acabada de renovar, fué pasto de las llamas, pereciendo tambien la mayor parte de los frailes á manos de los incendiarios ó á la furia devoradora del fuego. A la madrugada se dirijió la turba al convento de carmelitas, donde reprodujo las escenas espantosas del de San

Francisco, aunque no en tanto grado, ya porque contra ellos no fuese tan acerbo el ódio, ya porque se hubiesen fugado la mayor parte de sus habitadores.

Llauder estaba en Esparraguera tomando las aguas de la Puda cuando recibió esta funesta noticia, y su irritacion fué estremada: temeroso de que el incendio se propagase, quiso hacer un ejemplar escarmiento en la villa de Reus, y con tal objeto dió al gobernador de Tarragona que habia sucedido á Carratalá, el general Colubi, la firma en blanco para que obrase como mejor lo creyese á este propósito. La revolucion, empero, era mas poderosa que una autoridad desprevenida y escasa de fuerzas. Colubi fué á ejecutar sus designios; pero encontró las puertas cerradas y tuvo que volverse á Tarragona, habiéndole contestado que ya estaba restablecido el órden y que para nada necesitaban de su presencia. Reinaba en efecto la mayor tranquilidad, y ni el mueble mas insignificante de los conventos habia sido robado. Todo lo devoró el incendio.

Esparcióse esta noticia por todo el Principado con suma rapidez; los religiosos que habian pedido al general Llauder que los hiciese salir de sus conventos, ó que les asegurase la vida, se vieron mas de cerca amenazados, y el general, que se mirada burlado en su pujanza y valía, daba bufidos de corage, que solo servian para ofuscarle mas y mas el juicio, y para arrebatarle la serena frialdad de que debe estar dotado todo gobernante en tan críticos apuros. Sus principales cuidados fueron desde luego la capital de Cataluña, donde la fermentacion llegó á su colmo. La diligencia que iba todos los dias de Reus á Barcelona llevaba noticias que exaltaban los ánimos, ya de suyo movedizos, y todo amenazaba que al menor empuje los conventos de la ciudad serian tambien entregados al asalto y al incendio.

Dábanse en Barcelona por aquellos dias funciones de toros, espectáculo nuevo para aquel pais, cuya desenvoltura y desenfreno es la mas á propósito para enseñar al pueblo el modo de llevar á cabo una revuelta. El dia 25 de julio, en celebridad de los dias de Cristina, hubo funcion. Los toros fueron estremadamente malos, y el público, que habia ido perdiendo la paciencia al ver que tras un buey salia otro buey mas manso, empezó á tirar á la plaza los abanicos que suelen llevar aquellos habitantes en verano, tras los abanicos las sillas, tras las sillas los bancos, y tras los bancos los maderos que sostenian las gradas cubiertas y los tendidos. Huyeron las señoras asustadas á los primeros síntomas de este grave desórden; gran parte del concurso se precipitó tambien por las estrechas escaleras, atropellándose en su fuga, en tanto que el teniente de rey D. Joaquin Ayerbe la autoridad civil y el piquete trataban, pero en vano, de restablecer el órden; las sillas y los bancos volaban por encima de sus cabezas con riesgo de sus vidas. El toro aturdido y espantado corria aun y saltaba por entre los escombros de la plaza, y los toreros y picadores no sabian como sa-

lir de aquel teatro de furores: el animal cayó al fin debajo de un monton de maderas. Unos cuantos cojieron una maroma que formaba la contrabarrera, la ataron al cuello del toro, y se lo llevó arrastrando por las calles de la ciudad una turba de muchachos. Esta accion, que algunos han graduado de casual, otros de meditada, esparció la alarma por la ciudad; el público que paseaba por la Rambla echó á correr, la tropa se puso sobre las armas, y un piquete de caballería que afectó una carga acabó de exasperar los ánimos. Los grupos se aumentaron; la turba que arrastraba al toro, al pasar por delante de los conventos, apostrofaba á los frailes y apedreaba sus puertas y ventanas. Al entrar la noche empezaron algunos conventos á ser asaltados por turbas que lo traian todo dispuesto para el incendio. Ni el capitan general ni el gobernador de la plaza estaban en ella. Ayerbe, teniente de rey, era el que tenia que acudir á todas partes, y á todas partes acudia con las tropas para disipar los grupos. Mas estos no obedecian ni hacian el menor caso de sus amonestaciones; si se alejaban de un punto, se iban á otro, y siempre con la manifiesta intencion de pegar fuego á los conventos. El de padres Carmelitas Descalzos, que estaba situado en la Rambla, fué el primero que ardió con tal rapidez, que hasta las paredes parecian resinosas. Desde el momento que hubo iluminado el cielo la horrorosa llama del primer incendio, se incendiaron como el alumbrado por el gas la mayor parte de los conventos. ¡Noche de horror y espanto fué la noche del 25 de julio! Oíase por todos lados el clamor estrepitoso de las turbas que daban el asalto ó celebraban el triunfo; el pisoteo de los caballos y los gritos de los gefes que reclamaban el órden llenaban los intérvalos de silencio que dejaban aquellas. Crujian las paredes, y las vigas de los edificios incendiados que se desplomaban calcinadas ó convertidas en carbon, en tanto que salian serpenteando por las aberturas y grietas las llamas chispeantes. En algunos conventos pedian las campanas socorro con acento desgarrador, como si el bronce mismo hubiera sentido el dolor de la llama que amenazaba fundirlo. Mas bien pronto el fuego devoró las cuerdas, y ya no se oia mas lamento que el de los infelices sacerdotes que espiraban abrasados, ó que morian á los cruentos golpes de las turbas asesinas.

Pocos, muy pocos eran los que estos atentados vandálicos cometian; mas los espectadores eran infinitos. Toda la noche fueron pobladas las calles de curiosos, y á la madrugada siguiente se trasladaban en procesion de uno á otro convento para presenciar los estragos del incendio, que se apacentaba todavia de cuanto combustible iba encontrando.

Muchos religiosos perecieron en sus conventos, otros por las calles mientras se fugaban disfrazados; y hasta las mugeres tomaron parte en esta horrible matanza aplastando con enormes piedras su cabeza.

Solo se escaparon de esta destruccion aquellos conventos que por estar juntos á otras casas, ó cerca de depósitos de pólvora podian propagar el incendio y causar males irreparables á la ciudad, y aquellos religiosos que

anduvieron listos en ocultarse, ó que fueron recojidos al dia siguiente por las autoridades y milicia urbana, y entre sus filas conducidos à Monjuich, no sin sufrir algun insulto por parte de quien mas los odiaba.

Las monjas, cuyos retiros no fueron invadidos, quedaron invitadas por la autoridad para retirarse del claustro y alojarse en casa de sus parientes y amigos, y se colocaron fuertes guardias en todos los conventos sin permitir que nadie estrajese ningun efecto, como no fuese por disposicion de la autoridad competente.

Restablecida la tranquilidad pública, el comandante general de las armas y el gobernador civil, que se habian estado contemplando pasivos los desmanes y desafueros de los incendiarios, salieron luego con un bando amenazador donde se leian estas notables palabras: «Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplacion ni miramiento á clases ni personas, se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites.... Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo que fallará la comision militar con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de escepcion, es justo advertiros que incurrireis en un delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardia espiacion del crimen.»

Semejante lenguaje en boca de unas autoridades que acababan de permitir la subversion mas terrible del órden público, y que hasta el momento de estar este órden restablecido no daban señales de existencia, no significa por cierto grande ciencia de gobierno.

Dióse esta indiscreta proclama el 27, y el mismo dia entró el general Llauder con ánimo sin duda de ejecutar cuanto en la proclama se advertia, mas conociendo y viendo con sus propios ojos que el pueblo de Barcelona habia tomado una actitud formidable, no se consideró seguro en su palacio y se encerró en la ciudadela. El pueblo acudió debajo de los balcones de su casa para espresarle con gritos de *muera Llauder* el caso que hacia de sus imprudentes amenazas. A la madrugada del 28 ni la ciudadela fué bastante refugio para el general, puesto que se marchó á Mataró, habiendo hecho salir antes todo su equipage por presentir sin duda que ya no debia volver á Barcelona.

La conmocion que, debida á la casualidad ó premeditada, no presentó al principio mas que ódio á los conventos en accion, fué luego, tal vez por la actitud de las autoridades, tomando un carácter decididamente político que amenazaba volcar las instituciones del pais. Los que á destruirla en su origen aspiraban, conocedores del corazon humano, sabian que el temor de perder sus bienes habia de ser superior al entusiasmo que por la revolucion manifestaban algunos pudientes; y á fin de esplotar en favor de una reaccion

favorable al gobierno este temor, se hizo esparcir la noticia de que se estaba maquinando otra asonada para quemar las fábricas, y sobre todo las de vapor, y saquear los almacenes y casas opulentas. Con este rumor alarmante, gran número de los que se habian alegrado de la quema de los conventos y preparado á sostener este hecho, del cual ya se hicieran solidarios, trataron de abandonar su actitud, volver la espalda á la política, y constituirse guardias vigilantes de sus propiedades y sus fondos. Ya no veian mas que el monstruo de la anarquía recorriendo las calles.

En tal estado de ansiedad y desaliento dimitió el mando militar de la plaza el dia 29 D. Cayetano Saquetti, y el general Llauder lo confirió al mariscal de campo D. Pedro Maria de Pastors. Anunció este su nombramiento con una alocucion al pueblo, donde, despues de haber hecho profesion de sus principios con la vaguedad que en tales casos se acostumbra, apelaba á la disciplina y valor de las tropas, á la buena fé y decision de la milicia urbana y á la fidelidad de los barceloneses en breves y conciliadoras palabras.

En el dia 30 de julio se dirijió tambien al público el teniente de rey D. Joaquin Ayerbe; pero el lenguage de su escrito era ya mas amenazador. Sin descuidarse de recordar á Barcelona que esta tenia acreditada su adhesion al trono de Isabel II y á la libertad con todo género de sacrificios, decia que un furor lamentable habia sucedido al sosiego, y concluia mandando que nadie penetrase en los conventos ni estrajese nada de ellos sin el permiso de la autoridad competente, so pena de ser tratado como el que atenta contra la propiedad agena, y que en cualquier hora que por cualquier motivo se alterase el órden público, seria la señal de alarma un cañonazo disparado en el fuerte de Atarazanas y otro en la Ciudadela, y que cualquier individuo que al cuarto de hora de este cañonazo, en que se repetiria otro, se encontrase por las calles, seria tratado como revoltoso por las fuerzas del gobierno.

A todo esto el ayuntamiento barcelonés guardaba el mas profundo silencio: la voz de la municipalidad, que en tales lances tanto efecto suele hacer sobre los pueblos, estaba muda, con asombro general, y á la verdad no dejaban de sentirlo muchos vecinos, puesto que podia ser la mediadora entre el poder y la ciudad sublevada.

Como alarmaban los rumores de robos y asesinatos á los comerciantes, fabricantes y propietarios tímidos, á fin de resistir á estos planes de vandalismo, se distribuyeron armas á los alcaldes de barrio para que estos las repartieran entre los ciudadanos de su mayor confianza.

Los hombres del movimiento, los que no querian dejar pasar aquella coyuntura favorable á la revolucion sin esplotarla, no se durmieron en los brazos de la primera victoria. Combatieron el rumor de los saqueos é incendios, con la quema de los conventos, en ninguno de los cuales robaron el menor efecto los incendiarios, guardando el respeto mas profundo á todas las casas particulares y públicas durante la noche del tumulto. Para generalizar mas estas ideas, se esparció el dia 2 de agosto, que era domingo, un folleto

donde, sobre desvanecer todas las voces que se habian hecho circular, esplicaban al pueblo el objeto de los que deseaban reformas, manifestando lo incompleto del Estatuto, y la necesidad de constituirse la nacion de una manera mas digna de su ilustracion y su pujanza. Tambien dirijieron su voz al ejército, invitándole á que se uniese al pueblo, del cual habia salido y al cual habia de volver, esperanzados de que asi lo harian, puesto que nunca en España habia sido el ejército enemigo del pueblo liberal.

Preparados de esta suerte los ánimos por ambas partes, se hacia inevitable una lucha desastrosa, como no hubiese un pronto arreglo: el folleto habia removido las simpatías de la multitud, y todo anunciaba ya que cualquiera provocacion del poder ó una leve imprudencia seria la señal de un alzamiento en masa.

El desdichado cuanto valiente general Basa hallaba en el Bruch con una columna numerosa y aguerrida, aguardando la última órden del general Llauder para marchar hácia Barcelona con el objeto de castigar el incendio de los conventos y reprimir los bríos de los revolucionarios. Llauder quiso confiar esta peligrosa mision á un militar bizarro que habia dado en ocasiones difíciles patentes muestras de sangre fria, arrojo, firmeza y ciega obediencia á la subordinacion y disciplina.

El dia 4 llegó Basa con su columna á las inmediaciones de Barcelona; dejó á sus soldados en el pueblo de Sans, situado á media legua, y entró en la ciudad acompañado de algunos oficiales. Para demostrar que no temia al pueblo de Barcelona se paseó por su Rambla y calles con el general Pastors, Ayerve y un ayudante; alarde indiscreto de valor que debia pagar de una manera horrible este general digno de mejor suerte. Al anochecer del mismo dia se esparció con profusion una proclama enérgica de los caudillos de la revolucion. En ella se decia al pueblo que Llauder y Basa se proponian hacer escarmientos horrorosos; que estaban en movimiento hácia Barcelona todas las fuerzas existentes en Cataluña destinadas á la persecucion de los carlistas; que habian sido abandonadas las poblaciones de la montaña al furor de los rebeldes, y que sino se queria el triunfo de D. Cárlos ni el de la tirania, no habia ya mas recurso que volar todos á las armas y dar muerte á los traidores. El pueblo leyó con avidez y exaltacion esta proclama; en aquellos terribles momentos se refrescaron las ideas de que Basa se habia entregado á los franceses en 1823, y de que Llauder figurara en la muerte de Lacy y en los sucesos de Vera contra los emigrados: el grito de *traidores* resonó por todas partes, y nadie pensó ya sino en resistir á los intentos de estos dos generales.

Sobre las diez de la mañana del dia 5 de agosto se esparció la noticia de que el general Basa estaba en palacio: á proporcion que esta voz va circulando abandonan los barceloneses sus faenas ordinarias y se agrupan en las calles y las plazas. Antes de mediodia quedan las fabricas desiertas; la alarma cunde, las conversaciones se animan, los ánimos se exaltan y la

fermentacion llega á su colmo en la multitud que se ha reunido en la Rambla. Algunos jóvenes impacientes arrojan los sombreros al aire frente al teatro, y un grito atronador de *¡viva la libertad! ¡mueran Llauder y Basa!* revela á las autoridades que ha estallado ya la revolucion. El fuerte de Atarazanas dispara el cañonazo, la Ciudadela responde, y el eco de entrambos bronces va á perderse en los confines del mar que ambas fortalezas baña.

El pueblo en vez de atemorizarse grita *¡á las armas! ¡á las armas!* y la Rambla queda en un minuto despoblada. Vuelan los urbanos á sus casas á buscar su uniforme y su fusil; los paisanos se procuran toda suerte de armas; en las casas de los armeros no queda ningun chisme que pueda herir; fusiles, escopetas, pistolas, trabucos, sables, estoques, puñales, lanzas, bayonetas, cuchillos, guadañas, podaderas, picos, mazos, palos, todo se busca y empuña y blandea con ademan feroz, y en un momento vuelven á verse las plazas, y sobre todo la de San Jaime, donde estan las casas consistoriales, llenas de gente apercibida á la pelea. Los primeros que acuden levantan barricadas en las bocas-calles de la plaza, desempedrando el suelo y echando vigas y muebles viejos sobre las piedras. Andan en tropel confusos y mezclados los urbanos y los que no lo son, pero llegados á la plaza, los milicianos forman á un lado y los grupos informes se replegan en otro. Empiézanse á ver los gefes de la conmocion y se forman comisiones. El ayuntamiento está reunido en el salon de sus sesiones, y enterado de cuanto pasa en la ciudad, tal vez por dar á la revolucion un giro saludable, y evitar tanto el derramamiento de sangre como toda clase de desórdenes, se asocia á los sublevados para ir en comision á manifestar al general Basa que es toda la poblacion la que sin distincion de clases ni matices demanda su salida y la caída de Llauder.

No se descuidaban por su parte las autoridades militares. La tropa se puso toda sobre las armas; los fuertes se dispusieron á hostilizar la poblacion; la columna de Basa que estaba en Sans, al oir el cañonazo, se puso en marcha, entró en la ciudad por la puerta de Santa Madrona, inmediata al fuerte de Atarazanas y bajo la falda de Monjuich; tomó la muralla de mar, siempre apoyada por los fuertes, y fué á colocarse en la plaza de Palacio, posesionándose del átrio y salon de la Lonja. El general Basa estaba en el mirador, riéndose de la gente que corria despejando la plaza.

Bien pronto se penetró de que la conmocion era mas séria de lo que habia creido. Un rumor espantoso, como de una terrible avenida, se dejaba oir por las calles inmediatas, por todas las cuales iban acercándose masas espesas de gente diversamente armadas gritando *¡abajo los tiranos! ¡viva la libertad!* El primer batallon de la milicia urbana con una comision del ayuntamiento á la cabeza avanzó á bandera desplegada y tambor batiento hácia la plaza de Palacio por la Plateria; tras este batallon seguia en tumulto el pueblo de todos modos armado y dirijido por improvisados gefes, que son siempre los mas audaces. Por la calle ancha avanzaban otros batallones

de urbanos con séquito de pueblo tambien, en tanto que el escuadron de lanceros asomaba por la muralla del mar. En un momento desapareció la plaza y sus cercanías debajo de los espesos grupos y batallones; cuajada de un gentío inmenso, no se divisaba mas que cabezas terriblemente agitadas, brazos levantados y un bosque espeso de armas de toda dimension, calibre y uso que brillaban y hormigueaban por encima de estas acaloradas cabezas. Formáronse en columnas cerradas los nacionales delante de palacio, apartándose del punto por donde se divisaban las troneras de la Ciudadela, y el pueblo desbandado inundó el resto del recinto. Al verse aisladas y circuidas de la milicia y del pueblo, las tropas de la Lonja abandonaron este punto y fueron á colocarse al frente de la Aduana, edificio colateral de Palacio, pasando por enmedio de los sublevados que los recibian con víctores y arengaban, llamándolos á concurrir con ellos al triunfo de Barcelona. Los soldados respondian viva á los vivas que el pueblo daba, y los oficiales estrechaban la mano á los oficiales de la milicia.

El general Basa, que estaba contemplando estas escenas, podia conocer que ya no era tiempo de intentar resistencia alguna. Al menor asomo de ataque el pueblo habria hecho pedazos en un instante la valiente tropa que habia traido para reprimirle, y la fraternidad que empezaba á reinar entre ambas fuerzas era un indicio seguro de que el pueblo se habia hecho dueño de la situacion. Mas obstinado el general Basa en resistir, cuando subió á su estancia la comision del ayuntamiento, acompañada de otra de la milicia y del pueblo, pidiéndole con ahinco y fervor que, cediendo á las circunstancias, depusiese el mando para calmar la agitacion del pueblo barcelonés, evitar las inminentes catástrofes á que daria lugar la obstinacion y resistencia, aprovechar la ocasion que se presentaba de poder conciliar los ánimos, estrechando al pueblo y las autoridades en la mejor armonía, el desdichado general se mostró sordo á todas las reflexiones, replicando que el honor militar no le permitia ceder ni deponer el mando. Anunció que él habia entrado para restablecer el órden, y concluyó asegurando que antes moriria que cejar en este empeño. Ninguna reflexion bastó para disuadirle, y cuando se le dijo que el pueblo asi lo queria, tuvo la desdicha de responder con altanería: «*El pueblo ó yo dentro de una hora.*»

Apenas circuló por entre las filas de la Milicia urbana y las masas del pueblo que no queria ceder el general, todo el mundo se dispuso á la pelea gritando de una manera espantosa. Delante de la puerta de Palacio habia una fuerte guardia pronta á hacerse despedazar antes que permitir la entrada a los sublevados. Estos, que solo querian la dimision del general, aguardaron todavía que bajase la comision para lanzarse á la lucha. Pero mientras esto acaece, un grupo de los mas impacientes se destaca de la plaza y se encamina á la iglesia de Santa María por la cual se puede introducir en Palacio, atravesando una galería cubierta que mandó reconstruir Fernando VII cuando estuvo en Barcelona en el año 27. Con esto podia

apoderarse la turba del pasadizo, y sin oposicion inundar las habitaciones de palacio.

Llegó un terrible momento; la impaciencia y la exaltacion habian llenado ya su medida; iban los grupos á echarse sobre los soldados, cuando salieron á los balcones de Palacio los concejales y comisionados de la milicia y del pueblo, agitando pañuelos blancos y dando vivas y gritos de victoria. Basa habia cedido al fin deponiendo el mando, despues de garantirle que constaria que solo habia cedido á la fuerza. Una esplosion general de ¡vivas! atronó la plaza; las músicas de la milicia y del ejército rompieron tocando el himno de Riego, y todo fué espansion, todo fraternidad, todo gozo.

Desgraciadamente la turba que se habia ido á Santa Maria ignoraba el giro favorable y placentero que acababa de tener la situacion. Llevada de su idea, se precipita por el paso cubierto, llega á Palacio, se derrama por todas sus habitaciones buscando al general; y este infeliz que se creia fuera de peligro con haber cedido el mando, abandonado ya de todos los que hubieran podido salvarle, es hallado en una sala, oculto detrás de una pantalla que guardaba el general Pastors y algun otro militar, y sordo aquel grupo á las persuasiones de estos y á las pocas palabras que el general les dirije, se abalanzan contra él lanzando gritos de muerte: la victima trata de defenderse con su espada, mas cae atravesada de un balazo, y antes de espirar es cojida por la turba, conducida al balcon y desde allí arrojada como una masa inerme á la plaza.

Al oir el tiro y al ver á los amotinados en los balcones que anunciaban la muerte del *tirano*, mudó la escena y el tono de aquel sublime espectáculo; el horror sucedió á la alegria, mucho mas cuando el cadáver del infeliz Basa cayó desde el balcon sobre las gentes que se apartaron para dejarle estrellar contra el suelo.

Hasta los mismos que acababan de asesinar á este benemérito y bizarro general sintieron el dolor mas vehemente al saber lo que habia pasado. El ódio de los sublevados se dirijia mas bien contra Llauder que contra Basa; y si este desventurado no hubiese sido tan tenaz ni proferido aquellas palabras de *el pueblo ó yo*, hasta hubiera sido victoreado. De aqui es que todos los de la plaza se quedaron absortos, pasmados é inactivos deplorando el triste fin de aquella autoridad. La tropa estaba pálida y silenciosa descansando sobre las armas, y temiendo no pocos que tras el del general viniesen los asesinatos del soldado.

En esta confusion, y á fin de que no se desencadenasen las pasiones, trataron las autoridades, gefes de la milicia y caudillos del pueblo, de dar disposiciones de órden; nadie sin embargo se acordaba de que yacian en un rincon de la plaza los restos palpitantes aun del malogrado Basa. Una turba de muchachos y de mugerzuelas que habian acudido por curiosidad á verle, se apoderan de este cadáver; uno trae una cuerda, se la atan á las piernas

y empiezan á llevárselo arrastrando. Agitase la multitud á este salvage espectáculo; todos acuden para ver lo que es, y todos se retiran llenos de horror y amargura; mas nadie se atreve á arrancar de las manos de estos bárbaros aquellos despojos ensangrentados, porque en estos momentos de conmocion y desórden nadie sabe quien manda, ni quien dispone, y todo el mundo teme provocar los furores de los que tienen mas audacia para obrar. La turba atraviesa toda la plaza, avanza por los Encantes, engrosándose con gente de mala facha y de corazon peor, que arrojan gritos de salvage; y el cuerpo del general, sangriento y desfigurado, con los vestidos hechos girones y la carne colgajos, marca sobre el caliente polvo de las piedras el rastro horrible del curso que le hacen seguir arrastrándole.

Llegan por fin á la Rambla, y dueños de sus actos, se paran delante del edificio donde estaba la delegacion principal de policía, invaden sus oficinas, y con sus mesas, sillas y papeles levantan una hoguera gigantesca á cuyas devoradoras llamas entregan el cadáver ya destrozado del infeliz general. Un asqueroso gitano, digno individuo de aquella tropa de chacales, mostraba á los espectadores una mano de la víctima, y en su estúpida barbarie creia ser intérprete de un ódio que no habia comprendido, mordiendo como un perro esa mano que habia empuñado con tanta distincion la espada de los valientes.

Seria la mayor injusticia culpar de estos escesos, solo propios de una bárbara puebla de cafres y de hotentotes, al pueblo barcelonés. Los que la sublevacion dirigieron y ejecutaron creemos que no no tuvieron la menor parte en los ultrages hechos al cadáver del desventurado Basa; todos deploraron su muerte, debida á una terrible circunstancia casual, y si no se *impidió* que lo arrastrasen y luego lo arrojasen á la hoguera, no fué sino por esa especie de inaccion que sobreviene en los primeros momentos de una conmocion popular triunfante, en que las autoridades constituidas se consideran como depuestas de hecho, mientras que los vencedores no se dan prisa á organizar un poder que todavia necesita de la multitud para ser fuerte, y que puede estrellarse en su mismo nacimiento si llega á indisponerse en sus primeros actos con esta multitud. Este es el interregno terrible que se sigue á las conmociones y en especial á las improvisadas. La anarquía es la dueña de la situacion, y entonces se efectuan esos subalternos y aislados actos que suelen malograr y desfigurar á veces las mejores intenciones de los que han llevado á cabo el movimiento.

Sin enemigos que combatir se vieron ya las masas, á fin de que no se perpetrase ningun crimen mas y que la tranquilidad quedase completamente restablecida, se dividieron los batallones de la milicia urbana y su escuadron, igualmente que las fuerzas del ejército, para patrullar por toda la ciudad de dia y noche. Esto no impidió sin embargo que se cometieran algunos atropellamientos, puesto que desvandadas turbas asalta-

ron todas las oficinas de los comisarios de policía llevándose los papeles que entregaban á las llamas. Lo mismo hicieron con las del tribunal de rentas y *procura* del Monasterio de Monserrate, siendo de notar en el primero que, no hallando ya otra cosa que destruir, la turba arrojó á la calle una caja llena de caudales, cuya mayor parte recogió la autoridad. Otros se dirijieron á las puertas derribando las oficinas destinadas á recaudar los derechos que en ellas se cobraban en tanto que el grupo mayor y mas considerable se estaba empleando en derribar la estátua colosal de bronce de Fernando VII en actitud de mandar á los catalanes que se humillasen á sus pies. La verja de hierro que rodeaba el pedestal de esta estátua desapareció en un momento como si fuese de frágil caña, y con una cuerda atada al cuello cayó tirada por un gentío inmenso, rompiéndosele una mano. Un retrato de Isabel reemplazó la estátua, que fué despues recogida y vendida al estrangero, yendo á parar á Paris en casa de un fundidor de la calle de Anjou.

A pesar de estas escenas, ninguna casa particular habia sido atropellada. En los mismos actos de desórden no se reveló el pillage ni las venganzas que tan frecuentes son en momentos de general trastorno.

Caia ya la tarde, y reunidos muchos grupos en la plaza del teatro se arremolinaron alrededor de un jóven que leia una proclama en la cual se llamaba al pueblo á la consumacion de la obra. Hasta la sazon no se habia pronunciado ninguna voz que determinase cual era el principio político que el pueblo habia proclamado; muchos habia hasta de los mismos que habian tomado parte en el movimiento, que ya se contentaban con la caida de Llauder; otros empero se adelantaban mas y pugnaban para que se echase abajo el Estatuto. La proclama que se esparció, y que leyó rodeado de la multitud aquel jóven, tendia á inculcar á las masas victoriosas la necesidad de la formacion de una junta revolucionaria, que en nombre del pueblo proclamase la Constitucion de 1812 ó Córtes constituyentes. Concluida la lectura el jóven que, reproduciendo el espectáculo dado por Camilo Desmoulins en el jardin del palacio real de Paris, se habia subido á un pedestal de piedra, arenga al pueblo, le aconseja que pida armas, que forme batallones, que salgan á campaña para la pronta destruccion de los carlistas, y que se proclame un principio que dé color politico á aquel movimiento popular. Responde la muchedumbre con aclamaciones á cada uno de sus párrafos, y al descender de su improvisado púlpito le abrazan, le tiran de todos lados, le invitan á que se ponga al frente y marchan muchos en busca de los que acaudillan el movimiento para pedirles principios y armas.

La conmocion empezaba á organizarse. El gobernador civil D. Felipe Igual cesó en el mando confiándose interinamente á su secretario D. José Melchor Prat, á quien los sublevados tenian en buen concepto porque habia sido diputado á Córtes durante el régimen constitucional, y otro de

los patriotas proscritos, y se encargó el mando de las armas al mariscal de campo D. Pedro Maria de Pastors. Formóse además una junta de autoridades, á la cual asistieron cinco comisionados del pueblo, para que estos velasen por sus intereses y no consintiesen nada que le fuese contrario. Su primera obra fué una proclama, invitando á los liberales á que se armasen y acudiesen al socorro de los pueblos amenazados por los carlistas: para cuyo efecto se destinaron varios puntos de la ciudad, donde se recojian los nombres de los que á 5 reales diarios y el pan quisiesen sentar plaza de voluntarios. Pidióse además que los que no fuesen urbanos ni quisiesen tomar parte en los batallones que se iban á formar, devolviesen las armas que se les habian repartido, por cuanto hacian falta. Esta proclama indicó al pueblo, ó que sus comisionados no ejercian en la junta el poder que suponia su llamamiento á ella, ó que no deseaba dar al movimiento ningun color politico.

Mientras se estaba organizando esta junta, y mientras iba deliberando sobre lo que debia hacerse, tenian lugar en algunos puntos de la ciudad escenas espantosas. Una infinidad de trabajadores se habia agolpado junto á la fábrica de vapor de los señores Bonaplata y compañía, y amenazaba quererla entregar al fuego. Esta fábrica era la primera en su género que se habia establecido en Cataluña, y contra ella se levantaron las preocupaciones de la masa jornalera que en todos los paises donde se han inventado máquinas que por de pronto han disminuido el trabajo de los operarios, han dado márgen á catástrofes terribles. Otros fabricantes que no podian establecer fábricas de vapor, y que por lo mismo no les era posible dar tan barato el género, fueron tal vez los que fomentaron el descontento de los jornaleros, dándoles á entender que se verian precisados á rebajarles el salario, á causa de la baratura con que iba á espender sus géneros la fábrica de vapor, con lo cual se levantó una prevencion contra esta fábrica que desde su creacion se vió en peligro. Llegó la conmocion del 5 de agosto: no faltaria quien se aprovechase de esta ocasion de tumulto para enconar la llaga, y la fábrica fué atacada. Quizás contribuyó tambien un error fatal á que dió márgen la publicacion del diario *Vapor*, de doctrinas estatutistas, cuyo redactor tuvo que esconderse, y cuya imprenta estuvo á pique de sufrir un atropellamiento: la voz que muchos de los sublevados hacian cundir de que era preciso destruir el *Vapor*, diario, seria por otros mal interpretada, y se lanzarian contra el *Vapor* fábrica.

Como quiera, agolpada la multitud en torno de este establecimiento, situado al oeste de la ciudad y junto á la muralla, gritaba y pugnaba por entrar. Los propietarios con sus operarios armados se defendian, habiendo cerrado las puertas, y cometido la imprudencia de disparar algunos tiros, exasperaron los ánimos hasta de los que alli estaban por sola curiosidad, por cuanto mataron á uno ó dos paisanos é hirieron á otro

que acaso no tenian mas culpa que presenciar aquella escena. La vista de los cadáveres sublevó á la multitud, y á no ser una compañía de cazadores del primer batallon urbano que acudió al auxilio de la fábrica, no habia ya salvacion para ella. Otros nacionales y gefes del movimiento, entre ellos el jóven de la plaza del teatro, á quien se llevaron algunos, luego de concluida su arenga, creyendo que con su prestigio disiparia los grupos que amenazaban la fábrica, se fatigaron en vano para contener á la muchedumbre con grande riesgo de sus vidas; y cuando casi habian logrado dominarla á fuerza de persuasiones, los de la fabrica volvieron á disparar, hirieron á uno de los cazadores de la Milicia urbana, en vista de lo cual se precipitaron los grupos, despreciando ruegos y amenazas, atacaron el edificio, mataron á alguno de los que la defendian, y la pegaron fuego, convirtiéndola en un momento en una hoguera horrible que devoró la madera, fundió el metal y calcinó las paredes.

Llegó á noticia de las autoridodes esta catástrofe, y nada hicieron para conjurarla. Las patrullas del ejército, invitadas por algunos paisanos para que les ayudasen á disipar los grupos incendiarios, contestaban que tenian órden de no hacer fuego al pueblo, sin que les moviese el decirles que aquello no era el pueblo, sinò un agregado de ilusos ó malvados que iban á desnaturalizar aquella sublevacion con semejante crimen. Era ya de noche, y el horrible resplandor de la fábrica incendiada iluminaba la ciudad y sus cercanias, como ilumina las suyas el cráter del Vesubio.

Los que mas se distinguieron en esta obra de vandalismo fueron unos gitanos y una turba de marineros que iban armados de sables, con tambor y una bandera negra. Con espanto de cuantos los encontraban recorrieron toda la noche las calles, y viendo que nadie los estorbaba, empezaron á concebir los mas inicuos proyectos. Al amanecer del dia 6 se acercaron á la Aduana, y reuniendo gente perdida con las promesas del botin, atacaron este edificio público para robar las existencios en él depositadas.

El pueblo de Barcelona que se habia indignado altamente con la quema del *Vapor*, al ver que la turba de asesinos, incendiarios y ladrones se disponia á atacar la Aduana, creyó, y con fundamento, que á la grande conmocion con que acababa de triunfar, sin mas desastre que la muerte de Basa, se iban á seguir los desórdenes mas vergonzosos como se estuviese contemplando inactivo la audacia criminal de aquellos foragidos. Ostigadas las autoridades, que ya empezaban á hacerse culpables por su indolencia, á que tomasen medidas de órden enérjicas y eficaces, mandaron al fin fuerzas á la Aduana, compuestas de milicianos y soldados, quienes arrojaron á la bayoneta y á sablazos á la turba que ya se habia posesionado del edificio y daba principio al pillage.

Huyeron los ladrones saltando por donde pudieron, algunos fueron hechos prisioneros, y los demás recibieron golpes rudos que los dispersaron

rápidamente. Acto contínuo recorrieron las patrullas las calles, desarmando á todos los que no eran urbanos, y haciendo salir de la ciudad á todos los marineros Con estas disposiciones quedó Barcelona tranquila, y no se tuvo ya que deplorar ningun desenfreno ni desórden.

Los partidarios de Llauder y del Estatuto echaban en rostro á los reformistas las escenas de destruccion que habian tenido lugar con el levantamiento del pueblo, y esperaban que con la reaccion que habia empezado á declararse no seguiria el movimiento mas allá de lo que hasta entonces habia ido. Los amigos y directores del movimiento respondian que ellos no habian querido escesos ni desórdenes, que si los habia habido debia culparse á las autoridades que se estuvieran pasivas y acobardadas. El historiador imparcial no puede inclinarse á ninguna de esas opiniones que tanto adolecen del achaque de espíritu de partido. El lector vé los hechos en su verdadera realidad, y á su fallo debe someterse la resolucion de estas contiendas. Pero los hechos dirán siempre que quien quiso y pudo contener el robo intentado contra la Aduana, tambien pudo contener el incendio de la fábrica de vapor.

Restablecida la tranquilidad y anatematizados por todos los desórdenes acaecidos, renació la alegría y el entusiasmo; las músicas anduvieron por las calles, y hubo iluminacion espontánea por espacio de tres dias. El dia 7 por la tarde en el glasis de la Ciudadela fueron pasados por las armas dos infelices, destinados á ser víctimas espiatorias del incendio. Era el uno un cabecilla llamado Mariano Garri; el otro, llamado Narciso Pardiñas, era un marinero á quien se acusó de primer incendiario de la fábrica. La comision militar los condenó á la última pena con esa horrible precipitacion con que se suele disponer de la vida de los hombres en tan terribles momentos. Garri fue arcabuceado por la tropa; Pardiñas por la milicia urbana. Mas tarde se aplicó igual pena á un estudiante de teología, llamado Miguel Arquer (a) *Estudiant Murri*, á quien se tenia por espia de Cárlos España, atribuyéndole la acusacion de muchos desgraciados que aquel tirano prendió y arcabuceó. El ódio del pueblo contra Arquer era grande y exigente, y hubo de morir ajusticiado.

A mas de una órden de la plaza, en la que se advertia que unida la milicia urbana con la guarnicion atacase á todos los que se amotinasen, puesto que, no habiendo enemigos que vencer en la poblacion, solo podian tener los amotinados por objeto el pillage y el asesinato, la junta de autoridades, decidida ya á no consentir mas desórdenes, tomó varias medidas encaminadas todas á demostrar que el pueblo de Barcelona se habia sublevado, no para abandonarse sin freno á los desmanes de turbas desmoralizadas y destructoras, sino para que se concediese al pais el ejercicio de los derechos políticos. De toda la guarnicion y milicia urbana se formó una fuerza militar que quedó distribuida en cinco puntos de la capital para dominar cualquier barrio que los alborotadores trastornasen. Se arregló

el destino que debian tener los religiosos guardados en los fuertes; quedaron suspensos en sus funciones respectivas varios empleados militares y civiles; se mudó el personal de la policía; se nombraron nuevos censores de imprenta, y se decretó el aumento de la milicia urbana, disponiendo que los mismos milicianos elijiesen á sus oficiales, y estos á los comandantes, cuyos nombramientos debian proponerse al comandante de las armas.

Cuando se creyó que las medidas adoptadas relativamente al estado interior de la poblacion eran ya suficientes para asegurar su tranquilidad y sostener la situacion creada el 5, se pensó en elevar al gobierno una esposicion respetuosa, al propio tiempo que enérgica, en la cual habian de consignarse los deseos y voluntad del pueblo barcelonés. Con ánsia aguardaba Barcelona la salida de este anunciado y preciso documento, y el dia 8 apareció en efecto.

Esta esposicion adolecia de los mismos vicios que todos los actos de la junta: no iba tan allá como el pueblo, y se veia en él una tendencia mal disimulada á despojar al movimiento barcelonés de todo color político. Pedíase á S. M. la reina Gobernadora que se dignase enviar á Cataluña de capitan general á una persona cuyas circunstancias fuesen esplícitas y estuviese identificada con los principios políticos consignados por S. M. en el Estatuto real, en el caso de que no fuese de su soberano agrado dignarse disponer que siguiese desempeñando este destino el que era á la sazon comandante de armas, así como el que los demás empleos públicos, vacantes por dimision ó cesacion de los que los habian ocupado, se llenasen por sugetos que estuviesen en aquella misma cuerda. Pedíase además que S. M. se dignase poner al frente de las reformas generales, así civiles como eclesiásticas, que tan imperiosa é instantáneamente reclamaban las necesidades públicas y el voto general de la nacion; que se erijiesen diputaciones provinciales en el Principado, y por último, que la universidad de Cervera se trasladase á Barcelona. Escusamos decir que semejante documento no fué recibido con muestras de satisfaccion y simpatía. La posicion de los sublevados exijia que se llamase á su auxilio á todas las demás poblaciones del reino, enarbolando una bandera nacional que á todas interesase. La esposicion de la junta de autoridades invocaba el Estatuto, pedia empleados para Barcelona, adictos á esta forma de gobierno, diputaciones provinciales para el Principado y la traslacion de una universidad de un punto subalterno á la capital de Cataluña, y ninguna de estas demandas habia proclamado el pueblo. Los menos versados en política decian, que pedir á la reina que se colocase á la cabeza de las reformas, era ocioso y absurdo; que la traslacion de la universidad era un hecho de todo punto indiferente en la cuestion; que el establecimiento de las diputaciones provinciales, era una medida secundaria de administracion, y que los nuevos empleados no podian mudar la esencia de las cosas ni garantir al pueblo que so-

rian mejores que los antiguos. Los directores del movimiento hacian pedir igualdad legal, libertad civil, libertad de imprenta, derecho de peticion, y sobre todo córtes constituyentes que dieran al pais una ley fundamental mas lata y mas popular que el Estatuto, y una representacion nacional mas radical que los titulados Estamentos.

Para conjurar los males que podia acarrear esta desavenencia, la junta de autoridades y comisionados del pueblo determinó la creacion de otra con el título y carácter de «auxiliar y consultiva», que ayudase con sus luces y accion á aquellas en la adopcion de las medidas que mas conducentes se creyesen para el sosten de la libertad, de Isabel II y de la tranquilidad y órden público. El pueblo habia de ser el elector indirecto de los individuos de esta junta, cuyo número se fijó en doce, y á fin de que todos emitiesen libremente su voto, establecieron juntas electorales por clases y batallones de la milicia urbana presididas por individuos de la municipalidad y comandantes de la milicia y un comisionado del pueblo. Reunidas estas juntas el 9, dia festivo, en diferentes puntos, celebraron la eleccion con órden admirable, y elijieron cada una tres electores á pluralidad absoluta de votos. Nombrados estos electores en número de 33 de todas las clases desde la mas alta en títulos y riqueza hasta la mas humilde, se reunieron á su vez, y de sus votos salió formada la junta auxiliar y consultiva compuesta de personas de avanzadas ideas y de ardoroso temple.

La formacion de semejante junta dió lugar á la disolucion de la de autoridades, las cuales se miraron desde entonces como fuera de responsabilidad, aunque no parecia por el nombre y carácter dado á la junta popular que debiesen desentenderse de aquella. El temor al pueblo barcelonés habia creado esta junta; el pensamiento constante de contener la revolucion le hizo dar el nombre de auxiliar y consultiva, siendo asi que en el hecho era la autoridad suprema de la ciudad.

Apenas principió sus funciones la junta auxiliar, se puso en relacion con las demas provincias del Principado para invitarlas á reproducir el movimiento de Barcelona y participar de su demanda, disponiéndolo todo tambien para practicar otro tanto con Valencia y Aragon. Activóse la organizacion de la milicia urbana, que se llamó *nacional*, y se crearon compañías sueltas de cuerpos francos que salian á campaña á proporcion que se iban armando y uniformando. El entusiasmo de la juventud era general; todos acudieron al grito de la junta deseosos de batirse contra los carlistas. Muchos oficiales de la milicia se hicieron francos, y una multitud de jóvenes ardientes y de ideas avanzadas que se habian salido de los batallones de urbanos disgustados de la marcha del general Llauder, formaron un batallon ligero que llevó por sobrenombre el batallon de la *blusa* á causa de haber pedido una blusa por uniforme.

La mayor parte de los pueblos del Principado se pronunciaron en el mismo sentido que Barcelona. Los religiosos huyeron de sus conventos, y

unos fueron cerrados por la autoridad, otros asaltados y quemados por grupos incendiarios.

Pronunciado el pueblo de Reus presentó una escena curiosa. Hallábase formada la milicia nacional en la plaza, para el sosten del órden, descansando sobre las armas, con los oficiales en corro. Llega montado en un caballo blanco, y blandiendo un chafarote mohoso, un nacional conocido por *Mogas*: el redoble obedece sus señas; los nacionales se ponen firmes, manda aquel armas al hombro, y al son de la caja se los lleva á Tarragona á pronunciarla. Los comandantes y oficiales en medio de la plaza, absortos y confusos los dejan marchar, yéndose algunos con ellos. La guarnicion de Tarragona obediente á la autoridad, se preparó á rechazarlos á metrallazos; mas introduciéndose muchos sin armas en la ciudad se pronunciaron ayudados de sus amigos terraconenses, y las autoridades se vieron dentro la columna espedicionaria sin saber por donde habia entrado.

El pronunciamiento de Tarragona dió lugar á deplorables ocurrencias. Fugabanse embarcados algunos individuos de esta ciudad que se consideraban desafectos, y sorprendidos por una turba fueron inhumanamente asesinados.

Con la creacion de la junta auxiliar de Barcelona, á cuya invitacion la mayor parte de las poblaciones de Cataluña instaló la suya, tomó el Principado tal actitud y creó una situacion tan imponente, que luego se previó la grande mudanza que iban á sufrir los negocios del Estado. El general Llauder, desvanecidas ya todas las esperanzas de poder reconquistar su posicion, se dirijió á la frontera para fugarse en Francia, donde permaneció largo tiempo apartado de la escena política, segun veremos en su biografía.

Estos acontecimientos era consiguiente que llevarian en pos de sí un grande incremento para la causa carlista, sin que por eso produgeran una equivalente decadencia en la del partido liberal: si las inmediatas consecuencias de los acontecimientos políticos de que este partido fué entonces actor ó cómplice fueron perjudiciales, tambien es cierto que, dando mayor energía á sus masas, encandesciendo su espíritu, ensanchando el círculo de los compromisos, hizo luego mas tenaz su resistencia y mas empeñada la lucha. Por el pronto el incremento de las huestes carlistas y el vuelo de sus miras fué tan rápido y elevado que puso al bando contrario en medio de una verdadera crísis de existencia duradera ó inmediata muerte. Mientras este se dividia profundamente en el seno de las ciudades para no unirse mas, los carlistas mejoraban su organizacion, aumentaban sus filas y meditaban planes atrevidos que no tardaron en realizar. Pocos partidos se han visto en situaciones tan estremas y difíciles como el liberal catalán en aquella época: por todas partes amenazado de enemigos, mal mirado del gobierno, escaso de recursos, abandonado á sí propio, con la gangrena en el corazon de las rencillas particulares; cualquiera que aquel espectáculo con-

templase concederia un pronto triunfo á los carlistas. Retirado el ejército que todavia se llamaba cristino á las poblaciones para el sostenimiento del órden, se encontró al volver á campaña con duplicados enemigos animados de inesperada osadia que en todas partes se le presentaban con insulas de victoria. De esta crisis vital una sola cosa, impalpable aunque no invisible, salva la causa liberal en Cataluña: eso que se ha llamado fuego fátuo, que brilla pero que no quema, el entusiasmo es quien disipó entonces las esperanzas de los carlistas y convirtió en cenizas sus proyectos.

Hé aqui como esta crisis terrible se fué desarrollando. Los pueblos de la montaña estaban todavia aterrados con el horrible espectáculo de que fuera testigo el de Camaraza á fines de mayo, que es bien consignar para triste prueba de la funesta ceguedad é inhumano rencor de los partidos. Una gruesa partida carlista entró por sorpresa en aquel pueblo sin que los 50 urbanos que en él habia tuvieran mas tiempo ni otro recurso que el de acudir á la iglesia para refugio y defensa: de poco les sirvió á aquellos infelices el heroismo de esta, pues sus enemigos pegaron fuego á las puertas del templo, sin que fuera para ello obstáculo su mote de defensores de la religion. Los sitiados tuvieron entonces que rendirse, y ya que cayeron en poder de aquellos mataron cruelmente al alcalde, el capitan y teniente: á los demas los ataron de dos en dos por la espalda y bárbaramente los degollaron en esta postura como carneros, arrojándolos en seguida desde el puente al rio Segre: y por si acaso no estaban bien muertos, les echaron encima enormes piedras. La presencia de tanto cadáver en el rio causó horror á los habitantes de las cercanias, que se abastecian de sus aguas, y no las quisieron beber ni ir á pescar por largo tiempo en este rio. Los pueblos aprendieron lo que era rendirse á los insurrectos; pero el terror que causó fué tal que por algun tiempo los carlistas vagaron á su placer casi sin resistencia que vencer, hasta que el pueblo de Tora hizo recobrar el aliento perdido con una heróica defensa. Reuniéronse Sansó, á quien principalmente se debió la organizacion de las fuerzas carlistas, Tristani, Ros de Eroles, Grabat de Guisona, Borges, Toriana de Vellber, Camas-cruas, y el Muchacho, y á las seis de la mañana del 8 de agosto se presentaron al frente del pueblo con la imponente fuerza de 2,000 hombres, contra los cuales se concentraron en él á la noticia de su aproximacion los urbanos y liberales de las inmediaciones. Guareciale el capitan de Saboya D. Matias Chamorro con 110 entre soldados y urbanos; y Sansó que era el gefe principal, le intimó que se rindiera so pena de sufrir las consecuencias de la resistencia cuando vencido. No hizo aquel gran aprecio de estas amenazas procediendo unos y otros desde luego á romper las hostilidades. La tenaz defensa de los sitiados hizo á sus contrarios apelar á otros medios para domar su valor: les cortaron las aguas y quemaron algunas casas y pajares de los liberales. El espectáculo de este pequeño pueblo por espacio de 58 horas fué horroroso; las llamas lo cercaban por todas partes, la griteria del

combate y los lamentos de las víctimas ofrecian un triste cuadro que no bastó sin embargo, para enflaquecer el espíritu de los defensores. Entre los ejemplos de valor que allí se dieron merece ser consignado en la historia el de Doña Concepcion Preciado, esposa de un capitan de Saboya, que, sin dejarse dominar por la pusilaminidad propia de su sexo, empuñó un sable y recorria todos los puntos de mayor peligro animando á los combatientes y suministrándoles alimento.

Despues de 38 horas de combate llegó la columna de Sebastian, que habia salido de Cardona con este objeto, y á la bayoneta se apoderó de todas las posiciones del enemigo, sin dejar la formidable de la Ayuda, cooperando la guarnicion, que quiso participar de este triunfo. Mas de 40 muertos y 120 heridos tuvo por resultado este sitio para el carlista, y no fué mucho menos el de sus contrarios.

Mayor fué la mortandad todavia en Villavella. El comandante de cuerpos francos, Rovira, conocido por el Pep del Po, con su batallon quiso atacar á una columna enemiga, compuesta de dos mil hombres. Terrible fué el primer choque, muriendo por ambas partes mucha gente, mas cargando los francos á la bayoneta con ademán resuelto y atrevido pusieron en derrota al enemigo sin dar cuartel á los alcanzados.

El dia 12 el comandante Calvet tuvo que sostener otra accion en Bacarizas, y al siguiente fué tambien atacada la villa de Prats de Llusanés por Boquica y Altamira. Estos solos hechos que presentamos entre los acaecidos para prueba del vigoroso aliento que la hueste carlista adquiriera, debilitaba proporcionalmente el del partido liberal de la montaña sin que fuera poderoso á sostenerlo la presencia de la legion argelina enviada por el gobierno francés en virtud del tratado de la Cuadruple Alianza, como la Inglaterra lo hacia al mismo tiempo por la parte de Cantabria.

Para neutralizar el pequeño efecto moral que este auxilio estraño hubiera podido producir en el pais en mas prósperas circunstancias, se realizaba entonces un grande pensamiento que hacia tiempo germinaba en la córte de D. Cárlos dividiéndola en opuestos bandos. Hasta entonces su ejército de las cuatro provincias del norte habia limitado sus empresas al terreno que pisaba, pensando no sin razon que cuando lo hubiesen dominado completamente para que les sirviese de base de operaciones podrian dirijir estas al interior del reino contra la córte misma de Madrid. Este proyecto era sin duda mas militar, y sea que así lo creyese Zumalacarregui ó que tuviese mas confianza en los recursos y medios de guerra que le ofrecia su pais natal, habia tenido de su parte el grave peso de su opinion. Pero desde el momento de su muerte el dictámen contrario principió á sobreponerse tanto mas fácilmente cuanto mas halagaba los deseos de D. Cárlos, dispuesto á creer que llegaria al trono de San Fernando lo que tardase en llegar al palacio de Felipe II. Es preciso decir que en el real de D. Cárlos, los ociosos y pretendientes soñaban siempre triunfos, sin poner de su parte

mas que la célebre frase *¡ojalá que se ataque y ganemos!* que les hizo dar por los soldados carlistas el ultrajante apodo de *ojalateros*. Aventureros y advenedizos que habian acudido allí para alzarse con algun destino ganado, no con las armas en la mano, sino con intriguelas que, desde la muerte de Zumalacárregui, empezaban á ser los mejores medios de medrar, daban las espediciones por muy fáciles y de grande resultado. Estos ambiciosos é intrigantes suponian que reinaba en la Península el mayor espíritu carlista, que todos los pueblos ardian en deseos de pronunciarse, y que bastaria una boina para levantar una provincia. Se daban grande influencia en el pais, y pedian gente para marchar á sublevarlo todo. Gefes sin colocacion y amigos de la vida guerrillera apoyaban estos planes, y todos hacian creer que las tropas de la reina eran pocas, y compuestas de quintos inespertos y cobardes que solo deseaban pasarse. Por lo que toca al gobierno de Madrid, se afirmaba que estaba temblando, y que la reina Cristina empaquetaba ya sus alhajas para marcharse al estrangero con sus hijas. De esta suerte se fascinaba á los ilusos, siendo así que la fresca accion de Mendigorria podia convencerlos demasiado de lo aéreo de semejantes especies.

Este pensamiento que no habia podido llevar á cabo el grueso de los carlistas por la frontera de Castilla, lo empezó á efectuar el general carlista Guergué, de nacion francés, por la frontera de Aragon. A primeros de agosto penetró en este reino por el canal de Verdun con direccion á Huesca y Barbastro. Componíanse las fuerzas de su espedicion de seis batallones y doscientos caballos navarros que traian ademas de su equipage ocho carros de municiones. A la noticia de este alarmante acontecimiento, el capitan general de Aragon D. Felipe Montes mandó reunir todas las fuerzas disponibles, y avanzó resuelto al enemigo. Venia este mal seguro en su atrevida empresa, por cuanto desde Miranda de Arga iba volando tras él el brigadier Gurrea con 3,000 hombres y 200 caballos que se hallaban ya en Ayerbe, y conociendo Guergué lo falso de su posicion, se dirijió rápidamente á Cataluña y llegó el 17 de agosto á Torres del Segre, á tres leguas de Lérida, engrosados en su marcha con partidas que se les iban reuniendo. Internáronse mas estos carlistas y abandonaron á Talarn, corriéndose por el barranco del rio Nogueras Pallaresa con el objeto de pasarlo por el puente cercano á Tremp. Apenas acababan de pasarlo, los alcanzó Gurrea y se trabó el combate, que sostuvieron aquellos desde las cordilleras de la izquierda. Los soldados de Gurrea atravesaron el puente, y desalojando á los navarros de sus posiciones, los fueron persiguiendo por el camino de la Pobla de Segur, matándoles catorce hombres y cojiéndoles prisioneros y efectos varios de su equipage.

Arrojados de Cataluña por las fuerzas de Gurrea y las que de Barcelona en número de 900 hombres y 2 piezas de artillería habian salido á las órdenes del general interino Pastors, Guergué tuvo que acojerse á las breñas del Pirineo separándose en Arteza del Segre de los catalanes, para

quienes fué de mal agüero tan súbita retirada. Los navarros que ya no se hallaban bien fuera de su pais, al verse ocupados únicamente en hacer y deshacer marchas, siempre perseguidos de cerca, sin acometer ninguna empresa, principiaron á relajar los lazos de la disciplina y á desobedecer la voz de su gefe: gran número determinó, siguiendo las faldas del Pirineo á traves de mil riesgos tornarse á su provincia; otros se metieron en Francia, no sin dejar alguna gente en poder de los urbanos, que les atacaron en Bielsa; otro grupo de 60 que bajaba por el puerto de Bujaruelo tal vez con el mismo intento, fué atacado á la vez por los urbanos del Broto y una espesa nevada, obligándoles á rendirse. Parecia inminente y casi segura una completa derrota de la espedicion: el general Montes para conseguirla ó al menos precisarles a renunciar á su objeto, se situó en Benavarre con 2,000 hombres; pero reunidas todas las fuerzas catalanas les fue fácil eludir su proyecto y lograr alguna ventaja sobre Pelegri, volviendo Guergué á Cataluña entre invasor y perseguido. De este dudoso concepto le era urjente sacar á los suyos, pues conocia que por momentos se iba desmoronando su autoridad y el necesario prestijio del gefe.

A últimos de agosto se dejó caer sobre Olot, á la que puso sitio. Codiciaban los carlistas catalanes tanto esta villa como los vizcainos Bilbao. Resuelta empezó la villa á defenderse hasta el último trance: era su comandante de armas D. Juan Fábregas, militar valiente, que no solo defendia la villa sino que practicaba muy á menudo salidas en todas direcciones, escarmentando á los que se acercaban demasiado. Despues de haber establecido la línea de circumbalacion, Guergué le intimó la rendicion por cuatro veces consecutivas sin que á ninguna contestase Fábregas, aguardando la hora del combate, á pesar de que para hacer frente á los 4,000 hombres que le tenian sitiado no contaba mas que con 400 nacionales, 70 soldados de América y 16 caballos del Infante.

Obstinado el enemigo en apoderarse de Olot no perdonó ningun medio para aterrar á los sitiados; abrió zanjas, incendió y trepó casas, formó parapetos al abrigo de los cuales hacia un fuego mortífero, enarboló banderas negras en señal de que no habria cuartel; pero los sitiados luego hicieron moderar con certeras descargas los ímpetus del enemigo, y le arrojaron á la bayoneta de un convento esterior de que se habia apoderado. Mas el sitio se iba prolongando; los esfuerzos de los carlistas eran cada dia mas apremiantes, y los sitiados empezaban á sentir la falta de municiones. En tan crítica situacion, un farmacéutico ocurrió á sus conocimientos científicos y logró fabricar pólvora en cantidad suficiente para que los defensores solo por ello se juzgaran salvados.

La venida de los navarros á Cataluña habia hecho concentrar sobre la ciudad de Vich todas las fuerzas disponibles. Desde la costa de Levante habia acudido á dicho punto la columna del coronel Luna compuesta de dos batallones de nacionales de Barcelona; el 2.° y el 12.° ligero, o sea la *Blusa*.

1. S. Rafael.
2. Hospital.
3. N.tra S.ra de los Dolores.
4. Cementerio.
5. S. Fran.co de Asis.
6. Parroquial de S. Esteban.
7. Casa Bairoda.
8. S. Fran.co de Paula.
9. Hospicio.
10. N.tra S.ra del Tura.
11. Garrinada.
12. Arrabal de S. Cristobal ó del puente.
13. Calle de Flavia.
14. Pasadera del rio Fluvia.
15. Mont olivet.
16. Las Moras.

LA VISTA MERIDIONAL DE LA VILLA DE OLOT.

Digitized by Google

A los pocos dias llegó de noche á dicho punto otra division, compuesta de las columna de D. Manuel Sebastian y de D. Juan Calvet, procedentes de la parte de Manresa. Formóse una division en número de unos tres mil quinientos hombres, agregando á la que habia llegado de Manresa una compañia de guias de Solsona, otra de francos de Blanes, otra de nacionales del 2.° y otra del 12.° de la *Blusa*, que formaron la vanguardia al mando del comandante Nat. El coronel D. Juan Beccar, gobernador de Vich, se puso al frente de ella, y salió á la madrugada del 8 de setiembre. Como tenia que pasar esta division por un terreno fragoso y sumamente quebrado, marchó con grandes precauciones hácia el Esquirol. Al llegar al Grau de Olot, desfiladero espantoso que conduce á un valle profundo, culebreando al pié de elevadísimos peñascos, con grietas que pueden servir de troneras y parapetos, una partida enemiga que lo ocupaba se escondió en los bosques inmediatos, y cuando acababa de pasar á duras penas la division, salieron los escondidos por las grietas, acrivillando á la retaguardia, que tuvo algunas bajas. Llegó, ya muy caida la tarde, la division á San Esteban del Bas, donde acampó, posesionándose de las alturas, y la vanguardia, sostenida por alguna fuerza del ejército, se adelantó hasta las Presas, donde algunas compañías de navarros la recibieron á descargas. Anochecia ya, y guiándose por los fogonazos, se batieron en las alturas de las Presas la compañía de guias de Solsona, la de francos de Blanes y la de nacionales de la *Blusa*; pero despues de una hora de tiroteo se retiraron los carlistas, y la vanguardia retrocedió á San Esteban, donde vivaqueó, como el resto de la columna. A la madrugada del dia siguiente avanzó la division hácia Olot en tres columnas; los carlistas que sitiaban esta villa, noticiosos de la llegada de las tropas, se apostaron en formidables posiciones, ocupando las alturas á uno y otro lado del camino real: O'Donell los mandaba. Beccar, de acuerdo con los gefes de la columna, se inclinó á la izquierda del camino hácia el llano de la Piña, donde se formaron las tres columnas en masa. Visto este movimiento por los carlistas, temerosos de que la division avanzase de flanco hácia Olot, mudaron su frente y fueron á ocupar las alturas que dominan el valle, donde se formaron las tropas. Los navarros ocuparon su izquierda, ocultando gran parte de sus fuerzas y la caballeria; las fuerzas catalanas, en gran número, se escalonaron en su derecha. Largo rato se estuvieron observando unos y otros; aguardaba Beccar que los carlistas descendiesen al llano, y O'Donell que su enemigo fuese á encontrarle en sus posiciones: solo desplegaron las guerrillas. El valiente D. Joaquin Bassols, que mandaba la artilleria liberal, se adelantó para colocar las piezas de montaña, y empezaron estas á disparar balas rasas á los batallones navarros que estaban mas á tiro. Avanzaron con esto las guerrillas enemigas, y se trabó el combate en toda forma. Replegadas estas, principió el fuego por compañías, y luego por batallones. Los navarros quisieron atacar á la bayoneta; imitólos la columna de D. Juan

Calvet, y la linea del carlista fué forzada, á pesar de correr entre los combatientes el Fluvia. Pidió el general su caballeria, que tenia oculta detras de una loma, mas esta con la presencia de las tropas triunfantes, echó á correr despavorida, aumentando el espanto de la infantería desordenada. La posicion de los navarros fué ganada, y empezaron á retirarse sin órden hasta que, desvandados en todas direcciones, no les quedó mas recurso que la fuga. Las fuerzas catalanas, asi que vieron desalojados á los navarros, se desvandaron tambien sin romper siquiera el fuego, abandonando completamente el campo al enemigo.

Los sitiados de Olot, al ruido de las descargas, se alarmaron y llegaron á creer que era una estratagema de los carlistas; mas cuando vieron á estos correr dispersos cerca de sus muros y asomar por las alturas que antes ocupaban á las tropas de la reina, salieron de la villa y acabaron de atropellar á los fugitivos.

Muchos fueron los prisioneros que hicieron en esta jornada, y entre ellos al mismo D. Juan O'Donell, que mandaba la accion, al cual cogieron unos cazadores y el oficial de artilleria Bassols oculto en una casa de campo. Muchos mas hubieran podido hacer á no haber replegado Beccar á deshora las tropas para introducirse en Olot. La derrota y la dispersion habian sido tan grandes que no iban juntos 20 carlistas. Mientras las tropas se iban hácia Olot, se los veia huir cansados, subiendo con dificultad los montes la caballería y los bagages.

El efecto moral de esta accion fué grande, y desde aquel dia disminuyó mucho el terror que habia esparcido la llegada de los navarros. No solo habian sido vencidos y derrotados por una fuerza inferior, sino que lo habian sido de por junto con casi todas las huestes catalanas.

A consecuencia de esta derrota hizo movimiento el carlista hácia el centro de Cataluña. La division de Beccar, en vez de perseguirlo, con lo cual le hubiera destruido, marchó el dia siguiente hácia Figueras para depositar en su castillo á O'Donell y demás prisioneros, despues de haber reforzado á Olot con la compañia de Blanes y las dos de nacionales de Barcelona.

Con este revés habia coincidido otro de menos importancia por la parte de Tarragona: el 5 de setiembre el comandante Rovira se dirijió á Selma donde se hallaban 1,200 carlistas; emboscáronse estos en las alturas de Montagut y Nasia de la Cendra, y cuando tuvieron cerca las guerrillas, rompieron un nutrido fuego. A pesar de la sorpresa, sostuviéronse estas en tanto que avanzaban tres compañías á desalojar á los contrarios de sus terribles posiciones: su derrota sin embargo hubiera sido segura, porque el carlista, previendo este caso, habia ya mandado 400 hombres por la falda de Montagut para cortarles la retirada. Súpolo Rovira oportunamente, y retrocediendo de pronto con dos compañias, logró á favor del efecto de la sorpresa que contra él meditaban, derrotar á los 400

hombres, al tiempo mismo que lo eran los que arriban quedaban por el resto de su fuerza, que los persiguió hasta los cercanos bosques de Sesma en que se guarecieron: sobre 30 muertos y 50 heridos fué para los carlistas el perjuicio de esta accion, de la que con creces se compensaron á los pocos dias. La columna que mandaba Camprubi fuerte de 130 hombres, atacada bruscamente por mayores masas fué completamente derrotada: el combate duró apenas una hora; la lucha se hizo personal, haciendo todos heróicos esfuerzos de valor. Pero les fué inútil porque el ardor y la confianza del carlista arrollolo todo: mas de la mitad de los soldados de la reina quedó en el campo, y tal hubiera sido la suerte de toda la columna, á no estar inmediato el áspero Bruch.

Pero á su vez podemos decir tambien que de este desastre se desquitaron los liberales con el triunfo que al mismo tiempo alcanzaba el coronel Niuvó en Guimerá. Atacado Roset por él, se encerró en el castillo con sus 460 hombres á quienes trató de hacer totalmente prisioneros: se apoderó del pueblo con la legion estrangera que iba á sus órdenes, ocupó los contornos, abrió zanjas y construyó parapetos. Todo preparado para el asalto, intimó á los sitiados la rendicion: Roset, á quien no abandonaba el valor y la serenidad conveniente la rechazó con no menor arrogancia. Esto sucedia el 17, y hasta el 20 no se rompió el fuego, tal vez porque Rovira esperase la llegada de las columnas de Calvet y del comandante de armas de Igualada con algunas piezas de artillería. Empezaron estas á jugar, y entonces los encastillados pidieron rendirse bajo condiciones. Pero el fuego continuó, y á los doce disparos se rindieron todos á discrecion. Recogió Niubó 317 fusiles, algunos sables, muchas bayonetas encajadas en el estremo de palos largos, y algunos caballos que montaban los gefes. Componiase esta fuerza de 500 hombres; Roset y otros 35 fueron fusilados en el mismo Guimerá, otros 12 en Verdú, 22 en Tárrega, y 3 en Igualada; los demás fueron conducidos á Lérida prisioneros. Semejante mortandad, que no puede mirar sin estremecerse un hombre sensible, eran acaso el triste resultado de las represalias.

El general Pastors, habia salido de Barcelona pocos dias despues de la conmocion de agosto con tropas y nacionales, y habia contribuido con Gurrea á arrojar de Cataluña la hueste navarra la primera vez que esta entró. Despues se dedicó á la persecucion de las fuerzas del Ros de Eroles y de Orteu, y como no pudiese darles alcance, se retiró por fin á la Seo de Urgel, cuyos fuertes reforzó. Cuando menos se lo esperaba, los navarros, á quien creia de regreso á sus provincias, arrojados no solo de Cataluña sino tambien de Aragon, se le presentaron unidos á las fuerzas catalanas, á una legua de la Seo. La columna de Sebastian sufrió una derrota á su salida de Orgaña que le causó Torres, y para reparar este revés, quiso Pastors atacar á los contrarios, sabiendo que Gurrea se hallaba con su division en Castello. Mas Gurrea le manifestó que tenia órden del capitan general de Aragon de

no volver á pisar el suelo catalan, previniéndole que, si tanta fuera la urjencia, no fuese mas allá de los límites del Noruegas de Aragon. Incitóle y rogóle sin embargo Pastors, y aquel al fin consintió con tal que le mandase 6,000 raciones, que le fueron remitidas con perjuicio de la tropa de Pastors. Bajo semejante confianza partió este general hácia Orgaña, de donde habian salido los carlistas, para tomar posesion en Peramola y Oliana; pero por segunda vez fué burlado. Gurrea no acudió, anunciándole que de real órden contramarchaba hácia Navarra. Pastors se alejó entonces del enemigo; y sabedor este de cuanto estaba pasando, se le aumentaron los brios. Fortuna fué y no poca para Pastors llegar sin descalabro con su division a Solsona por medio de marchas y contra-marchas, de noche y por terrenos escabrosos. Fortificó la guarnicion de Solsona con 110 hombres; pasó luego á Cardona, examinó tambien su fortificacion, y encontró la linea del Llobregos abandonada. La aparicion de los navarros en Pons y la retirada de Gurrea habian dado lugar á este abandono. Pensaba todavia salir de Cardona y atacar al enemigo, deseo de que participaba el coronel Conrad, que iba con él al frente de un batallon de la legion francesa, y al pedir otro batallon al general Bernelle, este contestó que tenia órden de marchar con toda la legion estranjera hácia Aragon. Parecia que se deseaba entregar el Principado á sus solos recursos. Pastors se retiró á Agramunt, desde donde comunicó lo que le estaba pasando á la junta gubernativa de Barcelona con un lenguage tan desalentador que hubiera podido causar males muy graves al pais, á tener los catalanes menos temple de alma.

Balaguer y Pons habian sido sitiadas por Borges y otros la primera, por Guergue la segunda: ambos empero, á pesar de sus esperanzas y esfuerzos tuvieron que retirarse, porque allí la guarnicion argelina hizo una salida, y aquí la columna de Calvet cayó de improviso en la tarde del 22 sobre los navarros. Con mayor bravura, sin embargo, disputaron el campo en las alturas en los dias siguientes las huestes de Grau y de Tristani: aquel, unido á otros gefes, con 1,800 hombres, ocupaba la cabeza del puente de San Juan de las Abadesas; el comandante de armas de Olot fué contra él con la mitad de fuerza, y con un brioso ataque á la bayoneta los forzó á la retirada con alguna pérdida. La otra accion fué en las alturas de Olot: Tristani con 600 hombres habia tomado posicion en el camino de los Estanys, y aguardaba la llegada de una columna que esperaba destruir. Iba esta al mando de D. Joaquin Ayerbe, y se componia de los guias de Solsona, de cuerpos francos y nacionales del 6.° batallon de Barcelona con algunos parrotes. La accion fué reñida y disputada con ahinco por los carlistas que no querian ser vencidos por nacionales y francos; mas estos los arrojaron de las primeras posiciones. Reanimáronse y revolviendo sobre sus contrarios, los cargaron con tal ímpetu, que á no ser el valor indomable de unos sesenta parrotes, mandados por D. Francisco Fornet, algunos individuos del resguardo y los nacionales del 6.° batallon de guardias na-

cionales, que al mando de D. Magin Gironella sostuvieron la carga del enemigo, acaso les hubiera sido funesta la jornada. En uno de estos momentos de apuro, un capitan del batallon de nacionales D. Narciso Sucre cojió la bandera del batallon y sable en mano se introdujo con ella en lo mas encarnizado del combate: un movimiento eléctrico entusiasmó las filas liberales, y el enemigo fué derrotado en todas direcciones.

A últimos de setiembre se movieron los navarros hácia el Ampurdan, desfilando cerca de Olot, á cuya villa alarmaron. En pos de ellos pasó Tristany, batido por Ayerbe, y pernoctó en las Presas, partiendo al dia siguiente en la misma direccion de los navarros. Tambien se dejó ver el ecónomo de Viaña, intimando la rendicion á Olot; mas el comandante Fábregas puso en la cárcel al conductor de este oficio, y el ecónomo tuvo que marcharse sin resultado alguno de su pretension.

Bañolas, en la provincia de Gerona, fué invadida, y en ella se fortificaron los navarros, agoviando la poblacion con exacciones. Una compañía de Gerona que habia salido tuvo que retroceder y guarecerse en una casa aislada cerca de Argelague; despues de veinte horas de una vigorosa resistencia capituló y fué hecha prisionera.

El dia 5 de octubre salió una columna de 800 hombres y 40 caballos hácia Bañolas para un reconocimiento, al mando de D. Mariano Borrell, miembro de la junta gubernativa de Barcelona y comandante del primer batallon de su guardia nacional. La avanzada de los carlistas fué sorprendida; dos de sus hombres murieron, y la guerrilla llegó tiroteándose con los navarros hasta las mismas aspilleras. Verificado el reconocimiento, retrocedió la columna á Gerona. El ecónomo de Viaña volvió á las inmediaciones de Olot con 900 hombres y algunos caballos navarros de los dispersos en la accion del 9. El comandante de armas con gran sigilo formó una columna de 2 compañías de móviles de Olot, los francos de Blanes y los nacionales de Barcelona y sorprendió al ecónomo en su posicion, persiguiéndole hácia las alturas de Ridaura hasta llegada la noche.

Mientras esto ocurria en la alta Cataluña tambien obtenian en la provincia de Tarragona algunas ventajas las tropas de la reina. El castillo de San Querolt estaba ocupado por los carlistas: el comandante general cristino de la provincia los habia sitiado, y habiendo sido derrotada el dia 3 una partida de 300 que iba en socorro de los encastillados en la altura de Fumigosa, con grande estrago por haber podido entrar en juego la caballería, no tenian los sitiados mas recurso qne rendirse. Sin embargo, aprovechando el descuido de los sitiadores, que dejaron en descubierto un punto, se descolgaron antes de amanecer por una ventana y se fugaron sin que nadie lo advirtiese, ni supiese la direccion que tomaron. En Gerri, 22 nacionales de este pueblo desbandaron una partida que ocupaba las salinas y su fuerte, y cogieron al cabecilla Melchor Olla, que fué pasado por las armas en Talarn. Otra fuerza de nacionales de Masanet y demás pueblos

fronterizos, al mando del capitan D. Ramon Roger, obligó á entrar en Francia á varios cabecillas, y á los pocos secuaces que les habian seguido al Pirineo cuando la derrota de los navarros en Olot. Eran aquellos el conde de España y su hijo, Sansó, Muchacho, Carbonell, 11 oficiales, 120 armados y 200 sin armas. Las autoridades francesas los desarmaron é hicieron internar.

El coronel Niubó, despues de haber alejado á los de Borges, Cortasa y otros banderizos de la ciudad de Balaguer que estaban atacando, se dejó caer de improviso sobre Camarasa, y los derrotó obligándoles á soltar los prisioneros que llevaban y huir por las aguas del Segre donde algunos se ahogaron en la precipitacion de la fuga. Fueron igualmente derrotados Caballeria, Boquica y otros en las sierras por el gobernador de Berga D. Francisco Antonio Oliver, debiéndose en gran parte á una carga, dada por el capitan D. Pedro Caro. El gobernador de Talarn dió un golpe sobre Gerri y mató al cabecilla Merli con 35 mas.

El pueblo de San Quintin presentó el 25 de octubre un espectáculo mas sangriento todavia. El comandante de voluntarios de Cataluña José Rovira y su segundo D. Francisco Bellera sorprendieron en dicho pueblo á Pitxot, Degollat de Copons y Masrox, en número de 1,200 hombres. La avanzada carlista los dejó aproximarse, creyendo que eran de los suyos; al fin los reconoció por enemigos, mas ya no era tiempo; echáronse los voluntarios sobre el pueblo, y á pesar del horroroso fuego que desde las casas les hacian los carlistas, se apoderaron de aquel, sembrando de cadáveres las casas y las calles. Mas de cien perecieron á tiros y bayonetazos, y aun hubiera sido mayor la mortandad á no haber llegado tarde la otra parte de las fuerzas cristinas, que habia tomado otra direccion. Los prisioneros fueron al dia siguiente fusilados, porque en Cataluña se hacia la guerra como en Navarra antes del tratado de Eliot: no habia cuartel para los vencidos.

A pesar de tanta derrota y tanto destrozo no se adelantaba nada. Los carlistas seguian del mismo modo: los arrojaban hoy de un punto, invadian otro mañana. La ciudad de Solsona se vió sitiada por el Ros de Eroles y Orteu desde el 6 hasta el 19 de octubre. Abandonada la ciudad á sus propias fuerzas, tuvo que desplegar su guarnicion un valor á toda prueba en los repetidos asaltos que los carlistas le dieron por el palacio del Obispo, por la puerta del Trabesat y por los hornos de la muralla. Al fin, viendo que no podian conseguir su objeto, levantaron el sitio y se dirijieron á Oliana, donde reunidas con otros al mando del coronel navarro Torres, posesionados en la Pobla de Segur, trabaron el 6 de noviembre un encuentro con la columna del coronel Conrad, compuesta de fuerzas estranjeras y españolas, y tuvieron que retroceder vencidas hácia Gerri y hácia Pallaresa. Otra columna fuerte de 4,500 hombres, donde iba el grueso de los navarros, y las fuerzas catalanas principales bajo la direccion del canónigo Tristani, se trasladaron desde Torrojas y demás pueblos de la ribera del Sio á la villa

de Tárrega, y la atacaron por dos puntos; los navarros por el camino de Ofegat, y los catalanes por la parte de las Garrigas y carretera real de Villagrasa. En uno y otro sufrieron el mayor desengaño, por cuanto los repelieron con fuego abrasador las tropas que en Tárrega mandaba el coronel Niubó. Frustrada su tentativa, se replegaron al ponerse el sol á las alturas del castillo del Mort, donde fueron atacados por los soldados y nacionales, forzándolos á verificar su retirada hácia Anglesols y Villagrasa. Despues de algunas escursiones á Membudí, Borjas y Sarreal, retrocedieron por Verdú y Villagrasa en direccion á Tora, San Llorens dels Piteux y Oliana. Las tropas liberales ocuparon Agramunt y Puigvert, donde el teniente D. Benito Seco con unos cuantos caballos acuchilló á una partida de 100 que iba al mando de Valls.

El dia 11 de noviembre regresaba de Vich hácia Barcelona la columna de nacionales de esta ciudad, que mandaba el coronel Luna. Componíase del 2.° de línea y del 12 de ligero, algunos mozos de la escuadra, rondas volantes y voluntarios de Cataluña. Aprovechando muchos mercaderes la salida de esta fuerza, hicieron partir tras ella largo convoy de mercancías: los carlistas en número de 700 hombres y 30 caballos, mandados por Segarra, Puigoriol, Pocaropa y otros les salieron al encuentro en las formidables posiciones de Puigfre, San Miguel del Grau y Puig-Gracios. Dispuso Luna su gente con acierto, y sostenidos por las demas fuerzas los mozos de la escuadra, rondas volantes y tiradores y granaderos de la Blusa, al mando del comandante de este don Felix Rivas, los desalojaron rápidamente, y prosiguieron sin obstáculo su marcha. Orgullosa con su triunfo entró en Barcelona esta columna, en especial el batallon de la Blusa, blanco de mil calumnias, por componerse de jóvenes de ideas avanzadas y ser hechura de la conmocion de agosto. Su salida de Barcelona habia sido un destierro político, porque se habian declarado partidarios de la constitucion. Cuando volvieron, la escena ya habia mudado; la situacion del pais era otra, la junta ya no existia, el general Mina, nombrado general de Cataluña acababa de llegar, siendo recibido en medio de las mas inequívocas muestras de entusiasmo; la revolucion, en fin, casi habia triunfado completamente.

Para que esto se realizara restába hacer perder á la insurreccion carlista las fuerzas y las esperanzas que tras la sublevacion se creara; y esto en lo que tenia de posible, no tardó en suceder.

Reunida la division espedicionaria el 21 en la Pobla de Segur con el objeto de atacar á otra constitucional, fuerte de 4,000 infantes, 200 caballos y 3 piezas de artillería que tenia á dos horas de distancia, un sordo rumor y confuso movimiento se deja percibir en las filas que acaba con un acto de formal insubordinacion: las voces de *á Navarra, á Navarra* suenan por todas partes con admiracion sino con sorpresa de los gefes; los batallones 7.° y 9.° y Castilla desfilaron, sin atender á las amenazas, consejos y

ruegos de aquellos, mientras que los Guias con el resto de la columna tomaban la misma direccion por distinto camino. El mismo Guergué vino á formar parte de la rebelion marchándose con ellos.

El principado de Cataluña se vió con esto libre de la espedicion navarra que tanto lo alarmára. Incesantemente perseguida, y mas que eso por el espíritu de indisciplina y desmoralizacion que penetró en sus filas, tuvo que regresar al Norte, sufriendo pérdidas notables en su tránsito, sobre todo en Aragon, donde entre otros encuentros tuvo el de Argues, en el que dos batallones de la legion de Argel le mataron no poca gente. Unos mil hombres y 100 caballos, todos estropeados, fueron con los que se presentó Gergué á la vuelta de su viaje á la corte de D. Cárlos. Acusado el baron de Latour por el mal éxito de esta espedicion, fué desterrado.

Es necesario que aqui suministremos al lector algunos datos para que juzgue, así del acierto con que se haya conducido el gefe espedicionario como de las razones en que sus enemigos se apoyaron para colocarle en el banco de los acusados. Nuestra opinion para nada intervendrá en este juicio que puede formarse con solo oir á los mismos personages (1).

La espedicion desde su salida de los campos del Norte se vió tan de cerca perseguida, que su gefe para eludir un encuentro cuyo éxito no podia menos de ser dudoso, tuvo que acudir á un resurso que producia á la par dos funestos efectos; las marchas y contramarchas continuas, los movimientos en zig-zag, sin detenerse en punto alguno para cualquiera operacion militar, no solo mermaban y fatigaban su fuerzas sino que hacian nacer en el ánimo del soldado una idea mezquina de su gefe. Asi fué que los navarros, que nunca se distinguieron por un espíritu ciego de subordinacion, no se recataron de manifestar su disgusto de una manera que hizo concebir á Guergué sérios temores. Este, asi que vió el mal estado de la division, solicitó el relevo: la gangrena era tal que el mismo desde Oliana decia en una carta á Torres. «No puede V. formar una »idea de la desmoralizacion en que se halla el batallon de Guias y el mal »estado en que ha puesto á los demás; y como V. no saque algun partido »de él, como lo espero, nos va á hacer perder todo el mérito de la espedicion »y va á llenar de sentimiento el paternal corazon de S. M. pues se hallan »resueltos á marchar á Navarra en desórden: con que así Torres, véngase »V. á la posta para poder ocurrir á este sentimiento que á todos ha de cau»sar la lijereza y tenacidad de estos hombres que, cerrando los oidos á »toda reflexion, solo siguen su capricho y tenaz idea.» La situacion se fué haciendo por momentos tan crítica para Guergué que, sin esperar respuesta, desde Coll de Nargó le escribió el 19 en términos todavia mas

(1) Debemos los documentos que vamos á insertar del campo carlista á la amistad del Sr. D. Pascual Madoz que los interceptó cuando, sin dejar la toga por la espada, entrando por Francia con una escasa fuerza, desalojó á los carlistas del valle de Aran, cuya autoridad judicial desempeñaba.

apremiantes y no menos espresivos: «La enfermedad vá de mal en peor, le »decia; el batallon de Guias en una completa rebelion se ha dirijido de Oliana á Orgaña, bien que ha sido despues de dar la órden; pero estaba convencido de que lo harian sin ella: con esta gente no bastan reflexiones, y »á pesar de que los gefes y oficiales están en el mejor sentido, les es forzoso continuar á su frente hasta que veamos el medio mejor de evitar á »S. M. el sentimiento que de otra suerte le proporcionamos: confio sin embargo que el aprecio que V. se grangeó en el largo tiempo de su mando, »será tal vez suficiente á calmar la ansiedad de esta canalla, y al efecto »conviene que desde el punto adonde alcance á V. esta carta se dirija á la »vereda que desde Orgaña vá Taus y de este hácia la Conca, que les exorte, ofrezca y en una palabra, que haga todo cuanto le dé la gana á fin de »contenerlos, siquiera hasta que llegue el relevo que he solicitado á S. M. »por tres conductos seguros y un gefe además de mi confianza que salió »esta mañana para el real, y así como puede V. creer el pesar que ocasionariamos al rey, no debe quedarle duda que el relevo vendrá como he pedido »y que para salvar nuestro honor y asegurar el aprecio que nos dispensó el »soberano, segun las reales órdenes de 31 del último octubre que he recibido »hoy mismo y que la premura del tiempo no me permite comunicarle de »oficio, entre ella el nombramiento de comandante general con ámplias facultades para hacer y deshacer, solo nos resta contener esta gente 15 dias. »Además de los medios que le ha de sugerir su travesura, seria muy conducente el que tenga V. todo preparado para conducirlos á Tremp y atacar »con resolucion. Por Dios, Torres, V. conoce la trascendencia de un paso »tan espantoso como el de este cuerpo, y no ignora que en nuestra carrera »un cuarto de hora desgraciado pierde el mérito que costó muchos años »y fatigas conseguir.»

Si llegaron á manos de Torres estas comunicaciones, lo ignoramos; si, suponiendo que llegaron, obro en virtud de ellas con lo que Guergué como gefe y como amigo le suplicaba, tampoco nos es bastante conocido para que podamos deducir el tanto de responsabilidad que le pertenezca en la escandalosa insubordinacion de los espedicionarios. No tenemos para graduar la de unos y otros mas datos que los que se desprenden de la enérgica y esplícita esposicion que á los pocos dias elevó el mismo Torres á D. Cárlos: «Señor: cuando el honor y el deber exijen servicios importantes he sido uno de los fieles vasallos de V. M. que he tenido el honor de »prestarlos con el mayor placer sin que los peligros hayan deslumbrado la »gloria con que se ha coronado en Navarra y en esta provincia el batallon de Guias que he tenido el honor de mandar por espacio de tres »meses; pero como la inconstancia en algunos hombres tiene su cavida y muy »particularmente en la clase de tropa que algunas veces con poco se disgustan, con sumo dolor de mi corazon no puedo menos de elevar á L. R. P. de V. M. la conducta de una division que al entrar en Cataluña admió

«sus habitantes, siendo el terror de los enemigos de V. M. y que los ca-
»talanes envidiando las victorias que se le preparaban se pronunciaron
»decididamente á favor de la justa causa, y en pocos dias el ejército real
»se aumentó con mas de diez mil hombres.

»Esta valiente division siguió contenta en los primeros dias de su en-
»trada en la provincia, y no empezó á disgustarse hasta que se la obligó
»á marchas forzadas en las cuales no podia racionarse, faltándole el prest
»y todo lo necesario para conservar su moralidad; por cuyo motivo con-
»cibió funestas ideas del gefe superior que la dirijia; y aunque por de
»pronto no prorrumpió en quejas sin duda alguna por la veneracion y
»respeto que tenia á sus oficiales, con todo dió muestras de su desmora-
»lizacion cometiendo algunos escesos que no se castigaron por considerar
»que la necesidad obligaba, hasta que por fin fué tan temida de los ami-
»gos como de los enemigos, y en esta situacion los traidores trabajaron
»incesantemente hasta hacerle concebir la idea de abandonar la provincia
»para privarla de las glorias y laureles que en el campo del honor hubie-
»ra cojido si en vez de observar al enemigo le hubiese atacado antes de
»dar lugar á reunir mayores fuerzas.

«Los motivos porque no se emprendió un ataque decisivo son ocultos,
»y solo lo sabia el comandante general D. Juan Antonio Guergué cuya con-
»ducta llegó hasta el estremo de que los gefes y oficiales de la division se
»disgustáran porque se preparaba un golpe fatal que no pudieron resistir
»los fieles vasallos de V. R. M.: digo estos valientes que solo respiraban su-
»mision y obediencia y que anhelaban con vivos deseos ver á V. M. en el
»trono deseado, y conocida la frialdad é indecision del gefe que lo dirijia
»hizo concebir ideas grandes de valor, y cuando los enemigos habian lo-
»grado reducir en el alto Pirineo la valiente division navarra obligándola
»á marchar por los puertos de mayor riesgo entre la escasez y miseria, en-
»tonces fué cuando se resolvió atacar con la columna del general Pastors
»que se hallaba en Orgaña persiguiendo la division catalana; y este dia tan
»memorable para las armas de V. R. M. pudo sufocar el fuego de la dis-
»cordia que secretamente minaba para aterrar la division: entonces fué
»cuando pudo darse principio á la espedicion del Ampurdan donde logró
»hacer la requisicion de caballos, armamento y aun caudales para soste-
»nerse; mas como no se realizó lo que se deseaba, se emprendieron nue-
»vos movimientos, y aunque parecia que esta division se hacia dueña de
»toda la provincia en mi concepto se le envolvia en mayores peligros que
»antes, porque el soldado cansado ya de tantas marchas se hallaba mas
»disgustado y deseaba como en su principio volver á Navarra; y estos re-
»celos dieron motivo para la reunion de varios gefes de la provincia en
»Tora, en donde se celebró el acta solemne nombrando gefes de division,
»distribuyendo las fuerzas en brigadas para operar con el nombre de divi-
»siones de Tarragona, Lérida, Manresa y Gerona, amalgamando las fuer-

»zas que militaban en dichos distritos, y como fui nombrado c.
»general de la de Lérida, me fué preciso dejar con dolor de mi cora.
»mando del batallon de Guias para reunirme á mi division, la cual á ».
»tres dias de mi llegada sostuvo un vigoroso ataque en la Pobla de Segur
»de la columna estrangera estacionada en Tamarite, que de real orden ocu-
»pó este pais, en donde debia operar hasta destrozarla; pero como conse-
»guí batirla completamente con pérdida de muchos hombres, lo abandona-
»ron dándome lugar para bloquear los de Tremp que en número de sete-
»cientos defendian su fortificacion.

»Ni todas estas glorias ni otras que se habian conseguido en la provin-
»cia pudieron hacer olvidar á la division navarra el concepto de su deser-
»cion, y cuando por razon de las circunstancias se hallaba en esta villa para
»dar un ataque decisivo á los seis mil enemigos reunidos en Tremp, cual
»torrente impetuoso rompió los diques de la obediencia y con el mayor es-
»cándalo desampararon las filas con gritos *á Navarra, á Navarra*, dejándo-
»me en un mar de confusiones y peligros por la proximidad de los enemi-
»gos. Triste dia fué para los leales el 21 de noviembre, dia que llorará
»Cataluña particularmente, este pais que fué testigo de la marcha que em-
»prendieron los batallones 7.° 9.° y Castilla, mientras que Guias y Colo-
»mina iban dispersos por distintos rumbos. Ni los ruegos de algunos ofi-
»ciales, ni las promesas de los gefes, ni la vista de su comandante general
»fueron bastante para reducir á sus soldados á la obediencia por cuyo mo-
»tivo se separó la Junta superior del Principado que seguia á su presi-
»dente, y á no haber sido por la constancia y teson de los gefes catalanes
»se habrian igualmente dispersado sus batallones.

»Este mal que no podia menos de sentirse hubiera sido menor si el
»señor comandante general D. Juan Antonio de Guergué no hubiese aban-
»donado la provincia con el especioso pretesto de presentarse á V. R. M.
»para responder de su conducta, pues debia ante todo haber dado las dis-
»posiciones convenientes para que no faltase gefe que ocupase su lugar,
»mayormente teniendo á la vista las dos columnas enemigas, resultando
»en conclusion el haberme visto obligado como á coronel mas antiguo á to-
»mar el mando en gefe, sin caudales, sin relaciones confidenciales, y sin
»la correspondencia general ni particular para poder dirijir tan vasto co-
»mo delicado destino. Visto, pues, por algunos beneméritos oficiales el
»desórden y confusion con que quedaba este Principado, y conocido el mal
»que debia causarles presentarse á V. M. con el negro borron de insubordi-
»nados, se resolvieron acompañarme y auxiliarme en la grande obra de la
»restauracion de este Principado, ínterin que V. M. tenga la dignacion
»disponer lo de su real agrado en circunstancias que el espíritu público y
»seguridad pública no pueden menos de resentirse, enviando á esta pro-
»vincia un gefe superior decidido, ínterin estoy organizando el batallon de
»guias de Navarra con los varios dispersos que se me han presentado, pues

»con la cooperacion de los señores comandantes y demás oficiales cuya rela»cion tengo el honor de acompañar á V. M. no dudo conseguiré grandes »ventajas á favor de la justa causa.

»Suplico á V. R. M. reciba esta relacion de mis sentimientos con su »acostumbrada benevolencia, bien seguro que todos mis afanes y desvelos »se dirigen á concluir pronto la causa y de ningun modo oscurecer la »conducta de estos batallones y de sus gefes, porque desgraciadamente he »sido testigo de los padecimientos con escasez y miseria con que los ha »conducido el comandante general y los muchos peligros á que han sido »espuestos, y por lo mismo ruego á V. R. M. mire con ojos compasivos es»te pais en el cual aunque hay hombres dispuestos para la guerra, faltan »armas, municiones y algunas piezas de artillería, con un buen gefe á su »frente para concluir en breve con los enemigos de V. R. M. Interin ruego »al Todopoderoso conserve y guarde su interesante para consuelo de los lea»les.=Pobla de Segur 25 de noviembre de 1835.=Señor: P. A. L. R. P. »D. V. R. M.=José Juan de Torres.»

De un cargo en efecto no podrán al fin justificar á Guergué sus mas apasionados defensores, y es su pusilanimidad á lo menos ante la rebelion, quien, como militar, debió entregar su cadáver si no podia refrenarla. ¿Esta pusilanimidad, que constituye una grave falta sino un delito en la milicia, se comprueba por esa inercia y flaqueza de espíritu que aparece en sus cartas á Torres.

Este, aunque se vió de todo punto desorientado, ocupando una posicion todavía desconocida para él, al frente de los restos de una division desmoralizada, sin noticias ni de su estado ni de la situacion respectiva de los enemigos, no se postró ante la adversidad de las circunstancias, antes bien les opuso ánimo sereno y varonil corazon.

Los constitucionales, que supieron las turbulencias escandalosas del campo carlista, quisieron á su vez aprovecharlas, y fueron en busca de Torres, á quien encontraron el 25 en las inmediaciones de Montesquiu sin darle tiempo mas que para desplegar las guerrillas. A su amparo fué retirando escalonados los batallones con el objeto al parecer de llevar á los contrarios, como lo hizo, á las ventajosas posiciones de la Pobla de Segur y Claverol, donde estos no rehusaron. El combate principió con algunos disparos de la artillería liberal, y pronto manifestó su mayor encono en e ala derecha del carlista, donde tres campañias restantes de Guias y cuatro del batallon de Barbastro se batieron con bizarria. Vióse tambien atacada el ala izquierda, que defendian la division del campo de Tarragona; pero allí fué tan débil la resistencia que bien presto los constitucionales se apoderaron del monte de Claverol, desde donde por segunda vez se dirijieron contra el costado del puente que hay sobre el Noguera, ocupado por dos compañias parapetadas. Las de Guias salen á su encuentro á la bayoneta interin que los demás puntos son reforzados; pero la artillería refrena la bravura

del carlista, y la noche viene á poner término á aquel sangriento combate que duró desde las nueve de la mañana y costó á ambos bandos mas de 50 muertos y 200 heridos,

Como quiera que el resultado de esta accion para los carlistas fuese el de toda retirada, el espiritu de indisciplina siguió corroyendo sus fuerzas notándose desde luego en las catalanas y mas particularmente en la columna de Borges ó mas bien en este gefe. Ya porque Borges se creyese mas afortunado en sus correrias particulares cuando su partida dependia únicamente de su direccion, ya porque repugnase su carácter la dependencia y el rigor de la disciplina, despues de la separacion que produjo la accion de la Pobla de Segur, ofició á Torres ponderando el estado de escasez de víveres y desnudez en que su gente se hallaba, que le obligaba á retirarse á la montaña, de donde los mas eran naturales para que asi pudieran atender á sus necesidades; aunque ofreciéndose á acudir adonde quiera que el servicio de su rey lo llamase. Reclamábale al mismo tiempo la parte de su arma de caballería que tenia á sus órdenes y las municiones que de su pertenencia debian existir en su poder. Esta conducta dejaba muy bien entrever el espiritu que le animaba, y que muy luego mostró mas claramente, como se manifiesta en la siguiente esposicion elevada por Torres al ministro carlista de la Guerra.

«Ejército real de operaciones de la izquierda.=Comandancia general interina de Cataluña.=Excmo. Sr.=Con el mayor sentimiento pongo en »conocimiento de V. E. el acto de inobediencia que acaba de cometer el »gefe de la 2.ª brigada D. Antonio Borges, despues de haber reconocido mi »autoridad y seguido por algun tiempo obedeciendo mis órdenes y tenido »el honor de cooperar en las acciones tan reñidas que el 6 y 23 del actual »se me proporcionaron contra las dos fuertes columnas enemigas que se »presentaron en este pais. Ayer, hallándose las brigadas reunidas en Taus, »dispuse hiciesen un movimiento, destinando la 2.ª á esta villa por consi»derarlo muy conveniente en atencion á que una columna enemiga ocupa la »villa de Tremp, á fin de observarla y determinar las demás operaciones »que se ofrezcan; y viendo qne anochecia y no se presentaban, resolvi ofi»ciar á su gefe, manifestándole ser conveniente al real servicio ocupar el »punto de esta villa, en donde con mucha facilidad podia socorrerse la tro»pa, y en contestacion me mandó los oficios, copia de n.° 1.° y 2.° resis»tiéndose redondamente al cumplimiento de sus deberes y deseando pasar »á otro punto que quizás no servirá de ningun mérito, dando lugar á que »no pueda yo continuar mi plan de operaciones por faltarme las fuerzas »de su mando. El génio díscolo de este señor no me era desconocido; pero »creia que, revestido del carácter elevado que representa no le haria con»cebir jamás nnas ideas tan contrarias al órden y disciplina que tanto se »requiere en el ejército. Pero acostumbrados á divagar por los pueblos de »la otra parte del Monsein y obrar á su voluntad, quiere al parecer se-

»guir su capricho y quizás el desórden que se observaba antes de organi-»zarse las brigadas y la marcha tan necesaria que se ha entablado para »operar con el debido acierto y no comprometer las fuerzas sin necesidad. »No puedo dar una completa idea á V. E. del mal estado de los pueblos »en el tiempo que alguno de estos gefes ocupaba alguno de ellos porque »el desórden y la confusion eran los puntos de mira de todos los que te-»nian las armas en la mano y resultaban continuas molestias, vejaciones »é insultos que, seguidos de la rapiña y robo, sembraban la miseria en »en el pais; y como actualmente se trabaja con el órden debido, todos los »pueblos están contentos y confian en la benevolencia del paternal gobier-»no del rey nuestro señor. El comprometimiento en que me deja la ino-»bediencia ó rebeldia de este gefe lo dejo á la superior ilustracion de V. E. »y los efectos desagradables que pueden producir se tocarán de cerca, tal »es la influencia que tiene el mal ejemplo de un superior; y para que »no me vea en el disgusto de tomar medidas desagradables, opino podrá »S. M. dignarse disponer pasase al cuartel real, y que otro gefe tomára el »mando de sus fuerzas, en una ocasion que tanto se necesitan para batir »á los enemigos. V. E, no obstante resolverá lo que sea de su superior »agrado, pues la union es lo que deseo y el orden y obediencia de todas »las clases.=Dios guarde á V. E. muchos años. Gerri 26 de noviembre de »1835.=Excmo. Sr.=José Juan de Torres.=Al Excmo. Sr. Secretario del despacho de la Guerra.

Estas intestinas discordias coincidian fatalmente para los carlistas con la llegada y primeras disposiciones del general Mina, cuya presencia inspiraba grande entusiasmo y confianza en sus parciales. Y á hacer poderoso á este nuevo caudillo contribuia no solo esta circunstancia sino muy principalmente el terror que el nombre de Mina dispertaba en los fieros catalanes de la montaña: la memoria de Castellfullit, que él cuidó de renovarles, produjo al pronto bastante desaliento para que no pocos carlistas abandonasen las filas y se acojiesen al indulto ofrecido. Impresiones son estas, sin embargo, pasageras que el tiempo borra ó las circunstancias dulcifican: el carlista comprendió bien pronto que Mina no podia reproducir en estos dias el terrible ejemplo de la anterior época constitucional. Lo primero que hizo fue declarar en estado de sitio á todo el Principado, porque en todo él hervia la insurreccion carlista: escaso de fuerzas, organizó inmediatamente un batallon para su guardia de todos los jóvenes emigrados, y otro de francos, llamó al provincial de Málaga y á los granaderos de Oporto que aportaron á las playas de Barcelona, aumentó las fuerzas de nacionales; y tras estos preparativos de lucha y algunas amenazas, salió el dia 2 de diciembre de esta plaza en direccion de San Llorens dels Piteus y del Santuario del Hort, montaña inexpugnable, situada entre otras no menos inaccesibles, con una maseta magnífica que acaba de amenizar un lago de agua potable. Los carlistas habian escojido este punto para depósito de prisio-

neros y hospital, y para su defensa no necesitaban mas que estar abastecidos de víveres, por cuanto las mismas breñas imposibilitaban todo ataque.

Para dar vuelta á N. S. del Hort se necesitan cuatro horas y media; su elevacion es inmensa y su planicie de media hora en su mayor altura sin mas subidas que dos, la una por el camino de San Llorens, y la otra por el Grao de abajo, siendo este propugnaculo segura guarida de refugio.

Con todos los preparativos necesarios para el sitio, salió Mina de Cardona á Solsona dejando encargada la conduccion de dos obuses de siete pulgadas, y un cañon de á diez, al coronel D. Martin José Iriarte con la columna del de igual clase del regimiento de Saboya D. Sixto Fajardo al sitio del Hort, siguiendo el camino del Milagro. Al medio dia del 22 llegó esta á Solsona superando el soldado con ánimo esforzado la escabrosidad del camino y los escesivos frios que reinaban. Con la artillería y convoy se emprendió la marcha al otro dia, y á una legua de Solsona se adelantó Mina con el 9.° batallon ligero voluntarios de Cataluña, mozos de Escuadra y su compañía de Guias á formar el bloqueo del Hort, apoderándose en seguida de San Llorens dels Piteus, de donde se retiró el enemigo á el fuerte con precipitacion. La columna y convoy al mando de Iriarte, pernoctara en el hostal del Pla, poco distante; de modo que ya al siguiente dia 24, llegó al campamento de Sobols á tiro del fuerte enemigo del Hort, donde se habian encerrado los carlistas con Miralles, nombrado gobernador. La actividad del sitiador hizo que se concluyeran los trabajos en la misma noche, de suerte que quedaron colocados en batería los dos obuses de á 7, y el cañon de á 10, los que apenas amaneció el dia 25 rompieron el fuego contra el fuerte del Hort, arrojándole 62 granadas y 36 balas rasas. Continuaron los disparos en los dias 26 y 27, hasta que al amanecer el 28, se intentó una sorpresa contra el Santuario por la parte de la batería de Sobols, que frustró ocasionando alguna pérdida la vigilancia y decision del carlista.

Sin mas novedad que el continuo tiroteo de fusilería por una y otra parte se pasaron los dias restantes del mes que ponia término al año tan fecundo de esperanzas como catástrofes y desengaños para ambos partidos, el memorable 1835.

Fuera de allí la hueste carlista, alternativamente vencedora y vencida daba pruebas diarias de esa férrea tenacidad y fortaleza de corazon que caracteriza al catalán. El pueblo de Monistrol de Monserrat fué invadido por los carlistas; pero solo se detienen cuanto es necesario para entregarlo al saco y al fuego: la villa de San Celoni tambien fué atacada, aunque inútilmente: en S. Quirse de Basora se traba un fuerte combate entre unos 1,000 carlistas y el 9.° de voluntarios de Isabel II, que merma en algo ambas filas: D. Pascual Madoz, que habia sido destinado á llenar todas las funciones de autoridad, política, judicial y militar, en el valle de Aran ocupado por los carlistas, entra por Francia al frente de una escasa fuerza, desciende de los montes á las márgenes del rio que alimentan, y en el

puente de Aubert sostiene un reñido choque que da por resultado la espulsion completa de los carlistas del rádio de su autoridad.

Es decir, que el año 35 terminaba para la insurreccion carlista como habian terminado otros: perseguida, golpeada, postrada, vive no obstante, sin crecer, pero tambien sin menguar. Parece que vive sin pensamiento en el porvenir; no se estrecha, no se compacta, no se organiza y disciplina; no se relaciona con las de otras provincias, antes huye ó rechaza las combinaciones; trabaja sola, pareciendo llevar en su seno el grito de Medea: *Yo me basto á mí misma.*

CAPITULO V.—1836

Matanza de prisioneros carlistas en Barcelona y proclamacion de la Constitucion de 1812.—Toma del Hort.—Fusilamiento de la madre de Cabrera en Tortosa.—Sucesos varios de la guerra.—Disensiones de los constitucionales en Barcelona.—Muerte de Mina.

os encerrados en la elevada peña de Hort, que no eran sino de 80 á 100 hombres, no debieron dudar del decidido empeño del sitiador por la operacion que el dia 2 de enero intentó. Queriendo este dar un asalto general, avivó el fuego de artilleria, que era, sin embargo, poco certero y eficaz, é hizo luego marchar en todas las direcciones accesibles varias columnas que, llenas de ardor, treparon resueltamente por la cuesta. Pero el sitiado no solo opone á su enemigo el fuego de su fusilería y cañon recortado, sino que hace rodar desde la cumbre enormes piedras que en su descenso aterran, dispersan, mutilan y matan. El intrépido ca-

Digitized by Google

pitan de Artilleria Basols llega hasta colocar un obus cerca de la primera puerta con el fin de derribarla; mas esto, que de todas suertes hubiera sido inútil por las zanjas y nuevas puertas que habrian cortado el paso al invasor, se hace tambien imposible de ejecutar porque al primer disparo del obus, salta de la cureña y se inutiliza. Con tan poco halagüeña tentativa, el sitiador recogió su gente, mas dispuesta á provistarse de mejores recursos que á cejar en su empresa: tales eran sus pensamientos cuando vino á sorprender á Mina en el campamento y á apartarle de él la noticia de una terrible sublevacion en Barcelona.

A esta populosa é incandescible poblacion, mas que un pensamiento político, habian puesto en armas fatalmente dos noticias funestas de la guerra. Habíase sabido con espanto que los sitiados del Hort ofrecieran fusilar un prisionero por cada bomba que se les arrojase, y habíase sabido con horror que esta amenaza atroz llegara á realizarse con no pocos infelices que despues de recibir algunos balazos á la vista de sus compañeros eran en seguida precipitados desde la cima, unos quedando colgados de ramas, y yendo los otros destrozados á parar á los pies de los sitiadores. Súpose tambien que, sorprendidas por Tristani y Caballeria junto á Esparraguera, dos compañías del ejército y nacionales habian sido dispersas y acuchilladas sin piedad. Con tal fatal coincidencia á tanto subió la irritacion que estas catástrofes causaron en la guarnicion y pueblo de Barcelona, que ya no fué posible impedir una conmocion violenta. Entre los soldados que guarnecian la ciudadela se notó en la mañana, y sobre todo en la tarde del 4, una viva fermentacion. Manifestóse tambien movimiento entre algunos nacionales y parte del pueblo, y al caer la tarde era ya numeroso el gentío que inundaba los fosos y glasis de la ciudadela, pidiendo los prisioneros carlistas que en sus cárceles y calabozos existian. Habíanse fugado algunos, entre ellos un coronel; las causas que se les seguian marchaban con lentitud, y los amotinados, creyendo que se contemporizaba con los enemigos de la libertad, quisieron convertirse en jueces y verdugos. A pesar de que estaban levantados los puentes y cerradas las puertas del fuerte, el pueblo asaltó los muros, se derramó por los cuarteles, y alumbrando sus pasos algunos con hachas de viento, fueron invadidas todas las cárceles, estraidas de ellas todos los presos carlistas, y asesinados junto á su encierro en detall, conforme los iban sacando, con grande algazara de las turbas ébrias por la venganza que los ódios políticos infunden. Entre los infelices prisioneros que esta bárbara muerte encontraron, se hallaba O'Donell, el prisionero de Olot, que habia sido trasladado á la ciudadela de Barcelona desde Figueras. No contentos algunos con haber vertido la sangre de este desdichado, le ataron una cuerda á las piernas y lo arrastraron por el césped de los fosos.

Lo inexpugnable de la ciudadela, el número de su guarnicion y el tiempo que ofrecieron los amotinados para poder tomar contra ellos algu-

nas disposiciones capaces de evitar estas catástrofes, dió á sospechar que las autoridades eran cómplices: y si rechazan esta terrible sospecha, no podrán jamás rebatir la acusacion de débiles ó reacias en el cumplimiento de sus deberes. La Milicia Nacional acudió á sus cuarteles, y el general Alvarez, segundo cabo á la sazon, la reunió en la plaza de Palacio, distante del teatro de sangre y mortandad medio tiro de fusil. A sus arengas y preguntas contestaba está milicia que estaba dispuesta á sostener el órden y la libertad, y sin embargo, las turbas iban asesinando á los carlistas, no solo en la ciudadela sino en las Atarazanas, donde la misma autoridad les entregaba los desdichados prisioneros, y en el hospital militar, de cuyas camas fueron inhumanamente arrancados para morir en medio de aquellos desalmados furiosos.

Estas escenas habian derramado el terror por la poblacion, y hasta los menos tímidos se prometian una noche horrible; sin embargo, satisfecho el primer vértigo de venganza y represalias, las turbas desaparecieron, y la mayor tranquilidad reinó en todos los cuarteles de la ciudad. Las autoridades se reunieron, y apoyadas en la milicia, dieron alocuciones y bandos contra los perpetrados de aquellos atentados.

Al dia siguiente hubo gran parada; el general Alvarez con una crecida escolta fué siguiendo la línea y arengando á cada batallon: union, Isabel II y libertad eran los gritos á que contestaban los nacionales con entusiasmo; mas todo anunciaba que otra tempestad estallaria, y no tarde. Los ánimos estaban ajitadísimos, y muchos creyeron que era ocasion de publicar la Constitucion de 1812. Desde la conmocion de agosto se habian puesto los partidos moderado y exaltado en tal situacion, que no era posible proclamar el código de Cádiz sin oposicion y sin desgracias. Sobre las seis de la tarde del 5 algunos nacionales reunidos en la plaza del teatro empezaron á difundir la alarma, disparando tiros y dando gritos revolucionarios. Esta era la señal. Los directores del movimiento habian dispuesto que se pronunciasen unos cuantos grupos: á cuyo voz responderian los batallones de la Milicia. Asi sudió en efecto. A los grupos de la plaza del teatro se añadieron otros, y al anochecer el mas numeroso se presentó en la plaza de Palacio con un ancho targeton, donde se leia: *¡Viva la Constitucion de* 1812! Este targeton fué colocado en el frontispicio de la Lonja con hachas de cera, y dos de los sublevados le daban la guardia.

En tanto que se iban engrosando estos grupos del pueblo, salian de los cuarteles los batallones de la milicia nacional con direccion á la plaza de Palacio. El sesto, al mando de D. Antonio Gironella, fué el primero que, avanzando en columna de honor hácia la Rambla, proclamó solemnemente la Constitucion del año 12. Es ocioso decir que la marcha de estos batallones acabó de conmover al vecindario, y aumentó á centenares los partidarios de la Constitucion. Todo el mundo decia que

esta reunion de fuerzas junto á la Lonja era para la proclamacion formal del código gaditano, y que no habia desavenencia entre lo milicia y la autoridad; mas ¡cuál hubo de ser el asombro de la muchedumbre, cuando vió al segundo cabo, el general Alvarez, resueltamente opuesto á que se publicase la Constitucion, apoyándose en algunos batallones de la Milicia y sobre todo en el escuadron de lanceros! La confusion se esparció por entre la fuerza armada y el pueblo; empezaron á circular rumores alarmantes, y el cuadro se presentó del modo mas sombrio. En el reducido espacio de una plaza, cuajada de batallones en masa, y de un gentio inmenso, se veian dos bandos, dispuestos á disputarse la victoria con las armas en la mano: batallones que estaban roncos de gritar viva la Constitucion, se declaraban contra ella, y Alvarez y sus agentes iban diciendo: los que estén por Constitucion á un lado, los que no estén por ella á otro. Nadie acertaba á adivinar cual podria ser la razon de semejante metamórfosis, y muchas compañías se dejaban conducir por sus gefes, murmurando y preguntándose asombradas cuál era la situacion. Otros batallones hubo sin embargo que no querian ceder: el batallon de la Blusa, el 2.° y otros se contaban entre los resistentes. Ni las intimaciones del general ni los ruegos de sus comandantes alcanzaban á persuadirlos, y hubiera quedado el campo por ellos, á no sobrevenir un hecho inesperado que facilitó la concordia y evitó males sin cuento. Viendo el comandante y oficiales del batallon de la Blusa que no podian dominar á sus subordinados, se dirigieron al capitan D. Pedro Mata, rogándole encarecidamente que se valiese de su influencia sobre sus compañeros de armas para hacerlos entrar en razon, y fué tan feliz en la esposicion de los males que iba á acarrear una lucha fratricida, que sus compañeros de armas cedieron y fueron á formar una masa comun con las fuerzas de Alvarez. Habiendo cedido el batallon de la Blusa, ya nadie resistió.

Unos cuantos frenéticos, sin embargo demasiado osados é imprudentes, no comprendiendo que no habia en la plaza vencidos ni vencedores, subieron al balcon donde estaba el rótulo iluminado, le derribaron, y persiguieron á los que le guardaban. A media noche la policía invadia las casas de varios ciudanos, y despues de haberlos encerrado en la Ciudadela, los embarcaron, depositándolos en el navio inglés *Rodney*, surto en las aguas de Barcelona. La concordia, la union que se habia proclamado se convirtió en una reaccion furiosa. Los corifeos del partido moderado rodearon al general Alvarez, y Mina tambien, participando de la misma influencia, autorizó algunos actos arbitrarios. Estos consejeros que no habian tenido voluntad ó valor para arrancar á la rebelion su presa, desplegaron grande enerjía contra los proclamadores de la Constitucion io que, si era un delito, no tardó en serlo de toda la nacion. Y no se contentaron con impedir la proclamacion del código de Cádiz y con las prisiones de la noche del 6, sino que conducidos los presos á la

fragata *Artemisa*, que se puso en pocas horas al ancla á media legua del muelle, á pesar de que su viaje para América debia retardarse mas de un mes, fueron deportados á las islas Canarias sin formacian de proceso alguno. Tambien la milicia nacional, sobre todo la voluntaria, sufrió algun castigo, pues el batallon de la Blusa, contra el cual se levantó el rumor de haber sido el que asaltó la ciudadela, fué condenado á salir á campaña, destinándolo al asalto del inexpugnable baluarte del santuario del Hort.

Algunos puntos de Cataluña, con lo que habia ocurrido en Barcelona, presentaron síntomas de alarma; mas todo se tranquilizó, y se hicieron tambien prisiones mas ó menos arbitrarias. Las cortes ocupadas en la discusion de las leyes electoral y de milicia, y en la del voto de confianza ó acaso mas bien temerosas de apelar á medios enérjicos, apenas pararon su atencion en estas ocurrencias de Barcelona.

Apaciguadas ya, Mina volvió sus pasos al santuario de Hort, donde en el entretanto acaeciera un suceso que puede llamarse decisivo.

La division sitiadora del Hort no habia en su ausencia descansado, pues sus gefes Niubó é Iriarte no cesaban de turbar el ánimo de los cercados con un continuo fuego de fusilería y cañon, y con falsos amagos de asalto. Púsoles en cuidado este aparato, y deseosos de salir de aquel encierro, pidieron socorro á los demás que hacian sus correrías por las montañas. El dia 20 de enero reuniéronse en número de 5.000 hombres, á las órdenes de Tristani, y despues de haber evitado, valiéndose de sus acostumbradas mañas, un encuentro con la columna de Aspiroz, que, sabedor de este intento, los estaba aguardando, se presentaron atacando simultáneamente por todas direciones la línea sitiadora. El terreno que esta ocupaba alrededor del Santuario se estendia á cinco horas y solo lo ocupaban 2,000 hombres. El primer grueso de 2,000 carlistas acomete el campamento de Sobols mientras otra columna corre á apoderarse de la Roca Foradada, para cortar toda comunicacion con el campamento del comandante D. Mannel Monte, y el pueblo de San Llorens, en donde el coronel Niubó se sostenia contra 1,000 enemigos. Audacia tal no permite vacilar á Iriarte un momento: se dirije á la mencionada roca Foradada como llave de toda comunicacion de sus tropas, llega casi al mismo tiempo que la ocupaba el enemigo, quien se resistió tenazmente, pero es desalojado á la bayoneta de su formidable posicion, y esto le salva. Asegurada y fortalecida esta posicion, Iriarte vuela al campamento de Sobols en donde esperaban al enemigo con serenidad, en tanto que se batia el comandante D. Antonio Marzo del 1.° Ligero con 4 compañías de su batallon eu las casas de posada, lo mismo que el capitan Foi con la suya de voluntarios de Barcelona. Mas de seis horas duró el fuego en todas direcciones, despues de las cuales, el carlista se vió forzado á replegarse, y hasta emprender la fuga con pérdida considerable.

En esta derrota la rivalidad de los gefes catalanes y la indisciplina de

sus gentes tuvieran acaso tanta parte como el valor de sus contrarios y las diestras operaciones de sus caudillos. Tras las perdidas esperanzas de esta tentativa de socorro, todavia los carlistas concibieron otras al divisar en la tarde del 23, camino de Barcelona gente y pertrechos de guerra que ellos creyeron fácilmente venir en su apoyo de Navarra. Grande fué su algazara mientras duró esta ilusion, que fué cortos momentos, pues luego conocieron nuevos enemigos en los que allí se dirijian. Con esto comprendieron los carlistas sitiados que no habia salvacion para ellos, y resolvieron abrirse paso por entre las tropas con un arranque de desesperacion. A las siete de la noche del 29 unos 200, al mando de Miralles, abandonaron el fuerte, tomando el sendero que conduce desde la puerta del Santuario al camino, único punto accesible. Pronto tropezaron con las avanzadas de los sitiadores y con fuerzas que, al mando del coronel D. Martin Iriarte, cubrieron dicho sendero, y dirijiéndose uno y otro bando algunos tiros, quedó alarmado el campamento. Batiéronse los carlistas, esparramándose por las malezas, barrancos y quebradas de la posicion; mas viendo que les era imposible abrirse paso, trataron algunos de esconderse y otros de regresar al fuerte. Empero, las tropas habian ya trepado por las breñas, asiéndose para subir de los troncos de los árboles y de los arbustos, y como no habian encontrado resistencia donde bastaban piedras abandonadas á su propia gravedad para sumir á los que subian en la profundidad de espantosos derrumbaderos, asaltaron el Santuario, se posesionaron de él, y recibieron á los carlistas, que volvian, á balazos y con los gritos de viva la libertad, viva Isabel II. En el resto de la noche, y á la madrugada siguiente cojieron casi todos los ocultos en los matorrales y barrancos, en número de 197 que fueron muertos, inclusos Miralles y su hijo. Encontraron en el fuerte á 106 prisioneros en un estado lastimoso; y al abandonar aquel campamento, que les costó grandes sacrificios en el mes que sostuvieron el sitio, cubiertos siempre de niebla ó enterrados en nieve y faltos á menudo de viveres, demolieron el Santuario y las fortificaciones.

Viva y general fué la sensacion que este hecho de armas produjo en todas las poblaciones liberales del Principado celebrándolo algunas con festejos; pero como el punto, en aquella clase de guerra no era de una decisiva importancia militar, tras el inmediato efecto del desaliento, recobraron su osadía los carlistas. El primero de febrero atacó el comandante de armas de Olot á Burgó, poniéndolo luego en fuga; mas, acudiendo á su socorro las fuerzas de Zorrilla, tuvo que replegarse hasta Boratosca, y gracias al valor y serenidad de su gente, no esperimentó una derrota desastrosa. Atacado en sus posiciones por fuerzas superiores y con ímpetu terrible, necesitó de esfuerzos sobrehumanos para no sucumbir. Mas afortunado Dumesnil, con algunos centenares de hombres de la legion francesa y unos 30 caballos, deshizo á 2,000 carlistas.

Pero ni este ni otros pequeños triunfos bastaron á ahogar el grito de

reprobacion que de una parte del bando liberal se alzó contra un acto generalmente atribuido á Mina.

Cabrera en sus últimas espediciones habia desplegado un carácter de ferocidad de que hasta entonces no se habia visto ejemplo. Ningun oficial prisionero podia esperar cuartel de sus soldados. Ningun miliciano nacional caia en sus manos, que no fuese bárbaramente asesinado. Los paisanos inertes é indefensos que tomaban en rehenes, los alcaldes de los pueblos fieles á la reina, eran ademas victimas diarias de sus frias y desapiadadas órdenes. Este instinto de crueldad no podia atribuirse en Cabrera á la cobardía como frecuentemente acontece. Valiente hasta la temeridad, no era cruel de miedo.

Esta ferocidad, no habia sido provocada, no era efecto de represalias, antes bien fué causa de las que para sofocarlas creyeron los gefes liberales deber tomar, llegando sin embargo á producir un hecho lamentable que nosotros, á fuer de humanos, no quisiéramos figurase en la historia de nuestros dias. El fusilamiento de la madre de Cabrera, Maria Griñó, vecina de Tortosa, por delito de conspiracion, segun consta de la causa formada, habrá sido ajustado á las leyes de la guerra; pero no fué humano ni político: Tortosa contempló apiadada aquella infeliz anciana de sesenta años en el patíbulo, y la nacion no encontró su muerte justificada con los crímenes atroces de su hijo. Reconocemos, sin embargo, que en el fatal camino de las represalias, una vez emprendido, ninguno podia cejar: si unos lo hubiesen hecho, habrian dado alientos á los otros. La órden para este fusilamiento aparece firmada por Mina; pero los que saben como nosotros el estado de postracion perpetua en que le tenia la enfermedad de que al fin murió, su aislamiento casi absoluto del despacho, confiado á su gefe de E. M. D. Laureano Sanz, los que saben cuanto en aquella época se abusó del nombre de Mina, no cargarán seguramente de lijero sobre su ilustre memoria la responsabilidad de este hecho, que le acarreó algunos sinsabores.

A primeros de marzo la hueste de Torres, Ros y otros, se arrojaron por sorpresa encima de tres compañías del 1.° ligero y Saboya, que habian sido relevadas de guarnicion en la Seo de Urgel, y en un sitio á propósito para esta clase de operaciones entre Ciurana y Oliana fueron completamente desbandadas, muriendo en el acto mas de 150 soldados que no pudieron como los demás deber su salvacion á la fuga.

No lejos de Berga, junto á las casas llamadas de San Bartolomé, se presentaron doscientos carlistas. Veinte jóvenes nacionales quisieron salir á su encuentro; aquellos se parapetaron en las casas, y apenas acababan los nacionales de forzar sus puertas, se vieron envueltos por un número tres veces superior, y solo cuatro ó cinco escaparon; todos los demás perecieron acuchillados. Sobre el 7 de marzo se trabó en San Quirse de Basora un encuentro entre el carlista Mallorca y el 4.° batallon franco de Ca-

taluña. Mallorca fué desalojado y batido, y cuando los vencedores avanzaban sin hallar rastro ya de las fuerzas dispersas se encontraron con la de Zorrilla y Triuchet por el camino de Torello, escalonada en las alturas de la Roca Foradada. Avisado el comandante de los francos de que otros se aproximaban por la parte de Montesquiu y Llusanes, atacó de flanco en direccion á Manlleu, se abrió paso fácilmente, y dejó al enemigo burlado en sus esperanzas. A mediados del mismo mes, Tristani se abalanzó con los suyos contra las obras de fortificacion del Bruch. Es este punto formidable, célebre en los fastos de las guerras de Cataluña, un paso donde suele siempre perecer el ejército enemigo. Llave del crucero de San Quintin á Monistrol y otros puntos donde permanecian eternamente los carlistas, domina la comunicacion de Barcelona con Igualada y Manresa. Los encuentros que en él se han trabado son infinitos, y siempre con ventaja de los que han ocupado las alturas. Mosen Benet Tristani, que conocia la importancia de este punto, se oponia á su fortificacion, y viéndola ya adelantada, se lanzó contra las fuerzas que la protegian con una de sus acostumbradas estratagemas. Vistió de cuerpos francos á su avanzada, y al darle los belgas que guarnecian el punto el *quién vive*, respondieron *Isabel II*. Tomáronlos por francos; mas al llegar á ellos descubrieron el engaño, y se trabó una lucha á bayonetazos y tiros á quema-ropa, la mas sangrienta y feroz. Tristani lanzó todas sus fuerzas contra los belgas; mas estos fueron reforzados por otros, y despues de un rudo combate tuvo Tristani que abandonar su empresa, dividiéndose en varias partidas para hacer nula la persecucion. Otro combate se trabó mas sangriento todavia en el punto llamado de Casa Masana, situado tambien en la carretera de Barcelona á Igualada, y teatro frecuente de hechos porfiados y seguidos de horrible mortandad. Atacaron en tres columnas los carlistas á las compañias apostadas, y á pesar de que estas sostuvieron el combate con valor, tuvieron que replegarse sobre el pueblo, que bien pronto fué circumbalado. Arremetieron los carlistas, alentados con este primer triunfo, y entraron en el pueblo por varias direcciones, en número de 500. Iban á ser víctimas las tropas, compuestas de cazadores de Oporto y del ejército, cuando el comandante general con un fusil que empuñaba se lanzó intrépido contra el gefe de las fuerzas invasoras, le atravesó el pecho de un bayonetazo: á este acto de arrojo se reanimaron los oficiales y soldados de la reina, y se abalanzaron con furor contra sus enemigos arrojándolos del pueblo. Concíbese que un choque de esta naturaleza habia de costar la vida á muchos oficiales y soldados liberales. Así en efecto fué; no pocos murieron en esta terrible jornada, en la cual tomaron no poca parte nacionales de Barcelona. Prats de Llusanes, objeto constante de los ataques de los carlistas, y la villa de Berga, fueron invadidas tambien por algunas fuerzas, hasta que acudieron tropas que las desalojaron.

En tanto tenian lugar escenas mas desastrosas entre Orgaña y Pons

Dos compañías de Saboya y tres de ligeros iban de una poblacion á otra, y el general carlista Latour con una division de 3,000 hombres los envolvió de improviso. Rindieron los oficiales, antes de medirlas con las del enemigo, sus espadas, y los soldados siguieron tan funesto ejemplo. Solo las dos compañías de Saboya, capitaneadas por Balaguer, vendieron caras sus vidas: atrincheradas en una posicion tuvieron que sucumbir, muriendo con Balaguer casi todos en el campo de la lucha. Mas de 300 hombres y 24,000 cartuchos fueron la pérdida de esta jornada infeliz para los constitucionales. Parte de los prisioneros y efectos pudieron recobrarse despues, atacado Latour por la columna de Aspiroz en Oliana.

Los carlistas habian tomado grande incremento: los combates se habian hecho tan frecuentes y sangrientos como en Navarra. El 22 tuvo lugar un encuentro en las cercanías de Alentorn: Gurrea en combinacion con Niubó, se echó de improviso sobre Borges, y el canónigo Mombiola en Villanueva de Moyá. Huyeron estos precipitadamente dejando en poder del contrario toda su brigada, los moldes de los cañones, todas sus balas y metralla, barreno y limas, armas y pólvora. Tropezando los fugitivos con los cazadores que Gurrea habia hecho marchar por el puerto de Rubies, y cogida entre dos fuegos, hubo de precipitarse por los barrancos con grande mortandaz. Formaba parte de esta division el batallon de nacionales de la Blusa de Barcelona; y en el fuerte de Alentorn atacó á la bayoneta al enemigo. Parte de esta misma division, al mando de Niubó, desbarató de nuevo el 13 de abril en Castels á Borges y Pep del Oli, arrojándolos al Segre, donde muchos perecieron. Torres, el principal gefe, se vió casi abandonado de los suyos, á consecuencia de la activa persecucion con que le hacia acosar el general Mina. El Ros de Eroles y Orteu como antes no quisieron seguirle mas, ni obedecerle.

La columna de Manresa atacó el 30 á Tristani en la posicion de la Guardiola, siendo de ella rechazado hasta las eminencias de Castellfollio donde su resistencia no fué mas afortunada, pues tuvo que dividir su hueste en tres trozos y mandarlos por diversas direcciones.

El 15 de mayo en las inmediaciones de Alentorn fué tambien arrollada y dispersa la gente de Borges y Carbaza por los mismos que ya habian obtenido en este punto un triunfo el 22 de marzo: todos los prisioneros fueron fusilados al dia siguiente, estando entre ellos el célebre padre Piqué, capellan del batallon de Borges, y autor de muchas crueldades.

Acosados tenazmente los carlistas por todas partes inundaron la Cerdaña cometiendo escesos de todo género: incendiaron el pueblo de Martinet, saquearon casas de campo, llevaronse las mugeres de los nacionales y los ganados para exigir por ellos el rescate. Gurrea sigue las huellas de tanto estrago hasta Bellver, reune á los nacionales y los invita á perseguir al enemigo: ninguno podia negarse á rescatar sus mugeres y ha-

ciendas, y Torres fué luego alcanzado y batido perdiendo la mayor parte de su presa.

La guerra, como vamos viendo, se habia encrudecido terriblemente, pues ambas huestes parecian dominadas de un vértigo de sangre y de una insaciable sed de venganza. A mediados de junio salió de Berga una compañia de voluntarios de Cataluña al mando de Carreras con el objeto de recoger una partida carlista que, deseando acogerse á indulto, habia pedido fuerza que los acompañase. Apenas hubo salido la incauta compañía y llegado al punto de la celada, se echaron encima fuerzas superiores que la arrollaron á pesar de su bizarra defensa. Carreras abrumado de enemigos pereció siendo pocos los que de la muerte ó de caer prisioneros se salvaron.

La incesante persecucion que Borges y otros gefes de la alta montaña sufrian y los descalabros que de nuevo le amenazaban, pues el 24 habia sido aquel nuevamente batido en las cercanías de Moya, los arrojaron al Aragon en número de 700 hombres á las órdenes de Torres. Este, conociendo los peligros de aquel nuevo teatro de guerra con la gente que llevaba, trató de internarse en Navarra por Carvas y Sieso, no lejos de Huesca; pero el comandante general contrario los alcanzó antes de guarecerse en la sierra de Guara y con varias cargas á la bayoneta y de caballeria los desconcierta completamente: pocos pudieron salvarse de la acometida, y la derrota fué tanto mas completa cuanto que despues de la victoria las tropas liberales siguieron tras los fugitivos. Un sargento de nacionales de Serrallo, con una partida de los mismos, se supo manejar de tal suerte que sorprendió al brigadier Torres, á los Mombiolas, á Queral, á Orteu y demás gefes de nombradia inferior, y los condujo á Jaca, en cuyo castillo fueron pasados por las armas Torres y los Mombiolas: con esto el carlista quedó completamente esterminado. Tambien el 25 del propio mes el general Breton arrojó del pueblo de Tous á Llarch de Copons y Degollat, causándoles mucha pérdida.

El pueblo de Tordera, adicto á D. Cárlos, estaba guarnecido por un destacamento fuerte en la iglesia. La gente de Mallorca se introdujo en el pueblo de noche, apoyada por los vecinos y tres carlistas disfrazados de paisano y sin armas se apoderaron de la centinela, á cuya señal salieron los de las casas en gran número. La centinela pudo escaparse, y dando gritos alarmó la guarnicion. Defendióse esta con brio y á la bayoneta, rechazando á los contrarios que querian salvar la puerta de la iglesia, y viendo que no los podian rendir pegaron fuego al edificio echando leña y cuernos por unos agugeros que abrieron en el tejado. El humo sofocaba á los valientes defensores, pero afortunadamente el techo se hundió, disipóse el humo, y los sitiados pudieron respirar y defenderse. Al ruido del fuego acudieron los nacionales de Blanes, y los carlistas se alejaron dejando algunos tendidos junto al fuerte. Borges fué al fin tan desdichado que en San-

ta Maria de Moya, teatro frecuente de sus correrías, cayó en poder de Niubó con 30 granaderos que le seguian. En San Hilario sufrieron una derrota sangrienta los que bloqueaban dicho pueblo, y en la Palma fué derrotado Arbones con los quinientos que acaudillaba. Ayerbe arremetió el 16 de junio contra los carlistas apostados en las alturas de San Quirse de Basora; Zorrilla, Mallorca y demás sostuvieron sus ataques, y hasta les obligaron al principio á replegarse. Tristani con otros iban viniendo en socorro de Zorrilla y Mallorca; mas al fin despues de una obstinada resistencia, fueron los carlistas desalojados de todas sus posiciones, y puestos en fuga hácia las alturas de Sora y de la virgen del Nun.

En el campo de Tarragona Breton obtenia algunas ventajas no menos lisonjeras. Habíase alejado Breton hácia Cervera para acompañar á los nacionales de Reus: las partidas de Masgoret, Llarch, Carné y Marcó se estuvieron paseando por el Priorato, cometiendo tropelías; Breton dirijióse en su busca hácia el pueblo de Picamoxons, donde sabia que se hallaban, y arrojándolos con una maniobra rápida de la terrible posicion que sobre el pueblo iban á tomar, los persiguió hasta la Riva, en cuyas cercanías sobrevino la noche, que suspendió la persecucion. El coronel Sebastian sorprendió en el término de Masfá á 600 mandados por Tristani, Degollat y otros, los arrolló, los dispersó y les mató mas de ciento. Niubó batió á Llarch y Griset en el punto llamado de la Crehueta, y mas tarde volvió á desbaratarlos en las montañas de Queralt. Otras varias escaramuzas hubo en este periodo en todos los puntos del Principado, en ninguno de los cuales holgaban las brigadas destinadas á la persecucion de los carlistas, sin que pudiesen nunca esterminarlos, cual procuraban. Al contrario, Zorrilla irritado, desde lejanos puntos con una marcha rápida se dejó caer sobre la escolta del correo de Francia á Gerona en el parage llamado *Bosch dels Lladres*. Cincuenta hombres entre soldados de América, carabineros y nacionales de Mataró formaban esta escolta. Envueltos por cuatrocientos que se arrojaron sobre ellos, sedientos de sangre, no tuvieron mas defensa ni mas refugio que una mala casa de campo, de donde los arrojó el incendio, obligándoles á rendirse. Una vez rendidos, fueron pasados por las armas sin escepcion. Esta infausta noticia llegó á Gerona y á Figueras, produciendo con ella una fermentacion de ánimos alarmante. El pueblo de Figueras especialmente se presentó tan agitado que el gobernador de la plaza se creyó en la necesidad de apelar á la política para prevenir una catástrofe. Desgraciadamente para él le faltó tacto y prudencia, puesto que acabó de exasperar los ánimos con una resolucion que dió cuerpo á las sospechas contra su fidelidad mal concebidas. Habia en Figueras unos cuantos nacionales de Mataró, compañeros de los muertos por Zorrilla, y á fin de que no alborotaran la poblacion mandó el desventurado gobernador D. Manuel de Tena que salieran para Besalú. Cuando se supo esta órden se dijo que iban estos nacionales vendidos, que se les ha-

cia marchar para que fueran tambien víctimas como la escolta del correo, y empezaron las turbas á reunirse, rebullirse, y á prorumpir en gritos subversivos. Agrupáronse delante de la casa del gobernador gritando ¡muera! invadieron su casa, dieron muerte al infeliz Tena y le estropearon todos los muebles. Las demás autoridades tomaron medidas, la milicia nacional formó, y todo quedó tranquilo, porque la muerte de gobernador sastisfizo el encono de los amotinados.

Veremos en el discurso de esta obra alternarse con frecuencia los acontecimientos políticos y militares, unas veces aquellos como eco de otras conmociones estrañas al Principado, otras como grito que él lanza apelando á la revolucion. En la época que ahora historiamos los sucesos harto conocidos de la Granja, que dieron por resultado la jura del Có ligo de Cádiz y el ministerio Calatrava, resonaron tambien en la capital de Cataluña. La ciudad de Barcelona siempre la primera en la senda de la revolucion, se habia mostrado reliácia en la publicacion de la ley fundamental del año 12. Los gefes del partido moderado que con las arbitrarias deportaciones del 7 de enero, y la declaracion del estado de sitio se habian hecho dueños del campo, eran enemigos de la Constitucion y se oponian á que fuese promulgada por mas que la mayoría de la milicia nacional, sobre todo la voluntaria y el pueblo lo demandasen con exijencia. El general Mina, agoviado bajo el peso de una enfermedad crónica mortal, estaba rodeado de corifeos de aquel partido, y no queria publicar la Constitucion dando por razon que donde él estuviese no corria peligro la libertad. Por mas que el gabinete Isturiz le fuese hostil, por mas qne viese al pueblo pronto á lanzarse á la pelea, no quiso decidirse. Para detener el impulso irresistible de las masas populares elevó una esposicion á la reina Gobernadora, donde hacia una pintura de los males que por el gobierno estaba sufriendo la nacion; pero este paso no satisfizo. La sublevacion de las demás provincias tenia agitados los ánimos de la juventud barcelonesa, y ya se dudaba de la fé de Mina cuando tercamente se obstinaba en no querer publicar la Constitucion. Los corifeos del partido moderado, á fin de conjurar la tempestad que amenazándoles estaba, hacian circular rumores malignos ya suponiendo que la Francia nos declararia la guerra como se proclamase la Constitucion, ya que aquel movimiento era obra de los carlistas, hecha por sus agentes disfrazados de progresistas, ya que lo que se queria era asesinar, incendiar y saquear. Estas armas de partido, á que se ha apelado con frecuencia para detener á la multitud tímida y egoista con el objeto de esplotar su terror en beneficio de unos cuantos banderizos, no pudieron contener la insurreccion, y en la tarde del 14 hubo en la plaza de Palacio una asonada. El pueblo al fin aclamó la Constitucion. El general Mina pálido y enflaquecido por el mal, bajó á la plaza dirijiéndose á la puerta de Mar; pero el pueblo le detuvo cerrándola deseoso de colocarle al frente del movimiento. Tomó entonces una silla, y sentado, escuchó con calma

al pueblo accediendo por fin á que se proclamara la Constitucion de 1812, como se verificó al dia siguiente con grande solemnidad.

Los partidarios del gabine Isturiz no resistieron abiertamente al pueblo; pero acudieron á la intriga, y aprovechándose del estado deplorable en que se hallaba la salud de Mina, fingieron la existencia de complots, conspiraciones y planes de robo y asesinato ; á media noche se allanaron las casas de varios ciudadanos pacíficos que ninguna parte habian tenido en la conmocion, los arrancaron de sus familias, sin darles tiempo de llevarse lo que pudiese hacerles falta, los condujeron á la Ciudadela, los encerraron en calabozos, y antes de la madrugada los mozos de la escuadra se apoderaron de los presos, los amarraron como asesinos y los condujeron á un bergantin-goleta guarda-costas, llamado Isabel II, que se hizo acto continuo á la vela mar adentro. Embarcados, se les prohibió subir á cubierta, se les prepararon grillos y quedaron abandonados á su suerte, sin mas que cuatro tablas para dormir, y sin órden ninguna para darles de comer. Entre los presos habia uno de los redactores del *Vapor*. Prisiones tan arbitrarias no causaron sin embargo por de pronto grande indignacion, porque fueron preparadas con calumniosos rumores de planes de robos, asesinatos y publicacion de la república. Mas cuando se supieron quienes eran los presos y los perseguidos ; cuando se fué descubriendo la trama de que habian sido víctimas, se efectuó una reaccion en los ánimos tan fuerte, que ya se avergonzaban de su obra los mismos corifeos. Pasado el miedo que infundieron los rumores alarmantes tantas veces puestos en juego en la capital de Cataluña para apoyar medidas arbitrarias, el pueblo volvió á tomar una actitud amenazadora: la prensa recobró brios, empezó á quejarse de la conducta de las autoridades, y la milicia nacional, que habia apoyado las prisiones, daba ya muestras de profundo descontento. Contribuyó á esta reaccion un documento político, relativo á uno de los presos. Un número considerable de jóvenes de todos los partidos, respetables por su talento y su saber y sus servicios patrióticos, salieron á la defensa del periodista preso con un comunicado, donde despues de hacer un elogio de la probidad, costumbres, saber y patriotismo del encarcelado, respondian con sus cabezas de su inocencia, asegurando que el dia de la publicacion de la Constitucion estaba discutiendo con ellos un reglamento para la sociedad filodramática recien establecida.

Como sea, los presos continuaban embarcados y surtos en las aguas de Barcelona, á un cuarto de hora del puerto, con destino á Ultramar, cuando llegó la noticia de lo ocurrido en la Granja y el decreto de la reina. Barcelona mudó de aspecto: el pueblo triunfó completamente y los opositores al pronunciamiento afectaron adherirse de buena fé á la Constitucion. No hubo la menor reaccion de hecho ; hubiérase dicho que todos eran entusiastas constitucionales, y sin embargo, la frialdad con que volvió á publicarse el código de Cádiz reveló sobradamente que los unos le aborrecian

y que los otros le miraban como dique insuficiente para contener los arranques de la arbitrariedad y el despotismo. Los presos fueron puestos en libertad, y ni Mina, ni el gobernador, ni el gefe político, ni el alcalde constitucional quisieron ser los autores de su prision,

Apenas Iriarte tuvo noticias de que Torner pernoctaba en Arnes y que tenia por objeto reunirse en él con las fuerzas de Aragon y Valencia, concibió y puso en ejecucion el proyecto de sorprenderle á la madrugada, emprendiendo el movimiento desde Gandesa á las nueve de la noche del 30 de marzo por caminos estraviados para ocultar su marcha, y en efecto logró hallarse á las cinco de la mañana repasando el rio Algás á las inmediaciones del pueblo. Pero el enemigo no estaba desprevenido: las avanzadas hicieron luego los disparos de señal que tenian de costumbre y pusieron en alarma á su gente tomando la direccion á los puertos de la sierra por el camino de la Escala; Iriarte sin demorar un momento, se posesionó del pueblo á paso de carga y logró descubrir la fuerza del enemigo que era de 1,400 hombres y se hallaba en posicion sobre él Mas-nou y alturas contiguas á él; las compañías 6.ª del 3.° de Saboya, nacionales de Orta, la de voluntarios del 2.° Ligero de Cataluña y la nacional movilizada de Tortosa que componian la vanguardia, se adelantaron con órden de forzar las indicadas posiciones, mientras veinte caballos del 7.° Ligero flanquean la derecha logrando acuchillar á algunos y otros lo verificasen por la izquierda. La obstinacion con que se sostenian los carlistas obligó á Iriarte á reforzar su vanguardia con la compañía cazadores de Saboya, que consiguió trabajosamente arrojarlos de estas primeras posiciones. Pero rehechos en las elevadas alturas llamadas las Molas de Beceite, donde tenian de antemano alguna fuerza para apoyarse, lo fragoso del terreno les proporcionó reunirse con alguna antelacion al alcance de los que los perseguian, y presentaron aun mas fuerte resistencia que en las anteriores; Iriarte entonces reforzó el cuerpo de vanguardia por la derecha con las compañías 4.ª y 5.ª del tercer batallon de Saboya y por la izquierda con la 1.ª del 2.° batallon del mismo regimiento dando posicion á las reservas en el collado de Castellar con el doble objeto de observar su retaguardia en razon á las noticias que tenia de la situacion de Cabrera. Renovóse el ataque con mas calor haciendo que el capitan Cáceres moviese las compañías de segunda línea para sostener las que empeñaban mas la lucha en primera, y que el capitan graduado D. Rafael del Pino avanzase las compañías de las álas atacando á viva fuerza como lo verificó con este esfuerzo general, para que abandonasen sus formidables posiciones y el carlista no hizo mas resistencia en ninguna parte dispersándose en muchas direcciones despues de tres horas de vivisimo fuego y de cargas ejecutadas con denuedo. Con este resultado se frustró la proyectada reunion de las huestes aragonesas y valencianas con la disolucion de una junta directiva en Arnés, primer objeto de Iriarte.

El nuevo comandante general de la 6.ª brigada, el 25 de mayo en persecucion de Borges, que en número de unos 400 se hallaba en el valle de Ager, y su mala caballería en número de 25 en Villanueva de Meyá; salió de Agramunt antes de las seis de la mañana camino de Artesa para el puente de Alentorn, en donde sabedor por sus confidentes que habia pernoctado y se hallaba al amanecer de este dia en Santa Maria de Meyá, dividió sus fuerzas en dos columnas, una compuesta de cuatro compañías del 6.º batallon franco de Cataluña, dos del de tiradores de Málaga 8.º Ligero, y diez caballos del 7.º de Navarra, que en número de 500 hombres al mando del segundo comandante de aquel cuerpo D. José Capel marchó sin detencion por Clua, valle de Ariete y castillo de este nombre á dicha Santa Maria con órden de que anticipára algunas fuerzas al Coll de Ovenga para cortar si le era posible al enemigo caso de intentar su fuga por aquella parte, y él siguió el movimiento con la otra compuesta de la compañía de guias del ejército, las restantes del batallon de tiradores de Málaga 8.º Ligero, las de cazadores y granaderos de Córdoba, la 1.ª del 6.º de Cataluña con 19 caballos del mismo de Navarra, formando el total de 500 infantes y 19 caballos por el camino de Alentorn directamente á dicho Villanueva; habiendo mandado apostar con anticipacion sobre esta la compañía de tiradores del referido 6.º al mando de su capitan D. Mateo Miguel y otros ocho caballos para impedir la fuga del enemigo, si lo intentaba por el Pasnou.

A la una de la tarde vió desde las inmediaciones de Villanueva que los carlistas desfilaban por el camino de Santa Maria hácia el referido pueblo los cuales al descubrir á los contrarios y rechazados por el fuego de las guerrillas de la compañía apostada de tiradores, contramarcharon dirijiéndose con toda precipitacion á dicho Santa Maria y desde allí por la sierra de las Jornadas al castillo de Ariete en cuyo punto salieron con la mayor oportunidad las fuerzas del mencionado comandante Capell: con esto se pusieron en dispersion y desórden, buscando su salvacion en la fuga por varias direcciones. En este estado y encallejonado le persiguieron á la carrera por las tropas de ambas columnas, estendiéndose estas en poco rato, desde la referida sierra de las Jornadas y montaña de San Mamet hasta Peramba y Figarola; mas sin embargo de tan apurada situacion, pudieron unos escapar á fuerza de mucho correr por dicho Peramba, por el pié de la montaña de Subies, precipitándose al Noguera Pallaresa por el punto llamado Codoll, y otros con Borges, por las faldas de las de San Mamet la mas activa persecucion en direccion al pueblo de Alos, en cuyas inmediaciones no obstante de entrada la noche, les alcanzó nuevamente consiguiendo la captura de algunos. El resultado de esta jornada para las armas de Isabel fué quedar destruida la hueste de Borges dejando en el campo veinte y nueve hombres y efectos, quedando él con menos de 50 hombres errantes por aquellas montañas, yendo á pié su hijo llamado el Cabalí.

Arbones con 500 hombres habia invadido la villa de la Palma el dia 7 de junio amenazando desde allí á otros pueblos ; Iriarte siempre activo y resuelto, parte desde Mora la Nueva sobre él, y á las ocho de la mañana siguiente logra alcanzarlo. La accion no tardó en emprenderse y en decidirse, porque la resistencia no fué de empeño: mas de 60 carlistas entre ellos el gefe Petit de Monroitg, quedaron en el campo ; Arbones pudo salvarse abandonando su caballo y arrojándose por un derrumbadero en direccion de la Granadella. Logrado su objeto, Iriarte se retiró á su distrito, encomendando á otros la persecucion de los dispersos, que no tardaron en reunirse.

El general Breton teniendo que escoltar personalmente hasta Cervera á los nacionales de Reus, los carlistas de esta provincia aprovecharon la ocasion para penetrar en el Priorato. Apenas supo esta tentativa en Santa Coloma en la noche del 11 marchó á estorbarla. Al llegar á Valls á las dos de la tarde del siguiente tuvo noticia de que Masgoret, Llarch, Carré, Marcó y otros con cerca de 2,000 hombres acababan de desfilar por frente de Alcober con direccion á Picamuscons. Sin descansar un momento salió á su encuentro; y viéndoles en una fuerte posicion sobre el mismo pueblo, mandó al comandante del primer batallon de Bailen Sá del Rey, que con 5 compañías de su batallon y 140 nacionales de varios pueblos pasase á flanquearlos por el Coll de Lilla, mientras con las compañías de preferencia y una del centro con el coronel Montero, y 30 caballos del Infante con el teniente Collí, se dirijia á su frente. El enemigo que á su aproximacion solo creia ser atacado por él, trató de ganar una enorme posicion á la derecha sin contar con las fuerzas con que habia previsto flanquearlo. Estas llegaron á la cresta de la misma tan á tiempo, que las contrarias con que tropezaron, no pudiendo resistir su ataque, la tuvieron que ceder en desórden. Lanzado el enemigo de aquella formidable posicion, mandó avanzar las tres compañías que le acompañaban, y siguió la persecucion en todas direcciones hasta posesionarse de la Rivera y de sus enormes montañas, por las que aquellos se precipitaron. La noche puso fin á esta jornada que no dejó de ser sangrienta.

Ayerbe sabedor de que Zorrilla, Grau, Mallorca, Bruxó y otros se hallaban en San Pero de Torolló, Vidrá, Llaers y San Quirse emprendió su marcha desde Olot al amanecer del 13, y al llegar al primero de los citados pueblos el enemigo lo habia ya evacuado; reuniósele en él el comandante Camprubí con 5 compañías, y continuó su marcha para San Quirse dejando órden al coronel Rimbau para que siguiera el movimiento, en atencion á que segun avisos del gobernador de Vich nada tendria de estraño que Tristani y otros cayeran sobre dicho punto por ir perseguidos por la segunda brigada. Sucedió en efecto así, pues á su llegada al citado pueblo de San Quirse descubrió en las alturas contiguas sobre la derecha del Ter alguna fuerza del enemigo: pernoctó en él por ser demasiado tarde para

continuar el movimiento, habiéndolo verificado Camprubí á Montesquiu.

Al amanecer del siguiente dia apareció en las mismas alturas el enemigo y le atacó á pesar de que sobre la retaguardia y flanco derecho habian acampado nuevas fuerzas de los corregimientos que recorria la brigada. Dispuso que el batallon Camprubí lo atacase, y que el coronel segundo comandante D. Pedro Pons, con las compañías de cazadores y sesta del primer batallon del 14 de línea y granaderos, y primera del segundo del mismo regimiento, le sostuviese; mas como al darse principio al ataque descubriera el enemigo mayores fuerzas que le conceptuaba, vióse en la necesidad de remitir todo el resto del segundo batallon á la órden de su comandante con 22 caballos, para que le forzára su posicion por el flanco derecho. El batallon Camprubí verificó su ataque con bizarria; pero cargado por superiores fuerzas vióse en la precision de ceder algun terreno, y el comandante Pons en la necesidad de mandar armar la bayoneta y atacar decididamente al enemigo, consiguiendo por este medio arrojarle de sus fuertes posiciones. Puestos así en fuga fueron perseguidos hasta las alturas de Sora y Virgen de Mun, en donde se replegó y de nuevo fué arrojado sin dilacion, continuando su persecucion hasta á mas de dos horas de distancia.

Mientras esto ocurria en la parte derecha del Ter fué advertido por el comandante de la fuerza que habia establecida sobre la derecha de las alturas del pueblo de San Quirse, de que el enemigo amagaba atacarle con dos fuertes columnas y algunas guerrillas ocultas; sin perder momento con cinco compañías del batallon de América que le quedaban, y el batallon de Rimbau, de fuerza de mas de 700 plazas, salióle al encuentro. Tuvo lugar con algunas compañías que adelantó del batallon antes indicado, é inmediatamente dispuso que la compañía de granaderos, 1.ª y 2.ª del 1.° de América con unos 30 caballos del 7.° ligero y cazadores de montaña, atacasen y rompiesen el centro de la línea enemiga, al mismo tiempo que el coronel Rimbau lo verificaba por la derecha, disponiendo al propio tiempo lo conveniente para atender á su izquierda, y á otra pequeña columna que amenazaba caer sobre el pueblo. Cumpliéronse sus órdenes con exactitud y trabóse el combate con grande resistencia de parte del enemigo en un principio; pero rota su linea por las tropas de América y la caballeria, empezó el enemigo á perder terreno, continuando dichas fuerzas su ataque por la espalda de las posiciones que ocupaban.

La artilleria hizo fuego sobre algunos puntos de difícil acceso, y á alguna caballeria que amenazaba dirijirse al pueblo, con bastante buen éxito. El enemigo arrollado y disperso en todas direcciones, fué perseguido en su fuga hasta la distancia de hora y media ó dos horas por no permitirlo mas las ásperas y continuas montañas por donde habia huido, y los pequeños grupos con que lo habia verificado.

El carlista, sin embargo, siempre atrevido, jamás abandonaba las ocasiones de poner su suerte á prueba.

Iriarte regresaba desde Vinaroz á pernoctar en Uldecona sin tener noticia alguna de las gruesas huestes de Cabrera y Quilez, y solo si que la del Serrador se encontraba hácia Calig. En la madrugada del 18, como el camino de Uldecona hasta los altos de Freginals ó cerros de la Cruz es una vega entre dos cerros, poco accesible, de dos horas y media, por la que tenia que pasar hácia Tortosa, trató antes de emprenderla de hacer un reconocimiento. Encontró tomadas ya las alturas del castillo, y que se iban corriendo hácia las otras que dominan por la izquierda el camino que debia seguir; y como á causa de la pieza que traia á la rastra, no podia dejar la carretera, dió la órden de marcha á la brigada que estaba formada en el pueblo.

A las dos compañías 6.ª del segundo batallon de voluntarios de Cataluña y 2.ª de nacionales movilizados de Tortosa, mandadas por el comandante De Pedro, las hizo marchar á tomar las alturas de la izquierda, apresurando para conseguirlo, antes que lo verificase el enemigo que habia visto desfilar hácia ella: él tomó la vanguardia con el segundo batallon de Saboya seguido de la artillería, municiones y bagages, dejando al coronel La Gándara con su batallon tercero de Saboya para que cubriese la retaguardia con los 40 caballos. Puestos ya en marcha advirtió que por el camino de Alcanar se dirijia á Uldecona una fuerte columna de infantería precedida de otra de caballería que venia á la carrera: esto y la seguridad con que habia observado su marcha hácia las sierras de Godall le convenció de que en aquella noche se habian reunido los enemigos y que todos juntos iban á caer sobre su brigada. A la media hora de marcha ya fué cargada la retaguardia por la caballería enemiga, que se contuvo varias veces por la compañía tercera de granaderos de Saboya que hacia alto, les daba frente y les hacia fuego y se preparaba á recibirlos con la bayoneta: á poco fué alcanzada tambien la retaguardia por las guerrillas de infantería que la incomodaban por su derecha y contra las que hizo salir de la columna las 5.ª y 6.ª compañías que las alejaron. En una continua alternativa de cargas y fuegos llegó la columna á los altos de Freginals, de donde hizo marchar á Amposta la artillería y bagage, quedóse con la vanguardia para apoyar la retirada de la retaguardia, y dar lugar á adelantar la artillería, verificado uno y otro, y dejando tres compañías del segundo batallon en las alturas de derecha é izquierda con el comandante La Iglesia, volvió á seguir la marcha en el mismo órden hasta tomar una loma última de su direccion, en la que habia de sostener la retirada de las tres compañías; por todo el camino hasta ella fué molestado por la caballería en el flanco derecho. Llegado á la loma hizo alto y viendo que la tropa iba sofocadísima, cayéndose algunos ahogados, se quedó con el coronel La Gándara y la compañía tercera de granaderos, 1.ª 3.ª y 4.ª del mismo batallon con la caballería, é

hizo marchar el resto hácia el pueblo. Inmediatamente se presentó una columna enemiga de caballeria que le obligó á formar el cuadro á Iriarte, quien apoyado sobre unos márgenes á su derecha é izquierda algunas otras fuerzas esperó á que lo atacasen, como lo verificaron al emprender de nuevo la marcha: entonces mandó hacer alto al cuadro, romper el fuego, y volvió grupas el enemigo sin volver á presentarse.

El dia 22 tambien fué de luto para los carlistas. A las diez y media de la mañana llegó el coronel Sebastian al pueblo de Ministrol de Caldés, donde mandó hacer un pequeño alto para que la tropa se refrescase de las fatigas del calor; pero á los pocos instantes se dió aviso de sentirse fuego por la parte de la casa Dusellas del término de Marfá, y al momento mandó tomar las armas, dirijiéndose con el tercer batallon de Zamora sobre la izquierda donde se oia el fuego. Pronto encontró á Tristani (que huia del comandante Coll), el Degollat, el Grabat y Galcerán: el tercer batallon, conducido por su segundo comandante D. Ramon Casadevall, secundó el movimiento á la izquierda del tercero, y el segundo á la derecha de este, mandado por su gefe accidental el segundo comandante coronel graduado, D. José Masias, de modo que los tres cuerpos marchaban paralelamente hácia las posiciones por donde se veian los enemigos, generalizándose en seguida el ataque con el primer y tercer batallon, y al segundo se le comunicó la órden para retroceder y formar en columna cerrada junto al pueblo de Ministrol con el doble objeto de guardar la artilleria y bagage que no podia seguir por la escabrosidad del terreno, y habia quedado con solo la escolta de marcha, y operar al mismo tiempo contra cualquiera grupo de enemigos que pudiese correrse por aquella parte. Poco resistieron estos, pues al instante se entregaron á la fuga quedando en el campo mas de 150 muertos, entre ellos el coronel Pablo Pons (el Degollat).

Pero todos estos hechos demuestran uno, sobre el que mas de una vez hemos llamado la atencion del lector, y es que, á pesar de tantos y tan continuados reveses, despues de una tras otra derrota, el carlista reaparece igualmente ufano, osado y, si nos es permitida la palabra, entero. Repone instantáneamente lo que pierde, y esto solo sucede cuando otro hecho coexiste, como allí (y lo hemos dicho ya) el de la proteccion del pais. La alta montaña era en su generalidad adicta á su causa; protegia sus empresas, frustraba las persecuciones, amparaba á los ocultos: de esta suerte un estermiuio completo era imposible, por mas disposiciones que para conseguirlo tomaron los contrarios. Trascribiremos algunas de las que se acordaron en tiempo de Mina, porque asi se conocerá mejor el estado del pais.

«La apatia criminal y punible que en general se nota en los pueblos, »cuando dispersos los enemigos de la patria por el valiente ejército inun»dan el pais en pequeñas cuadrillas de 4, 6, 10, y lo mas de 20 hom»bres, robando, talando, y poniendo en contribucion poblaciones enteras;

»me convence con semejante conducta y falta de decision, debe ser reem-»plazada por el justo castigo de su vergonzosa indiferencia.

«Todo comandante de las armas, ó el ayuntamiento donde no la ha-»ya, queda en la precisa obligacion de mantener libre de enemigos, en el »radio de una hora, toda la circunferencia de su pueblo, siempre que los »facciosos que la ocupen no escedan de la mitad de la guardia nacional »armada que cuente el propio distrito.

«Los perjuicios causados en las respectivas demarcaciones serán sa-»tisfechos por las poblaciones, siempre que se pruebe que faltaron al »cumplimiento de lo dispuesto en el párrafo anterior.

«En cualquier punto que los enemigos permanezcan tres horas segui-»das, sin ser atacados, teniendo el pueblo una mitad mas de fuerza para »verificarlo, quedará de hecho suspenso de su empleo el comandante de »las armas, ó comandantes, en cuyo radio se encuentre; y si no los hu-»biese, el ayuntamiento pagará una multa personal de 100 libras por cada »concejal.

«Siendo el especial objeto del instituto de la guardia nacional la con-»servacion de las propiedades y la persecucion del enemigo comun en sus »respectivos territorios, ninguna clase de retribucion pueden exigir por el »espresado servicio, el cual reconoce el verdadero interés de defender sus »propios hogares.

«El pueblo que no se oponga á la entrada de los enemigos de la pa-»tria, siempre que estos no tengan el duplo de la fuerza que su guardia »nacional, pagará una multa de 20 rs. por vecino, y 60 cada individuo »del ayuntamiento, cura párroco y demás autoridades.

»Los bosques que sirven de guarida á los rebeldes serán talados ó »quemados dejándolos en disposicion de que no puedan ofrecer ninguna »clase de abrigo: esta operacion se practicará por las autoridades en cu-»yo distrito de una hora de radio esté situado; y las grutas y cuevas de »todo el término serán destruidas de un modo pronto y sencillo.

»Estas órdenes obligan solo á los pueblos que pasen de 60 vecinos; »y se considerará como un mérito relevante el que las observen los es-»cluidos, casas de campo etc.; pues que el bien redunda en favor de to-»dos los habitantes del Principado.

»En cada distrito de los que actualmente componen las comandan-»cias de armas establecidas, y sucesivas que se establezcan, se efectuará »una batida combinada, en persecucion de los rebeldes, todas las sema-»nas, cuando menos, practicándola los pueblos de la demarcacion á una »misma hora, con la prudencia necesaria, para evitar un revés, y con el »sigilo que exije el buen éxito.»

Al mismo tiempo Gandesa sufria su segundo sitio. Entre seis y siete de la mañana del dia 6, se presento en los alrededores de esta villa Cabrera a frente de unos 3,000 infantes y 400 caballos que en un momento rodearon

la poblacion. A esta no le fué necesario tomar ninguna medida, pues como desde 21 del anterior, en que sufriera el primer sitio de seis dias, estaba de noche y dia sobre las armas la guarnicion y todos los puntos se hallaban cubiertos. El grueso del sitiador se situó en el Calvario, en donde á poco se pusieron en betería dos cañones, el uno de 6 y el otro de 4. Pasó aquella tarde haciendo amagos y disparando cañonazos; pero á raya siempre, como en los dias siguientes, del alcance de nuestros fusiles. Visto el efecto que la artillería producia en las paredes de piedra y fango que forman la fortificacion de la villa, hizo el gobernador reforzar los puntos amenazados con colchones, talegas llenas de tierra y sacos de lana, dejando á prevencion otra porcion de estos efectos, así como toneles para llenarlos de tierra y cubrir cualquier brecha que pudiesen abrir.

Estos preparativos ocuparon toda la noche, durante la cual el enemigo estableció un cañon en batería á 300 pasos de la puerta de Horta, y otro á 400 de la de Cervera, introduciendo y ocultando en el gran hondo que forma el camino de la Fuente Vieja, á medio tiro de fusil de la última de estas dos puertas unos 300 hombres. Al amanecer del 7 principiaron ambas baterías á hacer un fuego sostenido contra uno y otro punto, en los cuales colocó el sitiado los mejores tiradores que aprovecharon tambien sus cartuchos, que á las doce del dia hicieron callar los fuegos del cañon que se dirijian contra la puerta de Horta, y disminuir los del de la de Cervera; este hacia un gran daño, pues siendo muy endebles las paredes de la casa fuerte de aquel punto las iba destruyendo, y los pisos que fueron necesarios reforzar con puntales y tablones no podian resistir el peso de las talegas de tierra y demas efectos con que se trataba de cubrirlas; lo cual unido á haberse advertido lo inmediato que los rebeldes estaban á aquella débil defensa, convenció á el gobernador de que desalojándoles de allí pendia tal vez la salvacion. Al efecto y siendo las cuatro de la tarde hizo que 23 hombres, únicos que podian sacarse del reten, hiciesen una salida al mando del capitan de nacionales de Batea D. Pablo Figueras con objeto de que haciendo abandonar su escondrijo á la fuerza oculta del camino de la Fuente Vieja, la espusiese de las cortinas y tambores de aquella parte, dirijido por D. Tomás Tarrago, capitan de la Guardia nacional de Villalba.

El resultado de esta operacion fué completo, pues los 23 apostados, sorprendieron á los que bien agenos de aquel ataque, á la primera descarga huyeron despavoridos sufriendo un fuego que les causó 30 muertos y mas de 100 heridos. Con este escarmiento retiró el sitiador aquella noche los cañones á el Calvario, desde donde volvió á ponerlos en fuego, disparando desde el amanecer, hasta que á las doce del dia siguiente se los llevaron. Cabrera desesperado por la sorpresa depuso del mando á Magin que era el encargado del mando de aquella linea. Siguieron en el Calvario y avenidas del pueblo tiroteándolo, como los dias anteriores, hasta las cuatro de la tarde que se marcharon camino de Bot incendiando antes las mieses y arbolados.

Humillar en algun modo el orgullo del atrevido y hasta entonces afortunado caudillo del bajo Aragon y Valencia; destruir en parte su fuerza, haciéndole pagar caro el primer ensayo de su artillería fueron las ventajas conseguidas por aquella guarnicion, compuesta de 365 nacionales de los pueblos del partido y 22 soldados de diferentes cuerpos acabados de salir del hospital.

La pérdida del sitiador tampoco fué despreciable pues llegó á 65 muertos y mas de 150 heridos, contándose entre estos los gefes Pebre, Roig, Figorio y un primo hermano de Cabrera.

Niubó al amanecer del 23 emprendió un movimiento desde Cervia para la Granadella, á fin de perseguir y atacar á Llarch, Griset, Savatés y Arbones, que se habian reunido en dicho punto en número de unos 2,000 hombres, habiendo dado conocimiento de esta direccion al gobernador de Lérida que se hallaba en Casteldans, y tambien al comandante de armas de Pradés para que lo diese con la debida anticipacion á las fuerzas que se hallaban por aquellas inmediaciones.

Poco antes de la llegada á Juncosa recibió por uno de los confidentes el aviso que dichas fuerzas intentaban invadir el Priorato, y que á las diez de la última noche habian salido de Granadella, dirijiéndose hácia él; y recibiendo igualmente comunicacion del comandante de armas de Pradés en contestacion de su anterior, contestándole que las tropas que se hallaban en Povoleda habian marchado en direccion de Alforja, y que habia dado conocimiento de su movimiento al coronel Alteche, que probablemente se hallaba en Gratallops ó Falcet, siguió la marcha en direccion de Ulldemolins; y poco antes de llegar al Hostalet de la Llena divisó una columna enemiga de 800 á 900 hombres, que, procedentes de la Palma y Vivall, marchaba en direccion á dicho Ulldemolins. Entonces forzó su marcha á fin de alcanzarla; y al llegar el enemigo al punto llamado Cresiela, á pesar de alguna resistencia, fué puesto en fuga con una carga que le dió el comandante D. José Capell, con solo 7 caballos del regimiento de Navarra 7.° Ligeros y la compañía de tiradores del batallon de su mando á la órden de su capitan D. Mateo Miguel, reforzada sobre la marcha por la de carabineros del mismo mandada por su capitan D. Benito Gaset, fugándose parte de los carlistas hácia el punto de donde venian, aunque marcharon á la carrera sobre él haciéndole abandonar la carretera de Ulldemolins y tomar la direccion por lo alto del monte llamado Serra de la Llena.

Sabedor al siguiente dia 24 por los confidentes que los fugitivos no habian pasado por el Tallat ni Rocallaura y con antecedentes de que permanecian aun ocultos en dichos bosques, marchó rápidamente por Blancafort al Tallat y á las cinco de la tarde consiguió caer sobre ellos y los de Bebdeloli y Badia que se les habian reunido de la parte de Omell, formando juntos un total de 900 hombres con 6 caballos, en las inmediaciones del Tallat, cuando estos marchaban para Torés con intencion de pasar á las montañas

de Querolt. Fué con tan feliz oportunidad ejecutada la sorpresa que desde luego se pusieron en dispersion.

El resultado de esta jornada fué quedar mas de 100 muertos en varias direcciones y deshecha la hueste del Llarch, que se componia de 3 batallones, á saber: el de su nombre, el de Chasgoret, á cuyo frente iba Sabatés y parte del de Bepdeloli mandado por Badía.

Una sola condicion faltaba á la hueste carlista del Principado para que sus empresas fueran mas funestas á la causa que combatian, y era la disciplina. Por mas esfuerzos que varios gefes entendidos habian empleado, jamás lograron hacer obrar constantemente de acuerdo á dos gefes con sus respectivas fuerzas: se batian con valor y entusiasmo ó fanatismo; pero sin órden ni concierto, siguiendo solo á sus gefes por ese instinto de la muchedumbre hácia un gefe en las operaciones de la guerra. En el cuartel de D. Cárlos se ideaban tras unos otros medios de regimentar aquella gente; y á mediados de setiembre salió de Navarra con esta dificil mision Maroto, en calidad de capitan general de Cataluña, con varios otros oficiales. Internáronse en Francia, y salvando la cordillera del Pirineo por la parte de Cataluña, entraron por Nuria, precedidos del Muchacho. Confiábase bastante en la dureza de carácter del nuevo general, y de ella en efecto no tardó en dar muestras, pues hizo fusilar algunos que se amotinaron contra sus planes de organizacion. Por el temor á lo menos se pusieron á sus órdenes todos los gefes subalternos; Castells, Capdevila, y Manuel del Hostal con 600 hombres; Ripoll y Galcerán con 250; Puigoriol y Altimira con mas de 300, Zorrilla con otros tantos, y Tristani de quien dependian Llarc de Copons, Grabat, Burgo, Grau y otros con mas de 2,000. Dió Maroto á estas fuerzas la organizacion mas conveniente, y la hizo con el mayor descanso porque las tropas constitucionales apenas se lo estorbaron. Mina, constantemente postrado en cama de la enfermedad crónica, que á fines de este mismo año le llevó al sepulcro, no podia atender á la guerra, y algunos de los que le rodeaban se curaban mas de sofocar el espíritu liberal de las grandes poblaciones que de destruir al carlista. Al fin se puso al frente de las operaciones el general Aldama que dió luego señales de mayor actividad; pero por su parte el contrario se mostró tambien doblemente emprendedor y osado buscando por todos los medios el triunfo.

Una conspiracion tramaron en Cardona para que se les entregase el castillo; mas fué descubierta, y presos varios canónigos, capellanes, paisanos, un cantinero y algunos cabos de la guarnicion. Casi toda la hueste carlista se hallaba acantonada por estos dias en la alta montaña, y no habia en ella mas tropa de la reina que unos doscientos hombres escasos en la linea de Berga. Por lo mismo formaron el proyecto de atacarla. Entretanto Tristani se abalanzó contra el pueblo de Prats de Llusanés. La poca tropa que le guarnecia, y sus nacionales rechazaron el ataque de los carlis-

tas obligándoles á replegarse y alejarse. Unidas, empero, las fuerzas de Tristani con las de Maroto, cuyo total ascendia á cinco mil hombres, se abalanzaron otra vez contra el mismo pueblo, y le redujeron al último estado de confusion y apuro. Maroto habia querido dar un golpe que hiciese ruido y le acreditase, y á fin de que Prat de Llusanés se le rindiera, mandó á su comandante de armas dos oficios. En el primero le advertia que como disparasen los del pueblo un solo tiro, la primera providencia que tomaria, posesionado de él, seria pasar por las armas á todos los que le defendian; el segundo que hacia la última intimacion, que no deseaba verter sangre, y á fin de amilanar á los sitiados, les advertia que no debian esperar fuerza alguna en su socorro, pues Ayerbe se habia retirado á larguisima distancia, y Gurrea estaba ocupado en hacer frente á Cabrera, que acababa de entrar en Cataluña. El valiente comandante de armas del pueblo no contestó y al frente de 110 nacionales del mismo, 84 de Sellent y 22 individuos del 5.° batallon voluntario de Cataluña, hizo una resistencia que le hubiera costado cara á no ser al fin socorridos. Ya el sitiador se habia apoderado de los arrabales, agujereando todas las casas contiguas á los puntos fortificados. En la noche del 11 debian dar el asalto, y para ello tenian preparadas cuatro piezas de artilleria de madera. Los apuros no podian ser mayores. Cuantos tenian noticia de este asedio y ataque esparcieron por todas partes noticias, y enviaron propios á los comandantes de diferentes columnas; mas el uno no podia por si solo, el otro no se encontraba; á un gobernador le faltaban fuerzas, á otro combinacion con las brigadas, y asi la desdichada poblacion estaba próxima á ser víctima. Al fin Ayerbe supo su estado, y arremetió con su columna, compuesta de algunos batallones del ejército y dos de cuerpos francos; el combate fué sangriento y reñido, los combatientes de ambas partes se mezclaron mas de una vez, matándose á bayonetazos, la caballeria acuchilló á diestro y siniestro, hasta que al fin tuvieron los carlistas que levantar el sitio y abandonar el campo de batalla. Prat de Llusanés se salvó perdiendo el nuevo general Maroto desde la inauguracion de su campaña gran parte de su prestigio entre los catalanes.

Mientras tenian lugar estas escenas en los campos de Prats, el brigadier Gurrea, á quien suponia Maroto ocupado ó casi perseguido por las fuerzas de Cabrera, destrozaba las fuerzas de Marcó y Masgoret en las cercanías de Casa Sendra, provincia de Tarragona, no esterminándola toda, por favorecer la fuga de los que no mató la fragosidad del terreno y la noche, que en todas las acciones ponian límite y fin á la persecucion y á la matanza de ambas partes.

A fines de setiembre fué destrozado en el Priorato, junto á Pradip, Derna por la columna del coronel Biosca, compuesta en su mayor parte de nacionales de los pueblos de aquellas montañas. Por los mismos dias lanzado Gurrea contra las fuerzas de Maroto, las batió tambien en la terraza de Molina de Alp; haciéndoles huir por Castellar de Nuch, divididos en varias di-

recciones, á fin de evitar la persecucion. No les valió con todo la astucia; tan acosados se vieron que Maroto y seis gefes mas tuvieron que fugarse á Francia, donde por disposicion del general francés Castellane fueron todos desarmados y conducidos al interior. Maroto se habia convencido de que nada podia esperar de los catalanes, pues escepto la gente del Ros de Eroles, todas las demás eran altamente insubordinadas, y como andaban siempre faltas de todo lo preciso é indispensable, nunca era posible conservar reunidos por largo tiempo ni 2,000 hombres.

Al ver algo animada la persecucion, sobre todo desde que la Constitucion del año de 12 regia ya en todo el reino, las derrotas se sucedian con mas frecuencia para estar satisfechos los carlistas del giro de sus empresas. El brigadier Ayerbe, que tan buen servicio habia prestado al pueblo de Prat de Llusanés, sabedor de que el baron de Ortafá se hallaba con Burgó y Royo en San Quirse con la fuerza de 5,000 infantes y 40 caballos, trató de sorprenderle, y lo logró: embistióle hasta las alturas de Montesquieu, donde pretendieron fortificarse á pesar de que fueron arrollados por todas partes, siendo tan completa su derrota que uno de los oficiales de cuerpos francos, el capitan D. Nicolás Vallés, alcanzó al malhadado baron de Ortafá y su hijo, y les dió muerte en el mismo campo de batalla. Grande fué la impresion que hizo en el pais esta jornada. Ortafá habia sido uno de los aristócratas de Barcelona que mas se habian distinguido en la época de los diez años. Su familia descollaba por la gracia y hermosura de sus formas. El hijo habia sido oficial de realistas y era digno de mejor suerte. La columna de Ayerbe entró en Olot en medio de las mas fervorosas aclamaciones. Hubo iluminaciones, fiestas y serenatas.

El brigadier Gurrea castigó el pueblo de Pinos á mediados de octubre, como habia castigado Mina á Castellfullit. El incendio devoró el pueblo, á causa de haberle abandonado todos sus habitantes, huyendo á la montaña, desde donde hostilizaban con valor y tenacidad á las tropas de la reina.

Desde la fuga á Francia de Maroto, Lavandero y demás que habian ido á Navarra para tentar la organizacion de los carlistas del Principado, los gefes catalanes se habian vuelto á dividir, y hacian la guerra como siempre, sin plan y sin objeto militar determinado. El Llarch de Copons asedió la casa fuerte de Montmaneu, y entrando de noche por una ventana, se apoderó de 93 hombres que la guardaban, se llevó el depósito que en ella habia y la pegó fuego. Tristani salió de improviso de Torá, y se emboscó no lejos de las salinas de Cardona, adonde iba diariamente una partida de cristinos para guardar la sal que algunos paisanos robaban. Descuidada la partida, cayó en las garras de aquel canónigo, y antes de que pudiese ser socorrida, pereció acuchillada. Los caudillos Griset, Pep del Oli y Cendras ocupaban los pueblos de Espluga, Sanau, Ornells y Llorens con el intento de echarse encima de una columna constitucional, y el coman-

dante general de la provincia de Tarragona D. Martin Iriarte los atacó y destrozó, cojiéndoles una porcion de prisioneros. Mallorca se dejó caer de improviso sobre las cercanías de San Feliu de Guixols, y al marcharse se llevó á dos niños en rehenes. Levantáronse los nacionales de los pueblos inmediatos; le acosaron, rescataron á los niños y le mataron algunos de sus secuaces.

Zorrilla fué tambien acosado por los nacionales, á cuyo frente iba el teniente Milans, en Romaña, donde aguardaba emboscado á los paisanos que iban á oir misa, para llevárselos á las cuevas y exijir dinero por su rescate; é igual suerte sufrió Roset en el término inmediato á Foomobó. A la sorpresa de una casa no lejos de Llacuna, donde el carlista tenia su sastrería, sucedió otra á Griset.

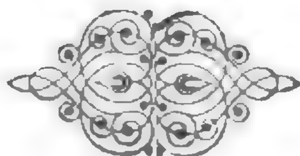
No bien Iriarte supo en Montblanch que este con su gente debia ocupar el 13 de diciembre el pueblo de Espluga Calva se dirijió á impedírselo por medio de una marcha rapidísima. El carlista, sin embargo, estaba ya en él cuando el gefe contrario llegó á turbar su sosiego bruscamente en ocasion en que los vecinos habian salido cerrando sus casas á acompañar el viático. La alarma y confusion fueron consiguientes; los carlistas acuden en vano en aquel tropel á sus alojamientos los unos por salvar sus vidas, los otros en busca de armas, y acometidos por todas direcciones tienen que apelar á la fuga en dispersion. Mas de 100 quedaron tendidos en el suelo, y el ayuntamiento de San Martin de Malda y particulares del mismo y de Bellpuig, que llevaban prisioneros, fueron rescatados.

La victoria obtenida por Gurrea en la Pobleta; el pueblo de Obiul, abrigo comun de los carlistas, entregado al incendio como Pinos, y la entrada del Ros de Eroles en Benavarre por sorpresa, son los hechos de armas que ofrece el fin del año que recorre nuestra pluma.

Algo mas fecundo en luchas era el campo de la política en que se agitaba el bando liberal. En algunos puntos del reino habian producido tentativas de alboroto tanto las bases de la nueva Constitucion como las medidas estraordinarias pedidas á las Córtes por el gobierno: en varias poblaciones de Andalucía, y sobre todo en Barcelona, la tranquilidad estuvo á punto de alterarse profundamente. El partido moderado compuesto de fabricantes, comerciantes, hacendados y hombres de carrera, desde que se hizo comun la suposicion de que á este partido pertenecia lo mas rico y lo mas lucido, no habian visto con gusto la proclamacion de la Constitucion del año 12, y solo por no tener fuerza para oponerse á ello se habia adherido al nuevo órden de cosas. El exaltado formado por las masas en general, y por los hombres de tenaces convicciones, no estaban contentos tampoco de la marcha del gobierno, ya por los estragos que hacia impunemente el carlista, ya porque no veian en las obras realizadas sus ilusiones. La prensa barcelonesa era toda progresista: el *Guardia Nacional*, que habia estado contra los progresistas en las ocurrencias de enero, el nuevo

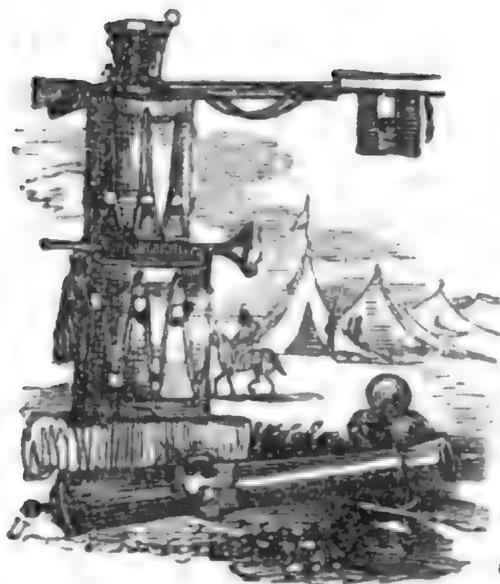
Vapor, continuacion del *Vapor* antiguo, que se habia refundido en el *Guardia Nacional*, y el *Sancho Gobernador* atacaban todos á la vez al gobierno, bien que se diferenciaban en el tono de sus artículos. El *Sancho Gobernador* el primero que introdujo las *caricaturas* en Barcelona, era ciego partidario de la Constitucion del año 12, mientras que el nuevo *Vapor* lo era de la reforma. El partido moderado, aunque enemigo de la situacion y del gobierno de aquellos dias, deseaba una ocasion que le facilitase cobijarse á la sombra de este gobierno, y desde allí atacar á los que se habian apoderado de la influencia en Barcelona. Dificultosa era su empresa, tanto mas cuanto que no tenia ningun órgano en la capital de Cataluña. Las bases de la Constitucion y las medidas estraordinarias que pidió el gobierno le ofrecieron esta ocasion. El ayuntamiento, la diputacion provincial y algunos batallones de la milicia representaron en contra; esto bastó para que los moderados elevaran esposiciones en favor, declarándose ciegos adictos al gabinete Calatrava. Los batallones de milicia donde tenian mayoría elevaron esposiciones en semejante sentido; los bandos se indispusieron, los periódicos les inflamaron, y desde aquel momento los partidos se declararon la mas abierta guerra.

En medio de estas turbulencias intestinas, la muerte puso un término á los crueles dolores que amargaban la vida del general Mina, el mas glorioso monumento de nuestra lucha por la independencia. Su cadáver fué paseado descubierto por las calles principales de Barcelona, llenas de gentio, y las Córtes constituyentes declararon que su nombre debia estar en el salon del Congreso al lado de los de los mártires de la libertad y otros defensores ilustres de su pátria. Sin embargo, los partidos liberales no sintieron tal vez cuanto debian su muerte. Es cierto que el fusilamiento de la madre de Cabrera, las deportaciones que decretó y lo reacio que anduvo en la publicacion del Código de Cádiz empañaron para muchos el brillo de su universal popularidad; pero nosotros hemos espuesto ya una consideracion que estos censores deben tener en cuenta, y es el triste, el deplorable estado de su salud, que no le permitia entregarse al despacho. Tuvo la fatalidad de rodearse de personas contrarias á sus intenciones o deseos, y acaso estas se valian de su nombre en beneficio de ciertas miras de partido.



CAPITULO VI. —1837

Conmociones en Barcelona y Reus.—Tristani rinde á la columna de Tiradores de Málaga por traicion de su gefe Oliver.—Terrible conmocion en Barcelona acaudillada por Xaudaró con motivo de las medidas escepcionales.—Toma y abandono de Solsona por los carlistas.—Derrota de Niubó por Tristani en Guisona.—Cuarto sitio de Gandesa por Cabrera y demas sucesos ocurridos hasta que penetró la espedicion de don Cárlos en Cataluña.



El año en que entramos de nuestra narracion es acaso el mas rico de acontecimientos de grave trascendencia en ambos partidos: el liberal, dividido en fracciones, lucha entre sí con igual encarnizamiento que contra el comun enemigo, llegando á teñir con su sangre en repetidos encuentros las calles de Barcelona: el carlista, dividido tambien, acomete, sin embargo, mayores empresas, obra con mas concierto y hace sufrir al contrario frecuentes descalabros. No basta esto, la causa carlista traerá á Cataluña sus huestes acaudilladas por su gefe supremo para encender allí en aquel otro ángulo de nuestra península un nuevo foco de guerra tan voraz como el que asolaba las provincias del norte.

La suerte empero no les es propicia y abatido tambien allí el pabellon del caudillo, aquel esfuerzo de sus cálculos y de su valor será un fecundo manantial de reveses: llegará á la córte precedido de su humillacion en los campos de Gra y de Chiva, y solo alcanzará á ver desde los cerros de Vallecas el régio alcázar por cuya posesion suspira.

El dia 13 de enero se publicó en Barcelona la ley de las medidas estraordinarias que las córtes concedieron al gobierno, y la efervescencia de los ánimos fué mas amenazadora y turbulenta. Eran sobre las dos de la tarde del mismo dia cuando la Rambla y en especial la plaza del teatro, se fué llenando de grupos mas ó menos numerosos, en cuyos semblantes se echaba de ver la agitacion, el descontento y los deseos de provocar un movimiento tumultuoso. A proporcion que adelantaba la tarde, se aumentaban estos grupos, y hubo algun apaleamiento, dado á varios que se titulaban agentes de policía. El redactor principal del *Vapor* era buscado, y se dijo que le dispararon un pistoletazo que le erró. Estas demostraciones no eran miradas por los gefes del partido moderado con indiferencia ni calma, y trataron desde los primeros momentos de conjurar la tempestad que les estaba amagando. El escuadron de lanceros que se habia ido pronunciando cada vez mas por el partido moderado, era tenido por los progresistas en la peor opinion, y bastaba ver uno de estos nacionales para levantarse rumor contra ellos. Desgraciadamente pertenecian al escuadron los moderados mas exaltados, y como se dejaban ver algunos de ellos empezó la jarana y el trastorno. Hubo disputas acaloradas, palos y sablazos; algunos de los grupos fueron presos y conducidos á Atarazanas, lo cual no bastó para impedir la asonada. Irritados los ánimos con ciertas medidas imprudentes, empezaron los mas fogosos á gritar y revolverse; se esparcieron por las calles llamando al pueblo á las armas, y al anochecer ya se habian reunido en los claustros de San Agustin mas de 2,000 nacionales, pertenecientes á varios batallones, en especial el 12 ligero ó de la blusa y zapadores. Entre ellos se notaban pocos oficiales y gefes, pero algunos estaban embozados no lejos del tumulto.

A la vista de estos amagos de movimiento las autoridades se reunieron, la milicia nacional se puso sobre las armas y ocupó la Rambla, los gefes del partido moderado fluctuando entre el temor de ser vencidos y la esperanza de acabar de apoderarse de la situacion y aplastar á sus enemigos acudieron en tropel al fuerte de Atarazanas, y allí agoviaban al general Parreño, que estaba á la sazon encargado del mando militar, en sostitucion del general Serrano, padre del que despues ha sido ministro, exijiendo de él medidas violentas, que si por un lado podian reprimir el ímpetu de los sublevados ó díscolos, podian tambien enconar mas la situacion y hacer partícipes de ella á muchos milicianos que estaban dispuestos á obedecer al gobierno para la conservacion del órden y acata-

miento á las leyes. Reinaba en Atarazanas la mayor confusion y desórden, nadie sabia que hacer, todos proponian medidas y nadie se ofrecia para llevarlas á cabo. Si los reunidos en San Agustin hubiesen tenido un plan premeditado y un gefe que los hubiese guiado hacian el movimiento con buen éxito; mas la algarabia y confusion de los claustros de San Agustin no iba en zaga á la de Atarazanas: se gritaba, se disputaba tumultuariamente; todos querian batirse, todos querian disponer; no estaban de acuerdo sobre lo que debia emprenderse; ni sobre que punto debia ser el primero atacado, y asi se pasaron las horas dando lugar á que las autoridades tomasen al fin algunas disposiciones que condujesen á uno ú otro resultado. La ansiedad de la poblacion era grande, la noche estaba encima y nadie podia prever el desenlace de aquel drama. Varios parlamentarios se cruzaban de una y otra parte para ver si podian al fin entenderse; mas no fué nunca posible, y sobre las nueve de la noche se decidió que fuese publicada la ley marcial y se atacase acto contínuo á los reunidos en el convento de San Agustin. El alcalde primero constitucional Sr. Borrell comerciante opulento de Barcelona, de grande popularidad en la milicia por su llaneza y sacrificios pecuniarios, hechos á favor de la libertad, y contra el cual se levantaban acusaciones de connivencia con los amotinados, montó á caballo y publicó la ley marcial, acompañado de una escolta considerable del ejército y la milicia. Desde aquel punto el general Parreño, ó por mejor decir la junta de corifeos que á su sombra se formó y disponia las medidas quedó reasumiendo con la autoridad omnimoda todas las facultades civiles y militares. Y como los sublevados; á pesar de la última providencia que podia inspirarle mas serios y fundados temores, no diesen muestra alguna de querer ceder el puesto, se organizó una columna de tropa, marinos, ingleses y nacionales; y con cuatro cañones y alguna caballeria avanzó á las órdenes del coronel Luna hácia el convento ocupado por los sublevados en la calle del Hospital. Llegaron en posicion estas tropas y antes de romperse las hostilidades se trató de negociar á fin de evitar la efusion de sangre, siempre sensible entre hombres que al cabo combatian bajo una misma enseña; y Dios quiso que la sangre no corriera, logrando que los amotinados se fuesen á sus casas con las armas, y desistiendo de un empeño que ninguno de ellos sabia cual era. No pudo haber capitulaciones porque la irritacion de los ánimos no habia podido tomar fomento, y por lo mismo todo se acabó sin necesidad de que el gobierno se humillase, ni venciese vertiendo sangre. Pero el acontecimiento habia sido demasiado grave y sobre todo muy alarmante para el partido moderado. Durante aquella noche la junta que se formó en Atarazanas de comandantes de milicia y comisionados de fábricas y gremios trató de asegurar su triunfo é impedir que se produjesen los conatos de revuelta; y no abandonando al azorado anciano que estaba al frente del gobierno militar, le propuso que

se llevase á cabo el desarme del batallon 12.° de la Blusa y de zapadores nacionales, que se hiciese un espurgo en los demás batallones de voluntarios, espulsando á los proletarios en quienes se suponian deseos de mejorar de fortuna por medio de su fusil; que se disolviese el ayuntamiento y lo formase el general de personas de confianza, y que se suprimiese el periódico *Sancho Gobernador*, á quien, unos trataban de revolucionario, y otros le imputaban el ser agente de D. Cárlos. El general Parreño accedió á todas estas medidas, que al fin eran notables infracciones de las leyes, y sin considerar las malas consecuencias que con el tiempo podrian tener, llevado de la necesidad de dominar la situacion y hacer imposible por de pronto otra revuelta, al dia siguiente mandó reunir otra vez en la Rambla á la tropa, marina española é inglesa, y la milicia nacional y ordenó al desarme de los batallones 12 ligero y zapadores. La junta seguia instalada en Atarazanas, y dictando providencias no aconsejadas por la prudencia y la justicia. El redactor del *Sancho* desapareció, su periódico fué suprimido, los batallones depusieron las armas sin oposicion ninguna; el ayuntamiento fué disuelto y sostituido por otro de nombramiento ilegal.

Era evidente que semejantes disposiciones, todas contrarias á la Constitucion, todas fuera de esa misma ley del 19 de abril, á que se habia acudido en el momento del tumulto, no habian de producir buen efecto en los ánimos, no ya de los que habian tomado parte abierta ú oculta en el desórden, no ya en los de aquellos que le habian condenado y combatido, á pesar de ser progresistas, sino hasta en los de los moderados de buena fé, luego que el temor de ver asaltadas sus casas y trastornada la tranquilidad hubiese cedido el puesto á la calma, á la razon y á la justicia. Así sucedió en efecto, los milicianos que habian quedado con las armas en la mano por haber acudido contra los sublevados no supieron ver con indiferencia el desarme de sus compañeros, por lo general de la medida, y alarmándose por el carácter ilegal de la junta de Atarazanas, y por sus providencias violentas, acudieron al general Parreño, esponiéndole que estaban prontos á dejar las armas como no se tratase á sus compañeros con mas justicia. No dejó este inesperado paso de contener á aquellos reaccionarios: sin embargo, á pesar de que el órden y la tranquilidad estaba asegurada, y que los que habian intentado alterarla ya estaban persuadidos de que no era aquel el medio mas abonado para afianzar la ley y la libertad, siguieron en el estado escepcional, y buscaron el hilo del horroroso plan que suponian por medio de la formacion de causa á los que tenian encarcelados en los calabozos de Atarazanas. Para conocer de este negocio se formó un consejo con arreglo á la ley de 17 de abril, que ya no tenia aplicacion, con el carácter de permanente. Estos sucesos produjeron esposiciones á las Córtes, y prepararon otra conmocion que ensangrentó horriblemente las calles de Barcelona cuatro meses despues.

celona el 15 de febrero una columna. El general Serrano, que acababa de entrar en la ciudad y aprobar las medidas adoptadas por el general Parreño, tuvo noticia de que en Malgrat se habia proclamado à Carlos V, y trató de sofocar rápidamente este grito de rebelion. Los carlistas de Malgrat habian contado con las fuerzas de Zorrilla, y este con el apoyo de aquel pueblo: Zorrilla protejió un desembarco en Pineda, cargó 44 mulas y se internó. A su paso por la sierra de la cruz de Badurell, atacó á una porcion de labradores, mató á varios é hirió à los demas; lo que causó tal indignacion en Caldas de Monbuy, que solo la energia de la autoridad pudo impedir una catástrofe con sangrientas represalias. Eludiendo Zorrilla la persecucion de las tropas, se dejó caer de improviso sobre una partida de nacionales del destacamento de San Pedro de Torelló, les cortó la retirada y los acuchilló desapiadadamente. Treinta y seis infelices nacionales de Mataró, Vilazar de Dal y Premia perecieron en esta triste jornada. Los habitantes de Mataró se alborotaron y à duras penas pudo el coronel Rodriguez contenerlos con un batallon de francos; pues querian matar á los carlistas prisioneros y enfermos en el hospital. Terror ya del pais que recorria esta banda recientemente aparecida, llamó sobre sí varias columnas. La compuesta por un batallon de América le sorprendió por fin el 21 de febrero en el pueblo de Hostalet: 2,000 infantes y 80 caballos llevaban; sin embargo fueron batidos y dispersos con pérdida considerable de individuos, armas, municiones y bagajes.

La hueste del canónigo Tristani, se hizo tambien notar por sus sorpresas y crueldades durante los dos primeros meses del año 1837. Rodando por las faldas de Monserrat, se abrigaba muy á menudo en Monistrol: las tropas la ocuparon y le hicieron fuerte; y además Gurrea pegó fuego á sus habituales guaridas, que eran Fonollosa, Vallinya, Pradas, Ardebol, Castelltallat y Guilá. Torá fué atacado por Tristani con furor indecible; las tapias de sus casas sufrieron mucho por los tiros de cañon. El 5 de febrero arremetió igualmente contra Cardona en número de 800 hombres y 35 caballos, cañoneando sus torreones de dia y noche; mas hubo de retirarse al fin sin haber conseguido su intento, que era llevarse grandes cantidades de sal, para venderla á los pueblos circunvecinos: mas de 500 acémilas estaban aguardando el éxito del combate. El 15 del mismo mes se emboscó de noche junto al pueblo de Sanahuja, y al abrir las puertas se precipitó á ellas; mas rehiciéronse los que las guardaban, y le arrojaron del pueblo. Pero en los montes de la Panadella consiguió el desquite. El 28 de febrero arrolló á la columna de Oliver, compuesta de tiradores de Málaga, y de un batallon de cuerpos francos, los cuales bajo promesa de que les salvaria la vida, se rindieron: apenas los tuvo rendidos y desarmados se faltó impiamente á la palabra, y al dia siguiente de 276 prisioneros fusiló en Pradas 275, el otro se salvó porque pudo escapar milagrosamente oculto trás de un altar, donde no le alcanzó

1. Castillo Viejo.
2. Convento de Capuchinos.
3. Hospital General.
4. Hermita de S.n Magin.
5. Monjas de la Encarnacion.
6. Palacio de los Duques de Cardona.
7. Colegio de las Escuelas Pias.
8. Casa del Ayuntamiento.
9. Torre del Relox.
10. Convento de Dominicos.
11. Palacio del Obispo.
12. La Catedral.
13. Hermita de S.n Gervasio.
14. Hermita de S.ta Magdalena.
15. Hermita de S.n Bartolome.
16. Hermita de S.n Jose.

VISTA MERIDIONAL DE LA CIUDAD DE SOLSONA.

á descubrir en dos registros que se hicieron. Este infeliz llegó desnudo y exánime á Calaf el 21 y refirió que sus desdichados compañeros de armas habian sido fusilados de 15 en 15, y arrojados luego, agonizantes muchos, á devorantes hogueras. Esta catástrofe tuvo diversas versiones, y una de ellas la atribuia á una traicion de Oliver, quien gritó viva Cárlos V á la aproximacion de los carlistas, con quienes estaria convenido.

Seria ocioso ocupar al lector en los demas hechos de armas que tuvieron lugar en diferentes puntos del Principado; todo se reduce á escaramuzas mas ó menos sangrientas entre todas las columnas de uno y otro bando. Niubó, nombrado comandante general y gobernador de Lérida se desvelaba por ver dejarla limpia; Gurrea infatigable recorria los distritos de Berga, talando y quemando bosques y pueblos, que eran abrigo de los carlistas; Ayerve recorria al frente de su valiente columna la alta montaña; Serrano, acompañado de diputados provinciales, se enteraba por sí mismo del estado de los pueblos y del ejército; y otros gefes de menos cuantía, cada cual en su distrito, hoy eran vencedores, mañana vencidos, regando siempre cuando no con su sangre con su sudor las peñas y barrancos, los campos y las riberas. Sin embargo el pais liberal que estaba alarmado porque, tanto por la frontera de Francia como por la de Aragon y Valencia, amenazaban invadir el Principado fuerzas considerables carlistas, al paso que crecia desmesuradamente la osadía de las catalanas.

Un desleal que despues de haber pertenecido á las filas carlistas, fué indultado por la delacion de algunos de sus antiguos compañeros incorporándole en las filas de la milicia nacional de Solsona, estaba un dia de centinela en el palacio episcopal que servia de fortaleza, y comprado por los familiares del obispo á la una de la noche del 20 al 21 de abril dió entrada á la hueste de Tristani. Hízose esto con tal cautela y silencio que nadie de la poblacion lo advirtió hasta que, verificada la sorpresa, se echaron sobre el cuerpo de guardia. Escapáronse algunos de ella y alarmaron al punto la ciudad: reunióse la guarnicion rápidamente, y desvanecido el efecto de la sorpresa, todos se colocaron en sus puestos y en el mejor órden decididos á la resistencia.

El comandante de armas de Solsona, que era de milicia nacional movilizada, dictó las mas acertadas providencias distribuyendo las fuerzas, parte á bloquear la casa fuerte ocupada ya por los rebeldes, parte á fortificar el convento de monjas, y la restante á destruir las casas inmediatas; en tanto que las mugeres, los ancianos y niños pertenecientes á las familias adictas á la causa constitucional, se dedicaban con afan á conducir víveres al convento sin perjuicio de conservar todos los torreones del recinto de la ciudad. Hallábase de gefe de dia otro capitan de la milicia nacional, y voluntariamente tomó á su cargo la comision mas arriesgada, cual era la de bloquear el fuerte é intentar su recobro; y ya que no pu-

do lograr esto por espacio de siete horas tuvo encerrados á los carlistas, que por último consiguieron apoderarse de una de las puertas de la ciudad contigua al palacio episcopal, por donde entró una multitud de ellos y en contacto ya con los del edificio fortificado, atacaron con redoblado furor. El capitan Coll murió valerosamente con otros dos y una muger, que se mantuvieron firmes en sus puestos. Toda la fuerza carlista iba entrando ya; mas no se habia descuidado la tropa, los milicianos y un crecido número de otras diferentes personas, durante las siete horas del bloqueo. El convento, donde al fin se encerraron varias familias, 130 quintos del regimiento de Zamora y unos 100 milicianos nacionales estaba ya provisto de víveres para un mes, y por medio de parapetos se habia puesto la ciudad en estado de defensa. Avanzó Tristani por las calles muy confiado en ocupar toda Solsona; mas en breve tropezó con la recien construida fortificacion, contra la cual se lanzaron al asalto valerosamente, hasta que viendo 32 muertos y porcion de heridos, desistieron de su empeño. Ni los 90 cañonazos que disparó el enemigo, ni los mistos incendiarios, ni el haber volado una parte del edificio ni haberse entregado 30 quintos que guarnecian el hospital, que servia de antemural á una gran parte del convento; nada de esto pudo amedrentar á los defensores de aquel punto.

Sitiados estrechamente se veian cuando llegó la noticia de este suceso al baron de Meer, á quien no se le ocultó la funesta influencia moral que podia tener en el pais y el incremento que tuvieran las fuerzas carlistas si por mucho tiempo permaneciesen posesionadas de Solsona. Resuelto, pues, á recobrarla y salvar á las familias refugiadas en aquella casa fuerte avanzó el 28 del mismo abril hasta el punto de Calaf con 2,400 hombres de todas armas, y media bateria de montaña. La mayor parte de las fuerzas enemigas de Cataluña se hallaban reunidas alrededor de Solsona, por lo cual habia dispuesto de antemano el baron que la segunda division de su ejército fuese á marchas forzadas á Cardona á donde llegó el 26, y que la tercera, que se hallaba en Agramunt, fuese á reunirse con el mismo general en gefe en Torá, donde este se hallaba el 30. Mediante estas y otras operaciones emprendió el ejército de la reina su marcha combinada hácia Solsona. Las once de la mañana serian, cuando encontró el baron de Meer al enemigo en posicion sobre las casas de Vallforosa, y de ellas fué arrojado por el coronel Clemente que mandaba la vanguardia; asi como de Peracamps, donde volvió á presentarse con mayores fuerzas, y cuya oposicion ocupó el batallon de Oporto. Durante su marcha, avanzando siempre, cinco veces se vieron atacadas por retaguardia las tropas de la reina, que si bien arrollaban en todos los encuentros al enemigo, no pudieron llegar hasta ya de noche al puerto de Llovera. Repetidos ataques hubieron de sufrir aqui por el flanco izquierdo y retaguardia; pero fueron rechazados los carlistas, aunque á

costa de mucha sangre, quedando los vencedores acampados á la vista del enemigo hasta el dia siguiente á una hora del camino de Solsona. Ni el coronel Niubó con su columna, que formaba la tercera division, ni la segunda pudieron acudir al socorro de baron de Meer, como este se prometia; con lo cual y la escasez de víveres y municiones se hacia mas crítica y se agravaba mas y mas su situacion. No por esto desalentó, antes bien volvió á emprender su marcha á las tres de la madrugada del siguiente dia, formando con todas sus tropas una columna cerrada á cuyos flancos iba la artilleria, con ánimo de abrirse paso á la bayoneta si la necesidad lo requiriese. En tal disposicion, hostilizado sin cesar por los carlistas en aquel parage escabroso, iba ganando terreno la columna, cuando otra de enemigos destacó su numerosa caballeria é intentó forzar la retaguardia de las tropas de la reina. El batallon de Oporto que la cubria formó el cuadro, contuvo su ímpetu, y dió lugar á que la artilleria se situase convenientemente é hiciese contra el enemigo algunos disparos tan acertados, que le obligaron á volver la espalda y huir precipitadamente. Nuevos y redoblados ataques dieron no obstante los carlistas, mientras la columna avanzaba por escalones, hasta que, habiendo pasado un barranco parte de ella, se hizo firme á la vanguardia, adelantó su caballeria mandada por el coronel D. Manuel Pavía, y cargó al enemigo; este retrocedió, entonces evacuó por fin la ciudad de Solsona, y el baron de Meer la ocupó á las siete de la mañana. Ascendian las fuerzas contrarias á cerca de 8,000 hombres y su pérdida fué considerable; pero no menos la de las tropas vencedoras. Asi se salvaron en 2 de mayo los valientes y leales que se hallaban encerrados en el convento á los doce dias de un sitio y bloqueo el mas estrecho y vigoroso. Las córtes por decreto de 29 de junio declararon que los defensores de Solsona habian merecido bien de la patria precepluando al gobierno que cuidara de indemnizarlos de los perjuicios que habian sufrido y propusiera las pensiones á que considerase acredores á los movilizados y los huérfanos de los que murieron en la defensa memorable de aquella ciudad.

Pero simultáneamente esperimentaron las armas nacionales una pérdida grave y lamentable en las inmediaciones de Guixona. Al abandonar á Solsona Tristani, cayó de sorpresa sobre la columna del coronel D. Antonio Niubó, y derrotándola completamente, fué degollado este bizarro gefe pereciendo con él 26 oficiales y cerca de 300 soldados; quedaron muchos prisioneros y ademas toda la brigada en que iban los equipages. La derrota fué completa; pero su principal autor fué el que hacia de gefe de estado mayor del valiente Niubó, el capitan D. Ramon Salviá, que alevosamente, de inteligencia con el gefe carlista, facilitó aquella espantosa sorpresa, llenando de horror y luto al ejército de la reina, cuando iban á celebrar la reconquista de Solsona. ¡Tales son los trances y la suerte de las armas, particularmente en las guerras intestinas! Bajo unos

mismos estandartes suele ser muy comun acompañar á las invictas palmas el fúnebre ciprés que empaña el esplendor y acibara el placer de la victoria. El pérfido Salviá, favorecido del bando carlista, á cuyas filas se acogió en medio de aquella horrenda carniceria, pasó á Francia, donde á salvo meditara nuevas traiciones, que, como veremos mas adelante, le condujeron á pagar con su cabeza la que habia cometido en los campos de Guixona.

A este contratiempo sucedieron otros mas graves para las autoridades constitucionales en el estadio de la revolucion. Las indiscreciones del tribunal erigido en San Agustin habian exasperado al partido progresista de la capital. Nada habia podido hallarse para justificar las prisiones hechas arbitrariamente á pesar de haber sido llamada por los fiscales media ciudad á declarar; seguia el estado de sitio, fecundo origen en todos tiempos de tropelías é injusticias; seguia la parte mas entusiasta de la milicia desarmada; el ayuntamiento legitimo estaba disuelto por haber aceptado las córtes su dimision. El descontento de los ánimos era general, y el público llegó á persuadirse á que las autoridades locales estaban en pugna con el gobierno porque habia cartas de la corte en que se aseguraba que el ministerio habia mandado levantar el estado de sitio, reorganizar la milicia y formar un ayuntamiento legal. Como nada de esto se ejecutaba se atribuia á la resistencia de los hombres dominantes en Barcelona, los cuales habian logrado apoderarse del ánimo del nuevo general el baron de Meer, dándole á entender que de ningun modo convenia levantar el estado escepcional ni armar á los milicianos desarmados, como quisiese paz en Barcelona. El baron de Meer aceptó la situacion de Cataluña tal como la encontró á su llegada, y no tuvo toda la prudencia que el caracter de autoridad exijia pare permanecer neutral entre los dos bandos que se estaban disputando el poder de la ciudad, ora fuese por sus principios, ora por los informes que recibiera, se inclinó al partido moderado, y se prestó á la ejecucion de algunos actos que la imparcial posteridad no podrá jamás aplaudirle.

Era á últimos de abril, y en el periódico *El Vapor*, que habia hecho la reaccion en Barcelona á últimos de diciembre, salió un folletin satírico contra la conducta de los hombres entronizados, y la inaccion del baron de Meer, que no daba señales de salir á campaña contra el carlista, cada dia mas pujante. El Baron se indignó por verle en un papel que pasaba por órgano del partido de los hombres que mas encarecian su permanecencia en la ciudad y resolvió dejarlos y salir á donde su obligacion le llamaba que era la persecucion de los carlistas.

A los pocos dias el mismo escritor publicó un folleto satírico burlándose de la manera vergonzante y medrosa con que se habia levantado el estado de sitio, á fuerza de pedirlo la opinion ya muy formada y en que se enunciaba la reorganizacion de la milicia y la formacion del nuevo

ayuntamiento. Si los progresistas no hubiesen salido de este terreno legal, la victoria hubiera sido suya y completa; pero no sucedió asi por desgracia. En la víspera del malhadado dia 4 de mayo se notaron preparaciones, retenes y otras demostraciones de alarma y desconfianza en el gobier no: en Atarazanas se reunieron los lanceros de la milicia nacional. Nadie sabia con que objeto, como no fuera la autoridad, ó por mejor decir los que estaban al corriente de los sucesos ocultos.

Amaneció el dia 4, y unos cuantos jóvenes se presentaron en la plaza de San Jaime. Parecia que estaban aguardando algun gefe, y como no pareciese á la hora señalada, uno de ellos se arrojó sobre el centinela de la guardia de las casas consistoriales y se apoderó de su fusil: los demas se apoderaron de la guardia, y pusieron al oficial y soldados presos. La insurreccion se habia inaugurado. Cuatro ó cinco de este grupo se esparcen por las calles gritando *á las armas*, y revelando su primer triunfo, los iniciados acuden, las puertas se cierran, las gentes corren, de todas las casas salen piquetes de hombres armados y todos se dirijen á la plaza de San Jaime. Circulan ya proclamas concitando á la sublevacion. Toda la ciudad estaba conmovida.

Los primeros nacionales y paisanos que acudieron á la plaza de San Jaime, temiendo que la autoridad mandase alguna fuerza á este punto, desde el momento que supiese las ocurrencias notables que acababan de tener lugar en ella, trataron de prepararse á la defensa, y con vigas, trastos viejos, piedras y demas que pudieron procurarse construyeron barricadas en las bocas calles de la plaza. Con un ardor tanto mas encendido cuanto mas activa y peligrosa era la situacion, se les veia trabajar y guardar los diferentes puntos de la plaza y algunos avanzados. Todas las casas de las cercanías fueron ocupadas; lo fué tambien el palacio arzobispal, que está cerca; veianse los sublevados en las azoteas y cuartos de las casas parapetados detrás de murallas, de colchones y muebles que se construyeron á toda prisa, y tanta fué la actividad que desplegaron, que á las ocho de la mañana ya se habia hecho la plaza y la posicion de los insurrectos inespugnable. Las autoridades habian acudido al al fuerte de Atarazanas, y con ellas tambien todos los prohombres del partido moderado, y acaso reinaba entre ellos mas confusion que entre los mismos sublevados. El gobierno local trataba de reunir todas las fuerzas posibles: soldados, nacionales, marinos españoles, ingleses, miñones, patriotas, todo fué llamado. Mas antes de que estuvieron todas estas fuerzas disponibles, hubo de trascurrir algun tiempo que no fué desaprovechado por los jóvenes y nacionales apoderados de la plaza de San Jaime.

La alarma habia cundido ya, no solo por todo el vecindario barcelonés sino por los pueblos comarcanos; las proclamas habian sido profusamente esparcidas, en ellas se incitaba al pueblo á la revolucion, fudándose

en que la ciudad estaba subyugada bajo el poder tiránico de unos cuantos mandarines rebeldes á las órdenes del gobierno superior. Varios grupos de los sublevados estaban opostados en las encrucijadas circunvecinas, y se apoderaban de los fusiles de los nacionales que al toque de llamada acudian de órden de la autoridad, y para su apoyo á sus cuarteles respectivos. El número de los que se habian reunido en la plaza era ya considerable y entre ellos habia no pocos oficiales de la milicia y algunos de cuerpos francos; se organizó una columna, y despues de haber dejado los puntos bien cubiertos y defendidos, se preparaban á salir tambor batiente y bandera desplegada para aumentar sus filas y atacar á las fuerzas del gobierno, como tratasen de oponerse á sus intentos, cuando entre los sublevados apareció D. Ramon Xaudaró y se puso al frente del movimiento. Cuando se esparció por la ciudad la noticia que era Xaudaró su caudillo, algunos se retrajeron de acudir en su ayuda y algunos tambien se retiraron de la plaza. Las autoridades aprevecharon diestramente esta coyuntura esparciendo contra el gefe los mas feos rumores: se le supuso agente de D. Cárlos, como lo habia sido, segun ellos, del conde de España durante la emigracion; dijeron que bajo su direccion habian sido saqueadas las arcas de las casas consistoriales y la audiencia; que las casas de los particulares habian sido robadas y que los comunes depósitos habian desaparecido entre la turba frenética y bandolera. Mentiras engendradas por la mala fé, y crecidas por el espíritu del partido: los sublevados no habian tocado un maravedí de ninguna parte; en aquellos terribles momentos no querian mas metal que el plomo y el hierro. Algunos particulares que huian de sus cuartos viéndolos convertidos en baluarte dejaban dinero en sus cómodas, y los nacionales se lo hicieron recojer, porque se lo llevasen. Dióse ademas una órden de pena de muerte al que robase lo mas mínimo.

Con órden de no separarse de las primeras líneas, salió una columna tambor batiente y bandera desplegada por el Call, Boquería y calle de Fernando VII hácia la Rambla, esparciendo proclamas, dando vivas, y llevando tras sí un gentío inmenso.

Pero á estas horas el gobierno local habia tomado ya algunas providencias. En la Rambla de Santa Mónica habia un grupo de fuerzas considerables; los marinos ingleses estaban desembarcando para auxiliar al gobierno, y una columna de parrotes, mozos de la escuadra, y tropas habian avanzado hasta la calle de Fernando VII. Encontráronse pues las dos columnas. Los sublevados creian que aquellas fuerzas iban á hostilizarles y se preparon á la lucha; mas, viendo que las fuerzas del gobierno se quedaban tranquilas, que les dejaban pasar sin hostilizarlos, cundió entre ellos la voz de que iban á unírseles, que la tropa estaba comprada. Con esto en vez de retroceder el comandante de aquella columna, jóven oficial de la milicia, de mas valor y temeridad que de juicio y tacto, avanzó

hácia la Rambla con el grito unánime de *¡ A Atarazanas ! ¡ al fuerte de Atarazanas !*

Cuando hubieron desfilado, las fuerzas del gobierno hicieron contramarcha y los fueron siguiendo á retaguardia. Llegó la columna de insurreccionados á la plaza del Teatro, donde hizo alto; la turba que les acompañaba se disipó, previendo lo que iba á suceder, y la columna del gobierno se adelantó para reunirse á la restante fuerza, que estaba formada en ala en la Rambla de Santa Mónica junto al fuerte de Atarazanas, provisto de cañones prontos á barrer las cercanias. Era la mayor de las temeridades la empresa de la columna insurreccionada; pero hasta esta terrible posicion no empezaron á conocer los sublevados su imprudencia. Veian que era falso el rumor de que las tropas estuviesen con ellos: ya se habian parado para no tener siquiera enemigos á la espalda, y los otros fueron bastante indiscretos en dejarles paso para la fuga; sin duda la querian. Valientes empero y pundonorosos los que formaban aquella mal aconsejada columna, no quisieron retroceder. Parlamentarios se adelantaron de parte de las tropas del gobierno á fin de dar á los sucesos otro rumbo; y mientras estaban conferenciando, salió un tiro no se sabe de donde. Una descarga cerrada siguió á este tiro; la columna de nacionales fué desconcertada, cubierto el suelo de cadáveres y heridos, entre ellos muchas mugeres y niños que formaban parte de los imprudentes concurrentes á escenas tan lamentables. Los demas nacionales que no fueron heridos se retiraron batiéndose; mas no pudieron contener el ímpetu de la caballeria y demas fuerzas del gobierno, alentadas con este primer éxito, y viendo que los sublevados eran pocos y no estaban sostenidos por fuerza alguna. La bandera de los sublevados quedó en el campo con el desdichado jóven que la llevaba, que cayó herido. La caballeria de nacionales cargó sobre ellos; pero se contentó con deshacer el grupo de los amotinados, corriendo en diferentes direcciones con la lanza levantada y el sable abatido. No se condujeron asi los mozos de la escuadra, institucion odiada por el pueblo barcelonés desde los tiempos del conde de España, que de perseguidores de malhechores los habia convertido en viles polizontes: esclavos de la obediencia mas ciega, servian á sus gefes sin reparar jamás lo absurdo y bárbaro del mandato. Asi fué que entonces, apoderados del campo, cebaron su ferocidad en las entrañas de los infelices heridos tendidos en la plaza acribillándolos á bayonetazos sin atender á los lamentos de los que imploraban piedad: el desventurado abanderado, que hemos dicho cayera herido, llevaba en su pecho la punta de una bayoneta rota con la violencia del golpe.

Los dispersos acudieron á la plaza, y la noticia de su derrota produjo el consiguiente desaliento en los que se habian quedado en los puntos fuertes: reanimados, empero, acto continuo juraron perecer antes que huir ni rendirse. Redoblaron los puntos de defensa con ardor crecien-

te desde el instante en que vieron aumentadas sus filas con compañías enteras de nacionales, que se les unieron indignadas de la conducta de las tropas.

Las fuerzas del gobierno, tras la primera victoria, avanzaron por diferentes puntos hácia la plaza, cuyas avenidas son muchas, pero todas estrechas y tortuosas, en términos que tanto cuanto es mas fácil la defensa, tanto mas difícil y peligroso es el ataque. Los nacionales de á caballo intentaron, pero vanamente entrar á escape en ella, pues la imperturbable serenidad de las centinelas avanzadas los hizo siempre retirar. Al fin hubieron de emplear los sitiadores la artillería; fueron conducidos á la plaza de la Lana, junto al palacio del arzobispo, un cañon, otro al Call, otro al Regomi, y otro á la carcel; estos cuatro puntos formaban una cruz, y todos podian dirijir las balas y la metralla al centro de la plaza. Los sublevados no estaban en ella, apoderados de los edificios y detras de las barricadas se reian de las balas y metralla. A cada tiro de metralla se dejaba oir un grito de *¡Viva la libertad! ¡viva la Constitucion!* Esto y un nutrido fuego de fusilería que diezmaba las filas de los sitiadores, era lo que respondian los sitiados á los disparos de aquellos.

El gobierno en la imposibilidad de atacar indirectamente á los sitiados mandó cubrir con nacionales las azoteas de las casas circunvecinas. Las casas de Barcelona estan construidas de suerte que no hay tejados, sino terrados, especie de salas sin techo, por los cuales se puede ir á grandísima distancia; pues á no ser por las cortaduras de las calles, se podria pasear por toda la ciudad.

Los nacionales no muy contentos de la marcha de la autoridad local, y conociendo que en aquel movimiento tenian no pequeña parte las violencias é ilegalidades, no quisieron hacer fuego; levantaron las culatas, agitaron pañuelos blancos, y convinieron con los sublevados en que habria entre ellos neutralidad. Las tropas y sobre todo los mozos de la escuadra fueron los que siguieron haciendo fuego.

El Call era el punto mas tortuoso; para alcanzar la plaza era preciso acercarse mucho á ella, y el cañon que en esta calle se puso quedó abandonado mas de una vez. Los artilleros caian al certero tiro de los parapetados; los mozos de la escuadra, que avanzaban arrimados á las casas caian tambien muertos ó heridos. Algunos nacionales y vecinos apoderados de sus casas, les arrojaban tiestos y otros muebles con las balas.

Trascurrieron muchas horas con este tiroteo sin avanzar los sitiados nada; hubo suspension de hostilidades para parlamentar; los sitiadores querian que se rindiesen á discrecion los sublevados, y estos exijian el cumplimiento de las órdenes del gobierno de Madrid, el armamento de la milicia, el nombramiento de la municipalidad, y que no habria mas estados de sitio.

La transacion no fué nunca posible, y el fuego fué siguiendo cada vez mas horroroso y fuerte hasta el toque de oracion.

Este dia fué para Barcelona un dia de consternacion y espanto. Todas las familias tenian mas ó menos deudos en uno ú otro bando; muchas en los dos, y nadie estaba libre de una catástrofe. El cañon rebramaba por las calles, como entre montes el trueno; los cristales de las casas saltaron todos hechos trizas; y los edificios tembleequeaban á cada cañonazo y disparo de granadas como en los sacudimientos del terremoto.

Viendo el gobierno la inutilidad de sus esfuerzos, hizo al fin retirar sus fuerzas á Atarazanas, y se encerró en este fuerte, dispuesto á sostener la defensa. La sangre derramada en la plaza del Teatro toda de barceloneses, toda de hijos de familia de la ciudad, habia indignado los ánimos contra los provocadores de estas escenas sangrientas, y se acusaba á las autoridades de provocadoras. Hubo momentos en que se creyó que los amotinados triunfarian: la opinion se habia pronunciado contra los reaccionarios de enero. Los sublevados seguian en la plaza tranquilos y satisfechos de su jornada; al toque de oracion pasaron revista en la plaza; dejaron transitar la gente sin armas; y guardaron toda la noche la vijilancia mas severa.

Durante esta suspension de hostilidades el gobierno envió á la plaza de San Jaime emisarios encargados de conseguir con las negociaciones lo que no habia podido obtener con los ataques á bala rasa y á metralla. Gran parte de los sublevados no supieron estas negociaciones, vieron personas entre ellos que no habian peleado con ellos, pero en quienes tenian alguna confianza: algunos escucharon las proposiciones que se les hacian. El gobierno les permitia salir con las armas por la puerta de San Antonio para reunirse á las fuerzas que operaban en las montañas contra las bandas carlistas. Esta salida habia de verificarse á la madrugada del dia siguiente 5. Amaneció este, y ya no habia nadie en la plaza; porque en vez de haber salido aquella fuerza á campaña, se fué disolviendo y desapareció durante la noche, sin que nadie hubiese podido advertir por donde, ni saber quienes habian sido los insurreccionados.

Los mozos de la escuadra ocuparon las casas consistoriales y la audiencia, hubo formacion de milicia, y la asonada se concluyó. Xaudaró, descubierto en la casa en que otra vez se habia escondido, fué conducido á Atarazanas y encerrado en un calabozo. Fundada en que la capitulacion que le perdonaba el delito de insurreccion no habia sido cumplida, la comision militar le sujetó á su juicio y á las 24 horas fué conducido á la última pena. El desdichado habia pedido que se le quitase la levita que llevaba casi nueva para que al menos sirviese á sus hijos; pero ni este consuelo se le concedió.

Pasados algunos dias, fueron los escondidos apareciendo en público; pero la autoridad se apoderó de ellos y los envió á la isla de Mallorca, por órden de cuyo general fueron encerrados en el castillo de Bellver.

Despues del triunfo, todas las autoridades hablaron al pueblo y el ayun-

tamiento dió gracias por su cooperacion á las fuerzas auxiliares estrangeras de la manera que dejan conocer los dos documentos que para muestra del espíritu que reinaba trasladamos.

Alocucion del ayuntamiento á los habitantes de esta ciudad.—«Apenas »acababa la Excma. Diputacion Provincial de encargar espresamente á es»te ayuntamiento constitucional provisional que redoblase su celo para »mantener el órden y la tranquilidad de esta ciudad, como principal atri»bucion de la autoridad municipal, dirigió su voz este cuerpo político lo»cal á sus conciudadanos.

»Hablaba anteayer á una poblacion civilizada, que ha sufrido diversos »movimientos, que es cual otra alguna defensora acérrima de la libertad, »invocó pues la civilizacion, las lecciones de esperiencia, la necesidad »de no dar á la Europa y al mundo entero el escándalo de que la libertad »perezca en manos de sus mismos hijos. La inmensa mayoría de esta ca»pital ha correspondido en estos momentos de prueba á tan sanos, tan in»dispensables y tan patrióticos acentos.

»La irreflexion sin embargo ha podido mas en algunos y cerrando los »ojos á los precipicios que rodean siempre á las conmociones públicas, se »han dejado alucinar con la misma inadvertencia que pudieran hacerlo en »otros dias cuando dábamos los primeros pasos en la carrera práctica de »los desengaños, se han lanzado, y pretendian arrastrar con ellos la po»blacion toda á un mar cubierto de escollos, de incertidumbres y de ne»gras tormentas.

»¿Qué mas podia desear en Barcelona el bando despótico que se com»place en nuestros desaciertos en las montañas de Cataluña? ¿Podrá nun»ca dominar con la fuerza en nuestros muros? Es imposible. ¿Esperará »que le llamemos á nuestras puertas? Primero habria de acabar con nues»tras vidas y hogares. Desórden, desobediencia, sublevaciones, anarquía.... »hé aquí los elementos con que cuenta y que iban á desplegar toda su fu»ria en nuestro hermoso recinto.

»Mas por fortuna, los desvelos de las autoridades civiles y militares, »la energía de estas últimas, la imponente actividad de la milicia ciudada»na en general, la lealtad y la admirable disciplina de la demas fuerza »armada, la cooperacion franca y decidida de la marina inglesa y france»sa, y hasta ese instinto del bien y de la conservacion que siempre se »eleva sobre las fugaces combinaciones del momento, han postrado su po»der, y han conseguido que, desapareciendo de nuestra vista el dia 4 de »mayo de 1837 con todos sus horrores, haya amanecido el presente en to»da la paz y del órden, anunciando la continuacion del trabajo á las clases »menesterosas, y la seguridad y el sosiego, á los que puestos al frente de »nuestra envidiable industria les proporcionan tan grande beneficio.

»Barceloneses: la suerte de vuestras personas, familias y propiedades, »está en vuestras manos. Si el temor, si el egoismo, si la facilidad de dar

»oidos á cualquiera instigacion ha de prevalecer entre nosotros; si cuando »nos gloriamos de pertenecer á una poblacion adelantada, hemos de ser »el juguete de la inconstancia en la opinion sucumbiendo á insidiosos so-»fismas, á razones propias solo para cautivar á los incautos, á pretestos »que nunca han faltado en la cadena de las revoluciones, el ayuntamiento »os lo anuncia y os lo predice en este momento: Barcelona será victima de »la mas atroz desventura. La enseña que se plantó ayer en estas casas consistoriales, no será mas que la precursora de otra bandera futura ador-»nada de grillos y cadenas.

«Abierto tenemos el libro de los vaivenes políticos: abierto está, no »precisamente en naciones estrañas, sino en nuestra misma patria. En una »de sus sangrientas páginas se halla estampada la *osadia* y la *astucia*, en la »otra la miserable *imbecilidad* y la *cobardia*. El ciudadano que nunca escar-»miente teniendo á la vista tan tremendas cláusulas, ni es digno de la li-»bertad que invoca, ni pertenece á las filas de Isabel II que clama ni »merece ser creido cuando diga que es amante de las instituciones re-»presentativas.

«Habitantes de Barcelona: el ayuntamiento ha cumplido con un deber »paternal, dirigiéndoos de nuevo su voz amiga cuando todavia se derro-»man lágrimas sobre acontecimientos tristes para todos. A los gefes de fa-»milia, á los directores de establecimientos de todos clases, corresponde in-»culcar á los inespertos las lamentables consecuencias de una leccion per-»dida. Jamas será permitido á ningun hombre de bien dar otra direccion »á la opinion pública, sino ha de seguir un dia á nuestros males el pesar »infructuoso y tardio, sino hemos de dar motivos á que se alejen de este »pais desgraciado los que pueden hacer su bienestar con las riquezas de »que disponen, sino han de tomar ocasion para abandonarnos á nuestra »suerte los gobiernos ilustrados, sino hemos de ser en fin la befa de todas »las naciones libres.»

«Barcelona 15 de mayo.—El Excmo. ayuntamiento al brigadier Puig:

»Barcelona faltaria á un deber sagrado si su ayuntamiento constitu-»cional provisional, en union de sentimientos con los comisionados de las »diferentes clases de la ciudad, no aprovechase los primeros momentos »en que les permiten un desahogo las graves y urgentes tareas que aca-»ban de ocuparles en esta crisis, para hacer á V. S. las mas vivas »manifestaciones de gratitud. En nombre de todos estos habitantes las »dá á V. S. este ayuntamiento por el patriótico celo con que arrostrando »toda clase de peligros, acaba V. S. de contribuir tan eficazmente á apar-»tar de esta poblacion industriosa los males inmensos que la amagaban.

«Aplausos y timbres se grangean con las acciones nobles en el campo »de batalla al alcanzar la victoria de enemigos conocidos. Mas cuando el »orden, la libertad y la autoridad pública están vacilando, sin declararse »abiertamente los designios ocultos y las fuerzas superiores que se puedan

»desplegar, y se vé el imperio de la ley pendiente por instantes de un »éxito dudoso, el fijar entonces el destino de una ciudad populosa influ»yendo en la opinion y en la suerte de algunas provincias y acaso del rei»no entero, es un hecho que no puede menos de merecer la estimacion »pública, acompañada de las lágrimas de puro agradecimiento de los que »ven sus vidas y propiedades afianzadas, de los mas gratos recuerdos de »todas las familias que necesitan el trabajo y el sosiego para su subsisten»cia, y de multiplicadas simpatias en los pechos generosos, para quienes »no es indiferente el hermoso espectáculo del valor militar empleado en »medio de la ansiedad de un populoso vecindario para el sosten del órden »civil y de una libertad fundada en obsequio á la ley.

»Un hecho de esta clase ha visto Barcelona toda en los dias 4 y 5 del »corriente. Un hecho de tantas consecuencias quedará para siempre con»signado en la vida política de V. S. Su trascendencia es conocida; y al re»cordarla este cuerpo municipal y los representantes de las clases de esta »ciudad, se complacen en reconocer el mérito de una accion grande, y en »asegurar á V. S. que así por el triunfo conseguido sobre el desórden y la »anarquía, como por la sangre economizada y las desgracias impedidas, »queda desde ahora grabado perpetuamente en los corazones de estos ciu»dadanos el agradecimiento á los desvelos de V. S. enlazado con el recuer»do del eminente servicio que acaba V. S. de prestar á un tiempo á la hu»manidad, á la causa de la civilizacion y al interés inestimable de la pa»tria.»

En Reus estos acontecimientos tuvieron un eco alarmante: el comandante de armas fué gravemente herido y los pronunciados hubieran llevado adelante su empeño sin la influencia de personas de crédito interesadas en el mantenimiento del órden, no por las medidas del gobierno que muy al contrario aumentaban el ódio exacervado de los partidos.

Tambien estuvo á punto de tener eco, como en otras ocasiones, en Tarragona por uno de esos incidentes imprevistos que á las veces precipitan los grandes acontecimientos. Cuando estalló la insurreccion de Barcelona acababa aquella ciudad de sentir una séria agitacion con amagos de trastorno.

Una mañana fueron sorprendidos trece pescadores indefensos de la marina que iban á recojer sus lanchas y fueron llevadas precipitadamente por sus aprehensores los carlistas á sus guaridas. Este hecho causó en la ciudad profunda irritacion por la calidad de los presos, y habria producido temibles represalias á no presentarse muy pronto once de los trece, que lograron fugarse. Las autoridades reunidas al aspecto de una conmocion acordaron cojer en rehenes á seis personas de arraigo del mismo vecindario conocidas por su desafeccion á las instituciones constitucionales, y tomaron algunas otras medidas con el mismo fin del afianzamiento del órden y la seguridad individual. Con ellas afortunadamente se calmó

la irritacion, y el pueblo abandonó la idea de vengar por sí mismo aquel hecho, que tal es el carácter de aquellos naturales sino obtienen inmediata satisfaccion.

Las autoridades alternaban estos sinsabores con algunos triunfos sobre el carlista, á quien de nuevo humillaron junto á la márgen izquierda del Ebro en la provincia de Tarragona. Un mes hacia que los carlistas bloqueaban á Gandesa cuando en la mañana del 20 de mayo tomaron posiciones en las montañas del Calvario y otras alturas inmediatas. Muy luego recibieron refuerzos, entre ellos 250 caballos, reuniendo ademas muchos trabajadores de los pueblos comarcanos, con intento de sitiar por cuarta vez la villa. Gandesa, como situada en la cuenca de un rio caudaloso, está rodeada de altos montes que hacen muy fácil y seguro el ataque cuando se dispone la artilleria: está cercada de murallas que solo permiten la entrada en el pueblo por cuatro puertas; pero su vecindario, que no llega á 500 vecinos, no ofrece grandes recursos al defensor.

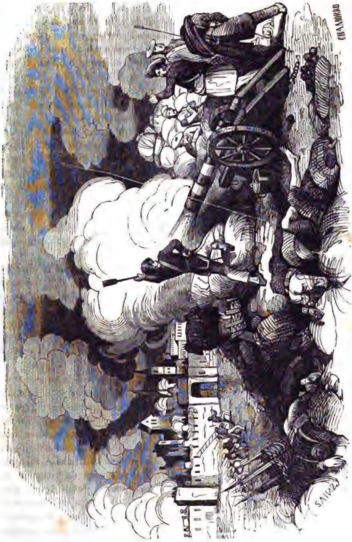
Con tales ventajas contaba el famoso Cabrera para domar la bravura de sus naturales, que habian llegado á empeñar su amor propio en la empresa de su ocupacion á viva fuerza. Mandaba aquellas fuerzas en persona el mismo Cabrera: hubo frecuentes escaramuzas en los 4 dias siguientes y en la noche del 23 construyeron dos baterias en el cerro del Calvario, á donde colocaron 2 piezas, la una de á 8 y la otra un obus de á 7 pulgadas, con las cuales rompieron al mediodia del 24 el fuego contra Gandesa hasta entrada ya la noche. Pasáronla los sitiadores en construir otras baterias al pié del Calvario, á distancia de 500 á 600 pasos de la poblacion, y los sitiados en reforzar las paredes y tambores á donde podian dirijir los tiros, con faginas y sacos de tierra, tomando ademas otras precauciones muy acertadas, bajo la direccion del activo comandante de la milicia nacional de Gandesa, D. Cayetano Arca.

Los acertados disparos de la plaza apagaron el 25 los fuegos de la artilleria enemiga al poco tiempo de empezar, y no pudo ya jugar en todo el dia; bien que en tanto, situados los carlistas á cubierto de los árboles y márgenes de las heredades inmediatas, hacian un continuo fuego de fusileria, que duró hasta la noche. Llegada esta se apresuraron los defensores de la villa á reparar lo destruido en los débiles muros por las baterias contrarias, y mejorar en lo posible la defensa hasta que amaneció el 26, dia de tanto peligro como de gloria para los gandeses.

A las cinco de la mañana principiaron las tres piezas enemigas un fuego terrible y certero contra la puerta de Horta, logrando destruir un tambor y abrir una brecha practicable. Todos los sitiados conocian que de cerrar aquella avertura pendia su salvacion; y por mas arriesgada que fuese semejante operacion, se emprendió con tal ardor, que á pesar del horroroso fuego de fusileria y artilleria que sin cesar les dirijian, estaba ya cubierta á las diez de la mañana y puesto en salvo aquel punto, con-

tra el cual se habian disparado en cinco horas 127 tiros de cañon.

Rodeado Cabrera de los suyos, que creian atemorizados á los gandeses, le aquijaban el asalto. Mandó, pues, que Llangostera, uno de sus generales subalternos, les intimase la rendicion, amenazándoles con el degüello y el incendio si continuaban la resistencia. Contestó el comandante de la plaza haciendo enarbolar bandera negra, y al mismo tiempo los milicianos nacionales escribieron en el pañuelo blanco, que puesto en una vara larga llevaba el parlamentario, los siguientes lemas: *viva la Constitucion; por Isabel II vencer ó morir*; *libertad ó muerte*. No obstante, pasóse la noche tranquila aprovechándola los carlistas en abrir un camino cubierto desde la falda del Calvario, en direccion á la puerta de Horta, y los gandeses en reforzar esta y reponer lo mejor posible los daños esperimentados de dia. Mudaron de objeto el 27 los fuegos de los sitiadores, dirigiéndose al tambor llamado Matamoros, que se hallaba á la izquierda de dicha puerta, y que estando de antemano bien reforzado, fué poco el daño que sufrió. Pasó el 28 como el 27; pero observando los sitiados que en todo aquel dia no cesaban los enemigos de acopiar en el Calvario cargas de leña y ramas secas, y notando la poca viveza de los disparos; señales que en el sitio anterior último acompañaran á la construccion de dos minas, entraron en sospecha de que á la sazon sucederia lo mismo; y sin demora se dió principio á abrir una contramina, en direccion que prometia un resultado favorable. Sin dar lugar á que anocheciera, aproximaron los sitiados al pueblo, en frente del mismo portal de de Horta el ramage acopiado durante el dia, que pasaba de mil cargas, y en el discurso de la noche hicieron con ella una especie de trinchera á tiro corto de fusil de la poblacion. Bien conocia el comandante de la plaza lo urgente que era destruir aquel trabajo; por lo cual aprovechando el entusiasmo que á los sitiados acababa de inspirar la llegada de un confidente del general Nogueras, noticiando que se aproximaba con las tropas de su mando, dispuso al amanecer del 29, que en medio de un repique de campanas y de los vivas á Isabel y á la Constitucion, que por otro lado resonaban, saliese un cabo y cinco nacionales á incendiar la trinchera, operacion que fué obra de un momento, y que en valde intentaron paralizar los contrarios, destinando 300 hombres al efecto pues el fuego que que les hicieron los contuvo, obligándoles á ser testigos de como consumian las llamas el trabajo de toda la noche. A las ocho del mismo 29 retiraron su artilleria por el mismo camino que la llevaran, levantando al fin el sitio. Daños de consideracion sufrió en aquellos ataques Gandesa, cuya guarnicion se componia de 400 milicianos nacionales, un cabo y dos artilleros y un soldado de cada uno de los regimientos de infanteria de Burgos y del Rey. Trescientos cuarenta y siete tiros de cañon les dispararon, 100 de ellos de granada; incendiaron todas las casas de campo y cuantos edificios habia estramuros, talando ademas los olivares y almendros, úni



Gandesa en el acto de ser sitiada

22

ca riqueza de aquel pueblo. Defendiéndole murieron dos jóvenes nacionales, y quedaron heridos 34. Al dar estensamente el parte de este suceso aquel comandante de armas: «Allí, dice, no defienden sus riquezas, porque son pobres, y no les queda mas que sus campos talados y abrasados por la vil canalla: defienden la causa de la patria y del trono, aislados, sin auxilios, sin una proteccion directa. Ancianos, jóvenes y niños de ambos sexos perecian antes de sucumbir. Cuando el nacional abrumado con el peso de la fatiga, descansa un rato, su muger, su madre ó hermana ocupan su lugar en la aspillera, y la defienden con igual heroismo. Las brechas que hacia el cañon enemigo eran al momento reparadas y defendidas con el filo de la bayoneta de los nacionales. ¡Aquí tienen los españoles ejemplos que imitar y hechos innumerables que admirar!»

Las mugeres en efecto, no desmayaron en tan crítica situacion; antes bien de dia y de noche trabajaban, ya llenando sacos para formar parapetos, ya arrancando ladrillos con el mismo objeto, ya asistiendo á los heridos, ya en fin unas haciendo fuego y sufriendo con tanta resignacion como los hombres la escasez de agua, que en el espacio de doce dias solo se repartió un porron por persona.

Irritados los carlistas de tan tenaz resistencia, saquearon é incendiaron algunas casas y pusieron á los defensores en la precision de buscar abrigo y seguridad en la capital: allí se abrió una suscricion para socorrerles y se les dió por asilo el convento de San Francisco de Paula.

En premio de tanto valor y lealtad la gobernadora concedió la cruz de San Fernando de primera clase al espresado comandante don Cayetano Arca, como tambien la de Isabel II á cuantos individuos sostuvieron el sitio y pertenecian á la clase de sargentos, cabos y soldados ó milicianos. Las Córtes decretaron en 15 de junio que la villa de Gandesa tomase en adelante el título de *muy leal y heróica ciudad*, y eligiera un escudo de armas el mas análogo para representar el hecho que tanto ilustra á sus pobladores.

Pero Cabrera no se alejó del frente de Gandesa sino con la esperanza de volver á ella bien presto y mas temible cuando hubiese vencido al caudillo que venia en su socorro y á cuyo encuentro salió. Nogueras por su parte habia recibido tambien con satisfaccion del general en gefe del ejército del centro la comision de levantar los sitios de Maella, Gandesa y Mora que habia entablado su enconado antagonista. A la presentacion del activo gefe liberal en el primer punto, se retiró la fuerza que le sitiaba á incorporarse con Cabrera, á quien vino á encontrar á una hora de distancia de Gandesa, en Santa Cruz de Saboga, preparado para la batalla, cuyo plan habia meditado con todo el lleno de su capacidad. Antes de emprender la accion, trajo á su alrededor á todos los gefes de batallones y de caballería, y pié en tierra, lleno de emocion, les hizo una breve pero enérgica arenga encareciendo la importancia de aquel combate, como que de él de-

Digitized by Google

pendia la rendicion de Gandesa, y procurando infundir en su ánimo la confianza que él tenia en el triunfo. Sus palabras conmovieron pronto aque-

llos espiritus inflamables: los que están mas cerca de él quieren cogerle como para recibir todo el fuego de su corason; otros arrojan al aire las boinas y piden marchar cuanto antes á la pelea; el soldado desdeña ya la

Digitized by Google

pólvora y cala la bayoneta: hasta los caballos parecen demostrar impaciencia del combate. Cabrera, en fin, se habia preparado como los grandes capitanes para los grandes hechos, y su confianza era tal que una de sus primeras disposiciones fué colocar 1,000 infantes y 100 caballos donde pudiesen arrojarse sobre la retaguardia de su contrario, ya envuelto, para completar su derrota ó su esterminio.

El movimiento de ambas huestes fué casi simultáneo: Nogueras dirigió sus columnas apoyadas por la caballería, y contra ellas emprendió Cabrera un ataque general. Aceptólo el gefe constitucional en el centro, donde aglomeró fuerzas, y entretuvo á los flancos con fuego de guerrillas. Hizo tambien jugar su artillería de montaña por sobre las columnas de ataque, y sus primeros disparos no solo contuvieron la marcha briosa de los carlistas sino que pusieron en desórden las filas cerca de las cuales reventaron. El momento era oportuno y Nogueras no lo desaprovecha: la caballeria se precipita á la carga, el combate se encarniza, pero el desórden del centro cunde á los flancos que ya no escuchan la voz de sus gefes. Cabrera se esfuerza en vano; tiene que retirarse á Bot á presenciar la entrada triunfal de su antagonista en la poblacion cuya destruccion ha jurado. En aquellos momentos tal vez aumenta su despecho la carta de provocacion que desde el campamento del sitio habia mandado á su enemigo. Su pérdida material ademas, tanto al frente de Gandesa como en la accion habia sido mucho mayor que la de los constitucionales.

Noticioso el brigadier Aznar de que Valls con su gente se hallaba bloqueando á Gratallops, y suponiendo que haria movimiento sobre el priorato, salió el diez de Espluga de Francolí dirijiéndose á Villanueva de Pradest, al dar vista á cuyo punto, las avanzadas enemigas dispararon algunos tiros como en señal de que el grueso de la fuerza se retirase. Dividióse en efecto en dos porciones, de las cuales siguió á una Aznar, logrando alcanzarles y tras algun fuego y una carga de lanceros del 7.°, ponerles en completa dispersion. La infanteria carlista de este trozo, reunida á su gefe Valls que bajo de la sierra de la Lena y Arbones con Torucrel de Cabrá, tomó posiciones nuevamente en ademan de contener la marcha de los constitucionales. Estos dieron otra carga y no tardaron en desalojar al enemigo, obligándole á retirarse á la sierra con pérdida de 38 muertos y algunos heridos. El brigadier Ayerbe, persuadido de los escasos resultados que la persecucion en grande y directa producia contra enemigos tan astutos como los de aquella provincia, varió de pronto sus planes, y esponiendo sus operaciones hácia la grande circunferencia de montañas que hay entre Foscadals, Miramar, Coll de Cilla y Lilla hasta el pueblo de Cellabert. Antes del amanecer del 19 estaban cubiertos todos los puntos por donde el enemigo pudiera escaparse y principiando el ataque por el Coll de Lilla, contramarcó que habia pernoctado en Lilla con 300, fué rechazado hácia el Mas de Llemena, de donde tambien tuvo que

retroceder precipitadamente: en la fuga se encuentra con el 4.° batallon franco y la dispersion entonces no pudo menos de ser completa; y como estuviesen cubiertos preventivamente una porcion de puntos que formaban una segunda linea á bastante distancia, pocos fueron los afortunados que no cayeron en la red preparada. Su pérdida la calculó en unos 150 muertos, contando entre ellos cinco oficiales.

El baron de Meer por su parte tan poco descansaba. Tristani, Royo, Caballeria y otros varios intentaban al parecer dar un golpe súbdito sobre Tremp por medio de la caballería y demas gente que bloqueaba á Berga, reunida al efecto el 20 por la noche Meer que supo con anticipacion el proyecto dividió su columna en dos brigadas, enviando la una á atravesar el Segre por la parte de Alentorre y envistiendo con la otra al enemigo directamente. El choque fué de los mas vivos; pero viéndose el carlista en lo mas empeñado del combate, atacado por la retaguardia, tuvo que desbandarse con bastante mortandad de su parte.

El pueblo de Villanueva de Moyá, aunque defendido heróicamente por sus nacionales, estaba próximo á sucumbir. El coronel Clemente salió en socorro en la mañana del 22 con su columna, agregando á ella 700 hombres de la tercera division. Como el primer obstáculo que se presentaba, saliendo de Artesa á Villanueva, era la altura que domina el puente, hizo que el gefe de la vanguardia desalojase de ella al enemigo como lo consiguió. El buen éxito de esta operacion tuvo un resultado inmediato, pues toda la série de alturas que se encuentran hasta aquel punto fueron con igual éxito atacadas á pesar de la firmeza con que el carlista les defendia. Tomada la última posicion mandó Clemente hacer alto por haber observado á la derecha á una columna enemiga que, aunque á bastante distancia estaba en actitud siniestra: algunos cañonazos sin embargo fueron suficientes para hacerla retirar, porque el enemigo no tenia con que contestar á este fuego. Franqueado asi el paso, llegó Clemente á Villanueva donde todavia pudieron contemplar sus ojos los estragos del incendio á que le entregó el carlista como en desquite de sus treinta muertos.

Desde que el baron de Meer tomó el mando del ejército, el lector ha debido observar mas actividad en las operaciones de la guerra y sin plan mas general: su propósito era, seguro del espíritu liberal de la marina, atacar á los carlistas en el centro de su dominacion, en la montaña, y asegurar su posesion por medio de puntos fortificados que pudieran defenderse fácilmente y ser socorridos por las columnas móviles que operasen en su rádio. Este plan, ejecutado con perseverancia, hubiera producido afortunados resultados si acontecimientos estraños no vinieran á interponerse para ello; si las conmociones de Barcelona no distrageran la fuerza militar de estas atenciones para ocuparla en sofocarlas, en lo cual parecia complacerse mas el baron de Meer, que en estrechar al carlista. Como quiera, la guerra hubiera tomado mejor aspecto sin ese abandono en que

quedaba muchas veces la campaña y durante el cual los carlistas, no solo se reponian de los descalabros esperimentados, sino que, seguros de no ser molestados, llevaban su osadia hasta un punto donde no habia rayado hasta entonces. Solsona, Berga y otros puntos importantes que fueron objeto de sus miras, la prueban; y las ideas que ya entonces germinaban de apoderarse de Ripoll y formar una linea de fuertes que les afianzase el pais, y las retiradas, sirviendo de base á todas sus operaciones; ideas que tienen luego su realizacion cuando la espedicion carlista de Navarra les trae fuerzas con que poder ejecutarlo. Y entonces veremos que sin las disensiones producidas en el seno de aquel estado mayor, sin el espíritu anteirregular y enemigo de toda disciplina que dominaba entre los gefes catalanes, y sin su ambicion, la guerra bajo su amparo, se habria exacervado poderosamente y tal vez llenádose todas las miras que cabian en el plan de su gefe superior. Pero lo hemos dicho mil veces y será forzoso que lo repitamos con frecuencia: que todas estas pasiones, todas estas circunstancias obstruian toda marcha, inutilizaban el valor y demas prendas buenas del carácter catalan, y esterilizaban todo pensamiento fecundo. Asi era como la guerra se encrudecia mas cada dia y se inveteraba: por una parte con las aspiracion del partido liberal á mayor ensanche del principio democrático; por la otra con ese espíritu antemilitar de la hueste carlistas: por una parte con las luchas intestinas que se veia forzado á sostener el bando liberal sobre el mas ó menos de las instituciones; por la otra esa misma lucha sobre un principio esclusivista que rechazaba toda sujecion y repelia toda idea de unidad y consiguiente mente de fuerza. Otras circunstancias sin embargo, que ocasion tendremos de indicar, militaban en favor del partido liberal para que, á pesar de sus circunstancias desventajosas, consiguiese allí como en el resto del pais un completo triunfo sobre su contrario.

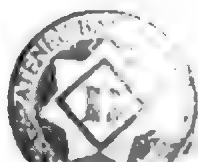
A la manera que un rio destruye la corriente de otro menor, viene ahora un acontecimiento de procedencia esterior á cortar el curso de nuestra narracion: este acontecimiento es la espedicion que á las órdenes del mismo D. Cárlos se desprende de las provincias Vascongadas, atraviesa el Aragon, recorre presurosa la Cataluña y Valencia y se lanza osada sobre la capital de la monarquia. Desde el momento en que ese torrente se derrama por el principado la guerra toma diferente carácter por ambas partes y sus hechos tienen un mayor grado de importancia. Hasta este momento puede decirse que la lucha no ha presentado en Cataluña un aspecto digno de atencion del filósofo ni un grande interés á la imaginacion del curioso: pequeñas bandas, regidas por gefes casi independientes, que acometen empresas de escasa trascendencia, porque casi jamás operan concertadamente, tienen cansado al pais y desolado por cuanto la disciplina en tal organizacion es dificil sino imposible de mantener. Esto es lo que en el campo carlista de Cataluña acontecia y á lo cual mas de una vez

hemos tenido ocasion de señalar por causa al carácter de aquellos naturales, poco afectos á la sujecion de la rigidez militar y la torpe conducta de la córte de D. Cárlos. Si esta desde el principio de la guerra hubiera cuidado de mandar allí un gefe de prestigio, de categoria, hijo del pais es probable, es casi seguro que las ambiciones rivales de los gefes subalternos hubieran sido sofocadas en su gérmen y que ninguno se negase á servir bajo la direccion del que estuviese á notable altura. En el estado actual de las preocupaciones y en la índole del partido carlista cabe legitimamente esta presuncion.

Pero al fin, sea que llegara la corte carlista á conocer esta verdad á su pesar, sea que un pensamiento mas cardinal le precisara á realizar como accesorio este otro; la espedicion trae á Cataluña un gefe superior, que debe ser eje de todo movimiento, que debe sugetar á su autoridad todas las partidas, que debe dar unidad á las operaciones y desarrollarlas bajo un plan único y general. Nada al parecer mas conveniente para el pais y para la misma causa carlista; pero debió tal vez preverse entonces lo que la esperiencia hizo conocer bien pronto. ¿Era todavia oportuno ó era tardio ese remedio? Era aun posible le subordinacion de todos aquellos espiritus naturalmente rebeldes y que se creian todos un derecho mejor á egercer la supremacia? Se creyó buenamente que los que habian corrido los riesgos de la insurreccion y organizádola bien ó mal iban á declinar su poder y entregar el frente de sus esfuerzos á manos estrañas y desconocidas? Se pensó acaso que la vista de una faja y el aparato de un E. M. iba á doblegar todas las malas pasiones que allí predominaban y á destruir todos los instintos de disciplina? Acaso estas reflexiones se apreciaron entonces mismo á algun espíritu recto que no pudo hacerlas prevalecer y que tuvo la triste satisfaccion de verlas autorizadas con una inmediata realizacion.

A nosotros, sin embargo, no nos compete discurrir á posteriori sobre lo que debia haber hecho el que cayó vencido, sino referir los acontecimientos que de aquel paso surgieron, que en verdad, como lo hemos anunciado ya, son de mayor gravedad que los hasta aqui relatados. En los tres años de liza, irregular y sangrienta como ninguna, que llevamos historiados, pocos son los hechos que nos revelen una grande mira: en los tres que nos quedan que recorrer parece que el teatro por medio de una rápida peripecia cambia de aspecto. Veremos desplegarse casi á nuestra vista una série de operaciones que manifiestan un plan, una idea, un jefe: veremos atacados varios puntos militares, organizar la fuerza activa y la administracion militar, poner mano firme y osada en abusos inveterados y aparecer por último, siquiera sea pasageramente, ese centro que disemina armónicamente la accion, ese eje que en las empresas de la milicia acaso mas que en alguna es menester.

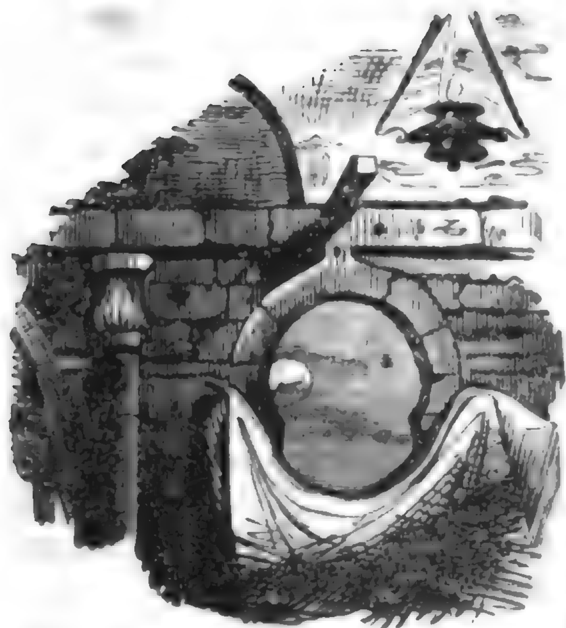
La fatalidad hará sin embargo que ese plan desaparezca pronto, que esa



unidad se pierda, que ese gefe tenga que abandonar aburrido y calumniado sus proyectos, para dejar de nuevo en el seno de la confusion y desorden en que vivia aquella guerra á la cual parecia presidir un destino de impotencia incontrastable á la energia de la voluntad y á los cálculos del génio. Nosotros hemos descubierto ya en varias ocasiones la raiz del mal, y las tendremos nuevas para revelar otras que de consuno produzcan el descrédito de Gefes leales á sus principios, el aborto de sus mejores pensamientos, y el último término la prolongacion infecunda de la guerra y los males que van como triste cortejo en pos de ella.

CAPITULO VII.

Ligera reseña sobre las acciones de Huesca y Barbastro.—Pasa el rio Cinca la Espedicion Real acaudillada por D. Cárlos en persona y penetra en Cataluña.—Estado físico y moral de las fuerzas carlistas catalanas en esta época.—Batalla de Grá.—Defensa heróica del pueblo de San Pedor, y demás sucesos hasta que la referida espedicion pasó el Ebro en direccion á la córte.



cioso nos parecé ventilar aquí ni aun someramente la cuestion tan debatida en la córte carlista de las espediciones al interior de la monarquia. No creemos propio de este lugar ni seria esta ócasion de examinar si ese pensamiento era militar,

era político, era prudente y oportuno: este exámen pertenece á la historia del ejército carlista del norte. Pero esta sustraccion que nos hacemos no debe impedirnos de examinar el hecho en la parte que tiene relacion con el asunto especial de nuestra obra: la espedicion en su rápido curso hizo un recodo, digámoslo asi, en Cataluña, y es fuerza que investiguemos el designio que llevó á aquella provincia, las huestes acaudilladas por el mismo D. Cárlos.

¿Era por ventura la mira de impulsar allí una insurreccion general preconizada por algunos ilusos? En ese caso estaba por delante el ejemplo de la anterior espedicion que hubo de volver derrotada y desmoralizada en sus reliquias. ¿Era por ventura el deseo ó la necesidad de recursos la que llevaba á una provincia industriosa y de estensa costa, de fácil acceso á los espedicionarios? Pero todo el litoral de Cataluña era enemigo de su causa y la parte adicta de la montaña era un pais pobre. ¿Acaso pretendia á la sombra de autoridad régia imponer obediencia y respeto al espíritu antimilitar de los catalanes sometiéndolos á la direccion de un gefe entendido y supremo? Creemos que era tardío, y los diferentes ensayos hechos hasta entonces habian demostrado la imposibilidad de realizarlo en esta ocasion. ¿No era mas que la idea de pasear el pendon carlista por varias provincias y recoger en ellos fáciles laureles para llegar á la capital de la monarquía precedido de la pavura de sus contrarios? Mas le importaba tambien cuando iba á hacer el último esfuerzo de su poder, no sufrir derrotas, y en Cataluña eran muy probables una vez encerrado en el triángulo que forman las corrientes del Pirineo y el Ebro y batido con ventajas. No atinámos á decir verdad, con la mira que llevó á D. Cárlos á Cataluña, y aun nos sentimos inclinados á creer que en efecto no la tenia. Esta sospecha le confirma en cierto modo en el aserto vindicativo de D. Gaspar Diaz de Lavandero que en su oficio de intendente del ejército carlista, él mismo asegura que se acercaba varias veces á los gefes superiores á fin de saber el punto de descanso del dia inmediato, y siempre recibia por contestacion: «no lo sé; mañana lo veremos» ó bien que la direccion del ejército estaba subordinada á los movimientos del enemigo. Esta falta de pensamiento fijo dará por resultado infalible una derrota que mermará y desacreditará la espedicion, cuanto baste para que pueblos de escasa importancia y pobres recursos resistan animosos aquella brillante hueste sacada en mal hora de su pais natal.

No nos pertenece tampoco presentar su itinerario desde el 18 de mayo en que verificó su salida por Monreal hasta su entrada en Cataluña, pero no por eso dejaremos de referir los tres hechos principales que en el tránsito tuvieron lugar, para que puedan apreciarse con toda exactitud las condiciones morales y materiales de su entrada en el Principado.

Constaba toda la espedicion de 12,000 infantes y 1,600 caballos distribuidos en batallones y escuadrones de escasa fuerza, compuestos por los

Digitized by Google

alaveses, navarros, castellanos, aragoneses y argelinos. Iba toda esta fuerza bajo la direccion nominal de D. Cárlos y á las órdenes de D. Sebastian: la infanteria, dividida en cuatro brigadas, era mandada por Villarreal, Sopelana, Cuevillas y Arroyo; la caballeria por Quilez, con sus inmediatos Tarin, Manolin y otros dos; era gefe de E. M. el general Moreno y llevaban una numerosa brigada con cuarenta mulas de tiro provistas de sus correspondientes atalajes. En tal disposicion iba D. Cárlos entre animado

y receloso, seguido de su numerosa y variada córte que procuraba infundir en su espiritu apocado, la confianza que tal vez los mismos consejeros no tenian en el suyo.

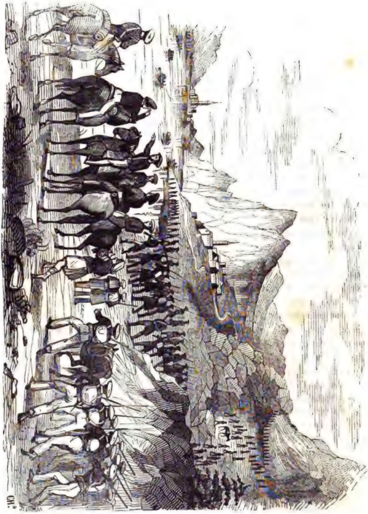
Los tres hechos á que nos hemos referido como enlazados con nuestro objeto, que acontecieron á la espedicion antes de su entrada en Cataluña son las célebres jornadas de Huesca, Barbastro y el paso del Cinca, que

no describiremos sino muy sucintamente, como baste á dejar en el ánimo del lector las ideas que juzgamos necesarias para su cabal ilustracion.

Iba en seguimiento de esta espedicion el valiente general Irribarren llevando á las órdenes á Buercus: sus divisiones eran de las mas escogidas del ejército y de ello no tardaron en dar brillantes á la par que lastimosas pruebas. Cuando la espedicion carlista llegó el 22 á Sadaba, emprendió Irribarren hácia alli una marcha precipitada, y pasando por Castejon, llegó antes que los carlistas que no pudieron estar hasta el amanecer del 23 en Marracos para pasar el Gallego. Pero desde algunos dias las tropas de Irribarren hacian sin descanso jornadas de 10 y 11 leguas á fin de tomar la delantera á su enemigo: estaban fatigadas y no lo lograron cuando hizo aquella su entrada en Huesca. Eran las doce de la mañana cuando Irríbarren supo con sorpresa que los carlistas vadearan aquel rio, pues sus noticias eran de que habian retrocedido. Deseoso de aproximarse á su enemigo aquella noche cuanto le fuera dable, mandó que el brigadier Don Diego Leon y Navarrete pasara á ocupar á Alcalá con la mitad de la caballeria y cuatro batallones, mas cuando estas tropas pudieron ejecutarlo era ya la mañana del 24. Bien conocian los carlistas lo mucho que les interesaba ocupar á Huesca, y con este objeto emprendiendo descansados su marcha en la misma noche pudieron llegar antes del mismo dia. Observando Irribarren que era larga la distancia que le separaba del ejército de D. Cárlos y sabiendo que empezaba á tomar posiciones, se preparó ya para el ataque que juzgó muy probable, sino era inevitable de todo punto. Dividió sobre la marcha la infanteria en tres columnas: la de la derecha compuesta por el 6.° de ligeros, dos batallones de la legion francesa y su caballeria con la correspondiente seccion de artilleria al mando del brigadier Conrrat: la del centro constaba de los dos batallones, el 2.° regimiento de la Guardia Real, uno de Africa, dos escuadrones de la Guardia y Borbon, con la artilleria correspondiente á las órdenes del brigadier Van-Halen; componian en fin la columna de la izquierda los batallones de Córdova, uno de Almansa y parte de la caballeria de la ribera mandada por Leon. La colocacion dada por Irribarren á este pequeño ejército encerraba un pensamiento sagaz y de valor que eran las principales cualidades de aquel malhadado caudillo. Calculaba él, que viendo el enemigo solo seis batallones á su frente, aceptaría la batalla en el llano, donde podria operar su caballería inferior en número pero superior en calidad, ademas de la ventaja que le daba la artilleria con cuya arma no contaban sus contrarios. Pero este cálculo no se realizó por prudencia ó por sagacidad tambien del carlista, que se contentó con desplegar algunas guerrillas á tiro de pistola de sus numerosos batallones. El intrépido Leon, tomándolo á cobardia, enristra su temible lanza y al frente de un solo escuadron arrolla las guerrillas enemigas en breves instantes, penetrando hasta el centro de las masas donde por desgracia tuvo una muerte tan heróica como sensible. Irribarren, que

habia visto con pena el ardor del soldado que imprudentemente clamaba por entrar en accion y con mayor pena todavia que el intrépido Leon se dejaba llevar de su natural bravura, cuando vió por su muerte empeñado el honor de su ejército y la íntima amistad que le ligaba al infortunado, solo pensó en vindicar á aquel y vengarse de la pérdida de este. Desde aquel instante la accion se generalizó con el mayor encarnizamiento, dando imprudentes ejemplos de denuedo y valor Irribarren que colocado siempre en la vanguardia de las guerrillas, parecia procurar la suerte de su malogrado amigo. El valor desplegado por ambas huestes fué heróico; la sangre corrió copiosa aunque la lid fué de corta duracion pues no llegó á dos horas: los carlistas tenian la ventaja de batirse tras las cercas del pueblo y apoyados en las casas ademas de la superioridad del número. La victoria en fin estaba por esta vez tambien en favor de estos é Irribarren tuvo que ordenar la retirada, dejando en aquellos campos los cadáveres de muchos valientes: mas de sesenta muertos, 500 heridos con 100 caballos quedaron fuera de combate; la pérdida de los carlistas no fué menor contando por su parte tambien muertos un coronel y varios oficiales. Irribarren mortalmente herido se retiró á Almudebar donde espiró al otro dia. El carlista tuvo esta por una de sus mas memorables victorias, y á propuesta de don Sebastian se concedió una cruz particular á todos los que ayudaron á conseguirla.

No muy satisfecho D. Cárlos de la jornada de Huesca por las bajas que en sus filas habia causado, evacuó el 27 aquella ciudad en direccion de Barbastro. Buerens que habia sucedido á Irribarren y D. Diego Leon sobrino del que tan gloriosamente acababa de morir, se pusieron al mismo tiempo en movimiento para incorporarse á Oráa bajo cuyo mando, como gefe de aquel distrito, vino á quedar todo el ejército. El baron de Meer con una division de 3,000 y tantos hombres tomó entre tanto posiciones sobre el Cinca para evitar su paso. Tal era la posicion de ambos cuerpos del ejército liberal, cuando Oráa resolvió el 2 de junio atacar al de Don Cárlos en Barbastro. El combate que se trabó fué reñidisimo pues los unos trabajaban por aumentar su gloria y los otros por lavar la mancha de su reciente derrota; pero no todos en el ejército de la reina estaban animados de este noble deseo y su ejemplo vergonzoso produjo una nueva derrota. Dos escuadrones que se hallaban en el ála derecha, volviendo caras repentinamente al cargar al enemigo espusieron la infanteria á ser arrollada, y causaron en el espíritu de todo el ejército un efecto moral tanto mas grande, cuanto mayor era el prestigio que los de esta arma gozaban en él. Mas de setenta muertos y seiscientos heridos fué la pérdida de los constitucionales y hubieron de llorar entre ellos al del valiente brigadier Conrad que en el discurso de su vida habia dejado honrosas pruebas de valor y pericia militar en los campos de la Argelia y de España. Esta derrota por las circunstancias que la acampañaron, fué de muy funestas consecuencias pa-



Digitized by Google

ra el ánimo de los soldados que no dejaban de considerar que un ejército aguerrido, familiarizado con la victoria en los campos de Navarra, superior en número y disciplina al de los carlistas y con la ventaja ademas del arma de artillería, acababa de ser vencido en un pais precisamente de los mas adictos á su causa.

Aprovechando D. Cárlos el efecto moral de sus ventajas, se movió de Barbastro á los tres dias, en direccion de Estada y Estadilla por cuyas barcas permitieron los generales de la reina el escándolo del paso del Cinca, donde debieron reparar su afrenta y abrir al ejército contrario un tumba en su lecho: muy al contrario lo pasó sosegadamente y con escasas precauciones. Oráa con sus 20,000 hombres y el baron de Meer con 4,000 en Monzon, fueron casi meros espectadores de este paso que era lento y difícil para los carlistas, por cuanto solo podian hacerlo á medias compañías.

El baron de Meer, que solo se movió al oir el fuego, creyó retirarse asi que cesó y Oráa por su parte tampoco accedió sino á impedir el paso del último batallon denominado de Castilla, que pereció casi todo en aquellas aguas, mas por el celo de los nacionales del pais, que por el de ningun otro. Lo que seguramente sorprende mas en este hecho es, que, habiendo sabido Oráa con anticipacion la salida de D. Cárlos, ni trata de estorbársela, ni de cojer cuatro batallones que deja á retaguardia; hace luego su movimiento con grandes paradas y no aprovecha su esperiencia y sagacidad, las ventajas que le proporciona la topografía del pais. Fácil es en tales ocasiones concebir sospechas de deslealtad, y no callaremos que el pais entonces, á la vista de tales circunstancias, no las detuvo ante la reputacion de Oráa, si tal vez su conocida pericia y esperiencia no las fortificaron.

El lector juzgará por sí muy bien, las ventajas morales con que D. Cárlos entraba en Cataluña al amparo de los hechos que acabamos de describir, y se encuentra ya en situacion de apreciar con exactitud la importancia de todos los que vamos á repetir mas detenidamente, como cumple á nuestro objeto.

Desde el momento en que D. Cárlos penetró en Cataluña pudo contar para sus planes con todas las fuerzas que sus partidarios habian allí organizado, que en verdad no eran tan considerables ni por el número ni por la organizacion como se las habian pintado. Eran 23 los batallones carlistas de que el mariscal de campo D. Blas Royo disponia como comandante general; pero á su escasa fuerza habia que juntar la condicion todavia mas desfavorable que ya conoce el lector de su falta absoluta de subordinacion. Estaban distribuidas nominalmente estas fuerzas en cuatro divisiones, tituladas de alta montaña ó primera que operaba en los corregimientos, de la Seo de Urgel, Solsona y Lérida, á las órdenes del brigadier Porredon, del Campo que operaba en los de Tarragona y Villafranca del Panadés, bajo el man-

do alternativo de los brigadieres Masgoret, Vals é Ibañez; de Terara que discurria á derecha é izquierda del Ter bajo la conducta del brigadier segundo cabo Sobrevias, por los corregimientos de Figueras, Gerona y Vich, y la de Reserva subdividida en dos brigadas, de las cuales una regia el canónigo Tristani tambien con el carácter de brigadier y la otra el coronel Castell: esta sitiaba entonces á Berga y hacia variadas incursiones por los corregimientos de Manresa y Vich, y aquella de ordinario por las carreteras de Cervera, Igualada y Manresa. Royo tenia su cuartel general en Borrada, y desde él disponia las operaciones á que debian concurrir varios de estos gefes: cuando alguna fuerza liberal se desmembraba de su tronco, ó cuando querian caer de improviso sobre algun punto se reunian dos y mas divisiones, retirándose en seguida á sus respectivos cantones, en los que operaban con entera independencia. No necesitamos esponer de nuevo los males que llevaba consigo semejante organizacion. La administrativa tampoco era mas acertada: rara vez tenia el soldado carlista mas de cinco cartuchos por plaza; en las oficinas habia empleados que apenas sabian leer, y todo su plan económico se reducia á tres pequeñas aduanas fronterizas de escaso rendimiento, á la contribucion llamada *subsidio eclesiástico*, á la secuestracion de bienes y á la esaccion de *permisos comerciales* que era sin duda la mas productiva. Dos meses hacia que se habia instalado una junta superior, y á la sazon se trabajaba en la creacion de otras corregimentales que uniformasen la accion administrativa, secundando sus disposiciones.

Habiendo penetrado la hueste espedicionaria en el Principado, quedaba á cargo del baron de Meer como capitan general de aquel distrito, vengar los reveses pasados y limpiar las manchas que ellos dejaran en el ejército constitucional. Con bastante fé en sus propios recursos y suficiente resolucion para no desperdiciar la mas pequeña ocasion, movióse desde Lérida en busca de su ensoberbecido contrario. Con las noticias que recibió en Agramunt tomó la direccion que aquel llevaba, y converjió hácia Guisona en la madrugada del 12 de junio: allí en efecto era donde debia encontrar al enemigo. El orgullo de las victorias conseguidas en Aragon, tanto como la necesidad de recursos que le escaseaban, hicieron que D. Cárlos presentase desde luego la batalla confiando en que una nueva victoria le proporcionaria la holgura y los recursos que habia menester. Las posiciones que habia tomado eran sin duda para infundir esa confianza: casi á la altura de Guisona habia apoyado su ala derecha; la izquierda en Grá; y la línea de batalla se prolongaba en una estension de casi media legua: los pueblos de San Martin y la Morana habian sido tambien ocupados como puntos de reserva para un accidente crítico que pudiera sobrevenir. Una mirada perspicaz dió á conocer al Baron las únicas posiciones que debia ocupar para contrarestar las tan ventajosas del enemigo: eran tres cerros salientes y escarpados, que formaban una línea próximamente igual á la que debia combatir. Esta posicion exigia un plan

especial de batalla: la brigada Clemente quedó sobre un flanco para observar los movimientos del enemigo, y cubrir la marcha del general en gefe; formaba cabeza la cuarta division al mando del general Buerens que marchó hasta dar vista á Grá; formada allí su batalla por masas á tiro de cañon del enemigo, estableció sus baterias al amparo de un vivo fuego que sostenian las tres compañías de cazadores de la primera brigada. Entretanto el primer batallon del sesto infantería ligero, iba á tomar el pueblo de la Morana; pero como el terreno retardaba su marcha, dos batallones mas del segundo regimiento de la Guardia á las órdenes del brigadier Van-Halen, fueron por mas fácil via al mismo objeto: el denuedo del ataque hizo á este valiente gefe dueño de aquella posicion que importaba á las miras del general en gefe. En seguida los dos batallones de Africa y Avila que habian quedado en la primera posicion apoyando el certero fuego de la artillería, pasaron á reunirse á su division, á escepcion de cuatro compañías del último que por disposion de Van-Halen fueron á reforzar la division de Carbó que disputaba con empeño al enemigo la posesion del pueblo de San Martin. Con estas operaciones prévias quedaba establecida la linea que el baron se habia propuesto formar y en disposicion de trabajar ya con todo el lleno de sus fuerzas para conseguir el triunfo. Previno á Buerens que con un batallon, el primero de la Guardia Real, y el regimiento de Húsares, bajase de la Morana al Valle de Guisona á esperar el momento oportuno de envolver la derecha del enemigo; del mismo pueblo bajó á San Martin el batallon de Africa á preparar el ataque del centro, mientras que la brigada Clemente se situaba al frente del mismo, dejando el punto que ocupaba de la ermita á donde hizo apoyase la derecha de la línea de batalla, la tercera division del ejército del Norte reservada para el ataque de Grá.

Eran las tres de la tarde cuando el plan llegaba á este punto de ejecucion é iba á emprenderse con ardor sin igual el combate en que ambas lineas cifraban el éxito de la batalla. Tres piezas dirigian un hábil fuego contra el pueblo de Grá defendidas valerosamente por el regimiento de Zamora del fuego de guerrillas que hacia el enemigo: casi cuatro horas duró este empeñado combate sin que de una parte ni de la otra pudiera adelantarse un paso. El equilibrio de las fuerzas se sostenia con vigor hasta que llegó á destruirlo una carga del brigadier Leon sobre el flanco derecho de los carlistas á que él hacia frente: los lanceros de la Princesa y tres compañías del primer batallon del segundo regimiento avanzaron intrépidamente contra el enemigo que envió para contenerlas, fuerzas muy superiores que solo un golpe de arrojo heróico pudo arrollar. El capitan de húsares D. José de la Concha al frente de una mitad de tiradores, da una carga tan vigorosa que vino á señalar el principio de la victoria, apoyado por el brigadier Leon. En este momento se encontraba Buerens en una situacion perpendicular al flanco derecho de los contrarios; y Meer aprovechando esta ventaja dispuso que se generalizase el ataque: dióle principio el coronel Clemente con su brigada de vanguardia precedi-

cuenta que cuando la caballería de Leon iba acuchillando á los fugitivos, hizo tocar dos veces la retirada y envió todavia un ayundante para contener con su propia responsabilidad á los reacios: se añade que disgustados todos los gefes, Zabala dió la vuelta con los caballos del diestro y que Leon sostuvo una acaloroda disputa con el baron de Meer, hasta llegarse á retirar á Barcelona jurando no volver mas á sus órdenes.

Es lo cierto que, aunque derrotado D. Cárlos pudo retirarse á Solsona donde fijó sus reales y procuró rehacerse; y que el disgusto de los constitucionales por la conducta del general en gefe, fué universal cuando despues de hacerles permanecer como meros espectadores de su retirada, trasladó su cuartel general á Cervera, es decir, á retaguardia del campo de batalla. Esta conducta que tan digna de cargos aparece, acaso deba atribuirse á un efecto de prudencia, porque las fuerzas perseguidoras de Navarra, llevaban muchos dias de marchas continuas y esforzadas, en estacion calurosa, dando batallas y combates reñidos, circunstancias que indudablemente exigian dar descanso y refrigerio á la tropas: en semejante estado las fuerzas con que pudiera sostener la persecucion de los vencidos se hallaban reducidas á las propias de su distrito.

Mientras los carlistas peleaban en los campos de Grá el mismo 12 de junio, Tristany estaba en Vellirana con 3,500 infantes y 100 caballos amenazando invadir las llanuras de Barcelona y sus costas litorales, en tanto que Zorrilla amagaba caer con su gente sobre el Vallés. El coronel D. Cristóbal Tayl marchó desde Barcelona contra Tristany, al frente de una columna compuesta de unos 800 hombres. Al llegar estos á Molins de Rey, se supo que los carlistas divididos en varios trozos se habian dirijido por la parte de Torellas sobre la marina y que el pueblo de San Boy estaba atacado por un grueso número de enemigos. Allá se encaminó Tayl con su columna; encontró una de 1,000 hombres posesionados de la altura del Termes, y atacándolos sin vacilar los desalojó de cuantas posiciones quisieron sostener, persguiéndolos hasta San Clemente, punto en que se dispersaron en varias direcciones, habiendo esperimentado alguna baja, siendo insignificante la de sus contrarios.

Esparcióse en breve por Barcelona la noticia de la aproximacion de los carlistas; y mientras que el general Pastor, segundo cabo de Cataluña, disponia la salida de fuerza en auxilio de la columna de Tayl, conociendo la crítica situacion en que podria verse rodeada de las huestes enemigas, la mayor parte de los milicianos nacionales de los batallones 1.° y 3.° y de zapadores, que habian sido desarmados á consecuencia de los deplorables sucesos del 4 de mayo, se iban presentando, ofreciéndose á marchar contra los carlistas. Algunos de aquellos entusiasmados jóvenes salieron en la calle de la Rambla al encuentro del gefe político interino, que lo era á la sazon el brigadier D. José María Puig, gobernador de la plaza, y tomando uno de ellos la palabra: «No es nuestro ánimo, dijo, buscar un pretesto para empuñar otra vez las armas y conservarlas en nuestras manos.

Digitized by Google

Confiese en nuestra lealtad y decision por Isabel y la patria; para que unidos á las filas del ejército acometamos á esos temerarios rebeldes que tienen la osadia de amenazar nuestros muros, y luego que los hayamos vencido ó escarmentado soltaremos los fusiles, devolviéndolos á la misma autoridad que fiando en nuestra palabra nos haga el honor de entregarnoslos ahora.»

No fué desoido este rasgo de entusiasmo y amor patrio. Poniéndose de acuerdo el general Pastor con el gefe político, mandó armar por compañías aquella gente en los patios de Atarazanas, de donde iban saliendo por compañías, y formando con ellas y algunas otras una columna de 2,000 milicianos de infanteria, todo el escuadron de lanceros de la misma arma, la compañía de zapadores del ejército y media bateria de la artilleria montada, á las 3 de la tarde del mismo dia 12, se puso en marcha con estas fuerzas para Molins de Rey. Antes de la llegada á este punto se supo que Tristany con fuerzas considerables ocupaba á Gabá y Vega, donde pudo reunir sus huestes dispersas. Allá se dirigia el general Pastor con su columna; pero lejos de esperar el ataque los carlistas, se retiraron y fueron á refugiarse en sus guaridas de San Quintin nniéndose por último á su rey. A su regreso á Barcelona devolvieron las armas los individuos del tercer batallon y zapadores de la Milicia Nacional, quedando depositadas en el fuerte de Atarazanas: el primer batallon permaneció armado.

Repuesto algun tanto D. Cárlos de su desastre en los campos de Grá, trató de poner en movimiento las considerables fuerzas que habia juntado en Solsona y pueblos comarcanos. Una de sus primeras operaciones fué intentar la ocupacion del pueblo de San Pedor, empresa para él tan humillante como gloriosa para aquellos sitiados, que con menos de 200 hombres arrostraron los ataques de los numerosos y formidables enemigos. Cerca de 10,000 hombres de todas armas, con el mismo D. Cárlos al frente, D. Sebastian, Villareal, Merino, Quilez y otros, se presentaron en la tarde del 20 de junio á la vista del humilde pueblo y empezaron á tomar posiciones en la ermita de San Francisco, á menos de un cuarto de legua de la Villa, punto desde el cual se descubre todo el llano de Bajáes; desfilando las demás fuerzas hácia otro lado con un aparato militar tan terrible, que impusiera fácilmente á una ciudad mejor fortificada, que una poblacion defendida por débiles tapias en vez de robustos muros.

En breve se presentó un oficial carlista á la entrada de la Villa á intimar la rendicion, mediante un oficio firmado por Villareal, al cual se contestó de palabra, que San Pedor estaba resuelto á defenderse y perecer antes que rendirse; contestacion que se repitió á un teniente coronel que se apersonó tambien, y últimamente al infante D. Sebastian que hizo igual intimacion con amenaza de llevarlo todo á sangre y fuego, si dentro de media hora no se verificaba la rendicion. En aquella misma noche se

apoderaron los carlistas de los arrabales, estramuros, y la débil fortificacion, y hasta que fué de dia estuvieron oyendo los sitiados el ruido de los trabajos que el enemigo preparaba para el ataque, confundido con los aye y lamentos de los niños, hombres y mugeres que habitaban aquellas casas, y que confiados en que se guardaria con ellos las consideraciones debidas á gentes indefensas y pacíficas, recibieron en breve un costoso desengaño. viéndose tratados con todo el rigor de la guerra. Vino la mañana del 21 y empezó el ataque con un fuego horroroso por toda la villa, circumbalada de carlistas, quienes hacian un fuego vivo y nutrido por las aspilleras apoyados en las casas de los arrabales, siendo preciso que los sitiados incendiaran algunas con sumo trabajo, valiéndose de medios que solo en grandes apuros pueden imajinarse. Tronaba en tanto un cañon ó carronada que los carlistas habian puesto en bateria en el punto llamado el Pon de las Caneras, tan cerca de la poblacion, que á pesar de no ser muy certada la punteria, disparando entre otras muchas, 14 balas de á 24, destruyeron un tambor de la fortificacion y abrieron un boqueron en el muro ó tapia; mas era tal la dilijencia y serenidad de los sitiados, que al momento reparaban aquella destruccion con talegos que incesantemente cosian las mujeres, y llenos de tierra arrostrando el peligro, los llevaban á los valientes que se ocupaban en hacer la reparacion. Particular cuidado tuvieron los defensores de San Pedor en situar sus escojidos tiradores desde donde pudieran con sus certeros tiros herir ó dar muerte á los artilleros que servian la carronada, y lo consiguieron de tal manera que apagaron los fuegos de ella. Entonces fué cuando los sitiadores intentaron como desesperados un asalto improvisado Llegaron algunos á tocar el muro, y una mitad de compañia logró por otra parte salvar la muralla con un teniente coronel á la cabeza, que allí fué víctima de su arrojo con algunos mas. Desistieron al fin de su empeño dejando muerta mucha jente, entre ella un coronel, un teniente coronel, dos capitanes y un subalterno. Contentáronse entonces con hacer fuego apoyados otra vez en las casas que habian quedado. A las nueve de la noche cesó el fuego: en la mañana del 22 se renovó aunque con flojedad, hasta que á las nueve principiaron los carlistas á desfilar en retirada, dejando ardiendo algunas casas que los habian servido de defensa y quemando en una de ellas 50 muertos de los suyos. Por tan distinguido hecho de armas en que poco mas de cien milicianos, ayudados de todos los habitantes de aquel heróico pueblo, desafiaron digámoslo así á un ejército, merecieron los moradores de San Pedor que las Córtes les declarasen benemeritos de la patria.

Ademas de la pérdida material que esperimentó el ejército carlista en los dos hechos de armas últimamente mencionados, su moral se alteraba de dia en dia y de una manera muy sensible. Estas dos causas que obraban de concierto y de las que venia á ser la una como el corolario indispensable de la otra mermaron las filas de D. Cárlos durante su permanencia

en el territorio catalan en cerca de la mitad de sus fuerzas. Habia ademas otro motivo que empeoraba la situacion del ejército carlista en el Principado. Mientras permaneció este ejército en las provincias del norte pudo desafiar los reveses y alternativas de la suerte, porque allí estaba en el núcleo y centro de la guerra, porque se hallaba amparado por la geografía del pais, y protegido por el afecto de sus naturales, pero en el momento en que tomó el carácter de espedicionario, fuele ya condicion precisa la victoria, sopena de arruinarse en el concepto y lenguas de los paises que atravesaba. Por eso sin duda D. Cárlos cuya marcha á Cataluña no ha podido justificarse, creyó que en presencia de la derrota de Grá y del desastre de San Pedor no debia permanecer por mas tiempo en el suelo catalan. Movianle por otra parte á tomar esta determinacion la falta de elementos materiales para sostener sus tropas y la confianza que tenia en las acaudilladas por Cabrera superiores, mas que en número, en organizacion, á las que mantenian la bandera carlista en el Principado. Emprendió pues su marcha el ejército espedicionario hácia los confines de Valencia, pero un movimiento rápido del baron de Meer estuvo á punto de desconcertar este plan, viéndose obligados D. Cárlos y sus tropas á replegarse á la villa de Suria el dia 23.

No obstante siguió avanzando en los dias siguientes, hácia el litoral del Ebro decidido á pasar este rio sin pérdida de tiempo, porque de la prontitud en la ejecucion dependia el conseguirlo. Para protejer aquel paso se presentó Cabrera con respetables fuerzas hácia Cherta. De otra parte, el ejército de la reina tomó posiciones convenientes, situándose el general Nogueras en Mora con 4,000 hombres, Ayerve por la izquierda de Cabrera con otros tantos y Borso de Carminati en Tortosa con una fuerte brigada; el baron de Meer, que parecia observar en tanto los movimientos del pretendiente, trasladó su cuartel general á Cervera al 27 de Junio. En la noche del 25, acelerando D. Cárlos sus marchas y atravesando los campos de Urgel, durmió en Belpuig pueblo situado en el camino real que vá á Zaragoza desde Barcelona, punto intermedio entre Lérida y Cervera, á cuatro leguas de esta ciudad y cinco y media de aquella plaza, de modo que puede decirse que pernoctó en medio del ejército de la reina. Dividió el suyo el pretendiente en tres columnas por las Garrigas y Alvi y se dirigió á pasar el Ebro, en cuya márgen derecha se presentó sin que fuese molestado en su larga y peligrosa marcha. Solamente en la orilla opuesta se notó haber hecho entonces algun movimiento las tropas de la reina, saliendo Borso de Carminati de Tortosa el 29 con su brigada sobre Cherta, donde se hallaban reunidos Cabrera y Forcadell con el grueso de sus tropas; y aunque Borso ocupó sin oposicion aquella villa y las posiciones inmediatas, á poco tiempo fué atacado por Cabrera. A pesar de la superioridad de fuerzas con que este entró en la accion, gracias á las valerosas cargas que la caballeria del rey dió en aquel desigual terreno, á los batallones carlistas, en vez de

conseguir estos en volver como intentaban por la derecha la brigada de Borso, repelió este todos los ataques sosteniendo sus posiciones, hasta que a cabo de cinco horas de fuego y pugna, cuando ya habian pasado el Ebro algunas tropas navarras de las que llevaba D. Cárlos, emprendió la brigada su retirada á Tortosa, en buen órden, bien que con pérdida de mas de cien hombres entre muertos y heridos.

Ya no tuvo estorbo D. Cárlos; continuó el paso de sus tropas en los dias 29 y 30, y cuando todo el que discurria sobre su intento al abandonar la Cataluña, creia que estrechado en el rincon que forma el caudaloso Ebro con la confluencia del Segre, esperimentaria en aquel rio una catástrofe semejante á la del cónsul Sempronio en las márgenes del Trevia, ó la de Napoleon en el paso de Berecina, se lo vió al otro lado por el punto de Cherta, unidas asi sus aguerridas huestes á las que le aguarban con Cabrera.

Mala combinacion, falta de comunicaciones seguras y de buenas confidencias, debieron sin duda haber cuando menos, entre los gefes de los ejércitos nacionales de Cataluña y del centro, porque á no ser asi imposible parece que sabiendo con certeza los movimientos y la direccion de D. Cárlos, dejaran de acosarle y destruirle en la posicion desventajosa en que se hallaba, amenazado por fuertes divisiones de tropas enemigas, situadas á la una y otra parte del rio que pasó sin el menor quebranto.

Antes de abandonar D. Cárlos definitivamente el suelo catalán quiso mejorar el estado de las tropas que invocando su nombre operaban en aquel estenso diámetro. Hallábanse estas en efecto en un estado de desorganizacion casi completa: no habia un lazo comun en las operaciones de la guerra, ni el necesario concierto en la ejecucion de las diferentes partes de un plan de campaña y el vínculo de la disciplina mas indispensable en las guerras civiles, que en ninguna otra, se quebrantaba con bastante frecuencia. Un hombre de voluntad enérgica, de carácter firme y resuelto, de profundos conocimientos militares y bastante hábil para comprender el génio de la guerra y acomodarle al giro de las circunstancias podia sin duda proscribir algunos de los inconvenientes que hemos designado, reparar otros y dejar á la accion del tiempo la destruccion de los demas. El brigadier Urbiztondo que acompañaba á D. Cárlos con el carácter de segundo gefe de E. M. G. reunia muchas de las enunciadas dotes, tenia tambien el sufragio de los principales gefes catalanes y por fin obtuvo de Don Cárlos el nombramiento de comandante general del Principado y la promocion á Mariscal de campo, hallándose este príncipe en Binaxa el dia 26. Desde este punto la guerra catalana cambia de fisonomía; D. Cárlos habia atravesado el Ebro y el nuevo comandante general carlista se propone dar un impulso vigoroso á las hostilidades.

Acompañó Urbiztondo al infante hasta el pueblo de Ginestá, desde cuyo punto regresó con diez y ocho gefes y oficiales, verificándolo con la ma-

yor celeridad pues temia caer en manos de Nogueras que se hallaba entonces en Mora. Habia pasado el Ebro el ejército carlista en número de 5,000 infantes y 600 caballos dejando sobre las márgenes de este rio claros indicios de su deplorable estado. Centenares de rezagados, multitud de cargas de municiones abandonadas á los bagageros, caballos y ginetes estenuados de hambre y rendidos de fatiga ofrecian á la vista del general Urbiztondo un espectáculo bien triste que le hizo formar funestos vaticinios para el porvenir de una espedicion que, habiendo salido amenazadora, terrible y triunfante del confin aragonés iba ahora perdiendo uno por uno sus elementos de accion y lo era mas la aureola de su prestigio.

CAPITULO VIII.

Mando de Urbiztondo (1) en el campo carlista: Berga cae en su poder.—Accion de San Feliu.—Rendicion de Ripoll á los carlistas.—Accion empeñada por ambos generales en gefe baron de Meer y Urbiztondo en los campos de Capsa-costa.—Establecimiento de la junta superior de gobierno carlista en Berga.—Sitios de varios pueblos y fuertes por los carlistas.—Accion de Mallen.—Sitio y defensa de la villa de Escala.—Disturbios en Barcelona con motivo de las elecciones.—Sitios y heróicas defensas de Falcet y Gandesa.—Disensiones del campo carlista.—Segunda dimision de Urbiztondo y su regreso á las provincias Vascongadas.

Comprometido Urbiztondo á aceptar un mando que le hacian repugnar todas las consideraciones locales, patentes á su clara mirada como las dejamos espuestas en los capítulos anteriores se presenta en Solsona animado á pesar de ellas, á poner en juego todas sus facultades. Su primera medida fué enterarse del estado económico y militar de aquella provincia, que ciertamente no debió parecerle muy lisonjero. Estaban los soldados á cinco cartuchos por plaza, y todo el repuesto de municiones se reducia á algunas arrobas, que Tristani ha-

(1) Hemos querido comprender en este capitulo el mando de Urbiztondo porque forma uno de los periodos mas notables de aquella guerra: para su redaccion hemos tenido á la vista los datos mas auténticos de ambos campos, y muy especialmente para el campo carlista toda la benevolencia y la suma de datos que en un diario bastante imparcial y minucioso nos ha facilitado aquel general.

Digitized by Google

bia cuidado de guardar en sus cuevas: la artilleria constaba de solo tres piezas, fundidas sin las reglas del arte, y por lo tanto de problemático servicio. La organizacion y número de las fuerzas catalanas, tampoco eran, como lo hemos dicho, una base de cálculo para un gefe verdaderamente militar que no se propusiera hacer la guerra á la desvandada y sin concierto, como todos aquellos partidarios: próximamente el número ascendia á unos trece mil infantes, y trescientos caballos (1).

Recogidos todos estos datos, concibió su plan de campaña, que era al pronto asegurar su dominio en toda la alta montaña por medio de una línea de puntos fortificados que así como le permitiesen la planteacion de un buen sistema administrativo, le tuviesen constantemente abierta la ancha puerta de la frontera de Francia para recibir todo género de recursos. En este plan entraba como base la ocupacion de Berga, plaza fuerte por la naturaleza y por el arte, y que venia á ser segura llave de la montaña. Tres meses hacia que el coronel Castell con cuatro batallones la bloqueaba estrechamente, habiendo llegado á poner á la guarnicion en un estado, muy favorable para él, de desaliento. Urbiztondo aprovecha las circunstancias, reune las fuerzas, prepara las tres piezas, y haciendo situar á Tristani con dos batallones en Suria por si se presentaba el baron de Meer, a impedir la operacion; el dia 7 de julio estaba ya reconociendo las inmediaciones de la plaza con los espedicionarios que habia recogido rezagados al pasar el Ebro, y en cuya disciplina confiaba dar una leccion provechosa á los gefes catalanes, que no conceptuaban realizable la empresa. Colocó la division de Sobrevias (alias el Muchacho) compuesta de los batallones 8.° 9.°, 20, 21 y 23 sobre San Quirce, San Pedro de Torrells y demás avenidas de cualquier socorro, y ofició á Ibañez (Llarch de Copons) y al Ros de Eroles, para que permaneciesen en observacion de las columnas del Baron y de Vidart, y que en el caso de no poder impedir su paso se concentrasen sobre Berga, donde era su mira en toda eventualidad presentar la batalla. Reuni-

(1)

GEFES.	INFANTERIA.	CABALLERIA.
Tristani.	1,400	43
Muchacho.	750	50
Zorrilla.	900	45
Caballeria.	460	26
Boquica.	600	»
Mallorca.	500	30
Llarch de Copons.	850	40
Griset.	300	»
Ros de Eroles.	1,450	40
Bep del Oli.	600	40
Juanet de L'espluga.	500	»
Royo.	1,800	»
Patuleas.	2,600	»
	12,710	295

dos entretanto los materiales y elegidos los puntos de bateria, amaneció el 11 de julio, destinado por él para romper el fuego. Al primer disparo de aquella pieza que por sus estrañas proporciones podia tenerse por un obús de veinte y cuatro, los sitiados abandonaron las dos casas que constituian su punto avanzado; pero al segundo disparo se despedazó la cureña hiriendo en la cabeza al comandante que la dirigia. Las otras dos piezas fueron todavia menos afortunadas, pues á los pocos disparos rebentaron. El coronel D. Miguel Boiguez que al frente de una compañía habia aprovechado los primeros momentos para caer sobre los fugitivos y de casa en casa asaltar la de Gironella, muy bien fortificada, á la noticia de la desgracia que habia tenido la pieza primera, arengó á la tropa y marchó al asalto. Queriendo animar con su ejemplo fué el primero en cojer una escala y dirigirse á la muralla; pero un cabo, que habia sido de la Guardia Real de infantería, escitado por aquel rasgo de valor se apresura á arrancar la escala de las manos de Boiguez, y momentos despues aparece sobre la muralla haciendo fuego á los defensores y llamando á sus compañeros; prescinde luego del fusil y se le ve luchar al arma blanca con denuedo sin igual. En menos de media hora aquel puñado de valientes se hace dueño de la primera línea que habia sido defendida con igual valor; pero al llegar á la segunda, que era mas fuerte, y se defendia con un vigor creciente, el valiente cabo cae muerto, Boiguez es herido en el hombro derecho, y la tropa principia á desalentarse, precisamente en los momentos en que era mas favorable á los sitiadores el estado moral de sus contrarios.

No hemos adquirido datos suficientes para poder asegurar de parte de quien en estos momentos críticos dieron principio las negociaciones de capitulacion; si fué de la guarnicion y ayuntamiento como unos han dicho ó si á virtud de intimacion perentoria de Urbiztondo. Este, entretanto que las condiciones se sujetaban á discusion, se preparaba para el caso muy posible de tener que dar nuevo asalto, pero que al fin no llegó: la comision nombrada por el pueblo de Berga cangeó bien pronto las estipulaciones tal vez presumiendo á su contrario en muy distintas circunstancias, tal vez escitada por la defeccion de alguno: á lo menos la entrada en Berga de Urbiztondo fué considerada por sus contrarios, aun por el mismo Baron, mas que como obra de sus esfuerzos militares como producto de subrepticios tratos. Como quiera que sea, es lo cierto que los sitiados establecieron para rendirse una condicion sin la cual no, y era la de que habian de ser escoltados por el batallon espedicionario que servia al mismo Urbiztondo de escolta. Esta condicion prueba cuanta era la aversion de los pueblos á los carlistas catalanes. Eran las tres de la tarde del dia 12 cuando el vencedor seguido de una fuerza bien escasa entraba en Berga dando el primer ejemplo de esta guerra en Cataluña de una entrada sin violencias, estorsiones y escándalos: debe decirse en honor de aquel cuerpo y de su gefe que el comercio siguió su curso ordinario y que todos los pactos de la capitulacion

fueron religiosamente cumplidos. El fruto inmediato de esta operacion fué apoderarse de dos piezas de á 4 mas útiles que las que habian servido para el sitio, seiscientos fusiles, con igual número de cananas no menos convenientes en la reorganizacion que el general proyectaba, y sobre veinte mil cartuchos, adquisicion todavia mas conveniente porque en aquellos momentos parte de la fuerza sitiadora ni uno tenia con que sostener el fuego. A pesar de esto Urbiztondo fué criticado por sus émulos de haber concedido á los sitiados estipulaciones tan ventajosas: estos olvidan sin duda y desconocen el estado de las fuerzas catalanas, la importancia de un primer triunfo y la conveniencia además del punto que acababan de adquirir. Un general entendido debe antes atender á los grandes resultados. De los trescientos individuos que componian la guarnicion 86 aceptaron el ofrecimiento de la bandera carlista, muchos permanecieron tranquilos en sus casas y solo 80 próximamente, la mayor parte milicianos nacionales, pasaron á Francia. Conocia Urbiztondo cuanto importaba en la guerra aprovechar los primeros efectos que se producen en el ánimo del soldado y cuanto interesa en la realizacion feliz de un plan la actividad y la energia. Sin esperar á descansar ni reponer sus fuerzas materiales determinó caer sobre el pueblo de Gironella que era el mas inmediato de los que entraba en su cálculo ocupar. La fortuna le era tambien propicia, pues que antes mismo de su salida de Berga se le presentó un oficial de aquella guarnicion ofreciéndole la entrega de la villa con idéntica capitulacion que Berga y la precisa cláusula de ser escoltados por los espedicionarios. Urbiztondo siguiendo su sistema de aparentar los recursos que no tenia exigió una resolucion pronta y emprendió el camino que le separaba del punto.

Muy bien debia conocer á los gentes con quienes andaba en tratos, pues al llegar á las inmediaciones otra comision se presentó á ofrecerle la plaza casi á discrecion. Ni un solo tiro costó al vencedor apoderarse de 11 oficiales 180 soldados, 200 fusiles, 6,000 cartuchos, 4 caballos y 69 milicianos nacionales con solo algunos mozos de la escuadra.

No fué tan afortunado en el inmediato pueblo de Prats de Llusanés adonde se dirigió al dia siguiente. Antes de llegar á él á formalizar el ataque recibió noticia de que el baron de Meer se habia puesto en aquella direccion, é importando contenerle previno á Tristani tomase el mayor número de fuerzas y aprovechase a su propósito las buenas posiciones que le ofreceria el terreno: al mismo tiempo pasó al Muchacho, al Llard de Copons y Borgés instrucciones que debieran observar inviolablemente para sostener á Berga á todo trance, que era sin duda el punto á que se dirigian las miras del Baron; y les encomiaba al paso una ciega obediencia al Mosen Benet asi por la mayor graduacion como por su mejor conocimiento del terreno. Prévias estas disposiciones ya en la tarde del 14 de julio se hallaba reconociendo el punto amenazado y poco despues por medio de un movimiento general se habia apoderado de los arrabales. Al pri-

mer disparo que á la mañana siguiente ejecutó la pieza de á 4 perdió los sobre muñones y la de á 8 aunque colocada á tiro de pistola de una casa no causaba en ella efecto alguno: fué inútil que el coronel del arma don Adolfo Sabe, aproximase la primera á muy pocos pasos de la obra porque los sitiados despues de 50 disparos se convencieron de su inutilidad y apenas se dignaron contestarlos esperando ser muy luego socorridos por el Baron; en efecto, Mosen Benet pasó aviso de que este se acercaba con fuerza de 6,000 infantes, 250 caballos y cuatro piezas de montaña, reclamándole al mismo tiempo todas las fuerzas de la brigada de Castell que no necesitaran; pero Urbiztondo no queria cejar despues de los triunfos anteriores delante de una pequeña poblacion que habia herido su amor propio rechazando con desprecio la intimacion de rendirse. Previno por esto á Castell se trasladara con los cuatro batallones á San Feliu de Saserrás y en union con dos de Tristani 4.° y 11.° insistieran en cortar el paso al enemigo mientras él hacia el último esfuerzo contra el pueblo para rendirlo antes de que pudiera ser socorrido, en el caso de no serlo por una derrota del Baron. De esta manera rehacia su pensamiento cuando á las 7 ½ de la tarde un oficial puesto en observacion se le presentó anunciando la retirada de Tristani y que el Baron acampaba en el mismo terreno del fuego. Sorprendíale que de tal manera sin aviso ni parte de ninguna especie hubiera franqueado su frente al enemigo Mosen Benet sin darle casi tiempo para que retirara la pieza y reuniese las compañías que circumbalaban el pueblo: tal vez era entonces cuando Urbiztondo principiaba á conocer entre que clase de caudillos y subalternos se encontraba. No tardaron en comparecer Tristani y Sobrevias escudándose de la retirada con la falta de municiones, la de Llarch de Copons y Borges y con el retraso de Castell. El baron de Meer que estaba al parecer en la persuasion de que Berga podia resistir algunos dias de defensa con los víveres y municiones que tenia, al verse burlado en su esperanza y conociendo las miras de su contrario, dejó en Manresa el dia 14 el convoy que habia juntado en el Bruch y se encaminó presuroso á socorrer á Prats de Llusanés. Hemos dicho ya que el carlista tenia protegiendo su sitio columnas situadas en las avenidas. Luego que el baron de Meer los encontró en su paso no vaciló en atacarlos á pesar de las ventajas de sus posiciones y no tardó en rechazarlos en dispersion. Al dia siguiente entró en la villa sitiada; pero no juzgando conveniente su posesion por entonces, la abandonó al otro, llevándose la guarnicion y personas comprometidas á San Feliu de Saserrás. Los carlistas entonces penetraron sin obstáculo en el pueblo y demolieron por completo sus fortificaciones.

Pero el baron de Meer no fué sosegado en su tránsito á San Feliu: picándole continuamente la retaguardia llegaron hasta un punto que el gefe carlista creyó conveniente para una accion formal. La brigada Castell sostenia con empeño sus posiciones; pero entretanto recibia Urbiztondo una

nueva prueba de la rivalidad que existia entre los gefes catalanes. Tristani, el Muchacho y Llarch de Copons permanecian frios y mudos espectadores de aquel combate que tal vez con su ayuda hubieron podido contar entre sus victorias. Es de advertir que para semejante conducta era necesario quebrantar las órdenes terminantes dadas en la víspera por Urbiztondo y decidirse á arrostrar toda la ira de este que á duras penas habia podido ser aplacada en otra falta de subordinacion y obediencia cometida en el sitio de Berga. Esto no obstante fué á Meer preciso para rechazar el ataque de los carlistas ponerse á la cabeza de un batallon del regimiento infanteria de Zamora y la caballeria, y volviendo hácia San Feliu, lanzarse sobre sus contrarios hasta arrollarlos completamente. Fué en vano que Urbiztondo acudiese por sí mismo á reparar el desastre; pues casi cortado en su paso hubo de salvarse milagrosamente de las cuchilladas de la caballeria de Meer.

La direccion que el baron de Meer habia tomado favorecia sobremanera á Urbiztondo para la realizacion del plan que habia emprendido, y Ripoll fué en seguida sitiada. Urbiztondo emprendia esta operacion con todo el calor de quien tiene la mente fija en las ventajas que debia producirle: los demás gefes subalternos, bien porque no estuviesen en los secretos del plan que el general en gefe habia meditado, bien porque no supieran darle su verdadero aprecio eran de opinion que no debia por entonces acometerse la empresa por arriesgada ó imposible. Sin detenerse por el distinto parecer de los gefes catalanes que debieran considerarse mas autorizados, se presentó en las inmediaciones de la villa resuelto á no cejar en su propósito de verla rendida de buen ó mal grado. Es natural creer que entraban por mucho en sus cálculos las recientes ventajas que acababa de conseguir, y aun la misma retirada de Meer despues de haber estado dos dias á su vista sin osar acometerle: esto era para los catalanes un hecho enteramente nuevo y desconocido de sus gefes que no sabian sino acometer ó retirarse precipitadamente. Los sucesos de este sitio ofrecen bastante interés para que nos detengamos en su narracion cuanto sea necesario para dejar en el ánimo del lector una idea de la importancia que los dos ejércitos daban á la ocupacion de Ripoll.

Despues de dos dias de bloqueo se presentó Urbiztondo en la tarde del 21 de julio á reconocer las obras para emprender inmediatamente el ataque. Posicionó sus tropas que ascenderian próximamente á unos 4.000 hombres con tres piezas de artilleria; y mientras no llegaba una de ellas que como de mayor calibre era de mas utilidad, se ocupó en examinar los pocos materiales que habia podido reunir. Se encontró entonces con que estas piezas se hallaban casi inutilizadas porque las balas eran de inferior calibre y su efecto vendria á ser, mas que el daño, por el estruendo y la alarma que causaria en un pueblo no acostumbrado al estampido del cañon. En estos preparativos recibió aviso de que el baron de Meer salia de Manresa con un convoy para Cardona, y como esta ocasion le era sumamente oportu-

na se apresuró á romper el fuego antes de llegar la pieza de á 24 situando las otras dos á tiro de pistola de un lienzo contra el cual maniobraron en los dias 23 y 24. Muchos fueron los proyectiles que arrojaron sin hacer gran mella en la muralla y aun tal vez consiguiendo el efecto contrario de habituar á los sitiados al estruendo de la artilleria. Al fin en la mañana del 25 llegó la pieza de á 24; pero como estaban construidas para fuegos curvos y proyectiles huecos de que habia falta absoluta, Urbiztondo se convenció de que no podria derribar con ellas la tapia mas endeble. Si continuó el fuego fué únicamente por sostener la alarma de los sitiados, pues desde aquel momento pensó en la necesidad y urgencia de un asalto agotados ya todos los recursos. Los trescientos espedicionarios que le acompañaban eran sin duda los mas aptos para esta operacion; y al efecto ordenó á su comandante D. Salvador Palacios que sorteara dos compañías mientras él instruia al brigadier Zorrilla de lo que debia practicar en el interin para llamar hácia otro punto y sobre si las fuerzas sitiadas. Con la esperanza de esta operacion se retiró Urbiztondo á aguardar la hora señalada no poco disgustado y abatido de ver el estremo á que le reducia la falta de buena artilleria y el compromiso en que le ponia para con su rey: sonaba como tren lo que no eran mas que algunos pedazos de bronce de forma hueca fundidos sin regla artística alguna, pero que bastaban para desacreditarle en lengua de sus émulos. En estas consideraciones y en otras del momento se entretenia su espíritu cuando se presentó á animarle el gefe de los espedicionarios manifestándole que estos bravos soldados y sus pundonorosos oficiales no querian admitir el sorteo sino ir todos al asalto. Negándose Urbiztondo á estas reclamaciones que por otra parte tanto le lisongeaban, vió levantarse á su alrededor disputas acaloradas sobre quienes darian principio á la operacion: rivalizando en valor los dos capitanes de las compañías elegidas D. José Lucio Goñi y D. Antonio Pinillos no consentian en que la suerte decidiera el órden sino que pedian á su general la preferencia recordando cada cual sus mas recientes y meritorios servicios. El valiente Goñi ardiendo en entusiasmo se dirige á él diciéndole: *Mi general, depositė en manos de Cárlos V el fuerte de Lárraga á beneficio de un asalto; hoy solicitamos repetir las pruebas de lo que pueden los hombres decididos. La existencia es indeferente á quienes la tienen consignada al rey hace 4 años; ya que la adversa suerte priva á nuestras compañías de ejecutar la operacion de esta madrugada no permitiremos que de nuestras filas haya quienes trepe las murallas sin que ambos les sirvamos de ejemplo.* Es inútil que Urbiztondo les prometa la primera ocasion de otro asalto; ellos replican: *conocemos la subordinacion pero como solicitudes de esta especie no las desestiman los generales valientes, nos consideramos acreedores á su proteccion y á que condescienda á nuestro deseo en esta primera y última vez que pensamos molestarle.*

Al fin á tan tenaz empeño condescendió Urbiztondo permitiéndoles

concurrir con las compañias nombradas á pesar de cuanto dudaba del buen éxito de aquella operacion. Era necesario que un golpe atrevido supliera la falta de recursos en que estaba. A las 12 de la noche se dirigió al punto de ataque una hora antes de la en que debia ejecutarse: aquellos momentos de ansiedad apenas le permitieron tiempo para mas que contener la fogosidad de los que nuevamente instaban por la preferencia. Llegó al fin la hora; la señal resonó en toda la linea y el fuego rompió tan general y acorde como si un solo resorte moviera tantos brazos. El estruendo de la fusileria resonaba al par que las aclamaciones de los valientes que luchaban y de los victimas que caian, y en estos terribles momentos de conflicto no eran los que reparó Urbiztondo que tenia en aquel hecho comprometida su reputacion, no era lo que menos contribuia á aquejarle la contrariedad de opiniones que veia producirse en derredor. Ninguna noticia llegaba para calmarle y solo podia carcular por la direccion de los fuegos que la guarnicion permanecia en las aspilleras y que sus valientes voluntarios se alejaban de ellas. Poco tardó en presentarse el comandante Palacios y el cadete D. Manuel Ruiz Vidal heridos levemente y al acercarse á su general le dice aquel: *Como gefe del cuerpo y encargado del asalto estoy satisfecho: A los rasgos de valor no han correspondido los efectos: para la guarnicion será quien imparcialmente podrá referirlos; confieso que su obstinada resistencia ha impedido penetráramos algunos cuantos pero muy particularmente la impresion de los nombrados para las Escalas eligiendo por su ligereza las mas cortas; no solo intimidó á los que puestos en el estremo se veian imposibilitados de poder alcanzar sino que dejándose caer ostigados por el horroroso fuego de los dos tambores que defendian el lienzo introdujeron algun desórden creyendo los unos eran rechazados y convencidos otros de la imposibilidad de realizarlo con dichos efectos. Los oficiales que conocieron las consecuencias procuraron contenerlos y aun cuando lo consiguieron por el pronto la mayor parte han pagado con la existencia tan heróico comportamiento. Cargado el capitan D. José Lucio Goñi con la mayor de las escalas se colocó sobre el mismo caballete animando á cinco voluntarios que le seguian, los cuales se arrojaron dentro de la poblacion, pero aquel intrépido cayó despedazado de un balazo y la suerte de los otros calculo á nada se diferencie. Finalmente la pérdida de dos capitanes, tres subalternos y varios voluntarios, las incurables heridas de otros tres oficiales y las que hemos referido quedando ilesos dos oficiales de los once que operaban prueba inequivocamente lo que puede prometerse de los que han sobrevivido, por cuya razon aseguré á V. S. que con igual número de mi batallon respondo de la toma. Sí, mi general, no son los hombres quienes ha privado á las armas de S. M. de un dia memorable. Entresaquense las mayores escalas y partamos á incorporarnos con los cinco que tuvieron ocasion para patentizar su valor.* Este desenlace de su mas séria tentativa vino á aumentar el disgusto que le amargaba por la falta

casi absoluta de artilleria, única arma que podria influir en el ánimo de los defensores. Todavia confió sin embargo en que un nuevo ardid y el valor del batallon espedicionario podian sacarle á salvo en aquel naufragio que su reputacion corria. Hasta media mañana del 27 sostuvo el fuego la pieza de veinte y cuatro; pero á esta hora quedó inutilizada y solo siguieron operando la de diez y seis, aunque muy lentamente, porque solo contaba con ocho balas de doce, y la de cuatro que pudo seguir mas activa y certera. Al dia siguiente y á las cinco de la tarde el cañon de diez y seis habia enmudecido enteramente y el pequeño quedaba con muy escasas municiones. En esta situacion una sola esperanza quedaba tal vez en el ánimo de Urbiztondo, y era un segundo asalto que coincidiera con la voladura de un hornillo que habia mandado construir á algunos argelinos que entre los espedicionarios se encontraban. En esta única confianza se habia retirado á su alojamiento á descansar, cuando se le presentó el brigadier Zorrilla con la inesperada y halagüeña noticia de que la guarnicion del pueblo pedia parlamento y que para no retardar el conocimiento de su objeto habia prevenido se le permitiera desde luego el paso. Un rayo de luz fué para Urbiztondo esta inesperada nueva. Como es costumbre en semejantes casos, preparó la estratagema de que disponia un mortero contra la plaza que debia ver á su paso el parlamentario: era una comision del pueblo que no tardó en presentarse. El diario que nos sirve de guia en esta narracion trascribe asi las palabras que le dirigió un individuo de ella: «*Señor no acostumbrada la poblacion al espantoso ruido de la artilleria, prevee tratará V. E. de repetir nuevo ataque, y consternados los habitantes con que uno de los cinco que asaltaron llegó á la plaza y finalizó sus dias al grito de viva Cárlos V sufren de manera que la humanidad reclama se les evite esta triste situacion; escepto unos cuantos, solicitan de la generosidad de V. E. se les libre del desastroso fin que les aguarda. Pero como para conciliar las proposiciones que se presenten consideran necesaria la paralizacion de las operaciones en 48 horas esperan les dispensará V. E. tan singular gracia haciéndose cargo de sus circunstancias.*» Conoció Urbiztondo eran los momentos de conseguir su objeto atemorizándoles para que se rindieran antes que el baron de Meer viniese á socorrerlos, y aparentando un endurecimiento propio para su objeto, contestó: «*Jamás prolongaré fuera de un corto intermedio al apoderarme de ese miserable suelo: las desgracias ocurridas en la madrugada ha de satisfacerlas el vecindario en las primeras horas de esta noche supuesto he condescendido á la justa venganza solicitada por el batallon espedicionario, reclamando asaltar en todas direcciones: este acto será protegido por 150 granadas que arrojará aquel mortero llegado en este dia. Desecho como atrevida y descarada la proposicion por contemplarme dueño de cuantos habitan en ese desgraciado recinto y siendo probable su esterminio, quédales el único recurso de resolverse antes de las ocho de esta noche, ya que las nueve es la*

hora marcada para verificar el proyecto.» Despues de un rato de silencio repusieron los comisionados. *«Nunca podrá V. E. acreditar el alto concepto que nos merece como egercitando en este caso un rasgo de clemencia condescendiendo á lo menos por 24 horas y bajo cuyo concepto hemos admitido la responsabilidad de nuestro delicado encargo.»* Sin dejarle proseguir levantóse Urbiztondo repentinamente y fingiendo mayor encolerizamiento repuso: *«Está decidido, á las ocho, ó perecen sin escepcion de personas ni opiniones; y haga V. presente á los obstinados me es sensible en dicho trance no poder contener á los voluntarios para entresacarlos y que solo fueran los paganos.»* Dejaron de insistir limitando la súplica á que se suspendiese el fuego hasta que contestaran las autoridades, y accediendo el general á tan razonable exigencia le dijo: *«La humanidad obliga á evitar semejantes espectáculos, y para que en ningun tiempo se me culpe de los horrores que se preparan, sepan VV. que de las autoridades depende el preveerlos, y segun su resolucion serán los resultados.»*

Urbiztondo en fin se valió de cuantas esterioridades y ardides suelen emplearse en casos semejantes para amedrentar á su contrario, y lo hizo con buen efecto y oportunamente. Era el anochecer cuando se le presentó un confidente de los sitiados en observacion del baron de Meer ó cualquiera otra columna, con el parte de que aquel general instruido de los apuros de la guarnicion venia en su socorro y debia pernoctar aquella misma noche en Olot á cinco leguas de Ripoll. No le quedó duda de la certeza de esta noticia, al verla confirmada en seguida por un parte de Sobrevias. Los momentos eran, pues, urgentes para acelerar las negociaciones con los sitiados, á quienes procuró cerrar herméticamente todas las comunicaciones. Sus medidas fueron eficaces porque la guarnicion ignorando la situacion de Meer y el verdadero estado del sitiador, ofreció rendirse bajo las mismas condiciones de la capitulacion de Berga, con la diferencia de salir armada, á lo que Urbiztondo no accedió. Una hora antes de amanecer era la señalada para posesionarse de la plaza; y la inquietud consiguiente á tales circunstancias vino á aumentarse con la noticia enviada por el Muchacho de que al romper el alba saldria Meer de Olot para estar á las 11 de la mañana en Ripoll. Pero al fin tocó al término de sus miras y afanes: al romper el dia 27 entró en la poblacion á la cabeza de los espedicionarios cogiendo por fruto inmediato 700 fusiles, 150 correages y cananas, 22,000 cartuchos encajonados, 8,000 sueltos, 2 mosquetes y varios otros efectos de guerra y víveres, no poco convenientes para su gente. Los capitulados fueron el gobernador, 5 oficiales, 150 soldados y 80 milicianos nacionales que con la debida consideracion fueron trasladados inmediatamente a Francia segun se habia estipulado. Ripoll tampoco sufrio ningun otro desmán, sino quiere tenerse por tal la demolicion de sus fortificaciones antes de la llegada del Baron, porque no era allí donde proyectaba oponerse á sus planes. El afortunado éxito de esta operacion contra la cual militaban de su parte

tantas desventajas, estimularon á Urbiztondo á continuar, cada vez mas animado, su plan de campaña, aprovechando los accidentes del terreno que tanto le favorecian. Algo turbaba su lisongera esperanza tanto la mala organizacion de las fuerzas que regia cuanto la falta de subordinacion entre sus gefes inmediatos y la rivalidad que los dividia. Tristani habia desobedecido en casi todas estas empresas las instrucciones prescritas hasta el punto de ignorar en esta ocasion el sitio en que se hallaba. Eso no obstante emprendió sus operaciones sobre San Juan de las Abadesas, á cuya rendicion debia seguir la de Camprodon. Zorilla y Puig (alias Boquica) recibieron órden, este de estrechar á dicho pueblo con el batallon 9.°, y aquel de situarse con el 8.° y 23 á la altura del Muchacho, á fin de que obrando en combinacion impidieran el paso á la columna de Meer que no tardaria en acercarse luego que oyese los primeros disparos de su pequeño cañon de á cuatro. Trasladóse en seguida Urbiztondo á las inmediaciones de San Juan contra la cual así por el estado en que encontró sus fortificaciones como por las noticias de la decision con que el comandante de milicianos nacionales Carbó, se preparaba á la defensa, juzgó desde luego que habria de emplear medios mas enérgicos que los usados hasta entonces, y estos le faltaban. Pensó en sacar fruto de la primera impresion que su llegada habria producido entre los defensores, oficiando el 28 al gobernador, con la oferta de las proposiciones mas ventajosas en el caso de rendirse. Pero la guarnicion al oir el toque á parlamento del corneta izó bandera azul en la torre de la iglesia y encarnada en el castillete, y empezó las hostilidades rompiendo en fuego graneado contra el mismo parlamentario. Este desprecio irritó altamente á Urbiztondo, quien escaso de municiones y con un enemigo temible á la espalda tuvo que reprimir su enojo por el pronto: entretúvose en reconocer nuevamente el recinto con el ánimo empero bien resuelto á apelar á un asalto cualesquiera que fuesen las pérdidas que le ocasionasen. A la mañana siguiente tuvo ya noticia positiva de que el Baron se acercaba á proteger la villa, y lo que importaba á Urbiztondo en este caso era atraerlo á las inespugnables posiciones que le ofrecia el terreno: con este intento hizo jugar con lentitud su pequeña pieza, sosteniéndola con un fuego nutrido de fusileria. Nada afectó á los sitiados este aparato, tal vez porque estaban seguros de la proximidad del socorro; á cada disparo contestaban con una descarga de insultos y jactancias que encendian mas y mas la ira del sitiador. Entretanto recibia partes repetidos de que el Baron se aproximaba por la parte de Capsa-costa, empresa atrevida y peligrosa que el carlista trató de inutilizar haciendo marchar á Boquica con el batallon espedicionario hácia aquel punto, para que unido á los brigadieres Zorrilla y Sobrevias, le contuvieran sino le derrotaban. Con este desprendimiento quedó Urbiztondo con solo el batallon de Boquica cubriendo el recinto, y precaviendo el caso de una salida de la guarnicion colocó en el puente ocho mozos de escuadra. Tan pronto como los sitiados observaron que

alguna fuerza de la línea, cometiendo un nuevo acto de insubordinacion habia abandonado su puesto y alejádose á gran distancia, hizo una salida tan intrépida hácia el alojamiento del general que á no ser contenidos por la serenidad y firmeza de los mozos hubiera caido con todo su cuartel general en poder de aquella corta guarnicion. Llama la atencion que Urbiztondo teniendo tan cerca á un enemigo que le importaba destruir al amparo de las ventajosas posiciones que debia atravesar hubiese permanecido al frente de San Juan de las Abadesas, encomendando á sus subalternos la comision mas importante de salirle al encuentro. Nosotros pensamos que un revés acarreado sobre las tropas de Meer hubiera producido indefectiblemente la rendicion inmediata de la villa, y que para el cargo con que se habia quedado de contener á la guarnicion dentro de sus puertas bastaba un gefe inmediato. La razon que espone en su diario no nos satisface: es que la principal condicion que presentaban los sitiados en cuantas comunicaciones le habian pasado hasta entonces, era que no solo se negaban á entregarse á los cabecillas del Principado, sino que tampoco los admitirian como conductos de la negociacion; que preferian perecer dentro de los muros hasta los tildados de carlistas antes que sujetarse á las tropelías que aquellos tenian de costumbre cometer en sus triunfos. Esperando el resultado de la accion que debia empeñarse, designó á cada fuerza del recinto el punto de retirada en caso de contratiempo y envió algunos observadores en direccion de Capsa-costa para que lo advirtiesen anticipadamente. En efecto, á las tres de la tarde recibió la noticia inesperada de que á mas de haber rebasado de las difíciles posiciones preocupadas, se hallaba la columna de Meer á menos de media hora de distancia. Un triunfo completo sobre los interruptores del paso habia permitido al Baron llegar hasta allí.

Solo el que conoce el camino que conduce desde Lot á San Juan de las Abadesas, y la subida de Capsa-Costa, puede comprender la dificultad de tomar aquellas posiciones, ocupadas por 3,000 hombres. Los carlistas habian escogido el campo de batalla y habian añadido á los muchos obstáculos que allí ofrece la naturaleza los que sugiere el arte. Es cierto que sus fuerzas eran inferiores en una tercera parte á las del baron y menos disciplinadas; pero no lo es menos que á las ventajas antedichas unia la fuerza moral adquirida en los anteriores triunfos. Una penosa subida de hora y media condujo á las tropas liberales al pie de las terribles y escarpadas posiciones que solo podia penetrar por un camino en zig-zag, ladeado de precipicios y rodeado de un anfiteatro de alturas que dominaban hasta la misma cumbre del camino. El soldado veia perpendicularmente sobre su cabeza fuertes grupos de carlistas, situados en los picachos, que á mansalva podian ofenderle y disputarle á pasos la subida parapetados en las peñas. Lo escabroso del terreno por otra parte entorpecia los movimientos de Meer, no dejándole otro recurso para alcanzar las posiciones del enemigo que un vigoroso ataque por la calzada. El caudillo liberal conoció al mismo tiempo

que esta operacion exigia una ejecucion inmediata, á fin de evitar que el soldado reflexionase sobre la graveded é inminencia del peligro, y resolvió emprenderla por sí mismo. Puesto á la cabeza de los granaderos de Oporto que fué reforzado por otro batallon del 1.° de ligeros, y marchando á paso de carga con ímpetu arrollador, precisó al carlista á replegarse de todas sus posiciones, hasta la mas fulminante, ante la cual hubo de detenerse. Exigía esta el empleo de la artillería, y á sus fuegos protegidos en los flancos por la fusilería, sus defensores la abandonaron, al principio conservando algun órden y luego en dispersion. Situacion tan ventajosa debiera haber sido mejor disputada porque suplia con esceso la inferioridad del número. El Baron consiguió su objeto que era hacer levantar el sitio de San Juan de las Abadesas, y proteger el paso de la primera division estacionada en Sardaña para que volviese á operar en su distrito. Otra ventaja imprevista fué là de rescatar considerable número de soldados del regimiento de América que habiendo tomado calculadamente partido en las filas carlistas, aprovecharon la primera ocasion en medio del fuego para restituirse á sus banderas: entre presentados y pasados subian al número de 184. La dispersion habia sido tan completa que deseoso Urbiztondo de instruirse de los motivos, pidiendo esplicaciones á los gefes, tuvo que andar de pueblo en pueblo con una pequeña escolta averiguando su paradero, pues ellos no habian cuidado de noticiárselo á su gefe. Por fin á medio dia del 31 recibió aviso del Muchacho anunciándole su llegada á Ripoll con el brigadier Zorrilla y que Boquica estaba á media hora, en el pueblo de Cap-de Vanos. Trasladóse al primer punto Urbiztondo, siendo recibido por multitud de quejas de los habitantes por la conducta violenta de las huestes catalanas. Un hecho sobre todo le indignó hasta impulsarle á la formacion de causa que fué el haberse apoderado arrebatadamente y á viva fuerza de un depósito de galleta destinado al castillo de Berga: demasías de tal naturaleza ultrajaban su autoridad y manchaban su nombre. Al pedir esplicaciones de su conducta en la accion de Capsa-Costa al brigadier Sobrevias, halló por respuesta una vacilacion sospechosa y en sus escusas ó razones, indicios aparentes de criminalidad. Urbiztondo tenia en su ánimo grabada la idea desde la primera falta de subordinacion que halló en sus subalternos de que trataban de frustrar sus planes, para perder su reputacion, bien fuese por enemiga de provincialismo, bien por rivalidad de categoría. Despidió bruscamente á Sobrevias que arrojaba sobre Zorrilla y demas gefes la responsabilidad, y resolvió interiormente tomar sérias medidas en desagravio de su autoridad. Zorrilla y otros gefes echaron á su vez la culpa sobre el primero, declarando conformes que los batallones 20, 21 y 22 no entraron en fuego, mientras que el 23 flanqueado y batido dejaba en el campo porcion de cadáveres: que sin disparar un tiro habia estado presenciando el compromiso de un solo batallon hasta el punto en que pronunciando una retirada vergonzosa abrevió la de este. Urbiztondo en vista de la

conformidad de estas declaraciones separó á Sobrevias de su division y le depuso del cargo de segundo cabo de la provincia, que ocupó Zorrilla, señalándole provisionalmente el pueblo de Solsona por residencia, mientras se le instruia sumaria. Esponemos todas estas circunstancias que hemos podido adquirir acerca de un hecho de tanta nota en el mando de Urbiztondo, para que por sí, pueda juzgar el lector si esos datos bastan, de parte de quien habrá estado la culpa de aquella derrota, que principió á eclipsar la brillante estrella de Urbiztondo.

Desengañado este con semejante golpe de que no basta la fortuna en la guerra ni la voluntad mas enérjica sin medios suficientes é instrumentos idóneos para ella, se dirigió á Berga resuelto á presentar su dimision á la junta recientemente instalada en ella, si no se le facilitaban los recursos precisos. Convencióse tambien de que aquellas masas informes de gente armada habian menester de una reorganizacion profunda, completa que hiciese olvidar los hábitos vandálicos que habian formado y aquel sistema de guerra tumultuaria que era un absurdo en el arte y un anacronismo en el siglo. Tarea dificil y peligrosa en verdad era esta porque los abusos se habian encaramado á las ramas principales. Principió por organizar un batallon de 800 plazas compuesto de los pasados, que puso á las órdenes del coronel graduado D. José Maria Villalonga; y este unido al espedicionario formaron una brigada al mando del coronel don Rafael Togores, con cuyo apoyo podia contar para establecer la disciplina y castigar á los díscolos. Encomendó tambien la formacion de un escuadron de los espedicionarios al brigadier D. Pascual Real, autorizándole para una rigorosa requisa: esta fuerza debia obrar en concurrencia de la brigada, que los catalanes llamaron *casteljaan'* sirviendo de escuela en el necesario acrecentamiento de esta arma y acompañando á las columnas para todos los casos de su instituto por que era tan escasa en el ejército carlista de Cataluña que alguna carecia de ella enteramente. Temeroso de que sus enemigos le achacasen predileccion hácia los castellanos y desconfianza de los hijos del pais, organizó un batallon de catalanes entresacando toda la juventud de los cuerpos y como prenda de simpatia y confianza le puso el nombre *del General*. Este batallon debia servir en sus miras para demostrar á los gefes catalanes cuanto puede obrar una buena educacion militar sobre los ánimos mas turbulentos é indómitos, y para ejemplo ó anillo de comunicacion del espiritu de disciplina á todas las huestes del Principado. Un incidente hubo con este motivo que contribuyó mas tarde á la desgracia de Urbiztondo. A fin de evitar el contacto de este batallon con los demás y de aliviar algo al pueblo de la carga de alojamientos, ocasionada á escándalos y tropelias, determinó acuartelarlo en el convento de San Francisco, que era suficientemente capaz y solo habitaban 14 frailes; pero fuese por susceptibilidad religiosa del obispo de Mondoñedo ó porque influyesen en su ánimo predispuesto los émulos de Urbiztondo, este se vió sorprendido inmediatamente

con una visita de su Ilma. que tenia por objeto reclamar contra aquella disposision que iba en su juicio á alarmar á los fieles. Fué inútil que Urbiztondo acudiese á la necesidad por disculpa y á la escesiva capacidad por razon, porque el obispo le ofrecia como ejemplo la conducta de D. Cárlos que se resistió á deshacer los órganos de las iglesias para fabricar balas de que carecia mientras no se le autorizase por el subdelegado del Sumo Pontífice. Algo imprudente ó demasiado espansivo anduvo en esta ocasion el general carlista, pues con una emocion algo brusca replicó al de Mondoñedo que, si como decia en sus escritos, la religion se defendia defendiendo á aquel príncipe, cuando á este faltara un elemento de guerra no debia negársele; que por su parte en el lugar de D. Cárlos ó Cabrera hubiera cogido sin la pretendida indispensable autorizacion el metal de todos los templos y hasta hubiera dejado descalzo á su Santidad aunque se opusiera, si sus chinelas fueran de plomo. Pero la reflexion obró luego en el ánimo de Urbiztondo que le ofreció á la vista todos las consecuencias de la imprudencia que acababa de cometer produciéndose como pudiera haberla hecho el mas hereje de los *negros* ante hombres en acecho de su perdicion, y anuló cuanto sobre el acuartelamiento habia ordenado.

Irritábanle secretamente estos obstáculos tendidos de propósito en su marcha; pero tal vez le apenaban mas las incesantes quejas que del porte violento de sus subalternos iban á darle diariamente los pueblos de su dominacion. Decidido á hacer un ejemplar castigo nombró por fiscal de la sumaria del brigadier Sobrevias al coronel Aimerich imponiéndole una rápida actuacion. En este proceso figuraba una carta de dicho Sobrevias en tiempo de su antecesor el general Royo dirigida al comandante D. Pedro Grau en solicitud de 500 onzas de oro para librarle de las muchas acusaciones que contra él pesaban. Fundaba la seguridad de conseguirlo en la escasez de dinero que entonces sentia el comandante general: lo cual, si esta participacion de Royo es cierta hace del E. M. del ejército carlista de Cataluña una cuadrilla de salteadores mas bien que un partido político armado en sosten de sus principios y en defensa de sus intereses. Y acaso con este torpe fin jamás se habia procurado poner órden en la administracion, pues cada gefe tenia la suya establecida segun sus miras.

Desde que se habia creado la junta y fijado su centro de accion en Berga, esta parte tan esencial de la organizacion de un ejército habia merecido alguna mayor consideracion. Se plantearon oficinas, se estableció un sistema de contabilidad tan regular como las circunstancias lo permitian, y á impulsos unas veces, y otras con la entendida cooperacion del intendente D. Gaspar Diaz de Lavandero, nombrado tambien por D. Cárlos á su paso como gefe de la administracion, se emprendió el establecimiento de una fábrica de fundicion y de un hospital, en que no se habia pensado hasta entonces. Estos trabajos empero, caminaban con una lentitud que se avenia muy mal con la actividad impaciente de Urbiztondo. Cuando el 11 de agos-

to hizo una visita á los proyectados establecimientos para examinar el estado de las obras, se encontró con que faltaba salitre, plomo y hasta operario entendido: sobre todo lo junta carecia de fondos hasta para el socorro diario; y en semejante situacion era imposible intentar empresa alguna. Desde esta época data el rompimiento abierto de Urbiztondo con la junta. Aquel reclamaba incesantemente los recursos de raciones y municiones indispensables á toda campaña, con los cuales reemprenderia su plan; la junta no se los proporcionaba, y de aqui una hostilidad de contestaciones que no tardó en tomar diferente carácter. El intendente pedia la organizacion de una fuerza especial para hacer efectivas las recaudaciones: Urbiztondo no consentia en ello; pero dió órdenes á todos los gefes de brigada para que prestaran proteccion á los recaudadores. Los resultados no correspondieron sin embargo á las esperanzas concebidas.

A todos estos obstáculos que atormentaban la imaginacion del caudillo llegó á juntarse otro mayor. Se preparaba para un nuevo esfuerzo sobre San Juan de las Abadesas, cuya toma debia poner complemento á una parte de su plan: con su conquista seria abandonado Camprodon como con la de Ripoll lo habia sido Bagá y Tuxen, quedaria aislado el fuerte de Puigcerdá que se veria obligado á entregarse y con esto habria establecido su línea de operaciones sobre la misma carretera real. Disponiase para ejecutar estas operaciones con su nueva y brillante brigada de espedicionarios y pasados cuan lo se le presentaron reclamando aquellos el coronel D. Ilario Cuevillas y el ayudante de E. M. D. Francisco Moreno. La órden del general en gefe, Moreno, que les acompañaba iba concebida en términos muy duros: debian recoger con la fuerza todos cuantos efectos hubiese dejado á su paso en el Principado la espedicion de D. Cárlos sin escusa ni dilacion alguna é iban facultados hasta para suspender á Urbiztondo del mando en el caso de desobediencia. Tan estremado rigor era el término de algunas contestaciones que sobre este particular habian mediado entre este gefe y el cuartel real. Suplicó á los comisionados esperaran el resultado de la esposicion que habia elevado al ministro justificando su conducta, las razones en que se fundaba merecen ser conocidas de nuestros lectores porque estos sucesos influyeron poderosamente en la suerte de la causa carlista en el Principado y en la conducta posterior de aquel gefe.

«Excmo. Sr.—Cuando contesté á la real órden de 5 de julio último que recibi por duplicado en 9, la misma que V. E. se ha servido trasladarme últimamente con fecha del 28, le hice presente que habia mucha exageracion en el número de los individuos que, perteneciendo al ejército espedicionario, habian quedado aqui por causas diferentes: puse á V. E. de manifiesto la utilidad que esta corta porcion de tropa estaba prestando en este Principado, sirviendo de única base á los muchos cuerpos catalanes; y omití de intento todas aquellas razones fundadísimas que pudieran entristecer el real ánimo,

»que yo queria en fuerza de mis peligros y fatigas alegrar con partes »adulterados que le fuesen satisfactorios; pero ya creo que no tengo »mas arbitrio, si es que he de sincerarme para con S. M., y aun para »con V. E., que usar el lenguage de una verdad que aunque violenta »y necesaria, para hacer conocer que en mi no ha habido interés ocul- »to ni omision reprensible al no haber ejecutado sin consultar la real »órden á que V. E. se refiere.—Me lamentaria de mi desgracia si »pudiera llegar á persuadirme que mi opinion jamás manchada ni aun »con los vapores de leves sospechas desfavorables, habia padecido en »el concepto soberano por la influencia de una prevencion animada ó de una animosidad prevenida, pero como el hecho no existe y sus »circunstancias son públicamente calumniosas, descanso en los fueros »libres de mi conciencia que hasta ahora solo han pretendido vulnerar »los enemigos de mi rey.—Hice presente á V. E. que habia mucha »exageracion en el número de los individuos de que habla la real ór- »den repetida; y esto mismo lo justificaba el verdadero que entonces es- »presé, ignorando (como ciertamente lo ignoro) que persona alguna se »hubiese valido de medios criminales, para ver de disminuir las fuer- »zas espedicionarias, induciendo al soldado á la resolucion de perma- »necer en Cataluña: no lo sé ni me lo persuado; siendo algun tanto mas »creible que esta invencion tenga su origen en el deseo inocente de »no querer que la baja sea tan considerable y efectiva como aparece »del ejército, si es que no procede de una quimera mal intencionada »con dobles fines depravados.—De cualquier modo conozca V. E. que »al existir la realidad del hecho (como se ha persuadido tan inexacta- »mente el rey nuestro señor) sino se me imputaba la perpetracion del »pretendido crímen, si al menos el haber autorizado el mismo, pues »aun siendo posible me fuera oculto semejante delito, no lo serian »por cierto sus efectos, apareciendo yo reo en cualquiera de estos ca- »sos de las penas mas imperdonables. Asi que, Sr. Excmo., aun juz- »gado yo como militar ambicioso de gloria, nadie que haga justicia á »la rectitud de mis principios ni á mi corta capacidad, llegará jamás »á imaginarse que yo soy capaz de dejar espuesta la augusta persona »de mi rey á peligros eminentísimos á trueque de conseguir laureles »en los campos de Cataluña; siendo asi que nadie dudar puede que »el golpe dado sobre la cabeza ha de dejar inermes las otras partes »que componen el cuerpo.—Pero no es justo ni me es decoroso el que »yo honre con mis reflexiones en forma de descargos una acusacion »figurada, mayormente cuando esta es deducida de antecedentes tan »falsos como odiosos; diré solo á V. E. que si hubiese reunido los »3,000 hombres que se suponen (segun ha llegado á mis oidos) des- »pues de haber rendido á estas horas casi todos los fuertes que tiene »el enemigo en Cataluña, hubiese marchado á buscar al Baron de Meer

»á las puertas de Barcelona.—Hágame V. E. la justicia de creer esta »verdad, así como que la fuerza que he podido reunir perteneciente al »ejército espedicionario, es la que consta del adjunto documento, la »cual siendo insignificante por su número para engrosar las columnas »es para mí tan necesaria, que sin ella me veria en la dolorosa preci- »sion de haber de renunciar á la esperanza de hostilizar á los enemi- »gos, de reprimir los desórdenes que poco hace fueron espantosos, y »de dar ejemplo al soldado catalán de valor, disciplina y constancia. »Con tan poca fuerza he vencido, y con ella si se me permite, enseña- »ré á vencer á hombres que hasta ahora no conocen otro arte de la »guerra que la rapiña y vandalismo; ni otros gefes que aquellos que »mas se han distinguido por acciones indignas de los defensores de un »rey católico y de una causa justa, ni mas derechos que obrar desen- »frenadamente atropellando las leyes y los fueros; ni mas subordina- »cion que su propia y libre voluntad cuando no están satisfechas sus »pasiones.—V. E. al ver una descripcion tan poco conforme con las »ideas generales, no podrá menos de argüirme cómo hombres tan des- »tituidos de prendas militares y tan abandonados al delito, han podido »reunir una fuerza respetable consiguiendo las victorias que tanto han »ocupado las prensas; y yo si V. E. me lo permite, le contestaré fran- »camente que se ha aumentado el número de los criminales al paso »que disminuido el fervor realista; que sus victorias han sido figu- »radas en los teatros del engaño; que los decantados caudillos no han »hecho otra cosa en general que enriquecerse sin distinguir persona »á costa del que ha tenido, valiéndose de los medios de fuerza mas »inhumanos y crueles; que los hechos brillantes que se han recomen- »dado al rey N. S. para la pretendida recompensa, han sido imagina- »rios ó abultados con la pluma de oro del soborno: que sus triunfos la »mayor parte han sido el incendio, asesinatos y pillage; que sus vio- »lencias y rapiñas llegan á mi en queja á cada momento del dia, sin »que pueda reprimirlos cual quisiera con la mano fuerte de la ley; »y últimamente Sr. Excmo. me atreveré á asegurar á V. E. que si »los elementos de la guerra no fuesen otros en el Principado, y si no »se saca de cimientos el edificio de su restauracion estableciendo bases »para un arreglo general que sea estensivo á todos los ramos en armo- »nía con las leyes, con la confianza y reposo público, los llamados »realistas catalanes que hoy existen entregarian á los enemigos sin que »pasase mucho tiempo, las llaves de un pais que ellos mismos habian »devastado, sembrándolo de calamidades y de enormes y espantosos »delitos.—Convencido de una verdad tan amarga y que tan violento »me es el haber de confesar, desvelo las noches y los dias para entre- »garme todo al exámen de aquellas medidas capaces de establecer con »la perentoriedad que las circunstancias exigen el sistema de ofensa y

»defensa militar, puesto que tan principalmente depende de la fuerza »armada, que hoy por una fatalidad lamentable es tan inútil al frente »del enemigo como ominosa al honor de un rey humano y justiciero. »Los recursos de subsistencia escasean tanto, aun ahora que estamos »en la recoleccion de las mieses, que á bandadas se desertan los alis»tados y los desórdenes se aumentan en los pueblos y en los caserios »sin fuerza alguna para reprimirlos: el dinero falta para los hospi»tales y tambien para la recomposicion de cañones, sin que consiga »fruto en mis continuas y enérgicas reclamaciones, aunque la buena »fé inculpo, y aun elogio al intendente y á la justicia haciéndoles »responsables ante el rey de la paralizacion de mis operaciones mili»tares en unos momentos en que parece se me abren las puertas »para sacar los laureles que están reservados á los triunfos de Cár»los V. Y aquí me tiene V. E. aun cuando adulado de la fortuna »recibiendo elogios de los pueblos, bendiciones de los habitantes que »he salvado siendo la áncora de la esperanza del realista; y en una »palabra mirado cual si fuese el ángel tutelar de Cataluña, que me »encuentro triste y abatido luchando con mis propios sentimientos te»meroso de no poder ser yo el hombre que corresponda á la con»fianza real en los términos que quisiera. Sin embargo, yo haré pre»sente á los pies de S. M. la situacion deplorable en que me hallo, »elevando á la consideracion soberana las únicas medidas que con»ceptuo capaces de producir los resultados favorables que tanto son »de desear; por cuanto en el Principado tiene S. M. muchos miles »de adictos que aun cuando acobardados, ausentes en otros ter»ritorios, ó bien espatriados en el estrangero, hay medios para »atraerlos y animarlos; destruyendo por grados la inmoralidad anar»quista de los que se han avezado con el crimen. Estoy seguro Se»ñor Excmo. de decir la verdad á mi rey, de salvar mi responsa»bilidad y mi conciencia y de dejar mi honor militar colocado so»bre los apoyos de la rectitud de mis principios; teniendo en menos »eximirme de compromisos, que sepultar mañana mi nombre entre »las ruinas de mi opinion, hasta ahora ilesa felizmente.—Lo espues»to á V. E. es la causa de que haya consultado á S. M. antes de »remitir al ejército real las plazas que le son efectivas; de lo con»trario no solo hubiese puesto en marcha ganando momentos esta pe»queña fuerza, sino que tambien hubiese dispuesto de las tropas del »principado con el fin de socorrer á mi soberano en unas circuns»tancias en que tanto lo necesita. Sin embargo dignese V. E. al jus»tificar mi conducta cerca del rey N. S. hacer presente á S. M. que »yo estoy pronto á obedecer sus soberanos preceptos, entregando al »coronel D. Hilario Cuevillas la fuerza que consta del documento que »acompaño, si asi de nuevo se me previniese: advirtiendo que en el

»están comprendidos los individuos que pertenecieron á la espedicion »del general Guergué, y los dados de alta en los hospitales que fue»ron del ejército de las provincias; mas si V. E. se dignase inclinar »el ánimo de S. M. para que revoque su decreto, ó al menos se sus»penda su ejecucion hasta que yo eleve á los pies de su augusto tro»no el manifiesto que he indicado, dispensará V. E. una gracia muy »señalada al Principado de Cataluña, á mi un obsequio que no puede »serme indiferente y una ocasion de albricias á la causa de Cárlos V. »Dios guarde á V. E. muchos años. Berga y agosto 8 de 1837.—Excmo. »Señor.—Antonio Urbiztondo.—Excmo. Señor secretario de Estado y »del despacho de la Guerra.»

Coincidió con la llegada de los comisionados la contestacion al parte de la junta sobre la toma de Berga en la que, lejos de dirigirle palabras de beneplácito y agradecimiento, encontró una severa reprension por haber dejado sus espadas á los oficiales capitulados. En la correspondencia que al par recibió, notó cierta prevencion contra su persona y servicios, que ni siquiera se tomaban la pena de reconocer cuando tan patentemente constaban. Desde este momento solo pensó en los medios de dejar una posicion que tantos sinsabores y descrédito le proporcionaban por el dominio que en la córte de D. Cárlos tenian los chismes palaciegos y las sórdidas intrigas. Su primer paso fué elevar á su rey una representacion enérgica que pinta muy al vivo la indignacion de su alma y el estado de aquel ejército.

«Señor.—Si despues de tantos y tan costosos sacrificios justifica»dos por mi adhesion á V. M.; si en el acto mismo de estar buscan»do vasallos que se prosternen á los augustos pies de su rey legítimo; »y si al tiempo de ofrecer victorias ante el trono de mi idolatrado mo»narca, viese su espada régia desenvainada por mano de traidores pa»ra herir mi fidelidad y mi inocencia, yo mismo adelantaria mis pa»sos al sepulcro, no queriendo sobrevivir á una desgracia semejante. »¡Qué es esto señor! ¿La capitulacion de Berga y de Ripoll fueron del »desagrado soberano? ¿Y la destruccion de Ripoll y Berga, fincas pre»ciosas de la corona real de España, hubiese merecido la aprobacion »de V. M.? ¡Qué discurrir tan injusto y tan desapiadado!... Yo no haré »jamás á las virtudes de mi rey tan grave y tan enorme ofensa.—Los »enemigos invisibles del reinado de V. M., esa mano oculta que tanto »trabaja para arrancar á V. M. la corona contra el poder de una na»cion, cuya inmensa mayoria ó defiende, ó está dispuesta á defender »los derechos augustos de su trono, la tengo sobre mí desde que dí »mis primeros pasos militares en este Principado; mas su peso, lejos »de abrumarme y abatirme, causa en mis nobles resoluciones, que »me inspiran la verdad y la inocencia á la vista de espantosos inten-

»tos criminales, simulados con el ropage que representa la lealtad.—
»¡Cuantas veces, señor, cuantas veces ha podido V. M. sentarse en el
»trono de sus mayores despues del fallecimiento de su augusto her-
»mano desgraciado! La Europa lo sabe y la España lo llora: han sido
»muchas, señor, y todas ellas han quitado á V. M. el cetro de las ma-
»nos los no conocidos por traidores; y á no ser por el poder del om-
»nipotente que ha hecho se los caiga al tiempo de irlo á sepultar, de-
»jándolo á distancia que alcanzase el brazo de un hijo suyo muy pri-
»vilegiado, el regicidio ó la victoria hubiesen puesto el féretro real de-
»bajo de los pies de la anarquia. Esto es cierto, señor, pero no es
»mio: no soy un ministro consejero de mi soberano; soy un general
»en la necesidad de vindicarse.—Cuando V. M. se dignó confiarme el
»mando militar de Cataluña, pensé encontrar elementos que me ayu-
»dasen á abrir las sendas de la restauracion del Principado; mas me
»espanté, señor, cuando solo vi el crímen con el lema de Cárlos V, é
»hice las otras tristes observaciones que constan de mi manifiesto
»elevado al ministerio de la Guerra en 10 de agosto.—Con hombres
»que no merecian mi confianza y poco mas de 400 soldados del ejér-
»cito espedicionario que aqui quedaron por diferentes causas, aco-
»meti las empresas de que he dado á V. M. parte por la misma se-
»cretaria del despacho.—Sin embargo, se me ha reprendido severa-
»mente de órden de V. M. por no haberlo verificado al tiempo que lo
»hizo la junta; cuando encontrándome rodeado de atenciones, clamo-
»res y pretendientes, sin poderme desembarazar para un cuarto de
»descanso, invité á la misma corporacion lo hiciese en debida forma
»á V. M., dándole yo los estractos atropelladamente, reservándome el
»ejecutarlo por mi mismo cuando me fuese posible, con partes deta-
»llados de los encuentros y sucesos que tan gloriosos han sido á la
»causa de V M.—Pase esto, señor, al que ha padecido tanto por
»V. M. y al que tantas veces ha tropezado con la escalera del patibu-
»lo por la misma causa; no puede ofenderse de una reprension sim-
»ple y arbitraria, lo uno porque sé que no me la ha dado V. M., y lo
»otro porque estoy bien seguro de no haberla yo merecido.—La pre-
»tendida y especiosa falta de cumplimiento á la real órden de 5 de
»julio último, repetida en 9, 19 y 28 del mismo para que dispusiese
»inmediatamente la incorporacion en el ejército espedicionario de un
»número muy considerable de individuos que le pertenecian, los cua-
»les habian aqui quedado en fuerza de seducciones capciosas y cri-
»minales, me suponen reo de un delito enorme, que se acerca, si es
»que no se hermana, con el terrible de traicion.—Para ocultar del
»soberano conocimiento de V. M. una pérdida dolorosa, ocasionada
»por la insuficiencia é impericia, juzgándolo muy piadosamente, han
»han hecho creer á V. M. que yo retenia aqui la fuerza de 3,000

»hombres, resistiendo su remision ó entrega para saciar mi ambi-»cion de gloria, ó quien sabe si para otros fines que hacen alevosa »mi lealtad. Han pretendido esconder debajo de las ruinas de mi opi-»nion, jamás vulnerada por otros que por los enemigos de mi rey, »las resultas de unos hechos que á gritos piden castigo ante el tro-»no de V. M.; con el doble y siniestro objeto de quitarme la espada »de la mano para que no prosiga mas por el camino de la victoria, »abriendo á V. M. la senda que puede encaminarle al trono, y tam-»bien para sostenerse en sus posiciones honrosas, ó tal vez peligrosí-»simas á la causa de V. M., aquellos que necesitan de un apolo-»gista muy elocuente para haber de justificar su conducta.—Los que »espusieron al ejército á perecer indefenso en la ciudad de Huesca; »los que le condujeron por los caminos de las fatigas y privaciones »voluntarias, los que le llevaron al combate en los campos de Bar-»bastro, jugando toda su existencia para ganar una ventaja tan pe-»queña como milagrosa, los que le pusieron al frente del enemigo »en las cercanias de Guisona, donde este la noche antes habia colo-»cado su artilleria á media legua de nosotros, los que dieron lugar »á que los mismos enemigos reuniesen sus fuerzas con descansos es-»candalosos en los pueblos; y últimamente los que fueron la causa »de que se relajase la disciplina, se perdiese la subordinacion y se ac-»tuase el soldado para cometer los mayores delitos, ellos saben, Se-»ñor, donde está la escandalosa y lamentable baja. ¿Por qué no la »buscan en los depósitos de prisioneros, en los cementerios y en las »guarniciones ó filas enemigas? Ellos que son la causa de una pér-»dida lastimosa y trascendental que lloramos todos los realistas. Por »mi parte pongo á Dios por testigo que nada tengo de que vituperar-»me, y que mi conducta, que ahora pretende mancillar el crimen, »siempre aparecerá ante los hombres y aun ante las leyes con el bri-»llo candoroso de la inocencia mas pura.—Cuatrocientas y pico de »plazas procedentes de estraviados, dados de alta en los hospitales in-»corporados en los batallones catalanes, y algunos fugados de los »enemigos es toda la fuerza que he reunido y reorganizado la cual »está pronta como he dicho y repetido en mis contestaciones, á reu-»nirse á la espedicion tan pronto como V. M. lo ordene, lo que sino »he ejecutado antes de elevar mi consulta, ha sido por las causas que »espuse al ministerio en el repetido 10 de agosto, cuyo escrito supli-»co á V. M. se digne mandar se le ponga á la vista.—Justificada mi »conducta en este estremo hasta probar que no me he hecho digno »de la severidad de las reprensiones soberanas, parece que solo queda »esta á descubierto respecto á la generosidad escesiva con que he ar-»ticulado las capitulaciones, hecho del cual segun estoy informado, »han estraido una sustancia, que luego han envenenado espiritus mas

»temibles y mas detestables que los de la ferocidad y barbárie.—Mi »posicion sobre Berga fué crítica y peligrosa bajo cualquiera aspecto »que se mire: la villa aun tenia medios y fuerza para su defensa »cuando con ocho mil soldados el Baron de Meer volaba á su socor- »ro: yo no disponia de la décima parte que mereciese mi confianza, »y los fuegos de mi artillería se hallaban apagados por la inutilidad »de sus piezas: temia por momentos la llegada de la columna, pues »que me hubiese obligado á levantar el sitio con descrédito de las »armas de V. M. dando un ejemplo pernicioso á los otros puntos for- »tificados por los enemigos, que seguramente se hubiesen ensober- »becido resistiendo la rendicion sin que yo la pudiese forzar, en es- »tas circunstancias dispuesta la tropa para aparentar el asalto, y he- »cho á los enemigos las amenazas é intimaciones mas terribles, me »pidieron la capitulacion, que les concedí en términos generosos, fir- »mándola con la pluma de la necesidad y la ventaja, y con las miras »de la mas sana y bien intencionada política.—¿Qué querian los ene- »migos de V. M. que yo hubiese hecho en semejante caso, ó mejor »diré en tan estraordinario compromiso? ¿Habia de pedir á los sitia- »dos dejar sus vidas y propiedades á la voluntad del sitiador? ¿Podia »yo vencerlos si ellos lo hubiesen resistido? ¿Carecian de resolucion y »de todos los medios de defensa? ¿Así se rinden hombres que saben »que al no ser perdonados ámpliamente por sus opiniones políticas, »con seguridades que no dejen ilusorio el religioso cumplimiento, han »de morir á bayonetazos antes de llegar al suplicio? ¿Y así se intro- »duce en los momentos de la efervescencia y arrojo de unos vencedo- »res que no conocen los derechos de gentes, cualquiera novedad es- »trepitosa en un pueblo la mayor parte de inocentes, para dar oca- »sion al saqueo, motivo á las violencias y lugar al asesinato?—Alé- »grese V. M. de tener en Berga y en Ripoll dos hermosas poblacio- »nes cuyos habitantes le adoran por mas que les pese á esos comi- »sionados de alto crimen de traicion: en cuanto á mí, Señor, miro »con el mayor desprecio las recriminaciones que me hacen, y jamás »podrán alterarme siempre que yo cumpla fielmente con lo que debo »á mi rey, y con aquellas obligaciones sagradas que me impone mi »propia conciencia.—Aun, Señor, atormenta á la misma, la idea es- »pantosa de las víctimas de Gironella, y su recuerdo al horrorizarme »á toda hora asusta mi sueño y acíbara los platos de mi mesa. La »mañana del 11 de julio queriendo intimidar al enemigo, di la ór- »den de romper su primera línea esterior, asaltando los puntos mas »aparapetados: esto se verificó Señor, á los pocos minutos en térmi- »nos de haber escedido mis esperanzas; pero cual no debió ser mi »espanto cuando al entrar en la casa de Gironella, tropecé con el ca- »dáver de un anciano religioso, á cuyo lado y sobre uno de sus bra-

»zos tendidos estaba un niño de cuatro años aun con las entrañas »palpitantes, mas allá una monja que apretaba con una de sus ma- »nos la efigie del que nos redimió; no lejos una muger desnuda y en- »negrecida con su propia sangre, y á muy poca distancia un infeliz »salpicado de heridas, que luego supe era un orate!... La sangre de »nueve cadáveres mezclada con la de algunos animales me impidió »el paso, que retiré sobrecogido sin saber á que parte.—Estos, Señor, »si bien son los resultados de la guerra, debe el que manda evitarlos »á costa de otros menores sacrificios: es decir, que como militar no »pude dar el asalto á Berga, y como hombre lo hubiese resistido á »no ver en peligro eminente el honor de las armas reales. Con nada »es comparable la fiereza y sevicia de los llamados realistas catala- »nes: los pueblos son fincas de V. M., y los habitantes sus vasallos. »Estoy averiguando si es cierto que uno de estos caudillos ha quema- »do viva una muger, para hacerlo morir tambien quemado, y re- »suelto á castigar crímenes espantosos, todo desórden público, y aun »la agresion sobre opiniones en los hechos particulares, ó venderé »mi vida á la justicia, ó daré los descargos á mi rey.—¿Quién Señor »puede persuadir á V. M. que el sistema del castigo impuesto al es- »travio de las opiniones políticas le ha de conducir al soberano trono? »Solo pueden hacerlo los enemigos del reinado de V. M. Una parte »muy respetable de la nacion está comprometida, y si se ha de bus- »car la causa, será preciso ir por las huellas de desaciertos, de in- »gratitudes y de injusticias á encontrar el verdadero origen. Hago de »nuevo presente á V. M. que una parte muy respetable de la nacion »está comprometida y á la vista de las intenciones de V. M., ó para »someterse ó para redoblar sus esfuerzos contra la justa causa: la pa- »ralizacion de la guerra en nada favorece á V. M., porque todo lo que »no es avanzar cada dia, es retroceder por momentos: estamos al »frente de las potencias estrangeras que nos observan, y aun sin sa- »lir de nuestro suelo tenemos muchos en atalaya para conocer nues- »tra marcha y seguir luego lo que mas pueda convenirles.—Pero yo, »Señor, aconsejo á V. M. como sino viese el real ánimo tan cerca de »estos mis deseos; mi gloria consiste en que las sábias y benéficas »instrucciones de V. M. están identificadas con las mias, ó por me- »jor decir, yo no he hecho otra cosa que pisar sobre las mismas hue- »llas que la clemencia de mi soberano me marcó en los admirables »decretos de Huesca y de Barbastro; y tampoco me he separado un »ápice de las instrucciones que he sacado originales de la conducta »de mi rey; mas mi perdon en Berga y en Ripoll no ha sido tan »generoso que no esté acompañado con el miedo, y unido estrecha- »mente con el interés principal de la corona.—¿Estaria Ripoll en po- »der de V. M. si yo hubiese castigado en Berga? ¿Prats de Llusanés

»se hubiese por ventura rendido? ¿Tuxent y Bagá me hubiesen abier»to sus puertas? Sin embargo, yo solo he perdonado la vindicta pú»blica en la materia de opiniones, cuya conducta no innovaré hallán»dome en las mismas circunstancias; por cuanto estoy firmemente »persuadido que V. M. ha de aprobarla.—Si el génio del mal no des»truye mis planes con sus maquinaciones cerca del trono augusto de »V. M. salvaré el Principado, Señor, con el favor del cielo: si la ca»lumnia me persigue y mis servicios han de ser llevados á do solo »se castiga el crimen, pediré á V. M. se digne relevarme de un en»cargo cuya investidura, sin saberlo, ha ocasionado mi desgracia, y »si triunfasen los traidores, en cualquiera parte donde me conduz»ca mi destino, conservaré en lo mas profundo de mi corazon el amor »y fidelidad á V. M. cuya vida prospere el cielo muchos años. Berga »15 de agosto de 1837.—Señor.—A. L. R. P. de V. M.—Antonio »Urbiztondo.

Con el objeto de que los comisionados del cuartel real presenciasen por sí mismos toda la importancia de la brigada de espedicionarios y pasados en todas las empresas que habia acometido, resolvió continuar su plan poniendo nuevo sitio á San Juan de las Abadesas.

Recompuestas las piezas y provistas de algunas municiones, aunque de diferente calibre, las dispuso contra la poblacion haciendo concurrir á Mosen Benet, Zorrilla y Boquica, á situarse en los puntos afluentes de mayor importancia. Creyó de interés que algunos vocales de la junta superior presenciaran las necesidades, privaciones y sacrificios que fuera de Berga se esperimentaban al frente del enemigo, y sobre todo que se asesoraran ocularmente de la falta casi absoluta de ciertos elementos para circunstancias momentáneas que á la vista del enemigo ocurren: asi lo hizo presente á aquella, que dió esta comision poco grata al Baron de Perasola. El 19 de agosto emprendió su movimiento la brigada carlista castellana ó espedicionaria de cuyos batallones es bien advertir que el último organizado solo tenia 300 fusiles para 800 plazas: llevaba consigo la llamada artilleria. Urbiztondo salió al siguiente dia á pernoctar en Ripoll, donde supo por Boquica que la guarnicion de San Juan seguia tan obstinada como antes del socorro que le diera Meer, á pesar de que este la habia desamparado el dia 5. Asi que Urbiztondo llegó el 21 á las inmediaciones de la plaza y vió el estado de la brigada de Boquica, tuvo que disminuir el cálculo de fuerzas con que habia contado: los sitiadores habian disminuido en una tercera parte por la falta casi diaria de raciones, y la mayor parte estaban descalzos. Aquel dia se dieron órdenes para recogerlos de sus casas, se situaron convenientemente los cuerpos y prepararon las baterías que habian de ensayarse al siguiente. En efecto todo el 22 estuvieron jugando las dos piezas de á 8 y 4, pero con tan escaso efecto y tanto deterioro que la una

recibió de los facultativos el fallo de su pronta inutilizacion, como sucedió al siguiente dia abriéndose en dos pedazos. Quedó la de á 4 entreteniendo el fuego, hasta que se presentó el brigadier Zorrilla con sus batallones manifestando que los voluntarios se hallaban casi exánimes sin haber probado un bocado de pan desde el 21 y que en semejante estado no habia podido empeñar la resistencia que de otra suerte hubiera opuesto al gobernador de Figueras, Simonet, que habia llegado á Camprodon con objeto de obligarles á levantar el sitio. Aunque esta presentacion contravenia las instrucciones y los planes del general en gefe carlista Urbiztondo, como la ocasionaban circunstancias tan vitales tuvo que desentenderse de la ordenanza y autorizarle para arrancar las patatas de aquellos miserables caserios. Agotados los disparos de las piezas, solo quedaba por probar el resultado de 18 granadas; pero eran de mayor calibre y se desperdiciaron las mas rebentando en el aire: solo seis lo hicieron dentro de la poblacion sin daño de consideracion ni efecto en el ánimo de los sitiados. Estaba empero resuelto Urbiztondo á apoderarse con los mayores esfuerzos de aquel pueblo que tan desusadamente habia herido su amor propio y puesto en balance su reputacion á la vista de casi todo su ejército. Llamábale la atencion que estando solo á distancia de dos horas la brigada del gobernador de Figueras, fuerte de 5,000 hombres no adelantase un paso á pesar de oir desde la víspera el fuego de la artillería sobre los que iba á socorrer: calculando que algun grave motivo ó algun temor poderoso le obligaba á aquella circunspeccion, se decidió el 24 aprovechar los momentos para un asalto. La obstinacion de los sitiados era tal que no dejaba esperanza legítima á recursos menos estremos. Se designaron dos puntos por donde debia ejecutarse aquella arriesgada operacion y para realizarla se nombraron cuatro compañias, dos de catalanes y dos de los espedicionarios, siendo protegidas en el acto por todas las fuerzas de Zorrilla. Todo dispuesto y á la hora prefijada de las diez de la noche, el estruendo de la fusilería y la algazara del soldado anunció á la guarnicion que era llegado el momento de un esfuerzo heróico: los defensores, gente bizarra y á las órdenes de un gefe sereno y denodado, acudieron al llamamiento contestando con un ardor creciente á los fuegos del osado sitiador. Un arrabal cayó en poder de este; pero los destinados á la villa no pudieron sobreponerse á la serenidad y valor del comandante que los dirigia. Crítica era sin duda la situacion de los defensores, mas no lo era menos la de sus contrarios: Urbiztondo acosado á cada momento en medio de aquellas circunstancias premiosas con las reclamaciones urgentes del soldado, ordenó á Zorrilla se conservaran en el punto conquistado las dos compañias que de él se posesionaron y retirasen las otras á sus antiguas posiciones. En actitud casi inofensiva siguió el resto de la noche y todo el dia 25 meditando un nuevo asalto para la noche inmediata: el coronel Villalonga debia ser su ejecutor y se preparaba á él distribuyendo las fuerzas cuando un aviso de que el baron de Meer se aproximaba á

marchas forzadas le hizo desistir de su intento. Por segunda vez iba aquel pueblo á burlar con su valor el empeño en que su amor propio ofendido lo habia colocado. Cerciorado de que Meer habia llegado á Olot y con la noticia de que Tristani de motu propio se habia ido á sitiar á Torá desentendiéndose de las instrucciones que su gefe le habia dado para que estuviera en observacion de las columnas enemigas, resolvió fraccionar sus fuerzas y colocarlas equidistantes para poderse prestar mútuamente apoyo en caso de necesidad. Eran las doce de la noche cuando el brigadier Zorrilla con los batallones 8, 20 y 21 se dirigia á Vallfogona y Urbiztondo se trasladaba con la brigada espedicionaria y las dos piezas á Ripoll, como centro de operaciones para acudir con mas facilidad á cualquier punto amenazado. No queriendo desistir de su pensamiento sobre San Juan habia dejado á su vista y del gobernador de Figueras á Boquica con los batallones 9, 22 y 23, pero en el momento en que supo el gobernador el fraccionamiento de las fuerzas carlistas, abandonó á Camprodon y se dirigió á San Juan sin que á aquel gefe le fuera permitido impedirle la entrada. Poco se detuvo el gobernador en la villa que acababa de salvar temeroso tal vez de que la retirada de los carlistas fuera una añagaza, pues desde el primer momento se entretuvo en recoger las familias que solicitaban abandonar la poblacion para unirse al baron de Meer. No sabemos por que, si ofuscacion causada por temor del enemigo ó inexactitud de noticias ó error de cálculo, el gobernador en vez de marchar en busca de Meer se dirigió por el camino de Ridaura obstruido por posiciones difíciles y encañadas peligrosas. No tardó en salirle de flanco Zorrilla y Boquica por la retaguardia acosándole de tal manera que le llevaron en bastante desórden hasta las mismas puertas de Olot, causándole la pérdida de mas de 100 muertos y bastantes prisioneros, la mayor parte de las familias que imprudentemente se habian acogido á su proteccion. Este fué un triunfo favorable para el espíritu de la soldadesca carlista tan abatido con los últimos reveses; pero con aquel esfuerzo habia gastado sus últimos recursos quedando en un estado casi completo de inutilidad: las municiones se habian agotado, y la fatiga era tal que muchos soldados rendidos al cansancio se postraban en el suelo demandando algunas horas de descanso para rehacerse. La columna del baron de Meer estaba al frente y esta situacion se hacia por momentos mas crítica. El único recurso que se ofreció á la imaginacion de Urbiztondo fué el mandar a Vallfogona la brigada estropeada en relevo de otra catalana; y en la incertidumbre del tiempo que Meer permaneceria en Olot con sus 9,000 infantes y 500 caballos pasó a averiguar las verdaderas posiciones de sus fuerzas y de su estado moral. Esta visita fué poco lisongera: los gefes todos acordes le manifestaron la imposibilidad absoluta de emprender ninguna operacion con brigadas mermadas á mitad por la fatiga y la desercion. La mayor parte de los voluntarios catalanes habian ido á sus casas en busca del alimento que les negaba una administracion trastornada, y los que no podian hacerlo por ser estraños al

pais ó estar muy distantes de sus pueblos carecian de todo sustento. Es bien dificil que gefe alguno se haya encontrado en medio de circunstancias mas espinosas que las que entonces rodeaban á Urbiztondo: su honor militar le precisaba á no desistir de sus miras sobre San Juan de las Abadesas; su plan le obligaba á no desamparar á Ripoll, que á no dudarlo volveria á ser ocupado inmediatamente por las fuerzas constitucionales; y contra estos dos objetos conspiraba el estado material de sus fuerzas, que de todo escaseaban. Abandonar su pensamiento era renunciar á todas las consecuencias ventajosas que á él se ligaban; realizarlo militarmente como su conciencia y su educacion militar lo exigian, reclamaba recursos que la junta no le proporcionaba: en medio de este terrible Scyla y Caribdis tenia que seguir un rumbo que reprobaban sus sentimientos personales. Facultó á sus subalternos para que se facilitaran las raciones y calzado que necesitasen, valiéndose de los medios que habian empleado antes del establecimiento de la junta hasta tanto que él avistándose con sus vocales obtuviese una resolucion terminante para remediar tantos males.

De esta atencion apremiante vino á distraerle un oficio de Zorrilla en que le noticiaba la direccion del Baron de Meer hácia San Juan divididas sus fuerzas en dos columnas y despues de haber roto la línea que le habia interpuesto: dirigióse allá presurosamente y fué encontrando en el camino multitud de dispersos que le enteraron de la derrota que habian sufrido. El Baron de Meer con fuerzas superiores en número y en condiciones materiales no habia tenido que emplear grandes esfuerzos estratégicos y de valor para conseguir la victoria, que ciertamente fué completa y oportuna. La dispersion no podia ser mas general: solo cuatro compañías halló custodiando las brigadas en el palacio de Llayers; todos los cuerpos se habian descarriado hasta el punto de tener que evniar confidentes en averiguacion de los caminos que habian tomado, señalándoles sitio de reunion. Estos vaivenes morales ponian á Urbiztondo en unos paroxismos de quietud que semejaban á la postracion y al abatimiento. Sin fuerzas, sin recursos, sin gefes, sin disciplina, sin materiales y contra un enemigo á la vista bajo todos conceptos superior parecia imposible quedase al ánimo resquicio alguno de esperanza. Luego supo que el movimiento del Baron de Meer tenia por objeto introducir un convoy en San Juan de las Abadesas; y ya que no podia impedirlo se apresuró á evitar la alarma que la aproximacion del enemigo debia producir en Berga y en Ripoll. Pero cada noticia era un golpe que hacia caer al suelo algun recurso que su imaginacion le sugeria. Zorrilla se le presentó con sus batallones dándole conocimiento de la ida á Ripoll de los espedicionarios y que su gente iba en un estado tal de desaliento que no habria remedio bastante eficaz para contener sus progresos. Su aproximacion al soldado le convenció de la realidad de tan tristes noticias y le empujaron á una resolucion estrema que no habia dejado de prever pero que habia rehusado cuanto estuviera en su mano. Esta resolucion fué di-

vidir sus fuerzas, mandar á cada brigada á sus respectivos distritos en que anteriormente habian operado por sí solas, dar á sus gefes facultades para ocurrir á las necesidades del soldado segun su celo les aconsejara, lo cual equivalia seguramente á mandarles vivir sobre el pais. Encargar vigilancia sobre el soldado para que no cometiera desórdenes era por cierto bien estéril; impedirlo era imposible: lo que no se le daba, fuerza era que se lo procurase, y las peticiones del soldado nunca dejan de ser ágrias para el pais. Despues de dar estas órdenes, si así pueden llamarse pues eran el sacrificio mas duro que hacer podia al imperio de las circunstancias un gefe pundonoroso y de humanos sentimientos, se dirigió á la junta por la centésima vez para reclamar su remedio. La pintura que les hizo de su estado fué tan sombría que los vocales no tuvieron que oponer ni una sola reflexion á cada cargo, sino es la que siempre habian opuesto á sus reclamaciones: que sus desvelos eran incesantes y estériles. Iban envueltas estas razones en multitud de pruebas y consideraciones que no dejaban duda alguna acerca del origen verdadero de aquel ruinoso estado de la administracion. Los males tenian una raiz mas profunda que la mano de la junta no alcanzaba á arrancar: los pueblos estaban agotados, las familias pudientes habian huido de las violencias consiguientes á una guerra sin reglas á los puntos en que juzgaban mas seguras sus vidas y fortunas; los malos hábitos de los gefes de brigada hacian imposible el órden y la economía en los procedimientos administrativos; y por último como quien desafia la capacidad de su rival convidaba á Urbiztondo á que le indicase los medios que él conceptuaba mas eficaces y de inmediata y segura realizacion.

Urbiztondo no bien vió al Baron de Meer abandonar á San Juan en direccion de Olot dejando aumentada su guarnicion y provista de víveres su fortaleza, se movió tambien el mismo dia 29 con el E. M. desde el palacio de Llayers hasta Ripoll. Al reunirse en Borrada con la brigada espedicionaria supo que existia un complot de asesinato no solo contra él sino contra todos los gefes estraños al pais. La noticia sin embargo no iba provista de todos los apoyos y visos de verdad que su razon exigia, y no le prestó grande atencion. Obrando no obstante como precavido estendió dos alocuciones al ejército con el objeto de destruir la maquinacion en el caso de que existiese. La una tenia por objeto celebrar el triunfo conseguido en las inmediaciones de Ridaura, que era traer á la memoria del soldado títulos á su respeto y su cariño; la otra tenia un objeto mas directo pues hablaba de la existencia de malvados, de medios sembrados para introducir la cizaña y desunion entre los defensores de una misma cáusa y de la necesidad de la subordinacion y disciplina. Con este motivo una anécdota fidedigna revela el estado de pugna en que se hallaban las dos autoridades principales del campo carlista y el carácter de cada una. Al dirigir Urbiztondo á la junta aquellos documentos para que de ellos se imprimiera el número suficiente de ejemplares no esperaba que esta hubiese puesto su pluma de Aristarco en ellos; mas hé aquí lo

que con el recibo le manifestaba. «*Se está imprimiendo á estas horas etc.* »*Habiendo observado que por distraccion seguramente de la pluma mas en* »*ninguna manera del corazon, no se mentaba á Dios ni á su adorable pro-* »*videncia, y teniendo presente cuan grato es este lenguage al rey N. S., á su* »*religioso ejército, á V. E. y á todo el pueblo catalán, ha creido que faltaria* »*á V. E. y á la mútua confianza si despues de advertido no lo remediaba co-* »*mo así lo ha hecho en el lugar y modo que V. E. verá; quitando al propio* »*tiempo las palabras* DERECHOS SAGRADOS Y SOCIALES, *porque además de ser* »*muy ambigüas en sí mismas se han hecho odiosas por repetirlas hasta el* »*fastidio los periódicos revolucionarios nacionales y estrangeros, y porque* »*afirmados el altar y el trono, sin pretenderlo, sale arreglada la sociedad y* »*los que se llaman sus derechos.*» Juzgar este hecho es ocioso porque lo está suficientemente en ver á una junta ocupada en tachar palabras mas ó menos espresivas de un general: para esto se celebraba una sesion, se entablaban discusiones y se acaloraba el debate mientras que asuntos de perentoria resolucion dormian el sueño de un descanso perpetuo. Urbiztondo recordaria con este hecho el del convento de San Francisco en Berga, pero mas prudente que entonces selló sus labios y lo dejó pasar aparentemente desapercibido.

El lector habrá observado que con frecuencia interrumpimos la narracion de los hechos militares que en la guerra se presentan en relieve con la relacion de esas otras cuestiones de administracion y disciplina que no debieran salir del fondo digámoslo asi en que se asientan. Consiste en que el desórden administrativo es en el campo carlista grande manantial de disensiones y reveses: unas veces como pretesto, otras como razon, el estado económico sirve para escudar derrotas que acaso la imprevision acarrea. Ahora otro hecho de esta naturaleza tenemos todavia que indicar: el empréstito forzoso de 260,000 duros que la junta acordó derramar como última apelacion de la agonia en que se hallaba, ¿qué podia producir en un pais naturalmente pobre, asolado por la guerra, abandonado por todos los propietarios y productores de la riqueza? ¿qué podia producir ese reparto donde no existia la estadística ni siquiera antecedentes que sirvieran de norma para una distribucion, sino equitativa, no monstruosa? Obvios son los resultados que esta medida desatinada debia producir para con aquellos mismos que mas dispuestos se hallasen á hacer un sacrificio de fortuna por las convicciones de su fé política. Los resultados con efecto fueron nulos y solo acarreó sin número de quejas, resentimientos y emigraciones hácia el pais contrario.

En estas y semejantes tareas empleaba su energía la junta dando de mano á las cuestiones vitales de la guerra. La única medida con que quisieron cortar su curso al torrente de desgracias que llevaban á mal término la causa carlistas en el Principado, fué el nombramiento de Mosen Benet el dia 3 de setiembre para 2.° cabo encargándole la inspeccion de

cuerpos de la alta montaña y de proponer las variaciones en todos los ramos que creyera convenientes. Urbiztondo asistió á esta sesion; oyó hacer grandes ponderaciones del prestigio de dicho gefe catalán que era como rebajar la suya, y aunque tenia que oponer muchas quejas de falta de respeto y obediencia á sus órdenes de una manera desembozada hubo de consentir en esta humillacion que le imponian las circunstancias.

Tambien tuvo al fin que dar cumplimiento á las órdenes tantas veces reiteradas, de la devolucion de los espedicionarios á su cuerpo de ejército. La influencia que dominaba en la corte no dió lugar á mas escusas ni á dilaciones; fuéle preciso obedecer, acaso tambien con pena de los mismos soldados, porque entre ellos y su gefe existia una razon comun de simpatía en aquel pais, que á todos los consideraban como estrangeros. Juntó á la tropa la parte de servidumbre que se habia quedado tambien á orillas del Ebro, y con todos, D. Cárlos que era tambien parte de rastros que en su paso dejara en el Principado, emprendió la marcha en direccion del Ebro. Pero en el tránsito supo que Meer se dirigia á reconquistar á la villa de Prades antes de que los carlistas terminasen sus fortificaciones, y que la columna enemiga del brigadier D. Domingo Vidart se hallaba en Torá, á hora y media de distancia: la diferencia de situaciones y la desproporcion de fuerzas le obligaron á detener su marcha y esperar que un movimiento de sus contrarios le abriera paso. Túvolo con la marcha de Vidart á Lérida y avanzó hasta Rovira. Pero Meer, que regresaba de su operacion sobre Prades, á cuyo pueblo él y Mondeden, cada cual á su vez casi redujeron á cenizas, y le salió al encuentro entre La-Guardia y Santa Coloma con 5.000 infantes y 300 caballos. Urbiztondo no pensó en aceptar la batalla sino eludirla y retirarse. Destacó sobre su flanco á los cazadores del batallon de pasados, previno á Villalonga sostuviese la retirada de los dos batallones y un escuadron de la vangaardia y que siguieran la direccion de los espedicionarios, á quienes señaló nueva ruta y colocacion. No pudo empero evitar que las tropas de Meer le alcanzasen arrojándose impetuosamente sobre él: tal vez la noche, que iba cayendo sobre el campo, le libró de una derrota desastrosa. A favor de la oscuridad hizo una rápida y penosa contra marcha que le puso á cuatro leguas del Baron. Pudo allí, en el pueblo de Fores, tomar algun descanso bajo la vigilancia del batallon del Griset que encontró en él: pero no fué enteramente sosegado. Las confidencias le enteraban de que el Baron habia caminado tras sus pasos, y no tardaria en alcanzarle. Para evitarlo se apresuró á tomar las inaccesibles posiciones de Santa Perpetua, donde preparó sus fuerzas para un choque, y noticioso por varios espías aprehendidos del pensamiento de Meer que era impedir el paso de los espedicionarios al Aragon, se decidió á esperar allí los movimientos de este. El 21 recibe aviso de que la columna de Vidart se unia al grueso de su ejército, y sospechó que la intencion de su contrario era apoderarse de ciertos puntos para estorbarle el paso á los llanos precisándole á regresar á la monta-

ña á marchas muy esforzadas. Obligado asi á ponerse en movimiento, apeló á una estratagema para eludir la persecucion de su tenaz enemigo. Divulgó la voz de que desistia de su movimiento sobre el Ebro, retrocediendo á Castellfolit, y para mejor persuadirlo colocó el batallon n.° 16 á retaguardia de esta direccion é hizo situar dos al otro lado de la carretera en el pueblo de Prats del Rey. En esta situacion quedó á la espectativa de los movimientos del enemigo, que en efecto avanzó á Pont de Armentera, Villarrodona é inmediatos el dia 22. Era forzoso aprovechar los momentos: á media noche emprendió la marcha para Querol donde permaneció todo un dia sorprendido de la indiferencia con que las columnas del Baron miraban á las que la víspera destacára sobre su flanco para proteger su retirada. Esto le daba á conocer hácia quién se dirigian con tanta perseverancia las miras del general cristino. La falta de raciones que sentian en Querol, casi totalmente destruido desde el principio de la guerra, le precisaron á trasladarse el 24 á la Llacuna, donde podrian ser socorridos del pueblo de San Quintin. Una coincidencia afortunada para Urbiztondo le dejó realizar felizmente sus deseos. Invadido el campo de Tarragona por una columna carlista, el jefe de la constitucional de Villafranca reclamó el auxilio del Baron de Meer, que no pudo menos de preferir esta operacion, por evitar las desgracias de una incursion á hacer sufrir á las fuerzas de Urbiztondo una nueva derrota. Desembarazado con este llamamiento, ya no pensó éste en la retirada sino en conducir á los espedicionarios al Ebro: once horas de marcha le llevaron en efecto á la Estadilla, y en la madrugada del 27 descansaba ya en Cerviá. La columna de Vidart era la única que iba en su seguimiento; pero sus fuerzas no eran suficientes para estorbarle el paso, y además le llevaba cuatro horas de delantera. Llegó pues, sin obstáculos á la Granadella al mediodia del 28, repartió calzado a sus predilectos espedicionarios, y los dirigió de noche á la orilla del rio, que atravesaron sin contratiempo. Aquella separacion, para todos sensible, lo fué mas para Urbiztondo, que no sin motivos se creia entregado en medio de los catalanes á ódios provinciales y rivalidades enconadas.

El Ebro, al mismo tiempo que testigo de esta pérdida, lo era tambien de ventajas que en sus mismas márgenes alcanzaba la hueste carlista. Mora, poblacion de 800 vecinos, industriosa, y una de las mas hermosas de aquella fértil rivera, se hallaba estrechada por los carlistas desde últimos de julio, cuando fué levantado el sitio por la columna del brigadier Azuar, despues de haber empleado los enemigos todos los medios y diligencias que estaban á su alcance para tomar el fuerte. Cuatrocientos cincuenta cañonazos dispararon con una pieza de á 18, causando tal daño, que abrieron brecha muy capaz para el asalto. A pesar de esto no consiguieron su intento: entonces apelaron á minar el fuerte por cuatro veces, y otras tantas contraminaron los valerosos é impávidos sitiados, inutilizando los trabajos del enemigo. A la escasa fuerza de la guarnicion se agregó muy luego la carencia
29

de víveres, y nada de esto arredró á los defensores de la plaza. No pudiendo ser relevados en sus puestos para entregarse al preciso descanso, las mujeres suplian esta falta, ocupando por algunas horas el lugar del esposo, del hijo y del hermano; y como si esta fatiga no fuese harto dura para su débil sexo, de continuo se afanaban en hacer zanjas por todo el rededor de la parte inferior del fuerte, con tanta simetria como si fuesen trazadas por un hábil ingeniero. Así mejoró admirablemente en pocos dias la defensa. Aquellas valerosas amazonas animaban á los sitiados, exhortándolos á perecer antes que entregarse á merced de los que miraban como asesinos de sus familias. Ellas contestaban á los parlamentarios carlistas, ellas cargaban los fusiles para que los hombres pudieran dispararlos con mas frecuencia contra el enemigo, y ellas en fin, se distinguieron tanto como los varones en aquella heróica pugna. Mas de cincuenta de los sitiadores hallaron sepulcro al pié de los muros de la invicta Mora, pasando de 200 los heridos. A cuatro individuos se redujo la pérdida de los sitiados; pérdida que, si bien corta, se consideraba de mucho valor por sus circunstancias. El cañon de á 18 fué abandonado por los carlistas en la retirada á un cuarto de legua de la villa.

Sin embargo, el 2 de setiembre fué preciso abandonar del todo á Mora, y al siguiente por la mañana se dirigió la columna de Aznar á Prades, cuya poblacion como dejamos dicho habia sido ocupada por los carlistas, habiéndose llevado como cautivas mas de cuarenta personas entre milicianos nacionales y miqueletes de la guarnicion, muchos de los cuales fueron despues muertos.

Resarcia al mismo tiempo al ejército liberal de estos quebrantos una accion en el campo mandada por el brigadier D. Jaime Carbó. Sabedor este intrépido caudillo de que Tristani, Zorilla, Mallorca y Burjó con cerca de 5,000 hombres trataban de atacarle, confiados en que sus fuerzas no pasaban de 2,600 infantes y 100 caballos, salió al encuentro del enemigo hácia la villa de Manlleu, en cuya entrada le avistó posesionado de fuertes posiciones. Emprendió el valeroso Carbó el ataque sin titubear, se apoderó del puente que ocupaban los carlistas, y sin dar lugar á que su vanguardia disparase un solo tiro los forzó á retirarse. Entonces trataron de hacerse fuertes en una dilatada cordillera de montañas llamada la sierra de Niubó. Defendieron aquellas ventajosas posiciones; fueron arrojados de ellas sucesivamente, y al querer precipitar su retirada les cargó no solo la caballería sino tambien la infantería que pudo seguir á la bayoneta con incomparable rapidez y vigor, envolviéndolos de tal modo que en muy corto trecho dejaron mas de 200 cadáveres, crecido número de armamentos y otros pertrechos, 119 prisioneros, entre ellos muchos de sus mejores oficiales, y ademas varios frailes, cuyos hábitos se encontraron en el despojo del campo. En medio de la accion se pasaron al vencedor 30 soldados del regimiento de América que anteriormente habian caido en poder de los carlistas. Cuatro muer-

tos y seis heridos fué lo único que costó esta victoria, por la cual declararon las Córtes que el brigadier Carbó y sus tropas eran beneméritos de la patria.

Urbiztondo, despues de la marcha de los espedicionarios, como era consiguiente, disolvió la brigada de que formaban parte, y varió casi enteramente su plan de campaña. Sus miras se dirigieron entonces al campo de Tarragona en donde el coronel D. Manuel Tell de Mondedeu, operaba con escasas fuerzas y habia manifestado deseos de aumentarlas en las Garrigas. Urbiztondo hizo incorporar á él un batallon que la salida de los espedicionarios habia dejado en esqueleto de oficiales, ya porque el terreno era mas mas abundante de recursos, ya porque les seria mas fácil procurarse el completo de armas en que desde su organizacion estaba. Calculaba racionalmente que su movimiento sobre las orillas del Ebro atraeria hácia él el grueso de las fuerzas del Baron, y entonces podria Tristani, como se lo previno, hacer una incursion en el Ampurdan que produciria todos los recursos de que tanto carecian y que en balde habia solicitado de la junta. La escasez era tan grande que un dia antes del señalado para la marcha se le presentó un ayudante de la division de Masgoret dando parte de la disceminacion que le forzara á hacer en grupos de 30 hombres el no tener una sola racion que dar al soldado. ¡Dedúzcanse los males que en semejante estado pesarian sobre el pais!

El dia 5 peregrinando de pueblo en pueblo y de brigada en brígada, porque no tenia ya una especial, como antes de la marcha de los espedicionarios, llegó al Abisbal á tiempo que Llarch de Copons reunia sus batallones para una espedicion. De aquella gente era acaso de quien la fama publicaba mas atentados. Urbiztondo quiso evidenciarse de ellos, pero sobre todo quiso averiguar su decantado sistema administrativo que le permitia vivir independientemente, sin solicitar apenas los auxilios de la junta. Este prodigio era sin duda muy digno de la atencion de un general. Sus investigaciones le condugeron á este mecanismo tan sencillo como eficaz y horrible. Llamábase Pau Mañé y se caracterizaba con el empleo de comandante de batallon un hombre de burdo traje, toscos modales y nada grata mirada, á quien el Llarch y sus subalternos respetaban y encomiaban porque de su mano recibian los socorros, las raciones, los utensilios, todo lo que á administracion pertenece. No era para menos: Pau Mañé lo hacia todo; concebia el pensamiento, estendia el plan, hacia los repartos, recaudaba, distribuia, llevaba la contabilidad: solo 14 mozos de su confianza le ayudaban en la recaudacion. El procedimiento era este. Pau Mañé tenia una cueva de mas de 20 varas de profundidad, á la cual era preciso descender atado por una cuerda que iban soltando los mozos: esta cueva, cuyo secreto poseian pocos de los amigos de Pau, habia recibido de él el nombre de cárcel de Cárlos V. Cuantas personas pudientes aprehendian los batallones del Llarch y cuantas podian coger los mozos descuidadas, siempre en acecho de los pueblos libe-

rales, iban á parar á ella, y sufrian un trato tanto más duro y largo cuanto mas tardase en presentar la cantidad exigida por Mañé para su rescate. Esta cuota era resultado de una rápida ojeada que al recibirle á su presencia dirigia á su rostro, su traje y su porte. El minimun sin embargo estaba señalado en 16 onzas de oro. Cuando el prisionero por imposibilidad ú otro motivo se resistía al pago, bien crueles apremios iban á estrecharle. O bien se dejaba á pan y agua durmiendo sobre aquel suelo húmedo é inmundo, ó bien se le atormentaba á palos y alguna vez ¡horroriza el decirlo! con aceite hirviendo!! Por el sufrimiento de los mártires juzgaba el feroz catalán de la posibilidad de su fortuna y si debia ó no continuar su infernal procedimiento. El mismo Pau Mañé, á quien no sabemos qué nombre dar en este siglo, referia muy lisa y llanamente todas estas escenas que á su imbécil juicio le acreditaban de carlista mas puro y decidido. El insensato contaba con cierta indiferencia estúpida que al bajar un infeliz se quebró la cuerda estrellándose contra el suelo y que luego servia su aspecto para aterrar á los demás, porque sus miembros destrozados no fueron recogidos. ¡Jamás los Alanos fueron tan feroces! Las cantidades asi arrancadas á la desesperacion eran los recursos con que el Llarch de Copons contaba para sostener su gente. Horrorizado Urbiztondo de estas crueldades salvajes, las prohibió absolutamente y dió parte de ellas al cuartel de D. Cárlos, esperando igualmente su condenacion y castigo. Allí desgraciadamente estos actos afrentosos para nuestro nombre y nuestro siglo tenian protectores no menos decididos por no ser francos.

En su revista Urbiztondo llegó el dia 9 á San Quintin con dos batallones del Llarch, y apenas habia entrado en su alojamiento cuando su confidente le sorprendió con la noticia de que el Baron de Meer se dirigia al parecer contra Berga, y que la junta, aterrada, reclamaba su rápida presentacion con todas las fuerzas del campo de Tarragona para oponerse á sus miras. Pero la escision entre estas dos autoridades habia llegado á su colmo, y no podia dejar de producir sus efectos. Urbiztondo contestó que sin la garantía de que las tropas serian socorridas por ocho dias, no se arriesgaría al movimiento, seguro de la desercion: la junta insistió por medio de su secretario, y el asunto se sometió entonces á la deliberacion de una junta de jefes: su resolucion fué conforme á la del general.

Mientras estas contestaciones se cruzaban, Urbiztondo se apoderaba de la fortificacion de Piera por connivencia de los habitantes el dia 11, y ensayaba un sistema peculiar de administracion en el campo de Tarragona que ocupaba. Organizó una junta, determinó atribuciones, etc.; pero creemos que sus afanes no fueron mucho mas provechosos. Por desengaño ó por compromiso vino luego á admitir la intervencion del comisionado por el intendente Lavandero y bien pronto á restituirle todas las atribuciones que con su ensayo de administracion le usurpára.

Hecha la ocupacion de Piera que por su escasa importancia no podia le-

vantar en gran manera el abatido espíritu del soldado, proyectó Urbiztondo dar un golpe ruidoso sobre alguna de las columnas constitucionales que cruzaban constantemente el pais. La de Vidart, en el corregimiento de Lérida, fué la escogida para víctima de un movimiento combinado de todas las fuerzas del campo de Tarragona. El batallon n.° 14 marchó en observacion de la columna enemiga de Villafranca, y el 12 y 13 fueron á situarse en el Abisbal primeramente y luego en Pla y Espluga de Francolí. Pero todo esto fué inútil; Vidart continuó impávido su marcha á Lérida, y cuando Mondedeu estuvo á corta distancia de él, antes cuidó de aumentarla que de acometerle. Masgoret intentó tambien apoderarse por sorpresa del fuerte de Villarrodona, y aun fué menos afortunado. Contaba al parecer este jefe con la traicion de algunos individuos de la guarnicion, que le ofrecieron la entrega del pueblo por medio de la de su fuerte. Sin asegurarse de la fidelidad de los traidores (permítasenos la frase) ni colocar observadores en las inmediaciones para las columnas que pudieran hasta casualmente ir á su socorro, Masgoret, á la seña convenida de un centinela, manda al escalamiento las compañías de preferencia de los batallones 12 y 13, que quedaron á la espectativa á corta distancia del recinto. No habian principiado á trepar por las escalas los confiados voluntarios cuando la voz de fuego suena al par de una terrible descarga. La supuesta traicion habia sido traidora. Ocho carlistas tendidos en el campo y un oficial prisionero fueron sin embargo su único fruto, porque la descarga fué precipitada: con mas serenidad en el fuerte hubieran perecido las dos compañías del escalamiento y las dos que mas de cerca las protegian. La noche anterior á la tentativa, 500 hombres mandados por el comandante Ballera habian entrado sigilosamente en Villarrodona.

En mejor estado el campo carlista, hubiera sabido sacar mejor partido de las disensiones que contínuamente estallaban en las poblaciones principales de aquella provincia, particularmente en Barcelona. Ningun síntoma de alteracion del órden se notaba en esta ciudad al dar principio á las elecciones de diputados en la mañana del dia 8, cuando á las nueve y media aparecieron algunos grupos en la plaza de San Jaime, famosa por los acontecimientos del 4 de mayo, al mismo tiempo que en el distrito de la Magdalena se presentaban otros alborotadores. Los destacamentos enviados para disiparlos no pudieron llegar á tiempo de evitar que al salir de aquel distrito un elector, fuese atropellado y herido en el vientre con un estoque, de lo cual murió al siguiente dia. A este desgraciado se atribuia, no sabemos si con fundamento, alguna influencia en las varias persecuciones que habia sufrido el partido progresista en aquella ciudad mientras fué alcalde constitucional. Disolvióse aquel colegio electoral, horrorizados todos de tamaño atentado, y difundida la fatal noticia, produjo el abandono de la mesa y la fuga de los que se hallaban en el cuarto distrito; habiéndose ejecutado sin embargo con calma las operaciones electorales en los demás. La noche

pasó tranquila; las patrullas dispersaron fácilmente algunos grupos que recorrian las calles, y la causa contra los perturbadores y agresores de Vehils se confió á un fiscal militar, á pesar de que la catástrofe medió bajo el estado normal de las leyes, pues se habia levantado el de guerra para celebrar las eleccciones. El Baron de Meer acudió en breve á Barcelona con algunos cuerpos del ejército, y á peticion de varias corporaciones, una de ellas la junta del comercio, se llevó á efecto el desarme de la Milicia Nacional con el fin de reorganizarla, lo que se verificó, escluyendo á la mayor parte de los que habian pertenecido á la Milicia anterior.

Al mismo tiempo la muerte de Vehils sirvió de pretesto para la deportacion á Ultramar y confinamiento á islas adyacentes y otros puntos, de varios ciudadanos notables del partido progresista. Terminaron las elecciones en medio de aquella pugna en que se hizo el ensayo de la nueva ley electoral, siendo muy corto el número de diputados de las Córtes constituyentes que fueron reelegidos para los que iban á sucederlas.

Acontecimientos de esta naturaleza estimulaban algo el celo de los jefes carlistas; pero la guerra intestina que entre ellos germinaba ni aun para coger sus frutos les permitia unirse pasajeramente. Aislada ó individualmente era como á veces se juntaban, y Tristani era en estas ocasiones uno de los mas activos y oportunos.

Uno de los hechos militares que la historia debe perpetuar es la defensa que hicieron los adictos á la causa liberal en la Escala, villa reducida de la provincia de Gerona. A las diez de la mañana del 28 de octubre se vió atacada la poblacion casi de improviso por 3,000 carlistas al mando de Tristani; de modo que apenas tuvieron tiempo aquellos habitantes para oponerse al enemigo, cuando éste habia roto ya el fuego contra las primeras casas de la entrada, á menos distancia que la de tiro de fusil. Tanto cuanto era el empeño de los de D. Cárlos para ocupar la Escala, alentados en la superioridad numérica de su gente, tanta mas era la firmeza y serenidad de los defensores, quienes no tenian otros muros que los pechos de aquellos bizarros milicianos nacionales, y de los leales soldados de una compañía del tercer batallon franco. Repetidas veces fueron rechazados á la bayoneta los agresores, por un corto número de ciudadanos armados dejando siempre aquellos el terreno sembrado de cadáveres, Inútiles fueron todos los esfuerzos del enemigo en doce horas seguidas de combate. Las mujeres y los ancianos ya que no podian entrar en la pelea, recogian y daban socorro á los heridos, en tanto que las autoridades locales facilitaban á los defensores toda clase de recursos. Tan porfiada y valerosa resistencia precisó al enemigo á retirarse con pérdida de 50 hombres entre muertos y heridos de gravedad, seis de ellos oficiales.

Urbiztondo no fué en Capellades mas afortunado, aunque el resultado de su tentativa no le fué tan funesto. Al pasar á la vista de aquel pueblo para

San Quintin, juzgó suficientes para la empresa los elementos con que contaba siempre que el cañon nuevamente fundido que acababa de remitirle la junta produjera resultados satisfactorios. Apenas amaneció el 6 de noviembre, las fuerzas se colocaron en los puntos designados: el batallon n.° 13 con 40 caballos en el que enfila la vista por la carretera de Barcelona; el 12.° auxiliando los trabajos del sitio y guareciendo la batería, y el 14 sosteniendo el cañon para evitar un golpe de mano por haberlo situado á tiro de pistola de la parte que resolvió destruir con su fuego. Eran las dos de la tarde la hora señalada para romper el fuego y Urbiztondo la esperaba con ansia, cuando una repentina gritería le hace bajar la vista á la hondonada en que está Capellades, y vé en fuga desordenada á las dos compañías que custodiaban el cañon. Se lanza sobre los cobardes como el rayo, y su ejemplo y el de sus compañeros que permanecen firmes en las cumbres, les obligan á volver la cara atrás para observar con vergüenza que ni un solo enemigo les seguia. La alarma era falsa; dos de los mismos carlistas que se habian acercado al pié de la fortificacion, al regresar á sus puestos fueron tomados como nacionales por el centinela, cuya fuga arrastró la de las dos compañías. Rehechas del susto, volvieron á su posicion; pero iba la pieza á hacer su primer disparo cuando un oficial de caballería baja anunciando polvareda por la carretera de Barcelona y á paso apresurado. Las fuerzas se reconcentran inmediatamente y apenas el cañon terminaba su difícil retirada cuando la brigada Clemente, compuesta de unos 3,400 hombres rompe el fuego de guerrillas. Urbiztondo elude el reto, á pesar de sus posiciones, sin duda por la superioridad numérica del enemigo, y mientras éste pasa á recoger las gracias de los habitantes de Capellades él se retira á San Juan de Cunillas.

¿Cómo tantos reveses, preguntará el lector, cuando un antiguo militar está al frente de las operaciones y puede elegir posiciones ventajosas? La razon de esos reveses, apenas disputados á la fortuna, es á nuestro juicio, sobre las ya espuestas, la irritacion de sus contiendas con la junta y la esperanza de su pronta destitucion. Estaba aguardando por momentos una favorable resolucion á las repetidas dimisiones enviadas con instancia al cuartel real, y entretanto se habia propuesto al parecer no hacer nada por sí, no comprometer mas su nombre sin los elementos propios. Así puede decirse que fué tan estraño á estas desgracias como á la ocupacion de Rivas.

En la mañana del 7 de noviembre recibió aviso de que varios vecinos facilitarian la entrada: su ocupacion, aunque no primordial en el plan semiabandonado, no le desconvenia. Se trasladó inmediatamente á San Quintin, y con la seguridad de que la brigada Clemente se habia dirigido á Igualada, envió al Llarch de Copons con los batallones 12 y 14, las compañías de preferencia del 13 y la caballería á que se situasen al oscurecer en las inmediaciones del pueblo. El por su parte á fin de contener una salida de la guarnicion de Villafranca, pasó con el resto del 13 al pueblo de la Grana-

da. Allí pasó todo el dia 8 estrañando no haber tenido noticia alguna del éxito de la operacion, y al medio dia del 10 se movió sobre Abisbal, punto de reunion préviamente señalado. El silencio le inducia á sospechar un mal resultado porque tal era la costumbre de los jefes catalanes; pero al despuntar el dia 10, se encontró con un parte del Llarch en que le participaba un éxito feliz. Veinte milicianos nacionales que se habian resistido fueron víctimas de la traicion; cayeron prisioneros los demás, y entre los efectos cogieron cincuenta y seis fusiles. Añadiremos á esto el saqueo y las violencias á que los voluntarios se entregaron sin poder ser contenidos por los jefes: algunos entre ellos, como Urbiztondo, miraban con escándalo y horror semejante conducta; pero no contaban otros medios de hacerse respetar que la persuasion.

Aunque pequeña, la ventaja de Rivas le movió á insistir sobre Pont de Armentera. Con este objeto el batallon n.° 14 se trasladó á San Quintin en observacion de la columna Clemente, y otros varios se dirigieron al punto con un cañon, cuyos resultados no eran conocidos. En situacion tan crítica y cuando Urbiztondo marchaba ya á dirigir la operacion estalla una sublevacion en el seno del batallon n.° 12 contra su jefe. El motivo era el siguiente: queriendo su comandante D. Manuel Feliu, que habia sido de la Guardia Real, evitar las faltas escandalosas que notaba en su tropa bajo frívolos pretestos, habia dispuesto no satisfacer los socorros sino en virtud de los estados de fuerza que los capitanes presentasen; y como á la sazon, despues de la toma de Rivas, muchos habian desertado temporalmente como era costumbre, á vender el fruto del saqueo, gran parte de la oficialidad interesada en aquella dilapidacion vergonzosa estimuló al soldado á un acto de insubordinacion. No bien se presentó el comandante al frente de su batallon, los gritos de *muera ese pícaro* formaron un eco aterrador; la compañía de cazadores preparó las armas contra él y algunos llevaron la audacia hasta apuntarle. El coraje solamente le salvó la vida, pues desenvainando el sable y lanzándose sobre los mas alborotadores logró apaciguar el motin. Urbiztondo los sometió inmediatamente al fallo de un consejo verbal; pero los ruegos, las lágrimas, las promesas, las protestas de algunos de aquellos infelices que se hallaban sirviendo desde el principio de la guerra, conmovieron hasta el estremo el ánimo del Llarch de Copons que por sí y ante sí, no hallandose Urbiztondo presente, les concedió el perdon. Los vivas se lo anunciaron á éste con harto pesar suyo, pero no juzgó prudente deshacer un hecho de aquella naturaleza y de un jefe; hubo de tolerarlo mal de su grado procurando sacar del reconocimiento algun fruto en la operacion sobre el Pont de Armentera. A los 19 disparos, el cañon habia causado algun efecto en la fortificacion; pero se encontró en la imposibilidad de continuarlo porque los tiros restantes hasta el completo de su dotacion eran de diferente calibre. La junta lo habia enviado en semejante estado. Empeñado Urbiztondo en la empresa, no quiso abandonarla sin poner

á prueba el cañon de á 4 cogido en Berga. Su punto de alcance era á tiro de piedra de un portal protegido por dos tambores: así fué que, apenas acabado de rodar hasta allí, un sargento y dos artilleros cayeron muertos y varios otros heridos. La inutilidad de sus fuegos hizo indispensable el asalto, que tocó á la gente del Llarch dar á las diez de la noche; pero los sitiados vivian muy vigilantes desde que su comandante D. Juan Bautista Vicens habia caido en poder de Urbiztondo por medio de la traicion de un falso amigo y del temerario arrojo de un voluntario, y fueron rechazados con la pérdida de 13 muertos. El enemigo no les dió tiempo para repetir la operacion: Clemente se acercaba por la parte del Abisbal; Vidart y Ayerbe tambien se dirigian al mismo punto; la suspension, ya que no la retirada, era forzosamente inmediata. Urbiztondo despues de mandar fuerzas por los caminos que podian llevar los constitucionales, se retiró á un pajar de las inmediaciones con su cuartel general á tomar algun descanso y esperar noticias.

De este malhadado pajar ha debido quedar á Urbiztondo un imperdurable recuerdo. Condescendiente con su cuartel general, rendido á las fatigas de aquellos dias, permitió á sus individuos que se entregaran allí al descanso. El habia pretendido en vano reconciliar el sueño reposando su cabeza sobre su cartera de viaje, y se dirigió entretanto á dar órdenes para el movimiento del siguiente dia. Los esploradores que habia cuidado de mandar en todas direcciones y la avanzada colocada en el único punto accesible á una sorpresa, le inspiraban confianza suficientemente para recorrer todos los puestos de su pequeño campamento. En estos momentos, sin embargo, es cuando suenan algunos fusilazos, y volviéndose hácia ellos vé que la avanzada baja precipitadamente acosada por una fuerte guerrilla enemiga. La alarma y la confusion fueron tan contagiosas como inevitables; Urbiztondo acudió en el acto, y logró contener en su fuga á la última de las cuatro compañías que la habian emprendido: á su ejemplo se rehicieron estas, y fueron resistiendo ordenadamente su retirada. No así los ayudantes y ordenanzas, que en la precipitacion de su escape ni el caballo le dejaron á Urbiztondo, quien para salvarse y alcanzar al E. M. tuvo que desmontar á un asistente y huir por una llanura que afortunadamente descuidara el enemigo Apenas les dió alcance preguntó á su secretario por una cosa que aun habia alarmado mas su espíritu que la sorpresa: era la cartera que le sirviera de almohada en el pajar. Llena de documentos interesantes, habia sido abandonada ó desapercibida por todos con su capote de campaña; y esto podia producir un desenlace fatal á su mando en Cataluña, si habian caido en poder del Baron y si como era de sospechar les daba publicidad en los periódicos de Barcelona y Madrid. Entre ellos habia sobre todo uno capaz por si solo de producir una esplosion general de los carlistas catalanes contra él: era una esposicion elevada á D. Carlos sobre el verdadero estado de su causa en el Principado, cuadro lleno de los colores mas repugnantes y

deshonrosos para los que allí se apellidaban sus defensores. Cuando Urbiztondo, parando algunos momentos la marcha, vió á lo lejos la llamarada del pajar, incendiado por los milicianos nacionales, concibió la engañosa esperanza de que se hubiesen convertido en cenizas sus secretos. Pero no era así: el Baron de Meer, que por aquel terreno vagaba con 7.000 infantes y 250 caballos, tal vez sin esperarlo verificó la sorpresa, de la cual no sacó otro fruto que la muerte del segundo comandante Buniva y el encuentro sin duda mas provechoso de la cartera.

La estrella de la fortuna parecia enteramente cubierta para la hueste carlista del Principado y aun mas para su jefe: vamos á contar una série no interrumpida de reveses que dan por término final la salida de Urbiztondo de Cataluña con un semiforzoso abandono del mando.

Con la noticia del regreso de la espedicion de D. Cárlos á las provincias Vascongadas, recibió la de que éste no admitia la duplicada dimision del mando de aquella comandancia, y muy al contrario le exigia esplicacion de algunas de las palabras que en las esposiciones empleara. Con este disgusto y el que ya gravitaba sobre su corazon, llegó á la villa de la Palma el 16 ideando un medio de prevenir la peligrosa situacion en que iba á encontrarse. El carácter del Baron de Meer, dado á las vanidades caballerescas, habia lisongeado su ánimo con una esperanza que esploró inmediatamente. A pretesto de un cange de los prisioneros hechos á Tristani en la accion de Manlleu, comisionó á un ayudante de su confianza para que entregara al Baron una carta en la que, suponiendo que la cartera cogida no contenia mas que papeles de su interés particular le rogaba su devolucion. Pero Meer, que habia registrado los documentos y visto que la publicacion de algunos podia convenir á la causa que defendia, solo entregó al ayudante D. Trinidad Alvarez las cartas y recibos particulares de Urbiztondo y algun otro papel insignificante. Este recibió la accion como una felonia hecha á un enemigo noble que habia variado cuanto estuviera en su mano el carácter de la guerra, y desde aquel momento no le quedó duda de que el destino que reservaba Meer á los documentos importantes era la publicacion en los periódicos. Y la publicacion de alguno era, como veremos, su sentencia de muerte. Privar á sus enemigos de este espectáculo fué desde aquel dia su constante propósito y el fin de todos sus movimientos.

Mondedeu por su parte lidiaba tambien en vano contra la adversidad de la fortuna, por todos lados pronunciada en favor de la causa constitucional. Falcet y Cornudella, puntos de grande interés para los contendientes por su situacion militar, burlaron todos los resortes que para tomarlas por sorpresa pusieron en movimiento.

Falcet es una villa de unas 3,000 almas, situada en una hermosa llanura y bañada por el Ebro. Tres leguas al N. tiene la sierra de Monsant y hácia el E. varios cerros que permiten hostilizar la poblacion por medio de la artillería. Las abundantes minas de plomo, que sostenian la activa fundicion

1. Camp.^to y puntos de los Carlistas.
2. Castillo defendido por 12. Nacionales.
3. Puerta de S. Blas por Id.
4. Torre é Yglesia por Id.
5. Casa defendida por 3. Naci.^s circunbalada por 200. Carl.^s
6. Puerta de Ferres por Naci.^s
7. Fuerte por Id.
8. Puerta inscendiada del enemigo.
9. Camp.^to de Cabrera, en los dias 11. 12. 13. Enero de 1838.
10. Cañon de 16. para batir la Puerta.
11. Obus, que tiro 40. granadas de 32. libras.
12. Granada que mató á un anciano en cama.

VISTA MERIDIONAL DE LA VILLA DE FALCET.

...a hecha por los Carlistas de Tell, con la fuersa de 1500 Ynfantes y 150 Caballos, á las 4 de la mañana del 18 Nov.^e de 1837 y defensa de 15 ...nales hasta las 11 en que abandonaron la Villa, dejando 23 muertos llevandose 80 heridos.

de municiones para el ejército liberal, eran el móvil principal de la empresa de Mondedeu: privar á los enemigos de este elemento de guerra y apropiárselo era un doble beneficio.

En la madrugada del dia 8 fué circunvalado el pueblo de Falcet por una fuerza de 1,500 hombres y 150 caballos sin ser vistos ni observados por ninguno: unos 300 pudieron introducirse en las casas mas inmediatas al castillo. El fuego graneado que de repente resonó por todo el circuito de la poblacion, y la griteria de viva Cárlos V, fueron los únicos antecedentes que ella tuvo de la inmediacion de los carlistas. De repente corre la voz de que se habian apoderado de la puerta de Bou, plaza de la Carnecería y que la puerta de Font-Velea estaba ardiendo. En efecto todo era verdad. Los nacionales se decidieron resueltamente á la defensa, los unos desde sus mismas casas, los otros desde las bocas calles y plaza de la Carnecería. Mas de dos horas y media duró el fuego disputando las calles y casas palmo á palmo hasta que, saliendo los carlistas al campo, dejaron la palma del triunfo á los valientes moradores de Falcet. Un anciano de 60 años con dos hijos y otro miliciano nacional se defendieron con un valor heróico en medio de las llamas que iban devorando la misma casa que les servia de baluarte. Los carlistas tuvieron en esta empresa la pérdida de 26 muertos y porcion de heridos; sin embargo Falcet hubiera sucumbido ó su triunfo hubiera sido mas costoso sin el rápico socorro de los milicianos nacionales de Porrera qué, atacando á los enemigos de improviso, obligáronles á huir hácia la Palma.

A pesar de la mala fortuna de esta tentativa no tardó Mondedeu en dirigirse á la Cornudella, que era de todo el Priorato el punto cuya posesion mas le interesaba por la inmensidad de los recursos de que él podia estraer. Tanto una como otra empresa estaban bien concebidas; pero el éxito no las coronó. Mondedeu cercó la poblacion con 2,000 hombres, la hostilizó con la artilleria, abrió brecha y dió el asalto: algunos centenares lograron penetrar; pero los que no cayeron al fuego de los defensores tuvieron que retirarse con presteza.

El mal efecto que en el soldado produgeron estos reveses, obligó á Urbiztondo á mandar a su jefe que desistiera de semejantes tentativas, limitándose al género de guerra que su estado le permitia. Le ordenó tambien que para rehacer el ánimo de los voluntarios se retirára á Ulls de Molins y luego se le incorporase para trabajar unidos ó de acuerdo. En efecto, acercándose á él estaba el 20 con tres batallones entre la Granadella y la Pobleta, á donde llegó el 16 hostigado por una columna que se dirigia á las Borjas-blancas.

Se hallaba Urbiztondo en la Pobleta y eran las doce de la noche del 21 cuando recibe aviso de que dos columnas enemigas de tropa y otra de milicianos nacionales se dirigian hácia allí con objeto sin duda de precisarle á pasar el Ebro al Aragon ó de rendirse en su orilla sino perecia en el cho-

que. La situacion no podia ser mas critica; no tenia municiones ni fuerzas para resistir un movimiento combinado. Casual y afortunadamente estaba allí el oficial comisionado para la elaboracion de paquetes; y mientras que él con el auxilio de los hospitalarios, pudo fabricar unos 6,000 cartuchos, dió órden á Mondedeu de que replegara sus fuerzas á medida que avanzasen las columnas constitucionales, pensando en sucumbir dignamente si tanto apremiaba la ocasion. Las cuatro columnas que el cristino habia formado avanzaban en efecto paralelamente á una misma altura: dentro de pocas horas Urbiztondo debia caer en la red si no tomaba una resolucion pronta y atinada. Aventurar una accion le estaba vedado con solo 1,800 hombres: huir era el único recurso: pero hasta ese camino estaba casi cerrado. Con las noticias que sale el mismo Urbiztondo á adquirir á una hora del pueblo, manda á Sendrós que con su batallon y el 18 tome por el flanco derecho hácia Cabaces mientras él con Mondedeu, el 16 y los pasados vá por el flanco opuesto. Al llegar á la vista de la Palma la situacion de los perseguidores no era mas ventajosa para los fugitivos: una de las columnas entraba en la misma Palma, otra con 200 caballos estaba en Llarch de Camps, otra en la Granadella y otra en el Abisbal. Apenas distaba una hora á derecha é izquierda de los que le sitiaban y debia por lo tanto, sino queria caer en el lazo, tomar una resolucion rápida, salvadora. Casi al llegar al Ebro cambió efectivamente de plan y se trasladó á Bobera; pero, como solo distaba media hora de la Granadella, pudo observar, al proseguir su marcha, que en este punto el enemigo se preparaba á continuar la persecucion. Esto le obligó á dirigirse á la Juncosa bajo la direccion de Mondedeu como mas conocedor que era del terreno. Cuál seria la ofuscacion de este, cuando á la h ra y media de continuo caminar, rodeado de columnas enemigas, manda encender hogueras que debian servir naturalmente de guia al baron de Meer. Cuál seria tambien su ofuscacion cuando en la madrugada del 23 se encuentran con que la poblacion que tenian á la vista no era la Juncosa sino la Pobleta de donde tanto les importaba alejarse. Todos habian perdido enteramente el rumbo: casi todos habian perdido la serenidad necesaria para lances tan críticos. Urbiztondo de tal suerte chasqueado, por uno de los arranques de su génio ladeó su caballo por donde le plugo, y saltando barrancos, y lanzándose por derrumbaderos, fué á dar felizmente con su estado mayor á la Juncosa. Allí estaba ya el batallon núm. 16 de los pasados y el mismo Mondedeu quien se disculpó de su ofuscacion con la falta de sus guias habituales y la oscuridad de la noche. El descanso de la Juncosa no fué largo. Mondedeu, que habia salido de observacion, acosado de cerca por el enemigo que se lanzaba sobre él á la carrera, tuvo que retirarse sufriendo el batallon de pasados entre el pueblo de Albi y la carretera una carga de caballería que le causó bastante estrago, Urbiztondo á su noticia se habia trasladado á la Pilleda; pero como se habia penetrado de que el Baron iba

directamente sobre él, se dirigió á los Aumelles para tomar noticias exactas del paradero de sus fuerzas que casi ignoraba completamente. Supo que Meer se encontraba en Vimbodi y esto le bastó para ganarle de la mano en el movimiento, saliendo á las tres de la madrugada hácia el corregimiento de Villafranca donde encontraria repuestos los batallones del Llarch de Copons. Pero ya en marcha, un oficio de la junta le hace cambiar su direccion al pueblo de Segura, en donde á las once de la mañana supo que Ayerve estaba en Pons precisamente donde él debia de encontrarse á no haber variado de rumbo; pernoctando en Pujal ya se conceptuó fuera de peligro, y efectivamente el 26 á las seis de la tarde ya entraba en Berga despues de una corrida tan precipitada, tortuosa y llena de azares.

Apenas se apeó, un vocal de la junta se presentó á suplicarle dispensase la falta del comandante del 11.° batallon, que en vez de auxiliar al ayudante comisionado para el cange, habia ido destinado al sitio de Puigcerdá en que á la sazon se ocupaba Tristani despues de su vergonzosa derrota de Manlleu y de su funesta escursion al Ampurdan. En ella habia sido tal el vandalismo desplegado por él y su gente, que el pais entero se armó y hasta los mismos partidarios de su causa le persiguieron. Las crueldades y los saqueos dejaban una huella de oprobio tras él. Y eso no obstante solo dió á la junta como fruto de aquella espedicion 6,000 duros, cuando no hubo pueblo ni pudiente acomodado á quien no exigiesen cuantiosas multas ó rescates. A pesar de todo esto, Tristani era el niño mimado de la junta; la intolerancia y la ferocidad de su carácter eran mas de su agrado; creian que el sistema de terror por él adoptado daria mas frutos, y por eso merecia sus mejores simpatías, y la predileccion en los auxilios.

Cuando para proporcionarle ocasiónes de distinguirse le propusieron la toma de Puigcerdá, todo se lo facilitaron: artilleria, municiones, socorros. Para otros nada de esto habia, á lo mas figuraban nominalmente. Y las circunstancias no podian ser mas favorables, puesto que á escepcion de la columna de Carbó todas las demás del ejército de la reina estaban distraidas en el campo de Tarragona. Carbó tal vez no hubiera juzgado suficiente su fuerza á ser un jefe mas militar con quien se las iba á haber.

El fuego contra Puigcerdá empezó á las seis de la madrugada del 25 de noviembre. Durante el dia tiraron 90 cañonazos sobre los muros de la plaza sin causar el menor daño. Los sitiados se defendian con la fusileria é incomodaban mucho á los carlistas que batian á cuerpo descubierto sobre la esplanada de la bateria.

A las diez de la noche se oyeron dos tiros de cañon: esta era la señal de ataque general. Dos veces intentaron el asalto los enemigos en medio de gritos y espantosos alaridos: pero en todos los puntos fueron vigorosamente rechazados. Cada uno de los ataques contra los muros duró cerca de un cuarto de hora; pero la guarnicion y los habitantes de Puigcerdá dieron pruebas de decision y valor; y los carlistas, despues que retiraron sus

muertos y heridos, cuyo número subió á unos 100 hombres, se replegaron á sus líneas. El resto de la noche se pasó en el mas profundo silencio.

La mañana del 26 fué muy tranquila; apenas se oyeron 6 tiros de cañon, pero luego toda la artilleria carlista volvió á comenzar al medio dia y se sostuvo con intervalos hasta las 6 de la tarde pero sin causar mas daño que en los dias anteriores.

En la noche del 27 todas las bandas sitiadoras desaparecieron llevándose su artilleria, con direccion á Bagá por Molina y Coll de Pall. En Puigcerda reinaba el mayor entusiasmo. Los habitantes y la guarnicion se felicitaban mútuamente por los dichosos resultados de su defensa en la cual hasta las mujeres y niños habian tomado una parte muy activa. Todos finalmente habian hecho honor á la *bandera negra* con una calavera que colocaron en la veleta de un campanario á la vista del enemigo.

Tristani despues de apurar todos los recursos de su pobre cabeza y viendo aproximarse la columna de Carbó determinó salirle al encuentro, fiando la victoria en la superioridad numérica y en la ventaja de las posiciones que estaba en su mano elegir. Colocó sin embargo tan mal sus fuerzas que solo dos batallones mandados por Boquica pudieron oponer una débil resistencia á la marcha denodada de Carbó. A las cuatro de la tarde penetró en Puigcerdá, que le hizo un recibimiento triunfal, y reparó sus fortificaciones notablemente estropeadas durante aquel sitio en que la junta habia fundado tantas ilusiones.

Esta no pudo menos de convencerse de la nulidad de Tristani y pensó en reconciliarse con Urbiztondo por medio del intendente Labandero. Acaso no era mas que dar treguas al proyecto que ya se fecundaba de sustituirle con Segarra, escapado poco hacia de una prision de las Baleares. Urbiztondo, que estaba á la mira del uso que Meer hacia de su esposicion, aprovechó aquella oportunidad para evitar el golpe que ella le traeria. Convinieron todos en la necesidad de buscar recursos para la columna de cazadores que estaba reuniendo en Solsona, con la que y el 5.º batallon, emprenderia alguna operacion importante.

Este caso, empero, no llegaba: los recursos no se facilitaban; las reclamaciones llovian de todas partes, y ya los jefes pedian ser relevados ó amenazaban con retirarse. Urbiztondo á pesar de eso, se hubiera movido de Berga sin la fatal situacion de las columnas de Vidart y Carbó en la alta montaña; el primero ocupaba la Seu y el segundo á Puigcerdá, de donde era fuerza removerlos para poder realizar sus miras. A fin de conseguirlo hizo salir el 7 de diciembre á Tristani con la artilleria contra Cardona, en cuyas salinas debia proporcionarse recursos, y entretanto quedaria él en espectativa del enemigo. Vidart en efecto el dia 10 pernoctó en Peramola, deduciendo de aqui que se dirigia hácia Lérida, y entonces determinó reunirse á Tristani. Ochenta disparos de cañon habian sido inútiles para destruir la

torreta ó rendir á los defensores, y en la falta de municiones fuéle preciso á Urbiztondo retirarse á Solsona, dejando encargada á dos batallones la estraccion de la sal que deberia hacerse de noche y en la cual, sea dicho de paso, cometió la gente de Tristani los desfalcos y escándalos de costumbre.

La noticia de que Carbó se disponia á descender por donde antes penetrára sirvió á Urbiztondo para aproximarse mas á la frontera, pues á pretesto de enterarse del estado de la division del Ros de Eroles y recoger contribuciones atrasadas, se dirigió al corregimiento de Talarn. En Oliana ya supo que realmente Carbó descendia de la Cerdaña y que la guarnicion de la Seu habia causado un descalabro al primer batallon. Ya en Sort distribuyó sus fuerzas para la recaudacion, colocando en observacion de la guarnicion de Gerri á Pep del Oli. Las precauciones no eran inútiles, pues al siguiente dia 22 ya tuvo aviso de que Vidart con 2,500 infantes, 100 caballos y 2 piezas de montaña se dirigia sobre Pons, con lo que se dificultaba su posicion particular. Previno al Ros que activando la recaudacion pasara á unírsele porque estaba resuelto á presentarle la batalla en las formidables posiciones de Rialp. Afortunadamente para él, Vidart caminaba tan lentamente que el Ros no solo tuvo tiempo de efectuar su comision sino de tomar el pueblo de Viella causándole 20 muertos á la guarnicion y haciendo prisionera á la familia del gobernador, aunque sin lograr tampoco de esta vez penetrar en el fuerte. Porredon entretanto se unió el 29 á Urbiztondo quien, sabedor de que Vidart hacia noche en la Pobla, ordenó á Pep del Oli se replegara á Sort y que el Ros, caso de ser allí atacado, se fuese retirando hasta las posiciones de Rialp que él salia á ocupar. Vidart en efecto se presenta en Sort en la mañana del 31; el Ros se retira y Urbiztondo se prepara á la defensa; pero Vidart no ataca en todo el dia, y su contrario, con el objeto de desembarazarse de los prisioneros y del botin, se dirige á Tirbia dejando al Porredon acampado.

Cuando al siguiente dia 1.° de enero de 1838 regresó á Rialp, observó que Vidart habia ocupado el pueblo de Labastida con unos 700 infantes y la caballeria y que sus mayores fuerzas cargaban sobre el flanco izquierdo, que es inmediatamente reforzado con el batallon de cazadores: este socorro llegó tan oportunamente que estando ya arrollado aquel flanco y dispersas algunas compañias, no solo alcanzan á restablecer su linea sino que obligan á Vidart á replegarse á Sort, viniendo á quedar ambos contendientes en la misma actitud de la víspera.

Urbiztondo se habia situado en Llabursi á dictar las disposiciones convenientes para la defensa del siguiente dia en el caso probable de que Vidart insistiera en el ataque. Disposiciones que debian ser las últimas de su mando en Cataluña y á cuya ejecucion no habia ya de contribuir él ni con su presencia.

Dos ayudantes de E. M. D. Luis Rivas y D. Fernando Zapino se le pre-

sentan comisionados por su jefe y el intendente Labandero con la noticia de que el *Guardia Nacional* de Barcelona del dia 23 habia publicado sus esposiciones á D. Cárlos, y que la junta habia acordado su destitucion. Es necesario que el lector conozca este documento notable por su contenido y por las consecuencias que produjo; y al trasladarlo, debemos advertir que nos ha sido comunicado por el mismo general Urbiztondo, y que en poco ó nada difiere del que leimos en aquella época en el *Guardia Nacional*. El intendente Labandero sin embargo en su memoria vindicativa ó *Historia de la guerra civil de Cataluña*, asegura que en nada se parecen la representacion publicada por aquel periódico y la original remitida á D. Cárlos. Hela aqui:

«Señor: Toda vez que el vasallo fiel á la augusta persona de su Rey, está obligado por honor, por deber y por conciencia á esponer á los pies del trono la verdad acompañada de los hechos que tienden al bien ó al mal de la corona, D. Juan Urbiztondo, comandante general de Cataluña, seria traidor á V. M. si fuese capaz de contener sus esperanzas soberanas con una conducta llevada por pasos débiles y tímidos á un interés personalísimo. No, no quiera Dios, Señor, que la rectitud de mis principios sea enagenada tan vil y bajamente á una clase de política que desconozco, y que miro como el origen de las mayores desgracias de la vida. Quiero persuadirme que estoy delante de mi Rey y que á sus pies hablo con aquella sinceridad que es de su carácter soberano, para que no beba en la copa del fatal engaño el narcótico que aletarga en los brazos de la confianza, y para que oyendo benignamente mis súplicas cual si yo fuese procurador del principado de Cataluña, se digne poner un dique al torrente impetuoso de males, que hace tiempo lo conduce y ya lo arrebata al casi inevitable precipicio.—El principado de Cataluña, Señor, diamante precioso de la diadema real de España, es ya víctima de la revolucion; lo han sacrificado los enemigos de V. M; y tambien los defensores de los derechos de su trono: esta verdad lastimosa y lamentable está grabada en los pueblos que subyuga y en los que oprime el crimen con el nombre de Cárlos V. ¡Qué desgracia tan rara y tan inesplicable! mas ella existe, y ha decidido en gran manera de la suerte de esta provincia.—Los que se han acercado á los pies de V. M. y los que han puesto sus firmas para hacerle creer que en Cataluña ardía la tea del realismo, iluminando en los campos y en los pueblos una gran parte de su territorio, han engañado á V. M. con la falsedad de una noticia fausta que sólo merece el nombre de funesta. Algunos que animados de estímulos nobles y fieles pretendieron ser los primeros que defendieran la causa de V. M.—tomando las armas en las manos, y los que movidos de semejantes impulsos empezaron á reunir los materiales de la debordacion contra los infames novadores; ó fueron inmolados en los patíbulos que hicieron levantar Llauder y Mina, ú

obligados á refugiarse donde pudiesen salvar sus vidas de la persecucion encarnizada de estos dos monstruos que en fuerza de actos los mas bárbaros é inhumanos lograron introducir el terror y el espanto en las venas de un millon de habitantes que á no dudarlo amaban á V. M.—Estos dos corifeos de la revolucion del sectario que han escandalizado al mundo con atrocidades inauditas, conocian bien á fondo el carácter de los naturales, y les fabricaron trescientos fuertes en otras tantas poblaciones las mas populosas y pingües poniendo en sus gargantas el cuchillo que algun dia tuvieron atado á sus mesas. Tantas medidas de rigor y tantos golpes de escarmiento postraron el Principado á los pies del anarquista impío, y un sistema del todo maquiabélico habiendo tomado ascendiente sobre aquellos corazones dispuestos á romper los vínculos que los une á la religion, al órden y á las leyes, hizo prosélitos y formó un partido que supeditó cual esclavo al desgraciado realista.—Este atónito y sobrecogido, viendo caer de improviso sobre sí un diluvio de males abortados por la negra nube de la conjuracion fratricida, bajó la cabeza para recibir el yugo no siéndole posible romper la cadena que le fué puesta durante un tiempo de letargo: los anarquistas celebraron su triunfo, y la inmensa mayoría del Principado afecta á V. M. se vió sin recursos, sin medios y sin fuerzas para defenderse de sus alevosos opresores quedando el partido realista exánime y su nombre vilipendiado y proscripto, siendo solo admitido con placer en los tribunales del tirano.—Tal era el estado triste y terrible del Principado de Cataluña cuando salieron de sus casas hombres rústicos y miserables, de opinion desconocida, y de probidad muy dudosa, los cuales reunidos en partidas dieron principio á una clase de guerra irregular y tumultuaria, que por donde marchaba iba dejando los vestigios todos de la desolacion y del espanto: su número se fué aumentando progresivamente con los alicientes criminales á que estimula el desórden anárquico, y tambien se fueron graduando los lamentos inconsolables, viendo los pacíficos habitantes una cuadrilla de agresores, sedientos principalmente de dinero, que disponian de sus vidas y haciendas con el puñal del foragido, teniendo la sacrílega osadía de proferir el nombre augusto de V. M. al tiempo de perpetrar los delitos mas enormes y horrorosos que se sentencian en los tribunales.—De sus resultas sucedieron á la vez muchos males que aun cuando diferentes todos conspiraron contra la causa de V. M.: al paso que el partido del poder realista en este Principado se encontró en medio de dos fuegos sin saber que resolucion tomar en un conflicto tan estraordinario, muchos de los mas decididos por V. M. emigraron al estrangero; otros no siéndoles posible adoptar esta deliberacion se derramaron por la península; y un número bien considerable, resistiendo por honor y por conviccion de principios asociar sus

esfuerzos de opinion legitimista con hombres tan desmoralizados, prefirieron vivir en las guarniciones enemigas creyendo salvar en ellas mas probablemente las reliquias de su naufragio.—Elementos tan contrarios para triunfar de los enemigos del reinado de V. M. produgeron el cohecho contra la vida del conde de España, á quien los malos temian por justiciero, cuyo atroz hecho se hubiese ejecutado á no ser por el incidente que consta á V. M.: la muerte del benemérito Torres abandonado de intento en el peligro por los mismos que en él lo metieron, la derrota del valiente Guergué, el asesinato premeditado del Baron de Ortafá y el de su hijo, el partido violento que tomó el general Maroto; mil sucesos de igual naturaleza aunque de menos nombre, y por último el estado triste y lamentable en que yace la opinion realista. —La instalacion de la junta y el penúltimo nombramiento de comandante general, no proporcionaron otras ventajas que dar nombres á las cosas que pudieron existir: en realidad muy poco ó nada adelantaron, porque cuando me entregué del mando, por solo obedecer á V. V., encontré el mal con los mismos síntomas del daño; y haciéndome estremecer la idea del terrible compromiso en que me veia metido sin resquicio ni claro para salir de él sino á costa de mi honor y de mi vida, y en ambos casos (que pudiera ser uno solo) aparecer mi conducta á los ojos de V. M. como vituperable ó reprensible, elevé á sus reales pies el manifiesto que marca la copia n.° 1.°.—Era preciso, señor, que yo esforzase mi pluma mas de lo que me permite mi delicadeza para hacer presente á V. M. que los veinte y tres batallones, que segun los partes existian en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería solo estuvo en los parques de la imaginacion; que el espíritu público animado por nobles y heróicos estímulos en favor de V. R. M., lo amortiguó ó estinguió la ambicion desmedida ó el sistema ominoso del desórden; que los valientes caudillos de la restauracion, solo lo han sido de los crímenes; que los soldados aguerridos y subordinados, son hombres acostumbrados á vivir cual verdaderos anarquistas sin Dios, sin rey y sin patria; y por último que las decantadas victorias y las grandes acciones presentadas á los pies de la munificencia soberana, han sido casi siempre escritas con la pluma de oro del soborno.—Dígnese perdonarme V. M. si yo dejo correr la mia mas de lo que es permitido á un humilde vasallo respecto á la alta y excelsa dignidad de su rey; mas mi corazon oprimido y lastimado por un tropel de cosas que á la vez le acometen y maltratan aguda y dolorosamente pretende consolarse al tiempo mismo de elevar á conocimiento de V. M. la verdad acompañada de los hechos que tienden al bien ó al mal de su corona.—No puedo ocultar á V. M. que me entristece y abate cuanto veo á mi alrededor, y cuanto presumo que me cerca: yo no estaba acostumbrado á

vivir entre el crimen ni á quitar á los criminales mi sombrero, llevando el baston en mis manos: V. M., Señor, V. M. me obliga sin habérmelo prevenido á sucumbir á tan ominoso sacrificio, pues que si me condugese de otro modo pondria en mas peligro que en el que se halla la causa de V. M. en Cataluña.—No se pasa dia sin que lleguen á mí quejas lamentables contra algun gefe de division, de brigada ó cuerpo, de que hizo morir una muger á palos sin darla tiempo ni aun para confesar; que arrebató á otra de los brazos de su marido para sellar un crimen del que fué incentivo la indefension y el esclamar al cielo; que dió tormento á un hombre para sacarle tantas onzas; que ultrajó á los habitantes de un pueblo amigo al tiempo de hacerle pedidos escandalosos, cometiendo crueldades y oscilaciones espantosas; que despues de una capitulacion de cumplimiento religioso, pasó por las armas los sesenta y cuatro rendidos; que á un sacerdote lo tiene encerrado á pan y agua en un subterráneo dándole de palos por la mañana y tarde hasta sacarle una gran cantidad de dinero, de la que ya dió parte: á este tenor, Señor, no tengo tiempo para oir tan amarga clase de clamoreos, y sin embargo de no haber procedido á la prision de tantos y tan infames criminales, temeroso de los mayores é inevitables males que ya he indicado á V. M., he dispuesto la formacion de causas faltándome fiscales que actuen en un número tan estraordinariamente crecido. Esta conducta me ha indispuesto para con ellos, y el haber separado del mando á los odiosos Caballeria y Muchacho ha sido bastante para una conjuracion atrevida y descarada contra mi persona.—La causa de mis providencias contra estos hombres que no pueden vencer el torrente de su descrédito general en todo este pais, lo fué el abandono de sus puestos quitando á las armas de V. M. una victoria que hubiese decidido en gran manera de la suerte de este Principado: de sus resultas se han puesto á la cabeza de un motin hasta ahora subrepticio, sobornando al soldado para que me comprometa en las acciones y tambien para que se deserte haciendo esparcir al mismo tiempo entre los llamados batallones voces alarmantes é infamatorias contra mi lealtad y honradez. Tan atroz maquinacion llegó á mis oidos, sin duda cuando se hallaba en los principios, y entonces di al titulado ejército la alocucion n.° 2.°; supe tomaba un cuerpo formidable é incomuniqué los criminales, habiendo adoptado las medidas y precauciones que he creido convenientes al caso; y temiendo despues que estalle de un modo mas estrepitoso y nocivo á la causa de V. M. he tomado todas las disposiciones que me han parecido mas conducentes y acertadas á dejar estéril la ejecucion de un atentado tan infame, de todo lo que he dado cuenta á V. M. por el ministerio de la Guerra.—No les temo, Señor, me sobra valor para fusilar á todos estos criminales, y despues ir á buscar á los amotinados tapan-

do mis ojos para no ver á mis asesinos; puedo jurar á V. M. bajo mi palabra de honor que ya lo hubiese ejecutado si me hubiese llegado á persuadir que así convenia para apresurar la llegada feliz de V. M. al trono augusto de sus mayores. Es verdad que he suplicado á V. M. se digne admitir la dimision de mi cargo (como consta del n.° 3.°); mas las razones que me han obligado á impetrarlo no son seguramente los temores contra mi vida, y sí las que indico en el mismo escrito, y en la copia n.° 1.°—Al paso que encuentro obstáculos muy difíciles de superar por parte de una fuerza armada que antes, y sin los motivos que ahora, la he conceptuado inútil para una empresa de riesgo y de importancia; los realistas que viven en las guarniciones enemigas (y aun algunos de los tenidos por liberales), me ofrecen hacer servicios interesantísimos á V. M. que no dudo realizarán si me pongo en el caso de poder auxiliar sus proyectos; y hasta en la misma ciudad de Barcelona hay mucho adelantado, que persuade y casi consiente la pronta restauracion de esta provincia, si yo con la ayuda del cielo llegase á vencer los grandes obstáculos que se oponen á mis primeros pasos.—No me hace renunciar á la esperanza de un logro tan feliz y suspirado el sentido en que están los batallones, la poca fuerza de los mismos, ni el estado inmoral y relajado de la disciplina militar: la falta de subsistencia y de dinero es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes ni en la tesorería: esta fatalidad produce de suyo la entera carencia de los artículos, sin los cuales no se hace la guerra, la desercion y abandono del soldado, y los desórdenes y tropelías ejecutados en los mismos pueblos.—Me lamento, Señor, del mal arreglo en los ramos administrativos, y que el fraude, monopolio y agiotage se miren del mismo modo que si fuesen especulaciones de admitido y lícito comercio: la junta superior pasa su tiempo en vanas é insignificantes discusiones; nada adelanta porque nada hace respecto de una imposibilidad que yo conozco es invencible; las corregimentales no se entienden entre ellas mismas; la ignorancia produce confusion, y la parcialidad injusticia. Como el lleno de las primeras facultades está reasumido en las atribuciones de la junta superior, todo lo que de ella emana sino presenta desaciertos en la sustancia, sí irregularidades en el modo; las subalternas solo se han propuesto sobrenadar en el torrente de las circunstancias; los recaudadores ó comisionados el labrar sus fortunas sobre las ruinas de los pueblos; y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribucion, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. No hay una idea, Señor, de desórden tan escandaloso: en el mes de julio último se han estraido cuarenta y ocho mil raciones de víveres, y mas de dos millones de reales y

en este mismo mes no han podido comer seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga.—Las quejas, las reclamaciones y lamentos llegan á la junta superior en un tropel que es inesplicable, y esta en vez de ocuparse ganando momentos de la reparticion del cupo imparcial y legítimo, de la recaudacion y distribucion regular y equitativa de los recursos de que son susceptibles los pueblos que obedecen á V. M. para cubrir todas las atenciones del ejército sin empobrecerlos ni oprimirlos, proyecta un empréstito forzado de doscientos sesenta mil duros, cuyo arbitrio despues de haber sido la causa de la emigracion de varias personas pudientes, ha dejado desatendidas enteramente las urgencias que promovió el proyecto.—El intendente tiene coartadas sus facultades porque lo están sus atribuciones; y á pesar de su celo infatigable y de sus incesantes desvelos para proporcionar los medios de sostener la guerra, desfallece cuando se conoce embarazada por falta de la accion competente. De todo nace un fatal principio que origina otros males positivos que no son de inferior trascendencia: los gefes de las divisiones ó cuerpos que ven la tropa falta de racion ó con otras privaciones esenciales, sacan á la bayoneta de los pueblos el socorro de estas urgencias quedando exhaustos ó insolventes los mismos para cumplir con los pedidos de su cupo.—Mientras la junta superior sea la primara autoridad del Principado, este es imposible que mejore de suerte, pues que no tan solo sus atribuciones se entrometen y entorpecen las de los empleados constituidos por fueros y obligaciones demarcados, si que tambien no están muy conformes entre si los vocales que la componen: discrepan mucho en el modo de mirar las cosas; y disienten en sus opiniones, siendo las discusiones controversias que perjudican el despacho de los asuntos, y entretienen nocivamente las atenciones mas urgentes. A la junta hacen honor cuatro títulos de Castilla, sujetos realistas que casi todos emigraron al estrangero, los cuales acaban de abandonar las comodidades de la vida por su notoria adhesion á la causa de V. M.; muchos de los otros vocales no se hallan en tan plausible caso, resultando de aqui que los unos miran los asuntos de V. M. con el noble interés mas decidido, porque con su real persona han identificado su todo, y los otros, sin que yo pretenda el ofenderlos, no tienen estímulos tan poderosos á quien consagrar sus desvelos, ni aun disposicion, Señor, si he de ser franco, para no embreñarse en asuntos tan espinosos, difíciles y complicados.—V. M. me conoce, soy incapaz de una sorpresa, ni de un siniestro informe; pero si la junta no entresaca y disminuye sus vocales, y el comandante general no es nombrado su presidente quedando espedita la accion de la Intendencia, tiene V. M. una necesidad muy imperiosa de enviar á este Principado sin pérdida de momentos un comisionado régio que arregle su administracion estensiva á todos los

ramos.—Por mi parte, Señor, insisto si es que no ha de ofenderse la tolerancia soberana en que V. M. se digne admitir mi dimision, gracia que ya he suplicado, y que ahora de nuevo impetro á los pies augustos de V. M. con la confianza de que ha de complacer mis deseos; porque estos tienen por un noble objeto no perjudicar la causa de V. M. en Cataluña y poder ser destinado á otro punto donde muera con fruto y con honor en defensa de los soberanos derechos de V. M. cuya vida prospere el cielo muchos años.—Berga etc.=Antonio de Urbiztondo.

Se deja conocer el efecto que la llegada del *Guardia Nacional* produciria en Berga: se reunió la junta en sesion estraordinaria; acusaciones violentas, insultos y calumnias estallaron de todas partes contra su autor. Los buenos oficios de Labandero no bastan á neutralizar la furia de aquellos catalanes que veian tan duramente ajado aquel ejército carlista, sus gefes, su pais, la propia junta. Inmediatamente es acordada la destitucion y dan á su secretario Segarra el encargo de presentarla á Urbiztondo con varios ejemplares que deberia entregar á todos los gefes subalternos en el caso de que aquel se negase á obedecer á la junta. Cuando Urbiztondo supo que esta no contenta con tales determinaciones, creciendo su irritacion trataba de prenderle, tentaciones tuvo en los trasportes de su indignacion de marchar sobre Berga y afrecer el primero á los ojos de la España asombrada el espectáculo que mas tarde dió Maroto en Estella. Pero no tenia como este, un cuerpo en cuya fidelidad pudiera confiar; se creia rodeado de enemigos que no dejarian de recibir como personal las ofensas generales hechas al ejército carlista, y se fijó en su corazon el temor de una atrocidad semejante á la que poco tiempo despues cometieron con el conde de España. Persistió por lo tanto en su resolucion de tomar la frontera para presentarse á D. Cárlos, y solo aguardaba que Vidart tomase una resolucion definitiva. En este estado un paisano le entrega una carta dirigida desde Andorra, cuyo sobrescrito le revela al momento el autor: era del coronel D. Leandro Eguia enviado por Urbiztondo al cuartel real con la solicitud de su relevo del mando. Su contenido acabó de afirmarle en su resolucion: le decia que D. Cárlos desestimaba sus representaciones, exigia esplicaciones sobre algunas de sus frases y le creia imbuido en las ideas que acababan de determinarle á la prision de varios de sus generales de las provincias vasco-navarras. No hubiera necesitado la junta mas, á tener de esto conocimiento, para arrojarse á cometer un atentado satisfaciendo su venganza. Aprovechando, pues, la ocasion de estar todos los cuerpos diseminados en espectativa de Vidart, resolvió en la madrugada del 2 emprender el camino para el valle neutral de Andorra, distante nueve horas. Porredon era el único gefe iniciado en el secreto de esta fuga, y para ofuscar á los demas esparció la voz de que la familia del gobernador del valle de Aran prisionera en Tirbia pedia su presentacion personal para tratar del

cange con la hermana del presidente de la junta. Antes de ausentarse ofició al mas antiguo de los oficiales adictos á su persona, que al encargarse del mando del Principado habia pedido á D. Cárlos, dándoles parte de su resolucion y remitiéndoles pases en blanco con su firma para que pudiesen restituirse á su antiguo ejército los que no quisieran quedar espuestos á la prevencion y rencor con que los miraban los catalanes. En seguida puso los últimos oficios á la junta en los términos siguientes: «Conviniendo al ser- »vicio de S. M. mi presentacion en el cuartel real he prevenido con esta fe- »cha á los comandantes generales de las divisiones de este ejército se en- »tiendan con V. E., supuesto que hallándose facultada para anular mis dis- »posiciones, lo estará igualmente para decidir la autoridad que debe mandar »á aquellas. Al brigadier D. Bartolomé Porredon he dado la oportuna órden »para que disponga sean conducidos á esa plaza los 6,000 duros y 119 cabe- »zas de ganado vacuno que se han recogido en el valle de Aran y corregi- »miento de Talarn por resultado de mis últimas operaciones.—Dios etc.— »Cuartel general de Llaburi 2 de enero de 1838—Antonio Urbiztondo.»

Por fin á las ocho de la mañana rompió su movimiento acompañado de algunos oficiales de E. M. y gefes de division á quienes dió las instrucciones que en el estado actual de la guerra deberian seguir. En el pueblo de Norit á la hora y media le salió al encuentro un ayudante enviado á escape por Valls con la noticia de que á las once de la mañana se habia roto el fuego con Vidart. Su primer ímpetu fué presentarse en el campo de batalla; pero la distancia era grande para que su llegada pudiera ser oportuna, y temiendo por otra parte malograr en un momento lo que estaba á punto de conseguir, su salvacion, siguió á pernoctar en Tort. Allí fué donde le digeron que Vidart habia sido rechazado con pérdida de consideracion, pereciendo él mismo por su escesivo arrojo, y entonces ya no titubeó en seguir su camino llegando en la madrugada del 3 sobre la frontera, donde dispuso la manera de entrar sin ser descubierto y detenido por la policía á su entrada en Francia. En este término de su mala fortuna podemos decir que fué feliz; sin tropiezo alguno y procurándose un pasaporte supuesto pisó el pais estrangero que sino como proscrito le recibió como fugitivo, marchando en seguida á presentarse en la córte de D. Cárlos, donde como lo esperaba, el recibimiento no fué muy lisongero.

Tal fué el mando de Urbiztondo en Cataluña. Al tomarlo medio año hacia solamente ¡cuán distante sin duda de su imaginacion aquel término de tantas y tan amargas vicisitudes! Al dar cuenta de todos los sucesos hemos emitido ya nuestra opinion acerca de la causa del perenne divorcio en que vivieron entonces las dos autoridades superiores del Principado, y nos escusaremos de repetir nuestro juicio. Berga, lo diremos en resúmen, era el foco de todas las intrigas, de las disensiones interminables, del desórden y la anarquía que reinaba en el campo carlista. Allí entre el confuso tumulto de gentes de todas clases y categorías, quienes como mi-

litares y empleados civiles, quienes como refugiados y pretendientes, dominando entre ellos los celos y la ambicion, de que nacian desavenencias y acusaciones recíprocas; aspirando en fin, los unos á ocupar el puesto de los otros, y disputarse el reparto de los empleos en el pais que se creian conquistar en breve. Entre un gran número de forasteros se veian frailes y monjes de diferentes órdenes religiosas, muchos de ellos con sus propios hábitos y algunos vestidos de seglar. Semejantes á las reliquias lastimosas de los regimientos derrotados en una gran batalla, parecian estar allí formando cuadros con la esperanza de volver á organizar sus respectivas comunidades, y ocupar los conventos que habian ya pasado á ser propiedad particular ó del Estado. Algunos de estos tenian alta influencia y prestigio en las deliberaciones de la junta, y todos ellos en general, cual mas cual menos, predicaban los sermones mas sacrílegos respirando en ellos atroz venganza, sangre y esterminio contra toda persona ó familia adicta á Isabel y la Constitucion sin distincion de edad ni sexo. Incesantemente entraban y salian de la poblacion personages, de aquellos que sin haberse declarado abiertamente por el partido carlista, habian servido no obstante cautelosamente á su rey y señor desde la vecina Francia, ó en el neutral valle de Andorra. Y dando la vuelta por aquel pais estrangero, desde las provincias del Norte ó directamente desde el campo de D. Cárlos, atravesando la provincia de Lérida, se veian llegar frecuentemente emisarios, confidentes y peones en clase de correos, con comunicaciones oficiales ó avisos de cuanto ocurria; siendo pocas las veces que eran interceptados, porque en todo el pais que recorrian encontraban patronos encubridores y guias. Tal era la decision de algunos de aquellos habitantes, á tal grado llegaba su lealtad á D. Cárlos, que consintiera cada uno de ellos en ser sacrificado por sus contrarios, antes que hacer traicion á ninguno de los suyos ó descubrir su direccion, su asilo ó paradero. Es cierto que los insultos y tropelías que contra algunos frailes secularizados y algunos curas de los pueblos de la montaña cometian á veces las partidas sueltas ó destacamentos de las tropas de la reina, contribuyeron bastante á fomentar el fanatismo y la supersticion de los preocupados montañeses.

Sin embargo, es justo decir que no era el carácter de Urbiztondo el mas adecuado para luchar con los inconvenientes que allí ofrecia la causa carlista. Carácter irritable, tal vez en demasía suspicaz, de condicion quebradiza para los contratiempos y los obstáculos, no era seguramente el llamado á convertir las huestes catalanas en masas obedientes, subordinadas al freno de la disciplina y al imperio de la ley. Lleno de proyectos y de esperanzas emprendió sus operaciones; alumbró la fortuna sus primeros pasos y cuando ella le retiró su luz en Capsa-costa ya no supo, ya no quiso caminar con igual resolucion. En todas partes encontraba tropiezos, y le faltó el valor que en demasía tuvo luego el Conde de España para hacerse obedecer y respetar.

CAPITULO IX.—1838.

Nuevo sitio de Gandesa.—Meer socorre á Cardona.—Defensa de Gerri.—Derrota de los milicianos nacionales de Reus.—Meer recobra á Ripoll.—Victoria de Carbó en San Quirse y venganza de Tristani en Monistrol.—Meer rinde el castillo de Oris.—El conde de España toma el mando del ejército carlista.—Meer recupera á Solsona.—Sorpresas hechas por los carlistas.—Derrota del Llarg de Copons y otros.—Espedicion del valle de Aran.—Infraccion del tratado Elliot.

El último hecho de armas que figura en el mando de Urbiztondo, ya en el año 1838, es la accion con Vidart, que costó á un valiente y activo gefe la pérdida de su existencia. Ninguna otra consecuencia desgraciada produjo al ejército en cuyas filas con tanta honra militaba; pero sus contrarios con este pequeño triunfo recobraron alguna parte del espíritu que tan continuados

reveses les habian hecho perder. Tan acostumbrados se hallaban á la adversidad que dieron á un suceso tan insignificante la importancia de una gran victoria.

La retirada de Urbiztondo apenas causó estrañeza en la junta; desde que vieron el *Guardia Nacional* poseyeron la clave de todos los movimientos, de todos los proyectos, de la conducta observada por aquel gefe despues de la sorpresa del Pont de Armentera. Cartas llenas de hiel le siguieron al cuartel real para prepararle un recibimiento correspondiente al ódio que le profesaban. Despues de todas estas satisfacciones de la venganza fué preciso pensar en el nombramiento de un sucesor que á las dotes militares reclamadas por las dificultades del cargo reuniese el prestigio de un nombre bien conocido. Ya antes de estos momentos la junta habia puesto los ojos en el célebre Conde de España conceptuándole la mayoria de sus vocales como el único capaz de mejorar allí la causa carlista. Se recordaban sus antecedentes y se encomiaba su energía, aunque no faltaba quien mas cuerdo ó previsor encontrase en sus mismos antecedentes una cualidad desventajosa. La mayoría empero le fué propicia, y con la mision de alcanzar su nombramiento para comandante general y presidente de la junta dos de sus individuos, el conde del Fonollar y D. Manuel Millá, salieron al cuartel real. Entre tanto no recaia resolucion, era precisa una autoridad militar provisional, y vino á recaer la eleccion en Segarra, que apenas contaba dos meses en el campo carlista. No era á él á quien por ordenanza y superior graduacion correspondia sino á Tristani ó á Brujó por mayor antigüedad; pero al primero todos le juzgaban incapaz, y el segundo lo rehusó leal y sinceramente por no creerse con los conocimientos necesarios para un mando superior. Asi vino á recaer en el coronel Segarra, poco despues ascendido á brigadier, la comandancia general carlista de Cataluña aunque con el carácter de interina.

Segarra gozaba reputacion de buen militar y en esta ocasion no la desmintió. Encontrando todas las divisiones en un estado de casi completa desorganizacion, por el abandono de la junta y porque Urbiztondo desde sus discusiones con ella no habia pensado mas que en salir del dia, se dedicó con todo el lleno de su actividad á una reorganizacion cabal. Para convencerle de esta necesidad fuéronle suficientes las pequeñas operaciones emprendidas en los dos primeros meses del año. Antes empero referiremos el nuevo sitio puesto á la heróica Gandesa por el tenaz Cabrera, ya que pertenezca al territorio catalán, aunque no sea operacion de los ejércitos de este distrito.

Dos mil infantes, 400 caballos y 5 piezas de artillería, entre ellas 2 morteros eran los recursos con que esta vez se presentó ufano el caudillo tortosino delante de Gandesa. Dos mil disparos de bala rasa y 500 de obus fueron los proyectiles arrojados en poco tiempo desde los primeros dias de febrero contra las fortificaciones, quedando casi arruinadas. El valor empe-

ro de aquellos moradores, rivales de la inmortal Zaragoza, se conservó entero confiando en que alguno de los gefes constitucionales se presentaria á socorrerlos. Avecia en efecto, enviado por San Miguel acude á ella, ahuyenta á los sitiados y penetra con un convoy. Mas tanto era el empeño del enemigo en tomar aquel punto, tan repetidos y obstinados los ataques, tan ruidoso ya el estado de aquella débil fortificacion, y tanto en fin, lo espuesta que se hallaba ya la heróica Gandesa, por la preponderancia que el enemigo habia tomado en el pais, á consecuencia de la ocupacion de Morella y Benicarló, que aquellos moradores juzgaron prudente abandonar sus hogares, y asi lo hicieron el dia 3 de marzo, bajo la salvaguardia de la columna del general que acababa de salvarlos de la rabia de Cabrera. Saliendo este al camino, hizo esfuerzos todavia para llegar á los desgraciados fugitivos; pero se vió rechazado. Lució con este motivo la filantropia de los buenos patricios, pues ya por medio de una suscricion que se abrió en todo el reino, ya por varias funciones teatrales, se juntaron crecidas sumas de dinero para socorrer y aliviar en su desgracia á los beneméritos moradores de Gandesa. Ademas las córtes declararon luego beneméritos de la patria á los que componian su guarnicion, á los milicianos nacionales y á todos los que hubiesen tomado parte en los siete sitios que habia sufrido ó solo en este, concediendo tambien el título de *heróica* á la villa.

Tambien entonces se hallaba estrechamente bloqueada la plaza de Cardona por los de D. Cárlos, cuando el Baron de Meer marchó á socorrerla desde Manresa con un convoy de víveres. A su encuentro salieron los enemigos con fuerzas imponentes; venció no obstante los obstáculos que la naturaleza y las armas opusieron por espacio de tres dias en aquel escabroso terreno, y no solamente levantó el bloqueo, sino que regresó al punto de su partida, llevándose mas de doscientas cargas de sal de aquellas preciosas salinas. A esta ventaja correspondió empero una desgracia en el campo de Tarragona. Impulsados por un ardor tan funesto como heróico salieron contra el enemigo los milicianos nacionales de Reus en primero de marzo, y en las cercanias del mismo pueblo perecieron ciento treinta, todos jóvenes bizarros, de grandes esperanzas, algunos de ellos de familias distinguidas, quedando otros prisioneros. No alcanzaron á mitigar el dolor de esta catástrofe las ventajas que le subsiguieron. A la invicta Gandesa parecia querer disputar entonces las palmas del heroismo y el valor cívico un pueblo de la provincia de Lérida. Gerri, villa de setenta vecinos situada á mas de veinte leguas de aquella capital, rodeada de elevadas montañas que hacen su posicion muy comprometida, y circuida de unas débiles tapias aspilleradas, se vió con empeño sitiada de los carlistas, despues de haberlos rechazado de sus muros siete veces.

Era el 25 de febrero cuando la milicia nacional del pueblo y una compañía de francos que se hallaba alli de guarnicion, acudieron á las armas apenas recibieron aviso del vijia que se aproximaba el enemigo. Individuos

de todas edades, sexos y condiciones quisieron robustecer con sus cuerpos el punto del ataque y vieron con serenidad aproximarse el gefe carlista Torres con 800 hombres y circunvalar la poblacion sobre la cual llovieron muy pronto mortíferos proyectiles, bien que en vano. Las descargas de fusilería se sucedieron sin interrupcion de noche y de dia por una y otra parte: doscientos cincuenta disparos de bala rasa arruinaron la puerta de Sort y muchas casas, abriendo en las tapias dilatadas brechas, por las cuales no se atrevieron los sitiadores á penetrar, pues apenas abiertas, quedaban cerradas con sacos de arena por aquellos intrépidos catalanes.

Lo infructuoso de sus ataques exasperó de tal modo á los carlistas, que el 6 de marzo hicieron una mina, cuya esplosion conmovió las casas inmediatas á la puerta de la Pobla; mas viendo que este medio era tambien impotente, unieron sus fuerzas á las del gefe Segarra que ascendian á 1,000 hombres, y desde luego mandaron un parlamentario á aquellos valientes intimándoles la rendicion por medio de un oficio que obtuvo esta contestacion: *La villa de Gerri no se rendirá mientras respire uno de sus defensores.*

Las hostilidades continuaron el dia 8 y 9, llegando los enemigos á apoderarse del arrabal fuera de la muralla. A pesar que seguia la bateria haciendo sus disparos, la pequeña guarnicion practicó una salida el dia 10 y logró incendiar el arrabal obligando á los carlistas á abandonarlo. El dia 11 retiraron la artillería, y el 12 las tropas constitucionales les obligaron á levantar el sitio, despues de una accion en la que fué herido el brigadier que la mandaba muriendo de resultas de la herida.

Diez y seis dias duró este penoso asedio, en que se distinguieron muy particularmente entre otras personas D. Jaime Viadera y D. Antonio y don Buena Ventura Benabent que obtuvieron por esta razon la cruz de caballeros de Isabel la Católica y lo mismo el comandante de armas D. Agustin Ponsico. Varios nacionales fueron premiados con la cruz de Isabel II. Luego en las córtes quedó sancionado que la ciudad de Gandesa fuese reedificada á nombre y de cuenta de la nacion cuando las atenciones del erario lo permitiesen, y que llevase en adelante el título de *inmortal*: que en su plaza pública se erigiese un monumento con esta inscripcion: *Gandesa reedificada por la patria reconocida*, y que sus milicianos nacionales y demas ciudadanos que se hubiesen hallado en su defensa, y que continuasen sus servicios con las armas en la mano, fuesen considerados como movilizados durante aquella lucha y disfrutasen el haber de tales.

Y el ataque de Gerri no habia tenido otro objeto que distraer al baron de Meer de sus miras sobre Ripoll, ocupada como sabemos por los carlistas. Segarra la hizo fortificar, aumentó su guarnicion, y dió órden al nuevo gobernador de sostenerse á toda costa. Pero Meer, conociendo las intenciones de su contrario, no se cuidó de seguirle sino de ponerse al frente antes de completar las obras de su fortificacion como lo consiguió.

Tal vez por esta razon el gobernador se creyó dispensado de la defensa, y Meer ocupó á Ripoll, la guarneció y fortificó. A este hecho fué consiguiente la ocupacion de Suria el 5 de abril.

Por distinto punto Carbó cooperaba con igual fortuna á la ruina del ejército carlista y al desprestigio de su gefe. El dia 9 atacando con fuerzas muy inferiores al enemigo en los campos de San Quirse, donde se habian reunido varios batallones, componiendo un total de cerca de 9,000 hombres, lo puso en complea derrota, causándole horrible mortandad é hiriéndole gran número de gente. Encolerizó este desastre á Tristani y por desgracia encontró ocasion de saciar su rencor á pocos dias, pues sorprendiendo el diez y seis la villa de Monistrol de Monserrate, degolló no solo á cuantos hicieron resistencia, sino tambien á indefensos ancianos, niños y mugeres, saqueó la poblacion y dejó á los suyos en libertad para cometer cuantos horrores y violencias fueran imaginables.

En medio de aquella horrenda carniceria pudieron refugiarse en la iglesia unos cincuenta hombres, los cuales despreciando las amenazas de aquellos foragidos y las llamas en que el templo ardia, hicieron una gloriosa defensa hasta la tarde del 18 en que acudió el baron de Meer á socorrerlos y los carlistas huyeron precipitadamente.

Luego se dirigió sobre el castillo de Onis al que puso sitio el 27, y el 3 de mayo se le entregó prisionera de guerra su guarnicion. Segarra, que estaba á cuatro ó cinco jornadas en el estremo opuesto de la linea no pudo acudir oportunamente á su socorro. Con la guarnicion cayó en poder de los constitucionales el miembro de la junta D. José Ventos, quien se habia quedado en aquel inespugnable castillo para animar la defensa. Este suceso fué de bastante consecuencia por el desaliento que infundió á todas las fuerzas de la montaña y disipó algun tanto el descontento de los liberales, producido por la separacion del bizarro general Carbó, á quien Meer habia quitado el mando de la brigada, nombrándole comandante de armas de San Quirse de Basora.

Todos estos hechos ahondaron en el ánimo de Segarra la conviccion de que sin una reorganizacion radical era imposible acometer la empresa mas pequeña ni fiar en la seguridad de lo adquirido. Dispuesto á hacerla y á dar al soldado la instruccion de que absolutamente carecia, se puso á la defensiva prohibiendo á todas las divisiones que intentasen operacion alguna hasta nueva órden. Aumentó primeramente los batallones hasta un pié de fuerza regular; estableció ejercicios doctrinales para el soldado, y academias para los gefes; creó un colegio militar en Borradá donde se daba la educacion de ordenanza sin descuidar las reglas sociales; creó un fondo económico, mudó gefes, emprendió en fin, una nueva y mas trabajosa organizacion, porque se encontraba con vicios de nacimiento, con abusos inveterados, con intereses contrarios, con todo lo que constituye una mala existencia. Lo que no pudo reformar ni estaba en su carácter y fa-

cultades fué la junta. Esta vivió compacta mientras tuvo que luchar con Urbiztondo; desde el dia en que su autoridad fué soberana y no tuvo lucha fuera de su recinto la engendró dentro de su palacio; cada sesion era un combate entre bandos opuestos. Habia enemigos, y era de prever en el carácter catalán que no tardarian en tratarse como tales. Una de las fracciones se llamaba *universitaria*, la otra *aristocrática;* nombre que escusan bien toda esplicacion. Allí tambien la influencia de la época, simbolizada en la fraccion universitaria, que era la mas ardiente.

Pero Segarra no era el destinado ni fué el elegido para superar estas dificultades. El Conde de España mereció la aprobacion de D. Cárlos, y mientras el comisionado Millá regresó con esta plausible noticia á Berga, el Conde del Fonollar fiado en su antigua amistad se dirigió á Lila, donde aquel se hallaba detenido por órden del gobierno francés. No necesitó muchos esfuerzos el comisionado para persuadir al Conde á la fuga: hizo retirar á aquel á Tolosa, adonde despues de un rodeo de mas de 2,000 leguas fué á reunírsele á mediados de junio, y el 3 de julio ya entraba en Berga en medio de una ovacion preparada por todos sus amigos llenos de júbilo y rebosando de esperanza. Hubo salvas de artillería, volteos de campana, aclamaciones del pueblo, vivas del soldado, todo cuanto puede producir la fiebre del entusiasmo. ¡Cuan rápida, y profunda peripicia se preparaba! ¡cuan lejana estaba entonces la imaginacion mas suspicaz de las escenas que el drama de la guerra iba á desenvolver!

No sabemos si el Conde en lo escepcional de su carácter se dejaria fascinar por aquel estruendo triunfal de su llegada á Berga. El Conde de Espagne debia á la naturaleza une mediana inteligencia; sus conocimientos salian del círculo ordinario; en la parte militar los tenia poco comunes, y como general se distinguia por su genio organizador: era de condicion irascible; ni sufria yugo ni rivalidad; á su lado todos debian serle inferiores y mandaba con despotismo sultánico; su carácter era duro hasta la crueldad, hasta la ferocidad; ciego apasionado de la obediencia muda, amigo del órden en cuanto no era para él un obstáculo, y de condicion flexible para las vicisitudes de la fortuna; en su trato ya aparecia brusco, ya fino y obsequioso hasta la oficiosidad. Conjunto en fin anómalo y singular de las cualidades mas antipáticas, el Conde de Espagne venia á dar un carácter enteramente diverso á la guerra aunque no cambiase su fortuna. No nos detenemos en su carácter ni detallamos circunstanciadamente muchos de los actos en cuya narracion vamos á entrar por no internarnos en la jurisdiccion de su biografía, donde esta figura notable de la guerra civil será presentada tan en relieve como él marcó sus hechos.

Apenas enterado del estado de su campo tuvo que ponerse en movimiento para contrarestar el atrevido pensamiento de Meer de apoderarse de Solsona. No estaba á la sazon muy fortificada y guarnecida; pero el Conde la proveyó presurosamente de todo poniendo la plaza bajo la custodia del

coronel Mondedeu. Ademas reunió para protegerla todas cuantas fuerzas componian el ejército carlista hasta las compañías de cel. dores de la hacienda que á peticion de Labandero se habian organizado. Jamás, ni antes ni despues, aglomeraron los carlistas tantas fuerzas como entonces. No se descuidó la provision de municiones y de víveres; de manera que todo hacia presentir el combate mas reñido de aquella campaña. Las posiciones de Peracamps y Biosca que el Baron iba á atravesar con la artillería serian su tumba á juicio de los que habian formado de los talentos del Conde el mas alto concepto. Este por su parte alentó las esperanzas; al salir de Berga el dia 20 se hizo acompañar de Segarra, que habia quedado de 2.° comandante general, de todo el E. M. y de dos individuos de la junta, precisamente los designados como gefes de sus dos fracciones, Fonollar y Torrabadella, sin duda porque aun no podia prescindir de ella y para dar á entender que á ningun lado se inclinaba.

La llegada de Meer á la vista de Solsona fué tan rápida é inesperada para los carlistas que muchos gefes descuidados estuvieron para caer en su poder al practicar el primer reconocimiento de la plaza. Aquella aparicion fué una verdadera sorpresa, pues la resistencia que por el frente y la izquierda le opuso la division del Campo de Tarragona fué arrollada sobre la marcha. Así pudo libremente establecer un sitio formal como lo verificó en los dias 21, 22 y 23 levantando baterías en las mejores posiciones. Las primeras intimaciones de rendicion, antes de romper el fuego, fueron desechadas como el honor militar lo reclamaba y aun con cierto desden que demostraba en la guarnicion el mismo influjo que la presencia de Espagne habia obrado en el resto del ejército. El ataque principal de los sitiadores en la noche del 23 se dirigió sobre el fuerte del hospital y aunque la resistencia fué obstinada su arrojo obligó á los defensores á replegarse á la catedral y al palacio episcopal. Supo Meer en esta situacion que su contrario se habia colocado á hora y media de la plaza con los grandes elementos que habia preparado; pero practicando un reconocimiento en la tarde del 24 se persuadió por la escasa resistencia que salieron á oponerle dos compañías, de que sin grave temor de una coincidencia fatal podia continuar las operaciones contra la plaza. En efecto, en la mañana del 25 habia variado la posicion de las baterías con arreglo á la que ocupaban los carlistas: las piezas enfilaban sus fuegos contra el palacio episcopal, para cuya defensa faltaban medios conducentes á los sitiados. Pero preguntaron por medio de señales á Espagne cual debia ser su conducta en el apuro en que se encontraban, y la respuesta fué que de ningun modo abandonasen el punto. Esta órden les descubrió en su general el pensamiento que fué á realizar en la madrugada del 26 atacando á los sitiadores. El golpe fué á dar sobre el ala derecha y de un modo tan repentino que consiguieron al pronto arrollarla: un golpe simultáneo por un lado diverso, y acaso hubieran logrado introducir el desórden y poner al Baron en un conflicto viéndose en

medio de fuegos cruzados. Pero con aquel ataque ningun otro coincidió siquiera por distraer la atencion; los batallones que habian emprendido la retirada se rehacen y recuperan su puesto rechazando á sus contrarios hasta el campamento de su general. Despues de este triunfo el sitiador redobla sus fuegos contra el palacio, abre una brecha practicable, y ya se preparaba al asalto cuando se sometieron los defensores á rendirse á discrecion. Su resistencia habia sido muy valiente y varias proposiciones del sitiador habian rechazado con altivez; pero los recursos les escaseaban, y la demanda de socorro hecha por volteo de campanas no fué atendida.

El efecto de este suceso en él ánimo del soldado carlista fué fatal para su nuevo gefe, porque venia á arraigar la opinion estendida de que los militares de conocimientos, los grandes tácticos no servian para aquel género de guerra. A lo menos Urbiztondo habia sido mas afortunado en sus primeros pasos. Tantas fuerzas y recursos aglomerados inútilmente se prestaban al ridículo del soldado que sabia citar la fábula del parto de los montes.

Meer, asi que hubo guarnecido fuertemente la plaza conquistada, se dirigió á Guisona para dejar allí los heridos y volver con el convoy de viveres preparado para aquella. A la ida apenas le hostigó la division de Ibañez por su costado derecho; pero á la vuelta, ya Espagne creyó empeñado su honor en la empresa, y marchó á ocupar las mejores posiciones del tránsito. Escogió las que median entre Biosca y San Pedro de Padullers, que sin duda eran formidables; pero la linea era tan estensa y su fuego, si se nos permite la frase, se adelgazaba tanto, que no pudieron resistir largo tiempo la bravura de sus contrarios, orgullecidos con el reciente triunfo. Espagne concentró entonces sus fuerzas sobre Xuniguera, y el combate se encarnizó con un furor de que hay escasos ejemplos en aquella guerra y ninguno en Cataluña. Las tropas de Meer no conquistaban una posicion sin pisar un monton de cadáveres. Ambos caudillos hicieron en aquel dia, 3 de agosto, gala de su valor temerario en varios choques; pero si el de D. Cárlos era mas hábil organizador, el de la Reina poseia un ojo militar sobre el campo de batalla privilegiado, y tenia tal vez mas conocimiento del terreno. Sus disposiciones en aquella memorable jornada fueron las mas hábiles; su mismo competidor admirado no pudo menos de esclamar al verle conducir su convoy: *¡Ah, bravo piloto, que bien conduces tu nave!* A pesar de su triunfo todavia necesitó redoblados esfuerzos de valor y todo el dia 4 para andar el pequeño trecho que le separaba de Solsona, disputado á cada paso por el carlista. Al anochecer entró al fin con su convoy en la plaza conquistada el ejército constitucional, si bien muy mermado en sus fuerzas, cubierto de laureles. Ocho dias permaneció allí el Baron disponiendo y protegiendo sus fortificaciones con torres y reductos inmediatos á la plaza, y luego emprendió su marcha á Suria sin que en su tránsito por Cardona osára el enemigo arriesgarse á una nueva leccion.

El Conde quiso al parecer desquitarse de este descalabro con el general

Carbó. Sabedor de que se habia quedado en Cardona dispuso que Ibañez fuese á situarse á la derecha del Cardanet á su altura y él se movió de noche con el resto de las fuerzas por la izquierda de la plaza, llegando en las primeras horas del 13 á la montaña de Coll de Guineu. Era tarde; Carbó habia ya salido y solo su retaguardia pudo ser alcanzada: si el carlista hubiera tenido allí la caballería la pérdida que le causó hubiera sido mayor porque el terreno era favorable.

Por otra parte el carlista sufria un pequeño quebranto. La villa de Ajer, situada en el valle de este nombre y en la montaña de la provincia de Lérida; guarida fortificada y cuartel general de los gefes carlistas de la division del Ros de Eroles, fué sorprendida por el comandante de la línea del Noguera D. José María Ugarte el 2 de agosto á las ocho de la mañana con una parte del batallon franco llamado chapilgorris que mandaba. Ya en el mes anterior habia intentado esto mismo por medio de una grande marcha favorecida por sus numerosas confidencias y conocimiento del terreno; pero descubierto á las dos de la madrugada por un espía enemigo en las alturas del Monsec, y sitiado pocas horas despues por tres columnillas, se vió obligado á aplazar su empresa, y descendió para batir y dispersar en la mañana del 14 de julio á la gente del Tardá y cura de Viacamp, en el vado de Fet. Apoderado de Ajer en esta ocasion Ugarte despues de un ligero tiroteo por parte de los que lo abandonaban, no regresó á Aragon sin llevarse algunos prisioneros despues de haber entregado á las llamas ciertos edificios y destruido sus obras de defensa.

Por espacio de cerca de tres meses la inaccion es completa en ambos campamentos. La del Conde se justifica con la reorganizacion indispensable de sus fuerzas; pero sobre el Baron de Meer pesa una doble responsabilidad. Si por regla general la inaccion en la guerra es una falta, se hace mucho mas grave cuando á la sombra del abandono el enemigo se organiza y fortifica. Meer no hizo en todo este tiempo mas que conducir algunos convoyes, auxiliar algunos puntos, permanecer en fin á la defensiva cuando tanto le convidaban á la ofensiva las circunstancias de su contrario. Berga se fortificaba en tanto que hacia pesar mil arbitrariedades sobre sus adversarios del bando liberal.

Así despues de las operaciones sobre Solsona apenas hay mas que algun hecho aislado y de escasa importancia á que podamos dar lugar.

Hácia el 12 de setiembre cerca del Meson de Funeda fueron sorprendidos 30 soldados del regimiento de la Albuera y todos sin piedad pasados á cuchillo. Cuatro dias despues las fuerzas capitaneadas por el hermano de Pep del Oli y Torres en un pueblecillo inmediato á Albelda sorprendieron á tres ó cuatro compañías de francos que en su mayor parte fueron victimas de su valor dejando en manos de sus contrarios 150 prisioneros. Pero el dia 25 las gentes de Gravat, Mosenet, Griset de Batra, Llarg de Copons y cura de Viacamp, todas reunidas sufrieron en cambio una derrota que les

costó mas de 100 muertos, causada por la brigada del Alto Aragon.

Un hecho casual fué el que algun tiempo despues sacó de su inaccion á ambos ejércitos; al carlista para hacer un triste ensayo de su nueva organizacion, y al de Meer para que diera algun síntoma de vida, recogiendo algunos laureles. La espedicion al valle de Aran es uno de los sucesos militares de mas importancia en esta crónica, y merece ser minuciosamente descrita. La compañía franca del valle de Aran que estaba de guarnicion en el castillo de Viella, se sublevó la noche del 19 de noviembre y asesinó á su gobernador. Acudió allí la pequeña columna del Pallas á las órdenes del comandante D. Gabriel Salgado, á quien no dejaron entrar en el fuerte. Aprovechóse de estas circunstancias Espagne y salió de Caserras hácia el valle de Aran, lo que sabido por el comandante general de Lérida, hizo avanzar la tercera division del ejército de Cataluña que ya el dia 19 arrojó de Tiaran un batallon carlista que intentaba hacerse fuerte allí. El baron de Meer, sabiendo todo esto y que las fuerzas enemigas que se dirigian al valle eran considerables, marchó con la vanguardia y la segunda division.

El valle privilegiado de Aran, situado en el declive norte de los Pirineos es bien conocido por sus pintorescas aldeas rodeadas de campos fértiles. Propiamente hablando no forma parte de España, y así es que sus habitantes no quieren ser ni aragoneses ni catalanes, no teniendo ni con unos ni con otros nada de comun, pues hasta el lenguage es diferente. Hablan un patue romano cuyo uso solo está en aquel valle, que tiene media legua de latitud y ocho de longitud. En tan limitado espacio, en las orillas del Garona que tiene allí su origen se encuentran 32 aldeas edificadas en la pendiente de los cerros con un esmero poco comun. Las casas blanqueadas con cal y cubiertas con tejas ó con pizarra, y las ventanas provistas todas de vidrios, contrastan singularmente con las habitaciones de los demas paisanos de los Pirineos. Cada aldea tiene una plaza y cada plaza una fuente. Treinta y cuatro campanarios sin contar los de villa, contribuyen á animar el aspecto del valle. El ganado lanar y vacuno forma la principal riqueza, y allí se encuentra escelente manteca que endurecida por el frio y redondeada como los quesos de Holanda, forma un artículo de esportacion considerable que se consume en Cataluña y Aragon. La posicion geográfica de este valle, situado entre España y Francia, junto con los privilegios escepcionales que le concedieron los reyes de España, contribuye á su prosperidad y su riqueza. Antiguamente formaba una pequeña república parecida á la de Andorra; pero se sometió voluntariamente á España que le conservó todos sus privilegios, de los cuales los principales son estar esento de contribuciones, y no pagar derecho alguno por la entrada y salida de sus mercaderias. Su situacion le ha convertido en depósito de todos los géneros prohibidos y en punto de confluencia de los grandes contrabandistas. Sus gavillas armadas hacen una guerra contínua á los aduaneros franceses y al resguardo español, favorecidas por las montañas cubiertas de eterna nieve

que forman la frontera del valle por el lado de España desde la Maladeta á Montvallier y son poco á propósito para el establecimiento permanente de una linea de aduanas. Tal era el nuevo aunque pasagero teatro de las operaciones.

En Sort el dia 9 la vanguardia de Meer ya desalojó 800 carlistas que ocupaban el pueblo; pero no era á él sino á Viella adonde, como sus contrarios dirigia sus miras.

Los carlistas habian introducido en el valle de Aran 2,500 hombres, y cubrian con mas de 1,500 el Pallas desde Esterri á Sort; llevaban artillería de montaña gruesa; habian de luchar dentro del valle solo con 240 hombres, y contaban con la facilidad que prometian las circunstancias de una guarnicion sublevada. La situacion de Salgado era dificil. Por una parte le acometian fuerzas inmensas en comparacion de las suyas, y por otra se veia privado de entrar en el fuerte, porque los sublevados lo rehusaron hasta el momento del último apuro, si bien rechazaron con indignacion las comunicaciones que les dirigieron los carlistas ofreciéndoles recompensas. Sin embargo hizo replegar el primer batallon enemigo que se presentó en el valle, y cuando las fuerzas contrarias fueron escesivas para él, se atrincheró en el pueblo. Pero Viella no tenia mas defensa que una simple muralla, rodeada de un foso: el camino que conduce á Betren estaba cortado y defendido por algunos reparos y obras de tierra, siendo la estremidad del puente sobre el Garona la parte mejor fortificada. A tiro de fusil de la poblacion, en una altura del lado opuesto al Garona, estaba *el fuerte de la libertad*, antiguo convento bien fortificado y protegido por ocho piezas de grueso calibre y doscientos hombres de guarnicion. Despues del asesinato de Gali, los soldados eligieron por comandante á un simple artillero dejando al oficial de francos que mandaba la guarnicion de Viella con solo trescientos cincuenta hombres. Apenas anocheció, estableció el carlista una pequeña bateria delante de la cabeza del puente y el dia 5 por la mañana se intimó la rendicion á los sitiados, concediendo solo doce minutos para reflexionar; pero el parlamento fué recibido á tiros. A las ocho las baterias rompieron el fuego á que contestaron las del fuerte y la fusilería del puente. Las bombas incendiaron varias casas del pueblo, y bien pronto cesó el fuego del puente. A las nueve dió el sitiador la señal de ataque, y las tropas de Betren y Gausar avanzaron á paso de carga, al mismo tiempo que el quinto batallon atacaba la cabeza del puente. Durante la noche se habian provisto de escalas; se aplicaron á las murallas y despues de veinte minutos de combate á la bayoneta quedaron dueños de la poblacion. Por una inadvertencia del oficial de estado mayor que mandaba el costado de Gausar, se dejó ocupar el único camino que iba de la poblacion al fuerte y una parte de la guarnicion con un gefe logró evadirse y refugiarse en el fuerte. Los demás con un teniente coronel fueaon pasados á cuchillo, y solo salvaron la vida ocho hombres que al dia siguiente se encontraron escondidos en una

trox. Siguiendo las insinuaciones del Conde de Espagne, si la poblacion se tomaba por asalto, debia por espacio de dos horas entregarse al saqueo, y en seguida pegarla fuego por los cuatro costados. Al pronto creyeron que era el saqueo suficiente castigo por la resistencia que habia hecho la guarnicion, y Viella ofreció el triste aspecto de una poblacion entregada á una soldadesca desenfrenada. Pasada una hora se tocó generala; los carlistas fueron de nuevo á Betren y á Gausar dejando en Vilella solo un batallon. El fuerte que dominaba la poblacion, seguia lanzando proyectiles que mataron á muchos individuos; mientras comia Porredon, una bala de cañon entró por la ventana en la casa que habitaba pasándoles por encima. Por esto ó porque la saña del vencedor no estaba satisfecha, al fin el fuego estalló en la ciudad con tanta violencia que bien pronto devoró una calle entera. Algunas medidas tomaron para contenerlo; pero mas que ellas lo paralizó la abundancia de nieve que cayó, obligando á los carlistas á suspender la operacion. Al siguiente dia tuvieron que permanecer inactivos por esta razon, y el 7 además, porque Porredon habia tomado consejo de Miguel del Oli, comandante del quinto batallon y hermano del coronel Pons quien se negó absolutamente á atacar el fuerte, pretendiendo que esta toma no seria de ninguna utilidad y costaria la vida á muchos hombres. Despues de largos y vivos debates acabó de prometer que si el dia ocho no se habia recibido respuesta del general, atacaria el nueve.

El Conde de Espagne en una carta que escribió en francés á uno de sus paisanos decia entre otras cosas: «La lentitud con que el brigadier Porre»don ha puesto en ejecucion la operacion que yo le habia confiado, me ha »puesto de muy mal humor. Os ruego que se lo digais en particular. El »debe conocer que la toma de ese pequeño fuerte interesa al servicio del »rey nuestro señor, y que esta operacion debe practicarse con prontitud, »porque yo no puedo permanecer mucho tiempo en estos desfiladeros, en »que un movimiento combinado del enemigo podria cortarme.» Mas adelante añadia «que Porredon reuna todas las escalas del valle, que dé el asalto »y lo haga pasar todo á la bayoneta, con lo que prestara un grande servicio »al rey y al Principado de Cataluña, porque cuantos hay en el fuerte no son »mas que asesinos y malvados cargados de crimenes y sacrilegios.» Cuando á Porredon le leyeron estos dos párrafos traduciéndoselos, quedó largo tiempo mirando el papel en que estaban trazados dudando la exactitud del interpretador; pero resolvió por fin dar las órdenes necesarias á los gefes de batallon. Hizo llamar á Pons y Borges como los dos de mas capacidad; mas estos dos hombres declararon muy secamente que ellos no eran *saltinbancos*, que no era su oficio encaramarse por escalas, y que por otra parte los soldados no querian seguirles; que luego que se hubiese abierto una brecha practicable entrarian en el fuerte con su tropa, pero de otro modo no, aunque se lo mandase en persona el mismo capitan general.

Fué imposible obtener otra cosa de aquella gente. No se podia pensar

en establecer siquiera baterias de dia, por lo que fué preciso aguardar la noche, durante la cual se consiguió poner las piezas de artilleria en el punto designado. Al cabo de una hora un lienzo de muralla habia ya caido y lo mismo la bandera que estaba en una torre muy desmoronada, y cuando algunos esperaban que llegasen las compañias de preferencia que debian entrar por la brecha, oyen con grande asombro que en Viella tocaban generala, y perciben que estaban cargando algunas caballerias ó bagages. Era que el general en gefe enemigo estaba muy cerca de Espagne con fuerzas considerables. Retiraron la artilleria, con lo que la guarnicion del fuerte quedó libre aunque con otro temor. Faltaba un batallon entero que Porredon habia enviado la noche precedente al valle inferior para recaudar contribuciones, y no habiendo pensado en llamarlo, fué necesario que le estubiesen aguardando doce horas; de suerte que eran las siete de la noche cuando llegaron á Tredos, al pie de las montañas. Habia caido mucha nieve y se levantó un huracan que les indicó que la noche que se iba acercando seria espantosa. Propusieron á Porredon no salir del valle hasta la madrugada del dia siguiente, pero despues de haber perdido tanto tiempo, todo eran prisas, y ordenó continuar la marcha. Conducian 42 mulos entre ellos veinte cargados de metal de campana destinado á la fundicion de Berga; llevaban tambien 200 bueyes y un grande rebaño de carneros; pero apenas habian transcurrido dos horas desde la salida de Tredos, cuando la mayor parte de los carneros se habia ya descarriado, y la mitad de los mulos habia caido en los precipicios. Cuando á media noche llegaron á la venta de Bonaigua, todos los batallones estaban desbandados sin que se encontrase completa una sola compañia; artilleria, municiones, equipages, todo habia desaparecido. Porredon estaba torciéndose las manos y quejándose de un desastre delque solo él tenia la culpa. A su rededor estaban echados en desórden centenares de soldados que tiritaban de frio. Hicieron grandes hogueras á lo largo del camino, las cuales sirvieron para calentar á los que habian llegado y guiar a los demás. Al momento se juntaron alrededor del fuego numerosos grupos. Apenas amaneció, cesó el huracan, y se hicieron cargo de las pérdidas enviando á los mas robustos provistos de cuerdas á buscar á los soldados que habian caido en los precipicios. Se encontraron muchos que vivian aun, y algunos que envarados por el frio no pudieron moverse se encontraron helados. El total de la pérdida ascendió á cuarenta hombres; pero la mayor parte de las acémilas, toda la artilleria y el metal de las campanas quedaron perdidos.

Algunos dias despues fué un oficial de artilleria á buscar los cañones y los encontró enterrados en la nieve; y como carecia de medios de trasporte, cometió la imprudencia de enterrarlos en presencia de algunos paisanos que le habian ayudado á sacarlos. La cosa se propaló, y un destacamento liberal fué alli para apoderarse de ellos.

Porredon llegó por fin á Esterri donde hallaron un destacamento de ca-

balleria enviado por el Conde de Espagne, quien les hizo saber que el dia 10 se habia batido por espacio de cinco horas contra Meer.

Espagne, sabiendo que Meer se hallaba con dos divisiones en la Conca de Tremp, hizo retirar las fuerzas que habia introducido en el valle de Aran, y para sostenerlas se atrincheró con las restantes desde Rialp por Llaboris hasta Tirbia por una parte y hasta Esterri del valle de Aner por otra, habiendo llamado en su auxilio á Llarg de Copons y otras varias fuerzas, que no todas llegaron á tiempo. El Baron de Meer, informado de todo, salió de Sort el dia 10, y en Rialp encontró á Espagne en sus primeros atrincheramientos. Faltándoles refuerzo, se vió obligado á defender sus posiciones, y se hizo de manera que á la puesta del sol se retiraron los dos partidos á sus correspondientes campamentos. Durante este tiempo, Carbo y Sebastian, salidos de Gerri, habian penetrado en el valle de Capdella, de donde amenazaban ir por Bermsuy á tomarles el camino por donde debian pasar para unirse á Espagne, quien lo mismo que ellos se hubiera encontrado entre Carbó y Meer. Espagne se vió pues obligado á dejar sus destacamentos de observacion en Esterri y replegarse hácia Tirbia en la entrada del valle de Cardos á espera de los demás.

Apenas habian llegado estos á Esterri, cuando les avisaron que el enemigo ocupaba Rialp y Santa Roma, que sus avanzadas estaban en Llaboris frente por frente de las del Conde de Espagne, quien no habia aun salido de Tirbia. De un momento á otro podia el enemigo avanzar y ocupar el puente de Escalo, del cual á toda costa debian apoderarse sino querian verse cortados. Partieron inmediatamente con 30 caballos de los enviados por Espagne, y despues de media hora de galope no interrumpido, llegaron al puente en el momento mismo que alguna fuerza enviada delante por el enemigo se precipitaba para ocuparlo. Cargaron sin demora los carlistas y dispersaron á sus contrarios, pudiendo asi llegar á la una á Tirbia donde Espagne estaba tan disgustado de la conducta de Porredon que le queria sugetar á un consejo de guerra; cediendo empero á ruegos se contentó con quitarle el mando de su division y conferirsele á Segarra. Mas adelante Porredon se vengó de esto de una manera cruel.

El cristino dividió sus fuerzas en dos partes; la division de vanguardia, á las órdenes de Clemente, llevaba avanzada la compañia de cazadores del segundo batallon de Zamora, dos de tiradores de Bailen y la de cazadores del provisional franco, las cuales, reforzadas por otras dos de Bailen, al avistar al enemigo, dirigidas por el coronel D. Manuel Pavia, hicieron un ataque rápido que aturdió al enemigo, mientras una mitad de tiradores con el teniente coronel efectivo, capitan de artilleria, D. Joaquin Basols, y el comandante graduado D. Salvador Damato, cargaron á la derecha y se presentaron las divisiones en columna sobre las alturas por el órden de su número mandadas por sus comandantes generales los brigadieres Salcedo y Toxá. El carlista abandonó todas sus posiciones, dejó muchos

muertos, llevó gran número de heridos y se corrió por la izquierda Porredon con 2 batallones habia tomado el camino del puente de Escaló, y á los otros dos, bajo el mando del teniente coronel Borges, les hizo emprender la senda mucho mas larga por Estahon y el valle de Cardos. Esta torpe operacion tuvo las peores consecuencias. Porredon llegó á Tirbia á la madrugada con sus dos batallones, habiendo sido débilmente atacado por el enemigo entre el puente y Pere de Burgel. Apenas hubo pasado, Meer ocupó este punto, y por el camino mas corto envió una fuerte columna al valle de Cardos entre Estahon y Tirbia. Esta operacion cortó á Borges quien se vió obligado á lanzarse hácia las montañas mas elevadas y á refugiarse en el terreno neutral de Andorra. Muchos dias despues pasó por el valle de Urgel y llegó con sus tropas desvandadas á Oliana, donde los compañeros estaban hacia una semana.

La hondonada en que Tirbia se halla situada termina en el valle de Cardos y se parece á una concha, forma que afectan la mayor parte de los valles de Cataluña, de donde les viene el nombre de *concas* que les dan en el pais. Una altura escarpada se estiende entre el Tirbia y el Noguera. A sus pies corre un riachuelo, y un solo camino, el Coll de la Bana, abierto entre las crestas mas elevadas, permite el paso tan dificilmente que apenas puede transitar una cabalgadura. Este paso quedó ocupado por una compañia de granaderos. Un pequeño parapeto de piedra que podia formarse desde luego, habria bastado para detener á un ejército numeroso; la pendiente á uno y otro lado era tan escarpada, que con dificultad la hubiera escalado un solo hombre. Espagne, deseoso de tomar la ofensiva, queria haciendo un grande rodeo, caer sobre la retaguardia del enemigo, mientras que este, creyendole en Tirbia aun, se ocupase en colocar su artilleria de montaña en el escarpado declive. Entonces debia avanzar medio batallon, ocupar la cresta y disparar sobre el enemigo un diluvio de piedras y de balas. El desórden que en los primeros momentos hubieran esperimentado las filas liberales en vista de aquel ataque doble y repentino, hubiera podido serles favorable. Terminados estaban ya todos los preparativos de esta operacion, y el Conde iba á dejar el valle con el grueso de sus tropas, cuando observa con sorpresa que la compañia de granaderos que debia ocupar el paso bajaba corriendo por el sendero de la montaña con su capitan á la cabeza. Pocos instantes despues aparecieron los puntiagudos morriones de los cristinos en el paso. Espagne echaba espumarajos por la boca y mandó al instante desplegar en batalla un batallon á lo largo del riachuelo para impedir que el enemigo penetrase mas adelante. Algunos cazadores que trataban de bajar fueron heridos y rodaron hasta el fondo del valle, y al cristino le fué imposible formarse en la hondonada. Cuando llegó junto á su general el miserable capitan que tan cobardemente habia abandonado su puesto, le arrancó el sable, le puso un fusil en la mano y le dijo con voz de

trueno: «En nombre del rey os degrado y os hago soldado raso.»

Empezáronse á retirar los carlistas por un estrecho sendero sin que el fuego cesase. Mientras el grueso de sus batallones franqueaba el paso, algunas compañías detenian al enemigo en el borde del riachuelo, y salieron en seguida del valle escalonándose á lo largo de la altura. Los constitucionales cargaron muy débilmente, y se detuvieron al anochecer. Los fugitivos siguieron avanzando hácia el mediodia por el Coll de Ras hasta San Juan de Lerra y tuvieron necesidad de salvar espantosos precipicios y senderos pues tan pronto subian como bajaban perpendicularmente. Se dirigieron despues hácia el Coll de la Baseta, que separa el valle de Nogueras del de el Segre; pero les acompañaba aun el riesgo de ser cercados por el enemigo, quien podia cortar la retirada. Rodeados por tres brigadas cristinas, no les quedaba otro recurso que pasar bajo el cañon de la Seo y marcharse al valle de Urgel. Por la mañana llegaron á Castelvó, y despues de haber concedido algunos momentos de reposo á las tropas fatigadas, salvaron el pequeño Coll de Tose y pasaron á la vista de la Seo, de donde les dispararon cañonazos, que no hicieron mucho daño. Entrados en el valle del Segre, marcharon por Avellanet y Ardall hasta Gramos, donde llegaron al medio dia. Allí estaban casi fuera del alcance del enemigo, y durante aquel primer momento de seguridad, se echaron alrededor de grandes hogueras. Sin embargo por la tarde continuaron marchando tres horas para llegar á Anoves, donde encontraron á Ibañez con 3 batallones, y el 14 pasaron el Segre. El Conde hizo barricar el puente de la Torre y ocupar un antiguo castillo morisco que le domina, á fin de cerrar este paso al enemigo. Luego en Organia se le unió Segarra con tres batallones que habian recorrido las riveras inferiores del Segre, y las llanuras de las cercanias de Cervera hasta el Elbro sin encontrar al enemigo, cuyas fuerzas se habian concentrado á su rededor. El dia 16 Espagne trasladó su cuartel general á Oliana; hizo alojamientos de algunos caserones inhabilitados, y resolvió fijar allí su cuartel de invierno.

Esta narracion trazada sobre la de un testigo ocular é imparcial comparada con el parte del Baron de Meer, demostrará en este ciertas reticencias por una parte, y por otra ciertas exageraciones que no permiten formar de la espedicion el debido concepto.

Con todo sus consecuencias para la causa liberal fueron de bastante entidad. Ademas de las cuatro piezas de montaña, cogieron las tropas de Meer gran cantidad de municiones, una tanda de trasportes, todo el ganado vacuno y el trigo que se llevaban del valle. Pero el efecto principal se dejó sentir en el espíritu público de los pueblos constitucionales de la provincia de Lérida, bastante decaido á la sazon. En razon inversa los carlistas perdieron gran parte de las esperanzas que la reputacion militar del Conde les habian hecho formar. Conocida es la grande influencia de las

Digitized by Google

1. Capilla de S. Juan.
2. Puente y Rio Segre.
3. Puerta de Barcelona.
4. Seminario Tridentino.
5. Plaza de Palacio.
6. Palacio del Obispo.
7. Casa de Ayun.to
8. Capilla de Monserrate.
9. Convento de S. Agustin.
10. Convento de S.to Domingo.
11. Yglesia de S. Francisco.
12. Casa de Huerfanos.
13. La Catedral.
14. Hospital General.
15. Yglesia de los Dolores.
16. Puerta de Cerdaña.
17. La Alameda y Acequia.
18. Hermita de S. Ermengol.

VISTA OCCIDENTAL DE LA CIUDAD DE URGEL.

primeras impresiones y por cuanto entra en la guerra la fortuna de las primeras operaciones para asegurar el éxito de las sucesivas. A pesar de todo cargos análogos á los que se hicieron al Baron de Meer porque no sacó el debido fruto de la batalla de Grà, le han hecho algunos por su espedicion al valle de Aran. En la batalla de Grá D. Cárlos y todo su ejército espedicionario debieron sucumbir, segun el dictámen de personas entendidas, y no se esplica á la verdad la apatía del Baron despues de victoria tan señalada. Los que conocen el país que Meer recorrió en su espedicion al valle de Aran se admiran de la facilidad con que las fuerzas carlistas se reunieron despues de la derrota sin ser hostilizados como pudieran para aprovechar el estado decaido de su espíritu.

Lo que Meer dispuso razonablemente luego de su victoria fué el castigo de los sublevados del fuerte de Viella. Estos se desertaron al pronto; pero aprendidos luego en su mayor parte, fueron algunos pasados por las armas menos un subteniente que, no habiéndosele probado mas crimen que el de haber permanecido entre los sublevados, y haberse encargado de entregar una representacion, quedó privado de su empleo y sentenciado diez años á presidio.

No faltó entonces quien atribuyese la sublevacion del fuerte de Viella á maquinaciones carlistas, suponiendo que entre los amotinados y los partidarios de D. Cárlos habia connivencia. El mismo Baron hace esta suposicion en la órden general del ejercito del 19 de diciembre. Pero esto es una suposicion aventurada, como lo prueba la conducta observada por los sublevados, quienes rechazaron con indignacion las comunicaciones que les dirigieron los carlistas para que entregasen el fuerte, apesar de que debian estar convencidos de la suerte que les estaba reservada.

Despues de la espedicion al valle de Aran solo de un incidente de la guerra se ocupan ambos caudillos.

Entre Espagne como gefe superior de las fuerzas carlistas, y el Baron de Meer mediaron algunas contestaciones provocadas por la prision y juicio á que sugetó á D. Manuell Tell de Mondedeu, hecho prisionero en Solsona, y por las escesos de ferocidad de que eran víctimas los constitucionales en todos los puntos del Principado sometidos á las armas de D. Cárlos. En la primera comunicacion de fecha 29 de setiembre, en que Espagne reclamaba contra la prision y juicio que estaba sufriendo Mondedeu, reclamaba tambien contra las causas que el Baron habia mandado formar á los prisioneros que pertenecian anteriormente al ejército constitucional y tomaron despues servicio en las filas de D. Carlos, pareciéndole este procedimiento contrario al derecho de gentes y de guerra, y opuesto á lo acordado en el convenio de lord Elliot. Y como amenazase el Baron de Meer con adoptar rigurosas represalias, lo mismo por lo que hacia referencia á Mondedeu que por lo que hacia á los prisioneros anteriormente pertenecientes al ejército constitucional, el Baron le respondió que D. Ma-

Digitized by Google

nuel Tell de Mondedeu sufria un juicio, no por sus opiniones politicas, ni por el simple desempeño de las funciones á que se habia comprometido, sino por hechos atroces y asesinatos inauditos que cometió. En efecto, Mondedeu habia hecho fusilar á la guarnicion de Prades, despues que esta se habia rendido bajo palabra de honor que dió el mismo Mondedeu de que les conservarian las vidas, y mediando esta promesa, que debia ser sagrada, jamás pudo hacer lo que hizo aun cuando obrara por represalia. Mondedeu hizo fusilar tambien á los paisanos que encontró en los pajares alrededor de la villa; y habiendo exigido á Juan Bautista Anglés 210 onzas por salvar su vida, hizo fusilar á este y al que le llevó el dinero, que era un cuñado del mismo. Por consiguiente deducia el Baron que Mondedeu debia ser mirado como un asesino, contra el cual clamaba la vindicta pública, las infelices viudas, las madres y los hijos de las personas tan traidora é inhumanamente sacrificadas, sin que juzgando legalmente todos sus crimenes se faltase al tratado de lord Elliot, ni al derecho de gentes ni de la guerra, los cuales, debidamente aplicados, solo servian para hacer resaltar mas y mas la gravedad de la culpa por el modo con que fueron hollados aquel tratado y aquellos derechos.

Con respecto á los otros individuos desertores ó pasados de las filas del ejército constitucional á los carlistas y cogidos sin capitulacion con las armas en la mano, el Baron de Meer contestó á Espagne, que le parecia justo que sufriesen un juicio preventivo, y que el resultado de la averiguacion, unido á lo que se probase que hacian los carlistas con los que se hallaban en caso inverso serviria para su fallo; manifestábale al mismo tiempo que en Oris y en otras partes se habian rendido por capitulacion desertores ó pasados del ejército constitucional, y no se les habia impuesto juicio ni pena, respetando aquella circunstancia.

Con todas estas razones probaba el Baron de Meer á Espagne que las represalias que este pensaba adoptar eran injustas. No tenia Espagne en su poder ningun oficial del ejército constitucional que se hallase en el caso de Tell de Mondedeu: en su comunicacion no obstante hablaba de un tal D. Manuel Martinez, del provincial de Toledo, y acriminaba mucho su conducta en una conspiracion intentada en Guisona. Acerca de esto le contestó el Baron de Meer que Martinez no estaba en la posicion de un oficial á quien su enemigo ataca noblemente, sino en la de aquel á quien se trata de seducir con bajeza para que cometa una infamia; y le interesaba como tambien á la causa que defendia, descubrir una maquinacion que podia ser muy perjudicial á su gobierno.

Otros oficiales nombraba tambien Espagne en su comunicacion, de los cuales dijo el Baron de Meer, que no eran otra cosa mas que prisioneros sobre quienes no pesaba ningun hecho de que tuviesen que defenderse. Por consiguiente, que en haberles aplicado, tanto á estos como á Martinez el tratado de lord Elliot, Espagne no habia hecho mas que cumplir lo esti-

pulado; y en dejar de aplicársele cometeria un atentado insigne, y del mismo modo lo cometeria tambien sustituyendo para la represalia que meditaba respecto de los soldados desertores ó pasados, individuos que no estuviesen en este caso.

Estrañábase el Baron de Meer de que invocase el derecho de gentes el gefe de unas tropas que, á mas de lo que se ha dicho de Mondedeu, asesinaron los prisioneros hechos en las inmediaciones de Villafranca; mataron á un individuo despues de haberle exigido por su vida una crecida suma; fusilaron en las inmediaciones de Capellades un capitan y tres individuos mas, despues de hechos prisioneros; quemaron una posada y lo que habia dentro, solo porque no les abrieron las puertas; pasaron por las armas á sangre fria y sin motivo en el corregimiento de Gerona á un tal Juan Cirera, miliciano nacional, y lo propio ejecutaron en el mismo distrito con un sargento segundo, de la milicia nacional tambien, llamado José Ferran, que regresaba convaleciente y sin armas de Torruella de Mongri; se llevaron al cura de Balsareni, y no le dejaron en libertad hasta que hubo satisfecho una cantidad crecida; capturaron en San Sadierni, Sitges, Artes y otros muchos puntos á los trabajadores que pacificamente salieron de los pueblos á recolectar los frutos con sus caballerias, exijiéndoles luego cantidades por su rescate, apaleando y maltratando á todos sin consideracion de sexo ni edad, y por último cometieron otras muchas iniquidades, tropelias y crímenes que han puesto indelebles manchas en la causa misma que se esforzaban en sostener.

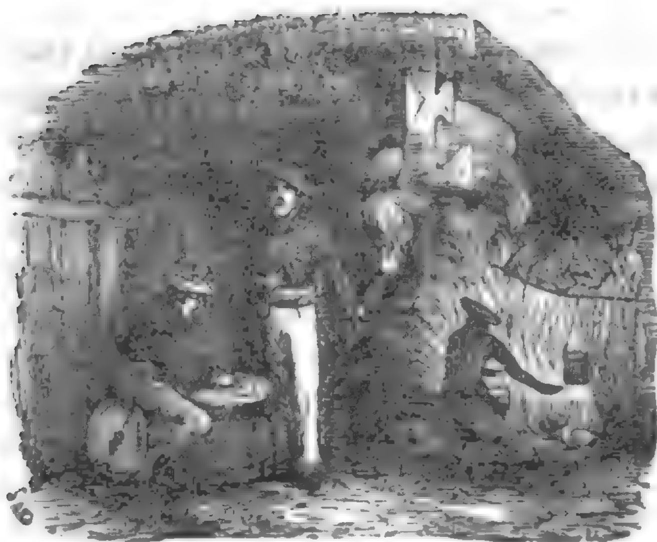
El Baron de Meer habia manifestado á Espagne en distintas ocasiones los atentados y asesinatos que las fuerzas carlistas cometian en personas inocentes, pacificas y desarmadas, y en prisioneros despues de rendidos, aunque para llegar á este caso hubiese mediado capitulacion ó la oferta de cuartel. Entre los muchos crímenes, estaba como hemos visto en la anterior comunicacion, el de Villafranca, cometido en 8 de agosto por Vilella. Creyendo Meer que tales escesos eran solamente efecto de la ferocidad de uno ú otro gefe, no usó de represalias, y se contentó con exigir de Espagne que tomase una medida capaz de contener á sus súbditos. Pero ninguna tomó el caudillo carlista, y en vista de esto, y convencido de que se ejecutaban los asesinatos como por sistema del partido que combatia, pues se observaba en todos los puntos de España uniformidad en el modo de verificarlos, desnudando las víctimas para inmolarlas, con ofensa de la humanidad y de la decencia; el Baron creyó de su deber tomar represalias que sirviesen de garantia á los soldados y á los habitantes pacíficos. En consecuencia amenazó á Espagne, diciéndole que si en el término de 15 dias no hacia ejecutar en la persona de Vilella el condigno castigo de su crimen cometido en 8 de agosto, daria órden á los comandantes generales, y gefes de los cuerpos y columnas para que si Vilella caia prisionero, lo mandaran fusilar inmediatamente, y que verificasen lo

mismo con cuantos individuos de aquel gefe cayesen en su poder por haber contribuido al asesinato. Y para en el caso de que Espague usase de venganzas en los prisioneros que tenia en su poder, le recordó el número de los que estaban en el suyo y de los otros generales, y le advirtió, para que en lo sucesivo le sirviera de gobierno, que siempre que las fuerzas carlistas de Cataluña cometiesen asesinatos en personas indefensas, ó en prisioneros despues de rendidos, se lo manifestaria desde luego, y si en el término de 15 dias no le contestaba haciéndole saber que los autores habian sufrido el castigo correspondiente, procederia á sortear un número de prisioneros igual al de las víctimas inmoladas, y serian pasados por las armas.

A pesar de todas estas amenazas y de que á los pocos dias se instaló como en todas partes una junta de represalias, poco tuvieron los carlistas que lamentar del rigor del Baron de Meer. El mismo Tell de Mondedeu, cuyos escesos provocaron las comunicaciones que hemos referido lejos estuvo de sufrir el castigo á que se habia hecho acreedor, y esta impunidad, comentada de mil modos por el espíritu de partido, dió lugar á que ciertas personas las mas influyentes en aquella época del partido de Isabel, se las atribuyeran a miras siniestras y acaso secretas y traidoras connivencias con los defensores de don Cárlos. Lo cierto es que en Cataluña como tambien en otros puntos de España el sistema de represalias fué meramente nominal.

CAPITULO X.—1839.

Crueldades del conde de Espagne.—Accion de Baquerisas.—Toma de Ager por Meer.—Defensa de Balsareni.—Ataque de la villa de Pons.—Conduccion de un convoy á Solsona.—Sitio y guerra de Manlleu, descalabro de Carbó.—Ataque de Ayer.—Inaccion de Espagne.—Heróica defensa é incendio de Ripoll.—Sustituye Valdés á Meer: estado del campo liberal.—Incendio de Gironella, Olban, Camprodon, Moyá y otros pueblos por los carlistas.—Defensa de Copons.—Sangrienta accion de Peracamps.—Asesinato del Conde de Espagne.—Pequeños hechos que terminan la campaña de 1839.



s mas fácil de concebirse que de describir con exactitud el furor que se apoderó del Conde Espagne por su malaventurada espedicion al valle de Aran. Sus preparativos habian engendrado muchas esperanzas para que no se imaginara que su descrédito seria mucho mas considerable que sus pérdidas materiales. En los primeros dias des-

cargó su exasperacion en una porcion de instrumentos subalternos pretendiendo hacer caer sobre ellos la responsabilidad que con razon la voz pública atribuia á él esclusivamente. Separó del mando al brigadier Porredon, arrestó algunos oficiales de E. M., desterró á los artilleros atribuyéndoles la pérdida de las piezas, inundó las cárceles de Caserras y de Berga con los propietarios y ayuntamientos del valle á pretesto de complicidad con los enemigos, y por último levantó la horrible horca de Berga, que su actividad hizo tan espantosa, colocándola en una pequeña altura inmediata y en su única entrada para que todos, de dentro y fuera de la poblacion, tuvieran constantemente á la vista sus terribles espectáculos. Desde aquella triste época el Conde semejó á un tigre sediento de sangre. Los primeros que á los pocos dias estrenaron aquel execrable artificio de los tiempos bárbaros fueron un licenciado del ejército contrario que se retiraba á su casa cuando tropezó con el Conde de vuelta de su espedicion, y tres que llamó criminales, sin que ningun proceso ni juez los declarara tales.

Pensando tal vez sofocar por el terror las voces de su descrédito, los abusos de autoridad que cometió por espacio de dos meses, sus tropelias y atrocidades fueron inauditas. No satisfecho con la lentitud y el martirio de la horca ideó un suplicio mas feroz, borron de nuestro siglo y execracion eterna de su autor. Al pie de la horca hizo colocar un pilon de madera en cuyo borde cortaba el verdugo de un hachazo la mano derecha de los que en seguida entre los gritos de la desesperacion y misericordia eran entregados á la horca. Las primeras víctimas de este horroroso castigo fueron tres miqueletes (1) de los cuales uno parece que murió antes de subir al segundo suplicio. Es justo decir que esta conducta causó un disgusto general y que el honrado Brujó fué el primero en declararlo haciendo por dos veces su dimimision, que no le fué admitida.

Tambien debemos decir que el conde de Espagne nivelaba á veces á amigos y enemigos en aquel doble patíbulo. Un dia, un trompeta de la escolta de Segarra, por sobrenombre *Batalla* á causa de su valor, se embriagó en compañia de otros voluntarios, y titulándose ronda se acercaron á una guardia; salió el cabo con su escolta á reconocerla y no bien se aproximó, el ébrio Batalla lo degolló de un sablazo. Este crimen irritó justamente al Conde, que hizo salir patrullas en todas direcciones tras los perpetradores; pero fué en vano porque no les hallaron. Ellos por su parte reconocieron la enormidad de su delito al recuperar su razon, y deliberaron sobre la resolucion que les convendria tomar. No dudaban que el general los ahorcaria, y en este supuesto la mayoria propuso pasarse al enemigo para salvarse; pero á esta proposicion se resistió pundonorosamente el desgraciado Batalla diciendo que no queria borrar un delito con otro. Añadió que sabia cual seria su suerte y que la única gracia que implararia del Conde al presentársele seria

(1) Labándero en su verídico escrito ya citado.

que le fusilasen en vez de ahorcarle. Con efecto, regresando solo á Caserras se presentó á su general, en quien su presencia dispertó el furor, y le mandó poner en capilla sin querer oirle. Al medio dia de aquel mismo 6 de febrero ya las tropas formaban el cuadro fatal en cuyo centro se veian tres objetos á cual mas horribles: el pilon, el verdugo y el Conde. Al acercarse el reo al infernal suplicio, empezó á implorar en vano la proteccion de la Virgen; Espagne repitió sus órdenes, el infeliz alargó su mano, y bien pronto la cuchilla se la separó del brazo. Esto no era bastante. La pluma se resiste á estampar la escena siguiente. La víctima rogaba la gracia de ser fusilado; el Conde le mandaba presentar tambien la cabeza al verdugo; este se resistia y era amenazado... Dejemos esta descripcion; no descubramos toda la ferocidad que puede abrigar el corazon humano. Batalla colocó su cuello en el pilon, y diez ó doce golpes prolongando su martirio consiguieron separarla del cuerpo cada miembro á su lado. Y sin embargo no nos horroriza tanto este castigo como nos admira que centenares de hombres lo presenciasen sin lanzarse sobre aquella hiena hambrienta. Hubo desmayos; unos cayeron al suelo con sus fusiles, otros se desplomaron de sus caballos y ninguno dejó de estremecerse en el fondo de sus entrañas. Solo un semblante no estaba pálido: ¡el del conde de Espagne! El vivo estaba ya castigado; pero su cadáver no: hizo todavia descuartizarlo y colocó sus cuartos en todas las avenidas del pueblo. La Providencia es quien venga mas tarde á la naturaleza y á la religion de los sacrílegos ultrajes de aquel dia.

De aquel teatro de crueldades no bastaban á arrancarle las ventajas de sus contrarios alcanzadas al amparo de su inespicable inaccion en Berga y sus inmediaciones. Al amanecer del dia 29 de enero el brigadier cristino D. Juan Villalonga y el coronel D. Narciso Atmeller emprendieron la marcha con un convoy para pernoctar en Cervera; pero un cuarto de hora antes de llegar á Baquerisas fueron atacados por las fuerzas reunidas del Llars de Copons, Vilella, Marco y la de D. Juan de Campo del Tarragona en fuerza de 2,500 á 3,000 hombres. A pesar de que el batallon de Málaga habia cumplido ya la órden de volverse por no haber habido novedad, pudo la fuerza de la segunda brigada de la cuarta division rechazar por sí sola al enemigo y defender el convoy llevándolo á la Panadella sin perder ningun carro ni efecto. Por ambas partes hubo bastante pérdida, aunque la mayor fué de los carlistas. El Baron de Meer, saliendo tambien de su inaccion dentro de Barcelona se dirigió contra uno de los principales puntos de la estensa linea de los carlistas, que era la villa de Ager, mucho mas importante desde la pérdida de Solsona. Anunció Meer esta espedicion con mucho énfasis, diciendo en una alocucion á los catalanes que de su acertada ejecucion dependia el buen éxito de la campaña de la primavera, y que ofrecia ventajas considerables á la pacificacion de aquel vasto é importante distrito y al progreso y adelanto de su industria y ri-

lleuándolas unos, y colocándolas los mas bravos, lograron impedir que el enemigo penetrase en el interior de la poblacion, y cuantas brechas abria otras tantas se cerraban en el instante. En 48 horas quedó el pueblo sin tejados, sin paredes y sin tapias de las que descubrian los sitiadores, y hubo brecha donde se enterraron 8,000 sacos para taparla.

Desesperando los carlistas de alcanzar victoria sin tropezar con las bayonetas de los sitiados, se decidieron á intentar el asalto que probaron á las ocho de la noche del 28; pero la serenidad y valor con que fueron recibidos frustró sus tentativas. Entonces Espagne llamó nuevamente voluntarios para un segundo asalto, con órden de degollar á todos los habitantes, y á las diez de la noche, teniendo ya las escalas al hombro y marchando hácia las tapias, conocieron por los cadáveres de los suyos que pisaban, lo infructuoso de sus esfuerzos. Con todo Balsareni habia de sucumbir irremisiblemente. El valor de sus defensores no habia menguado; pero ya no podian hacer mas; las fuerzas estaban ya agotadas, y de un momento á otro iban aquellos bravos á consumir los últimos víveres y los últimos cartuchos. El bizarro general Carbó, dispuesto siempre á correr á los puntos de mayor peligro cuando á ello le llamaban sus deberes de militar y de catalan, hallándose en Vich, supo por el comandante de armas de Sellent la desesperada situacion en que Balsareni se encontraba. Sin perder mas tiempo que el necesario para sacar el pan de provision, emprendió la marcha desde luego, á pesar de que llovia á torrentes cuando salió de la ciudad, y no cesó de llover hasta que al ponerse el sol llegó á Caldés de donde sin parar siguió marchando por Artés hasta pernoctar en Sallent.

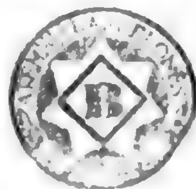
Una marcha tan larga hecha con tanta precipitacion, estando estropeados los soldados y casi intransitables los caminos á consecuencia de la copiosisima lluvia que habia caido, hubiera rendido á tropas menos acostumbradas á la fatiga que las que mandaba el general Carbó. Desde que salió de Vich les manifestó la critica situacion de Balsareni, y sin decirles que iban á levantar su sitio, lo que no le parecia posible, les indicó que su objeto no era otro que acercarse todo lo que pudiese á aquella desventurada y liberal poblacion, que tan próxima estaba á caer entre las garras de Espagne.

Ya al llegar á Colluspina oyeron el estruendo de la artillería que reducia á escombros á Balsareni. Aquellos cañonazos egercieron en el ánimo de los soldados un poder mágico; les conmovieron, les electrizaron de tal modo, que sin poder reprimir su ardor, clamaron todos á la vez: *corramos, volemos á libertar á nuestros hermanos de Balsareni.* El general Carbó sacó partido de estos momentos de fogoso entusiasmo para conducir á Moyá á aquellos valientes, y aunque estaban ya muy fatigados: *Lleguemos á Caldés* les dijo el celoso general, y le obedecieron todos sin murmurar. Y animados siempre por su palabra y su ejemqlo sin descansar un instante, de Caldés pasaron á Artés y de Artés á Sallent donde ya casi á la vista de

los enemigos pernoctaron con vivísimos deseos de que llegase el dia siguiente para ir á libertar á sus hermanos de Balsareni ó sucumbir con ellos. Los momentos eran apremiantes, y de uno á otro podian desfallecer los ánimos de los sitiados. Carbó conoció lo necesario que era inspirar aliento á los que se hallaban en tan inminente peligro, y lo primero que exigió de las celosas autoridades de Sallent y de algunos patriotas que le rodeaban, fué que buscasen alguna persona ágil y sagaz que introdugese un parte en Balsareni para que los sitiados supiesen su llegada. Varios fueron los que quisieron encargarse de esta mision; pero Balsereni estaba de tal modo cercada de tropas que ninguno pudo llevarlo á cabo. En tal conflicto mandó Carbó á un ayudante de campo, hijo suyo, disparar dos cañonazos, único medio para advertir á los sitiados que se les aproximaba el auxilio que con tanta ansia esperaban. Llegó á los sitiados el eco de los cañonazos; adivinaron perfectamente su objeto, y los sitiadores oyeron salir de los escombros de Balsareni un prolongado grito de alegría. Este grito en medio de la noche contrastaba singularmente con el triste silencio que reinaba en el campo de los sitiadores, producido por los mismos dos cañonazos cuya significacion adivinaron tambien. Aquello fué para los sitiados un cordial y para los sitiadores un motivo de despecho que destruyó todas sus esperanzas. Mas no por esto desistieron de su empresa: siguieron arrojando contra Balsareni la destruccion y la muerte, hasta que al rayar el alba vieron acercarse hácia ellos á paso de carga la division del general Carbó. Este dispuso que una mitad de tiradores, apoyada en una pequeña fuerza de caballería, se colocase en un llano muy cerca del enemigo, el cual retrocedió por aquella parte. En vista de esto, Carbó mandó á esta mitad que al trote penetrase en la poblacion, y los tiradores lo verificaron denodadamente. Entonces el entusiasmo de los sitiados llegó á su colmo. La otra mitad hizo lo mismo que la primera, y sucesivamente unas tras otras fueron entrando en la poblacion todas las compañías de preferencia. El sitio quedó desde luego levantado; mandó Espagne recoger la artillería, y mientras se retiraba con todo su ejército, admirando el continente marcial de la columna de Carbó, decia á sus soldados: «Aprended de vuestros enemigos, ved como marchan.» Estas palabras que no dejan de ser notables en boca del general que en tiempo de Fernando VII habia puesto la Guardia Real, de que era comandante, en un estado de brillantez que admiraban los estrangeros, fueron trasmitidas á las tropas constitucionales por algunos pasados.

Es de imaginar el entusiasmo de los héroes de Balsareni cuando vieron á Carbó dentro de sus tapias destruidas. Todos le llamaban su padre, su libertador.

La posteridad hará mencion honrosa de todo aquel pueblo que trabajó dia y noche sin un minuto de descanso y sin que nadie se acordase de tomar un corto alimento para alentarse; la hará igualmente de aquel pu-



ñado de milicianos nacionales que se arrojaron á peligros capaces de hacer temblar á los soldados veteranos; la hará del destacamento del primer batallon provisional que desafió la muerte con constancia. El sargento 1.º del mismo D. Martin Muntoy, enterrado vivo en la eminencia de la brecha por mas de veinte veces, reparando constantemente sus destrozos con las mismas tierras que le habian cubierto, presentó su intrépido corazon á mas de 300 cañonazos. Toda la milicia de los pueblos inmediatos á Balsareni quiso secundar los esfuerzos de Carbó, quien la mandó marchar por la derecha del Llobregat para llamar la atencion del enemigo, mientras él con su division marchaba hácia Balsareni.

La toma de Balsareni hubiera sido para los carlistas de grande importancia, pues les habria hecho dueños de todo el llano de Baiges cuyos habitantes se disponian á emigrar temiendo la suerte que les guardaban los carlistas apoderándose del pais. Todos los puntos fortificados se hubieran rendido á la primera intimacion de Espagne, persuadidos de la infructuosidad de la resistencia. Estraño parece que contando Espagne con triples fuerzas que el general Carbó, abandonase tan pronto á la aproximacion de este una conquista de tanta trascendencia, y que teniendo teson no podia dejar de llevar á cabo. Pero él hizo otro cálculo que no era desacertado. Para socorrer á Balsareni, Carbó tuvo que distraer sus fuerzas del llano de Vich donde operaban y debilitar algunos puntos de importancia, á los cuales se dirigió Espagne desde luego. A Carbó no se ocultaron sus intenciones y por lo tanto dejando reforzada á Balsareni por si el enemigo amenazaba con un segundo sitio, regresó inmediatamente con su columna á Vich, donde el Baron de Meer le dió órden de ir á levantar el sitio de Balsareni. Afortunadamente estaba ya levantado; de otra suerte hubiera sido bien tardio el socorro.

Tambien causó su efecto en el campo carlista, aunque menos ruidosa, la sorpresa que hizo el comandante general de la tercera division del Principado en la noche del 24 en los pueblos de Figuerola y la Baronia donde se hallaban las fuerzas del cura de Viacamp y gobernador carlista de Agér. A 30 carlistas costó la vida, y 11 cayeron prisioneros, y las tropas constitucionales se apoderaron de 6 caballos, 6 lanzas, 24 armas de fuego, 2 sacos de pólvora, muchas piedras de chispa, 1,200 raciones de pan, 50 cargas de sal, 21 colchones, sábanas, algunas prendas militares, 75 onzas de oro y otros efectos. Espagne despues de las pérdidas de Solsona y Agér, que completaron el plan de Meer de reducirle al miserable pais de la montaña, se retiró á su cuartel general de Caserras á sumirse otra vez en su habitual inaccion, dejando á sus subalternos el acometer las empresas que su celo por la causa ó su ambicion les sugeria.

El acreditado brigadier Perez Dávila le propuso la ocupacion de la villa de Pons por sorpresa con sus propias fuerzas, y el Conde mas rápido en mandar que en obrar, le facultó para la tentativa. Dávila con efecto

entrando por un lugar desapercibido, apareció en la mañana del 16 de marzo dentro del pueblo. La guarnicion sorprendida pero no amilanada emprende por calles y casas una defensa bizarra, teniendo sin embargo que irse replegando á la iglesia, donde redobló los esfuerzos de su valor. Avino oportunamente á su socorro una pequeña columna, unida á la cual pudo salvarse emprendiendo la retirada despues de una reñida accion con Dávila en que las pérdidas se nivelaron. Despues de haber ido picando largo trecho la retaguardia de los constitucionales, los soldados carlistas entraron en Pons cometiendo los estragos de costumbre; saquearon toda la poblacion, y no satisfechos con eso muchas casas fueron incendiadas.

A principios de abril tuvo Meer aviso de que el fuerte de Castelvell, destacado de la plaza de Solsona, carecia de agua, y esto le obligó á marchar en socorro de aquella plaza, introduciendo un convoy que al efecto tenia prevenido. El enemigo, preparado de antemano para impedirlo, habia interceptado algunos dias antes una órden que el general en gefe habia espedido para que se le aproximase la primera division al mando del general Carbó, pensando sin duda que la esperaria para emprender su operacion, y aunque duplicó su comunicacion, la division, que dividida en secciones tuvo que reunirse, no podia menos de retardar su movimiento. En este concepto sin esperarla, marchó el dia 17 con la vanguardia, parte de la segunda division, la tercera y la cuarta. El enemigo aguardó en la casa de Estany, que era su primera posicion, la cual estaba fortificada y presentaba una fuerza de 3,000 hombres próximamente: distribuidas las tropas constitucionales en tres columnas, empezó la accion dirigiendo la artilleria dos cañonazos de á 12 sobre la casa, en cuyo momento se verificó la carga. El ataque de la infanteria fué impetuoso. Algunas mitades de caballeria dieron parcialmente cargas brillantes en terreno muy dificil, y el enemigo, no resistiendo mucho tiempo este empuge, dejó en poder de los constitucionales los parapetos, la casa y su posicion. Sucesivamente perdieron los carlistas otros puntos á pesar de los obstáculos que oponian, y envueltos por su derecha y cargados de frente se vieron en la precision de ceder el campo. El convoy que protegido por la caballeria y la cuarta division, habia marchado desde Peracamps por el camino bajo, entró á las seis de la tarde en la plaza, despues de haber hecho muchos muertos al enemigo, cuyas armas cogió la valiente compañia de movilizados de Valls que marchaba á la cabeza.

El dia 18 se proveyó de agua el castillo, y este y la plaza se proveyeron de leña, protegiendo el corte la cuarta division. El enemigo reconcentrando su fuerza quiso aprovechar esta ocasion atacando á la tercera que habia quedado situada en Peracamps para asegurar el paso del convoy; mas esta division, aunque muy inferior en número, salió bizarramente á buscar al enemigo, y lo atacó durando casi todo el dia la accion, en la que fueron rechazados los carlistas con mucha pérdida, sin que la division

abandonara su posicion importante. En aquella noche hizo una emboscada la compañia de Valls, sostenida por dos del ejército para precaver las observaciones del enemigo, y este ardid produjo al amanecer su resultado, que consistió en mas de 30 carlistas muertos y muchos fusiles cogidos.

El 19 por la mañana mientras en Solsona continuaban las tropas la operacion del dia anterior, los carlistas volvieron á presentarse con todas sus fuerzas delante de la tercera division: pero no formalizaron el ataque y se retiraron, quedando aquella en su puesto. Al mediodia, hallándose ya provista la plaza y el castillo de todo lo necesario y relevada su guarnicion, regresaron las tropas constitucionales á Biosca, sin que el enemigo se presentara durante la marcha. La pérdida de aquellas en los tres dias no llegó á 50 hombres entre muertos y heridos, y la de los carlistas no fué mucho mas considerable, aunque pereció el comandante Borges que era uno de los mas apreciados entre los suyos. Algo pudo contribuir á la derrota de los carlistas la voz de *traicion* que por la primera vez se oyó en medio del fuego: el soldado suponia que su general habia querido vender las dos divisiones al ver que en los dos dias de accion no se habia presentado. Nada es mas fácil que apellidar traicion en momentos criticos lo que puede ser un hecho casual, unas veces inocente, otras de responsabilidad; pero nada era menos fundado que la traicion del Conde de Espagne. Entre él y el bando liberal mediaba un abismo. Pero sea como quiera la voz se estendió, y solo el prestigio de algunos gefes subalternos pudo evitar la sublevacion de algunas fuerzas, particularmente las del campo de Tarragona. Se indignaban de haber estado espuestos por espacio de dos dias contra fuerzas mayores; y volviendo la vista al corto periodo de su mando todos convenian en que nunca habia padecido tanto la causa carlista. El número mayor de sus hechos lo contaba su horrible suplicio, que le valió el nombre de *Trenca-caps*, corta cabezas.

Ambas huestes hicieron despues movimiento á sus respectivos distritos, y el Conde regresó á su cuartel de Caserras con el pensamiento de sorprender á Carbó en el tránsito de Colluspina á Manresa. Tambien llegó tarde esta vez, y por sacar algun fruto del movimiento, se dirigió á Manlleu con deseo de impedir la construccion de la torre que la guarnicion estaba haciendo en su frente. Al medio dia del 28 ya estaba á la vista de la poblacion favorecido por circunstancias fortuitas.

Desembarazados los carlistas de Aragon de las tropas del ejército del centro por la retirada de Segura, aproximaron cinco batallones y 400 caballos al Ebro desde Ulldecona á Cherta presentando en el rio ocho grandes almadias. En esta situacion el Baron de Meer les salió al paso con la vanguardia y 3.ª division al campo de Tarragona, temiendo sin duda una invasion por aquella parte, mientras la 2.ª y 4.ª quedaban cubriendo los trabajos de Biosca. Las fuerzas carlistas de Aragon se retiraron del Ebro, y las de Cataluña se corrieron hácia Prat, por lo que el baron de Meer hi-

zo regresar la tercera division á su provincia para sostener la cuarta, enviando la segunda y vanguardia hácia el flanco derecho, la una por el camino real y la otra por el Panadés. No deseaban otra cosa los carlistas que llamar la atencion del Baron de Meer hácia el campo de Tarragona para distraerle del distrito de Vich. Lograron con pocas fuerzas entretenerlo, y mientras tanto reunieron la mayor parte en número de 7,000 hombres para atacar á Manlleu que era punto muy interesante por su situacion sobre el Ter. Manlleu tenia un recinto esterior, débil y estenso, y un fuerte ó segundo recinto en lo interior. Atacáronlo los carlistas el dia 28 de abril, disparando aquella tarde 250 granadas y balas de artillería con cañones y obuses de lomo. Luego intentaron el asalto; pero fueron rechazados por los sitiados, quienes se condujeron con un heroismo digno de mejor suerte. No tardaron en reconocer la imposibilidad de sostener toda la dilatada estension de la primera línea, y acordaron retirarse al segundo recinto, mucho mas reducido y fuerte. Antes de verificarlo invitaron á todos los que tenian sus habitaciones entre la primera y segunda línea de fortificacion á que se retirasen á esta última, y asi lo hicieron cuantas familias se consideraron algo comprometidas y permanecieron en ella todo el tiempo que duró aquella osada y vigorosa defensa. Mas de seiscientas personas de todos sexos y edades se guarecieron en el fuerte. Todo el dia 29 continuó el enemigo hostilizándolo; mas se defendió con vigor y constancia á pesar de haber sido herido su comandante D. Clemente Armengol, capitan del primer batallon franco. Pero las familias ó personas que se consideraron libres de todo compromiso, y que mas bien esperaban de los carlistas proteccion que vejaciones, desoyeron la invitacion de retirarse al interior de la fortificacion y quedaron por consiguiente á merced de sus creidos amigos políticos: los desgraciados fueron inmolados bárbaramente por los que acaudillaba Espagne, que quemaron cuanto vieron, atropellaron y asesinaron á cuantos cayeron en sus manos. En vano las víctimas invocaban la identidad de principios políticos, en vano hacian presente á sus verdugos que eran carlistas como ellos; la rabia parecia dominarles degollando hasta los niños de cuatro y cinco años y esto á la vista de las madres mismas de cuyo pecho los arrancaban para enseñárselos enarbolados en sus ensangrentadas bayonetas. Bien pronto no quedó en pié un solo edificio de cuantos no se hallaban al alcance de los fuegos de la segunda línea. Todas las casas se entregaron á las llamas, todas las fábricas fueron destruidas, y aquella poblacion tan industrial, tan llena de vida, se convirtió en poco tiempo en un monton de humeantes cenizas y escombros ensangrentados.

El general Carbó sin mas que su division, que constaba apenas de 2,000 hombres, acometió la difícil empresa de acudir á su socorro tan luego como recibió en Olot la primera noticia del sitio de Manlleu. No con el deseo de obtener una victoria que la grande inferioridad de sus fuerzas

hacia imposible, sino con el de auxiliar á aquel pueblo, reunió la division y con marchas bien dirigidas, atravesando las formidables posiciones del Grau de Olot, llegó al medio dia del 1.° de mayo á Roda, distante media hora de Manlleu. Mientras descansaban sus tropas salió de Roda aquella misma tarde con objeto de practicar un reconocimiento y al mismo tiempo aprovechar cualquiera circunstancia ó momento favorable.

El dia 30 los carlistas se habian retirado á una hora de distancia del fuerte, continuando sus preparativos para estrecharlo mas. Cuando Carbó dió vista al enemigo, Manlleu estaba ardiendo y de consiguiente todos sus conatos solo pudieron dirigirse á salvar á los defensores del fuerte y á las familias que en él se habian guarecido. Para conseguir su objeto se penetró desde luego de la necesidad que habia de estorbar á los enemigos la marcha hácia Manlleu, donde se dirigian armados de escalas y otros pertrechos. Tomó sus primeras posiciones y los persiguió con la vanguardia; pero esta se vió bien pronto forzada á replegarse acometida por fuerzas superiores. Entonces Carbó dispuso que el escuadron del 7.° ligero que tenia á sus órdenes y una mitad de cazadores de montaña cargasen á la caballeria enemiga que se habia adelantado siguiendo la vanguardia de la division. Esta operacion hubiera ofrecido sin duda un resultado ventajoso y decisivo, si la caballeria hubiese cumplido con su deber; pero á pesar de los esfuerzos del general, que para animarla se colocó á tiro de pistola del enemigo, retrocedió atropellando al primer batallon de Zamora y esto produjo el consiguiente desórden. Carbó, abandonado de la caballería, y solo entre las lanzas enemigas, corrió los riesgos mas inminentes y tuvo que retirarse á las inmediaciones de Roda, donde sus tropas se hicieron firmes, ansiosas de borrar la mancha que la pusilanimidad de unos cuantos de sus individuos habian puesto en su honor. Pero Segarra que mandó la accion habia conseguido su objeto contra el dictámen de Espagne, y al dia siguiente se retiró á San Bartolomé, que está á dos horas de distancia, habiendo durado la accion toda la tarde hasta muy entrada la noche. Despues de realizar el proyectado asalto de San Bartolomé pasó á Pradés y continuó su movimiento á la montaña, con lo que quedaron libres de sus sangrientas atrocidades los que se habian encerrado en el fuerte de Manlleu.

La pérdida de Carbó fué considerable. Dos piezas de artilleria pasaron á poder de los contrarios: dos oficiales y 93 individuos de tropa, que al verse abandonados de la caballeria se hicieron fuertes en una casa inmediata, fueron todos pasados á cuchillo; 7 caballos murieron en la retirada; 5 oficiales y 125 individuos fueron heridos; hubo 25 contusos y 19 estraviados. La pérdida del enemigo fué tambien considerable, especialmente en los batallones de Pons que atacaron á la brigada del centro apoyada en un antiguo castillete. Los oficiales cuya cobardia produjo su retirada á las inmediaciones de Roda, hacia pocos dias que formaban parte de

su division, pues habian sido separados de otra á que pertenecian por algunos actos que revelaban su falta de valor. Entre ellos sin embargo habia alguno de acreditado denuedo, pero que viéndose abandonado de todos sus compañeros, les siguió en la fuga y participó de su ignominia. Sobre todos indistintamente recayó el castigo ejemplar y vergonzoso señalado en la siguiente órden general del ejército de 7 de mayo en Vich: «En la accion sostenida el dia 1.° del actual en los campos de Manlleu por la primera division de este ejército á las órdenes del mariscal de campo D. Jaime Carbó el escuadron del regimiento 7.° ligero y una mitad de cazadores de montaña no llenaron sus deberes. La presencia del mismo general á su cabeza, sus órdenes y enérjicas escitaciones y su ejemplo no fueron bastantes para hacerlos cargar. Este acto débil indigno de los defensores de la reina y de las leyes, fué causa de que la valiente 1.ª division no tuviese aquel dia un éxito completo y un triunfo de los mas señalados. En los momentos en que el general mandaba la carga hubiera decidido aquella caballeria, y no solo dejó de verificarlo sino que volvió la espalda en desórden atropellando parte de la infanteria y abandonó á su general.

«Debo vindicar las leyes militares, la disciplina y el honor de este valiente ejército, que no ha podido mirar sin indignacion la conducta de aquella caballeria tan opuesta á la que en tantas ocasiones y recientemente en los dias 11, 17 y 18 de abril ha tenido la misma arma cargando con decision en terrenos menos ventajosos y arrollando cuanto se le opuso. El baldon, pues, recae solamente sobre los oficiales que no supieron conducir á aquella fuerza el dia primero, y asi lo espresa el general Carbó en su parte del dia dos, con el justo sentimiento de que tan débil comportamiento privase á la patria de una victoria importantísima, y arrebatase á su division el nuevo laurel que debió adquirir.

»En consecuencia usando de las facultades de que estoy en un caso como el presente revestido, he resuelto queden privados de sus empleos y á servir de últimos soldados en otros escuadrones del mismo cuerpo los oficiales del 7.° de ligero que estaban presentes en aquel el 1.° del actual, y que los pertenecientes al escuadron franco de montaña sean suspensos de sus empleos y presos en un castillo en atencion á que su cuerpo no consta de tan ventajosos elementos como el 7.° ligero.»

El Baron de Meer quiso que á una falta tan grave, pública y vergonzosa correspondiese la solemnidad del castigo, por lo que dispuso que el mismo general Carbó formase la division de su mando en el mismo terreno donde tuvo lugar la accion, y que puesto á su cabeza hiciese leer la órden que acabamos de transcribir por su gefe de E. M. al frente de banderas. Desde luego á los espresados oficiales se les recogieron los reales despachos é insignias, y este castigo impuesto á la cobardía hizo singular contraste con el premio que se dió al valor de Mariano Conral, gra-

nadero del primer batallon de infantería de Zamora, quien por haber dado muerte con su bayoneta á un lancero enemigo, apoderándose de su caballo y lanza, quedó en nombre de S. M. nombrado caballero de 1.ª clase de la órden militar de San Fernando con cruz de plata, y el comandante general de la division le puso la insignia al frente de sus tropas.

Todavia temeroso Espagne de Meer, á quien parecia llevar en su sombra, se retiró hasta Prats de Llusanés distribuyendo en seguida sus fuerzas en sus respectivos cantones de Gironella, Olbán y Caserras. Esta conducta del Conde era inesplicable para sus partidarios, y realmente parecia inconcebible como un hombre de tanta energia se engolfaba en una indolencia vergonzosa despues de cualquier hecho. Era incomprensible hasta para el mismo soldado como despues de la toma de Manlleu no se aprovechaba del terror que su incendio habia producido en todos los pueblos circunvecinos. Esta era una de las faltas que como militar tenia el Conde, agravada en aquella ocasion por otras consideraciones. Siempre avisado y naturalmente suspicaz habia llegado á tropezar con la trama de una conspiracion contra su persona urdida dentro de su mismo campo. Este encuentro le afectó estraordinariamente: en los primeros momentos de sus habituales arrebatos quiso hacer un castigo ejemplar en los conspiradores; pero los consejos de Labandero, uno de sus amigos de mayor confianza, que conocia el estado de la opinion del Conde en el ejército, le desviaron de un acto que probablemente atraeria con mayor fuerza las consecuencias que trataba de evitar. Acordaron que no se diese por entendido y vivir sobre aviso; y aun se le vió variar de conducta desde aquel dia á lo menos con el ejército, presentándose mas accesible y afable. A Ibañez particularmente le distinguió con obsequios elevándole al grado de brigadier. Como era consiguiente se templó algo el ódio que habia fomentado; pero no logró estinguirlo; era imposible que pudiera ya reconquistar el corazon de los catalanes.

Sus subalternos eran los que en contraste con su indolencia daban muestras de vida por los distritos de sus correrías.

El 17 mayo atacaron á Ager con fuerza de unos 300 hombres, empeñados particularmente en apoderarse de un pequeño reducto que se habia construido últimamente para protejer el fuerte situado fuera de las murallas. La guarnicion, aunque escasa, se defendia con mucha bizarria, disparando contra los que la hostilizaban 11 cañonazos, que les obligaron á retirarse con bastante pérdida. Pero en cambio una sangrienta catástrofe sobrevino tres dias despues, que aterró á los partidarios de Isabel. El 7.º batallon franco, que habia dado á sus banderas muchos dias de gloria, fué cogido en las inmediaciones de Santa Coloma, cuyos valientes nacionales acudieron aunque en vano á su socorro esponiéndose á los mayores peligros. Este terrible desastre ocurrió á la vista de una brigada constitucional, que con criminal indolencia estuvo contemplando desde Momblanch

la derrota y esterminio de un cuerpo que hasta el postrer momento se coronó de gloria: 27 de los que lo componian habian pertenecido al ejército carlista, y el Llarc de Copons los hizo sacar de entre los prisioneros y fusilar en el acto.

Tambien por sorpresa una fuerza carlista llegada á las inmediaciones de Tortosa intentó apoderarse de aquella plaza, valiéndose del ardid de pegar fuego á un puente de barcas con un brulote que espidió desde la orilla preparado al efecto, pegando una camisa embreada á un rastrillo de la cabeza del puente cuya guarnicion se retiraba por las noches al recinto interior, y llamando la atencion de los defensores por distintos puntos con un vivo y certero fuego. Ocultóse la luna, y la oscuridad de la noche favoreció á los carlistas para su principal idea, que únicamente pudo evitarse por la misma fuerza de la cabeza del puente, que destacó un cabo y dos soldados para contener el incendio. Pero por una parte la actividad de los incendiarios y por otra el fuego bien dirigido contra la tropa hicieron imposible que se cortase el incendio; los mistos inflamaron con una rapidez tal las maderas de las barcas donde se detuvo el brulote, que á pesar de abrirse inmediatamente las puertas del puente para ahogar las llamas, fué absolutamente imposible, teniendo que contentarse las autoridades con tomar medidas que asegurase la plaza del golpe de mano que la amenazaba. Para llevar á cabo sus planes, habian contado los carlistas con algunos partidarios que tenian en la ciudad.

Casi al mismo tiempo se descubrió en Lérida una conspiracion contra la causa constitucional, en la que se hallaron complicados algunos de los nacionales á quienes el Baron de Meer obligó á tomar las armas al reorganizar la milicia, á pesar de los antecedentes que les hacian sospechosos.

Estas empresas y tentativas revelaban en el carlista una reaccion favorable. Tan envalentonados estaban con la destruccion de Manlleu, la completa derrota del batallon de francos de Reus en las cercanias de Santa Coloma y otras pequeñas ventajas conseguidas en pocos dias, que el Llarc de Copons estendió sus escursiones hasta la misma falda del Monjuich; lo que unido á la indefinible conducta y á los poco seguros antecedentes de algunas autoridades militares hizo sospechar á la fraccion exaltada del bando liberal que tal vez se habia adherido al plan de los que procuraban terminar la guerra por medio de una transacion. Vamos á ver como vinieron á acrecentarse los rumores por medio de un gran desastre.

Estaba Espagne en Olbán cuando un paisano le propuso la ocupacion de la villa de Ripoll por medio de una fácil sorpresa. No hizo grande aprecio de la proposicion porque sobre tener el punto dos líneas de recinto y otra de fuertes avanzados, estaba su custodia encargada á uno de los gefes mas valientes del ejército constitucional, muy conocido en el pais y de sus enemigos por su temerario arrojo. Eso no obstante, encomendó la

empresa á Brujó, quien con algunos batallones de la tercera division practicó primeramente un reconocimiento, que dió por resultado la persuasion de la imposibilidad que habia de acercarse por sorpresa á la poblacion, si bien juzgaba que á pesar de estar hechas las fortificaciones con todas las reglas del arte, podria batirse algun punto con artilleria y practicada la brecha ejecutar un asalto de éxito probable. Añadia que siendo probable la aproximacion de Carbó en su socorro podria él batirle en buenas posiciones, y que si triunfaba, Ripoll tendria que rendirse mas ó menos pronto. Consultó Espagne por vez primera con sus inmediatos subalternos este plan, que fué de todos aprobado porque ansiaban salir del encierro de los cantones de Berga en que tanto tiempo hacia los conservaba: el calor que manifestaron en la sesion penetró en el espiritu del Conde, y se decidió á dirigir personalmente la empresa. El dia 22 ya juntaba su division de vanguardia con la de Brujó en las cercanias de Ripoll.

Su situacion topográfica en la confluencia del Ter y del Fraser favorecia mucho la defensa. Tiene una sola entrada entre la falda de una montaña que se levanta al occidente y la parte de poblacion que atraviesa el Fraser: una casa fuerte muy bien construida en el mismo puente, enfilaba con toda libertad sus fuegos por ambos lados del rio mientras que era casi imposible contestarlos; cuatro torres y reductos, al oriente sobre el Ter los de San Bartolome y el Violin, al septentrion el de la Estrella, y al occidente sobre el Fraser el de Banderas, constituian una combinacion de fuegos cruzados que se protejian mútuamente: el punto mas flaco era el del mediodia en la cuña formada por los dos rios; pero allí tambien un fuerte reducto estaba protejido por dos tambores, y por las casas que daban á su espalda; principalmente á su izquierda por la de ayuntamiento, á su vez protejida por otro tambor. Estos tres fuertes, el del puente, el de la cuña y el de la casa de ayuntamiento defendian la única parte de cortina vulnerable á la artilleria: el ángulo septentrional que protejia el fuerte de la Estrella, era sin duda mas débil; pero era tambien menos temible por allí el ataque, siendo solo accesible al fuego de infanteria y artilleria de montaña, y además estaba tambien defendida por dos murallas paralelas de bastante elevacion, aspilleradas y con tambores de rastrillo en sus testeros y ángulos. Empalizadas y zanjas formaban una tercera linea; y por todo el resto del recinto, naturalmente inespugnable, casas aspilleradas prevenian un golpe de mano. El defensor resuelto á sostenerse hasta el último estremo, habia construido zanjas en todo el recinto para el caso de asalto.

El Conde acordó sobre el terreno su plan ofensivo, que se dirijió principalmente sobre el punto septentrional que defendia el fuerte de la Estrella. Segun él, hizo situar frente á los de San Bartomé y el Violin, las fuerzas de Brujó con órden de que los entretuviese con fuego de fusileria; colocó tambien algunas en observacion del de Banderas, con el ob-

jeto de que repeliesen cualquiera salida de la guarnicion; y circunvaló el resto de la villa segun su dificil posicion lo permitia. Luego hizo pasar el rio Traser á la artillería de montaña, para que hostilizase el fuerte de la Estrella, logrando en la noche del 22 tomar una casa aspillerada que habia sobre aquel ángulo. Brujó estrechando mas y mas con sus fuegos el fuerte y ermita de San Bartolomé, consiguió rendirlo á discrecion en la tarde del 23, y conociendo el Conde la importancia de aquellos momentos de entusiasmo, hizo asaltar la torre del Violin por el mismo Brujó, quien pocos momentos despues dió en ella el grito de triunfo. Entretanto el fuerte la Estrella se sostenia con un valor admirable, dignos seguramente sus valientes defensores de mejor suerte; pero cuando ya no era aquel fuerte mas que un monton de escombros y en los momentos de disponerse el enemigo á su asalto, se replegaron dejando á bastante costa apoderado al Conde de aquel punto. Entonces hizo poner dos piezas frente á la torre de Banderas y que los batallones 4.° y 7.° se apoderasen á la carrera de los arrabales. La guarnicion de aquel fuerte reducida solo á 20 hombres, hizo esfuerzos no menos heróicos de valor sosteniéndose contra un fuego vivo de fusileria y artilleria por espacio de dos dias; y solo abandonaron las ruinas en medio de los que combatian, cuando la mitad de los defensores quedó inutilizada por el hundimiento de la cúpula: entonces bajando á escape por la montaña fueron á unirse con sus compañeros, porque aun les quedaban alientos para pelear. Espagne quedó desde aquel momento dueño del recinto esterior; y en la inflamacion de su entusiasmo ordenó el asalto por la parte septentrional de la villa encomendando tan dificil operacion á la brigada del coronel Borjés, recomendado por su fogosidad. Era en la noche del 25 y no bien sonó la señal, Borges el primero y sus oficiales dando ejemplo á sus voluntarios, marchan escala en mano á la muralla que vijilaba avisado el defensor. Este dá la voz de *el enemigo*, y rompe un fuego mortífero contra los que tan osadamente les atacan. Es vano que algunas fuerzas apoyen con sus fuegos la operacion, porque los sitiados se multiplican con su valor y los rechazan, cubriendo de cadáveres aquel estrecho campo. Pero el furor del Conde crece con el heroismo de aquella valiente guarnicion, y en medio de halagos, promesas y amenazas, ordena segundo y tercer asalto: otras tantas empero aquel puñado de valientes rechaza la agresion haciendo morder la tierra á muchos de sus enemigos, no menos valientes que ellos.

Mejor era la fortuna de los sitiadores por otra parte del recinto. Cuando la artilleria de montaña se hizo inservible por la toma de los fuertes esteriores, hizo construir una bateria en un pequeño llano que daba frente al ángulo saliente del mediodia, para hostilizar con fruto el reducto y tambor que lo defendian: sus fuegos en los dias 25 y 26 fueron tan certeros que abrieron una brecha practicable y apagaron los de los sitiados. No decidiéndose empero Pons, que mandaba en este punto, á dar el asal-

to, porque los tambores y la casa fuerte de la villa y del puente le arredraban, dirigió contra ellos sus esfuerzos, colocando en la falda de la montaña que tenian á su frente varias compañías sueltas con órden de sostener un fuego graneado, mientras él preparaba el asalto. Con efecto forma dos compañías, las arenga y envia á ocupar un punto que era la base de la operacion, conduciéndolas en persona hasta dentro del rio Fraser que, pasan á la carrera con el agua á media pierna, y en medio del espantoso ruido que forman la griteria de sitiados y sitiadores, las descargas de fusileria y el estampido del cañon, llegan por fin hasta la brecha, que los defensores refuerzan con alguna gente. El combate fué allí tan obstinado como en los demás puntos; fué necesario destruir el reducto para que los defensores se retirasen á la parte inferior; á donde sin refuerzo el sitiador no quiso perseguirle. Este refuerzo se lo llevó el batallon número 9 y una seccion de zapadores, que pasan el rio y durante aquella noche se ocupan en levantar parapetos para ganar al siguiente dia por la zapa la segunda línea.

El defensor, como era natural, no se descuidó tampoco en aquellas horas en que la oscuridad protejia su magnánima resolucion; pero, mientras que ellos se veian reducidos á sus propios medios, que mermaban diariamente, el carlista los recibia mas poderosos. Al anochecer del 26 llegaron á su campamento las dos piezas de batir que el Conde habia pedido á Berga desde los primeros dias; aquella misma noche quedaron en batería, y ya al amanecer rompieron en terrible armonia un fuego espantoso. De un lado ocho cañones sosteniendo un fuego vivísimo contra la casa de ayuntamiento, y del otro un fuerte de casas aspilleradas en todos los pisos hasta las boardillas que vomitaban el fuego por todas las averturas de ventanas y balcones, ofrecian á la vista del espectador neutral un cuadro horrible de sangre y desolacion. Donde quiera que el cañon abria un agugero, allí hacia una tronera el bizarro defensor. Desesperados los sitiadores de la impotencia de sus recursos hacen bajar la punteria sobre los cimientos de las casas, y no tardó en venir al suelo, falto de base, todo aquel frente de la casa envolviendo entre los escombros algunos defensores. El fuego cesa entonces casi repentinamente; pero es porque la nube de humo y de polvo que se interpone á unos y otros no permiten verse para herirse mejor. Ansiaban los sitiadores el momento de que la nube, disipada por el viento, les permitiera ver el estado de la casa, arruinado su gran murallon desde las tejas hasta los cimientos, y ¡cual no debió ser su estupor cuando detrás de aquel frente desmantelado se encuentran con otra muralla de alto á bajo, en todos los pisos formada por los pechos de aquellos valerosos españoles! Los carlistas enmudecieron asombrados; unos y otros permanecieron algunos momentos como atónitos sin dispararse un tiro: parecian los mismos defensores admirados de su propio heroismo.

El combate no estaba menos encarnizado en el ángulo del mediodia que en la casa de ayuntamiento. Allí ya no mediaba trecho para jugar la artillería, ni casi era adaptable la fusilería cuando solo separaban las paredes de las casas ó muy pequeño espacio á unos de otros combatientes. Fué preciso usar el arma blanca y con tanto mayor furor cuanto mas comprometida era entonces la situacion de todos. Los carlistas tenian á su espalda un rio imposible de vadear atropelladamente en el caso de verse rechazados; y los defensores tambien veian estrecharse por momentos el círculo que sus enemigos iban formando. Pons ideaba cogerles por la espalda tomando las casas que baña el Ter; mas apercibidos ellos en tiempo, le ganan de la mano y salen al encuentro en la primera casa trabando una reñidisima pelea que termina en favor de los carlistas. Los constitucionales al abandonar la casa la incendian, y aunque llegan á tiempo de apagar las llamas nacientes los que hasta ella alcanzan dejan el camino sembrado de cadáveres, porque habia en él un descubierto abrasado por los disparos de unas casas aspilleradas. Faltaba solo para apoderarse el carlista de los tres recintos conquistar un tambor que allí les hostilizaba por el flanco izquierdo sosteniendo abierta la comunicacion con la casa fuerte. Aquel esfuerzo prometia el término de tan terrible lucha, y el gefe llama á los mas valientes ofreciéndoles un real vitalicio y los consiguientes estímulos de una conquista; los voluntarios aceptan y marchan impávidos al tambor; los que llegan ilesos atacan con resolucion, y toman las aspilleras. Un refuerzo oportuno aterra á los defensores, que huyen en los primeros momentos de turbacion; pero luego se rehacen y vuelven á recuperar con doble resolucion el punto abandonado. La lucha se hace personal, pues se combate á la bayoneta por ambas partes y la sangre corre abundantemente: superiores en fuerza los carlistas quedan despues de aquel combate en posesion de la última linea fortificada. Desde aquel momento el terreno se disputa palmo á palmo con furor creciente; cede sin embargo el valor al número y al valor tambien, y poco á poco los defensores se ven reducidos al recinto de la casa de ayuntamiento, que se desploma por la espalda, como hemos dicho, precisamente cuando este pequeño refuerzo les llegaba. Espagne, que se habia retirado á una casa de la orilla opuesta, así que se le comunica el efecto de la artillería en la casa municipal manda formar sus fuerzas en columna en masa á la orilla del Fraser, las arenga y manda asaltar la brecha al batallon de N. Sra. de Monserrat. Los defensores conocen que ha llegado un momento supremo y despiden una lluvia de balas sobre aquellos osados catalanes que con el agua á la rodilla y viendo arrastrados por la corriente ensangrentada á muchos de sus moribundos camaradas marchan impávidos á la brecha. ¡ Escenas terribles que la pluma mas elocuente no acertaria á describir con exactitud ! El valor humano habrá hecho, podrá hacer tanto como hicieron en aquella defensa los ripollenses ; mas, no.

Aquellos bravos españoles, acosados al fin por todas partes, bajan de

los fuertes y casas aspilleradas y entablan la lucha en las calles al paso que se retiran ordenadamente á la iglesia del antiguo monasterio de San Pedro fortificado de antemano. Encerrados allí supieron aun imponer á sus enemigos una capitulacion honrosisima.

El vecindario en su mayor parte se habia refugiado á las dos iglesias de San Pedro y San Eudaldo; pero los que se habian rezagado ó estaban imposibilitados, ancianos, mugeres y niños son las primeras víctimas sacrificadas por el vencedor, furioso porque no encuentra en las casas el premio ofrecido del saqueo. Saben que los vecinos anticipadamente se lo han llevado todo á las iglesias, y se dirigen desesperados á San Eudaldo porque no oponia resistencia; se arremolinan á la puerta, llaman, amenazan y al fin aparece un sacerdote que les asegura no hay dentro ninguno de los defensores, pues todos se habian refugiado á la otra iglesia. Pero como no era principalmente la venganza lo que á aquellos y en aquel momento les animaba, desprecian sus exortaciones y tratan de derribar las puertas que él ha cuidado de cerrar á su salida. Las puertas iban á ceder; el clérigo desesperando de sus ruegos é inspirado de evangélico celo corre presuroso por las calles en busca de un gefe que contenga aquella turba; lo halla, y llegan felizmente en el momento mas crítico, en que franqueadas las primeras puertas se disputan aquellos frenéticos entre sí el paso del frágil pórtico. El gefe se presenta escitando su compasion hácia los séres indefensos que aquel sagrado lugar encierra; ellos replican que solo van en busca de nacionales y de lo que han escondido; el sacerdote cree llegado el momento de mostrarles lo que aquel recinto guarda, y hace abrir las puertas.... ¡Sublime y tierno espectáculo! ¡Mágico poder de la debilidad y el infortunio! Un instante, rápido como la exalacion, basta para ablandar los corazones de aquellas fieras sedientas de sangre, violacion y esterminio. El cuadro que se les ofrece á la vista es majestuoso y desgarrador: millares de luces iluminan el altar mayor; apiñadas al pié centenares de mugeres elevan sus llantos y plegarias al Dios de misericordia; las unas son ancianas que esperan desplomadas en el suelo el golpe mortal; las otras son madres que levantan en sus brazos tiernos niños como pidiendo socorro á la inocencia; y los ancianos se adelantan á las puertas para saciar con sus propios cadáveres la venganza del vencedor antes de que alcance á aquellos objetos de su decrépito amor!...

El poder de este cuadro fué instantáneo pero soberano: los mas frenéticos se quitan la boina y son los primeros en retirarse bajo una impresion avasalladora. El gefe coloca una guardia, y aquellos infelices se salvan.

La otra iglesia estaba á punto de ser teatro de escenas mas horrorosas: habianse refugiado allí las familias de los mas comprometidos, y como aquel pueblo era de los mas exaltados del Principado por las ideas liberales, puede decirse que estaba en él la mayoría de la poblacion. El Conde, conociendo la entereza de corazon del gobernador, coloca un cañon de á 12 contra la

puerta, pronto á convertir en escombros aquel último refugio del heroismo. El gobernador no cede aun, quiere pelear hasta hallar la muerte; pero los ruegos de las familias y las reflexiones de hombres sensatos le inclinan á aceptar al fin una capitulacion, en virtud de la cual se entrega la guarnicion prisionera de guerra conservando los oficiales sus espadas y equipajes. El gobernador empero se escluye de la capitulacion: se pegó un pistoletazo.

El fruto que en la toma de Ripoll cogió el carlista fueron 500 prisioneros, mas de 200 fusiles, mayor número en obra en su fábrica de armas, dos cañones pequeños y gran cantidad de municiones. Pero todo esto y sus inmensas consecuencias morales no bastaron á aplacar la ira del Conde. Hizo salir inmediatamente á la guarnicion para Berga, y á todo el vecindario sin escepcion, viejos, mugeres y niños, con escolta á Campredon y San Juan de las Abadesas; y en seguida mandó incendiar á la heróica, á la inmortal villa de Ripoll.... Los vencedores á medida que iban saqueando las casas las entregaban al fuego, y tres dias despues Espagne circuló una órden á los pueblos del valle de Rivas é inmediatos para que cada justicia mandase cierto número de hombres á derribar las paredes ó los restos de los edificios que las llamas hubiesen respetado, para que fuese una horrible verdad la inscripcion *Aqui fué Ripoll* escrita en una pequeña pirámide que hizo levantar en la plaza. Para conocer el carácter sanguinario del Conde, de ese demente político que tenia la mas horrible de todas las manias, la de la sangre, insertamos el último párrafo del parte que sobre la catástrofe de Ripoll dirigió á su gobierno, porque es un rasgo de aquellos que forman por sí solos la biografía de un hombre.

«La justicia de Dios, que algunas veces es lenta, pero segura siempre, se ha desplomado sobre la villa de Ripoll, llena de corrupcion, y que abrigaba una secta destructora de los altares y de los reyes, digna hija de la que hay en Barcelona conocida bajo la denominacion de *Alibaud*. ¡Quiera Dios que este ejemplo aproveche á los que todavia son rebeldes á su Rey! —Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Capdevanos 28 de mayo de 1839.—El Conde de España.»

La noticia de la toma de la importante y rica villa de Ripoll causó tanto entusiasmo en los vencedores como terror en todos los pueblos adictos á la causa constitucional, especialmente en los puntos fortificados cercanos á la desgraciada villa. En un mes desaparecian del mapa Manlleu y Ripoll, y era de esperar en el carácter del Conde que aquella guerra de devastacion continuase. El gobierno no pudo ya desoir los clamores levantados contra el Baron de Meer, objeto de graves interpelaciones en el seno del mismo Congreso por abusos de autoridad. En una de las primeras sesiones se habia dado cuenta de una esposicion de varios ciudadanos de Barcelona arbitrariamente desterrados á Canarias por el término de un año, cumplido el cual, á instancia de Meer resolvió el gobierno que se prolongase indefinidamente el

destierro. En otra sesion el Sr. Mendizabal le hizo cargos gravísimos por haber suspendido la venta de bienes nacionales en el distrito de su mando, devuelto algunas fincas á las comunidades religiosas y destruido de un golpe las tres intendencias de Cataluña. En el órden militar sus atribuciones eran omnímodas; pero no contento con esto absorvió las de todas las demás autoridades, desobedeciendo cuando asi le convenia hasta las órdenes emanadas del gobierno central: alteró el órden administrativo del Principado por medio de un bando, modificó la division del territorio sobreponiéndose á la ley que la habia establecido y sustituyó las autoridades populares y los funcionarios puestos por el gobierno con los sugetos que le parecian mas dispuestos á sus miras. A consecuencia de estos actos y de los vejámenes de toda especie que hacia sufrir á los administrados que no pertenecian á su comunion política, se levantaron contra él acriminaciones graves que con la pérdida de Sarreal, Villanueva, Pons, Manlleu y Ripoll, se convirtieron en un terrible anatema. Tal conducta llamó la atencion de las Córtes, y por último el gobierno haciéndose superior á todas las repugnancias de partido, prestó oidos al voto general de los catalanes, y por decreto de 1.° de junio reemplazó al Baron de Meer con el general D. Gerónimo Valdés.

El general Valdés tenia reputacion de honrado y valiente. Antes que él habia sido indicado para reemplazar al Baron de Meer el Marqués de Rodil, y los partidarios del Baron, no contentos con haber mandado representaciones y comisiones á la córte con objeto de conservarle en el mando, trataron de oponerse con la fuerza á la entrada en Barcelona del general Rodil. Este general no tuvo á bien encargarse del mando de Cataluña, por lo que fué nombrado en su lugar el general Valdés quien sin las desgracias de Ripoll y Manlleu que acabaron de destruir el prestigio de Meer, hubiera encontrado en su entrada la resistencia que se habia proyectado contra Rodil. Con todo, no consintieron los allegados del Baron que este fuese relevado de su importante cargo sin hacer un último esfuerzo para conservarle al frente del Principado procurando probar con hechos que tal vez ellos mismos provocaron, que la tranquilidad del Principado reclamaba la presencia de Meer y la prosecucion de su sistema. Con motivo de la procesion del Corpus hubo corridas que bastaron para que Breton, que á pesar de haber sido destituido por el gobierno de su empleo de 2.° cabo, seguia ejerciéndolo por disposicion del Baron de Meer, llamase á dos cafeteros, les amenazase con hacerlos fusilar, los insultase y por último los mandase atados á la cárcel. Breton y Meer cayeron á la vez, siendo aquel reemplazado por el general Seoane.

Apenas el Baron y su segundo habian abandonado el territorio catalan, cuando el espíritu de libertad, comprimido por ellos en tan largo espacio de tiempo, se manifestó en sus propias espansiones: la prensa liberal, que hasta entonces habia permanecido muda, volvió á sostener sus doctrinas que eran acogidas con avidez, particularmente por la clase proletaria; los

ciudadanos espulsados del Principado por sus opiniones, y los confinados á Mallorca y demas islas adyacentes, entre los cuales se contaba el respetable anciano Oliver, alcalde 1.° constitucional, ex-diputado á Córtes y entendido economista que murió á los pocos dias de haber abandonado su destierro, se restablecieron á sus hogares; los deportados á Canarias besaron con entusiasmo las arenas de su patria, y los proscriptos de Pinos, que burlando la vigilancia del gefe militar de la isla, pasaron á los Estados-Unidos de América á costa de mil riesgos y penalidades y luego se establecieron en Francia para tener el consuelo de estar mas cerca del querido pais cuyas puertas les cerraron por tiempo indefinido, apenas las vieron abiertas entraron en Barcelona.

Los partidarios del Baron de Meer, ya que vieron la imposibilidad de guarecerse por mas tiempo á la sombra de un general que tanto favorecia sus designios, procuraron acogerse á la de Valdés é hicieron todo lo posible para que este adoptase el mismo malhadado sistema que siguió su predecesor. Pero el nuevo capitan general conoció perfectamente el terreno que pisaba, y para separarse de los consejeros áulicos que le abrumaban con sus exigencias, y reanimar con su actividad belicosa el espíritu de los pueblos vejados por los carlistas, apenas tomó posesion de la capitanía general voló al campo de batalla para contener los ímpetus sangrientos de los incendiarios de Ripoll. Quiso sin embargo dar antes una prueba de confianza á los liberales que le habian recibido en Barcelona con marcadas señales de entusiasmo y regocijo, y aunque no levantó desde luego el estado de sitio que sobre ellos pesaba, mandó retirar varias piezas de artilleria que en la Ciudadela y Atarazanas amenazaban la ciudad dia y noche, é hizo cesar todo el aparato belicoso que, mientras mandó el Baron de Meer se desplegaba en Barcelona como si fuese un pais conquistado por la fuerza de las armas. Amaba la popularidad y creyó que era el mejor medio de obtenerla en una ciudad industriosa, agricola y mercantil, destruir el azote de la guerra que devastaba el Principado, paralizando las artes, esterilizaba la agricultura, obstruia las comunicaciones y cegaba de este modo las fuentes del comercio, y presentarse al mismo tiempo como una autoridad leal, franca, justiciera é independiente de todo espíritu de banderia. Puso de manifiesto la conducta que se proponia seguir en una alocucion que el dia 2 de julio al salir á campaña dirigió á los barceloneses; pero antes de dar á conocer el periodo de su mando, es preciso que nos detengamos á describir el estado en que se halla el campo contrario.

Entusiasmado el ejército carlista con la toma é incendio de Ripoll esperó contar todas sus operaciones sucesivas por otras tantas victorias. Ciertamente la ocasion era propicia para una campaña general, y para ella les sobraban recursos de municiones y demas pertrechos militares que en otras épocas habian inutilizado los mejores planes. Al pronto todos creyeron que los movimientos sobre Capdevanos y Berga tenian por objeto alguno de los

muchos puntos fortificados que sobre esta plaza tenian los constitucionales y ansiaban el momento de partir á la operacion. Pero el campo carlista adolecia del mismo vicio que el cristino; ambos caudillos, Espagne y Meer, despues de cualquier hecho se replegaban de ordinario á sus cantones sin cuidarse de recoger los frutos de los sacrificios que costara; y no es intempestivo decir que esta semejanza de conducta servia para muchos de prueba de la inteligencia que, á nuestro juicio infundadamente, se suponia existir entre ellos. Como quiera, el disgusto de los carlistas fué estremado cuando vieron al Conde repartir los cuerpos á sus antiguos acantonamientos, indicio de un nuevo y largo descanso, y ocuparse casi esclusivamente de la policia urbana de Berga mientras parecia desdeñar las proposiciones que algunos comisionados secretos le hacian de entregar á Moyá, Sampedor y Balsareni. Esta conducta daba pábulo á las sospechas y á la maledicencia de los muchos que, por su ferocidad, se sentian propensos á vituperarle. Se esparció que la apatía de Cataluña y la apatía del Norte eran efecto de un mismo plan; que Maroto y el Conde estaban de acuerdo; y los mas enterados buscaban su apoyo en cierto plan que por entonces se concibió. Despues de los fusilamientos de Estella se acordó por ciertos cortesanos el proyecto de levantar el prestigio del hijo de D. Cárlos para contraponerlo a la influencia que por entonces dominaba á su padre: el principe debia ponerse á la cabeza del ejército de Cataluña ó de Aragon, ó de los dos juntamente, en cuya lealtad y buena fortuna se confiaba mas que en el del Norte. Marcó del Pont fué el encargado de consultar el proyecto con el Conde y a este efecto le escribio; Espagne dejó transcurrir algun tiempo sin contestar y al fin hostigado por conducto de Labandero solo manifestó su invencible repugnancia a los cortesanos que sin duda acompañarian al principe. Esta respuesta significaba lo bastante: el Conde no consentia poderes rivales y temia con razon llegar a verse en oposicion con el nuevo gefe, supeditado á influencias palaciegas. Los mas exaltados del realismo, que ansiaban ver realizado este pensamiento se sintieron inclinados á juzgar mal de la frialdad del Conde, y se apoyaban como hemos dicho en la paralizacion casi completa de las operaciones militares.

Valdes fué quien, en cuanto su estado lo permitia, vino a turbarla. Tres puntos llamaron desde luego su atencion: la villa de Gerri estaba bloqueada por los carlistas; los pueblos inmediatos á Vich y Manresa infestados por correrias desoladoras; y Solsona carecia de viveres. Valdés salió el 3 de julio á pernoctar en Esparraguera donde sobre la marcha se le reunieron las divisiones de vanguardia y segunda. El dia 5 se trasladó á Cervera, en cuya ciudad se hallaban reconcentradas las divisiones tercera y cuarta, de suerte que quedó reunido todo el ejército de operaciones de Cataluña, esceptuando la primera division a las órdenes de Carbó que se hallaba muy distante de aquel punto, y cubria el Ampurdan, continuamente amenazado por el enemigo. Dispusó Valdes que toda la fuerza que tenia reunida en

Cervera marchase hácia Solsona para abastecer aquella plaza con un convoy de víveres. Este era en realidad el objeto mas importante y el que justamente debió merecer la preferencia, no pudiendo atender al mismo tiempo que á este á los otros dos, porque la introduccion del convoy hacia necesaria la concurrencia de todo el ejército de operaciones. El ejército se manifestaba muy animoso, ofreciendo un notable contraste con el mal espíritu de varios pueblos y el amilanamiento y temor de todos los demas. Con una sola columna no se podia correr y proteger el pais y la multitud de puntos fortificados, ni menos perseguir á las innumerables partidas carlistas diseminadas por el Principado, en términos que no habia en todo él una sola direccion en que se hallasen corrientes las comunicaciones ni apenas un punto fortificado que no fuese necesario proveer de víveres para la guarnicion y habitantes por medio de convoyes. Era de consiguiente difícil y en estremo laboriosa la guerra que allí tenian que hacer las tropas constitucionales para arrancar el pais del borde del abismo á que le habian conducido la indolencia, la inaccion y los errores pasados.

Valdés, en el conflicto en que le ponia la necesidad de atender simultáneamente á tres objetos, cuando uno solo de ellos debia indispensablemente de absorver la accion de todo su ejército, no sin mucho sentimiento dejó la heróica villa de Gerri abandonada á sus propias fuerzas: 900 hombres atacaron aquella poblacion sin que nadie pudiese ir á auxiliarla. El coronel Sebastian, gobernador de Talarn, desplegó el mayor celo pidiendo socorro á varios gefes de division entre ellos al de la de Aragon que mandaba D. Antonio Ybars, comandante general de la provincia de Huesca; y si bien se presentó este puntualmente en Tremp, donde llegó el dia 3 de julio con 500 hombres, sin llegar á Gerri, que está á tres leguas y media del punto que ocupaba, regresó á Aragon sin ahuyentar siquiera á los sitiadores. Los esfuerzos de estos por la novena vez se estrellaron contra la decision magnánima de un puñado de valientes que eran los heróicos habitantes de Gerri. Esta villa, insignificante por su estension, era de la mayor importancia, y las consecuencias de sus bloqueos trascendian constantemente á la Hacienda liberal y á toda la montaña. La montaña se abastece de sal de las salinas de Gerri, las cuales durante el sitio eran destruidas por los sitiadores, causando una cuantiosa pérdida á la Hacienda y la total ruina de los fabricantes, al mismo tiempo que la privacion de un artículo de necesidad á ellos y á todos los montañeses no menos que á su numeroso ganado. La prolongacion del sitio de Gerri amenazaba con dejar asolada toda la montaña, pues los carlistas exigian contribuciones tan crecidas que no habia pueblo á quien no le hiciesen pagar 15 ó 20 onzas, no bajando de un millon de reales el reparto hecho de dinero y de tres mil fanegas el de granos. Para asegurar el cobro de uno y otro se llevaban en rehenes á los pudientes de los pueblos á las cavernas de una ermita llamada San Honorato, donde les martirizaban hasta aprontar su contingente.

No se ocultaron á Valdés estos escesos ni tampoco la importancia de la villa de Gerri que es la llave de la montaña, de la que los carlistas sacaban cuantiosos recursos, y teniéndola bajo su dominio se hallaban en libre y espedita comunicacion con Francia y recibian los necesarios auxilios. Pero ya fuese que aquel general considerase mas apremiante aun la necesidad de introducir víveres en Solsona que la de auxiliar á Gerri, ya que tuviese una confianza estrema en el heroismo de los habitantes de esta villa acreditado en 8 sitios anteriores, ya fuese en fin que adivinase que la concentracion de todas sus fuerzas en Solsona provocaria en el mismo punto la de las enemigas como realmente sucedió, y que de este modo el sitio de Gerri quedaria levantado, lo cierto es que la villa no recibió ninguna especie de proteccion. Sin embargo, quedaron burladas como otras veces las esperanzas de sus pertinaces sitiadores, quienes desengañados de su impotencia para amilanar á los sitiados por los efectos de su artillería, minas y tentativas de asalto, en medio de la escasez de víveres y de las privaciones consiguientes á un largo asedio, recurrieron al soborno de algun gefe y subalterno de la corta guarnicion para sufrir un doble desengaño. No fueron pocos los actos de heroismo á que dió lugar la asidua hostilidad de los carlistas contra la villa de Gerri; cuya constante resistencia se debe sin duda al patriotismo de sus habitantes, no menos que al celo y energía de la junta de fortificacion y defensa que formaron.

Con esta concentracion de tropas en Solsona la rica costa del Principado y el llano mismo de Barcelona quedaron á merced del Llarch de Copons, quien acostumbrado á recorrer impunemente el campo de Tarragona, no desperdició la coyuntura que le ofrecia la distraccion del ejército que operaba en las inmediaciones de la capital de Cataluña, para estender sus recursos hasta la falda del mismo Monjuich. Pero no se hizo cargo el carlista de la tenaz resistencia que opondria á sus conatos la milicia nacional de todos los pueblos de su tránsito, y del espíritu esencialmente democrático que distingue de los montañeses á los habitantes de las costas marítimas de Cataluña. No obstante, en muchos puntos litorales del Principado podria ejercer su mando tan libremente como en las localidades que estaba acostumbrado á dominar, y el dia 8 de julio se presentó delante de Martorell apoderándose desde luego de todas las alturas que dominan aquella villa. El grupo principal se apostó en lo alto del Congost, donde hizo dos grandes cortaduras, moviendo tal polvareda que no se podia distinguir la clase de trabajos que trataban los carlistas de llevar á cabo. En Martorell los milicianos tocaron generala, y en un momento quedaron cubiertos todos los puntos. Las avanzadas del Llarch, que tardó poco en conocer su impotencia, se acercaron á la poblacion, y esto produjo algun tiroteo acompañado de una gritería interminable.

En la villa no se espresaba otra voluntad que la de defenderse hasta morir; los mas apáticos, los mas indiferentes volaron á las armas; se ocupa-

ron bien todos los puntos del recinto de la fortificacion ; se colocó oportunamente la fuerza que quedaba de reserva ; el ayuntamiento avisó á los albañiles para en caso de necesidad hacer todos los reparos que fuesen del momento, y cuando estuvo todo distribuido y ordenado, rompió la música por las calles entonando himnos patrióticos, acompañados de vivas entusiastas á la libertad que se confundian á menudo con los gritos é insultos que los partidarios del absolutismo y los habitantes de la villa se dirigian. Al amanecer del dia 9 ocupaban los carlistas las mismas posiciones que el dia anterior hasta las once de la mañana que emprendieron la retirada hácia la costa, que fué invadida el dia 15. Desde luego el general Seoane se dirigió á Mataró con un corto refuerzo y en combinacion con las fuerzas marítimas, y los carlistas fueron desparramándose por el llano de Barcelona : algunos hubo tan osados que llegaron hasta los almacenes de pólvora de la montaña de Monjuich buscando ganado mular para mandarlo á Navarra. Los milicianos de Barcelona, desarmados por el Baron de Meer, pidieron fusiles con entusiasmo, de suerte que si su autoridad hubiese aceptado los ofrecimientos patrióticos de aquellos valientes, en un par de horas habria reunido tres mil soldados. Barcelona presentó otro cuadro parecido al de 1837 que tanto impuso á los carlistas conducidos por Tristani hasta el pie de las murallas de aquella ciudad valerosa. Los milicianos no fueron armados ; mas no por eso dejó el Llarch de Copons de sufrir un escarmiento. En la tarde del 17, por disposicion del general Seoane, salió de Barcelona para Asplugas una columna compuesta la mayor parte de la tropa de la guarnicion y dos piezas de la brigada montada del tercer departamento, quedando la plaza y fuerte custodiados por la milicia nacional obligada ó sedentaria, que era la única que el Baron de Meer habia dejado en pie porque no se oponia á sus designios. A las once de la noche la columna ya se hallaba en posicion á las órdenes del gobernador de la plaza brigadier D. Antonio Mury, y á las cinco de la mañana del 18, Seoane se incorporó con la columna. La ronda volante de San Feliu, conducida por su comandante D. Antonio Solá, conocido en el pais con el apodo de Policay, 20 mozos de la escuadra y 14 caballos del 7.° á las órdenes del comandante adicto á la plana mayor D. Leonardo Santiago Rotalde, marcharon en busca del enemigo, al que encontraron sobre la barca del Prat. Siendo los carlistas superiores en fuerzas á las que Rotalde tenia, tuvo este que valerse de todo el valor y disciplina de los soldados para nivelarse en el combate, y ordenó una carga de caballería con los 14 caballos del 7.° ligero protegidos por los mozos y la ronda volante. El resultado de esta carga fué causar al enemigo 11 muertos y 33 heridos, y hacer prisioneros un ayudante y un soldado. En su precipitada fuga dejaron los carlistas sobre el campo fusiles, cananas, boinas y cuatro cornetas.

Despues de esto el grueso de los contrarios en fuerza de 1,200 hombres, cargó á la columna de Rotalde obligándola á tomar una casa desde donde

rompió el fuego contra el enemigo y le obligó á retirarse de nuevo hácia el Prat. Entonces recibió Rotalde un pequeño refuerzo con el cual persiguió al Llarch, cuyas fuerzas desbandadas huyeron á sus acostumbradas guaridas.

En este encuentro ocurrieron combates parciales de mucho valor. El sargento que mandaba la partida de caballería del 7.° arrancó con su sable la vida á tres adversarios; un mozo de la escuadra tuvo la fortuna de dar muerte con su bayoneta á dos con quienes combatió cuerpo á cuerpo, é hizo igual proeza un individuo de la ronda de San Feliu del Llobregat.

La llegada de Valdés á Balsareni, solo distante de Berga siete ú ocho leguas hizo temer al Conde que sus miras se dirigian contra esta plaza, sin reflexionar que con la escasa fuerza que aquel llevaba era imposible darle un golpe súbito; que para el asedio de algunos dias Valdés no tenia recursos, y por último que un punto tan fortificado como Berga estaba á la sazon era absurdo acometerlo sin artillería de batir. Esceso de prevision ó de temor, el Conde aumentó sus medios de defensa colocando divisiones avanzadas en todas sus avenidas. Su ceguedad llegó hasta el estremo ridículo de pariodar en una órden general la del incendio de Moscou en el caso de tener que emprender la retirada. Sin embargo en este ridículo habia un lado sério: ¡la existencia del pensamiento incendiario en la mente del Conde!

Nadie pudo hacerle entender lo imaginario ó lo pueril de sus temores por cuanto el proyecto de Valdés que se reducia á un simple reconocimiento sobre la plaza, le prestaba un apoyo aparente. Valdés desde Balsareni se corrió por la diagonal de su flanco derecho á situarse en la sierra de Buire, tres horas distante de Berga, á la cual podia reconocer perfectamente con un buen catalejo; Espagne cree que su contrario se decide á atacar de frente la plaza, y toma la torpe medida de mandar que las fuerzas situadas en la izquierda del Llobregat y en la sierra de Buire, cuya posesion podia ser costosísima á los constitucionales, se retiren á los pueblos de Gironella y Olban incendiando á su paso todos cuantos caseríos ó edificios encuentren. Esto no basta á su génio devastador: manda tambien que, si los enemigos ocupan la sierra de Buire, los dos pueblos de Olban y Gironella sean, como lo ha prevenido en su órden general, entregados á las llamas. Este caso fatal llegó, y Gironella fué la primera víctima de aquel decreto moscovita. El hombre mas empedernido se hubiera estremecido de terror á la vista de aquellos campos devorados por ese terrible elemento del fuego. A donde quiera que desde Berga se dirigiese la vista no se encontraban mas que espesas columnas de humo, inmensas llamaradas que se abren paso, habitantes que huyen despavoridos del hogar paterno para no volver mas á él. Todo, todo es desolacion y espanto; un círculo de fuego rodea á Berga: Gironella, Olban, los caseríos aislados, hasta los molinos harineros que surtian al ejército carlista fueron pasto de las lla-

mas. Avia y Caserras, apenas Valdés indique el movimiento hácia ellos, deben presenciar la voladura de las torres de sus iglesias, ya minadas y sufrir la suerte de Gironella y Olban. ¡ No, el que esto mandaba no podia ser español ! el ódio político no alcanza á convertir los hombres en fieras! Para tanta ferocidad y vandalismo es preciso ser enemigo implacable de España; es preciso ser enemigo del género humano. Aquellos pueblos eran justamente la cuna del carlismo catalan; y ni esta reflexion hecha por los mismos subalternos del Conde detuvo la tea incendiaria. Valdés llegó a Buire, pasó allí la noche del dia 2 y en seguida regresó á Manresa por Balsareni satisfecho su objeto del reconocimiento. Berga no fué sitiada; pero los pueblos circunvecinos quedaron quemados. ¡ Cuán horrible es que el temor ó el aturdimiento de un solo hombre cause la miseria de centenares de familias !

Los partidarios mas acérrimos del Conde reconocieron que cuando menos habia sido aquel un acto impremeditado de barbárie; pero los que eran, aunque encubiertos sus enemigos, y tenian que serlo todos los hombres sensibles y amantes de su patria, esos no necesitaron mas para afirmar que la mira del que malamente llevaba el nombre de España, en quemar los pueblos adictos á su causa era entregar el pais y el ejército carlista á sus contrarios. Se habló de una entrevista con un coronel inglés adicto al cuartel general cristino, y se daban los mas minuciosos detalles de la conferencia. Casual y funestamente se recibió entonces la noticia del convenio de Vergara por la defeccion de Maroto, y á los ojos de todos aquellos ilusos ó visionarios quedó enteramente despejada la incógnita: el Conde iba á ser en Cataluña lo que Maroto habia sido en el Norte. Todos tratan ya de los medios de precaver otra traicion; se toman algunas medidas; se propone estrañar al Conde á Francia: por último se resuelve estar á la mira y evitar que estalle la exasperacion de algunos enemigos personales de Espagne, en tanto que no se ofrece una ocasion oportuna de inutilizar su accion absoluta, pues la junta, aunque superior en atribuciones no se atrevia á chocar con él. Lo mas á que se arrojó fué á desaprobar la quema de los pueblos y á rogarle que no la continuara; lo cual bastaba para que el Conde siguiese mas aferrado en su pensamiento.

La primera ocasion que se ofreció fué la del regreso de Francia al cuartel de Cabrera de los señores Oriols y Arnau, asesor y brigadier de su ejército. Con ellos discutieron los que deseaban proporcionar al Conde un medio decoroso de dejar el mando en gefe, el que ambos ejércitos de Aragon y Cataluña se reuniesen bajo la direccion militar de Cabrera siendo el Conde su gefe de E. M. con lo cual se lisongeaban de formar un todo completo. Cabrera aceptó el pensamiento, y poniéndolo en ejecucion se acercó al Ebro por Flix; pero los movimientos de sus contrarios le obligaron á retroceder precipitadamente, quedando así frustrado aquel proyecto que solo Cabrera hubiera hecho aceptar al Conde.

Este sabia que sus últimas disposiciones habian merecido una desaprobacion general y en muchos escitado una violenta desaprobacion; pero el temple de su alma se curaba poco de manifestaciones encogidas y cobardes, que solo le movian á tomar precauciones personales. En esta parte era profuso: aumentó hasta el doble su escolta ; á todas partes se hacia acompañar de uno de los batallones de mas confianza; cuando montaba á caballo mandaba reconocer á cuantos le inspiraban alguna sospecha entre los curiosos; si alguien deseaba hablarle era antes registrado por un mozo de la escuadra y aun asi no vivia tranquilo. ¡Implacable y santo remordimiento; tú eres el primero, y mas inexorable y mas justo de los castigos! Dios te ha dado morada en el corazon humano para que al mas ligero desliz te levantes y turbes sin cesar la conciencia y el sueño de los criminales!

El Conde de Espagne por su carácter, por sus antecedentes, por sus compromisos, era incapaz de reproducir en Cataluña la defeccion de Maroto en las Vascongadas, y sin embargo ¡sorprendente anomalía! aquello mismo que el hace en ódio inextinguible contra la causa liberal es aducido como prueba de su deslealtad por sus mismos partidarios. Muchas fueron las escitaciones, ya anónimas, ya amistosas que recibió desde Barcelona y de Francia, para que se pasase al ejército constitucional ó abandonase su posicion emigrando; las unas apelaban á la intimidacion, las otras á las afecciones del corazon presentándole al porvenir desgraciado de sus hijos. De todas sin embargo, hizo el mismo aprecio á pesar de que tenia la conviccion íntima, segun manifestó á Labandero en una conferencia, de que su causa estaba herida de muerte y solo viviria cuanto Espartero tardase en trasponer el Ebro con su numeroso ejército.

Si esta opinion hubiera podido ser anterior á los sucesos de Vergara ella habria sido la esplicacion mas racional del enigma incomprensible de su constante inaccion. Sus subalternos eran únicamente los que de cuando en cuando alimentaban la impaciencia de los voluntarios. Brujó solicitó á mediados de setiembre el permiso de atacar la villa fortificada de Camprodon, y el dia 21 del mismo mes de setiembre ya estaba con seis batallones en una casa de campo de sus inmediaciones llamada Burganete. Al dia siguiente colocó dos baterias é intimó la rendicion; y como no obtuvo respuesta, á las dos y media rompió el fuego, que causó bastante estrago. A las tres de la mañana ordenó el asalto, y no tardaron los carlistas en hacerse dueños de la parte alta de la villa, cuyos defensores pudieron retirarse á la segunda linea á las cinco de la mañana. De nuevo Brujó les intimó la rendicion y tampoco le contestaron. Entonces incendió todas las casas de que se habia apoderado y mandó dar un segundo asalto que fué igualmente infructuoso, pues sus tropas fueron rechazadas con mucha pérdida. Irritados los carlistas pusieron una batería en la puerta de Olot á 20 pasos de ella y pasaron la noche disparando infinidad de balas y gra-

nadas; pero viendo por último que sus tentativas no tenian ningun éxito, la mañana del dia 24 se retiraron despues de haber quemado cuanto pudieron, asesinado á 12 personas indefensas y cometido otros escesos. Hubo por parte de los defensores de la villa 5 muertos y 12 heridos, y por la de los carlistas pocos mas muertos y heridos. El general Valdés que el dia 25 se hallaba en Vallfogona, se dirigió el 26 á Camprodon, y obligó á Brujó á internarse en las montañas. El comandante de la columna móvil de Tarragona D. Salvador Desenvila el dia 22 de setiembre logró escarmentar en Mora Nueva á la gavilla de Basquete en un reconocimiento que intentaba practicar sobre el Ebro. El choque fué muy reñido y la pérdida bastante considerable, siendo muy sensible la que sufrieron las tropas constitucionales por la muerte del valiente ayudante D. Pedro Velasco, que dirijia las compañías durante el combate. Los carlistas perdieron tambien un comandante.

En el campo de Tarragona el Llarc de Copons notó algunos síntomas de sublevacion en su division por efecto de las noticias del Norte, y de acuerdo con algunos de sus oficiales, para desvanecerlos y al mismo tiempo comprometer á sus secuaces, el dia 23 de setiembre al amanecer les condujo con rápida marcha hácia los pueblos de Vendrell, Arbós, Villafranca y San Sadurní, en cuyos alrededores cogieron algunos labradores que no quisieron soltar sino despues que hubieron satisfecho una ruinosa cantidad que exijieron para su rescate.

El dia 26 la milicia nacional de Setós, punto fortificado de la derecha del Segre, se vió precisada á refugiarse en el ex-convento de Avingaña; mas el comandante de armas de Fraga D. José María Ugarte tuvo noticia oportuna y volando á su socorro, alcanzó á dispersar á los enemigos persiguiéndoles hasta la izquierda del rio.

Todos estos hechos parciales, que llevaban en pos de sí los mayores escesos, si bien tenian mucha parte del Principado sujeto por el terror á la férula de los carlistas, llegaron á hacer odiosa su causa á todos los hombres indiferentes en la lucha, que no eran pocos en el campo, y ya se sentian inclinados á los sentimientos de paz. Algunos campesinos, cansados de tantos atropellamientos, se pusieron de acuerdo y trataron de unirse para no ser víctimas de mas vejámenes de unos hombres, que obraban mas bien como una cuadrilla de bandoleros é incendiarios que como una fuerza militarmente organizada. Una partida compuesta de siete hombres procedentes de una de las divisiones carlistas que recorrian la provincia de Barcelona, robó el 27 las galeras que salieron de Esparraguerra. No bien hubo circulado por los alrededores esta noticia, cuando los paisanos de Masquefa se alzaron en somaten y fusilaron dos de los siete, con lo que quedaron los demas escarmentados. En lo sucesivo viendo los resultados de este ensayo, varias comarcas siguieron el ejemplo de Masquefa, y cuando por ellas aparecia alguna gavilla, echando á vuelo

las campanas de una poblacion á que contestaban las de las inmediatas reproduciendo y propagando todas el aviso como se reproducen y propagan los signos de un telégrafo, aplicando de este modo á las circunstancias de la guerra civil una de las costumbres que desde tiempo inmemorial, la tradicion ha legado á los catalanes. El toque de somaten ofrece en Cataluña un poder mágico: es un aviso imperioso, terrible que nadie puede desobedecer; á la voz de una campana sucede la de otra, y á esta la de otra, y asi hasta lo infinito, comunicándose como grito de alerta que de una á otra centinela recorriese los ámbitos de una muralla inmensa. Cada campana es eco de otra y encuentra en otra eco; desde luego comarcas enteras se ponen en movimiento, hasta los muchachos, hasta las mugeres; los paisanos vuelan á las armas, los unos cogen un palo, dos ó tres una azada ó cualquier otro instrumento, quien embraza un fusil, quien se arma de una escopeta, quien carga un trabuco, y todos abandonan sus hogares y sus habituales trabajos, y no vuelven á sus puestos sino despues de haber destruido ó hecho desaparecer la causa que les puso en alarma. Desgraciadamente un pais no puede debidamente organizarse en somatenes sin que haya en sus moradores unidad de pensamiento, y por esto son los somatenes un medio poco usado en las guerras civiles como de la que nos ocupamos. En la de Sucesion y hasta en la de Independencia, en que todos los pueblos participaban de una voluntad comun, el Principado debió á sus somatenes grandes y beneficiosas victorias. Tambien en tiempos normales en muchos puntos reportan de ellos algunas ventajas, ya sea para esterminar alguna gavilla de bandidos, ya para matar los lobos y los perros rabiosos, ya para conjurar otras varias catástrofes inminentes. Los somatenes presentan escenas tan pintorescas como imponentes y sublimes, y sus resultados son una prueba de cuanto puede la accion de muchos mancomunada y dirijida á un solo fin.

Los carlistas contaban en el Principado con grandes fuerzas de ejército que podian dividirse en fuertes columnas y abrumar las comarcas que invadian bajo el peso de sus armas, con lo que imposibilitaban la reunion de somatenes, porque estos solo son convenientes para luchar con fuerza inferior. Asi es que solo se reunian para destruir cualquiera pequeña partida destacada de la general del ejército, y para esto pocas veces se ofrecia ocasion, pues los partidarios de D. Cárlos tenian buen cuidado en no recorrer en pequeñas fracciones mas que el territorio que les era adicto. Con el incremento que la indolencia anterior de los constitucionales, el terror esparcido por Espagne permitió tomar á las tropas que acaudillaba no podian ser vencidas sino ocupando las constitucionales el pais militarmente. Las cosas habian llegado ya á tal estado que á ser otro el caudillo carlista, en la mala posicion económica de Valdés, hubieran podido tomar la ofensiva y equilibrar en pocas operaciones las fuerzas de los dos ejércitos beligerantes.

El espíritu público de los pueblos liberales estaba abatido, la milicia nacional casi completamente aniquilada; y aunque Valdés, sabiendo apreciar estos elementos ó de las circunstancias, procuró levantar el primero y desarrolló al segundo, su posicion era difícil y tropezaba á cada paso con obstáculos que no es de nuestro propósito revelar. No no era muy adicto al ministerio reinante, quien si lo envió al Principado fué solo por transigir con la opinion que reclamaba imperiosamente despues del incendio de Ripoll el relevo del Baron de Meer. Acaso por esto coadyuvó flojamente á sus planes teniendo á su ejército en un completo abandono que producia consiguientemente la paralizacion casi absoluta de las operaciones. En esta forzosa inaccion los comandantes carlistas de distrito ó corregimiento hacian impunemente correrias que sembraban el luto y desolacion. Valdés en tan desesperada situacion, aunque enemigo de medidas estrategales y violentas, tomó consejo de las graves circunstancias que le rodeaban y trató de proveer á su ejército á toda costa. Recurrió á un empréstito forzoso como único medio de que podia echar mano y al efecto encargó al ayuntamiento de Barcelona que señalase á cada capitalista la cantidad que le correspondia; pero los prestamistas opusieron á esta idea la mas tenaz resistencia por un espíritu injustificable de adhesion á su antecesor como si no fuese una misma causa la que ambos defendian. Valdés, herido en su amor propio y justamente indignado de la desigualdad bochornosa á que pretendian sujetarle, cambió en palabras duras y amenazadoras las blandas y casi suplicativas que antes usara. Despues de agotar amonestaciones y consejos, mandó conducir á la Ciudadela á varios comerciantes y propietarios rehacios que se habian empeñado por espíritu de bandería en no satisfacer las cuotas que en el empréstito se les asignaran. De esta suerte pudo lograr recursos con que emprender las operaciones; y si antes los hubiese obtenido, es probable que se hubieran evitado grandes catástrofes.

Tuvo el Conde de Espagne aviso el dia 7 de octubre de que el ejército constitucional habia emprendido movimientos y que parte de la columna de Carbó, que de Vich se dirigia á Torá, debia pasar por la brillante posicion de Collsuspina. Las órdenes de salirle al paso se dieron en el acto; pero la ejecucion por parte de el mismo Conde fué tan lenta que cuando los carlistas llegaron al Estani ya Valdés habia pasado á Granollers y Carbó estaba de regreso en Vich. Entonces desesperado el Conde resolvió atacar la villa fortificada de Moyá, á la cual al siguiente dia 8 puso sitio. Habiéndose negado los defensores á la primera intimacion de rendirse, fué inmediatamente ordenado el asalto, que se ejecutó á la noche. Los milicianos nacionales, y la guarnicion se replegaron despues de alguna resistencia á la iglesia de los Escolapios y á la parroquial, donde de nuevo se les intimió la rendicion como prisioneros de guerra so pena de incendiar la villa. Los de los Escolapios se negaron resueltamente, á no de-

jarles enteramente libres; los de la parroquial enviaron comisionados que el Conde hizo prender, cometiendo una vergonzosa felonía, porque no le acomodaban las condiciones. Asi es que al mandar al mediodia del 12 un nuevo parlamentario á la iglesia de los Escolapios, sus defensores lo recibieron á balazos. Enfurecióse el Conde; reune las compañias de preferencia y ordena el asalto á todo precio. La artilleria de montaña se acerca haciendo fuego á cuerpo descubierto; pero los constitucionales inutilizan con sus certeros disparos casi á quema ropa su dotacian, y apenas queda al iracundo Espagne recurso que emplear. Entonces un zapador presenta el medio de atar unas cuantas escaleras de mano por sus estremos para improvisar una grande que permita alcanzar á un lienzo de la iglesia; el medio es aceptado para que el mismo lo realice, y bien pronto á una pareja de escaladores sucede otra, que desde la bóveda empieza sobre los guarecidos en la iglesia un fuego certero, que introduce con la muerte el espanto y la confusion. Se aprovechan de aquellos instantes para bajar; pero son recibidos á balazos y á la bayoneta hasta que reforzados las asaltadores por nuevas parejas obligan á sus contrarios á ceder el punto. No bien penetran en él los carlistas, empiezan un degüello general en todos los infelices que en él se habian refugiado; la sangre corre abundantemente con espanto de los menos frenéticos... Moyá sufrió la suerte de Manlleu y de Ripoll. La conmiseracion de un oficial pudo únicamente salvar algunas mugeres y niños que encerró en un claustro.

Entre tanto los de la iglesia parroquial concertaban con Brujó una capitulacion por la que se entregaban prisioneros de guerra, salvando tan solo sus efectos domésticos; pero el Conde anuló villanamente la capitulacion efectuada, á pesar de las reclamaciones de Brujó, y no solo fueron aquellos infelices despojados de su escasa fortuna sino que en seguida sus hogares fueron entregados á las llamas. Si Moyá no pereció por entero como Ripoll, sus mejores edificios y la mayor parte de la poblacion fueron convertidos en ruinas. La desgracia de este pueblo, de no escasa importancia por su posicion topográfica, alarmó á todos los demás fortificados, porque cabalmente estaba colocado en la línea que mas recorrian las tropas constitucionales; y no habiendo á pesar de eso sido oportunamente socorrida, con menos razon podian ellos esperar un auxilio salvador.

Estos justos temores hicieron que los vecinos y defensores de Castelltersol enviaran una comision al Conde ofreciéndole la entrega del punto bajo condiciones amistosas que les fueron concedidas, haciendo solamente demoler las fortificaciones. A las desgracias de Moyá sucedieron las de Copons, pueblo que hubiera desaparecido tambien del mapa sin la heróica defensa de sus nacionales, que hicieron cejar á los carlistas con pérdida muy considerable.

La culpa de estos desastres era esclusiva del gobierno de Madrid que no enviaba nuevas tropas á su general sabiendo que eran insuficientes

Digitized by Google

las que en él operaban para proteger 300 pueblos que sostenian su causa esparramados de un ángulo al otro de Cataluña sin mas murallas muchos de ellos que los pechos de sus moradores. Estos pueblos temian no sin razon mayores males con el ingreso en las filas catalanas de los carlistas del Norte no adheridos al convenio, pues la proximidad á Francia facilitaba esta reunion, que debia suponerse la última esperanza del príncipe proscrito. Valdés contemplaba esta alarma con pena porque veia estrellarse sus buenos deseos por una parte en la escasez de sus fuerzas y por otra en la contumacia de sus adversarios políticos, que hacian todo lo posible para distraer su atencion del teatro de la guerra, desvirtuando así su popularidad. Para conservar el órden en la capital y al mismo tiempo aligerar la guarnicion del ejército, reclamado imperiosamente á campaña, hizo distribuir fusiles á las compañías de artillería de la M. N. y ordenó la formacion de una columna al mando del intrépido comandante Bellera. La primera de estas disposiciones desagradó sobremanera á muchos de los que se llamaban moderados, y se dijo que de acuerdo con el gefe político de Barcelona trataron de impedir que se llevase á cabo. Valdés llamó al gefe político y le reconvino: este le oficiò que abandonaba el destino y pidió pasaporte. El general se lo mandó al dia siguiente; pero luego el gefe, poniéndose sobre sí, le contestó de un modo destemplado. El segundo cabo, Seoane, que recibió la contestacion dirijida á Valdés, por tener este que marchar al amanecer, puso el oficio de la autoridad política en parage donde pudiese verlo el general en gefe; este se incomodó y dejó sus instrucciones al segundo cabo, segun los cuales debia de salir el gefe político en el primer buque de vapor que zarpase del puerto. Se puso enfermo Seoane y siguieron contestaciones con el general Pastors sobre este punto y sobre la formacion de algunas compañías de milicia que el gefe político y la diputacion provincial no querian que se formasen. A consecuencia de una supuesta asonada volvió el 2.° cabo á encargarse del mando y salió con una columna el dia 13 en que supo habia fraguada una conspiracion para privarles del mando á él y á Valdés. Creyó entonces llegado el caso de ejecutar las órdenes de este respecto al gefe político, á quien supuso al frente de la conspiracion: su cumplimiento fué rápido y enérjico. D. Simon Roda fué conducido á bordo de un buque de vapor que le trasladó fuera de Cataluña. Este golpe dado por un gefe militar á la primera autoridad política de una provincia fué sumamente estrepitoso, retumbó en la prensa periodística y causó una sorpresa general. Periódicos de todos los matices se ocuparon de este hecho y lo calificaron de gravísimo tomando unos la defensa del gefe político y otros la del general: defendieron á este los progresistas, y á aquel los moderados. El gobierno, aunque de este último partido, y sin duda en su interior reprobó la conducta de Valdés, no se atrevió á manifestarlo así, ya porque no quisiese aparecer cómplice en los actos del gefe político que provocaron la disposicion violenta

Digitized by Google

necesidad el reponerlos, si se ha de conservar aquella poblacion.

»Escuso molestar la atencion de V. E. presentándole razones para demostrar su importancia, limitándome á decir que desde que la ocuparon nuestras tropas no ha dejado un solo momento de estar bloqueada por el somaten del pais para impedir la entrada de víveres y socorros. Por otra parte el efecto moral que causaria la pérdida de Solsona, despues de los últimos desagradables acontecimientos, seria de la mayor trascendencia y pudiera conducir á fatales resultados.

»Es pues indispensable conservar á Solsona, y para conservarla es preciso socorrerla; operacion difícil y arriesgada que puede comprometer la suerte de la provincia y aun la del mismo ejército. Efectivamente, si para no desatender el resto del Principado, se destina una corta fuerza á la conduccion del convoy, el enemigo desde su posicion central y con las noticias y avisos exactos que tiene, puede caer sobre él é interceptarlo con tanta mas facilidad cuanto que la absoluta incomunicacion en que se hallan nuestras fuerzas cuando se separan á cierta distancia, lo harian probablemente inoportuno sino imposible. Si para evitar este riesgo se destina una fuerza considerable á la escolta del convoy, queda por precision debilitada nuestra derecha.

»El enemigo, que desde su favorable posicion observa nuestros movimientos, aprovecha la ocasion y dirige sus fuerzas sobre las escasas que yo haya podido dejar para la proteccion del pais, ó bien sino quiere aventurarse á la suerte de un combate, evita su encuentro y envia sus columnas sobre el Ampurdan, sobre el Vallés, sobre el Panadés y aun sobre el mismo llano de Barcelona. Nuestros puntos débiles fortificados, sin proteccion esterior, tienen entonces que sucumbir, proporcionando asi al enemigo las armas que le faltan, y dejan á su discrecion el pais que pueden saquear y asolar, pues que para ello le daria bastante tiempo la gran distancia que lo separaria del grueso de nuestras fuerzas empleadas en la conduccion del convoy á Solsona.

»La urgencia de proveer aquel punto no dá lugar á esperar que por medio de un ataque simulado ú otra estratagema militar se proporcione un momento favorable de que aprovecharse, pues que si se frustraba por uno de aquellos accidentes tan comunes en la guerra, quedaba Solsona en el riesgo mas inminente. No considero necesarias mas razones para convencer el ánimo y alta penetracion de V. E. de que Solsona debe conservarse, que para el efecto es preciso proveerla y que no es dable con las fuerzas de Cataluña en la situacion en que se encuentran verificar esta operacion sin un peligro muy probable, y sin aventurar la suerte del ejército, la del pais, y aun acaso la suerte general de la nacion por la prolongacion de la guerra y la duracion de unos males que acaso tocan ya su término. Es pues indis-

pensable que fuerzas esteriores vengan a auxiliar este ejército en esta operacion, única que puede ponerme en conflicto, si la guerra de Cataluña no toma otro carácter por los sucesos que pudieran sobrevenir en la parte del Ebro.

»Este auxilio me parece sumamente fácil el proporcionarlo, con solo reforzar la columna del alto Aragon hasta tres ó cuatro mil hombres, cuya columna pasando por Lérida ó Balaguer á reunirse con 2,000, de que sin grave riesgo puedo desprenderme para asegurar aquella operacion, trasladaria el convoy á Solsona, interin que con el resto de las fuerzas observaria los rebeldes y estaria pronto á paralizar sus empresas, sin dejar en descubierto el interesante pais que en otro caso, repito, quedaria espuesto al furor y vandalismo de nuestros enemigos. Terminada esta operacion, y no siendo ya absolutamente necesario el auxilio de aquella fuerza, regresaria inmediatamente á su destino.

»El oficial á quien he encargado la interesante mision de poner en manos de V. E. este pliego, podrá entrar en detalles que harian sumamente difuso este escrito. Sus conocimientos poco comunes, la circunstancia de haberse hallado prisionero del enemigo, lo que le ha proporcionado el conocerlo, y el haber hecho toda la guerra en este ejército, le facilitan el poder satisfacer á V. E. en todos los pormenores de que acaso quiera enterarse para tomar la determinacion mas conveniente.

»Nadie mas convencido y penetrado que V. E. de la necesidad de proteger estas industriosas provincias, y seria molestar á V. E. de sus altas é interesantes ocupaciones el insistir mas sobre una reclamacion tan justa y tan fundada, prometiéndome por lo tanto que al elevarla al conocimiento de S. M. la Reina Gobernadora, procurará V. E. inclinar su real ánimo á acceder á ella, y evitar á Cataluña, que tantos sacrificios tiene prestados en esta sangrienta lucha, los males que sin este oportuno socorro pueden afligirla en el momento preciso en que los favorables sucesos del Norte le hacen esperar un pronto desenlace y el fin de tantas miserias y calamidades.—Dios guarde a V. E muchos años.—Cuartel general de Manresa á 17 de octubre de 1839.—Geronimo Valdes.—Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

Para deshacer el error ó mala intencion de los que achacaban á Valdés el estado de Cataluña, no será inoportuno presentar aquí una reseña comparativa de la situacion del Principado en épocas próximas y de los medios con que aquel gefe contaba para dominarla. El ejército de Cataluña compuesto de unos 23,000 hombres tenia para las operaciones solo 9,200 disponibles que se hallaban divididos en tres divisiones. La primera, subdividida en la época de Meer en primera y vanguardia, operaba en el centro del

pais en direccion de Manresa á Berga ; la segunda cubria por la izquierda parte de las provincias de Tarragona y Lérida, protegia los puntos fortificados, los proveia y relevaba sus guarniciones, y perseguia á Ibañez que con 2.400 hombres, ya reunidos, ya divididos, obraba sobre el partido de Villafranca, y desde las orillas del Llobregat estendian sus asoladoras escursiones por el campo de Tarragona y el Priorato hasta la orilla izquierda del Ebro. La actividad de Ibañez absorvia la atencion de toda la segunda division y la imposibilitaba para concurrir á ninguna operacion combinada.

Una brigada de la tercera division, compuesta de mil doscientos hombres, cubria la linea del Ter y todo el distrito de Vich, y operaba segun los movimientos que hacian los enemigos. Las demas tropas estaban ocupadas en guarniciones ó formando pequeñas columnas para librar la Cerdeña de incursiones enemigas. Por consiguiente, hecha la debida deduccion, para una operacion sobre el centro ó para socorrer puntos del resto de la linea solo se contaba con poco mas de cinco mil hombres.

Poco antes de la llegada de Valdés habian ocurrido los desastres de Pons, Manlleu y Ripoll, y todo en el pais era consternacion y desaliento. Además debe tenerse presente que las fuerzas enemigas que operaban en Cataluña en los tiempos del Baron y en el primer mes del mando del general Valdés, estaban reducidas á siete mil hombres de los cuales una tercera parte eran tropas irregulares. Un año hacia que se estaba organizando otra fuerza igual procedente de las quintas verificadas por los enemigos, la cual no habia salido jamás de sus puertas sino para hacer el ejercicio. Esta nueva division perfectamente organizada por Espagne, cuyo génio organizador le permitia rivalizar con Zumalacárregui, estaba compuesta de once batallones muy brillantes aunque no fogueados, con los que no tuvo que luchar el Baron de Meer, pues entraron en campaña desde el mes de agosto. Con respecto á la politica de Valdés, á pesar de la intolerancia de los partidos y á pesar de que la persecucion y los atropellamientos de los unos habian enconado fuertemente los ánimos de los otros, Barcelona gozaba de tranquilidad sin desórdenes de ninguna especie. Ni las luchas electorales, que tantos ódios politicos siembran, ni las artes acaso de algunos en suscitar barullos, lograron durante el mando de Valdés perturbar el órden: las elecciones fueron disputadísimas, tal vez las que mas de la época presente, y se verificaron bajo la sombra protectora de la ley sin la presencia de una sola bayoneta.

No era tan llano para Valdés el camino en la parte administrativa, porque los apuros eran inmensos. El presupuesto de la guerra por todos los ramos importaba la cantidad mensual de ocho millones y mas de cuatrocientos mil reales, y las rentas totales de Cataluña no pasaban de seis millones, de modo que quedando descubiertos los presupuestos de los demás ministerios, faltaba solo para el de la guerra una cuarta parte. Para

sufrir hasta cierto punto este considerable déficit se impusieron las diputaciones provinciales un adelanto mensual de dos millones y medio, reintegrados por la contribucion estraordinaria de guerra decretada ya en época anterior ó por otra de la misma especie que se impusiese en adelante. Pero este auxilio fué nulo en la provincia de Tarragona, cuya diputacion no aceptó este acuerdo, y en la de Lérida, á la que ya no eran posibles mas adelantos y sacrificios. La de Barcelona pagó próximamente su cupo, y solo la de Gerona lo llenó con religiosidad. Con este auxilio y el sistema de préstamos ó adelantos, hipotecando á su reembolso las rentas mas pingües y de productos mas saneados, se entretuvieron malamente las atenciones del ejército, contrayéndose sin embargo crecidos descubiertos en las clases activas y pasivas.

A la llegada del general Valdés los productos de las rentas se hallaban disminuidos por falta del pago de contribuciones de distritos talados é incendiados por los enemigos, cuyos habitantes gravaron por algun tiempo sobre la hacienda pública y despues sobre las corporaciones filantrópicas y habitantes de las grandes poblaciones. El general Valdés halló las cajas sin un real, é hipotecadas al reintegro de anticipaciones la renta de puertas, la de salinas y una parte de los rendimientos de las aduanas, y si á esto se agrega la necesidad sucesiva que hubo de reintegrar los depósitos judiciales á medida que fallaban los tribunales los litigios pendientes, se podrá formar una idea, aunque imperfecta, del estado de estrema penuria con que el general tuvo que luchar.

El adelanto conocido con el nombre de *déficit* en cuyo otorgamiento y exaccion entraba el patriotismo de los habitantes y corporaciones populares, caducó en su mayor parte á la llegada de los generales Valdés y Seoane por cansancio de los contribuyentes, por la mala voluntad de ciertos hombres de partido y por haber cesado los temores infundados por las medidas ilegales y violentas á que ya ningun ciudadano se consideraba espuesto desde que tomaron el mando los nuevos gefes militares, y este auxilio mas faltó para las atenciones de la guerra. De aquí nacieron no pocas quejas de los acreedores y corporaciones, de las que se deducian argumentos contra los nuevos generales, que el espíritu de partido esplotaba y que la credulidad pública repetia, sin tomarse el trabajo de averiguar las causas de donde procedia el aumento de la miseria.

Pero la maledicencia y el espíritu de oposicion sistemática quedaron bien pronto destruidos por algunas ventajas de grande consideracion que obtuvo Valdés sobre los carlistas. Consiguió por fin este general que el ejército de Espartero se desmembrase de algunas fuerzas para aumentar las reducidas con que tenia que mantener á raya las huestes enemigas que diariamente iban adquiriendo mayor desarrollo. El general D. Antonio Azpiroz llegó á Lérida el dia 7 de noviembre con 4 aguerridos batallones, un brillante escuadron, una compañía de zapadores y una batería de lomo.

Al dia siguiente se puso en marcha para Cervera, y pocos dias despues sus fuerzas reunidas á las que se hallaban bajo el inmediato mando de Valdés, se prepararon para introducir un convoy en Solsona, lo que los carlistas querian impedir á toda costa. La entrada en Cataluña de Azpiroz coincidió con la del carlista Balmaseda, quien se puso al frente de la caballería del Principado. Para embarazar la marcha de las tropas constitucionales, todas las fuerzas carlistas en número de 9,000 infantes y 600 caballos al mando de Brujó se situaron en las alturas de Milagro y camino de Solsona, sobre Biosca, y en realidad disputaron con empeño el paso del convoy para el fuerte de Solsona. El dia 14 á la una de la tarde principió un vivísimo fuego de parte de los carlistas; pero fueron rechazados por las columnas constitucionales, aunque no sin haber antes choque de lanza y sable entre una y otra caballería, siendo la carlista como hemos dicho, mandada por Balmaseda, quien para esta sola operacion dejó el ejército de Cabrera, pasó el Ebro por las barcas de Flix y se incorporó en Berga con los carlistas catalanes. La pelea duró hasta el anochecer de aquel dia en que el convoy entró en el punto de su destino, quedando los combatientes acampados á poca distancia unos de otros. La accion fué empeñadísima y una de las que mas brillo dieron á las armas de la libertad. En vano el grueso de los carlistas de Cataluña, sabiendo la necesidad en que estaba Valdés de verificar la conduccion del convoy con toda urgencia, se reforzó para impedirlo con dos escuadrones y alguna infantería de las tropas del mando de Cabrera; en vano ocupó el pueblecillo de Peracamps aspillerándolo, y retrincheró las formidables posiciones que desde Biosca á Solsona dominan el camino que los constitucionales debian atravesar en el espacio de seis horas. Emprendieron estos el dia 14 esta difícil operacion en medio de una densa niebla, arrojando de sus parapetos y posiciones á los enemigos, siendo todo el dia una série de triunfos, tanto mas rápidos, aunque tambien tanto mas sangrientos, cuanto mayor era la necesidad de que se concluyese antes de la noche la entrada del convoy en la plaza. El 15 por la mañana continuaron los carlistas hostilizando infructuosamente á los constitucionales, que en número muy inferior al suyo quedaron sosteniendo las posiciones mientras se hizo el corte de leña y se introdujo el convoy en la plaza, que en aquel dia quedó abastecida. El 16 emprendió la marcha el ejército de Valdés á sus respectivos cantones no menos embarazado que á la ida por la precision de conducir sus heridos, pues la falta de hospitales y de medios de curacion en Solsona no permitia dejarlos en ella faltos de la debida asistencia. Los carlistas deseosos de vengar la afrenta recibida en los dias anteriores, se empeñaron por tercera vez, prevalidos de la embarazosa situacion de sus adversarios, en oponerse á su tránsito, pero por tercera vez recibieron una dura leccion de los constitucionales. Tres dias de continuos ataques de difíciles retrincheradas posiciones, que el enemigo no abandonó sino despues de tenaces esfuerzos, no

pudieron llevarse á cabo sin la sangre de muchos valientes gefes, oficiales y soldados que con ella sellaron el juramento que hicieran de morir por la causa de la libertad. La pérdida de los constitucionales fué considerable, pues, aunque de los 9,000 hombres solo la mitad entró en accion, tuvieron 300 fuera de combate; pero mayor todavia fué la de los carlistas, quienes en la accion del 14 retiraron 800 heridos, de los cuales 400 se curaron en los hospitales de Vallera y la otra mitad en Berga. Un batallon del Llarch casi dejó de existir, y la caballeria de Balmaseda quedó reducida á menos de la mitad despues de haberse batido bizarramente causando bastante mella en los constitucionales y haciéndoles porcion de prisioneres que luego fueron rescatados, á escepcion de 12, entre los cuales se encontraban un comandante y un capitan. La accion de Peracamps en suma fué una de las mas reñidas y sangrientas de toda la guerra, y sin duda la que mas en Cataluña: allí jugaron todas las armas; formidables posiciones fueron conquistadas y perdidas varias veces á la bayoneta; y los catalanes hicieron ver en aquella ocasion hasta donde la disciplina puede aumentar su natural belicoso.

Fácil es de presumir el efecto moral que la derrota de Peracamps produciria en el ejército carlista: lo que no es tan fácil de concebir es el que produjo tras ella la voz que rápida aunque rumorosamente se estendió por todo el Principado de la muerte del Conde de España, á quien sus enemigos políticos y muchos de sus amigos llamaban el Calígula de los tiempos modernos. Nosotros reservamos para su detallada y concienzuda biografía la esposicion de todas las vicisitudes que le condujeron á su trágico fin: aqui solo apreciaremos superficialmente sus consecuencias sobre los intereses generales. Por mucho tiempo sus verdugos guardaron un secreto tan riguroso acerca de su fin, que permaneció ignorado muchos dias, y si casualmente no se hubiese encontrado el cadáver de aquel hombre temible, hubieran tal ver transcurrido meses y meses alimentándose el pueblo de mil noticias vagas y contradictorias que antes de la aparicion de sus restos se dieron relativamente á su paradero. Sobre este asesinato la relacion que entonces corrió mas autorizada decia que el dia 28 de octubre una partida procedente de la parte de Berga llevaba á Espagne muy atado, que le tuvo tres dias en las inmediaciones de Orgaña, mudándolo de puesto con el mayor misterio hasta el 31 que llegó de Avia á Orgaña el vocal de la junta de Berga D. Narciso Ferrer, pues aquel dia lo trasladaron á las diez de la noche á Casa Casellas con el mayor sigilo. En los tres dias que le tuvieron allí, notaron sus habitantes que el vocal Ferrer hacia varios viajes de Orgaña á Casellas, pero con mucho disimulo, y que permanecia allí largos ratos. Cuando el vocal no estaba en Casa Casellas los escritos eran frecuentes al vocal en Orgaña, de lo que deducian algunos que se querian sacar al preso algunas revelaciones. Esto duró hasta el dia 3 de noviembre en que sacaron al ex-capitan general por la noche sin que se supiese mas de él hasta el 5

por la mañana que fué encontrado sobrenadando en el Segre. Sin duda no creyeron sus asesinos que saliese tan pronto á la superficie del rio, pues como le sobraban cuatro ó cinco varas de cordel despues de muy atado, es de pensar que de este cabo colgaron una piedra para que se mantuviese en el fondo; pero sin duda la violencia de la caida de la corriente hizo desprender la piedra, y entonces fué el cadáver arrastrado hasta frente del Coll de Nargó. Despues se supo que fué arrojado al rio desde el puente de los Espias, punto por donde le pasaron en hombros cuando llegó de Francia para tomar el mando del ejército carlista en Cataluña.

Era tal el terror que Espagne inspiraba y tal el concepto que de estravagante tenia, que cuando en Berga tuvieron noticia de su muerte, los habitantes se la fueron comunicando unos á otros con el mayor sigilo, y nadie se atrevia á manifestar abiertamente la impresion que les causaba este suceso, porque todos llegaron á persuadirse que era una treta de que se valia para descubrir el ódio ó el cariño que cada cual le profesaba. Todos creian que Espagne mismo habia hecho circular la noticia de su muerte para que, dándola por cierta, sus enemigos no le tuviesen miedo y revelasen sus sentimientos hablando de él con completa libertad. Tan general era esta creencia que por espacio de algun tiempo en el pais dominado por los carlistas no se oian mas que estas espresiones ú otras análogas: «Dicen que Espagne ha muerto.... para el tonto que lo crea; farsa suya! Todo es una farsa!

Hubo quien supusiese que Espagne estaba en relaciones secretas con el gobierno constitucional para pacificar las provincias del Principado por el estilo que se pacificaron las Vascongadas, y que habiendo sido descubiertas estas relaciones, la junta para esterilizarlas inmoló al ex-conde á su obstinacion en no transigir jamás con sus adversarios. Otros, al contrario, supusieron que los individuos de la junta y los gefes carlistas querian transigir con el partido liberal, y que Espagne fué víctima de la tenaz oposicion que hizo á toda idea de convenio. De estas dos opiniones, tan aventurada y falsa es la una como la otra. La conducta sangrienta que observó Espagne con los constitucionales aun despues de los sucesos de Vergara prueba bien que no trataba de reconciliarse con ellos; les habia hecho demasiado mal para no conocer que toda reconciliacion era imposible. Tampoco hay motivos para creer que los cabecillas catalanes y los individuos de la junta de Berga tuviesen deseos de transigir con los partidarios de Isabel, y que diesen muerte á Espagne por ser él quien contrarestaba estos deseos. Si esta hubiese sido la causa del desastroso fin del general ¿no es evidente que muerto este se hubieran llevado á cabo sus planes? Sin embargo, no fué asi; muerto Espagne, la guerra se hizo en Cataluña con el mismo encarnizamiento; ningun caudillo, ningun individuo de la junta se acogió al convenio, y solo abandonaron los carlistas sus pretensiones obligados por la fuerza de las circunstancias ó los sucesos

de la guerra. Hemos visto que entre los carlistas del Principado habia grandes desavenencias, como las hubo entre los del norte; pero estas desavenencias eran de índole distinta y de tendencias bien diferentes. En Cataluña las disensiones eran casi esclusivamente hijas del carácter del pais.

La junta de Berga, mas que para satisfacer la vindicta pública, por alejar de sí toda sospecha de complicidad en el asesinato, dispuso la formacion de una causa en la villa de Orgaña, que solo sirvió para hacer mas escandalosa la impunidad de algunos que, sino ejecutores, podian tal vez considerarse los verdaderos autores del crimen.

Muy al contrario la junta, muerto el Conde, empezó por separar á todos los que se habian mostrado mas adictos á su persona ó á su política por útiles que fuesen sus servicios á la causa carlista. Perez Dávila fué separado del mando de la 1.ª division; Camps, coronel de la caballeria, sufrió igual suerte; Gomez y Lago, comandantes, igualmente que todos aquellos designados con el nombre de *castellanos*. Labandero, á pesar de que su carácter le habia grangeado muchos amigos entre los catalanes, su intimidad con el conde y la persecucion que habia hecho de los inmensos fraudes administrativos que cometian algunos gefes de division, fueron causas mas que suficientes para su inmediata destitucion, quedando la hacienda que él habia organizado á cargo de una comision de la junta. Marchó luego al Bajo Aragon donde Cabrera le nombró gefe de la administracion de su ejército; y de esta suerte evitó acaso la repeticion de la tentativa de asesinato en que sorprendió al hermano de un individuo de la junta. De los otros gefes separados, unos se presentaron tambien á ofrecer sus servicios á Cabrera; otros se marcharon á Francia á aumentar la grande emigracion carlista que produjo el convenio de Vergara.

El Conde de Espagne cuando fué asesinado acababa de ser depuesto de la comandancia general de Cataluña por una órden fecha en Paris, estando su corte en Bourges, y autorizada por Ramirez de la Piscina que la envió á la junta para su ejecucion. El sucesor nombrado fué Segarra, quien, ya fuese por las condiciones de su elevacion, ya por estar enfermo, ya por otras razones que entonces tuviese, se entregó casi enteramente á la discrecion ó dominio de la junta, cuyas miras secundó. En la parte militar este nuevo y breve periodo de su mando tampoco se distinguió por ninguna empresa trascendental. Rodeó su persona de una brillante y numerosa escolta, y pareció al pronto que dejaba rodar los acontecimientos.

La prevision de Valdés habia dispuesto una especie de reten de 1,500 hombres en Manresa, que debia evitar las irrupciones que los carlistas desvandados pudiesen hacer en Sellent, Balsareni y demas pueblos comarcanos. Esta columna llegó luego hasta Serrateix reanimando el espíritu abatido de aquellos habitantes.

En la noche del 10 al 11 de noviembre el comandante de la columna del Vallés D. Francisco Bellera hizo poner en marcha desde San Feliu de

40

Codinas 160 infantes del 1.° provisional movilizado de Castelltersol y de la ronda de Granollers. Al amanecer salió él del mismo San Feliu con el resto de la columna, dando una batida general hasta llegar á las paradas, resultando de ello que á las once del dia unos 20 carlistas que se hallaban metidos por las casas de campo y bosques, escapando de la batida dieron con las paradas de Monistrol, que trataron de batirlos á la bayoneta para abrirse paso; lo que les fué imposible, quedando muertos en el campo un granadero y dos cornetas, todos del batallon núm. 20.

El dia 27 fué negligentemente circunvalado el pueblo de San Juan de las Abadesas por una fuerza de 2,500 hombres con tres piezas de montaña á las órdenes del Llarch de Copons. El pueblo contaba con una guarnicion de 2,000 soldados y estaba bastante bien fortificado. Recibió con desprecio algunos proyectiles que le arrojaron y no notó en el enemigo mucho empeño en apoderarse de él, lo que hubiera sido empresa bastante árdua. El Llarch con esta operacion solo se propuso distraer las fuerzas constitucionales á fin de que el grueso del ejército carlista reunido en San Boy pudiese dirigirse contra algun otro punto, y se retiró inmediatamente cuando supo que el general Carbó, que se hallaba en Gerona, se dirigia á Olot con todas las fuerzas disponibles.

En las inmediaciones de Tortosa una partida de 70 carlistas bajó á la ribera el mismo dia 27 con tres cañones de á cuatro y 15 artilleros, y frente la Caba se apoderó de dos barcos, uno de ellos correo, los saqueó completamente y pegó fuego al que llevaba la correspondencia, á pesar de que ambos buques iban escoltados por faluchos de guerra que tuvieron que abandonar el campo. De resultas de algunos papeles que hallaron los carlistas en la valija fusilaron á dos infelices de Ulldecona, de los cuales el uno tenia tres hijos consigo y otro en el ejército constitucional.

Por último el dia 28 el comandante liberal D. Francisco Bellera salió de Castelltersol con objeto de saber la direccion del enemigo, y en la mañana del mismo dia divisó una columna carlista de 2,500 hombres y 100 caballos. Aunque eran sus fuerzas muy inferiores, no le permitió su intrepidez huir del combate, y cobrando mayor aliento con la noticia que tuvo de la proximidad del general en gefe, atacó á los contrarios, los llevó es retirada por espacio de tres horas y les hizo 16 muertos, 2 prisioneros y muchos heridos, sin que por su parte ocurriese mas novedad que la de tres heridos y dos contusos.

La escasa importancia de todos estos hechos revela claramente el estado de desorganizacion y abatimiento en que, despues de la muerte del conde de Espagne, al terminar el año 39, habia caido el ejército carlista de Cataluña. Los hombres sensatos que no quisieron cerrar sus ojos al espectáculo que aquel pais ofrecia, debieron prever su próxima disolucion. Y si estendieron sus miradas á un horizonte mas grande, si abarcaron la península entera, debieron conocer que la ruina de la causa con tanto valor sostenida

durante siete años era inevitable, porque ni la energia de los hombres, ni su heroismo, ni el poder del genio alcanzan á doblar el fatalismo de los sucesos ni á arrollar la marcha del siglo. Cabrera, investido tambien con el mando en gefe de las fuerzas catalanas por la muerte de Espagne, no es desde este momento mas que un mero testimonio de esta verdad histórica: los hombres pueden ser los pilotos, pero no las áncoras de las naciones cuando su destino es marchar; pueden dirigir su rumbo, pero no encadenar su movimiento. El buque marchará arrastrando su ancora.

Cabrera, empero, ó desconoció esta verdad de todos los tiempos, ó quiso locamente luchar con la fatalidad, abrumado con el enorme peso de todo el ejército del Norte, es decir, con 80,000 infantes 6,000 caballos y 100 cañones: hizo ante los suyos mayores alardes de entereza de espíritu, manifestó mas grande confianza en sus recursos y casi mayor seguridad del triunfo.

Estas ilusiones ó eran consejo del cálculo ó inspiracion de un valor temerario: pudieran ser tambien efecto de una desesperacion magnánima si los hechos posteriores no destruyeran tal suposicion. Recorrió activo la derecha del Ebro promoviendo las fortificaciones de Flix, Miravete y Mora de Ebro, que debian en la desgracia proteger su retirada, y pasó en seguida (el 3 de diciembre) á Cataluña con solo su escolta para tomar posesion del mando y acaso para poner en armonia las operaciones de las fuerzas de un lado y otro del rio. Pero el pensamiento fué contrariado por los movimientos de sus contrarios que á los cuatro dias le precisaron á repasar el Ebro, dejando á los carlistas de Cataluña en su especie de horfandad y mútua desconfianza.

Dentro del año que nuestra pluma acaba de recorrer hemos visto á la causa de D. Cárlos tomar en el Principado su mas grande incremento, llegar al zenit de su poder y principiar su descenso. Este periodo de declinacion, es el que vamos á trazar en el siguiente capítulo.

CAPITULO XI.—1840.

Espartero reune el mando del ejército de Cataluña y Van-Halen sustituye á Valdés. —Carbó rechaza una espedicion carlista al Ampurdan.—Buerens derrota á los que se oponen á la introduccion de un convoy en Solsona.—Enfermedad de Cabrera.—Espedicion de los catalanes al Alto Aragon siendo rechazados de Benavarre.—Carbó destruye las oficinas administrativas de Alpens.—Memorable batalla de Peracamps.—O'Donell persigue á Cabrera desde Gandesa.—Ultima accion que este dá en la Cenia.—Pasa el Ebro.—Entra en Berga: toma posesion del mando de aquellas huestes; desercion de Segarra: prisiones y fusilamientos.—Rendicion de Berga.—Emigracion de Cabrera y su ejército á Francia que produce la terminacion de la guerra civil en toda España.—Consideraciones.

Asi como Don Cárlos habia creido necesario concentrar todo el resto de su poder en las manos de Cabrera para salvar tal vez su causa en los momentos de su agonia, tambien la córte de Madrid, para acelerar su triunfo, habia juzgado conveniente depositar el suyo en el poderoso y afortunado brazo de Espartero. Por decreto de 18 de enero al mando en gefe de los ejércitos reunidos se le añadió el del principado de Cataluña, que la suerte de las armas parecia destinar para ser teatro de la última escena de aquella sangrienta lucha. Tales eran tambien los planes de Espartero: «Asi que consigamos este

Digitized by Google

»bien (el de la paz) en Aragon y Valencia, decia en una alocucion al ejército »de su nuevo mando, triunfando de los feroces enemigos que hasta ahora »lo retrasan, me tendreis entre vosotros con las fuerzas suficientes hasta »completar el esterminio de los de Cataluña. Mientras tanto, y ya que »la falta de salud del digno teniente general D. Gerónimo Valdés le ha »privado de seguir á vuestra cabeza, dirigirá las operaciones el no menos »digno teniente general D. Antonio Van-Halen, nombrado por S. M. gene»ral en gefe interino y capitan general propietario de Cataluña.»

Aunque Valdés por el estado de su salud no tomaba personalmente una parte muy activa en las operaciones de campaña, sus miras no se apartaban de ella y los generales que obraban á sus órdenes sabian secundarlas, como lo demuestra el hecho siguiente. Los carlistas catalanes en número de 3,000 infantes y 100 caballos quisieron hacer una incursion al Ampurdan á fin de sacar de aquel fértil pais los recursos de que carecian y amedrentarlo por el terror. Carbó, siempre diligente para acudir á libertar á su pais de la devastacion de los enemigos, reune sus tropas y marcha en su persecucion. Asi que les alcanza, forma su division al pie de los tres brazos paralelos que constituyen las colinas de las Timbas de Coll Sasfons en cuyos estremos se apoyaba la línea enemiga, disponiendo al mismo tiempo que las escuadras de gastadores destruyesen un puente de madera de sólida construccion que de antemano habian los carlistas echado sobre el Ter en la falda de Coll Sasfons. Mientras se ejecutaba esta operacion, todas las columnas avanzaban impetuosamente, sin que las formidables posiciones que los carlistas ocupaban con orgullo, ni el empeño que en sostenerlas manifestaron atrincherados en los riscos, cortadas y malezas, detuviese la decidida carga de los soldados de la reina contra quienes se asestaba la muerte desde cada piedra y cada árbol. Lograron por fin á costa de mil afanes y riesgos coronar las alturas de las Timbas, y entonces sus bayonetas se cruzaron con las de no pocos carlistas que prefirieron morir como valientes, á imitar á la mayor parte de sus compañeros que llenos de terror se dispersaron vergonzosamente. La pérdida de los carlistas fué de 5 oficiales y 30 individuos de tropa muertos, no llegando á 200 los heridos que entraron en Alpens. Los vencedores la tuvieron poco inferior, aunque muy corta comparada con las dificultades que tuvieron que vencer. Entre los muertos quedó el malogrado capitan don Alejandro Colubi que se habia distinguido honrosamente en el discurso de toda la campaña y á quien un esceso de valor condujo allí á morir en una brillante carga á la bayoneta.

Tambien el capitan D. Francisco Periquet, por medio de una empresa atrevida, consiguió sorprender la partida de celadores de montaña que con el administrador de Tribia se empleaban en cobrar las contribuciones; y el resultado fué quedar prisionero el referido administrador, cuatro muertos y en poder del vencedor varias armas de fuego.

En la alta montaña los triunfos eran mas sangrientos si bien mas glo-

riosos. El que consiguió Buerens introduciendo un convoy en Solsona es uno de los mas brillantes que ilustran la historia de este general. El 31 del mismo mes de enero hizo trasladar el convoy á Biosca y acantonarse las tropas desde este punto al de Masoteras, cantones los mas avanzados y de que no podia prescindirse en aquella estacion. Al amanecer del siguiente dia continuó la marcha sabedor de que el enemigo le esperaba con toda su fuerza, y á la hora de las doce ya se hallaba á la vista de la formidable posicion de Peracamps, que ocupaba con bastante número sin dejarse ver en ningun otro punto, por lo que dedujo preparaba algun movimiento oculto sobre su retaguardia ó flancos. En este convencimiento y dispuesto á esquivar á toda costa dicha posicion de Peracamps, cuya toma exigia perder hombres y tiempo, á cual mas precioso en aquel instante, continuó su marcha separando del camino el convoy y dándole una direccion casi paralela á la de aquel. Esto le permitió llegar á la altura de Peracamps, desde donde la division de Azpiroz tuvo ya que empezar á sostener de flanco el fuego y ataques del enemigo que no cesó de hacer en toda la tarde descendiendo de la posicion que ocupaba, y de la que por repetidas veces fué rechazado. Empeñado ya así el fuego, apareció la fuerza principal enemiga sobre la retaguardia, y en ella se trabó el mas reñido combate, que sostuvo brillantemente la brigada Castillon, distinguiéndose la compañía de cazadores del batallon de Málaga, y muy principalmente el batallon primero de Saboya al sostener una posicion en la que con su sangre dejó sellada su disciplina, firmeza y valor. La accion desde entonces se hizo general; mas habiendo Buerens formado la línea de batalla dando el frente á retaguardia, tuvo ya el enemigo que adelantarse con la mayor circunspeccion para ocupar el terreno que sus tropas le dejaban marchando por escalones, y las veces que quiso mostrar su valor y osadía, recibió un terrible escarmiento delante de las divisiones Azpiroz y Alvarez ofreciendo á las compañías de preferencia de Badajoz y Toledo la ocasion de que sus nombres se repitiesen en el campamento en honor de los cuerpos y provincias á que pertenecian.

Seguia Buerens su marcha deseoso de aprovechar en ella las pocas horas que quedaban de dia; mas el enemigo, interpretando malamente el movimiento, avanza denodado sobre la izquierda aunque en vano. Al apoyo de los batallones 1.° y 2.° provisionales, que marchaban en masa al compás de sus músicas despreciando el fuego, dispuso una carga de caballeria el distinguido coronel de estado mayor Martinez, llevada á fondo con cuatro mitades del 4.° de línea por los capitanes Casanova y Caro, y recogió esta arma la gloria de un resultado casi instantáneo, dejando de existir mas de cincuenta de ellos. Este hecho y otro amago de carga que en ala derecha hizo la mitad de cazadores de la Guardia Real, fué señal de la casi suspension total de hostilidades en este dia, permitiendo á los constitucionales continuar libremente hasta cerca del Hostal del Boix, donde tambien el

enemigo presentó fuerzas para detener el convoy. Empero tambien fueron rechazadas y siguió ya tranquilamente á Solsona, y tras él todas las tropas, menos algunos batallones que dejó en posicion acantonados, y en casas de campo distantes hora y media de aquella ciudad, entre las cuales una sirvió de hospital á 60 heridos que fué preciso dejar allí aquella noche y dias siguientes protegidos por el batallon granaderos de Oporto, cuyos gefes y oficiales cuidaron de la curacion y asistencia, empleando hasta su ropa y víveres con el mas filantrópico celo. La oscuridad espantosa de la noche, el mal estado de los caminos, la recia y fria lluvia que caia sin cesar desde media tarde, la numerosa caballería, artillería, convoy y heridos, la necesidad de hacerlo desfilar todo por un solo camino y de sujetar la marcha de las tropas á tan embarazosos objetos, retrasó muchas horas la entrada en Solsona, no habiéndola podido verificar algunos cuerpos hasta el siguiente dia: esta noche cruel produjo solo la muerte de algunos bagages débiles, cuyas cargas se inutilizaron sin que el mas pequeño efecto de guerra fuese presa del enemigo. Consagróse el siguiente dia á abastecer el castillo de leña y víveres, relevar la guarnicion y curar los heridos, y todo se hizo en medio del mas desecho temporal de aguas y nieves que puede esperimentarse en tal estacion y en aquellas montañas. La tropa estaba rendida de fatiga por la marcha y combate del dia anterior; la lluvia no permitía al soldado sacudir el barro en que estaba envuelto, ni podia salir de su alojamiento que lo constituian casas arruinadas, sin paja, leña ni habitantes; todo indicaba que el temporal continuaria, con el cual era imposible marchar conduciendo mas de 150 heridos, en camillas muchos de ellos. Resolvió pues Buerens descansar el dia 3 y esperar el siguiente para regresar precisamente por la falta de víveres.

A su salida diluviaba, nevaba copiosamente y granizaba con la mas fuerte ventisca; el temporal y el piso no permitian adelantar la marcha; los heridos sufrian considerablemente; los que los conducian atravesaban con ellos los arroyos y rios con agua á la cintura; mas era indispensable marchar, y por el mismo camino que lo habian verificado el dia primero. Situaciones semejantes son las de prueba para el soldado español. Nuestras tropas, no solo son superiores á todas las vicisitudes de la guerra, sino que en medio de ellas ofrecen siempre, hasta en sus semblantes, al general que las manda la confianza y seguridad de vencer. Ocupaba el carlista con su principal fuerza la altura inmediata al Hostal del Boix; tenia alguna en Peracamps, que se enlazaba con aquella por medio de compañías diseminadas sobre la cresta de la montaña que une los dos puntos; casi toda la caballería con un batallon se situó cerca del Milagro y de este modo amenazaba los flancos de su enemigo. Nada detuvo sin embargo la marcha de Buerens en dos columnas protegiendo siempre el convoy de los heridos hasta cerca de Peracamps, en donde presentando ya la espalda el carlista, se resolvió á atacar su ala derecha. Los constitucionales entonces hacen alto, y pre-

sentan la batalla, pero es inútil el reto pues sus contrarios se limitaron á emplear algunas compañias de tiradores, y disparar su artilleria desde lo mas alto de dicha montaña. Visto esto, desembarcó el convoy haciéndole marchar hasta encontrar el camino protejido por la brigada Castillon, la que apoderándose al mismo tiempo de la casa de los Cuadros, debia servirle de apoyo para continuar fácilmente su marcha. Cuando el enemigo vió esta bien pronunciada, adelantó con mayor decision sus masas sobre la division de Azpiroz, cuyos batallones precisados á marchar próximos á la montaña, hostigados todo el dia por su retaguardia y flancos con el fuego mas tenaz de fusileria y el de la artilleria situada en la cima de la cordillera, se hicieron sin embargo respetar con admirable serenidad, rechazando siempre al enemigo, y continuando en el órden mas perfecto hasta la espresada casa de los Cuadros. Ya en aquel sitio hizo el enemigo el mayor destrozo con el fuego bien sostenido de infanteria vivo y certero sin cesar en su marcha escalonada hácia San Pedro de Padullers, hasta donde llegaron los enemigos haciendo un fuego cada vez mas vivo. Alli fué donde se vió rivalizar en valor los batallones de Almansa y S. Fernando, el batallon de Valladolid con el de Jaen, y con todos el primero Provincial; y alli donde el gefe de brigada Durana, el coronel Prim, el comandante de estado mayor Orozco y otros valientes recibieron las mas honrosas heridas. Tambien en el Estany y al anochecer se les presentó un batallon con 50 caballos enemigos queriendo sorprender la cabeza del convoy; pero fueron batidos y perseguidos enérgicamente por la fuerza que inmediatamente lo escoltaba, y alguna tambien de la division espedicionaria, desde cuyo momento el silencio anunció el término de esta brillante jornada, y las tropas continuaron á ocupar sus antiguos cantones. La pérdida del ejército de la reina fué de dos gefes heridos, dos oficiales muertos, 24 heridos y 17 contusos: de tropa 36 muertos, 413 heridos, 161 contusos y 4 estraviados : caballos 6 muertos, 32 heridos y 3 estraviados. Este resultado demuestra bien la importancia de este hecho de armas. La pérdida del enemigo debió de haber sido considerable tambien y acaso puede regularse duplicada, porque los combates duraron con encarnizamiento muchas horas, en los que la artilleria jugó, y obró la caballeria, aunque sin poder hacer prisioneros por la naturaleza del terreno.

Cuatro dias de continuas fatigas y privaciones, entre ellos dos de combates sangrientos sostenidos en medio de un pais rebelde, y con la doble desventaja de tener que salvar un convoy que sujeta la direccion y movimiento de las tropas, y anuncia estos al enemigo, libre para operar en todas direcciones, y el rigor escesivo de la estacion en que se verificó, fueron sin duda una honrosa prueba para las tropas del ejército liberal.

Cabrera no pudo evitar el abastecimiento de la plaza de Solsona, aunque tuvo oportuno conocimiento de él, porque una enfermedad mortal acababa de tenerle al borde del sepulcro. Al retirarse en diciembre de Cataluña habia caido en cama en la Fresneda gravemente aquejado de unas calen

turas tifoideas ; los facultativos le desauciaron á los pocos dias y el moribundo llegó á recibir en Hervés la extrema-uncion. Pero la juvenil energía de la naturaleza del paciente le hizo rebasar de su terrible crísis, y ya á mediados de enero hacia una entrada semitriunfal en Morella. Sin embargo, sus fuerzas estaban desfallecidas, su semblante semejaba en su lívido color al de un cadáver y su espíritu se encontraba menos hábil todavia para ponerse al frente de las operaciones. Al tiempo de la operacion de Solsona se hallaba hácia el Ebro recorriendo los pueblos de sus orillas para devolver con su presencia á los voluntários la confianza que los rumores de su muerte les habian hecho perder. Fijó luego su residencia en Mora, así para atender mejor á su restablecimiento y seguridad, como para dirigir mas fácilmente, como en un punto intermedio, las operaciones de ambas orillas. Apenas la convalecencia le permitió dedicarse á ellas, citó á los gefes catalanes á una entrevista que se celebró en Flix y de la cual resultó la espedicion que al mando de Balmaseda salió el 27 de febrero hácia Aragon. Los descalabros, aunque pequeños, que en la primera quincena de aquel mes habian sufrido los caudillos carlistas del Principado en San Llorens, Claverol, Peracamps de Monteagut y Borriol y la viva persecucion que sufrian de Castañeda particularmente, les precisaban tambien á hacer una escursion fuera de su pais que debia, segun sus esperanzas, llamar la atencion de Espartero y distraer sus fuerzas en persecucion de una gente que podia encender de nuevo la guerra en el Norte. Semejantes esperanzas fueron en breve desconcertadas.

Reunidas las fuerzas del Ros de Eroles, Borges, Cortazar, Torres y otros gefes á las órdenes de Balmaseda en número de 6 batallones, 3,500 infantes y 200 caballos vadearon el Noguera por el pueblo de Tregó y al amanecer del 27 de febrero se presentaron á la vista de Benavarre llenos de confianza en su rendicion inmediata. No sucedió sin embargo así. Esta villa del Alto Aragon, fortificada en otro tiempo, habia sido saqueada al paso de D. Cárlos en 1837 y destruidas sus obras de defensa : sin ellas no dejaba de ser temerario, aun en aquellas circunstancias, que una pequeña guarnicion se opusiese al paso de una division muy superior en fuerza que puede decirse obraba con el impulso arrollador de la desesperacion. El comandante de armas de Benavarre, D. Miguel Lopez Vazquez, no contaba para la defensa del punto sino con poco mas de 200 hombres de los batallones de Castilla, 2.° de francos y nacionales de Graus y algunos lanceros desmontados: contaba tambien con su resolucion de defenderse hasta sucumbir y con el entusiasmo y la esperiencia de los gefes que obraban á sus órdenes. Construyó apresuradamente algunas obras de defensa por mano de la misma tropa, abandonada del vecindario, y dividió el recinto en seis distritos que confió á los oficiales mas caracterizados apenas supo que los espedicionarios se hallaban en Caserras y Caladrones, á dos horas de distancia. En esta actitud, si bien escasos de municiones y de víveres, en

contraron los catalanes la villa de Benavarre en la mañana del 27, que se presentó como las dos anteriores lloviendo y nevando. Su primer paso fué intimar la rendicion en el término de doce minutos amenazando en caso negativo con el saqueo y el degüello; la negativa se pronunció y pocos instantes despues los defensores de Benavarre sufrian cinco ataques simultáneos. La irritacion que en los sitiadores produjo lo inesperado y decidido de la resistencia se desahogó saqueando los arrabales sin respetar la iglesia. Los sitiados que habian abandonado el hospital salvando los enfermos y la guardia, se indignan de su conducta y en un acceso de entusiasmo recuperan el punto abandonado. Desde aquel momento el fuego fué cediendo en intensidad; á las cuatro cedió enteramente y pocos momentos despues los defensores divisan una columna que acude á su socorro, la del comandante general de la provincia, por la parte de Monzon. Los carlistas con la noticia de su aproximacion se retiraron primeramente á Tolva y luego al interior del Principado tras 7 horas de fuego. La division de Azpiroz fué tambien en su ayuda en la tarde del 29.

Este hecho no fué tan importante por sus resultados materiales como por el pensamiento que envolvia é hizo estéril el valor de los defensores. Entre ellos es preciso nombrar particularmente al mayor y comandante accidental del 2.° de francos D. José Maria Ugarte cuya decision, patriotismo y pericia militar suministraron al comandante general los mas oportunos consejos y eficaces providencias.

Este fué el último hecho de armas que tuvo lugar en el Alto Aragon y provincia de Huesca. Ese hermoso pais enclavado entre Cataluña, Navarra y el Bajo Aragon fué siempre un escollo para las miras de los carlistas. Una escasa brigada de tres batallones y dos escuadrones, con que estuvo dotada durante siete años, apenas podia bastar á dar las guarniciones de Jaca, Monzon, Benasque, Mequinenza, Viacamp y Fraga, y á cubrir algun pueblo importante. Asi es que apenas cuenta la historia militar de este pais un hecho en que haya dejado de tomar parte y distinguirse su milicia nacional. La destruccion de las fuerzas de Torres, Monviola y Cura de Viacamp, las invasiones de Forcadell, Guergué, Tarragual y las catalanas, tuvieron siempre que luchar contra esta fuerza ciudadana, sin que pueda esceptuarse la accion de Huesca y la batalla de Barbastro dadas por el mismo D. Cárlos en persona.

Tiempo hacia que llamaban la atencion del general Carbó las oficinas civiles y militares que los carlistas tenian establecidas en el pueblo de Alpens arruinando el pais con sus crueles exacciones. Adquiridos los datos que consideró necesarios para asegurar el éxito de sus operaciones, emprendió su movimiento en la tarde del 10 de marzo situando en S. Hipólito la segunda brigada de la primera division al mando del brigadier Salcedo. Combinada la operacion se puso en marcha sobre Alpens, á las nueve de la noche, las cuatro compañias de cazadores de la brigada que le acompañaba y 20 caballos

del 7.° ligero. Dispuso al mismo tiempo que marchasen contra Vidrá dos compañias del 2.° batallon de Bailen, 60 hombres de la guarnicion de S. Quirse y la ronda de los regimientos de Vich, y él con el resto de los batallones marchó pocas horas despues á colocarse en posicion ventajosa para apoyar y proteger debidamente el movimiento de las columnas. La noche fué penosa para los soldados, pues tuvieron que atravesar por espacio de seis horas escabrosas montañas sin marchar por caminos ni sendas practicables para ocultar el movimiento. Al amanecer se hallaban ya envueltos y fueron simultáneamente atacados los pueblos de Alpens y Vidrá: los enemigos que ocupaban el primer punto entablaron una viva resistencia, pero al cabo tuvieron que ceder y cayeron prisioneros. Fruto fué de esta sorpresa hábilmente combinada la destruccion de las oficinas de intendencia, juzgado, gobierno militar y factoria de Alpens. Los empleados con el gefe militar de Vidrá cayeron prisioneros, ascendiendo el total de estos á 30, entre ellos dos comandantes, un ayudante, dos tenientes, un subteniente, un administrador, un oficial auxiliar de la Aduana y un monje.

Si otra desgracia era necesaria para poner en profundo desaliento y entrañable desconcierto á los carlistas del Principado, al general Van-Halen cupo esta gloria en suerte, alcanzando en las alturas de Peracamps una de las victorias mas señaladas de esta guerra. El 24 de abril recuperó este general con esceso el crédito que habia perdido en el ejército del centro, escollo de las mas brillantes reputaciones del campo liberal. Reunieron los carlistas toda su infanteria en fuerza de 21 batallones, toda su artilleria y caballeria, la que unida á 400 caballos procedentes del Bajo Aragon formaba un total de 700 ginetes, y en formidables posiciones aguardaron al ejército constitucional, fortificando varias casas y estableciendo dos reductos en las crestas de inaccesibles montañas.

Para dar principio Van-Halen á la importante operacion de llevar el convoy á Solsona que se habia propuesto con 18 cortos batallones, 750 caballos, tres cañones de á 12, un obús de á 7, y 22 de á 12 de montaña, marchó el 23 al amanecer, llegando á acampar aquella noche en las alturas de San Pedro de Padullés, con objeto de atacar temprano al dia siguiente al enemigo. Su fuerza casi igual, como hemos dicho, é infinidad de fortificaciones que hacian casi inespugnables las formidables posiciones que ocupaba, fundaron su resolucion de batirlo en ellas antes de mover el convoy, cuyas 900 acémilas dejó en Biosca. En este pueblo quedó asimismo un batallon y una mitad de caballeria para mantener la comunicacion con Guisona, de donde habian de ir las subsistencias; y para proteger su comunicacion con Biosca quedaron cinco compañias guarneciendo la casa de Xuriguera y las tres de San Pedro de Padullés. En aquella noche sus buenos espias le aseguraron que Segarra se acababa de emboscar con diez batallones y los 700 caballos sobre la derecha del camino que debia el cristino seguir, antes de llegar á la altura de Peracamps, con el objeto

de atacar su retaguardia mientras que él lo hacia al resto de la fuerza carlista establecida en la cordillera de su izquierda hasta la casa de los Cuadros. Los mismos espias le informaron la decision general del enemigo para hacer los mayores esfuerzos á fin de obtener el triunfo que les proporcionara en seguida la rendicion de Solsona por falta de subsistencias.

Al amanecer del 24 levantó Van-Halen su campo, y luego que el terreno lo permitió, la division del Norte, 1.ª brigada de la segunda bateria rodada y casi el total de su caballeria en columna, continuaron por el camino único, aunque malo, para el tránsito de la artilleria, haciendo alto antes de llegar á la altura de la casa de los Cuadros hasta recibir las órdenes que mandase el general Azpiroz, que habia quedado mandando el todo de este cuerpo. Con la muy escasa 1.ª division á las órdenes del general Clemente, la brigada de reserva á las del brigadier Van-Halen, 50 tiradores á caballo y dos mitades de la misma arma, marchó el general en gefe á atacar la primera posicion que ocupaba el enemigo anterior á las de Peracamps. Este ataque, hecho solo con la columna de cazadores de la 1.ª division, los tiradores á caballo, su compañia de guias, su cuartel general y escolta, los hizo dueños de la posicion en pocos momentos y á poca costa, poniéndose á tiro de la de Peracamps, la cual estaba coronada de largos parapetos en anfiteatro, teniendo en el pueblo doce casas fortificadas, un torreon antiguo y la ermita. Bajo el fuego contrario debia esperar la reunion de fuerzas para emprender el ataque, y mientras tanto la artilleria de la primera division jugaba contra el enemigo, que no por esto abandonó ninguna casa ni parapeto; por lo que al mismo tiempo que las compañias de cazadores amagaban la derecha enemiga, puesto Van-Halen á la cabeza del batallon de Saboya, acompañándole el general Clemente, su estado mayor, escolta y guias, en columna en masa con arma á discrecion y tocando la banda un paso mas que redoblado, á pesar del nutrido fuego de los carlistas, fueron dueños en poco tiempo de la fuerte posicion de Peracamps y de todas sus casas. En ellas se estableció toda la fuerza referida que habia protegido el ataque, adelantándose tan solamente los cazadores y la 1.ª division con la brigada de reserva, mas los tiradores de caballeria á la mitad de la eminencia siguiente, en que estaba la casa fortificada de Sacanellas y otra.

Desde Peracamps se vieron confirmadas las noticias de sus espias, y que Segarra maniobraba con 10 batallones y una columna de 21 mitades de caballeria como para atacar la division Azpiroz, lo cual hizo al general en gefe suspender la continuacion de los ataques de las succesivas posiciones de la cordillera. Mas á poco, casi á la carrera, toda aquella fuerza se corrió por el otro lado de las Birlotas para colocarse al frente de Van-Halen en la montaña; por lo que dió este la órden al general Azpiroz para que se adelantase aproximándose á su derecha cuanto lo permitiese el camino de la ·illeria; y cuando los cazadores estuvieren á su altura con la 1.ª division,

ar.

formalizó el ataque de la casa y elevada posicion de Sacanellas. Esta la defendió el enemigo con un estraordinario teson, y grandemente reforzado y apoyado en dicha casa, cargó con ímpetu á los cazadores y cabezas de columnas de la reina; pero el buen comportamiento de estas y de los batallones de Saboya y Zamora, que á banderas desplegadas continuaron su rigorosa formacion, y á cuya cabeza se puso el general en gefe con Clemente, su estado mayor, escolta y guias, arredró al enemigo en términos de hacer inútiles todos sus esfuerzos. La brigada de reserva quedó manteniendo la posicion de Peracamps, donde se establecieron los hospitales de sangre y todas las acemilas. Mientras esto sucedia por la izquierda, el general Azpiroz con la 2.ª brigada de su division atacó y tomó valerosamente las posiciones intermedias entre la de Sacanellas y el reducto de Casa-Serra, estableciendo su bateria rodada para batirla. En este momento pasó Van-Halen á unirse con el mencionado general é hicieron cuanto fué posible para subir y acercar mas las piezas, sin que pudieran conseguirlo del modo conveñiente: y para que la artilleria no perdiese su prestigio, concibió luego la idea de un ataque brusco, para el cual necesitaba reunir mas fuerzas, en razon á que estaba protegido á medio tiro de fusil á su espalda por toda la fuerza carlista con su artilleria, que no habia cesado de jugar con buen acierto, inclusa una pieza de á cuatro que habia retirado del reducto a poco de atacarle. Al efecto mandó avanzase el general Clemente para unirse á la division auxiliar tocando con su izquierda, y continuando sin cesar el fuego de todas las baterias de ambas divisiones y la rodada; lo que visto por los defensores del reducto, así como el paso de carga con que se dirigia á él la cabeza de la division Clemente, les hizo titubear, y unos cuantos valientes la asaltaron atacando en seguida la posicion mas inmediata la tropa de la 1.ª division y una parte de la auxiliar del Norte con los guias y estado mayor, desalojando tambien al enemigo del referido cerro que lo protegia. El reducto Casa-Bacons habia sido abandonado, con lo cual poco quedaba que hacer para llenar el objeto que el general liberal se habia propuesto en aquel dia; mas sin embargo, ordenó al general Azpiroz, que dejando custodia para la artillería de la 1.ª brigada de la 2.ª division, marchase con el resto de la suya y el grueso de la caballeria á reconocer las inmediaciones de la casa del Boix. Este general llenó completamente sus deseos, pues atacó al enemigo en posicion sobre la casa dicha, tomó otra que defendia, le puso en huida y le cogió un cañon de á cuatro, recibiendo en aquellos momentos una herida que le imposibilitó continuar á la cabeza de su division. Pasar mas adelante no podia producir ventaja alguna; debian replegarse por la noche á reconcentrar sus fuerzas, y por esta razon todas ellas mantuvieron las posiciones que habian ocupado, destruyendo mientras tanto los reductos, parapetos, y 17 casas fuertes. Segun las noticias de los espias, faltaba apoderarse y destruir el de Casa-Molino; y deseando encontrarlo, así como dirigir el

repliegue sobre Peracamps de la division auxiliar del Norte y el grueso de la caballeria, establecido en el Hortal del Boix, pasó al mismo haciendo adelantar dos oficiales con una mitad de caballeria para que le digesen si lo veian; pero por mas que hicieron no lo lograron y lo atribuyó á error de sus confidentes. Próxima la noche, se replegó todo el ejército constitucional sobre las posiciones de Peracamps, Casa-Sacanellas y Casa-Cuadros sin avistar un enemigo, y allí acamparon preparando los medios para trasportar al dia siguiente sus heridos á Biosca.

Destruidas el dia 25 todas las fortificaciones del enemigo, puso Van-Halen en ejecucion su plan de regreso al campamento de S. Pedro de Padullers para depositar en Biosca la artilleria rodada y heridos, recibir pan y el convoy para Solsona que habia dejado allí preparado, lo que verificó en todo aquel dia. No creyó conveniente conservar la posicion de Peracamps con una parte de sus fuerzas, porque ella por sí sola de nada servia, y no podia defenderse contra fuerzas muy superiores; por lo que creia muy comprometidas las que allí dejase.

El 25 al amanecer marchó del campamento de S. Pedro de Padullers, y cuando el terreno lo permitió, formó tres divisiones, siendo la del centro la auxiliar del Norte, encargada de la custodia del convoy, la de la derecha la brigada de reserva y 1.ª de la 2.ª, situando el grueso de la caballeria segun convenia, y en la izquierda la primera division con la que se dirigió hasta encima de la Casa de Cuadros, haciendo alto todas las columnas á esta altura, y reconociendo muy detenidamente la posicion y fuerzas del enemigo, todas reconcentradas sobre ellas. Aun cuando no dudó el cristino que las tomaria con mucha mas facilidad que el 24 por haber disminuido al enemigo sus medios de defensa, su moral y haberse fugado gran número de su somaten, sin embargo debia ocasionarle gran pérdida, aumentando las dificultades para introducir en aquel dia el convoy en Solsona, que era su principal objeto. El evitar la accion parecia casi imposible, mas sin embargo, muy conocedor de aquel pais, procuro conseguirlo y al efecto cambio de direccion por su derecha tomando el camino de Torrenargó, situando una brigada á las órdenes del brigadier Van-Halen al frente de Peracamps, manteniendo al general Clemente en la posicion que tenia, y la caballeria en un pequeño valle para cubrir el movimiento del resto de las fuerzas y del convoy. Colocado este en la dominacion del camino se replegaron á él las fuerzas dichas, incomodadas con poco fuego de los tiradores enemigos, descendiendo varios de sus batallones como para salirle al encuentro por su flanco izquierdo y frente. A pesar del terreno y de un profundo barranco, las tropas constitucionales marcharon en tres columnas por divisiones; y conociendo su general la importancia de apoderarse cuanto antes del pueblecito de Torrenargó y caserios inmediatos, se adelantó con sus guias y la caballeria que pudo seguirle, para conseguirlo. Hecho esto estaba realizado su intento; y ya en Torrenargó se reunió el ejército, tan solo incomodado por unos centenares de tiradores, á quienes rechazó el brigadier Van-

Halen, que se quedó á la cola de su division hasta que concluyó de pasar el barranco, recibiendo allí una leve herida en el brazo.

Despues de un alto de mas de una hora, marcharon en las mismas tres columnas y el grueso de la caballeria al flanco izquierdo, por donde era mas probable se presentase el enemigo. Viendo á poco tiempo el reducto que habia buscado inútilmente el 24, construido alrededor de la Casa-Molino, lo hizo reconocer, y encontrando que aun lo guarnecian, hizo que las tres compañias de cazadores que marchaban á vanguardia, amagasen atacarlo para ver el efecto que producia y obrar segun él, lo que realizado ocasionó la fuga de sus defensores, que sufrieron alguna pérdida por los fuegos de los cazadores desde sus mismos reductos.

La fuerza carlista apoyada en la montaña y con toda su caballeria al pié de ella, no se atrevió á defenderlo, y fué destruido lo posible, quemando la casa que hacia su principal defensa. Tenia dos cañoneras y el terreno marcaba el carril de dos piezas de grueso calibre que realmente habian estado allí, asi como otras dos en la Casa-Serra y Casa-Bacons que retiraron antes de la batalla del 24 por temor de perderlas. Una gran lluvia repentina puso intransitable el terreno; pero el vencedor siguió entusiasmado marchando hasta Solsona en medio del lodo como en la parada mas rigorosa y al son de todas las músicas. El 27 le fué necesario abastecer abundantemente de leña el castillo y Plaza, relevar las guarniciones y entregar el convoy del que no faltó una onza de peso, haciendo la primera operaccion bajo el tiro del enemigo, que por primera vez no usó de sus armas y entró en conversaciones francas con los oficiales y tropas constitucionales. Hasta la una no estuvieron listos para marchar; pero Van-Halen no creyó conveniente el movimiento para regresar á Biosca mientras lloviese no dudando que el enemigo les incomodaria cuanto pudiese en la marcha como tenia de costumbre al regresar á las líneas, para neutralizar el efecto de su derrota.

Hasta el 28 al amanecer no salieron de Solsona. Propúsose el general marchar por el camino recto, atacando al enemigo en el momento que lo creyese conveniente, tomándole las posiciones culminantes para asegurar su movimiento con la menor pérdida posible. Marchó por el llano en tres columnas, un escuadron á retaguardia de ellas y el resto de esta arma á vanguardia. A poco divisó unos 10 batallones formados en batalla en toda la cresta de la cordillera desde el Boix hasta mas allá de la Casa-Serra. La division auxiliar formaba la derecha y por lo tanto era la mas próxima al enemigo y la de direccion. A su cabeza siguió Van-Halen hasta el Hortal del Boix desalojando con tres compañias de cazadores á los enemigos que estaban en la casa de este nombre; sorprendiéndole el que su línea que estaba á medio tiro de ellos, no hiciese fuego, contra su costumbre de hacerlo á muchísima mayor distancia. No habia llegado aun el momento que se prometia para atacarlos, y siguieron su direccion, ocupando los cazadores á unos 40 pasos de su derecha el destruido reducto de Casa-Bacons, sobre el cual se despren-

dió el enemigo rápidamente rompiendo un fuego bastante vivo, que solo contestaban los cazadores sin retroceder un paso. En estos momentos en que el General de la Reina con su estado mayor se adelantó sobre el enemigo para disponer el ataque luego que se separase mas fuerza de la cresta de la montaña, para que le fuese mas difícil volver á ella, fué herido el primero de ejército en aquel dia, mas consiguió ocultarlo siguiendo á la cabeza de la division que le acompañaba: al grito de *viva la Reina* la lanzó sobre el enemigo, tomando con un valor y rapidez estraordinaria la posicion de Casa-Serra y sus inmediatas, concurriendo á este ataque el estado mayor del ejército y el brigadier Serrano con un escuadron, que hizo prodigios de valor y contribuyendo con la division auxiliar una gran pérdida al enemigo, que se precipitó por los barrancos en todas las direcciones de su espalda. Mientras esto tenia lugar, dió órden al general Clemente para que, cambiando de direccion se apoderase de Casa-Sacanella, que le haria dueño de las que le aseguraban su marcha. Esto fué ejecutado con la mayor rapidez, produciendo como era consiguiente, que el enemigo abandonase la de Peracamps. A la division provisional del Brigadier Van-Halen que custodiaba 900 acémilas, la condujo á tomar posicion en la primera de que se apoderó el dia 24, colocando un batallon en Peracamps. Conseguido todo esto el general en gefe liberal era dueño de hacer lo que quisiese: sus posiciones eran ventajosísimas, y podia permanecer en ellas como lo habia hecho en la noche del 24; pero esto ninguna ventaja le habria producido, y su objeto no era otro que el de regresar á Biosca, terminando cuanto se habia propuesto con la mayor gloria de sus armas. Si acampaba, el enemigo lo atribuiria á temor y nada conseguia, porque al dia siguiente haria lo mismo. La mucha sangre que habia perdido de su herida en lo que tardó en hacérsela contener, y los dolores que ya sufria le imposibilitaban de marchar á los puntos mas cercanos al enemigo, por lo que ordenó al general Salcedo, que mandaba aquel dia interinamente la division del Norte, se replegase sobre Peracamps bajo el apoyo de la 1.ª division, castigando á aquel si se le proporcionaba ocasion de ello. Al general Clemente previno que hiciese lo mismo cuando el general Salcedo ocupase a Peracamps, y dominase la Casa de los Cuadros. Casi realizado perfectamente este movimiento, la division provisional al mando del brigadier Van-Halen empezó a escalonarse desde la Casa de Cuadros hasta las alturas que dominan a S. Pedro de Padullers, á fin de evitar que la parte de la fuerza enemiga que constantemente permaneció por donde él habia hecho la marcha el 26, consiguiese llegar á las espresadas alturas antes que ellos, como lo intentaba. Sus órdenes fueron cumplimentadas haciendo pagar caro al enemigo cada paso que daba adelante, aunque el mismo órden, de la continua marcha del ejército liberal, presentando grandes objetos, debia producir bajas. Llegado á S. Pedro de Padullers, cubriendo con la division del brigadier Van-Halen sus alturas y la del Estani, avisó á los generales Clemente y Salcedo que allí haria alto todo el ejército: prohibiéndose pasase mas adelante

hasta á los heridos. Pero el enemigo que no creia esto, y á quien el bosque le impedia ver, se adelantó con grande algazara por efecto de un error que pagó muy caro, siendo acuchillado por una mitad de caballeria, sufriendo mucho daño la suya y su infanteria. Esto tuvo lugar á las dos de la tarde desde cuya hora solo continuó un tiroteo miserable de bosque á bosque hasta eso de las cinco que se retiró el carlista hácia el Milagro y Peracamps, siguiendo entonces los heridos del ejército constitucional á Biosca en medio de una copiosisima lluvia. Ya cerca de las seis este emprendió su marcha desde las alturas de mas allá de S. Pedro de Padullers sin oir un tiro, acantonándose en Biosca y puntos inmediatos.

No nos ha sido posible hacer una relacion mas lacónica de tan importantes operaciones, que en el ejército liberal produjeron muchas bajas. El enemigo peleó como desesperado con un valor heróico y tenaz, y como nunca disciplinado, pero su pérdida no fué menos considerable. Cuando Van-Halen dirigió al gobierno el estado de pérdida en los dias 24, 26, y 28, manifestaba que no habia conseguido aquel triunfo sin esfuerzos superiores á los que hizo el enemigo; confesando como testigo de infinidad de acciones en aquella guerra en honor de la verdad, que en ninguna se encontró en que fuese mayor la resistencia; bien que los carlistas de Cataluña habian recibido un refuerzo considerable de gefes, oficiales, y tropa de los refugiados en Francia por no someterse al convenio de Vergara y como estos acaso veian muy cercano su fin, peleaban como desesperados.

Entre las desgracias personales de aquel dia los constitucionales tuvieron que contar la muerte del bizarro mariscal de campo D. Antonio Azpiroz acaecida en Tarrega el 26 del mes siguiente á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla del dia 24 sobre las alturas de Peracamps.

La hueste catalana era, como se vé, harto malaventurada; pero no lo era menos la de sus hermanos del ejército de Cabrera cuando quiera que en aquellos dias eclipsados para su estrella pusieron los pies en el territorio del Principado.

La aproximacion del Conde de Belascoain á Mora de Ebro precisó al caudillo tortosino, convaleciente todavia, á retirarse á Uldecona por Cherta, á fué tan oportuno el movimiento que no tardaron de uno y otro en avistarse. Leon habia avanzado hasta Horta; pero no se detuvo alli su audacia.

Dejando guarnecido con tres compañias el convento fortificado de S. Francisco, en que se hallaban los heridos y enfermos carlistas, resolvió ejecutar un movimiento por Gandesa á Mora de Ebro con el objeto de atraerse las fuerzas enemigas que se habian replegado al Ebro los dias anteriores, ó bien examinar prolijamente las fortificaciones que por la actividad y esmero que empleaban hacia siete meses en ellas y porque encerraba el caudillo carlista le pareció merecer suma importancia. Al avistar el 28 á Gandesa observó numerosas fuerzas enemigas situadas en los estribos de la cordillera que lo dominan al Este, que posteriormente supo consistian en seis batallones de

Aragon y Valencia. Parecian dispuestos á disputarse el paso, y se decidió á atacarlos en sus posiciones. La columna de cazadores que formaban las compañias de Logroño, segundo batallon de Luchana, y los dos de la Rioja que fueron empleados en vanguardia, atacó con denodada bizarria, apoyada de las demas fuerzas, las posiciones enemigas cargando á la bayoneta á los carlistas, que pronunciaron la retirada á las sucesivas posiciones sin que el alcance de los cazadores les permitiese la reorganizacion que intentaron frecuentemente en las favorables localidades del terreno. El movimiento á este punto era ya mas espedito escarmentados los enemigos; pero su derrota debia proporcionarle aun mayores ventajas. Los defensores del fuerte de esta villa, que miraban como única y eficaz proteccion para su defensa la que pudieran prestar los batallones sitiados en Gandesa, no creyéndose ya capaces de impedir la toma del fuerte, que carecia del apoyo de las fuerzas esteriores, lo abandonaron dejando pertrechos de guerra en considerable cantidad.

La situacion de Cabrera iba aunque poco á poco perdiendo sus cimientos amenazando desplomarse sobre él todo el peso del ejército del Norte. O'Donell ocupaba á Fortanete y la Mosqueruela; el Marqués de las Amarillas á Iglesuela del Cid; Ayerbe el Forcall, Portell, Villafranca y Arés, y el Duque de la Victoria cubria á Orta, Monroyo y Peñarroya; por último Zurbano, dominando los pasos del Ebro por Mora completaba el semicirculo en que se encontraba Cabrera encerrado, teniendo el mar por espalda, á la derecha un rio invadeable y á su frente una muralla de bayonetas victoriosas. El caudillo carlista conoció lo crítico de su posicion, y con los 3000 infantes y 300 caballos que le custodiaban desde Uldecona se dirige por Pinell y Prat de Compte á Morella decidido al parecer á inspirar á sus defensores el ardor que inflamaba su pecho y á convertir en tumba de su gloria la que habia sido su cuna. Despues de que arengó á la guarnicion y la proveyó de recursos de defensa, á mediados de mayo se encontraba de nuevo hácia la márgen derecha del Ebro en la Cenia y Rosell como quien quiere estar cerca de la puerta para tener mas espedita la salida.—Pero el circulo formado por el ejército del Norte fué estrechándose hasta tal grado que fué imposible ya á Cabrera eludir una batalla, la última que debia dar en aquellos campos.

Con seis batallones y tres escuadrones salió O'Donell el dia 21 de Uldecona decidido á lanzar al interior de los puertos á los carlistas, reconcentrados en la Cenia en número de ocho batallones y mas de 200 caballos. Al presentarse las fuerzas liberales, los enemigos en número de siete batallones y alguna caballeria estaban en posicion en las alturas inmediatas, apoyando su derecha en el pueblo. La columna de cazadores dirijida con inteligencia y bizarria por el coronel D. Antonio Buil sostenida por la caballeria mandada por el brigadier Schelli y por tres batallones en masa conducidos por el marqués de las Amarillas, marchó denodadamente á atacar la eminencia que do-

minaba la línea enemiga, donde con su estado mayor se hallaba retirado Cabrera. La presencia influyente de este, la noticia que horas antes habia hecho circular entre los suyos de que iban muy en breve á recibir numerosos socorros por mar y tierra de tropas estrangeras, un boletin estraordinario repartido con profusion noticiando la toma de Estella, y la completa insurrecion de las provincias y una distribucion abundante de aguardiente los escitaba á recibir la embestida con decision. El combate fué empeñado; mas cedió el carlista al notar que ni su fuego nutrido, ni sus gritos, ni sus vivas detenian la marcha de los cazadores. Al mismo tiempo el brigadier don Manuel Pavia á la cabeza de un batallon envolvia la izquierda enemiga, y por la derecha el teniente coronel de estado mayor Cotoner se apoderaba del pueblo. Este ataque simultáneo produjo todo el efecto que esperaba el general en gefe; con el terror abandonaron aquellas posiciones, y perseguidos y alcanzados en su retirada, fueron á abrigarse á las asperezas y desfiladeros que les presentaba el puerto inmediato. El boquete que defendia la entrada estaba protegido por diferentes órdenes de parapetos, de los que hizo O'Donell ocupar los primeros mandando empero detener la marcha de sus tropas, pues que su intento estaba cumplido. El grueso de las fuerzas carlistas se retiró, permaneciendo algunas á la vista, con las cuales sostuvieron el fuego los puestos avanzados. A la noche todas las tropas sin ser molestadas fueron á alojarse al pueblo, y al siguiente dia al hacer la descubierta se advertian algunas compañías en posicion á la entrada del puerto. Esta accion, feliz para las tropas de le Reina por el resultado moral que produjo y las bajas que causó en las contrarias, no lo fué tanto para el general que obtuvo la victoria porque entre los oficiales muertos y los 70 soldados heridos quedó el cadáver de su hermano D. Enrique O'Donell, que militaba en el bando carlista. Pero en prueba del prestigio que Cabrera gozaba entre los suyos debemos consignar que á pesar de aquel revés en una situacion tan fatal para la causa carlista ni un solo soldado de su division abandonó las filas. Es justo igualmente decir que Cabrera manifestó en aquella ocasion dotes militares mas que vulgares en la retirada que emprendió á Rusell.

Por espacio de ocho dias ni él ni O'Donell abandonaron sus cantones respectivos en espectacion de las operaciones sobre Morella que el Duque de la Victoria acababa de emprender haciendo llegar hasta los oidos de Cabrera el estampido de su numerosa artillería. Las noticias sucesivas de la rendicion de los fuertes que protegian la plaza, el de S. Pedro Mártir, el reducto de la Querola y otros no le dejaron duda alguna del infausto éxito que esperaba á su Morella en aquel sitio. Los muchos fuertes que habia construido en el estenso rádio de su antigua dominacion habian pasado al poder de sus contrarios, y los que no habian sido arrasados como los de Mora y Flix estaban presidiados con toda precaucion. Por último Forcadell, el mas querido de sus segundos, acababa fatalmente de ser sorprendido en el Bojar por el astuto urbano. El desaliento se apoderó hasta de los espíritus mas fuertes, la con-

viccion de lo inútil de una resistencia desesperada penetró en todos los corazones, la desercion amenazó con una espantosa disolucion, y fué preciso obrar á la vista de este nebuloso horizonte. Cabrera todavia llamó á consejo en Cherta á su estado mayor; pero como la impresiones de su ánimo eran generales, el acuerdo de dirigirse á Cataluña y de allí á Francia fué unánime. Algunos tenian el placer de engañarse á sí mismos creyendo posible todavia encontrar en esta provincia recursos para prolongar al menos su resisencia.

Al dirigirse á Cherta, para celebrar este consejo O'Donell no le abandonó. Asi que le vió encaminarse por el Mas de Barberan hácia Rusell fué en su seguimiento deseoso de precisarle á la batalla; pero Cabrera, diestro en eludir estos compromisos cuando le convenia ó no entraba en sus planes, supo conducir sus seis batallones siempre apoyados en la cordillera que une ambos pueblos sin que los de la Reina lograsen con los fuegos de flanco de algunas compañías de cazadores y de artillería de montaña otras ventajas que hacen mas lenta su marcha. De manera que cuando O'Donell vió á su contrario pernoctar en el Mas de Barberan, él se fué á racionar su tropa en la Cenia y al dia siguiente á Tortosa llegando cinco horas despues de haber pasado la retaguardia carlista el arrabal hácia Cherta.

Cabrera hace allí oir misa á sus tropas y antes de encaminarse al Ebro les dirige una corta arenga para inspirarles una confianza que él no tenia, y ocultarles el verdadero objeto del movimiento que el estado de la guerra le obligaba á ojecutar. Esta retirada no estaba exenta de peligros que era preciso destruir ó vencer: una fuerte columna enemiga salia por la parte de Horta en su direccion; Zurbano tenia ocupados los puertos de Beceite, tantas veces su asilo; y O'Donell iba tras él obligándole á una marcha precipitada. Ademas, como pocos confiaban en volver á aquel pais, gran número de familias, ya de los afiliados á Cabrera, ya de las familias comprometidas por su causa, abandonaron los pueblos y formaron un numeroso convoy que entorpecia la marcha ó estorbaban la accion de las tropas en caso de peligro. Con todos estos contratiempos la retirada se emprendió aunque libre ya de la persecucion de O'Donell por la naturaleza dificil del terreno que entre otras ofrecia á Cabrera la formidable posicion de las armas del Rey.

Fatalmente para Cabrera todos los medios de traslacion que halló en el Ebro se reducian á cuatro malas barcas que su padrastro habia á precaucion anegado con piedras para ocultarlas de la vista de los de la Reina. Pero se improvisaron algunos buzos que las descargaron habilitándolas para el paso, que se efectuó en los dos primeros dias del mes de junio en los pueblos de Flix y Rivarroya. O'Donell avanzó hasta colocarse á su vista y poder lanzar sobre Cabrera algunas compañias de cazadores en guerrilla, á las que opuso otras que contuvieron su impetu. Su serenidad en aquellos momentos solo puede ser hija del valor. El que no ha visto el paso de un rio en

retirada tras un vencimiento puede sin embargo imaginarla con exactitud. Los cobardes se esfuerzan por pasar los primeros, y sus imprecaciones desalientan á los valientes; los heridos claman, los unos por sus dolencias, los otros por trasponer el rio para no perecer indefensos; los llantos de las mujeres y los niños corriendo de un lado á otro en busca de la primera barca á partir aumentan el desaliento y la confusion general; todo es griteria, lágrimas y por lo comun desórden y maldiciones. Entonces solo una grande presencia de ánimo en el general puede salvarle y salvar un ejército. Cabrera la tuvo aquel dia: colocado en la orilla derecha, unas veces dirigiendo la accion de los que protegian el embarque contra las tropas de O'Donell, otras ordenando el paso de las compañias y las familias, parecia él solo impasible en medio de aquel movimiento general y aquel campo de desolacion. Cuando los 10,000 hombres que le seguian hubieron pisado la márgen izquierda del Ebro, lo pasó él con su escolta é inutilizó las barcas á la vista del enemigo.

El Ebro debió haber sido en sentir de algunos críticos el sepulcro de Cabrera y sus 10,000 hombres si los generales de la reina hubieran tenido la prevision y el acuerdo convenientes. Todas las probabilidades garantizaban la completa y rápida ocupacion del pais dominado por Cabrera; su paso á Cataluña era consiguiente, y sin duda lo creian asi los generales que le fueron acorralando hácia el rio. ¿Cómo, pues, no habia en la opuesta orilla una division en acecho de ese momento? ¿Cómo cayó solamente la de O'Donell sobre aquella banda fugitiva, débilmente hostilizada con un fuego de guerrillas? ¿Cómo, en fin, durante los dos dias que ocupó en el traspaso no se acercó alguna otra columna? No se estrañan que Espartero faltase en aquella ocasion porque al tiempo mismo que Cabrera trasponia el Ebro tomaba él posesion de su Morella; pero los tres ó cuatro generales que operaban hácia aquellas riberas dificilmente eluden esos cargos.

Ya en Cataluña, ordenó sus gentes y emprendió la marcha hácia Berga, residencia de la junta y foco de la accion carlista en aquella provincia. Pero desde aquel momento la desercion empezó á diezmar las filas de Cabrera de un modo que debió hacerle temible la presentacion de alguna columna enemiga. Afortunadamente quizá para él, el encuentro solo se verificó con una fraccion de su corta fuerza.

El brigadier Van-Halen con la division provisional habia pasado á Pons con objeto de llamar sobre sí las fuerzas enemigas que amenazaban la Conca. El dia 3 marchó dicho gefe para aproximarse á Cabrera y enterarse de su fuerza, consiguiendo sorprender en el Hostal de la Mancha un puesto enemigo de tres compañias de infanteria que acuchilló, conservando solo un sargento, el cual le enteró de la fuerza con que Cabrera habia pasado el Ebro. Por la grande superioridad de este no hizo mas que mantenerse el referido brigadier sobre su frente, flanco y retaguardia, teniéndole en continua alarma hasta que se acogió á la montaña. El dia 5 pernoctó la espe-

»blos con la cordialidad y buena acogida que me han dispensado á mí y de »que está recibiendo continuos testimonios en esta ciudad de Vich vues»tro paisano y compatriota.—José Segarra.—Vich 13 de junio de 1840.»

Cabrera no esperó este documento para lanzar sobre su autor todo el lleno de su indignacion y de su ira: así que tuvo por los ordenanzas noticia de su fuga, se apresuró á contener los efectos que pudiera producir en su ejército con otra proclama.

«Voluntarios: vuestro general en gefe os dirige la palabra no para ha»cer ostentacion de sus principios, pues los deja ya marcados en los cam»pos de batalla. Vuestro general os habla no para aumentar vuestro va»lor, porque en los pechos de los valientes jamás halla cabida el desmayo. »Os dirijo, sí, mi voz para que quedeis enterados de la verdadera urgencia »que me ha impulsado á pasar el Ebro con una parte de mis fuerzas que »se hallaban reunidas en Aragon y Valencia. Comunicaciones oficiales in»terceptadas al enemigo, llegaron á convencerme de que en este Principado »corria eminente riesgo la causa de la religion y del monarca legítimo. Ma»nejos de la revolucion ocultos, á la par que combinados, iban á enarbolar »entre vosotros el negro y asqueroso pendon de la perfidia. Se movian to»dos los resortes para burlar vuestro valor, y los vencedores en el cam»po de batalla iban á quedar vencidos, no por la fuerza de las armas, »sino por el refuerzo vil de la intriga. Gracias al Señor está descubierta »ya la trama; queda ya burlada completamente la traicion soez del ma»sonismo; y adoptando las medidas que he creido oportunas acabo de ar»rancar la máscara al hipócrita Segarra. Si, este ingrato general, con el »honor en la boca y la infamia en el corazon, no ha podido ocultarla por »mas tiempo: lo hallareis ya en Vich fraternizando con los enemigos de »Carlos V. Este es un triunfo para las armas del rey, pues la causa de »la lealtad acaba de arrojar de su seno á un general fementido. No dejaré »la obra incompleta; y al traidor que pretenda abrigarse entre vosotros, »no le queda otro recurso que la fuga, si primero no le alcanza la seve»ridad de las leyes. Acabo de ejecutar lo que os prometo en la persona de »D. Luis Castañola, primer comandante del 18, fusilado ayer en esta »plaza. Por comision particular del rey nuestro señor (Q. D. G.) he de»bido pasar tambien á Cataluña por vengar el asesinato del señor Conde »de España. Obraré con imparcialidad; pesaré el asesinato en la balanza »de la justicia; examinaré los datos, y descargando únicamente el golpe »sobre el perpetrador del crímen, haré ver á la Europa entera que el »estravio de algun simple particular en nada puede mancillar la causa »de Carlos V. Catalanes: la rectitud de mis intenciones os es bastante »conocida sobre recompensar el mérito; pero inexorable me tendreis con »el delito. Voluntarios: sé que me amais y que os hallais persuadidos de »que vuestro general os ama. Mucho me prometo tambien de vuestro va»lor y constancia: no se me oculta que la cábala de la revolucion es la

»que en diferentes periodos ha puesto en estado de inercia la robustez de »vuestros brazos; pero sé tambien que deseais batir al enemigo y que »vuestro elemento natural es el lugar del combate: yo me pondré á vues»tro frente; yo mismo en persona os conduciré al campo del honor, y »con el auxilio de Dios á la victoria. Conservando la union y el amor fra»ternal que veo reinar entre vosotros, me cabe el dulce placer de no des»cubrir en todo el ejército de mi mando mas que soldados de Carlos V. »Asi es como á no tardar triunfaremos completamente de la revolucion im»pia; y cuando esta se cree haber llegado al apogeo del poder, verá des»hacer sus hordas y burlados tambien sus planes de cohecho, de traicion »y de intriga.—El Conde de Morella.»

La desercion de Segarra coincidió con la del brigadier Cedron, la del comandante del batallon de guias del Llarc, Pintado, y otras, que revelaron á Cabrera el cáncer próximo á producir una completa disolucion en el ejército carlista catalán. Atribuyó á los cómplices en la muerte del Conde de España (1) un vasto plan de traicion, y se resolvió á rasgarlo en su principio. Convocó en la mañana del 13 individualmente á todos los miembros de la junta, y á medida que fueron llegando Orteu, Torrebadella, Dalmau y Ferrer marcharon presos al castillo de Queralt á esperar el resultado de la causa que mandó instruir con toda celeridad. El brigadier Vall, el comandante Grau y el hijo de Orteu, arrancado á los brazos de su madre, fueron tambien encerrados en el mismo castillo. A las cinco de la tarde fusiló al comandante Castañola, y en seguida espidió la proclama que dejamos trascrita. Durante la noche se hicieron prisiones, y fué tal el terror que Cabrera con todas estas disposiciones produjo, que muchos se creyeron precipitados á la desercion y otras familias emigraron á Francia. El gobernador de Cardona el año 32, Perez Dávila, fué fusilado. Las juntas corregimentales de Cervera y Vich entraron tambien presas el dia 15 en Berga y fueron igualmente al castillo de Queralt, donde siguieron presos todos hasta el momento de la emigracion y hasta las puertas del vecino reino porque las circunstancias no permitieron sustanciar el proceso ni justificar con algunas pesquisas el delito que se les atribuyó.

En vano procuró el caudillo tortosino reanimar con huecos alardes de confianza y con engañosas seguridades conservar la moralidad y la fidelidad de sus voluntarios y aun de los gefes subalternos: el ejemplo estaba dado y los sucesos hablaban en alta voz á las inteligencias mas rudas. En vano decia que no eran las victorias de sus enemigos las que le habian obligado á pasar á Cataluña, sino el de vengar la muerte del Conde de España y cortar el hilo de un nueva traicion: en vano supone que ha pasado el Ebro con solo una *parte* de sus fuerzas: en vano dá á todos estos pretestos la mejor apariencia

(1) El apellido del antiguo capitan general de Cataluña era *Espagne* y el titulo de conde con que le agració el gobierno de Fernando era de *España*. Nosotros hemos usado uno y otro indistintamente en esta crónica.

disponiendo la formacion de causa, porque cuantos le observan de cerca miran quizá por la vez primera vacilar su espíritu á cada paso. Cabrera en efecto puede asegurarse que en el fondo de su corazon está penetrado de la ruina de su causa, que ninguna ilusion se hacia sobre la triste realidad de su situacion, que la idea de la espatriacion estaba en su alma. Es de hacer esta suposicion al verle enviar á Francia á sus hermanas, que entraron por Perpiñá ya el dia 9, al siguiente de su entrada en Berga. Los que le rodeaban, aquellos que mejor concepto de prevision y lealtad le merecian buscaban ya pretestos para abandonarle y emigrar á Francia. Estos hechos asi como iban llegando á conocimiento del soldado desmoronaban su harto endeble espiritu y promovian la desercion. Es preciso, sin embargo, ser justos con esas masas de pueblo que, cualquiera que sea la causa que abracen, despliegan siempre sentimientos puros de abnegacion y lealtad. Los sentimientos colectivos rara vez dejan de ser justos y generosos. Veremos á una muchedumbre considerable seguir al estudiante de Tortosa en el triste descenso de su fortuna.

Despues de tomar las medidas que Cabrera juzgó suficientes para asegurar la disciplina y necesarias para satisfacer la vindicta pública, se dedicó á contrariar los planes de Espartero.

Pacificado el Aragon con la rendicion de Castellote, Cantavieja, Morella y todos los fuertes y con el paso á Cataluña del caudillo que los levantara y sostuviera por tanto tiempo, Espartero dirigió tras él sus huestes y las organizó para recoger el último laurel de aquella brillante campaña.

La brigada de vanguardia se compuso de 2 batallones del regimiento de la Princesa, 2 de cazadores de Luchana, 1 escuadron de la Reina y media bateria de á lomo á las órdenes del brigadier Osset.

La 1.ª division al mando del conde de Belascoain la constituian tres brigadas: la primera formada por 2 batallones del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería y 2 del tercero era regida por el general Ezpeleta; la segunda de 2 batallones del primer regimiento de la Guardia Real de infantería y 1 del cuarto, por el brigadier Puig; y la tercera por el de igual clase D. Rafael Mahy que gobernaba 2 batallones del primer regimiento de granaderos de la Guardia Real provincial, otros 2 del primero de cazadores del mismo cuerpo, 4 escuadrones de húsares de la Princesa, 1 de ingleses, 1 bateria de á lomo y 1 compañía de ingenieros.

La 2.ª division iba á cargo del mariscal de campo D. Ramon Castañeda y se dividia tambien en tres brigadas: una que formaban 2 batallones del regimiento infantería de San Fernando y 1 del provincial de Jaen: otra de 2 del regimiento de Almansa y 1 del provincial de Valladolid; y la tercera á las órdenes del brigadier Duran se componia de 1 batallon del regimiento provincial de Oviedo, 1 del de Avila, 1 de los cazadores de Oporto, 4 escuadrones del Príncipe, 1 batería de á lomo y 1 compañía de ingenieros.

La 3.ª division era regida por el general Ayerbe y tenia la misma organizacion en tres brigadas: la primera al mando del brigadier Roncali, cons-

taba de 1 batallon del regimiento infanteria del Rey y 2 del de Mallorca; la segunda al del brigadier Aleson, se componia de los tres batallones del regimiento infanteria de Borbon; y la tercera de 2 del 2.° ligero, 1 del provincial de Alcazar, 3 escuadrones de Borbon, 1 bateria de á lomo y la compañia de ingenieros.

La 4.ª division iba mandada por el mariscal de campo D. Santiago Otero, y sus tres brigadas estaban constituidas por las fuerzas siguientes: la primera por 2 batallones del Infante y 1 del provincial de Murcia; la segunda por uno del de Málaga y 2 de Soria y la tercera por 2 del 3.° de ligeros, 1 del provincial de Chinchilla, 2 escuadrones del 8.° ligero, 1 bateria de á lomo y 1 compañia de ingenieros.

Además iban dos brigadas sueltas á las órdenes del brigadier Zurbano y el coronel Leimery: la de aquel compuesta por 1 batallon del provincial de Ciudad-Rodrigo, 1 del de Logroño, 2 de las Riojas Castellana y Alavesa, cada úno con su escuadron, y media bateria de á lomo; y la de Leimery denominada brigada ligera de caballeria, que constaba de 1 compañia de tiradores de húsares, otra del Principe, otra de Borbon, otra del 8.° Ligero, con mas 1 escuadron del mismo.

Una compañia de ingenieros y las baterías rodadas quedaron adheridas al cuartel general: el personal de artilleria con otras cuatro compañias de aquella arma se agregaron al tren de batir: la caballeria, no permitiendo la naturaleza del terreno que maniobrase en grandes masas, fué repartida en todas las divisiones, siguiendo no obstante bajo las órdenes de su gefe especial el general Zabala: de gefes de estado mayor general de este grande ejército, siguieron los generales Tena y Linaje.

Luego que Espartero aseguró el paso á Barcelona de la Reina Madre y sus dos hijas, á quienes recibió en Lérida y acompañó hasta Esparraguera, se dirigió á Manresa para disponer el ataque de la fuerte é importante plaza de Berga. Una de sus primeras disposiciones fué el bando siguiente:

»Desde que por consecuencia de la accion de Urdax fué lanzado de España el Pretendiente, teniendo que buscar un refugio en Francia, debieron »todos los que habian seguido su injusta causa deponer las armas reconociendo su error; pero, avezados los principales caudillos á las profanaciones, »al robo, al incendio, y á los asesinatos, no fué bastante á retraerles de »la carrera del crimen, ni la completa pacificacion de las Provincias Vascongadas, ni el indulto que ofreci á mi llegada á Aragon con el numeroso »ejército que conduje del Norte dela Peninsula. Una rápida campaña fué »bastante para que Aragon y Valencia quedasen libres de los horrores de la »guerra, y la conquista de Morella y su castillo précipitó el completo aniquilamiento de las facciones del interior, cuyos restos capitaneados por Balmaseda, habiéndoseles perseguido activamente, acaban de verse forzados »á salvarse tambien en Francia, donde desarmados como los rebeldes que »siguieran á D. Cárlos, sufrieron su misma suerte.

»Solo en Cataluña existen aun enemigos de nuestra legítima reina doña »Isabel II y de las instituciones que para bien de la patria han sido reconocidas y juradas por la nacion; mas en breve tales enemigos serán esterminados por los ejércitos que tengo la gloria de mandar, y veré con placer que »en todos los ángulos de la monarquía se entonan los cánticos de paz, cesando los funestos ecos de guerra. Para que esta paz, objeto constante de »mi solicitud, se vea prontamente asegurada en Cataluña, sin que las facciones de rebeldes, de asesinos y ladrones consigan á beneficio del terreno »prolongar los desastres y la ansiedad de los pueblos, he considerado de »absoluta necesidad ordenar desde luego por medio de este bando lo siguiente:

Art. 1.° »Las justicias de los pueblos que en el momento de entrar en »ellos y en su demarcacion fuerzas rebeldes ó alguna partida de facciosos, »no diesen parte á los gefes de las armas de los puntos fortificados, á las »columnas, ó divisiones del ejército nacional, sufrirán las penas de ser »sorteados sus individuos para que uno de ellos sea fusilado, y los demas destinados á presidio por dos años, imponiéndose ademas 200 reales de multa »por cada cien vecinos, que pagarán todos ellos con destino á los gastos de la »guerra.

Are. 2.° »Las justicias de los pueblos en que se abriguen uno ó mas »rebeldes serán responsables, y lo mismo su vecindario, bajo las penas determinadas en el artículo anterior, y siempre que protejida su ocultacion »por algun vecino se aprehendiesen en una ó mas casas, sufrirá ademas la »pena de muerte la persona que haga cabeza de familia.»

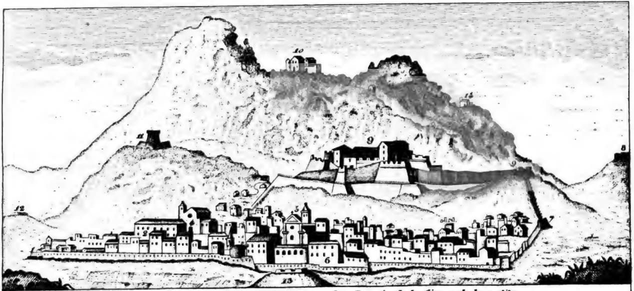
Art. 3.° »Todos los individuos rebeldes no uniformados, ni pertenecientes á cuerpo que sean aprehendidos, serán fusilados en el acto.»

Art. 4.° »Quedan comprendidos para sufrir la pena ordenada en el artículo anterior los paisanos que se reunan en somaten, ó que aisladamente »sean cojidos con armas; todas las partidas que con el nombre de patuleas »facciosas recorran el pais, y cualesquiera otros individuos que separándose »del grueso de las fuerzas enemigas se ocupen del robo, de las interceptaciones de pliegos y asaltos de los caminos á retaguardia de las líneas que »progresivamente ocupen las divisiones de los ejércitos de mi mando.»

Art. 5.° »Todos los habitantes que no sean milicianos nacionales presentarán las armas á los gobernadores ó comandantes de los puntos fortificados. El que contraviniere á esta órden será fusilado, entendiéndose que »ha de recaer este castigo en el que haga cabeza de la casa donde fuere hallada el arma ó armas, y ademas sufrirá el pueblo 1000 reales de multa »por cada arma que se encuentre.»

Art. 6.° «A los facciosos que se presenten á los gobernadores ú otros »gefes militares, se les dará un salvo conducto para que pasen á fijar su residencia al pueblo que elijan.

Art. 7.° «Me responderán con sus personas y empleos todos los gefes mi-



1. Fuerte del Rosario.
2. Casa Fuerte de Gironella.
3. Convento de la Merce.
4. Convento de S.^{to} Fran.^{co} Fortificado.
5. Parroquia de S.^{to} Pedro.
6. Hospital Civil.
7. Furte de S.^{to} Carlos.
8. Bateria de la Sierra de la petita.
9. Castillo y Bonete.
10. Hermita de Queralt.
11. Torre de Fumaña.
12. Bateria del paray de D.^{to} Mariano.
13. Bateria del tosalet de Pau Billa.
14. Ermita de S.^{to} Pedro de Madrona.

VISTA MERIDIONAL DE LA VILLA DE BERGA.

Digitized by Google

»litares que falten al cumplimiento de lo prevenido en este bando, que »tendrá fuerza de ley desde el dia de su publicacion, respecto á los enemi- »gos á quienes comprende, y desde que llegue á poder de las justicias de los »pueblos por lo que toca á su responsabilidad y penas determinadas, á cuyo »fin todas las autoridades militares de los distritos respectivos exigirán re- »cibo con espresion del dia que le ha sido entregado.»

El rigor de estas disposiciones no podia menos de producir un efecto decisivo en aquellos momentos de postracion y ruina.

Cabrera pareció al pronto vacilar sobre la conducta que deberia adoptar respecto á Berga atacada. Primeramente, como si le inspirase bastante confianza la fortaleza de la plaza y el valor de su guarnicion, hizo creer que se proponia el mismo plan que tan felizmente habia puesto en práctica en Morella: situarse á alguna distancia en observacion del sitiador, distraer su atencion con movimientos varios, y caer sobre el punto mas flaco en la ocasion mas propicia para sus armas. El terreno favorecia ciertamente este proyecto, que se creyó generalmente el preferido cuando le vieron enviar los batallones realistas de Gandesa, Corbera, Mora y Batea con dos escuadras de miñones y algunas partidas de montaña á recoger dispersos á las riberas del Ebro y llamar por aquella parte la atencion del enemigo; trasladar al inespugnable santuario de Hort diez piezas de artillería y los molinos de pólvora, y salir él mismo á situarse á cuatro leguas de Puigcerdá con 7 ú 8,000 hombres. Tenia tambien este plan la ventaja de estar mas en libertad de atender á su seguridad y la de su gente, que cercada en la plaza por un ejército tan superior como el de Espartero, no podria menos de caer prisionera. Pero luego se le vió renunciar á este pensamiento, juguete sin duda de esas vacilaciones á que está en la adversidad sujeto el espíritu mas varonil: despues de hacer algunas correrías llamó la espedicion al Ebro, que, libre de su vista se habia entregado á mil escesos pasándose muchos al campo contrario, y se acercó á Berga resuelto al parecer á aguardar en aquellas favorables posiciones al numeroso y entusiasmado ejército constitucional.

Este se habia trasladado ya de Manresa á Caserras, antiguo cuartel general, recordarán nuestros lectores, del famoso Conde de España. Espartero, al dar vista á la plaza el dia 4 de julio acaso no habia imaginado encontrarla en tan formidable estado de defensa.

La antigua villa de Berga está situada en la falda de los Pirineos al pie de un monte elevado por la parte N. y la rodean á mayor ó menor distancia otras montañas que interceptan su horizonte, corto por todos lados menos por el puerto ó cortadura que franquean las aguas del Llobregat por donde la vista puede estenderse hasta Bagá y Cerdaña. Parte de la poblacion está en el declive, que es bastante rápido, y parte en llano: sus 600 casas forman calles en lo general estrechas y tortuosas, y las habitan cerca de 1,700 vecinos. En aquella época su estado de defensa era impo-

Digitized by Google

nente. Los 14 torreones que la rodean permitian cruzar los fuegos en todas direcciones. Al N. en la mas culminante de las colinas inmediatas, de escarpada pendiente, un antiguo castillo, protegido por un pequeño foso y tres ordenes de muralla de 50 palmos de elevacion, en algunos puntos de peña viva, estaba artillado con 25 piezas, solo dos de ellas de hierro de Ripoll y un obus de 36: para su servicio bastaban los 150 hombres que lo presidiaban. Al E. de él en la falda de la sierra llamada Petita un fuerte denominado el Bonete tenia por objeto guardar á la villa de las avenidas del N.; pero, aunque de construccion moderna, era tan débil que un trozo de muralla estaba caido al suelo. En cambio en la cumbre de la misma sierra se ostentaba orgulloso un grande castillo de moderna y sólida construccion, capaz de 2,000 infantes y 200 caballos, con bastiones bien acabados, que dominaba todas las obras de defensa menos las de la Virgen de Queralt. Por todas estas circunstancias era el que los carlistas tenian en mas estima. Al S. E. camino de Barcelona estaba sobre un peñasco el fuerte de las Forcas, hecho horriblemente célebre por el Conde de España como recordará el lector: bastaba para cubrir á la villa por aquella parte. El santuario de Queralt, aunque situado á una hora de distancia en una eminencia del término de Valldan, pertenece tambien á Berga, y en aquella época se convirtió, como dejamos dicho, en castillo y prision.

Berga, asi fortificada y defendida, tenia ademas cuanto bastaba para sostener una larga resistencia. En el convento de S. Francisco habian establecido una maestranza perfectamente montada y destinada esclusivamente á la fusileria: en el claustro se fabricaban y recomponian, y en los sótanos se fundian las balas. La fundicion de cañones estaba tambien dentro de la villa junto á la puerta de la Pinceria y habia llegado á un brillante estado de perfeccion: casi todas las piezas de la fortificacion eran obra suya, entre las que se distinguia por ser la mayor una de 74 quintales. Los proyectiles se fabricaban en las inmediaciones de la villa, camino de Barcelona, y la pólvora se elaboraba en la casa mas inmediata al castillo.

A la llegada de Cabrera la guarnicion se componia de cerca de cinco batallones: el de Pep del Oli, el de Griset, una compañia llamada del General, otra de artilleros, otra de ingenieros, algunos mozos de esduadra y los voluntarios realistas, que subian á dos batallones.

Y sin embargo, acaso no era todo eso lo que constituia la mejor defensa de Berga sino la cordillera de montañas que la circuyen de muy dificil acceso y entonces erizadas por una série de fuertes y reductos que contribuian á hacer mas aterrador el aspecto de la plaza.

Luego que Espartero hubo llegado á su vista con su grande ejército dió órdenes ejecutivas que produjeron un resultado decisivo é inmediato. El bravo conde de Belascoain condujo el primero su division, llevando de reserva la Guardia Real Provincial, contra los reductos de la Sierra de Nuet coronada por la gente de Cabrera como su mejor trinchera. No bien hubo llegado la

primera brigada á la masía de Creu de la Peña, donde se situó colocando á retaguardia los húsares en observacion de 2 escuadrones carlistas establecidos á la izquierda del camino, que rompió un fuego vivísimo contra su cuartel general toda la fuerza posesionada de la altura. El pensamiento de Leon allí era colocar una batería de montaña y para proteger estos trabajos rompen á su vez el fuego las octavas de la misma brigada. Así que aquella principió sus disparos, aunque para impedirlo el enemigo empleó un fuego mas nutrido y certero, las octavas dichas avanzan con ademan resuelto contra la altura. Cabrera sin esperar á medir sus armas en el primer reducto casa y parapetos inmediatos, se retira á la cabeza de sus batallones á las segundas líneas de defensa. Los de la Reina creen propicio este movimiento para decidir la accion y bien pronto las segundas líneas son atacadas con creciente decision por 2 batallones de la Reina, la escolta de Espartero y la caballería anexa á la primera division. Entonces el combate se encarnizó terriblemente por ambas partes: Cabrera, aunque enfermo todavía, recogiendo vida de su desesperacion, hizo cuantos esfuerzos pueden pedirse al valor y aun á la temeridad. El fuego de sus soldados airados con su voz, que exalaba bramidos de cólera, diezmaba las filas constitucionales; la mayor parte de los que cercaban al bravo general de la Reina cayeron muertos ó heridos, y él mismo se vió dos veces apeado por la muerte, que hizo caer en tierra de varios balazos á los caballos que montaba.

A pesar de las bajas que causó á su contrario, á pesar del valor á porfía desplegado por todos en aquellas alturas como si el corage del caudillo abrasára el corazon de todos sus soldados, el arrogante Leon trepó victorioso los tres reductos de Nuet y vió alejarse para siempre humillado al orgulloso campeon de Morella. Los batallones descendieron, sin detenerse, por la izquierda y fueron ocupando succesivamente los demás fuertes de este flanco. Dos compañías carlistas, rehusando obedecer ó recibiendo tarde la órden de su gefe de abandonar la villa, continuaron haciendo un fuego mortífero desde uno de los prados inmediatos á ella; pero aquellos valientes no tardaron en caer prisioneros del mismo Leon, que en una carga al frente de algunos ginetes auxiliados por un corto número de tiradores, les cortó la retirada y les precisó á rendirse. Con esto ya no quedó resistencia que vencer, y la villa de Berga, su castillo, sus fuertes esteriores y con ellos la cabeza de la dominacion carlista en Cataluña, vuelve al cabo de tres años al poder de los constitucionales. En ella encontraron 16 piezas de artillería y la maestranza, parques y fábricas abundantemente surtidas. El precio á que adquirieron esta conquista fué un considerable número de muertos y heridos; pero Cabrera tenia que añadir tambien algunos á la pérdida de la plaza y las dos compañías que cayeron prisioneras.

Otras dos compañías de preferencia, del 5.° de Tortosa, sostuvieron brillantemente la retirada de Cabrera con el grueso de sus fuerzas y las familias que quisieron seguirle á la emigracion, ya para todos indudable.

Digitized by Google

Llenas de ardor, ciegas de desesperacion aquellas dos compañías, á pesar de haber visto pasar á manos de los constitucionales la villa, el castillo y los fuertes uno á uno, se batian con tal bravura que hicieron sospechar al vencedor si Cabrera en aquella retirada ocultaba alguna añagaza. Los toques del corneta eran desoidos ó desobedecidos en el furor de aquel fuego de agonía; el mismo Cabrera tuvo que ir á darles la órden de retirada para que aquellos valientes siguiesen al resto de su ejército: era ya casi de noche.

Este se componia entonces de los batallones 2.° y 3.° de Tortosa, los 3 de Mora, 5 de Aragon y las fuerzas catalanas de Tristani, entre ellas el batallon de Pep del Oli, y de la caballería de los regimientos de Tortosa, un escuadron llamado de ordenanzas de Cabrera y algunos ginetes catalanes; pero todos estos cuerpos iban ya muy mermados por la desercion y el cansancio de la guerra. Y no obstante estos partidarios leales en los informes pensamientos de su posicion desesperada, meditaron aun consultar de nuevo á la fortuna en el santuario del Hort adonde digimos que Cabrera habia enviado anteriormente algunas piezas de artillería. Pero esta era una loca esperanza, pues Leon, que no cesó un momento en la persecucion, avanzó tambien contra el Santuario y en aquel momento crítico, los carlistas desistiendo de toda idea de resistencia, lo abandonaron incendiando el fuerte. Desde aquel instante la retirada no tuvo interrupcion alguna hasta la noche, que pasaron en varios pueblecilles de la falda del Pirineo, distantes cuatro ó cinco leguas de Berga.

Cabrera ya no se guardó entonces de manifestar su desesperanza, porque aquella situacion deplorable estaba patente á las miradas menos perspicaces. Sin municiones, sin víveres, gangrenadas sus tropas por la traicion, acosado por un grande ejército victorioso, enfermo y abandonado de su antigua fortuna ¿qué podia hacer Cabrera para dilatar siquiera su ruina? Nada ciertamente. Esperó solamente la llegada de sus segundos Polo y Llangostera, que inútilmente se habian desprendido de él á probar fortuna por otro lado, para tomar de acuerdo con ellos la postrera resolucion. Estos se dirigieron á encontrarle desde Tiurana por las montañas que están á la derecha de la Seo de Urgel á fin de evitar algun encuentro desastroso que precipitase la desercion ya empezada por Bosque con dos compañías de tiradores. Asi que estuvieron sobre la frontera donde una sorpresa no impidiese una segura y fácil retirada, fué Cabrera á su encuentro. La entrevista fué corta porque los pareceres eran harto unánimes: refugiarse en Francia era para todos el único camino de salvacion. Asi, mientras Polo y Llangostera prosiguen su marcha hácia la raya, Cabrera vuelve al punto en que habia pernoctado á recoger sus predilectos batallones de Tortosa y Mora, para dirigirse con ellos tambien al pueblo mas inmediato de la frontera. Cuando estuvo cerca de él y mandó acampar á sus tropas mientras ajustaba la entrada con las autoridades del vecino reino, una falsa alarma las arremolinó

viendo coronadas las alturas del valle en que se hallaban por fuerzas que desconocian y de que apenas tenian noticia. Pero asi que la compañias de cazadores del 2.° y 3.° de Tortosa enviadas á su reconocimiento se acercaron, los vivas á *Cárlos V* y á *Cabrera* devolvieron la tranquilidad á todos los ánimos. Los que allí se dirigian llevaban el mismo objeto, y eran una parte de la hueste carlista catalana con todo el aspecto de la disolucion mas entrañable. Algunos batallones, aunque muy diezmados por la desercion, conservaban alguna disciplina; pero la mayor parte, formados por cuadrillas de dispersos, incorporadas á partidas de diferentes cuerpos y constituidas por hombres de depravadas costumbres cometieron en aquella retirada los mas inicuos escesos. Fueron saqueando los pueblecillos y caseríos de su tránsito sin respetar voz ni pena de ningun género como una horda de bandidos. Los gefes tuvieron que abdicar su autoridad, porque uno que quiso hacer de ella uso fué inhumanamente asesinado. Ni la presencia de Cabrera ni sus disposiciones fueron eficaces para contener á aquellos desalmados que unos á otros se echaban en cara los crímenes mas atroces, se exigian la parte de sus anteriores robos y mútuamente se robaban entonces mismo. Aquel desenfreno no admite descripcion. Cabrera renunciando al fin á contenerlo, se limitó á impedir que cundiese á los batallones de Tortosa y Mora, que iban bajo sus inmediatas órdenes, y continuaron la marcha hasta la línea divisoria, al pie de los cerros de Puigcerdá donde acamparon por última vez ofreciendo el cuadro mas triste á la contemplacion del observador. Era el cuadro de toda disolucion, que por lo ingrato pudiéramos dispensarnos de trazar al lector sino presentase algunas particularidades y no encerrase la mas severa y amarga leccion de esta historia.

Aquella multitud de aragoneses, valencianos y catalanes nada tenia de comun sino su desgracia: todos vestian diferentemente, los unos de paisano, los otros de militar: todos hablaban su dialecto particular para que la heterogeneidad fuese mas patente, y todos se entregaban á sus instintos y sentimientos individuales, rotos los lazos de la subordinacion. La desgracia habia destituido á los gefes de su autoridad y alzado la obediencia á los subalternos de mas inferior escala. La voz de aquellos se ahogaba en el tumultuoso clamor general, y si alguno se manifestaba entendido de sus órdenes ó consejos era para pedirle cuenta de sus largas penalidades durante la guerra, de la miseria que en la emigracion le esperaba, del abandono de su familia, todo fruto de su seduccion. Aquellos manifiestan su arrepentimiento con el silencio y la postracion; estos, con injurias y blasfemias. Los unos recuerdan que son simples soldados, llenos de hambre y de miseria, mientras que sus gefes han crecido prodigiosamente en categoría y en riquezas; otros comparan su suerte con la de los que han ido a disfrutar al lado del vencedor del fruto de sus sacrificios personales, estériles para ellos. Los hay que se resisten y perjuran que no entrarán en Francia

á ser víctimas de la miseria; pero hay tambien quienes se preparan á la emigracion robando á sus camaradas y vendiendo á otros á cualquier precio. Lo horrible de aquella situacion y la incertidumbre del porvenir producian la confusion y la licencia mas espantosas. Y en medio de aquel cuadro general, la exaltacion de las pasiones políticas pone como término al largo y sangriento drama de la guerra civil las escenas mas lastimosas y terribles. Allá jóvenes briosos dan en medio de sollozos á sus padres y hermanos el *adios* postrero sobre aquellos confines que ellos creen ser en su dolor es confin de la vida y la muerte: mas acá ruegan otros á Dios arrodillados en tierra no les permita abandonar el suelo de su querida patria que juzgan perder para siempre: algunos en la fiebre de su desesperacion atán con siniestra calma y silencio un cordel al gatillo de su fusil y asi que con una mano acomodan su boca bajo la mandíbula, con la otra tiran y se despedazan el cráneo: el frenesí de dos aragoneses llega hasta suplicarse la muerte como el mayor y último favor de su amistad, y calando ambos la bayoneta, se suicidan con su propio empuje en el arma de su camarada.... ¡Horribles desvarios del fanatismo político! ¡Incomprensible estremo del furor de las pasiones y misterioso poder de las circunstancias que jamás es dado al hombre conocer! ¡En la frialdad de su razon llama demencia al primer recurso á que en la desesperacion apela!

Cabrera contempló tambien en silencio aquel cuadro desolador, que acaso por la vez primera le daba á conocer la pequeñez del hombre contra el inflexible destino de los hechos. Su nombre, en otros tiempos tan imponente, tan acatado, tan aterrador, ha perdido su mágico prestigio y está condenado á presenciar el escarnio de su autoridad omnipotente. Al fin era necesario y urgente obrar. Hizo formar los batallones en la falda de las montañas que dan vista á la raya; llamó á la linea divisoria á todos los gefes y oficiales que formaron círculo á su rededor, y con el acento vibrante que la solemnidad de la situacion y la energía de su alma daban á su voz les dijo: *Compañeros: si bien he servido para hacer la guerra en un principio con 15 hombres, armados por mitad de palos y escopetas, no creo ya posible el continuarla, atendiendo á que los pueblos ya no prestan su apoyo como lo hacian antes, y asi creo es mi deber el salvaros en el reino vecino, pues el Rey no me ha autorizado á transigir con el enemigo: asi es que capitularé con el general Mr. de Castellane, para que no os falten los socorros que concede á los emigrados el derecho de gentes. Os doy las gracias en nombre del Rey y en el mio muy particularmente, por la fidelidad y buen comportamiento que habeis guardado durante la guerra; mas si alguno quiere continuar haciéndola, le autorizo para que se reuna á los que quieran seguirlo. Por último, si alguno me cree traidor ó tiene algun resentimiento conmigo aqui estoy; los que sean pueden vengarse en mi persona.»*

Los que pudieron hablar no tuvieron voz mas que para dar un *viva nuestro general*; los demás lloraban. Todos se enternecieron á la vista de

aquel coloso de la fortuna caido al suelo; todos protestaron no abrigar resentimiento ninguno en su corazon y juraron amarle y serle fieles eternamente. Cabrera no era elocuente; pero las circunstancias lo eran por él, y su voz dura y sus frases cortadas arrancaron lágrimas de aquellos naturalezas agrestes y aquellos corazones endurecidos al fuego de las discordias civiles.

Esta tierna escena que llevó su eco á todos los batallones con igual efusion de sentimientos, sucedia en la misma tarde del dia 5 de julio. Aquella noche la pasaron en los respectivos campamentos mientras Cabrera estipulaba con el general francés Castellane las condiciones de la entrega, y á la mañana siguiente los carlistas descendieron del Pirineo para deponer las armas y entregar sus caballos en el inmediato pueblo de Palau. Menos afortunados los aragoneses que mandaba Polo, tuvieron que entrar en Francia haciendo fuego contra los constitucionales que les persiguieron tenazmente, llegando la exaltacion de los carlistas hasta matarse unos á otros por no ser desarmados en pais estrangero: muchos quiebran sus armas contra una peña por no entregarlas á un francés, y otros con el llanto en los ojos matan al inseparable compañero de sus glorias, privaciones y fatigas, á sus queridos caballos para que no conozcan otro dueño. Ya en suelo estrangero aquella multitud no sabe apartar los ojos de su España, de aquella pátria que les arroja de su seno y que en breve van á perder de vista, acaso para no ver ya mas.

Unos 1,500 fugitivos se detuvieron en el valle neutral de Andorra sin deponer las armas en actitud hostil; pero las enérgicas reclamaciones de Carbó precisaron á aquellas autoridades á su desarme entregando al ejército constitucional todos los efectos de guerra que les fueron recogidos.

Las fuerzas que entonces emigraron ascendian á mas de 21,000 hombres: 17,500 del ejército que siguió á Cabrera, 3,000 que entraron por Andorra y el Ariege y 1,200 por el valle de Aran y Alto Garona. Con esta muchedumbre iban todos aquellos cuyo nombre habia sonado con estrépito en el curso de la guerra: el destino de Cabrera arrastró en su caida á Forcadell, comandante de la division de Valencia, Llangostera y Casadevall de la de Aragon, Burjó de las fuerzas catalanas, Arnau gefe de estado mayor, Polo y Morales comandantes de batallon, el brigadier Rogueros (alias Palillos) el de igual clase Garcia, Bep del Oli, Borges, Porredon, mas conocido por Ros de Eroles, Puig (alias Boquica), Caballeria, Sobrevias, llamado el Muchacho entre los suyos, Pujol, Pons, Prat, Muñoz y otros de inferior categoría y reputacion.

Espartero asi que tuvo noticia de este resultado de las operaciones de Berga, dió conocimiento á la Nacion del término de la guerra por la siguiente proclama á su ejército:—«*Soldados: la gloriosa campaña de Aragon terminada con la conquista de Morella, debió haber puesto fin á la guerra fratricida, si los hijos bastardos de nuestra patria, de esos hombres sanguina-*

rios por sistema , de esos mónstruos, azote de la humanidad, fuesen capaces de abrigar un sentimiento que los retrajera del camino del crímen. Ellos sin embargo de ver perdida la causa que sirvió de ostensible pretesto á sus robos, incendios y asesinatos , procuraron, en su desesperacion, hacer el último esfuerzo.

»El feroz Cabrera, huyendo con parte de los suyos, creyó poder ocultar su derrota, y dar nuevo ser á las facciones catalanas, mientras que, destacando á Castilla la Vieja al tigre Balmaseda poniendo á sus órdenes los rebeldes que habian quedado en las provincias de Albacete, Cuenca y Guadalajara, concibió la idea de sublevar de nuevo el pais que fué teatro de la guerra, y que ya disfrutaba el beneficio de la paz. Sabedor de estos proyectos pude anticiparme á contrarestarlos haciendo las prevenciones oportunas á los dignos generales, á quienes tocó la suerte de ofrecer nuevas glorias á la causa nacional.

»Al mismo tiempo, á la cabeza del ejército espedicionario del Norte me dirigí á Cataluña. La reunion de los aprestos necesarios para que esta campaña completase el triunfo , permitió tuviésemos el honor de recibir á SS. MM. y A. , de asegurar su tránsito á Barcelona, y de acompañar la régia comitiva hasta el punto donde debian partir las operaciones.

»El brillante estado en que encontré las tropas del ejército de Cataluña, que me fué posible revisar, justificó su bien adquirido concepto por sus señalados combates y por su perfecta armonía con las demas fuerzas que militan á mis órdenes, todas virtuosas, valientes y disciplinadas, á la vez que poseidas de un puro entusiasmo por la consolidacion del trono de Isabel II de que es digna regente su augusta madre, por la constitucion de 1837, y por la independencia nacional.

»Con ejércitos animados de tan nobles ideas y robustecidos con tan sublimes virtudes, no podia menos de ser pronta y segura la pacificacion que anuncié en mi órden general de 30 de mayo en la plaza de Morella. El del Centro, que tanto contribuyó á la feliz campaña de Aragon, esterminó en breve los grupos que quedaron errantes. La division que operaba sobre Albacete, Cuenca y Guadalajara, tuvo una señalada victoria en Olmedilla contra las fuerzas que infestaban aquellas provincias al marchar Balmaseda. Lanzado este cabecilla de la Sierra da Burgos, fué batido en Zalduendo por el ejército que operaba en el Norte. Perseguidos los restos de su faccion por todas las tropas destinadas á su esterminio, tuvieron que buscar en trozos un auxilio en Francia, en cuya raya fueron desarmados. El último golpe que debian recibir los enemigos era en esta plaza de Berga, centro y apoyo de las facciones catalanas, donde tenian su junta de gobierno y todos los elementos de accion.

»Para que el éxito fuese rápido y feliz, destiné la fuerza de dos divisiones á cubrir el flanco izquierdo: la primera y segunda del ejército de Cataluña el derecho; y yo con las tropas emprendí desde Manresa el movimiento sobre Berga. La brillante jornada del 4 nos dió la posesion de esta plaza, de su

castillo y considerable número de fuertes con 17 piezas de artillería. La rica maestranza, los parques, las fundiciones, las fábricas de pólvora, todo quedó en nuestro poder, todo cedió á vuestro denuedo y bizarria, poniendo en vergonzosa derrota á los batallones con que Cabrera intentó rechazaros.

»*Cubierto de oprobio é ignominia este sangriento caudillo, debió su salvacion á lo escabroso del terreno, y forzado á tomar un asilo en Francia con mucha parte de sus fuerzas, lo verificó en el mayor desórden. Ya no quedan mas que las hordas que capitanea Tristani y otros cabecillas que serán en breve destruidos. La guerra, por lo tanto, se puede considerar terminada, los enemigos del sosiego público aniquilados, los pueblos libres para siempre de los vándalos y muy cercano el dia en que esta nacion magnánima pueda en masa entregarse al júbilo, entonando el himno de paz, de la paz que tanto ha suspirado y que hará la ventura de los españoles.*

»*Compañeros de glorias y peligros, pronto descansareis de la fatiga de una lucha tan sangrienta como prolongada, pronto se verán cumplidos los votos por la pacificacion general. Yó jamás dudé del éxito de esta época de consuelo á que hemos llegado por vuestra constancia y bizaria. Siempre que os he dirigido la voz os lo he predicho; porque cada dia me dabais nuevas pruebas de confianza, de lealtad, de bravura, de sufrimiento y de patriotismo. Generales, gefes, oficiales é individuos de tropa, todos son dignos de la gratitud de la Reina y de la patria: á todos encarezco la pureza de mis sentimientos por su bien y felicidad, y á todos con el tributo de un justo reconocimiento aseguro, que asi como en todas ocasiones y en las mas críticas circunstancias conté con su heróico esfuerzo para lograr el triunfo obtenido por la mas santa de las causas, asi todos deben contar con su general en gefe.*—Cuartel general de Berga 7 de julio de 1840.=El Duque de la Victoria.

A los pocos dias los 2,500 carlistas del campo de Tarragona pasaron á Francia por el valle de Oseja, quedando, puede decirse, el Principado libre de los que por siete años habian con su propia sangre alimentado al mónstruo de la guerra. Tristani, el terrible canónigo, el indomable guerrillero, fué el único de los gefes catalanes que, despues de acompañar á Cabrera hasta la raya de Francia, se internó en Cataluña con algunos fanáticos de su índole desalmada, y algunos bandidos que esperaban continuar á su amparo la vida de rapiña y violacion que siempre habian hecho. Esta resolucion era muy propia del carácter de Tristani: audaz como el lobo, astuto como la zorra, ágil como el gamo, carnicero como el tigre, su morada natural eran los bosques y la soledad. Podia pasarse dias sin comer, semanas sin trato humano, meses sin ver el sol, y semejante á una fiera vivir en cuevas ó entre malezas. Entonces vivió de esta manera algun tiempo: de improviso aparecia en algun pueblo al frente de sus secuaces, que por ir armados de trabucos recibieron en el pais el nombre de *trabucaires*; robaban y mataban con todo linage de escesos, y se volvian á sus guaridas ó pasaban la frontera para volver en un dia convenido á lanzarse sobre otra presa. Las tropas cons-

titucionales jamás lograron darles alcance ni penetrar en sus breñas: verdad es que tenia el apoyo de sus muchos deudos y amigos y que su natural suspicacia le hacia vivir en medio de los suyos como cercado de enemigos ó traidores. Las pocas horas que aquella naturaleza férrea consagraba al sueño las pasaba en algun punto apartado é ignorado de los suyos. Pero al fin hubo de renunciar á aquella vida, abandonar su cuadrilla y aumentar el número de la emigracion carlista.

Asi terminó la guerra civil de España, acontecimiento europeo que por espacio de siete años tuvo oscilando en su balanza las esperanzas de las potencias del Norte y tal vez la suerte de las del Mediodia: es dificil, no es dable á la prevision humana calcular hasta donde influiria en el porvenir de Europa el triunfo del principio que D. Cárlos personificaba. Al desarrollar esta crónica en sus primeros capitulos hemos procurado desenvolver las causas de esa guerra que, si fué local en su accion, su interés, sus consecuencias aparecieron desde luego generales para las demás naciones. Porque ninguna voz poderosa suena hoy en el mundo que el eco no reproduzca en un lejano horizonte. Porque asentadas sobre un mismo lecho las sociedades modernas, la piedra que cae en cualquier paraje las conmueve á todas. El observador atento habrá encontrado en el fondo de esa lucha los dos principios que de dos siglos á esta parte están produciendo en Europa colisiones análogas. ¿Quien negaria hoy que la guerra civil de España fué un nuevo choque de esas dos fuerzas de agresion y resistencia que aspiran á la dominacion universal? ¿Quien desconoceria que la cuestion dinástica no era mas que un accidente, una forma de esa contienda de principios? ¿Que para ser fuertes en sus pretensiones personales D. Cárlos é Isabel hubieron de levantarlos como bandera? ¿Que los partidarios de uno y otra combatian no por el ídolo sino por el símbolo? Seria una insigne é inútil hipocresia pretender otra cosa en tiempos tan lejanos de la idolatria, en un siglo en que solo principios eléctricamente simpáticos é intereses universales pueden soliviantar á los pueblos. De esta identidad de sentimientos nace que donde quiera que esa lucha se entabla allí están los demás pueblos con sus deseos é incertidumbres, sus auxilios y consejos. Por eso las potencias de la Santa Alianza ayudaron á D. Cárlos con sus tesoros, y por eso los gobiernos del Mediodia contrataron á su vez la Cuádruple-Alianza. Asi, entrando ese acontecimiento en el número de los hechos generales que está elaborando la Europa entera, no pudo menos de tener igual desenlace y de ser vencedoras ó vencidas todas las naciones en los campos de Vergara.

Siendo, pues, de carácter fatal ese resultado y no entrando en el pensamiento de este libro su juicio, nosotros no nos detendremos en la especulacion todavia inoportuna de si fué funesto ó favorable á la causa general de los pueblos y si los inmensos sacrificios hechos por el nuestro en esa cruenta guerra de siete años fueron estériles ó fecundos. Los resultados in-

mediatos podrian quizá apreciarse con mas ó menos exactitud; pero la historia no mide tan pronto las consecuencias, aguarda á que se haya disparado el último tiro y retirádose los contendientes para reconocer el campo y adjudicar la palma. Esos dos principios luchan todavia, lucharán por mucho tiempo, y solo cuando alguno haya triunfado definitivamente podrán saber los pueblos si pelearon por entronizar un sueño ó una deidad tutelar.

Eso no obstante, la terminacion de la guerra civil, la manera de su desenlace puede ser juzgada, ya que escritores de uno y otro bando no lo han examinado mas que por un lente, el de su propio y esclusivo interés. Las guerras nacionales que abrasaron nuestro continente en los tres últimos siglos, las que tenian por móvil una ambicion individual y por fin el falso engrandecimiento de un hombre ó de un estado, usurpando agenos dominios, no podian, no debian terminarse sino con la sumision del pueblo invadido ó con el reconocimiento de su impotencia en el invasor, que era á su vez acometido. Era consiguiente, forzosa una rendicion á discrecion, porque un Estado no admitia dos dueños. Las que se llamaban transacciones no eran las mas veces otra cosa que el mútuo reconocimiento de su postracion, en la cual siempre habia al fin una víctima y un verdugo. Una transacion era en el fondo el sacrificio de un miembro, la mutilacion de una parte para uno de los contendientes, y para el otro era un triunfo mas pequeño, una conquista parcial. Esto es lo que enseña la historia de todas las naciones y con mayor evidencia la de los tres últimos siglos ya se abra en los reinados de Cárlos V y de Felipe II, ya en los de Luis XIV y de Napoleon.

Pero las guerras civiles tienen otro desenlace porque tienen otro origen. Asi como en aquellas la ambicion ó la codicia arrojan á un pueblo contra otro, en estas es un vicio de organizacion mas ó menos profundo, es un principio político ó social el que lo agita y pone en armas. Las contiendas del feudalismo eran otro género de guerras civiles que no se crea destruyen nuestra manera de juzgar. Las naciones no estaban aun constituidas, y las querellas de condado á condado y de señor á señor equivalian sin duda á las guerras posteriores de nacion á nacion; en uno y otro caso lo que se disputaba eran el establo y las bestias. Esas querellas, que en nuestro suelo fueron tan escasas y de corta duracion por la lucha con los Arabes, no tardaron por otra parte en manifestar el carácter genuino de las guerras civiles; un malestar social producto de un vicio de organizacion ó de una perversion de ideas. En guerras de esta naturaleza, así los medios como el desenlace tienen que ser distintos; y no es seguramente un capricho de la fortuna que casi todas las guerras civiles terminen por una transaccion, por un abrazo de Vergara. Mas todavía: es un hecho tambien histórico que solo esos desenlaces son duraderos en sus consecuencias. Las pacificaciones que produce la sola presion de la fuerza no son realmente mas que unas treguas que duran tanto como tarda el vencido en recobrarse de su fatiga y en romper su cadena. Una pacificacion completa, profunda, exigiria el impo-

Digitized by Google

sible esterminio del último partidario; para que el hijo cantase su triunfo sobre el cadáver de su padre, para que la media nacion vencedora celebrase á un tiempo la festividad y los funerales de su victoria. ¡Tristes glorias por cierto que la Providencia no ha consentido jamás ver realizadas! Sin necesidad de esas grandes carnicerías ella consuma los destinos de las naciones y lleva de la mano á la civilizacion. Cuando las pasiones se hayan enfriado mas se reconocerá sin indigñacion y sin verguenza unánimemente que el convenio de Vergara fue un resultado natural de toda guerra civil.

EPOCA TERCERA.

CAPITULO XII.

Debates sobre la ley de ayuntamientos.—Conmociones de Barcelona.—Crisis ministeriales—Pronunciamiento de setiembre —Abdicacion de Cristina de la regencia del Reino.

CONSECUENCIA forzosa del termino de la guerra civil debia ser, segun las ideas que acabamos de emitir, algun grande acontecimiento politico. Asi es preciso juzgar el pronunciamiento de 1840: como la coronacion del principio triunfante en la lucha, como la inevitable consecuencia, asi en los hombres como en las cosas, del éxito de la guerra civil. De todas las glorias humanas la militar es sin duda la mas deslumbradora, y de todos los sentimientos el mas mágico en su brillo y en su fuerza es el de la libertad: cuando la una y la otra se enlazan, su poder es irresistible; eludir es ocioso, oponerse es locura. Los espiritus ilustrados que no quieren mecerse en las olas del torrente se guarecen á la orilla, no se quedan en medio de su curso para ser arrebatados. Antes de 1840 lo decia asi la historia: despues lo ha repetido. Vamos á describir brevemente ese grande acontecimiento politico que ocupa tres años en nuestros fastos y que principia y acaba con una revolucion.

Si es permitido al historiador investigar las causas generadoras de los hechos que ha de juzgar, la conducta de Maria Cristina en el largo periodo de su regencia exige un detenido exámen y un atento contraste en sus actos mas importantes. A nosotros no nos toca hacerlo aqui sino consignar aquellos he-

Digitized by Google

chos á que el comun sentir atribuye una influencia poderosa cuando no sea decisiva en la produccion de aquel acontecimiento.

En las primeras páginas de esta obra presentamos el cuadro de las circunstancias que rodeaban á la esposa del moribundo monarca cuando abrió á la juventud las universidades y á los emigrados liberales las puertas de la patria. En algunos ánimos suspicaces asomó desde luego la duda del sentimiento que inspiró aquellos actos de justicia y humanidad; pero esa duda se fué haciendo mas general cada dia, porque hechos posteriores denotaron cierto paralelismo con la marcha de los sucesos que prestaba apoyo á las conjeturas mas contrarias. Se le vió primero escudando al ministerio del *despotismo ilustrado*, en seguida protestar que trasmitiria el poder legado por Fernando segun lo recibiera de sus manos; luego escatimar las reformas y ponerse á la cabeza de un partido; mas tarde entrar en negociaciones con D. Cárlos y llamar á las puertas de la capital su célebre espedicion real, y por último al vislumbrar la terminacion de la guerra civil apresurarse á cerrar el valladar con que esperaba contener las avenidas de las exigencias populares. Esta fué la obra de que se encargaron las córtes de 1840.

Producto de una coaccion manifiesta y sin ejemplo, antes ni despues, de parte del gobierno, como que sus dos terceras partes estaban constituidas por la clase de empleados, no hubo pensamiento represivo del espíritu público que allí no encontrase sustentadores, fórmula y aprobacion. La ley electoral fué alterada dejando un ancho flanco al influjo siempre poderoso de la corona; á las diputaciones provinciales se las depojaba en proyectos de ley préviamente elaborados en el seno del partido, de su índole popular; á la imprenta, de la institucion peculiar del jurado; se restableció el principio del diezmo pues su reduccion al cuatro por ciento no destruye el fondo del hecho; se presentó un proyecto para anular la ley de mayorazgos; se recogia en fin todo cuanto parecia concedido á la actitud siniestra de las circunstancias pasadas. Todos cuantos se habian colocado al lado de Cristina ansiosos de reformas alarmáronse vivamente con este repliegue y al desviarse de ella lleváronse consigo las masas, que en general siguen siempre los partidos estremos. La fuerte y valiente minoría de aquellas córtes famosas alzó mas poderoso su grito en las discusiones de la ley de ayuntamientos, que asi como debia ser para la mayoria la base de todo su sistema de resistencia é invasion, era para la oposicion por igual motivo la que debia irritar mas profundamente á los pueblos. Realmente los ayuntamientos eran la institucion mas veneranda de nuestra sociedad, asi porque habian salvado con gloria la independencia del pais en todas las guerras como por haber ayudado á los reyes á reprimir la audacia de los nobles, que los ultrajaban con la superioridad de su influencia. Sin duda por estos servicios los reyes absolutos los habian respetado, y llegaron á incrustarse de tal manera en nuestra legislacion y nuestras costumbres que casi toda la

Digitized by Google

accion administrativa del pais estaba en sus manos. El espíritu democrático de estos cuerpos se habia dado bien á conocer en cuantas esposiciones elevàran al gobierno con motivo de cualquiera disposicion nociva á las franquicias populares, siendo para el partido moderado su mas formidable enemigo. A fin de despojarlos de su inmediata influencia era preciso privarles de la mayor parte de sus antiguas atribuciones, y á pretesto de centralizar la accion administrativa, reducirlos á juntas consultivas. Esto fué lo que se propusieron las córtes de 1840 con su ley de ayuntamientos. Estos, apenas vieron amenazada su existencia, levantaron un clamor general y amenazador; pero la mayoria, poseida de su fin y revistiéndose de omnipotencia parlamentaria, seguia resueltamente la discusion respondiendo á los argumentos y á los recursos de la minoría con las votaciones. En tal estado dejaba la reina Cristina los trabajos de aquel congreso al emprender con sus hijas el viaje á Barcelona, al que se atribuyó generalmente un fin político. Cruzáronse en el viaje, como hemos dicho en Lérida, la Regente y Espartero, á quien aquella suscitó desde luego conversacion sobre las dificultades y peligros de la situacion en que el pais se hallaba, dando por necesaria la formacion de un nuevo gabinete con cuya presidencia sin cartera brindó al Conde-Duque. Habia este cuidado en todo el curso de la campaña de no manifestar predileccion hácia ningun partido; pero si algun hecho habia soltado de este género, era mas bien en favor del partido que merecia las simpatías de Cristina. En aquella ocasion, empero, al indicarle esta diestramente que el primer acto del nuevo gabinete seria la sancion de la nueva ley de ayuntamientos, manifestó clara y resueltamente su negativa. Añadió mas: que solo aceptaria el cargo á condicion de disolver las córtes y suspender á lo menos la ley hasta su revision por otras. Grande debió de ser la sorpresa de Cristina al ver á Espartero en este sentido, y mucho mayor al verle sostener con calor su resolucion en el tránsito á Esparraguera, ocupado todo en continuos y acalorados debates. Despidiéronse allí, como sabe el lector, Espartero en direccion de Berga y la Regente á Barcelona, poco confiada sin duda en la cooperacion que de él pudiera prometerse.

Acaso la entrada que verificó en aquella culta é industriosa capital el dia 30 de junio en medio de un grande gentio que le tributaba mil vitores llenó con otras esperanzas el vacío que aquellas le dejaban; pero si las concibió debieron ser de corta duracion, porque entre las espansiones del entusiasmo veianse muestras de la mas marcada suspicacia en el pueblo. En medio del arco de triunfo levantado en la Rambla se veian los artículos de la Constitucion que se creian mas amenazados; el 70, infringido por la ley de ayuntamientos, se veia tambien á la entrada del teatro seguido del juramento prestado por la Regente de guardar y hacer guardar la ley fundamental. Indicios harto claros del estado del espíritu público en aquel pueblo, predispuesto siempre contra los depositarios del poder.

Digitized by Google

Cuando acabó de manifestarse fué el 13 de julio en la entrada de Espartero despues de la rendicion de Berga y espulsion de Cabrera. Ningun otro personaje de nuestros dias mereció ovacion semejante á la que la capital del Principado hizo al gefe victorioso de nuestros ejércitos; las muestras del entusiasmo rayaron en la idolatría. Por afeccion unas, por cálculo otras, todas llevaban un pensamiento, el de atraer á la causa popular al hombre que parecia destinado á ser el árbitro de la suerte inmediata del pais. Las guerras han dado siempre un dueño á los pueblos. Victoreando á Espartero no solo se queria pagar un homenaje de gratitud al pacificador de España, si que tambien proclamarle su libertador. Buscábase en él al enemigo de la camarilla palaciega y de la funesta influencia que se creia dominar en nuestros gobiernos. La córte le halagaba para instrumento; el pueblo lo solicitaba para escudo. Un inmenso gentio salió á su encuentro á mas de una legua de la ciudad y le rodeó sin permitirle dar un paso libremente. Su caballo levantado en hombros de la muchedumbre marchaba de este modo suspendido sin llegar á pisar las piedras de las calles. En su rededor, en todos los puntos por donde pasaba se formaba un grupo inmenso de hombres que se atropellaban disputándose el placer de besar su espada vencedora. Espartero lloraba enternecido y enternecidos lloraban tambien todos los que le circuian; todos derramaban lágrimas involuntarias, que los mismos que las derraman no aciertan á esplicar. Tambien le salieron al encuentro las autoridades, entre ellas una comision del ayuntamiento, cuyo presidente, el alcalde primero, le felicitó en nombre de la corporacion con palabras que encerraban claras alusiones á los temores y deseos que abrigaba. «Excmo. señor, le dijo: el ayuntamiento constitucio»nal de la ciudad de Barcelona, representado por la comision de su seno que »se dirige á V. E., apenas puede contener la emocion, el júbilo y la ale»gría que le causa el feliz arribo de V. E., y muy particularmente el dis»tinguido honor que va á alcanzar Barcelona de albergar dentro de sus »muros al héroe de tantas batallas, al ilustre caudillo que con su pericia »ha conducido constantemente el soldado á la victoria.

«¡Honor y gloria á V. E. y á todos los valientes que han militado bajo »sus órdenes! La ciudad de Barcelona, al dar á V. E. la bienvenida, lo »hace llena de gozo y entusiasmo, tanto por las victorias conseguidas y »por la paz tan gloriosamente alcanzada, como porque cree y espera fun»dadamente que V. E. no envainará su espada victoriosa, ni se entregará »al descanso que tanto reclaman las fatigas que ha sufrido, hasta haber »consolidado de una manera firme y segura la Constitucion de 37 que todos »hemos jurado sostener, y que enemigos ocultos y aleves se empeñan en »derrocar y destruir.

«La ciudad de Barcelona tenia hechos varios preparativos para obsequiar »á V. E. de una manera correspondiente á la grandeza y elevado rango de »V. E.; pero la circunstancia feliz de estar S. M. en Barcelona no ha per-

Digitized by Google

»mitido tributárselos en este dia. Sin embargo, el inmenso gentío que ha »acudido de todas partes para saludar y vitorear á V. E., y el regocijo »que en este dia venturoso anima y agita á los habitantes de Barcelona, se»rán, señor excelentísimo, las señales mas positivas y el testimonio mas so»lemne del afecto que le profesan los barceloneses. Su ayuntamiento cons»titucional felicita por ello á V. E., porque sabe que los deseos mas ardien»tes del magnánimo corazon de V. E., y el obsequio mas grande que pue»de ofrecerle el ayuntamiento de Barcelona es el amor de sus representa»dos.»

Las contestaciones de Espartero no fueron menos intencionadas y esplícitas: «Compatriotas, este es el dia mas satisfactorio de mi vida: todos »los grados, todos los honores, todas las condecoraciones, todos mis triun»fos son nada en comparacion de este momento. Conciudadanos: nada he »hecho porque he cumplido con mi deber; al ejército, á ese virtuoso y »sufrido ejército lo debeis todo: su constancia ha consolidado la causa »nacional. Y esa constancia, esos sufrimientos, ese ardor no han tenido »mas estímulo ni mas blanco que afianzar el trono de Isabel II, la regencia »de su augusta madre, la Constitucion y la independencia nacional.» A los *vivas* á la Constitucion que le dirigia la multitud como pidiendo su opinion, contestó una vez con marcada intencion y enerjía: *si, viva y vivirá pura y neta*. En ocasion como aquella en que se creian amenazadas de un golpe mortal las instituciones liberales y que la política francesa habia invadido las altas regiones del gobierno, las palabras de Espartero ponian de manifiesto su pensamiento y fueron recogidas como prenda de seguridad por los progresistas. Aquella noche la ciudad apareció espontáneamente iluminada; el ayuntamiento le dió una serenata y el pueblo derramado por las calles con cien músicas manifestaba su entusiasmo al son de los himnos de Riego y de Bilbao. El agasajo mas notable que el ayuntamiento le hizo en nombre de la ciudad fué el de una corona de oro macizo que simbolizaba la victoria y la paz por medio de dos ramos de laurel y olivo entretegido con una cinta en que iba esculpida esta leyenda: AL DUQUE DE LA VICTORIA Y DE MORELLA BARCELONA AGRADECIDA. Espartero para recibir este obsequio mandó formar todos los batallones; y al serle entregada por el cuerpo municipal, dispuso que todas las banderas de los regimientos se cruzasen, y la colocó en una de aquellas gloriosas enseñas repitiendo por medio de una elocuente alegoría lo que habia dicho del ejército cuando le felicitó: «Al ejér»cito, á ese virtuoso y sufrido ejército lo debeis todo; su constancia ha sal»vado la causa nacional.»

Con estos actos y demostraciones Espartero iba significando sus simpatías por la causa popular con grande enojo de la córte.

En la primera visita que fué á hacer inmediatamente á Cristina abrióse de nuevo conversacion sobre la formacion de nuevo gabinete, quedando al fin convenido que el Conde-Duque tomaria la presidencia negándose la san-

cion á la ley de ayuntamientos. Asi lo aseguraba á varios individuos del de aquella ciudad que le pedian su parecer acerca de negocio que tanta alarma derramaba en la nacion, mientras la ley llegaba á Barcelona ya aprobada en solicitud de la sancion de la Regente. Celebróse inmediatamente consejo de ministros, y todos estuvieron unánimes en que la sancion debia darse, si bien algunos mas prudentes creian no ser aquella ocasion oportuna. Pero los ministros de Estado y de la Guerra, Perez de Castro y Cleonard, prevalecieron en su ánimo, y Cristina se decidió á contrariar en aquel mismo momento los deseos del pueblo y de Espartero, á quien pocas horas antes habia ofrecido que aquella ley no se sancionaria. El recuerdo quizá de esta palabra empeñada detuvo su pluma en el instante de estampar la firma y propuso que se llamase á Espartero para oir de nuevo su dictámen. En aquel crítico momento de vacilacion uno de los ministros acudió al amor propio de la Regente para precipitarla á dar aquel último paso: *¿Quién es aquí el rey, señora?* le dijo *¿Espartero ó V. M.?* Una muger y una reina no necesitaba mas para resolverse, y en aquella rápida exalacion de amor propio la ley quedó sancionada. Cuando Espartero tuvo noticia de este acto, irritóse sobremanera de verse desairado en una palabra empeñada, y deduciendo que ya no merecia la confianza real, hizo formal y completa dimision de todos sus cargos. Acostumbrado á ser consultado por Cristina en los asuntos árduos de la gobernacion, no pudo llevar en calma que aquella vez, la mas crítica, la mas grave, se prescindiese y desdeñase su opinion préviamente consultada. La renuncia alarmó á todos aquellos que median con exactitud la altura de Espartero en la opinion pública. Su popularidad era inmensa, su ascendiente en el ejército era soberano, y sin duda la admision de la renuncia era provocar una terrible revolucion. Cristina mas prudente en esto que sus dos pertinaces ministros, que la incitaban á aquel paso provocativo, hizo dar al general las mayores seguridades de que continuaba mereciendo su confianza. Pero estas seguridades y la real órden de inadmision tardaron dos dias, prueba harto evidente de las dificultades que una y otras habian encontrado. En su trancurso la ansiedad fué grande; la parte del pueblo y del ejército ciegamente adicto al general pacificador se puso en una especie de espectativa amenazadora, y todo indicaba una próxima conmocion.

Espartero, queriendo acaso aclarar su verdadera posicion, se dirigió á palacio; habló á la Regente del estado de inquietud en que se hallaban los ánimos, de la efervescencia de las pasiones de los partidos y de la necesidad que habia para conjurar la tempestad de mudar de ministerio y de politica; pero Cristina le recibió con aire de resentimiento, oyó con frialdad sus consejos y con estudiada indiferencia sus avisos. El general no se retrajo entonces de manifestar su resentimiento pidiendo permiso para alejarse de la córte, yendo á establecerse con su cuartel general en Sans. Negóselo Cristina ya en uso de su autoridad, alegando que podria necesitarlo para mantener la tranquilidad amenazada; pero como Espartero le replicase que las

Digitized by Google

tropas se negarian á hacer fuego al pueblo, el orgullo de la reina estalló con estas frases que debian alejar á ambos personajes para siempre. *Pues bien, vete cuando quieras.*

Mientras tanto los síntomas precursores de alarma anunciaban que la conflagracion estaba cerca. Los generales Van-Halen y Araoz noticiaron al ministro de la Guerra que el peligro era inminente: el ministro de la Guerra lo hizo saber á sus colegas, y todos á la vez al saber el resultado de la última conferencia de la Regente y el general se apresuraron á presentar su dimision.

A semejante estado habia llegado la crisis en la tarde del dia 18 de julio, y al anochecer la agitacion y el descontento se habian ya convertido en manifiesta alarma. La Rambla y la plaza de San Jaime se llenaron de grupos compuestos de hombres esforzados y prácticos en revueltas que, persuadidos de las simpatías de la tropa, prorrumpieron en gritos de *viva la Constitucion y Espartero*, *y abajo el ministerio y la ley de Ayuntamientos* se desparramaron por la ciudad y fueron desarmando cuantas patrullas les salian al encuentro. Algunos grupos se organizaron espontáneamente, improvisaron sus gefes y levantaron barricadas en las avenidas de la plaza, donde se reunieron los milicianos de artillería y zapadores, únicos á la sazon que estaban armados del partido progresista. Otros se apoderaron de varias armas y luego se reunieron en tumulto en la plaza de Santa Ana delante del alojamiento del Duque, donde se reprodujeron los vivas y mueras dados en la plaza de la ciudad. Espartero, en tan difícil situacion, se puso de acuerdo por medio de sus ayudantes de campo, con el ayuntamiento á fin de evitar el derramamiento de sangre. Los sublevados pidieron que saliese al balcon; Espartero accedió á esta demanda, y les arengó protestando que mientras él viviese la constitucion se conservaria íntegra. Estas palabras entusiasmaron á las turbas; pero como repusiesen que tenian una fé ciega en su patriotismo, mas que podia suceder que él mismo fuese víctima de alguna promesa palaciega, rehusaron retirarse á pesar de los esfuerzos que para conseguirlo reunieron todas las autoridades y el mismo Espartero.

El aspecto que presentaba la plaza de S. Jaime era el mas aterrador é imponente. El número de los amotinados crecia sin cesar, y la mayor parte estaban provistos de armas. Algunos de estos abandonaron la plaza para engrosar otro grupo que se dirijió á la plaza de Palacio donde se hallaban los ministros. Sus *vivas* á Espartero, sus mueras al ministerio y sus terribles amenazas, los intimidaron hasta el punto de que solo hubo uno bastante sereno para salir al balcon de palacio y hablar á la muchedumbre, ofreciendo con palabras vagas que su voluntad quedaria satisfecha. Pero la voz del ministro murió ahogada entre los gritos de *fuera* que le obligaron á abandonar el balcon.

Justamente azorada la Rejente en aquel conflicto, tuvo que llamar á Espartero á palacio para que procurase restablecer la tranquilidad; pero con la

seguridades de su seguridad personal recibió la contestacion de que el único medio de restablecerse sin convertir la ciudad en un mar de sangre era acceder á los votos de los insurrecionados; y entonces Cristina comprimiendo su enojo, admitió la dimision de los ministros. Espartero hizo saber esta resolucion á los amotinados en la plaza de palacio, luego á los que habia en la de S. Jaime, manifestó á unos y á otros la esperanza que tenia de que seria revocada la ley de ayuntamientos y los amotinados, se retiraron.

Los ministros, á favor de la oscuridad de la noche y de la confusion producida por la presencia del Duque, pasaron por entre la multitud y se acogieron á un buque francés. Cristina quedó sola, pero resuelta á tomar una medida estrema, ya que las circunstancias la obligaban á nombrar un ministerio que inspirase al pueblo alguna confianza, en detrimento de la suya. Sin embargo tardó dos dias en nombrarlo, buscando para componerlo personas que residiesen en Madrid: fué el ministerio que debia presidir don Antonio Gonzalez.

Los moderados de Barcelona persuadidos de que la Reina Cristina, arrastrada á pesar suyo por el torrente de la opinion general, estaba dispuesta á variar el rumbo de su politica, trataron de alentarla para que no cejase delante de las exijencias de los progresistas, que eran á su decir una minoría insignificante. A la sazon el partido moderado gozaba en Cataluña de una organizacion perfecta, y la unidad de su accion y convergencia de sus medios, suplian la falta de número y fuerza. Esta organizacion se revelaba hasta en sus actos mas insignificantes, pues en todos se reconocia un punto de partida comun un centro de movimiento. El dia 21 de julio aparecieron de improviso en la plaza de palacio á las cinco de la tarde, hora en que salian las Reinas á dar un paseo varios grupos de moderados. Era su objeto segun decian no solo manifestar á la Reina que en Barcelona tenia fieles servidores, sino desagraviarla tambien de la ofensa hecha á su dignidad con el reciente amago de una revolucion. Los progresistas tuvieron noticia del proyecto y en su mayor parte resolvieron no estorbar la manifestacion de sus contrarios; pero otros entre ellos mas intolerantes juzgaron conveniente que por nigun acto se desnaturalizase la opinion general de la poblacion, y se propusieron atajarle. A medida que los moderados se iban dirijiendo al lugar de la escena, se veian puestos en ridículo por algunos grupos aislados de sus adversarios, ciertamente cortos en número en Barcelona: Espartero á pié acompañado de Van-Halen y algunos otros militares de distincion, saliendo de palacio, cruzó la plaza entre los grupos que silenciosos, le abrieron paso, dirijiéndose al alojamiento de Van-Halen, que se hallaba en la plaza misma. Pronto la marcha real tocada por la guardia que habia en palacio indicó la salida de las Reinas á los que con tanta ansia las esperaban. Oyóse el ruido de los coches que resonaron en el átrio del alcázar, y luego un estruendo de vivas á la Regente y mueras al ministerio Gonzalez. Todos los moderados se agruparon alrededor del coche de las Reinas, los unos tirando al

aire los pañuelos, los otros los sombreros y uno hubo que arrojó dentro del coche un grande pliego en que manifestaban los moderados sus sentimientos.

Entre las voces provocativas que se vertieron, se dieron tambien algunos *mueras* á Espartero quien puesto de bruces en su balcon del alojamiento de Van-Halen, contempló esta escena con calma; pero de repente el grupo que rodeaba el coche se dispersó por los pocos progresistas que habia en la plaza de Palacio, que armados de tremendos palos, hicieron uso de ellos contra sus adversarios. Desde luego fué todo confusion y alarma. La mayor parte huyeron en direcciones distintas, quedando en breve el campo á favor de los progresistas. Algunas fuerzas del ejército restablecieron el órden.

Este motin no fué mas que un preludio de otro mas grave que no se hizo esperar. Las persecuciones sufridas durante la dominacion de los moderados, habian hacinado muchos ódios en los corazones de varios progresistas quienes solo aguardaban una coincidencia cualquiera para vengarse. Dominando los moderados habia sido suprimido con una simple órden de Meer el *Constitucional*, órgano del partido progresista ¿por qué pues dominando los progresistas no habia de suprimimirse el *Guardia Nacional* órgano del partido moderado? Esta es la lógica de las masas y el resultado comun de los actos arbitrarios.

A pesar de que el *Guardia Nacional* hacia algunos dias que guardaba profundo silencio, los progresistas no habian olvidado que las ilegalidades cometidas en Barcelona habian tenido en él un apoyo y un encomiador ciego, y algunnos penetrando en la casa en que se publicaba, arrojaron á la calle los enseres de la imprenta.

A este suceso con que probablemente se hubiera terminado la historia de aquel dia juntó la casualidad otro que prueba á que escesos pueden conducirse los partidos arrastrados por las pasiones políticas.

D. Francisco Balmes, jóven abogado, fué uno de los que mas figuraron en la escena de la plaza de Palacio. La naturaleza y el incesante ejercicio de la caza, le habian dado una organizacion atlética; dotado de grandes fuerzas, de un carácter irascible y de un valor á toda prueba, gozaba de mucha importancia en el partido moderado. Pero Balmes no era solo fuerte y valiente, era tambien honrado. Por desgracia daba á sus ideas cierta exageracion fanática que le hacia mortalmente odioso á todos los que no pensaban como él. El dia 22 salió de su casa al amanecer, irritado por la derrota que la tarde anterior habia sufrido su partido, y con la resolucion al parecer de provocar una nueva lucha, pues llevaba consigo una pistola amartillada. Ningun moderado se atrevia á abandonar la casa ó escondrijo á que se habian refugiado: solo Balmes se dirigió á la Rambla como anhelando ser el blanco de las provocaciones de sus adversarios. Algunos albañiles le reconocieron y le insultaron y él contestó á esta provocacion con la pistola, hiriendo uno de ellos mor-

talmente. Todos los circunstantes quedaron aterrados, y Balmes aprovechó este momento de sobresalto para guarecerse en su casa, hasta donde le siguió una turba frenética clamando venganza. A la circunstancia de ser él capitan de la milicia nacional y cazador, debió la casualidad, funesta para muchos, de hallarse en posesion de algunas armas de fuego, que fué disparándolas una tras otra contra la multitud que le acometia, y causando una muerte en cada disparo. Esta lucha duró mas de una hora sin que acudiese para terminarla ninguna fuerza, á pesar de hallarse á la sazon concentradas en Barcelona casi todas las del ejército del Norte, del Centro y de Cataluña y cuando hubiera bastado una compañia. Al fin los sitiadores penetraron en su habitacion abriendo en ella una brecha y le encontraron en el ángulo de la sala herido por si mismo, no queriendo ser victima de sus enemigos, y casi exánime. La multitud acabó de arrancar la vida á aquel desgraciado fanático y arrastró por las calles de la ciudad el mutilado cadáver hasta que le fué arrancado por la guardia del fuerte de Atarazanas. Pero el vértigo se habia apoderado de la muchedumbre provocada, y un tal Bosch, conocido tambien por sus ideas contrarias á los progresistas fué igualmente victima en aquel calamitoso dia. Este infeliz exaló el último aliento á los pies del mismo Espartero, que á la noticia del tumulto habia montado á caballo para contenerlo. Enfurecido á la vista de tantos desórdenes, se habia encaminado hácia las casas consistoriales con objeto de dirijir á la municipalidad fulminantes acriminaciones, sin hacerse cargo de que, estando desarmada la milicia nacional ciudadana, el cuerpo municipal carecia de poder eficaz para restablecer el órden material de las calles, en un momento en que todas las pasiones politicas estaban desencadenadas, no bastando para contenerlas ni los bandos ni las exortaciones. D. Rafael Degollada, concejal á la sazon, liberal ardiente y victima frecuente del odio de los moderados, vió brillar muy cerca de su pecho la espada del Conde Duque.

Como era necesario reprimir cuanto antes el tumulto, que dejaba en todas partes una huella sangrienta, fué muy corta aquella entrevista. Bastó hacer circular por las calles gruesas patrullas de ejército, fijar un bando del ayuntamiento en las esquinas y otro del mismo General en gefe para que la tranquilidad quedase completamente restablecida.

Sino tan graves, notáronse tambien en los dias 17, 18 y 19 de julio en la capital de la monarquia síntomas de motin; pero al parecer de origen enteramente diverso, si algo permite presumir la circunstancia de ser algunos de los aprehendidos por las patrullas de la milicia nacional, de la policia secreta. Sin embargo el *motin de las galgas* yace todavia en el misterio.

Asi que se supieron en Madrid los nombramientos del nuevo ministerio, la agitacion fué general y las córtes suspendieron sus sesiones el dia 26. Partieron á Barcelona los elegidos, á escepcion de D. Vicente Sancho que no admitió el cargo que se le habia confiado; sin detenerse llegaron á la ca-

pital de Cataluña el dia 6 de agosto, y luego hicieron ver á la Reina Regente la necesidad de emprender una marcha política diferente de la que habia seguido hasta entonces. El presidente D. Antonio Gonzalez, apenas salió de palacio, redactó un programa con el cual no se conformó el general Armero, mas sí sus compañeros. Leido al dia siguiente en un consejo presidido por la Regente, dió lugar á que esta hiciese varias observaciones relativas á la disolucion de las córtes y suspension de la nueva ley de ayuntamientos, que dejaron sin resultado la sesion. La que se celebró á las 10 de la noche próxima lo produjo; pues Gonzalez, en desacuerdo con la Regente y aun con los demas ministros, presentó su dimision, que le fué desde luego admitida. La presidencia entonces recayó en D. Valentin Ferraz, quien sin otro pensamiento de gobierno que ciertas modificaciones en la ley municipal, para las que ni el gobierno ni la corona tenian facultades, aceptó proponiendo para los ministerios de Gracia y Justicia y Gobernacion, á D. Manuel Cortina, y á D. Facundo Infante, que rechazó la Regente por suponer que no admitirian su programa; y nombró en su lugar á D. Francisco Agustin Silvela y á D. Francisco Cabello, con quienes entró Armero. Mas adelante, en 17 de julio, D. José Ferraz hizo dimision del ministerio de Hacienda y le reemplazó en clase de interino D. Jose Maria Secades. Así quedó resuelta aquella crisis ministerial, aunque momentáneamente. Todos estos hechos prueban que Cristina obraba hasta ahora con libertad.

Disgustada de los dias que habia pasado en Barcelona, dispuso trasladarse á Valencia, donde el partido moderado tenia fuerte apoyo en el general O'Donell. Las Reinas se embarcaron el 22 de agosto, y al siguiente llegaron á Valencia, en cuya ciudad fueron recibidas con poco entusiasmo. Igual esplosion de vivas á la libertad, á la Constitucion y á Espartero por la parte del pueblo, estorbando por la noche una serenata que el partido moderado le preparára, siguieron acibarando su ánimo.

Cuando á los pocos dias los nuevos ministros le presentaron la renuncia de sus cargos, en vista del estado alarmante de la nacion y acaso del secundario papel que parecia imponérseles, llena de enojo se la admitió al punto y no quiso hacer mas concesiones á las circunstancias. Los sustituyó con personas de principios conocidamente contrarios y con las cuales era consiguiente la inmediata sancion y promulgacion de la ley de ayuntamientos, orijen de tantos contratiempos y disgustos. Así que esta noticia llega á Madrid, una alarma general se estiende por los ánimos, el ayuntamiento se vé interpelado por el público en una sesion tumultuosa, y resuelve ponerse al frente de la insurreccion. Convoca los numerosos batallones de milicia nacional, se apodera de la casa de correos, el capitan de la misma guardia de la Villa en que se celebra la sesion arresta por su propia autoridad al gefe político, que habia ido á reconvenir al ayuntamiento por la convocacion de la milicia, quedando de esta suerte completamente declarada la insurreccion. Aldama, capitan general del distrito, que quiso sofocarla entonces, vió muerto su caballo

Digitized by Google

por una descarga de dicha guardia, y que toda su fuerza se pasó al pueblo. Todos saben los pormenores del pronunciamiento de Madrid el 1.° de setiembre, al cual se adhirieron rápidamente todos los pueblos de la monarquia y todos los cuerpos del ejército; esto nos escusa de referir los pormenores fijando únicamente la atencion del lector en los dos mensajes enviados por la junta á Cristina y á Espartero, pues ellos prueban indudablemente que ni la insurreccion pensó prescindir de aquella, ni contaba con la secreta inteligencia y con el apoyo de este.

Las nuevas de estos sucesos llegaron á Valencia derramando el terror en la córte que se juzgó perdida sin el amparo de Espartero, á quien igualmente necesitaba la revolucion. Cristina que pocos dias antes le habia desairado vióse forzada á acudir á él ordenándole que marchase con su ejército á sofocar el pronunciamiento de Madrid: la contestacion de Espartero es de la mas alta importancia en la historia de aquellos acontecimientos.

«Señora: Con la franqueza y lealtad de un soldado que jamás ha desmentido ser todo de su Reina y de su patria, he manifestado á V. M. en diferentes ocasiones cuanto convenia á su mejor servicio y á la prosperidad nacional, combatiendo noblemente á los enemigos que bajo cualquier forma han maquinado contra el órden establecido. Pero una pandilla cuyos reprobados fines habia logrado sofocar por mis públicas representaciones, y á fuerza de señalados triunfos en los campos de batalla, ha seguido constante en sus trabajos empleando el maquiavelismo y la falaz intriga para hacerme desmerecer el justo aprecio que V. M. me habia dispensado, consiguiendo envolver á esta nacion magnánima en nuevos desastres, en nuevas sangrientas luchas, cuando la voz de paz tenia enageuados de gozo á todos los buenos españoles.

»La creencia de haberme retirado V. M. su confianza tuve ocasion de espresarla en 15 de julio, al hacer la renuncia de todos mis cargos; y aunque el presidente del consejo de ministros de aquella época, tomando el nombre de V. M., señaló un hecho para convencerme de lo contrario, no podia yó quedar satisfecho, porque los motivos que espuse á V. M. recibieron mayor grado de fuerza no siendo rebatidos, y admitiendo el gabinete el peregrino encargo de hacerme saber la negativa de la dimision no obstante que justifiqué en ella habia dispuesto V. M. reemplazarlo con otro que satisfaciese mas el espíritu de los pueblos previniendo los males que anunciaban las diferentes situaciones y juicios pronunciados.

»Yo debia hacer un nuevo sacrificio por mi Reina y por mi patria, resignándome á continuar á la cabeza de las tropas, puesto que se creyó necesario, aunque ya solo conservé una débil esperanza de que no llegasen á tener efecto mis funestas predicciones.

»Los pueblos mas considerables de la monarquia por medio de sus corporaciones y la Milicia Nacional de muchos puntos, habian acudido á mi, porque los títulos de gloriosos sucesos que consolidaron el trono de vuestra

»escelsa hija creyeron me habian de conceder la accion de hacer indicacio»nes por el bien general que fuesen acogidas favorablemente. Todo su deseo »era que la Constitucion de 1837 no se menoscabase ni infringiese por un go»bierno de quien todo lo temian en vista de su marcha, notable por las escan»dalosas renovaciones de funcionarios públicos, por la indebida disolucion de »unas córtes que acababan de constituirse; por la intervencion en las elec»ciones de nuevos diputados, y por las leyes orgánicas que sometieron á su »deliberacion.

«A estas auténticas demostraciones se unia el conocimiento que mi po»sicion me permitia tener del estado de las cosas, sus relaciones y necesa»rias consecuencias, y convencido por lo tanto de la imperiosa necesidad »de impedir los males, hice presente á V. M. la conveniencia de que en »uso de sus prerogativas acordase un cambio de gabinete capaz de salvar la »nave del Estado; idea que admitió V. M. bajo el compromiso de que yo »aceptase la presidencia, y que no rehusé por ver asegurada la tranquili»dad pública, y satisfecho el unánime deseo de los buenos españoles que »constituyen la inmensa mayoría de la nacion.

«Rechazado mi programa, sin duda porque sus principales bases consis»tian en la disolucion de las actuales córtes, y en que los proyectos de ley »que las habian sido presentados se anularan negándose su sancion, sabe »V. M. todo cuanto, movido del mejor celo, espuse en varias conferencias »que me permitió, luego que terminada gloriosamente la guerra contra los »rebeldes armados, se me hizo saber el deseo de V. M. de que me presen»tase en Barcelona, insistiendo particularmente en la conveniencia de que »no fuese sancionada la ley de ayuntamientos; pues que, siendo contraria »á lo espresamente determinado sobre el particular en la Constitucion ju»rada, temia se realizasen mis pronósticos.

«El tenaz empeño de los cobardes consejeros de V. M. lanzó con su im»prudente y precipitada medida la tea de la discordia, poniendo en com»bustion á esta industriosa capital, pero cuidando de salvar todo peligro »abandonando sus puestos con una anticipada dimision, para ir al estran»gero á derramar el veneno de la calumnia, suponiendo autor al que habia »conjurado el mal, y que ya manifiesto, evitó las terribles consecuencias »que sin duda provocaron y esperaban tambien los viles y bastardos espa»ñoles que aparentando hipócritamente adhesion á la ley fundamental del »Estado, consideran un crimen se proclame este principio, y quisieran »beber la sangre de sus fieles sostenedores bajo el pretesto de anarquía que »ellos concitan y fraguan rastreramente en el club á que están afiliados.

«V. M. en aquellos críticos momentos debió ser impulsada únicamente »de su natural bondad en favor de un pueblo digno por sus virtudes y se»ñalados sacrificios de que sea considerado y satisfechas sus justas exi»gencias. Asi se creyó en vista de los reales decretos de nombramiento de »nuevos ministros, hecho en personas de conocido españolismo, amantes

»de la Constitucion jurada, del trono de vuestra augusta hija y de la regen»cia de V. M.; á escepcion de uno que renunció el cargo, todos los demás »hicieron el costoso sacrificio de aceptarlo, poniéndose en marcha para »ofrecer sus nobles esfuerzos á la corona, celosos de su lustre y de la pros»peridad del Estado. Sus principios eran bien conocidos, y no era posi»ble que contra ellos y sus propias convicciones siguiesen la torcida mar»cha de los que les precedieron. Por esto la nacion se entregó á la grata »y lisonjera confianza del porvenir dichoso que tanto anhela. Por esto, »señora, en públicas esposiciones se consideró un medio de salvacion el »pronunciamiento de Barcelona, reprobado solo por los enemigos de V. M. »y de la constitucion, y por los que no late en sus pechos el sentimiento »de independencia nacional que ha de constituir nuestra ventura.

«El programa que los ministros electos presentaron á V. M. no podia »ser ni mas justo ni mas moderado; pero los dias transcurridos debieron »servir á la pandilla egoista y criminal para mover nuevos resortes y hacer »creer á V. M. que debia llevarse adelante el sistema que aplanó al anterior »ministerio; y ni esta consideracion, ni las razones empleadas con elo»cuencia, verdad y sana intencion, sirvieron para que las bases fueran ad»mitidas. Las renuncias se fueron sucediendo por consecuencia forzosa: la »nacion quedó sin gobierno constituido despues de una tan prolongada cri»sis: siguiéronse otras elecciones, y los antecedentes de algunos, todo, »señora, fué la señal de alarma en la capital del reino, alarma que ha en»contrado eco en Zaragoza y que será muy probable cunda en otras provin»cias.

»Acompaño á V. M. una copia de la comunicacion que me ha dirigido »D. Joaquin Maria Ferrer, nombrado presidente de la junta provisional de »gobierno de la provincia de Madrid y otra de la contestacion que he creido »necesario dar. En el pronunciamiento, que se ha verificado ya, ha sido poca »la sangre vertida. El objeto se me dice no es otro que el de sostener ilesos »el trono de Isabel II, la regencia de V. M., la Constitucion del Estado y la »independencia nacional.

»Yo creo, señora, que tales son los principios que profesa V. M., pero »en un gobierno representativo son todos los consejeros de la corona, como »responsables de los actos, los que se necesita que ofrezcan las seguridades »que con tanta ansiedad se han esperado, y siendo un hecho que los elegidos »despues de la aceptada dimision del gabinete Perez de Castro, y que podian »satisfacer aquella ansiedad, tuvieron que retirarse por no suscribir á la »promulgacion de la ley de ayuntamientos, contraria á la Constitucion; se »descubre el motivo que ha impulsado el lamentable y sensible movimiento »que ha puesto en conflicto á V. M. y que afecta mi corazon aun cuando hace »mucho tiempo lo tenia predicho. Los medios de reprimirlo, creen los mi»nistros que están al lado de V. M., que es hacer uso de la fuerza del ejér»cito, segun la real órden que se me comunica con fecha cinco de este mes,

»y al efecto se me elije á mí, que no he perdonado ningun medio para evi»tar llegase el dia de tan terrible prueba, que podrá comprometer para siem»pre el órden social, hacer que corra á torrentes la sangre, malograr un »ejército que nos hace respetables, y perder el fruto de las señaladas glorias »que han aniquilado á las huestes con que el rebelde D. Cárlos creyó usur»par el trono y levantar cadalsos para sacrificar á los que lo han defendido »y conquistado la libertad.

«Por esto, y porque V. M. en su carta autógrafa de la misma fecha que »he tenido el honor de recibir, observo que por tales sucesos le han hecho »concebir el temor de que peligre el trono, creo que es un deber sa»grado tranquilizar en esta parte á V. M. haciendo con nobleza y con la hon»radez que acostumbro las observaciones que me sujiere mi lealtad y patrio»tismo, y por si logro inclinar el ánimo de V. M. á que, dando fé á mis »palabras, acuerde los medios de salvacion, únicos que con justicia me pa»rece se deben adoptar. Por el relato de esta esposicion se evidencia, sin »hacinar otros accidentes, que la direccion de los negocios no ha llevado »el sello de la prudencia ni de la imparcial justicia que hace fuertes y res»petables á los gobiernos. El empeño ha sido constante desde la disolucion »de las anteriores Córtes de desacreditar al partido liberal denominado del »progreso, estableciendo un sistema de proteccion esclusiva en favor del »otro partido llamado moderado que se procuró aumentar con personas de »precedentes sospechosos y haciendo patrimonio de esta fraccion todos los »principales destinos del Estado. Asi, señora, ni puede haber armonia, ni »confianza, ni conseguirse que la paz se establezca tan sólidamente como »debia esperarse despues de terminada la guerra.

«Al partido liberal se le ha calumniado además por los corifeos del otro, »suponiendo que conspiran contra el trono y la Constitucion, y que no son »otra cosa que anarquistas enemigos del órden social, y no pocas veces se »han fraguado asonadas y motines para corroborar este malhadado juicio; »pero que no han producido ningun efecto porque los hombres han pene»trado á fuerza de desengaños el orijen y la tendencia. Los alborotos han si»do una consecuencia precisa, porque la falta de motivo haria imposibles »combinaciones generales que tampoco estaba en los intereses de los motores »el ensayar, so pena de convertirse en daño propio. Asi abortaron los al»borotos de Madrid y de Sevilla en los últimos meses del año de 1838, y »mis representaciones á V. M. de 28 de octubre y 6 de diciembre debieron »convencer por qué mano fueron aquellos dirijidos, y cual el opuesto fin á »que eran encaminados. Entonces se faltó sin ningun pretesto al gobierno »constituido de V. M. y cuando estaba la guerra en su mayor incremento, lo »cual hubiera podido inutilizar á los defensores de la justa causa permitien»do el triunfo al bando rebelde.

«En el dia yo considero los pronunciamientos hasta ahora demostra»dos bajo una faz muy diferente. No es una pandilla anarquista que sin fé

»política procura subvertir el órden. Es el partido liberal que, vejado y te»meroso de que se retroceda al despotismo, ha empuñado las armas para »no dejarlas sin ver asegurado el trono de vuestra excelsa hija, la regencia »de V. M., la Constitucion de 1837 y la independencia nacional. Hombres »de fortuna, de representacion y de buenos antecedentes se han empeñado »en la demanda, y lo que mas debe llamar la atencion es que cuerpos de »ejército se han unido espontáneamente, sin duda porque el grito pro»clamado es el que está impreso en sus corazones, y por el que han hecho »tan heróicos esfuerzos y presentado sus pechos con valor y decision al plo»mo y hierro de los vencidos enemigos. Por otra parte, no tengo noticia de »atropellamientos ni crímenes de aquellos con que se marca el desórden de »la anarquía.

«Estas consideraciones y otras muchas que omito por no molestar de»masiado la atencion de V. M., creo que debieran pesarse antes de llevar á »cabo un rompimiento en que los hijos con los padres, los hermanos con »los hermanos, los españoles con españoles fuesen impelidos á renovar san»grientas luchas por unos mismos principios, despues de haber consentido »en abrazarse libres de la ferocidad del enemigo comun que sostuvo la en»carnizada lucha de siete años. ¿Y quién asegura que esto llegue á reali»zarse, aunque la ciega obediencia conduzca á tan sensible combate al que »manda la fuerza? ¿Se ha olvidado lo que sucedió al general Latre al dirijirse »á Andalucía? ¿No acaba de unirse la guarnicion de Madrid al pueblo ma»drileño abandonando á su capitan general? Y si tal sucediese con los cuer»pos que mandase ó condujese, ¿qué seria de la disciplina, qué del ejército? »Si yo marcho á Madrid, llevaré el cuidado de lo que pueda suceder con »las demas tropas en el estado de fermentacion en que se hallan los pue»blos. Si mando un general de mi confianza, su compromiso es terrible, y »muy dudoso que el soldado se bata contra compatriotas que les abrirán »los brazos diciéndoles:

«*La causa de mi empeño es la misma porque habeis derramado vuestra »sangre y sufrido las inauditas penalidades que hacen glorioso vuestro nom»bre.*

«V. M. como prenda para que recupere su confianza mayor que nunca, »me dice que me decida á defender el trono, libertando á mi pais de los »males que le amenazan. Nunca, señora, me he hecho digno de que V. M. »me retirase su aprecio. Mi sangre derramada en los combates, mi cons»tante anhelo, todo mi ser consagrado á la consolidacion del trono y á la fe»licidad de mi patria, la historia en fin de mi vida militar no dicen nada »á V. M.? ¿Es necesario que pruebe ahora la fé de mis juramentos satisfa»ciendo tal vez los conatos aleves de esos hombres que sin los títulos que »me envanezco de tener han conseguido que V. M. se manifestase sorda á »mis indicaciones y escuche sus insidiosas tramas? Yo creo, señora, que no »peligra el trono de mi reina, y estoy persuadido que pueden evitarse los

»males de mi pais apreciando los consejos que para conjurarlos me pareció »deber dar á V. M. Todavia, señora, puede ser tiempo. Un franco mani- »fiesto de V. M. á la nacion ofreciendo que la Constitucion no será alterada, »que serán disueltas las actuales Córtes y que las leyes que acordaron se »someterán á la deliberacion de las que nuevamente se convoque, tranqui- »lizará los ánimos, si al mismo tiempo elije V. M. seis consejeros de la corona »en concepto liberal, puros, justos y sábios.

«Entonces, no lo dude V. M., todos los que ahora se han pronunciado »disidentes depondrán la actitud hostil, reconociendo entusiasmados la bon- »dad de la que siempre fué madre de los españoles: no habrá sangre ni des- »gracias: la paz se verá afianzada: el ejército, siempre virtuoso, conservará »su disciplina, mantendrá el órden y el respeto á las leyes, será un fuerte »escudo del trono constitucional, y podrá ser respetada nuestra independen- »cia, principiando la era de prosperidad que necesita esta trabajada nacion »en recompensa de sus generosos sacrificios y heróicos esfuerzos. Pero si »estas medidas de salvacion no se adoptan sin pérdida de momento, difícil »será calcular el giro que tomarán las cosas, y hasta donde llegarán sus »efectos, porque una revolucion, por mas sagrado que sea el fin con que se »promueve, no será estraño que la perversidad de algunos hombres la en- »caminára por rumbo contrario, moviendo las masas para satisfacer cri- »minales y anarquicos proyectos. Dignese V. M. fijar toda su su considera- »cion sobre lo espuesto, para que su resolucion sea la mas acertada y feliz en »tan azarosas circunstancias.—Barcelona 7 de setiembre de 1840.»

La publicacion de este documento fué á estender el incendio por todos los ámbitos de la monarquía. Barcelona acababa de pronunciarse pacíficamente, y una junta constituida en Alcira, privó al gobierno de la Regente de todo su poder que quedó limitado al recinto de Valencia. Entonces fué cuando Cristina sin darse por entendida del estado de la nacion, organizó un ministerio progresista bajo la presidencia de D. Vicente Sandio; pero como la junta de Madrid habia prohibido bajo pena capital obedecer al gobierno de Valencia y como solo uno de los nombrados se encontraba en esta ciudad, este solamente aceptó el cargo, D. Francisco Cabello. Volvióse á apelar á Espartero dándole la presidencia del consejo de ministros y la facultad de elejir sus compañeros, que aquel aceptó desde luego (19 de setiembre) pidiendo licencia para ir á Madrid á fin de conocer por sí mismo el verdadero pensamiento de la revolucion en su cabeza. Fuéle concedido el permiso y el 25 salió de la capital del Principado acompañado de D. Pedro Chacon y D. Manuel Cortina comisionados por la junta de Madrid para informarle de la situacion general del pais y de las exijencias que significaba.

El tránsito de Espartero hasta la córte fué una continua ovacion; su recibimiento en esta fué régio en lo suntuoso, solemne en lo popular. Al dia siguiente convocó á los principales personajes de la situacion para conferenciar acerca del nuevo ministerio proponiendo desde luego el Duque para uno

de los cargos, sino el mas importante al Sr. Gonzalez, quien se escusó resueltamente por consideraciones caballerosas. Tambien se opuso á la idea de co-regentes que allí se propuso por algunos alegando la imposibilidad de que el pais tuviese ya confianza, despues de tantos engaños en la Reina Cristina. En la segunda conferencia presentóse una comision de los individuos que habian enviado algunas provincias para constituir una junta central á fin de oponerse á la candidatura de dicho Gonzalez sustituyéndole con Lopez, y presentar un programa de política semejante al de la Junta de Madrid con esta sola variacion de co-regentes. Al fin se constituyó un ministerio bajo la presidencia del Duque, sin cartera, en que figuraban los Sres. Gomez Becerra, Ferrer, Chacon, Gamboa, Cortina, Frias y Alvaro, que merecieron los nombramientos de la Regente por decretos de 3 de octubre, en virtud de los cuales se dirijieron inmediatamente á Valencia. Pidióles Cristina programa por escrito, y como ellos se escusasen con la notoriedad de sus ideas y lo flagrante de los sucesos, insistió ella trasladando la conferencia para la noche inmediata. En esta se leyeron las bases acordadas préviamente y todas pasaron sin observacion alguna de la Gobernadora menos la relativa á la ley de ayuntamientos, acerca de la cual preguntó como podia dejarse sin efecto una ley debidamente hecha en córtes y sancionada por la corona. Contestó uno de los ministros que la ley no sufriria por ellos mas que una *suspension* hasta que la nacion representada en córtes, resolviera lo que tuviese por mas conveniente despues de los sucesos que estaban pasando, y que estaban decididos á aceptar la responsabilidad que esta suspension llevára consigo. Cristina pareció satisfecha de este razonamiento, exornado con otras graves consideraciones de actualidad; pero en seguida manifestó su resolucion de hacer dejacion de la regencia é ir al estrangero. Las reflexiones, los consejos, los ruegos dirijidos por todos los ministros para que desistiera, fueron inútiles porque su resolucion era irrevocable. Las súplicas solo alcanzaron la manifestacion de los motivos, que eran el mal estado de su salud, la rebelion de los pueblos y las injurias de la prensa. Conociendo el Sr. Cortina que este podia ser fundamento de la abdicacion, hizo mañosamente alusion á las voces relativas á su casamiento con D. Fernando Muñoz, que ella atajó varias veces diciendo que *no era cierto*. La abdicacion se verificó con toda solemnidad la noche del dia 12 quedando en virtud de ella el nuevo gabinete con el carácter de *Ministerio-rejencia provisional*. Las córtes habian sido disueltas el dia anterior y los nuevos ministerios creyeron necesario dar cuenta á la nacion de aquel suceso inesperado por medio de un manifiesto razonado.

Tras de la abdicacion manifestó Cristina la voluntad de partir inmediatamente á Francia, y solo se detuvo el tiempo necesario para la presentacion de un buque español, el vapor *Mercurio*, que la condujo. Esta partida se verificó en la mañana del 17 de octubre, dejando en el corazon de muchos una siniestra incertidumbre acerca del porvenir.

La historia del Ministerio-Regencia sale de los límites de la nuestra; es de todos conocida, y desde este momento no tomaremos en cuenta sino aquellos sucesos que producen algun eco en Cataluña. Los acontecimientos que acabamos de describir son el verdadero desenlace de la guerra civil.

CAPITULO XIII.—1841 A 1843.

Sucesos de Cataluña durante la regencia de Espartero hasta su caida.

MAÑANA, cuando la actual generacion haya desaparecido y venga alguno á registrar sus hechos en este libro, no sospechará seguramente los que vamos á describir en este capitulo; no sospechará que Barcelona, aquella ciudad tan entusiasta por la libertad y donde ovacion tan gloriosa acababa de hacerse al Duque de la Victoria, habia de ser el mas terrible ariete de su ruina. Misterioso juego de la Providencia, que suele destinar á la destruccion las manos mismas con que ha edificado.

Digitized by Google

Desde que Cristina abdicó su poder en las playas de Valencia, todos señalaron á Espartero como el destinado á ocupar el lugar que ella dejaba vacante: el prestigio que rodeaba su persona, la aureola gloriosa que circundaba su nombre y su conducta en los últimos acontecimientos eran títulos sin duda valederos para que el pueblo pusiera en sus manos la primera magistratura del Estado. Pero entre estos mismos que le señalaban y presentaban como candidato, habia muchos que, recelosos de hacer un dictador en vez de un regente constitucional, pretendieron fuese trina la regencia, siempre destinando á Espartero un puesto y el mas preeminente. La historia lo aconsejaba asi á los que consultan el pasado para presentir el porvenir, y es natural que el espíritu democrático, siempre suspicaz, desenvuelto en aquel pronunciamiento compartiese esta opinion. Acaso la mayoria de la nacion y de las Cortes no queria á Espartero único regente: á lo menos la que obtuvo en el nombramiento fué muy escasa, y se atribuyó entonces á la coaccion que vino á obrar sobre los espíritus pusilánimes el comunicado de Linage y á la ambicion de los que pensaron grangearse con aquel voto los favores del poder naciente. Ni nos importa esclarecer este hecho ni examinar quienes eran los prudentes en aquellas circunstancias, si los unitarios ó los trinitarios; si los que por temor del presente, querian un poder de unidad y fuerza para luchar con los enemigos naturales interiores y esteriores de aquel movimiento, ó los que por temor al porvenir pretendian un poder triple, en que el choque de las ambiciones deshiciera el pedestal de la dictadura. Nos importa solo establecer este hecho como orijen de todas las calamidades que sobrevinieron á la obra de setiembre. Aquella revolucion nació ya con el aneurisma que debia producir su muerte. La division de unitarios y trinitarios permaneció despues de la votacion formando en las Córtes y en el pais dos bandos que buscaron ocasion de combatirse en los mas pequeños actos de la gobernacion. Añádase á esta lucha intestina, la mas maléfica y la mas inconsiderada, la accion de muchos otros poderes conjurados contra la causa que personificaba Espartero, y se presentirá fácilmente su ruina. Las potencias del Norte asi como el partido carlista no podian menos de odiar con mas encono al que acababa de dejar exánime su causa; la corte romana era natural que no juzgase mas propicio á un reconocimiento al poder entronizado por una revolucion; el gobierno de Francia debia aborrecer tambien un cambio hecho para destruir su influencia en el nuestro y que segaba en flor las esperanzas concebidas por su rey en favor de uno de sus hijos; la Francia misma debia mirar con frialdad y prevencion una revolucion que á su juicio abria la puerta á la influencia inglesa; Cristina no podia dejar sin venganza y sin desquite los desaires que le hicieron los pueblos y los perjuicios que le ocasionó la abdicacion de la regencia y la destitucion de la tutoria. Todos estos eran los enemigos naturales de Espartero, con quienes debia entrar bien pronto en lucha.

No habia pasado un año, consumido en estériles y vergonzosos altercados de familia, cuando una vasta rebelion levantó osada su cabeza en la capital de la monarquia, saliendo del seno de aquel mismo ejército que habia llevado en sus hombros á Espartero hasta las gradas del trono. En Pamplona, Vitoria, Bilbao, Zaragoza, Toro y Madrid lanzó la sedicion sus gritos: *abajo Espartero, regencia de Cristina*, y los que la acaudillaban eran aquellos mismos á quienes el Regente habia elevado en alas de su fortuna y conservaba como apoyo de aquella situacion: Concha, Orive, Piquero, La-Rocha, O'Donell, Leon. Causas que no importa investigar y la rápida alarma que produjo en las filas setembristas hicieron abortar aquella sublevacion, que al hundirse con los cadáveres de Leon, Montes de Oca y otros no dejó para la historia sino el atentado nunca visto en España de escoger la morada de los reyes para cuna de una rebelion.

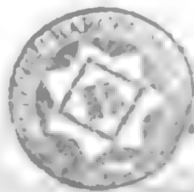
El partido progresista, si no sacó de aquellos sucesos la severa leccion que contenian, alarmóse al pronto por la seguridad de su obra y en todas partes se constituyeron *juntas de vigilancia* que respetando mas ó menos la legalidad y las garantias individuales, contribuyeron eficazmente á destruir los proyectos de los conjurados, que eran muchos sin duda y poderosos.

En Cataluña ningun síntoma de combinacion se notó, ya fuese que su espíritu revolucionario la escluyese de las miras de las juntas establecidas en Paris, Bayona y Madrid, ya que la precipitacion con que O'Donell procedió en Pamplona retrajese á los comisionados de su intento. Mas no por eso dejó de constituirse la junta de vigilancia y de ser aquella ciudad turbulenta teatro de sucesos inesperados, cuya esposicion exije algunos precedentes.

Barcelona, es por su industria, por su comercio y por sus tradiciones y carácter de sus habitantes, la ciudad mas democrática de España; todos los movimientos populares han tomado allí esta forma aspirando á predominar con la energia y la constancia de su voluntad. Despues de el pronunciamiento de setiembre el influjo de este espíritu produjo una *sociedad patriótica*, á semejanza de las que tanta parte tuvieron en la revolucion francesa, la organizacion de una fraccion republicana compuesta de los jóvenes mas ardientes, el aumento y armamento de la milicia nacional, la formacion de un batallon demócrata en su totalidad; y como todos los partidos nacientes aumentaba con la audacia y la novedad el ascendiente poderoso que le daban sus doctrinas para con las masas jornaleras. No miró sin recelo la Regencia provisional aquel gérmen revolucionario y decretó su disolucion, que tampoco se verificó sin protestas é indicios de formal oposicion. Emancipáronse con esta muchos de los que habian cooperado al pronunciamiento, y recogieron con ansia la primera ocasion de manifestarlo, que fué la felicitacion á Espartero por su elevacion á la Regencia. La opinion general estaba allí por la trina, y ya que no le cupo la satisfaccion del triunfo, sí la de estorbar que se ocultase. Los comandantes de la milicia acordaron felicitar al Duque á nom—

bre de sus compañias sin prévia consulta de estas; opusiéronse algunos á este abuso de confianza, hubo contestaciones agrias, amenazas de protestas y por último tuvieron que hacer la felicitacion solo en su nombre y de un modo tímido y vergonzante. Nació entonces allí la division de los setembristas en *ayacuchos* y *terradistas* ó republicanos acaudillados por el entusiasta Abdon Terradas; y de aquí surgieron las fuerzas tal vez mas poderosas contra la regencia de Espartero. El espíritu de partido negó á Terradas su defensa, el gobierno le exoneró por una real órden de la comandancia del batallon republicano, el ayuntamiento allanó su domicilio para ocuparle los papeles peculiares á este cargo, y así de imprudencia en imprudencia se fué engendrando el odio en los ánimos y ahondando la sima abierta en el campo de setiembre. En esta situacion sorprendió á Barcelona la sublevacion de octubre.

«El ver que tantas personas distinguidas, dice el Sr. Valdés, gefe político en aquellas circunstancias, tantos generales ilustres que habian derramado su sangre por la defensa del trono y las instituciones, empeñado su palabra de honor y dado todas las seguridades al Regente del Reino de apoyar su administracion; al ver digo á estos distinguidos personages faltar tan escandalosamente á lo que les prescribia su deber, se apoderó tal desconfianza de los ánimos de estos habitantes, que llegó á ponerse en duda la fidelidad mas acrisolada, y todos se persuadieron de la necesidad de apelar á medios estraordinarios. De aquí nació la idea de la creacion de una junta de vigilancia.» Valdés y el capitan general se opusieron en cierto modo á su creacion; pero la salida de este para Navarra llevando consigo fuerzas considerables la hizo mas necesaria mereciendo la cooperacion de casi todas las autoridades, menos el Gefe político, que en todos los abusos de autoridad salvó su voto. Aquella junta se transformó en efecto en un poder colosal, y aunque nacido de tan pequeñas circunstancias, fué la mas revolucionaria de cuantas entonces se crearon en España. Organizó dos batallones de cuerpos francos para suplir la fuerza que habia sacado Van-Halen; sujetó á la milicia á la ordenanza del ejército mientras durase la situacion; levantó un préstamo de cuatro millones y medio de reales para atender á los gastos consiguientes; pidió y consiguió del capitan general la separacion de varios gefes militares; destituyó algunos ayuntamientos de la provincia sindicados por su desafeccion á las instituciones que regian; desarmó por la misma razon la milicia de algunos pueblos y confinó á cuantas personas creyó en ellos de perjudicial influjo. Todas estas disposiciones, propias de aquel tribunal y de aquella situacion, juntaronse á otras que no lo eran sin duda. Privó á los carlistas indultados de los derechos de ciudadanía; suprimió varios impuestos y tomó otras resoluciones puramente legislativas, como para que el poder legal se viese precisado á respetarlas. Acaso todas hubieran merecido su aprobacion sin otro hecho que produjo grande escándalo en el gobierno y mucho ruido en el pais: fué la demolicion de su célebre Ciudadela.



Los catalanes, y mas particularmente los barceloneses conservaban un odío tradicional á aquel baluarte de la tiranía del primer Borbon, conceptuando su existencia como un padron de ignominia. Desde el dia en que Felipe V lo erigió para asegurar la ciudad que á tanta costa habia conquistado los hombres mas ilustres por su amor á la libertad y á la independencia encontraron en sus mazmorras morada perpétua y no pocos la tumba: era mas bien una inquisicion que una fortaleza, un patíbulo mas bien que una cárcel. El ódio que le profesan los catalanes tiene su origen en una historia sangrienta de no pocas relaciones con la famosa *Bastilla* de la revolucion rancesa.

Al ver que O'Donell habia escogido otra ciudadela para teatro de la sublevacion, acordáronse los barceloneses que pudiera suceder otro tanto con la suya y resolvieron su demolicion. Zabala, que habia quedado funcionando en el lugar de Van-Halen, antes de enviar á este el resto de la guarnicion, convocó los comandantes de la milicia para entregarles la custodia de la ciudad y sus fuertes, apelando á los sentimientos de lealtad y caballerosidad que reclamaban aquella confianza. Sospechando ya que era facil se aprovechase las milicia de aquella ocasion para destruir la Ciudadela, dijoles que la cuestion estaba sometida al fallo de las córtes: y no solo por esta razon merecia ser acatada, sino porque la habian acogido de una manera que inspiraba seguridad del éxito. Los comandantes empeñaron su palabra de desistir del pensamiento y oponerse tambien á que sus subordinados lo realizasen, empleando toda su autoridad y celo: no dejaron sin embargo de sospechar del éxito de sus afanes conociendo el rencor que el pueblo abrigaba contre aquella fortaleza y cuan poseidos estaban de ser aquella la ocasion mas propicia para conseguir su desaparicion. No eran infundados sus recelos; el fruto de sus exortaciones y consejos fué tan escaso, que al ir á encargarse de la guarnicion de aquel fuerte, por todas partes resuena el grito de *abajo la Ciudadela*, acogido y hecho mas temible por una multitud de jornaleros que los fabricantes acababan de dejar sin trabajo. Declaróse en sesion la junta de vigilancia inmediatamente, reuniéronse las autoridades y los comandantes de la milicia entablándose una discusion borrascosa que no aplacaban de modo alguno las mas firmes protestas de Valdés. Desenterráronse allí hechos históricos, consideraciones militares y políticas mientras los batallones de la milicia reclamaban con exigencia, la muchedumbre amenazaba, y por último los que guarnecian la Ciudadela declararon resueltamente no solo que no se dejarian relevar hasta ver principiado el derribo sino que ellos mismos lo principiarían en la mañana siguiente á pesar de la resistencia de las autoridades. En aquel conflicto, la junta, el ayuntamiento, y los comandantes de la milicia acordaron su demolicion, dando al acto la mayor solemnidad. Convocaron á la mañana siguiente todas las autoridades, que respondieron puntualmente al llamamiento menos el gefe político, y el capitan general interino; desde la plaza de San Jaime se dirigen como

en cívica funcion presidiendo á la muchedumbre al terrible fuerte, y al llegar á él estendidos todos sobre la cortina esterior que dá frente á la plaza, el decano, teniendo en la mano un pico, dirige una corta arenga á la multitud que termina con estas palabras: «Ciudadanos: en ocasiones como »la presente, nuestros liberalísimos abuelos, nuestros venerables canciller»res, no decian mas que: *Coellemen*» El golpe de su pico arrojó al foso la primera piedra; todas las autoridades le siguieron, y bien pronto el incansable brazo de la multitud dentelló aquel fuerte lienzo construido por la venganza y el rencor de un déspota. Al regresar con la misma solemnidad á las casas consistoriales, todos llevaban en sus manos como glorioso trofeo, piedras arrancadas á la afrentosa fortaleza. Tras aquel dia de general satisfaccion sucedieron otros en que con toda la perseverancia y fuego del carácter catalan continuó la obra del derribo.

Pero Van-Halen, sofocada la insurreccion del Norte, volvia con sus tropas al Principado, y como ignorasen los barceloneses el efecto que harian en su ánimo los sucesos que habian tenido lugar en la ausencia, comisionaron para informarle á dos comandantes de la milicia, que se avistaron con él en Lérida. Resultó de la conferencia que, antes de pasar á verse con el Regente del Reino, que habia tomado tambien aquella direccion volverian á Barcelona á dar cuenta del primer efecto de su comision, en la confianza de que todo se terminaria amigablemente. Pero hé aquí que un incidente bien estraño y casual vino á dificultar la resolucion de aquel negocio dando un siniestro giro á todos los espíritus. Una partida de ladrones con nombre de carlistas que discurria entre Tárrega y Cervera, se apoderó de los comisionados; y esta noticia llegada á Barcelona en tan críticas circunstancias, no puede tener mas que una esplicacion de partido que produce una grande efervescencia en los ánimos y hace resonar los gritos de *represalias* en la fuerza que aquellos comandaban. La junta decreta en efecto la caucion de 21 personas casi todas del bando moderado, entre ellas el obispo, y no volvieron á sus hogares ni se aquietó la multitud, sino cuando aprontaron 500 onzas de oro que por el rescate de los dos comisionados exigian los bandidos.

Mientras esto sucedia, ibase aproximando á Barcelona el general Van-Halen con todas sus fuerzas que establecieron en Martorell su cuartel general, al parecer en espectativa de las órdenes con que debian obrar. El gobierno habia decretado ya en Vitoria la disolucion de las Juntas; y este hecho, asi como la actitud del capitan general, hicieron desconfiar á los barceloneses de que el ansiado derribo de su Ciudadela no tendria cumplido efecto. Sus temores no eran infundados pues los comisionados que salieron al encuentro del Regente en Zaragoza, fueron recibidos con agrio lenguaje, obteniendo por toda contestacion que lo que se hubiese derruido de la Ciudadela, seria reedificado al punto á costa de la ciudad. Espartero en efecto, habia pensado someter á los vencedores de Barcelona de la misma manera

que á los sublevados de las Provincias Vascongadas. Los catalanes creyeron no merecer tanta dureza, y menos de un poder que, á su juicio, habia salido de sus manos; la bandera de Isabel II, constitucion de 1837 y regencia de Espartero que habian levantado parciales, titulo suficiente para obtener sin mendigar las consideraciones del Regente, á quien dispusieron recibir como se presentase, hostil ó pacificamente. Van-Halen avanza sobre Barcelona; pero se detiene en Sarria porque la Junta le impide la entrada si antes no presta su aprobacion á los actos que ella habia autorizado. A esta determinacion precedieron oficios á la diputacion provincial y al ayuntamiento preguntando con urgencia si la sostendrán en su resolucion de consumar el derribo de la Ciudadela, que ambas corporaciones contestaron afirmativamente. Sin embargo, su decision no era leal, como se vió bien presto. Los comisionados enviados nuevamente al capitan general volvieron con las noticias del estado de su irritacion y la del Regente, al parecer no tanto motivada por el desacato que envolvian los actos revolucionarios, cuanto porque ellos habian dado motivo ó pretesto á que un ejército francés se aproximase á aquella frontera, á pesar de haber dejado en descubierta la de las Vascongadas durante la insurreccion cristina. Convocóse entonces una junta general de autoridades y comandantes de la milicia, en la cual se puso á discusion si deberia continuar, á pesar del decreto de su disolucion, la Junta consultiva, y se acordó que no, juzgando que su desaparicion seria desagravio suficiente para el Conde-Duque. Acordóse tambien empero que quedase comision encargada del derribo de la Ciudadela; y ambas resoluciones se comunicaron por el gefe politico á Van-Halen. Casualmente esta autoridad recibe en aquellos momentos la confirmacion de la actitud de la Francia, con la noticia de una escuadra salida de Tolon hácia las costas de Cataluña, que le obliga á tomar medidas preventivas en todos los fuertes. El pueblo que ignora los motivos, cree que aquellos preparativos son en su daño; la Junta en vez de disolverse, se reune y entabla una discusion acaloradísima que no bastaron á calmar las esplicaciones de Valdés, siendo el resultado espedir una órden á las guardias de las puertas para que permitan la entrada al capitan general con su E. M. pero de ningun modo á sus tropas. Uno de los individuos de la Junta, Llinas, cuya alma de temple revolucionario no le permitia desistir de la empresa, se habia presentado en la borrascosa sesion de aquella noche con una proclama incendiaria que invocaba á las armas con el lema de *abajo la Ciudadela ó la muerte*: en ella iba, al parecer, suplantada la firma de su presidente, el gefe politico Valdés. Para contener sus efectos el Conde de Peracamps publica una alocucion condenando el estravio de la Junta y esta replica con otra. El Regente, al leer en Zaragoza la proclama se irrita y da un manifiesto en que ofrece reprimir enérgicamente los abusos de la libertad, al que sigue una real órden promoviendo la inmediata y completa disolucion de la junta bajo las penas consiguientes al delito de rebelion. Es-

Lit Nuevo

WAN-HALEN

tas amenazas produjeron una reunion general de autoridades en la noche del 12, en la cual resignó al fin la junta su poder revolucionario pidiendo sus miembros pasaporte para Inglaterra. Con esto volvió Barcelona al imperio de las autoridades legales, que no fueron lo mas prudentes en el uso de su fácil triunfo. Van-Halen entró en la ciudad desplegando el aparato militar de una plaza conquistada, y sino causó estorsiones personales en el corto periodo de una declaracion de estado de sitio intempestivo, disolvió la diputacion provincial y el ayuntamiento, reemplazando ambas autoridades con las del año anterior, desarmó los batallones 2.°, 3.° y 8.° de la milicia, compuestos en su mayoria de republicanos, sobre quienes se hizo recaer la responsabilidad de sucesos que habian obtenido la sancion general, y por último se creó una comision militar para juzgar á los actores de aquellos sucesos. Parece que no todas estas disposiciones merecieron la aprobacion de los ministros responsables y que le eran inspiradas al Regente por los consejeros militares que le cercaban desde su salida de Madrid. Parece tambien que Van-Halen fué mero ejecutor de las órdenes del cuartel de aquel debiéndose á su templanza el que no se viese derramamiento de sangre ni se causase tropelia alguna en las propiedades y en la seguridad individual. Aun mas: se dice que la disolucion de los tres batallones democráticos fué á consecuencia de algun indicio de resistencia á la entrada de las tropas en la noche anterior instigada por los que deseaban arrojar sobre otros la culpa de sucesos á que habian cooperado espontáneamente. La milicia de Mataró sufrió al pronto igual suerte por haber correspondido al grito de los barceloneses.

Pero, despues de los 13 dias de estado escepcional, puede decirse que todo volvió á su curso anterior. El ayuntamiento fué reinstalado en sus atribuciones; los batallones recuperaron sus armas sin alteracion alguna en su organizacion, y los individuos de la Junta regresaron á Barcelona, habiendo en el estrangero esplicado su conducta por medio de un manifiesto. Esta conducta era á propósito para soldar las fracciones del bando setembrista, sino la contrariasen los desaires hechos á la milicia en general no citándola para concurrir á las ceremonias del 19 de noviembre, dias de la Reina, ni mentándola al levantar el estado de sitio el dia 28 entre los elementos con que contaba para asegurar el órden. Estos actos jamás honran á una autoridad: pues son indicio de una venganza tímida y ofenden mas que una franca reprobacion.

Cuando volvió el Regente á Madrid el 23 de noviembre, arcos triunfales le abrian el camino de su palacio y nuevas aclamaciones de *libertador* y *pacificador* le acogieron en su tránsito, embriagando sus ímpetus guerreros con una gloria que encerraba los gérmenes de nuevos y mas grandes disturbios.

La marcha natural de los sucesos despues del impulso dado en setiembre á la opinion habia puesto en movimiento todas las tendencias demo-

cráticas del pais y constituido un partido, sino fuerte todavia por el número y las miras trascendentales de sus adeptos, bastante popular por sus principios generales, principalmente en las poblaciones industriales como las de Cataluña. Allí mas particularmente estaban organizados como hemos dicho los republicanos por Abdon Terradas, que habia constituido en la capital una junta directiva, y se hizo notar en toda la nacion por la enerjia de su carácter y la tenacidad de sus convicciones.

Figueras, pueblo de su naturaleza, le eligió alcalde para el año 42; pero las autoridades, con suma imprudencia y quebrantando las leyes, no le permitieron empuñar el baston municipal. Insiste el pueblo, acójense aquellas á varios pretestos y se entabla entre aquel y estas una lucha que no podia menos de ser funesta al gobierno, porque en calidad de tal tenia que cumplr la ley. No hizo en aquella ocasion otra cosa que comprometer su autoridad y su decoro, teniendo al fin que humillarse ante un pueblo de 2,000 vecinos y un partido jóven, lleno de brios y de esperanzas. Aumentó indiscretamente el prestigio del apóstol demócrata, á quien, como era consiguiente, se vió mas osado desde aquel dia. Dos periódicos, el *Republicano* y el *Papagayo*, aparecieron luego en la capital para sustentar sus doctrinas haciéndolo el segundo de la manera mas virulenta y subversiva: una de sus viñetas representaba un dia á Espartero sufriendo muerte de horca á manos del pueblo. Esta oposicion frenética estaba alimentada por los clubs secretos de los moderados, que habian comprado á algunos falsos demócratas.

A fines de este año la regencia de Espartero tenia ya á su frente unidos á todos los enemigos que debian arrojarle tumultuariamente del poder. Los moderados habian atraidose hábilmente á los carlistas y republicanos, siendo una de las voces esparcidas para producir la coalicion que se buscaba, el que Espartero aspiraba, segun unos, á prolongar indefinidamente la mayoria de la reina, y segun otros á una dictadura militar que lo elevase hasta el trono. Una y otra suposicion eran sin duda falsas: el abandono en que tenia al ejército y lo poco que halagó á las fracciones setembristas lo prueban suficientemente. La penuria del ejército era tal que el conde de Peracamps tuvo que dictar la medida antipolitica, anárquica y provocativa pero forzosa de autorizar á los comandantes de columnas y destacamentos para que «exijiesen irremisiblemente» á los ayuntamientos el necesario alimento del soldado y el oficial.

Al amparo de una situacion tan calamitosa se formó la célebre coalicion de la prensa el 30 de octubre en la cual aparecieron por primera vez y de una manera solemne, unidas todas las fracciones anti-esparteristas para derribar á Espartero. Absolutistas, moderados, progresistas, republicanos, todos tenian sus representantes en la capital, y todos se aunaron, cada cual con sus diferentes miras, al empuje de las circunstancias para dar el ejemplo de la reconciliacion transitoria que debia estenderse por las filas de sus respectivos bandos. Paso tan atrevido necesitaba solo el concurso de cir-

cunstancias que luego aparecieron para producir sus frutos naturales.

Las córtes que se abrieron á últimos del año 1841 quedaron cerradas el dia 16 de julio del año siguiente, volviéndose á reunir el 14 de noviembre. Las pasiones políticas, desencadenadas en el congreso y teniendo la prensa por vehículo, no tardaron en propagarse como un contagio por todo el pueblo. Barcelona, la ciudad mas democrática de España, era la destinada á dar el primer golpe. Los moderados, prácticamente convencidos de su impotencia, procuraron desenvolver los gérmenes de division en las filas de los defensores del progreso, ya halagando á algunos de ellos, ya acriminando á otros; y los progresistas se coligaron con los moderados para destruirse á sí mismos. Luego divididos en progresistas y republicanos no tardaron en fraccionarse unos y otros en coligados y no coligados; y luego estos en ayacuchos y no ayacuchos. El partido liberal era un campo de Agramante, y peor que un campo de Agramante la ciudad de Barcelona. Habia en ella muchos carlistas y muchos moderados; habia muchos progresistas y algunos republicanos que se hacian temer con su carácter turbulento parapetándose con los moderados y los absolutistas detrás de la Constitucion para derribarla. Habia muchos coligados, pocos esparteristas ayacuchos y todavia menos esparteristas no ayacuchos. Los esparteristas tenian que luchar contra los absolutistas, los moderados, los demócratas y los progresistas coligados, y ellos mismos estaban divididos, como hemos dicho, en ayacuchos y no ayacuchos, que se aborrecian lo suficiente para no ponerse de acuerdo cuando el peligro era comun.

Con tantos elementos de discordia no habia ninguna causa ocasional que no fuese suficiente para provocar una catástrofe. Bastó que se hiciese circular la voz de que Espartero habia vendido á los ingleses la industria catalana concediéndoles la libre introduccion de los algodones, para que en Barcelona se manifestasen síntomas de una próxima conflagracion. Al mismo tiempo se vertieron injurias y calumnias contínuas contra el general Zurbano para manchar su reputacion, menoscabar su prestigio y hacerle el blanco de los ódios de la multitud. Se hallaba en Cataluña, donde lo mandó el gobierno á instancias de los diputados catalanes, conociendo que era el único tal vez capaz de esterminar varias hordas de forajidos que infestaban el Principado. Consiguió perfectamente su objeto en muy poco tiempo, si bien para llevar á cabo su empresa tuvo acaso necesidad de desplegar un rigor escesivo, ó adoptar un sistema de terror que neutralizase el que infundian los forajidos, quienes con amenazas, que nunca dejaban de tener un sangriento efecto, hacian de cada habitante de la montaña un espia que volvia infructuosas todas las combinaciones de sus perseguidores. Hizo una guerra á los bandidos con armas iguales á las suyas; opuso la enerjía a la enerjía, el terror al terror, la ferocidad á la ferocidad, y pudo así hacerse dueño de la alta montaña, que se le habia declarado enemiga por no atraerse la venganza de aquellas hordas de facinerosos. Este sistema adop-

tado por Zurbano le valió una infinidad de apodos con que se le presentaba á los ojos de la multitud como una fiera sedienta de sangre. Por otra parte, para grangearse las simpatías de los catalanes, que blasonando de industriosos deben de ser enemigos del cotrabando, no dejaba medrar un solo contrabandista, y este buen celo con que pensaba afianzar su prestigio produjo un efecto enteramente contrario. Ignoraba que algunos fabricantes son los primeros contrabandistas, y que algunas fábricas son no mas que pantallas de tráficos ilícitos. Moderados y contrabandistas se propusieron desacreditar á Zurbano, y bien pronto todos los partidos, Barcelona entera clamó contra los supuestos desafueros de un hombre á quien el Principado debia tantos beneficios. En medio de esto se hizo circular la voz de que se iba á verificar la quinta, y no fué necesario mas para provocar un rompimiento.

La milicia nacional era numerosa y aguerrida; en la mañana del 13 voló á las armas y desafió el poder de las autoridades. Las provocaciones duraron dos dias, al cabo de los cuales el ejército cojió el guante y empezó una lucha mortífera que duró toda la mañana del 15. Todas las ventanas, todas las azoteas vomitaban proyectiles contra las tropas del ejército, acometidas en todas direcciones por enemigos fanáticos. El movimiento era general, al parecer un solo pensamiento guiaba á todos los combatientes; y sin embargo jamás se han visto enarboladas tantas banderas distintas. Los republicanos luchaban contra el gefe político, porque habia preso algunos de sus correligionarios; los progresistas tomaron las armas, los unos irritados por la quinta, los otros por el supuesto tratado de comercio; los moderados y los carlistas atizaban el fuego de la discordia contra unas autoridades adictas á Espartero. Los sentimientos de provincialismo ejercian tambien en la lucha su poderosa influencia; muchos no querian mas que matar soldados porque no eran catalanes. A muchas horas de sangre y carnicería sucedieron algunas de calma; hubo una especie de armisticio durante el cual las tropas se retiraron á los fuertes y la milicia fué tomando nuevas y mas ventajosas posiciones. Van-Halen con Zurbano, el gefe político y la mayor parte de la fuerza se dirijió hácia la Ciudadela, y antes de llegar á la fortaleza se vió nuevamente hostilizado. Llegaron á ella los soldados, y como estuviese desprovista de víveres, se vieron en la necesidad de evacuarla.

Mientras tanto las campanas tocaban á rebato, en todas las torres y azoteas los insurreccionados enarbolaron banderas rojas y negras, símbolo de sangre y muerte; se robustecieron las barricadas, se hicieron otras nuevas; tambores y cornetas se cruzaban en todas direcciones, y el toque de generala atronaba la ciudad. El levantamiento se verificó bajo la direccion de una junta directiva compuesta de algunos que se llamaban republicanos, y de otros que en realidad lo eran.

A la evacuacion de la Ciudadela sucedió la rendicion de Atarazanas y del cuartel de los Estudios, cuyas tropas cercadas por los insurreccionados careciendo de víveres y teniendo cortado el paso para salir de la ciudad y unir-

se á Van-Halen, se vieron en la dura necesidad de capitular. La milicia era dueña de la ciudad y de las fortalezas contiguas; pero estas se hallaban diseminadas por el castillo de Monjui, que permanecia en poder del gobierno, y por esto Van-Halen evacuó la Ciudadela con el objeto de introducir víveres en el castillo y aumentar su guarnicion, lo que le aseguraba la sumision de la ciudad.

Sin embargo el riesgo era grande, y la influencia que ejerce Barcelona en el Principado podia dar lugar á que la insurreccion hallase eco en todas las provincias de Cataluña, en cuyo caso, levantándose el pais en somatenes, hubiera hecho temblar á las huestes del gobierno y se hubiera reproducido la guerra civil. Antes que esto sucediese y para ahogar el mal en su orijen, Espartero acompañado del ministro de la Guerra y seguido de numerosos batallones salió de la córte el dia 21 de noviembre y se dirigió á Barcelona. A los ocho dias se hallaba en Esplugas de Llobregat, donde revistó las tropas, y en seguida fijó su cuartel general en Sarria, que era el punto mas á propósito para dirigir el bloqueo de la ciudad. Esta resolucion hizo flaquear á muchos: á la junta republicana sucedió otra compuesta de moderados y progresistas tímidos, que no tardaron en entrar en relaciones con el Regente. Como eran tan diversos y heterogéneos los elementos de la insurreccion, pronto se pusieron en pugna entre si, y esto solo hubiera dado el triunfo á Espartero dejando fermentar los gérmenes de division que los insurreccionados llevaban en si mismos. Pero él creyó no deber esperar la victoria de una contrarevolucion quizá sangrienta, porque, no domando la insurreccion con prontitud, algunas chispas hubieran llegado á otros puntos llenos de combustible y se hubiera generalizado el incendio. La junta le ofreció una composicion amistosa, que la anarquia interior no acababa de formular, por lo que trascurrido un plazo y otro plazo de los que habia concedido á Barcelona para que se sometiese, ordenó qne comenzase el bombardeo, y desde luego los morteros de Monjui vomitaron la destruccion y la muerte sobre la desgraciada ciudad. Barcelona despues de una resistencia denodada sucumbió el dia 4; se la impuso por castigo una contribucion de 12 millones de reales, se disolvió completamente su milicia nacional y despues de esto Espartero, sin entrar siquiera en la ciudad, tomó desde Sárria el camino de la córte, y llegó á ella el dia primero del año de 1843. Seoane reemplazó á Van-Halen; el gefe político D. Juan Gutierrez fué tambien destituido. Algunos de los sublevados, instrumentos ciegos de un plan que no conocian, fueron juzgados por una comision militar y pasados por las armas, sufriendo la última pena con la conviccion de que vertian su sangre por la libertad, en tanto que quedaron impunes los autores del movimiento.

Esta insurreccion fué el prólogo de un drama que se desenlazó con la caida de Espartero. Los medios de accion que empleó el Regente para someter á los sublevados, se volvieron contra su propia persona. El

bombardeo sembró el descontento general, y se atribuyeron á ciertas influencias inglesas que tenian supeditado á Espartero y que le obligaban á destruir la capital del Principado por ser el emporio de la industria nacional. El descontento se fué generalizando; la insurreccion, aunque vencida, dejó una levadura de animosidades, que cada dia eran mas terribles, y la Francia, que al parecer habia tomado parte en la insurreccion por medio del cónsul Lesseps, fué alimentando estos odios. La oposicion en las córtes fué engrosando sus falanges con la coalicion de republicanos, progresistas y moderados, cuyos periódicos como hemos dicho se pusieron de acuerdo para hacer comun el ataque. El empuje era terrible y el ministerio Rodil, no pudiendo resistirlo, cayó el dia 9 de mayo. La oposicion tenia ya entontonces una mayoria inmensa, que acorralando á Espartero dentro de las prácticas parlamentarias, le obligó á sacar de ella el nuevo ministerio. Muchos se negaron á ser ministros, y esta negativa le puso en la dura precision de encomendar á D. Joaquin Maria Lopez su formacion.

Este nuevo gabinete anunció á las córtes el pensamiento de una amnistia, que fué acogido con alborozo, y desde luego fué nombrada una comision para redactar un proyecto de ley acerca de esta medida que debia someterse á la deliberacion de los cuerpos colegisladores. El Regente creyó sin duda que no podia admitir este pensamiento sin esponerse á que engrosando en torno suyo el número de sus enemigos personales, cobraran nuevo aliento las banderías que intentaban derrocarlo. Tampoco consideró conveniente en el estado de agitacion y turbulencia en que se hallaba el pais desde antes de los sucesos de Barcelona la separacion de D. Cayetano Cardero, gefe político de Cáceres y la de D. Miguel Camacho, que lo era de Valencia. Negóse igualmente á destituir al general Linage de dos inspecciones que servia. El ministerio, puesto en un desacuerdo completo con el gefe del Estado en estos puntos que presentaba como capitales, hizo su renuncia el dia 17 de mayo, y el 19 le fué admitida.

La popularidad que Lopez habia sabido grangearse con sus patrióticos discursos, hizo que su renuncia pusiese al pais en conflagracion. La oposicion al Regente se trasmitió desde las córtes al pueblo, y los partidos se coligaron en las plazas como los diputados en el congreso y los escritores en los periódicos. Las córtes, apenas disueltas, muchos diputados marcharon á las provincias en que gozaban de influencia para sublevarlas contra Espartero y trasladar las cuestiones al terreno de la fuerza. Quinto y Ortega obraron en Aragon, cuya capital fué siempre fiel al Regente. Prim partió á Cataluña y proclamó en Reus la mayoria de la Reina; bandera que disgustaba á los catalanes y dieron en Barcelona el grito de junta central; pero no por esto hostilizaron á Prim, llevando todos por mira principal derribar á Espartero.

La formacion del nuevo gabinete se encomendó á D. Alvaro Gomez Becerra hombre de patriotismo y virtud intachables; pero era tarde.

Muchas fueron las capitales que se pronunciaron á la vez, dominando en cada una de ellas durante el movimiento un principio politico distinto. En Barcelona parte del ejército abandonó tambien al Regente, y el general Cortinez, que se hallaba en ella de capitan general, se adhirió al pronunciamiento.

Reus se sublevó el dia 28 de mayo con el apoyo de su ayuntamiento y la milicia nacional, retirándose á Tarragona la tropa que guarnecia la villa. El dia 30 al medio dia se presentaron delante de Tarragona en actitud hostil unos 1,500 nacionales de estos acaudillados por Prim, que contaban con algun apoyo en la ciudad, y desde luego se formaron varios grupos para cuya disolucion fué necesario publicar la ley marcial. Obligóles á retirarse no tanto la enerjía de las autoridades como la noticia de que Zurbano se preparaba para ir á recuperar á Reus, donde Prim formó el propósito de sostener á todo trance su bandera.

Al amanecer del dia 10 practicó el general Osorio un reconocimiento sobre Reus llegando á situar la artilleria; pero principiaron á cruzarse parlamentos de campo á campo y concluyeron con la retirada de Osorio á Tarragona sin mediar hostilidad alguna y siendo por el contrario picada su retaguardia por Prim hasta las mismas puertas de Tarragona. Zurbano, que habia quedado allí preparando el tren de batir, airóse de esta conducta y salió inmediatamente sobre Reus, jurando no volver sin haber pisado sus calles. Cercóla en la mañana del 15, la intimó la rendicion inmediata, al tiempo en que el sitiado intimaba tambien al sitiador la retirada: á la contestacion negativa de este replicó aquel con una descarga de fusileria, que fué la señal del rompimiento de hostilidades. Los soldados de Zurbano protejidos por la artilleria desalojaron á los enemigos de las tapias y casas esteriores en que se defendian; adelántase el tren de batir y una bateria de morteros y obuses no cesa en su fuego desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde sino para dar algun descanso á los artilleros.

La plaza parecia poseida del corage de su afamado caudillo: una bandera negra ondeaba en la torre de su iglesia, y mientras los combatientes desde las aspilleras contestaban á los disparos de Zurbano, las músicas discurrian tocando el glorioso himno de Riego, y mil victores á la Reina, á la libertad y la Constitucion poblaban los aires. ¡ Espectáculo triste que ofrece el variado panorama de las guerras civiles! ¡ Zurbano atacando la plaza, Prim defendiéndola; aquel fuera y este dentro, animaban á sus tropas con unas mismas voces al combate!

A las tres volvió á romperse el fuego, que cesó á los primeros disparos por una bandera blanca que divisó Zurbano en la torre de la iglesia: pero pasada media hora sin que se presentase proposicion alguna advirtió á la plaza que á las cinco continuaria el fuego si antes no se le decia el objeto con que se habia enarbolado la bandera. Entabladas desde entonces las negociaciones, y habiéndosele presentado una comision del ayuntamiento y las pre-

sonas mas influyentes de la villa á rogarle que á cualquiera costa evitase á la poblacion mas desastres, Zurbano se manifestó tan generoso, que acaso no haya ejemplo alguno en los anales de la guerra de una capitulacion semejante, concedida á una plaza rendida.

Zurbano, que conocia el valor de la actividad en aquellos momentos, resuelve ir sobre la marcha á someter á Barcelona, lo que sin duda hubiera conseguido, hallándose el inespugnable castillo de Monjuich presidiado por Echalecu, hombre de valor y ciego obediente de la ordenanza; pero encuentra el difícil paso del Bruch ocupado por los sublevados y cuando se disponia para arrollarlos, Seoane, investido por el Regente con el mando en gefe de los ejércitos de Cataluña, Aragon y Valencia, ordena la retirada á Zaragoza, causando gran desaliento en el soldado.

La insurreccion iba haciendo tan rápidos progresos, que era á nuestro juicio incontrastable. Con todo, Espartero, haciéndose tal vez ilusiones sobre su propio poder y creyendo que todavia conservaba aquel mágico ascendiente que en mejores tiempos le hacia dueño del ejército y del pueblo, resolvió ponerse á la cabeza de las tropas y salir en persona á combatir á sus enemigos. Dirigió una proclama á la nacion y otra al ejército y á la milicia antes de salir en la tarde del 21 en medio de las mas vivas aclamaciones de la milicia de Madrid que le recibió formada en el Prado, y oyó por última vez el acento de aquel guerrero con cuyas ideas estaba tan identificado. Pero ya casi todas las capitales estaban pronunciadas, si bien en su tránsito iban espontáneamente sometiéndose los pueblos sin hostilizarle ni ser hostilizados. Solo el castillo de Monjuich, Zaragoza, Madrid, Cádiz y algunos otros puntos se manifestaron inaccesibles á toda promesa y amenaza, permaneciendo los unos fieles á la causa del Regente y los otros á la ordenanza.

Madrid empero iba á sucumbir bien pronto. El general Narvaez, rechazado por su opinion moderada en Cataluña, se vá á Valencia, ofrece á la junta sus servicios como soldado ó paisano, le confieren el mando de algunas fuerzas, y no tardan en adherirse otras con las cuales se presenta al frente de la capital al mismo tiempo que Azpiroz. Madrid atacado, pide auxilio á Seoane y Zurbano, que marchaban hácia él seguidos de Prim y Serrano á la cabeza de fuerzas numerosas, pero irregulares. Prim llevaba ya el carácter de brigadier y el título de *Conde de Reus* conferido por el ministro universal, que lo era el segundo á virtud de un acuerdo de la junta de Barcelona comunicado á la de Valencia de esta manera: «*Excmo. Señor: conociendo esta junta la necesidad imprescindible de un gobierno » central para uniformar la acccion en todas las provincias, ha venido en de» cretar lo siguiente:*

«*Art. 1.° Queda constituido el ministerio Lopez, é interin se reunen los demas miembros del gabinete, el general D. Francisco Serrano queda encargado de todas las secretarías.*

»*Art. 2.° Se considera como gobierno provisional este ministerio interin se adhieren á su constitucion definitiva todas las juntas provisionales de la península, representadas por medio de dos comisionados reunidos en junta central.*

La junta de Valencia aprobó en todas sus partes esta resolucion de la de Barcelona que, segun se vé, enarboló la bandera de junta central desde el 28 de junio. Y el general Serrano la aprobó tambien ó al menos fingió aprobarla.

Serrano fué el único miembro del ministerio Lopez que tomó parte activa en el pronunciamiento; mas valiente ó menos egoista, entró en Barcelona con Gonzalez Bravo, y ambos dirijieron al pueblo una exagerada arenga. Nombrado Serrano ministro universal, inauguró su poder con el siguiente decreto.

«*El gobierno provisional de la nacion:—En nombre de la nacion: siendo incompatible con la felicidad pública la regencia del Duque de la Victoria, el gobierno provisional de acuerdo con la junta suprema de esta provincia, ha venido en resolver lo siguiente.*

»*Art. 1.° Queda destituido de la regencia del Reino, que ejercia durante la menor edad de la Reina Doña Isabel II, el general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y de Morella, y Conde de Luchana.*

»*Art. 2.° La nacion entera, los empleados en toda clase de ramos, de todas las clases y categorías, quedan relevados de la obediencia que con arreglo á las leyes estaban en el caso de prestar al ex-regente. Barcelona 29 de junio de 1843.=El ministro de la guerra y encargado interinamente de los demas ministerios.*=Francisco Serrano.»

Espartero, así despojado de su poder y autoridad por la insurreccion, pareció convencido de la fatalidad de su destino por la inercia en que se hundió al llegar á Albacete. Pero, si tal es su convencimiento ¿por qué consiente, dicen sus adversarios, el bombardeo de Sevilla que debia dar el último grado á la exasperacion de los pueblos?

Todos saben como Espartero tuvo que salvar su vida á bordo de un buque inglés, desde el cual antes de partir á Londres hizo la protesta que le prescribian las leyes, y que fué ocasion para que el gobierno provisional le despojase ademas de todos sus títulos, honores, grados y condecoraciones.

Los progresistas arrastrados por la coalicion á destruir aquella obra de sus propias manos, conocieron luego cuan imprudentes habian andado al adquirir aquel consorcio: la nueva situacion, sea necesidad de las circunstancias, sean errores ó intenciones formadas con todo convencimiento, fué pasando por las manos del ministerio Lopez compuesto de los mas ardientes progresistas, al partido moderado. Serrano confiaba á sus gefes todos los mandos del ejército, y claro es que en una situacion de fuerza como aquella poco importaria que en otras dependencias se observase con imparcialidad el principio de una distribucion equitativa de los destinos. El partido pro-

gresista principió á protestar en sus reuniones, en conferencias con los ministros, en la prensa, hasta que el convencimiento de la ineficacia de tales recursos, estendió la idea de una nueva insurreccion para vindicar su cooperacion en el alzamiento contra el Regente.

Barcelona, la mas engañada, fué la primera que quiso espiar sus yerros y dió una voz de alerta á que sucedió bien pronto el grito de *á las armas.* La bandera de Junta central tremoló desde luego en la capital del Principado, que por espacio de dos meses y medio despreció magnánima las amenazas de Monjuich y de la Ciudadela. Una lluvia de bombas cayó desde luego sobre la desgraciada ciudad, y estas bombas caian siendo ministros Lopez y Serrano, los mismos que incitaron a la insurreccion al pueblo contra Espartero por haber este bombardeado á Barcelona. Ni esta circunstancia, ni la de haber sido los barceloneses los primeros que rompieron las hostilidades contra el Regente, ni la palabra solemne dada por Serrano en la hora del peligro, nada fué suficiente para desviar al ministerio de la senda que habia emprendido. Convocó córtes ordinarias para declarar mayor de edad á Isabel II antes de los términos prescritos por la ley, y al efecto el mismo gobierno prejuzgó la cuestion en una ceremonia que tuvo lugar en palacio el dia 8 de agosto, consignando su pensamiento relativamente á la mayoría.

Reunidas las córtes, el gobierno sometió la cuestion á su exámen, la discusion duró dos dias. La oposicion era escasa, y de consiguiente estériles sus brios: procedióse á la votacion, y doña Isabel II quedó declarada de mayor edad por 193 votos contra 16.

Los centralistas no consideraban á unas córtes ordinarias autorizadas para alterar la Constitucion, y bajo este supuesto no se aquietaron con la declaracion que en palacio habia hecho Lopez: al contrario, firmes en su propósito, no desistieron de él en vista de la resolucion tomada por las córtes. Sin apoyo en el esterior dieron repetidos ejemplos de denuedo y constancia, despreciando los proyectiles que por espacio de mas de dos meses cayeron sobre el recinto de la ciudad. El general Prim fué el destinado por el gobierno á abatir el pronunciamiento centralista, que desde la capital del Principado se fué propagando por la costa de levante hasta Palamós y por la occidental hasta Reus. Los pronunciados, dueños absolutos de la ciudad, formaron desde el principio una junta presidida por el ex-diputado D. Rafael Degollada. El alma de aquella junta, el que por su carácter y resolucion parecia mas capaz de dominar los acontecimientos, era el coronel Baiges: hombre de corazon sereno y de cabeza bien organizada, para quien ningun medio era repugnante con tal que le diese la victoria, militar hábil y belicoso, acostumbrado á hacer frente á grandes vicisitudes, conservaba una calma fria y resignada, lo mismo en medio de una revolucion que en medio de una batalla. Este hombre estraordinario, del cual sin embargo apenas se ocupará la historia contemporánea, murió de un balazo en una de las con-

tinuas escaramuzas que sostenia la ciudad contra las tropas del gobierno. La pérdida de Baiges fué considerada por los centralistas como irreparable; con todo, no por eso desfalleció su valor, y siguieron desafiando al poder con su arrogancia. Prim á costa de mucha sangre de valientes logró vencer la heróica resistencia que le opusieron los centralistas en Mataró y San Andrés de Palomar, y obtuvo por estas acciones la faja de mariscal y la gran cruz de San Fernando. Martell hizo una escursion fuera del Principado para sublevar las provincias limítrofes; pero su espedicion fué desgraciada, y despues de haber perdido toda su gente tuvo que incorporarse de nuevo con Atmellér.

Pero los centralistas barceloneses habian jurado antes que rendirse sepultarse entre los escombros de la ciudad, y despreciando su existencia, redoblaban sus esfuerzos á medida que se iba haciendo mas y mas crítica su situacion. Su ánimo no decayó con el malhadado éxito de la espedicion de Martell, ni con las catástrofes de San Andrés y de Mataró. El general Sanz, que se hallaba en la Ciudadela, no pudo con amenazas ni promesas abatir el orgullo de los insurreccionados, que en los dias 22, 23 y 24 de octubre sufrieron con serenidad 5,229 proyectiles, la mayor parte huecos. El punto de mayor peligro era siempre el mas disputado por aquellos valientes, que con la mecha encendida reclamaban al general Serrano el cumplimiento de su palabra. Infatigables y activos diariamente veian destruirse sus parapetos, y diariamente los levantaban de nuevo envueltos en la metralla y en los cascos de las bombas que les arrojaba la Ciudadela. Hasta el arrojo tuvieron de asaltar esta inespugnable fortaleza para batirse con el enemigo cuerpo á cuerpo, y lograron clavar su bandera en uno de sus adarves. Pero aquello era ir á buscar una muerte segura, y cayeron de lo alto de las escalas acribillados por la metralla que á boca de jarro dispararon á la vez infinitas piezas de artillería. El foso se llenó de cadáveres y miembros mutilados, y entre los heridos hallábase un anciano vocal de la junta que, á pesar de sus setenta años, se sentia rejuvenecido por el amor á la libertad y por la gloria de las grandes empresas. Este era Bosch y Pasi: atravesado por la metralla y ya moribundo, preguntó si los centralistas se habian apoderado de la Ciudadela. Los que le rodeaban le contestaron afirmativamente para dulcificar su agonía, y el pobre anciano, dorando con esta ilusion su sueño de muerte, exhaló alegre el último aliento.

En menos de dos meses abrumaron la ciudad 19,000 proyectiles. La ciudad, en lugar de contestar directamente á las fortalezas, encaminaba sus fuegos á los pueblos inmediatos donde se hallaba establecida la línea de bloqueo, y en cuyas casas se habian guarecido los enemigos de la junta central. Esto irritó tanto al general que desde Gracia, donde se hallaba su cuartel general, dirigió al pueblo barcelonés la siguiente comunicacion.

«Desde el amanecer de hoy las baterías de los infames bajo cuyo yugo gime la desgraciada Barcelona estan haciendo fuego contra esta poblacion

con proyectiles sólidos y huecos, teniendo que lamentar ya varias desgracias entre estos habitantes y daños en varios edificios.

»No es posible que yo tolere semejante infraccion de todos los derechos; en este concepto prevengo á los leales y honrados habitantes de Barcelona que si en el término de media hora despues de recibida esta comunicacion, no cesa el fuego contra los pueblos indefensos de Gracia, Sanz, Corts etc. me veré en la dolorosa precision de arrojar bombas sobre la ciudad, baterías y obras, hasta que cesen de hostilizar á los mencionados puntos, cualquiera que sea el resultado, cuya medida tendrá ejecucion siempre que lo repitan.

El espíritu que animaba á los barceloneses se desprende de la contestacion que dirigió la junta al general Sanz, y que trascribimos á continuacion. Era como sigue:

»Excmo. Sr. Con impavidez y sangre fria ha visto esta junta la ridícula amenaza que hace V. E. á este heróico vecindario de arrojar bombas en el centro de la poblacion caso de que no cese el fuego de cañon dirigido desde nuestros fuertes sobre los puntos que ocupan las tropas de su mando. Como si los barceloneses se espantasen de esta medida estrema, se les pretende intimidar con ella, cuando hace tres dias y hoy particularmente, han llovido bombas sobre sus derruidos edificios, bombas que han servido y sirven para enardecer los entusiastas corazones de los libres. Caigan bombas á millares, Sr. D. Laureano Sanz; desplómense los mas bellos monumentos de arquitectura, que son la admiracion de la culta Europa; perezcan, si asi lo quieren los absolutistas que mandan, fuera de muros, ancianos, mugeres y niños; húndase el firmamento, y desaparezca si es menester, la rica capital del Principado, la madre de la industria española; no por eso aflojará nuestra bravura; no por eso se ahogará el santo grito de JUNTA CENTRAL *que lanzan estos valientes, aun en los momentos de despedirse para siempre de su cara patria, cuando estan exalando su postrer aliento. Ejecútese, pues, ó mas bien continúe ejecutándose esa atroz medida que todos los gobiernos del mundo condenan como impolítica y que se complace en practicar V. E.; y nosotros diremos: sálvese la libertad, aunque no quede uno solo para contarlo. En último resultado tambien tenemos acordado un medio espantoso de destruccion que asombrará al mundo y que nos es indiferente que principie hoy ó dentro de una semana ó de un año.*

»Ya vé V. E. que los barceloneses son mas amantes de su reputacion y gloria que de su propia existencia y que no hay fuerzas sobre la tierra que les hagan ceder de su propósito en un negocio que no lo han de decidir las bayonetas ni el estruendo de los cañones, sino la fuerza irresistible de la opinion pública, que es el principal apoyo, ó mas bien el único sosten de nuestra causa.

»De todo lo acaecido, y de lo que sucesivamente acaezca, V. E. es el único responsable ante Dios y los hombres; las víctimas que inútilmente se sacrifican en uno y otro partido, V. E. solo las causa, toda vez que esta pla-

za no hace mas que contestar, y siempre cansada de sufrir, los fuegos de artillería que se le dirigen ya contra las personas, ya sobre los edificios. Abra V. E. su corazon á sus mayores amigos, y manifiésteles sin rubor, si es ó no cierto que su conciencia lanza gritos de horror, contra su inicuo modo de proceder.—Barcelona 24 de octubre de 1843.

Zaragoza, Leon y Vigo secundaron este alzamiento tan sin combinacion y fortuna que la sublevacion de un punto correspondia con la rendicion del otro. Vigo se declara cuando Zaragoza sucumbe, dejando ilusorias las esperanzas de los que deseaban ver al gobierno colocado entre fuegos tan opuestos.

Leon sucumbió tambien muy pronto y de este modo circunscrita nuevamente la insurreccion á algunos puntos del Principado, pudo el gobierno atacarla con imponentes fuerzas, y consiguió despues de tres meses abatir por medio de sucesivas capitulaciones la bandera de la Junta Central á que se acogieron los progresistas como á la última trinchera. Si el partido progresista no se hubiese disuelto á consecuencia del pronunciamiento de junio, si en aquellos momentos hubiera estado unido y compacto, habria indudablemente arrancado la situacion de las manos de los moderados, y la bandera enarbolada en Barcelona hubiera tremolado victoriosa en todos los ángulos de la Península. Gerona, donde se hallaba Ametller, capituló con Prim, y los pronunciados que la guarnecian se dirigieron al castillo de Figueras, que juraron no abandonar hasta el último momento. Encerróse en aquella inespugnable fortaleza con Ametller y Martell el coronel Ballera, uno de los mas acreditados guerrilleros que abatieron, en Cataluña, el pendon de D. Cárlos. Casi al mismo tiempo que Gerona capituló el castillo de Hostalrich, donde se hallaba de gobernador el coronel D. Pablo Par, venerable reliquia de la guerra de la independencia, terror de los franceses, que tenia para acreditar sus servicios veinte y cinco profundas cicatrices.

Seguia defendiéndose Barcelona con una resolucion obstinada que se enardecia en vez de abatirse con los peligros y la escasez de recursos, que empezaba á sentirse ya. Ni un solo momento durante dos meses y medio, flaqueó la fortaleza de los bravos catalanes; ni un solo pecho dejó de latir con fuerza en las horas de mayor tribulacion; la adolescencia y la vejez abdicaron algunas veces sus naturales privilegios, para participar de los riesgos y trabajos militares. Hubo entonces en Barcelona algunos hechos de grande abnegacion; se vieron rasgos de un valor que de heróico pudiera graduarse, si el heroismo no tuviera cierta nobleza, y dignidad, inconciliables con las discordias civiles. De un padre se refiere, que habiendo perdido dos hijos en la brecha, y teniendo el brazo derecho mutilado por uno de los muchos proyectiles que atravesaban los aires, escribió, con la sangre que manaba abundantemente de su herida, una carta á su tercer hijo muy jóven todavia,

mandándole que corriera al sitio del mayor peligro, sopena de incurrir en la indignacion paternal.

Pero el bloqueo era cada vez mas estrecho y el hambre, ese enemigo insidioso que se burla de todos los esfuerzos de la audacia y del valor, empezaba á invadir la ciudad. Entonces cruzó por aquellas imaginaciones volcanizadas por el fuego de la ira, la idea terrible de incendiar la poblacion, abriendo entre sus cenizas una tumba á sus defensores. Por fortuna este proyecto vertiginoso concebido por pocos, fué rechazado por la Junta, que obligada por la necesidad y temiendo sin duda cualquier desman de parte de algunos frenéticos, pensó por primera vez en capitular. Las condiciones que propuso por medio de sus comisionados, al capitan general Sanz, eran razonables y equitativas. En ellas se establecia el respeto profundo y absoluto que los sitiadores debian tributar á la propiedad de los sitiados, en sus diferentes espresiones; un olvido completo de las opiniones y sucesos políticos emitidas ó acaecidos desde 1.° de setiembre; la reorganizacion de la Milicia Nacional; y la disolucion de los batallones francos y demas cuerpos irregulares creados durante el sitio. En la capitulacion se dejaba libre y desembarazado el brazo de la ley para perseguir á los delitos comunes, pero se exigia la intercesion del capitan general, para que la Reina otorgara su perdon á los penados puestos en libertad, á consecuencia de los últimos acontecimientos. Igual intercesion se pretendia para asegurar en el goce de sus destinos á los empleados civiles y militares. La diputacion provincial y el ayuntamiento constituidos por el sufragio del pueblo y asociados íntimamente al pensamiento de este mismo pueblo, dejaron de existir, aunque su autoridad habia sido eclipsada en gran parte, por la omnipotencia de la Junta. Esta, por último, queriendo purificarse de cualquier acusacion ó prevenir las sospechas que surgen siempre de semejantes circunstancias, ofreció dar una cuenta severa y exacta de los fondos recaudados é invertidos, asegurando con este paso hábil su reputacion; pues la apariencia es, en el comercio de la vida, la salvaguardia de la virtud.

El dia 19 de noviembre, cumpleaños de la reina Isabel, fueron propuestas, cangeadas y aceptadas estas condiciones y el 20 entraron en Barcelona las tropas del general Sanz, con continente marcial y severo, en medio de un silencio sombrío, prueba equívoca del despecho ó del arrepentimiento. Perdida Barcelona aún quedaba á la insurreccion centralista un último baluarte; Figueras con su formidable castillo. Defendian este punto segun hemos indicado, los pronunciados de Gerona, á las órdenes de Ametller y de algunos otros caudillos notables ya, por su decision en aquella y pasadas contiendas. Todos estos hombres habian probado su constancia y la adhesion á su bandera, retirándose de Gerona para acogerse á otro centro de resistencia, en vez de dirigirse al seno de sus familias, como pudieron hacerlo; muchos de ellos tenian una fe ciega en sus principios robustecida por la obstinacion

del carácter catalan: en los jefes, otros resortes como el del honor, el temor de inhabilitarse para lo sucesivo, el conocimiento de misteriosos tratos, y la esperanza de que estos se realizaran, suplian con gran ventaja la credulidad de los soldados. Otra circunstancia debia prolongar la resistencia de los insurgentes. Ametller habia sido, segun indicamos antes, amigo intimo y correligionario político del general Prim, conde de Reus. Teniendo en cuenta esta circunstancia debia suponerse que el ataque seria brioso y obstinado y la defensa recia y porfiada, porque no debia presumirse tregua ni avenencia entre ambos jefes y porque los hombres nunca muestran mas empeño en poner en relieve su importancia militar ó política, que cuando los resentimientos personales substituyen al antagonismo noble y grande de los partidos.

Tal era el estado de las cosas, cuando llegó á la linea de bloqueo el capitan general de Cataluña, Sanz, quien se encargó inmediatamente del mando en jefe, quedando Prim con el carácter y atribuciones de segundo jefe. Pero no tardó el jóven conde en ponerse de nuevo á la cabeza de las tropas sitiadoras, pues Sanz regresó á Barcelona á los pocos dias, sin que se sospechara entonces otro motivo plausible de esta ausencia repentina, que la noticia de alguna maquinacion ó plan subversivo, en la capital del Principado. De cualquier modo, el sitio se prolongaba mas de lo que se concibiera en un principio, bien por la falta de elementos con que contase el general sitiador, bien por la imponente posicion topográfica de la fortaleza, bien porque los sitiados supieran dominar los peligros con gallarda resolucion, ó ya finalmente porque la marcha súbita del capitan general entibiára el valor de los soldados, y esta lentitud redundaba en grave perjuicio del gobierno, pues iba creciendo por momentos la fermentacion pública: pocos tenian fe en las últimas victorias alcanzadas por las tropas leales, puesto que las capitulaciones otorgadas revelaban la fuerza de los vencidos y en todas partes se observaba esa desazon, esa inquietud vaga é indefinible, que cuando se manifiesta en el mundo físico es el síntoma de futuras tormentas y cuando se revela en el mundo moral, anuncia perturbaciones sociales ó politicas.

Comprendiéndolo así el gobierno quiso á todo trance aniquilar la insurreccion en su último asilo, y al efecto eligió al general Baron de Meer para que dirigiese las operaciones del bloqueo de Figueras. Aceptó Meer este cargo difícil, bajo la condicion de que se nombrase como su segundo al general Pavía, gobernador entonces de Cádiz. Asintió el gobierno á los deseos del Baron y éste marchó con rapidez al frente de Figueras. Poco tiempo despues que Meer, llegó al mismo punto el general Pavía, y apenas fué reconocido como segundo jefe, abandonó el campo el general Prim y se dirigió al llano de Barcelona acompañado de una fuerte escolta. El Baron dió un impulso vigoroso á las operaciones del bloqueo y secundado eficazmente por el general Pavía, redujo á los centralistas á la mayor estremidad. En vano Amet-

ller, su jefe, procuró entablar negociaciones para ganar tiempo, pues esperaba que entretanto estallase la insurreccion en algunos otros puntos, pero el Baron que presentia claramente este nuevo conflicto, se negó á admitir cualesquiera tratos ó convenios que no tuvieran por objeto inmediato la capitulacion. Verificóse esta por fin el dia 15 de enero de 1844. Los centralistas salvaron su vida y su libertad, pero su causa quedó abatida en todo el ámbito del Principado. Las consecuencias de este acontecimiento fueron para el gobierno de tanta trascendencia como importancia. Pocos dias despues, el 20 y 30 de enero, resonó el grito de *Junta central* en Alicante y Cartagena y las mismas tropas victoriosas en el corazon de Cataluña, fueron á arrancar de las márgenes del Mediterráneo la última enseña de los principios centralistas.

De esta manera se fueron perdiendo hasta estinguirse en la derrota los violentos esfuerzos del partido progresista. Este partido viendo que se le escapaba el poder de entre las manos, se acogió al principio de Junta central como al *paladium* de sus esperanzas, creyendo que una bandera nueva atraeria al rededor de sí y convertiria en una, las diferentes hostilidades revueltas contra el gobierno. Pero el principio era mas lato de lo que se requeria entonces; era un principio esencialmente revolucionario, divorciado con todas las instituciones políticas vigentes y que debia repugnar á los hombres mas templados de este partido, porque les ponia en abierta contradiccion con su historia. Y aunque los individuos pueden plegarse bajo el influjo de las circunstancias y aceptar como causas de conducta, pretestos reñidos con sus precedentes, la inconsecuencia de los partidos es siempre su sentencia de muerte. De aqui el que el movimiento no fuera homogéneo, ni hubiera concierto, ni plan; de aqui el que muchos hombres y aun fracciones enteras del partido progresista apenas se conmovieran; y de aqui tambien como una consecuencia lógica, el que no fuera dificil al gobierno batir la insurreccion en detall. El partido progresista en aquel momento supremo cometió un error trascendental, y en política los errores tienen una espiacion mas larga y dolorosa que los crímenes, porque producen mayores males sin duda.

El partido moderado siguió una conducta diametralmente opuesta. Se propuso desde luego reconquistar el poder que le habian arrebatado y nada omitió para conseguirlo. Decidido á *dividir para vencer*, atizó con grande perseverancia el fuego de la discordia entre las fracciones progresistas, requirió el auxilio de sus adictos, se granjeó con artes mas ó menos leales, poderosos amigos entre hombres de opiniones contrarias, y cuando llegó el dia del combate y se presentó delante del enemigo, no abjuró sus principios, ni aun modificó sus bases de gobierno, porque venia invocando una restauracion. Sobre las ruinas de la insurreccion centralista subió el partido moderado á ser gobierno. Habia empleado sus hombres, sus recursos é influencias en contener el movimiento y recogió el fruto de estos sacrificios. Cuando el peligro era mas inminente no quiso contemporizar con

los centralistas, porque sabia que el que transige se declara medio vencido, pero violó en parte ó en todo las honrosas capitulaciones otorgadas á los defensores de la Junta Central.

Este hecho agrió de nuevo los ánimos un tanto repuestos de la derrota; muchos progresistas que se habian adherido al pacto de alianza establecido entre las diferentes fracciones, para derrocar el poder de Espartero, rompieron desde entonces el lazo que les unia al partido moderado; esta animosidad se fué haciendo de dia en dia mas compacta y homogénea y entretanto los carlistas fueron restableciéndose y reorganizándose. El Principado catalan, cuna y tumba de la guerra dinástica y en cierto modo de la última insurreccion, se conmovió en sus estremidades; algunas pequeñas partidas que apellidaban todavia á Cárlos V, empezaron á recorrer la falda del Pirineo; se asoció á estos elementos agresores la intervencion indirecta y clandestina de alguna potencia estranjera y de este foco de ambiciones y de intereses en pugna, de este centro de animosidades, de maquinaciones y de pasiones enardecidas, brotó, de repente, la llama de una nueva guerra civil.

Con la narracion de la guerra que conmovió por espacio de siete años al Principado catalan, y de los sucesos que fueron su consecuencia inmediata, damos fin á este primer libro, y en las páginas del segundo, describiremos otra guerra, que sin tener las elevadas proporciones de la pasada, ofrece rasgos tal vez mas dignos de llamar la atencion y envuelve un interés inmediato, porque sus hechos y alteraciones afectan todavia el bienestar de esa Cataluña, cuya constancia y tradicional denuedo parece que ha querido probar la Providencia en la adversidad de las discordias civiles, que es el crisol donde se purifican las virtudes de los grandes pueblos.

SECCION BIOGRAFICA.

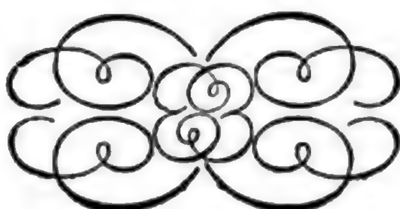
BIOGRAFIAS

DE

LLAUDER, URBIZTONDO, BARON DE MEER, CONDE DE ESPAÑA
Y LINAGE,

CORRESPONDIENTES

AL LIBRO PRIMERO.



ADVERTENCIA.

Cumpliendo con lo que ofrecimos en el prospecto, y habiendo terminado el libro 1.°, daremos á continuacion en muy corto número de entregas la seccion biográfica que comprenderá las *biografías y retratos* de los generales y jefes cuyos nombres aparecen inscriptos en la portada. Esta seccion es de la mayor importancia, pues sirve como de complemento á la narracion histórica, y se ha seguido en ella el mas severo órden cronológico.

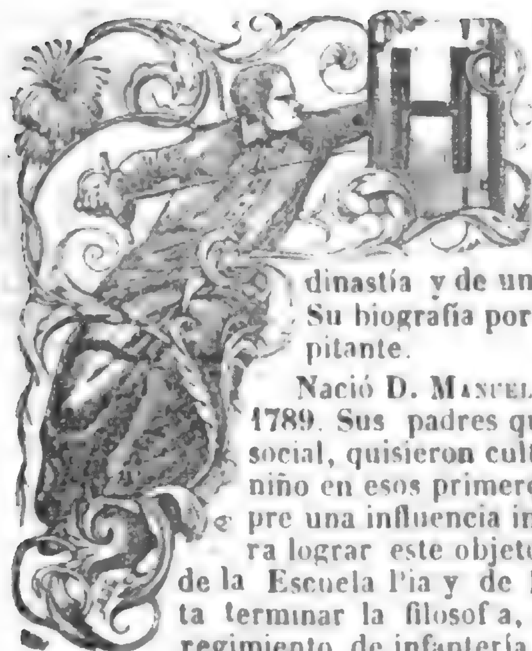
Con la última entrega de las precitadas biografías, repartiremos los *índices, cubierta general, etc.*, para la encuadernacion del libro 1.° que hemos finalizado.

Guerra de Cataluña.

LLAUDER

Digitized by Google

LLADER.



Hemos llegado siguiendo el órden cronológico de la historia á describir la vida de un personage, que tan ostensible influjo ha ejercido sobre los acontecimientos políticos de la última década: Llauder ha sido uno de esos hombres, que impulsado vigorosamente por las circunstancias, ha contribuido con eficacia á colocar la primera y mas sólida base de una dinastía y de unos principios con tanto empeño combatidos. Su biografía por consiguiente presenta un interés vivo y palpitante.

Nació D. Manuel Llauder en la ciudad de Mataró el año de 1789. Sus padres que pertenecian á una distinguida categoría social, quisieron cultivar el espíritu de D. Manuel, iniciando al niño en esos primeros misterios de las ciencias, que tienen siempre una influencia incontestable en el porvenir del hombre. Para lograr este objeto le colocaron sucesivamente en los colegios de la Escuela Pia y de Belen en Barcelona, donde permaneció hasta terminar la filosof a, entrando en 1805 á servir de cadete en el regimiento de infantería de Ultonia. Concluidos los estudios preliminares debia pasar D. Manuel á examinarse á Alcalá proponiéndose despues entrar en el cuerpo de ingenieros, pero un suceso ruidoso é importante, vino á dar nuevo giro á sus ideas, empujándole hácia el movimiento enérgico y majestuoso que principiaba á seguir la nacion. Inaugurábase la guerra de la indepen-

dencia y nuestro pais iba á adquirir un timbre glorioso, lanzándose á una lucha desigual y terrible, que apoyada en todos los resortes de nuestra organizacion social, llevó á los españoles al campo de batalla no para contar uno para esterminar al enemigo. En los primeros arranques de efervescencia universal, el regimiento de Ultonia al que pertenecia el jóven LLAUDER, haciendo causa comun con el pueblo, defendió la plaza de Gerona, asediada por los franceses, rechazando el 20 de junio los asaltos dados por el general Lechi contra la puerta del Cármen y el baluarte de Santa Clara.

Pero la resistencia que opuso Gerona hirió el orgullo de los imperiales y queriendo estos lavar la afrenta recibida en el primer sitio, volvieron con fuerzas muy respetables y con la ira en el corazon ante los muros de aquella plaza el 8 de mayo de 1809. La tradicion imperecedera que los pueblos tienen de sus glorias, bastaria para conservarnos el recuerdo de las hazañas de los defensores de la ciudad si la historia no les consignase en sus páginas: duró el sitio 7 meses y en todo este tiempo ni se debilitó la energía de los sitiados ni el teson y constancia de los sitiadores: los unos hacian prodigios de valor, los otros dieron claras pruebas de esa disciplina que es el primer elemento del triunfo. Las funestas consecuencias de un largo asedio, el hambre y la peste pudieron abatir los brios de los ínclitos españoles encerrados dentro de los muros de Gerona. En este célebre sitio alcanzó tambien el jóven LLAUDER su parte de lauros y de tribulaciones. Dolorosamente afectado todavia por la pérdida de un hermano se halló en la salida que hicieron los sitiados el dia 17 de junio contra la trinchera francesa, poco despues en la defensa del fuerte de Monjuich vigorosamente combatido por los franceses, oponiendo con sus compañeros una tenaz resistencia en el asalto qne dieron el dia 8 de julio todas las compañías de granaderos del ejército sitiador, despues de haber abierto una brecha ancha y profunda en la muralla del fuerte. Encontróse tambien LLAUDER en casi todas las salidas que hicieron los sitiados y dió en estas ocasiones claras pruebas de bizarría impelido por la emulacion, sentimiento el mas noble de la juventud.

El general en gefe del ejército español conociendo las brillantes disposiciones de D. MANUEL, le cometió el 28 de agosto la comision árdua y difícil de apoderarse, al frente de 200 hombres de línea y de algunos somatenes, de la altura y ermita de los Anjeles, ocupadas por los franceses, para protejer la entrada en Gerona de algunos comestibles que remitió un comisionado por aquel punto. Llevó LLAUDER felizmente á cabo esta arriesgada empresa; desalojó á los imperiales de sus posiciones, favoreció la introduccion de los víveres, y se sostuvo en el santuario hasta el dia 6 de setiembre en que fué atacado por el general Mazn-Kelli á la cabeza de fuerzas muy superiores. LLAUDER sin embargo se defendió durante muchas horas con desusada porfía, y no cedió hasta que su tropa estuvo reducida al número de 120 hombres, habiendo perecido los restantes sobre el campo de la accion. Viendo LLAUDER entonces sus fuerzas considerablemente desmembradas y hallándose rodeado de enemigos, lejos de implorar una capitulacion vergonzosa, se abrió paso por entre las columnas francesas y se presentó en Olot con los 120 hombres que tan bien habian secundado el denuedo de su gefe, y que si no habian alcanzado la brillante corona de un triunfo imposible, tenian sobrado derecho á la mas difícil de una resistencia digna.

La conducta que D. MANUEL LLAUDER observó en el ataque de Bascara ocurrido el 16 de setiembre, lejos de disminuir aumentó algunos grados la reputacion adquirida en el encuentro de los Angeles. El dia 26 entró de nuevo en Gerona con la vanguardia del ejército, mandada por el coronel de Ultonia D. Enrique O'Donell, y permaneció en esta plaza hasta el 14 de octubre. Entonces salió de ella, llevando á sus órdenes 100 granaderos del 2.° regimiento de Saboya y suizos de Vimphen y se situó en una vasta llanura sobre la carretera de Santa Coloma. Aquí formó sus tropas en masa, y rechazó con un vigor estraordinario los ataques de la numerosa caballería francesa que se opuso al paso veinte y veces consecutivas. El resuelto valor de aquella reducida hueste fatigó la constancia del enemigo y LLAUDER logró abrir el paso á la columna acaudillada por D. Enrique O'Donell.

En una guerra de agresion y de conquista en que se habia empleado el dolo en torpe alianza con la violencia, exaltando hasta un punto incalificable la justa indignacion de los españoles, debia seguirse batallando sin tregua ni apa-

Digitized by Google

riencias de armisticio. Con efecto, en todos los ángulos de la Península se oia estrépito de armas y se empeñaban sangrientos choques, y la noble fiereza catalana no podia aplacarse sino con un triunfo absoluto ó una humillacion terrible. Mientras Gerona seguia defendiéndose con una obstinacion, de que hay pocos ejemplos, las tropas españolas que se hallaban en el Principado venian casi cotidianamente á las manos con los imperiales, asolando algunos campamentos de estos, acosándolos hasta en sus trincheras, procurando entorpecer sus operaciones, y dando tiempo y ocasion para que la denodada plaza que se habia opuesto por dos veces al torrente invasor, llevase su constancia hasta un grado de heroismo poco comun.

La division mandada por D. Enrique O'Donell, y en la que continuaba el jóven Llauder, cayó el 25 de octubre sobre un campamento francés colocado en Bascanó cerca de Gerona. En este choque quedó Llauder herido, pero esto no le impidió concurrir el primero de noviembre á la sangrienta accion de Santa Coloma hallándose tambien en la que se dió el 12 de enero de 1810 en Coll de Supiria contra una division del ejército del mariscal Augereau. Poco despues, el 25 de abril, ocurrió la de Margalef en la que Llauder al frente de trescientos granaderos se adelantó con ánimo esforzado hasta tiro de cañon de la plaza de Lérida que se hallaba asediada entonces. Esta hazaña valió á Llauder el grado de teniente coronel. En los hechos de armas ocurridos en Tortosa el 30 de junio, en Riva y Momblanc, el 25 y 26 de agosto, en el de Alauló, y en el de Granadilla probó Llauder que poseia en igual grado la pericia de gefe y el valor necesario del soldado. Hallóse tambien en el encuentro del Abisbal y en la espugnacion del fuerte, habiendo pasado á intimar la rendicion al general Schwartz que con ochocientos hombres le guarnecia, lo que hizo con tan buena ventura que Schwartz y su tropa depusieron las armas. Por último, el 19 marchó Llauder á Tarragona para formar y organizar las campañias de granaderos de la guardia del general en gefe, cuyo honroso cargo revelaba el buen concepto que ya se tenia de las dotes militares de D. Manuel.

Amaba Llauder la gloria y buscaba ocasiones de adquirirla. El 19 de marzo asistió voluntariamente á la accion dada sobre Arenis del Mar contra las huestes del general Desmoulins, habiendo obtenido en esta jornada el aprecio y la recomendacion del general Milans quien le confió el mando de las guerrillas. En la batalla de Figueras acaecida el tres de mayo del precitado año y cuando despues de principiada la accion pareció mostrarse propicia la fortuna á las armas españolas, el general en gefe marqués de Campoverde, mandó á Llauder que fuese á intimar la rendicion á los franceses encerrados en Figueras; pero estos desconociendo su carácter de parlamentario y olvidando hasta los principios mas vulgares del derecho de gentes, quisieron pasarlo por las armas, obligándole á permanecer seis horas con los ojos vendados, debiendo solo su libertad á las enérgicas observaciones que hizo al general Baragnai Illiers reclamando la inviolabilidad de su carácter y lo respetable de su mision. Esta conducta llena de dignidad y de entereza mereció de tal suerte la aprobacion del general en gefe, que le confirió, en el mismo campo de batalla, el grado de coronel.

Habian los franceses por este tiempo emprendido el sitio de Tarragona. Sabedor Llauder de este suceso, marchó á defender la combatida plaza. Puesto desde luego á la cabeza de dos batallones del regimiento de Saboya, del cual era sargento mayor, quiso cerrar á los imperiales la entrada del puerto y sostuvo con imperturbable serenidad, el fuego nutrido y continuado de los sitiadores, que siguiendo su sistema de dominacion violenta, olvidaban que la fuerza lejos de entibiar, aviva el valor de los leales. Pero el enemigo tampoco aflojaba; antes por el contrario proseguia el asedio con rara actividad; redoblábase con esto el teson de los defensores de Tarragona, y Llauder halló en esta sangrienta contienda nuevas ocasiones de distinguirse; en la noche del 10 de junio recibió órden del comandante general brigadier Sarsfield, para que al frente de 10 compañías de cazadores se apoderase de la trinchera enemiga. Atacó Llauder á los imperiales con estraordinario ímpetu, les desalojó de sus posiciones, aniquiló sus obras y volvió á la plaza con el mejor órden y concierto. En el mismo sitio y en la noche del 16 prestó un servicio distinguido. Jugaban sin cesar las baterías enemigas sobre las fortificaciones del puerto, vomitando un fuego terrible, y

Digitized by Google

como aquellas eran improvisadas abrieron una brecha en la luneta del Príncipe; los franceses se lanzaron al asalto con formidable denuedo y el regimiento de Granada que mas inmediatamente defendia aquel punto no pudo resistir el empuje del enemigo y se retiró, penetraron los imperiales en el puerto, arrollaron cuanto encontraron al paso, y creyéronse ya dueños de aquel recinto tan obstinadamente defendido. El momento era crítico: era necesario ó resignarse á perder el puerto y probablemente la plaza, ó marchar velozmente al encuentro del invasor. Entonces Llauder corrió con su tropa á reprimir la arrogancia de los franceses; se arrojó sobre ellos, les batió y obligó á repasar el puente levadizo. Estuvo batiéndose en este sitio por espacio de hora y media, y hasta que se logró levantar el puente, cuyos tirantes habian sido cortados por los sitiadores. Este hecho glorioso valió á Llauder los elogios del comandante general Sarsfiel, y una consideracion militar que no se desmintió en el asalto que dieron los franceses el dia 20 del mismo mes.

Restablecido apenas Llauder de las fuertes contusiones que recibió en el último asalto, fué nombrado gobernador del nuevo establecimiento de las islas Medas y partió sin demora á desempeñar este cargo. Bombardearon los imperiales las islas durante cinco meses, bloqueándolas estrechamente, por manera que á los horrores de la guerra se unian los mas lentos y mas terribles de la hambre y de la sed, aumentando estos males la perfidia que en misteriosas conjuraciones, amenazaba tambien la causa de la independencia. Tantos peligros no arredraron al gobernador, por el contrario, se dispuso á conjurar los existentes y á precaver los que pudieran sobrevenir. Llauder abatió la insolencia de los numerosos presidiarios que habia en las islas y que abrigaban siniestros planes, construyó blindajes, minas y almacenes para acuartelar la tropa y encerrar los víveres, levantó baterías y sólidos reductos, y se mostró en suma tan activo é inteligente que logró hacer inútiles los esfuerzos de los franceses. Desesperanzados estos de abatir la noble entereza del gobernador por medios honrosos, apelaron á uno bastardo, creyendo que el hombre que habia desafiado tantos peligros materiales, sucumbiria herido en sus mas caras afecciones. Prendieron en los fuertes de Figueras y Mataró á un hermano y otros parientes de Llauder y le intimaron la rendicion de las islas.

El gobernador colocado entre sus sentimientos y su deber no titubeó; se acordó que era español y militar y contestó con nutridas descargas á las humillantes proposiciones del francés.

El 12 de mayo del precitado año salió de las islas con una parte de su guarnicion y llegando á las posiciones del enemigo destruyó sus baterías y reductos, logrando así alejarle de aquel punto que combatia con tanto empeño. Apenas fué relevado Llauder del gobierno de las islas Medas, le confirió el general en gefe, el mando del regimiento de San Fernando. La disciplina de este cuerpo gastada en los campos de batalla, necesitaba una pronta reparacion, y Llauder severo y activo logró llenar tan cumplidamente su intento que el general prendado de su proceder le puso al frente de la segunda brigada de la segunda division fuerte de 3,000 hombres. Distinguióse con este nuevo carácter en el ataque de Olot dado el 24 de octubre y el 21 de noviembre en el del fuerte de Bañolas donde se batió con tal bizarría que quedó herido y se hizo acreedor á que la rejencia del reino le diese gracias y ordenase se le tuviera presente para el ascenso inmediato, por lo satisfecha que se hallaba de su conducta militar, haciéndose así saber al ejército en la órden general del 17 de mayo de 1813. El 15 de enero asistió á la accion del llano de Olot, é investido poco despues con el mando y título de gefe de brigada en el primer ejército, concurrió á los campos de Valfagona, donde rechazó al enemigo que tenia dobles fuerzas el 23 de febrero; se batió en Ripoll el 28; tomó por sorpresa la plaza de Prato de Molio el 21 de marzo en Francia, en la que hizo varios prisioneros, y el 7 de mayo atacó en el valle de Rivas con solos dos batallones á una columna enemiga compuesta de mil quinientos hombres, con tal inteligencia é impetuosidad, que logró derrotar á los imperiales causándoles la pérdida de las tres cuartas partes de sus fuerzas. Este brillante hecho de armas valió á Llauder la cruz laureada de San Fernando.

Son tan respetables los fueros de la humanidad que el hecho solo de acatarlos constituye un mérito. En aquella época de ódios enconados y profundos.

Digitized by Google

de pasiones rencorosas y estremadas en que de una parte militaba el orgullo irritado y de la otra la venganza violenta porque era fundada, callaban los sentimientos generosos y no obstante, se elogiaba al que hacia alarde de ellos. Por eso la conducta que observó D. Manuel Llauder remitiendo incolumes al cuartel general francés quince prisioneros heridos de esta nacion, le mereció consideraciones de parte del enemigo y benedicencia de parte de nuestros compatriotas.

Sin embargo, la guerra seguia cruda y destemplada, si bien ya podia preveerse su desenlace favorable á los defensores de la independencia. Llauder avistó el 4 de octubre las tropas acaudilladas por el varon Petil y aunque estas eran muy superiores en número pudo sostenerse y causar á los imperiales una pérdida de consideracion. Mas adelante tomó parte en varios encuentros y especialmente en los ocurridos en las inmediaciones de Olot, Figueras y Basgara.

Por último la guerra peninsular espiró con la del continente; el monarca regresó á España y Llauder fué nombrado al poco tiempo gobernador del castillo de Monjuich de Barcelona cuyo cargo desempeñó hasta que en setiembre de 1814 se le confirió el mando de la segunda brigada de la segunda division del ejército de Cataluña que se hallaba de reserva en la marina.

Pero á la guerra esterior grande y gloriosa iba á suceder un padecimiento de nuestro cuerpo político. Importados los principios constitucionales de la vecina Galia, malquistos en lo general por su procedencia, sin encarnacion en nuestra sociedad y aceptados solo como un presente de las circunstancias, porque en las ocasiones supremas, las novedades políticas siempre tienen la ventaja de excitar las voluntades, dándoles esa energía que arrolla todos los obstáculos, fueron abandonados por las masas a la voluntad del monarca que tenia interés en hacerlas desaparecer. Por eso un decreto espedido en Valencia en 4 de mayo de 1814 bastó para destruir el edificio constitucional inseguro y vacilante; mas como un gobierno que ya ha existido siempre crea intereses y posiciones, y con su ruina se lastiman aquellas y estas se aniquilan, muchos hombres quisieron precaver el precipitado paso de Fernando. Uno de estos era el general Copons quien mandó á Llauder á Madrid con pliegos para la regencia; mas pudo serle aciago el mensage, pues trastornada ya la máquina política, no se resolvió á pasar de Lérida y no sin correr algun peligro devolvió los pliegos al general. Pero identificada de este modo su situacion con la de Copons ambos debieron sufrir igualmente los vaivenes de la fortuna; así es que la destitucion de aquel gefe acarreó la de Llauder. Retiróse este entonces al seno de su familia donde permaneció hasta que en 18 de octubre de 1815 se le confirió el mando del regimiento de Soria fuerte de 3 batallones promoviéndole al propio tiempo á la categoría de brigadier. Poco despues el capitan general de Cataluña marqués de Camposagrado nombró á D. Manuel comandante general de la brigada de reserva acantonada en Arenis, Canet y Castella, y mas adelante y á propuesta del conde del Abisbal, fué colocado al frente de la segunda brigada de la segunda division destinada á Ultramar.

Hasta aquí solo habia figurado Llauder en la esfera militar; ahora impelido por las circunstancias, ese poderoso resorte de todas nuestras acciones, iba á dar un paso en la política, paso peligrosísimo y que le atrajo largos sinsabores para el porvenir. El gobierno vigoroso y enérgico de Fernando habia herido muchas susceptibilidades y algunos sugetos de consideracion y prestigio creyendo que la mágia de su nombre cautivaria las masas, alzaron con manos trémulas la bandera constitucional. Cuando no se estudia la oportunidad de una tentativa de seguro se corre á la perdicion. Los insurrectos viendo defraudadas sus esperanzas, repelidos por los pueblos y amagados por los numerosos elementos de que á la sazon disponia el poder central, sobrecogiéronse de la enormidad de su proyecto y buscaron presurosos un asilo en el reino limítrofe. Eran sus corifeos los generales Laci y Milans, gefes que en la guerra de los seis años habian alcanzado importantes y esclarecidas victorias. Cuando estalló el movimiento se hallaba Llauder en Barcelona, y aquí recibió la órden del general Castaños, primera autoridad militar del Principado, para trasladarse á Mataró con el doble objeto de vigilar el giro de la revolucion, y de perseguir activamente á sus fautores y principales agentes. Llauder desempeñó su cargo con estudiada lentitud, y merced á ella pudo

salvarse el general Milans, debiéndose la prision de Laci á una morosidad incalificable. Presentóse el desgraciado caudillo espontáneamente en las inmediaciones de Satosauda á los oficiales Ruiz, y Llausas, quienes se reunieron en Blanes con Llauder y este puso á su ilustre prisionero á disposicion del capitan general. Mas la revolucion ostigada y escarnecida hizo un esfuerzo jigantesco; y en 1820 logró sacudir el yugo que la oprimia y ser aceptada por el monarca mismo. Empero como en las revueltas políticas se miran los acontecimientos y no se indagan ó se olvidan las razones que las promovieron; Llauder por la intervencion que tuvo en la catástrofe de Laci fué mirado como un hombre sospechoso y casi encubierto enemigo del nuevo órden de cosas. Eran sus adversarios sugetos de valia y bien quistos, asi es, que no les fué dificil alcanzar primero la próroga de seis meses de la licencia que disfrutaba D. Manuel, y despues su formal destitucion. Herido en la parte mas sensible, pidió que se sometiese su conducta al fallo de los tribunales, pero ó no se apreció esta solicitud ó no se encontró fundada; por lo que Llauder aceptó su posicion y se retiró a un pueblo de Aragon, donde obtuvo su cuartel y llevó una vida oscura y trabajada por el tédio y la pesadumbre.

Entre tanto el gobierno constitucional falto de nervio y fortaleza contrastaba penosamente las dificultades que le rodeaban: empero la intervencion francesa vino á ahogar su muy finita existencia, y á establecer á Fernando en el pleno goce de sus soberanos derechos. Ya, antes de este famoso suceso habia abandonado D. Manuel el hogar doméstico y pasado á Francia donde se incorporó al ejército espedicionario y penetró con él en el territorio peninsular. El prisma de las pasiones es el de los partidos, y asi es que los hechos mas sencillos colocados bajo su cono se desnaturalizan y adquieren diferentes formas. El precedente de la mala ventura de Laci que precedió á la separacion de Llauder junto al de haberse reunido á las huestes de Angulema le merecieron bien del gobierno absoluto, quien le confió la comandancia general de las provincias Vascongadas.

Era Llauder de un carácter tolerante y conciliador; durante el desempeño de su nuevo cargo procuró captarse las simpatías de los hombres que militaban en distinta cuerda de ideas, y acercar en lo posible los dos estremos políticos, y asi es que no titubeó en emplear algunos oficiales de reputacion sólida y brillantes sí, pero conocidos por sus tendencias liberales. El gobierno debió apreciar esta conducta contemporizadora y mesurada porque le trasladó á Lérida al finalizar el año de 1824 confiriéndole el empleo de gobernador de esta plaza. Hallábanse aquí todavia las pasiones enconadas y dotadas de una susceptibilidad esquisita: los realistas victoriosos arrojaban el baldon y la mengua á la frente de sus adversarios y se creian tanto mas ofendidos antes cuanto mas fuertes se reputaban despues. Las fracciones políticas miden sus ofensas en la escala de sus medios de venganza. Y si se tiene en cuenta que los catalanes son altivos y belicosos se comprenderá cuan inminentes eran muchos conflictos parciales y como estos podian relajar y debilitar la accion de cualquiera autoridad y conmover todo el edificio político. Llauder entrevió este peligro y pensó sériamente en conjurarle; procuró disipar las iras que se iban amontonando, contener las demasias de las reacciones é impedir que el alzamiento de Besieres ocurrido en este periodo encontrase eco y correspondencia en aquella provincia. Estas medidas de precaucion contuvieron por de pronto una oscilacion violenta pero no alcanzaron á estirpar los gérmenes de discordia para el porvenir. Con efecto, el plan de Besieres habia perecido menos por falta de elementos que de oportunidad, habíale promovido el partido ultrarealista poderoso, pujante y entusiasta como todos en la primavera de su vida; con pocas lecciones de la esperiencia queria arrojar todas sus fuerzas en la balanza del destino y eslabonar unos á otros sus proyectos y tentativas.

Tenia como ostensible lema el ensalzamiento al trono del infante D. Cárlos y aunque este príncipe de una conciencia severa desaprobaba altamente este intento durante la vida del rey su hermano sin embargo los corifeos subalternos trabajaban sin descanso, y eligieron la Cataluña para teatro de sangrientas escenas. La insurreccion adquirió vida y vuelos tan ajigantados que fué necesario que el rey en persona acudiese á sofocarla.

Ya antes de este tiempo, en junio de

Digitized by Google

1825, Llauder habia abandonado el territorio catalán y trasladádose á Madrid para desempeñar su nuevo cargo de inspector de infantería. Colocado en esta categoria empezó á desarrollar sin recelo un plan y á dar un rumbo fijo á sus operaciones. Creyendo que los principios de la fraccion apostólica estaban hondamente encarnados en clases muy consideradas de la nacion, y conceptuando al partido realista puro, débil y poco homogéneo, quiso que el ejército fuese en todo evento una firme garantia del órden, refundiendo en él todas las opiniones ó mejor dicho deseando desterrar de él todo el espíritu de bandería, y no buscando en sus individuos mas que aptitud, lealtad y disciplina. Guiado por estos principios, repuso á varios oficiales, esperimentados sí, pero cuyas ideas avanzadas no eran ya para nadie un problema. Este paso poco meditado sin duda, hirió la fibra delicada de los partidos, y acarreó á Llauder largos sinsabores y disgustos; acusábanle unos de buena fé, y en la creencia de que su conducta guiaba á un precipicio cierto; los otros, enemigos personales, rivales ó émulos tomaban de aquí ocasiones para fortificar sus reclamaciones y sus quejas; mas el ministerio incierto del rumbo que debia seguir aceptaba estos hechos y aun los canonizaba.

Corriendo por ahora un velo sobre este estado político, y considerando simplemente á Llauder como inspector de infantería no puede negarse que desplegó celo, actividad é inteligencia en la reforma de esta arma. Los regimientos estaban desmembrados y él les regularizó y dotó de una organizacion mas sólida y conveniente; habíanse relajado los vínculos de la disciplina, y Llauder logró restablecerles empleando una energía y severidad saludables; algunos oficiales sin instruccion ni pericia hacían indigno alarde de sus grados y condecoraciones; y Llauder tuvo bastante tino para separarles, y reemplazarles con otros mas entendidos. Este sistema laborioso, justo y regulador puso su reputacion á bastante altura, y el gobierno apreciando sus servicios y formando la mas lisongera idea de sus dotes militares, le colmó de distinciones honoríficas, promoviéndole al alta categoria de teniente general, en 30 de setiembre de 1829, y añadiendo á su empleo de inspector, el 8 de setiembre de 1830, el de capitan general de Aragon, y poco despues en 25 de octubre con retencion de este último el de virey de Navarra, y capitan general de Guipúzcoa, cargo espinoso y difícil en la tormentosa época que entonces se inauguraba.

Ocurrió pues la revolucion francesa y la invasion de los emigrados de la frontera. Llauder como virey de Navarra corrió al encuentro de aquellos centenares de hombres que venian sin brújula, sin elementos, sin una idea fija y alcanzó sobre ellos una fácil victoria. Este amago de peligro bastó para que el gobierno adoptase un sistema de dureza y rigor poco justificado. Eslabonáronse las persecuciones y las ejecuciones sangrientas, en términos que los hombres honrados del partido realista que leian algo en el libro del porvenir, las consideraban como fecundas en resultados deplorables aunque de un valor inmenso. Llauder pertenecia á este número, hallábase ademas dotado de sentimientos humanitarios y benéficos, y desempeñaba dolorosamente el papel que su posicion y circunstancias le imponian. No solo dirigió al gobierno una solicitud impetrando gracia para los infelices que iban á espiar con su existencia un momento de impremeditacion, sino que mandó á Madrid con el mismo objeto á su ayudante D. José de Caparros.

Mas el gobierno se mantuvo inexorable. Habia comprendido que los poderes activos en los instantes críticos solo se sostienen por la fuerza, y que el menor rasgo de debilidad seria una herida mortal, y queriendo llevar mas allá de sus verdaderos límites, este principio, no solo desechó las consideraciones espuestas por el virey de Navarra, sino que le ordenó obrase en severa consonancia con lo prevenido en los decretos espedidos en 16 de setiembre 10 y 11 de octubre, mandándole en una comunicacion fecha el 8 de noviembre entre otras cosas lo siguiente: «Las resoluciones del »rey nuestro señor no deben tener in»terpretacion ni entorpecimiento alguno; »los que alevosamente hollaron el terri»torio español ó intentaron proclamar la »anarquía y el desórden están compren»didos en aquellas terminantemente. Las »leyes y la vindicta pública se interesan »en que no se admitan esenciones ni »clasificacion alguna respecto á los re»beldes aprehendidos, y repetidamente »tengo espresada la real voluntad en »este asunto.»

Digitized by Google

A pesar de estas órdenes severas y terminantes, Llauder escuchó la voz de su pundonor y de su conciencia, y logró salvar cuarenta prisioneros que fueron remitidos á Francia en el año siguiente. Cuando la política, juez incompetente, vino á reputar como buenos, actos que pocos meses antes habia calificado criminales, mereció Llauder por su comportamiento honrosas consideraciones.

Esta misma política liberal y reformista se iba presentando cada dia menos insegura y disolvente. La enfermedad del monarca, las ocurrencias de la Granja y el vuelo que tomaron las ideas carlistas, fueron la piedra de toque donde se probó la opinion de ciertos hombres hasta entonces rebozada y misteriosa. Los precedentes de Llauder y las mercedes que habia recibido del rey, le imponian el deber de adherirse á la causa de la princesa niña; y su decision en aquellos momentos debia tener un peso y valor considerables, porque el doble cargo que desempeñaba de inspector de infantería y de virey de Navarra, le colocaba en una posicion importante y ventajosa. Con efecto, no vaciló mostrarse ardiente partidario de los derechos de la heredera del trono é hizo franca ostentacion de sus tendencias en una esposicion dirijida á la reina que regía interinamente el timon del Estado, concebida en estos términos.

«Señora: Los coroneles de los regi»mientos de infantería que sirven en el »distrito cuyo mando me tiene S. M. »confiado, habiendo visto su soberano »decreto del 10 del actual que habilita »á V. M. para el despacho de los nego»cios del Estado durante la enfermedad »de S. M. me piden que dirija á V. M. »en su nombre la mas reverente y espre»siva felicitacion, primero por el plausi»ble notable alivio que esperimenta el »rey nuestro señor en su importantísima »salud y despues por la magnífica prue»ba de su real confianza que V. M. ha »merecido por el espresado soberano »decreto en el cual hemos recibido todos »sus leales servidores uno de los mayo»res beneficios y consuelos que la bon»dad de nuestro querido rey nos ha dis»pensado. Estos bizarros militares me »piden tambien que esponga á V. M. tan »nobles y leales sentimientos, y el vi»vísimo interés con que han acompaña»do á V. M. en su íntima pena por la »enfermedad del rey nuestro señor, cu»ya preciosa vida es para todos sus leales »vasallos el don mas esquisito de la Divi»na Providencia; y que asegure á V. M. »que estas tropas solo desean sacrificar»se por el rey nuestro señor y por los »derechos incontrovertibles de su *augus»ta descendencia*. He visto señora, la »verdad y la pureza de estos sentimien»tos. No dudo que los demás cuerpos del »arma de infantería me dirijirán desde »los puntos que ocupan iguales esposi»ciones con tan señalado motivo, pues »están animados del mismo espíritu, lo »manifiestan en todas ocasiones y lo han »acreditado con su exacta disciplina que »es en los ejércitos el verdadero garan»te de la lealtad. Descanse V. M., seño»ra, en la seguridad de que su infantería »corresponderá dignamente á la real »confianza en todas circunstancias. Yo »tengo la mayor complacencia en ser »intérprete de tan leal decision, que se »mostró tan heróica en los dias que pa»recian críticos. Y por mi parte me li»sonjea la seguridad de que V. M. ha »confiado siempre en mis leales servicios. »Dios prospere muchos años la importan»tísima vida del rey nuestro señor, la »de V. M. así como la de la escelsa in»fanta primogénita para felicidad del »reino.»

Este documento que constituia una prenda sólida para el porvenir de una dinastía que tantas y tan poderosas voluntades contrariaban, fué en el periodo que vamos narrando, objeto de largos comentarios, aplaudiéndole los liberales, cuyas esperanzas fomentaba, y condenándole los carlistas porque entorpecia sus planes. Colmaronle los primeros de plácemes y alabanzas, porque las pasiones de amor y de ódio que son las que principalmente juegan en las contiendas políticas siempre son exajeradas. El gobierno conociendo la buena disposicion de Llauder, quiso utilizar sus servicios en mas vasta esfera y le confirió en 6 de diciembre de 1832 la capitanía general de Cataluña.

Grave era á la sazon el estado moral del Principado segun hemos indicado en otra parte de esta obra. Bullian las pasiones y amenazaban con una esplosion tremenda, fermentaban las ideas revolucionarias en pugna con los intereses y los posiciones que habia creado el gobierno absolutista, y que tomaban entonces una tendencia natural hacia el carlismo. Tenia este sistema en Cataluña dos poderosos brazos de ejecucion,

que mantenian la rienda militar y aun civil de aquellas provincias. El conde de España, capitan general del Principado y el de Villemur, gobernador, eran resueltos adalides de la causa del infante y consultaban cuidadosamente el rumbo de las circunstancias, para arrojar la máscara de lealtad con que aun cubrian sus intentos y alzar en aquel territorio pendones por el pretendiente. Cuando se trata de prevenir grandes acontecimientos las horas tienen el valor de siglos. LLAUDER lo comprendió asi y partió aceleradamente de Madrid para trasladarse á Cataluña. Llegó el 16 á Lérida y pasó revista á la guarnicion. Sorprendiéronse los condes de España y Villemur al saber la marcha rápida del nuevo capitan general. Como en política se mide de muchas veces la bondad de los medios por la del fin, la perfidia es de ordinario aliada de la debilidad. Los condes de España y Villemur no pudiendo impedir noblemente la llegada de LLAUDER trataron de tenderle un lazo y prepararle una emboscada. Al efecto el de España dió pasaporte el dia 17 á los apellidados Guré, Gualdo, Tabasca y Rosa, quienes se apostaron con unos 70 hombres en las inmediaciones de San Esteban de Rosanes, prontos á hacer fuego sobre el nuevo capitan general cuando pasase por aquel punto. Una circunstancia fortuita impidió la realizacion de este plan, pero no se desalentaron completamente sus autores. El conde de Villemur, hombre activo y osado y muy comprometido en favor de los intereses del infante, notando en el de España alguna indecision trató de empeñarle en que le delegara el mando, porque si se apoderaba de él LLAUDER, iba á cambiar de fisonomía la situacion carlista y á romperse los hilos de la trama urdida con tanta tenacidad y empeño.

En el entretanto LLAUDER siguió su ruta hasta Sanz donde recibió un pliego del gobernador Villemur, participándole que atendida la mala consonancia en que estaban la tropa y el pueblo de Barcelona, era muy verosímil que aquella disparase sobre este en el caso probable, de que prorumpiese en voces insultantes contra el conde de España. Esta comunicacion fué para LLAUDER un rayo de luz que le hizo ver la intriga fraguada por los apostólicos y sin detenerse á exijir esplicaciones marchó rápidamente á Barcelona el dia 19.

Al llegar á la puerta de la plaza notó la falta del ayuntamiento, encontrando solo y á pié al gobernador Villemur. Esta circunstancia era debida al estudiado silencio del gobernador que no habia remitido á la corporacion municipal el oficio en que se anunciaba el nombramiento y venida de LLAUDER. Comprendió este que sus enemigos habian puesto en juego todos sus elementos para rodear de espinas y dificultades el nuevo cargo que iba á desempeñar; y se decidió á desplegar la conveniente energía, templada mas ó menos por el curso de los acontecimientos. Mandó pues á Villemur que montara á caballo y le siguiese; mas el gobernador lejos de acatar esta órden, tomó una direccion distinta, penetró en la ciudad y dispuso que se retirasen las tropas, lo que no se verificó porque sabedor LLAUDER de este suceso ordenó lo contrario.

Los buenos precedentes de D. MANUEL LLAUDER y la alta mision que se le habia confiado, fueron causa bastante para que el pueblo barcelonés le recibiese con aplausos entusiastas y sinceros, porque siempre hay un fondo de verdad en las aclamaciones de la multitud cuando piensa emanciparse de la opresion. Cataluña jemia bajo el brazo de hierro del conde de España y aunque no habian podido juzgarse todavia los actos de LLAUDER, tenia en su abono la fama de su conducta anterior mesurada y contemporizadora, y era el polo de la política, opuesta á la que seguia el conde. Pero de cualquier modo estas demostraciones debieron halagar mucho el ánimo de LLAUDER porque eran un síntoma claro de los sentimientos que abrigaba el pueblo respecto á los principios políticos y dinásticos que LLAUDER dentro del círculo de sus deberes tenia que sostener.

Esta manifestacion espontánea condenaba el sistema de los apóstolicos, pero no renunciaban estos á la idea de producir un conflicto doloroso entre los partidos políticos. El conde de España habia escrito á LLAUDER manifestándole que se hallaba enfermo y como este no tenia precedente alguno fundado para dudar de semejante hecho, le prestó sencillamente asenso, y por eso vió con una indignacion mezclada de sorpresa al conde, presentarse en su alojamiento, palido, demudado y con visibles señales de anteriores padecimientos. LLAUDER repasando en su memoria la conducta misteriosa y torcida que desde su llegada á Lérida habian observado los condes de

Digitized by Google

Villemur y España, sospechó que el último paso de este fuese efecto de un convenio para decidir la aclamacion de sus parciales y precipitarles en una de esas tentativas terribles en que los partidos juegan su vida por su porvenir, tentativas que la inesperiencia aconsej algunas veces y que la desesperacion justifica en otras muchas. Llauder poseido de este pensamiento hizo presente al conde que le causaba singular estrañeza verle en su habitacion cuando le creia en cama, segun carta del dia anterior, con una catarral y un amago de dolor de costado. El de España repuso, dando otro giro á la conversacion que habia sido en su tránsito insultado y detenido por el pueblo, y que como ya no le amparaba su propia autoridad contra el desenfreno de las pasiones deseaba pasar á la Ciudadela. Accedió Llauder á esta solicitud, y dispuso que dos de sus ayudantes acompañaran al conde hasta la Ciudadela, donde permaneció tres dias, al cabo de los cuales pasó á bordo de una fragata mahonesa mandada por D. Francisco Armero. Llauder respetó sus bienes porque era el guardian de las leyes y debia ser el primero en acatarlas y porque comprendia que un ataque á la propiedad es la primera invocacion de la anarquia.

Pero la marcha del conde perdia mucho de su influencia política si se conservaban sus hechuras. La unidad es la prenda mas esencial en política y en administracion y para regularizar un sistema es necesario proscribir todos los elementos heterogéneos. Adoptando Llauder este principio, separó al auditor Sauri, á los fiscales Cantillon y Caparros y otros sugetos conocidos por su adhesion á las pretensiones de D. Cárlos, y que ocupaban puestos de mucha consideracion. El gobierno aprobó estas medidas y alentó á su autor para proseguir en el camino difícil y escabroso que se habia propuesto recorrer.

Otra necesidad muy importante tenia que satisfacer Llauder. El decreto de amnistía, bálsamo consolador que cicatrizó muchas llagas abiertas por la ira de los partidos, apenas habia ejercido en Barcelona y en el Principado su benéfico influjo, merced á la dura conducta guardada por el conde de España. Llauder se propuso reparar este mal, cediendo á los impulsos de su política y á otros mas nobles y privilegiados quizá; abrió las puerta de las cárceles á muchos infelices que espiaban allí pasados errores ó vencidos derechos; resolvió numerosas reclamaciones, alzó confinamientos y destierros, procediendo en todo esto con la celeridad que permiten las severas exijencias de la justicia.

Estos primeros pasos contribuyeron á aumentar el buen concepto que ya se tenia de Llauder en todo el diámetro del territorio catalán. Dirijíanle de varias partes honoríficas esposiciones, siendo muy notable la que con fecha 29 de diciembre le presentaron los colegios y gremios de Barcelona y que vamos á trasladar íntegra porque revela en medio de nobles efusiones, el imperio que en aquella época ejercia Llauder sobre el corazon de los catalanes. Hallábase, pues, la esposicion concebida en estos términos:

«Excmo. Señor: los comisionados que »suscriben de los colegios y gremios de »la presente ciudad tienen el honor y la »alta satisfaccion de poner en manos de »V. E. para que se digne elevarla á los »pies del trono, una esposicion dirijida »á felicitar á S. M. el rey nuestro señor »por el feliz y suspirado restablecimiento »de su salud, tan importante y cara á »todos los españoles é igualmente a S. M. »nuestra amada reina, por un restable»cimiento tan grato á su corazon y por »los inmortales y benéficos decretos »con que ha sabido corresponder á la »confianza y á las miras de su augusto »esposo, que no son otras que el bien, »la concordia y la prosperidad de esta »gran monarquía.

»Al mismo tiempo los comisionados »suscritos en nombre de los colegios y »gremios, no saben hallar espresiones »para manifestar á V. E. su profunda »gratitud, por los generosos sentimientos »en favor suyo, que se ha servido desple»gar en su oficio del 26 del corriente, »sentimientos que han inflamado sus áni»mos hasta el mas alto grado y que les »mueve á manifestar y á asegurar a V. E. »con la mas tierna emocion, que los cole»gios y gremios de Barcelona se sacrifi»carán gustosos á la menor insinuacion »de V. E. para sostener á *todo trance* »los nobles objetos de su veneracion y »amor, para dar á V. E. las mas relevan»tes pruebas de que no cuenta con ellos »en vano el dignísimo y valiente gefe de »quien podemos gloriarnos como hijo »de Barcelona, ya por el vivo afecto que »nos profesa ó íntimas relaciones que le »unen á ella, como por la especial cir-

»cunstancia de haber nacido en un pue»blo que desde remotos siglos se ha con»siderado como un barrio y continuacion »de esta capital que le ha comunicado »todos sus privilegios y prerogativas.»

Y no era solo este documento sencillo el reflejo de los sentimientos de una clase determinada de la sociedad: sino que podia reputársele como el verdadero aunque no autorizado órgano de otras muchas. Llauder se hallaba entonces en el apogeo de su prestigio y naturalmente debia ser así. Habia venido como hemos dicho á romper una era de férreo despotismo, anunciaba su mision con medidas prudentes y bienhechoras, y no tenia establecido precedente alguno en contrario. Estas consideraciones tendrian eco en cualquier pueblo y mas en el catalán, dotado de una fibra delicada y de un carácter ardiente é impetuoso.

Sin embargo, los carlistas tenian muchos y robustos elementos en todo el ámbito del Principado y en la misma Barcelona, y era necesario no dormirse en brazos de una confianza imprudente, halagado por el aura popular. Llauder ni aun tocó el borde de este precipicio; mostróse por el contrario activo y celoso, inquiriendo los recursos de los carlistas, investigando sus planes y buscando el hilo de sus numerosas intrigas, pero aunque aniquiló algunos de aquellos, desvarató varios de estos, y quebrantó varias tramas, semejantes estas á las de Penelope, se renovaban sin cesar y con constancia rara.

En todas las guerras y revoluciones la lucha de las ideas precede siempre á la fuerza abierta. Los carlistas queriendo presentar como legítimos los derechos al trono del infante, importaban del estranjero muchos folletos, faltos de razones sólidas, pero llenos de esa hueca y bella palabrería que seduce á la multitud para la que principalmente se escriben. En una sola ocasion y en un mismo punto, en Gerona, Llauder avisado por un canónigo de aquella ciudad, recojió tres mil de esos folletos, pero vinieron nuevas remesas por diferentes puntos y quedó defraudado el buen celo del capitan general.

Como no entra en el dominio de esta biografía el señalar la parte que tomó Llauder en la guerra del Principado, pasaremos por alto la aparicion de varios cabecillas antes del fallecimiento del rey para fijarnos en un hecho mas grave y trascendental.

La milicia realista de Barcelona tenia como las demas del reino apego á los principios que simbolizaba y en la lucha que ya entonces se reputaba inminente, ó mejor dicho, que se habia inaugurado no podia haber mas que dos campamentos, dos enseñas; uno colocado delante del trono de la princesa niña para defenderle y protejerle, y otro frente á ese mismo trono para atacarle y destruirle. La suerte de una dinastía no era bastante para precipitar á muchos millones de hombres en una guerra desoladora y fratricida: era preciso asociarla algun principio mas activo y enérgico en el momento. Con efecto, al lado de las esperanzas é intereses de D. Cárlos y de Isabel II se levantaban dos regiones de principios, dos fees políticas, cada una con su porvenir, sus promesas y sus medios de accion.

En estos dos campamentos cabian entonces todos los hombres cualesquiera que hubiesen sido ó debiesen ser sus creencias; los liberales en uno, donde estaban agrupados y confundidos los diversos matices; los carlistas en otro, con toda la regularidad y union que inspira la presencia de un gran peligro. D. Cárlos tenia en la milicia realista un elemento activo preparado y un tanto organizado y que no solo podia agitarse en el corazon de las grandes poblaciones sino que estendia sus ramificaciones por casi todos los pueblos de España teniendo en ellos eco y correspondencia. En Barcelona esta milicia reunia á la irascivilidad propia de su instituto y sistema político, la energía de carácter propia de aquellos naturales. Si á la muerte del monarca conservaba todavia las armas, podia producir conflictos muy graves sin renunciar á la esperanza del triunfo. Llauder pesó todas estas consideraciones, se apoderó con la imaginacion de todas las provabilidades de un choque y para remediarle, desarmó á los voluntarios realistas procediendo en esta operacion con tal tino y actividad que no dió tiempo á la mas ligera convulsion. Pero no era bastante haber desarmado los realistas y abolido su institucion: era tambien preciso levantar otra institucion y otros hombres diametralmente contrarios; porque en política, como en todo lo demás, las ideas de victoria y vencimiento suponen superioridad en unos y postracion ó debilidad en otros. Quitando Llauder las armas á los realistas les habia arrebatado sin duda esa superioridad que tan funes-

ta podia ser en aquella época á la causa de la princesa niña, pero colocándoles al mismo nivel político que sus adversarios, les dejaba todo el valor de la agresion y toda ira de la ofensa. Para remediar esto y atender á las necesidades perentorias é imperiosas de la guerra, creó la milicia urbana procurando templar en esta institucion todos los estremos, y conciliándola con las circunstancias.

No puede negarse en efecto que en esta parte desplegó LLAUDER bastante tino y cordura. Para satisfacer las exigencias de su situacion y para combatir los poderosos elementos de los carlistas, contando cómo contaba con escasas fuerzas de línea, creó la milicia urbana. Pero el color político que esta necesariamente debia tener, podia convertirla en un medio revolucionario si en su organizacion no se adoptaban los avisos de la prudencia y las lecciones del pasado. Para comprender cuales eran las miras de LLAUDER en este punto, creemos oportuno trasladar las palabras que dirijió en oficio de 1 de abril de 1834 al ayuntamiento de Barcelona, escitando el celo de esta corporacion para el alistamiento de un nuevo batallon de milicia urbana. «La pátria, decia, necesita de hombres cuerdos interesados en la conservacion del órden público, hombres que defendiendo este mismo órden defiendan sus mismas ideas, familias, propiedades y talleres. Las armas depositadas en manos de hombres de bien y en personas que tengan interés en la conservacion del órden público, unido siempre á la felicidad de la pátria que estriba en mantener el debido respeto y obediencia á las leyes; no podran menos de emplearse en defensa de tan sagrados objetos, cerrando el hondo abismo de las revoluciones y haciendo desaparecer aquella celosa inquietud en que se vive cuando las pasiones, y no el buen juicio é interés social animan á los ciudadanos á quienes se confia tan honrosa vigilancia. V. E. mejor que nadie está en el caso de elejir con oportunidad y tino las personas que llenen estos útiles objetos en beneficio del procomunal y la confianza de los interases que representan. En tanto que por mi parte no he despreciado ni omitiré medio de salvarlos de la discordia civil, ya previendo muy de antemano los peligros ó arrojándome á ellos así que aparezcan; me cabe la satisfaccion de haber acumulado sobre este pais con el afecto de un verdadero patricio, cuantos bienes han estado en la esfera de mis facultades.»

En la sutil dialéctica de los partidos se apuraron todos los motivos que podian acusar de ilegítima la autoridad de este acto, pero nosotros orillando esta controversia diremos sin embargo que LLAUDER obraba dentro del círculo de las circunstancias, y que estas bien estudiadas son la verdadera medida de la conducta humana. El impulso que el general habia dado era oportuno y el ministerio se apresuró á seguirle, creando al poco tiempo cuerpos de milicia urbana en toda la nacion.

Ya antes de este tiempo habian acaecido graves sucesos que ejercieron una influencia muy directa en la vida de D. MANUEL LLAUDER.

El fallecimiento del monarca habia roto el débil vínculo de obediencia que retuviera muchas voluntades. A los pocos dias se cambiaron gritos de guerra en todas las provincias de España, y en la de Cataluña los carlistas trabajaban con esa actividad que tiene toda la energía del primer golpe y de una esperanza vírgen aun. El coronel Galcerán levantó entonces la bandera de D. Cárlos, procurando insurreccionar la montaña, secundando poco despues sus tentativas, Bussons, Bagarro, Llauge, Targarona, Tristani, Ros, Muchacho, Buquica, Villela, Callell de Muñt, Vicario de Vix, Llarch de Copons y algunos otros.

Entonces comprendió LLAUDER el valor de los primeros momentos, persiguió vigorosamente á los carlistas, y si no logró aniquilar los gérmenes de destruccion porque tenian raices muy hondas en el Principado, pudo al menos detener sus atrevidos vuelos.

Pero el carlismo ajitaba todos sus elementos en el vasto cuadro de la península. Mientras que en España, en los llanos de Castilla, se reunian numerosos batallones realistas bajo las órdenes de un antiguo guerrillero, y se propagaba la convulsion y la alarma á todos los demás ámbitos, en Portugal D. Miguel de Braganza, personificacion poderosa de la misma política, acosaba á su hermano D. Pedro, pretendiendo legitimar con la resistencia un poder adquirido por la usurpacion y enlazando sus planes con los del pretendiente español. Habia en esto un peligro grande y de verosimil realizacion. Si D. Miguel, conociendo sus intereses, abandonaba el cerco de Opor-

to, y puesto al frente de su ejército, arrollaba nuestras escasas fuerzas fronterizas, se dirijía rápidamente á Madrid con el aliento de la victoria, y colocaba á D. Cárlos en el trono, la causa de la reina se hundia irremisiblemente y para siempre quizá.

Muchos presentian este peligro y buscaban medios para en todo evento rechazarle, otros muchos creyéndole tambien trataban la manera de engrandecerle. En medio de este conflicto el ministerio seguia una marcha tortuosa é incierta, y queriendo contemporizar con todos los partidos no acertaba á satisfacer á ninguno. Era la situacion tan crítica, que todos aquellos hombres que desde el fondo de los acontecimientos lanzaban una mirada al porvenir, conocian la necesidad de adoptar medidas prontas, enérjicas y reparadoras. El capitan general de Cataluña tuvo el valor de la iniciativa; en una esposicion que dirijió á la reina Cristina el 25 de diciembre de 1833, manifestó que la conducta observada por el gabinete Zea le habia hecho altamente popular, que los sucesos infaustos iban precipitándose unos sobre otros y que el único medio de contenerlos y de escitar muchas esperanzas abatidas, era la convocacion de Córtes.

No entra en nuestro plan indagar si Llauder obró dentro del círculo de sus atribuciones al dirijir á la Regenta esa esposicion que tanta fama adquirió en aquella época. En otra parte de esta obra (1) se ha examinado y analizado este punto y nuestras observaciones parecerian aquí inoportunas. Pero justo es decir, que este documento debolvió al partido liberal casi todas sus ilusiones, aunque no fuera esta la intencion de su autor, porque en la lógica constante de la humanidad, cuando los hechos favorecen nuestras esperanzas y su fórmula es ambigua ó general, se les dá todo el valor que tienen en la historia ó en la tradicion.

Mas por esa misma causa la consideracion política de Llauder creció desde aquel instante; volviéronse hácia él todas las miradas, todos los pensamientos y al paso que los liberales le designaban como al restaurador de su sistema político, los carlistas encontraban nuevos motivos para temerle y aborrecerle. Habíales cegado ya antes tanto el frenesí en este punto, que pensaron asesinarle, cuyo intento está apoyado en el testimonio del ministro español en Lóndres D. José Vial, quien en una carta confidencial dirigida al mismo Llauder con fecha 10 de diciembre de 1833 decia lo siguiente. «He podido adquirir algunas »de las cartas que los ajentes carlis»tas de Francia y de Inglaterra se diri»gen respectivamente. Un L. Samanie»go, creo sacerdote, escribe á un Mr. La »Ferté que debe ser el nombre supues»to de uno de los principales agentes de »D. Cárlos desde Boulogne (en Francia) »con fecha 4 de diciembre. Dice literal»mente entre otras cosas. *Es difícil que »los catalanes se levanten mientras ha»ya probabilidad de que entren los fran»ceses y mientras viva el infame Llau»der. En cuanto á lo último pronto se »saldrá del paso segun lo dispuesto que »tienen el matarle.*»

Mientras los carlistas elavoraban esas oscuras maquinaciones, Llauder redoblaba su actividad y les hacia una guerra sin tregua ni descanso. Llegó por este tiempo á Barcelona el infante D. Sebastian hijo de la princesa de Beira muger activa y emprendedora y muy comprometida por sus precedentes, en favor de la causa carlista. D. Sebastian habia observado hasta aquí una conducta ambigua sin colocarse decididamente al lado de ninguno de los partidos contendientes, bien porque le faltase resolucion para ello, bien como es mas probable, porque obrase bajo las inspiraciones de una política artificiosa y bastarda. Habia prestado juramento de fidelidad al trono de su prima Doña Isabel II, pero no se creyó que fuese muy sincera esta protesta: sin embargo como este paso le ponia bajo la salvaguardia de las leyes, pudo entregarse sin recelo á clandestinos manejos. Noticioso Llauder de la llegada del infante, pasó á presentarle sus respetos tratandole con toda la deferencia debida á su elevado rango, y aun ofreciéndole la habitacion que ocupaba en el palacio real de Barcelona. A los pocos dias supo que el infante fomentaba audazmente la insurreccion y que en casa de este se fraguaban planes y se organizaban conspiraciones. Llauder entonces se avistó por segunda vez con el infante, le habló un lenguaje respetuoso y enérgico á la vez, recordando sus deberes y previniéndole con tono resuelto, que no toleraria que dentro del distrito de su mando persona al-

(1) Véase la Guerra de Cataluña.

guna de cualquier clase ó categoría que fuese, tratara de vulnerar las leyes y de combatir directa ó indirectamente las instituciones políticas entonces vigentes. Este paso desconcertó por el pronto los planes de los carlistas; el infante salió de Barcelona y no se llevó á efecto entonces tal cual se habia pensado, la retractacion del juramento que prestara D. Sebastian á la causa de la reina.

La gobernadora apreciando en sus verdaderos límites la conducta leal y vigorosa seguida por Llauder en este asunto, le manifestó sus sentimientos en una comunicacion dirigida al general por el mayordomo mayor marqués de Valverde y concebida en estos términos:

«Excmo Sr.—Habiendo pasado original á las reales manos de S. M. la »reina gobernadora, la exposicion de »V. E. del 2 del corriente relativa á la »aclaracion de los pequeños disgustos »que habian tenido lugar en la corta »permanencia en esa ciudad de S. A. »el Sermo. Sr. infante D. Sebastian y »la Serma. Sra. infanta Doña Maria »Amalia, y en la que V. E. se esfuerza »en repetir á S. M. las demostraciones »de lealtad y adhesion á su real perso»na y al legítimo gobierno de su excel»sa hija *Doña Isabel II mi augusta »ama sincerándose de las inexactitudes* »que personas mal avenidas con el ca»rácter y firmeza que V. E. ostenta en »el desempeño de la autoridad que la »soberana Gobernadora le ha confiado, »hicieron concebir al espresado Sr. In»fante; enterada de todo S. M. se ha »dignado prevenirme por medio de una »comunicacion autógrafa que ha dirijido »desde el real palacio de Riofrio, fecha »11 del corriente, haga conocer á V. E. »como lo ejecuto de su espreso manda»to, la gran confianza que le merece, y »que está muy segura del celo é interés »que siempre ha tenido V. E. por la »justa causa, y que no obstante de que »no han faltado personas que han que»rido que S. M. viese á V. E bajo otro »aspecto, ha sabido escarmentarlas á to»dos con sus contestaciones, hasta que »por último han debido ceder conven»cidos de que nada podian intentar que »pudiese hacer dudar á S. M. de que V. E. »cumplirá con todo lo que ofreció al des»pedirse para ponerse al frente de esa »provincia y de lo que jamás dudará. »Todo lo que comunico á V. E. para su »inteligencia y satisfaccion.»

Despues de esta manifestacion honrosa parecia poco natural la dimision que hizo Llauder en 17 de agosto de 1834, de la capitania general de Cataluña; pero obligábale á ello el quebrantado estado de su salud; mas la reina Cristina no se la admitió; por el contrario queriendo utilizar la consideracion y buen nombre que se habia adquirido Llauder al propio tiempo que sus talentos militares, le confirió en 6 de setiembre, el cargo de general en gefe del ejército del Norte, donde la guerra habia adquirido un desarrollo sorprendente y donde se habian gastado muchas reputaciones brillantes aunque poco sólidas. Llauder no fué á desempeñar su nuevo destino porque la guerra de Cataluña habia tomado un aspecto amenazador; el general Romagosa nombrado por D. Cárlos comandante de todas las fuerzas carlistas que operasen en el Principado, acababa de llegar de Génova y empezaba á agitar todos los medios de insurreccion, mas aunque no escaseaba los dotes necesarios para esta empresa, obró con tan mala estrella que á los cuatro dias de su arribo fué preso y fusilado poco despues en Igualada. No alcanzó mejor suerte el coronel Saperas *(alias Caragol)* que levantó la bandera carlista en la montaña; batido y acosado por el general Llauder, el que acudió rápidamente desde Barcelona sobre aquel punto, pereció á manos de los suyos; con su muerte y la del general Romagosa, la rebelion carlista ostigada y amedrentada fué perdiendo uno por uno sus elementos de accion, por manera que no parecia muy difícil, sino pacificar completamente el Principado, al menos reducir á los carlistas á la impotencia. Trabajaba Llauder con fé y decidido empeño en el logro de este fin, cuando recibió en Manresa el 2 de noviembre el nombramiento de ministro de la Guerra.

Con este motivo partió Llauder de Barcelona llevando consigo las simpatías y el aprecio de los liberales catalanes y llegó á Madrid al promediar el mes de noviembre; desde aquí se trasladó al Pardo donde se hallaba la Gobernadora regresando á la capital al cabo de tres dias y consagrándose al desempeño de sus elevadas funciones con actividad y constancia. Organizó la secretaría de la Guerra introduciendo en ella mejoras importantes y una economía de mas de doscientos mil reales; abolió el privilegio que habian alcanzado en 1824 los comandantes gederales de la Guardia

Digitized by Google

Real de despachar con el monarca todas las propuestas sin intervencion del ministro del ramo, cooperó eficazmente á la publicacion del decreto espedido en 31 de diciembre de 1834 por el que se confirmaban los empleos obtenidos y el tiempo servido en la anterior época constitucional, dispuso que la milicia nacional de Madrid prestase servicios que hasta entonces habian estado esclusivamente reservados á la tropa de línea; y formó una memoria que leyó al Consejo de ministros en 2 de enero de 1835 en la que bosquejaba un cuadro de la lucha dinástica, enumeraba los elementos de accion y defensa, establecia un paralelo entre ellos y los que tenian los carlistas y concluia con estas notables palabras. «Tal es el estado de la guerra de Navarra y provincias vascongadas, y él exije á mi parecer, ó bien medidas diplomáticas de un efecto inmediato, para obtener de los aliados de la reina una intervencion saludable, como propuso el consejo de gobierno ó un esfuerzo nacional estraordinario; merecen meditarse y la eleccion ha de ser sin embargo pronta en mi concepto, porque así conviene al mejor servicio de S. M. y de la patria.»

La idea de intervencion era impolítica y estaba ademas severamente condenada por el partido liberal que creia ver en ella una revelacion imprudente de la fuerza de los carlistas, y así es que Llauder, como todos los otros consejeros que apoyaron aquella especie se captaron la animadversion de las masas. Semejante idea habia además promovido una escision en los miembros del gabinete y la prensa periódica les fulminaba severos cargos por estas divergencias y esta falta de tacto político. Llauder comprendió entonces que su posicion iba haciéndose de dia en dia muy difícil y complicada, y dimitió sus elevadas funciones. La Gobernadora no juzgó oportuno el admitirla y Llauder se vió precisado á seguir al frente del ministerio de la Guerra. Los ánimos estaban acalorados, la prensa continuaba implacable y el blanco de sus tiros era Llauder, la guerra se encrespaba y aun se tornaba propicia á la causa de D. Cárlos, y esto solo ejercia un influjo poderoso en todos los corazones; por manera que á desvirtuarle debian dirigirse todos los conatos del gabinete. Estaban Llauder y sus colegas persuadidos de esta necesidad y como los recursos ordinarios habian perdido su energia, pensaron adoptar uno estraordinario, fiando mucho al resultado de las primeras impresiones. Gozaba entonces la reina Cristina de gran consideracion y prestigio y ejercia sobre el partido liberal esa influencia inmensa, inaccesible al análisis que alcanzan en los primeros momentos de entusiasmo los autores ó promovedores de un sistema político. Esta circunstancia hizo creer á los ministros que colocada la Gobernadora al frente de un considerable tercio de tropas y dirigiéndose á las provincias Vascongadas, inflamaria con su ejemplo á todos los liberales y estos harian un gran esfuerzo, uno de esos esfuerzos jigantescos que bastan muchas veces para volver propicia la causa mas desesperada y hundir en el polvo la bandera carlista.

Habia quizá en este plan muchas ilusiones, muchas esperanzas irrealizables, y no obstante, verosimilmente se habria llevado á efecto, á no ocurrir un acontecimiento imprevisto.

La marcha lenta y trabajosa del gobierno habia dado aliento á algunos hombres revoltosos, quienes creyéndose autorizados por la ocasion no tardaron en desenmascararse y en fiar á la fuerza abierta la ejecucion de sus designios.

En la noche del 17 de enero recibió Llauder una comunicacion del gobernador de Madrid, marqués de Viluma, participándole que segun avisos recibidos iba a tener lugar en la capital, desde las seis de la tarde del siguiente dia en adelante, una conmocion violenta, cuyas principales tendencias eran, las de derribar el ministerio, asesinar a sus miembros, destituir las autoridades y perpetrar todos los escesos de una demagógia frenética. Poco despues recibió un segundo oficio de Viluma noticiándole que el movimiento preparado para las seis de la tarde del 18 se verificaria segun el plan de los revoltosos en la amanecer de aquel mismo dia. El ministro y el gobernador dieron bien poca importancia á semejantes nuevas, y aquel se hallaba indeciso sobre el partido que debia adoptar, cuando vino á sacarle de esta fluctuacion una carta del presidente del ministerio, Sr. Martinez de la Rosa, previniéndole que debiendo asistir aquella noche la reina á la funcion del Conservatorio, contaba con su asistencia pues reputaba conveniente el diferir el Consejo hasta la una de la tarde del inmediato dia. Limitóse entonces Llauder á

participar al capitan general lo ocurrido y se marchó al Conservatorio.

El capitan general Canterac notando que las noticias iban siendo cada vez mas alarmantes, mandó llamar á las doce de la noche al mayor de plaza D. Francisco Lavalette y le ordenó dispusiese algunas patrullas, fuertes de 25 á 30 hombres y las confiase á oficiales de buenos precedentes y de conocida fidelidad. Estas patrullas debian encontrarse á las cuatro de la mañana en las inmediaciones de las casas de los ministros, porque se habia robustecido la idea de que los revolucionarios dirijian sus principales conatos contra los consejeros de la corona. Opinaba Lavalette que las patrullas debian sacarse de varios cuerpos; mas el general quiso que todas perteneciesen al regimiento infantería de Aragon 2.° Ligero y así se verificó. Las demás autoridades en el entretanto practicaban activas y sigilosas investigaciones, logrando alcanzar la certidumbre de que los díscolos se arrojarian á la ejecucion de sus planes al despuntar el dia y que uno de los corifeos seria un tal Reverter.

Avistóse Lavalette con el coronel del mencionado cuerpo, y quedaron convenidos en la eleccion de oficiales. El mayor exijió del subteniente graduado D. Cayetano Cardero, á la sazon ayudante de semana, la formal promesa de apresurar la salida de las patrullas y se dirijió á su casa donde montó á caballo, encaminándose de nuevo al cuartel del precitado regimiento.

Sorprendióse al ver que las patrullas estaban aun sin moverse y dirijió al ayudante Cardero severas reconvenciones; mas este alegó como razon suficiente de aquel retraso, la falta de dos oficiales; y queriendo aparentar una prueba de celo, se ofreció él mismo á acaudillar una de las patrullas, y propuso al abanderado para rejir otra Como el momento crítico se acercaba, y la proposicion parecia racional y sensata, no vaciló Lavalette en aceptarla y dando las disposiciones oportunas, fuese á recorer los puestos en que debian situarse las patrullas. Lejos de acatar estas las órdenes recibidas, marcharon reunidas á la plazuela de San Martin y allí hicieron alto. Impaciente Lavalette y no pudiendo concebir tanta lentitud, recorrió varias calles y encontró á la tropa formada en el punto que hemos indicado, con tambores y cornetas. Estrañóle mucho esta torcida interpretacion de sus disposiciones y mas todavia el no ver otros gefes que los sargentos. Preguntó el motivo de ambas ocurrencias, y aquellos le contestaron que no habiendo llegado al cuartel los oficiales en el acto de partir, los esperaban en aquel punto.

Lavalette separó las filas, organizó las patrullas y cometió el mando á los sargentos, prescribiéndoles la mayor actividad y el mejor órden y concierto. Sin embargo, al encontrar una de ellas de nuevo en la calle del Sacramento, vió que constaba de una fuerza muy superior á la que se habia marcado

Esta contravencion de órdenes parecia á todas luces estudiada, y no obstante el mayor la atribuyó á mala inteligencia y dividiendo en tres la columna que marchaba por la calle del Sacramento y dejando á la primera seguir su comenzada ruta, ordenó á las dos restantes que se dirijiesen á las calles de Atocha y Leganitos alta. Precedió Lavalette á la que se dirijia á este punto, notó que tardaba en llegar, retrocedió y ya no la encontró en el camino. Sin obstinarse en descubrir su paradero, recorrió los demás sitios prefijados, y halló en ellos á las patrullas escepto á la de la calle de Hortaleza. En el entretanto las tropas que debian marchar á estos puntos y cuya defeccion habia notado Lavalette sin alarmarse, se dirijieron á la Puerta del Sol, acaudilladas por el subteniente Cardero, sorprendieron á la guardia del Principal y se apoderaron de este edificio. Ignorando Lavalette semejante acontecimiento y descansando en la falsa confianza de que la tranquilidad pública permanecia inalterable, se dirijia á las siete de la mañana á casa del capitan general, cuando encontró en la Red de San Luis á un sargento de la milicia nacional quien le preguntó si habian ocurrido algunos disturbios en la capital, pues daba lugar á pensarlo el considerable número de tropas que habia en la Puerta del Sol y la aptitud imponente que habia tomado. Alarmado Lavalette con esta noticia, aceleró el paso, llegó á la Puerta del Sol, encontró una avanzada de ocho ó diez hombres al mando de un sargento, quiso indagar el orijen y el motivo de aquellas ocurrencias, mas contestóle el sargento escudándose con la órden de sus gefes, por manera que Lavalette, incierto y dudoso en un principio, comprendió que los sucesos iban tomando un carácter bastante grave, sospechando que el órden habia sido sub-

vertido por los mismos encargados de protejerle: sin embargo, queriendo depurar la verdad del hecho se dirijió al ayudante Cardero y le manifestó con tono firme y decidido, la estrañeza que le causaban aquellas precauciones, cuando no se habia turbado la tranquilidad hasta entonces en todo el recinto de la capital. La contestacion evasiva del subteniente aumentó los recelos del mayor y exijiéndole este una esplicacion categórica de aquellas medidas y del derecho con que las habia adoptado, respondió Cardero con ademan arrogante y señalando á un grupo de soldados, «*mi derecho estriba en la fuerza; la guarnicion ha dado el grito en contra del ministerio actual, que es preciso venga abajo y desde este momento queda V. S. arrestado.*» En vano apeló Lavalette para disuadir á Cardero á los sentimientos de pundonor y decoro militar, en vano puso en relieve la fealdad de su conducta; el subteniente permaneció impasible y se llevó á cabo el arresto de aquel gefe. Consumada esta tropelía los sublevados no pudieron ya retroceder y se propusieron defenderse con un valor digno de mejor causa.

Informado de estos acontecimientos el valiente general Canterac, voló al sitio del peligro acompañado de un solo ayudante, arengó á los insurgentes, les recordó el cumplimiento de sus deberes, pero estos hicieron una descarga y el general cayó de su caballo mortalmente herido.

Supo Llauder la infausta nueva de esta catástrofe hallándose en palacio reunido con los demás ministros, y despues de recibir las órdenes de la Gobernadora, montó á caballo, y poniéndose al frente de una compañía de cazadores de Saboya, de los coraceros de la Guardia Real y de dos cañones, marchó contra los sublevados que continuaban ocupando la Puerta del Sol, estendiéndose tambien por la calle Mayor. Era llegado el momento de emplear medios enérjicos y acertados. Llauder mandó que la compañía de Saboya ocupase la casa del conde de Oñate, y que el primer batallon de la milicia urbana se situára en la plaza de la Villa y calle del Arenal para cubrir las avenidas de palacio. Dispuso tambien que un batallon de la Guardia avanzase hácia el sitio de la refriega, mas por desgracia este cuerpo no pudo obrar con toda la celeridad necesaria porque en el instante de ir á ponerse en marcha, recibió contraorden de otra autoridad porque se hallaba aquel dia de servicio en palacio. Contrariado Llauder en su plan por este obstáculo imprevisto envió inmediatamente dos oficiales de E. M. para que solicitasen de la reina el permiso necesario á fin de que aquel batallon concurriese al punto designado por Llauder; vino en efecto, pero se habia perdido ya el valor irreparable de los primeros momentos y debilitádose la enerjía de los medios de accion por no emplearlos simultáneamente. Rompió el fuego la compañía de Saboya y los insurgentes se replegaron á la casa de Correos. Eran en número de 700 hombres, educados en los campos de batalla y comprometidos á defenderse hasta el último trance.

La artillería no podia enfilar de dia las puertas del edificio de Correos segun opinaron el director de la arma y el de ingenieros á quienes consultó Llauder. Complicábanse las dificultades y se enlazaban con la perentoriedad del tiempo, porque si la noche venia á protejer con sus sombras la defensa de los insurrectos, como que estos eran los primeros agentes de un movimiento político que á no dudarlo tenia numerosas ramificaciones, era muy verosímil que los demás enemigos del ministerio arredrados ó precavidos hasta entonces se alzaran durante la noche y aumentasen indefinidamente el conflicto.

Para evitar este estremo aceleró Llauder sus disposiciones. Ordenó al general D. Joaquin Ezpeleta que se colocara en la calle Mayor, al brigadier Puig-Samper en la plazuela del Angel, al conde de San Roman en la Carrera de San Gerónimo, al general Alvarez en la Red de San Luis, y al general Bellido, gobernador de la plaza, en la calle de Alcalá. Habia avanzado la columna de este por la Puerta del Sol, mas hicieron sobre ella los sitiados un fuego tan vivo y certero que la obligaron á retroceder, dejando muerto al teniente de Rey y á varios soldados y gravemente heridos á dos oficiales. Todas estas fuerzas debian marchar al ataque, protejidas por los fuegos que hacian sobre el edificio de Correos las tropas que anticipadamente se hubiesen apoderado de las casas inmediatas, empleando en lo demás el concierto y actividad indispensables para asegurar el resultado.

Apenas hubo tomado Llauder estas

Digitized by Google

medidas cuando fué llamado al Consejo de ministros, y aunque opuso bastante repugnancia á conformarse con esta formalidad, hubo de acceder á la opinion manifestada por el presidente del ministerio Sr. Martinez de la Rosa y el general Castaños. Entonces escribió un oficio al general Bellido confiriéndole las funciones de capitan general.

Al poco tiempo se ajustó un pacto vergonzoso con los insurjentes, y estos que en tan pocas horas habian cometido tantos desacatos y violado todas las leyes civiles y criminales, obtuvieron permiso para salir de la capital, formados en columna y tambor batiente marchando á conquistar á las provincias del Norte una gloria de que su conducta anterior les habia hecho indignos.

Esta condescendencia inaudita para con unos hombres que en el recinto de la capital habian cometido el mas punible desacato revelaba la debilidad del gobierno y sirvió de arma de combate para todos los adversarios de aquel, y hasta los hombres cuerdos y sensatos condenaban semejante acto, considerándole como un precedente funesto para conservar en el ejército la disciplina y como el preludio de mayores calamidades, porque la revolucion, viéndose guarecida por la impunidad se presentaria de nuevo, no moderada ó reformista sino con todas sus escuelas anárquicas, formando su cortejo el homicidio y la desolacion. Era Llauder el principal blanco de los tiros que de todas partes asestaban al gabinete, porque su carácter de ministro de la Guerra y el papel que habia desempeñado en aquellos tristes acontecimientos, le ponian mas en contacto con las circunstancias y mas cerca de la opinion pública que tan fuertemente le increpaba. Promovióse en los estamentos con este motivo una discusion ruidosa y acalorada; Llauder violentamente combatido por los que de tiempo atrás censuraban ya la marcha del gobierno, apoyó su defensa en el verdadero carácter histórico de los sucesos, pero sus palabras no llevaron la persuasion al fondo de los corazones, tal vez porque las apariencias tienen mas fuerza que la verdad en los primeros momentos, ó tal vez porque cuando los ánimos están irritados como entonces por la perpetracion de un crímen, estienden la complicidad desde el autor de este hasta la autoridad, que pudiendo no irroga el merecido castigo. Sin duda que esta suposicion envolvia tanta injuria como calumnia, y es indudable tambien que las cordiales relaciones en que Llauder estaba con el malogrado Canterac, debian moverle á perseguir y castigar á los que con tanta alevosía habian muerto á aquel valiente y desdichado gefe, como lo hizo en efecto fiando este asunto á la actividad del brigadier conde de Mirasol, nombrado fiscal de la causa, mas la opinion se mantuvo implacable, no viendo en todo esto sino el deseo de tender un velo sobre hechos tan deplorables.

Convencióse pronto Llauder de esta mala disposicion de las voluntades y como por otra parte no reinaba la mejor armonía entre él y sus colegas de ministerio, dimitió sus elevadas funciones el dia 24. Admitióle la dimision la Gobernadora, mas conociendo el prestigio que se habia conquistado Llauder en Cataluña mientras fué capitan general le confirió este mismo cargo, dándole además como prenda de aprecio la llave de gentil-hombre.

Cuando Llauder volvió á Cataluña habíanse complicado los acontecimientos y alterádose mucho la fisonomía moral de esta provincia. El incremento que adquiria de contínuo la guerra del Norte influia poderosamente en el desarrollo de la insurreccion; la revolucion con sus violentas oscilaciones iba ganando terreno, y la fama de los acontecimientos de Madrid habia precedido á Llauder y amenguado la reputacion justamente adquirida durante el primer periodo de su mando en el territorio catalán. Todas estas causas obraban de concierto creando numerosas dificultades. No se le ocultaron á Llauder y pretendió desapoderarlas quitándolas un apoyo moral. Luego que llegó á Lérida, dirijió á los catalanes con fecha 3 de febrero de 1835 la manifestacion siguiente.

«Capitanía general del ejército y Principado de Cataluña.—Habitantes de Cataluña, individuos del ejército y de la milicia urbana: vuelvo a este suelo para mí tan grato, á continuar al frente de vosotros para afirmar la paz y sosiego que disfrutais conservando la pública tranquilidad.

»Graves eran las circunstancias cuando fuí llamado á desempeñar el ministerio de la Guerra; ya os insinúe que este delicado encargo era superior á mis fuerzas y conocimientos, pero la obediencia y gratitud á la mejor de las

»reinas cuya confianza me honraba decidieron mi marcha.

»Mi intencion era pura y siempre arreglada á los principios que profeso, los cuales conoceis bien por mis obras en el mando de este Principado; y mis deseos los mas decididos para mejorar el carácter de la sangrienta guerra civil en las provincias sublevadas, y cortar al fin aquel profundo cáncer. Sin embargo, aquella desconfianza de mi ánimo con que subí al ministerio, me obligó á solicitar de S. M. la dimision que logré obtener con bastante dificultad, en cuyo acto recibí nuevas pruebas de su real bondad y confianza.

»Vuelvo, pues, á unir mi suerte con la vuestra, empleando la palabra que os dí en mi despedida, para seguir combatiendo el fiero carlismo, único y verdadero enemigo nuestro que sabe presentarse bajo diferentes formas.

»No ha sido inútil mi corta permanencia en el ministerio. He tenido ocasion de esperimentar la magnanimidad de S. M. la reina Gobernadora, su inagotable amor á los españoles y conocer que es la princesa mas digna por sus virtudes de egercer la autoridad real. La he interesado por la suerte de este precioso suelo y está muy decidida por el bien de los naturales y llena de gratitud por los heróicos esfuerzos que aquí se han hecho por la sagrada causa de su augusta hija.

»Esta conviccion creo, bastará para que aumentemos nuestros sacrificios hasta restablecer la paz en el reino de que tanto necesitamos.

»El objeto de ellos ha de ser, el trono de Isabel II, el Estatuto Real, las libertades públicas que este ha restablecido y las leyes que en adelante se acuerden con la concurrencia de los poderes constituidos y la sancion real.

»Para la conservacion de estos caros y grandes objetos, únicos que pueden hacer nuestra felicidad, cuento con vuestra cooperacion y decidido valor. No dudeis de la mia y de que en cualesquiera peligros será el primero en arrostrarlos vuestro capitan general y compañero de armas. Manuel Llauder.»

En esta apelacion al civismo de los catalanes indudablemente se propuso Llauder conciliarse los ánimos para abatir los fieros de la rebelion carlista y detener la esplosion violenta de sentimientos, porque estos dos objetos debian estar representados por un pensamiento único. Suponer como han querido algunos que Llauder trató de dar alientos al carlismo para contener de esta manera las iras revolucionarias, es colocar la discusion de este punto fuera de todo término hábil, porque Llauder ni podia olvidar esa ley tan general de las revoluciones, de que se irritan mas con el peligro, ni podia tampoco dejar de presumir que los carlistas vigorizados cada vez mas pasarian de la ofensiva á la agresion, siendo entonces preciso emplear contra ellos mayores fuerzas del ejército de la reina, debilitando así y movilizando demasiado el único elemento de órden con el que en un caso, pudiese imponer á los revoltosos. Si Llauder comprendió como puede inferirse de su proclama, que la fiebre revolucionaria iba haciendo ya estragos en Cataluña, debió aunar todos sus esfuerzos para amedrentar y reducir las facciones ya que aniquilarles era imposible, para apoyar su autoridad y la guarda de las leyes sobre el valor y la disciplina de sus tropas.

Tan convencido estaba Llauder de esta verdad que apenas habia pisado de nuevo el suelo catalán, trató de reprimir la arrogancia de los carlistas. Habíanse estos organizado en muchas partidas pequeñas, lo cual se adaptaba perfectamente á un sistema de guerra de correría y á la ruda topografía de aquel terreno cruzado por corpulentas montañas cuya falda ciñen muchas veces rios y arroyos impetuosos y cuya cima coronan por lo general jigantescos pedruscos, en los que la mano de la naturaleza ha labrado profundas sinuosidades que servian de albergue á los carlistas cuando sufrian alguna ligera derrota ó dispersion; no obstante, en la época que vamos narrando se bajaban á la llanura y se acercaban muchas veces con una osadía estraordinaria á los puntos donde se hallaban fuertes columnas de la reina; sus gefes mas ó menos inteligentes eran todos valerosos, enérgicos y activos, y como verificaban casi todos sus movimientos con singular rapidez, caian sobre pueblos poco numerosos ó mal apercibidos y cometian exacciones y fusilaban á los prisioneros, especialmente si pertenecian á la milicia urbana. A veces las pequeñas partidas enlazaban sus operaciones ó se reunian formando un todo regular y maniobrando de concierto, atacaban las columnas cristinas alcan-

zando en mas de una ocasion la victoria. Por manera que podia decirse que en este periodo solo se detenian ante los muros de las grandes poblaciones.

Llauder teniendo á la vista ese largo panorama de calamidades, trató de buscar los medios mas á propósito para conjurarlas, y no puede negarse que en esta parte procedió con su acostumbrada actividad. El foco de la rebelion carlista estaba en Barcelona, y Ponti, cónsul de Cerdeña en aquella ciudad la favorecia abiertamente; súpolo Llauder y dispuso que Ponti fuese arrestado en la Ciudadela, saliendo de ella y de Barcelona á los pocos dias en virtud de órden del ministro de Estado. Desde la capital estendió Llauder sus cuidados á los diferentes rádios del territorio catalán; aumentó la milicia urbana, creó nuevos cuerpos de miqueletes, dispuso la formacion de compañías de partido y trazó al mismo tiempo un sistema de líneas de ataque, el mas á propósito sin duda para contener los movimientos de los carlistas, estrechándoles y arrojándoles sobre un estremo de la circunferencia que formaban las tropas y puntos fortificados con las cordilleras y curso de las aguas. Merced á estas medidas y á una persecucion activa y vigorosa, el carlismo recojió su atrevido vuelo, pero la revolucion que ya se habia insinuado en Madrid y Zaragoza de una manera tremenda con la devastacion de los conventos y el asesinato de los religiosos, iba tambien á levantarse en Cataluña, y á dar principio á un drama sangriento y desastroso.

Escaseaban en el Principado las tropas de línea y los peligros se multiplicaban de dia en dia. Llauder se dirijió varias veces al gobierno solicitando un aumento de fuerzas, pero sus reclamaciones no surtieron efecto, aunque el gobierno conocia toda la estension del mal como se deduce claramente de las dos siguientes notables comunicaciones, que con el carácter de reservada dirijió á Llauder el ministro de la Guerra, antes de ocurrir las terribles convulsiones de Zaragoza.

«Excmo. Sr.—Ha llegado á noticia de »S. M. aunque por conducto no oficial, »que los enemigos del trono legítimo de »su augusta hija, no perdonando medio »alguno con que llevar adelante sus pla»nes hasta el de sugestionar á los mis»mos que están armados en defensa de »tan caro objeto; han proyectado una »sublevacion general que contando co»mo puntos céntricos á Barcelona, Tar»ragona, Reus, Vals, Mataró y Torre»dambarra; tendrá por principal objeto »bajo las aclamaciones del Estatuto Real é »Isabel II, atacar directamente al minis»terio que merece en el dia la confianza »de S. M. á fin de sustituirlo con otro »que esté mas en armonia con la exal»tacion de sus principios políticos, des»tituyendo al mismo tiempo á V. E. »del mando que desempeña, para dar »entrada en él á otro gefe que aunque »no se designa se supone que tiene ac»tualmente su residencia en Valladolid. »Uno de los motivos que segun dichas »noticias, dirijen á los promovedores »del desórden es el de libertar á ese Prin»cipado de los arbitrios con que se ha»lla gravado, tal como el que se creó »para los estinguidos voluntarios realis»tas, y los impuestos sobre la sal y el »papel sellado, para lo cual se dice que »cuentan con mas de diez mil hombres »de entre la clase de urbanos y otros »institutos; y deseando S. M. no perdo»nar medio alguno que sea susceptible »de mantener el órden y la tranquilidad »que se propone con desvelo; me man»da comunicar á V. E. estas noticias, »como lo verifico de real órden, á fin »de que doble su celo y vigilancia para »prevenir cualquier tentativa de desor»den, empleando al efecto todo el lleno »de su autoridad prevalido de la mayor »ó menor exactitud de los datos con que »S. M. no duda contará V. E. para ca»lificar la certeza del plan indicado, so»bre lo cual quiere tambien que V. E. »informe cuanto se le ofrezca y parezca. »Dios guarde á V. E. muchos años.— Madrid 14 de marzo de 1835.—Sr. capitan general de Cataluña.

«Excmo. Sr.—Consecuente á lo que »de real órden dije á V. E. reservada»damente en 14 del actual acerca de las »noticias que habia recibido S. M. aun»que por conducto no oficial, de los pla»nes de los enemigos del trono de su »augusta hija la reina nuestra señora, »dirijidos á promover en ese Principado »una sublevacion en sentido exagerado, »bajo las aclamaciones del Estatuto Real »é Isabel II, si bien con el objeto de ata»car directamente á las autoridades que »no estuviesen en armonía con la exal»tacion de sus principios políticos, in»clusa la de V. E.: ha sabido del mis»mo modo S. M. que la época fijada pa»ra abortar este inícuo plan es el 1.° de

»abril próximo ó en los dias inmediatos, »y en este concepto, me manda repro»ducir á V. E. como lo verifico de real »órden, las prevenciones que le hice con »la espresada fecha encargándole de »nuevo redoble su vigilancia y cuidados »para prevenir cualquiera tentativa de »desórden sea cual fuere su carácter y »objeto, castigando con mano fuerte á »los autores y cómplices de tales planes »en el caso de que estos datos ú otros »que V. E. tenga ó adquiera confirmen »su realidad.—Dios guarde á V. E. mu»chos años. Madrid 24 de marzo de »1835.—Sr. capitán general de Cata»luña.»

Y sin embargo el gobierno que conocia la existencia del peligro, que debia saber que las revoluciones son muchomenos temibles por lo que en ellas se proyecta hacer que por lo que se hace en efecto siguiendo la efervescencia del instante, el gobierno que no podia olvidar el carácter tenaz y genio turbulento de los catalanes dejaba sin embargo á Llauder sin los auxilios que solicitaba abandonado á sus propias fuerzas, esperando quizá que la razon prestigiosa de autoridad y la consideracion personal aunque en un tanto menguada que aun en esta época conservaba Llauder, bastarian para contener á los revoltosos. Vana esperanza que los hechos con su poder irrecusable iban á destruir bien pronto!

En Reus estalló primeramente la conmocion: allí se perpetró uno de esos sucesos que no se califican de atentados porque se cree que en ellos se ejerce un acto de severa justicia y que vienen siempre á tender un velo de sangre sobre muchas ambiciones bastardas, que careciendo del poder del genio y no pudiendo brillar en circunstancias normales buscan en las revueltas medros y lo logran siempre porque asi como las tempestades naturales anublan la luz del sol y solo dejan paso al resplandor incierto de las exhalaciones eléctricas, así tambien las políticas envuelven la razon de los hombres mas distinguidos y solo permiten figurar á los mas audaces y resueltos. En las revoluciones siempre se comercia con la credulidad de muchos para el provecho de unos pocos, y los que en Cataluña pretendieron esplotar los trastornos políticos dirigieron tambien las iras de la multitud contra los conventos. Muy luego y con estraordinaria rapidez cundió la nueva de los sucesos ocurridos en Reus y Barcelona; resonó tambien con los ecos de las víctimas mezclados con el estallido de las llamas que consumian los conventos y los alaridos y siniestras voces de los autores de aquellas escenas de muerte y devastacion.

Hallábase Llauder en Esparraguera, á cuyo punto habia ido á tomar las aguas sulfurosas, cuando acaecieron las turbulencias de Reus; ya que no pudo precaverlos se apresuró á evitar el contagio disponiendo guarnecer á Tarragona donde fermentaban ya las pasiones revolucionarias, de manera que no se conmoviese violentamente allí el órden público. Bien conoció Llauder la intensidad del mal y lo difícil que seria el atajarle; acongojábale por otra parte la indiferencia del gobierno y el deterioro de su salud no le permitia desplegar la actividad indispensable en aquellas circunstancias. Todas estas causas juntas le hacian desear se admitiera la dimision de sus funciones que habia presentado con fecha 18 de julio, pero los disturbios de Barcelona acaecidos el 25 vinieron á sorprenderle en esa espectativa, y á colocarle quizá en el trance mas difícil de su vida.

Posponiendo Llauder toda otra consideracion al cumplimiento de su deber, partió de Esparraguera dirijiéndose aceleradamente á Barcelona entrando en esta poblacion acompañado de sus ayudantes y seguido de una columna de 260 hombres. Habíase restablecido ya el órden en la capital del Principado, pero eran muy de temer nuevas convulsiones porque no se habian quebrantado ninguno de los elementos de discordia y solo habian perdido la accion del momento. Bien comprendia Llauder que se hallaba como sobre el cráter de un volcan cubierto con una lijera capa de ceniza y que el menor soplo bastaba para encender de nuevo el fuego de la revolucion. Sin hacer alarde de una severidad intempestiva, trató de adoptar varias medidas de precaucion; conferenció con los gefes y oficiales de la milicia urbana, y les hizo ver cuan interesados se hallaban en la conservacion de la tranquilidad, que este interés estaba íntimamente enlazado con su propia obligacion y decoro; manifestóles ademas que él se hallaba decidido á sostener el imperio de las leyes y los fueros de la autoridad y concluyó estimulando su celo, y exijiendo su cooperacion para el dia del peligro. Y no limitó á esto Llauder sus cuidados sino que queriendo

Digitized by Google

quitar todo pretesto y aliciente á las tentativas revolucionarias, dispuso de acuerdo con el gobernador civil D. Felipe Igual que se facilitase la evacuacion de los conventos de la provincia de Barcelona, solicitada por los mismos religiosos quienes poseidos de un terror fundado demandaban á la autoridad fuerza y proteccion que no podia concederles. Queriendo oponer en la resistencia de los hombres honrados un dique mas á los desmanes á que las turbas pudieran arrojarse en lo sucesivo accedió á la solicitud del ayuntamiento concediéndole mil fusiles que tenia á la sazon disponibles para que los confiára á los vecinos probos y de mas arraigo. Necesarias eran estas medidas porque ya el dia 27 empezaron á circular voces alarmantes, mas la aptitud firme y aire resuelto de la escasa tropa que habia en la plaza, impuso á los revoltosos quienes hubieron de diferir por entonces la realizacion de sus planes.

Empero trabajaban sin descanso en algunos otros pueblos, presentándose en varios la revolucion de diferente manera atabiada y poniendo en juego distintos instrumentos. Sin embargo iba aquella degenerando á cada paso que daba y convirtiéndose poco á poco en el mónstruo de la anarquia; el incendio y aun el pillage se iban reduciendo á sistema y la propiedad privada que se habia respetado en los primeros arranques de indignacion política, estaba ya amenazada y comprometida.

Supo Llauder el mismo dia 27 que algunas partidas de incendiarios habian salido de Barcelona con ánimo segun se supo despues de entregar á las llamas una casa de campo propia del marqués de Alcaraz denominada *El Laberinto* y el monasterio de Ebron. Ajitáronse al propio tiempo Sabadell y Tiana, y principalmente Mataró donde se insubordinó una compañía de miqueletes que se hallaba de guarnicion. El gobernador de Mataró y despues el ayuntamiento acudieron á Llauder reclamando un auxilio pronto y eficaz; y entonces este gefe temiendo que la revolucion se desenvolviera en un sentido diverso del que se habia creido en un principio, abandonó á Barcelona en la mañana del dia 28 de julio.

Muchos han vituperado esta marcha de Llauder de la capital cuando batallaban en ella tantas pasiones encontradas, cuando palpitaba todavia la impresion de los últimos sucesos, cuando habia tantos interesados en pervertir el órden, y se contaba con tan pocos elementos para protegerle y conservarle. Los que asi hablan buscan un apoyo á sus aserciones en la muda pero terrible elocuencia de los hechos acaecidos en Barcelona los dias 5 y 6 de agosto (1). Nosotros que hemos considerado aqui hasta los sucesos en su relacion histórica, no podemos sin desviarnos de nuestro propósito entrar en el terreno de las discusiones, pero oigamos por un momento al mismo general Llauder quien al ocuparse de semejante punto en sus *Memorias* se espresa de esta suerte:

....«Juzgué que no debia permanecer por »entonces en Barcelona espuesto á quedar cerrado é incomunicado con el resto del Principado y nula de hecho mi autoridad por la insurreccion general, »marché á Mataró para reprimir las »compañías de miqueletes sediciosas y »trasladarme á donde la anarquia levantase la cabeza, todo sin desatender á la »guerra que con tanta decision hice »siempre á los facciosos pues no podia »desconocer el efecto que causaria á los »habitantes de la montaña. Los resultados demuestran que no me engañaba.

»Es de notar que algunos de los que pensaron que yo era el principal ó el único »blanco de los tiros de los ajitadores opinaron en favor de mi salida de Barcelona, »creyendo tal vez ahuyentar asi ó disminuir el compromiso; y cuando hubieran visto que el objeto era mas elevado, ellos mismos criticaron mi resolucion diciendo que yo debia haber permanecido en Barcelona! Fatal destino del »que manda en circunstancias tan difíciles! siempre que el éxito no corona sus »esfuerzos se condenan sus actos y se »olvidan los principios y los datos que »debieron guiarle. Si yo hubiera permanecido en Barcelona y la revolucion »general aislándome hubiera aumentado ó acelerado los estragos como parecia natural entonces hubieran esclamado los mismos hombres. ¿Por qué »quedó en Barcelona? ¿Era gobernador »de la plaza ó capitan general de Cataluña? ¿No tenia la plaza gefes naturales »y no habia generales subalternos á »quienes fiar su mando? ¿pensaba salvar la capital dejando incendiar el

(1) Véase sobre estos sucesos la *Guerra de Cataluña*.

Digitized by Google

»Principado? ¿Juzgaba menos convenien»te impulsar con su presencia y su ejem»plo las operaciones militares en otras »partes que contener á los descontentos »en Barcelona?»

Hallábase Llauder en Hich cuando recibió el dia 6 la noticia de la sangriente catástrofe del general Basa y el mismo dia supo que la junta instalada en Barcelona á consecuencia de los últimos acontecimientos, le habia destituido de su cargo de capitan general de Cataluña. Doblemente afectado por estos sucesos, aceptó sin embargo su suerte y encerrando sus resentimientos en el fondo de su conciencia no quiso turbar con reclamaciones tal vez inútiles, la reaccion en favor del órden que se iba levantando despues de los recios embates de la anarquia: por otra parte su espíritu agitado con tantas y tan violentas impresiones ejercia una influencia marcada sobre el deterioro de su salud y en este estado recibió el mismo dia 6 el permiso del gobierno para trasladarse á los baños de Escaldas. Partió Llauder de Vich, á las 12 del precitado dia, acompañado de sus ayudantes y los de la plana mayor D. Cristobal Taill y D. Manuel Caparros, formando su séquito, sus ordenanzas dos compañías del segundo batallon de regimiento de Saboya y quince mozos de escuadra. Pernoctó en Ripoll y al dia siguiente 7 fué á Puigcerdá donde permaneció el 8, y habiendo pasado á ofrecerle sus consideraciones y respetos el ayuntamiento y oficiales de la milicia urbana, discurrió con ellos sobre los últimos acontecimientos, asegurándoles que serian fecundos en calamidades para el pais porque conmovian todas las fortunas y todos los ramos de la industria, para la causa de la reina porque daban aliento á los carlistas, y para la misma libertad puesto que se la despojaba de su elevado carácter de elemento civilizador, convirtiéndola en lema de descabellados intentos. Desde Puigcerdá dirijió á todos los gobernadores y gefes superiores del Principado una circular dándoles á reconocer al general Pastors como capitan general interino. En este documento Llauder tendia un velo sobre los hechos recientes y solo trataba de enlazar los diferentes elementos de gobierno cuya falta de concierto en tiempos normales es un mal, pero en los de revueltas es seguro medio de perdicion. Así, pues, decia dirijiéndose al general Pastors: «mi »decision por el trono de nuestra au»gusta soberana y del Estatuto Real, »bien sellada con actos y acciones in»delebles y mi gratitud á S. M. la rei»na Gobernadora y á los habitantes de »este Principado, de quienes he recibido »y recibo tantas pruebas de confianza, »me han obligado á hacer esfuerzos á »prueba de mi salud para continuar en »el mando de este ejército y Principado »sin un dia de intermision ni descanso »en tan prolongada y difícil época, ha»ciendo con esto la voluntad de S. M. »á la cual repetidas veces he hecho pre»sente el mal estado de mi salud y úl»timamente lo repetí el 18 de julio ante»rior y habiéndose dignado S. M. con»cederme su real permiso para pasar á »las aguas de Escaldas á restablecer mi »salud, ceso desde este dia en el des»pacho de negocio alguno de la capita»nía general....»

Cuando Llauder se hallaba en el borde de la península, adonde no podian alcanzarle las iras revolucionarias, este lenguage mesurado, circunspecto y reconciliador revelaba en él delicadeza y un sincero deseo de que convaleciera lo mas pronto posible el imperio de las leyes.

Salió Llauder de Puigcerdá á las cinco de la tarde del dia 8, dirijiéndose á los baños de las Escaldas situados en la frontera de Francia. Acompañábanle el gobernador de Puigcerdá, coronel don Francisco Bonet y sus ayudantes D. Juan Montaño y D. José Seijas. La guardia francesa que se hallaba en los Guinguetes le hizo los honores de ordenanza y permitió que le siguiera la escolta hasta los baños. Apenas tuvo noticia de la llegada de Llauder á este punto, el comandante de la division, general príncipe de Castellane, le mandó una guardia de honor dispensándole todo género de consideraciones y miramientos. Desde las Escaldas con fecha 9 de agosto elevó Llauder al gobierno una esposicion de los disturbios ocurridos en Cataluña: de las medidas que habia tomado antes de su traslacion á los baños en virtud de real permiso que le habia concedido, y del oficio transmitido al general Pastors confiriéndole la interinidad del mando. Este documento cierra por decirlo así la página militar y política de D. Manuel Llauder. Aquejado por sus dolencias, cansado de luchar con las tempestuosas exijencias de los partidos, con el corazon lleno de amargura y la memoria de decepciones, Llauder ha buscado

Digitized by Google

en el seno de la sociedad doméstica, las dulzuras y la tranquilidad que le habian arrebatado una sociedad y unos principios que habia defendido por el contrario con tanto ardor.

Permaneció LLAUDER en Francia hasta el año de 1839 y regresado que hubo á España le confirió la reina Cristina en 20 de noviembre la capitanía general de Granada, pero LLAUDER la renunció porque el estado de su salud débil y quebrantado todavia no le permitia dedicarse con asiduidad al desempeño de este nuevo cargo. Volvió á Francia al año siguiente para buscar alivió á sus padecimientos en las aguas termales de las Escaldas y desde este punto se dirijió á París á fin de atender á la educacion de sus hijos. Ocurrieron en él entretanto los ruidosos acontecimientos de setiembre de 1840, la abdicacion de la reina Cristina, el encumbramiento de Espartero y la victoria del partido progresista. LLAUDER deploró unos sucesos que habian desfigurado la causa por él defendida, mas su espíritu trabajado por tantas tribulaciones, no se apoderó de las maquinaciones fraguadas para derribar el poder de Espartero. Sin embargo como la voz de los partidos convierte con frecuencia las probabilidades en hechos, se le acusó de estar en connivencia con la reina Cristina, añadiendo que esta señora le habia llamado para empeñarle en secundar el movimiento contrarevolucionario de octubre de 1841.

Esta gratuita suposicion acarreó á LLAUDER nuevos sinsabores; su esposa aquejada de una grave enfermedad habia por este tiempo pasado á una casa de campo cerca de Barcelona acompañada de sus tres hijas. Hallábase en este punto cuando la junta de Vijilancia creada en el Principado, sin tener en cuenta el deplorable estado de aquella señora, dispuso que se la pidieran esplicaciones sobre los últimos acontecimientos ordenándola que abandonase la casa que habitaba, pero resistió con entereza á tan arbitraria y poco comedida demanda y entonces los comisionados de la junta exijieron multas á los criados.

Luego que recibió LLAUDER en París la noticia de este hecho que venia á formar un guarismo mas en la suma de sus sufrimientos y desengaños, se aisló cada vez mas, circunscribiendo sus relaciones y concentrando todos sus cuidados y afectos en la educacion de su familia.

Cuando acaecieron las ocurrencias de 1843 regresó LLAUDER á España y ofreció sus servicios al gobierno provisional que le contestó en una comunicacion sumamente honorífica y lisonjera fechada el 28 de agosto del precitado año.

Ahora, cuando escribimos estas líneas D. MANUEL LLAUDER, marqués del Valle de Rivas (1) se halla en Madrid desempeñando las funciones de senador que le fueron conferidas por decreto de 15 de agosto de 1845, sin desear al parecer tomar una parte activa en la política ni penetrar de nuevo en el terreno donde los partidos agitan sus envenenadas armas. Réstanos advertir que para completar nuestros trabajos biográficos, insertamos á continuacion la *hoja de servicios* del general LLAUDER que servirá á la vez de documento comprobante, de prenda de la fidelidad y exactitud que hemos observado en la narracion histórica, y de breve y segura guia en la que el pensamiento del lector podrá apoderarse fácilmente de los principales acontecimientos y de las fechas con que han acaecido.

(1) Se concedió á LLAUDER este título en 11 de setiembre de 1834.

HOJA DE SERVICIOS (1)

DEL EXCMO, SEÑOR

DON MANUEL LLAUDER.

Estado Mayor de los Ejércitos Nacionales.

El Teniente General D. Manuel Llauder.—Marqués del Valle de Rivas, su edad 58 años, su pais, Mataró. (Cataluña) su calidad noble, su estado casado, sus servicios y circunstancias los que espresa.

Tiempo que empezó à servir los empleos				Tiempo que ha que los sirve y cuanto en cada uno.			
Empleos.	DIAS.	MESES.	AÑOS	**Empleos.**	AÑOS	MES.	DIAS.
Cadete.	4	Setiembre	1804	De Cadete.	2	11	15
Subteniente. . . .	16	Agosto	1807	De subteniente. . .	1	7	7
Teniente.	23	Marzo	1809	De teniente. . . .	»	5	8
Capitan..	1	Setiembre	1809	De capitan.	»	7	23
Grado de teniente ronel	24	Abril	1810	De grado de teniente ronel.	»	8	26
Sargento mayor. .	20	Enero	1811	De sargento mayor. .	»	3	13
Grado de coronel. . .	3	Mayo.	1811	De grado de Coronel. .	1	10	11
Comandante . . .	14	Marzo	1812	De comandante . . .	10	9	7
Coronel	21	Diciembre	1812	De coronel.	1	3	2
Brigadier.	23	Marzo	1814	De Brigadier. . . .	18	1	19
Mariscal de campo .	12	Mayo	1823	De Mariscal de campo.		6	18
Teniente general. .	30	Noviemb.	1829	De teniente general .	»	1	«
Abonos.							
Doble abono de campaña por				la guerra de la Independencia	6	»	
Total de servicios hasta el 31 de diciembre de 1847. . .					50	3	29

Regimientos donde ha servido, y clasificacion de sus servicios con arreglo á la real órden de 26 de Noviembre de 1847.

De cadete, subteniente, teniente y capitan, en el regimiento infantería de Ultonia.
En el de infantería, 2.° de Saboya, de sargento mayor con grado de coronel y comandante efectivo.
Gobernador del nuevo establecimiento de las islas Medas, y con el último empleo.
Primer comandante del regimiento infantería de Mataró.

(1) Insertamos aqui este documento, y lo verificaremos en lo sucesivo con las hojas de servicio de los demas generales á fin de que sirvan de datos comprobantes.

Comandante primer jefe del regimiento infantería de S. Fernando.
En el mismo cuerpo y de coronel efectivo.
Con el anterior empleo mandando la segunda brigada de la segunda division que despues se denominó Vanguardia del primer ejército.
Brigadier con el anterior mando.
Gobernador del castillo de Monjuich de Barcelona.
Mandando la 2.ª brigada de la 3.ª division del primer ejército.
Coronel del regimiento infantería de Soria.
Abono de campaña que le corresponde por real órden de 20 de abril de 1815 y aclaraciones posteriores.
Total de servicios hasta fin de diciembre de 1815: 17 años, ocho meses y diez y seis dias.

Campañas, y acciones de guerra en que se ha hallado.

1808. En Gerona en el asalto de 20 de junio contra la puerta del Cármen y contra la plaza: en el primer sitio y bombardeo de dicha plaza: en la salida del 16 de agosto que se tomaron y clavaron las baterías de brecha de Monjuich, de cuyas resultas el enemigo levantó el sitio:

1809. El 6 de marzo en la salida de Gerona sobre Puente Mayor y Costa roja: en el memorable segundo sitio de la misma plaza, se halló en el asalto de Monjuich el 8 julio, y en la salida que hicieron varios oficiales del regimiento de Ultonia, en que servia este brigadier en la noche del 20 de julio por órden del general en gefe del ejército D. Joaquin Blake. Por este mismo general fué comisionado el 28 de agosto para tomar la altura y santuario de los Angeles, y entrar un convoy en Gerona, lo que ejecutó, defendiéndose el dia 6 de setiembre en dicho santuario, contra fuerzas enormemente superiores por espacio de seis horas, en cuya accion recibió una fuerte contusion, salvándose á la cabeza de 120 hombres que le quedaron por entre los enemigos: el 16 del propio mes en la accion de Bascara, destruyéndose un convoy al enemigo, y tomándose el pueblo á viva fuerza: el 26 del mismo setiembre en los combates contra las líneas del sitio para introducir el segundo convoy en Gerona de ayudante del coronel D. Enrique O-Donell, que mandaba la vanguardia, y penetró en la plaza: en la noche del 14 de octubre siguiente mandando 100 granaderos á vanguardia de la columna, forzó 21 puestos enemigos, de ellos 13 de caballería y todas las líneas, hasta reunirse al ejército en Santa Coloma de Farnés: el 25 del mismo octubre en la accion de Vascanó mandado las guerrillas, en la que fué herido: el 1.º de noviembre en la de Santa Coloma con la division de vanguardia al mando del general O-Donell, lo mismo que la anterior.

1810. El 12 de enero en la de Collsuspina, en que fué rechazada la vanguardia del mariscal Macdonald: el 23 de abril en la de Margalef en el llano de Urgel: el 30 de junio en la de Tibiza, mandada por el general en jefe: el 3 de agosto en la de Tortosa, mandando el mismo gefe: el 26 y 27 de idem atacó la retaguardia enemiga en el Coll de la Riba y Mon Blanch, cogiendo un capitan y varios prisioneros: posteriormente atacó una partida de caballería enemiga en el pueblo de la Selva de Alauló, haciendo algunos prisioneros: igualmente al entrar el ejército del mariscal Macdonal atacó su descubierta en Villafranca de paso para el sitio de Tortosa, cogiéndole mas de cuarenta prisioneros: el 13 de setiembre avanzando con una partida de caballería hasta las puertas de Gerona, cogió once prisioneros: y al segundo dia se halló en la Abisbal en la rendicion de la guarnicion enemiga: y en el ataque del socorro que venia de Gerona, que fué igualmente batido y prisionero: el 19 de octubre fué nombrado por el general en gefe comandante para formar y organizar las compañías de granaderos de la guardia del general, y realizó esta comision en Tarragona. Hasta esta fecha hizo el servicio de ayudante de

campo del conde de la Abisbal:
1811. El 19 de marzo se halló voluntariamente en la accion de Areñs de Mar: igualmente en la batalla de Figueras con la plana mayor de la vanguardia el 3 de mayo, y despues del primer periodo de la batalla en que las armas de S. M. obtuvieron señaladas ventajas, fué enviado á intimar la rendicion al general enemigo, quien faltándole á la consideracion de parlamentario quiso repetidas veces hacerle pasar por las armas, y por último despues de pasadas veinte y cuatro horas logró su libertad en fuerza de sus reconvenciones y por disposicion del general Baraguai Hilliers: la noche del 10 de junio atacó la trinchera enemiga á la cabeza de las compañias de cazadores, apoderándose de ella en una salida del puerto de Tarragona: en la noche del 16 en el momento que el enemigo asaltó la línea le dió el comandante de la division el mando de dos batallones para rechazar al enemigo, que había penetrado detrás de la guarnicion fugitiva de la luneta del Príncipe, ejecutándolo á satisfacion completa del citado comandante general el brigadier D. Pedro Sarsfield: el 17 de noviembre fué nombrado gobernador del nuevo establecimiento de las islas Medas, y relevó al general Sarsfield, sufriendo el bombardeo que duró cinco meses, juntamente los rigores de hambre y sed, en términos de morir algunos individuos de la guarnicion. Construyó blindajes, minas y almacenes para acuartelar la tropa que estaba al raso, y encerrar víveres á prueba de bomba: ademas construyó varias baterías y reductos. Durante estas calamidades, el general enemigo La Marque prendió á muchos parientes de este brigadir é hizo repartidas gestiones para que le rindiese aquel punto tan interesante entonces, en cuyo objeto tuvo entretenido su ejército por muchos meses, pero sin tener otra contestacion que la del cañon y del fusil.
1812. El 19 de mayo desembarcó al continente con una partida de la guarnicion, y destruyó todas las baterias y reductos del enemigo, quedando libres las islas. Luego que fué relevado de este gobierno, le dió el general en gefe el mando del regimiento de S. Fernando, con la árdua comision de disciplinarlo, llenando este encargo tan á satisfacion del general en gefe, que á poco tiempo mereció el mando de una brigada de 3000 hombres de todas armas, la 2.ª de la 2.ª division: en el ataque de Olot el 24 de octubre mandó la columna de la izquierda, que tomó el punto fortificado del Ferial: el 21 de noviembre atacó con su regimiento, con caballería y dos piezas de artilleria el fuerte de Bañolas, y en esta accion fué herido, mereciendo por ella que la Regencia le diese las gracias y mandase que se le atendiese para el ascenso inmediato por lo satisfecha que estaba de su conducta militar, haciéndose saber al ejército en la órden general de 27 de marzo de 1813.
1813. El 15 de enero de este año se halló en la accion del llano de Olot: en 23 de febrero rechazó con su brigada en la posicion de Vallfogona el ostinado ataque de los franceses mandados por el general La Marque: el 28 de idem en el combate de Ripoll, en que le mataron el caballo que montaba: el 21 de marzo tomó por sorpresa la plaza de Prats de Molló en Francia, que le guarnecian 300 hombres, muriendo su gobernador en la defensa de la entrada, y siendo prisionero el del castillo, con varios otros que se salvaron á pesar de haberse sorprendido la plaza á las tres de la mañana al abrir la puerta: igualmente cogió varios efectos, ganados, armas y treinta rehenes para una contribucion, todo para la real hacienda: el 7 de mayo en el Valle de Ribas atacó con su brigada á otra enemiga fuerte de 1500 hombres, y la batió tan completamente una hora antes de llegar á Ripoll, que quedaron en el campo las tres cuartas partes de su fuerza, entre muertos, heridos y prisioneros, y á su consecuencia se formó expediente por órden expresa del general en gefe lord Wellington, y se abrió juicio contradictorio conforme á reglamento, y obtuvo la real cédula de la cruz laureada de la real y militar órden de S. Fernando: el 4 de octubre en S. Privat de Bas sostuvo el ataque de una division enemiga mandada por el varon Petit, con

fuerzas duplicadas; duró ocho horas, sin conseguir los enemigos otra ventaja que perder un duplo de gente proporcionalmente. Posteriormente el general en gefe, atendiendo á la actividad, valor y acierto con que se condujo la brigada en acciones y movimientos en pais ocupado por el enemigo, la dió la denominacion de vanguardia del primer ejército, cuyo mando desempeñó hasta la conclusion de la guerra, operando en medio de los enemigos, y en la frontera: hizo repetidas entradas en su pais: obligó á varios pueblos franceses á depositar en poder del ministro de Hacienda de la brigada las contribuciones que se les imponian.

1814. El 9 de marzo con su brigada cargó una division enemiga que se retiraba de Olot. Ultimamente habiéndose unido 600 caballos á la brigada, siguió la retirada del mariscal Suchet hasta tiro de cañon de la plaza de Figueras, donde estaba con su ejército: se situó en Bascara en observacion del ejército enemigo, teniendo diariamente fuertes escaramuzas con partidas de caballería. En el mismo punto tuvo el alto honor, á la cabeza de su brigada, en union de otras tropas del primer ejército, de recibir S. M. el 24 de marzo; y el 26, con solo su brigada, recibió á S. A. el Sermo. Sr. Infante D. Cárlos, quien pasó revista á la brigada. Retirándose despues á la plaza de Barcelona, fué nombrada por S. M. gobernador del castillo de Monjuich, cuyo empleo desempeñó hasta setiembre, que salió á mandar la 2.ª brigada de la 3.ª division del ejército de Cataluña, que estaba de reserva en la marina. El consejero D. Félix Colon, habiendo examinado la antecedente hoja de servicios del brigadier D. Manuel Llauder, la halla conforme y arreglada á los documentos que ha presentado el interesado: sin embargo el Consejo resolverá lo que tenga por conveniente. Madrid 21 de noviembre de 1819.—Félix Colon.—Madrid 14 de mayo de 1821.—Vista y aprobada por mí como presidente de la junta consultiva del ministerio de la Guerra.—El marqués de la Reunion.

D. Antonio Burriel y Montemayor, brigadier de los ejércitos nacionales, y gefe interino de la comision de gefes y oficiales de todas armas á las inmediatas órdenes del Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra.—Certifico: que la hoja de servicios que antecede es copia á la letra de la que original aprobada por el Excmo. Sr. marqués de la Reunion, presidente de la junta consultiva del ministerio de la Guerra, existe en el archivo de la comision de mi cargo. Madrid 24 de abril de 1821.—Antonio Burriel.

Digitized by Google

Digitized by Google

URBIZTONDO.

NUESTRO constante propósito de bosquejar la vida militar y política de los hombres que han desempeñado un papel distinguido en la guerra de Cataluña, nos induce á dar aquí cabida á la de D. ANTONIO URBIZTONDO. No es este gefe, una de esas notabilidades subalternas que brillan un momento levantadas por las circunstancias y se pierden despues entre el choque de los acontecimientos; URBIZTONDO desde el instante que se colocó del lado de Don Cárlos, desde el punto y hora que arrojó su espada en la balanza política, ha conservado siempre un carácter ostensible y ha influido enérjicamente en los dos grandes periodos de la causa carlista cuando alzándose orgullosa tocó el apogeo de su poder y cuando desalentada y desfallecida se acercaba á su ruina; cuando rebozaba en elementos de vida y actividad, y cuando caia inerte desamparada por la prudencia y abandonada por muchos de sus primeros sostenedores. Dotado URBIZTONDO de un buen temple de alma, ha sabido vencer situaciones muy complicadas, herir de frente poderosas dificultades y acometer con

Digitized by Google

tenacidad y contra el dictámen de la fortuna empresas rodeadas de peligros. Urbiztondo enlazó con el vínculo de la disciplina las partidas carlistas del Principado y regularizó en este punto una guerra de brigandage, dando á sus operaciones una base mas sólida y mas ancha, pero al lado de este hecho está el convenio de Vergara. Nosotros no queremos juzgar aquí á Urbiztondo; encomendamos este cuidado á la historia que sin otra brújula que la verdad y con la lógca inflexible de los sucesos, absuelve ó condena á los hombres.

En San Sebastian, capital de Guipúzcoa nació D. Antonio Urbiztondo el 7 de enero de 1803. Fueron sus padres D. Sebastian Urbiztondo y Doña Juana de Eguia, ambos de ilustre linage. Entregado el niño Urbiztondo á los puros é inefables goces de la infancia se vió obligado á derramar una lágrima por la muerte de su padre acaecida cuando él tenia siete años y aunque este incidente funesto no debió afectarle por largo tiempo en una época de la vida en que nuestros sentimientos se apoyan y sostienen menos que en la reflexion en la imitacion, sin embargo parecia que hubiera influido necesariamente en su porvenir. Empero una madre tierna y cariñosa velaba por él con solícito afan, y logró alcanzarle una plaza de caballero page del rey, cuando Urbiztondo tenia 11 años. En esta posicion honorífica y distinguida podia prometerse una brillante carrera. Permaneció Urbiztondo en Madrid con el caracter de page de rey hasta el año de 1819 en que pidió y obtuvo permiso para pasar al colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada con el objeto aparente de dedicarse á la carrera eclesiástica, pero era otro el verdadero móvil de su conducta. Habíale inspirado una pasion amorosa profunda la hija del general D. Francisco Ramon y Eguia parienta suya muy inmediata y con quien despues contrajo matrimonio, y como esta señora habia pasado á Granada acompañando á su padre nombrado capitan general de aquella provincia el amante novel halló en su supuesta vocacion al estado eclesiástico un espediente sencillo y oportuno para realizar sus galantes proyectos.

A los que comprendan el imperio que ejercen ciertas afecciones dulces y espansivas sobre el corazon de un jóven no les sorprenderá que Urbiztondo abandonase Granada, habiendo pedido y logrado préviamente su traslacion á la universidad de Oñate tan luego como Eguia separado del mando dé capitan general, se dirijió á Durango con su familia corriendo el año de 1821. Hallábase pues en Oñate Urbiztondo cuando los acontecimientos políticos vinieron á dar otro rumbo, quizás el verdadero, á su vida y á sus planes.

La fisonomía moral del hombre tarda mas en fijarse que su semblante, pero se notan en cada individuo desde el principio, rasgos distintivos y orijinales que no pueden confundirse con los de ningun otro. Tenia Urbiztondo á la sazon 18 años y mostraba un ánimo resuelto y decidido y una susceptibilidad de carácter tal, que no toleraba ni aun las sombras del insulto. Por otra parte su espíritu activo, entusiasta y emprendedor no podia acomodarse bien dentro de los estrechos límites de un colegio, ni reconciliarse completamente con la fria y severa calma que allí reinaba, sino que debia lanzarse en pos de esas grandes emociones que solo se encuentran en un campo de combate y en el dia de batalla ó en las duras alternativas de la vida militar. Agregando á estas circunstancias que nacen del fondo del carácter de D. Antonio, la de que su familia, tildada de realista era el blanco de las injurias de los constitucionales, se concibe bien que Urbiztondo esperaria una ocasion propicia para seguir sus impulsos y vengar sus injurias.

Sobrevino bien pronto en la provincia de Vizcaya un movimiento realista y Urbiztondo siempre dominado por los sentimientos que hemos señalado ya, partió rápidamente de Oñate á reunirse con lo que apellidaban el absolutismo de Fernando y el apuesto continente del jóven escolar, su aire marcial y el impetuoso ardor con que defendia sus principios influyeron tanto sobre sus compañeros que por acuerdo unánime le eligieron Gefe y marchando bajo sus órdenes á Salvatierra se apoderaron de esta villa y se propusieron defenderse en ella con denuedo, estendiendo al propio tiempo las raices de la insurreccion. Habia sido aclamado Urbiztondo Gobernador de Salvatierra y como tal buscó medios de rechazar las tropas constitucionales que acaudilladas por el General Lopez Baños circumbalaban la plaza. Fué gallarda la defensa que hicieron los sitiados; ni el imponente número de las huestes de Lopez Baños ni la falta de costumbre en los trabajos y fatigas de un asedio que debian

tener unos hombres á quienes las circustancias políticas habian puesto acaso por primera vez, un fusil en la mano; ni el verse aislados en medio de la nacion, que acataba entonces distinto régimen político, bastaron á amedrentarles; sostuviéronse pues con esforzada constancia, y no pensaron en ceder hasta que agotadas las municiones no quedaba ya medio hábil de defensa; entonces abrieron tratos con el general sitiador, y obtuvieron de este una capitulacion honrosa bajo la que se rindió la villa el dia 24 de Abril. Pero Lopez Baños quebrantó uno por uno los artículos del tratado y Urbiztondo con veinte y uno de sus compañeros de infortunio fué conducido á Vitoria y sometido al fallo de una comision militar, Urbizto do debia tener pocas esperanzas de salvacion; la conducta pérfida y dura al propio tiempo que habian observado con él los constitucionales le inspiraba sérios y bien fundddos temores para el porvenir; porque no podia suponerse en buenos términos, que unos hombres que habian desconocido los fueros de la justicia y la religion de los convenios, fuesen ahora á cumplir con una y otra absolviendo á Urbiztondo y sus compañeros. Habia ademas otra razon puramente de circunstancias: como Urbiztondo y sus parciales fueron los primeros en levantar pendones por el Gobierno absoluto, si quedaban impunes ó con leve castigo se alentarian otros muchos y seguirian sus huellas, principalmente si se atiende al estado de irritacion y efervescencia en que se hallaban aquellas provincias. Repasando Urbiztondo en su imaginacion todas estas consideraciónes, se convenció de que le condenarian á muerte, pero no se desalentó, por el contrario halló en su ingenio un medio de conjurar este peligro y le hizo valer al momento: Urbiztondo tenia diez y ocho años cumplidos que constituian la edad señalada por la ley para irrogar la última pena, pero se propuso hacer creerá los miembros de la comision que solo habia cumplido diez y seis años, y anduvieron en esta parte tan diligentes y cautos su familia y amigos que logró ver realizado su pensamiento. La comision pues persuadida de que el jóven Urbiztondo solo tenia 16 años le declaró comprendido en el decreto de amnistia, disponiendo que marchara confinado á Oñate. A los pocos dias de haber llegado á este punto el jóven Urbiztondo burló la recelosa suspicacia de las autoridades y emigró al limítrofe reino de Francia, adonde por una feliz coincidencia acababa de llegar con su familia su abuelo D. Francisco Ramon de Eguia.

Organizóse por este tiempo, al principiar el año de 1822, una junta realista en Bayona para elaborar los planes de insurreccion contra el réjimen constitucional, preparar los medios y dar un impulso enérgico á los movimientos comenzados. Era presidente de ella el general Eguia quien empleó á Urbiztondo en la secretaría organizada bajo su inmediata direccion. Desempeñó este con intelijencia el cargo que se le habia cometido, pero no estaba en armonia con su génio este jénero de vida y asi es que le abandonó bien pronto, corriendo á reunirse con el general Don Vicente Quesada que habia levantado en el territorio vasco la bandera absolutista, y verificándolo en el mes de junio del precitado año. Con el grado de capitan que le confirió Quesada y que le correspondia por su procedencia de caballero Page del Rey adicto al estado mayor general, concurrió Urbiztondo á varios choques y acciones distinguiéndose en las ocurridas en las Alburreas el 18 de setiembre, y Nazar y Azata el 27. Por un buen comportamiento en estas diferentes ocasiones, fué ascendido á teniente coronel de infanteria. Tenia Urbiztondo actividad y valor y ese celo por los principios políticos que parecen ser patrimonio esclusivo de la juventud porque el egoismo nace del cálculo frio de la vejez. El general Quesada reconociendo en él estas buenas prendas le encomendó una comision bastante difícil y arriesgada en aquellas circunstancias. Mandó pues que Urbiztondo pasara á la provincia de Vizcaya á reclutar gente, lo que verificó este, acompañado de otros cuatro con tanto acierto y ventura que a los pocos dias se presentó en el cuartel general de Quesada que se hallaba en San Juan de Luz con doscientos cincuenta hombres que sirvieron de núcleo para formar un nuevo batallon.

En el entretanto la máquina del gobierno constitucional se movia trabajosamente porque una de sus ruedas principales, el poder ejecutivo, oponia una resistencia tenaz. El rey Fernando indignado de que se hubiese limitado su autoridad y queriendo romper las trabas que le rodeaban llamó á los estrangeros á nuestro pais.

Bien conocidos son los sucesos que acaecieron despues; los constitucianales

Digitized by Google

careciendo de la energía y nervio revolucionario y no teniendo la unidad y disciplina de los absolutistas, fueron arrollados por los franceses y la victoria se fijó del lado del monarca. Cuando penetró en nuestro territorio el ejército auxiliar URBIZTONDO marchó á la vanguardia de este con la division de Quesada, llegó á Madrid y se dirigió poco despues á Estremadura ejerciendo las funciones de Gefe del Estado Mayor. Luego que el rey hubo salido de Cádiz URBIZTONDO regresó desde Trujillo á Madrid, al espirar el año de 1823. Durante su permanencia en la capital llevó felizmente á cabo desplegando sagacidad y tino, algunas comisiones delicadas pero una de ellas vino á serle funesta porque su carácter altivo y resuelto no se plegaba muchas veces á las circunstancias. Confiáronle la defensa del general D. Joaquin Capape cuya causa ofrecia graves dificultades porque no podia brillar en ella la verdad sin que hiriese con sus rayos á algunos altos funcionarios y aun á los ministros de la corona. El defensor URBIZTONDO se hallaba por consiguiente en la situacion mas crítica, porque ó iba á granjearse la animadversion de esos hombres poderosos desempeñando lealmente su cargo, ó tenia que hacer traicion á la confianza en él depositada. URBIZTONDO no vaciló siquiera en la eleccion de estos estremos, sus sentimientos caballerescos sofocaron cualquier otra consideracion de conveniencia individual, y descorriendo con noble audacia el velo que cubria muchos acontecimientos, presentó tales pruebas y adujo tan sólidas razones que el general Capape fué absuelto, pero el atrevido defensor fué condenado á un año de prision en el castillo de las Peñas de San Pedro. La opinion pública que siempre se inclina del lado de la desgracia y que nunca se asocia á la venganza de los poderosos, mostróse tambien propicia á URBIZTONDO, lo que dulcificó un tanto sus sinsabores y amarguras. No tardó en llegar el dia de la reparacion; cambió el ministerio y URBIZTONDO recibió una real órden levantándole la condena y llamándole á Madrid donde se le confirió el mando del segundo batallon de voluntarios realistas, colocándole al propio tiempo en la inspeccion General del mismo instituto. Estuvo desempeñando este doble cargo hasta el 17 de marzo de 1828, en que fué destinado de teniente coronel con el grado de coronel al regimiento de la Reina, pasando con igual categoría al regimiento de infantería de Zamora en primero de Abril de 1832, y al de voluntarios de Navarra á fines de enero de 1833.

Como por esta época el orizonte político se presentaba encapotado y sombrío, y el advenimiento de una guerra dinástica por instantes subia algunos grados mas en la escala de lo verosimil, el gobierno que despues de seguir una marcha meticulosa é incierta habia acabado por llamar en su apoyo á los liberales emigrados, separaba de sus destinos, guiado por el mismo pensamiento á aquellos que eran conocidos de antemano por su celo en favor de las doctrinas absolutistas. Uno de estos fué URBIZTONDO á quien se quitó el mando del regimiento de Navarra confinandole á la ciudad de Mérida. En las turbulencias políticas, los adversarios sinceros é irreconciliables de una idea de gobierno son pocos pero son muchas las pasiones enconadas por las pasiones de otros hombres. La inconsiderada conducta del general Quesada á la sazon inspector de infantería, los altivos procederes de las autoridades de Madrid y el mal recibimiento que hizo á URBIZTONDO el gobernador de Mérida brigadier Aranguren, acabaron de enagenarle completamente del servicio y obediencia de la reina y como en un hombre de su posicion y carácter la desafeccion no podia parar en indiferencia, aprovechó una coyuntura favorable y se marchó á Portugal el dia 19 de enero para reunirse con el infante D. Cárlos que huia de ciudad en ciudad perseguido por el ejército combinado lusitano español. Cuando URBIZTONDO se presentó al Pretendiente, le recibió este con marcada benevolencia nombrándole capitan de guardias españolas, y encargándole organizase un batallon, que se iba á formar con el nombre de aquel príncipe. Luego que la ciudad de Evora, último asilo de dos pretendientes D. Miguel y D. Cárlos, capituló el 29 de mayo, URBIZTONDO pasó á bordo del bergantin Carolina anclado en la bahia de Lisboa el 8 de junio llegando el 9 de julio al puerto de Portmous. El mismo dia en que desembarcó en la costa inglesa se le dió la órden de trasladarse á Navarra con un gefe de caballería que mereciera su confianza. Elijió URBIZTONDO al coronel D. Cárlos Odonell y ambos se dirijieron á Lóndres á fin de preveerse de los recursos necesarios en un viage largo y peligroso. De-

bian abandonar la Inglaterra, y atravesar la Francia penetrando en la península por la frontera del norte. Con efecto salieron el 22 de Lóndres con pasaporte y nombre de napolitanos y marcharon resueltos á Paris, llegando á esta ciudad el 25. Mas un incidente vino á trastonar sus planes de espedicion; la policía francesa que ya tenia noticia de la marcha y proyectos de los dos gefes carlistas, les prendió en Paris encerrándoles en Sainte Pelagie. Vista y fallada la causa por el tribunal de *Assises* se les obligó á regresar á Lóndres en los últimos dias del mes de octubre. Pero ni este reves desalentó á Urbiztondo ni debilitó la constancia de los que habian dispuesto la espedicion. Al llegar á Londres D. Antonio ya tenia preparada una Goleta con la que debia dirijirse á Holanda para tomar armamento y conducirlo al puerto de Anchote en la costa de Vizcaya. Urbiztondo hizo con celeridad sus preparativos; adquirió el armamento en Rotterdam y recibidas las últimas instrucciones se dió á la vela desde la bahía de Elbelm en la embocadura del rio Queel, el 28 de diciembre de 1834.

Esta segunda espedicion parecia inaugurarse bajo felices auspicios; un viento favorable soplaba á la sazon con fuerza y la Goleta impelida por su aliento se deslizaba rápidamente sobre la superficie de las ondas; pero á media noche cuando el equipaje entero olvidaba los peligros de la navegacion, la Goleta que habia entrado en el canal de la Mancha, varó en un formidable banco de arena denominado Long-Sens. Vanos fueron los esfuerzos hechos para dominar aquel peligro; la Goleta se sumerjia insensiblemente y la tripulacion y pasageros hubieran probablemente perecido á no tener dos lanchas que botaron inmediatamente al agua, procurando ampararse contra la ira de las mugientes olas y esperando los primeros albores del dia para salir de tan deplorable conflicto. Apenas amaneció se vió que las aguas salvaban el buque, no descubriéndose ya mas que algunos de sus palos. Entonces Urbiztondo y sus compañeros de infortunio cortaron los cables de las lanchas y se entregaron á merced del viento, hasta que al cabo de cuatro horas de esta angustiosa navegacion descubrieron un laud pescador, acercárouse á él pidiendo auxilio, y el patron les recojió á bordo á las once y media de la mañana del dia 29 de diciembre. El puerto mas inmediato era de Bracalancer, á él deseaban dirijirse los viajeros y aunque el patron del laud manifestaba alguna repugnancia para llevarlos a aquel punto, lograron vencerla á fuerza de dádivas y promesas. Desde Bracalancer marchó Urbiztondo á Clochestèr y de aquí á Londres á donde llegó el 31, en este punto se le reiteró la orden de emprender de nuevo el viaje á las provincias Vascongadas, tanto porque don Cárlos le reclamaba con urgencia, cuanto porque era necesario conducir plomo, de cuyo metal escaseaban las tropas del pretendiente. Aunque habia obtenido un éxito desgraciado en sus dos anteriores tentativas, Urbiztondo no vaciló en desafiar por tercera vez la inclemencia de la suerte. Aparejóse, pues, una nueva goleta llamada *Isabel Ana*, se cargó de plomo en el rio Támesis, y Urbiztondo y 26 oficiales que habia designado, levaron anclas en 10 de enero de 1835. No fué mas féliz este viaje que los pasados. Declaróse desde luego un temporal furioso que sublevando las espumosas olas amenazaba al buque con un naufragio próximo y aunque no habia podido abandonar las costas, perdió sin embargo el trinquete y el bauprés en la noche del 17, siendo indispensable por lo tanto entrar en la rada de Eimouth, para reparar las fuertes averías de la goleta.

Hasta aqui Urbiztondo habia hecho frente á peligros eventuales, envueltos en el seno misterioso de la fortuna, pero ahora iba á arrostrar uno cierto, casi inevitable. Supo que el gabinete inglés habia participado al embajador español la salida del buque, el número de personas que iban en él y el objeto y mision de cada una, y sin embargo no dudó en partir. Bogó de nuevo la goleta en la madrugada del 24, marcando su rumbo hácia las costas españolas, mas al tocar las aguas de Castro-Urdiales, fué apresada el 2 de febrero por el vapor *Reina Gobernadora*, siendo conducidos Urbiztondo y los demás pasajeros á Santander en la mañana del dia 3

Por esta época la guerra habia ido amansándose y perdiendo algo de su primitivo y sanguinario carácter. En las luchas civiles la terrible iniciativa de las represalias generalmente se toma por el mas fuerte y siempre redunda en daño suyo, porque así reduce á su enemigo al mayor estremo y escita las fuerzas de la desesperacion. Los carlistas pocos é in-

disciplinados al principio en las provincias del norte se engrandecieron despues tanto que su voz de combate era un grito de victoria y su lema político era considerado en la Europa. Como se habia debilitado la funesta animosidad de los primeros momentos y los prisioneros lo eran en mayor número en poder de los carlistas, el ministerio Martinez de la Rosa, accedió, sino lo solicitó al convenio de Elliot.

Fortuna fué para Urbiztondo el caer prisionero en estas circunstancias. El comodoro inglés que mandaba la goleta *Isabel Ana* prometió salvarles la vida y sus activas diligencias unidas al precedente que hemos señalado, fueron parte poderosa para que Urbiztondo y sus compañeros no espiaran con su cabeza un arranque de imprudente valor.

Fueron pues conducidos al castillo de San Anton de la Coruña, en el que permanecieron diez meses y de este punto les trasladaron á Cádiz y de aquí á Puerto-Rico á donde llegaron el dia 5 de abril de 1836. Era á la sazon capitan general de aquella Antilla don Miguel de Latorre, sugeto muy considerado y prudente y que conocia profundamente la máxima, de que la gratitud es el vínculo mas poderoso para retener al hombre desgraciado en el círculo de sus deberes.

Latorre dispensó á los confinados todas las consideraciones compatibles con su carácter de primera autoridad, pero el segundo cabo le vituperó estos buenos oficios y aun insistió en que se redujera á prision á los confinados. Urbiztondo que de tiempo atrás andaba desasosegado con la dura condicion á que la suerte le habia reducido noticioso de los proyectos del general segundo cabo, trató de prevenirles, aprovechando una coyuntura propicia para alcanzar la libertad. Esperó, pues, para fugarse á que el general Latorre se ausentára momentáneamente de la isla, á fin de que la responsabilidad de aquel acto recayera sobre el segundo cabo. Tomadas algunas medidas de precaucion ocultóse Urbiztondo en un bosque con algunos de sus compañeros y allí esperó á que sus amigos le proporcionasen una lancha para pasar á la isla Dinamarquesa de Santo Tomás. Pronto se vieron realizados sus deseos; vino el bote y embarcados en él Urbiztondo y los suyos se arrojaron en los brazos de la instable fortuna, habiendo permanecido cuarenta y cinco dias confinados en Puerto-Rico. Tan azarosa fué esta navegacion como las anteriores: separa á Puerto-Rico de la isla de Santo Tomás una tabla de agua de escasa latitud y que generalmente se atraviesa en pocas horas; mas apenas empezaron á bogar los fugitivos carlistas cuando sobrevino una calma que les detuvo en el mar por espacio de seis dias, sufriendo todas las penalidades del hambre, porque en la creencia de que el viaje era corto no se habian provisto de víveres. Vencidos al fin estos obstáculos arribaron á la isla Dinamarquesa, pero encontraron aquí nuevas dificultades: estaban los isleños en amistosos tratos y cabal armonía con las autoridades de Puerto-Rico y no querian esponer sus relaciones á las contingencias de una ruptura, por dar hospitalidad en su suelo á los fugitivos carlistas. No obstante las eficaces recomendaciones que éstos llevaban para algunos isleños principales y acaso mas que todo la consideracion de que pertenecian á un partido que en la península balanceaba con las armas el éxito de la guerra dinástica, hubieron de tener gran fuerza en el pensamiento de los gefes de la isla, pues al cabo permitieron á Urbiztondo y á los que le acompañaban pasar á bordo de un buque inglés. Zarparon de las aguas de Santo Tomás el dia 6 de junio y llegaron el 7 de julio á Pormulk, sin avería ni ocurrencia alguna desagradable y desde aquí se trasladó Urbiztondo aceleradamente á Lóndres.

Sin volver los ojos á los peligros que habia corrido, Urbiztondo se puso de nuevo en marcha para las provincias Vascongadas tomando la ruta de Francia, y no obstante la órden prohibitiva del ministerio Thiers espresa y nominal, llegó sin entorpecimiento alguno á la frontera de España, entrando en la villa de Urdax en la noche del 2 de agosto de 1836. Tres dias despues, el 5 del precitado mes y año se reunió Urbiztondo á don Cárlos en la villa de Azpeitia despues de haber probado en tantos contratiempos su constancia y resolucion.

Recibióle D. Cárlos afablemente y con toda la consideracion debida á un hombre que habia mostrado una voluntad firme y decidida en su servicio, promoviéndole al grado de brigadier el 10 de agosto de 1836. Al poco tiempo, el 6 de setiembre, se le confirió el cargo de gefe de E. M. G. y asistió con este carácter al sitio de Bilbao. Mandaba entonces Villareal las tropas del pretendiente co-

mo general en gefe, y estrechaba cada dia mas el asedio, pero la obstinada defensa de aquella plaza, y las hábiles operaciones del general Espartero inutilizaron los esfuerzos de los carlistas, obligándoles á levantar el cerco, con mengua de su reputacion y con notable detrimento de su causa. Con efecto, en las vicisitudes de la guerra ningun revés tiene una influencia tan perniciosa como el que viene á cortar una larga série de victorias, porque se creen encadenados todos los acontecimientos á la prudencia humana y se olvida la instabilidad de la suerte. Bien fuese por esta razon general, bien porque Villareal no hubiera seguido con vigor y concierto las operaciones del sitio, lo cierto es que se le separó de su mando cesando al propio tiempo en el cargo de gefe de E. M. el brigadier Urbiztondo. Acaeció este suceso el 25 de diciembre y el 30 fué comisionado Urbiztondo para reorganizar la division espedicionaria de Gomez quien despues de haber penetrado atrevidamente en las provincias del interior y descrito una vasta circunferencia habia vuelto al territorio vasco con sus huestes rotas y en deplorable estado. En pocos meses llevó á cabo Urbiztondo la laboriosa empresa que se le habia confiado: formó nuevos batallones, les dotó de una disciplina severa y supo armonizar tan bien los elementos de órden y de marcialidad, que todos aquellos cuerpos dieron en diferentes ocasiones, pruebas claras de decision y bizarría. Uno de estos, un batallon de granaderos, se apoderó con singular arrojo, en la batalla de Oriamendi de un reducto obstinadamente defendido por las tropas cristinas perdiendo aquel 131 individuos; otro, el 2.° batallon de Castilla, se batió denodadamente en el puente de Zornoza el 21 de marzo de 1837 y Urbiztondo que le mandaba obtuvo por esta accion la cruz de tercera clase de San Fernando; el 4.° batallon de Castilla reorganizado tambien por Urbiztondo lidió con noble esfuerzo en el paso del rio Cinca, mereciendo el que ondease sobre su bandera la corbata de San Fernando, y los demas batallones se distinguieron en distintos encuentros.

Permaneció Urbiztondo al frente de la division castellana hasta que recibió órden de reunirse en las márgenes del Arga á las columnas espedicionarias.

Aunque el territorio vasco-navarro era el foco principal de la guerra y el centro donde ejercía su accion mas enérgica y vigorosa, estendíase sin embargo en rádios desiguales por las provincias de Aragon y Cataluña. Esta circunstancia, el deseo de dar un golpe decisivo, la necesidad de crear nuevos recursos, ó tal vez la existencia de oscuras combinaciones y misteriosos pactos, hicieron concebir á don Cárlos y su córte el proyecto de una grande espedicion. Aprestóse para ella un ejército respetable á cuya cabeza se puso el mismo pretendiente. Acompañábale Urbiztondo en clase de segundo gefe del E. M. G. Las tropas carlistas salvaron la valla natural del Ebro, penetraron en el Aragon, recorriéronle rápidamente y fueron á caer sobre el suelo fabril de Cataluña. Hallábase D. Cárlos en Vinaxa cuando mandó venir á su presencia á Urbiztondo, y le dijo en tono familiar. «Antonio, me veo en la necesidad de »dejarte en este principado, por faltar á »su ejército una cabeza que le organice »y para que metas en cintura á unos ge»fes que obran en sus respectivos dis»tritos como unos reyecitos. Estas y »otras consideraciones, añadió, me han »obligado á acceder á las repetidas ges»tiones de los sugetos de mas prestigio »y como prueba de mi estimacion serás »declarado mariscal de campo desde este »momento.»

No se deslumbró Urbiztondo con el brillante oropel de su nuevo cargo; conoció que estaba rodeado de espinas y dificultades y que la prudencia no bastaria acaso para separar unas y vencer otras. La ambicion que es el resorte mas poderoso de la voluntad, y la que mas eleva y engrandece los afectos humanos, solo cuando es ciega, se irrita con los obstáculos y apoyándose en el pasado desafia el porvenir. Habia dado Urbiztondo pruebas de decision y firmeza de carácter y no escaseaba tampoco las demas dotes militares, empero no tenia el ascendiente poderoso del genio que humilla y sojuzga las mas enconadas pasiones, ni bastantes títulos para grangearse de los que iban á ser sus gefes subalternos, hasta entonces independientes y rivales, ese respeto individual que es el apoyo mas sólido de una autoridad cualquiera y que solo puede hallar en la fuerza una sustitucion débil y precaria. Estaba hondamente arraigada esa rivalidad entre todos los que acaudillaban las partidas carlistas del Principado; muchos habian levantado la bandera de

D. Cárlos por interés, por sistema, por temor y por la fuerza casi invencible de la ocasion, que tantas veces pone al hombre en abierta contradiccion con su historia. Como no existia entre ellos un principio único y absoluto, identificado con su conviccion, no habia tampoco armonía en sus operaciones y sus tropas compuestas de gentes advenedizas se abandonaban á todos los escesos, desnaturalizando la misma causa que proclamaban y autorizando con los fueros de la política muchos desacatos sociales. Para regir y enlazar los movimientos y operaciones de estas diferentes partidas no habia mas que una junta directiva, depositaria es verdad de los principios pero cuyos mandatos como desprovistos de la coaccion física, se interpretaban mal y se obedecian peor. Y aun en la misma junta hablaban muy alto los intereses individuales y las pasiones rencorosas. Despues de este breve é imperfecto cuadro se comprenderá todo lo difícil del nuevo mando conferido á Urbiztondo: formar un ejército con las distintas partidas, sujetarle con el vínculo de la disciplina, imponer á los gefes, trazarles una línea de sus deberes, saber contenerles en ella, regularizar y humanizar la guerra, hé aquí la mision del nuevo comandante general. Tentado estuvo Urbiztondo á renunciarla en los primeros momentos, pero reflexionándolo despues y no queriendo dejar defraudada la confianza del príncipe, la aceptó. Recibió el dia 27 de junio de 1837 el nombramiento de comandante general del ejército carlista del Principado, y el despacho en que se le promovia á mariscal de campo, y acompañó á D. Cárlos con esta categoría hasta el litoral del Ebro, regresando desde Ginesta el 29 y dirijiéndose á Solsona, á donde llegó el 3 de julio.

En este punto quiso trazar un plan de operaciones, pero aumentó su perplejidad al saber que en los ramos de administracion habia el mismo desconcierto que en los puramente militares, que las promesas de la junta directiva tenian mas de gratuitas que de realizables, que escaseaban las municiones hasta el punto de no haber sino cinco cartuchos por plaza, y un repuesto de dos mil, y que todo el tren de batir le constituian tres piezas de irregulares proporciones y construidas con muy poca solidez. Pero uando el hombre ha aceptado una concion social, militar ó política debe buscar todos los medios para sostenerse en ella con decoro. Urbiztondo lo comprendió así y trató de sacar todo el partido posible de las circunstancios que le rodeaban. Como debia ante todo regularizar y morigerar sus tropas, pensó que seria bueno formar algunas compañías con los heridos de las acciones de Huesca y de Barbastro que habian pertenecido al grande ejército carlista y que tenian el valor de los combates, con los hábitos de la disciplina. Estos cuerpos servirian á la vez de ejemplo á los catalanes que se fueran organizando, de rémora á los que estuviesen aun desmoralizados y de elemento de órden en todo caso al general. Llevó Urbiztondo á cabo este pensamiento con la mayor celeridad y entonces colocando á las tropas catalanas en observacion del enemigo, marchó él mismo sobre Berga llegando frente á los muros de esta villa el 6 de julio. Invirtió los siguientes dias 7, 8, 9 y 10 en practicar varios reconocimientos y preparar los útiles de batir y el 11 empezaron ya á vomitar fuego las baterías. Contestó la plaza con otro nutrido bien sostenido y tan certero que á las pocas horas estaban fuera de combate el comandante carlista de artillería y otro gefe que le habia sustituido con varios individuos de tropa. Eslabonábanse los azares por momentos. La única pieza de grueso calibre con que contaba Urbiztondo quedó inutilizada por haberse roto la cureña al segundo disparo y cuando el general corria a reanimar á los artilleros, rebentaron los otros dos cañones.

Ya no habia medios hábiles de continuar el asedio: era preciso pues, ó renunciar á la posesion de Berga ó decidirse por el asalto. Urbiztondo le dispuso pero cuando sus tropas marchaban á escalar la muralla, se le presentó una comision de los sitiados, ofreciendo abrir las puertas de la plaza bajo ciertas condiciones. No eran estas inadmisibles y Urbiztondo las aceptó, despues de modificar algunas. En su consecuencia entraron las tropas carlistas en Berga á las tres de la tarde del dia 12 de julio de 1837: 380 prisioneros, 21 caballos, dos piezas de artilleria, un considerable número de fusiles y municiones fueron el fruto de esta conquista, ademas de la posesion de la villa de Berga muy considerada por su imponente topografía y por el buen estado de sus fortificaciones. Berga era además la llave

Digitized by Google

del Principado por aquella parte.

En la guerra mas que en ningun otro estado la perfidia es aliada ordinaria de la debilidad, suele violarse la fé de los tratados sin otro derecho que el que confiere el poder del momento. Este indigno abuso es muy funesto para el mismo que le emplea, lo mismo en las guerras estranjeras que en las civiles, porque la iniquidad subleva los ánimos y la violencia destemplada los exaspera y el cálculo humano nunca puede apreciar bien todas las fuerzas de la desesperacion. Hasta aquí la guerra de Cataluña como que no estaba dominada por un pensamiento único, no se habia atemperado á los principios mas óbvios del derecho de gentes y mas, segun hemos dicho, se acercaba al brigandage que á un sistema metódico y regular. Urbiztondo se propuso seguir una línea de conducta diametralmente opuesta, y así es que no solo cumplió religiosamente todas las cláusulas de la capitulacion de Berga sino que en la misma noche del 12 convidó á su mesa á los oficiales de la guarnicion, y les agasajó altamente colmándoles de obsequios y delicados elogios. Restablecida completamente la calma, los habitantes de Berga se entregaron á sus ordinarias faenas y el melancólico silencio de la noche solo se vió turbado por el ruido de las alegres tocatas y bulliciosas danzas.

Este rasgo de fina política preparó una reaccion en los sentimientos, en las ideas y hasta en las preocupaciones de los catalanes. Varias plazas, escalonadas en el cuerpo de la alta montaña se entregaron por estos dias á los carlistas. Gironella capituló á las primeras intimaciones el dia 13. Su guarnicion que constaba de 200 hombres de línea y de algunos nacionales quedó prisionera de guerra. Prats de Llausanes asediado el dia 15 abrió sus puertas el 18. Ripoll, atacado por las tropas carlistas á cuya cabeza se hallaba Urbiztondo el dia 20, se rindió por capitulacion el 27, y entonces el caudillo carlista marchó contra San Juan de las Abadesas.

En medio de esta série de rápidas conquistas se levantaba un elemento pernicioso para la causa carlista. La indisciplina de los cuerpos catalanes que se revelaba en los trances mas difíciles y en las ocasiones mas complicadas, podia entorpecer las operaciones del general ó inutilizar sus esfuerzos. Durante el sitio de Berga la brigada Castell que le formaba, dió pruebas tan claras de falta de valor y sumision á sus gefes, que Urbiztondo creyó llegado el caso de adoptar severas determinaciones. Estaba decidido á hacer un castigo ejemplar, pero cediendo á las súplicas de personas muy consideradas se limitó á disolver las compañías de preferencia de los batallones que constituian la precitada brigada, prohibiendo á sus individuos el uso del bigote, no permitiendo que entrasen en la plaza, suspendiendo á los oficiales del ejercicio de sus respectivos empleos, y relegándoles al depósito de prisioneros, hasta que solicitaran asaltar una de las plazas que se atacasen. Con estas medidas convaleció un tanto la disciplina pero no fueron bastante eficaces para destruir todos los gérmenes del mal. Convencióse de ello Urbiztondo en la ocasion que vamos á referir.

Luego que el baron de Meer tuvo noticia del sitio de San Juan de las Abadesas corrió desde Olot á socorrer la combatida plaza. Previendo Urbiztondo este caso habia colocado una recia columna en las respectables posiciones de Capsa-Costa. El baron sin embargo se adelantó con denuedo hasta el sitio que ocupaban las fuerzas carlistas, penetró en él venciendo la resistencia que estas le opusieron, débil por lo cual concertada y bien pronto se puso á la vista de San Juan. Vióse entonces precisado Urbiztondo á levantar el cerco, devorando el hondo despecho que le habia producido este suceso, porque ningun mal se siente tanto como el que vence todas las probabilidades del bien. No tardó en indagar que la mala defensa de Capsa-Costa era el resultado de la rivalidad que existia entre los gefes catalanes tan mezquina y estraña á la razon que les cegaba hasta el punto de no ver en la derrota de los unos, sino el triunfo de los pasiones de los otros. Justamente indignado Urbiztondo de que sentimientos tan bastardos hubieran precipitado á los gefes catalanes en una defeccion, suspendió del mando al brigadier Sobrevias que ejercia las funciones de segundo cabo en la dominacion carlista del Principado, mandó formarle causa, le señaló el punto de Solsona para su residencia y nombró en su lugar al brigadier Zorrilla.

A medida que iba pasando el tiempo veia Urbiztondo quebrarse alguna esperanza ó perderse una ilusion mas entre

el choque de los acontecimientos. Cada dia nuevos conflictos venian á formar un guarismo mas en la suma de sus tribulaciones. No solo se hallaba imposibilitado de continuar sus planes de conquista por la absoluta falta de artillería, sino tambien por la falta de actividad, ó mala inteligencia de la junta directiva que nunca habia armonizado completamente con el general y que ya se desviaba mas y mas de las intenciones y compromisos de este. Abandonado Urbiztondo á sus propias fuerzas, sin elementos para continuar la campaña y despues de haber dejado bien puesto el honor de sus armas en la accion de Ridáura volvió todos sus cuidados á la organizacion del ejército. Aunque el arma de caballería no era absolutamente necesaria en la guerra de montaña ni podia maniobrar con éxito en la áspera geografía de aquel pais, no obstante Urbiztondo, bien porque se propusiese hacer algunas escursiones en el llano, bien como es mas verosimil, porque profesara la máxima militar de que en una guerra larga la caballería es el apoyo mas fuerte contra la instabilidad de la fortuna, lo cierto es que quiso formar algunos nuevos cuerpos, mejorando, disciplinando é instruyendo á los que ya tenia. Confió este cargo al brigadier D. Pascual Real, sugeto laborioso y entendido que perteneciendo al ejército espedicionario habia quedado herido y se hallaba á la sazon convaleciente. No olvidó tampoco Urbiztondo la para él privilegiada arma de infantería. Dominábale de tiempo atrás la idea de mejorar el estado de los batallones. Ya habia formado uno con las reliquias del grande ejército espedicionario, que servia de núcleo y modelo para la formacion de los otros; pues ahora se propuso dilatar esta base, agregándola un nuevo batallon compuesto de gentes escogidas y diestras ya en el terrible juego de los combates. Mandó reunir de intento, formando un solo cuerpo, á los desertores del campo de la reina, á los que habiendo caido prisioneros quisieran abrazar la causa carlista, y á los jóvenes de mejor conducta que sirviesen ya bajo la bandera de D. Cárlos. Dotó este batallon con los oficiales carlistas procedentes de las acciones de Huesca y Barbastro, restablecidos apenas de sus heridas. Ambos cuerpos constituyeron una brigada que Urbiztondo puso bajo las inmediatas órdenes del coronel Tugores.

Los polos de nuestras pasiones se tocan con frecuencia y la emulacion que es uno de nuestros mas nobles afectos, dejenera en la envidia procurando dar entonces á los mas fútiles pretestos el valor de verdaderas causas, y queriendo sujetar todas las circunstancias buenas ó malas al logro de sus fines. Parecia que hasta aquí las medidas adoptadas por el general Urbiztondo tenian todas una tendencia benéfica: la de organizar su ejército, fiando cada vez menos la victoria á la veleidosa fortuna, y regularizar la guerra, dándola un caráter mas fijo, mas humano y conciliador, pero de repente se alzó contra él, cebándose en su reputacion una nube de émulos, rivales, y enemigos personales, los gefes catalanes agraviados ó mal avenidos con el freno de la disciplina, algunos justamente indignados quizá del génio altivo é imperioso del general, y muchos miembros de la junta directiva. Unos y otros de comun concierto llevaron sus quejas, cubriéndolas, como de ordinario sucede, con el velo del mejor servicio, hasta el mismo don Cárlos y este príncipe que tenia el defecto de las almas débiles, de creer sin analizar, dió fácil asenso á cuanto le dijeron en contra de Urbiztondo. Apenas conoció este general las clandestinas maquinaciones de sus enemigos y los puntos sobre que giraba su acusacion, dirigió una esposicion al ministro de la Guerra, escrita en un estilo enérjico y brioso, vindicándose de esa manera indirecta que permite el orgullo herido, y presentando los hechos en su severa realidad. En este documento Urbiztondo trazaba con mano esperta y vigorosa el panorama de la guerra carlista en Cataluña, enumerando sus elementos de vida y accion, bosquejando la conducta de los gefes catalanes y la suya propia.

Y aunque al calificar los procederes de aquellos y el estado de sus respectivas tropas, acaso no faltaba á la severa verdad puede asegurarse desde luego que traspasaba la medida de la templanza. Dominado por la irascibilidad de su carácter no miraba el porvenir, reconcentrando sus sentimientos y sus ideas en el pasado. Hombre de una fibra delicada no conocia bien el valor de las circunstancias y como tenia la conciencia de su superioridad, de sus hechos, de su educacion militar, ajaba sin miramiento la reputacion de sus subalternos, olvidando que aun el hombre que

Digitized by Google

arrastrado por la pendiente del crímen llega al último grado de perversidad posible, desearia presentarse puro, ante la sociedad, que le sostiene y rodea, y que le castiga con su silencio. Puede pues juzgarse del tono acre y virulento que empleaba URBIZTONDO, en la precitada esposicion, por el que se observa en las siguientes líneas.

«....Con tan poca fuerza ha vencido y »con ella si se me permite enseñaré á »vencer á hombres (los carlistas catala-»nes) que hasta ahora no conocen otro »arte de la guerra que la rapiña y ban-»dalismo, ni otros gefes que aquellos »que mas se han distinguido por accio-»nes indignas de los defensores de un »rey católico y de una causa justa, ni »mas derechos que obrar desenfrenada-»mente atropellando las leyes y los fue-»ros, ni mas subordinacion que su pro-»pia y libre voluntad cuando no están »satisfechas sus pasiones.»

Sincerábase al propio tiempo URBIZTONDO, de la intencion que gratuitamente se le habia atribuido, de querer debilitar el ejército carlista del norte, en beneficio del suyo, prefiriendo su gloria personal, á la prosperidad de su causa y aun á la seguridad de su príncipe. Las razones que alegaba en esta parte llevaban envuelta la conviccion. «Así que »Excmo. Señor, decia, aun juzgado yo »como militar ambicioso de gloria, na-»die que haga justicia á la rectitud de »mis principios ni á mi corta capacidad »llegará jamás á imaginarse que yo soy »capaz de dejar espuesta la augusta per-»sona de mi rey á peligros eminentísimos »á trueque de conseguir laureles en los »campos de Cataluña, siendo así que na-»die dudar puede que el golpe dado á la »cabeza ha de dejar inermes las otras par-»tes que componen el cuerpo.»

En otra esposicion elevada á D. Cárlos con fecha 15 de agosto, URBIZTONDO retocaba dándoles mas subidos colores, los contornos del cuadro, trazado en la primera, en la parte que se referia á los gefes catalanes, deploraba la falta de los elementos mas necesarios para la campaña y defendia enérjicamente su sistema de guerra, y su conducta delante de las plazas de Ripoll y Berga.

Pero desencadenada ya la animosidad de una y otra parte no podia esperarse tregua ni concordia. La junta directiva siempre adversa al general no solo no le proporcionaba recursos sino que le suscitaba embarazos y dificultades, buscando motivos y estudiando medios para colocar á este en una posicion falsa y difícil. Al fin creyó encontrar uno en el carácter altivo del general. Enlazó pues las circunstancias, con un suceso de bien escasa importancia pero que podia servir de pretesto escelente. Habia dispuesto URBIZTONDO que uno de los batallones recientemente creados, se acuartelase en el convento de San Francisco de Berga, respetando la parte del edificio que ocupaban los religiosos. Este acto no envolvia ultraje alguno á los mas cristianos sentimientos y era de grande y beneficiosa consecuencia para el servicio, porque aquel cuerpo podia recibir así una buena educacion militar, y servir con los otros dos de base á la reorganizacion del ejército carlista, llenando así los planes del general. Pero cuando estos se iban desvaneciendo como las ilusiones al rudo golpe de la realidad, cuando el coronel D. Hilario Alonso Cuevillas comisionado por Don Cárlos, se llevaba á las provincias todos los gefes, oficiales y soldados pertenecientes al ejército espedicionario, se presentó á URBIZTONDO el obispo de Mondoñedo que tenia el carácter de delegado castrense en el Principado, amonestándole severamente por haber convertido el convento en cuartel, calificando este acto de profanacion, y exijiendo que inmediatamente abandonase el edificio la tropa que le ocupaba. Contestóle al principio URBIZTONDO con mesura y comedimiento, haciéndole presente lo perjudicial é intempestivo de semejante pretension pero el prelado que estaba decidido á provocar una escision, insistió con mas fuerza en su demanda y entonces el general arrebatado por la ira esclamó: «que él no entendia la religion »de otro modo que empleando en la cau-»sa de su rey todos los medios posibles »y que si careciendo de plomo para ba-»tir á sus contrarios no tuviese autoriza-»cion para tomar cuanto encontrase en »los templos del Señor, no solamente lo »tomaria contra la opinion del Papa, si-»no hasta sus propias chinelas con tal »que fuesen del mismo metal.»

Esta imprudencia de URBIZTONDO suministró á sus enemigos una arma nueva y poderosa. D. Cárlos á quien se refirió la escena ocurrida entre el obispo y el general se indignó altamente por las palabras que habia este proferido; los consejeros del príncipe, mal avenidos con el sistema planteado por URBIZTONDO, dieron á este

suceso voz y valimiento de grave desacato, convirtiendo un hecho fuera del dominio de la razon, en síntoma inequívoco de todo un plan de conducta. Desaprobóse la del general por la córte carlista repetidas veces y bajo sus dos principales fases, militar y política, y apenas la junta directiva del Principado, tuvo noticia de la diverjencia entre Urbiztondo y el ministerio, procuró por su parte dar el último golpe á la reputacion de aquel. Negósele todos los recursos, todas las provisiones de guerra y boca, hasta el punto de pasar dos y tres dias sus soldados sin alimento alguno, obteniendo cuando mas media racion por plaza y viéndose obligados á caminar descalzos por un terreno agrio é ingrato. Los gefes y comandantes de los diferentes cuerpos rebeldes á toda idea de disciplina y que odiaban al general por querer establecerla, tomaron de aquí ocasion para acosarle con reclamaciones, y no concurrir oportunamente con sus fuerzas respectivas á las operaciones de la campaña.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse en la posicion creada por el artificio de sus enemigos, y en cada paso que daba tropezaba con nuevos lazos, con otra red mas cuyos hilos se multiplicaban é iban á parar á diferentes estremos. Convencido, pues, que en aquella lucha desigual de nebulosas maquinaciones, él debia sacar la peor parte, se dirigió á D. Cárlos describiéndole su situacion, el encono de sus adversarios, la conducta de estos que él calificaba de profundamente inmoral y por último la dificultad de obrar con tan contrarios elementos, suplicándole se dignase admitir la dimision de su cargo; pero se apagaron los ecos de su voz entre las murmuraciones de los cortesanos que rodeaban á D. Cárlos y este príncipe no contestó á ninguno de los estremos que abrazaba la esposicion del comandante general de Cataluña.

Afectó mucho á Urbiztondo este desaire y comprendiendo toda la ira y poder de sus antagonistas, trató de contemporizar y de escitar la cooperacion de la junta á fin de que le proporcionase los medios mas indispensables, y no le dejára en una evidencia deplorable casi á la vista del enemigo; pero las corporaciones son mucho mas implacables que los individuos cuando se trata de rescatar ó vengar su poder, y la junta directiva que tenia muy presente la altiva conducta del general, le contestó negándose rebozadamente á satisfacer ninguna de las exigencias de este, y escudándose como pudo con las circunstancias. Entonces Urbiztondo hizo á aquella autoridad cuantas observaciones se le ocurrieron y las que se desprendian naturalmente de la marcha misma de los sucesos, y terminó manifestando su resolucion de resignar el mando en el gefe inmediato y retirarse al vecino reino de Francia. La junta permaneció impasible; respondió evadiéndose de todo compromiso y aun tuvo la destreza de hacerle recaer sobre el general, diciéndole que ilustrase á la corporacion con sus conocimientos sobre el ramo administrativo, pues estaba pronta á poner en juego los medios que para la subsistencia del ejército carlista, reputase él como los mas idóneos y eficaces. No tardó en conocer Urbiztondo que esta contestacion era una verdadera carta de Tiberio, pues se daban elogios á su celo y conducta y se deferia mucho á su ingenio para hacer resaltar mas y mas su impotencia, y convencido de que era imposible llegar á una reconciliacion sincera, reiteró su dimision robusteciendo las razones en que se apoyaba. En el entretanto la falta de víveres se hacia por momentos mas sensible y producia graves perjuicios desmoralizando la causa carlista, los comandantes de batallon á quienes se habia encomendado la manutencion de sus respectivos cuerpos, cometian para lograrla mil vejamenes y estorsiones y los infelices pueblos presa de su avaricia maldecian una guerra que les arrancaba sin piedad hasta sus últimos elementos de vida. De modo que la reaccion operada por la conducta mesurada y prudente de Urbiztondo habia venido á tierra, y aun los antiguos afectos políticos se convertian en ódios, porque la propiedad es el vínculo mas fuerte que liga al hombre á una sociedad cualquiera y al que se enlazan todas las cuestiones políticas.

Luego que tuvo noticia Urbiztondo de los desacatos cometidos por sus subalternos se apresuró á ponerles un coto y al efecto organizó una comision de los gefes mas probos y entendidos para que sin herir tantas subceptibilidades ni lastimar tantos intereses, adquiriesen las subsistencias necesarias para el ejército. Quedaron por consiguiente exentos de este cargo espinoso los comandantes de batallon y la junta directiva, mas es-

Digitized by Google

la corporacion no toleró un acto que reputó como una usurpacion de sus atribuciones; desaprobó esplicitamente el proceder del general y reclamó sus vulnerados derechos fundándose en que pues ella era la autoridad suprema, ninguna otra podia mezclarse ni intervenir en administrar el pais. El intendente carlista del Principado secundó eficazmente las miras de la junta directiva y nombró un ministro de hacienda militar para que por sí y sus ajentes administrase el distrito de Lérida. Entonces Urbiztondo viendo que la junta creada por él, no tenia ya objeto, la suprimió.

Este golpe dado á su autoridad; este tiro nuevo y directo lanzado de frente contra su sistema privilegiado debieron herir en lo mas vivo al general Urbiztondo quien sin embargo encerrándose en los difíciles límites de la prudencia, devoró en silencio sus pesares y solo insistió en que D. Cárlos aceptara la dimision presentada. Al efecto y para que hiciesen presente al príncipe la imposibilidad de que dos autoridades rivales y celosas obrasen en una misma esfera, sin chocar frecuentemente, el grave daño que producirian á su causa estos conflictos y divergencias y por último la firme resolucion del general de abandonar un mando con el que su reputacion iba á quedar menguada, mandó á la córte del pretendiente dos oficiales de su confianza encargados de esponer y apoyar estos sentimientos. Partieron los referidos oficiales el dia 31 de octubre y en los siguientes Urbiztondo, á fin de que no se le acusase de inactivo, verificó varios movimientos y emprendió algunos ataques. Combatió en efecto las fortificaciones de Capellades y Pont de Armentera y se apoderó de las de Piera, Prades y Rivas. Mas habiendo repetido el ataque al Pont de Armentera, supo que se acercaba en socorro de la plaza que se habia defendido valerosamente y rechazado un asalto de los carlistas, el baron de Meer al frente de una division respetable y entonces Urbiztondo no creyendo oportuno medir sus fuerzas con las superiores del baron, se retiró á pernoctar en unos pajares inmediatos. Aquí esperimentó el general carlista una sorpresa, menos sensible por la pérdida que tuvieron sus tropas que por una de esas circunstancias fortuitas que dominan tantas veces la inteligencia del hombre destruyendo sus mejores cálculos y aniquilando sus planes, y que parecen ser el sello de la superioridad de la providencia. Al retirarse Urbiztondo á Santa Perpétua lo hizo con tanta precipitacion que su secretario dejó olvidadas las carteras de la correspondencia, en las que habia documentos importantes, y entre ellos los borradores de las diferentes esposiciones que Urbiztondo habia dirijido á D. Cárlos sobre la guerra de Cataluña. Al poco tiempo el baron de Meer era ya dueño de estos interesantes papeles. Apenas tuvo noticia Urbiztondo de este suceso que podia ser fecundo en consecuencias muy funestas, se apresuró á dirigirse al baron pidiéndole con un carácter puramente personal, la devolucion de los precitados papeles, pero el baron subordinó todas las demás consideraciones á la política, y aunque devolvió algunos de escaso interés se reservó aquellos que comprometian mas la posicion de su adversario. Conociendo Urbiztondo que si el baron como era verosímil, publicaba las mencionadas esposiciones, los miembros de la junta y todos cuantos se adherian á la opinion y sentimientos de esta, tomarian de aquí ocasion para descargar sobre él su venganza, trató de prevenirles reteniendo cerca de sí alguna prenda de mucha estima. Al intento y valiéndose de diestros y bien urdidos pretestos, logró atraer á su lado al presidente de la junta, mas fué inútil esta precaucion, pues hallándose Urbiztondo en Rialp el 2 de enero de 1838, despues de haber batido el dia antes en aquel punto á la columna Vidart, se le presentaron los ayudantes de E. M. D. Luis Rivas y D. Fernando Zapino y le hicieron presente que la junta directiva reunida en sesion estraordinaria, á consecuencia de haber publicado el baron de Meer sus comunicaciones en los periódicos de Barcelona, habia decidido obligarle á dimitir su mando ante aquella corporacion, por medio del secretario D. Fernando Segarra, quien iba comisionado al efecto y llevaba ademas instrucciones, para que en el caso de que el general resistiese, distribuyera ejemplares de las indicadas esposiciones, entre los comandantes de los cuerpos, convenciéndoles por este solo hecho, que no podian obedecer á un gefe que tanto habia vulnerado su reputacion.

Tentado estuvo Urbiztondo luego que recibió este mensaje, á seguir los primeros movimientos de su ira, y adoptar una medida violenta. Sin duda su amor

Digitized by Google

propio ofendido y su posicion política y militar, le aconsejaban que cortase aquella larga cadena de intrigas y persecuciones, quebrantando las manos que la sostenian; acaso podia con golpe rapido y enérjico atemorizar á los individuos de la junta, mas retrájole de este pensamiento la consideracion de que su conducta no seria nunca aprobada por Don Cárlos, y prefirió pasar al punto donde se hallaba este príncipe, para esponerle sus razones, su comportamiento y sus planes, abogar por una causa, y concertar los medios de vigorizar y regularizar la inmediata campaña, sofocando y estinguiendo los gérmenes de discordia. Para poner en ejecucion esta idea, se aprovechó de la circunstancia de estar encerrada en Sort la columna Vidart, y dejando al brigadier Val las instrucciones necesarias para el caso de un segundo combate, se puso en marcha el dia 2 de enero, saliendo de Llaburi á las 8 de la mañana, y haciendo correr préviamente la voz de que iba á Tirbia á verificar el cange de la familia del gobernador de este punto, con una hermana del presidente de la junta. Con efecto pasó por Tirbia y Noroi y hallándose en Urdino supo que la columna Vidart habia sido batida otra vez, y obligada á retirarse dejando á su gefe en el campo de la accion. Aceleró entonces su viaje dando noticia de él á la junta y á los comandantes generales de division, y llegó en poco tiempo al límite del territorio catalán. Al atravesar la frontera en la mañana del dia 4, halló al coronel D. Leandro Eguia que regresaba del cuartel de D. Carlos y traia una órden de este príncipe para que Urbiztondo continuara en el desempeño de su mando. Sin embargo continuó su espedicion y entró en Navarra el dia 10 por la borda de D. Pedro.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse; apenas pisó de nuevo el territorio español participó á D. Cárlos su próxima llegada al cuartel general y esperó impaciente la resolucion del príncipe. Al siguiente dia hallándose Urbiztondo en Tolosa recibió órden de su soberano mandándole detenerse en el punto donde á la sazon se hallára. Urbiztondo acatando esta disposicion permaneció en Tolosa, cuya ciudad le fué declarada de cuartel el dia 27 de octubre. En vano desde aquí elevó á D. Cárlos repetidas instancias y súplicas pidiendo que se sometiera su conducta al fallo de un tribunal, pero nadie hizo caso ni esforzó su solicitud y este hombre que acaso no tenia otro delito que el de haber luchado con poco tino con circunstancias muy complicadas se vió á merced de sus émulos por no haber desplegado en los momentos críticos bastante constancia y firmeza de carácter. En la vida pública del hombre pueden justificarse todos sus sentimientos menos la inconsecuencia y la debilidad.

Mientras estuvo Urbiztondo en Tolosa, no le economizaron sus adversarios sinsabores y desquites. No solo influyeron para que D. Cárlos les despojase del carácter de comandante general, sino que hasta le hicieron sufrir muchas privaciones, persiguiéndole de diferentes maneras é hiriéndole en todos sus afectos con esa constancia rara, propia únicamente del enemigo que antes de esperarlo, ha logrado el triunfo de sus maquinaciones.

A los resentimientos personales se agregaba el ódio de partidos. Habíase de tiempo atrás dividídose el campo de D. Cárlos en dos parcialidades conocidas por su mayor ó menor apego á las tradiciones ó á la reforma de la época. El carácter débil del príncipe habia dejado nacer y medrar á su vista estas rivalidades con mengua y peligro de su causa porque si es ley de los partidos la de dividirse en la victoria, su desunion durante el combate es síntoma claro de su ruina. El ministro Arias Tejeiro era la cabeza de la fraccion ultrarealista, y al general Maroto se le reputaba como uno de los principales corifeos de la fraccion moderada. Pertenecia á este Urbiztondo así como sus compañeros de armas é infortunio, Villareal y La Torre, y esperaba con viva impaciencia un cambio político que le devolviera su posicion y su fortuna. No tardó este en ocurrir. Maroto fué promovido al mando en gefe del ejército carlista y creyendo que serian un obstáculo perenne á sus ulteriores planes, algunos hombres de ideas mas ó menos sanas en política pero de una lealtad y adhesion á D. Cárlos nunca desmentidas, les hizo fusilar arbitrariamente en Estella. Este tremendo golpe hizo volver al príncipe los ojos en su derredor y no vió mas que peligros y dificultades y aunque habia ya perdido la ventaja irreparable de la oportunidad trató sin embargo de aunar todos sus elementos á fin de reprimir la insolencia del general en gefe. Llamó con

Digitized by Google

este motivo á muchos de los gefes desgraciados y uno de ellos fué URBIZTONDO, a quien se mandó dirijirse ganando horas á la residencia de D. Carlos. Llegó á este punto el 21 de febrero de 1839 y el 22 le comisionó el príncipe para salir al encuentro de Maroto que desde Estella se adelantaba osadamente al frente de su ejército hácia Villafranca donde se hallaba el cuartel del pretendiente. Desde este punto se hace ya mas sensible al historiador la série de combinaciones que acabaron por hundir en el polvo las brillantes esperanzas de D. Cárlos. Si se concede alguna lógica en las acciones y en los sentimientos del hombre, puede suponerse que desde un principio tomó URBIZTONDO uno de los hilos de esta trama. Partió pues de Villafranca, se avistó con el general en gefe, pidióle esplicaciones y entre ambos hicieron caso de necesidad la proscripcion de los aulicos de D. Cárlos. Regresó muy luego URBIZTONDO para manifestar á este príncipe cuales eran las exijencias y deseos del general, resistió al principio D. Cárlos con entereza, y fuele necesario á URBIZTONDO esforzar las razones que reclamaban semejante medida, insistiendo en que la voluntad del general en gefe seria inquebrantable, porque se apoyaba en el sentir del ejército, y del pueblo. Cedió D. Cárlos por fin, pero exijió de URBIZTONDO que condujera bajo su estrecha responsabilidad á las personas espatriadas al territorio frances. Verificóle en efecto saliendo el dia 4 de marzo de Villafranca y volviendo el 6 á Tolosa donde se habia trasladado el cuartel de D. Cárlos, despues de llenar su cometido.

El 12 del precitado mes se nombró á URBIZTONDO comandante general de la division castellana, cuya cargo desempeñó hasta la celebracion del convenio de Vergara.

Parte muy principal é importante tuvo URBIZTONDO en este celebre suceso y en los actos que le precedieron y prepararon. Identificado en sentimientos con Maroto, convencido como el de la imposibilidad de sostener por mas tiempo la guerra con verosimilitud de un resultado propicio, debió influir eficazmente en el advenimiento de la paz, y todo esto suponiendo que tuviera esa abnegacion profunda que es bien rara en tiempos de revueltas y encerrara en el fondo de una conciencia generosa pasados resentimientos. De cualquier modo pues, URBIZTONDO secundó eficazmente las miras del general en gefe desempeñando por órden de este y con reconocido tino algunas comisiones muy delicadas. Encomendósele que propusiera á los gefes guipuzcoanos la realizacion del convenio, y URBIZTONDO se manejó en esta parte con tal destreza y actividad que el 22 de marzo presentó á Maroto un poder en que aquellos le autorizaban para arreglar todos los particulares concernientes á la paz. La mision que se le sometió el 24 era mas difícil y espinosa. Debia hacer presente á D. Cárlos lo crítico de su posicion, empeñandole en aceptar una paz desventajosa como el premio de seis porfiadas campañas, como el violento colorario de seis años de risueñas esperanzas, de dolorosos esfuerzos y de sangrientos sacrificios.

Todas las consideraciones hechas á D. Cárlos por URBIZTONDO jiraron sobre dos estremos, la imposibilidad de continuar la guerra y por consiguiente la necesidad de pedir la paz. Hizo una triste pintura del estado de las provincias Vasco-navarras, del espíritu de las tropas carlistas y concluyó asegurando que el medio mas honroso y español, de obtener el resultado propuesto, era el de abrir inmediatamente negociaciones con el gobierno de Madrid, antes que el fastidio y desaliento medraran entre las filas carlistas ó que una derrota empeorase su situacion, debilitando sus derechos.

D. Cárlos á quien todavia saludaban por rey muchos miles de españoles y que tenia asegurado el centro de sus operaciones en los radios desiguales de Aragon y Cataluña donde un ejército valiente, decido y bastante bien organizado se agrupaba en derredor de su bandera, D. Carlos pues que tenia ante sus ojos todos estos elementos de triunfo, rechazó enerjicamente las proposiciones de URBIZTONDO. Retiróse entonces este profundamente abatido por la impresion que le habia causado la negativa del principe, regresando aquel mismo dia al cuartel general de Maroto. Pero esta circunstancia no detuvo las negociaciones entre los generales en gefe de ambos ejércitos beligerantes, mas como era necesario conciliar tantos y tan distintos intereses, a cada paso se presentaban nuevas dificultades. URBIZTONDO se hallaba iniciado en las pretensiones respectivas de Espartero y Maroto, y asistía á las conferencias de estos, hallandose el 27 en la que tubieron en Abadiano y con-

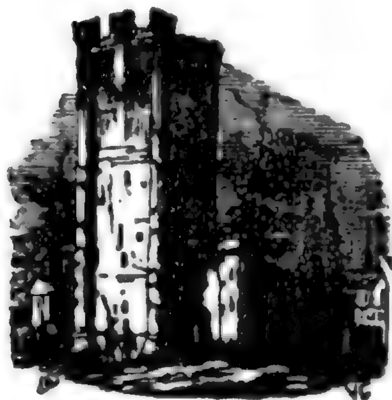
curriendo el dia 29 á Oñate con el carácter de comandante general de la division castellana para presenciar la redaccion del tratado.

Desde este dia Maroto asaltado de graves temores, se trasladó al cuartel general de Espartero y URBIZTONDO quedó al frente de su division y de una brigada guipuzcoana, teniendo que arrostrar sérios y multiplicados compromisos, viendo muy espuesto á trastornarse de pronto el edificio levantado con tanta lentitud y trabajo y combatido entonces mas que nunca por los intereses parciales rebelados los unos contra los otros, y algunas conciencias susceptibles que no querian ponerse en contradiccion con su historia ni apartarse decididamente de sus deberes y juramentos. Muy angustioso fué sin duda el estado de URBIZTONDO en aquellas circunstancias «nadie, dice el »mismo, sino el que lo pasa sabe lo que »son 36 horas de semejante situacion», pero al fin con decision y actividad pudo dominar estos obstáculos y logró entrar en los campos de Vergara en la mañana del 31 de marzo con seis batallones, tres escuadrones y dos piezas, siguiendo luego su ejemplo la brigada guipuzcoana de Iturbe y al inmediato dia la division vizcaina bajo la conducta del general Latorre.

Despues de un suceso tan célebre en los anales de la última guerra, URBIZTONDO recibió órden del general Espartero para pasar con su division á acantonarse en Tolosa. Aquí permaneció URBIZTONDO hasta que D. Cárlos con algunas tropas abandonó el territorio vasco-navarro, refugiándose en Francia. Entonces fué disuelta la division castellana y su jefe pidió el cuartel para San Sebastian. Las ocurrencias de octubre de 1841 vinieron á lanzarle de nuevo entre el tumulto y agitacion del mundo político. La junta que se formó en las provincias, apellidando el gobierno de la reina madre, le confirió el cargo de comandante general de Guipuzcoa, pero sofocado aquel movimiento URBIZTONDO emigró á la nacion limitrofe.

Cuando regresó de Francia en julio de 1843, el partido moderado elevado ya á gobierno, queriendo recompensar su anterior conducta, le nombró comandante general de Vizcaya, en 12 de setiembre del precitado año, agraciándole en 13 de enero de 1845 con la gran cruz de la órden americana de Isabel la católica y elevándole en 10 de octubre de 1846 á la categoria de teniente general.

Actualmente, al trazar las últimas líneas de esta biografía, 16 de abril de 1848, URBIZTONDO se halla desempeñando el cargo de capitan general de las provincias Vascongadas que le fué cometido por decreto de 16 de marzo del mencionado año de 1846. La última pagina de su historia permanece todavia abierta y sobre ella puede imprimir su sello la sociedad que le rodea.



Capitanía general de las provincias Vascongadas.

D. Antonio de Urbiztondo, teniente general de los ejércitos nacionales, nació en San Sebastian, provincia de Guipúzcoa el 17 *de enero de* 1805; *es hijo de D. Sebastian y de doña Juana de Eguia: entró á servir en* 19 *de mayo de* 1814.

Fechas de los despachos ó nombramientos.				Tiempo que los ha servido.		
DIAS.	MESES.	AÑOS	Empleos y grados que ha obtenido	AÑOS	MES.	DIAS.
19	Mayo.	1814	Caballero page de S. M. por real nombramiento.	5	3	4
23	Agosto	1819	Capitán de Infantería por real despacho.	2	11	18
11	Id.	1822	Teniente coronel mayor de infantería por id.	5	„	6
17	Id.	1827	Grado de coronel de infantería por id.	6	5	24
11	Febrero.	1834	Capitán de reales Guardias Españolas por real despacho de D. Carlos.	2	5	27
8	Agosto.	1836	Brigadier de infantería por id. de id.	„	10	38
26	Junio.	1837	Mariscal de campo por id. de id. .	2	2	5
31	Agosto.	1839	Id. por rehabilitacion.	7	1	9
10	Octubre.	1846	Teniente general.	„	8	20
				4	4	
			Total de servicios hasta fin de junio de 1847. . . .	33	1	11

Abonos del doble tiempo de campaña.

	Años	Meses	Días
Por haber servido en las filas realistas en la época de 1820 al 1823 segun el real decreto de 9 de agosto de 1824 y aclaracion de 17 de setiembre de 1825..	2	6	28
Total de servicios inclusos los abonos.	35	8	9

Regimientos donde ha servido, y clasificacion de sus servicios y vicisitudes con arreglo á las reales órdenes vigentes.

	AÑOS	MES.	DAS.
En la real casa de pages.	5	3	4
Continuando sus estudios de real órden desde 23 de agosto de 1819 hasta 23 de abril de 1821.	1	8	1
En el levantamiento de Salvatierra prisionero y desterrado desde 24 de abril de 1821 hasta 20 de mayo de 1822.	1		27
En Francia á las órdenes del Excmo. Sr. D. Francisco Eguia, conde del Real Aprecio desde el 21 de mayo de 1822 hasta fin de agosto del mismo.		3	10

	AÑOS	MES	DIAS.
En el ejército real, en el de operaciones y vanguardia de los franceses y en el de Estremadura desde 1.° de setiembre de 1822 hasta fin de setiembre de 1823.	1	1	
Pendiente de calificacion: en Madrid de vocal de la junta de calificacion de escudos, y con igual encargo en la comision militar ejecutiva desde 1.° de octubre de 1823 hasta 3 de abril de 1826. . . .	2	6	3
En la Inspeccion de voluntarios realistas en Madrid y comandante del 2.° batallon desde 4 de abril de 1826 hata 28 de noviembre de 1828.	2	7	25
Con licencia ilimitada desde 29 de noviembre de 1828 hasta 16 de marzo de 1829.		3	18
En el regimiento infantería de la Reina 2.° de línea desde 17 de marzo de 1829 hasta fin de marzo de 1831.	2		14
En el de infantería de Zamora 7.° de línea desde 1.° de abril de 1831 hasta fin de enero de 1833.	1	10	
En el de Navarra (antiguo 6.° ligeros) desde 1.° de febrero de 1833 hasta fin de diciembre del mismo.		11	
Separado del egército y en marcha para Mérida donde fué confinado desde 1.° de enero de 1834.			20
Emigrado en Portugal, Francia é Inglaterra desde 20 de enero de 1834.	1		12
Prisionero y confinado en Puerto Rico desde 2 de febrero de 1835.	1	4	4
Emigrado nuevamente en Inglaterra desde el 6 de junio de 1836. .		2	2
En el ejército vasco-navarro tanto de gefe de E. M. G. como de comandante general de una division y de 2.° gefe de E. M. G. con que salió D. Cárlos desde 8 de agosto de 1836.		10	18
Comandante general del ejército carlista de Cataluña desde 26 de junio de 1837.		7	18
De cuartel en la villa de Tolosa desde 14 de febrero de 1838. . .	1		7
Nuevamente destinado al ejercito y nombrado comandante general de division desde 21 de febrero de 1839.		6	20
Con real licencia en Francia y en marcha para disfrutar de ella desde 11 de setiembre de 1839.		1	8
En espectacion de cuartel y concedido para la plaza de San Sebastian desde 19 de octubre de 1841.	1	11	15
Comandante general de Guipúzcoa en el alzamiento de 1841 desde 4 de octubre.			15
Emigrado en Francia desde 19 de octubre de 1841.	1	8	29
Regresado á España: en marcha para incorporarse al general Azpiroz y en espectacion de relief desde 18 de julio de 1843. . . .			12
De cuartel en Madrid desde 30 de julio de 1843.		1	7
Comandante general de la provincia de Vizcaya desde 7 de setiembre de 1843 hasta 18 de marzo de 1846.	2	6	9
Capitan general de las provincias Vascongadas desde el 17 de marzo de 1846 hasta 30 de junio de 1847.	1	3	13
Total de servicio efectivo deducido el pasivo é inabonable. .			
Id. de aumentos legitimamente acreditados.	2	6	28
Total general de servicio.	35	8	9

Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado.

1819. En la real servidumbre de S. M. en clase de caballero page desde el año de 1814 hasta que se vió precisado por las persecuciones de los constitucionales á trasladarse á las provincias Vascongadas en el año de 1820.

1820. En las referidas provincias.

1821. En el alzamiento de Salvatierra el 24 de abril en que fué hecho prisionero y conducido á Vitoria donde se le formó consejo de guerra, escapándose del cadalso que le esperaba.

1822. Se fugó á Francia en donde constantemente estuvo á las órdenes y en la secretaria del Excmo. Sr. D. Francisco de Eguia, capitan general y primer conde del real aprecio, que residia en Bayona, desempeñando á satisfacion suya los asuntos mas interesantes y reservados. En 1.° de noviembre fué destinado al ejército real de Navarra, encontrándose diariamente en el fuego sostenido con los constitucionales. En la accion de las Alburreas el 15 de setiembre, recomendándosele muy particularmente por su distinguida conducta. En la de Baragoam el 4 de octubre, y en la de Azarta y Nazar el 27, viéndose en esta última en peligro eminentísimo.

1823. De órden del Excmo. Sr. Don Vicente de Quesada se le confirió la espuesta comision antes de la entrada de los aliados para pasar al señorio de Vizcaya á reclutar gente; lo que verificó acompañado de cuatro individuos, presentando en el cuartel general que se hallaba en San Juan de Luz doscientos cincuenta hombres que sirvieron de base para la formacion del 2.° batallon de Guipúzcoa. Continuó en el estado mayor á vanguardia de los franceses, llegando hasta la córte, de donde pasó á Estremadura, desempeñando las funciones de gefe de E. M. hasta la libertad del rey.

1824. En Madrid pendiente de clasificacion.

1825. En idem clasificado y esperando colocacion.

1826. En la inspeccion de voluntarios realistas y comandante de los del 2.° batallon de Madrid hasta fin de diciembre.

1827. En el referido destino de comandante de voluntarios realistas.

1828. En el mismo destino.

1829. Desde 17 de marzo en el regimiento infantería de la reina 2.° de línea de teniente coronel mayor.

1830. Con el mismo regimiento en el propio destino.

1831. Id. id. hasta fin de marzo.

1832. Desde el 1.° de abril con igual destino en el regimiento infantería de Zamora 7.° de línea.

1833. Id. hasta fin de enero que pasó en su clase al de voluntarios de Navarra, entonces 6.° ligero en el que permaneció hasta fin de diciembre.

1834. En marcha para Mérida donde fué confinado desde 1.° de enero hasta el 20 del mismo que se fugó á Portugal. El 8 de febrero se presentó á D. Cárlos en Villarreal de Tras-osmontes. Ajustada la capitulacion de la ciudad de Evora se le trasladó á bordo del bergantin Carolina anclado en la bahia de Lisboa el 8 de junio; y escoltado por un Brik de guerra Inglés, se hizo á la vela el dia 15 del mismo: el 9 de julio desembarcó en Posmkont: el 22 emprendió la marcha para las provincias Vascongadas pero descubierto en Paris fué encerrado en la cárcel de Sante Pelagie hasta el 15 de octubre. El 24 regresó á Lóndres: el 22 de noviembre se embarcó para Holanda en busca de 2,500 fusiles que debia conducir el ejército vasco-navarro: el 28 ancló inmediato á Roterdan, y puesto el cargamento á bordo se hizo á la vela el dia 25 de diciembre: el 28 á media noche dió el buque en el banco de arena mas considerable del canal de la Mancha llamado Lon-sen, y despues de perder barco y armamento pudo salvarse milagrosamente. El 29 arribó al puerto de Brailanzir, y el 31 se encontró tercera vez en Lóndres.

1835. El 10 de enero se embarcó nuevamente en el Tamesis, llevando á bordo veinte y seis gefes y oficiales, una gran cantidad de plomo y otros efectos; el 17 les entró un horroroso temporal en el que rindieron trinquete y braupés, el 19 arribó á Plimhoret, y reparadas las averias se dió á la vela el dia 24: el 2 de febrero fué cogido prisionero por el vapor Reina Gobernadora á la altura de Castro Urdiales: el 3 se le encerró en la cárcel de Santander y de allí se le condujo al castillo de San Anton de la Coruña.

1836. En enero se le trasladó al castillo de San Sebastian de Cádiz y en marzo se embarcó para la isla de Puerto Rico. A los 40 dias de navegacion y 45 de permanecencia en San Juan de Acre se fugó á la isla Dinamarquesa de Santo Tomás, en cuyo puerto se embarcó el dia 6 de junio. El 7 de julio llegó á Posmkont y la misma noche pasó á Lóndres: el 1.° de agosto penetró

en España por Zugarramurdi, el 5 se presentó á D. Cárlos, el 8 fué destinado de brigadier de infantería á las inmediatas órdenes del general del ejército, y nombrado á los pocos dias gefe de E. M. G., se halló en todas las operaciones militares, distinguiéndose en la defensa del puente de Castrejana, y en los ataques que emprendió el ejército para penetrar en la invicta villa de Bilbao, hasta que habiendo logrado el general Espartero romper la línea por el puente de Luchana, cesó en sus funciones y se le comisionó para organizar una division con los restos de Gomez.

1837. El 21 de marzo al retirarse el general Espartero, mereció por su comportamiento en las inmediaciones de Zornosa se le agraciase con la cruz de 3.ª clase de San Fernando: el 24 de mayo se halló en la accion de Huesca, el 2 de junio en la de Balbastro, el 5 en el paso del rio Cinca, y el 12 en la de Gra ó cercanias de Guisona. El 26 fué nombrado comandante general del ejército carlista de Cataluña: el 9 de julio se encargó del mando, el 10 reconoció la fortificacion de Berga: el 11 principió el ataque, y el 12 se apoderó del punto por capitulacion. El 13 marchó sobre Gironella y al aproximarse capituló su guarnicion, el 15 se dirijió á Prats de Llusanés y el 18 se posesionó del pueblo: el 20 pasó á Ripoll, y se rindió por capitulacion: el 28 intimó la rendicion á San Juan de las Abadesas viendo se le habian consumido todos los recursos; pero desestimado, tuvo que dirijirse á Berga para surtirse de lo posible; el 22 de agosto insistió en atacar á dicho punto; pero auxiliado por fuerzas muy superiores, tuvo que tomar posicion el dia 27 batió á una columna en las inmediaciones de Ridaura. El 7 de octubre se dirijió sobre el puente de Armentera; pero acosado por una fuerte columna hubo de desistir del proyecto: el 11 se hizo dueño de la fortificacion de Piera: el 9 de noviembre de la de Rivas; y el 23 de diciembre atacó á la capital del Valle de Aran consiguiendo proporcionarse recursos.

1838. El 1.º de enero contuvo el ataque que le dirijió la columna de Lérida en el pueblo de Rialp, y habiendo el brigadier Vidart querido forzar su línea lo batió al dia siguiente. El 3 publicadas en todos los periódicos las esposiciones que elevó á D. Cárlos pintando con los colores mas vivos el estado de Cataluña el de sus fuerzas y junta, y llegado á conocimiento de los principales magnates, se decidió á entrar en la villa de Andorra, continuando al dia siguiente su marcha por el vecino reino de Francia. El 11 llegó á Urdax, y el 16 recibió una real órden para detenerse en el pueblo en que le hallara, sin salir de él hasta ulterior determinacion: el 14 de febrero quedó anulado su nombramiento de comandante general del ejército de Cataluña, y el 27 de marzo se le señaló el cuartel para la Villa de Tolosa.

1839. El 29 de febrero se le citó ganando horas á la residencia de Don Cárlos con motivo de los fusilamientos de Estella: el 22 se le mandó contrarestar las fuerzas que dirijia el general Maroto el 23 acordó el modo de que D. Cárlos se desprendiese de los frenéticos que le dominaban con dicho general: el 24 fué comisionado para arrojarlos del pais el 4 de marzo cumplió en Vera su cometido, y el 6 regresó á dar cuenta de su comision: el 7 se le destinó á las inmediatas órdenes del general del ejército y el 14 se halló nuevamente colocado al frente de la division castellana: á mediados de agosto se halló en la accion de Villareal de Alaba. El 17 se dirijia con dos batallones á sofocar la sublevacion promovida en Vera por el cura D. Juan Echevarria; pero hubiéndose opuesto D. Cárlos á dicha operacion por hallarse en combinacion con los insureccionados marchó precipitadamente al cuartel general de la línea de Guipuzcoa en busca de una autorizacion por escrito para poder terminar la guerra: el 25 despues de la revista que pasó D. Cárlos en Elorrio se pronunció por la paz, y circuladas al ejército las proposiciones que en nombre del gobierno presentó el actual mariscal de campo D. Juan Zabala, asistió á la conferencia tenida con el general Espartero en Abadiano el dia 26: el

29 concurrió en Oñate al alojamiento del duque de la Victoria para formular las bases del convenio: el 30 quedó á la cabeza del egército por haberse acogido Maroto al cuartel general de Espartero, y en aquella tarde fué cuando por primera vez reunió á los gefes de todas armas para que se enteraran de los artículos del tratado, logrando lo autorizáran con sus firmas, y el conducir los cuerpos a la villa de Anzuola, donde se le mandaba desde Vergara pernoctasen. Un parte recibido á media noche de que el brigadier Iturbe con dos batallones y medio de guipuzcoanos retrocedia de su empeño en direccion del alto de Descarga propagando voces de traicion, le movió á marchar precipitadamente á Vergara para ponerlo en conocimiento de los generales de ambos ejércitos, y ver de acarrear á Maroto á la cabeza del suyo; pero de este no pudo conseguir nada. Reiteró al de la reina sus compromisos de presentar la division castellana, y habiendo aceptado S. E. gustoso este ofrecimiento, como el único capaz de animar a los guipuzcoanos para que siguieran su ejemplo, regresó antes de amanecer á Anzuola. Al salir del alojamiento del general Espartero, recibió aviso de que el escuadron de Guipúzcoa por invitacion de Iturve se disponia á incorporarse á los batallones de su provincia y á muy corta distancia, otro con la fatal noticia de que todas las fuerzas inclusa su division, seguian las mismas huellas. En tan terrible trance despreció todo cuanto amagaba su existencia en aquellos críticos momentos y arrojándose sobre el ejército, le arrastró á que contramarchara, sin otros recursos que su influencia, ni mas medios que su firme é invariable resolucion. Así consiguió desfilaran seis batallones, tres escuadrones, dos piezas de artillería y todo el cuartel general al frente del ejército de la reina y que fueran los primeros que recibieran el memorable abrazo de Vergara á las ocho de la mañana del dia 31. Por él reconoció al gobierno legítimo de S. M. la reina Doña Isabel II y la Constitucion de 1837 como ley fundamental de la Monarquia. El 1.° de setiembre á la cabeza de su division entró en la ciudad de Vitoria en medio de los mayores regocijos. El 3 lo verificó en Haro entre las muestras de una alegría sin límites, y aquel dia pasó á su acantonamiento de Casa la Reina, en cuyo punto por hechos indisputables, se apresuró á licenciar á todos los individuos de tropa: el 11 salio para Francia en uso de cuatro meses de real licencia: el 15 llegó á Santander: el 2 de octubre se dió á la vela: el 5 desembarcó en Burdeos, y el 19 estaba ya en la plaza de San Sebastian: el 15 de diciembre fue declarado como de cuartel por el general en gefe del ejército y por real órden de 24 se le confirmó, señalándosele para la mencionada plaza.

1844. De cuartel en San Sebastian.

1840. El 1.° de setiembre se situó en el establecimiento de los baños de Santa Agueda para dirijir el alzamiento en favor de la regencia de la augusta reina madre: el 23 marchó á Vitoria con un emisario del general Odonell y el principal agente de Vizcaya para combinar el movimiento general de las cuatro provincias y al efecto se colocó el dia 30 en la villa de Vergara: el 4 se pronunció al frente de la provincia como comandante general nombrado por el desgraciado don Manuel Montes de Oca: el 19 del mismo octubre valiéndose de miles de estratagemas y venciendo todo género de obstáculos, evitó que sus mismos soldados perpetrasen el inicuo proyecto que concibieron en el movimiento de aquel funesto desenlace, y logró tomar la frontera de Francia salvando de este modo á las diferentes personas comprometidas que se acogieron á su cuartel general. El 20 se presentó al subprefecto de Bayona, y el 22 salió para el depósito de oficiales generales emigrados, que se estableció en Orleans.

1842. En enero le permitió el gobiernó francés trasladarse á la villa de Dax, en cuyo punto los agentes del ex-regente sobornaron á su asistente y consiguieron robarle la correspondencia el 6 de junio, por lo que pasó á establecerse en Mont de Marsau, capital de departamento.

1843. El 16 de julio promulgada la amnistía del ministerio Lopez, salió para España; el 8 se presentó en Irun, y el 20 con pasaporte del capitan general de las provincias Vascongadas, emprendió la marcha para el cuartel general de Excmo. Sr. D. Francisco Javier Aspiroz: el 27 llegó á Madrid, el 30 obtuvo su cuartel para la córte, y el 7 de setiembre fué nombrado comandante general de la provincia de Vizcaya.

1844. Continuó su destino de comandante general.

1845. En 1.° de febrero pasó á Vitoria para encargarse del mando interino de la capitanía general, durante el cual descubrió la conspiracion que se fraguó por entonces y en la que resultaron complicados varios oficiales y sargentos de los cuerpos que componian la guarnicion de dicha plaza: la actividad y servicios prestados por su autoridad en esta ocasion, le merecieron la distincion que S. M. se dignó hacerle, dándole las gracias por real órden de 26 del mismo, regresando despues á su comandancia general, tan luego como lo verificó el capitan general propietario.

1846. En 17 de marzo se le confirió en propiedad el mando de estas provincias vascongadas que desempeña actualmente, habiendo sido promovido al empleo de teniente general con la antiguedad de 10 de octubre del mismo año, por real decreto de 3 de noviembre.

Lit. Nueva C.ᵉ Cab.ᵒ de Gracia 22

El B.ⁿ de Meer
C.ᵈᵉ de Grá

BARON DE MEER.

En todas épocas y especialmente en las de convulsiones, hay algunas notabilidades efímeras, que se elevan de improviso por la sorpresa de la opinion, que se sostienen durante algun tiempo en los acentos de una fama estraviada, y que se desploman de pronto para jamás rehabilitarse, al paso que otras creadas lenta y trabajosamente, asaltadas en medio de su camino por la envidia y las rivalidades, deslucidas por el maligno influjo de las pasiones, negadas unas veces por el espíritu suspicaz, meticuloso ó antagonista de los partidos y apoyadas otras, falsamente sobre la apariencia de los hechos, no pueden consolidarse, sin que la mano analítica del tiempo purifique estos mismos hechos, proscriba las preocupaciones y devuelva sus fueros á la razon. De este último modo se ha formado la reputacion del Baron de Meer. Pero esta reputacion tiene dos faces principales; la militar y la política y mientras que la primera apenas ha entrado en el dominio de las controversias, pues todos los contemporáneos inteligentes conceden al Baron el valor del soldado y las prendas de general, la faz política ha sido muy censurada por unos, muy alabada por otros y mal conocida por los mas. Desde este punto empieza la mision del biógrafo. Rectificaremos los sucesos adulterados y bosquejaremos los demas de una manera clara aunque sucinta, mas cuando los acontecimientos sean muy importantes elevaremos los tonos y pro-

porciones del cuadro para que no se pierda la vista de aquellos, por una falsa regla de perspectiva.

El TENIENTE GENERAL D. RAMON DE MEER, *baron de este titulo, conde de Grd y vizconde de la Lealtad*, nació en Barcelona el 11 de enero de 1787.

Descendiente de una familia ilustre y real, adquirió los primeros elementos del saber en el hogar doméstico, bajo la direccion de un eclesiástico francés emigrado á consecuencia de la revolucion de 1792. Alumno despues de la academia de nobles artes de san Fernando en Madrid, cursó en ella matemáticas y habiendolo adquirido las nociones necesarias, solicitó y obtuvo en 11 de enero de 1799, la plaza de cadete en el regimiento de Guardias Walonas, cuerpo privilegiado y de gloriosa reputacion.

Doce años tenia á la sazon el BARON DE MEER y apenas habia cumplido catorce, cuando concurrió con su regimiento á la campaña contra Portugal en 1801. Las tropas españolas orgullosas con sus antiguos timbres penetraron en el territorio lusitano precedidas de la victoria y en muy poco tiempo se apoderaron de Olivenza, Jurumeña, Yelves, Campo-Mayor, y algunas otras plazas importantes. La paz sobrevino el 6 de junio del mismo año. El jóven Meer habia hecho el aprendizage de la guerra en los puestos avanzados.

Ancho campo abria á las ilusiones, á las esperanzas y al patriotismo de los militares jóvenes, la guerra de la Independencia. Cuando el grande hombre del siglo, cometió la mayor de sus debilidades, si ya no fué el primer crimen de su política, invadiendo nuestro suelo, puso como es sabido, en inicua alianza la violencia con las artes de la seduccion, contando por segura la victoria porque olvidó que un pueblo como el nuestro, rico en tradicciones y lanzado á la desesperacion, se convierte en un pueblo de mártires ó en un plantel de héroes. La España recojió el guante, se arrojó al combate y obtuvo immarcesibles lauros. Pero el BARON DE MEER no participó de estos, pues corrió desde el principio una suerte aciaga. Estaba con su batallon guarneciendo á Barcelona al entrar en ella las tropas francesas, y cuando estas se mostraron hóstiles, (el 8 de diciembre de 1808,) apodérandose por sorpresa de los fuertes, MEER con algunos de sus compañeros trató de huir disfrazado para reunirse al ejército español, pero fué descubierto y conducido al vecino reino de Francia.

Aqui sufrió el BARON todos los horrores de una cautividad que duró seis años, pero se mantuvo firme y constante en sus banderas sin querer abrazar otras que las de su patria natural y adoptiva. Regresó a España el 12 de julio de 1814, esto es á la caida del conquistador de Europa y por acuerdo del consejo de generales establecido en la corte para la purificacion de los oficiales del segundo batallon de Reales Guardias, se declaró en 9 de marzo de 1816 *que habia observado el Baron de Meer tanto en la espresada plaza de Barcelona como en la nacion vecina, una conducta noble y leal y propia de un español honrado y militar pundonoroso.* Esta manifestacion se hizo publica.

Ya antes de estos últimos sucesos, habia obtenido el BARON diferentes grados. Ascendido á alferez supernumerario del segundo batallon de Guardias Walonas en 20 de febrero de 1806; á segundo teniente del precitado cuerpo en 2 de julio de 1809, y á primer teniente el 26 de julio del mismo año, fué promovido á la categoria de capitan en 10 de agosto de 1815.

Cerca de siete años permaneció MEER de guarnicion en Madrid, sin que declinase un ápice en conducta militar. Fiel á los principios de disciplina, sin otro código de deberes que la ordenanza, vió agitarse á su alrededor los partidos políticos que batallaban con encarnizamiento para alcanzar un poder precario, y que al fin introdugeron profundas modificaciones en la forma de gobierno. Cuando estallaron los tristes acontecimientos de 7 de julio de 1822, se hallaba MEER con su batallon de servicio en palacio; las circunstancias eran muy críticas; los regimientos de la guardia combatian en las calles contra las fuerzas constitucionales; mas á pesar de la influencia indefinible del ejemplo del poder mas enérgico todavia del espíritu de institucion, MEER continuó en su puesto, velando por la seguridad del monarca, y procurando afirmar en sus subordinados, el sentimiento de disciplina.

Finalizada la lucha los generales Zayas y Conde de Cartagena fueron en la misma tarde del 7, al frente de las tropas de la guarnicion y de la Milicia Nacional, á ocupar el palacio y queriendo premiar el digno comportamiento de los dos batallones de la Guardia que se habian hallado cubriendo el servicio en aquel recinto, acordaron que salieran de la capital formados, con sus gefes, oficiales, banderas, armas y equipages. Estos cuerpos se acantonaron en los puebles de Mondejar y Leganés, verificando su mar-

cha con el mayor órden y regularidad. Diseminadas despues las compañías de los enunciados batallones en diferentes puntos y disuelta la que mandaba el BARON en la Puebla de Montalban, solicitó este su retiro que le fué concedido en 1.º de octubre, para Alicante y para Leganés en 7 de diciembre.

La narracion biográfica se debilita al entrar en este periodo y no vuelve á adquirir importancia hasta que brotó en nuestro suelo la guerra dinástica. Diremos de paso y para enlazar las épocas, que rehabilitado el BARON en 1826, y aprobada por el rey su purificacion fué destinado á la seccion de escedentes de la Guardia Real; que en 1827 pasó á las órdenes del capitan general de Cataluña, conde de España y que con fechas 10 de octubre de 1827 y 17 de diciembre del 28, obtuvo los grados de primer comandante y teniente coronel. Durante este tiempo habia desplegado celo, exactitud y una severidad ejemplares, en el cumplimiento de sus obligaciones.

Por último en 3 de enero de 1833 fué nombrado coronel del 4.º regimiento de la Guardia y brigadier de infantería.

Sobrevino entonces una crisis que como todas, produjo antes de resolverse, perplegidades, incertidumbres y defecciones. En los primeros dias de tribulacion que siguieron á la muerte del rey, al advenimiento al trono de la princesa niña, y á la inauguracion de la guerra civil el pais entero tenia fija la vista en el egército, porque la resolucion de este era en aquellos instantes de una importancia suprema. El egército en su gran mayoria permaneció fiel á la reina. No obstante muchos oficiales de la Guardia colocados entre sus precedentes, sus compromisos y la religion de sus juramentos, titubearon al pronto, renegaron despues de esta y se pasaron á las filas de D. Cárlos. Pero el BARON DE MEER no vaciló; para él el gobierno constituido representaba el imperio de las leyes y la razon de la obediencia militar y su espíritu recto y desinteresado no podia acomodarse en otra zona política. Adhiriose pues franca y lealmente á la causa de la reina y se preparó á combatir á los enemigos de esta causa que eran ya suyos tambien. Muy luego se realizaron sus deseos, pues el 8 de octubre de 1833 salió MEER de Madrid á la cabeza del 4.º regimiento de la Guardia y á las órdenes del conde Armildez de Toledo, para perseguir á los carlistas.

Lento y prolijo seria seguir al BARON en todos los pormenores de valor, de pericia, de constancia, de suerte ó de infortunio, que sucedieron ó acompañaron á sus operaciones, durante el largo curso de esta sangrienta campaña. No queremos invadir un dominio que pertenece á la historia y nos limitaremos á presentar una relacion breve de sus hechos, tal cual está consignada en su *hoja de servicios*, hasta que alcancemos una época en que su mando es mas independiente, mas estenso, mas elevado por la entidad misma de los sucesos.

«*El 11 de noviembre se halló Meer en el ataque de Cervera de Pisuerga en que fué completamente disuelta la faccion de Villalobos. En 22 del mismo mes con su regimiento se reunió en Vitoria á las tropas mandadas por el general en gefe D. Pedro Sarsfield que habian ocupado aquel punto el dia anterior. El 25 en la ocupacion de Bilbao, El 10 de diciembre atacó con una columna de 120 hombres á la faccion del cabecilla Zabala que en número de 600 hombres ocupaba las alturas escarpadas de Navarruiz, batiéndolo y dispersándolo completamente. El 15 del propio mes en el ataque de la Ravesua, en que con la misma columna fueron tomadas las alturas que ocupaba una faccion numerosa, rechazados sus ataques y puestos en completa dispersion los enemigos.*»

«*Se halló tambien en los diversos ataques dados por toda la faccion de Vizcaya unida á la de Guipúzcoa, al pueblo de Guernica, que ocupaba la columna del brigadier Espartero, desde el 17 al 21 de febrero de 1834. En la noche del citado dia 17 salió de Guernica al frente de una compañía de cazadores á recojer como lo verificó, dos oficiales y 40 individuos de tropa de su mismo regimiento, que habiendo sido cortados por los enemigos en el ataque de la tarde anterior, se habian hecho fuertes á un cuarto de legua de aquella poblacion, en una casa que se suponia bloqueada ú observada por las fuerzas enemigas. En la salida de dicho pueblo en la noche del 22 y en la sorpresa de Mundaca y en el ataque de Bermeo ocurridos en la misma. El 2 de marzo en la sorpresa de Oñate donde fueron totalmente deshechos y dispersados 2000 facciosos, con pérdida de muertos, prisioneros, armas y otros despojos. El 21 de marzo fué nombrado por el general en gefe marqués del Moncayo, gefe de la bri-*

gada de reserva del ejército de operaciones, del Norte. El 22 de abril se halló en la accion de Alzama bajo las inmediatas órdenes del mismo general y á la cabeza de dicha brigada rechazó vigorosamente los repetidos ataques que por espacio de tres horas le dieron los rebeldes prevalidos de su triple número y de las ventajas que les proporcionaba un largo desfiladero cubierto de árboles, habiendo sido herido el caballo que montaba. El 25 de mayo en el ataque dado por seis batallones rebeldes al pueblo de Muez ocupado por la brigada de reserva y la del brigadier Linares. El 14 de julio fué nombrado por el general en gefe D. Jose Ramon Rodil gefe de la 2.ª brigada de la 1.ª division. El 25 del mismo se halló á la cabeza de su brigada en la accion de Olazagoitia á las inmediatas órdenes de dicho general en gefe. El 31 del mismo mandando dicha brigada se halló en la accion de Artaza. El 31 de agosto en la de Bermeo, por la que obtuvo la cruz de 4.ª clase de la órden militar de San Fernando. El 28 de setiembre se encontró con su brigada en la accion de Albazuza ó Maculuberry á las inmediatas órdenes del general D. Manuel Lorenzo. El 25 de noviembre en iguales términos en la accion de Orbizu y Zúñiga á las del general D. Luis Fernandez de Córdoba. El 12 de diciembre, del mismo modo y á la cabeza de la 2.ª division en la batalla de Munduca. El 15 del propio mes, tambien á las órdenes del espresado general se encontró al frente de su brigada en la accion de Arquijas.»

Por este tiempo (1835) la guerra civil se habia encrespado mucho en las provincias del Norte y aun la solucion favorable del problema dinástico estaba de parte de D. Cárlos. Encendidas cada vez mas las pasiones por las peripecias y vicisitudes de una situacion violenta y encerbadas por la ira natural de la revolucion, muchas gentes indiferentes al principio, abrazaron mas adelante las pretensiones de D. Cárlos. El talento y la constancia de un hombre dieron á estos elementos lo que para formar obra sólida les faltaba; organizacion y disciplina. Pero un poco despues esta causa tan boyante entonces, empezó á declinar y en los grandes golpes mortales que recibió se dejó sentir la espada del Baron de Meer. Veamos cómo y en qué ocasiones.

El 12 de enero del referido año fué Meer nombrado comandante general de la merindad de Tudela por el general en gefe don Francisco Espoz y Mina, y desempeñó este cargo hasta el 1.º de junio en que el ministro de la guerra Valdés, que egercia tambien las funciones de general en gefe le cometió el mando de la 2.ª division. Al frente de esta marchó el 14 de dicho mes á levantar el sitio de Bilbao en el que quedó herido de muerte don Tomás Zumalacárregui, cayendo con él pilar mas robusto de la causa carlista.

El distinguido comportamiento de Meer le atrajo la consideracion del nuevo general en gefe D. Luis Fernandez de Córdoba. Confirióle este en 3 de julio el vireinato en cargos de Navarra. Este empleo de mucha importancia á la sazon no era superior á la capacidad, á los recursos y á la reputacion que Meer se habia conquistado. Pronto tuvo lugar de aumentarse con un hecho de armas muy glorioso para las tropas de la reina.

El 16 de julio se dió la célebre batalla de Mendigorria en los límites del vireinato. Mandaba el egército isabelino el general en gefe Córdoba y Meer estaba accidentalmente á la cabeza de cuatro batallones.

D. Cárlos al frente de 25 batallones y tres escuadrones perfectamente organizados y familiarizados con la victoria ocupaba el pueblo de Mendigorria estendiendo sus alas sobre las eminencias que dominan el rio Arga. Aquella batalla era un gran duelo en que ambos beligerantes lucharon con el nervio de su gente; el isabelino para asegurar su existencia en el pais vasco-navarro y el carlista para lanzarse tal vez en pos del triunfo al corazon del reino. De una y otra parte se peleó con ardor indecible; gefes y soldados rivalizaron en intrepidez y bravura. El BARON DE MEER se batió con denuedo en lo mas recio de la accion le mataron el caballo, pero siguió combatiendo con ánimo esforzado hasta que la victoria puso término á sus afanes de aquel dia. El *grado de mariscal de campo* fué la recompensa que tuvo el BARON por el mérito contraido en este brillante hecho de armas.

Aqui seria licito levantar de nuevo la pluma sino fuera preciso detenerla para reservar el comportamiento del Baron en la destruccion del puente de Ibero, ocurrida el 20 de octubre. Esta empresa era ardua y dificil; Meer se condujo con su acostumbrada bizarria; mas cuando estaba dirigiendo los trabajos bajo el fuego del ene-

migo fué herido de alguna gravedad en la cabeza.

Apenas restablecido de su herida dirigió el Baron la accion dada entre Zuriain y Larrasoaña el 12 de julio de 1836. Las hábiles combinaciones del gefe y el tranquilo valor de los soldados vencieron por fin la tenaz resistencia de los carlistas. Meer recibió en premio la gran cruz de la órden militar de san Fernando.

Pero donde resplandecieron las dotes militares del Baron de Meer y el valor, constancia y disciplina de la segunda divison fué en el levantamiento del sitio de Bilbao y en las operaciones enlazadas con este memorable suceso. Sabidas son las muchas dificultades que tuvo que vencer el ejército isabelino para socorrer á la plaza asediada y las diferentes tentativas que se hicieron con este objeto; una de ellos produjo la accion de Castrejana acaecida el 27 de noviembre. En este encuentro la 2.ª division acaudillada por el Baron de Meer forma en columna cerrada sobre las alturas de Baracaldo, protege el movimiento de la vanguardia, lanza despues sus cazadores á las eminencias que dominan el camino de Castrejana y mientras que estos unidos á la vanguardia coronan aquellas alturas, arrojando á los carlistas, precipitándolos del lado allá del Cadagua y apoderándose del convento de Burceña, la 2.ª division se mueve con regularidad y firmeza, realiza el paso del Galindo, y marcha apoyando de cerca á sus valientes cazadores. Hasta aqui el combate era propicio á las tropas de la reina y aunque despues se cambió esta lisongera perspectiva no tuvo culpa alguna en aquel descalabro la 2.ª division que por el contrario hallándose en el centro del peligro, derramó generosamente su sangre y se replegó en buen órden sobre el llano de Baracaldo.

Loable fué tambien la conducta de la segunda division dirigida por el Baron de Meer, en la retirada que se verificó el 8 de diciembre de Erandio á Luchana. Apoyados los carlistas en el pueblo de Erandia, arrojaron sobre la derecha de las tropas de la reina una guerrilla sostenida por un batallon en masa, que avanzó impávida bajo el fuego nutrido de los isabelinos y que hubiera roto la línea de estos sin el valor y serenidad de algunas compañías de la guardia pertenecientes á la division enunciada. Habia esta sostenido todo el calor del encuentro y sus filas se mermaron considerablemente; seis oficiales y 33 individuos de tropa entre muertos, heridos y prisioneros constituyeron su pérdida en estos choques parciales. En todos ellos el Baron de Meer dió pruebas claras y venturosas de sus conocimientos tácticos.

Empero despues de tantas fatigas y tribulaciones el ejército isabelino estaba espuesto á perecer aconchado sobre las costas del mediterráneo y Bilbao, debia, segun todas las probabilidades sucumbir bajo el tenaz empeño de los carlistas. El heroismo de la 2.ª division salvó al ejército y á la plaza alcanzando una victoria inesperada. Los seis batallones que constituian aquella, pasaron la ria, parte de ellos en barcos y parte por el puente de Luchana, desalojaron á los carlistas de sus primeras posiciones y sostuvieron durante ocho horas y media, en la noche del 24 al 25, un combate á muerte, arrostrando la ira de los desencadenados elementos, rodeados de una oscuridad profunda, medio envueltos en largas capas de nieve y pisando sobre una tierra que oprimida bajo el pie de los combatientes, abria silenciosamente la entraña de un precipicio ó presentaba la agreda y penetrante punta de una roca. En este trance terrible el Baron de Meer, llenó sin confundirlos, los deberes de soldado y las funciones de general, recorriendo la línea, precisando el movimiento de los cuerpos, y arrojándose el primero al peligro para fortificar con su ejemplo el valor de sus bizarras tropas tan necesario en aquellos instantes en que no habia otro elemento verosimil de triunfo que un valor desesperado. En las altas horas de la noche fué herido Meer en la cabeza y le retiraron del campo de batalla sustituyéndole en el mando el brigadier Vigo, quien quedó contuso é imposibilitado á los pocos minutos, reemplazándole el comandante de la Guardia Real de infanteria D. Antonio Valderrama. Bajo la conducta de este gefe siguió batiéndose con brios la 2.ª division y los virtuosos soldados que la componian, faltos de sangre y de alimento, exhaustos de fatigas y entumecidos por el frio, todavia sacaron de su pecho un acento para saludar al general en gefe cuando este se presentó á la una de la noche con el refuerzo de la 4.ª division.

La 2.ª tuvo la baja de un general, 6 gefes, 40 oficiales y 456 individuos de tropa. Su gloria reflejaba sobre el BARON, á quien se debió sin duda la parte principal de esta batalla, clave del destino de la guerra. No obstante habiendo sido el BARON propuesto para el grado de teniente general, por el general en gefe del ejército del Norte, se suspendió la aprobacion de esta pro-

puesta, merced á algunas intrigas que se jugaron en regiones elevadas.

Poco despues de la batalla de Luchana recibió MEER el nombramiento de capitan general interino de Cataluña que habia sido espedido con fecha 14 de diciembre. Inmediatamente se puso en marcha, llegó á Madrid y pidió al gobierno instrucciones y recursos.

En cuanto al primer punto se le contestó lisongera y atentamente fiando mucho á su pericia y reputacion militar pero no se le concedieron los medios solicitados. MEER sin embargo hubiera contemporizado con las circunstancias, pero supo hallándose en Madrid, que su propuesta para teniente general estaba postergada y que se habia concedido una preferencia inmediata á la del general. Oráa entonces, herido en la fibra del amor propio que mientras no degenera en orgullo es el resorte de todas nuestras grandes acciones, y creyendo rebajada con este hecho su fuerza moral para desempeñar el cargo nuevamente cometido, hizo dimision de este.

No la admitió el gobierno y por el contrario le confirió la propiedad de su destino, aprobando la propuesta de teniente general.

A las seis y media de la mañana del dia 2 de marzo de 1837, emprendió el BARON la marcha para la capital del principado. Acompañábale una escolta de seis coraceros y un cabo y al pasar en la alborada del dia 3 el monte de Villatova en el sitio denominado *Apeadero del Rey*, le salieron al encuentro 24 ladrones, pero el valor de su escolta le libró de este peligro imprevisto, batiendo y auyentando á los foragidos. MEER sin otra novedad llegó al corral de Almaguer, donde pernoctó.

Continuó el BARON en camino por Quintanar, Albacete y la Venta del Conde en los dias 4, 5, y 6, y el 7 llegó á Valencia. Aqui estubo dos esperando su equipaje y el el 10 se embarcó con un somilive en el vapor *Delfin*. Hizo este rumbo á Barcelona y á las doce de la noche del dia 2 fondeó en la bahia de esta ciudad, MEER se alojó provisionalmente en la fonda de las *Cuatro Naciones*; el 13 pasó á palacio y en el mismo dia, tomó posesion con las ceremonias de costumbre, del mando que desempeñaba internamente el general Parreño.

No salió Meer inmediatamente á campaña y despues se le echó en cara el que permaneciese durante mas de un mes encerrado en Barcelona, mientras que los carlistas desprendiendose de la montaña, vejaban y torturaban á los infelices pueblos, colocados en la llanura y tildados de opiniones liberales. Esta acusacion parecia grave y fundada; nosotros hemos querido depurar la verdad y despues de consultar sin fruto, muchos datos contrarios, hemos sabido de la pluma del BARON que *tuvo* que *detenerse en Barcelona para enterarse de los antecedentes que existian acerca de los varios y complicados remos que comprendia su mando, pues de otro modo no podria tener la esperanza de llenar las miras del gobierno y responder á los deseos de sus subordinados. Fué pues preciso*, dice, *que me informase, acudiendo á los escasos datos y medios que hallé para ello, del estado de la guerra, número de tropas, cuerpos francos ó milicia nacional que se hallaban en operaciones, ó guarneciendo el crecido número de puntos fortificados que fué preciso establecer, sucesivamente á médida que la guerra iba tomando incremento para ocupar el pais, apoyar ó facilitar las operaciones. Tambien me fué preciso*, continúa, *investigar la organizacion de las divisiones ó brigadas, que se habia dado á las fuerzas que operaban, mérito, aptitud, y circunstancias de los gefes que las mandaban, destinos que les estaban encargados, sistema de guerra que se les habia prescripto; y observaban el estado de disciplina, del armamento y vestuario de las tropas, de los víveres y recursos con que se podia contar para su subsistencia. Importaba asi mismo mucho, indagar las causas á que debian atribuirse los contratiempos sufridos en el campo y los frecuentes sacudimientos políticos que se repetian en algunas poblaciones y especialmente en la plaza de Barcelona, con las desastrosas consecuencias que son bien sabidas. Mi permanencia pues*, añade, *en la capital del Principado fué de todo punto indispensable y lejos de ser causa del incremento de los carlistas y de los otros males que se suponen, tuvo por objeto cortarlos en su origen aunque sin poderlo conseguir, sino en parte, en razon del desarrollo que habia adquirido la guerra en Cataluña á favor de la anarquia que disolvia todos los institutos de órden y estendiéndose á todas partes y á todos los ramos, habia relajado notablemente la disciplina de las tropas viciado la administracion y espuesto los pueblos y particularmen-*

te los de la montaña á inauditas vejaciones que como era consiguiente irritaron los ánimos y enagenaron mas y mas la opinion de los habitantes. Yo no podia, por consiguiente, dice al concluir, emprender, con esperanza de buen éxito, las operaciones de la guerra, sino removia antes con empeño y constancia las causas que hasta entonces las habian hecho tan poco felices.

No era falsa ni exagerada esta pintura. Existian en efecto grandes males produciendo dolorosos conflictos y creemos que no estará aqui dislocada la descripcion de los principales, para poder valorar bien los actos del BARON.

Cuando el Baron de Meer empezó á desempeñar su alto destino, la guerra habia adquirido en Cataluña un incremento estraordinario y se continuaba con toda la inclemencia, con toda la bárbara destemplanza de su origen. Los infelices prisioneros eran implacablemente sacrificados y espiaban con su existencia un hecho de valor, de virtud ó de disciplina. Meer comprendió desde luego las deplorables consecuencias que debia producir este sistema. La sangre de un prisionero cae gota á gota sobre el corazon de un pariente, de un amigo y nutre nuevos odios, fecunda los existentes y dá mayor pábulo á las discordias. Tambien la guerra tiene su justicia y sus leyes y sin duda el que las quebranta es el mayor de los criminales, porque cuenta de seguro con la impunidad. Bien que esta razon equitativa y humanitaria, bien la alta consideracion pública que hemos indicado antes, ó bien que una y otra como es mas probable tuviesen eco en el ánimo del Baron lo cierto es que este pensó desde los primeros dias de su mando en regularizar aquella lucha desenfrenada y sangrienta y que se condujo en esta parte con tanto tino y destreza que sin empeñar su nombre, ni poner su firma, ni ajar en lo mas mínimo el elevado carácter de que se hallaba invertido, logró, valiéndose de negociaciones estra-oficiales, ver realizado muy pronto su intento.

Mas aunque grave este, no era el principal de los cuidados que por entonces rodeaban á MEER. Infundiale serios recelos el poder y número de los carlistas catalanes; estaban estos organizados á la sazon en 23 batallones y un reducido escuadron. Conservaban la primitiva movilidad de sus guerrillas tan necesarias en una guerra de montaña, no tenian bien establecida la gerarquia de gefes pero todos dependian de uno principal que lo era en aquella época D. Blas María Royo. Tampoco el equipo de estos cuerpos era completo ni uniforme y no obstante el armamento de cada batallon carlista representaba un revés de las fuerzas liberales, circunntancia que fomentaba las mas audaces esperanzas de parte de aquel y que en el mismo grado produciria el desaliento de estas. Habiánse pues apoderado los carlistas de las armas de tres compañias del regimiento infantería 1.° ligeros y de dos de América prisionero en el pueblo de Oliana, de las que tenian los nacionales de Orgaña, la tercera compañia del segundo batallon de Zamora que desertó y la columna del coronel Sebastian sorprendida en los puentes del referido Orgaña, igual suerte corrieron en Besalú dos compañias del regimiento de América, en Panadella, la columna del coronel Oliver, el batallon 20 de linea sobre Copons, la guarnicion de Suria, y los cazadores de Oporto en el Brunet, del mismo modo que un centenar de quintos. Todos estos hechos en si muy notable adquirian un valor inmenso levantados en la imaginacion de los partidos. Por lo demas la artilleria de los carlistas era todavía muy imperfecta, y constaba de un cañon de á 12 y diferentes piezas de hierro que conservaban ocultas, que entonces usaban rara vez, pues toda su estrategia consistia en desprenderse rápidamente de la montaña, hacer una escursion repentina á la llanura, replegarse despues, caer sobre un punto débil ó dar á una columna desapercibida algun golpe de mano.

Ademas de este peligro poderoso y creciente, sufria la autoridad golpes violentos en el corazon de las grandes poblaciones. Fermentaba ocultamente la levadura de las pasiones y bastaba una escitacion cualquiera, como la esperiencia lo acreditó poco despues, para hacerla estallar en desmanes y terribles conflictos. En las ciudades y especialmente en Barcelona la parte mas ardiente de la sociedad acaudillada y seducida por algunos agitadores de oficio, espureos de la humanidad, se habia precipitado en deplorables escesos, sirviendo de instrumento segun las circunstancias á todos los disidentes politicos desde el absolutista hasta el demócrata. Estas conmociones producian necesariamente una grave perturbacion en la marcha económica é industrial del pais, debilitaban muchos surtidores de riqueza pública y arrojaban al campo carlista á muchos hombres respetebles por su posicion social, indiferentes en política, pero temerosos de vejaciones y tropelias.

Por manera que el nuevo capitan general debia aumentar el orden sobre bases sólidas y verdaderas y reprimir lo mas pronto posible, la audacia de los carlistas, causa pretesto las mas veces, de las revueltas anteriores.

Para alcanzar este doble y difícil objeto tenia MEER á sus órdenes un egército de 28000 hombres, compuesto de tropas de línea, batallones de francos, algunos de la milicia nacional movilizada, rondas y patuleas. Estaba dividido en cuatro divisiones subdibididas en brigadas que operaban bajo la conducta de los comandantes generales.

La caballeria educada en fatales condiciones, era ademas escasa en número y el tren de campaña consistia en cuatro medias baterias á lomo del calibre de á 4. Hallábase este egército en la situacion mas angustiosa. Hambriento, descalzo, mal ropado y habiendo roto el lazo á la disciplina, se abandonaba á escesos que solo podia en cierto modo, escusar una tradicion plagada de desordenes desafueros y atropellamientos. El soldado estimulado por la miseria y alentado por la impunidad sometia las mismas iniquidades que se habian tolerado á su compañero y que se le toleraban á él, porque los gefes carecian de fuerza moral. Estos por su parte se desquilaban afectando una indescendencia funesta y no siguiendo por lo regular, otro norte en sus operaciones que en necesidad ó su capricho.

La larga enfermedad del general Mina babia sido la causa de que estos males fuesen poco á poco tomando consistencia, y cuando Meer quiso poner sobre ellos la mano, tropezó con obstáculos muy rebeldes que no podrian vencerse sin grande actividad, energía y perseverancia. Una circunstancia fortuita dificultaban el remedio. Meer no tenia suficientes datas, y carecia tambien de gefe de E. M. que pudiese suministrárselos, pues el que desempeñaba este cargo se hallaba entonces en operaciones. Sin embargo sabiendo que en todas las esferas de la vida la indecision es germin constante de la desgracia, se apresuró á dictar las primeras é indispensables medidas para conservar el orden, nombró gefe de E. M. al brigadier D. Antonio Lasanca, y con la noticia de que Tristany, habia penetrado por infidencia en Solsona marchó al auxilio de sus habitantes.

Partió Meer de Barcelona el dia 25 de abril, es decir un mes y tres dias despues de su llegada á esta plaza, incorporándosele en Esparraguera la columna Clemente y el primer batallon del primero ligeros y la frente de esta fuerza se dirigió á Calaf y desde aqui á Torá donde permanecia hasta el 1.° de mayo. Contaba MEER para continuar su movimiento, con la cooperacion de las brigadas Niubo y Azpiroz, que siguiendo en el mismo dia radios diferentes desde Biosca y Cardona, debian convertir al mismo centro de operaciones; pero esta combinacion faltó de repente. La brigada Niubó pereció con su comandante en las inmediaciones de Guisona víctima de la traicion del gefe de E. M. y Azpiroz se ladeó hácia Manresa, apartandose mas y mas del punto convenido.

De este modo Meer abandonado á las fuerzas de la columna Clmente que consistian en 2400 infantes y 56 caballos se vió el dia primero, en las inmediaciones de san Pedro Padulles, bloqueado por los enemigos que amenazaban simultaneamente sus flancos, frente y retaguardia, MEER ignorando el aciago suceso acaecido á la brigada Niubó y esperando de un momento á otro su concurrencia, defirió por algunos el combate, mas advirtiendo que las filas carlistas se ingresaban sin cesar, dió la órden de acometer. Peleó con tal vigor y concierto aquel puñado de valientes que el carlista arrollado de frente dejó espédito el camino, y aunque volvió repetidas veces á la carga y destinó una nube de tiradores sobre los flancos y retaguardia de la columna isabelina, no obstante llegó esta victoriosa con su general á la cabeza, á la casa de Llobera, donde pernoctó. Al dia siguiente tuvo el BARON que vencer mayores dificultades, pues ademas del ataque obstinado y continuo del caslista, le embarazaba la conduccion de los heridos; mas por fin entró en Solsona y salvó su heróica guarnicion. Aqui supo MEER el desastre de la columna Niubó, y aquí tambien se le presentó el brigadier Azpiroz con sus tres mil infantes y cien caballos, siete horas despues de terminado el combate. MEER indignado mandó formarle causa aunque en esta le profundizaron poco los verdaderos motivos de su estraña ausencia en unos instantes tan críticos. En cuanto al pérfido Salvia, acogido primero á las filas carlistas, y emigrado mas adelante á Francia, vino á caer despues de otras vicisitudes, bajo la inflexible justicia del BARON que le hizo espiar con su existencia el feo crímen que habia cometido. Por lo demas Solsona habia quedado reducida á escombros casi en su totalidad; estaba desmantelada; los principales lienzos de la muralla

se hallaban derruidos y el fuego elevando su roja cabellera por entre las negras grietas de los edificios, parecia delatar al cielo el furor de las represalias que todo lo aniquila y que envenena aun las pasiones mas legítimas. Meer testigo de estos desastres y accediendo á las instancias de los milicianos nacionales de aquel punto, levantó su guarnicion y mandó trasladar á Manresa los heridos, familias, personas y efectos de los comprometidos y nacionales. Desde los primeros dias de mayo hasta principios de julio, el activo MEER recojió y rehizo los restos dispersos y desmoralizados de la columna Niubó, practicó un movimiento próspero para recorrer á Cardona, estrechamente bloqueada por los carlistas; libertó el fuerte de Villanueva, que sufria un obstinado asedio; restableció en Cervera el órden muy conmovido á la sazon; y aseguró á Lérida contra los esfuerzos de los conspiradores carlistas.

Sobrevino por este tiempo la espedicion de D. Cárlos á las provincias del centro. Meer savedor de este suceso partió de Lérida para Albalate el 1.° de junio llegando á Monzon el dia 2. Las fuerzas que acaudillaba Meer consistian en 3800 infantes y 180 caballos del primero de ligeros. El mismo dia y casi á su vista se dió la batalla de Barbastro; Meer no tuvo en este grave suceso una parte activa anuque sin duda contribuyó á que no fuese mayor el desórden de las tropas liberales, mandando al brigadier Clemente que se apoderase de la barca del Cinca é impidiera el paso á los fugitivos. Dos dias despues pasó D. Cárlos el Cinca por las barcas de Estada y Estadilla. Como los grandes sucesos no se analizan al pronto ó se analizan mal y sin datos, se censuró fuertemente en aquella época á Oraa y al BARON DE MEER y la opinion vacilante todavia sobre este punto no absuelve del todo la conducta de los dos generales isabelinos pero MEER justifica la suya en una *Memoria* inedita que tenemos á la vista, produciéndose en estos términos:

»Al dia siguiente (3 de junio) pasé á Bervegal para hablar á Oráa con quien conferencié largamente, ofreciéndome á ocupar el punto que á él le pareciese, á cuyas órdenes volví á Monzon el mismo dia, que ocuparon mis tropas en egercicios, asi como el dia 4. A mi me era del todo imposible el ocupar á Estada y Estadilla, puntos de la izquierda del Cinca y en frente de Barbastro, que debió tomarse, pues no contando con fuerzas suficientes y teniendo el enemigo las barcas que dejaron de inutilizarse á la orilla derecha, quedaba muy espuesto á ser batido, tanto mas cuanto que no tenia artilleria de batalla para impedir el paso; colocándole en posicion en una obra de campaña, ni tampoco me era posible el encontrar raciones en un punto que no era de mi provincia, ni fácil la conducion á él por la circunstancia que he espresado de disponer de corta fuerza. A las doce y media de la noche del 4 tuve aviso por mis confidentes de que el Pretendiente se hallaba pasando el rio, desde la tarde del mismo 4 por Estada y Estadilla y Peña la Cambra: en el acto dirige una comunicacion de aquella fecha, que llevo una partida de caballería, al señor general Orda que ocupaba á Bervegal, y advertí al portador del oficio que le enseñase al señor general Buerens á su paso, á fin de que advertido pudiera hacer el movimiento que creyese mas conveniente. En la citada comunicacion manifesté que al amanecer marcharía hácia Estada para atacar al enemigo si la fuerza que hubiese pasado, me daba la provabilidad de buen éxito. Mas á la mitad del camino se me dijo que se hallaba casi toda la faccion, como lo prueba el que solo alcanzó el general Orda, la retaguardia, que lo era el 4.° batallon castellano. Yo solo nada podia hacer por lo que me dirigí á Binefaz para ganar terreno sobre la provincia que me estaba confiada y á donde se marchaba el Pretendiente.

Pero la mas elocuente refutacion de todas estas imputaciones, es sin duda, la batalla de Grá. Se dió esta célebre accion el 12 dejunio, es decir ocho dias despues de haber pasado el Cinca el ejército carlista.

Enorgullecido este con los triunfos recientemente alcanzados, penetró en el territorio catalan, por los pueblos de Fraga y Montañona. El Baron nombrado general en gefe, marchaba sobre sus huellas y al fin le dió vista en el pueblo de Grá el precitado dia 12. D. Cárlos á la cabeza de 14,000 y 800 caballos, apoyaba su centro en Grá y tenia asegurada en buenas posiciones su línea de ataque: el Baron solo contaba con 11,500 combatientes de todas armas, de los cuales 8,500 hombres y 900 caballos pertenecian al ejército del Norte. Posicionado el ejército isabelino rompió un fuego vivisimo sobre

el centro enemigo, fuego que se sostuvo por largo tiempo y con rara tenacidad; el valor hasta aquí victorioso de los espedicionarios carlistas brilló entonces tambien para estinguirse en la derrota. Viendo Meer que balanceaba en el centro, el éxito de la accion, dió la órden de un ataque general. Inmediatamente sus tropas movidas por el resorte del entusiasmo se lanzan con bizarro ímpetu sobre el enemigo en toda la estension de la línea, le arrollan, le desalojan de su primera posicion y aunque las fuerzas carlistas sostienen todavia el nervio de una buena defensa, sin embargo cargadas repetidas veces y con creciente teson se pronuncian al fin en derrota. Era la primera que esperimentaba D. Cárlos despues de su salida del territorio vasco-navarro. Las consecuencias de esta victoria fueron inmensas, pues en cierto modo estaba encadenado á la batalla de Grá el éxito de la guerra. No obstante se ha reprendido al Baron el que no permitiera maniobrar á toda su caballería en persecucion de los fugitivos carlistas, porque á favor de esta arma habria sido mucho el número de prisioneros, pero Meer rechaza esta inculpacion manifestando que «*el movimiento de la caballería no se mandó detener despues de rota la línea enemiga en la batalla, hasta que aquel movimiento dejó de ser útil y de ofrecer resultados y cuando de continuarlo podian resultar muy graves inconvenientes, asi por lo quebrado del terreno, tanto mas áspero, cortado en zanjas y cercados, cuanto mas se alejaba del campo de batalla en la direccion que tomaron las fuerzas carlistas para sustraerse á la caballería, porque como está en un movimiento veloz de alcance sobre los enemigos no podia ser sostenida por los cuerpos de infantería los que á consecuencia del impulso y direccion que tomaron en el ataque, se separaron á mucha distancia persiguiendo las fuerzas enemigas, lo que prueba que no se detubo esta persecucion, mientras pudo ser conveniente y prometia resultados, los que se lograron hasta el punto que era dable en aquel terreno y circunstancias. El campo en que se dió la batalla de Grá era ya en sí mismo tan poco favorable para que jugase la caballería, que al recibir la órden para que cargase al enemigo por la derecha de su línea cooperando asi al ataque de frente y flancos que decidió el éxito de la batalla se me hizo presente por dos veces las dificultades que ofrecia el terreno plantado de viñas, reparo grave, sí, pero del que debí prescindir en un ataque simultáneo en el que tomaron parte todas las armas, y mútuamente se apoyaban y protegian. Es absurda y peregrina la especie de que la caballería pudo si hubiera continuado su alcance sobre el enemigo, haberle hecho seis mil prisioneros en el terreno en que se dió la batalla de Grá y con la organizacion y sistema de guerra que es bien sabido seguian los carlistas. Aquel resultado de obtener un número tan crecido de prisioneros solo puede lograrse cuando se pelea con egércitos numerosos en terrenos llanos de grande estension y cuando la disciplina y consistencia militar del enemigo, es tal que aun despues de rota la línea los cuerpos mantienen su adhesion y pelean ó sucumben sin perderla, pero es de todo punto imposible el hacer ese número considerable de prisioneros, en paises montuosos y quebrados como lo era en el que tuvo lugar la batalla de Grá y contra unas fuerzas como los carlistas que pelean á la dispersion para sustraerse en sus retiradas, á la persecucion de las tropas que empeñaban la lucha con ellas, sino en posiciones elevadas y difíciles al suceso de la caballería, en que eran inferiores en número y organizacion.*»

Terminada la batalla y recogidas sus victoriosas tropas, que con el ímpetu del ataque se habian esparcido en un rádio de cuatro á cinco leguas, marchó MEER al alcance del enemigo y continuó este movimiento hasta el dia 29 de junio en que los espedicionarios pasando el Ebro por Mora y Flix, se internaron en el reino de Valencia.

Venturosas fueron tambien las operaciones emprendidas por el BARON en el año de 1837. Durante los seis primeros dias de julio dirigió en persona las fortificaciones de Mullerusa, Belpuig, Anglesola y otros pueblos, realizando y mejorando la parte cardinal de su sistema en punto á la guerra del principado: el 18 batió á los carlistas sobre san Miguel de Terrades, obligándoles el 16 á levantar el sitio que tenian puesto al pueblo de Prast de Llausanes y al regresar el 18 mandó personalmente la accion de san Feliu de Sasserra. El 29 á la cabeza de una division, dió la accion de Capsacosta, marchando sobre san Juan de las Abadesas que tenian sitiado

los enemigos. El 2 de agosto se adelantó sobre Camprodon donde se le reunieron los restos de la division Osorio que habian estado largo tiempo encerrados en Puigcerdá. El 10 auyentó á la cabeza de la division de vanguardia, á los carlistas que combatian á Torrellas, salvando la guarnicion y nacionales de este pueblo. Por último el 28 se abrió de nuevo, las formidables gargantas de Capsacosta y san Pau, derrotando al general en gefe carlista Urbiztondo y obligándole á levantar por segunda vez el sitio de san Juan de las Abadesas.

Tampoco estubo ocioso ni desgraciado el BARON, en la campaña de 1838. En los dias 3 4 y 5 de febrero rechazó los ataques de los carlistas, conduciendo un comboy á la plaza de Cardona. El 1.° de marzo peleó con Tristany y le venció cerca de Biosca. El 16 ocupó la villa de Ripoll. El 5 y 6 de abril alcanzó notables ventajas sobre los carlistas que sitiaban á Suria. El 17 libertó á Monistrol de Monserrat del estrecho acedio que sufria, El 27 emprendió el sitio del castillo de Oris, del que se apoderó el 30, habiendo capitulado la guarnicion. Los últimos dias de julio, desde el 19 al 29, invirtió el BARON en la reconquista de la ciudad de Solsona, que los carlistas habian fortificado esmeradamente. Este interesante hecho de armas forma uno de los timbres mas gloriosos del BARON; la pericia que desplegó entonces solo puede compararse con la disciplina y hábitos de constancia que habia contraido el soldado, educado bajo sus órdenes y que demostró en aquella dificil ocasion, pero la relacion delatada de este suceso pertenece al cuerpo de la *Historia*. Como galardon debido á los esfuerzos de MEER y á la importancia del acontecimiento, se le concedió la gran cruz de Cárlos III libre de gastos y derechos.—El 3 y 4 de agosto mandó las acciones de Churiguera y el Estany; acompañando un comboy á la espresada ciudad de Solsona. El 5 y 6 de noviembre las ocurridas sobre Solsona y Bergues. El 9, 10, 11 y 12 de diciembre las de Sors, Pualfi, Astarin, y Tirbia y las operaciones sobre Viella en el valle de Aran, apoderándose de la artillería enemiga, por cuyos servicios mereció bien de la patria con el egército de su mando, segun declaracion de las córtes y real decreto que se espidió.

El año de 39 abrió la campaña por la toma de la villa de Ager, punto perfectamente fortificado y del que se apoderó el BARON por asalto despues de los ataques y embestidas de los dias 10 11 12 y 13 de febrero. Fortificó el pueblo de Biosca, habiéndose apoderado de él por la fuerza de las armas el 2 de abril, y le dotó con la correspondiente artillería. El 12 batió á los carlistas en el reconocimiento que dirigió sobre sí Eslansy; el 16, 17 y 18 los rechazó sobre Paudells y Peracamps, y finalmente los obligó el 4 de marzo á levantar el sitio que tenian puesto al recinto interior de Manlleu, donde se habia replegado y defendia la guarnicion, despues de perdido el recinto esterior.

Tal es el relato fiel aunque breve de las operaciones emprendidas por el BARON DE MEER mientras desempeñó el cargo de capitan general de Cataluña. La conducta militar del BARON esta inmaculada, bien se la miré en esta última época, bien se arranque la consideracion desde un periodo mas remoto; desde su advenimiento á la carrera de las armas. Pero la fisonomia moral del BARON ha quedado hasta aqui imperfecta y desfigurada, por que la falta un rango cumplimentario; el de su política como autoridad. Dificil, ó muy dificil es que el pensamiento penetre por entre los asertos de las pasiones palpitantes todavía, y se apodere de la verdad, tal como debe ser y tal cual pertenece á la historia, es decir pura y alambicada de todo sofisma y error y esta dificultad se aumente mucho porque los pocos datos que hay valederos en este punto apenas arrojan luz sobre la marcha de la idea que conviene desenvolver. Limitarémonos por consiguiente á presentar los hechos culminantes y las principales culpaciones que se han dirigido al BARON, procurando discernir aquellos y estas de la manera su equitativa é imparcial y lo mas en armonia posible, con la lógica de las cosas.

Cuando el Baron de Meer fué nombrado para desempeñar el mando militar del Principado, sus amigos y enemigos, los que esperaban y temian su venida, con intenciones bien opuestas, le calificaron unanimemente, de firme adicto al partido moderado. Sin embargo esta calificacion era una profecía, un deseo, una palabra de odio; todo menos una creencia verdadera, porque no tenia hecho alguno sobre que apoyarse. Militar MEER desde los albores de su vida, hijo por decirlo así, de los campamentos, habia contraido una educacion dura y sobria y un hábito de disciplina que jamás se desmintió. Las revoluciones pasaron á su lado, hirieron muchas de sus relaciones, trastornaron su posicion pero no llegaron á su corazon. Hombre

severo y muy aferrado á la buena moral de su noble profesion, creia que el militar al lanzarse en las revoluciones rompe con todos sus deberes pues nacen todos del primero que es el de velar por el órden y que la anarquia del ejército aunque sea momentánea trasciende á todas las clases, á todos los intereses vitales de la sociedad y puede conducir á los mas grandes desastres ó á los mayores crimenes y tal vez á unos y otros. Un hombre de este temple y con esta rigidez de principios, no acepta ni repudia un sistema político por la belleza de sus formas, sino por su fondo de justicia y rectitud y procura oponer la misma remora y resistencia al trastorno y desnivel de las poblaciones, que á la insubordinacion del ejército. Precisado de este modo el caracter de Meer, es facil concebir no que fuera moderado el año de 1837 sino que debia insensiblemente inclinarse á las ideas que representaba esta palabra. El partido liberal moderado, era en nuestro pais como en otros de Europa, una transiccion con las circunstancias, era un anillo que enlazaba las conquistas del pensamiento con las tradiciones y costumbres y era al menos en el nombre, el campeon de la ley. Se le llamaba tambien *conservador* no porque protegiese la inamovilidad de las ideas politicas cuya tendencia pertenecia al partido absolutista sino porque era su mision defender el órden y los poderes, contra las repercusiones revolucionarias.

Meer imbuido de estos mismos sentimientos, pertenció desde luego virtualmente al partido que los profesaba y en la precision de elegir una fórmula ó un color politico, prefirió como era natural el de este partido. Hé aqui la conjetura convertida en hecho y anulada la suposicon de los que han hecho al Baron de Meer partidario ardiente y luego de un sistema. La conducta pública del Baron dió lugar en aquella época de susceptibilidades á muchas de esas suposiciones gratuitas y ofensivas. Fué en efecto su gobernacion briosa y enérgica hasta rayar algunas veces en dura: verdad es que aun en los estremos mas justos hay siempre alguna violencia y estaba entonces legitimada por las circunstancias. El carácter altivo é independiente del pueblo catalan, enardecido entonces por el fuego de la revolucion se revelaba contra el órden, y promovió en algunas ciudades conmociones inevitales. Una de ellas, acaecida en Barcelona el 4 de mayo de 1817 cuando meer se hallaba en sus primeras operaciones, causó vencida grandes desgracias y vencedora tal vez se hubiera estendido á toda la nacion. Al regresar Meer tomó providencias tan decisivas que la tranquilidad renació para no turbarse mas durante su dominacion. No obstante en algunas publicaciones modernas y en nuestra Historia de la *Guerra de Cataluña* se acusa á Meer de haber abusado de sus facultades, suprimiendo algunos batallones de la milicia nacional de Barcelona, separando algunos funcionaros y corporaciones subalternas, conservando otros contra la voluntad del gobierno, defiriendo el cumplimiento de algunas leyes revolucionarias y proscribiendo a infelices industriales, padres de numerosas familias.

Estos cargos son muy graves y vulneran profundadamente la reputacion de Meer, pero si estuvieramos autorizados para descorrer una punta del velo que cubre los misterios de su vida, como funcionario público, acaso se reputaran como hecho, de simple obediencia, los que ahora se califican como actos de inaudita arbitrariedad. No puede suponerse en efecto que el Baron que iba á mandar en un territorio muy vasto y en época tan agitada, careciese de instrucciones secretas y estraordinarias para casos estraordinarios tambien y de cualquier modo el pensamiento de un gobierno que anhela sostenerse y se defiende contra la iracundia de los partidos estremos, autoriza a sus delegados implicitamente al menos para desplegar la energia necesaria tan testa, tan absoluta y tan legitima, que se concibe en el derecho de defensa, y como exige el sentimiento de propia conservacion. Tampoco puede condenarse sin examen el hecho de suspender la aplicacion de algunas medidas dictadas por el gobierno. Las mejores disposiciones se hacen malas cuando no se realicen oportunamente y en una sociedad doliente é irregulada como lo era la catalana se necesitaba una prudencia esquisita para emplear los remedios. Bueno es tener en cuenta por otra parte que la filantrópica es la mas seductora pero tambien la mas falsa mascara del mundo y que cuando se emplean las consideraciones humanitarias para motejar la conducta de un sujeto, pierden aquellas mucho de su mérito si se prueban en la piedra de toque de la esperiencia y se sujetan á la razon. La humanidad tiene fueros muy sagrados, pero se invocan con mucha frecuencia en perjuicio de ella misma. Si Meer engeñado por las apariencias, proscribió á algunos inocentes.

lo cual no está probado, de deplorarse pero no debe estrañarse que olvidase en alguna ocasion azarosa, las fórmulas por el espíritu de la ley porque en las crisis de los individuos un momento decide de la vida ó la muerte y los trámites de los tribunales con largos é inciertos como toda ostentacion de justicia. Estas observaciones desprendidas de las calamitosas circunstancias en que Meer se halló colocado podrán ayudar algo al juicio imparcial del lector sobre la marcha política de este hombre notable durante el primer periodo de su mando en Cataluña, pero todavia esclarecerá mas este punto el recuerdo de sus principales hechos. Cuando llegó MEER al Principado en 1837, la anarquia levantaba en todas las partes la cabeza, el egército estaba desmoralizado y sin disciplina; los carlistas fuertes por su número y mas todavia por la debilidad de sus adversarios, se lanzaban á las mas audaces empresas y una administracion impávida complicaba estos males de un modo indefinible. La conducta del Baron llena de tino y firmeza cambió en gran parte la faz de esta situacion angustiosa. Al promediar el año de 1839 hasta sus periodo alcanza la narracion, el órden estaba asentado sobre sólidas bases, el ejército se hallaba perfectamente organizado y disciplinado; las victorias del Baron habian impuesto á los carlistas y un sistema administrativo, dado y planteado por Meer desvaneció la penuria mas urgente, restableció el crédito muy abatido y proporcionó á las clases civiles y militares sino la comodidad, al menos un alivio decoroso y fácil de su indigencia pasada.

Estos resultados altamente beneficiosos para la causa de la reina y de las instituciones liberales grangearon á MEER muchos y poderosos amigos, pero tambien tenia enemigos de doble linage, personales y de partido, que trabajaron con indecible ardor en su ruina y pusieron en juego influencias muy elevadas que se dió por segura su separacion del caso que egercia. Apenas circuló esta noticia con la de la introduccion de algodones ingleses en el reino, cuando el ayuntamiento de Barcelona dirigió á la reina gobernadora con fecha 14 de marzo de 1839 una esposicion en la cual se halla el notable párrafo siguiente.

«*Para Cataluña el arrancar de su seno al campeon que va guiando sus lujos á la victoria y siendo mas cada dia el ídolo de los pueblos y el espanto de los enemigos es un fallo de reprobacion de un sistema de órden y de economía y un premio que la política ha guardado siempre para los generales desafortunados y para los pueblos ingratos.*»

Pero este voto emitido por la segunda corporacion municipal de la monarquía no balanceó el influjo de los adversarios del Baron se habian sabido adquirir en el seno del gobierno y de las cortes. Meer mismo á pesar de su carácter enérjico y deseando de luchar con obstáculos y contrariedades y de ver, en cuán poco se apreciaban por algunos sus detestados servicios habia hecho repetidas veces dimision de su destino que le fue admitida por el 13 de junio de 1839. Señalósele el cuartel para Valladolid y habiéndose dirigido á este punto el referido 13 de junio por la via de Francia (de cuya resolucion dió cuenta, desde Porvendres á la reina gobernadora.) cayó enfermo y obtuvo licencia de cuatro meses para pasar á la nacion limitrofe. Por otras reales órdenes de 3 de setiembre y 31 de diciembre se le concedieron nuevas prorogas hasta que en julio de 1841, le fue negada por el regente, pero como él no obitante permaneciese en aquel punto, fue dado de baja en el egército.

La reaccion de 1843 trajo á Meer al suelo patrio y le devolvió un rango en la milicia. Esperimentó de nuevo el Principado disturbios y graves desazones y como eran notorios los precedentes y dotes del BARON, el gobierno le confirió por segunda vez el mando de Cataluña.

Correspondió MEER dignamente á las esperanzas que dél se habian concebido. Llegó á Barcelona á mediados de diciembre tomó posesion de su destino el dia 7, y poco despues marchó á la cabeza del egército, que bajo las órdenes del general Prim, bloqueaba el castillo de San Fernando de Figueras ocupado por los insurgentes centralistas. Nos detendremos en algo en la narracion de este suceso, ya porque su importancia lo requiere, ya porque se ha hecho de él ligera mencion en el *cuerpo de la historia*.

Eran los centralistas en número de tres á cuatro mil hombres, tenian ese valor obstinado que nace del carácter catalan y que se acrecienta en los feroces momentos de entusiasmo por una causa cualquiera. Atmeller un gefe de espíritu, activo, inquieto y fogoso, obtenia su simpatía y confianza, estaban bien provistos de víveres, artilleria pertrechos y útiles de guerra, contaban con la cooperacion de otros puntos, eran dueños de un castillo formidable por su posicion topográfica, y mas todavia, por los esfuerzos

Digitized by Google

del arte asociados á los de la naturaleza. El Baron en vista de estas circunstancias, redobló sus preparativos, estrechó el bloqueo y tomó tan atinadas disposiciones, que los insurgentes se entregaron por capitulacion el 13 de enero de 1844. La pericia del Baron habia roto el primer eslabon de una larga cadena de infortunios. Tampoco economizó Meer el rigor en esta segunda época, pero la parte sensata de la nacion, aprobaba su conducta porque le consideraba necesaria. Habia atravesado una oleada tan turbulenta que reputaba la guerra como el mayor de los males. Y á la verdad un dia de guerra produce mas desgracias y perturbaciones sociales que la accion mas enérgica de las leyes durante un siglo.

La munificencia de la jóven reina recompensó pronto á Meer de los distinguidos servicios que habia prestado á su trono. Por real decreto de 15 de agosto de 1843, espedido en San Sebastian, fué nombrado senador del reino. Por otra del 18 de enero de 1845 se le hizo merced del título de Castilla para sí y sus descendientes, con la denominacion de conde de gra y vizconde de la lealtad. En 29 de setiembre de 1846 se le nombró gentil-hombre de Cámara con ejercicio y ya en 6 de enero de 1845 se le habia conferido el cargo de presidente del tribunal supremo de guerra y marina. Desempeñando este elevado destino; se halla el baron de Meer en la actualidad y despliega y hace desplegar á sus dependientes en el cumplimiento de sus difíciles atenciones, la misma exactitud inflexible y el celo áustero que forman el fondo de un caracter.

Tampoco se han entibiado con el tiempo, ni su valor, ni su lealtad, pues cuando estallaron los tristes sucesos del 7 de mayo último, se le vió acudir presurosamente á palacio, tomar el mando de las tropas que habia en aquel recinto y permanecer en este punto, hasta que fué sofocada la insurreccion.

Con estos hechos y estas pruebas ha llegado el Baron de Meer á la jurisdicion de la historia. Esta no puede todavía juzgarle en definitiva, porque vive y está sugeto al influjo de las circunstancias, aunque es difícil que un caracter de un temple como el suyo, sufra profundas modificaciones de parte de estas, pero sí declarara que su conducta militar ha sido intachable y que su conducta política en el principado, fuertemente zaherida, está justificada por la esperiencia, cuyos fallos son indeclinables.

Digitized by Google

EL CONDE

DE ESPAÑA.

Es un compendio de la vida del célebre Conde de España mas bien que una biografía, lo que vamos á escribir. Pocos personajes han adquirido la celebridad del que nos ocupa; pocos tambien han bajado á la tumba mas apostrofados y siendo menos conocidos los particulares de su vida. Vamos á narrarlos, con la severa imparcialidad del historiador. Alabaremos lo que de loar sea, y no se manchará nuestra pluma borrando la sangre que empañen los blasones de don Cárlos Espagne.

Durante la vida del conde, han pasado los mas estraordinarios sucesos del mundo. Hijo de la sociedad antigua, la vió subir al cadálso con su rey; en vano luchó toda su vida por restaurarla. Desde el año de su nacimiento hasta el de su trájica muerte, han pasado muchos siglos para los pueblos.

Don Cárlos Espagne, nació en 1775

Digitized by Google

en el condado de Fois (Francia), frontera de España; en cuyo condado, habian sido antigüamente sus ascendientes los príncipes soberanos; poseyendo á Caminges y el pais de Couserans. *Su padre, el marqués de Espagne*, teniente general, le destinó jóven al servicio de las armas, siguiendo el uso de aquellos tiempos en que los menores de familia solo podian obtar entre el claustro y los campamentos. El jóven cárlos espagne, entró en una compañía de la despues célebre Casa Roja de Luis XVI, que su padre mandaba.

Jóven aun, fué testigo de los grandiosos y horribles sucesos de la revolucion de su pais, que hizo rodar en la guillotina las cabezas de su padre y de muchos de sus parientes. Testigo espagne de estas sangrientas ejecuciones, concibió un odio mortal á la revolucion que le despojaba al mismo tiempo de sus aristocráticos blasones. Márchase entonces con su hermano primojénito al ejército de Condé, é hicieron juntos esta desgraciada campaña, hasta la disolucion de las malparadas fuerzas de aquel célebre enemigo de la revolucion.

Marchó don cárlos á Inglaterra, y en virtud de una Real órden comunicada por el duque de Alcudia al marqués del campo, entonces embajador de España en la córte de Lóndres, pasó al servicio de España abandonando el de la Bretaña, é ingresó de segundo teniente graduado de capitan en el batallon de la reina, en 11 de enero de 1792. Combatió á sus compatriotas y á los ingleses en las dos guerras que tuvimos con estas, sirviendo, en virtud de real órden, de ayudante de campo del capitan general don Juan Miguel de Vives, y del comandante general don Felipe Ramirez; desempeñando en su destino comisiones reservadas de la mayor consideracion que le captaron el aprecio de sus gefes.

En abril de 1796, era primer teniente del regimiento infantería de Borbon. Al comenzar la guerra de la Independencia estaba espagne en el ejército de Cataluña de ayudante, hallándose en todas las acciones que se dieron en aquel principado. De aquí pasó á Castilla la Vieja, en la misma calidad de ayudante de campo del general Vives, combatiendo y distinguiéndose notablemente en las acciones que se dieron estramuros de Ciudad-Rodrigo, en abril de 1809: mandaba Espagne una corta fuerza que, no solo se habia dedicado á protejer á nuestros partidarios, sino á incomodar al jeneral Lapisse colocado entre Ledesma y Salamanca. Agregado despues al jeneral Wilson se halló en la accion de Barba del Puerco, y en la que se dió cerca de Alcántara en el mismo mes y años citados. Mandaba entonces como comandante el batallon de tiradores de Castilla, y asistió á la defensa del Puerto de Baños, por la cual se le dió el grado de coronel en 19 de agosto de 1809. El 18 de octubre del mismo año peleó en la célebre batalla de Tamames, y en los ataques de Fresno, Medina del Campo, Alba, Puerto del Pico y Caceres, por los que fué ascendido á brigadier en 14 de marzo de 1810; y continuó mandando una brigada de la division, de la que era comandante general el mariscal de campo don Cárlos O'Donnell.

En 18 de mayo hizo Cárlos Espagne un reconocimiento sobre Trugillo: cercó el convento y las casas del general y comandante; y despreciando el vivísimo fuego que por las troneras de los edificios y con la artillería del castillo hacia el enemigo, le atacó con valor matando á un oficial y dos soldados en la casa del comandante. Al siguiente dia se retiró Cárlos Espagne á Sierra de Fuentes.

El 18 de mayo de 1810, peleó en las acciones de la Roca sobre Trujillo; y en 27 de julio, en la de las inmediaciones del fuerte de la Alcoleta y en el asalto del mismo, que se dió de su órden, el 31 de dicho mes, mandándole en persona. Hizo prisionera la guarnicion francesa compuesta del regimiento 70 de línea. En 23 de diciembre se halló en la accion sobre Abrantes.

La guerra se hallaba entonces en su mayor incremento; y como es consiguiente las arbitriaridades y crueles atropellos se sucedian sin interrupcion. Espagne, como militar y rígido observante de la ordenanza y leyes de la guerra, se condolía ó mas bien se exasperaba de algunos actos de barbarie, y con ánimo de ponerles coto, dirijió la carta que vamos á estractar, notable por mas de un concepto; pues ella nos evita el ocuparnos de ciertos pormenores de que trata.

Valencia de Alcántara 25 de octubre. El mariscal de campo don Carlos de España *al general francés Thiebault.*

»Exmo. Sr: Habiendo sido nombra»do por el gobierno nacional y lejítimo, »comandante jeneral de las tropas de »S. M. Don Fernando VII, nuestro ama-

»do soberano, en la provincia de Castilla »la Vieja, y encargado del gobierno polí- »tico y militar de sus pueblos; bajo las »órdenes inmediatas del Exmo. Sr. don »Francisco Javier Castaños.. .. habia »creido no tener motivos sino para con- »gratularme de hallar á V. E. al frente »del sétimo gobierno establecido por las »armas francesas en España, asi porque »tenia presente el distinguido nombre »del padre de V. E. como porque sabia »por la voz pública su carácter modera- »do; y me lisonjeaba que, conforme á él, »y sin faltar á sus deberes como militar, »sabia templar los males horrorosos de »esta guerra sin ejemplo, por la injus- »ta agresion, y que nunca debió empe- »zar si la ambicion y la violencia hubie- »ran sabido respetar la justicia y la vir- »tud de una nacion ilustre en todos los »tiempos ....

»Pero la conducta infame que acaba »de observar el general Mouton, coman- »dante de las tropas que entraron en Le- »desma, no sé si por órden de V. E. ó de »otro jeneral superior, mandando asesi- »nar á unos soldados del batallon de ca- »zadores de Castilla veinte y cuatro ho- »ras despues de haberles hecho prisione- »ros; me pone en la dura y sensible pre- »cision de mandar pasar por las armas á »igual número de prisioneros franceses, »conforme á las órdenes que tengo, ór- »denes justas, y dirigidas á contener los »escesos y brutalidad de algunos jenera- »les franceses, que como el tal Mouton, »deberán sin duda haber salido del establo »revolucionario, y que han querido so- »brepujar en barbarie y ferocidad á los »incultos habitantes de algunos cantones »del Africa, y á quienes la posteridad »pedirá siempre cuenta de los actos de »inhumanidad cometidos y de la justa »venganza á que han dado lugar.

»Es preciso que V. E. entienda y ha- »ga entender á los demas jenerales fran- »ceses, que, siempre que se cometa por »su parte igual violencia de los derechos »de la guerra contra las mismas órdenes »del Emperador, ó que se atropelle algun »pueblo ó particular, repetiré igual cas- »tigo inexorablemente en los oficiales y »soldados franceses, de los que me traen »diariamente un buen número, y de es- »te modo se obligará al fin á conocer que »esta guerra no es como la que suele ha- »cerse entre soberanos absolutos que sa- »crifican la sangre de sus desgraciados »pueblos para satisfacer su ambicion ó por »el miserable interés, sino que es guerra »de un pueblo libre y virtuoso, que de- »fiende sus propios derechos y la corona »de un rey á quien libre y espontánea- »mente ha jurado y ofrecido obediencia »mediante una *constitucion sábia que »asegure la libertad política y la feli- »cidad de la nacion*.

»V. E. no deberá estrañar que yo le »escriba esta carta, porque la justicia y »la buena conciencia son siempre fran- »cas, y se adelantan á dar razon de sí »mismas, mientras que la política obra »con otros rodeos para encubrir la perfi- »dia y llevar adelante las miras de la ti- »ranía.

»Podria citar á V. E. muchos ejem- »plos de la humanidad y nobleza con que »los generales de las tropas nacionales y »reales de España; oficiales y solda- »dos, y los cuerpos francos han trata- »do á los generales, oficiales y solda- »dos enemigos que han venido a asolar el »suelo de la España (cita á aqui varios »hechos). Compare V. E. esta genero- »sa conducta con la infame de un »Mouton y de otros que como guerrero, »ha merecido la desaprobacion del empera- »dor Napoleon, segun órdenes interceptа- »das. Pero señor general, tenga V. E. »entendido, y haga entender bien, que la »generosidad tiene sus límites, y que la »venganza nacional se ejercitará siempre »que sea necesario.

»He sabido que los leales y valerosos »soldados españoles que se hallaban pri- »sioneros en Salamanca, han salido de »aquella ciudad atados con un dogal por »el cuello de dos en dos, como de los bra- »zos, cuando iban libres los demas prisio- »neros del egército aliado. Tenga V. E. »entendido que este será el modo con »que mandaré viajar á los oficiales y sol »dados franceses hasta que me conste que »sus generales tratan á los españoles, fie- »les defensores de su pátria, de cualquier »cuerpo ó denominacion que sean, con la »humanidad que prescriben los mismos »derechos de la guerra; en la inteligencia »de que la conducta que se observe será »el modelo de la mia, la que mandaré »tambien á los cuerpos patrióticos, que »se hallan tan aprobados por el gobierno »como las tropas de línea, y que »todos forman un mismo ejército.

....

....

»Nosotros mantendremos la guerra; y »nuestros hijos, que se están criando á la »vista de sus mismos opresores, caba- »rán de vengar á nuestra amada pa-

»tria. Yo, señor general, tengo un hijo; »mi opinion es la de todos los espa- »ñoles, escepto la de un cortísimo número »que así como no han sabido ser espa- »ñoles, no pueden ser franceses: á este »hijo, despues del temor de Dios, lo úni- »co que le encargo es una guerra eterna »á los opresores de su pátria, y que con »las armas, sin apartarse del camino del »honor y de la fidelidad, tome venganza »de los insultos hechos por los franceses »á nuestra santa religion, á nuestro amado »soberano Fernando VII y á la nacion en- »tera; y bajaré contento al sepulcro, por- »que tengo la certidumbre de que mi hijo »cumplirá con mi encargo. No crea V. E. »que soy yo hombre de opinion exaltada, »soy al contrario uno de los españoles mas »moderados; pero lo que huele á injusti- »cia y á violencia, me repugna sobre todo, »y hiere mi alma en lo mas sensible.

»A mí me es indiferente que V. E. me »conteste ó no, porque yo sé indudable- »mente que este escrito llegará á sus ma- »nos, y me servirá de gobierno la conduc- »ta que V. E. y los demas gefes observen »despues de su recibo.—Dios guarde á »V. E. muchos años, pero fuera de Es- »paña.—Campamento á la izquierda del »Tormes y octubre 12 de 1811.—Cár- »los de España.—*Exmo. Sr. general »de division, gobernador del sétimo »gobierno francés, Thielbault.*»

El militar que así se espresaba, de ori- gen francés, pero de corazon español, ya habia derramado su sangre en defensa de la Independencia española, en el ataque contra los enemigos que sitiaban á Ba- dajoz, en el que asaltó á la cabeza de la brigada la batería de la derecha de la lí- nea sobre el cerro de san Miguel, de la que se apoderó resultando herido en el pie izquierdo, por cuya accion se le con- firió una medalla de honor, y el nombra- miento de comandante general de la van- guardia del quinto ejército. Combate lue- go en Evora; y en el primer sitio de Ba- dajoz, manda la primera division de in- fantería del citado quinto ejército, cuyo mando tuvo desde el 8 de mayo hasta el 15 del mismo, que se reunió al egército bri- tánico, en el cual luchó en la célebre batalla de la Albuera, contra las fuerzas que mandaba el mariscal Soult. Mandó en- tonces Cárlos Espagne una division, y fué herido de un golpe de lanza en el brazo izquierdo. Entonces, 23 de junio de 1811, fué ascendido á mariscal de campo.

Desde el 3 hasta el 16 de julio siguiente que se levantó el segundo sitio de Bada- joz le tuvo esta ciudad ante sus muros, mandando la misma primera division á las órdenes del general don Pedro Agustin Giron. Luchó luego en Castilla en las ba- tallas del 25 y 26 de setiembre, reunido al egército aliado y mandando á las tropas disponibles para ocupar la izquierda del mismo; y el 28 de noviembre derrotó á los batallones enemigos que habian ido á saquear las riberas del rio Alagon y la sierra de Francia.

Ya era por este tiempo segundo co- mandante militar y político de Castilla la Vieja, por nombramiento de la regencia: levantó y organizó entonces la tercera di- vision del quinto egército; concurrió con ella al sitio de Ciudad-Rodrigo, y asistió á su asalto al lado de Wellington, ter- minando gloriosamente la campaña de 1811.

La del siguiente año, la hizo con la misma division, con la cual concurrió á la célebre jornada de Salamanca en union del egército aliado; entra este triunfante en Madrid, le acompaña Cárlos Espagne, y el duque de Wellington, le nombra co- mandante general militar y político de la capital y su provicia, aprobando la regen- cia este empleo que desempeñó hasta la evacuacion de Madrid por los aliados.

Cárlos Espagne egercia entonces el principal poder en Madrid, era la au- toridad, no solo mas caracterizada, sino tambien la que se veia cercada de mayor prestigio y gloria por sus brillantes hechos de armas, y en especialidad por el último de Salamanca á que contribuyó bizarra- mente. Así le vemos á la cabeza de todas las corporaciones y en todos los actos pú- blicos, siendo uno de los mas notables que tuvo lugar, el de la felicitacion de la villa al que se habia inmortalizado en Ciudad-Rodrigo y Salamanca.

En efecto; en la mañana del 22 de agosto (1812) el nuevo ayuntamiento de Madrid, salió en cuerpo de las casas con- sistoriales con las ceremonias de estilo, bajo la presidencia de Cárlos Espag- ne, dirigiéndose al real palacio con el objeto de cumplimentar al Exmo. Sr. capitan general duque de Ciudad-Rodri- go, á quien Espagne dirigió en nombre de todo el ayuntamiento la palabra: em- pieza por ofrecerle la espresion sincera de su respecto y gratitud; le felicita por sus repetidos y gloriosos triunfos contra las armas francesas cuyo orgullo supo hu- millar en Talavera y Portugal, Ciudad- Rodrigo, Badajoz y Salamanca, conclu-

yendo por pedirle tomara bajo su proteccion la capital de imperio español, de donde acababa de arrojar al enemigo.

Durante la permanecia de ESPAGNE en Madrid, se ocupò en regularizar la administracion militar y política, distinguiéndose en la última por aquella torpe intolerancia que no ha desaparecido aun completamente de nuestra pátria. En un bando que publicó en Madrid el 2 de setiembre de 1812, decia: «*Habiendo llegado á mi noticia por sugetos de acreditado patriotismo, que algunas personas de uno y otro sexo residentes en la capital, han conservado relaciones de correspondencia con los desgraciados españoles que han seguido al gobierno intruso, abusando de la confianza de las autoridades públicas por sus conversaciones y público trato, me hallo constituido en la obligacion de prevenir: que cualesquiera que comunique directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra, con los enemigos de la pátria y del rey, con sus adherentes, será juzgado inmediatamente por un consejo de guerra y sufrirá irremisiblemente la pena pronunciada contra los espías.*»

¿Necesitaban los defensores de la Independencia este rigorismo para vencer á sus contrarios? Si era insignificante la fraccion de los afrancesados, ¿no se les creerá ahora de mayor importancia á la vista de tales mandatos, dictados con mas encono que prudencia? Pero volvamos á los hechos gloriosos de nuestro militar.

Tuvo ESPAGNE que abandonar á Madrid y seguir la retirada del ejército desde el Tajo hasta Ciudad-Rodrigo; acabándose la campaña de este año sin otros importantes sucesos.

Al abrirse la de 1813 era comandante general de la segunda division del 4.º egército: asistió á la batalla que se dió á las inmediaciones de Pamplona y quedó encargado del bloqueo de dicha plaza desde 1.º de agosto hasta el 31 de octubre, que capituló su guarnicion, despues de haber egecutado durante el bloqueo trece salidas, en una de las cuales, puesto ESPAGNE al frente de las tropas, cargó al enemigo, y rechazándolo completamente recibió una herida en el muslo de bala de fusil, que le rompió dos músculos y le dejó estropeado. Debida á él la rendicion de la importante plaza de Pamplona, fué recompensado por el gobierno con una medalla de honor, despues de darle las gracias.

En la campaña de 18 14 mandaba la misma division: pasó reunido al egército aliado el rio Adour, y asistió á la accion del 27 de febrero bajo el cañon de la plaza de Bayona, encargándole el mando de aquella parte de la línea entre el rio Nive y Adour en el bloqueo de dicha plaza; peleando en las salidas que hicieron los franceses en la noche del 14 de marzo, y rechazándolos victoriosamente. Esta es la accion que se cuenta como la última de aquella guerra, y el honor de haberse hallado en ella ESPAGNE, era uno de los que mas le envanecian. Sacó su espada en cuanto pisó el territorio español el primer francés enemigo, y no la volvió á la vaina hasta dejarle humillado en su misma tierra. Ordenes superiores, le hicieron volver á España para encargarse del gobierno militar y político de Tarragona, conferido en 15 de agosto de 1814; siendo destinado en marzo de 1815 al egército de observacion de los Pirineos orientales, á las órdenes del Exmo. Sr. don Francisco Javier Castaños, con detencion del gobierno de Tarragona. Hasta la disolucion de dicho égercito desempeñó el mando de la segunda division del de reserva.

Hasta aqui los hechos de armas en aquella época de CÁRLOS ESPAGNE, caballero ya de la real y militar órden de san Luis de Francia, ostentando varias cruces de distincion concedidas por acciones de guerra; caballero de la real órden de san Hermenegildo, y caballero militar gran cruz y banda de la de san Fernando; elevado despues (27 de agosto de 1817) *á título de Castilla, con el de* CONDE DE ESPAÑA, que acreditó corresponderle como descendiente por línea legítima de los antigüos condes de Cominges y de Foix, y en atencion á los ilustres enlaces de estas familias, y á la fidelidad y amor del rey Fernando, que le dispensó y á sus hijos y sucesores del pago de lanzas y medias añatas.

Nombrado en 26 de diciembre de 1818 segundo cabo comandante militar del principado de Cataluña, le halló en este destino la revolucion de 1820, á la que mostró una decidida oposicion. Fué depuesto de su destino en el mes de marzo; dejó la Península para pasar á la isla de Mallorca en virtud de real órden; y no permitiéndole desembarcar en aquella isla, ni trasladarse á la desierta de Cabrera, grave y enfermo, se vió precisado por salvar su vida del furor de los partidos, á separarse de su muger é hijos, y trasladarse

á un barquichuelo que le condujo al puerto de Mahon en la isla de Menorca, donde fué insultado, perseguido y encerrado en el Lazareto de espurgo con peligro de su vida.

Debemos decir en obsequio del CONDE que, á pesar de tantas adversidades, las preferia y no el deber la hospitalidad á quienes habia combatido y de quien era declarado enemigo, sin embargo de haber nacido eu su suelo. Estos sentiminetos los habia demostrado palpablemente, cuando despues de la paz de Paris, le invitó LUIS XVIII á entrar en el servicio de Francia. EL CONDE DE ESPAÑA respondió rehusándolo, y diciéndole *«que la sangre francesa que tuvo en sus venas habia sido ya derramada por los mismos franceses en el suelo español.* Hasta tal punto llevaba su antipatía por su pátria primitiva, que, cuando se veia precisado a hablar la lengua nativa, no lo hacia sino con mucha repugnancia.

El espíritu de partido hizo traicion á tan nobles sentimientos que los sacrificó el CONDE, por venganza ó por fanatismo. El laureado guerrero que rechazó las ofertas de Luis XVIII por no militar en las filas de sus enemigos, fué á impetrar su auxilio para hollar nuestra independencia; y no á impetrarle solo por obedecer reales órdenes, sino mostrándose hasta oficioso en su cumplimiento. Veamos cómo, y observemos al mismo tiempo la doble conducta de Fernando que, siendo rey constitucional, enviaba emisarios al estrangero para derrocar el sistema que habia jurado y ofrecido marchar el primero por su senda. Hasta ahora todos han tenido la conviccion moral de este proceder de Fernando; mas no han sido muchas ni convincentes las pruebas; la que presentamos, formaba uno de los principales méritos del CONDE, en obsequio de la causa que defendia la monarquía absoluta.

En fin de marzo de 1822, recibió ESPAÑA una órden secreta del rey, y abandonando á su familia y con peligro inminente de su vida, salió de la isla de Menorca en comision reservada, que desempeñó en Paris, Viena y Verona, trabajando en el congreso celebrado en este último punto, *y activando la ocupaci n de España para conseguir el restablecimiento del gobierno legítimo del rey.* Tales palabras] contiene el documento que tenemos á la vista. Preveníale el rey se pusiera de acuerdo con el capitan general conde del Real Aprecio, á quien tambien se lo habia comunicado por reales órdenes.

EL CONDE DE ESPAÑA hizo estos largos y penosos viages sin que percibiera sueldo alguno hasta abril de 1823, en el que se le declaró el de TENIENTE GENERAL empleado mientras durase la campaña.

Ya antes, en 14 de marzo del mismo año, fué nombrado para aumentar y organizar con toda actividad las divisiones realistas y emplear todas sus luces é influjo en favor de la union de los españoles. Trató el CONDE de hacer una fusion de los partidos, pero empezó por unir á los carlistas y terminó por perseguir á los liberales.

En 21 de abril fué nombrado virey y capitan general del egército y reino de Navarra, con todas las prerogativas y fafacultades anexas á dicha dignidad; y en 3 de julio, la regencia que de *motu propio* se formo, le manifestó su satisfaccion, *»en vista,* decia, *de los generosos sen»timientos que le animaban y la in»dignacion de su lealtad conmovida con »la escandalosa tropelía que la faccion »revolucionaria cometió con el rey »N. S. al trasladar su real persona y »familia á la plaza de Cádiz;»* mandando ademas se le diesen las gracias por sus deseos de ser empleado de cualquier modo, y en las ocasiones de mas riesgo que pudieran ofrecerse en las operaciones militares, con que debia lograrse el rescate del rey.

Trabajó el CONDE con el mayor empeño y su celo y actividad fueron remunerados el 14 de julio por la misma regencia nombrándole capitan general del egército y reino de Galicia y presidente de su real audiencia. Quedó sin efecto este nombramiento por hallarse mandando el cuerpo de egército español realista que sitiaba la plaza y ciudadela de Pamplona; cuyo mando desempeñó desde principios de abril, hasta setiembre del ya citado año de 1823, en que dicha plaza capituló; por lo cual se le dieron las gracias en los términos mas lisongeros. En 14 de diciembre se le concedió la gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III y en providencia de la misma fecha, se le nombró vocal de la junta de oficiales generales, auxiliar del ministro de la guerra, para fijar las bases, pié y fuerza de que debia constar la Guardia Real y demas armas del egército. Nombrado capitan general interino del egército y reino de Aragon en 12 de mayo de 1824, se le confirió á los cin-

co dias la presidencia de su real audiencia.

S. M. cristianísima le hizo comendador de la órden de san Luis, en 2 de junio de 1824; y en 23 de diciembre le concedió Fernando la honorífica cruz de fidelidad militar de primera clase.

Comenzamos una época completamente nueva para el CONDE.

A principios de 1825 existian hondas escisiones en el bando realista; los mas acalorados desconfiaban del rey suponiéndole tolerante en demasía; y formaron el partido llamado apostólico, que escogió al infante don Cárlos por su gefe. El mariscal de campo don Jorge Bessieres se presentó en rebelion armada (1) en el mes de agosto; y el 19 del mismo, se nombró al CONDE general de la division de todas armas de la Guardia Real destinada á contener y sofocar esta rebelion que estalló en Getafé y tuvo fin en Molina de Aragon, con el castigo egemplar de los rebeldes, conforme á lo terminantemente mandado por el rey, en real órden del 17 del citado mes, y otras posteriores comunicadas por el ministro de la guerra que conservaba el CONDE. Quizá aparezca algun dia Bessieres como un instrumento de elevados personages arrojado á ser víctima de agenas faltas...!

La gran cruz de la real órden Americana de Isabel la Católica, fué el premio que concedió el rey al CONDE en 28 de agosto; pero no la aceptó, suplicándole verbalmente admitiera su renuncia, lo que hizo el rey convencido de las razones que le espuso. Fué nombrado el 22 de diciembre individuo de una comision para examinar un proyecto de arreglo general de todas las dependencias del ministerio de la guerra, y en 12 de setiembre de 1827, capitan general y general en gefe del egército y Principado de Cataluña, conservando el mando de la Guardia.

El estandarte de la rebelion fué enarbolado en Cataluña como hemos visto en el curso de esta obra; y necesitándose para auxiliar al capitan general marqués de Campo Sagrado, otro gefe de la misma graduacion á quien se encomendase la parte activa de las operaciones militares, fué elegido el CONDE DE ESPAÑA, el cual partió inmediatamente con suficientes tropas en busca de los rebeldes, quienes por momentos acrecentaban sus fuerzas en términos de parecer empresa sumamente problemática y árdua la que antes se presentaba con los síntomas de una conjuracion muy fácil de sofocarse.

Tenia el CONDE la idea de que, los catalanes no obedecen sino á los que temen; y con este absurdo propósito trató de hacerse temer. Un historiador de la última guerra, el malogrado príncipe Lichnowsky, que acaba de ser muerto en Alemania, y militó con el CONDE DE ESPAÑA, se espresa así, hablando del general (2), sin que al escribir sus palabras se crea estamos de acuerdo con ellas; pues reservándonos emitir nuestra opinion, esponemos la suya en prueba de nuestra imparcialidad y para mayor ilustracion de nuestros lectores. «Tomó las riendas, dice, con mano »firme, cortó la cabeza á los gefes de los »partidos, envió á presidio á los mas re»voltosos, y entonces obedecieron todos, »y el órden se restableció.

»La Cataluña no se parece en nada á »las demas provincias de España, es tanto »mas difícil de gobernar, cuanto que en»cierra dos partidos opuestos en intereses; »las montañas y la costa. Las numero»sas y ricas ciudades marítimas, con su »comercio y sus fábricas.... se distinguen »por sus tendencias republicanas.... En »cuanto á Barcelona se la podria comparar »á un vasto pantano cuyas fétidas exala»ciones se estienden á lo lejos; no puede »olvidar los tiempos en que, independiente »del resto de España, se gobernaba por »su propio conde, aquel belicoso Rai»mundo que hablaba como señor á los »reyes vecinos y trataba de igual á igual »con los emperadores de la raza carlo»vingiana, y disputaba á los normandos el »imperio de los mares.

»El pais de las montañas forma gran »contraste con el de las costas, con el que »tiene escasas comunicaciones; pocos ca»minos; un solo rio navegable y nece»sidades diferentes.... raro es quien pe»netra en lo interior de este, mas allá de »las crestas del Monserrat, para visitar »una vez en la vida la Madona milagrosa. »¡Cuán pocos españoles han visitado los »valles de Cataluña á lo largo del Segre, »de las Nogueras, del Cinca, los manan»tiales del Llobregat, los barrancos pro»fundos del condado de Paillase, en los »cuales no es interrumpido el silencio mas »que por el graznido de las aves solitarias »y el martillo de las herrerias! Estos »profundos cráteres de forma antidiluvia-

(1) Véanse las páginas 24 25 y siguientes de este tomo.

(2) Souvenirs de la guerre civile dans Espagne.

»na, donde la noche reemplaza ligera»mente un dia de algunas horas, parecen »hechos espresamente para esta guerra de »guerrillas, de que han sido la cuna, y »se han perpetuado hasta nuestros dias »en su primitiva naturaleza. Este pais y »sus habitantes no han cambiado despues »de la lucha que han sostenido durante »tantos siglos contra el imperio romano: »viven encerrados en sus desiertos y »el solo género de comunicacion que tie»nen con el estrangero, contribuye á sos»tener sus disposiciones salvages y guer»reras.....................................

«Se comprenderá facilmente que los »medios de dulzura y de moderacion, »ejercen poco imperio sobre estas po»blaciones compuestas unas de republi»canos fanáticos y otras de montañeses »medio salvages, y se convendrá conmi»go en que, la tarea del que es llama»do á gobernarles, es de las mas dificí»les. Asi muchos hombres eminentes, »pero faltos de firmeza, han encallado, »mientras otros usando de una severi»dad necesaria, han tenido buen éxito..

»De todos los generales que manda»ron á los catalanes durante esta guer»ra (la de Independencia), el con»de de la Bisbal, fué el solo á quien »temieron, á quien amaron y á quien »obedecieron...............................»

Espuestas las interesantes líneas que preceden, vamos á hacernos cargo de los hechos del CONDE DE ESPAÑA, desde su llegada á Cataluña, debiendo decir antes en contraposicion de lo que espone Lichnowsky de que se necesitan manos de hierro para gobernar á los catalanes que, lejos de creerlo asi el vizconde de Reisel general francés que ocupaba y mandaba á Barcelona y al principado, hasta la ida del CONDE, dijo al rey: *«Que para mantener la tran»quilidad en Barcelona solo bastaban »cuatro hombres y un cabo, pues que »los industriosos barceloneses por na»turaleza inclinados al trabajo y al so»siego solo cuidaban de aumentar su »industria y de obedecer al gobierno »constituido.»*

Acúsase al CONDE DE ESPAÑA por haber mandado ahorcar á los principales gefes de la rebelion de 1827 despues que fueron indultados por el rey; en vida, no lo desmintió el CONDE, á su muerte tampoco lo podemos hacer nosotros.

El rey que habia ido á Cataluña, á cortar con su presencia la insurreccion, marchó á Valencia á recibir á su esposa, y en tanto entró el CONDE en Barcelona á la cabeza de sus tropas con semblante severo é imponente; dando al punto la órden para que se presentasen en las casas consistoriales, cuantos individuos habian pertenecido á la milicia nacional.

Seis batallones se habian formado en Barcelona durante la época constitucional, y por consiguiente muchos eran los que á ella pertenecian. Pero todos se presentaron con serenidad en las casas consistoriales sin escusarse ni ocultar su nombre. A las 11 de la noche el acuerdo reunido, resolvió se retirasen á sus hogares hasta segunda órden. El objeto de aquella reunion era, segun se dijo, saber si habia algun individuo que tuviese armas, municiones, vestuario ó algun otro efecto perteneciente á la milicia.

El CONDE tenia sin duda trazado el plan de la marcha política que habia de seguir en Cataluña y especialmente en Barcelona. Todas las autoridades subalternas de esta le eran afectas: el conde de Villemur como gobernador de la plaza y don José Victor de Oñate como subdelegado de policía parecian de acuerdo con ESPAÑA, en inaugurar una época de terror en la tranquila capital.

Formóse desde luego una policía secreta de la hez de la sociedad de criminales sacados de los presidios y de otras personas de este jaez. Entre ellos mismos se hallaba comunmente el delator y los testigos. Se daba el baston y colocaba á la cabeza de un barrio, vestido ya con levita, al que se vió salir el dia antes de las montañas, con calzon corto, gorro encarnado y melenas hasta los hombros.

El CONDE por su parte no se olvidó de elegir fiscales suficientes sometidos á su voluntad. Con este aparato teatral, solo restaba abrir la escena de horror.

Dióse de repente la voz de que existía en Barcelona una horrenda conspiracion cuyo objeto era proclamar la constitucion de 1820. Cuando toda la ciudad descansaba en el mayor reposo, cuando sus honrados é infatigables habitantes procuraban disputarse el ingenio, cunde la desolacion y el infortunio en todas las familias. Esposos, padres, hijos, hermanos, eran arrebatados de sus casas separados de los brazos de sus familias para ser conducidos á la ciudadela. De treinta en treinta, de cuarenta en cuarenta eran en una noche sorprendidos y encerrados en lóbre-

gos calabozos. Las cárceles, los fuertes no podian contener en sus recintos mayor número de desgraciados. No se atendia á estado, condicion, empleo ó gerarquia. El noble, el honrado artesano, lo mismo que el oficial ó gefe que encaneció derramando su sangre y dando dias de gloria á su patria, eran mezclados en negras mazmorras con el salteador ó el asesino. Cargados de hierro, incomunicados, y sin permitírseles ni aun llevarles la comida, pues se les obligaba á que la tomasen de la cantina á triplicado precio, pasaban meses enteros sin recibírseles declaracion, y cuando llegaba el caso de tomarse esta, lo hacian los fiscales con cargos, amenazando á los acusados con la horca sino declaraban la verdad: ocultábanse los nombres de los acusadores, y en vano suplicaban los desgraciados mártires se les carease.

El primero que pereció víctima de tan brutal despotismo fué don José Ortega: tantos fueron sus padecimientos en Monjuich, que prefiriendo acabar de una vez sus dias, á sufrir una muerte tan cruel y lenta, resolvió suicidarse haciéndose una incision en el brazo con un hueso de gallina, que no produjo efecto. Cuando vieron sus enemigos la camisa bañada en sangre, le registraron y hallándole la incision le trasladaron á la ciudadela. Allí con doce mas, fué fusilado á las 6 de la mañana del 19 de noviembre de 1828 (1).

El estampido del cañon anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los inanimados troncos de las víctimas ser conducidos por presidarios á la horca, de antemano puesta en medio de la esplanada frente á la ciudadela. La sangre, los destrozos de sus cráneos se veian con horror derramados por uno y otro lado: los perros acudian á comerse los sesos que se desprendian de la cabeza de aquellos desgraciados: el verdugo se apoderaba de los cadáveres que arrastrados por la escalera de la horca teñian con su sangre los escalones, haciendo glorioso el lugar de los suplicios. No bastaba con fusilarlos: era preciso colgar los cadáveres en la horca... qué horror...!! ¡Y el mismo CONDE DE ESPAÑA, fué á gozar de este espectáculo...!

Barcelona estaba consternada: la tristeza se retrataba en todos los semblantes: los paseos se veian desiertos; la desconfianza hacia enmudecer á los mayores amigos.

Hasta que el cañon hubo anunciado el fatal sacrificio, no se permitió repartir el único periódico que entonces habia en la ciudad (El diario de Brusi). En él apareció el siguiente artículo de oficio, firmado por el CONDE.

—«*El principado de Cataluña gozaba de los preciosos beneficios de la paz debida á la gloriosa y paternal resolucion del rey N. S. (Q. D. G.) de venir por sí mismo á preservarle de los estragos de la anarquía, resultado inevitable de una sublevacion criminal y funesta á la que contribuyeron por una parte hombres pérfidos, enemigos solapados del rey y del estado y otros incautos sin sondear antes el abismo que ellos mismos iban abriendo bajo sus propios pies, y por otra los fautores de la rebelion de 1820. Los que mas diestros en la carrera del crimen aprovecharon mañosamente el concurso de causas y disposiciones preparadas por ellos mismos, como un medio seguro de desunion que abria un nuevo campo á su fementida esperanza, llegando al estremo en aquella crisis lamentable de ofrecer su peligrosa existencia, ofrecimiento que fué rechazado con indignacion, como es notorio á toda Cataluña.*

»*Las tropas Reales observando la*

(1) Estas trece víctimas fueron los siguientes sugetos:

Don José Ortega, coronel graduado que fué, siendo sargento mayor de infanteria y primer ayudante del regimiento de infanteria del infante don Cárlos. En 1820, fué gobernador del castillo de Monjuich, desempeñando este destino hasta noviembre de 1823.

Don Juan Antonio Caballero, teniente coronel graduado, capitan del estinguido regimiento de infanteria de *M*allorca; se hallaba en Barcelona con licencia indefinida.

Don Joaquin Jaques, teniente con grado de capitan, ascendido por *M*ina, sirvió en el regimiento de *M*álaga; se hallaba en Barcelona con licencia indefinida.

Don Juan Dominguez Romero, teniente graduado: fué del E. *M*. de *M*ina, hasta fines del 23: obtuvo licencia indefinida en 1825.

Don Ramon *M*aestre, sargento primero del regimiento infanteria ligera de Gerona.

Francisco Vituri, sargento segundo del espresado regimiento: en 1819 empezó á servir de soldado; y en mayo de 1823 ascendió á sargento segundo.

Vicente Llorca cabo primero del regimiento caballeria del rey: quinto de 1824.

Antonio Rodriguez, cabo primero del mismo regimiento: quinto de 1824.

Don *M*anuel Coto empleado en secretaria del resguardo de rentas.

José Ranonet, cabo primero de artilleria.

*M*agin Porta, paisano, pintor.

Domingo Ortega, paisano.

Don Francisco Fidalgo, profesor de lenguas vivas.

mas laudable disciplina y la mas honrosa conducta, oportunamente distribuidas, aseguraban el sosiego público; restablecido el respeto á los tribunales y autoridades, todos los estados y condiciones restituidos á la pacífica posesion de sus bienes y derechos; es público que las personas y propiedades de todos sin escepcion de compromisos en revoluciones y agitaciones sucesivas, se hallaban igual é imparcialmente protegidas.

»Un cuadro tan satisfactorio para todo fiel vasallo del rey, era un tormento para aquellos hombres avezados á revoluciones que semejantes á las fieras del desierto se alimentan solo con sangre. Agentes de la infame rebelion de 1820, impulsados por sus cómplices de dentro y fuera del reino, trabajaban para volver á encender la tea fatal y sangrienta de la anarquía y de la impiedad! Una conspiracion á la par que criminal en el intento, horrenda en los medios, se estaba urdiendo: Barcelona por su importancia militar y su influencia civil, fué elegida por el teatro en que debian renovarse las escandalosas escenas de 1820, mientras segun resulta de avisos y correspondencias oficiales, revolucionarios refugiados en otros paises se acercaban á la frontera del principado uniéndose á estrangeros, la hez de largas revoluciones, y á la parte mas criminal de la pasada sublevacion, encubiertos bajo el manto de descontentos políticos ó sea agraviados.

»Tales eran los fatales elementos con que se iba engrosando la densa nube que se preparaba á descargar sobre esta bella é industriosa parte de la monarquía, todos sus pestilenciales materiales. Esta es la verdad probada por resultancia de los autos que han pretendido deslumbrar correspondencias (interesadas sin duda) valiéndose hasta de una gaceta oficiosa impresa mas cómodamente al otro lado del Vidasoa.

»La divina providencia que quiere conservar á la católica España con los beneficios de una monarquía paternal los consuelos de la religion, dispuso que feliz y oportuna revelacion manifestase las tramas de los conjurados: las autoridades, fieles á sus deberes tomaron providencias proporcionadas á las circunstancias: varios fueron arrestados, otros buscaron su salvacion en una precipitada fuga: convictos ó confesos los primeros en los autos de acusacion por declaracion, ratificacion y confrontacion, con arreglo á las leyes para semejantes privilegiadas causas, oidos los alegatos de sus defensores nombrados de oficio, segun práctica de los tribunales en causas de esta naturaleza, entre los gefes mas respetables del ejército, por sentencia debidamente consultada y asesorada, el juzgado de guerra ha pronunciado la pena capital impuesta á los conspiradores y sediciosos que atentan á los sagrados, legítimos, absolutos derechos del rey, á la seguridad de sus plazas y dominios, con arreglo á las leyes y Reales decretos de 17 y 21 de agosto de 1825, mandados observar espresamente en este principado, la que anunciada por el cañon de la ciudadela, se ha verificado en la mañana del 19 del actual, en que fueron lanzados á la eternidad los reos confesos ó convictos cuyos nombres se espresan.

»Leales catalanes: cálmense los recelos de vuestra fidelidad y religiosidad alarmadas. El REY *nuestro señor por decreto de su propia augusta mano tiene manifestado que su Real voluntad no permitirá que nuevas, peligrosas teorías y aventuradas doctrinas alteren jamás las venerandas, fundamentales leyes y sabias instituciones de su católica monarquía, que reunen la sancion de la esperiencia de largos siglos de prosperidad y de gloria.*

»Es llegado el tiempo en que los revolucionarios de 1820 y los sediciosos de años posteriores, conozcan que un pronto, necesario y saludable castigo, será el resultado inevitable de sus tramas; que la autoridad legítima que el rey tiene de solo Dios, debe ser respetada y acatada por todos los estados y condiciones.

»No, no se verán ya mas en la católica España los estragos funestos de la impiedad y de la rebelion. Los perversos de 1820, oprobio indeleble de la carrera de la fidelidad y del honor, vendidos vilmente al oro estrangero, espelidos de las filas de un egército fiel, no volverán á atentar contra la seguridad de la monarquía. No, no se verán mas confun-

didos entre viles revolucionarios ninguno de los que pertenecen á los estados y clases que heredan los deberes de constante lealtad al REY, *antes de heredar privilegios y propiedades concedidos á antiguas virtudes y servicios, con la siempre existente condicion de continuarlos. No, no; el capitan general del Principado, los generales empleados en él, y los gobernadores de sus plazas, no dejarán ajar la parte de autoridad que el Rey ha dignado depositar en su fidelidad durante su real beneplácito.*

....

....

»*Los tribunales aplicarán sin contemplacion el justo castigo de las leyes, á las escepciones del Real indulto contra delitos y ofensas públicas, que errores políticos, ni circunstancia alguna puede escusar; y los empleados en todas las carreras se dedicarán por una conducta leal á poner á cubierto la responsabilidad de los que los han propuesto para los empleos que deben á la piedad del Rey.*

»*Pero si, lo que no es de esperar, dejase algun resorte de corresponder á su obgeto, tengan por cierto los fautores de la rebelion de 1820, y los de las sediciones sucesivas que el Rey N. S. no necesita mas que una señal de su Real voluntad para que la España entera, católica y realista en su inmensa mayoría, levante al momento su corazon leal y su esforzado brazo en defensa de los altares de S. Fernando y de S. Luis y del trono de Cárlos III, en que la Providencia se ha dignado colocar un Rey verdaderamente augusto, que no solamente reina sobre las Españas en virtud de la preciosa legitimidad que para la felicidad de los pueblos asegura los mas augustos derechos al paso que marca todos los deberes; pero igualmente sobre los afectos de amor, de gratitud de todos los españoles que solo anhelan con su largo reinado su felicidad, la de la virtuosa Reina N. Sra. y de toda su augusta Real familia.—Barcelona 19 de noviembre de 1828.—* EL CONDE DE ESPAÑA.»

Publicado este escrito, aparecieron varios impresos desmintiendo que hubiese en los procesos ratificaciones, confrontaciones, ni otro trámite que una simple declaracion, y mucho menos careos ni defensas públicas ni secretas; añadiendo que el pintor Magin Porta fué puesto en capilla en lugar de otro á quien por una gran cantidad se le sacó de ella y libró pasaporte para el estrangero.

A las ejecuciones del 19 de noviembre sucedió el destierro de las familias de aquellos desgraciados, destinando ademas á presidio á otras muchas personas.

Todos creyeron que tales actos serian los últimos que afligieran el ánimo de los catalanes; pero el 26 de febrero del siguiente año de 1829 volvió á retumbar en Barcelona el funeral estámpido del cañon de la ciudadela. A poco se ven pendientes del suplicio los cadáveres de cuatro desgraciados, de los once que acababan de ser *lanzados á la eternidad.* Distribúyese el periódico, corren todos con los ojos anegados en lágrimas á salir de la curiosidad, y por ver si está el nombre del padre, del hijo, del esposo, del amigo, el hermano... y vénse en sus páginas los siguientes: El teniente coronel D. José Rovira; el de igual clase D. Felix Soler (1), Joaquin Villar, pasante de escribano; José Ramon Nadal, corredor de cambios, Jaime Clavell, José Medrano, Pedro Pera, Sebastian Puig, Serra, Sanz, Pep Mercaire.

En otra manifestacion parecida á la anterior, dió cuenta el CONDE de estas nuevas terribles egecuciones. En tanto continuaban las prisiones, y el terror y el sobresalto reinaban en la ciudad. ¿Eran tan hondas las raices de la conspiracion? Tan contumaces los rebeldes que no bastaban estos horribles escarmientos repetidos? Serian los últimos? Desgraciadamente no, y tener que continuar refiriendo tan trágicos sucesos es nuestra tarea mas enojosa y desagradable.

Para aumentar la triste situacion de los infelices presos, se les tapiaron los calabozos, so pretesto de que unos á otros se hacian señas. Por befa y escarnio obligaban cada mañana á los presos á que, rodeados de centinelas, sacasen

(1) Seducido este desgraciado por las promesas del fiscal ó por su juicio transtornado, salia cada noche con el fiscal y una escolta á recorrer las calles en busca de cómplices, por salvar su vida. El que tenia la desgracia de ser por él señalado, quedaba inscrito en el fatal libro y se le capturaba. Cuando acabaron esta pesquisa, fué Soler condenado á muerte como los otros.

los servicios de los calabozos y ellos mismos se hicieran la limpieza, para no dar lugar á que los presidarios dirigieran siquiera una compasiva ojeada sobre aquellos infortunados.

Creyóse por entonces que ya no haria mas egecuciones el CONDE DE ESPAÑA, y se trataba de aliviar la suerte de los presos; pero el 30 de julio del mismo año 29, resonó por tercera vez el fatídico cañon, indicio del sacrificio, y á su estruendo, unido al de la fusilería que dirigió las descargas á las víctimas, quedaron yertos cadáveres D. Pedro Mir, Domingo Prats, Manuel Lopez, D. Antonio de Haro, D. Juan Crotet, Salvador de Mata, Manuel Sancho, Manuel Latorre y Pando y Antonio Vendrell, cuatro de los cuales fueron segun costumbre, colgados de la horca....

Llegóse á una época en que era espuesto hasta el interceder: se cerraron varios establecimientos públicos; y lo intenso del dolor tenia sumidos á los barceloneses en una especie de estúpido marásmo.

De vez en cuando se hacian remesas de presos á Ceuta, Tarifa y otros presidios. El depósito comun era la ciudadela; en donde se les ponia grillete y cadena, rapada á navaja la cabeza, y entre multitud de bayonetas se les conducia al muelle, y sin permitirles dar el postrer adios á sus esposas, hijos, padres ó amigos, se les embarcaba, obligándoseles á estar bajo escotilla.

Si alguno creyese que nos dejamos llevar de exagerados informes, y que faltando á nuestro propósito damos acogida á especies apasionadas, vamos á referir el siguiente hecho:

Sobre unos treinta individuos, rodearon una noche la casa del teniente coronel indefinido D. Vicente Mayone, lo sacaron de la cama, registraron y se llevaron todos sus documentos, como reales despachos, diplomas, certificaciones y hasta las armas de su casa y egecutorias de nobleza. Obligaron á él y su patrona á seguirlos, y por ser hora en que no podia pasarse á la ciudad desde la Barceloneta, su domicilio, los dejaron en el cuerpo de guardia de la puerta del Mar, hasta el siguiente dia que fue puesto el teniente coronel en un oscuro calabozo en donde habia varios malhechores que le obligaron á pagar lo que entre los truanes se llama la *manta*. Una estera que D. José N., alcaide entonces de las cárceles, le proporcionó, fué su único lecho por espacio de siete meses y medio.

La casa quedó cerrada y las llaves en poder de la justicia. Ni una triste camisa se le sacó durante los cuatro primeros meses para que se mudase; la miseria se lo comia y mas de una vez se habria dado la muerte, pero le sobraba valor para sufrirla cien veces cada dia en aquel estado tan denigrante para un caballero de nacimiento.

Antes de cumplir los cuatro primeros meses de su prision, como hubiese un dia visita general de cárceles á la que asistió el CONDE DE ESPAÑA, pidió Mayone se le oyera: le fuè concedida la demanda, y presentándose ante el general, le dijo Mayone:

—»Pido que se me fusile; aun tendré valor para mandarme la escolta.

—»*Está V. muy desesperado,* le contestó el CONDE, *sosiéguese V., sosiéguese V. ¿Ha sido V. militar?*

—»Soy un teniente coronel, y prefiero morir á verme mezclado y confundido con los asesinos. Cerca de cuatro meses ha que estoy aqui, y todavía no se me ha tomado declaracion.»

—*Es falso,* dijo el fiscal.

—»Es verdad, replicó Mayone. Al quinto dia de mi prision, vino V. señor fiscal, es muy cierto; pero como se separase V. de los trámites legales, esto es, como V. me presentase una lista que contenia mas de cien individuos, como V. queria á la fuerza que los conociese, que estuviese comprendido en las que V. dice sus maquinaciones, y como en fin, me dijese que habia testigos prontos á declarar que yo tal ó tal dia iba por la puerta de D. Cárlos con dos mas urdiendo tramas políticas, yo le pedí á V. desde luego se me presentasen los tales testigos á ver si sostenian lo mismo delante de mí. A esto contestó V. que bastaba que ellos lo dijesen y que no podian presentarse; y mi contestacion fué esta: Sobreséase, pues, á mi declaracion, quede en este estado hasta que se me prometa el careo. V. se despidió y no he vuelto á verle. Despues han sido varias las instancias que he hecho á V. para que se le entregasen las llaves de mi casa al que cuida de traerme el alimento ó á mi sobrino (1);

(1) Joaquin del Castillo, quien publicó en 1835 estos hechos.

»pero mis quejas han sido desoidas, y »*(volviéndose al general)*, EXMO. SR.: »teniendo yo tan buena cama y equi»page como V. E., estoy durmiendo en »un mísero peludo, gracias á la caridad »del alcaide, y lleno de inmundicia y mi»seria, si señor, lleno de piojos como »V. E. vé (descubriéndose el seno, y »enseñando los que discurrian por su ca»misa), *¿y esto es vivir, señor Exmo?* »Venga la muerte, repito, fusíleseme, »que yo mandaré la escolta: si soy de»lincuente, castígueseme enhorabuena; »pero no se me condene á una muerte »civil antes de aparecer reo. Téngaseme »seguro, es muy justo; pero hágase dis»tincion entre mí y un salteador de cami»nos: no se hollen asi las insignias, gra»dos y distinciones que gané con mi »brazo y el rey se dignó conferirme.

—*Basta, basta,* (dijo el CONDE), *retírese V.: y V. Sr. fiscal, sufrirá ocho dias de arresto. Y la causa pase inmediatamente á su compañero.*

Este acto hubiera honrado mucho mas al CONDE, si el castigo impuesto al fiscal hubiera sido mas completo, y al que por las leyes se habia hecho acreedor.

El nuevo fiscal adelantó el curso de la causa de Mayone, y fué á los tres meses puesto en libertad. Cuando se disponia á marchar á Teruel (para donde le habian dado pasaporte) volviéronle á poner preso en el castillo de Monjuich, en donde fué encerrado en uno de los mas hediondos calabozos: la humedad y lobreguez de este sitio le produjeron una enfermedad que le causó la muerte.

Sino bastara lo que acabamos de referir de Mayone, otros muchos hechos históricos pudiéramos citar iguales y aun mayores en lo horrible de los sucesos. Cuando se prendia á algun sugeto, no se sabia sino con mucho trabajo y despues de incesantes investigaciones su paradero: de aqui nacian gravísimos perjuicios al paciente qne ni aun podia recibir los escasos auxilios de una cantina, porque sus parientes ó deudos no se presentaban a salir garantes de los gastos. No temian los presos la cuchilla de la ley, sino la de la arbitrariedad, y preferian suicidarse á ser el vilipendio y juguete de sus enemigos. Así que, perdido en cierto modo el juicio, ó llevados de un impulso violento intentaron darse la muerte quince de los encerrados en la ciudadela. Quien desesperado hasta el último estremo, no hallando instrumento con que darse la muerte se colgaba de una sábana; quien se agujereaba el cráneo dándose golpes con un clavo que habia por casualidad en la pared; uno se ahogaba con un hueso, y otro en fin, se hizo una incision con un pequeño vidrio en la garganta, y se desgarró la carne con los dedos hasta abrir una brecha suficiente para desangrarse. De los quince referidos, siete llevaron a efecto su trágico fin: los otros no pudieron lograr sus horribles intentos.

Se mezclaba á las personas de categoría y dignidad entre los ladrones y asesinos: á todos se rapaba la cabeza, cargaba de hierros y amenazaba con la muerte; gefes, oficiales, comerciantes y hasta el cura párroco de Puigber, el oidor de la audiencia de Cabello y el oficial de la antigüa guardia, Mecina, hijo del general del mismo nombre, fueron tratados con el mayor rigor y menosprecio. A este último se le dió por compañero de cadena un pito. Asi hollaban no solo el carácter militar, el decoro de la magistratura, sino la dignidad del sacerdocio; por el que tanto blasonaba el CONDE, y del que se mostraba tan partidario; llegando su religiosidad hasta el punto de pasar largos ratos de rodillas en los templos con su rosario en la mano, obligando á los demas que lo llevasen al cuello, y prohibiendo al mismo tiempo gastar patillas crecidas y sacar fuera del corbatin los picos de la camisa.

El espionage se encargaba á los que habian pertenecido á las filas revolucionarias del año 27. El teniente don Jaime Mas fué preso, y directamente desde su casa conducido a presidio con grillete y afeitada la cabeza, trabajando en las obras públicas con los presidarios. Despues de algunos meses, púsole en libertad prévia una órden del CONDE DE ESPAÑA, en la cual decia: «le tenia allí para unas averiguaciones, y se le dará el pasaporte para Daroca en clase de indefinido.»

Muchas de las condenas no decian la causa, ni el tiempo que debian estar, y aun hubo sugeto á quien se le destinó á presidio en uno de los de Africa interin se sustanciaba la causa.

Las personas desterradas á seis leguas del rádio de Barcelona, puertos, costas marítimas y fronteras pasaron de 1800; muchas de ellas por ser familias de los condenados á destierro y que habian sufrido la pena capital.

Pero corramos ya un velo sobre tan trágicas escenas, y demos fin á la parte mas enojosa de nuestra tarea; en la que mas bien hemos contenido la pluma que

dejándola correr é invadir terrenos que respetamos.

Ya era el CONDE DE ESPAÑA gentil-hombre con ejercicio, y caballero profeso de la órden militar de Santiago; honrándole tambien el rey de las dos Sicilias con la gran cruz de la Real y militar órden de San Fernando de Nápoles. Esta distincion le fué concedida cuando el rey de Nápoles vino á España acompañando á doña María Cristina que venia á compartir el tálamo y el trono con Fernando VII.

En la alocucion que dirigió con este motivó al rey de las dos Sicilias, despues de espresarse en términos generales y análogos á las circunstancias emitia algunas ideas que no estaban en armonía, ni con sus precedentes ni con su conducta ulterior.

Hé aquí el contesto del párrafo á que aludimos: «*El pabellon de V. M. que »tremola sobre este arco, con el real »de España, enlazado con el de las Li»ses, simboliza que entre los hijos de »san Luis y los dignos sucesores de »Enrique IV, Luis el Grande, de »Felipe V, y Cárlos III, no hay Pi»rineos y que los lazos que unian la »monarquía española al reino de las »dos Sicilias, antiguo y frecuente tea»tro de las glorias de las armas Reales »de España, se estrechan y vinculan »con tan augusto y fausto himeneo.*»

En 1830 enarbolaron algunos montañeses el pendon de D. Cárlos, y el CONDE le abatió prontamente. De aquí data el odio que le tenian algunos realistas. El gefe de estas bandas, D. Manuel Ibañez, fué enviado al presidio de Ceuta por el CONDE. A los ocho años despues ya veremos cómo se encontraron el juez y el reo, que bajo el pseudónimo de Llarg de Copons, infundia el terror en las llanuras de Tarragona, durante la pasada guerra.

Comenzamos una nueva época. El 31 de octubre de 1832, remitió el CONDE DE ESPAÑA al gobierno la copia de un escrito que circulaba en Reus y varios pueblos de la costa, conocidos, decia, por su adhesion á la rebelion de 1820; previno á las autoridades que se lo comunicaron, instruyeran la competente sumaria para indagar su procedencia que comprometia muy directamente la tranquilidad pública de aquella provincia, *donde no se necesitaban cohetes de esta especie para escitar un incendio, difícil de apagar* (1).

En efecto; pero el incendio comenzaba ya, y el CONDE DE ESPAÑA fué relevado de la capitanía general de Cataluña, el 11 de diciembre de 1832 por el teniente general D. Manuel Llauder. Llega este á Barcelona el 19, en medio del regocijo de sus habitantes, que salian á recibirle demostrando así la opresion en que habian vivido por espacio de cinco años y cuatro meses. El furor que sentian los catalanes hácia el CONDE DE ESPAÑA no pudo ahogar su alegría; y en medio del júbilo estalló el resentimiento de la venganza. El mismo Llauder contó así el suceso:

«.......Nada turbaba el general placer »difundido por la ciudad, cuando un »incidente inesperado, y sugerido acaso »con el siniestro fin de desacreditar la »pureza de los sentimientos que demos»traban estos vecinos en prueba de su »gratitud á la Reina Nuestra Señora, vino »á provocar una irritacion, que pudo te»ner funestas consecuencias, comprome»tiendo mi autoridad.—Se conoce dema»siado bien, (y lo han confirmado ya »legalmente varias soberanas declaracio»nes, que contienen la absolucion é ino»cencia de muchos infelices), la violen»cia y arbitrariedad con que ha gober»nado esta provincia el conde de España, »y que á los atropellamientos é ilega»lidades, con que ha sumido en la mi»seria y las mayores amarguras á milla»res de familias, multiplicando suplicios. »y llenando los presidios, no podia me»nos de seguirse un profundo resenti»miento, reprimido largo tiempo, que »al fin habia de romper el primer dia »que resplandeciese la justicia y la cle-

(1) El papel de que se hace mencion y obraba en el archivo del ministerio, es un convenio que se decia celebrado en Paris el 27 de setiembre de 1832, por el conde de Ofalia, plenipotenciario de S. M. C. y de S. M. B. Mr. Caudins, y S. E. el duque de Dalmacia, en que se trataba: 1.° La autoridad real en España, en lo sucesivo conservará la denominacion de rey de los españoles.—2.° La Constitucion del año 12 será modificada.—3.° La Nacion española reconocerá la independencia de las Américas, de hecho y de derecho.—4.° Habrá Amnistía: solo comprenderá el perdon de la culpa, la restitucion de bienes y honores. Siguen luego 13 artículos orgánicos y dispositivos, en los que se trata de las córtes; de la ley sálica; libertad de imprenta; reforma administrativa; de hacienda, de estudios, con la enseñanza mútua; espulsion de los jesuitas; estincion de realistas; establecimiento de la G. N.; indemnizacion por compra de bienes nacionales; estincion de monacales etc. etc.

Digitized by Google

»mencia soberana.—Llegó para ellos el »suspirado caso, y se contentaron con »publicar vivamente su gozo, al verse »acogidos bajo la augusta proteccion de »nuestros reyes y señores.—El conde de »España, á pesar de haberme escrito el »dia anterior de que no podia salir de »casa, por hallarse convaleciente de una »catarral y amago de dolor de costado, »en este momento crítico de exaltacion »salió á la calle, y en su tránsito has»ta mi alojamiento, oyó espresiones des»comedidas imposibles de reprimir entre »una multitud sorprendida é indignada »con la vista del autor de sus infortu»nios. Sus reconvenciones eran arranca»das del mismo dolor que habian sufri»do, y se refiere que habia quien re»clamaba al padre, al esposo, al hijo ó »al hermano, los caudales consumidos »con los procesos, ó en la sórdida ava»ricia de los agentes, y hasta quien le »pedia las prendas de su mismo uso, ven»didas para alimentar en las prisiones á »las desdichadas víctimas de tanta ar»bitrariedad. Es indudable que en cua»lesquiera otros habitantes menos pa»cíficos que los de esta capital, la pre»sencia del conde de España habria pro»ducido un esceso mas funesto; pero »aquí no pasó de esta demostracion, que »sentí vivamente no se hubiese previs»to por los que mandaban, pues pudie»ron llegar á mayores desacatos, porque »nadie pudo tampoco prever tamaña im»prudencia; mucho mas cuando se le »acusaba públicamente de abierta re»beldía contra el gobierno, y de que »seguia prolongando los destierros y vio»lencias, y desoyendo los clamores de »tantas familias desgraciadas, como pe»dian el cumplimiento de la bondad y »beneficencia soberanas.—El inmenso »gentío que rodeaba mi casa, repitien»do las aclamaciones, y cuanto acababa »de oir, le impuso mucho temor y llenó »de una pusilanimidad estraordinaria, sin »embargo de que ya entonces ningun »motivo habia, por las enérgicas dispo»siciones que tomé, al punto que ví su »imprudencia y temeridad, y aunque con»taba con esta seguridad, y pretendí que »lo acompañasen mis ayudantes, no qui»so salir hasta la noche, impidiéndome »marchar á despedir las tropas que ha»bian formado á mi entrada, y me es»peraban en la muralla, suplicándome »le permitiese ir á la ciudadela, porque »no se creia seguro en otra parte, á »pesar de que reinaba el mayor órden »y de las protestas que le hice de res»ponder de su seguridad.—Fué por úl»timo á la ciudadela, y desde allí soli»citó por escrito embarcarse para Ma»llorca, aun antes de recibir la Real ór»den que le señala aquel destino, pro»testándome su eterna gratitud por mis »disposiciones, y la proteccion con que »hice respetar su persona, pues el go»bierno nada dispuso; conforme verá »V. E. en la adjunta carta, que origi»nal acompaño (1), habiéndose hecho á »la vela esta mañana á las cinco y me»dia en la goleta de guerra Mahonesa.

»Sigue diciendo, que nunca ha resal»tado mas la cordura y juicio de aque»llos habitantes; que hubo iluminacion »espontanea en las calles y teatros, en »donde fueron colocados los retratos »de SS. MM., músicas y otras demos»traciones de contento público sin la »menor alteracion del órden. Que va »recibiendo felicitaciones de los Ayun»tamientos, y que es general en toda »la provincia el mismo contento; y con»tinúa: estoy reuniendo todas las recla»maciones que se me dirigen por las »muchas personas que habiendo sido es»patriadas, sin forma alguna de juicio, »podian volver al seno de sus familias; »el conde de España, lo habia rehusa»do, esponiendo en sus derechos negati»vos, que esta clase de sugetos no es»taban comprendidos en la amnistía, y »que tenia fundados motivos para man»tenerlos en la espatriacion. Pedidos los »antecedentes á secretaría nada parece; »y el secretario dice, que nunca ha cons»tado cosa alguna, habiendo estampado »los decretos por órden espresa del ge»neral; en cuya virtud le he pasado el »adjunto oficio, cuya contestacion tam»bien acompaño, y por la que verá V. E. »como elude satisfacer á los conocimien»tos que le pedia, diciendo tener sus »papeles embarcados, como si fuese re»gular llevarse los papeles del destino co»mo particulares; y lo propio he hecho

(1) Dice así Barcelona 20 de de diciembre de 1832: mi apreciable amigo y compañero:—Agradeciendo cual debo el particular interés que V. me dispensó en los insultos á que me ví espuesto en la tarde de ayer, y su permiso para retirarme á la ciudadela hasta tener proporcion de barco para Mallorca, ruego á V. tenga la bondad de mandar se me despache pasaporte para mí, mi hijo y dos criados. Crea V. que mi gratitud, á la par de mi aprecio, quedará para siempre grabada en el corazon de su afmo. apasionado compañero y amigo Q. B. S. M. EL CONDE DE ESPAÑA.—Exmo. S. D. MANUEL LLAUDER. (Es toda autógrafo).

«con las Reales ordenes que hallo á fal-
»tar, habiéndome yo abstenido de otra
„reclamacion por delicadeza.—Instruiré
„este espediente con la celeridad que
„conviene, pues por los datos que voy
„reuniendo, y noticias que he adquiri-
„do, no me queda duda de que se tra-
„maba un golpe atrevido contra el go-
„bierno, cuyo plan, trazado de acuerdo
„con algunos conspiradores en esa córte,
„estaba á punto de realizarse para al-
„zar de nuevo en Cataluña, y dar la
„señal, que aguardaban con impacien-
„cia otros prosélitos que tienen en di-
„versos puntos de la Península. Para
„esta infame traicion, se empezaba por
„despreciar á la autoridad real, redu-
„duciéndola á nulidad de hecho: se co-
„locaban en todos los mandos hombres
„tachados por sus ideas: se procuraba
„la instruccion estemporánea de los vo-
„luntarios Realistas de Talavera, segun
„órden comunicada al gobernador en 9
„del corriente; y al comandante de los de
„este instituto D. Baltasar España le ha-
„bia dado el CONDE pasaporte para pasar
„á la montaña á los partidos de Piera,
„Manresa y Talara, con pretestos fri-
„volos, pero con el verdadero fin de
„concurrir á la realizacion del proyecto
„que urdian, y que afortunadamente
„ha sido desconcertado por la lealtad
„enérgica de estos habitantes, y la sá-
„bia provision de la Reina Nuestra Se-
„ñora etc.»

No transcribimos las comunicaciones que cita Llauder, porque dando como da, una idea de ellas, solo servirian para ocupar unas páginas que reclaman otros sucesos de importancia.

Vamos á ocuparnos ahora de lo que Llauder trata como incidentalmente, y es de los intentos del CONDE para subvertir el órden público durante la enfermedad del rey, probados luego por posteriores acontecimientos y declaraciones.

En efecto: poco antes de estos sucesos llegaron á Barcelona varios emisarios carlistas, y se dirigieron al CONDE DE ESPAÑA, por medio del gobernador de la ciudad el conde de Villemur, para comprometerle á no obedecer el decreto que mandaba jurar á Isabel como princesa de Asturias: le aconsejan fusilase á Llauder cuando se presentára á tomar el mando de Cataluña: que llamára á las armas á los catalanes, y reuniéndolos á las tropas de línea que tenia á su disposicion, marchar á Madrid á libertar á Fernando VII de la camarilla que, decian, le rodeaba.

Nada, dice Lichnowsky, hubiera sido mas fácil á ESPAÑA que la egecucion de este plan: todos los gobernadores civiles y militares de la provincia eran su hechura: dos regimientos de guardias que estaban de guarnicion en Barcelona le eran enteramente afectos: los oficiales, eran todos realistas, y los pocos liberales que se encontraban en los regimientos de caballería é infantería diseminados en la provincia, no hubieran osado resistirle.

El respeto profundo del CONDE por la autoridad del rey, al que solo restaba un soplo de vida, y la delicadeza estrema de su conciencia, añade el autor citado, no le permitieron escuchar estas proposiciones. «La ocasion única y el tiempo mas precioso fueron perdidos.»

Llega el general Llander; se insta nuevamente al CONDE, calla, entrega el mando á su sucesor, y se retira á Mallorca, como hemos visto.

El 19 de enero de 1833, Mr. Enrique Wynne Aubrey, que á instancias del CONDE DE ESPAÑA, habia salido de Barcelona para Mallorca, pasa á visitarle á la casa de campo que habitaba en dicha isla. Le propone el CONDE le facilite medio de emprender su viage para Génova, ó como mas nos inclinamos á creer, por habérnoslo asegurado personas de crédito, el mismo Aubrey se lo propuso y lo proporcionó, así como los pasaportes para él y un cabo de la G. R. de infantería, criado del CONDE, que debia acompañarlo. Tenia pedido el permiso á S. M.; y sin esperarlo y dejándose á su hijo en la isla, se fugó en la noche del 25 de enero, á bordo de un buque sardo fletado al intento y con direccion á Génova, formándosele en su consecuencia el competente sumario. Sospechóse de la connivencia que pudo tener en la fuga del CONDE, el brigadier D. Miguel de Cabra, gefe superior de la isla, y Llauder comunicó al gobierno el bastante sentimiento que produjo el que por tal medio lograra el CONDE libertarse de los graves cargos que le resultaban, y de las consecuencias de las reclamaciones que se habian presentado á Llauder.

Si viviera el CONDE DE ESPAÑA, nos hubiera dicho al hablarle sobre la época de su mando en Cataluña que cumplió con los deberes que le prescribian reales órdenes, y era asi; pues prescindiendo ahora de otras, en 9 de setiembre de 1827, le decia el rey *que le revestia*

de todo el poder de su autoridad real para modificar las sentencias impuestas á los delincuentes, ó para perdonar los rebeldes que por motivos de pública conveniencia y para mayor ventaja del estado juzgase oportuno. Esta autorizacion, fué unida á la facultad de ofrecer premios y recompensas proponiéndolas á S. M.; á la destitucion de los generales, gefes, autoridades y empleados de todos los ramos que no mostrasen la mas activa decision en el círculo de sus respectivas obligaciones para contener y reprimir la rebelion, el mando en gefe de todas las tropas y de todos los V. R. del principado, y la autorizacion para desarmar á los individuos ó cuerpos de V. R. que se negasen á hostilizar á los rebeldes etc. etc.» Tales fueron las facultades que el rey confirió al CONDE; pero debe tenerse presente la época en que las conferia, que si acabada, no caducaron de hecho, debieron haberlo sido de derecho. Mal queria el rey á los sublevados y aun á todos los catalanes, cuando delegaba todo el egercicio de su real autoridad, en un gefe militar poco predispuesto á la clemencia.

El 5 de abril de 1833, salió de Génova el CONDE DE ESPAÑA, embarcado para Marsella, en compañía del titulado capitan inglés Enrique Wynne Aubrey y el cabo de la G. R. que le acompañaba. El 7 arribaron á Marsella, y á los diez dias salió de este puerto con direccion á Monpeller: separóse en esta ciudad del inglés Aubrey, cuya constante y fiel amistad no le abandonó un momento, y se dispuso el CONDE para continuar su viaje á Tolosa, y Aubrey á Barcelona, de donde habia salido para poner en salvo á su amigo.

En cuanto Aubrey llegó á Barcelona, se le detuvo en la ciudadela, mientras declaró cuanto habia hecho por el CONDE, y se le espidió en su virtud pasaporte para Génova, con prohibicion de volver á España, conduciéndole bajo la salvaguardia de un coronel hasta la frontera de Francia.

La conducta del CONDE en su pais, no pasaba desapercibida para nuestras autoridades, y hasta una entrevista que tuvo con el ex-ministro de Cárlos X, Mr. Villele, fué participada al gobierno de Madrid por el capitan general de Cataluña el 27 de abril; añadiendo en el mes siguiente que Calomarde y el CONDE trabajaban infatigablemente para levantar gente con que introducirse en España, asegurando que contaban con siete millones de francos para alistarla y armarla: debiendo verificarse esta tentativa antes del 20 de junio próximo (1)

Justamente alarmado el gobierno con tales noticias, no dejaba de comunicar sus temores al de Francia, interesado tambien en que triunfaran aquende los Pirineos las ideas que victoriosas en julio del 30. El CONDE y Calomarde eran dos decididos adalides del absolutismo; convenia imposibilitar los planes, que no habia duda fraguaban, y al efecto mandó internarlos. Pidió ESPAÑA le dejasen vivir en el pueblo de su naturaleza, cuatro leguas de Tolosa, á donde se fué interinamente y se le concedió despues residiera.

Tanto ESPAÑA como Calomarde habian menudeado sus conferencias con el ex-ministro Mr. Villele; lo que observado por la juventud tolosana y guardia nacional, llegaron á pronunciarse abiertamente en contra de los emigrados absolutistas, y hubieran sufrido algunos insultos á no dejar tan pronto la poblacion.

(1) Con fecha 12 de mayo, escribia don N. C. desde Bayona, á don J. F. y M. la siguiente carta:--«Los carlistas tienen dispuesto un movimiento en grande que debe estallar del 20 al 25, y la junta de Tolosa cuya direccion está á cargo de Calomarde, el conde de España y otros tambien piensan ausiliarlo por toda la frontera; para lo cual tienen sus respectivos gefes como son el Caragol y algunos otros que si digera á V. sus nombres se aturdiria de saberlo; porque son del partido que se llamaba liberal por escelencia, y la gracia es, que cubren esta infamia con otras de mayor tamaño por si la cosa no sale bien. Tienen dinero, compran armas, buscan gente, tienen municiones, van y vienen comisionados de las juntas subalternas de España. Supongo que ese gobierno tendrá conocimiento de alguno de estos trabajos, aunque dudo mucho los tenga de todo porque hay mas de lo que se piensa; y ademas, se sin poder dudarlo, que algunas autoridades encargadas de avisar al gobierno, están tambien autorizadas para proporcionar sugetos que se dejen llevar de dicho partido, y asi estos y aquellos juegan con las dos suertes, y ocultan casi el todo que debe saber el gobierno. El objeto principal de su combinacion es el levantar facciones en todos los puntos y ocupar las fuerzas disponibles, debilitar la accion del gobierno y dar el golpe en esa capital al mismo tiempo que en algunas otras poblaciones grandes: sirva de gobierno para que no dejen sorprenderse los amigos de nuestra legitima princesa. Estos señores no pierden medio, son osados, y no abandonarán su pleito. hasta que enciendan la guerra civil, que es lo unico que falta para devorar la religion de nuestra amada patria. No puedo ser mas largo en este asunto, á pasar de que hay materia para serlo.....................................»

de la espedicion: nadie osaba interrogarle. Al salir el sol, llegaron á una casa aislada; entraron; parapetaron la puerta, y pasaron allí el dia. El general se acuesta y solo se levanta al medio dia para tomar un poco de alimento, despues de lo cual se durmió de nuevo. En cumplimiento de sus órdenes, se le despierta al ponerse el sol, y vuelven todos á montar á caballo. A la mitad de la noche atraviesan el fértil valle de Conca en medio de un sepulcral silencio, no atreviéndose ni aun á hablarse al oido los que acompañaban al CONDE. A la aproximacion del dia se detienen en una llanura y se apean de los caballos. El crepúsculo matutino comienza á alumbrar una estensa llanura, que se presenta á los ojos de aquella carabana, como la vista de un precioso panorama: á sus pies se veia una poblacion de la que se elevaban espesas nubes de humo; algunas hogueras de trecho en trecho, al rededor de la villa, anunciaban un vivac. Pónese entonces á hablar alto un oficial de la escolta, y volviéndose el general dice con una calma imponente:—«*Haré fusilar al primero que pronuncie una palabra.*» En seguida continuó sus indagaciones: nadie las comprendia. En fin, la aurora ilumina el paisage con sus rosadas tintas, y distinguen todos un gran conjunto de tropas á un cuarto de legua de distancia. Oyese el toque de diana, y todo se anima: se escuchan órdenes dadas en alta voz: se formaron las tropas en cuadro, y todos dejan escapar un grito de sorpresa luego que oyeron en buen catalan *(Gorra)*, que eran carlistas. Mas nadie tiene tiempo para reflexionar; lánzase el general á caballo; le siguen todos á galope tendido á la pendiente de la montaña para detenerse al llegar al medio del cuadro. Allí, desciende ESPAÑA del caballo, se aproxima á un hombre de gigantesca talla apoyado sobre su sable y rodeado de una sesentena de oficiales; le abraza, y volviéndose en seguida hácia la tropa, les dice con una voz conmovida:—«*Ved aquí el orgullo de la Cataluña, el mejor servidor del rey y mi mejor amigo: honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona!—Y tú, hijo mio, dirigiéndose al coronel Ibañez, yo te nombro brigadier en nombre del rey, y á vosotros, soldados, concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros servis á Cárlos V., y no á Cárlos con los cinco dedos.*» Este juego de palabras tan ingenioso y significativo, acaba lo que el general habia tan bien comenzado. Resuenan estrepitosos gritos de alegria; é Ibañez, que sin duda algunos instantes antes, pensaba de otro modo, grita mas fuerte que los demas y lloraba enternecido; si, *el Llary de Copons* lloraba.

El CONDE DE ESPAÑA, cuya emocion era la menos séria, se repone el primero: se hace conducir un caballo, y pasa revista á la division. Ibañez estaba á su lado, sobre su grande alazan andaluz, que hacia sobresalir mas la singular estructura de este hombre altético, á cuyos codos llegaban las cabezas de los demas que le acompañaban. Llevaba el gorro catalan, y su larga borla flotaba por detras, la zamarra y un pantalon guarnecido de cuero; una carabina pendia de la silla y un largo sable al lado. Su gran caballo se encogia bajo la presion de sus rodillas. Sus tropas no tenian aun uniforme; llevaban á guisa de capotes, unos cobertores de lana rayados. Recorrió el general lentamente las filas: hizo saludos numerosos y loó altamente la belleza y la fuerza verdaderamente notable de esta raza de hombres. Dispone el pago de la soldada y para los uniformes, añadiendo que los vestiria como merecian tan *buenos mozos*: colocándose despues en medio de ellos, les dirige estas palabras:—«Bien, hijos »mios, pero veo que no teneis bayonetas; »y la bayoneta es el arma del valiente: »los cartuchos se derraman y se inutilizan »con la humedad, en tanto que aquella siempre permanece fiel: no os las puedo dar; pero el enemigo tiene muchas; nosotros iremos á buscarlas.» Nuevas aclamaciones interrumpen al anciano general. Ibañez le sigue sin tardanza con sus seis batallones: desde este dia, pudo ESPAÑA contar con ellos y con su nuevo brigadier. Si hubiese tenido á Ibañez á su lado, dice un escritor, el horrible crimen de que fué víctima, no se habria egecutado.

Los primeros cuidados del CONDE, fueron restablecer el órden y la disciplina en aquellas partidas desbandadas. La junta, que hasta entonces habia obrado á su placer con los comandantes generales, fué puesta por una órden del rey, bajo la dependencia inmediata del CONDE. Este la envia á residir á un pueblecillo colocado entre los cañones de Berga y su cuartel general de Caserras; estando prohibido á sus miembros alejarse de aquel lugar sin permiso del CONDE. Establecióse un órden severo en la administracion y en la hacienda, y se puso un término

al vandalismo de los gefes de las partidas; siendo castigados algunos de una manera egemplar y reemplazados otros por dignos oficiales. Las tropas recibieron uniformes y víveres: planteóse un sistema ordenado de contribuciones; y se vieron libres los pueblos de las vejaciones de una soldadesca desenfrenada.

A pesar de las numerosas dificultades que se oponen á ESPAÑA y vence, para establecer un órden y cambios tan grandes, le basta su genio y tiene aun tiempo de ocuparse de los mas pequeños detalles. No habia mas que tres meses que este anciano gobernaba, cuando llega á Caserras y comienzan á mostrarse los frutos de su maravillosa actividad, que no continuó despues. Los correos que fundó para pasar el Ebro, sostenian una arreglada comunicacion entre Berga y Morella, y permitian al CONDE tener una activa correspondencia con Cabrera. Las operaciones de Cataluña tomaron nuevo aspecto, y eran ordenadas y militares: la provincia parecia renacer bajo este nuevo impulso; y el nombre del CONDE DE ESPAÑA hacia temblar nuevamente a Barcelona.

Sin embargo de la posicion imponente que habia sabido tomar el CONDE DE ESPAÑA, estaban muy lejos sus fuerzas de igualar á las de su enemigo. No poseia, fuera de Berga, mas que dos puntos fortificados, san Lorenzo de Mornus, sobre la altura que limita el rio Salado, y el fuerte de N. S. del Ort en el Santuario. El ejército liberal ocupaba ocho plazas fortificadas, de la mayor importancia, numerosa artillería, y el baron de Meer ademas, habia fortificado una estension de treinta leguas, casi todas las plazas marítimas y las poblaciones limítrofes al camino de Aragon á Barcelona. Cuatro fuertes columnas móviles liberales, estaban prontas á cualquier operacion. En agosto de 1838, se apoderó el baron de Meer de Solsona, en la que ni Urbiztondo, ni Segarra habian pensado en poner el castillo en estado de defensa: ESPAÑA no tuvo tiempo para hacerlo, porque el suceso tuvo lugar á las cuatro semanas de su llegada. Afligido de este contratiempo, resuelve indemnizarse en la campaña de otoño.

Luego que llegó á Caserras, formó tres cuerpos de operaciones y una division de reserva. El primero mandado por Porredon, se componia de cuatro batallones, de los que uno ocupaba el cuartel general: los tres restantes con su gefe, recorrian las fronteras del Alto Aragon. El segundo, mandado por el coronel Castells, contaba cinco batallones, de ellos, estaba uno en el cuartel general, dos en Berga y los otros en las montañas. El tercer cuerpo, bajo las ordenes de brigadier Ibañez *(el Llary de Copons)*, era de seis batallones, que ocupaban las llanuras de Tarragona, parte, como hemos dicho, la mas fértil de la Cataluña. La reserva compuesta de seis batallones, bajo el mando del brigadier Brujó se dividia entre Berga, Vich y Gerona, donde estaba encargada de efectuar los reclutamientos: todas las fuerzas consistian en veintiun batallones. La artillería era escasa, fuera de los cañones que guarnecian á Berga, San Lorenzo y el fuerte del Santuario, no habia mas que ocho baterías movibles, dos morteros de siete pulgadas, cuatro obuses de cuatro, y dos de bronce de doce libras. Esta artillería desmontada por piezas, se trasportaba con mulos á traves de las montañas. Dos compañías estaban encargadas de hacer el servicio, bajo el mando de un anciano teniente coronel. En un estrecho oculto en las montañas se estableció una fundicion de cañones que se barrenaban en Berga; mas tarde se constituyó una compañía de zapadores. Doscientos caballos mandados por el coronel Camps, componian la caballería: los soldados y el gefe formaban el cuadro mas ridículo del mundo: el coronel sobre todo, era un compuesto de perdona-vidas español, y de eso que los ingleses llaman *Hombug*. Su sable se componia de dos hojas soldadas porque tenia por muy ligera una sola para su mano. Ocasion hubo, y la contaba con una sangre fria imperturbable, en que hallándose en una refriega, distribuyó tantos sablazos por espacio de algunas horas, que su mano se apretó de tal modo á la empuñadura que fué necesario meterla en agua caliente para que la soltara.

Fuera de estos doscientos caballos de tan estraña apariencia, hubo en Cataluña, durante algun tiempo, dos brillantes escuadrones del regimiento de Tortosa mandados por Beltran, enviados al CONDE por Cabrera.

Facilmente se convendrá en lo dificil que era luchar con medios tan insuficientes contra las superiores fuerzas liberales, contra las decepciones sin cesar renovadas, que inutilizaban los planes mejor combinados. Merece sin duda admiracion el mérito del general que emprendió en

circunstancias tan desfavorables tan difícil empresa.

La vida del CONDE en el cuartel general, era asaz monótona, aunque no reposaba un momento la actividad de su espíritu, ni dejaba descansar á los demas. Acostumbrándose á sus ideas, algunas veces estravagantes, era facil vivir con él, porque bajo un esterior severo no dejaba de ocultar nobles sentimientos. Habiase acostumbrado á reprimir todos los de su ternura, que consideraba como otras tantas debilidades. De este combate perpétuo entre sus destellos de bondad y lo que él miraba como un deber, nacian las contradiciones, que ademas de haber sido mal interpretadas por los estraños, le han hecho ser mal juzgado por cuantos se han ocupado de él. Sucedia frecuentemente que despues de dispensar bondadosos favores, daba órdenes tanto mas severas, cuanto se reprobaba los primeros.

«Tratábasele frecuentemente dice Lichnosky de monstruo, de bestia feroz, de tigre, prodigándosele tanto este último epiteto, que habiendo leido un dia el CONDE en el *Eco del Comercio*, que se daba este adjetivo á Palillos, dijo sonriendo: «Véase una usurpacion, porque solo soy yo el tigre legitimo.» Facil es, continúa el príncipe, descubrir el origen de estas diatrivas que todos los periódicos liberales de Europa han repetido hasta la saciedad contra todas las personas elevadas, especialmente cuando eran el instrumento de una justicia severa. Yo sé que por mi cualidad de carlista se me acusará de parcialidad; pero no se me negará que mi juicio sea independiente. Yo he visto al CONDE DE ESPAÑA inexorable si se trataba de castigar el vandalismo, la insubordinacion, las villanias, la desercion, pero nunca le he encontrado injusto ni arbitriario. Aferrado á sus convicciones, ninguna consideracion, ningun ruego influia en él cuando se trataba de una cosa que miraba como un deber. Así castigaba mas severamente á los oficiales que á los soldados, y su rigor se aumentaba segun la categoría del culpable. Daba á sus juicios la mayor publicidad para impresionar é imponer á las masas por el ejemplo. Tardaba en sus resoluciones, pero despues de pronunciarlas con voz firme, ya no habia apelacion y se ejecutaban.»

El siguiente suceso que refiere y nos han asegurado testigos oculares, comprueban las precedentes líneas. Denunciaronle unos paisanos que tres sugetos enmascarados, que presumian fueran oficiales carlistas, habian sorprendido una noche varias granjas aisladas y atando á sus habitantes a los árboles les obligaron con las mas crueles amenazas á que les entregaran cuanto dinero poseian. Lleno de cólera, jura el general por nuestra señora del Monserrat, hacer una venganza egemplar; dá al instante órdenes secretas al gefe de los miñones, y veinte de ellos fueron encargados de apresar á los culpables. Cuando partieron se tranquilizó algo, pero era tal su irritacion que nadie osaba hablarle. Dos dias despues, condujeron los miñones á tres oficiales; uno era ayudante de Tristany; los otros dos tenientes de su partida. Poco tiempo antes, les habia enviado el general, en espectativa á un depósito. Reúnese al momento una comision militar, se les interroga y convictos, son condenados en el acto. Enviales el CONDE un confesor y al dia siguiente son fusilados en presencia de todas las tropas reunidas: él mismo asiste á la ejecucion con su estado mayor y todos los empleados. En el acto de irles á disparar, dirije á las tropas una corta alocucion; les cuenta la historia del crímen y manda hacer fuego. Al caer las victimas, se descubre, y volviéndose hácia su acompañamiento les dice: «Señores; oremos por las almas de los difuntos.»

Lo restante del dia lo pasó en profundo silencio. Viósele sentado al lado del fuego de la cocina, las lágrimas corrian por sus megillas, y mas de una vez se le oyó decir: «¡aun tres!»

Pocos dias despues conducen al campamento á dos que habian cometido algunos robos. Entre sus armas se encuentran dos cuchillos, dentellado el uno. A la vista de esta arma prohibida, esperimentó el CONDE un verdadero acceso de furor: hace tocar generala: forma el cuadro; colócase en medio al desgraciado poseedor del cuchillo el cual se le ponen á quisa de mordaza, y se le condena á pasar diez veces por vaquetas. A las dos primeras vueltas cae medio muerto: ordena el CONDE le cure cuidadosamente el cirujano, y cuando se restableció fué fusilado.

Tan crueles escenas las trazamos con suma repugnancia; pero atenuemos su horrible efecto con otras mas gratas. Despues de la pronta rendicion de la guarnicion de Solsona, su gefe el coronel Monde-

den, fué hecho prisionero y encerrado en el castillo de Barcelona. Tratábase del cange de prisioneros, y la esposa de Mondedeu se arroja á los pies del CONDE DE ESPAÑA, suplicándole comprenda á su marido en el cange: era esta una jóven portuguesa de diez y seis años apenas, de arabesca fisonomia y de grandes y brillantes ojos negros: sus formas delicadas, su juventud, las lágrimas que vertia á los pies del anciano general la prestaban un encanto irresistible. Estaba ESPAÑA tan enmudecido como embarazado; la consuela del modo mas afable, pero ella rehusa levantarse antes de recibir su palabra de caballero; mas el CONDE eludia siempre contestarla, aunque con mucha dulzura: la colma de atenciones; la convida á comer; la dá el brazo para conducirla á la mesa; la sirve él mismo de todo lo mejor con una verdadera galantería española; pero permanece inexorable. Cuando ella queria comenzar á hablar de su marido, la interrumpió diciéndola: «Evitadme por favor señora, el dolor de renovaros mi negativa.»

Háse dicho que sufria el general en no acceder á los deseos de aquella muger; porque poniendo en libertad á Mondedeu, se hubiera visto obligado á formarle consejo de guerra y á hacerle pasar por las armas por su suspechosa conducta en Solsona; pues lo mas dichoso para él era permanecer prisionero. Esto no se lo queria decir á su muger.

El levantamiento del sitio de Morella, el triunfo de Maella y la toma de Caspe, habian dado tal preponderancia á Cabrera, que deseaba el CONDE DE ESPAÑA emprender con él una grande operacion. Lejos de resentirse de esa rivalidad tan comun, y á veces tan honrosa, de nuestros generales, esperimentaba una viva satisfaccion cuando sabia las victorias del jóven guerrero. A fin de octubre le envia un oficial para convenir con él una reunion de los dos cuerpos de tropas y pedirle una entrevista; para la cual le escribe en estos términos.—«Yo cuento tantos años de general como V. E. cuenta de existencia; esto no me impedirá ponerme con alegría y mis tropas, bajo las órdenes de un general victorioso que la Providencia parece haber escogido para instrumento en la ejecucion de sus designios. Dos planes detallados van adjuntos á esta carta. En el primero, dos divisiones de Cabrera, deberán pasar el Ebro cerca de Flix, volver á la izquirrda hácia Lérida y unida con una division catalana que habrá ya tomado posicion sobre las alturas entre el Segre y Nogueras Ribagorzana, entrar en el alto Aragon, y abrir una comunicacion con Navarra. El ejército enemigo mandado por el Baron de Meer, el solo disponible en este momento, se verá precisado á oponerse á esta marcha; durante este tiempo ESPAÑA, con otras tres divisiones caerá sobre sus comunicaciones. El segundo proyecto, está, quizá, mejor calculado para el interés de las operaciones en Cataluña. Cabrera deberá pasar el Ebro por Xerta ó Mora de Ebro, caer sobre Reus, una de las ricas ciudades de la costa, que no está fortificada; reunirse allí á la division de Ibañez y obrar en las llanaras de Tarragona. Ántes que el baron de Meer pudiese acudir al socorro, se habria apoderado en rehenes, de los mas ricos capitalistas, y recogido todos los pertrechos de guerra que se encontrasen en el pais. ESPAÑA por su parte, atacaria al baron de Meer que no podria avanzar mas que con una parte de sus fuerzas al socorro de Reus.»

La ejecucion de estos dos planes, se frustró quizá por la repugnancia de Cabrera á dejar con sus tropas la ribera izquierda del Ebro. Sus designios se dirigian constantemente sobre el corazon de la monarquía, sobre Madrid y solo al fin de la lucha; cuando todo estaba perdido y habia que ceder á la necesidad, marchó á Cataluña.

Aproximábase el otoño, y con él, el momento escogido por el CONDE DE ESPAÑA para comenzar las hostilidades. Pero faltó dinero y sin detenerse por tal consideracion, pregunta al intendente la suma necesaria para el pago de las tropas y promete reunirla. Envia á un oficial que conocia perfectamente el pais, acompañándole algunos otros con órdenes secretas. Parte esta tropa, y no se sabe de ella por espacio de diez dias. El undécimo, vuelve á Caserras conduciendo dos caballeros poderosos que habian sacado una noche de sus casas situadas cerca de Zaragoza, nada menos que á unas sesenta leguas de Caserras, y en medio de un pais ocupado por las tropas liberales.

Estos prisioneros Pitarco y Peralta, eran sugetos pacificos que no habian tomado parte por ninguna causa. Recibióles cortesmente el general que puso su mesa á su disposicion y les dá dos miñones para servirlos y vijilarlos. Cuando le preguntaron la causa de su rapto, les dirige al intendente, añadiendo algunas palabras

de sentimiento sobre las privaciones del egército y la fuerza de las circunstancias. Declárales el intendente que mediante una suma de doscientos mil y pico de reales, que se les pedia á título de préstamo, y por la cual se les daba una obligacion en regla, pagadera por el estado al fin de la guerra, se les libertaria. No tuvieron mas remedio los infelices aragoneses que conformarse con su triste é inevitable suerte, soportar este acto, de vandalismo y felicitarse de que no exigiera otra cosa de ellos el CONDE. Libraron sus letras de cambio sobre Barcelona á favor de personas seguras en Francia, y durante el tiempo que se realizaron, lo pasaron en el cuartel general, comiendo con el CONDE y sin lamentarse de la manera tan estraña de realizar empréstitos.

El CONDE DE ESPAÑA era inagotable en espedientes de este género. Decia para escusarse que, mejor queria robar él mismo con el fin de atender á las necesides del ejército, que obligar á los soldados á hacerlo; y que era mas equitativo exigir un empréstito forzoso de gentes ricas, que quitar el último abrigo de un pobre montañés.»

En espiar á ciertos curas que bajo la proteccion de las plazas ocupadas por las tropas liberales, se desentendian del pago del diezmo á los carlistas, esperimentaba el CONDE un estraordinario placer. Ejecutaba con ellos una verdadera caza sin que hubiera estratajema que no inventase para asegurarlos: y cuando se apoderaba de uno, no le soltaba antes de haberle hecho pagar hasta el último maravedí de su deuda, á la cual añadia alguna gratificacion para los soldados.

El cura de Valsaren fué una de las víctimas de este género. Este eclesiástico contaba, bajo la proteccion de las tropas de tal derecho, y ya hacia años que no satisfacia el diezmo. Tuvo un dia la imprudencia de irá visitará un cura vecino quecelebraba la fiesta del patron de suiglesia, y al estar todos los convidados en la mesa, rodea lacasa un destacamento de caballería y se apodera del desgraciado párroco de Valsaren para conducirlo á Caserras. Trátale ESPAÑA con mucho miramiento declarando no era de su competencia el delito, por lo cual le sometia al tribunal eclesiástico. El vicario general Sort y el canónigo Torrabadella, compañeros eclesiásticos ordinarios del general, se ampararon de su cofrade recalcitrante y le condenaron, no solo á pagar las contribuciones atrasadas, sino por la pena de su descuido le impusieron una de doscientas camisas y otras tantas blusas para los soldados carlistas. No limita á esto el CONDE su venganza; cuando el cura hubo saldado su cuenta, hizo insertar en un periódico de Berga, *el Restaurador catalan*, que el parroco de Valsaren, aunque rodeado de rebeldes, y con el fin de acreditar su afeccion á la causa realista, habia acudido voluntariamente al cuartel general para pagar sus contribuciones y ofrecer un don gratuito al ejército real. Haciendo observar al CONDE algunas personas los graves perjuicios que ocasionaria al cura este artículo leido por los liberales, respondió que un prelado revolucionario era un loco ó un monstruo que no merecia sentimiento ni piedad.

El 4 de noviembre, aniversario del nacimiento de don Cárlos, fué fijado por ESPAÑA para su partida de Caserras. Habiendo recibido algunos dias antes la nueva del matrimonio del príncipe con la princesa de Beyra (20 de octubre de 1838), celebróse un *Te Deum* por órden del CONDE, y pasó una gran revista en honor de este suceso, aprovechando esta ocasion para dar libertad á los prisioneros que llenaban las prisiones de Berga y Caserras; prisiones convertidas en otras tantas ciudadelas inquisistoriales; pues no concibiendo el CONDE el gobierno sin el terror era tal el que habia introducido ya en las filas que hasta los mismos gefes, lejos de mirarle como á su compañero superior, le prestaban esa forzada obediencia que nace de una terrible necesidad.

Al dar libertad á los presos, les hizo comparecer á su presencia formándolos en línea, y rodeado de su estado mayor la recorre de uno á otro estremo, interrogando á cada uno de aquellos ciento cincuenta y seis infelices. La mayor parte de estos eran alcaldes y paisanos que no habian pagado las contribuciones. Entre ellos se encontraba un anciano de noventa años, acusado de espionaje, y le dice «Padre mio: estais muy cerca de la tumba para haceros culpable de malas acciones: mirad por vos y rogad á Dios, que os valdrá mas.» Tres muleteros que habian desertado con sus mulas cargadas de municiones de guerra, fueron condenados á recibir cada uno cien palos que les aplicaron en el acto. Entre los prisioneros habia algunas mugeres que las acusaban de mala vida: manda las afeiten la cabeza; y enviarles mas allá de los puestos avanzados. Por último en este

breve y original juicio, que se imponian sentencias al capricho, no faltaron sus respectivos fusilamientos, pereciendo tres infelices despues de haberlos hecho pasar por delante de las tropas, ostentando una placa sobre la que estaba escrito su delito.

Al salir ESPAÑA de Caserras, le acompaña su E. M. y algunos miñones. Diríjese á la altura llamada Monblanch: llega por la tarde á un largo valle donde encuentra seis batallones, cinco piezas de campaña, y ciento veinte caballos que vivaqueaban. El CONDE establece su cuartel general en una venta aislada que se encontraba en medio del valle. Encendieron las tropas grandes hogueras sobre las alturas, y cocieron su comida en las marmitas que el general habia hecho recientemente distribuir, una para cada doce hombres. A las siete del siguiente dia deja el CONDE este vivac; y atravesando la rica llanura cortada por numerosos canales de regadío, Gargalia y Sorba, marchó á lo largo de los límites de la Ayguadora, y se presenta á poco delante del camino de Cardona á Solsona, donde sabe se trataba de atacar á una columna enemiga encargada de conducir un gran convoy á este último punto. Las operaciones que á este fin se emprendieron, y su resultado, espuesto queda ya en la narraccion de campañas de este libro.

Aburrido ESPAÑA de tan desgraciado exito, tenian aun la esperanza de batir al enemigo á su vuelta, cuando se introdujese en los desfiladeros. Queria el CONDE poner á prueba la obediencia de Ibañez y Porredon, y convencerse de la exactitud con que llenaban sus órdenes, cuando les mandase acudir á una hora fija, del punto mas lejano de la provincia al lugar designado. Ninguno de sus antecesores lo lográra. Marcha el CONDE atravesando el puente de Golorous; traspone una escarpada pendiente y pasando á la vista de Solsona, delante de la rectoria de Riné, vá á acampar á una planicie rodeada de árboles que la naturaleza parecia haberlos espresamente destinado para ella. El castillo de Martina con sus vastas dependencias recibe al general. Los zapadores que llevaba el CONDE talaron la mitad del bosque para hacer fuego. Gustaba ESPAÑA de hacer vivaquear á sus tropas; pero en cuanto á él, sus reumatismos y el temor de un acceso de gota le obligaban á guarecerse durante la noche.

Ibañez y Porredon llegaron con puntualidad al castillo: el CONDE les abraza tiernamente haciendo el mayor elogio de su exactitud. Curioso era de ver el respeto y atencion con que el *Llarg de Copons* escuchaba al general. Su gigantesca estatura contrastaba notablemente con la gruesa y corta de Porredon, cuyos pequeños ojos inquietos espresaban la desconfianza. Acompañaban á Ibañez dos ayudantes tan altos como él: á Porredon le seguian sus tres hijos, que en todo se le parecian.

Despues de un corto desayuno se pusieron todos en marcha. A una legua del vivac cerca de Treysinet, encontraron la caballería acampada sobre una llanura. Reunido el grueso de tropas, componian nueve batallones y cuarenta caballos, que hacian un total de unos cinco mil hombres. A poco llegan cerca de Cardona, el sitio mas fuerte de la Cataluña. Erigida sobre una cima aislada, Cardona que domina el pais es la llave de toda la cadena de montañas.

El gefe del estado mayor coronel Perez Dávila, que habia sido comandante de Cardona en tiempo de Fernando VII, estaba encargado de sacar el plano de esta fortaleza, cuando llega un destacamento de caballería de Cabrera, escoltando tres individuos montados en mulas. El uno de ellos, anciano de ochenta años, era Marco del Pont, ex-consejero de hacienda, que despues de estar oculto en la pequeña isla de Tabarca, se dirigia al campo real carlista.

Construyeron los zapadores barracas, y las tropas vivaquearon por la pendiente de la sierra que dá frente á Cardona. Centenares de hogueras se encendieron durante la noche y dos cañonazos tirados en la ciudadela, anunciaron la presencia de los carlistas: el silencio de la noche permitió oir retumbar en toda la comarca el ruido de los cañonazos, repetidos cien veces por el eco de las montañas que se destacaban en el horizonte, distinguiéndose sobre el fondo del estrellado azul del cielo las gigantescas crestas de Monserrat, que dominan las montañas y sierras que los rodean. Las tropas se formaron en orden delante del vivac: sonaron los tambores: hiere la música el aire con bellas armonias; lanzáse entonces el CONDE ante sus soldados, y les dice descubriéndose la cabeza: «Catalanes, invoquemos á la patrona de nuestro pais, nuestra señora de Monserrat.» En aquel momento era solemne el espectáculo. Casi al mismo tiempo, sobre las alturas que limitaban el horizonte que distinguian los car-

listas, entre Adrall y Suria, vieron numerosas líneas de fuego: eran las señales de los somatenes, que armados de escopetas, lanzas, sables, respondian en número de 10,000 hombres, á la llamada del anciano brigadier Samso, y se reunian en una direccion opuesta á la del CONDE para cortar la retirada al enemigo y las comunicaciones entre Cardona y Manresa.

Despachos interceptados al baron de Meer anunciaban que un considerable cuerpo de tropas debian desembocar de las llanuras de Barcelona y dirigirse por san Pedro y Suria para conducir á Cardona las piezas destinadas á servir en las próximas operaciones. No quedaba duda al CONDE de que se trataba de sitiar á Berga.

Destacamentos enteros se pasaban en tanto á los carlistas: uno de diez y ocho hombres del regimiento de Albuera, se presentó con su oficial, armas y bagajes.

El 11 de agosto se dió la órden de marchar á la villa de Gargalia, donde se hizo alto. Era un domingo; las tropas formaron cuadro, en medio del cual se colocó un altar portatil, donde celebró misa el vicario general. Continúase el camino á Canadús, notable granja situada á dos leguas de Berga, donde se pasó la noche. El 12 por la mañana, atraviesan el valle del Llobregat, dejando á Berga y Caserras á la izquierda, y al medio dia llegan á Puigreig. Los vastos edificios del priorado de Malta sirvieron de alojamiento al general, á su estado mayor y á los miñones: seis batallones construyeron barracas en el valle estrecho que de Puigreig se estiende hasta Valsaren. Formaban las barracas, dos largas calles estrechas y dos plazas, que vistas desde una altura y distancia conveniente, presentaban una vista pintoresca contribuyendo á hermosearlas las ramas de abetos que cubrian las barracas.

Persuadido estaba ESPAÑA que tentaria el enemigo un ataque sobre Berga; y por esto tomó la posicion de Puigreig, que domina la llanura de Llobregat, y el camino real que conduce de Valsaren á Berga. La division de Porredon fué enviada a Gironella, tres leguas de Berga: Ibañez con sus seis batallones se acantonó en Caserras. La falta de caballos obligó al CONDE á cuidar particularmente de su caballería, que no dejaba vivaquear, y se alojó en el mismo Puigreig. La concentracion de tantas fuerzas hubiera sido de un aspecto magnífico, á no haberse presentado el triste espectáculo de las ruinas que cercaban á Berga en una legua á la redonda. Juzgó necesario ESPAÑA demoler todos los edificios que rodeaban esta fortaleza, y que hubieran podido ofrecer un refugio á las tropas liberales en la estacion que ya avanzaba. Esta rigurosa medida, justificada por la necesidad, sumergió en la mayor miseria á numerosas familias que veian desesperadas la destruccion de sus bellas y sólidas casas. Aquellas pobres gentes, con los ojos arrasados en lágrimas, acudieron al general, diciéndole el que llevaba la palabra: «Nosotros somos carlistas tan fieles como V. E.; yo he nacido en esta, que era la de mi padre y la de mis abuelos, lo mismo que mis cuatro hijos, dos de los cuales han muerto en el servicio del rey, y los otros dos sirven en las filas carlistas. Si el enemigo viniera á alojarse en ella para sitiar á Berga, yo mismo la prenderia fuego; pero vos, vos no podeis hacerla demoler porque es una casa carlista; debe ser sagrada, y si vos poneis la mano, es un sacrilegio, el cual os castigará el cielo.»—Estas palabras que parecian proféticas, pronunciadas con seguridad y firmeza por un anciano sin miedo y frente á frente de un hombre tan temible como el CONDE, no le produjeron el menor efecto, y la órden no se revocó. Su ejecucion llenó de espanto á toda la comarca, que ya iban empezando á mirar al CONDE, no como á su libertador, sino como á su destructor.

Permaneciendo en el priorado, despierta una noche en la mitad de ella, y despues de una larga conversacion con un viejo y buen espia, le dió veinticinco onzas de oro, y le envió á buscar al brigadier Brujó, que se hallaba en Vich con la reserva. Llega al siguiente dia Brujó; le manda el general situarse en Avia, á un cuarto de legua de Berga: toda la guarnicion desde el gobernador Pons hasta el último tambor recibe órden de salir de la villa; de modo que por espacio de una hora permanece sin ningun soldado. Luego que todas las tropas se formaron en el Glacis, el CONDE DE ESPAÑA, rodeado de sus oficiales, manda al coronel Pons darlas llaves de la ciudadela al gefe del E. M. Dávila, é irse con sus tropas á Puigreig. Diez minutos despues, el coronel Brujó entra en Berga en calidad de gobernador.

No se ha sabido la verdadera causa de esta pronta medida, pero es de presumir

que ESPAÑA tenia sus razones para suponer inteligencias con los liberales, y que estas suposiciones, muy vagas para que recayese el castigo sobre los culpables, exigia sin embargo alejarlos de una plaza tan importante.

Efectuó el CONDE algunos movimientos y despues de unos dias se dirigió hácia Monblanch: Tres batallones de la vanguardia mandada por el coronel Pons, iban cerca del general; y á corta distancia avanzaba Porredon con la primera division. La disciplina desconocida algunos meses antes, estaba tan bien establecida entonces que no habia que castigar el menor desórden. Al llegar á Naves, se hospedó ESPAÑA en una casa de nobles, familia que habia dado un obispo y muchos canónigos á Solsona. El hijo del anciano hidalgo, que era sacerdote y vivia retirado con su padre, celebró al dia siguiente el sacrificio de la misa en una linda capilla dentro de la casa, poniéndose el CONDE en marcha despues de este acto. Atravesó el puente de Olius, y franqueó el Cardenet: haciendo alto al medio dia frente á una casa dedicada á San Miguel; pasa luego una estéril llanura á tres cuartos de legua de Solsona; se dirige hácia el norte descendiendo al valle de Timoneda; costea durante una hora el rio Salado, pasa la noche en su ribera, y vá al dia despues á la inmediacion del Segre, la parte mas salvática de Cataluña.

Llegó el CONDE á Orgañá, el punto principal de los carlistas en aquel pais. Allí recibió una diputacion de la república de Andorra, la mas pequeña de Europa, reconocida por César, Carlo-Magno, Napoleon etc. El síndico de los andorranos acudia á escusarse de las tendencias liberales que habian mostrado en muchas ocasiones, no obstante la neutralidad que estaban obligados á observar. El obispo de la Seu de Urgel es el señor feudal de esta república. La confirmacion de sus privilegios se hizo en nombre de don Cárlos por el CONDE DE ESPAÑA que recibió al mismo tiempo el pequeño tributo que paga. Aprovechando ESPAÑA su presencia, les amenaza aniquilar su valle y exigir una gruesa contribucion, si continuaban obrando de un modo contrario á deberes de la neutralidad, terminando con estas palabras: —«Conduciros mejor en lo sucesivo; sino iré y os cortaré á todos la cabeza, sin pedir permiso á vuestro co-señor el rey de los franceses, el amado primo y amigo del rey mi señor.»

Por la tarde muchos alcaldes de los pequeños comunes, ocultos en las montañas, se presentaron á demostrar sus simpatías por la causa realista, y pidieron al CONDE la confirmacion de sus antiguos privilegios. Recibiólos de la manera mas afable, conversando largamente con ellos en dialecto catalan, que le hablaba perfectamente. Medio cierto de hacerse popular y que ninguno de sus predecesores habia poseido: bien sabido es el espíritu de provincialismo de los habitantes allende el Ebro.

Durante la ronda que el general tenia la costumbre de efectuar por la tarde, aconteció un suceso que le granjeó la popularidad de los soldados. Lamentáronse varios de estos de la mala calidad del pan y le enseñaron unos pedazos. Llama al comisario y el panadero del batallon, y les impone en castigo comer por espacio de una hora cada uno cuatro libras de aquel pan. Un miñon se colocó al lado de ellos para que la providencia fuera puntualmente ejecutada. Los lamentos y los gestos de los culpables, mientras tragaban aquella pasta indigesta eran verdaderamente cómicos. El comisario suplicaba se le permitiese el castigo por dinero, y el panadero que preferia los palos. Contestábales el CONDE que uno y otro castigo les seria impuesto; pero ante todo era necesario qee tragasen el pan. Los infelices apuraron el cáliz de amargura hasta las heces.

El 1 de diciembre sale de Orgañá, y pasan todos á pie un pico de granito, sobre el cual está construida la ermita de santa Fé. Despues de dos horas de marcha se desayunaron en la rectoría de Cabo; sitio agreste y horroroso por la inmensidad de sus peligrosos abismos, en los que padecieron horriblemente perdiéndose caballerías que caian de una altura de quinientos pies estropeándose hombres; y despues de una hora de descanso en medio de tales precipicios, continuaron su trabajosa marcha por senderos impracticables, por cimas cubiertas siempre de nieve, y llegaron á Sort, poblacion considerable donde se estableció el cuartel general.

El ayuntamiento y muchos de sus habitantes salieron al encuentro de ESPAÑA, recibido á la luz de numerosas antorchas. En este sitio era donde debian comenzar las operaciones militares, y donde efectivamente comenzaron; siendo de ellas testigo el pintoresco valle de Aran, situado sobre la pendiente N. de los Pirineos.

Narrados ya en esta obra las acciones y demas hechos del CONDE DE ESPAÑA hasta el tiempo de su trágico fin, daremos cuenta de él tratando de investigar las causas que le produgeron.

Perdido el prestigio del CONDE, se juzgaba una necesidad su relevo. El medio de efectuarlo dignamente era el que traia inquieta á la junta de Berga. Tratóse primero de reunirlos ejércitos de Cabrera y el CONDE, dándole al primero el mando en gefe, por su mayor actividad, y que el segundo, tan á propósito para la organizacion quedase de gefe de estado mayor general, con facultad de residir en el punto que mejor le pareciera. Se pensó en la realizacion de este proyecto, conviniendo en que Cabrera pasase de Aragon á Cataluña con objeto de tener una entrevista con el CONDE DE ESPAÑA en Berga ó en sus inmediaciones, en cuyo momento le nombraria la junta comandante general del Principado. Salieron comisionados á Cabrera con estas instrucciones; pero atajaron al caudillo las tropas liberales, y se frustró su llegada. La situacion se hacia sumamente critica; nadie sabia cómo pensaba el CONDE que permanecia en la inaccion: se decide á hablarle el intendente Labandero y le contestó así:—«Nosotros nos sostenemos aquí, porque Espartero quiere: si este fuese militar, ni Cabrera se hubiera podido sostener hasta esta fecha en Aragon, ni nosotros en Cataluña. Espartero quizá podrá tener otras miras que acabar con la guerra civil, pues si únicamente fuesen estas, con solo que hubiese mandado un cuerpo de ejército por el alto Aragon, y hubiese formado una manga desde la alta montaña al llano, puesto en combinacion con las fuerzas que tienen en el Principado, no hubiésemos podido resistir reunidos en masas ni en batallones. El pais no está para sufrir otra guerra de guerrillas; y no hubiésemos tenido otro remedio mas que retirarnos á Francia: en seguida esta misma fuerza, podia haberse posesionado de la orilla derecha del Ebro, y atacado por el otro cuerpo de ejército Cabrera, sin detenerse Espartero á batir á Morella ni ninguno de sus muchos puntos fortificados, se hubiera visto en la precision de disolver sus fuerzas: su retirada hubiera sido muy espuesta; y entonces sus fuertes se hubieran rendido á discreccion, sin necesidad de batirlos ni perder gente. Este señor no lo ha hecho así; ha querido marchar con todo su gran ejército reunido sobre Aragon: tiene que habérselas con el insigne Cabrera antes que con nosotros: mientras no veamos cuál es el resultado, que áfé mia no será muy placentero, nosotros podemos permanecer aquí entreteniendo el tiempo. Cuando Espartero nos venga á visitar, si es que antes no mande algun refuerzo mas que nos haga andar ligeros, entonces veremos el plan que debemos adoptar. Yo por mi edad, ni por mi posicion y categoría estoy en el caso de hacer la guerra de montaña; ínterin pueda tener las fuerzas reunidas permaneceré á su frente; pero el dia que haya que hacer la guerra de guerrillas, reuniré á todos los gefes, les hablaré cual corresponde, entregaré el mando al de mayor graduacion, y me retiraré al valle de Andorra hasta ver el final. Si quieren consultarme algo y valerse de mí estos señores, allí me tendrán; y sino harán lo que gusten. Aquí tiene V. mi opinion y mi resolucion en pocas palabras.»

Ya por este tiempo habian escrito al CONDE repetidas cartas, pintándole con exactitud la deplorable situacion de la causa que defendia y aconsejándole se retirára á Francia; pero de ninguna hizo el menor aprecio, y mucho menos de las proposiciones que le fueron hechas para entrar en convenios mas ó menos admisibles.

Narremos ahora horribles sucesos. Ninguna consideracion detendrá nuesta pluma, y solo atenderemos á pasar por ellos como sobre áscuas; sin embargo de tener que ser mas estensos de lo que deseáramos, ya por la importancia del asunto, ya por los documentos notables é inéditos que tenemos en nuestro poder y de que vamos á hacer uso.

Estamos en octubre de 1839. Despues de las operaciones de Moyá y de los acantonamientos de Prats de Llusanés, regresó el CONDE á Berga sobre el 20 ó 21. Ocupóse con el intendente en preparar la defensa de Berga, que parecia ser amenazada por Van-Halen. La junta gubernativa en tanto preparaba la célebre sesion del 26. Dispuso acudir á ella el CONDE, como presidente de la misma y reunido con Labandero, le dijo en cuanto estaban prontos los caballos:—«Intendente, vamos á ver á nuestros queridos colegas.» Y echaron á andar; mas al llegar al recibimiento se dirigió el CONDE á un balcon, donde estuvo reconociendo la gente que se habia reunido al rededor de los caballos, sin duda para verle salir; y llamándole la atencion un hombre alto, vestido de negro, con balandran del mismo color, que de-

notaba ser eclesiástico, le preguntó quién era y que buscaba allí. Este le contestó que era un monge del monasterio, hermano de una pobre viuda ya de edad que tenia dos hijos, el uno sirviendo de voluntario desde el principio de la guerra, y el otro á quien acababa de tocar la suerte de reemplazo, tambien habia ingresado en los batallones; que iba á saber si habia tenido alguna resolucion de S. E. la solicitud que habia presentado en nombre de su hermana, rogando á S. E. se dignase conceder la licencia absoluta á uno de sus dos hijos para que continuase con la labranza. El CONDE incomodado le contestó con fuertes gritos, que aquellos no eran negocios que pertenecian á un religioso; que se fuese de allí inmediatamente. Obedeció, y el CONDE llamó á un cabo de mozos y le dió la órden de seguir á aquel hombre de cerca, y en el primer portal donde se metiese que le registrasen de pies á cabeza. El cabo cumplió la órden, y nada le halló. Referimos este episodio, porque desde pocos dias antes, hacia el CONDE lo mismo cuando montaba á caballo.

Salió ESPAÑA de Berga con direccion á Avia, donde se celebraban las juntas. A mas del Sr. Labandero, acompañaban al CONDE uno de sus ayudantes y la escolta de mozos de escuadra y cosacos de caballería que ordinariamente le seguian. En festiva conversacion llegaron á la casa de la rectoría, donde se celebraban las sesiones.

Antes de que esta comenzára, medió en una de las piezas inmediatas el siguiente diálogo entre el Sr. Torrabadella y el intendente, diciendo aquel:—«Sabe V. que tenemos la órden para la destitucion del conde, y que esta tarde se le vá á comunicar?—¡Cómo! ¿qué es lo que V. me dice, Sr. D. Bartolomé? ¿Cuándo ha llegado esa órden? ¿Quién la ha traido, y cuándo y por qué conducto se ha pedido?—La junta se la ha pedido á S. M..... Se acuerda V. cuando á mediados del mes pasado la junta acordó hacer la esposicion á S. M. por las ocurrencias de Navarra y provincias vascongadas para cuya comision se nombró al Dr. Espar? Pues bien, entonces, aprovechando tan buena ocasion, hicimos otra bajo juramento de no revelarlo á nadie, pidiendo la destitucion del conde. Y el comisionado Espar ha sido tan puntual en el desempeño de su comision, que me ha escrito varias veces, y últimamente lo ha hecho desde Tolosa y Andorra diciendo que, seguros de estar estendidas y en su poder las órdenes, podemos proceder á la destitucion del conde en los términos y forma que mejor parezca á la junta, y hemos acordado que se le comunique esta tarde.—Por Dios Sr. D. Bartolomé, miren VV. lo que hacen, no nos espongamos á nuevos conflictos.—No, no tenga V. cuidado; todo está ya dispuesto.—¿Y quién le va á comunicar la órden de su destitucion, y en qué forma han acordado VV. hacerlo?—Se ha comisionado á Ferrer para que se lo haga saber; y en el caso de no querer obedecer ó tratar de echar mano á la espada y querer atropellar á la junta, se ha dispuesto que Ferrer de un lado y Orteu de otro le agarren los brazos, y entren tres ó cuatro mozos de escuadra para obligarle que cumpla con las órdenes superiores.»

Despues que esto se hubiera efectuado, habia dispuesto la junta, se le condujera escoltado de una buena partida de mozos de escuadra de los de la junta, al valle de Andorra, para cuyo punto saldria aquella misma noche acompañado del Dr. Ferrer, á quien igualmente se habia dado esta comision.

El Dr. Ferrer circumbaló de centinelas el local de la junta, sin permitir á nadie la salida. Comenzóse la sesion, tratando sobre ciertos puntos de administracion, y como ya estaban de acuerdo los individuos de la junta aprovecharon una favorable ocasion, y el vocal Ferrer que habia entrado en la sala con un primo suyo y un hombre armado de carabina, agarró con su mano izquierda la derecha del CONDE y con la izquierda le tapó la boca; el primo le quitó el sable; y un hermano de Ferrer, cirujano, con otros dos hombres armados con carabina y bayoneta, cojió al CONDE de la mano izquierda, teniendo un formidable puñal levantado sobre su cabeza: los hombres armados se colocaron á la espalda del CONDE. Todo esto fué egecutado con la mayor rapidez. El vocal D. Narciso Ferrer en el acto de apoderarse del CONDE le dijo:—«Exmo Sr. El rey N. S. ha dispuesto que V. E. deje el mando del ejército y del principado, y que salga inmediatamente de la provincia.»

El infortunado CONDE no hacia en aquellos momentos mas que mirar á Ferrer. La junta quedó en un profundo silencio, que interrumpió el Sr. Labandero diciendo:«— ¿Qué es esto, señores, qué modo es este de tratar al conde? ¿por qué no se le deja hablar?—A lo que el vocal Ferrer contestó:—«Si S. E. dá palabra de honor de no vocear se le dejará hablar.—«¿Qué

novedad es esta, señores? dijo el CONDE en cuanto le permitieron hablar; ¿qué es lo que ha ocurrido? Ferrer entonces le repitió la órden de su separacion.

Continuaba el cirujano con el puñal levantado sobre la cabeza de ESPAÑA, como la espada de Damocles; sin que le desviaran las insinuaciones que le hicieron para que se retirase; y no haciéndole caso el CONDE, continuó diciendo: «Pero señores, ¿qué es esto? ¿á qué viene todo este preparativo? Si S. M. me ha depuesto del mando, no tengo yo dado pruebas nada equívocas de mi respeto y sumision á su voluntad en mi larga carrera y avanzada edad consagrada una y otra á su defensa? Manden VV. retirar á estos hombres, que no es justo se enteren de lo que entre nosotros haya de tratarse.» Asi lo acordó la junta toda, y se efectuó. Pidió el CONDE un vaso de agua; se enjuagó repetidas veces la boca y luego que hubo concluido, tomando un aire de sonrisa y serenidad, dijo:--«Vamos señores, ¿qué es esto? me parece que para sainete basta lo pasado.»--«Aquí no se trata de comedias ni sainetes, contestó Ferrer (D. Narciso) y únicamente de que V. E. obedezca las órdenes del rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.» Manifestó el CONDE que le parecia no ser una cosa tan urgente; que debia entregar el mando á su sucesor; que se le digese quién era este, y se le manifestasen las órdenes de D. Cárlos. Lo apoyó Labandero: rechazó Ferrer indignado su mediacion, y Torrabadella por último, tomó la palabra, y con la mayor compostura y respeto, dijo al CONDE el verdadero motivo de haber mandado á Espar cerca de D. Cárlos, y era el de que, creyendo la junta no era conveniente continuase ESPAÑA en el mando del ejército del principado por lo disgustadas que estaban todas las clases, no solo por los terribles castigos que habia impuesto, sino por los incendios de los pueblos de Manlleu y Ripoll, de Olvan y Gironella, que tantos sacrificios habian hecho en favor de la causa; que sin esperar que llegaran las reales órdenes que el Espar tenia ya en su poder se habia resuelto saliese el CONDE aquella misma noche para el valle de Andorra, antes que, publicándose la noticia de que ya no era comandante general, tuviese algun disgusto por efecto de los muchos resentimientos que habia contra él.

Al oir esto el CONDE, quedó por algunos momentos suspenso, y por primera vez se le notó algun abatimiento; pero esforzándose contestó con serenidad:—«Y bien, señores, es preciso que yo sepa quién es mi sucesor; porque á él es á quien debo entregar el mando, y no á otra persona; ademas, yo tengo asuntos muy interesantes del servicio que no puedo confiar á ningun otro, ni á autoridad alguna mas que al gefe superior de las armas.» Contestósele que su sucesor era el general Segarra, de lo cual se alegró el CONDE, diciendo que, aunque tardase algo en venir por estar tres ó cuatro leguas distante, podian esperarle todos reunidos. Ferrer y algun otro vocal dijeron al CONDE que esto no podia ser porque diferia demasiado su salida, y estaban ya tomadas las disposiciones para que la ejecutase aquella misma noche con direccion al valle de Andorra. Viendo el CONDE que no tenia mas recurso que obedecer, encargó el cuidado con su persona, recordando que era un padre de familia y un anciano: palabras que no dejaron de conmover la sensibilidad de la mayor parte de los individuos de la junta, particularmente del eclesiástico Sampons, quien le dijo arrojándose á él y cojiéndole las manos:—«No mi general, no tenga V. E. cuidado, que antes pasarán por encima de mi cadáver que tocar nadie á la persona de V. E.» Se ofreció á acompañarle por imitacion del CONDE, haciendo lo mismo el sacerdote Villela, y satisfecho con tal compañia echó á andar, saliendo de la casa por una escalera que conducia á la iglesia, donde rezó un momento el CONDE.

Tal es el verídico resultado de tan notable sesion. Eran las nueve de la noche cuando emprendió la marcha el CONDE DE ESPAÑA acompañado como hemos dicho de don Narciso Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá, y el hermano de Ferrer. Montó el CONDE en la mula del vice-presidente Orteu, que ya estaba prevenida, haciéndolo pasar por la humillacion de no dejarle un caballo, y se dirigieron todos á la rectoria de Sisguer, adonde llegaron á las cuatro de la mañana.

A la media hora de haber salido de Avia, se volvió Torrabadella, y como vivia en la rectoría donde tenia preso á don Luis Adell, ayudante del general, entró en su cuarto á cosa de media noche noticiándole á su modo la destitucion que habian efectuado, dando seguridades á Adell para que nadie temiese ni por él ni por el CONDE. Cuatro dias continuó Adell preso en el mismo cuarto, estándolo tambien los cabos de mozos de la compañía

del general don Miguel Serdá y don Pablo Pallarés, un cosaco y un criado del general.

En la mañana del 27 salieron los vocales Sampons y Villela de la rectoría de Sisguer, dejando al CONDE bajo la custodia de don Narciso Ferrer. Este habia mandado á su asistente Ramon Circuns por un vestido de paisano para que se lo pusiese el CONDE, á fin de que no fuese conocido con el uniforme de general, y evitar alguna desgracia por la irritacion del pueblo, decia Ferrer. El trage, consistía en una chaqueta, chaleco y pantalon de paño oscuro, pero tan viejo, que segun la cuenta que presentó el presbítero Ferrer á la junta, costó ciento veinte rs.

Negóse el CONDE á vestir tan humillante trage, y el cirujano Ferrer mandó á varios mozos para que bajo pena la vida le quitaran el uniforme. Cuando llegaron al cuarto en que estaba el CONDE le encontraron de pié con los calzones encarnados caidos, la casaca de general puesta y los brazos cruzados para evitar que se la quitasen. Díjoles ESPAÑA que no podian despojarle de una ropa que el rey le habia dado; pero viendo á Ferrer y á seis ú ocho mozos que estaban allí, dispuestos á quitársela por fuerza, cedió y le pusieron el vestido viejo de paisano.

Despojado el CONDE de su uniforme y de cuanto tenia, salió de la rectoría de Sisguer al anochecer, cubriendo su cabeza el sombrero de tres picos desguarnecido de todos sus adornos. Tomaron el camino de la casa de campo Call Llauden, durante el cual fué diciendo el CONDE á un mozo de escuadra (Salvador Coll) que le acompañase hasta Andorra, sin dejarle y que cuando llegase escribiria al intendente para que le diese seis duros é igual cantidad á los demas. En la casa de Riu de Vall, se unió al CONDE don Narciso Ferrer, y continuaron marchando toda la noche.

Al amanecer del 28 llegaron todos á Call Llauden donde se alojaron, y comió el CONDE pésimamente. En cambio de este maltrato que le daban se mostró sumamente atento con su verdugo don José Ferrer.

Al anochecer llegó el mozo Juan Capellas con un oficio que en Avia le habia entregado Torrabadella para al presbítero Ferrer, con cien duros, una capa de paño, una bata, un cajon de cigarros, tres libras de chocolate y dos maletas con ropa. Acordó la junta remitir este equipage y dinero al CONDE, y se condujo en un macho del mismo que Torrabadella mandó entregaran al citado mozo. Tambien dispuso la junta se reforzara con quince mozos mas la escolta de Ferrer. A las diez de la mañana del 29 llegaron al Call Llauden, é inmediatamente se bañó el CONDE. A la una de la tarde se continuó la marcha, dirigiéndose ESPAÑA con el cirujano Ferrer y el cabo Llabot por la bajada de Cambrils á la casa de Puijol, término del Coll de Nargó, donde llegaron á las ocho de aquella noche. El presbítero Ferrer, con el estudiante Masiá, que era el que llevaba la espada del CONDE, y algunos mozos se dirigieron á la villa de Orgañá, á la cual llegaron á la caida de la tarde; alojándose Ferrer en la casa del brigadier Porredon, que era entonces gefe del correjimiento de la Seu y Puigcerdá. A poco rato salió de la casa el subteniente don Manuel Solana, conocido por ayudante de Porredon, y uno de los asesinos, para buscar al alcalde mayor D. Francisco Riu, vocal de la Junta correjimental de Puigcerdá, con el que regresó á la casa de Porredon. Solana volvió á salir en busca de otro vocal, y todos se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en casa de Porredon, y fué á dormir á la casa de Espart (a) Botafos, donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallon, don Miguel Pons (a), Pep del Oli, en cuyo cuarto durmió.

Al anochecer del 30 salió de Puijol el CONDE y lo llevaron á la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, en cuyo punto pararon á las nueve de la noche, diciendo el CONDE al apearse: *Ya baja el estudiante*. Entró uno de los mozos en la casa, encerró al patron y á un criado en la cocina, apagó la luz y la lumbre, habiendo sacado antes un cándil encendido, y pusieron al CONDE en un cuarto destinado á los huéspedes. Encerrado el CONDE, abrieron la cocina, encendieron lumbre, hicieron levantar á las mugeres de la casa que estaban acostadas; las que ni en esta noche ni en los dias sucesivos supieron quien era el que estaba encerrado en el cuarto.

Dejemos así al CONDE, ya que ningun notable acontecimiento vino á turbarle en todo el tiempo que pasó en la casa de Casellas, y trasladémonos á donde se disponia su asesinato para que nada ignoren nuestros lectores de las trágicas escenas que vamos refiriendo.

Al brigadier Prast, gefe de la com-

pañía de oficiales; le dieron parte de que públicamente se habia hablado al tiempo de nombrar el servicio, que el CONDE se hallaba en Casellas y querian asesinarle. Inmediatamente se dirigió á la casa de Porredon, y en la galería de la misma, encontró varios oficiales: á poco salieron de la habitacion de Porredon, este, y el presbítero Ferrer, quedando dentro del cuarto el doctor Perles y el estudiante Masiá. Hablaron al momento del CONDE; dió cuenta Ferrer del oficio de su destitucion; y todos convinieron en que era un *traidor, sanguinario é incendiario* que queria entregar á los enemigos la provincia de Cataluña, despues de estar toda destruida, por lo cual merecia *ser asesinado*, y que aunque le quitaran mil vidas no pagaba el daño que habia hecho.

Buscaba el presbítero Ferrer quien asesinara al CONDE, y habló al efecto al capitan don Pedro Baltá, al subteniente don Antonio Morera, á Masip y á don Manuel Solana. Era ya una cosa pública el conato de asesinar al CONDE, segun ya lo habia advertido el brigadier Prats al presbítero Ferrer, no pudiéndose concebir por qué se tuvo al CONDE cuatro dias á media hora de este foco, sin ser necesarios para prevenir la seguridad de un viaje que no se trató de hacer hasta la tarde del dia 1.° de noviembre, y para el que no se pidieron noticias ni ausilios á las autoridades que lo eran Porredon, Serras, Prats y Riu.

El presbítero Ferrer, salió de Orgañá el 2 por la mañana, acompañado del mozo Vidal, y llegando á Casellas, encargó la partida de mozos á José Canet para que fuese con ellos al pueblo de Tons, cinco horas distante, ordenando: «qué bajo pena de la vida no abandonase aquel punto en tres dias, aunque fuesen los cristinos, en cuyo caso se encerrasen é hicieran fuego hasta morir.»

Marchó la partida, y quedaron con el CONDE el cabo don Francisco Llabot, su asistente Sebastian Rivas, el cirujano Ferrer, el brigadero Domingo Sala y cinco mozos.

Mientras por última vez cenaba el CONDE en Casellas, disponiéndose á marchar, sigamos los pasos á sus asesinos.

El capitan Baltá, se encontró en una calle de Orgañá á las seis de la tarde con el presbítero Ferrer, el que le volvió á manifestar era preciso asesinar al CONDE DE ESAÑA, por ser órden del general, y porque era traidor á la causa de don Cárlos; que quisiera ó no, habian de hacerlo los tres; y en vista del papel impreso que por la mañana habia leido delante de todos, y de asegurarle nuevamente era órden superior, le contestó que obedeceria. Dirigiose entonces á la casa de Ferrer donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el sacerdote, que saldrian á las ocho de aquella noche á los tres puentes del rio Segre, distantes tres cuartos de hora de Orgaña, en donde encontrarian al CONDE DE ESPAÑA, esperándole sino hubiese llegado; mandándoles cuando se acercasen á él que *le despojasen de sus ropas, le atasen del cuello y pies y le arrojasen al rio*.

Al anochecer se halló Baltá con el cura José Rosell, á quien participó el asesinato que iba á ejecutar aquella noche, contentándose con decirle el *dignísimo* prelado: «¡Qué lastima matar á un hombre sin confesion! si quieren, yo le confesaré, y que haga un escrito.» A las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá y poco despues, pasaron á decir á Ferrer *que marchaban y que cómo habian de volver á entrar*. El brigadier Porredon y el presbítero Ferrer bajaron, y *este dió á Baltá una soga muy gruesa*, que Baltá entregó a Morera para que la llevase. Advirtióles Porredon que cuando volviesen *digeran á la guardia que venian de divertirse*. Esta guardia era de oficiales y no se ponia hasta de noche cerrándose las puertas entre nueve y diez. Las llaves de las puertas las tenia el comandante de armas, don Antonio Serra; pero esta noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredon.

Baltá y Morera salieron de Orgañá para el sitio combinado á donde habia de ser conducido el CONDE por Solana.

El presbítero Ferrer mandó á Masiá fuese á Casellas, y salieran al anochecer para Andorra, que él iria detrás con los mozos. Visitó Masiá al CONDE que le habló de la carrera que tenia, y aun le recitó en latin algunos versos de Virgilio.

A las siete de la noche el cabo don Francisco Llavot, que se hallaba en cama enfermo, ordenó al mozo Mariano Piguer que reuniendo toda la gente de la casa se encerrase con ella en la cocina, como lo hizo. A los mozos Miguel Sala y Coll, les mandó se fueran á acostar á un pajar para que el CONDE no les viese.

Entre ocho y nueve de la noche, salió el CONDE de su cuarto acompañado de

don José Ferrer, que llevaba el puñal ó la cuchilla *interosia* con qué amenazó á ESPAÑA en la junta, de don Ramon Masía, que tenia la espada del CONDE como hemos dicho, del brigadero Domingo Sala, y del mozo Plá que bajaba alumbrando.

Montó el CONDE dentro del portal en un macho aperejado con una silla de paiges (labrador), estribos de madera y una piel blanca que pidieron al patron de Casellas. Estrañando el CONDE la caballería, les dijo al montar:—«*Este no es el mulo en que he venido estos dias.*» Contestóle la causa Ferrer, y despues de ponerle la capa, echaron á andar diciendo el CONDE al brigadero: «*¡Qué noche tan oscura!*»

Y era así. Alumbrados puede decirse con el solo fuego del cigarro que fumaba ESPAÑA, caminaba este al suplicio con aquel horrible acompañamiento, guiado luego por el subteniente Solana que se presentó á poco.

Masiá y Ferrer dijeron al brigadero Sala que llevaba el macho del ronzal, *que cuando el guia se lo pidiese, se lo diera y se parase porque el guia solo habia de conducir al Sr. conde á Andorra*. Al llegar al camino real que va á dar á los tres puentes del rio Segre cerca de la bajada de una ermita, se efectuó este cambio. Unióse Sala al cirujano Ferrer y á Masiá que iban tres ó cuatro pasos detrás del macho. Se pararon y ya habian perdido de vista al CONDE, cuando oyeron un poco de ruido. En su consecuencia, dispusieron volverse atras y lo egecutaron.

Ya hemos visto caminar la víctima al sacrificio. Baltá y Morera, cansados de esperar en el sitio convenido creyeron que ya no pasaria el CONDE y se volvian á Organá, cuando vieron á Solana que llevaba del ronzal el macho en que iba montado ESPAÑA. Se pararon al llegar frente de ellos; díjoles Baltá *alto*, y dando al CONDE un palo en la cabeza le hizo caer al suelo. Preguntóles el CONDE quienes eran, y contestó Baltá: «Soy Silvestre de la Seu (1). Suplicóle el CONDE *no le maltratase, que era un comerciante frances y que le llevasen á la Seu; pues conocia al gobernador*. La contestacion fué atarle por los brazos con unas cuerdas volviéndole á montar.

Cuando llegaron al puente del rio Segre lo desmontaron, y dijo Baltá al CONDE: «Si V. es hombre de bien, el gobernador lo verá; y andando cuatro ó seis pasos, le tiró al cuello un lazo que habia formado de la cuerda sobrante con qué estaban atados los brazos, y dando al CONDE un puntapié en la espalda, cayó y poniéndole un pié en la cabeza, tiró de la cuerda y le ahogó.

Le desnudaron no encontrando al CONDE ni un solo maravedí, y sí solo un poco de pan y unas ubas. Solana cortó la cuerda y con la que tenia atados los brazos le ligaron los pies, y atándole una gran piedra le tiraron al rio. Al tiempo de caer dijo el capitan Baltá: *Aigua aunen que á vall vá.*

Tiraron al rio la ropa del CONDE escepto la capa, que se apropió Solana diciendo que era suya, y Baltá tomó una bolsa de seda encarnada que llevaba ESPAÑA al cuello, y dentro de ella dos medallas de plata, una virgen del Pilar de Zaragoza, dos ó tres cruces, y una poca de pasta de AGNUS; recogiendo tambien los tirantes que era lo mejor que llevaba el CONDE.

Concluida la horrible comision, volvieron los egecutores á Organá, llegando á la puerta de la villa á eso de las 11 de la noche, abriéndoseles en seguida.

Tal fué exactamente el trágico fin del CONDE DE ESPAÑA, cuyo cadáver fué hallado en la pequeña playa de una isleta que forma el Segre entre el puente del Espia y el inmediato á Oliana.

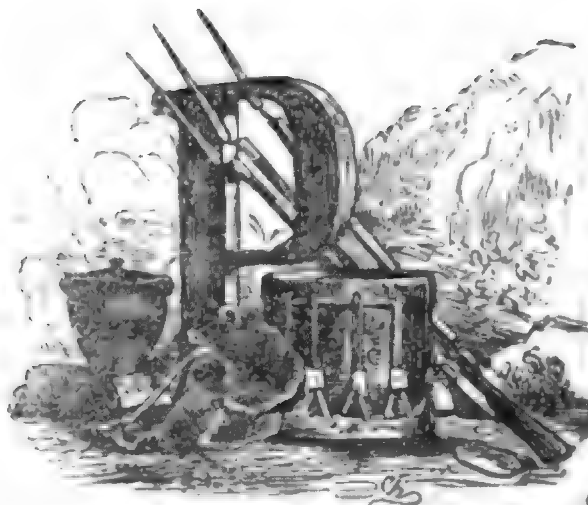
Corramos un velo sobre esta escena. Poderosos motivos detienen nuestra pluma que podia continuar trazando líneas con harto sentimiento de algunas distinguidas personas.

Réstanos hacer una salvedad en honor del CONDE. Notables revelaciones nos han hecho formar la conviccion de que no debe recaer sobre la responsabilidad de él la mayor parte de las horribles egecuciones de Barcelona que se hicieron de real órden, aun despues de haber sido algunos perdonados. La historia culpa al CONDE DE ESPAÑA; nosotros aseguramos que fué solo el instrumento, tan obediente como súbdito, tan rígido como militar y militar de otro siglo.

Ante el deber del biógrafo, callan las pasiones del hombre: para juzgar al CONDE, se necesita no haber vivido en su época. Nosotros, á fuer de imparciales, le hemos seguido con entusiasmo en sus victorias contra estrangeros, y con el alma comprimida en algunos de sus actos.

(1) Este silvestre de la Seu, era un distinguido gefe de una patulea liberal, cuyo nombre tomó en este trance Baltá.

LINAGE.



RONUNCIAR el juicio de un hombre, no es siempre la mas fácil tarea del historiador: datos auténticos y documentos irrecusables ha de menester indispensablemente todo escrito que se proponga referir sucesos contemporáneos ocurridos á la vista de su público, preparados y dirigidos tal vez por algunos de sus lectores. Esto, ademas de una voluntad firme y decidida y de un carácter altamente independiente por ...s cuales, anteponiendo á cualquiera otra ...nsideracion el deseo de la verdad his...rica, no repare en que, esta ó la otra ...relacion puede perjudicar á tal ó cual ...tido que todavia vive, ni en que un ...ma descifrado puede poner al borde ...recicipio reputaciones muy bien ad...las, al parecer, de personages que ...iguran.

Y, se hacen estraordinariamente mas sensibles para el historiador ambas á dos necesidades cuando se propone hacer rectificar la opinion pública sobre hechos, tambien contemporáneos, mas acerca de los cuales esa opinion se halla sumamente estraviada. Porque, asi como es mucho mas fácil enseñar á otro lo que no sabe que hacerle olvidar lo que tenia aprendi-

LINAGE.

Digitized by Google

do y conseguir que estudie y sepa lo nuevamente enseñado, asi tambien es indispensable valerse de otros medios mucho mas eficaces y de otras razones en mayor grado convincentes para conseguir lo segundo que las que bastan emplearse cuando nos proponemos lo primero.

Por eso nosotros, firmemente persuadidos de que al escribir la biografia de LINAGE, nos encontramos en una situacion analoga á las dos que hemos pintado, no daremos un paso sin apoyarnos en aquellos documentos y datos que antes citábamos, y únicamente, despues de habernos asegurado de nuestra independencia respecto de los partidos políticos y de observar nuestra decision firme y enérgica á favor de la justicia y de la verdad. Es así.

DON FRANCISCO VENTURA VALENTIN LINAGE Y ARMENGOL, nacio en Toro (ciudad de Castilla la Vieja) el 14 de febrero de 1795. Fueron sus padres don Manuel Pablo, procurador de la audiencia de aquella ciudad, y doña Antonia Justo Pastor. La profesion del primero ejercida en una poblacion de segundo órden, cualquiera compreude que, no debia serle muy productiva; por lo cual y ser tan numerosa la familia de LINAGE, faltaron los medios para costearle una carrera á DON FRANCISCO. Esta y no otra fué la razon porque se le aplicó al bufete de su padre tan luego como recibió en la escuela la instruccion primaria y se le dedicó desde la edad de siete años á los trabajos de la pluma, que le fueron despues tan productivos.

En ellos continuó hasta el año de 1814, en que pasando su padre don Manuel á esta córte, á evacuar ciertas diligencias, le acompañó LINAGE. Aquí formó el proyecto de darse una carrera propia de su genio y su carácter; proyecto que á nadie comunicó para no ser contrariado; lo que hizo, sí, fué escribir una carta á su familia en la que tratando de sosegarles respecto de su paradero, aplazaba su vuelta y el dar noticia de su persona para *cuando fuese hombre de provecho*. Firme en su propósito emprendió la marcha con direccion á Cádiz, sin otros medios de subsistencia ni otros recursos para vivir que ciento veinte reales en metálico. Escaso caudal que habiéndosele concluido tres dias antes de llegar á su destino no fué bastante á impedir que careciese del sustento necesario.

Por esto le urgía mucho mas ver al general don Pablo Morillo, de quien solicitó y obtuvo una audiencia y á quien manifestó sus circunstancias y deseos de ser alistado para la espedicion que á sus inmediatas órdenes debia embarcarse muy en breve con direccion á Ultramar. El general le recibió bien, y teniendo en consideracion sin duda que era natural de su mismo pais y tomando en cuenta su decision y aptitud le nombró en el acto cabo primero del regimiento de infanteria titulado la Union, luego le añadió estas significativas palabras. «*Si V. hubiera tenido estudios, yo le habria hecho sargento; pero ya es V. cabo primero y en siendo hombre de bien corre de mi cuenta lo demas; yo principié de soldado y ya soy general; con que paisano, á ser general.*» A cuyas últimas palabras acompañó con una palmada en el hombro, y la cual recomendacion nunca olvidó LINAGE.

La fecha de su filiacion es la del 28 de enero de 1815, trascurriendo muy pocos dias entre ella y la de su embarque en la fragata de trasporte Bella Bárbara, donde tambien se colocaban dos compañías y la plana mayor de su regimiento.

En abril del mismo año llegó la espedicion á Costa firme, y despues de reducir á la obediencia á la isla Margarita ocupada hasta entonces por los insurgentes, siguió su ruta al puerto de la Guaira; donde desembarcó LINAGE asi como su regimiento, destinados de guarnicion á Caracas. El 1.º de julio fué ascendido á sargento segundo, en cuya situacion continuó en Caracas todavia hasta mediados de 1816 que pasó de guarnicion á Valencia del Rey. Al año siguiente, siendo ya sargento primero, se halló en el segundo desembarco en la isla Margarita y asistió á la toma de Potomar y su fuerte, como igualmente á la ocupacion y toma del pueblo de Pampatás.

Los enemigos, luego de la toma de Cartagena de Indias por el ejército espedicionario y de la pacificacion del nuevo reino de Granada, fueron á encender otra vez la guerra en las provincias de Venezuela y de Guayana: en esta última muy especialmente. Aquí se encaminó enseguida el grueso del ejército, viniendo con él, como ya hemos dicho, en clase de sargento primero DON FRANCISCO LINAGE. El 6 de julio de 1817, fué trasladado al regimiento Infante D. FRANCISCO, en el que obtuvo el grado de subteniente y con el que asistió á todas las operaciones de campaña de aquel año, hasta que fué

trasladado de nuevo al del infante don Cárlos. Se halló dentro de la villa de Calabozo, cuando Bolivar, gefe principal de las insurgentes, estableció su bloqueo al frente de 6000 caballos y de 2000 infantes. Luego concurrió á la memorable retirada de este punto y á las acciones de la Uriosa y pueblo de Sombrero, y por el mérito contraido en ambas obtuvo una medalla de distincion. Despues de una marcha de cien leguas asistió á las acciones de Marcay, de Cagua y de la villa de Cubo.

Cuando la retirada de Calabozo, ya habia acometido á LINAGE la disenteria, enfermedad muy comun en aquellos paises, y que sufrio sin darse de baja por no separarse del cuerpo de operaciones. Así fué que, las fatigas, los aguaceros, y la intemperie de los campamentos le redujeron á un estado mortal. La juventud, sin embargo, y una constitucion física escelente con que contaba, le sacaron á salvo y le pusieron en situacion de continuar las operaciones y de seguir la suerte de sus compatriotas. Convaleciente aun, emprendió solo el año de 1819 una marcha dilatada hácia la villa de Calabozo, á incorporarse al ejército cuando se disponia á abrir una nueva campaña sobre los llanos. Pero como séa este, ya, terreno tan trillado y se hayan referido por tantos historiadores los infinitos hechos gloriosos con que se ilustraron todos los españoles que compusieron aquella espedicion, nos limitaremos á decir que LINAGE tuvo una gran parte en todos ellos, puesto que jamás se separó del grueso del ejército, sufriendo como todos las penalidades y privaciones que eran consiguientes.

Hay, sin embargo, un suceso en aquella campaña que merece especial mencion y en el que tuvo una parte muy directa el teniente graduado del regimiento del Infante. Tal fué el paso á nado del caudaloso rio Arauca, y en cuya travesía, los que á tanto se espusieron, uno de ellos LINAGE, sufrieron á quemaropa el horroroso fuego de cañon y de fusil que de la parte opuesta les hacia un fuerte enemigo. Empresa la mas árdua, (ha dicho de ella un célebre militar) que pueden ofrecer los anales de la guerra, ya antigua ya moderna. Por esta hazaña fué promovido á teniente efectivo, y llamando sobre sí la atencion del general en gefe hizo que le solicitara para su estado mayor.

Jurada la constitucion en la península á primeros de 1820, se recibieron en América instrucciones, sino órdenes terminantes, sobre los medios de conciliacion con los enemigos. Los preliminares se firmaron en santa Ana, despues de la entrevista que tuvieron el general Morillo y el gefe de los insurgentes Bolivar, quedando convenido un armistício en que se suspendian las hostilidades por seis meses y se demarcaban las líneas que debian conservar unas y otras tropas. LINAGE á la sazon ya era capitan.

Así las cosas, el general Morillo obtuvo licencia para regresar á España; quien entregando el mando al general don Miguel de la Torre, ordenó lo acompañasen su secretario don José de Caparros y el capitan LINAGE únicamente. Hicieron á la vela en puerto Cabello el primero de enero de 1821 y llegaron á Madrid, á pesar de una corta detencion en la Habana, á mediados del mismo año. Nombrado Morillo, por el rey, capitan general de Castilla la Nueva, nombró él á su vez ayudante de campo á LINAGE, con objeto de que continuase á su lado. En tal situacion le sorprendió el motin del 7 de julio, al que combatió con todas sus fuerzas y cuya cruz de distincion concedida por aquella refriega, LINAGE, siempre llevó al pecho.

Cuando se crearon las planas mayores, fué nombrado en la clase de capitan para la del primer distrito, desempeñando su cometido á las inmediatas órdenes de sus generales Vives y O-daly. Mas sucedió que habiéndose acercado á Alcalá el partidario Bessieres, hubo de salir á oponérsele y combatirle el último de estos generales; quien ordenó á LINAGE en Guadalajara, marchase sobre la derecha con la columna del general don Juan Martin (el Empecinado). Era el objeto de aquel gefe batir á los rebeldes que se hallasen en aquella direccion y concentrar en seguida todas las fuerzas sobre Brihuega.

La columna, antes de llegar á Carpueñas, tuvo noticia de que el pueblo estaba ocupado por el batallon del Royo. Dispuesta entonces y ordenada para el ataque descendió á la profunda cañada donde aquel estaba situado. Los enemigos, á su vista, ganaron la eminencia opuesta y rompieron desde ella un fuego sostenido y muy certero. En tal situacion, recibió la órden LINAGE del gefe de la P. M. don Antonio Vanhalen de conducir un batallon por el flaco derecho; pero estando en marcha sobre la indicada eminencia

y viendo que cargaba la caballería á las órdenes de dicho Vanhalen, avanzó el batallon á la carrera y secundó las miras del primer gefe destrozando completamente sus enemigos y haciéndoles sobre doscientos prisioneros.

Nombrado general en gefe de aquellas fuerzas el conde del Avisbal, á consecuencia del desgraciado suceso del general O-daly, continuó LINAGE á su lado en todas las operaciones; siendo entre estas la mas notable la que tuvo lugar en las inmediaciones de Sacedon. Ocupaba el enemigo en fuerza este pueblo y estendia sus avanzadas sobre el Tajo observando el puente Auñon. Llegados a él los constitucionales se convencieron de la imposibilidad de marchar por aquellos desfiladeros entre la cordillera y el rio, y muy particularmente por el punto denominado el Portillo. En tal situacion y siendo ya el anochecer en el mes de enero, preciso les fué á los de LINAGE hacer un esfuerzo para conquistar su alojamiento. Dispuso el general quedase la caballería sobre el puente Auñon, y apeándose el primero él de su caballo obligó á los demas gefes á que le imitaran y trepasen todos seguidos de la infantería por aquellas rocas y vericuetos con direccion al pueblo enemigo.—Entonces fué cuando el bravo LINAGE, capitan de la P. M. recibió órden de franquear con solas dos compañías el difícil paso del Portillo, y fuese suerte ó buena direccion suya, lo cierto es que el paso quedó franqueado, é hizo mas; habiendo dejado posicionadas las dos compañías que conducia, escolcoltado de 17 hombres nada mas, sin guias ni conocimiento del terreno, atravesó el campo de los enemigos y fué á buscar al general D. Juan Martin para que con su caballería concurriese por el camino sobre el mismo pueblo de Sacedon. Operacion arriesgada é imponente para quien no hubiese como él aprendido en buena escuela lo que constituye el deber militar y la influencia que tiene en la guerra una órden bien ó mal cumplida.

Los obstáculos que venció, el peligro qué corrió y las fatigas que hubo de sufrir pasaron de la regla ordinaria. Pero entró en Sacedon al amanecer, conduciendo algunos prisioneros y todos los paños que su contrario habia sacado de Brihuega, de paso que habia desempeñado su comision. La caballería concurrió á tiempo al punto donde se la reclamaba, y los enemigos en fuerza de las acertadas disposiciones del capitan LINAGE, abandonaron el pueblo precipitadamente.

Una prueba de lo muy satisfecho que debió quedar el conde del Avisbal de aquel servicio, fué la de que muy luego, a los dos ó tres dias, encomendó a LINAGE, si cabe, otro mas difícil y arriesgado. Por tal tenemos la travesía que hizo desde Guadalajara á Requena por pais enemigo y escoltado solo de dos ordenanzas. Ocurrió así:

Llamóle á su presencia el general, y despues de manifestarle que habia tenido avisos del gobierno de que una brigada procedente de Valencia iba á salir al encuentro de los enemigos y á detenerlos hasta que él los alcanzase, conviniendo ahora que dicha brigada apresurase la marcha, para que el resultado de esta combinacion tuviera lugar lo mas pronto posible, le anunció haber dispuesto que él marchase ganando horas á buscarla y entregase a su gefe unos pliegos que á su salida le daria. «*Estoy dispuesto, mi general,*» contestó LINAGE) *y añadió aquel*: «es que no pierda V. de vista que quiero se haga en los menos minutos posibles; ¿Qué camino piensa V. tomar?» —«*El mas corto, mi general.*» Y como no se le ocultase a este que el mas corto era precisamente el mas ocupado por los enemigos, preguntóle nuevamente á *Linage*: ¿Qué escolta necesita V?» —« *Con dos ordenanzas tengo bastante.*» —«Está bien, replicó el general, así me habian informado;» y alargándole el pasaporte junto con los pliegos que le habia indicado, se despidió de él con muestras del mayor agrado y benevolencia.

DON FRANCISCO se puso en marcha aquella misma noche; atravesó al escape la línea enemiga; y a las pocas horas despues de amanecer, entró en Cuenca. De los dos ordenanzas que le seguian, el uno reventó su caballo en el camino, y el otro le halló tan mal parado cuando fué á servirse de él que no pudo salir de la ciudad. LINAGE entonces, solo y sin escolta alguna, avanzó con su jaco cuatro leguas mas, al cabo de las cuales imposibilitado este tambien, obligó á su dueño á desmontarse y á sacar de los pueblos que atravesaba bagages mayores que le pudieran ser de alguna utilidad. Con estos continuó corriendo hasta el dia siguiente, en que habiendo tropezado junto á Requena con el brigadier Laviña le entregó los pliegos de que era portador. Despachado por Laviña, tomó al punto la vuelta del cuartel general, y siguiendo la misma ruta y haciendo otra vez la travesia por la línea

enemiga, llegó á su campamento con toda felicidad. Los enemigos que no se habian apercibido de nada, cayeron en la red que con la ayuda poderosa de LINAGE se les tendia: perseguidos muy de cerca por el conde del Avisbal fueron á dar en las bayonetas de Laviña, siendo completa la derrota de los enemigos. El general en gefe desde entonces confió á LINAGE todas las comisiones de la mayor importancia é interés.

Vuelto á Madrid en abril de 1823, llegó precisamente cuando se organizaba el cuerpo de F. M. G. bajo la direccion de D. Antonio Ramon Zarco del Valle; y sin saberlo él ni solicitarlo, fué destinado á dicho cuerpo con el carácter de capitan adicto al 4.° ejército que debia mandar el conde de Cartagena. Salió luego para Valladolid, y de aquí pasó á Palencia, en donde se supo haber penetrado en España el ejército francés. Ocupado al principio en perseguir a las fuerzas portuguesas realistas, marchó despues el cuartel general sobre Villafranca. De allí se trasladó á Lugo, y en este punto recibió órden LINAGE de conducir pliegos á Asturias para el brigadier Palareo. Mas en Castrepol le detuvo la fuerza que mandaba Nuñez Arenas, y se le trasladó á Rivadeo donde estaba Campillo con los nacionales de Bilbao y otras gentes. Aquí se le arrebataron los pliegos que conducia, y en vista de su contenido, los gefes de aquellas fuerzas decretaron la muerte de LINAGE. Empero á dicha de este, ocurrió que su apellido habia sonado agradablemente en el oido de uno de los que formaron aquel consejo improvisado. Era el honrado navarro D. Santiago Gambra; el cual deseando saber si causaria en su vista la persona de LINAGE igual sensacion agradable que la que habia producido en su oido el nombre solo, pasó á verle á la casa de Campillo que era donde se le retenia. Cuál seria su sorpresa al reconocer en el presunto reo á un amigo leal y consecuente que lo habia sido suyo en Madrid, durante los años de 1821 y 1822? ¿A un liberal de opiniones tan firmes y decididas como las que él profesaba y con quien sentia cierta analogía de carácter? Al pronto solo cambiaron el abrazo, pero en seguida Gambra desapareció para no volver sino acompañado de Nuñez Arenas y Campillo, á los cuales despues de manifestar las opiniones y sentimientos del primero, obligó á que le pusieran en libertad y le trataran con la mayor consideracion.

LINAGE entonces, supo el riesgo que habia corrido y tuvo la satisfaccion de oir de boca de aquellos mismos gefes, que todas las fuerzas que mandaban las ponian á sus órdenes para defender la constitucion y las libertades patrias. D. FRANCISCO que debió agradecer muchísimo el beneficio de la vida que le acababan de dispensar, y á quien no podia ser indiferente ver someterse á sus órdenes un cuerpo tan numeroso de tropas, reunidas por una bandera simpática á sus ideas políticas y víctima del deber militar, contestóles: «*que sin saber cuál era, él se habia encargado de una comision, de la que debia dar cuenta si le dejaban en libertad de hacerlo; siendo por otra parte el deber mas sagrado ante sus ojos el de no abandonar su puesto.*» Conducta caballerosa y muy militar, que han censurado algunos por no apreciar cuanto se merece el cumplimiento del deber y del honor.

LINAGE salió libre de su prision, aunque con el mayor sigilo á causa de la fermentacion que habia entre los nacionales.

Por este tiempo los franceses entraron en Galicia y pusieron sitio á la plaza de la Coruña, cuya guarnicion y habitantes declararon que de ningun modo capitularian con tropas estrangeras, sino con los que regia el conde de Cartagena y aun con él mismo. Este, despues de la accion de Puente de Payo en que tambien le acompañó LINAGE, habia entrado en Vigo y retrocedido de aquí á Santiago. Hallábase pues en este punto cuando se le reclamó de la Coruña, para cuyo punto salió y en donde penetró, escoltado del cuartel general únicamente, en el que iba LINAGE.

Destituido el conde de Cartagena, el 4.° ejército fué licenciado, y LINAGE como los demas oficiales quedó indefinido. Su situacion entonces llegó á hacerse la mas crítica: sin otros medios de subsistencia que su paga y en la obligacion de mantener á su esposa, que era pobre como él, y á una hija de corta edad, hubo de vender las ropas, los muebles y demas efectos cuando aquella le faltó. Y el que con tanto orgullo habia llevado sobre sus hombros dos charreteras de plata ganadas en el campo del honor, no creyó degradarse cuando se vió precisado á buscar trabajo en su único oficio, que era el de escribiente. Abogados liberales de la ciudad de la Coruña, se le proporcionaron abundantemente y tanto que escribiendo dia y

noche, ganó para sustentarse la mayor parte del año de 1824.

Afanado con tales negocios, viviendo en esta penuria y estrechez, antes que dirigiendo la secretaría de la capitanía general y disfrutando el sueldo y rango de su clase, hubieran preferido verle sus amigos políticos, otros que no tuvieron una suerte, mejor dicho una aptitud y una capacidad como la suya, y cuantos sirvieron de blanco á las iras del furioso absolutista D. Nazario Eguía en las provincias de Asturias y Galicia. Creyeron todos que LINAGE habia abjurado de sus principios políticos, solicitando una colocacion en las filas del absolutismo; sospecharon no pocos que las medidas despóticas y arbitrarias de la autoridad militar de la provincia, se tomaban por consejo de LINAGE, y propalaron algunos, que con capa de comunero y de patriota encubria sus oficios, cerca del capitan general, de espía y acusador de los liberales exaltados.—Veamos en una carta que tuvo á bien dirigirnos D. FRANCISCO, hace tres años desde Francia, el fundamento que han tenido tales sospechas y la razon con que por este hecho se le ha acriminado.

«*Hemos llegado á una época* (habla con nosotros el general) *en que mi honrado porte ha sido interpretado como un delito de lesa libertad. Cierto que en los tiempos calamitosos porque corre hace tiempo la desventurada España, el espíritu de partido y ciertas miras ambiciosas, han procurado el descrédito de muchos hombres dignos de respeto mas bien que de censura. Linage sin ambicion: siempre consecuente; jamás manchado con el crímen: nunca envilecido y procurando el bien de sus semejantes con absoluta abnegacion de lo que le era personal, ha sido el blanco de las pasiones desde que llegó á ocupar un puesto en el cual se creyó podia hacer sombra ó servir de obstáculo á miras y pretensiones interesadas; y el período de su vida que mas le favorece, fué tomado como punto cardinal para inducir la desconfianza, respecto de su persona y para desacreditarle ante el partido liberal. Me refiero al tiempo que estuve á las órdenes del general D. Nazario Eguía, sobre el que, hombres de rencores ni han podido dar treguas en su estado de fastuosa dominacion, para respetar en su actual miseria* (1) *y no merecida situacion al que supusieran un dia árbitro de los destinos de España, y que puede erguir noblemente la cabeza* ofreciendo la prueba de su leal conducta.

»*A fines de 1824, estaba la audiencia de la Coruña para trasladarse á Santiago, y yo á punto por lo tanto de perecer de hambre con mi familia* (2). *Ocurrió entonces que D José Parreño, coronel de ingenieros (tambien indefinido) é íntimo amigo de Eguía, me escribió una carta proponiéndome marchase á aquella ciudad, en atencion á que hallándose vacante la plaza de secretario de la capitanía general y habiéndole hecho él indicacion de mi persona, á aquel gefe, este se habia conformado. Yo no imaginé entonces, que la admision de un destino, al que, lo juro como caballero y español, fué con intencion de aliviar en cuanto pudiera la suerte de mis compañeros y amigos, habia de servir de un borron indeleble en la historia de mi vida pública, segun voz y fama de estos mismos amigos y compañeros, á algunos de los cuales realmente serví. Pues, sí tal me hubiese acontecido, yo no conozco ningun hombre mas dispuesto á soportar la desnudez, el hambre, la misma muerte con una resignacion y conformidad estraordinarias que yo mismo. Pero repito, yo creí que sin faltar á mis principios, á mis opiniones,* cumpliendo con los deberes *de un verdadero liberal, podia al propio tiempo procurar dignamente la subsistencia á mi esposa, á mi hija, á lo mas grato que tenia en el mundo, salvo el honor.*

»*A pesar de todo, yo no solicité inmediatamente, como creeria alguno, el destino de secretario de la capitanía general, sino la traslacion de mi licencia indefinida para la ciudad de Santiago. Esta peticion la dió curso el gobernador de la Coruña, y á vuelta de correo llegó acordada. Luego que pasé á Santiago, me presenté á Eguía, quien sin indicarme nada del destino ó cargo que queria darme, me despidió previniéndome volviese al dia siguiente. Así lo hice; aunque no recibí otra órden que la del dia anterior. Al tercero adelantó la pregunta de si me*

(1) No olvidemos que LINAGE dice esto en el año de 1845.
(2) Por la razon de trasladarse los abogados que le proporcionaban trabajo.

acomodaba tener destino en su secretaria; y entonces le contesté que no por otra razon habia solicitado la traslacion de la indefinida. «Pues bien, dé V. una vuelta por aquí, que ya veremos.» *Me replicó el general. Ahora, los que conozcan mi carácter, porque hayan tenido ocasion de esperimentarle, adivinarán si volveria yo por* allí *sin ser llamado. Efectivamente no volví de tal manera, pero cuando me presenté, fuí destinado á la secretaría, aunque no de secretario.*

»*Aquí, como en todas partes, procuré llenar mi deber; de tal manera que el general me manifestó á los pocos meses de viva voz, que veia era capaz de desempeñar la secretaría y que por lo tanto hiciese la propuesta para él firmarla. En otras dos ocasiones, me previno el general Eguía lo mismo; y yo siempre me escusé como mejor supe, siendo la razon de ello el empacho y repugnancia que me causa haber de hablar y escribir en elogio de mí mismo. Por fin, tanto lo rehusé que dí lugar á que el gobierno nombrase otro secretario y yo quedase únicamente en ausencias y enfermedades. Estos son mis hechos, y yo desafío á cuantos me han criticado de poner en juego medios viles para conseguir mi elevacion á que espongan con igual franqueza los suyos propios, á ver si denotan mayor abnegacion, mayor modestia que esta mia.*

»*La consecuencia de mis principios, mi temple de alma y los sentimientos de mi corazon, durante esta época, pueden apreciarse por las siguientes narraciones: Las noches que estaba desocupado de los negocios de la secretaría, las pasaba en casa de D. Joaquin Vahamonde, sugeto muy conocido por sus opiniones liberales, y como tal, adonde se reunian varios oficiales indefinidos á jugar al tresillo. Esto lo supo la policía, y despues de estar de observacion y de averiguar* quiénes éramos los concurrentes, no la quedó duda de que tramábamos un plan de conspiracion. *Que tal era la opinion que de mí se tenia formada y tales mis amistades Sorprendida aquella reunion con beneplácito del capitan general, fuimos arrestados todos los concurrentes y puestos en calabozos sin comunicacion hasta que la policía se dió por satisfecha.*

»*Vino luego la creacion de la junta de purificaciones en Galicia, y como los oficiales de artillería fuesen los primeros que enviaron sus relaciones históricas de vicisitudes á la secretaría se les colocó en cabeza de la relacion nominal, que aquella habia formado, pero ocurrió que cuando diez de estos artilleros obtuvieron destino para Filipinas, sus nombres fueron rayados como no sugetos á purificacion; y yo, encargado entonces de la secretaría, dispuse que ocupásemos su lugar los oficiales de esta. En la primera junta preparatoria compuesta de generales, brigadieres y coroneles, pidió el capitan general la lista de las relaciones históricas al encargado del negociado; solo que le encargó especialmente le entregase la primitiva, y de ningun modo la nuevamente redactada. Suponiendo esto ya estaba prevenido, y así fué que al momento le chocó la innovacion hecha y prorrumpió en denuestos é insultos al oficial mandándole salir para nunca mas volver.—Era un capitan anciano con muger y cinco hijos, sin opinion política buena ni mala: y yo que lo sabia y me constaba tambien que el único culpable de aquel desman (si le habia) era yo mismo no pude resolverme á tolerar que aquel infeliz padeciese por mi causa. Así pues, al oir las voces y enterarme de lo que se trataba, penetré repentinamente en el despacho del general, é indicando que queria hablarle, me preguntó enfurecido:—«¿Qué quiere V.?»—«Despedirme de V. E. yo que soy el principal culpable; pues el oficial que V. E. despide no ha hecho mas que cuanto yo le he mandado y de lo que quiero responder, porque no son picardías como V. E. dice.» En lo hecho no se ha causado perjuicio á nadie, y fuese cualquiera el lugar que ocupasen en la relacion los oficiales de la secretaría, siempre me parece que deberian ser los primeros á sufrir el juicio para quedar dentro ó salir fuera de ella.—«¿Y por qué no se ha contado conmigo (replicó Eguía)?—«Porque tales pequeñeces creia yo, que eran de mis atribuciones.» Firme en lo dicho, yo me retiré de la presencia del general para volver á su destino, hasta que el oficial despedido no me acompañó volviendo al suyo.»*

«*Una noche fué llamado al despacho*

de don Nazario Eguia, en el que, cuando estuvimos solos, sostuvimos el siguiente diálogo: G. le llamo á V. no como capitan general, sino como Nazario Eguia. Hace tiempo que recibí un anónimo en que decian que siendo V. mason, era muy estraño le tolerase en mi secretaría.—L. No sé lo que significa eso de mason.—G. Ya le he dicho á V. que le llamo como Nazario Eguia, y debe V. franquearse conmigo; era en el concepto de que tengo seguridad de lo que digo, porque así que recibí el anónimo escribí varias cartas y ya tengo todas las contestaciones conformes de que V. está en las listas.—L. Cualquiera pudo poner mi nombre en ellas.—G. No se empeñe V. en negar una cosa averiguada; el arzobispo me está esperando: tome V. el sombrero para venir conmigo; se espontanea V. con él y todo queda concluido.—L. General, supongamos que soy mason ¿es posible que V. haya llegado á figurarse que yo seria capaz de una accion tan abominable?—G. ¿Cómo es eso? Y ¿por qué á de ser una accion abominable el cumplimiento de las reales órdenes? ¿Así se respetan estas?—L. No se canse V. mi general: de tal manera me ofende la vil delacion y tal horror me inspira el infame acusador, que si veinte cadalsos se levantaran contra mí, y tuviera yo veinte vidas que perder, iria con el mayor placer dejándolas todas una tras otra, antes que cometer tan despreciable crímen.—G. (Pegando un puñetazo sobre la mesa). Tiene V. razon, vaya V. con Dios.—L. ¿Pero fuera de la secretaría...? Porque V. tendrá sus recelos.—G. Jamás mayor confianza que desde este dia.—L. Gracias, mi general.

»*Aunque lo dicho contesta victoriosamente á cuantos hombres de mala fé, han escrito y propalado en perjuicio de mi reputacion, con motivo de mis relaciones con Eguia, conviene añadir que el destino que desempeñé á sus órdenes, no me proporcionó otra ventaja que la de cobrar al corriente mi paga de indefinido hasta que fui purificado, y despues los dos tercios, como perteneciente al cuadro de reemplazo; pues aunque el capitan general me ordenó varias veces, que me hiciese cargo de los gastos de la secretaría, para los que estaban señalados 7000 rs. mensuales, siempre me negué fundándome en que la comision era repugnante á mi carácter y en que si proporcionaba alguna utilidad era mas digno de ella el capitan de los cinco hijos, que aunque pobre yo, éralo él mucho mas.*» Hasta aqui, Linage.

En vista de cuyos descargos, presentados con una franqueza verdaderamente militar, y entretanto que no tengamos otros datos y otros documentos irrecusables, (como el que presentamos á continuacion) que patenticen la conducta de Linage durante la época citada, por la de un hombre sin principios, sin honor y traidor á su partido, nosotros no podemos calificarle de otra cosa que de pundonoroso militar y de padre honrado de familias. El documento que citamos, es largo y pesado, y por esto y porque se dirigió á Linage con otro motivo, no insertaremos aqui sino el párrafo que dice relacion á nuestro asunto. Es así: «*El batallon de la Milicia Nacional de Santiago, cuyos individuos en la mayor parte conocen personalmente á V. S. y saben al mismo tiempo los sentimientos patrióticos que le distinguen y de los que* tiene dadas las mas relevantes pruebas aun en aquella triste y aciaga época en que una sola mirada de compasion al liberal era el mas alto crímen, *se cree en el deber de felicitarle por la oportunidad del manifiesto en que se ven consignados sus principios y los del egército, que no son otros que los jurados y defendidos por todo buen español.*» Esta manifestacion franca y espontánea se halla suscrita por el comandante mayor accidental, capitanes tenientes y demas clases del batallon de M. N. de la ciudad de Santiago.

Creado el cuerpo de carabineros de costas y fronteras, Linage solicitó al punto ser colocado en él; presentando nosotros, esta, y la negativa que obtuvo en su solicitud de ascenso á segundo comandante, como la última prueba del ningun favor que le dispensaba Eguia, y lo poco satisfecho que de este se hallaba su secretario.

El 2 de enero de 1830 salió de Santiago con direccion á Vitoria, residencia entonces de la plana mayor de la cuarta comandancia, á la misma que fué destinado. La linea que se le confló, partia de Miranda de Ebro, se prolongaba por Logroño y Barca, á derecha é izquierda del rio; siguiendo luego en ángulo por Bernedo, Alegría, Segura y Atann á con-

cluir en Tolosa. La fuerza de su mando ascendia á 183 plazas entre infanteria y caballería, repartidas en diez y siete puestos, y cubriendo una estension de treinta ó mas leguas, LINAGE, se dedicó con su acostumbrado celo á llenar los deberes de su nuevo empleo; si bien era esta empresa árdua y difícil, atendido que á la organizacion, instruccion y administracion de la compañía, agregábase el tenerla que revistar todos los meses en sus respectivos cantones, haber de desempeñar una oficina complicada, y por último perseguir y hacer que se persiguiera sin tregua el contrabando.

Cuando el general Mina penetró por Vera en España con los liberales emigrados, la mayor parte de la fuerza de carabineros recibió órden de marchar sobre la frontera. A la cabeza de este cuerpo marchaba su primer gefe, y LINAGE, como capitan mas antiguo, hacia veces de segundo. Lo mas notable que ocurrió en aquella faccion fué que el último libró la vida á tres prisioneros que el primero quiso fusilar.

LINAGE sobre todo desplegó un celo estraordinario en la represion del contrabando, y se ocupó con el mayor ahinco en cimentar la moralidad entre los encargados de perseguirle. Hubieron de alcanzarse por su vijilancia tan completos resultados, que el comercio de mala fé, lleno de embarazos y dificultades, se vió precisado á promover la concesion de que *los fardos ó bultos precintados ó sellados* no fuesen reconocidos. Entonces sospechó LINAGE, que á favor de tal concesion iba á ser defraudada estraordinariamente la renta. Fijó su atencion en un hecho, y se persuadió de que sus sospechas eran fundadas. Denunció el hecho, añadió otras esplicaciones y designó á los empleados concusionarios, segun se le habia ordenado, conminándole en caso contrario con la pérdida de su empleo. Tambien se le autorizó en debida forma para presentar las pruebas y hacer todas las aclaraciones indispensables en un negocio de tamaña gravedad. LINAGE las dió tan evidentes y espuso cuanto sabia con tal seguridad, que fueron detenidos géneros y efectos del valor de algunos millones. Cruzáronse las postas de Vitoria á Madrid. Fernando VII *escribió y firmó* un decreto disponiendo la devolucion de dichos géneros. LINAGE se atrevió á suspender el cumplimiento de esta órden, esponiendo que el ánimo del monarca debia haber sido sorprendido por alguna relacion falsa. El rey espidió un nuevo decreto autógrafo para que se llevase á efecto la devolucion, pagando los contrabandistas en la aduana de Vitoria el esceso de los derechos defraudados. LINAGE todavia presentó nuevo reparo, haciendo ver que tal disposicion podria cumplimentarse en los géneros de lícito comercio, pero de ningun modo en los de ilícito porque no los designaba el arancel. Y el monarca entonces, dió su tercer y último mandado, para que los géneros y efectos, sin otra réplica, se devolviesen, pagando los prohibidos un derecho que para ellos solo se señaló.

Aun con este suceso, no se persuadió LINAGE de que su vigilancia y su celo debia desplegarse únicamente (si no habia de esponerse á terribles consecuencias), contra los contrabandistas en pequeño; y de ningun modo contra los que poseian inmensas fortunas. Se convenció pues, de que no podia ensayar su sistema de hacer iguales á todos ante la ley, cuando obtuvo una reprension de real órden por haber detenido géneros ilícitos del sobrino del ministro de estado y *no saber distinguir de personas.*

En esto la guerra civil principió á anunciarse (año de 1833), y LINAGE que se hallaba donde esta tenia su foco, entró en campaña desde el primer dia. A la sublevacion que estalló en Bilbao se siguió la de Orduña, las de otros puntos se veian muy próximas; de suerte que pareció prudente reunir los carabineros que desde Vitoria se estendian hasta Logroño, para no esponerles á una sorpresa y evitar que se hiciesen con sus armas los enemigos. A este fin salió LINAGE; solo que, fué enviado á Vitoria sobre la marcha los de los puntos mas próximos y ya que estuvo en Logroño dirigió los de los puntos mas distantes él por la Guardia y Peñacerrada, adelantándose con un ordenanza á Vitoria. Pero por desgracia suya, ocurrió entonces que esta ciudad se habia sublevado pocas horas antes y ninguno de los que sabian la comision que estaba desempeñando LINAGE, ni la misma guarnicion que habia salido libre, se acordaron de enviarle un aviso para que no se viese sorprendido. Esto le aconteció en efecto, siendo despojado de sus armas y caballo, amenazado de muerte y conducido en medio de la muchedumbre á casa del escribano Berástegui. De aquí se le permitió ir á la suya propia, bajo palabra de honor de permanecer en ella arrestado;

Digitized by Google

mas LINAGE entonces, temió por la fuerza que se habia dejado atras, y que á su llegada a Vitoria debia ser sorprendida indudablemente. Ideó, pues, para evitarlo manifestar á Verástegui, que eran valientes y decididos sus carabineros y que tuviese por seguro se empeñaria un combate y habria derramamiento de sangre sino se le permitia á él salir al encuentro de aquellos y ordenarles retrocediesen á sus puestos. Verastegui se negó á lo último, si bien adoptó la idea de evitar un choque, para lo cual dijo bastaria que LINAGE escribiera la órden del retroceso y se encargara él de hacerla llegar á manos del gefe de la fuerza. Desechó este medio DON FRANCISCO por inseguro, y exigió que por lo menos, se le devolviese el caballo al carabinero que con él habia venido y se le encargase de llevar la órden indicada. Convinose Verástegui, pero con la condicion precisa de leer la órden que se escribiese, no perderlos de vista á LINAGE y al carabinero y finalmente no permitirlos que se hablasen. El portador del pliego, á pesar de todo, leyó en los ojos de su capitan y comprendió por la ligera presion de mano que este le hizo cual era la verdadera órden que debia dar á sus compañeros. Todos en efecto se salvaron y dieron despues muchos dias de gloria á la causa de la reina.

La série no interrumpida de pronunciamientos, que entonces ocurrió, y el tiempo que se concedia á los carlistas para organizar sus huestes y preparar sus medios de defensa aumentaron escesivamente sus esperanzas y su orgullo. Aquellos dias de satisfaccion y regocijos públicos entre los partidarios del absolutismo, lo fueron de prueba y de amargura para los liberales que, como LINAGE, observaban muy de cerca la marcha de su gobierno. Las buenas noticias que recibian y forjaban los enemigos, eran celebradas con procesiones nocturnas dirigidas por los frailes; muchos de los cuales disparaban cohetes bajo de las ventanas de LINAGE, gritaban, *mueran los hereges*, y alborotaban para que se despertase.

Los carlistas principiaron las persecuciones y encarcelamientos despues que creyeron asegurado el triunfo. En Vitoria, que és de donde hablamos, crearon una junta con tal objeto; la que principió sus funciones disponiendo que todos los empleados de la provincia dependientes del gobierno de Madrid reconociesen al infante D. Cárlos por soberano de España. Ninguno, sin embargo de que los principios de algunos eran contrarios, se negó al reconocimiento pudiendo en ellos, mas que la opinion, el miedo. Entonces se le llamó á LINAGE, quien habiéndose puesto de acuerdo con el comandante D. José de Caula, el capitan D. Francisco Alcon, otro oficial de la G. R. de caballeria, y el teniente coronel D. N. Urbina, que tambien habian sido citados y pensaban lo mismo, se negó al reconocimiento que le exigia el comante de armas, brigadier Martinez, despues de haberle leido un manifiesto del don Cárlos, en que se declaraba traidor al que no le reconociese y una órden de la junta disponiendo que los citados escribiesen sobre su nombre en un gran registro el reconocimiento ó la negativa.

Estaba ya muy descuidado LINAGE sobre las consecuencias de su declaracion en el gran registro, cuando una noche, á hora muy avanzada, fué allanada su casa por la fuerza armada, reconocidos escrupulosamente todos sus muebles, sellados y embargados todos los papeles que tenia, y por último se le condujo entre bayonetas á un calabozo de la cárcel pública. Es indecible cuanto sufrió allí en los diez y nueve dias que duró su arresto: incomunicado de órden superior, no se le permitia ver ni hablar á su señora sino con presencia de un centinela que se sentaba entre los dos esposos, colocando su fusil entre las piernas, y á costa de súplicas y ruegos, que él ignoraba, pero que hacia su virtuosa consorte. Se le obligaba á hablar con precipitacion; á fuerza de culatazos sobre el pavimento, se le despertaba por la noche cuando habia conseguido reconciliar el sueño; se hacian muy frecuentes requisas en su calabozo, obligándole á levantarse de la cama para examinarla con suma prolígidad; en una palabra, se pusieron en práctica, cuantos medios bárbaros é inhumanos podian conducir á la satisfaccion de un profundo encono.

Empero estos padecimientos tuvieron su fin, cuando fueron derrotados los carlistas en Peñacerrada. Entonces, los de Vitoria, sabedores de que las tropas cristinas se encaminaban persurosas á este punto, le abandonaron con precipitacion, olvidando en su fuga al prisionero LINAGE. Este se encargó otra vez del mando de segundo gefe de los carabineros de costas y fronteras.

Digitized by Google

Una de las primeras disposiciones del general en gefe D. Gerónimo Valdes, luego que llegó á Vitoria, fué la de desarmar á los realistas del pais, para cuya comision, entre otros, fué nombrado don Francisco Linage. El término que á este se señaló para sus operaciones, fué el de la Rioja Alavesa, y las fuerzas que se pusieron á sus órdenes, la de carabineros y dos mitades de caballería. Ocho dias no mas, tardó en reunir un fuerte comboy de fusiles y entrar con ellos sin ningun detrimento en la ciudad de Vitoria.

Al otro dia fué á ejecutar lo mismo en los valles de Ayala y Orcabuztay; si bien para esta faccion solo contó con 100 carabineros y una mitad de caballería al mando del alférez D. Domingo Dulce. Un destacamento de esta fuerza batió ya el 13 de diciembre de 1833 á una partida carlista. El 14 supo Linage que el cabecilla Ibarrola al frente de ochenta hombres ocupaba la ciudad de Orduña; y sospechando que se entretenia en recoger las armas que el ayuntamiento debia tener reunidas para él en fuerza de sus órdenes, inmediatamente se puso en marcha seguido de treinta carabineros, veinte de infantería y los diez de caballería, para dicho punto. Ibarrola que á su vez lo supo, interceptó el puente inmediato al boquete, sobre el llano, con carros y sacas de lana, y embosçó parte de su fuerza en la falda de la cordillera que domina el camino y el rio á la parte opuesta de este. Llegó Linage sin contestar al fuego de la emboscada, cargó á escape sobre el mencionado puente, pero tropezando con el obstáculo, no pudo impedir que los carlistas se pusieran en salvo. Siguió sin detenerse á Orduña, y penetró en la ciudad cuando los de Ibarrola, (segun él lo habia sospechado) se ocupaban á toda prisa en cargar sobre caballerías los fusiles de los realistas. Huyeron los enemigos, y Linage apoderándose de todo, se encaminó á Amurrio.

Era la noche del 15 al 16, cuando este gefe, acompañado del alférez de caballería D. Domingo Dulce, de otros dos oficiales y de los asistentes de estos, se hallaba alojado en una casa muy próxima á la que ocupaba la infantería, sobre el crucero de los caminos de Vitoria á Arciniega y de Bilbao á Orduña. La caballería se alojaba en una posada tambien inmediata. En esta situacion ocurrió, que las fuerzas de Simon Torres Sopelana, Castor y otros reunidas, ocuparon de callada y á la media noche el pueblo. Se posesionaron de las mejores estancias y preparábanse á cercar las casas en que se alojaban los cristinos, cuando el ladrido de un perro despertó á Linage, le incitó á asomarse al balcon, y le proporcionó verse en un inminente peligro. Sin acobardarse por esto, despertó á sus compañeros, empuñó como ellos un fusil, y rompiendo el fuego desde las ventanas, hay quien asegura que empleando su acierto de buen tirador, fué él, el que mató del primer tiro al cabecilla Gregorio Torres, é hizo otro tanto con cuatro enemigos mas que tambien perecieron por la seguridad de su puntería. Pero es lo cierto que alarmada la infantería de la casa inmediata, sostuvo con teson el fuego, hasta que habiendo salido Linage á la calle y atravesando solo el alférez Dulce por medio de los fuegos cruzados para ponerse á la cabeza de la caballería y cargando de órden de Linage, huyeron precipitadamente los enemigos dejándose ocho prisioneros y el cabecilla muerto que hemos citado Gregorio Torres. Por este hecho no se concedió ninguna recompensa á las tropas de la reina, sin embargo de que el general en gefe, pidió se le remitiesen las propuestas en favor de los que mas se habian distinguido. Linage, que con solos cien hombres habia batido á quinientos, y salvado los efectos militares que comboyaba, era acreedor á que se le concediese la cruz laureada de san Fernando; pero no quiso solicitar el jucio contradictorio que marcan los estatutos, por la delicadeza escesiva de que eran subalternos suyos los que debian declarar, quedándose así sin ningun premio.

Es dificil formarse cabal idea de los servicios que prestaron á la causa de la reina los individuos del cuerpo de carabineros en el año y medio que estuvieron á las órdenes de Linage guarneciendo á Orduña. El los contaba por los mas notables y mas distinguidos entre todos los que forman su dilatada hoja. El grado de coronel que le fué concedido por la primera defensa de Orduña, pudo satisfacerle menos que la consideracion y el aprecio que le manifestaron sus compañeros y sus gefes conocedores de sus hechos. Dicha defensa tuvo lugar el 21 y 22 de marzo de 1834; atacado el pueblo por dos mil enemigos, Linage les rechazó y obligó á retirarse despues de haberles causado una pérdida de mucha consideracion.

Digitized by Google

Con su escasa fuerza, dominó constantemente un dilatado pais de las provincias de Alava y Vizcaya. Las órdenes que espedia, eran obedecidas de los pueblos con mayor puntualidad que las que dictaban los enemigos; y así fué que á pesar de que con mucha frecuencia la plaza de Orduña se veia bloqueada, nunca la faltaron subsistencias, porque el prestigio de su gobernador, que no dejó impune la mas leve falta, era superior al que gozaban los carlistas. Estos no pudieron impedir, que todos los dias le diesen parte las justicias de aquellos pueblos, de los movimientos que emprendian. Jamás distrajo una columna ó division á la manera que los gobernadores de otras plazas, para que le proveyesen de víveres y le abasteciese de calzado. Los pueblos del rádio de su autoridad le conducian todo lo que necesitaba con arreglo al reparto del ayuntamiento de Orduña, y con una abundancia y exactitud tal que muchas veces las tropas de operaciones se racionaron en los depósitos de la plaza, y se calzaron en almacenes. La fortificacion fué dirigida por él mismo sufragando los pueblos indicados los materiales y los demas gastos. Por decirlo de una vez, hizo LINAGE mientras fué gobernador de Orduña todo lo que puede esperarse de una voluntad firme y decidida, impulsada por el mas ardiente entusiasmo, y guiada por el talento.

Hay tres hechos ocurridos en su gobierno, que le caracterizan muchísimo y que por lo notables y curiosos debemos narrar. El primero fué, cuando la querida de un comandante de un batallon enemigo vino á Orduña encargada de sublevar la guarnicion y de entregar una suma no despreciable de dinero al que asesinase á LINAGE. Este lo supo, y averiguando su estancia y apoderándose de sus papeles y dinero como cuerpo del delito, ordenó se la formase causa. Entonces el comandante temió por su amada, y apoderándose á su vez de la esposa de un carabinero y de dos hijos de tierna edad, escribió á LINAGE manifestandole estar dispuesto á fusilar aquellos inocentes si él no ponia en libertad á la jóven encausada. Cuando LINAGE recibió este escrito, era domingo y salia casualmente de misa con la fuerza de su mando; así que sin desformarla la distribuyó en diversas partidas y las ordenó apoderarse de todos los individuos del cabildo eclesiástico y del guardian y padres graves del convento de san Francisco. Colocados todos en una de las salas del cuartel, el gobernador les manifestó los motivos que habia tenido para tomar aquella resolucion, y se despidió de ellos, dejándoles arrestados, con estas palabras. «*Señores saben VV. que soy inexorable en mis determinaciones: la suerte que sufra la muger del carabinero y de sus hijos, esa misma sufrirán VV. A Dios señores.*» Habia permitido LINAGE, sin embargo, al vicario del cabildo y al guardian del convento que acompañados de dos vecinos de Orduña elegidos por ellos mismos, pasasen al sitio donde se hallaba el comandante y tratasen con él el mejor medio de arreglar el negocio. En consecuencia, aquella misma tarde y sin hacerse mucho de esperar, volvieron los cuatro, precedidos de la muger del carabinero de sus dos hijos. El cabildo y padres graves obtuvieron su libertad; mas la querida del comandante fué enviada á Vitoria á disposicion del capitan general para que sustanciase la causa.

El otro hecho ocurrió con un comboy de cinco cargados de vino, cebada, y parte del vestuario para la M. N. que Linage habia alistado, el cual fué detenido por los carlistas entre Berberana y Orduña. Segun las órdenes de Zumalacárregui debia ser fusilado en el acto todo aquel á quien se apresase conduciendo víveres a una plaza guarnecida por los cristinos; y adivinase ya la razon porque los carruageros de dicho comboy se fugaron en la misma noche y vinieron á Orduña á avisar á LINAGE lo que ocurria. Inmediatamente ordenó este apoderarse de la familia de Supelana, y la concedió veinte y cuatro horas de término para hacer de modo que el comboy llegase, sino queria ser fusilada. Efectivamente antes de espirar tan corto plazo llegó el comboy con la única pérdida de un pellejo de vino que se habian bebido.

El tercer y último hecho es bastante mas notable y de mucha mayor importancia. Hacia tiempo que los pueblos del valle de Orcabuztay, como mas distantante de su alcance, muy frecuentados tambien de los enemigos que mantenian centinelas dia y noche sobre la peña de Orduña en direccion del pueblo de Unza, y creyendo que por sus escasas fuerzas no podria venir á castigarles, se habian declarado en rebelion y se burlaban de las órdenes que LINAGE les enviaba. Acertó á pasar por allí la division Latre, y el gobernador de Orduña suplicó á aquel general que le diese un batallon con objeto

de castigar á dichos pueblos. Este caudillo no creyó prudente arriesgar por lo escasa aquella fuerza, pero le prometió á Liñage proteger con toda la division al amanecer del dia siguiente sus operaciones. Arregló entonces su plan D. Francisco; quien conocedor del terreno y persuadido de la fuga de los habitadores del valle tan luego como viesen desfilar al amanecer la division cristina, destacó la fuerza que creyó necesaria para tomar á retaguardia de dichos pueblos los boquetes que conducen á Altube y Guarango, y preparó de noche los preliminares de una feliz operacion.

Como lo habia imaginado así aconteció, los once pueblos del valle puestos en marcha precedidos de todo el ganado lanar y cabrio y vacuno y otras provisiones, apenas divisaron las tropas de la reina, fueron á dar en las avanzadas de Altueb que les obligaron á retroceder llenos de sorpresa y aterrados. Liñage, entonces, apoderándose de los curas y vecinos de los pueblos, les trasladó á Orduña, á donde les obligó tambien á conducir por sí en sus carros los granos y efectos de su pertenencia. Los ganados se colocaron en la huerta de san Francisco, y los granos en cámaras con la debida cuenta é intervencion de sus dueños. A los curas y prohombres del valle se les arrestó en el cuartel, no obteniendo su libertad, ni sus géneros todos los vecinos, hasta que no aprontaron dos mil pares de zapatos y el vestuario completo para una compañía de guias que Liñage habia formado. Cierto que quedaron en rehenes cuatro vecinos, hasta que los hiciese innecesarios el buen cumplimiento á todas las órdenes que les dió Liñage, una de ellas que habian de concurrir al mercado de Orduña.

Mas adelante, los sucesos desgraciados de la guerra obligaron á las tropas liberales á retirarse sobre el Ebro y Vitoria; de suerte que, las guarniciones del interior unas se levantaron, otras se apoderó de ellas el enemigo. Cualquiera de estas dos suertes debia esperimentar indudablemente por su situacion la de Orduña. Así pues, el 9 de Julio de 1835 cuando el general Espartero venia de reforzar la guarnicion de Bilbao, ordenó á Liñage estar dispuesto para marchar el dia siguiente. Pero el gobernardor de Orduña tenia otros deberes que cumplir, siendo el mas sagrado y obligatorio para él, no abandonar á los liberales de aquella ciudad, dejándoles espuestos á la venganza de los enemigos. Rogó, pues, encarecidamente á Espartero, la permitiese dar aviso con reserva á los vecinos comprometidos, y que difiriese hasta el dia siguiente la marcha con objeto de reunir los medios de trasporte necesarios para salvar aquellos lo mas precioso de sus fortunas. El general en gefe accedió á lo primero; pero siéndole imposible lo segundo, se ofreció únicamente en gracia de aquellos habitantes á esperarles hasta las doce del dia siguiente. Liñage, entonces, sin perder un momento, destacó partidas á los pueblos inmediatos con órden terminante de recoger todos los carros mientras él en persona hacia reunir los que habia en la ciudad. Aquella noche fué de afliccion y desconsuelo para muchísimas familias; pero Liñage solícito y cuidados de todas ellas, les prestó cuantos auxilios estuvieron á su alcance y tuvo la satisfaccion de que abandonaran la ciudad acompañados de sus intereses. Finalmente, esta caravana entró en Búrgos, despues de haber sido protegida en su marcha por Liñage que no les desamparó hasta verla completamente libre.

En su hoja de servicios con fecha 9 de febrero de 1836, se lee; que atacada la guarnicion de Orduña por la faccion de Sopelana y parte de Vizcaya, y despues de haber penetrado los enemigos en la plaza por medio de escalas, y de haberse apoderado de un reducto y varias cosas, Liñage logró desalojarlos y perseguirlos causándoles bastante pérdida y mereció que se diesen las gracias en nombre de S. M. por esta accion que fué calificada de *gloriosa*.

Liñage acompañó al general La-Hera, cuando desde Castilla vino á Vizcaya á levantar el sitio de Bilbao; y como dicho general mandaba el ejército de reserva, fué sin duda por esta razon, por la que al primero se le destinó al E. M. de dicho ejército. Aquí se ocupó en la persecucion incesante del cura Merino, cuyas fuerzas acosadas sin descanso, quedaron reducidas á la nulidad.

Habiendo sido relevado de su destino, hallábase sin colocacion en Miranda, cuando Espartero, comandante general entonces de las provincias Vascongadas, pasó por aquel punto. Fué Liñage á visitarle segun debia, y aunque esto lo hizo á la hora crítica de marchar, Espartero sin embargo, le preguntó en qué situacion se hallaba. Se enteró de todo y ofreciendo escribir al otro Ezpeleta, gefe de dicho ejército de reserva acerca de su disposicion, ordenó á Liñage montar inmediatamente á ca-

Digitized by Google

ballo y que le siguiese. Este no se hizo esperar arriba de media hora, y sin embargo, ya Espartero habia partido, teniendo el cuidado de enviarle un ayudante y dos ordenanzas para que le escoltasen entretanto se le incorporaba.

Fué destinado al punto al E. M. G. de aquel ejército; pero el brigadier Alaix que era su gefe inmediato, informó á Espartero de que LINAGE le seria mas útil en la secretaría de campaña. Se acordó así, datando de esta fecha la amistad intima que el caudillo y el subalterno constantemente se profesaron, y que andando el tiempo, llegó á promover recelos y hasta cierto punto á originar desastres. Nos preguntará ahora el lector en qué consistia que todos los generales, á contar desde Morillo, se aficionaban de tal suerte al trato de LINAGE, puesto que uno le nombraba su ayudante, otro le agregaba á la P. M., aquel, aunque enemigo político le confiaba su secretaría, este, de opiniones iguales su secretaría y tal vez sus secretos. Y embarazados nosotros para contestar, le diremos únicamente, que LINAGE poseia un talento natural estraordinario, conocia muy á fondo el corazon humano, juzgaba con mucho acierto en los negocios políticos, y al propio tiempo que sabia insinuarse en el ánimo de sus gefes, aparentaba con delicado estudio un carácter independiente y usaba un semblante desdeñoso.—Si tales esplicaciones no le satisfacen, remitámosle al hilo de la historia.

En la memorable accion de Orduña, tan gloriosa para Espartero, LINAGE estuvo constantemente al lado del general; consiguiendo en una de las cargas que dió á los carlistas, hacer él solo cuarenta prisioneros. Tambien tuvo la feliz inspiracion de arengar á estos mismos prisioneros, y puesto á su cabeza, adelantarse á desalojar á los restos de los enemigos que se sostenian en la altura de Güecha en la direccion de santa Cristina. Aquellos prisioneros ofrecieron el nuevo espectáculo de volver repentinamente sus armas en contra de la misma causa á cuyo favor las habian abrazado; aventaron de la formidable posicion á sus compañeros y les obligaron á terminar un combate que ellos mismos habian comenzado. Por este hecho se le propuso á LINAGE para el empleo de primer comandante; pero el general Córdova apoyó solo el de segundo que le fué conferido.

Asistió á la batalla de Unzá, por cuyo mérito fué propuesto segunda vez para el empleo de primer comandante; mas sufrió igual suerte, si bien se le otorgó la cruz de san Fernando. Fué, pues, necesario para que obtuviese aquel ascenso, que le propusiesen por tercera vez, y se achacase tal premio al mérito contraido en la gloriosa espedicion sobre Aranzazu, Arlaban y Villareal, donde concurrió á las acciones del 21, 22, 23, 24 y 25 de mayo.

En aquel mismo año, acompañó á Espartero en la persecucion de Gomez, y acerca de esto es muy notable un párrafo de LINAGE. Dice así: «*El gran mérito que contrajo la division que persiguió á Gomez, fué mirado por aquel gobierno con tal indiferencia que ni aun resolvió la concesion de gracias en favor de los propuestos.—La espedicion perseguida llevaba el prestigio de la victoria y el orgullo del triunfo* (1); *contaba con cuatro jornadas de ventaja; los pueblos donde penetraba no sabian que Espartero iba en su persecucion; las raciones, bagages y demas auxilios que pedia, le eran puntualmente prestados; nada se oponia á sus movimientos; las montañas de Santander y de Leon, al escarpado valle de Buron, las tradicionales sierras y cordilleras de Asturias y Galicia, teatro de sus correrias, les ponian á salvo del alcance, porque solo en terrenos llanos donde puede maniobrar la caballería es peligrosa una retirada, y esto, despues de una derrota. Asi, pues, la division Espartero hizo esfuerzos inauditos dignos por cierto de mayor aplauso y de otra consideracion. Aquellos sufridos y valientes soldados hicieron marchas prodigiosas, no dieron descanso alguno al enemigo, libraron un inmenso pais de las terribles consecuencias que habria producido á la causa en general, la dominacion de los enemigos durante algunos dias, é hicieron que solo pudieran engrosar sus filas algunos mozos que voluntariamente se les unieron. La division Espartero, en vez de hallar medios de subsistencia, se encontraba sin pan en aquellos pueblos en que deberia tomar aliento para poder continuar sus fatigas, en razon de que, para cada dia de racion no hubiera bastado dos en buscar el trigo, molerlo y elaborarlo, transitarlo generalmente como se transitaba por pueblos*

(1) Alude á la derrota que causó Gomez á las tropas del general Tello.

Digitized by Google

miserables. El general, E. M., gefes y oficiales adictos, dando el ejemplo en las privaciones, sostenian la constancia delsoldado; no dejando sus caballos hasta no ver repartida la poca carne que se podia recoger y viéndose muchas veces en la forzosa necesidad de hacer esto por los montes. Tampoco tuvo aquella division la suerte de que otras fuerzas se opusieran al paso de la espedicion y la entretuvieran por espacio de veinticuatro horas; y, sin embargo, la montaña de Escaro, formidable por su situacion topográfica fué testigo de un triunfo alcanzado por las armas cristinas á costa de la completa derrota de las espedicciónarias carlistas.» Donde vemos descrita la historia de tres ó cuatro meses del año 1836.

Habiendo enfermado Espartero en Lerma, autorizó á Linage para firmar la correspondencia que en aquellos dias sostuvo con el gobierno.

En agosto se juró la constitucion, y en setiembre, el dia 25, redactó Linage por mandato del nuevo general en gefe, una órden para el ejército; en la cual órden si bien se espresaban los sentimientos del que la suscribia, notábanse al propio tiempo el fuego y el patriotismo del que las redactó. Sus trabajos de pluma, fueron por algun tiempo incesantes, de tal manera que consideraba como horas de descanso las que pasaba á caballo. El *Castellano* periódico de la córte, se ocupó de Linage, y este le contestó sustituyendo á la palabra *Regatos* otra mas adecuada.

Por este tiempo se despertaron los recelos que hemos indicado arriba, y se puso grande empeño en que Espartero mudase de secretario. Temióse por algunos, que aquella buena armonía y especie de confianza que reinaba entre los dos, llegase algun dia á producir embarazos á cierto plan que Linage no creyó jamás existiese.

En noviembre y diciembre de este año, se encontró en todas las operaciones sobre Bilbao y acciones sostenidas contra los carlistas. Despues de la junta de generales que procedió á aquellas operaciones y en la que casi todos opinaron por retirarse y abandonar á Bilbao, *Linage sostuvo á Espartero en su opinion* contraria á la de los demas. Tambien indicó al caudillo la necesidad de dar una alocucion á las tropas, y la redactó él mismo en cinco minutos. Bilbao se salvó y con ella se salvó el trono y la causa, obgeto de tantos sacrificios.

El parte de la batalla de Luchana lo redactó Linage, y en él espresó todo lo ocurrido menos la parte que él tuvo en el levantamiento del sitio de Bilbao.—Cuando en la noche del 24 se decidió Espartero á perecer ó salvar la invicta villa, ordenó á Linage que con todo el interés *suyo* y que demandaban las circunstancias, se dirigiese en busca de la brigada Mayol que deberia hallarse al lado opuesto de la ria sobre la parte de Burceña, y no perdonase medio alguno para encontrarla y conducirla sobre el desierto á fin de que repasase dicha ria. Linage precedia á Espartero, cuando este llegó al puente de Luchana: todas las lanchas hallábanse en este punto desde la operacion practicada por la tarde; mas la fuerza del huracan, los torbellinos de nieve y el contrario impulso de la marea no permitian conducir ninguna á remo hasta el desierto. Fué preciso arrastrar por medio de la espia la que D. Francisco habia tomado, sufriendo entretanto dentro de la ria el fuego de las baterias enemigas. A fuerza de trabajo y de constancia se ganó por fin la orilla opuesta, y Linage marchó sobre el rio Galindo, que debia tambien atravesar por el puente construido por la marina real inglesa. Mas ocurrió entonces que separadas las barcas que formaban dicho puente por la tormenta; no hallándose allí sino los ingleses que custodiaban dicho puente y no hablando Linage la lengua de ellos hubo de recurrir á cuantos medios le sugirió su imaginacion para hacerse comprender y conseguir que le amarrasen dichas barcas para trasladarse á la otra orilla. Vencidos estos obstáculos le faltaba aun tropezar con la brigada Mayol, haciendo su marcha á campo travieso en la direccion que calculó la deberia hallar. Aquí fué tal su fatiga y su cansancio, causados por los torbellinos de nieve que le cegaban; por la fangosidad del terreno adonde sepultaba sus piernas y por la horrible inclemencia de aquella noche horrorosa, que á pesar de haberse sumergido en el rio y de ir lleno de humedad desde la cabeza hasta los pies, se vió precisado á enjugar un sudor copiosísimo y hacer muy frecuentes descansos. A estos, volvia los ojos hácia el puente de Luchana y procuraba averiguar por la direccion de [los fuegos] el éxito del combate. Ya en uno de aquellos intérvalos y cuando acompañado de un centinela de los de Mayol, veia ba-

Digitized by Google

verse libre de caer en poder de los enemigos y de perecer casualmente por la precipitacion de algun puesto avanzado, distinguió que se alejaban sucesivamente los fuegos sobre la gran cordillera, y estuvo tranquilo en cuanto al éxito de la batalla. Importábale ahora tomar una resolucion atrevida quizá, pero que si estaba bien calculada, podia dar muy buenos resultados y hacerse acreedor por ella, al aprecio de su general. En efecto, LINAGE ordenó á Mayol mantenerse firme en aquel puesto; mientras que él tomando la vuelta del sitio de donde habia partido, llegó á Banderas cuando Espartero atacó este fuerte. Notició su disposicion contraria á la del general y este la aprobó en todas sus partes. Sin embargo, ni por este hecho, ni por otros muchos, que ejecutó durante las operaciones sobre Bilbao, obtuvo LINAGE ningun premio. Los que tanto criticaron luego el nombramiento de mariscal de campo que se le otorgó por lo de Castellote, recojan este dato, y el de que fué capitan 14 *años*, porque en lo sucesivo habrán de necesitarlos.

Desde los sucesos de Pozuelo de Aravaca, debe decirse que se notó la inclinacion de LINAGE al partido exaltado. Pero oigámosle á él mismo sobre este punto. «*Mi opinion de progresista no varió en nada mi conducta: ni yo me mezclé en los manejos de los partidos, ni tuve relaciones con ninguno. Los negocios públicos ventilados en el campo de la política no fijaban mi atencion; la guerra absorbia toda mi mente, creyendo que todos debiamos ser estraños á cualquier otro pensamiento, hasta que obtenido el triunfo completo entrasen los que tuviesen capacidad legal á ejercer el influjo de sus creencias dentro del terreno que la ley fundamental determinaba. Para mí fué y será una falta la intervencion de las armas contra los principios establecidos, aun cuando tuviera la disculpa en la influencia del poder. Pero tan severo conmigo mismo como indulgente con los demas, miré la conducta de los oficiales de la G. R. como un paso forzado, de órden escepcional, por lo mismo que era originado de altas regiones y de combinacion de circunstancias, y que podia admitir la calificacion de error inconsiderado, mejor que de malicia premeditada. El escándalo habia sido grande; pero la leccion habia seguido al hecho de una manera pública ante las mismas tropas que lo habian presenciado. Las consecuencias en la parte militar no eran de aquellas que determinan una revuelta, una verdadera sedicion; y castigar en este sentido á tan considerable número de oficiales que hacerlo segun suerte, hubiera sido crueldad mas bien que justicia. Por esto, cuando el general Espartero se vió en la necesidad de contestar al discurso pronunciado por el general Seoane, acepté yo el encargo de redactar un artículo bajo las instrucciones que se me dieron; siendo muy fácil á cualquiera distinguir la frialdad de un escrito cuando no hay convicciones propias ó es contrario lo que se quiere espresar, á las creencias del que redacta.*»

LINAGE acompañó á Espartero en la persecucion de D. Cárlos. Obtuvo por la batalla de Aranzueque el nombramiento de coronel efectivo con la antigüedad del 4 de marzo de 1834, ó sea la fecha con que se le otorgó el grado. Desempeñando siempre su cargo de secretario de campaña, redactó las dos representaciones que el conde de Luchana dirigió á la Reina Gobernadora y fueron impresas, la primera en 31 de octubre contra el proyecto del ejército de reserva al mando del general Narvaez, y la segunda en 6 de diciembre á consecuencia de la sublevacion de Sevilla, en que tomó parte este último y el general Córdoba.

Ambas representaciones le aumentaron la enemistad que ya le profesaba el partido moderado, quien veia en LINAGE la mano oculta que desbarataba sus proyectos. Así es, que bien por la esposicion que dirigió el conde de Luchana al Congreso, manifestando las escaseces y penurias del ejército, ya tambien por otras razones parecidas, se procuró ahora con mayor empeño separar á LINAGE del lado de Espartero; para lo cual se echó mano de uno que se decia amigo suyo, empleado en el ministerio de la Gobernacion, y que destinado á llevar socorros al ejército, manifestó públicamente en Logroño ser otro su verdadero encargo. Fuese este el que fuera, lo cierto es que el secretario continuó mereciendo la confianza del general, y el comisionado burlado en sus esperanzas, que eran muy grandes, de deshacer aquella honda amistad.

El año de 1839, fecundo en acontecimientos y sucesos prósperos para la guerra, permitió á LINAGE por su posicion, prestar servicios de la mayor importancia é interés á la causa de la Reina y de la libertad. Hánsele imputado tambien actos, que nosotros no queremos calificar

y que él no niega, antes por el contrario defiende con estraordinario valor. Sus palabras son las siguientes :

«Ya antes que nadie habia pensado Espartero en buscar un medio para que la cuestion dinástica y de principios se resolviese primero por las vias de conciliacion que por el esterminio de españoles contra españoles. En esta idea habia introducido el desaliento y atizado la discordia en las filas enemigas, introduciendo en los pueblos de la dominacion de estos, millares de impresos anónimos, ardid que si autoriza la guerra aun á costa de la moralidad, en esta ocasion llevaba el sello de los sentimientos mas puros y humanos, los de economizar la sangre de españoles. Tambien se tomó otra medida que fué entonces muy criticada, si bien esta crítica solo seria admisible cuando viniera de los que ignorando las causas y los efectos, habláran por los impulsos del corazon; pero que no podia menos de ser apasionada en los que alcanzando las ventajas condenasen el medio. Me refiero á la tala de mieses del pais dominado por los enemigos. Si fuera posible que las diferencias entre la especie humana se arreglasen por la razon y de ningun modo por la fuerza, y que los intereses generales de los Estados se pudiesen someter á la decision de un jurado ó poder sobrenatural, el azote de la guerra no causaria el esterminio y la ruina de los hombres y las naciones. El que en medio del encarnizamiento que aquella produce, oponga á los actos bárbaros de sus contrarios la dulzura, la contemplacion y todo lo que la humanidad inspira á un corazon sensible, será bueno, muy santo para el enemigo; pero indirectamente cruel y sanguinario para los que á sus órdenes tienen que combatirle, porque la harán sin defensa, sin el escudo fuerte que ofrecen las represalias; necesidad terrible, pero que es necesidad en la guerra si se han de economizar las víctimas. Pues bien, el general Espartero, no habiéndole yo ocultado mi modo de pensar en este asunto porque me autorizaba la esperiencia y aguardaba mejores resultados obrándose en grande, que los que ya habia obtenido obrando en pequeño, mejoró la suerte atroz que esperimentaban los prisioneros, ya internando los cogidos al enemigo, ya difundiendo la especie de que los iba á embarcar con direccion á Ultramar.

»Los asesinatos cometidos con los que tenian la desgracia de caer en manos del bando carlista, cesaron para siempre desde que ejercida aquella crueldad con el coronel Reinoso, jefe de E. M. de la division de la izquierda, y con una partida del provincial de Salamanca, se fusilaron dos oficiales carlistas para aplacar los manes del primero, y veinte y siete individuos de tropa para lavar la sangre de los milicianos provinciales bárbaramente sacrificados. Las familias de los que formaban parte del ejército carlista eran inocentes y sin embargo el bien de la causa liberal reclamó la medida de hacerles abandonar sus casas y poblaciones lanzándoles al pais enemigo para aumentar el número de plazas inertes que con el mote de ojalateros, introdujeron la discordia con los celos y las rivalidades, viéndose el gobierno de D. Cárlos en la dura necesidad de dividir los recursos indispensables para la fuerza armada, con el enjambre de los que solo servian de estorbo y de carcoma. Cuando estas y otras disposiciones se habian dado, cuando por los brillantes hechos de armas se habia estrechado al enemigo desalentándole y reduciéndole á no salir de sus guaridas, fué preciso dar el golpe maestro para coger el fruto, antes que la córte de D. Cárlos y sus adeptos venciesen en un respiro al partido antagonista, el de Maroto y de los que menos fanáticos ó arrastrados á las filas enemigas por causas estrañas al principio de absolutismo puro, abrigaban sentimientos racionales: ó bien que logrando este partido sobreponerse y destruir al otro, se colocase en posicion de darnos la ley mas bien que de recibirla. La tala y quema de las mieses fué, por decirlo así, el golpe de gracia, pues además de la forzosa carencia de los medios de subsistir haciendo mas ruido y causando mas espanto que las mas terribles escenas de sangre, sobre un pais acostumbrado á verla correr á torrentes, debia producir necesariamente el efecto saludable de precipitar la paz, siendo los mismos pueblos del interior los que al ver hacer la guerra en regla, mas habian de trabajar para que se evitasen sus terribles estragos.»

Cuando Maroto vino por primera vez al campamento de Espartero, Linage fué llamado por su general para presenciar y tomar parte en el debate que iba á originarse, al tratar de las bases sobre que el convenio se habia de sentar. El general carlista espuso entonces, que la causa

Digitized by Google

de no haber acudido sus tropas á aquel sitio á verificar la transaccion, no habia sido otra que los oficiales de los cuerpos solicitaban la concesion de los fueros para las provincias Vascongadas. Y á esto repuso el secretario de campaña del general Espartero: que los pueblos sublevados no habian sostenido la guerra por dichos fueros, sino por la influencia, en unos, del fanatismo religioso predicado y sostenido por curas y frailes y por la fuerza empleada en otros para que tomasen las armas; segun se deducia de los castigos terribles impuestos á los padres que no presentaban sus hijos, ya exigiéndoles cuantiosas multas y ya privandoles de sus yuntas de labor. Añadió tambien Linage, que los fueros solo se pretendian por los prohombres del pais, entronizados en el manejo de los asuntos del comun; que era tiempo de que todas las provincias que comprendia la monarquía española, disfrutasen de unos mismos beneficios y sufriesen iguales cargos; que la ley fundamental del Estado se oponia á concesiones de aquella especie, y por lo tanto, ni el duque de la Victoria, ni el gobierno, ni la Reina misma sin el consentimiento de las Córtes, podian hacerlas. El caudillo de los carlistas, convencido de la fuerza de estas razones, insistió sobre la necesidad de que Espartero hiciese la oferta para que las tropas carlistas depusieran las armas; si bien luego, quedaba á su arbitrio no cumplirla, declarando esto mismo, que no estaba en sus atribuciones. El representante del Conde Duque, combatió con calor la idea de un medio tan vil y despreciable, haciendo ver que la reputacion de su jefe en aquel caso iba á quedar altamente comprometida: sino era que procurándose esto mismo, se llevaba la segunda intencion de que el Duque de la Victoria y conde de Luchana teniendo en mucho el honor de su palabra, y aun á costa de su descrédito y empañando su lustre, defendiese con las armas el empeño que habia contraido como general.

En Oñate recibió Espartero la primera nota oficial de Maroto, en que le proponia este jefe como medio para fijar las bases de la paz, que se reuniesen en un punto convenido los oficiales elegidos de uno y otro campo. Los brigadieres Linage y Zabala lo fueron por el de la reina, así como autorizados plenamente para resolver todas las dificultades, y portadores además de una comunicacion del general Espartero en contestacion á la de Maroto. Pero ocurrió que este jefe se negó á admitirla en atencion á los términos en que estaba concebida; y Linage á quien señalaban entonces como el único obstáculo para el convenio, los que se cuidaban poco de la reputacion del general en jefe, Linage que en la parte que tuvo desde un principio en aquel delicado negocio, trabajó con el celo mas ardiente para que cuanto antes tuviese efecto, si bien no perdió de vista jamás ni el honor del ejército, ni las ventajas de todos sus individuos, ni el acatamiento debido á la ley fundamental, huyó entonces de toda cuestion, sin embargo de las poderosas razones que se le ocurrian para apoyar la comunicacion de Espartero: bien que antes, temiendo su carácter franco y aun vehemente, se le habia encargado mucho la moderacion y la templanza. Así pues, Linage, bien persuadido de que Maroto no resolveria cosa alguna definitivamente, se limitó á proponerle, en presencia de su compañero de comision el brigadier Zabala, que diputase los generales ó jefes de su ejército que tuviese á bien, para pasar todos reunidos al cuartel general de Espartero, y arreglar de una vez para siempre todas las diferiencias.

Admitida esta proposicion, fueron nombrados el general D. Simon Torre, el de igual clase D. Antonio Urbiztondo, el brigadier Iturbe, el coronel Toledo y el auditor Arízaga, quienes en compañía de Linage y Zabala volvieron á Oñate.

Presentados al Duque de la Victoria, se dió principio á un largo debate, siendo Linage el que con mayor teson, aunque prudente y razonablemente, se opuso á las exigencias de los contrarios. Cada una de estas fué admitida ó desechada con mucha circunspeccion y procurando todos no herir la susceptibilidad de los que iban á ser sus amigos: verdad es que hubo quien aseguró que el secretario de campaña soltó la especie de sustituir á la palabra *convenio* con la de *capitulacion*. Finalmente, Espartero dictó y Linage escribió el que fué *Convenio de Vergara*.

Despues de este memorable acontecimiento, Linage se ocupó en escribir los partes al gobierno, en redactar las proclamas al pais y al ejército y en espedir los pasaportes á cuantos carlistas los solicitaban para el estranjero; su trabajo entonces fué penoso é inmenso.

Siguió á aquel suceso, la espulsion de D. Cárlos á Francia, y con él, los restos

de sus tropas que no habian querido *convenirse*. Pareció entonces ocasion oportuna á Linage para dictar una medida de conveniencia pública, cual era el establecimiento de las aduanas en la frontera. Así se lo manifestó á Espartero, de quien consiguió que la ordenase despues de haberle hecho ver que no era una novedad la que se introducia, supuesto que D. Cárlos las tuvo establecidas en aquel punto, y de haber dado parte de su medida aquel general al gobierno para que la aprobase. Esto último, sin embargo, no lo alcanzó.

Públicos son los motivos que impulsaron al Duque de la Victoria á encargar á Linage, como su secretario de campaña, la redaccion del célebre artículo del Mas de las Matas. Acerca de este dice D. Francisco: *Cúlpense los que no perdonaron medio alguno para que Espartero sirviese esclusivamente los intereses de un partido, si aquella manifestacion de sus sentimientos dió valor á sus adversarios políticos. Yo al hablar en nombre de mi general, ni falté á la verdad, ni abusé de su confianza, y por lo mismo que conocia la importancia de aquella manifestacion, puesto que contrariaba las miras del poder en su parcialidad, hice mas de lo que tenia de costumbre en todo asunto delicado, que era presentar la minuta á la aprobacion: en este no solo presenté la minuta, sino que despues de puesto en limpio el artículo se le relei á Espartero y le aprobó*. Nuestras noticias sin embargo, respecto al Mas de las Matas son, que un diplomático inglés, mal recibido por el gabinete de Madrid llevó á aquel cuartel general sus pretensiones, donde se tramó un plan de que fué el alma Linage.

Mucho se ha criticado el nombramiento de mariscal de campo que se le otorgó por la toma de Castellote; pero esto sin duda se ha hecho, por no tener presente que de los otros tres brigadieres á quienes propuso Espartero para igual ascenso, á todos los cuales se les concedió gustoso el gobierno, solo uno era mas antiguo que Linage, no teniendo los otros dos ni mas dilatados ni mas eminentes servicios. En cuanto á la crisis que la concesion de su faja promovió en el ministerio, ya es otra cosa; los individuos que componian el gabinete se propusieron medir su influjo con el que ejercia en el ánimo de la Regente, el caudillo de los ejércitos.

Ascendido Linage á general, fué nombrado segundo jefe de E. M. de los ejércitos reunidos. En tal concepto, asistió á las operaciones sobre Morella, Berga y otras que fueron necesarias para espulsar á Francia al caudillo tortosino. Cuando la Reina Cristina fué á Barcelona, *el secretario de campaña* acompañó á Espartero á aquel punto; y hay quien asegura que Linage, entonces, ayudado de Zabala, preparó los motines y las asonadas que tuvieron lugar en la capital del Principado. A nosotros nos consta que trabajó con todas sus fuerzas en destruir los planes y proyectos del gobierno de aquella época.

Cuando el pronunciamiento de setiembre, Linage creyó que Espartero no debia abandonar el ejército, manifestándoselo así en distintas ocasiones, y muy particularmente en una muy solemne, delante de un considerable número de senadores y diputados.

Bien quisiéramos nosotros decir al lector cuanto se nos ocurre y sabemos referente á Linage, mientras la regencia del general Espartero; pero no cumpliríamos entonces con la voluntad del difunto, manifestada pocos dias antes de morir, y tal vez causáramos algun daño sin reportar ventaja alguna. Bástenos solo asegurar que Linage no tuvo mas parte en los actos buenos ó malos de la regencia, que el último ayudante de los que acompañaban á Espartero.

Ni Linage concurrió á las tertulias de este general mientras su elevacion, ni fué á visitarle sino de tarde en tarde y de toda etiqueta, ni le habló de los negocios del Estado, mas que cuando se le pidió su parecer, teniendo entonces el disgusto, de que sus opiniones no se tomasen en consideracion. El amigo íntimo de Espartero, el confidente de todos sus secretos, el jefe de la *camarilla*, no visitaba á la Duquesa de la Victoria seis años habia, no veia á su amigo mas á menudo que de quince en veinte dias, dejando transcurrir en una ocasion que estuvo malo, mas de cuarenta, y no se entrometia en sus asuntos sino cuando era preguntado. La independencia de carácter de Linage y la presuntuosa estimacion de Espartero mediaban para que ni el uno prodigase sus consejos allí donde no le eran pedidos, ni el otro los reclamase á costa de su reputacion de hombre entendido y libre de tutelas. Acaso este desvio tan sostenido por ambos, hasta la época de su comun ruina, haya causado en 43 la ruina del partido progresista; acaso si volviéramos á las mismas cir-

cunstancias de la elevacion de Espartero, ni este desoiria los consejos de LINAGE, ni aquella fraccion del partido progresista que creia tener en él un enemigo implacable, le acometeria con igual furor. Pero la historia no se deshace. LINAGE, mientras ella y despues de la regencia, ha sido la escusa de algunos ministros torpes y cobardes; por no conocer estos que se echaban la tierra encima (como suele decirse) declarándose ministros de camarilla. Un gobierno constitucional, unos consejeros responsables, dejan sus puestos mil veces antes que consentir otros consejeros detras de las cortinas.

Se le ha imputado á LINAGE, que mandó á un considerable número de oficiales al Congreso, el dia que se iba á votar el candidato ó candidatos á la regencia con objeto, sin duda, de que impusiera temor á los votantes y saliese Espartero elegido. En este dia precisamente, fué en el que delante de una porcion de progresistas, despues que todos habian dado la *enhorabuena* al regente, LINAGE se presentó y le dió el PESAME, *siento ver á S. A. en ese puesto, porque creo no es el que mas le conviene, al menos mientras tengamos ejército.*

Tambien se han disculpado algunos de la muerte del general Leon achacándosela á LINAGE: diremos lo que hemos averiguado. La sedicion del 7 de octubre, descubierta por D. Francisco, que era entonces Inspector de Infantería, á consecuencia de un aviso de un paisano suyo, no se pudo impedir que estallase á pesar de todas las medidas que LINAGE antes que ninguno otro tomó; pero sí el que triunfase, por haberle privado éste de sus mayores elementos. Despedidos del servicio los oficiales iniciados en la conspiracion, ocuparon sus puestos los sargentos del cuerpo á que pertenecian: un oficial amigo de LINAGE y el único en quien confiaba, Atmeller, tuvo su órden de encargarse del cuartel: aquel regimiento no salió á la calle: el batallon de cazadores del Pósito que le esperaba tampoco, los caballos de la escolta con sus ginetes, no fueron asesinados, y la casa de Espartero, que debia ser asaltada no ofrecia grandes probabilidades de conseguirlo. En dos dias que hacia desde que LINAGE seguia el hilo de aquella trama, no habia podido dar con otros nudos, no siendo esto muy de estrañar si se considera que no era capitan general, gobernador ó jefe político. Sin embargo, lo poco que se hizo, fué obra suya.

Llegado el momento de los castigos, Espartero llamó á LINAGE, y le pidió su parecer en un asunto de tanta monta. Francamente y sin vacilar, espuso el segundo entonces; *que no le aconsejaba el rigor ni la clemencia, y solo, que si emplease el uno ó echase mano de la otra, lo hiciese sin distincion de personas y obrando de la misma suerte con todos los culpables.* En vísperas del fusilamiento del general Leon, se le consultó segunda vez *y siempre contestó lo mismo.*

En el año 1842, cuando el bombardeo de Barcelona, todavia LINAGE acompañó á Espartero, y ya se achaque esto á una órden del regente, como es probable, ó á una voluntad del general, no creemos deba insistirse mucho en acriminar á los que dispusieron aquel ataque contra la capital del Principado despues de otros á los mas vigorosos que ha presenciado España y otras naciones muy civilizadas.

La nulidad de los gobernantes, los escándalos del Congreso, el desbordamiento de la prensa, y el furor revolucionario de que estaban acometidas todas las clases de la sociedad, afligian estraordinariamente á LINAGE en el año de 1843; y esto, con tanta mayor razon, cuanto que el vulgo atribuia á sus consejos el origen de todos aquellos males. Espartero, veia por los ojos de LINAGE, Espartero oia por sus oidos, el regente hablaba las frases de su consejero, los decretos del gobierno eran las indicaciones de LINAGE, los empleos, los grados, los honores se distribuian por mano del favorito de S. A. es pública voz y fama. ¡Error funestísimo para el partido progresista! ¡Error que se vió obligado á desvanecer en la ocasion mas solemne (sobre la tumba de LINAGE) el jefe de ese mismo partido, el jefe de los que, cierto dia, iban errados!

El general LINAGE, momentos antes de salir de Madrid con direccion á Albacete y acompañando por última vez á Espartero, decia enjugándose las lágrimas á un amigo suyo: «*N. V. que conoce mi modo de pensar y sabe hasta qué punto repruebo la marcha del gobierno, comprenderá mi afliccion al ver que el vulgo y algunos mas que el vulgo, me designan como la causa de todos estos desastres; y lo que es superior á todo, me veo obligado con mi silencio á autorizar esas especies y á ponerlas yo mismo el sello que no tienen, de la verdad.*

El pensamiento de LINAGE en Albacete era reunir un grueso ejército en Reque-

na, incorporándose las tropas del general Seoane, y puesto Espartero á su frente, retroceder sobre Madrid. Otras medidas hubiera ideado y tal vez practicado si se le autorizaba á ello; pero la regencia de Espartero debia de concluir como todas las cosas de este mundo, y la habilidad de LINAGE, por mucha que ella fuera, no bastaba á impedir lo que tienen determinado las leyes de la naturaleza, ó el fatalismo de los sucesos.

LINAGE acompañó a Espartero á Gibraltar, de donde continuó el último á Londres y el primero se vino á París. Aquí sin mas recursos que los residuos de 36.000 reales, que habia sacado de Madrid y habia empleado en trasportes y atender á la subsistencia, vivió con la mayor economía los tres años de su emigracion. Muchos le visitaron en un cuarto segundo de una calle poco concurrida de la capital de Francia, algunos le vieron comer lo que condimentaba con sus propias manos.

Dado el decreto de amnistía llegó á Madrid á primeros de 1848; recibió las visitas de muchos que le habian tenido por su mayor enemigo, estrechó sus lazos con los que jamás le habian faltado y, considerándole y respetándole, todos le hicieron justicia. Hacia unos dias que LINAGE estaba constipado, cuando su amigo el Duque de la Victoria regresó de su destierro; y aunque se le habia encargado mucho hiciese cama y sudase, él obedeció menos los mandatos del médico que los impulsos de su corazon. Se vistió precipitadamente y sin precaucion de ninguna clase salió á la calle. Créese que la predisposicion que en él habia á un catarro pulmonal, el cambio repentino de temperatura y aun la sensacion de gozo estraordinario que esperimentó al abrazarse con Espartero, contribuyeron á producir en él una pulmonía fulminante que en breves dias le llevó al sepulcro.

Sus amigos, entre ellos Espartero, tomaron á su cargo conducir el cadáver al cementerio de San Luis, con un aparato fúnebre suntuoso. Entre el inmenso gentío que iba acompañándole, veíanse algunas notabilidades de todos los partidos, prueba inequívoca de que en todos ellos era considerado. El general Narvaez se ofreció gustoso á contribuir con cuanto de él exigiesen para la mayor solemnidad de aquel acto, mandó oficiales del cuerpo de E. M. á que LINAGE habia pertenecido, hizo concurrieran músicas y bandas militares, y finalmente manifestó su sentimiento y ofreció sus respetos á la viuda del general.

El orador elocuente D. Salustiano Olózaga con voz conmovida y trémula, pronunció sobre la tumba de LINAGE un discurso sentido aunque breve. Despues de enumerar todas las buenas prendas de este militar, añadió que habia sido *uno de aquellos hombres de que por desgracia quedaban tan pocos en el suelo español*, aludiendo á lo leal y caballero; repitió lo que nosotros hemos indicado arriba, sobre la frugalidad con que se alimentaba en París y concluyó finalmente con aquellas notables palabras, de que *por desgracia de ambos y tal vez del pais entero no se habian comprendido en el año 43 aquellos dos hombres influyentes.*

FIN

de la

SECCION BIOGRAFICA

DEL LIBRO I.

Digitized by Google

ERRATAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
59	1.ª	1843	1834
77	Id.	Capitulo IV	Capitulo V, é igualmente en todos los demas.
89	13	Basa hallaba	Basa se hallaba
106	36	Nasia	Masia
128	3	Triuchet	Griset
136	6	Monroitg	Montroig
»	17	Picamuscons	Picamuxons
142	28	Cresieta	Creueta
153	38	Prast	Prats
154	27	Vallinya, Pradas	Vallmaña, Prades
172	40	Cellabert	Gellabert
177	2	sobre	de
180	última	Buercus	Buerens
193	4	lo era	lo que era
207	26	*Casteljaan*	*Castellana*
253	20	Onis	Oris
256	25	Xuniguera	Xuriguera
258	13	Flaran	Talarn
267	17	Sadierni	Sadurni
269	8	guerra.—Ayer	quema.—Ager
285	5	Traser	Fraser
295	23	Asplugas	Esplugas
327	37	Hortal	Hostal
352	última	fué	es
377	6	*Coellemen*	*Comensem*
382	39	directiva	de jóvenes
Varias veces.		Llarc, Llarch, Llard	Llarg
		Burjo, Burgó, Brujó	Bruxó
		Mallen	Manlleu
		Conde de Espagne	Conde de España
		España	Espagne

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

SECCION BIOGRAFICA.

ADVERTENCIA Á LOS ENCUADERNADORES.

Se cuidará que el recorte de las páginas de esta obra sea lo menos posible por tener pocas márgenes, y con el objeto de no destruir las orlas y facsímiles de las láminas. Las vistas se colocarán de suerte que la cabeza cuadre hácia el lomo del libro, cuidando que las estampas hagan frente á la página en que se citan, siendo pegadas á escartivana y no cosidas como generalmente se hace.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE COMPRENDE LA SECCION HISTORICA.

CAPITULO V. (*)—1835.—PAGINA 77.

CAPITULO VI.—1836.—PAGINA 121.

CAPITULO VII.—1837.—PAGINA 148.

CAPITULO VIII.—PAGINA 194.

CAPITULO IX.—1838—PAGINA 249.

(*) Por lo fácil que es equivocar en la imprenta la numeracion romana que hemos seguido en los capítulos, se han puesto dos con el número IV en el cuerpo de la obra: el segundo, que es este, debe entenderse V, y así correlativamente en todos los demás hasta el final.

CAPITULO X —1839.—PAGINA 269.

Crueldades del Conde de España.—Accion de Baquerisas.—Toma de Ager por Meer.—Defensa de Balsareni.—Ataque de la villa de Pons.—Conduccion de un convoy á Solsona.—Sitio y quema de Manlleu: descalabro de Carbó.—Ataque de Ager.—Inaccion de Espagne.—Heróica defensa é incendio de Ripoll.—Sustituye Valdés á Meer: estado del campo liberal.—Incendio de Gironella, Olban, Camprodon, Moyá y otros pueblos por los carlistas.—Defensa de Copons.—Sangrienta accion de Peracamps.—Asesinato del Conde de España.—Pequeños hechos que terminan la campaña de 1839.

CAPITULO XI.—1840.—PAGINA 316.

Espartero reune el mando del ejército de Cataluña y Van-Halen sustituye á Valdés.—Carbó rechaza una espedicion carlista al Ampurdan.—Buerens derrota á los que se oponen á la introduccion de un convoy en Solsona.—Enfermedad de Cabrera.—Espedicion de los catalanes al Alto Aragon siendo rechazados de Benavarre.—Carbó destruye las oficinas administrativas de Alpens.—Memorable batalla de Peracamps.—O'Donell persigue á Cabrera desde Gandesa.—Ultima accion que este dá en la Cenía.—Pasa el Ebro.—Entra en Berga: toma posesion del mando de aquellas huestes: desercion de Segarra: prisiones y fusilamientos.—Rendicion de Berga.—Emigracion de Cabrera y su ejército á Francia, que produce la terminacion de la guerra civil en toda España.—Consideraciones.

EPOCA TERCERA.

CAPITULO XII.—PAGINA 353.

Debates sobre la ley de ayuntamientos.—Conmociones de Barcelona.—Crisis ministeriales.—Pronunciamiento de Setiembre.—Abdicacion de Cristina de la regencia del Reino.

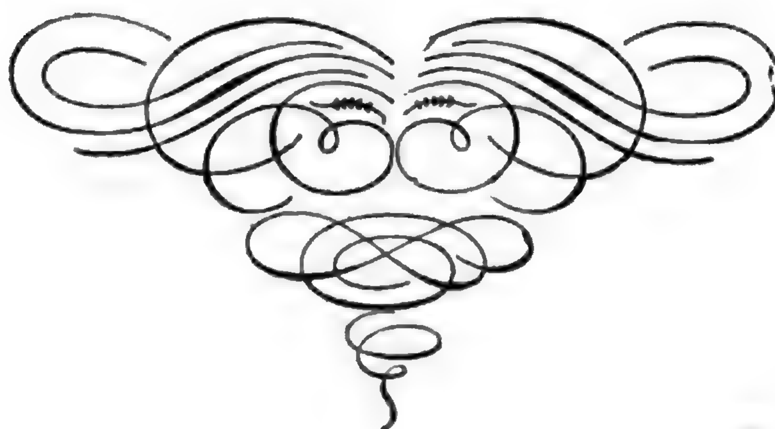
CAPITULO XIII.—1841 A 1843.—PAGINA 372.

Sucesos de Cataluña durante la regencia de Espartero hasta su caida.

SECCION BIOGRAFICA.

TEATRO DE LA GUERRA.

LIBRO SEGUNDO.



CAPITULO I.

Situacion respectiva de los partidos políticos en España despues del pronunciamiento de 1843.—Carlistas y centralistas.—Marcha del gobierno.—Insurrecciones.—Abdicacion de D. Carlos.—Casamiento de la Reina.—Cuestion de los régios enlaces.—Manifiesto de Montemolin.

Era imposible que subsistiese largo tiempo una tranquilidad impuesta por el fuego de las baterias. El terror es un remedio heróico para ciertos males muy violentos de la sociedad, pero si se aplica inoportunamente, se pierde á sí mismo, á la causa que sostiene y tal vez á la causa que persigue, aunque de seguro crea nuevas hostilidades. La violencia de la reaccion empieza en el punto en que termina la violencia de la opresion. Mal restablecida la España de sus pasadas convulsiones

Digitized by Google

encerraba en su seno muchos de estos gérmenes reaccionarios. Fermentaba pues sordamente la levadura de algunas pasiones descontentadizas y mal halladas con la quietud, y muchos deseos é intereses imprudentemente exaltados, en el dia del peligro y mal recompensados en el de la victoria, aspiraban á indemnizarse de cualquier modo posible. La situacion erigida sobre las ruinas de la regencia, debia, en el concepto de muchas personas, respetar un hecho palpitante y un dato histórico. El hecho, la grande esplosion de ódio nacional que aniquiló el poder del regente, y el dato, la revolucion de 1840 que elevó el poder de ese mismo regente. El partido moderado no quiso ó no pudo realizar esta condicion y de aquí surgió, al menos en apariencia, el divorcio de los diferentes matices que como una hostilidad, habian elaborado y consumado el pronunciamiento de 1843. Pero habia ademas de esta, otra razon en nuestro concepto, mas próxima y eficaz. El movimiento del 43 como todos los de su clase, se compuso de elementos heterogéneos que no tenian de comun mas que el fin inmediato y que marchaban hácia el mismo centro, impulsados por las mil fuerzas de la necesidad. Mas roto el lazo del peligro y perdido el vigor de la agresion, debieron, obtenido el triunfo, anhelar todos el precio de la victoria. No podia tampoco esperarse una distribucion del poder tan justa y armónica que no diese lugar á rencillas y repercusiones revolucionarias, porque los partidos solo perecen en la inaccion y el egoismo revela la primera ley de su existencia.

Esta causa unida á la conducta del gobierno que entonces se calificaba de esclusivista, fomentó en gran manera el encono de las fracciones disidentes. La carlista muy humillada con los sucesos de 1839, se restablecia algo merced á las divergencias de los vencedores, y apenas habia pasado un año sin que un puñado de combatientes apellidara su causa en Cataluña, ó en algun otro ángulo de la Península. Parecian estas guerrillas como una protesta, viva y armada, contra el convenio aceptado en Vergara, por los gefes vasco-castellanos. No obstante, era por entonces tan débil que no podia inspirar sérios temores al gobierno. Tenia es verdad, constancia y religion en sus compromisos; pero el emblema de su lucha habia casi perecido ante el concepto público. Con efecto, ya no representaba integramente el principio político absolutista, pues muchos de los que sostenian con buena fé este principio, se agregaron despues de la derrota, al trono de la reina Isabel y fiaron sus esperanzas al porvenir; otros muchos indiferentes en punto á dinastía, que habian seguido el partido de D. Cárlos, creyeron despues que la política rígida é inflexible de este príncipe, no estaba ya en armonía con la civilizacion de la época y que no podria ser mas que un deseo irrealizable ó una realizacion insubsistente. Por último, le abandonaron muchos de los que le habian defendido por compromisos personales ó en virtud de las circunstancias, que en los albores de una guerra, forman por si solas, las dos terceras partes del partido agresor; la otra la constituyen los hombres de conviccion

y de historia en aquel partido. Ademas, la accion de la derrota reflejaba de una manera siniestra sobre la reputacion de D. Cárlos, é inhabilitaba á este principe para continuar siendo un símbolo dinástico. Así es que el partido carlista, en los años 44 y 45 dió escasas pruebas de vida, aunque no dejó de trabajar y de esforzarse por reconquistar el principio absolutista templado, que iba separándose de su bandera, y su lucha por consiguiente fué mas bien intelectual que material, mas bien en la arena literaria que en la arena de los combates.

El partido *centralista* defendia el principio democrático. Este principio aceptado espontáneamente por el instinto glorioso de la guerra de la independencia, perdió despues su naturalizacion y prestigio en nuestro pais, y se vió abrumado por preocupaciones antiguas y adormecidas poco tiempo, por costumbres de muchos siglos, por intereses locales y provinciales y por la firmeza de nuestra estructura política, que habia resistido casi sin conmoverse, los primeros embates revolucionarios. El vulgo de la nacion aborrecia el triunfo de la democracia, suponiendo que solo podria verificarse sobre la ruina de la religion, cuyo creencia procuraba elevar y cultivar el clero. Por otra parte la gran masa de la poblacion sencilla é ignorante, esparcida por las aldeas y pueblos pequeños, renunciaba sin pena á la perspectiva de unos goces políticos, que perturbarian sus faenas agrícolas ó industriales. La parte culta de la nacion no queria tampoco arrostrar los azares de una revolucion, en provecho de un sistema que lo iba á destruir todo en el órden político, sin esperanza y tal vez sin posibilidad de restablecer nada, pues su tendencia reparadora debia encontrar obstáculos invencibles. El espíritu democrático solo vivia en el corazon de las clases acomodadas que se albergan en las grandes poblaciones, y que padeciendo tanto en su estado ordinario, aceptan fácilmente como un enfermo oprimido de tédio y de dolores, otra posicion aunque sea mas violenta.

De cualquier modo, este partido no tenia esa franqueza que inspira la conviccion de las fuerzas propias y enmascaraba con un título falso, sus verdaderas pretensiones y doctrinas. Era no obstante, como partido jóven, ardiente é impetuoso y lleno de fé en el porvenir, y habia dado sangrientas pruebas de su perseverancia en la capital del Principado y en otros puntos. Constitúyase en auxiliar espontáneo de todo interés liberal irritado, ó de cualquier ambicion asociada á estos intereses, pues lo que le importaba principalmente era agitarse, mostrar la actividad de su existencia y alcanzar mayor áuge en boca de la opinion.

Así es que con motivo de un manifiesto que hizo el infante D. Enrique, corriendo el año de 1845, manifiesto redactado con bastante ligereza, brotaron en el Ampurdan los destellos de una insurreccion centralista. Sesenta hombres acaudillados por el hijo de Xifró, de Calonge y Pablo de Fós, se reunieron en Arbusias, Casia de la Selva y Santa Coloma de Farnes, procla-

mando á D. Enrique como el símbolo del liberalismo mas avanzado.

Pero las autoridades vivian muy alerta y la insurreccion debia perecer en su cuna. Apenas tuvo noticia de este suceso el capitan general de Cataluña, D. Manuel Breton, salió de Barcelona en la tarde del 13 de enero, al frente de una columna compuesta de doce compañías de infantería, de un escuadron, de dos baterías y de bastantes mozos de escuadra. No podian los insurgentes oponer á estas fuerzas las suyas, débiles é improvisadas en un momento de entusiasmo, y así es que se desbandaron sin aventurar un choque, y la insurreccion quedó sofocada en el acto.

Mas aunque se restableció de este modo la calma material, reinaba todavía la discordia en los ánimos, produciendo dolorosos conflictos en el gobierno. Hallábase este á la sazon en un estado crítico y ambiguo; colocado entre la violencia de una reaccion que él no habia provocado, y entre la resistencia de algunos hombres templados y conciliadores, y asaltado en medio de su marcha por fracciones desprendidas de su seno, tuvo que disolverse, saliendo del reino su presidente el duque de Valencia. Su sucesor el marqués de Miraflores se propuso acercar los diferentes matices liberales por medio de concesiones recíprocas, pero la insurreccion centralista que levantó de nuevo la cabeza en Galicia, cerró todas las vias de avenencia. Pasemos por estos sucesos una mirada tan rápida como fueron en sí.

El 2 de abril de 1846 se sublevaron en Lugo el regimiento de Zamora y el provincial de Gijon. Los insurgentes desarmaron á la Guardia Civil y á los Carabineros que no habian querido adherirse al movimiento; se creó una junta para organizar y dirigir este, y su instalacion se inauguró con varias proclamas, dirigidas unas á los *españoles*, otras al *ejército*, y otras estaban concebidas en términos generales, pero todas tendian á justificar el *pronunciamiento*, ensalzando la bondad de la causa que se defendia, escitando el celo de sus adictos y procurando mover el doble resorte del interés y del entusiasmo, con promesas y esperanzas.

No parecian estas ilusorias, pues cundia la insurreccion con bastante rapidez, por el territorio gallego. En Santiago se alzó el otro batallon de Zamora aclamando la Junta Central, y á poco siguieron su ejemplo, los provinciales de Málaga, Segovia, Oviedo y Guadalajara. Podia temerse que el espíritu sedicioso de algunos cuerpos penetrara en el corazon del ejército, lo cual hubiera producido la ruina del gobierno, que tenia en contra suya la parte ardiente y turbulenta de las grandes ciudades, en todas las cuales produjo la noticia de estos sucesos, esa fermentacion que revela otra idea mas grave, que la impaciencia de la curiosidad. Viéndose amenazado tan de cerca, tomó el gobierno medidas prontas, enérgicas y decisivas. Reunió aceleradamente un buen cuerpo de tropas y puso á su cabeza al general D. José de la Concha, caudillo jóven y á quien debió halagar mucho esta confianza del poder en circunstancias tan difíciles. Concha partió de Madrid el dia 7, y dejando en

el camino instrucciones para las fuerzas que debian seguirle, llegó á Benavente el dia 9, es decir, cinco dias despues de haber estallado en Santiago la insurreccion. En el transcurso de este corto tiempo se habia sublevado en Valencia de D. Juan, una compañía del provincial de Pontevedra y veinte carabineros. Trescientos hombres, capitaneados por Iriarte y emigrados todos en Portugal, escepto unos pocos contrabandistas de la raya, dieron el grito de rebelion en Villar de Ciervos, desde donde marcharon sobre Astorga y Leon, despues de desarmar veinte carabineros en Mombuey, é intimado aunque inútilmente la rendicion al gobernador de la Puebla de Sanabria.

Activaba en el entretanto el general Concha sus preparativos para combatir á la insurreccion, que iba, de dia en dia, conquistando nuevos adeptos y dominios. Llegó el 9 de abril á Benavente segun hemos indicado, y decidido á tomar en la campaña una iniciativa vigorosa, batiendo en detall á los pronunciados, tan luego como supo que estos habian tomado la direccion de Santiago, circuló velozmente las órdenes necesarias para el cambio de direccion sobre la Puebla de Sanabria, á fin de que marchasen hácia este punto por Zamora, las fuerzas procedentes de Valladolid y del Canal de Castilla, y á Villafranca por Leon las que venian de Burgos: y temeroso por la suerte del batallon de Málaga, en atencion á lo alarmante de las noticias venidas de la parte de Ponferrada y Villafranca, hizo salir disfrazado á su ayudante de campo D. Rafael Vhague, en direccion de este último punto, con el encargo de difundir á su paso, la noticia de la llegada de las tropas espedicionarias de penetrar hasta el sitio en donde se encontrase aquel batallon, y conducirle inmediatamente á la Puebla de Sanabria. Al mismo tiempo ofició al comandante general de la provincia de Leon, mandándole hiciese inmediatamente ocupar á Astorga con 60 carabineros; que mantuviese á toda costa, con la fuerza que tenia á su disposicion, el órden en aquella capital; y le avisase en el caso de verla amenazada, seguro de que acudiria al instante, á su socorro. En el mismo dia se notició al capitan general del distrito la llegada de las tropas espedicionarias, el movimiento que iban á emprender sobre Orense, y la direccion general dada á los cuerpos que se hallaban en marcha; y se oficiò al propio tiempo á los comandantes generales de las provincias de Orense y Pontevedra, enterándoles de la operacion que iba a efectuarse sobre el primer punto, por la Puebla de Sanabria, y encargándoles obrasen con la necesaria energia, para mantener la obediencia al gobierno y oponerse á los progresos de los rebeldes. Se dieron tambien instrucciones al comandante general de la provincia de Zamora, para que con las tropas que tuviese á sus órdenes, secundase el movimiento que iba á verificarse por la Puebla de Sanabria, disponiendo que al mismo tiempo operase la columna de carabineros del coronel Milans, oponiéndose á la retirada de Iriarte á Portugal.

Cuando mayor era la perplejidad de los ánimos y se hacian mil co-

mentarios sobre las probabilidades de una victoria ó derrota respectiva, se recibió en Madrid la noticia de haber sido vencido Iriarte en Astorga, perdiendo el nervio de su gente. La discordia, nuncio seguro de la desgracia, nació entre los demas insurgentes que aun podian unidos oponer una resistencia briosa, y el general Concha recogió fáciles laureles y el caduceo de la paz. La insurreccion habia perdido la oportunidad de la eficacia y vino á languidecer ella misma; como situacion violenta debia avanzar ó perecer, no logró en los últimos dias lo primero y se realizó lo segundo. Estos sucesos tuvieron un sangriento corolario y varios gefes de los insurgentes pagaron con su existencia algun momento de impremeditacion.

Pero de este foco de electricidad recien estinguido, se habia desprendido una chispa que fué á prender en la provincia de Gerona, estinguiéndose al poco tiempo en débil llamarada. D. Ramon Barrera, antiguo centralista, hombre audaz, resuelto, que reunia la actividad á la energía del mando, empezó á recorrer la frontera, esplotando la circunstancia de estarse verificando por primera vez la quinta en Cataluña, y de la indignacion que naturalmente debia producir en un pueblo altivo, tan celoso de sus tradicionales prerogativas, este tributo de sangre. Era su grito de guerra *abajo las quintas*, y el *sistema tributario!* y marchaba á la cabeza de 40 ó 50 hombres. El plan no era descabellado y debia tener eco en las provincias catalanas, pero Barrera habia equivocado la ocasion; habia recogido la herencia de una derrota y su partido lejos de engrosarse se desvaneció. Algunas fuerzas del regimiento de Saboya que corrieron al encuentro del centralista cuando penetró en Bañolas, le ahuyentaron de este punto obligándole á internarse en Francia por el bosque de Faytons.

Mas aunque vencedor el gobierno no podia vivir sin recelos. Estas diferentes conjuras y tentativas frustradas, revelaban la desazon de los ánimos y la irritabilidad de los partidos disidentes que repuestos de la derrota creerian tal vez en su triunfo, tomando por auxiliar al tiempo. Sobre la periferia de un volcan brotan siempre ráfagas de fuego y humo, antes que vomite el cráter torrentes de lava inflamada, y las leyes del mundo físico guardan correspondencia con las del moral y político. En el fundamento de esta comparacion se apoyaban entonces, como se han apoyado siempre, las esperanzas y temores de los partidos contendientes.

El carlista trabajaba en la sombra y el silencio, pero con grande ahinco y perseverancia. Conocia que sus principios estaban tachados de viejos, y queriendo purificarlos, les habia elevado segun indicamos antes, á la esfera de la discusion donde se sostenian de una manera brillante. Durante los dias de prosperidad habia incurrido en grandes errores y en odiosos desmanes, pero vencido reveló prendas que no poseian las demas fracciones militantes de España. Tenia esa armonia gerárgica que constituye el vigor y la fuerza de los cuerpos y de las instituciones, la disciplina que creaba la unidad de

pensamiento y de mando, y el poder de la agresion, y sabia manejar hábilmente la actividad y el misterio, los dos elementos fundamentales de todas las conspiraciones. Tenia en una palabra todos los resortes del poder absoluto que defendia y representaba; vigor, prontitud y silencio, y como fraccion vencida no podia caer en los defectos de este.

El partido carlista habia atesorado en pocos meses grandes desengaños, y se habia convencido de que D. Cárlos no debia ser por mas tiempo la personificacion de sus principios. Se trató entonces de que este príncipe renunciara sus derechos en favor de su hijo primogénito. D. Cárlos debió ceder con facilidad á estas gestiones; no tenia una de esas almas de gran temple que se irritan con los obstáculos; toda su energía emanaba del sentimiento religioso y se plegaba fácilmente bajo el infortunio, sin quejarse quizá, pero tambien sin intentar una reaccion violenta y repentina. Tenia el valor pasivo que crea la inmortalidad del mártir, pero le faltaba el valor activo que forma la grandeza del príncipe. No obstante á toda la Europa sorprendió su abdicacion, pues se sospechaba por muy pocos este suceso, cuando aparecieron los siguientes documentos.

Carta de S. M. el Sr. D. Cárlos V al Sermo. Sr. príncipe de Asturias.

«Mi muy querido hijo: hallándome resuelto á separarme de los negocios políticos, he determinado renunciar en tí y trasmitirte los derechos á la corona. En consecuencia, te incluyo el auto de renuncia que podrás hacer valer cuando juzgues oportuno.

»Ruego al Todopoderoso te conceda la dicha de poder restablecer la paz y la union en nuestra desgraciada pátria, haciendo asi la felicidad de todos los españoles.

»Desde hoy tomo el título de conde de Molina bajo el cual quiero ser conocido en adelante. Bourges 18 de mayo de 1845.—Firmado.—Cárlos.»

Abdicacion de S. M.

«Cuando á la muerte del rey D. Fernando VII mi muy querido hermano y señor, la divina Providencia me llamó al trono de España, confiándome el bien de la monarquía y la felicidad de los españoles, lo consideré como un deber sagrado; penetrado de sentimientos de humanidad y confianza en Dios, he consagrado mi existencia entera á cumplir tan difícil y penosa mision.

»En España como fuera de ella, al frente de mis fieles súbditos y hasta en la soledad del cautiverio, la paz de la monarquía ha sido constantemente mi único anhelo y el fin principal de mis desvelos. En todas partes mi corazon paternal ha deseado ardientemente el bien de los españoles. He debido respetar mis derechos, pero no he ambicionado jamás el poder; por lo tanto mi conciencia se halla tranquila.

»Despues de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos soportados

sin éxito, la voz de esta misma conciencia y los consejos de mis amigos me hacen conocer, que la divina Providencia no me tiene reservado, el cumplir el cargo que me habia impuesto, y que es llegado el momento de trasmitirlo, al que los decretos del Altísimo llaman á sucederme. Renunciando, pues, como renuncio, á los derechos de que mi nacimiento y la muerte del rey D. Fernando VII mi augusto hermano y señor, me dieron á la corona de España, trasmitiéndolos á mi hijo primogénito Cárlos Luis, príncipe de Asturias, y comunicándolo á la España y á la Europa, por los solos medios de que puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta y me retiro á vivir libre de toda ocupacion política, y pasaré lo que me queda de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz de una conciencia pura, rogando á Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada pátria.»

Bourges 18 de mayo de 1845.—Firmado.—Cárlos.

Contestacion del Sermo. Sr. príncipe de Asturias.

«Mi muy amado Padre y Señor: He leido con el mas profundo respeto la carta con que V. M. me ha honrado en este dia y el acto que la acompañaba. Cual hijo obediente y sumiso, mi deber es conformarme con la soberana voluntad de V. M.; así tengo la honra de elevar á sus reales pies el acta de aceptacion. Imitando el buen ejemplo que V. M. me dá, tomo desde este dia y por el tiempo que crea oportuno, el título de Conde de Montemolin.

»Quiera el cielo, oyendo mis fervientes ruegos, colmar á V. M. de toda suerte de prosperidades, como le pido y pedirá constantemente su mas respetuoso hijo. Bourges 18 de mayo de 1845.—Firmado.—Cárlos Luis.

Aceptacion.

«Me he enterado con filial resignacion de la determinacion que el Rey mi augusto padre y señor me ha comunicado en este dia, y aceptando como acepto los derechos y deberes que su voluntad me trasmite, como una carga que procuraré cumplir, con el auxilio divino, con los mismos sentimientos y el mismo celo por el bien de la monarquía y la felicidad de España. Bourges 17 de mayo de 1845.—Firmado.—Cárlos Luis.

Este paso de hábil política podia ser de la mayor trascendencia. En las cuestiones de principios, los hombres no entran mas que como guarismos de una gran suma, pero en los asuntos dinásticos el cambio de un solo nombre puede decidir la cuestion. Montemolin tenia en la vida de la opinion grandes ventajas sobre su padre. Príncipe jóven recogia con ardor la esperanza de un cetro, sin encontrar á su paso ódios personales, susceptibilidades heridas, ni prevenciones arraigadas. Podia ofrecer el instinto generoso y espansivo de la juventud á todos sus enemigos, reconciliarse con ciertas ideas del siglo y atraer a sus filas aun á los hombres que hubieran abando—

nado las banderas de su padre, porque podian escusarse con el prestigio de un nombre y el valor de una persona, y en politica se admiten como causas todas las escusas, cuando salvan las apariencias del decoro. Montemolin era para los carlistas una esperanza lozana, no deslucida aun por el trabajo de los años y el curso de los acontecimientos, cuando D. Cárlos no podia ser mas que un recuerdo. Así que poco despues, los carlistas abjuraron su nombre y tomaron el de montemolinistas, y ya en la época á que nos referimos, se notaba en ellos esa animacion repentina que prueba el rejuvenecimiento de un partido. Acaso habia un fondo mas hostil que pacífico en esta aptitud y los hechos confirman esta presuncion, pero no debió juzgar conveniente arrojar el guante hasta que estuviese decidido el matrimonio de la jóven reina de España, cuestion en que iban á intervenir todos los partidos y con la que tenian sin duda una articulacion muy intima, los últimos precedentes del carlista.

Se consideraba el enlace de la reina y de la heredera presuntiva del trono como de una importancia casi vital en la marcha política de la nacion. Todas las personas honradas que habian visto desaparecer sus ilusiones con el ensayo de un sistema ó de algunos hombres nuevos, todos los que despues de correr trás los azares revolucionarios esperaban ya paz y reposo, todos los que habian levantado grandes fortunas entre el torbellino de las discordias civiles y que las creian aseguradas con la estabilidad de un principio político, en suma, todos los que apetecian un gobierno firme y denodado que pusiese un coto á las ambiciones individuales y á las venganzas de los partidos, todos estos anhelaban fervientemente el matrimonio de las dos jóvenes princesas. La gran masa del pueblo, que espera siempre mucho de la novedad, y que como alivio de sus tribulaciones desea un dia de rogocijo público, se adheria tambien espontáneamente á la idea del noble enlace. En esta parte la opinion no podia ser ni mas armónica, ni mas nacional. Pero la divergencia estallaba en el momento de fijarse en los candidatos. Quienes querian para esposo de la reina al descendiente de una monarquía poderosa, pensando que de este modo y merced á esta alianza, se estinguirian las menores centellas de nuevos disturbios. Los pocos que aceptaron esta idea, desearon un hijo de Luis Felipe para compartir el sólio con la reina Isabel. Una fraccion del partido dominante representada activamente en Paris por la reina Cristina, abogaba con mucho ardor por esta candidatura, pues á ella iban enlazadas muchas esperanzas personales y de partidos. Otros deseaban el matrimonio de la reina con el conde de Montemolin, considerándolo como el medio de fundir en una las dos grandes familias políticas. Pero en contra de este proyecto habia muchos inconvenientes; la esclusion y privacion perpétua de D. Cárlos y sus descendientes respecto á los derechos que á su persona y clase habian competido; el estrañamiento de este vástago transversal de la dinastía borbónica; el carácter de constitucional que tenia la reina Isabel, la

dificultad de que Montemolin aceptara pura y simplemente el papel de esposo de su prima sin entrar en el goce de sus soberanos derechos, y sobre todo el temor que inspiraban á los liberales, mas que las pretensiones, los sufrimientos del partido carlista. Por último, el sentimiento nacional fluctuaba todavia entre los duques de Cádiz y Sevilla, hijos ambos del infante D. Francisco é identificados desde su infancia con el sistema liberal. Los matices mas pronunciados de este sistema se adhirieron al duque de Sevilla, de quien se esperaba que en el caso de dividir el régio tálamo, ejercitaria todas sus influencias para levantar de su postracion al partido progresista.

Cada uno de estos candidatos tenia, segun hemos dicho, el sufragio de una fraccion política, uno ó mas órganos en la prensa periódica y simpatías mas ó menos estensas en la masa del pais, pero no todos contaban con el apoyo del gobierno, que era á la sazon omnipotente y disponia de la voluntad de ambas cámaras.

La reina Cristina que por su posicion y su carácter era el alma de todas las combinaciones, favorecidas en el círculo ministerial, propuso á Luis Felipe el matrimonio de uno de sus hijos con la jóven reina de España. Esta propuesta debió lisonjear mucho al monarca francés, pero previó como hombre hábil y esperimentado que las grandes potencias de Europa, y especialmente Inglaterra, sobrecojida de celos por esta preponderancia súbita de la Francia, no dejarian de sembrar obstáculos y conflictos en el curso del negocio y en la marcha del gobierno, y temió principalmente que este paso iba á sublevar la indignacion de los españoles, cuyo odio hácia los franceses se revela como una pasion religiosa en los momentos de prueba. Reiteró Cristina su demanda, mas Luis Felipe no abandonó un momento su línea de prudente conducta, y logró por fin inclinar el ánimo de la viuda de Fernando VII á una combinacion que tuviera por base uno de los vástagos de la rama de los Borbones. Eran entonces siete los príncipes jóvenes pertenecientes á esta familia; uno se casó durante el curso de estas negociaciones; tres, los hijos de Don Cárlos, estaban escluidos por una ley votada en Córtes, y la eleccion debia girar entre los infantes napolitanos condes de Aquila y Trápani y los infantes españoles duques de Cádiz y Sevilla. El de Aquila rehusó el elevado honor que se le ofrecia, y la reina Cristina, que despues del príncipe francés habia favorecido á su hermano el conde de Trápani, se fijó definitivamente en la candidatura de este.

Aceptóla el gobierno español, y el gabinete de las Tullerías declaró por su parte que estaba decidido á sostenerla *hasta el fin*, «en tanto, decia el mi»nistro Guizot (1) que no hubiera que ejercer violencia sobre el pueblo espa»ñol, de la cual habrian de resultar probablemente desórdenes en un pais »tan desordenado y divisiones en el seno de un poder tan dividido. Quere-

(1) Carta de Mr. Guizot á Mr. Bresson.

»mos ademas, continuaba el ministro, que se sepa bien, que se conozca que »no oponemos ninguna objecion, ninguna traba á las probabilidades que »pueda tener el duque de Sevilla, porque á nosotros como Francia y como »Borbones, esta combinacion nos satisface y nos conviene. Y si á pesar de »nuestro apoyo la combinacion Trápani encontrase en España y por parte de »España obstáculos graves, apoyaríamos al duque de Sevilla, tanto cerca de »la reina Cristina, como cerca del gabinete español.»

No alcanzó buena fortuna la candidatura Trápani, porque la opinion pública se declaró en contra suya, tan sin rebozo, que el gobierno comprendió lo imprudente que seria el llevar adelante esta combinacion. Es verdad que la irritacion popular no se manifestó por desmanes ni por violentas palpitaciones; pero empleó hábilmente el ridículo, esa arma envenenada que alcanza á la cumbre de las mas altas posiciones, que impone al hombre el martirio de su conciencia y que se ha empleado en todos tiempos como el medio de aniquilar los nombres y las instituciones al parecer mas invulnerables.

Se asoció el nombre de Trápani á los objetos mas triviales y de mas frecuente uso, y el génio epigramático del pueblo, inculto por lo regular, pero grande como el de la elocuencia si parte del corazon, desplegó nuevos medios para aniquilar de todo punto en España el concepto del conde napolitano. El gobierno con una prohibicion poco meditada fomentó la ilaridad pública, que no cesó hasta despues que Trápani desistió absolutamente de sus pretensiones.

Destituido este candidato se pensó en el Infante D. Enrique, duque de Sevilla. Era este príncipe, como hemos dicho, el ídolo de una fraccion militante y estaba bien quisto por el pais, que creia haber descubierto en él, actividad, buen temple de alma y ese noble ardor de la juventud que se lanza á las vias del bien, sin la rémora de los desengaños y del frio cálculo de la vejez. Se atribuian á los brios de la mocedad, algunas graves indiscreciones cometidas en los albores de su vida política. No faltaban sin embargo personas que reputaran al infante como de un carácter inquieto y levadizo; pero circularon con poca fé y firmeza estas observaciones, y se prefirieron al fin, porque en los momentos de una crisis cualquiera, la voz de la prudencia queda sofocada por el grito de una pasion dominante.

Se creyó tambien que defendiendo la candidatura del infante, se defendian los deseos de la jóven Reina, pero el gobierno y la reina madre no la aceptaron sino como un recurso diplomático, á pesar de los sentimientos que habia manifestado esta señora en época anterior. No obstante, una vez aceptada esta combinacion, era preciso darla vuelos y un aumento de prestigio, y al efecto se pensó en crear un periódico con la intervencion bastante inmediata de un elevado personaje, miembro del ministerio; mas cuando iba á realizarse este proyecto, apareció la malhadada manifestacion que dos años antes habia dirigido D. Enrique á la redaccion del *Tiempo*.

No podia haberse ideado un medio mas eficaz para romper las negociaciones entabladas y perder su valor político. Ignórase si el Infante cedió á estrañas y enemigas sugestiones, si se dejó dominar por un sentimiento de delicadeza, no queriendo pasar la nota de inconsecuente en el porvenir, aprovechando aquella ocasion notable para reiterar sus protestas de fe política, ó si tal vez calculando mal, los elementos del partido progresista, creyó en el próximo triunfo de éste y juzgó oportuno asociarse de un modo íntimo á sus fines y esperanzas; pero lo cierto es, que nadie quiso prohijar el manifiesto, que todas las disidencias políticas se apresuraron á romper los vínculos que las unian á su autor, y que el mismo partido progresista cuyos intereses y principios halagaba, quebrantó el pacto de alianza que habia contraido con el Infante, y quiso purificarse así, de la nota del desacierto que D. Enrique habia cometido. Ley comun á los partidos que viviendo y desarrollándose bajo el resorte del sentimiento, aprecian exageradamente los hechos sin valorar las intenciones, adjudicando la loa y el vituperio, el premio y el castigo, segun este cánon tan falible. Sospechoso por este precedente y desamparado de sus correligionarios, D. Enrique, salió de la Península bajo un pretesto especioso. Vaciló entonces la córte acerca del candidato que habia de presentar; ya se pensaba en Montemolin, ya en un Coburgo, ya en un francés, pero sin que ninguna de estas combinaciones ofreciera medios hábiles de realizacion. Por último se fijó la eleccion en el Infante D. Francisco, duque de Cádiz, jefe á la sazon de un cuerpo de caballería estacionado en Pamplona. Don Francisco, á diferencia de su hermano, no habia puesto en relieve tendencia alguna política; no habia en contra suya ningun precedente funesto, ninguna prevencion vigorosa; no se le conocia tampoco ambicion personal, y aun puede creerse que no abrigaba este sentimiento, segun se colige de la siguiente carta dirigida al conde de Montemolin, en cuya redaccion se sospecha intervino activamente una alta dignidad eclesiástica.

—«*Mi muy amado primo: el cariño que en todas ocasiones me has acreditado, y el sincero afecto con que yo correspondo á tus pruebas de amor, me dan, creo, bastante libertad, para hablarte de un asunto que habria dejado pasar siempre en silencio, si las circunstancias y mi conciencia no me obligasen á hacerte ocupar de él. No ignoras que en tu persona se reasumen infinitas esperanzas; que los que han derramado su sangre para defender tus derechos, esperan de tí que contribuyas á estinguir completamente tan funestos recuerdos, y que la nacion española, esta nacion tan magnánima, tan digna de ser amada, tan digna de ser respetada, que se ha mostrado siempre tan ardiente en el amor por sus reyes, tan celosa de las prerogativas de la corona, y que nada ha perdonado*

para aumentar el esplendor de sus príncipes, tiene derecho á ver recompensados sus sacrificios que á su vez le hayan las personas reales.

»Háseme dicho que uno de los pensamientos de la córte de las Tullerías, en las presentes circunstancias, es tu matrimonio con mi prima. Creo que poniendo los ojos en tí, se ha dado un gran paso hácia la reconciliacion que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como príncipe. Conozco tambien que para llegar á tan feliz resultado se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamás, ni como hombre, ni como príncipe, te aconsejaré que consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre; pero no puedo menos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones, que una vez perdidas, no vuelven jamás.

»La Providencia, Dios siempre generoso, ofrece hoy á tu vista la perspectiva mas lisonjera: no malogres, pues, tal oportunidad; aprovechalo por tu bien, el de toda tu familia, y el de esta nacion desventurada. A tu lado se hallan personas á quienes puedes consultar: llenas de virtudes y talentos te aconsejarán lo mejor; te indicarán el medio de hacer posible, sin humillarte, lo que todos debemos desear. Cuando te se hagan proposiciones, acredita que tu único deseo es el bien de tu pais, que en su obsequio sacrificarás tus sentimientos mas íntimos, y que únicamente apeteces que tu reputacion permanezca intacta. Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningun sér humano te puede quitar; y jamás se mirará como una humillacion el que cedas á la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes; y nada estraño seria que los que hoy te apoyan, al ver tu obstinacion, se volviesen hácia mí, considerándome como el primero despues de tí. ¿Qué haria yo entonces? ¿Perder esta coyuntura y dejar el puesto libre á un estranjero? Jamás me decidiré á obrar de este modo. Mientras mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores á los mios, esté delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora.

»Pero si tu matrimonio viniera á hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interés, pues un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga, á no esponer la España á un nuevo conflicto. Te hablo con esta franqueza porque debo hacerlo, y porque sino lo hiciese, faltaria al amor que te profeso, y, lo que es mas, á mi conciencia. No aumentes las dificultades que por desgracia existen ya. Toma consejo de personas ilustradas y virtuosas, y si es preciso, resígnate á hacer un sacrificio, costoso en verdad, pero absolutamente necesario

En otro caso, no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrias abandonado, y que no quisiera ocupase otro mas que tú á quien amo de todo corazon.—Siempre tuyo, Francisco de Asis.—*Pamplona* 13 *de julio de* 1846.»

En la noche del 14 de julio concurrieron al *Teatro del Circo* la reina Doña Isabel II, su jóven hermana Doña Luisa Fernanda, la Reina madre, los consejeros de la corona, varios individuos del cuerpo diplomático y otros sugetos de elevada categoría. Durante un intermedio se dirigió el duque de Riánsares al palco del Conde de Bresson, embajador francés. En la corta y sigilosa conferencia que medió entre los dos personajes, manifestó el duque que la reina Cristina habia inclinado el ánimo de su augusta hija para que consintiera en su enlace con el duque de Cádiz y que al efecto se llamaria al Infante D. Francisco de Paula, con el objeto de indicarle que escribiera á su hijo invitándole á que viniera á Madrid para el dia de Santa Cristina.

El diplomático francés admitió con júbilo esta indicacion considerándola como la verdadera clave de un problema agitado por tanto tiempo, y no resuelto todavía; *echó á correr* y á los diez minutos se hallaba en la redaccion del *Heraldo*, encargando con la mayor eficacia, que este periódico anunciase, en el siguiente dia, un *príncipe liberal español*, como aspirante á la mano de la reina.

Poco faltó para que fracasára la negociacion en este punto. El infante D. Francisco de Asis no accedió á la invitacion que le hizo su padre de venir á Madrid y esta repulsa produjo nuevos conflictos, nuevas perturbaciones en la diplomacia que volvió á fijarse sucesivamente en Montemolin, D. Enrique y el príncipe Leopoldo de Coburgo. Sin embargo la constancia del gabinete de las Tullerías, la conducta ambigüa del de Saint James y la devocion del gobierno español á la política francesa, triunfaron de todos los obstáculos; el duque de Cádiz asintió á la idea del régio enlace y este se verificó el 10 de octubre de 1846.

Pero no se habian orillado con este hecho todas las dificultades. El carácter de heredera presuntiva del trono que tenia la infanta Doña Luisa Fernanda, daba á su matrimonio una importancia muy elevada. La Francia y la Inglaterra que habian aspirado á conseguir una preponderancia esclusiva en la política de nuestro pais, con su intervencion en el enlace de la reina, aunque rebozando sus pretensiones bajo la apariencia de un respeto profundo á nuestra nacionalidad y á la espontánea eleccion de la jóven Doña Isabel II, demostraron un antagonismo vivo y animado, cuando se trató de elegir el esposo de la infanta. El gabinete francés tomó una iniciativa peligrosa y aceptó todas las consecuencias próximas y eventuales, que pudiera producir el matrimonio de Doña Luisa con un vástago de la rama Orleans. Trabajó

en este sentido con grande perseverancia, abrió negociaciones secretas con el gobierno español, y ajustó la boda de la infanta con el duque de Monpensier, hijo de Luis Felipe. La probabilidad y legitimidad de este suceso habian sido combatidas, contestadas y defendidas por los ministerios británico y francés. Pretendia el primero que el enlace de la infanta con el duque era una infraccion manifiesta del tratado de Utrecht, que habia establecido el equilibrio de la balanza politica europea, poniendo un dique á las ambiciosas pretensiones de la Francia y evitando que de la asociacion íntima de esta potencia con España, resultasen graves perturbaciones en la seguridad esterior de los demas Estados. Reponia á esto el ministro francés, que el enlace de un Orleans con la infanta española no debia producir en términos probables, la reunion en una misma cabeza de las dos coronas de Francia y España, que era lo que se habia propuesto evitar el tratado de Utrecht, pero que este cánon del derecho internacional europeo, no podia imposibilitar todo enlace entre las dos ramas de los Borbones, ni por consiguiente entre los vástagos desprendidos del tronco principal, alegando en prueba de esta asercion, algunos ejemplos de matrimonios contraidos entre los descendientes Borbones de ambas casas reinantes. El gabinete de Saint James rechazó esta interpretacion del tratado, y reclamó la observancia de los conciertos habidos en el palacio de Eu, hácia la mitad del año anterior, pero el de las Tullerías contestó á esta exigencia con una sutileza diplomática; y previendo con fundamento que la política recelosa de la Gran Bretaña se opondria seriamente á la conclusion de sus planes, los llevó adelante sin contar con la intervencion directa de esta potencia. Mas la Inglaterra tomando una aptitud enérgica, quiso arrojar el último y mas grave obstáculo en el curso de esta negociacion. Conocia muy bien que su prestigio habia padecido mucho en esta cuestion, y que no podria restablecerse mas que al amparo de una política diametralmente opuesta; no habia salido airosa de los trámites lentos y tortuosos de la diplomacia, no ignoraba que era imposible llegar por esta via á deducciones lógicas, precisas y convincentes, y queriendo á cualquier precio rescatar su influencia ó restaurar su consideracion á los ojos de la Europa, hizo alarde de un lenguaje altivo y severo en una representacion y protesta que dirigió al gobierno español con motivo de la boda de la infanta; documento notable porque de él surgen grandes probabilidades de futuros conflictos, y del que no vacilamos por lo tanto, en insertar los párrafos mas importantes.

«He recibido instrucciones, decia M. Bulwer embajador inglés en Madrid, para manifestar al gobierno español el profundo sentimiento y la estremada sorpresa con que ha sabido el gobierno de S. M. B. la intencion del español de sancionar el matrimonio de la infanta Doña Luisa, hermana de la reina y heredera presuntiva de la corona de España, con el duque de Montpensier, hijo del rey de los franceses.

»Si llega á verificarse semejante matrimonio, lo cual el gobierno británico espera sinceramente que no suceda, no puede ser considerado como un simple arreglo de familia entre las casas reales de Francia y de España, y en el cual los gobiernos de otros estados no tienen títulos para mezclarse: sino que debe por el contrario mirarse como una medida política de la mas alta importancia, que afecta sériamente la balanza del poder en Europa, que toca muy de cerca los intereses de otras naciones y contra la cual los gobiernos de esos Estados, cuyos intereses resultarán complicados, tienen derecho para representar de la manera mas fuerte.

»La monarquía española es demasiado importante para no formar un elemento esencial en la balanza del poder de Europa.»

El embajador defendia despues que la alianza de la Inglaterra con la España habia sido dictada y sostenida por los principios mas puros de justicia; que el gobierno inglés se habia mostrado constantemente sincero, leal y franco, en las cuestiones dinástica y política, objeto de la guerra de los siete años, no vacilando en aseverar que á la intervencion fiel y poderosa de la Gran Bretaña, debia en gran parte la reina Doña Isabel II la conservacion de su trono. Aducia tambien algunas otras consideraciones respecto al peligro que con el enlace proyectado debia correr la independencia española, y sobre la necesidad en que se veia la Inglaterra de abandonar el papel pasivo que habia desempeñado hasta entonces, para volver por la alta consideracion que correspondia á la España, concluyendo con estas palabras, las mas capitales de la nota diplomática.

«El abajo firmado tiene por tanto instrucciones para representar de la manera mas fuerte contra el propuesto casamiento del duque de Montpensier con la infanta Luisa, como una medida que tiende necesariamente a afectar la independencia política de España, y para protestar formalmente, como ahora lo hace, contra tal alianza que tiene por objeto ejercer la influencia mas perjudicial en las relaciones futuras, entre Inglaterra y España.

»El gobierno británico sin embargo abriga todavía la esperanza de que sus temores en esta materia sean prematuros y que una sábia consideracion de todos los riesgos de la medida propuesta, inducirá al gobierno español á seguir otro rumbo.»

Cuando estas esperanzas se desvanecieron de todo punto y llegó á realizarse el matrimonio proyectado, la Inglaterra divorció sus intereses de los de Francia y España, y aunque por entonces no manifestó su resentimiento con una esplosion de ira, ni con visibles aprestos militares, atizó por lo bajo el fuego de la discordia entre los partidos que se agitaban en las monarquías francesa y española. El progresista en nuestro pais, manifestó bien á las claras su desabrimiento; el principio democrático pugnó por levantarse de nuevo robustecido con la influencia de las circunstancias; y el partido mon-

temolinista viendo frustradas sus esperanzas y sus tendencias reconciliadoras, fió sus pretensiones á la fuerza, última razon de todo derecho violado y de toda usurpacion poderosa.

Este partido viejo en su historia, pero jóven en la esencia como la reaccion que representa una nueva vida, sabia que las guerras civiles reciben su impulso y fomento de la fiebre pública, que esta se debilita con el lapso del tiempo, y se estingue en el estado normal, y que por consiguiente la pérdida de un momento equivale á la de muchos siglos; adoptó pues la prontitud como base fundamental de sus medios agresivos. Tenia ya una voluntad vigorosa y un emblema conocido, pero necesitaba esponer el nuevo cánon de su conducta y á esta necesidad respondió el manifiesto de Montemolin. Este notable documento hábilmente redactado (1) tenia una mira principal: la de reconciliarse con el génio de la época, aceptando las conquistas puras y racionales de la revolucion y humillando sus abusos y desafueros. Era en toda verdad, una transaccion con las circunstancias, mas enérjica que la espresion de la derrota y menos orgullosa que la espresion del triunfo.

Por lo demas el partido carlista no se sobresaltó con este cambio que se anunciaba en sus principios; conocia con ese instinto admirable de las masas, que el espíritu del manifiesto, salvando la estructura de las frases, se asimilaba á sus intenciones y así que le admitió sin vacilar como el verdadero símbolo de sus creencias y el nuevo lema de sus principios. Hé aquí su contenido:

«ESPAÑOLES: La nueva situacion en que me coloca la renuncia de los derechos á la corona de España, que en mi favor se ha dignado hacer mi augusto padre, me impone el deber de dirigiros la palabra; mas no creais, españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tea de discordia. Basta de sangre y de lágrimas. Mi corazon se oprime al solo recuerdo de las pasadas catástrofes y se estremece con la idea de que se pudieran reproducir.

»Los sucesos de los años anteriores habrán dejado quizá en el ánimo de algunos, prevenciones contra mí, creyéndome deseoso de vengar agravios. En mi pecho no caben tales sentimientos. Si algun dia la Divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi patria, para mí no habrá partidos, no habrá mas que españoles.

»Durante los vaivenes de la revolucion, se han realizado mudanzas trascendentales en la organizacion social y política de España; algunas de ellas las he deplorado ciertamente como cumple á un príncipe religioso y español; pero se engañan los que me con-

(1) Se atribuye su redaccion al Sr. Balmes, que entonces se hallaba en Bourges, cerca de la familia espatriada.

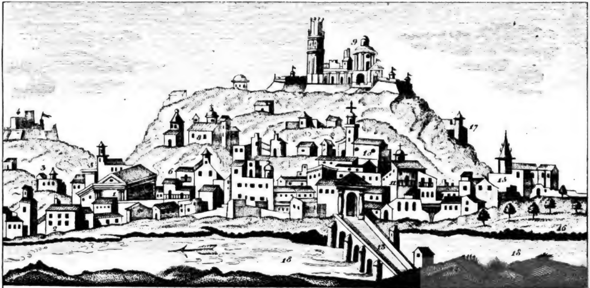
sideran ignorante de la verdadera situacion de las cosas y con designios de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar la repeticion de las revoluciones no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado, ni en levantar todo lo que ellas han destruido. Justicia sin violencias, reparaciones sin reacciones, prudente y equitativa transaccion entre todos los intereses, aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores, sin contrarestar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable. Hé aquí mi política.

»Hay en la familia real una cuestion que, nacida á fines del reinado de mi augusto tio el Sr. D. Fernando VII (que santa gloria goce), provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luego os aseguro, españoles, que no dependerá de mí si esta division que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi conciencia á que no me halle dispuesto para dar fin á las discordias civiles y acelerar la reconciliacion de la real familia.

»Os hablo, españoles, con todas las veras de mi corazon; no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra, sino paz. Seria para mí altamente doloroso el verme jamás precisado á desviarme de esta línea de conducta. En todo caso cuento con vuestra cordura, con vuestro amor á la real familia y con el auxilio de la Providencia.

»Si el cielo me otorga la dicha de pisar de nuevo el suelo de mi patria, no quiero mas escudo que vuestra lealtad y vuestro amor; no quiero abrigar otro pensamiento que el de consagrar toda mi vida á borrar hasta la memoria de las discordias pasadas y fomentar vuestra union, prosperidad y ventura: lo que no me será difícil, si, como espero, ayudais mis ardientes deseos con las prendas propias de vuestro carácter nacional, con vuestro amor y respeto á la santa religion de nuestros padres, y con aquella magnanimidad con que fuísteis pródigos de la vida, cuando no era posible conservarla sin mancilla.—Bourges 23 de mayo de 1845.—Firmado.—CARLOS LUIS.

El manifiesto envuelve al través de palabras llenas de uncion, mesura y templanza, una apelacion á la guerra. Cien gritos respondieron al principio á esta apelacion y despues se confundió entre el choque de las lides y el ruido de los campamentos.



1. La Catedral Nueva.
2. Convento de Mercenarios Calzados.
3. Convento de Capuchinos.
4. Fuerte de Gardeñy.
5. Parroquia de S. Lorenzo.
6. Hospital General.
7. Convento de Franciscos Observantes.
8. Colegio del Obispo.
9. Catedral Vieja y Castillo.
10. Parroquia de S. Juan.
11. Convento de Carmelitas Calzados.
12. Puerta de la Puente.
13. Puente de Piedra.
14. Camino de Barcelona.
15. Parroquia de la Magdalena.
16. La Alameda.
17. Pozo de la Nieve.
18. Rio Segre.

VISTA ORIENTAL DE LA CIUDAD DE LERIDA.

Digitized by Google

CAPITULO II.

Formacion del partido montemolinista.—Matinés.—Sorpresa de Cervera.—Tristany.—Su muerte.

CONSTITUIDO en jefe de una causa, Monemolin, no debia permanecer por mas tiempo recluido en la ciudad de Bourtjes. Fugóse de ella y le imitaron la mayor parte de los que se hallaban en varios puntos, como Cabrera, Arroyo, Alzáa, Montenebro, Mon, Añon, Arnau, Batanero y otros muchos. Los que no como Valdespina, Villareal, Gomez, Vargas, Gibelalde etc. fueron encerrados en la ciudadela de Blaye, á pesar de lo gravemente enfermos que se hallaban algunos, á quienes asistia el cirujano mayor de la plaza Mr. Brivien. Claro está que todos estos reconocian y acataban la abdicacion de D. Cárlos y formaban el núcleo del nuevo partido montemolinista. Tratóse lo primero de organizarle. Con arreglo al manifiesto debian olvidar hechos pasados,

y admitir en su seno á cuantos españoles fueran útiles á su causa: querian mas: querian fuesen un hecho las nuevas doctrinas de Montemolin; hacer un gran partido nacional en el que todos cupieran; y al efecto fueron invitados algunos sujetos notables del partido progresista, creyendo que el ostracismo habria debilitado su apego á sus tendencias políticas. Pero estos rechazaron las insinuaciones y ofertas que se les hicieron.

Trasluciósе algo de esto en la córte y dando el gobierno por efectuada la coalicion *carlo-progresista*, cundió la alarma; pues era de temer la alianza de dos grandes fracciones políticas. Temibles los progresistas en las ciudades populosas y los montemolinistas en los campos, la situacion seria crítica y casi segura la pérdida del gobierno.

Estas negociaciones, si asi pueden llamarse, no impedian pensar en bélicos aprestos para suscitar una nueva insurreccion en España. Corria por seguro entonces que los ajentes de Montemolin habian recibido 3000 uniformes de infantería y 1500 de caballería: que se habian comprado en Sheefielid y Birmimghan armas y municiones, enviándolas á uno de nuestros puertos del mediodia para ser introducidas en España. Dió esto ocasion á que el gobierno español tomara algunas precauciones para evitar la guerra, previniendo á todas las autoridades militares y civiles. De concierto tambien con el gobierno francés, hizo este olvidar la antigua y noble hospitalidad que dispensára siempre á los emigrados persiguiendo á los carlistas, encerrándolos en calabozos y hasta llegando á causar mas de una víctima con tan arbitrario proceder. Hubiéranse escusado de él, á haber dado la palabra que requeria el prefecto de la Gironda, pero no querian comprometerse «á no prestar oidos á proposicion alguna ni á intentar nada en favor del conde de Montemolin» contestando Villareal y Vargas en nombre de todos «que no reconocian mas *amo ni jefe* que el citado Conde en la adversidad, como nunca habian conocido como tal, sino á su augusto padre, cuando eran mas favorables las circunstancias.»

En todas partes sufrian en silencio los emigrados carlistas, rompiendo solo aquel cuando se vieron ultrajados, como lo hicieron en 16 de octubre los encerrados en la ciudadela de Blaye; y mas adelante Sopelana desde la cárcel de la Conserjeria con la siguiente carta:

«Señor ministro:»

«Desde el 25 de setiembre estoy encerrado en la cárcel de la Conserjería como un criminal, sin que aun se me haya dicho el delito que se me imputa ni héchome comparecer ante tribunal alguno. No conozco, señor ministro, la lejislacion francesa; pero sé perfectamente que la justicia y el derecho de gentes tienen en todas partes las mismas bases, y no conozco pais alguno que al ofrecer la hospitalidad pueda arrogarse la facultad de retener en la cárcel á un estrangero que absolutamente se mezcla en los negocios y que respeta las leyes del pais.

»Si el gobierno francés ha tenido este comportamiento conmigo y varios de mis compatriotas por agradar al de Madrid, ha sobrepujado por

cierto el celo de este, porque aun no se ha visto que el gobierno de Madrid haya prendido á españoles por sospechas de que no participasen de sus opiniones.

»No teneis, señor ministro, derecho para castigar mis opiniones: teneis solo el de hacer juzgar y castigar mis actos contrarios á la ley; y muy mal sienta á un gobierno que pretende marchar al frente en la carrera de la libertad y de la civilizacion, ofrecer con una mano la hospitalidad y con la otra atormentar y hacer mas desgraciado al que la implora y la recibe porque la creyó sincera.

»Los primeros dias de mi encarcelamiento, me dirigí á vos, esponiéndoos la arbitrariedad de que era víctima y la desgraciada posicion de mi esposa, prócsima á su alumbramiento, privada de amparo y sola en un pais estrangero, del cual hasta el idioma ignora; pero no os dignásteis contestarme, y sigo siempre preso y separado de esta pobre é infeliz muger. Dejo á vuestra consideracion, señor ministro, apreciar esta conducta, esperando que la Europa entera, ante la cual protesto altamente en mi nombre y en el de mis compatriotas, anatematizará la arbitrariedad de que somos víctimas.

»No será muy hermosa la página que reserve la historia á los actos de un gobierno que se dice tan ilustrado y que pretende guiar á los demas en el camino del progreso y de la libertad. En fin, señor ministro, acabo de reclamar de vos justicia; solo justicia imploro. Si me creeis culpado, os suplico me hagais comparecer ante un tribunal; si por el contrario no se me imputa crímen alguno, devolvedme la libertad que me habeis quitado; y si no me creeis digno de la hospitalidad francesa, mandadme dar mi pasaporte para otro pais, donde la hospitalidad no esté acompañada de tanta amargura, y donde no atenten contra mi libertad personal, mientras respete sus leyes.

»Entretanto dignaos admitir etc.—Conserjería 16 de noviembre de 1846.»

En tanto que los partidarios de Montemolin se hallaban como acabamos de decir, aquel, desde su evasion de Bourges, conservando un riguroso incógnito, viajó por Turin, Viena y el Haya, apareciendo en Lóndres en el mes de noviembre, instalándose en Cavendish-Square, donde comenzó á ocuparse de sus proyectos. Las consideraciones que le dispensaron desde el momento de su arribo, llamaron naturalmente la atencion de todos; sorprendiendo estraordinariamente la visita que le hizo Lord Palmerston, ministro de negocios estrangeros, con la circunstancia notable de no ocultar este paso, dándole de manera que al dia siguiente pudieran anunciarlo los periódicos de Lóndres, á cuya noticia se hicieron en España y fuera de ella los comentarios que eran de esperar.

Todo inducia á creer en una prócsima guerra, pues el acuerdo que reinaba entre los emigrados; su movimiento, los preparativos que ya se hacian en público, no daban lugar á dudas. Pronto se vió la realidad con la

siguiente proclama que inauguró una campaña sostenida con perseverancia y valor.

»Campo del honor y de la verdadera libertad, al pié de los Pirineos, 14 de setiembre de 1846.

Vascó-navarros:

La revolucion perdida en el caos de sus funestos planes intenta precipitarnos en la tumba donde ha encerrado vuestras libertades, vuestros fueros, preciosos dones que conquistaron con su sangre vuestros antepasados. No le basta haber violado artera y traidoramente la mas sagrada de vuestras venerables instituciones, haber hollado todas las promesas que prodigó para engañar la buena fé y credulidad de los hijos del pais vasco-navarro; no le basta haber pisado con sus innobles pies una constitucion cuya teoría realizada pudiera haber hecho la felicidad de un pais regido por leyes menos sabias y prudentes que las de Iberia. El gobierno, en fin, que pesa como horrible yugo sobre vosotros, que cien veces cuando estábais con las armas en la mano os ha prometido la conservacion de vuestros privilegios, dá ahora que os vé desarmados, el golpe de gracia á vuestros mas caros intereses.

El sistema tributario fruto del error y de la mala fé, vá á colmaros de miseria. Vuestros hijos, vuestros hermanos arrrancados del hogar, van á aumentar las filas de los ejércitos de vuestros opresores. Esa espedicion americana tan antinacional, tan traidora que reclutan entre vosotros, es una traicion mas para alejar á la flor de vuestra juventud. La esplotacion de vuestras salinas, la agricultura, la elaboracion de cigarros, el libre ejercicio de vuestra industria y de vuestro comercio, vá á desaparecer con una sola plumada. Vuestros bosques tan fecundos para vosotros, van á ser presa de la rapacidad de los gobernantes, sin que nada produzcan al Estado. Pronto os vereis privados de las diputaciones, elemento principal de vuestra fuerza y de vuestra sábia legislacion. No tendreis diputados de provincia que representen vuestros derechos y defiendan vuestros intereses. Vá á desaparecer todo vuestro bienhestar. Ya lo sabeis por esperiencia cuan engañosas son sus promesas de paz y libertad. Pronto conocereis los efectos de vuestra generosa pero imprudente condescendencia, sino os apresurais á sacudir el insoportable yugo que os quieren imponer.

¿Consentireis, vasco-navarros, en semejante humillacion? ¿sufrireis un ultraje que ataca vuestra nobleza, vuestra fidelidad, vuestras leyes y vuestra reputacion? ¿sufrireis por mas tiempo tan vergonzosa y tiránica opresion?

No dejeis á vuestros enemigos tiempo para acabar vuestra ruina y vuestra esclavitud! Una vez encadenados os será dificil romper sus anillos!

Vasco-navarros, al grito de Iaurachat, *álcense como un solo hombre las cuatro provincias. Venid, corred á rodear las banderas reales del*

príncipe legítimo cuya soberanía garantiza vuestra libertad, vuestro bienhestar, vuestro porvenir; del augusto jóven prisionero de Bourges, cuyos sentimientos paternales y bienhechores tan bien conoceis. Ha enviado á sus enemigos el ramo de oliva, se ha ofrecido heróicamente en holocausto de la espiacion, del perdon, de la paz y fraternidad.

Los enemigos de la patria alentados con nuestra actitud pacífica y conciliatoria, en vez de aceptar la paz con que les brindábamos, nos han arrojado al rostro la injuria y el insulto. Todos los dias vienen llenos de ellos sus abominables diarios. En vez de aceptar el ramo de oliva como símbolo de concordia, nos han despreciado con insultante arrogancia. Vasco-navarros, hemos cumplido con nuestro deber ofreciendo la paz. La responsabilidad de los males que amenazan al pais, caiga toda entera sobre los que así lo han querido! Levantemos el estandarte de la verdadera libertad, del órden y de la justicia.

Cárlos VI ha sido enviado por la Providencia para daros el bienhestar de que hace tantos años estais privados. El solo puede garantir, como lo ha prometido, un gobierno ilustrado, paternal, previsor y digno de vuestras almas generosas.

No, vasco-navarros, Cárlos Luis, no es un déspota, no; no es el enemigo de la sabiduría y de las luces como os lo pintan vuestros enemigos. Este príncipe jóven, desterrado desde la mas tierna edad, ha aprendido el arte de gobernar en el seno de la desgracia. Ha estudiado las exigencias del siglo y los medios de conciliarlas con el deber y la justicia. Su instruccion, su lealtad, sus maneras afables, sus numerosas virtudes son de vosotros conocidas. El solo tiene derecho á vuestro amor y á que le seais fieles; él solo puede poner término á vuestras miserias.

Union, vasco-navarros, union y decision; *esta sea nuestra divisa, olvidemos antiguas divisiones si de ellas queda alguna huella, comprendamos nuestros verdaderos intereses, salvemos nuestra patria y nuestra dignidad del oprobio que les amenaza.*

Viva el rey! viva la verdadera libertad! vivan nuestras antiguas constituciones! vivan nuestros fueros!—La junta provisional vasconavarra.

Ya está arrojado el guante: en breve veremos encendida la guerra y desmentida la conviccion que los mas pensadores y entendidos tenian de que no se ven en una misma generacion dos guerras civiles.

Ha dicho uno de los mas poéticos historiadores del dia, que, en las citadas guerras es necesario juzgar á cada uno de los partidos con sus propias ideas; porque tales luchas, son casi siempre, la espresion de dos deberes en oposicion el uno contra el otro. Difícil es este estudio; y mas en la guerra de que vamos á ocuparnos. La primera dificultad que se nos ocurre es definir á que clase pertenece y entre quienes se hace.

Diez y seis años há, que comenzó la guerra civil en España: dos solos partidos combatian. De un lado el nuevo pendon liberal: del otro el viejo estandarte del absolutismo: Isabel era la enseña de los liberales; Cárlos la de los realistas. Aferrados estos en sus antiguas tradiciones, combatian las reformas: aquellos las defendian contra añejos usos: los carlistas eran conservadores: los liberales querian construir destruyendo. La posicion de ambos partidos era franca: cada uno tenia señalada su meta: ninguno pensaba en trasponerla. ¿Podremos presentar ahora con la misma claridad el lema de los pendones que ondean en los campos de batalla? ¿Personifican ellos solos los partidos de España? Quienes son, pues, los que en su torno se agrupan? Por un lado se proclama á Montemolin, por otro la Junta Central ó la Constitucion de 1837: mas adelante se aclamará la República; y veremos unidos á Atmeller y á Cabrera, á Baldrich y á Forcadell: el gorro republicano con la boina realista. ¿Es definible esta guerra?

Sin embargo: tan opuestos partidos solo representan uno: ante las tropas de la reina hay un solo enemigo: este únicamente piensa en pelear y en vencer; y para ello se han ayudado mùtuamente con fraternal generosidad. No puede ya negarse que los estremos se tocan, porque de ellos nace siempre la hostilidad.

Esta fermentacion de los ánimos no tardó en producir el alumbramiento de la nueva guerra. Algunas partidas sueltas sin organizacion, sin disciplina, sin hábitos de combate, lanzaron osadamente en Cataluña el grito de *viva Cárlos VI*, y aunque huian al aspecto de las tropas de la reina, empezaron á robustecerse, ya con los mozos que espontáneamente se les presentaban, ya con otros grupos de emigrados que con mas valor y fé en sus doctrinas, que seguridad en sus elementos materiales, se lanzaban del lado acá del Pirineo. Estos primeros partidarios de Montemolin obtuvieron la denominacion de *matinés*, madrugadores, porque siendo débiles por su número, tenian que suplir con su actividad su falta de recursos.

Pero cuando se vencen las dificultades que surgen siempre al principio de una empresa, de seguro se conquista un porvenir mas ó menos prolongado. Los matinés protegidos por la topografia del Principado, tan idóneo para la clase de guerra que habian emprendido, fueron medrando poco hasta adquirir de súbito un desarrollo inesperado. Las partidas procedentes del estrangero eran de dia en dia mas considerables. Una de ellas de 49 hombres, armados 18 con buenos fusiles, cayó en poder de los gendarmes franceses en la madrugada del 9 de noviembre. Su arresto se efectuó en Aiguatebia, punto situado en la estrema frontera del departamento de Perpiñan.

Esto indicaba que ya se pensaba sériamente en la guerra y se trabajaba con ardor. Por este tiempo ya habia tenido lugar un acontecimiento notable. En la parte de la montaña de Vich, penetró del estrangero *Caballería* con su secretario, que lo era un abogado de Figueras. Hallábanse en una casa de campo, cuando se vieron sorprendidos y escapándose por una

ventana murieron en la fuga. Entre sus papeles se halló una carta de puño y letra de Montemolin que le decia á Tristany, *que habiendo sido uno de los que mas habian defendido la causa de su padre, esperaba hiciera lo mismo por la suya, y olvidando rencillas pensara solo en lanzarse al campo del combate, etc.* finalizando con la fórmula de *te estima, Cárlos Luis.* Esta carta la envió el general Breton al Sr. Sanz, ministro entonces de la Guerra (1).

En 10 de noviembre, La Rocha, comandante general de la provincia de Gerona, en atencion á las circunstancias, y á que algunos emisarios de los emigrados carlistas, se habian introducido en la provincia con intento de alterar la tranquilidad de los pueblos, reorganizó la comision militar permanente para juzgar con rápidez y sentenciar á los que fueran habidos, sin perjuicio de lo que por estraordinario dispusiera, y que se formara en cualquier punto que se encontrase, la cual se compondria de oficiales de las tropas de su mando, para juzgar breve y verbalmente cuantos se cojieran con las armas en la mano en contra del gobierno. Al efecto nombró presidente de la reorganizada comision, al coronel primer comandante don Eduardo Padilla, y á seis individuos vocales.

A los once dias despues (21 de noviembre), publicaba en Barcelona D. Manuel Breton, capitan general entonces de Cataluña, un bando en que prescribia á los comandantes generales de las provincias de su mando recordáran á los pueblos de sus respectivos distritos, la obligacion que tenian de levantar el somaten contra cualquiera partida que intentara perturbar el órden, sea cual fuere el principio que proclamara, y procedieran inmediatamente á reorganizar el somaten bajo las bases y principios establecidos por sus antecesores y por él. Obligaba á todos los habitantes del distrito de Cataluña que hubiesen conseguido licencia para uso de armas, acudir con ellas al somaten, haciendo algunas debidas salvedades; pues consideraba como un deber, de que nadie podia prescindir sin hacerse culpable, la conservacion del órden y de la paz, y la defensa del gobierno.

La provincia de Gerona se hallaba ya invadida por partidas que aunque insignificantes en número, merodeaban por tan escabroso terreno, que hacia inútil la actividad de La Rocha, corriendo siempre por la montaña y con muy escasa fuerza. Asi que solo á la decidida persecucion que les hacia, lograba algunas leves ventajas como las conseguidas por el cabo D. José Nadal, al anochecer del 19 de noviembre y posteriormente por el cabo D. Juan Pujol. Disponianse batidas generales, pero se ocultaban fácilmente los matinés, burlando las pesquisas de las tropas que les perseguian, y volvian luego á aparecer en pequeñas fracciones. Una de ellas entró mas adelante en Manllen, y porque el alcalde mandó tocar á somaten, le fusilaron.

El citado Pujol, teniente cabo de la escuadra de Sta. Coloma de Far-

(1) Daríamos íntegro este notable documento sino hubiera perecido en el incendio de los ministerios en diciembre de 1846.

Digitized by Google

nés que perseguia á unos 38 montemolinistas por la parte de Rocacorba, los alcanzó en el término de Carós y casa llamada Serrallonga, pero continuaron en direccion á la casita del valle Lara, término de San Andres de Bernacells, en cuyo punto esperaron á los mozos empeñándose entre unos y otros un sostenido fuego por espacio de una hora sin que produjera mas resultado que obligar á los matinés á arrojarse por los barrancos de Cabrerola.

No pudiendo La Rocha esterminar los matinés, y temiendo Breton se aumentaran, se decidió á dejar la capital, como lo hizo en efecto el 24 de diciembre, en cuya noche de la Natividad del Señor, pernoctó en Calella, el 25 en Tordera, por no poder pasar el rio del mismo nombre, que iba estraordinariamente crecido; y pasando el 26 por Bañolas llegó á Gerona á las 3 de la tarde del 27.

Acompañado del Gefe de E. M. D. Antonio Lasauca, algunos ayudantes y una partida de caballería; alojándose en la fonda de la Fontana de Oro. Firmemente decidido á esterminar las partidas que abundaban en aquel territorio, firmó el dia anterior la siguiente alocucion:

«Habitantes de la provincia de Gerona: Una gavilla de bandidos, fujitiva y activamente perseguida en todos sentidos por las fuerzas militares recorre el pais escondiéndose en los bosques, barrancos y abismos de esta provincia con el objeto de renovar una guerra fatricida que tantas desgracias y pérdidas os ha ocasionado en una época bien reciente. Decidido á esterminarla, vengo entre vosotros confiado en que vuestro propio interès os impulsará á prestarme vuestra cooperacion, la mas eficaz para el logro de una empresa que os vá á librar de los males y desastres que os acarrearia una culpable apatía.

»Seis meses hace que una cuadrilla de revoltosos penetró en esta provincia, y bien pronto tuvo que abandonarla, porque lejos de hallar proteccion en el pais, no halló sino una persecucion que bien pronto la obligó á refugiarse en el vecino reino. Como autoridad encargada de la tranquilidad del principado, no distingo colores ni matices entre los perturbadores del órden. Todos son enemigos de la Reina y del Gobierno: todos son enemigos del pais, y todos estamos obligados á procurar su esterminio. Nada omitiré por mi parte para conseguirlo: en cuanto á vosotros solo os diré para vuestra inteligencia, que vuestra conducta arreglará la mia.

» Cuartel general de Bañolas, 26 de diciembre de 1846.—Manuel Breton. »

Crecientes siempre las partidas merodeaban no muy lejos de Gerona. El 28 á las once de la mañana tuvo que salir precipitadamente de esta capital una columna de tropa, al mando del comandante de caballeria don Ignacio Plaza hijo político del Sr. Breton que consiguió ahuyentar de San Martin Vell á unos 45 ó 50 hombres que se presentaron en dicho punto, regresando la columna con cuatro prisioneros que por quedar rezagados habia cojido. Los insurgentes en tanto apresaban á las personas pudientes de los pueblos, por cuyo rescate ecsijian gruesas sumas; y hacian inefica-

ces muchas de las medidas que adoptaba el capitan general, cual la de reunir á todas las justicias de los lugares, las que solian caer en poder de los enemigos al ponerse en marcha.

Todos estos sucesos decidieron à Breton à tomar nuevas providencias, y en 30 del citado mes publicó un bando prescribiendo que el toque de somaten se repitiera sin dilacion en todos los pueblos á medida que lo fueran oyendo, obligando á acudir á él á todos aquellos á quienes se hubiese inscrito en él al tiempo de su organizacion.

Esto no impedia que al mismo tiempo que se adoptaban estas determinaciones un grupo de 50 hombres estuviera en una casa del término de S. Juan de Ramis, haciéndola abrir á la fuerza, á pesar de ser en altas horas de la noche, ecsijiendo al amo diese á todos pan y vino, y teniendo encerrados à los dueños, durante las dos horas que permanecieron descansando sin que nadie les molestara.

El levantamiento de los somatenes hacia esperar lisongeros resultados en favor de la apetecida paz; y aunque dejamos para mas adelante, ocuparnos detenidamente de este grito de alarma que tan escelentes resultados ha producido en anteriores ocasiones, diremos por ahora que, si no fué ineficáz, no correspondió el éxito á lo que se esperaba, como se irá viendo; reservándonos el presentar el verdadero espíritu de esta guerra; y decimos verdadero, porque creemos haberle comprendido cual lo demostraremos hasta la evidencia.

Tampoco bastaron estas órdenes para enervar el fervor de los partidarios de D. Cárlos; pues aunque es cierto que algunos se sometieron á la clemencia de la reina que les otorgaba un generoso perdon, los mas eludian las persecuciones padeciendo toda clase de privaciones, cual sucedió á los 50 hombres que auyentados de S. Martin Vell permanecieron encerrados en una cueva en las entrañas de un bosque desierto, sin otros medios de subsistencia que algunos mendrugos de pan negro, pasando dos dias sustentándose solo con bellotas. Partidarios que esto sufren en obsequio de la causa que defienden, solo les vence la muerte: y en verdad, que tan arraigada fé, tan estraordinaria constancia, propia de españoles, no merece emplearse en luchas civiles, donde pelea el padre contra el hijo, y el hermano contra el hermano.

Y no son estos solos los ejemplos de la profundidad de las convicciones de los que tenian las armas en la mano en las escabrosidades de Cataluña: los que cayendo prisioneros, eran pasados por las armas, iban al suplicio con la frente herguida, y victoreando los objetos que habian defendido y por los que gustosos se inmolaban. Asi sucedió entre otros á los jóvenes Manuel Caballé y Miguel Correras, aragonés el primero de 32 años, y catalan el segundo de 21, que siendo fusilados en Gerona, por pertenecer á la partida que se presentó en S. Martin Vell, pues eran los rezagados de que se ha dado cuenta, atravesaron la plaza al ir al patíbulo aclamando en alta voz à D. Cárlos y la relijion.

En la tarde de este mismo dia fueron indultados algunos mozos. Sus pa-

dres que estaban presos hasta la presentacion de sus hijos, los recibieron en presencia del general, derramando lágrimas de alegria, con las que solo podian espresar el inefable gozo, incomprensible á quienes no se hallen en tan estraordinarias circunstancias. Arrodillados los hijos á los pies de sus padres, formaban un cuadro que conmovió tiernamente á cuantos le presenciaron, debiendose tan tierno espectácnlo á la generosidad del jeneral Breton.

Comenzó el año de 1847, y aun no se habia restablecido completamente la paz que perturbaron tan pequeñas partidas. Blandas ó fuertes las providencias, eran todas ineficaces: no se habian aumentado mucho los matinés; pero tampoco habian disminuido; pues el vacio que dejaban los que se acojian á indulto lo llenaban inmediatamente nuevos prosélitos.

Infatigable el jeneral Breton, se desvelaba por adoptar un sistema decisivo; pero todo era en vano; habia obstáculos que no estaba en su mano el vencer. Disponia planes, reunía nuevas tropas, trataba de estimular la inaccion del pais, y cuando creia conseguirlo todo, se lanzaba á la ejecucion, y hallaba un desengaño. Todos eran, sin embargo, triunfos: la faccion no concluia. Se disponian batidas; se hacian prisioneros; se presentaban á indulto; y siempre las mismas partidas, las mismas sorpresas, los mismos enemigos. En verdad que esto volveria loco al mas esperto general. En su consecuencia se propuso no dar tregua ni descanso á los matinés; y si no logró esterminarlos, consiguió al menos hacerlos ocultarse, y pacificó el pais por el pronto. Todos los gefes le participaron que nadie habia ya en público con las armas en la mano; y entonces dejó á Gerona entrando en Barcelona en la tarde del 24 de enero.

Acometido de unas fuertes catarrales, necesitaba descanso; pero un parte que le dirigió el gobernador de Cardona, noticiándole el levantamiento de una partida, le hizo posponer su quebrantada salud el celoso cumplimiento de sus deberes, y salió, enfermo como estaba, pernoctando el 26 en Esparraguera, el 27 en Manresa, el 28 en Suriá, desde donde sufriendo un terrible aguacero fue á Cardona el 29, habiendo almorzado antes en el puente de Malagarriga. Las noticias que ocasionaron la precipitada salida del general de Barcelona, habian sido abultadas; la esactitud de ellas se halla en la comunicacion que desde Cardona, dirigió al Ministro de la Guerra en la que participaba haber entrado en aquella plaza á las dos de la tarde del citado 29 acompañado del cuartel jeneral y de la mitad de la columna que operaba á sus inmediatas órdenes, con quien continuaria el dia siguiente su marcha á Solsona. « Los rebeldes que estaban en las inmediaciones de Busa, dice, no esceden de 40, mal armados y sin municiones, y es muy probable que al saber mi aprocsimacion dejen aquel punto. El resto de la columna, pernoctará esta noche en Suriá. Mañana lo hará en esta plaza, y despues se unirá conmigo en Solsona, ó tomará otra direccion segun las circunstancias. »

El jefe de esta nueva partida, era el conocido Ros de Eroles; y el terreno que escojiera para renovar las sangrientas escenas de la pasada lucha, era sin duda el mas á propósito para adquirir prosélitos. No ignoraba esto

el capitan general: así que en cuanto llegó á Solsona, que fué el 30, se ocupó, los dias que la enfermedad le permitía estar en pié en reunir á los ayuntamientos y párrocos para exhortarlos á la paz, interesándoles por la causa de la reina. No fueron en efecto inútiles los esfuerzos del general: y al dar este paso, en el que demostró tan acertado tacto político como pericia, ahorró innumerables lágrimas á la patria. Es preciso remontarse á aquellas circunstancias y conocer el país, para apreciar debidamente este hecho: los habitantes del escabroso terreno donde se asienta Solsona, tan guerreros como Viriato y fanáticos como ellos solos, sometidos á la voluntad de los párrocos, mediadores en todos sus actos domésticos, se hubieran levantado como un solo hombre á la voz de su pastor evanjélico, que les hubiera conducido como á un verdadero rebaño. Breton consiguió la neutralidad al menos de estos sacerdotes, y por consecuencia la tranquilidad del pais. El servicio, pues, fué inmenso.

Los estensos y vastos planes que habia para encender de nuevo la guerra, no se inutilizaban con esto; así que en tanto que se aseguraba la paz por un lado, en la playa de Badalona, se hacia el 5 de febrero un desembarco de armas y municiones para los matinés, y parecian ser los fusiles de construccion belga. Preparábase en efecto un grande golpe, que le vamos á referir hasta con los menores antecedentes por ser de trascendencia. Nos referimos á la sorpresa de Cervera, ciudad de 5.312 habitantes.

Guarnecia esta plaza una compañía de tropa que apenas contaba cincuenta hombres; y en virtud de una órden del Intendente de Lérida, tuvieron que salir 20 para conducir los caudales á aquella capital. Diez y seis hombres mas, marcharon á Guisona á las órdenes del Jefe Político, que temeroso de que se trastornára el órden por ser Carnaval, necesitaba alguna fuerza para sostenerle. Quedaron, pues, solo en Cervera unos 10 ó 12 que, aunque mandados por un valiente oficial, impondrían menos por su arrojo que por su fuerza.

Mosen Benet Tristany, prelado de gran prestigio en el pais, por los particulares beneficios que dispensaba, reunia en tanto su hueste, se disponia á lanzarse al combate, obedeciendo superiores órdenes; y aguardaba solo una ocasion favorable, para inaugurar su nueva campaña. La situacion de Cervera le ofrecia inmensa honra y provecho: su ocupacion aunque momentánea, seria ruidosa, y pensando solo en ella, se puso de acuerdo con algunos amigos de dentro de la poblacion, y tomadas bien sus medidas, al rayar el alba del 16 de febrero proclamaba á Cárlos VI en la plaza de Cervera. Tristany habia tomado anticipadamente posicion en las alturas inmediatas, dirijióse con toda precaucion y la mayor parte de sus fuerzas al interior de la ciudad, colocándose sus jefes principales á las puertas de la misma: Ros de Eroles en la de capuchinos, Griset en la de las vírgenes y los demas con distintos grupos en las diferentes bocas-calles de la ciudad.

Combinadas las fuerzas en un mismo instante, se dirijieron á casa del gobernador, del administrador de rentas y del Ayuntamiento, y á circunvalar el cuartel de la guarnicion donde habia la escasa fuerza que hemos re-

ferido y algunos guardias civiles. Llamaron á la puerta de la casa del gobernador con pretesto de que llevaban un parte, y al abrir el asistente, se introdujeron con la mayor precipitacion encontrando á dicho jefe en la cama, quien con el mayor valor y arrojo echó mano á uno de los fusiles que tenia al pecho, logró apoderarse de él y dando un terrible golpe á otro enemigo que le apuntaba le hizo caer sobre el mismo lecho. Aprovechando aquel primer momento de estupor y sorpresa, saltó de la cama en camisa y consiguió salir de la alcoba á los corredores por una puerta de escape, librándose del fuego que le hicieron. Desde el corredor sin reparar en una elevacion de 42 palmos se tiró al huerto de la casa, desde el cual por medio de dos saltos no menos peligrosos, pudo salvarse y sustraerse á la persecucion de sus enemigos, condoliéndose del abandono en que dejaba á su desgraciada hija.

En la administracion de rentas derribaron con hachas la puerta: ignorando la causa el administrador, salió al balcon, y al querer defenderse tuvo que acceder á la intimacion que le hicieron á nombre de Cárlos VI. Ocuparon noventa mil rs. que habia de existencias, pues se remitieron 6000 duros á Lérida el dia anterior, y entregando Tristany el competente recibo le dió tambien por el tabaco y pólvora de que se proveyeron abundantemente.

Sacaron ademas todos los presos de las cárceles, invitándoles á seguirles; pero dejando á su alvedrio los que quisiesen quedar libres ó permanecer encerrados; pocos obtaron por este estremo; la mayor parte tomaron las armas en favor de sus libertadores. Los presos, lo eran por crímenes civiles.

Trataron de atacar el cuartel de la tropa contiguo con otras casas, pero se resistieron los soldados ayudados principalmente por algunos emigrados liberales amnistiados.

Ignorando que los montemolinistas estuvieran en la ciudad, salieron á eso de las siete y cuarto dos guardias civiles á llevar el parte diario, y al llegar á la plaza de san Miguel, se presentaron en una esquina 18 ó 20 enemigos haciéndoles una descarga á quema-ropa, de cuyas resultas murió uno y quedó el otro herido y prisionero. Rompieron entonces sus compañeros el fuego desde el cuartel, cuyo tiroteo duró hasta que los invasores abandonaron la ciudad, que fué á las 10 y media de la mañana al toque de marcha y formados; componiéndose el total de su fuerza de unos 200 hombres.

Tristany sintió en estremo la fuga del gobernador, segun se espresó en la administracion de rentas; en cuya casa tomó chocolate con toda calma, en union de cuantos allí se encontraban, incluso los facultativos, que acudieron á prestar sus servicios en caso necesario. A todos animaba Tristany diciéndoles que nada temiesen, que no trataba sino de apoderarse de los fondos de la nacion para sostener sus fuerzas, que defendian la causa de los pueblos contra un mal gobierno al que á todos interesaba derribar, que ya no habia blancos, negros, ni amarillos, sino solamente españoles, y que á aquella misma hora debia verificarse igual sorpresa en la villa de Cardona.

Para intimar la rendicion á la tropa acuartelada, dió orden Tristany al escribiente de la administracion que estendiese el oficio, lo que verificado lo halló conforme, haciendo añadir antes de la firma, el *General*. En el sobre habian puesto S. N. lo que hizo cambiar en R. S.

Serian las 8 cuando por órden del titulado comandante general de Cárlos VI, se publicó un bando para que bajo pena de la vida, todos los hombres desde la edad de 16 á 60 años compareciesen para derribar las murallas y que los vecinos abriesen las puertas de sus casas sin temor á ningun mal resultado.

Dicho derribo solo tuvo efecto en los torreones y puertas de las vírgenes y Capuchinas.

Á los 5 soldados que estaban de guardia en la cárcel, y á los asistentes de los oficiales los desarmaron dejándoles en libertad. Los oficiales de la guarnicion se salvaron en algunas casas; pero se apoderaron de su equipage y del del gobernador.

A la media hora de estar fuera los invasores salió dicha autoridad militar, en mangas de camisa, al frente de la poca tropa de la guarnicion, liberales amnistiados y guardia civil, haciendo un reconocimiento por los alrededores de la poblacion, y acuartelándose luego en el edificio de la Universidad.

A la una llegó el destacamento de la guardia civil de Tarrega, á cuyo comandante se habian presentado los principales propietarios de dicha villa diciéndole que, si no podia ofrecerles proteccion y seguridad iban á trasladarse á Lérida.

El susto y la consternacion fueron generales en Cervera y no hubiera ocasionado Tristany ni una lágrima sino se hubiesen cometido las violencias y hurtos que tuvieron lugar en casa del gobernador, de donde faltaron varios efectos. Cuanto compraron fué debidamente satisfecho: no hubo mas atropellos ni insultos, y ni aun á los vecinos que tenian armas se las quitaron. Del juzgado estrajeron algunas causas criminales que se llevaron, tratando al juez de primera instancia con la mayor consideracion.

Tan significativo comportamiento que tendremos ocasion de aplaudir muchas veces, era una de las bases de los nuevos campeones del montemolinismo.

Desde Cervera se dirijió Tristany á Guisona, encaminándose primemeramente á la casa ocupada por el destacamento que le componian unos catorce soldados del regimiento de la princesa mandados por el jóven teniente D. Lorenzo de Gotaredona.

Resistióse al principio esta corta fuerza; pero habiendo el enemigo puesto fuego á una casa contigua á la que ella ocupaba, hubieron de soltar los soldados sus fusiles y entregarse, tomando algunos parte con sus adversarios: al teniente lo dejaron en libertad sin molestarle.

Algunos trozos de la antigua fortificacion que existian aun, fueron derribados como en Cervera; y despues de una permanencia de tres horas sin

molestar á nadie, se retiraron á las 5 de la tarde en direccion de Viefret y Calaf (1).

Ocupábase en tanto el general Breton en asegurar la paz en el distrito de su mando, y cuando ya creia conseguido su laudable objeto se disponia á regresar á la capital para poder reanimar en ella su quebrantada salud.

(1) Referente á la ocupacion de Cervera, ha corrido impreso un parte dirijido al Ministro de la guerra de Montemolin que firma *el general Pons*, conocido bajo el pseudónimo del Pep de Olí.

Dice en el entre otras cosas: "Conformándome en lo posible con las órdenes de V. E. hice que permaneciesen en la inaccion las diversas partidas que recorrian el pais, haciendo observar sin embargo constautemente los movimientos del enemigo. He trabajado sin descanso en pró del levantamiento general, y tengo la satisfaccion de anunciar á V. E. que el dia señalado podrá S. M. contar con su leal Cataluña. La senda en que al cabo hemos entrado no podia producir otros resultados; todos ven aqui en las generosas concesiones liberales de S. M. un porvenir de prosperidad con el advenimiento al trono de un principe tan noble.

"La desaparicion de mis tropas por consecuencia de las instrucciones que di á los jefes, era esplotada algunos dias hacia por los agentes enemigos para engañar á las poblaciones, publicándose por do quiera nuestra impotencia y la próxima ruina de nuestros proyectos. Deseoso yo de destruir en su gérmen estas malévolas insinuaciones y de dar al enemigo una prueba de nuestra organizacion tan fuerte como duradera resolví dar un golpe importante, destinado á desengañar á los pueblos y de confundir á nuestros adversarios."

Refiere á continuacion, que ordenó á Tristany y Ros de Eroles la reunion de unos 500 hombres para que en cumplimiento de sus providencias llevaran á efecto su plan, que era el de la toma de Cervera; pero dá sobre ella tan falsos pormenores, los cuales seria harto enojoso referir, que nos hacen tener por completamente desfigurado sino por apocrifo el tal parte, en el cual ni las fechas estas exactas pues dá cuenta el 15 de febrero de hechos que tuvieron lugar el 16. Podia haber en esto equivocacion, pero no son ni disculpables los siguientes párrafos en que espresa asi la ocupacion de Cervera.

"El escalamiento se practicó con buen éxito: la compañia enemiga que estaba de servicio, quiso resistir, pero la hicimos un fuego de fusileria tan bien dirigido, que inmediatamente depuso las armas. Al ruido de las descargas tomó la guarnicion las armas, y se fugó por la parte opuesta de la ciudad que yo habia dejado despejada, no queriendo cargarme con prisioneros, segun mis instrucciones entonces."

"La guardia civil rindió las armas á las 5 de la mañana sin resistencia; y el pueblo recibió á mis voluntarios á los gritos de *viva la constitucion, viva Cárlos VI.*

"Este hecho de armas no dejará de producir su efecto en el pais. El enemigo dejó 17 muertos en el campo y 31 heridos entre los cuales se contaban varios oficiales; nosotros perdimos 35 hombres entre muertos y heridos, siendo uno de los últimos el coronel Garufa."

—Compárese este parte con lo que dejamos narrado sobre el mismo asunto y se verá una inesactitud en cada linea. ¿Cómo habia de haber 17 muertos y 31 heridos cuando no llegaban al primer número las fuerzas que contaba Eleicegui, por haberle desmenbrado la compañia de unos 40 y tantos hombres segun dijimos y aseguramos en vista de datos oficiales? Ademas si la compañia que estaba de servicio hizo, como dice el parte, resistencia ¿cabe en menos que mediano juicio creer que el resto de la supuesta guarnicion, en *cuanto oyó las descargas tomó las armas y se fugó por la parte opuesta de la ciudad*, y justamente por la que habia dejado despejada? Pues estas y otras parecidas especies contiene el citado parte, del que solo nos hemos ocupado por estar autorizado con una firma que seria suficiente garantia para cuantos le leyeran.

Hallábase en la cama atacado de una terrible fiebre con dolores reumáticos cuando llegó la noticia, 18 de febrero, de la ocupacion de Cervera, ocultáronsela, temerosos de que se agravara el mal, hasta el dia siguiente que creyéndole algo mas aliviado se la dijeron. La sensacion que causó al general es inesplicable: aquel cuerpo abrasado con el ardor de la calentura, quedó congelado por el sudor frio en que se vió instantáneamente bañado. Mandó le dejáran solo; y despues de algunas horas llamó á su estado mayor para que diera las órdenes de marcha, y le prepararan unas parihuelas. Openiánse todos á esta determinacion que arriesgaba su vida: mas sordo á toda razon se hizo obedecer, y se trasladó desde la cama á una especie de silla de manos que le improvisaron, dirigiéndose à Cervera, á cuyo punto llegó el 21 con dos compañías de infantería, una de zapadores, cuatro piezas de artillería, y alguna caballería y mozos de escuadra. A las pocas horas de verificar su entrada el capitan general llegó al mismo sitio otra columna compuesta de dos compañías de preferencia y 80 caballos.

Ocupóse primeramente en reedificar los torreones destruidos empleandose en ello media compañía de zapadores y los albañiles de Cervera y pueblos inmediatos, convocados para acelerar la pronta conclusion de la obra.

Informado por los confidentes, de la direccion que tomára Tristany, salió Breton de Cervera á las 9 de la mañana del 26, teniendo que ir en un coche, al cual subió con harto trabajo á causa de sus dolencias, y se encaminó á Barcelona.

Antes de dejar á Cervera, el 24, publicó una proclama que sino insertamos íntegra por su mucha estension, reproducimos algunos de sus mas notables párrafos, para ir dando á conocer á nuestros lectores con entera exactitud las primeras escenas de tan sangriento drama.

»El cabecilla Tristany, dice, que ha tanto tiempo se oculta en las impenetrables madrigueras del escabroso pais que le vió nacer y donde la proteccion que encuentra en sus habitantes, le proporciona sustraerse á cuantas pesquisas se han hecho para encontrarle; este gefe de bandidos y asesinos, que como el rayo, no sale de entre las nubes que le ocultan sino para manifestarse con ruinas y estragos, quiso inaugurar su declaracion de guerra con uno de aquellos golpes que parecen obra de la astucia y de la inteligencia militar y no son sin embargo otra cosa que el efecto del ascendiente que tiene en el pais y de la fanática proteccion que sus habitantes le dispensan. De este modo y valiéndose de sus leales confidentes, logró reunir ciento cincuenta á doscientos hombres sin que haya podido averiguarse con certeza el punto de su partida. Lo cierto es, que al amanecer del dia 16, penetró inopinadamente dentro de los muros de Cervera, acompañado de toda su faccion.

....

»Aun cuando no fueren bien conocidos los planes del partido carlista, la simple esposicion de estos hechos, (habla de los acaecidos en Cervera) y el haberse puesto al frente el sanguinario Tristany, bastarian á demostrar y patentizar la hipocresía de su conducta y la falacia de sus promesas. Desgraciadamente es posible que se repitan semejantes escenas. Las simpatías

y relaciones que tienen en el pais estos malvados, la seguridad de sus confidencias, la facilidad con que de repente se convierten y trasmudan de soldados de la fé en simples paisanos, la rapidez que pueden dar á sus movimientos, y las pocas necesidades que tiene el que de todo se apodera cuando le conviene, pueden dar márgen á que se repitan en otros puntos los tristes acontecimientos de Cervera, sin que basten á impedirlo la infatigables actividad de las tropas y la esquisita vigilancia de los jefes de columna. Las atenciones de las demas provincias del reino me han privado durante mi mando en Cataluña de trece batallones y medio, cuatro escuadrones y una batería de montaña, con los cuales hubiera podido ocupar militarmente el pais é impedir las correrías y el progreso de las facciones; mas en el dia no me es posible.

«Nada omito, sin embargo, para librar al Principado de este azote devastador que amenaza reproducir los horrores de la pasada guerra. Fácil me es conseguirlo; catalanes, prestadme vuestro apoyo, deponed ese temor, ese recelo que tanto favorece á nuestros implacables enemigos»..................

....

Llegó á Barcelona, á donde tambien acudió el general Enna, para tomar una parte activa en la direccion de las operaciones, mientras no pudiera hacerlo el capitan general á causa de sus dolencias.

Tristany, en tanto, se dirigió á Tarrasa, poblacion de mas de 500 habitantes. Despues de dejar algunas fuerzas en las avenidas, entró al amanecer del 7 de marzo posesionándose de la plaza; y dirigiéndose á casa del alcalde D. Agustin Galí, quien viendo la inutilidad de la resistencia, abrió la puerta y siendo convocado á la misma casa don Miguel Viñals, le dijo Tristany:

—Adios Viñals ¿cómo vá?

—Regularmente, Mosen Benet.

—¿Teme V. que cometamos aqui algunas violencias?

—Qué sé yo: no las tengo todas conmigo.

—Pues tranquilícese V., ahora todos somos unos, y no queremos hacer la guerra mas que á los que se metan con nosotros.

Las descargas que comenzaron á oirse en este momento, interrumpieron el diálogo. En efecto, un confidente que Breton tenia entre los montemolinistas le informó á las 9 de la noche anterior, de la operacion que iban á efectuar sobre Tarrasa. Inmediatamente dispuso que una columna de 300 hombres y 25 caballos, á las órdenes del coronel del regimiento de la Union, Sr. Manzano, marchase sobre aquella poblacion, como asi lo verificó á las 11 con la mayor celeridad.

Nada se omitió para conseguir el resultado que era de esperar; pero aconsejado mas por su arrojo que por la prudencia, solo consiguió echarles de Tarrasa cuando pudo haberles derrotado, ó mas bien esterminado completamente, pues no contaban con haber sido vendidos del modo que lo fueran y lo eran en adelante, porque iba en sus mismas filas el confidente de Breton.

Al amanecer del 7 llegó Manzano á los arrabales de la villa, con la tro-

pa rendida por la precipitacion de la marcha y los inconvenientes de la noche y los caminos. Cubrió las salidas de la poblacion, si bien no pudo hacerlo de todas por no tener fuerzas bastantes; destacó dos compañías que se posesionaron de una altura, mientras que con las tres restantes y la caballería penetraba por la calle del centro. Sorprendido Tristany, organizó prontamente la resistencia defendiéndose en la plaza de la Iglesia y en la estrecha calle que á estos puntos conduce donde estaban parapetados. Trabóse allí un obstinado combate multiplicándose el fuego por momentos, y la pérdida solo estaba de parte de las tropas de la reina que vieron caer muerto al teniente don Rafael Sanchez, víctima de su arrojo y de la impericia del gefe, y á otros soldados, que hacinados en el suelo hicieron retroceder espantada a la caballería liberal que trató de dar una carga decisiva al enemigo.

Ya que no desesperada, era sumamente crítica la situacion de Manzano. Era preciso que el enemigo se rindiera ó dispersára, porque le era imposible conservarse á su vista sin perder toda su gente, y no estaba en el caso de retroceder ni una pulgada de donde se habia colocado.

Dos columnas que marchaban en direccion paralela sobre la plaza; la una de la 2.ª compañía de granaderos de la Union y la otra de la 6.ª compañía del 3.° batallon con sus capitanes y oficiales, dispuso que á toda costa llegasen á la plaza, y lo consiguió al paso de ataque y á la bayoneta; y al frente Manzano de la compañía de granaderos, desalojó y siguió al enemigo hora y media en las varias direcciones por donde emprendió su retirada, defendiéndose, y sin poder alcanzarle.

La pérdida de Tristany, si tuvo alguna, debió ser insignificante, y Manzano pudo haber pagado muy caro su arrojo de entrar en la poblacion cuando tenia seguro el triunfo sabiendo esperar.

En la corta permanencia de Tristany en Tarrasa, se le unieron algunos y dejó varios ejemplares de una proclama en la que concedia ámplia amnistía, á nombre del rey constitucional á todos los que se hallasen dentro y fuera de España, y que hubieran combatido la causa de su padre y apelaba á los sentimientos de honradez y patriotismo de todos los españoles para entronizar su sistema que haria compatible la libertad con la restauracion de sus derechos.

Baseras le batió luego en S. Pedor, cojiendo á un hombre que le fusiló, al dia siguiente atacó en Suriá á toda la fuerza montemolinista, que se dividió en tres trozos ó partidas; mandada la primera por Tristany, la segunda por el Ros de Eroles y por Vilella la tercera; entre estos jefes se hallaban ademas Borges, Pichot, Coscó y Caletrus.

Desde entonces, oyóse hablar de aparicion de facciones en la alta montaña, en la parte de Vich, Manresa, y otros puntos. Estas partidas, eran en verdad insignificantes por el número de hombres de que se componian, pero no por su arrojo y su influencia. Estaban bien provistas de armas y dinero; y esto les hacia mas temibles. No se dudaba ya en que era un hecho la guerra: que empezaba con éxito, y que se trataba de propagarla á todo el Princi-

Digitized by Google

pado en la próxima primavera. Convenia, pues, lo primero, activar las operaciones; y al efecto salió Enna de Barcelona el 3 de marzo, al frente de una columna de todas armas; y el 4 publicó Breton un nuevo bando en el que imponia pena de la vida á todo el que fuera cojido con las armas ó sin ellas acompañando las gavillas rebeldes; á los espias; á los que se cojieran con correspondencia; á los que despues de haber servido con los rebeldes se refujiasen en los pueblos ó casas de campo; á los que prestasen á los enemigos ausilio de armas, municiones, ó dinero; á los reclutadores; á los que conservasen armas sin el debido permiso, probándoles que las retenian con punible intencion; al que las entregára voluntariamente á los rebeldes; y al que recojiera ú ocultára en su casa sin dar el debido parte, un á herido ó prófugo de los enemigos.

Prescribe luego varias providencias para las justicias de los pueblos y particulares, haciendo en el artículo final, responsables á los padres de sus hijos, y á los amos de sus criados ó mozos, si estos marchâran á engrosar las filas montemolinistas.

Convencido Breton de que solo el rigor podia poner coto á la guerra, no vaciló en establecerle en el precedente bando, cuya estrema severidad la conceptuaba por mas de un motivo indispensable. Militando treinta y cinco años en el pais, se precia el jeneral Breton, hoy conde de la Riva, de conocedor del carácter de sus habitantes. Veía, ademas, el poco fruto que habia conseguido en su sistema de contemplaciones y se decidió por el terror, que no pudo sin embargo llevar á efecto por verse relevado del mando por el jeneral D. Manuel Pavía, conde de Novaliches, nombrado por decreto del 7 de marzo de 1847.

Llamado Pavía por el gabinete Sotomayor, fué preguntado si estaba dispuesto á tomar el mando del ejército de Cataluña: contestó se le impidia un sentimiento de delicadeza porque era amigo del jeneral Breton, y que no habiendo hecho este dimision, solo admitiria el mando si el gobierno decia que hasta entonces le habian sido muy gratos los servicios del citado general, y para demostrárselo se le concedió el título de conde de la Riva.

Marchó pues, al Principado sin mas aumento de fuerzas que el regimiento infantería de Castilla, de dos batallones y el de caballería de Sagunto de tres escuadrones.

Deseando el nuevo capitan general ponerse al frente de las tropas, precipitó su viage por Aragon, teniendo la suerte de llegar á su destino sin ser apresado por los enemigos que informados del viage salieron al camino á los pocos momentos de haber pasado Pavía.

Decir que iba firmemente decidido á terminar la guerra, es tan inútil como dejar de espresar que no hay ilusiones en un jóven. No significamos por esto que fueran ilusorios los proyectos del jóven general; ocasion tendremos mas adelante de juzgarlos; baste decirnos por ahora, en prueba de su buen propósito que en cuanto llegó á Barcelona publicó la siguiente

PROCLAMA.

«Nombrado por S. M. la Reina nuestra señora (q. D. g.) capitan general de Cataluña, he tomado posesion de tan importante mando en el dia de hoy. Con el mas vivo dolor he sabido que algunos individuos procedentes de pais estrangero recorren una parte de la provincia con intencion de renovar la guerra civil, bajo la ridícula enseña de Carlos VI y Constitucion. No es posible que haya un catalan honrado, ningun español que se deje seducir hasta el punto de creer las ofertas de los mismos, que no ha muchos años en la Panadella y el Bruch tiñeron sus manos con la sangre de víctimas indefensas; y mas tarde dieron fuego á Moya, Ripoll y otras poblaciones fabriles, cuyas cenizas aun humean, movidos por las exageradas y fanáticas ideas que ahora demuestran olvidar.

»Con el auxilio de la providencia y la ayuda de los buenos, confio que esos pocos miserables sedientos de nuevos males no os arrebatarán la paz sin la cual la agricultura, la industria, el comercio ni ninguna de las fuentes de la riqueza pública pueden prosperar. Que se vuelvan al vecino reino desapareciendo de vuestro suelo, que harta sangre española se ha derramado ya: yo daria gustoso la mia, porque escenas como las que pasaron no se reprodujesen jamás en España; pero si pertinaces y obcecados siguen en la criminal carrera que han emprendido, enemigos de S. M. la reina y de las instituciones, todo el rigor de las leyes, por mas que mi corazon lo lamente, caerá irremisiblemente sobre los que sean aprehendidos. A conservar, catalanes, vuestra paz y vuestra felicidad, correspondiendo asi á la confianza que he merecido al gobierno de S. M., dedicará sus desvelos vuestro capitan general.—Manuel Pavía.—Barcelona 14 de marzo de 1847.»—

Adoptando los matinès el sistema de subdividirse en pequeñas facciones cuando se veian acosados, podian recorrer así con mas impunidad el pais, y aun engrosar como sucedia en el Ampurdan, cuyo terreno les favorecia, y no poco la espantosa miseria que reinaba por entonces. La sorpresa de alguna poblacion, las exacciones y otros mil medios que ponian en juego, ya para aterrar á los indefensos habitantes ó para ganarse sus simpatías, les hacian no temer á los paisanos, que se mostraban por su parte indiferentes á quienes no les molestaban ó no podian vencer.

Corria por este tiempo (fin de marzo) muy autorizada, la noticia de que lográra Montemolin realizar un empréstito que proporcionaria armas y dinero para encender con fuerza la guerra civil. El pensamiento era cierto; mas no su realizacion: habia grande empeño en ella; y aunque hubo momentos en que se dió por efectuado, y se movieron algunos generales comenzando á trabajar con eficacia, se dieron algunas órdenes, se acordaron nombramientos; mas pasaban dias y dias y no se vió el efecto de tales noticias; efectos que debian ser ruidosos necesariamente y de inmensa trascendencia.

Todos estos rumores aunque estuvieran desprovistos de fundamento, no podian por menos de alarmar, y aun de dar á las partidas que recorrian la Cataluña mayor importancia de la que merecian. Su conducta, ademas, estaba de acuerdo con los motivos á que se atribuian tales negociaciones.

Pavía, por su parte, queria captarse el afecto del paisano; así se le vió en 22 de marzo publicar como bando en Barcelona una circular dirijida á los gefes de columnas, en la que inculcando la necesidad de un constante y activo movimiento por parte de las tropas y la mas esquisita vigilancia por la de los empleados en cubrir los puntos que consideraba necesario guarnecer, recomendaba la mas severa disciplina, advirtiendo que no toleraria falta alguna á los que en el dia pudieran quebrantarla. Prevenia muy especialmente á los gefes, dedicáran todo su conato á lograr que las tropas inspirasen confianza á los habitantes del pais por su comedido y arreglado comportamiento, que en las poblaciones y casas de campo, les molestáran lo menos posible; que diesen pruebas palpables de que se ocupaban principalmente en procurarles el reposo y tranquilidad de que eran merecedores, é insistia en que exijiesen la mas estrecha responsabilidad á todos sus subordinados en la observancia de tales principios, aplicando todo el rigor de la ordenanza á los que, olvidándolos, menoscabasen el crédito del ejército por su disciplina, resignacion y perseverancia en favor de la patria y de la reina.

Ya antes, el 10 de marzo, habia espedido Montemolin una circular desde Lóndres, advirtiendo á sus partidarios que no tomáran represalias; que opusieran á la conducta que observáran sus enemigos cualquiera que fuese, la disciplina, el órden é ideas conciliadoras.

Entretenida la atencion pública en Cataluña, trataron los montemolinistas de esplotar esta circunstancia en su beneficio. Hablábase de proyectos mas ó menos fundados de levantamientos en casi todas las provincias de España, cuando apareció D. Fèliz Gomez Calvente en tierra de Avila con una pequeña partida, que sin conseguir la menor ventaja tuvo que correrse hácia Salamanca, salvando la frontera de Portugal los que pudieron, entre estos su gefe, de quien nos ocuparemos á su tiempo con alguna estension, ya que nos dan asunto sus recientes é interesantes revelaciones.

No tratando ahora de la mayor ó menor fermentacion en que se hallaban las provincias de España, atendamos solo á Cataluña. Nuevos partidarios se presentaban cada dia en la escena. El llamado Güerxó de Ratera, operaba ya por este tiempo en la parte de Agramunt y Balaguer: Serrallet, merodeaba por las cercanías de S. Magin, donde fué alcanzado el 4 de abril por el comandante D. Narciso Alvarez de Tord, que dispersó á los pocos enemigos que mandaba; habiendo hecho lo propio D. Fulgencio Esmith á la partida de Vilella. Griset, Ros de Eroles y otros, continuaban sus esacciones, tan osadas algunas, que se vió á unos catorce hombres, entrar silenciosamente en Martorell, poblacion de mas de 3000 habitantes, á 4 leguas de Barcelona. Llegaron á la plaza,

Digitized by Google

se detuvieron en una taberna contigua á la casa-cuartel de la guardia civil y frente al consistorio: ofrecieron volver en breve y marcharon sin que nadie les molestára.

Este hecho tan significativo, no es estéril de reflexiones y sucesos de importancia. Se la dió como debia el jeneral, mandando al dia siguiente 8, comparecer al alcalde D. Francisco Buxeras, en calidad de preso, y nombrando un fiscal y un escribano para instruirle la competente causa en averiguacion de la conducta que habia observado, considerándole infractor de sus órdenes, pues ya que no resistiera la entrada de tan pocos enemigos en una gran poblacion con destacamento, vigía y demas, persiguiéralos en su marcha levantando el somaten.

D. José del Bosch (á) *El Penitent de Finistras*, nuevo partidario, se levantó por la parte de la Bisbal. Militó en 1823 y 27 y en la última lucha de los 7 años. A los 12 dias de pronunciarse ya habia caido en poder de las tropas de la reina, y fué fusilado á las seis y media de la tarde del 17 de abril.

Estas ventajas eran de escasa influencia.

Aumentábase diariamente la alarma en los espíritus: emigraban numerosas familias; y aunque se habia impreso á esta nueva guerra un carácter conciliador, eran imprescindibles ciertas cargas que abrumaban á muchos infelices. Todas estas circunstancias favorecian á los montemolinistas que cobraban osados brios. Veíaseles entrar en Villanueva de Mega, una de las poblaciones mas liberales de Cataluña, que resistió en la pasada guerra los ataques de columnas de 3000 hombres, defendida únicamente por los milicianos nacionales; en Agramunt, ciudad importantísima de mas de 4000 habitantes todos liberales; en Balaguer, cabeza de partido judicial, con mas de 6000 almas, punto militar, al que siempre se le habia dado alguna importancia. El enemigo en fin, recorria el pais y creia poder acercarse á las capitales de provincia, cual lo hizo en la noche del 14 llegando hasta la inmediacion del almacen de pólvora de Lérida; trabóse un pequeño tiroteo que soló tuvo por resultado hacer pasar á las autoridades, vecindario y guarnicion de la capital una noche toledana.

Vése por esto que ya pensaban los montemolinistas en mas que en merodear con poco fruto entre peñas y barrancos. Organizábanse al mismo tiempo, ó mejor dicho trataban de hacerlo, como se vé en algunas de sus providencias, y tendian sobre todo á imponer y hacerse respetar, sino por la fuerza en muchos puntos, por las órdenes que circulaban, como la que transcribimos literalmente, tanto por su interés, como por lo desconocidos que son estos documentos. La insertamos sin alterar ni aun su ortografía.

«EJERCITO REAL DE CATALUÑA.—Division del campo de Tarragona.—Viendo el rey N. S. D. Cárlos VI las grandes vejaciones y atropellamientos que de muchos años está sufriendo el pueblo español, caminando mas y mas á pasos ajigantados para una completa destruccion, guiado por unos lobos que en otro tiempo fueron y han continuado siendo la desgracia de la España, que solo el valor y entusiasmo de los fieles y leales compatricios pudieron librarla en aquel entonces; deseando, pues, el rey N. S. poner un me-

dio á tantas catástrofes, compadecido de la esclavitud que la oprime, se ha visto precisado á buscar medios, valiéndose de sus aliados, llamando al propio tiempo á todos los españoles sin escepcion de clases ni opiniones, á empuñar las armas para combatir contra los destructores de la nacion.

»Para lograr la felicidad y recompensa debida, es preciso que cada individuo por sí y todos en jeneral hagan lo que corresponde al efecto.—S. M. encarga se olvide todo lo pasado, que no se ha de conocer mas que españoles, bajo el supuesto que siendo yo uno de tales, he sido autorizado por el Exmo. Sr. comandante general para operar y recorrer en este pais, á fin de proteger á los habitantes y respetar las propiedades, como igualmente el castigar severamente á cualquiera individuo que cometiese tropelía alguna ó que contravenga, en perjuicios contra las tropas del rey.—Por tanto, prevengo á las justicias de los pueblos que el que tocare las campanas á rebato ó diere parte á los enemigos de los movimientos de las tropas del rey serán pasados por las armas, como igualmente cualesquiera paisano que averiguase lo mismo.—Lo que participo á V. para su inteligencia y gobierno, comunicándolo á todos los habitantes de su jurisdicon para que no aleguen ignorancia.—Dios guarde á V. muchos años.—Campo del honor, 9 de abril de 1847.—Juan Forner.

Donde contaban con mas seguridad los montemolinistas, se organizaban; en otros puntos operaban; tal hacian las partidas de Tristany, Ros de Eroles y Borges, que á las 6 de la tarde del 22 entraron de improviso en la villa de Orgaña. La aproximacion, á la mañana siguiente, de los mozos de la escuadra de la Seo de Urgel, les hizo retirarse á Nargó, despues de haberse disparado algunos tiros. En Nargó se pusieron á bailar; pero interrumpidos por las fuerzas liberales se dirigieron hácia Serra-Seca, que les ofrecia ventajosa posicion, para esperar en ella á las tropas liberales que les perseguian.

Los movimientos por una y otra parte, comenzaron á repetirse con notable actividad: no pasaba dia en que dejára de haber algun encuentro, en el cual se quemáran varios cartuchos; mas fuese por lo poco numerosas que eran las partidas, por el terreno, ó por otras varias causas que ya se irán esplicando, no eran muy decisivos los resultados de estos choques; ni los vencedores victoreaban su triunfo, ni los vencidos deploraban su derrota, si tal nombre puede aplicarse al hecho de dejar el campo ya para seguir las escursiones ó ya para preparar ataques de mas importancia.

La columna del distrito de Solsona, perteneciente al regimiento infantería de la Constitucion, alcanzó el 24 en Basellas al enemigo y lo batió. No sucedió lo mismo el 27 á las fuerzas reunidas del regimiento infantería de la Union y del de caballería de Santiago, atacadas brusca é inopinadamente en las espesuras de la Molssosa y Santuario de Pinós causando algunas pérdidas á las tropas de la reina, despues de un obstinado combate y peleando á quema-ropa.

Los encuentros se repetian casi diariamente ya con próspera ó adversa ventaja por una ú otra parte; y aunque, como acabamos de decir nunca

Digitized by Google

era el éxito decisivo, ni podia serlo en atencion al terreno en donde se peleaba; se aumentaba, sin embargo, el catálogo de las víctimas, y no se daba un paso en aquellas escabrosidades sin hallar un palmo de tierra salpicado con la sangre de valientes, que morian quizá detras de unos matorrales despues de haber ostentado su heroismo en bizarros hechos presenciados solo por los mudos testigos que la naturaleza habia esparcido en el suelo. Asi sucedió el 2 de mayo en una accion habida en las cercanias Moneny y Foralda, en que tomaron parte varias fuerzas de la Union, la Princesa y Sagunto, quedando dueños del campo á costa de mucha sangre.

Refiriendo estos hechos, decia Pavía desde su cuartel general de Calaf, con fecha del 6.

»Soldados: si estos sucesos fuesen precursores de una nueva guerra civil, la nacion sabe lo que de vuestra lealtad nunca desmentida debe esperar, como acaban de probarlo los que han tenido ocasion de medir sus armas con los rebeldes, y la maldicion del cielo caerá sobre los que, aun teniendo distintas opiniones y diversos fines, están trabajando para fomentarla. En cuanto á nosotros, los que llevamos las armas que la reina y la nacion nos han confiado sabremos cumplir nuestros juramentos, y trabajando por la consolidacion del trono de S. M. y por la felicidad del pais, sellaremos aquellos con nuestra sangre, y llenaremos nuestros deberes.

»Seguid siendo tan bizarros y subordinados como hasta aquí, que la reina y la patria, siempre prontas á premiar vuestros servicios, os acordarán las recompensas de que os hagais dignos y para las que siempre será solícito en proponeros á S. M. vuestro general.»

—En Calaf, Pavía, convocó á los ayuntamientos invitándoles á cooperar á la conservacion de la paz, encareciéndoles la necesidad de que dieran parte á los gefes de las columnas de los movimientos de los enemigos, conminándoles para el caso de mostrarse indiferentes y poco celosos en el cumplimiento de este deber, con emplear fuertes determinaciones contra los mal intencionados ó tibios; mas todos protestaron secundar sus deseos. Visitó los heridos de la accion del 27; y despues de adoptar varias providencias, salió para Cervera á donde llegó á las siete de la tarde del citado 7, siendo recibido por el cabildo. Reanimó su presencia el espíritu público, bastante aletargado, y convocó tambien una reunion con el mismo objeto que en Calaf. Llegó escoltando á Pavía la brillante columna del coronel Rios, compuesta de compañías del rejimiento del Rey y de Valencia, la cual estaba animada del mejor espíritu y en escelente estado de equipo.

Decidido Pavía á no descansar un momento, salió de Cervera, y recorriendo el Urgel fué por Balaguer á Agramunt, en cuyo punto entró el 8 á media noche; continuando siempre en su plan de convocar los ayuntamientos.

Tristany, en tanto, habia penetrado en Guisona, de donde salió á las 11 de la citada noche: se dirijió á Sanahuja, que desalojó á la presentacion de la columna del distrito de Calaf que le perseguia, si bien con tres horas de desventaja.

No todas las veces hacia lo mismo, que pocos dias despues se reunieron unos 1200 montemolinistas en la altura de Biosca al mando de Tristany, haciendo frente, merced á la ventajosa posicion que ocupaban, á la columna del general Pavía.

Tristany era sin duda el adalid mas importante de los que defendian á Montemolin, por su influencia, por su actividad y por el entusiasmo jamás aletargado que sentia por la causa á que dedicó su existencia. Su mismo ardor le infundia en sus subordinados, y como si esto no fuera bastante, comenzó á ilustrar á sus compañeros y al efecto publicó una especie de instrucciones en diez artículos, que constituian su código.

En él prescribia arraigar con solidez los principios monárquicos, reunir los elementos que se hallasen esparcidos predispuestos y temerosos, desvanecer dudas, é inspirar confianza en Montemolin.

Atraer y dar seguridades á los contrarios, ofreciéndoles garantías si cumplian con lo que prometieran y se les exigiese.

En caso de que no se les pudiese atraer y redimir, subdividirlos en fracciones, usando para conseguirlo de cuantos medios aconsejára la prudencia sirviéndose de todos los incidentes, sembrando la desconfianza y la discordia y haciendo imposible toda reconciliacion.

Influir en los mismos términos en el ejército, procurando ganarlo, conocer sus planes.

Hacer que las elecciones de diputados, ayuntamientos y demas, recayesen en personas de los partidos estremos.

El partido realista no se uniria en ningun caso á los partidos que les son contrarios, á no preceder órdenes terminantes de Montemolin, por seguro conducto.

Inculcar la necesidad de no separarse nunca de la marcha que Montemolin tenia determinada haciendo cundir la idea de conciliacion y olvido completo de lo pasado.

Y finalmente no dar pábulo á insultos ni vejaciones de ninguna clase.

A pesar de tan plausibles principios, no se creian exentos de valerse del rigor para ciertos actos; ejerciéndole sobre todo contra algunos alcaldes, y sin piedad contra los portadores de pliegos. Ocúpase de ello la siguiente órden que trascribimos, tan curiosa é interesante como todos los documentos emanados del campo contrario.

«EJERCITO REAL DE CATALUÑA.—*Comandancia general.*—Catalanes: en vista del despotismo con que obran algunas autoridades, aunque es un puñado de alcaldes y demas que están á sus órdenes, hombres toscos ó ignorantes sobre todo, que ignoran el favor que tratamos de dispensarles á costa de nuestra sangre, para desahogar á nuestra cara patria del despótico yugo que nos tiraniza, y para evitar sangre al destrozado pueblo español, risa de las demas naciones, y sobre todo para que prosperen y se desengañen de nuestra firmeza y valor para asegurar el trono de S. M. (q. D. g.) D. Cárlos VI., vengo en acordar lo siguiente:

«Desde el dia de la fecha, los que llevaren partes á los comandantes de

las columnas enemigas ó puntos fortificados, serán fusilados en el acto de encontrárseles los mencionados partes, dándoles solamente el tiempo de poderse confesar, que será un cuarto de hora.

»A igual pena quedarán sujetas las justicias ó de quien fueran seducidos.

»Comuníquelo V. S. á las justicias para que lo hagan saber á los demás, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia.—El comandante general, Benito Tristany.=Sr. brigadier D. Bartolomé Porredon, comandante general de la provincia de Lérida.»

Nada esponemos sobre el documento precedente que firma el mismo Tristany: solo una reflexion se nos permitirá, y es, que al emplear tal lenguage eran necesarias dos cosas; ó mucho poder para hacerse obedecer, ó sobradia osadía, la cual habia de redundar en su perjuicio. Algo existia de ambos casos, y lograba en parte su objeto; porque dominaba en algunos puntos é imponia en otros. A tales documentos se les daba tambien un valor ficticio: á aquellos á quienes interesaba presentar poderosos á los montemolinistas, aumentaban los quilates de su importancia, y admitian las palabras sin pasarlas por el crisol de la verdad: otros veian en estos papeles una demostracion de la necesidad que tenian sus autores de encubrir su debilidad: nosotros á fuer de imparciales cronistas, y huyendo de ambos estremos los apreciaremos solo por los resultados, que son la verdadera piedra de toque de las palabras.

Llegamos á un momento que se reputó fatal para la causa montemolinista, con el cual terminamos este segundo capítulo: vamos á esponerle con lacónica sencillez.

El 16 se hallaban Tristany y Borges con parte de sus fuerzas en las casas Vilai y Puigsarnau de Llanera, prócsimas al pueblo de Ardebol. Avisado el coronel D. Antonio Baxeras salió de Solsona con la columna de su mando para caer sobre ellos. Penosa fué la marcha en una noche sin luna, por caminos desconocidos, lo que dió ocasion á que se estraviára la mitad de la columna. Llegó poco antes de salir el sol y al tratar de circunvalar las casas, fué recibido desde ellas con un vivo y sostenido fuego, saliendo en tanto algunos que trabaron un encarnizado combate en el campo, del que resultaron 22 muertos montemolinistas y cuatro prisioneros, entre los que se hallaba Tristany, que fué cojido por el mismo Baxeras. Fusilados en el acto, prévia una indagatoria, los tres compañeros del gefe, fué reservado Tristany para presentarlo á Pavía que estaba en Ardebol. Reunidos todos, marcharon á Solsona, que dista cinco leguas de mal camino, con objeto de que fuera allí pasado por las armas, puesto que habia sido aquella poblacion uno de los principales teatros de sus hechos. En efecto, en el propio dia que hacia 25 años que Tristany entró por primera vez con todas sus fuerzas de la montaña en Solsona, llegó preso y contando pocos instantes de vida. Puesto en capilla con el yerno del Ros de Eroles, el cura de Ager y un asistente, fueron fusilados en la tarde del 17, caminando Tristany al patíbulo con los brazos cruzados pensando solo en la eternidad.

Su compañero Porredon, (á) Ros de Eroles, le habia ya precedido en la

muerte, pues la recibió en la misma cama donde se hallaba postrado con unas fuertes calenturas, en el momento que sorprendieron las casas Vilai y Llanera.

La muerte de Porredon fué cruel, y debemos condenar se le diera en la situacion en que se hallaba; pero fué sin duda providencial y presenciada por los manes del conde de España, que le tenian oprimida la conciencia.

Véase aquí el anuncio del fusilamiento de Tristany, y lo que de este acto se prometia el general en gefe:

Capitanía general de Cataluña.—Catalanes: como consecuencia del deseo de paz que os anima, las operaciones militares han dado por resultado la destruccion de la faccion que capitaneaban los cabecillas Tristany y Ros de Eroles, que ya no existen. En la tarde de hoy el rigor de la ley, ha caido sobre las cabezas de ambos, al mismo tiempo que sobre otros que intentaron sumirnos en una nueva guerra civil. Cataluña y la nacion entera recordarán con horror las atrocidades con que se hizo célebre el primero de dichos cabecillas, y su expiacion servirá para que, no olvidando esta ciudad y otros puntos que fueron objeto de su ira, las cenizas y la sangre de infinitas víctimas que aun humean, no os dejeis seducir por los alhagos de los que, cubiertos con una máscara hipócrita, intentan sembrar la discordia y producir la ruina del pais para enriquecer á su costa y encumbrarse al poder, sin que en semejante caso hubiese para vosotros mas perspectiva que la de sufrir nuevos males, y repetir los sacrificios que ya otra vez exijieron de vosotros.

Hoy, cuando es de esperar que renaciendo la confianza se asegure el órden, convencido de cuán grato ha de ser al magnánimo corazon de la reina nuestra señora Doña Isabel II (q. D. g.), en uso de las facultades que me están conferidas, en su real nombre.

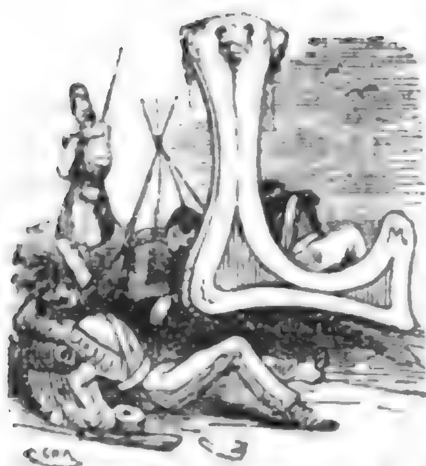
Concedo indulto para que pueda regresar tranquilamente á sus hogares á todo el que habiendo formado parte de las gavillas facciosas, se presente con armas ante las autoridades legítimas en el término de ocho dias, contados desde él en que esta declaracion se haga pública en la cabeza del partido judicial en cada uno lo verifique, exeptuándose únicamente de esta gracia los cabecillas ó gefes de partida que han obrado independientes.

Catalanes: continuad ayudando como hasta aquí á las autoridades del gobierno de S. M. y muy pronto habrán desaparecido para siempre de vuestro suelo los últimos restos de los enemigos de la paz y del órden público.

Cuartel general de Solsona, 17 *de mayo de* 1847.*—Manuel Pavía.*

CAPITULO III.

Consecuencias de la muerte de Tristany y Ros de Eroles.—Movimientos y hechos parciales de ambos beligerantes.—Plan de guerra del general Pavia.—Marcha económica del gobierno.—Esposicion del capitan general de Cataluña.—Separacion de este gefe.—Remplázale el general Concha, marques del Duero.—Su sistema y operaciones.—Vuelve Pavia al Principado.—Continuacion de la guerra.—Incremento de los matinés.—Rápida ojeada sobre la marcha de la Europa á fines del año 47 y principios del 48.—Revolucion de Francia en 24 de febrero de este año: conmociones en diferentes puntos de la Peninsula y su influencia sobre la guerra de Cataluña.—Súbito desarrollo de los montemolinistas y republicanos.



La muerte de Tristany y Ros de Eroles, produjo efectos muy distintos de los que se habian calculado. En las guerras dinásticas pugna de un derecho contra una usurpacion y en las revoluciones, aspiracion práctica de una idea contra el poder organizado de las tradiciones, perecen por lo regular, los corifeos que las inician, pero su muerte lejos de comprimir el estallido de las pasiones, sirve para precipitarle, porque estos hombres dejan como un legado relijioso, un ejemplo que imitar, una venganza que satisfacer y un re-

cuerdo que sostiene á las almas nobles ó entusiastas, aun en las horas de mayor tribulacion. El fusilamiento pues de los gefes montemolinistas en Cataluña, encendió mas y mas la ira de los que apellidaban á Carlos VI y las pequeñas partidas, adheridas en un principio á las escabrosidades de la montaña, convertidas en cuerpos mas numerosos y regulares no tardaron en descender al llano, pugnando por generalizar la guerra ó por afianzarla cuando menos, en el corazon del Principado.

Desde esta epoca se vieron surgir en Cataluña nuevas partidas dirijidas por diferentes gefes, algunos de los que tenian ya una reputacion creada, y un nombre conquistado en la anterior guerra dinástica y otros eran caudillos improvisados sin precedentes y sin gloria, pero que se arrojaban ahora á los azares de la lucha, con todo el ardor que inspira á los hombres la asecucion de una grande empresa considerada con probabilidades de porvenir. Confiaban en la apatia de los habitantes del Principado y penetraban audazmente en pueblos que en la pasada guerra civil habian constituido un obstáculo insuperable á los esfuerzos reiterados del ejército carlista: tênian órdenes espl icitas y terminantes para captarse por medios suaves y benignos, las simpatias de la gran masa de la poblacion catalana y asi es que fuera de algunos desmanes inevitables en hombres que soportaban con dificultad el freno de la disciplina, su conducta era templada y conciliadora. Sostenian una hostilidad activa contra las fuerzas armadas del gobierno, pero en los pueblos se limitaban de ordinario á exijir las contribuciones recaudadas. Otras veces no llevaban mas objeto que el de recoger los mozos que espontáneamente se adherian á sus filas. Crecia el número de estos y con él la importancia de los montemolinistas que se presentaban en diferentes puntos, desorientando con la rapidéz de su marcha y con el conocimiento de la topografia del pais, á las tropas enviadas en su persecucion. El 19 de mayo entró el gefe montemolinista Antonio de la Puda al frente de una gruesa partida, en la villa de Capellades donde se le reunieron 55 mozos procedentes de Igualada, mientras Vilella con los suyos ocupaba tranquilamente los pueblos de Blanes y Canet y el 21 Juan Forner (á) *Tintorret de Igualat* se situó con cien hombres en el Manso de la Serra, tres leguas distante de Falcet, villa principal, bien amurallada y dotada de su competente guarnicion. Alentados los montemolinistas con esta aquiescencia de los pueblos, repitieron sus escursiones y obtuvieron prósperos resultados. Tristany sobrino del canónigo Mosen Benet, acompañado del coronel Cendrós que habiendo pertenecido á las filas carlistas se fugó de Tarragona donde se hallaba de reemplazo, penetró en Montblanch y se llevó 35 ó 36 quintos que habia en este punto, recorriendo en los inmediatos dias el campo de Tarragona, sin que le arredrase la inmediacion de esta ciudad, capital de provincia y que debia ser bajo este último concepto, centro de grandes elementos por parte del gobierno. Unos cuantos montemolinistas, algunos de los cuales se hallaban desarmados, entraron en la importante villa de Igualada, estuvieron paseándose en las calles, y se salieron haciendo alarde de una confianza inaudita.

Hasta las grandes poblaciones se consternaban á la aprocsimacion de los matinès, y las puertas de Reus se cerraron con violencia, cuando se recibió la noticia de que una pequeña partida de estos, merodeaba en aquellos alrededores. Dificil es apreciar la influencia que debia ejercer sobre el espiritu del pais y sobre los progresos de la guerra, esta osadía venturosa de los montemolinistas. En todas las guerras, un beligerante vale tanto, cuanto quiere su enemigo, es decir, que de la conducta de este pende el que se acreciente ò aminore la consideracion moral de aquel, primera fuerza activa y de la que no es la material mas que un instrumento. De aqui el que es tal vez, mas peligroso el conceder á un adversario un poder que no tiene, que abandonarse en brazos de una ciega confianza. El temor manifestado por las autoridades de Reus y la apatía de pueblos tan respetables como Igualada, Capellades y otros, daban á los montemolinistas una preponderancia notable sobre la opinion y mayores brios para intentar empresas arrojadas. El 26 de mayo 200 matinès acaudillados por el *Tintorret de Igualat* penetraron de noche en Villanueva, por la puerta del mar, se apoderaron de los serenos, se dirijieron á casa del alcalde y le retuvieron en su compañia, hasta que se marcharon con direccion á Rivas, llevándose 3000 reales y el tabaco que encontraron en la aduana. Otros pocos se presentaron en Artes, pueblo distante una legua de Manresa, donde á la sazon se hallaba el capitan jeneral, y 400 hombres bajo las òrdenes de Vilella y Brujó atacaron el 27 la respetable plaza de la Seo de Urjel y aunque fueron rechazados por los fuegos del castillo, hicieron ver de cuanto eran susceptibles unos hombres, que con tan escasas fuerzas habian acometido aquel importante punto.

No se crea en presencia de estos hechos que las fuerzas del gobierno permaneciesen en la inaccion; por el contrario, operaban activamente, pero la organizacion de los montemolinistas les daba una movilidad suma y como en la fuga no perdian su fuerza moral, se dividian, viéndose perseguidos de cerca, en pequeños grupos é iban á refujiarse en el seno de las montañas ò entre las jigantescas gargantas del Pirineo. Sin embargo, acosados vivamente por varias columnas se reunieron el 22 de junio en las eminencias de Montagut, bajo las òrdenes de Gruet de Cabra, Tuerto de Ratera, Caletrus, Cornet, Pau Mañé, Vilella, Badia y Cendrós, y esperaron el encuentro de la columna del Valls dirijida por el comandante del rejimiento de Zaragoza D. Fuljencio Smit. La columna inferior en número á los montemolinistas, pero superior en organizacion y disciplina, rompió un fuego vivo que sostuvieron aquellos por espacio de tres horas, disputándose ambos combatientes palmo à palmo, el terreno que ocupaban. Hubo momentos en que pareció incierto el èxito del choque, porque los matinés apoyados en las empinadas crestas y robustas moles de granito que ciñen la frente de aquellas posiciones, sostenian el nervio de la defensa de una manera que no podia esperarse, atendida su falta de instruccion, armas, homojeneidad y hábitos militares. Algunos valientes soldados de la reina habian perecido; el caballo del comandante Smit cayó herido mortalmente y acaso un esfuerzo poderoso por parte de los montemolinistas en el instante en que se debilitaba el ar-

dor de la iniciativa, hubieran decidido la accion. Pero las tropas de la reina no tardaron en adquirir una superioridad decidida y lanzándose con bravura á las posiciones dominadas por sus enemigos les desalojaron de estas, precipitándoles en la dispersion y siguiendo en su alcance hasta las inmediaciones de Queralt. 21 muertos entre los que se contaba el gefe apellidado Cornet y varios heridos constituyeron la pérdida de los montemolinistas; la de la columna consistió en 7 muertos y 16 heridos.

El plan de operaciones trazado por el general Pavía tenia un doble objeto; facilitar á las tropas el conocimiento topográfico del pais y reducir en lo posible la esfera de accion de los montemolinistas. Al efecto distribuyó las fuerzas del ejército en distritos y círculos militares, dotando á cada uno de estos con una columna de infantería y algunos caballos cuyo número variaba segun la calidad del terreno que debian recorrer. En el centro de cada círculo y en otros puntos de importancia habia destacamentos en sus respectivas casas fuertes colocadas convenientemente y protegidas por la relacion de contigüidad existente entre las tropas que operaban en varios círculos. Un número determinado de estos constituia la comandancia general del distrito que mandaba un gefe superior con la facultad de combinar y poder reunir las columnas de los círculos de sus órdenes, al paso que era responsable de la disciplina, comportamiento y conservacion de la tropa. Los comandantes generales de distrito dirigian las operaciones que en él verificaban, combinándolas con los gefes de los distritos inmediatos, procurando alentar con su conducta el espíritu público, y maniobrando con actividad y concierto para arrojar del territorio á los montemolinistas. Cuando las columnas terminaban sus movimientos progresivos, regresaban al centro del círculo, donde el soldado encontraba abundantes vituallas y se reponia de sus fatigas, adquiriendo nuevos brios para lanzarse en persecucion de su enemigo. Los regimientos y batallones operaban en círculos y distritos contigüos y de este modo estaban vigilados y atendidos por sus gefes naturales que casi constantemente eran los comandantes de las columnas de cada círculo, desempeñando el coronel del regimiento el cargo de comandante general del distrito. Tambien se lograba con esta disposicion que no se debilitara entre los individuos de un cuerpo el lazo de armonía mas íntimo que el de la disciplina, y que asociando todos los grandes sentimientos para la muerte y para la defensa, produjera en los trances fuertes, aun las almas mas vulgares el desarrollo súbito de esa afeccion compleja que se llama heroismo. Los comandantes generales de provincia tenian el mando superior de los distritos en que esta se halla dividida; sus atribuciones eran muy latas, y por consiguiente muy estensos sus deberes; les correspondia concertar y combinar é instruir oportunamente á los comandantes de columna y distrito, velar por la conducta de estos y dar el mayor impulso posible á la guerra, pero no estaban obligados á dirijirla personalmente, pues se creia que en este caso, no obtendrian resultados inmediatos, porque ignorando el comandante general de la provincia lo que acontecia en un punto distante de aquel en que se encontraba, sus movimientos pecarian de tardios é inoportunos

y con marchas prolongadas y estériles en consecuencias propicias, se debilitaria el valor físico de las tropas, y aun llegaria á afectarse su moral, pues aunque no tan profundo, tiene una reaccion mas lenta y difícil, el desaliento producido por un golpe frustrado, que el que se origina de una derrota.

Se descubia en este sistema militar un pensamiento útil y fecundo, del cual surgian aplicaciones de un órden muy importante. Estendiendo la accion del ejército todo lo posible sin debilitar el nervio de su resistencia, y apoyándola por el contrario en puntos fortificados, se podia lograr á la vez, protejer todo el pais colocado á su espalda y estrechar por medio de movimientos progresivos hasta el punto de precipitarles del lado allá de la frontera, á los matinés que recorrian la parte mas occidental del Principado. Procurábase tambien y muy principalmente el cononocimiento del terreno sin el cual todas las operaciones tácticas resultarian defectuosas ó funestas, la conservacion de la disciplina que muchas veces se funda mas que sobre el sentimiento del deber, en el amor á los gefes; se establecia en los cuerpos la colidaridad del peligro, y la cohesion del compañerismo, tan propias para estinguir en los soldados cualquier gérmen de desercion, se tenian siempre víveres prontos y abundantes, y se lograba fácilmente en caso de una combinacion, que varias columnas cayesen simultáneamente, siguiendo líneas convergentes, sobre el centro del peligro.

En suma, este sistema habria sido eficaz y satisfecho las miras de su autor y del gobierno, si hubiera tenido suficientes elementos de aplicacion, pero las tropas que habia en Cataluña no bastaban á ocupar grandes círculos concéntricos, indispensables para cubrir militarmente el Principado ó por lo menos la parte mas amenazada y sobre la estensa periferia de estos, no solo operaban libremente los montemolinistas sino que se lanzaban, merced á la rapidéz de sus movimientos, al pais protegido por las columnas y merodeaban en él mientras que las columnas verificaban sus marchas con mas lentitud, ya por su organizacion regular, ya por ser menos prácticas en las escabrosidades y asperezas del terreno, y al destacarse de sus respectivos círculos ó distritos dejaban en cierto modo aportillada aquella especie de línea. De este modo se esplica y concibe bien como en este periódo, los montemolinistas débiles por su número y mas todavia por su organizacion y armamento, se presentaban á corta distancia de las poblaciones é inspiraban en ellas como hemos visto, serios recelos, adquiriendo de este modo una consideracion muy trascendental, pues aunque en Cataluña existiera el foco de la guerra, se habian notado síntomas de correspondencia en otros varios puntos.

Con efecto, en la provincia de Burgos, se levantó un partidario llamado el *Estudiante de Villasúr*, que al frente de veinte y tantos ó treinta caballos, recorria gran parte del litoral del Duero, proclamando á Carlos VI, recojiendo los caballos y los fondos procedentes de contribuciones directas ó indirectas y burlando con sus marchas precipitadas, los esfuerzos de algunos destacamentos de guardia civil mandados en su persecucion. En la Mancha cerca de la ciudad de Almagro y en el sitio denominado el *Chiquero*, se alzó

el 7 de Junio, invocando el mismo lema, D. Feliz Maria Calvente, antiguo coronel carlista, que en la guerra pasada habia dado sangrientas pruebas de un celo por la dinastía de D. Cárlos, y de sus dotes de guerrillero. Obraba al parecer en virtud de instrucciones de Cabrera y procuraba rodear el motivo de su aparicion de esa especie de misterio que atrae las voluntades dudosas, segun se colige de la siguiente comunicacion, dirigida á los alcaldes de los pueblos inmediatos al punto en que se encontraba.

Columna de operaciones de las dos Castillas.—Para sostener la tropa que me acompaña en la comision que me está encargada por el Exmo. señor conde de Morella, general en gefe de los reales ejércitos, en 11 de febrero último, necesito, se sirva V. remitirme con el portador y al punto que el mismo designare, las raciones que al márgen se espresan, bien entendido que de dejar de ejecutarlo, ó de causarme el menor trastorno por su inexactitud ó indiferencia, cargará V. con la responsabilidad en todo tiempo.—Dios guarde etc.—El coronel comandante en gefe, Feliz Gomez Calvente.—En el quinto de la Patria, el dia 8 á las siete de la mañana, termino de Abenhoja.

Temiase tambien por este tiempo, que estallase de nuevo la llama de la guerra en las provincias vascongadas, pues algunos emigrados de categoría é influencia, se habian agolpado á la frontera y uno de ellos el general Alzáa, fué preso y trasladado á Limoges. Por último, la instabilidad y endeble política de los ministerios, las intrigas de la corte, la incertidumbre que acerca del porvenir empezaba á apoderarse de los ánimos, el sentimiento que tenia la parte sana de la nacion por no haber logrado afianzar una paz estable, sólida y próspera despues de tantos sacrificios y la miseria pública que es por lo regular el sello y efecto de las calamidades prolongadas, produjeron dolorosos y sangrientos conflictos en Sangüesa, la Serena, Avilés y otros pueblos de la costa de Galicia, cuyos habitantes irritados por la carestía del trigo, se opusieron á viva fuerza á la esportacion de este cereal.

Aunque muchos de estos elementos de trastorno no tenian el mismo orijen, conspiraban todos al mismo fin, porque en las tempestades políticas como en las atmosféricas, todas las fuerzas desorganizadoras propenden hácia el punto en que se rompió el equilibrio. Asi es que en Cataluña la guerra se encrespó mas en el mes de julio y la audacia de los montemolinistas se acrecentó de una manera inaudita. Un hecho entre otros muchos probará el arrojado valor de estos.

En la mañana del dia 2 se presentaron el jefe montemolinista Bocuca y su asistente en la posada del Can Có, donde almorzaron tranquilamente y se retiraron sin manifestar el menor temor ni recelo. El Can Có distaba un cuarto de hora de la ciudad de Vich, donde habia bastantes fuerzas leales al gobierno; Bocuca y su asistente iban armados de trabucos, y su actitud hostil por consiguiente multiplicaba los peligros, pero salieron incolumes de éste provocado con tanta temeridad y debieron concebir grandes esperanzas para el porvenir, pues los sentimientos de los hombres se engrandecen ó deprimen segun el influjo próspero ó adverso de las circunstancias. En la noche

1. *Puente del Remedio.*
2. *Yglesia de los Trinitarios.*
3. *Conventó de S.to Domingo.*
4. *Yglesia de la Catedral.*
5. *Yglesia de la Piedad.*
6. *Convento de S.ta Teresa.*
7. *Idm. de Capuchinos.*
8. *Puente de S. Fran.co*
9. *La Riera.*
10. *Puerta Nueva.*

VISTA MERIDIONAL DE LA CIUDAD DE VICH.

del mismo dia 2 algunos montemolinistas, cuyo número no pudo determinarse, llegaron hasta las puertas de Vich y sostuvieron un ligero tiroteo con la guarnicion, sin empeñarse sériamente en un choque que para ellos, segun todas las probabilidades, debia tener funestos resultados. Se habian propuesto demostrar que ejercian un predominio absoluto sobre el estenso diámetro de la alta montaña y conseguido este objeto mas moral que material, se retiraron al seno de aquella naturaleza imponente.

Menos feliz que esta partida fué otra acaudillada por el apellidado Cuadros (á) Marchantó, pues atacada briosamente en Valldarà el dia 5, por la columna que marchaba á las órdenes del comandante Patiño sufrió una derrota y dispersion tan completa, que el gefe Marchantó, y siete de los suyos temiendo caer en manos de sus perseguidores, depusieron las armas y se acojieron á indulto. No alcanzó tampoco buena fortuna otra partida de 83 hombres que se situó en el pueblo denominado la Torre del Español, porque acometida el dia 6 por la columna de Igualada, se dispersó, dejando en el campo dos muertos y llevándose algunos heridos. Otro choque de escasa importancia acaeció en el pueblo de Gallife entre 40 ó 50 montemolinistas y el destacamento de Moya y no fué mas notable el sostenido por los 100 hombres que mandaba el *Estudiante de Posas* y la columna dirigida por el comandante Valdivieso. Por este tiempo ocurrió tambien el encuentro de Funcollosa. Reuniéronse las partidas Vilella, el Griset y Caletrus, constituyendo en todas la suma de 150 hombres, y se ocultaron en la casa denominada de Funcollosa, esperando sin duda sorprender algun destacamento ó grupo de tropas que debia pasar por aquel sitio, mas fueron descubiertas por la columna de Igualada á cuya cabeza marchaba el comandante del regimiento de la Union D. Miguel Cathalan. Un fuego nutrido de fusilería dió principio á la accion, pero los montemolinistas vueltos en sí de la sorpresa, defendieron valerosamente su posicion durante algunas horas y no la abandonaron hasta que se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos, habiendo causado alguna pérdida á sus enemigos y constituyendo la suya, 4 muertos y 4 prisioneros.

Mas aciago fué para los montemolinistas el encuentro del 22. Marsal sugerido tambien por la esperanza de sorprender un destacamento de guardia civil, se corrió en el referido dia, desde Lloret del Mar á Vidrieras y se ocultó con su gente en una casa de campo inmediata á este último pueblo. Las columnas de Mataró y Sta. Coloma de Farnés que algun tiempo antes, marchaban sobre las huellas de este gefe montemolinista, le alcanzaron en el sitio indicado y le embistieron con intrepidéz: tres horas duró el fuego y al cabo de estas, Marsal que se reconocia muy inferior en fuerzas abandonó el sitio del combate dejando en él 3 muertos y seis prisioneros. Las columnas vencedoras emprendieron entonces una persecucion activa y próspera, logrando aumentar hasta 12 los prisioneros, perteneciendo á este número el comandante montemolinista D. Manuel Herrero, el capitan D. Magin Maten y el sargento Ramon Marot. Marsal mismo estuvo muy espuesto á tener igual suerte, pues su caballo fué muerto en la fuga y

se vió en una posicion doblemente crítica por la circunstancia de ser cojo, pero debió su salvacion al generoso valor de algunos de los suyos. Las tropas de la reina tuvieron 8 heridos, algunos de gravedad y entre ellos un teniente del regimiento de Córdoba llamado D. Nicolás Rafols.

Pero ninguno de estos choques tenia una influencia real y positiva sobre el desenlace de la guerra: el partido montemolinista como todo partido que empieza á formarse y organizarse, no necesitaba cobrar crédito en la opinion por medio de señalados triunfos; para él no sucumbir era vencer y el incremento progresivo de su existencia activa constituia una verdadera victoria. Las pequeñas ventajas materiales obtenidas á costa de penosos esfuerzos y redobladas fatigas por las tropas de la reina, desmembran, es verdad, las filas de su enemigo, pero no contribuian á aniquilarle, ya por la razon arriba consignada, ya porque existian sin removerse las causas generales de la insurreccion, ya tambien porque este neutralizaba el efecto producido por estos lijeros descalabros con su osada conducta y sus golpes de mano.

Notable fué por estos dias la sorpresa de la Llacuna. Hallábanse oyendo misa en la alborada del 25 en la iglesia del precitado pueblo, el capitan graduado D. Manuel Pavía y 12 soldados. Otros cuatro bajo las inmediatas órdenes de un cabo estaban en la torre, desde donde se dominaba el pueblo y el caprichoso panorama que se estiende á su alrededor; 12 hombres mas ocupaban la casa-cuartel y debian desplegar esa vijilancia que la prudencia mas vulgar recomienda cuando hay en las inmediaciones, un enemigo activo, astuto y emprendedor. Pues á pesar de estos precedentes y sin que nadie se apercibiera de su llegada, se presentaron 40 matinés bajo las órdenes de Caletrus é intimaron la rendicion á los isabelinos. Vueltos á penas estos de la sorpresa, quisieron apelar á sus armas abriéndose paso con la punta de las bayonetas, pero al ver la puerta erizada de sables, fusiles y trabucos, y creyendo mayor el número de los montemolinistas, cayeron de ánimo y se entregaron á discrecion. Igual suerte sufrieron el cabo y los cuatro soldados encerrados en la torre que obedeciendo una órden del capitan Pavía depusieron las armas, pero ni las palabras de este oficial, ni las violentas intimaciones de los montemolinistas, ni el nutrido fuego que estos hicieron sobre la casa-cuartel bastaron á arredrar á los valientes que la defendian. Desesperados los montemolinistas de vencer tan gallarda defensa; amenazaron á los cercados con incendiar el edificio, pero estos contestaron á semejante conminacion con un vivo fuego graneado. Era tanto mas notable la denodada obstinacion de estos 12 soldados porque se hallaban sin gefe y obedecian únicamente la voz y el ejemplo del cabo segundo Francisco Valverde, pero cuando el entusiasmo se enciende en el corazon de los hombres no necesitan la direccion para que su muerte sea gloriosa, sino para que sea fecunda á su causa. La fortuna por fin premió los esfuerzos de estos bizarros soldados, porque convencidos los montemolinistas de la inutilidad de sus tentativas abandonaron aquel sitio llevándose los 17 prisione-

ros. En la mañana del dia siguiente concedió Vilella libertad al teniente Pavía, cuya circunstancia unida á su falta de cautela, hizo nacer algunas sospechas acerca de su lealtad y al presentarse en Gerona se le sometió al fallo de una comision. Respecto á la suerte de los soldados circularon entonces diferentes versiones sin que se haya logrado todavía depurar la verdad; unos supusieron que se les habia permitido volver ilesos á sus columnas, y que al concederles la libertad Vilella, les llamó la atencion sobre este comportamiento suave y benigno, tomando de aquí ocasion para afear la dura conducta de las autoridades de la reina y otros han afirmado que aquellos infelices prisioneros fueron sacrificados de la manera bárbara é inhumana que veremos despues.

En una guerra de emboscadas y sorpresas como la que se hacia entonces en Cataluña, los montemolinistas debian obtener la mejor parte. Perseguidos vigorosamente por las columnas isabelinas, hacian alto alguna vez al amparo de una cresta formidable, de un bosque, de una garganta, de un desfiladero, ó de una cadena de montañas, verificaban algunos disparos, causaban pérdidas ó por lo menos fatigaban á las tropas perseguidoras y cuando estas sostenidas por el celo y la disciplina, lograban vencer las grandes dificultades que ofrecia el terreno y se aprestaban á sostener la accion con condiciones iguales, se dispersaban aquellos para reunirse algunas horas despues en un punto convenido y caer sobre algun destacamento ó cualquiera otra pequeña fuerza que estuviera en un pueblo abierto ó sin mas proteccion que la de una casa aspillerada. Asi hicieron prisioneros los soldados de la Llacuña y asi tambien se apoderaron del destacamento del Hostalnau.

A las once y media de la noche del 30 se presentó en Hostalnau una partida montemolinista compuesta de cien hombres y sin parar la atencion en el pueblo se dirijió á la casa fuerte donde se habian encerrado algunos guardias civiles, mandados por el sargento segundo José Soler. Decididos estos á defenderse, rompieron un vivo fuego de frente sobre los matinés, que despreciando el peligro se acercaban con intrepidez á la casa ocupada por el destacamento. Este edificio fortificado lijeramente carecia como casi todos los demas de su clase de las condiciones necesarias para resistir un ataque regularmente combinado. La fachada principal guarnecida de silleria y piedra berroqueña en la parte superior, iba á rematar en un ángulo agudo. Desde el vértice de este ángulo, el techo tomaba la forma de un plano inclinado gravitando sobre la espalda de la casa, lo que hacia fácil su acceso por esta parte.

En efecto, los montemolinistas subieron al tejado por este punto é introdujeron algunos haces de heno ardiendo. El fuego sostenido por los muchos combustibles encerrados en la casa, se levantó de repente lanzando un estallido, con tanta fuerza é incremento, que los guardias atemorizados se acercaron á su gefe y le suplicaron que suspendiese una defensa cuya prolongacion no podia tener otro término que el de envolver á todos ellos entre las llamas. El sargento Soler en presencia de peligro tan apremiante, vaciló todavia, pero comprendiendo sin duda la inutilidad

de su sacrificio se decidió á capitular. Los montemolinistas se contentaron con llevarse las armas y municiones de los guardias civiles, sin irrogarles daño alguno en su persona y libertad. Esta conducta humana y conciliadora y la que observó Marsal dos dias despues con un oficial de carabineros en el pueblo de Margot, hicieron concebir la lisonjera esperanza de que la guerra perdiendo su carácter airado y sangriento serviria para sostener en el campo de las lides, un derecho ó una pretension sin ultrajar los fueros de la humanidad.

Pero un horrible suceso cambió bien pronto en funesta, esta lisonjera perspectiva. A las once y media de la noche del 30 de julio se percibieron algunos disparos hácia la Cruz de Coll, término de Manresa. El comandante militar de este punto, salió al frente de dos columnas á recorrer el distrito, mas viendo que no habia enemigo alguno en todo el ámbito de su demarcacion, regresó á la ciudad á las dos y media de la mañana, atribuyendo las detonaciones á la presencia casual é instantánea en el sitio indicado, de algun grupo de montemolinistas. Sin embargo, los tiros anunciaban una deplorable castástrofe; á las cuatro y media de la misma mañana recibió el comandante aviso de que un poco mas allá de la Cruz, habia algunos muertos pertenecientes á las tropas de la reina. Trasladóse inmediatamente al punto designado seguido de un agente de policia y fué testigo de un espetáculo terrible: 15 cadáveres completamente desnudos y colocados en fila cubrian casi en toda su latitud, la carretera de Manresa á Barcelona; estaban atrozmente inutilizados: unos tenian la cabeza casi desprendida del cuello, otros habian sido acribillados á balazos. Algunos morriones destrozados y dispersos en los alrededores y sobre cuya galleta se veia el número 28, indicaban que aquellos sangrientos despojos pertenecian á los soldados del regimiento de la Union. Con este motivo se afirmó que los 15 cadáveres eran de los prisioneros de la Llacuna, añadiendo que estos desgraciados colocados en la alternativa de perecer ó faltar á sus juramentos, sacrificaron su vida en aras de su lealtad.

Este triste suceso fomentó de nuevo el sistema de represalias que iba debilitándose poco á poco y este cánon sangriento comprendió á algunos sugetos dignos de mejor suerte. Entre los prisioneros de la acion de Vidrieras, se hallaban segun hemos dicho, el comandante montemolinista don Manuel Herreros, un capitan del apellido Maten y varios individuos de tropa. El comandante Herreros era uno de esos hombres cuya vida puede describirse de una sola plumada; tenia una de esas organizacienes homojéneas que no se alteran con las circunstancias: carácter firme y estable, alma de buen temple y un corazon abierto á todos los sentimientos nobles y aunque mostró en las acciones el valor franco y ardiente del soldado, tenia tambien muy buenas prendas de oficial y con otros medios y mejor fortuna, hubiera hecho un papel brillante en la campaña. Deciase que en mas de una ocasion habia arriesgado su vida para salvar la de sus prisioneros amenazada por la ira impolítica de otros jefes, ó por la irritacion de sus insubordinadas tropas. Bien que las aventajadas partes de este jefe montemolinista, fueran

apreciadas como parece regular por el capitan jeneral, bien que este alto funcionario creyera prudente suavizar las acerbidades de la guerra, recurriendo á la clemencia de la reina, lo cierto es que se habia solicitado indulto en favor de Herreros y de sus compañeros de infortunio.

La catástofre de la Cruz del Coll precipitó la de estos infelices, pues apenas tuvo noticia de aquel acontecimiento el jeneral Pavía, mandó ponerlos en capilla, y el crepúsculo del 31 de julio se reflejó débilmente sobre los lívidos restos de 16 prisioneros. De este modo se renovó la efusion de sangre, contra los planes del partido montemolinista que tenia interés en aparecer conciliador y solo por el hecho de algunos de sus individuos, porque los nombres depravados son los peores enemigos de la causa que defienden. En las guerras de pueblo á pueblo lo hace todo el sentimiento nacional; en las guerras civiles los sentimientos individuales contajian y malefician la causa comun y esta de seguro se aniquila cuando con mengua de la humanidad, se elevan á las pasiones, ecos horribles hecatombes.

Mas por el pronto estas medidas de sangre solo sirvieron para recrudecer la guerra y darla nuevo impulso. Es verdad que las operaciones y momovimientos de ambos belijerantes durante el mes de agosto fueron poco notables bajo el concepto militar, pues no ocurrieron otros hechos de armas dignos de especial mencion que el acaecido el dia 2 en Labisbal entre las partidas de Gruet, Pou Mané, Bourjes y algunos mozos de escuadra y guardias civiles, los cuales no pudiendo resistir el impetuoso acometimiento de los montemolinistas se retiraron á otro pueblo inmediato dejando aquel á discrecion de su enemigo que se contentó con demoler el fuerte: el del Hortal, de la Arengada donde fueron rotas y dispersas las pequeñas partidas de Mus y del Estudiante de Posas y finalmente el sostenido el dia 12, con pertinaz denuedo por la jente del montemolinista Borches contra la columna de Granadella, en el precitado pueblo de Labisbal; pero la verdadera importancia de la guerra procedia del incremento numérico de los montemolinistas, de la encarnacion que iba adquiriendo su causa en el cuerpo del pais, de la apatía progresiva de los pueblos catalanes, siendo consecuencia de ella, los osados planes y rápidas correrías de las partidas y los rasgos de esa audacia casi fabulosa que hemos señalado ya, por parte de los individuos. Como pruebas de este último aserto puede citarse el valor temerario de un matiné, que hallándose en una casa de Cornudella á tiempo que entraba en este pueblo la columna de Cervera, estuvo apuntando desde una ventana, con su trabuco, al oficial que la mandaba, debiéndose el que no disparára á la oportuna intervencion del dueño de la casa. Pocos dias antes, hallándose en el mismo pnnto la columna de Tarragona, fué un asistente con la boleta en la mano preguntando por el alojamiento, pero en la confluencia de dos calles se vió sorprendido por tres matinés que le arrebataron el fusil, la bayoneta y el sable, y desaparecieron sin que nadie acertára á seguir sus huellas. Otro hecho análogo acaeció en Igualada, donde penetraron 6 matinés. llegaron hasta la tercera casa de la calle de la Soledad, y viendo á dos soldados sentados en el dintel de la puerta al lado de una muchacha y un jóven de 15 años, les

intimaron la rendicion. Acuden los soldados á sus armas aprestándose á la defensa; los montemolinistas hacen una descarga; cae el jóven mortalmente herido, los isabelinos contestan con sus disparos y aunque habia en Igualada un destacamento de guardia civil, varios ajentes de P. y S. P. y alguna fuerza de línea, siguen los matinés defendiéndose y ofendiendo durante un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo se retiraron por donde habian venido sin sufrir el menor quebranto. Estos acontecimientos tan parciales tenian una influencia trascendental, pues muchos jefes de prestijio y valía, campeones ardientes de la pasada guerra, á quienes el temor de perder su reputacion y de ajitar sus fuerzas en inútiles tentativas, habia retraido de penetrar en Cataluña, se presentaban guiados por la benevolencia de la opinion. Tales fueron entre otros menos notables, el apodado *Pep del Olí* y Castell (á) *Gravat de Monsenny*.

En el mismo periodo hacian los montemolinistas vigorosos esfuerzos por jeneralizar la insurreccion. Borches al frente de 300 hombres atravesó el Ebro y se arrojó sobre la inportante ciudad de Fraga, llave principal del Maestrazgo, donde en la anterior guerra dinástica se habian acumulado tanta gloria y tantas desgracias: el Ebanista al frente de 80 voluntarios se abrigó en las escabrosidades de Galicia, desde donde hacia frecuentes escursiones; la voz pública que es el último y el menos falible de los oráculos, anunciaba la próxima entrada de Elío en las provincias vascongadas y para colmo de complicaciones en el ejército, que hasta entonces se habia mostrado tan leal como valiente, empezaba á establecerse la cáries de la desercion, pues el dia 12 abandonaron sus banderas, escapándose de la plaza con su armamento, 54 soldados de la guarnicion de Tuy.

Varias causas contribuian á este engrandecimiento de la guerra y el gobierno fomentaba indiscretamente la principal y de mas trascendentales resultados. Tratóse de plantear la nueva ley de aranceles espedida en 1.º de agosto por el ministro Salamanca, ley que comprometia de un modo muy grave los intereses de la industria catalana y que socolor de protejer las miras económicas de las demas provincias españolas, autorizaba en los mercados la concurrencia de los artefactos y manufacturas estranjeras, y aniquilaba sin duda el elemento fabril de Cataluña, falto de poder para rivalizar con las dos grandes factorías de Europa, la Inglaterra y la Francia. Así es que la primer noticia de esta ley produjo una conmocion profunda en toda la parte laboriosa del Principado. Se elevaron al gobierno esposiciones, llenas de templanza y mesura, pero conservando la enerjía de la razon y el mismo general Pavía instado por los fabricantes y previendo los males que debia producir la aplicacion de la ley se dirijió al ministerio con fecha 4 de setiembre considerando la cuestion bajo el doble aspecto político y financiero y no ocultando que la insistencia en llevar á cabo la ley podria lanzar al Principado en los últimos estremos de una guerra civil. Con efecto, aunque los pueblos no siempre se ajitan en pos de los principios políticos que son la vida de la imajinacion social, nunca sufren ni toleran las medidas que atenten á su bienhestar material, porque obedecen á la ley

de la conservacion propia en sus diferentes grados y refracciones. En la citada esposicion el jeneral se producia en términos tan esplícitos y notables, que no vacilamos en insertarles á continuacion.

»El mal estriba, decia, despues de la crisis fabril y comercial por que este pais va pasando, en el profundo disgusto que en él cunde como consecuencia del desaliento producido por el estado en que se pinta á la córte, y yo creeria faltar á mis deberes y faltarme á mí mismo si á fuer de español honrado, y amante de mi reina, omitiese decir á V. E. que en menos de dos semanas quizás lleguen á 300 hombres los que por mis datos y cálculos, han desaparecido de distintos puntos de Cataluña y marchado á reunirse á las gabillas rebeldes. La alarma y la inquietud van introduciéndose insensiblemente en todas las clases y no alcanza á ponerles coto, el refuerzo que debe recibir este ejército ni aun cuando fuese mucho mayor bastaria á lograrlo; pues que con solo las tropas no puede devolverse la tranquilidad interior que por momentos van perdiendo los hombres mas influyentes por su riqueza, saber y servicios de los que va filtrando, á todas las clases.»

Cataluña encierra infinitos elementos que una vez puestos en accion son peligrosísimos; hoy considera heridos de muerte sus intereses, y que se acerca el momento de verlos desaparecer del todo; hoy se ajitan activa y laboriosamente los abundantes gérmenes revolucionarios que contiene; y últimamente el partido carlista que ha fijado su vista en este pais, utiliza y aprovecha circunstancias que le son tan favorables; porque prescindiendo de que en los pueblos puedan ó no encontrar simpatías, la miseria de las clases obreras se presta á sus miras, en cuanto que todos los necesitados y disgustados se acojen á donde encuentran medios de subsistencia, y aunque los facciosos esten muy escasos de recursos, nunca puede ser hasta el punto de fartarles aquellos, toda vez que con la fuerza los exijen y sacan del mismo pais.

Cualquiera que sean las dificultades que en otro distrito de España se presenten, no es posible desconocer, que los que intenten en ellos hacer oposicion al Gobierno necesitan invocar una bandera, y correr los riesgos de un primer ensayo, mientras que en Cataluña esta alzada aquella, y existe un núcleo al que acuden y acudirian mas marcadamente todos los descontentos, siquiera unos lo hagan por simpatía con la causa proclamada por las gavillas facciosas, y otros por distintas miras para el porvenir. Con este motivo tampoco dejaré de fijar la atencion de V. E. en que cuando tomé el mando de este distrito existian en él sobre 350 facciosos, que no obstante los descalabros que han sufrido ha podido llegar á ser hoy unos por efecto de las infinitas complicaciones que han surgido, y en medio de que las tropas no han esperimentado descalabro alguno notable. Yo deseo que el gobierno de S. M. fije la atencion, en que manteniéndose aquí guarniciones ó destacamentos, 23 columnas de operaciones, mandadas varias por primeros ó segundos comandantes, y teniendo necesariamente que estar todo el ejército diseminado, el dia en que como podria suceder, á despecho de toda vigilancia actividad y buen deseo, sufriere un re-

Digitized by Google

ves cualquiera de dichas fracciones, el estado de la opinion aun empeoraria, esperimentándose una fuerte reacion entre todos los partidos y clases, cuando ya hoy puede decirse que su posicion es de resistencia al mismo gobierno; y si llegado el 1.° de octubre se plantea el real decreto de 1.° de agosto y empiezan á sentirse sus consecuencias, como sucederá por la imposibilidad de cubrir las costas y fronteras de las provincias, no es fácil calcular todas las consecuencias que de semejante situacion pueden seguirse.

De aquí el que yo me juzgue en la sagrada aunque desagradable obligacion, de hacer presente á V. E. que si no se procura aplicar un pronto y eficaz remedio, preveo que en Cataluña, se acercan graves males para el pais y para el mismo trono de la reina, en cuya defensa todos estamos tan interesados.»

Habia una verdad profunda en este cuadro trazado por el capitan general de Cataluña, mas el gobierno de aquella época formado por la reaccion momentánea contra los desaciertos y faltas de las dos grandes fracciones liberales y muy heterogéneo en su constitucion personal, quiso captarse la benevolencia pùblica, acometiendo graves reformas en diferentes ramos de administracion. Pero no supo en materia tan importante aconsejarse con la oportunidad, porque olvidó ó quiso olvidar tal vez instado por la premura del tiempo, que en una sociedad doliente como la nuestra, los mejores remedios se convierten en tósigos violentos si se aplican en mala hora. Viendo pues que el general Pavia apoyado en el testimonio de los hechos, entorpecia su marcha económica en el Principado, sacrificó la situacion de este gefe al logro de sus proyectos, relevándole de la capitanía general y mando en gefe del ejército de Cataluña, por decreto fechado en 1.° de setiembre, es decir tres dias antes de que aquel dirijiera la esposicion arriba consignada. Sin embargo, aunque la principal no fué esta la única causa que influyó en la separacion del general Pavia. Habíase mostrado este desde su advenimiento al mando, inflexible con los montemolinistas y aunque esta conducta tuviera en su defensa fuertes razones de conveniencia, porque el que transige siempre se declara medio vencido y el que contemporiza con una insurreccion naciente renuncia á la victoria para el porvenir, no obstante se graduó por muchos de intempestiva tal severidad, y el gobierno acojiendo como sentencia de la opinion, lo que era dictámen de unos pocos, creyó que al cambio de un sistema iba cifrada la estincion de la guerra, y eligió otro gefe.

Fué este D. Manuel de la Concha, caudillo jóven que habia recojido fáciles laureles en su espedicion de Portugal, obteniendo como premio de sus últimos servicios en este reino, el título de *marqués del Duero*. No era Concha un hombre nuevo en Cataluña, pues habia desempeñado poco antes la capitanía general del Principado con tino y prosperidad y gozaba de la reputacion de activo, conciliador, intelijente y pundonoroso. Tenia ademas esa ambicion del acierto, noble patrimonio de la juventud, que no se liga á un plan determinado, sino que admite las modificaciones de los

hombres y de las circunstancias. Con estos precedentes, con su reciente prestigio, y gran golpe de tropas de refresco que llevó al Principado, parecia probable que Concha terminára la guerra en muy corto periodo. El refuerzo que conducia estaba compuesto de once batallones de cazadores, tres del rejimiento de Soria, dos del de San Fernando, uno del de Estremadura, dos de Castilla, dos de Asturias, el de caballeria de Lusitania, un escuadron de Calatrava y dos compañías de zapadores. Casi duplicado de este modo el ejército constituyó un cuerpo de 42,000 mil hombres, número mas que suficiente para resolver todas las eventualidades de la campaña, aun en un pais y en una guerra, tan poco á propósito para grandes combinaciones estratégicas. Los montemolinistas en esta época apenas ascendian el número de 1000 hombres y aunque habian corregido algo su viciosa organizacion, conservaban su primitiva movilidad de guerrillas.

El dia 12 de setiembre tomó posesion de su nuevo cargo el general Concha y bien fuera aleccionado por la esperiencia, bien obedeciendo á inspiraciones de origen mas elevado, se propuso ofrecer á los montemolinistas la oliva de la paz, antes de recurrir á los últimos rigores de la guerra. Fiel á este pensamiento, publicó con fecha 28 del precitado mes un bando concediendo á los montemolinistas un indulto tan general y absoluto que no establecia ni aun las escepciones ordinarias de gefes de partida, caudillos ó instigadores de la insurreccion. Al propio tiempo pretendió escitar la enerjía del pais y darla una direccion conforme á sus miras en órden á la conclusion de la guerra, y lejos de desplegar medidas violentas para lograr este fin, trato de conseguirle, empleando el resorte del premio y la recompensa, resorte eficaz para mover á pechos duros y altivos como los catalanes. El somaten, esa institucion guerrera, el recuerdo mas vivo de la gloria y la última aurora de las libertades catalanas, venia á ser de hecho inútil al parecer cuando se levantaba en virtud de una órden emanada de las autoridades del Principado, ya porque casi siempre se hallaban pretestos para diferir su formacion en la ausencia, ó indisposiciones fingidas ó verdaderas de los alcaldes de los pueblos que gozaban la voz y fuero de *capitanes á guerra*, ya porque las marchas eran tardías ó dirigidas con malicia, y ya principalmente porque las leyes no son mas que un suplemento de la conciencia humana y cuando esta no se nueve por el cálculo ó por la pasion, aquellas resultan ilusorias. El general Concha comprendiendo sin duda esta verdad y queriendo asociar el interés de los pueblos catalanes á la destruccion de los montemolinistas, dispuso en el mencionado dia que todo pueblo que en somaten aprehendiera ó matára algunos de los matinés, quedaría exento del correspondiente cupo de quintos, estendiéndose igual beneficio á los pueblos. donde en igualdad de circunstancias, resultasen uno ó varios mozos muertos ó heridos, disfrutando ademas estos ó sus inmediatos descendientes del mismo privilejio, y obteniéndole para siempre, el individuo que aprehendiere á cualquier gefe montemolinista.

Parecia que despues de este bando los pueblos de Cataluña entrañablemente adversos al doloroso tributo de sangre, se alzarian en masa,

Digitized by Google

anhelando conquistar unas esenciones que tanto debian lisongearles, y que los montemolinistas acorralados por las numerosas tropas que afluian al Principado y amagados por la gran masá de la poblacion arrojarian las armas y acojerian con reconocimiento el perdon con que aun les brindaba su vencedor; pero no sucediò asi; los pueblos mostraron la misma indiferencia inactiva que antes; casi todos los montemolinistas permanecieron fieles á su bandera; sus jefes comprendiendo que en el misterio está cifrada la mayor importancia de los sucesos adversos, procuraron dar al bando toda la publicidad posible y uno de ellos D. Marcelino Gonfán, (á) Marsal que ya por esta època empezaba á adquirir reputacion y prestijio, reunió su jente, y en una alocucion corta y sentida, manifestó todos los azares y continjencias de su situacion, añadiendo que habia llegado el caso de optar entre el honor y la seguridad. Este paso aseguró muchas voluntades vacilantes, porque el pundonor es la última salvaguardia de una fidelidad mal probada.

Es verdad no obstante que se presentaron á indulto algunos montemolinistas, pero ni el número ni la calidad de estos podia influir en el desenlace de la guerra, y como por otra parte muchos de estos se habian presentado impelidos por la necesidad, conservaban el propósito de regresar á sus filas tan luego como la ocasion les fuera propicia.

Viendo Concha que sus primeras determinaciones y buenos oficios no habian alcanzado el èxito apetecido, resolvió obrar con enerjía y publicó otro bando en 2 de octubre, que tenia por objeto regularizar el servicio de partes y comunicaciones, y en él conminaba con la multa de 1000 á 10,000 reales á los ayuntamientos de los pueblos que no dieran oportuno aviso de los movimientos y operaciones de los montemolinistas. Los dueños de quintas ó caserios que incurrieran en la misma falta debian satisfacer desde 200 á 2000 reales segun la gravedad del caso y de las circunstancias. Pero á pesar de esta disposicion, Concha no queria chocar de frente con el espíritu del pais, y asi es que, consignaba y admitia varias circunstancias atenuantes, figurando entre las principales la de haber prestado servicios importantes en el somaten y la de haberse distinguido anteriormente por su puntualidad en las comunicaciones. Con este rasgo de justicia distributiva conciliaba Concha el cumplimiento de sus órdenes con la base capital de su sistema que consistia, segun hemos dicho, en dirigir el espíritu del pais hacia el esterminio de los montemolinistas.

Bien se traslucia esta idea en una alocucion que dirijó á las tropas con la misma fecha del 2 de octubre, porque despues de recordarlas sus gloriosos timbres y la necesidad de mantener pura é intacta la disciplina, sin la que el valor no es mas que un mérito para la muerte, decia á este último propósito. «Humanos en el combate con los vencidos, considerad al pacífico habitante, respetad sus hábitos y costumbres; que los catalanes admiradores siempre de los grandes hechos, vean en vosotros á sus amigos, sus hermanos, los conservadores de sus bienes y fortunas, los protectores de su laboriosidad, de sus bienes, de su industria que prosperan con la paz y esa paz la obtendrán; yo se la prometo.»

Sin embargo, era muy problemática entonces esa paz, y todos los dias iba desvaneciéndose alguna de las alhagüeñas esperanzas, alguna de las grandes probabilidades que las jentes crédulas ó bien intencionadas habian fundado en la aglomeracion rápida de tantos elementos por parte del gobierno. Cuando se cifra el éxito de una empresa sobre las primeras impresiones, el tiempo es un enemigo invencible, y el transcurso de este sin que se realizáran las promesas del nuevo capitan jeneral de Cataluña, produjo amargos desengaños.

Sorprende ciertamente á primera vista que el carácter catalan accesible á los grandes sentimientos no respondiera á la apelacion hecha por el mar qués de Duero, y que secundando las miras de este jeneral no conspirára á la conclusion de la guerra. Pero estudiando con alguna detencion la influencia y jiro de las circunstancias, la sorpresa desaparece y se presenta clara, sencilla y natural la lójica de los hechos y la relacion de las causas. Cataluña oprimida bajo el peso de las contribuciones, amenazada de muerte en sus intereses fabriles, viendo que se la arrancaba alguna de sus mas caras franquicias, siendo tal vez la mas importante, la exencion de quintas de que habia disfrutado por largo tiempo, y contemplando como el resto de la nacion los vaivenes y desventuradas peripecias que ocurrian en las altas rejiones del poder, no podia interesarse en la conservacion de un gobierno que sobre reputarse precario, la heria en las fibras mas delicadas de su constitucion. De aquí el que los pueblos recibieran con disgusto las armas que se les distribuian por órden del capitan jeneral y las empleáran sin resultados en la persecucion de los montemolinistas.

La conducta de estos por otra parte no podia inspirar ódio ni animadversion fundada á los habitantes del Principado. Los jefes procuraban con laudable ahinco insinuar en sus subordinados el espíritu de disciplina, y estirpar los hábitos de brigandaje que algunos de ellos habian contraido en la guerra anterior. Mas de una vez habian reprimido con mano fuerte los escesos y desmanes cometidos, y mas de un matiné pagó con su existencia el haberse abandonado á esas tropelías, que deshonran la causa mas pura y que infrinjen todos los derechos de la guerra, pues la fuerza no debe ser mas que la sancion de la justicia. Este sentimiento equitativo y en bella armonía con la política, fué por este tiempo reducido á sistema y sirvió de norte á los principales caudillos montemolinistas, y Castells que se titulaba *jefe superior de todas las fuerzas reales que operaban en Cataluña*, remitió á los ayuntamientos una circular, previniéndoles severamente que le participáran las marchas y operaciones practicadas por las tropas de la reina y refiriéndose despues á algunas exacciones injustas cometidas en los pueblos por los matinés, se espresaba en estos términos: «Por otra parte he sabido con la mayor indignacion, que algunos individuos bajo el nombre de carlistas y usando del nombre de algunos jefes de los que mandan partidas, se han presentado á algunos particulares haciéndoles pedidos para la manutencion de las tropas reales, siendo así que no sirven mas que para ellos mismos y pueden calificarse de robos; habiendo por otra parte cometido varios

escesos que desacreditan á los verdaderos defensores de la justa causa; queriendo evitar á toda costa por cuantos medios estén á mi alcance semejantes escesos, prevengo á todas las justicias en jeneral, y á cada una en particular, que hagan saber á sus subordinados, que cualesquiera individuo ó individuos que se presenten á hacer alguna especie de pedido aunque sea bajo el nombre de un jefe conocido, si no se hallan debidamente autorizados, procuren apoderarse de sus personas, aunque sea levantando un somaten y en el caso de titularse carlistas ó paisanos me los presenten á mi ó al jefe de partida mas inmediata y si fueren enemigos lo verificarán à sus superiores.»

Disposicion era ésta reparadora y de laudables tendencias, porque los principales quebrantos y vejaciones que en tiempos de guerra esperimentan las poblaciones inermes no proceden de las fuerzas militares regularmente organizadas, sino de las demasías que perpetran esos hombres que constituyendo la hez de la sociedad, solo buscan en las revueltas un estudio mas ancho para sus crímenes.

Bajo estos auspicios inauguró su campaña el general Concha. Salió de Barcelona el dia 2 de octubre y se dirijió á la alta montaña seguido de numerosas fuerzas de caballería é infantería. Pensaba, reforzando las columnas de operaciones, arrojar á los montemolinistas sobre las vertientes del Pirineo, dejando cubierta y amparada la costa contra cualquier incursion repentina de parte de aquellos, y estrechándoles en un corto diámetro por medio de columnas que obraran simultáneamente centralizando cada vez mas sus movimientos, ponerles en la alternativa de deponer las armas, traspasar la frontera ó perecer aconchados sobre una lengua de tierra áspera y escabrosa, ya bajo los rigores de la miseria, ya por las armas de las tropas de la reina. Contaba tambien Concha con que la noticia de tantos y tan formidables aprestos militares puestos en juego, y la accion enérjica de tantas fuerzas intimidaria á los montemolinistas, y que si estos habian persistido en sus propósitos mientras le vieron ocupado en Barcelona con las primeras atenciones de su cargo, ahora se doblegarian bajo dificultades ostensibles de su situacion, pues hay una distancia casi inconmensurable entre la noticia y presencia del peligro; pero resultó todo lo contrario. Los jefes montemolinistas, lejos de arredrarse hicieron alarde de una osadía mayor que la que habian desplegado hasta entonces. El mismo dia (3 de setiembre) en que Concha llegó á la ciudad de Vich, se situaron en el inmediato pueblo de San Julian, Marsal y Bou, con 700 hombres, y para dar mas importancia á esta actitud hostil, echaron delante 10 ó 12 caballos que se dirijieron hácia Vich, haciendo además de escaramuzar con las avanzadas de los isabelinos. Salió á su encuentro una columna de tropa, y entonces se replegaron hácia el grueso de sus fuerzas; pero como los jefes que las acaudillaban no podian aceptar un combate con condiciones desventajosas para ellos, se internaron en las fragosidades de la alta montaña. Entonces subdividieron sus fuerzas, y Marsal con parte de ellas se precipitó en el Ampurdán, penetró el 12 á la

Digitized by Google

cabeza de 200 infantes y 12 caballos en el término de Semaluz, cerca de Granadella, á pesar de hallarse en el pueblo de Geriga próxima al punto en que se encontraban los montemolinistas, una compañia de las tropas de la reina y 300 hombres mas en Cardeu que distaba cinco cuartos de hora, y combinando la rapidez con la seguridad del éxito, se arrojó audazmente sobre Arenys del Mar donde hizo prisioneros 5 soldados, burlando los esfuerzos de las columnas destacadas en su persecucion.

Los insignificantes choques de Mura y Hostal de Villaromes, y otro mas serio empezado cerca de Valdemolins en que los montemolinistas se batieron á la bayoneta con las tropas de la reina, perdiendo 9 muertos y 7 heridos, fueron el único resultado de las operaciones emprendidas en Cataluña durante los meses de setiembre y octubre. Los que apellidaban el nombre de Cárlos VI como lema de guerra, habian salido airosos en esta lid, sostenida con tan grande disparidad de fuerzas y de elementos, pues en trances como este tan árduos y dificiles, la victoria moral está de parte del que no sucumbe siendo mas debil.

Pero la fortuna les volvió el rostro por este tiempo: en el Maestrazgo, un antiguo guerrillero conocido generalmente con el mote de *Griñon* y en la guerra pasada con el título del coronel *Lunia*, se levantó al frente de 15 ó 16 hombres, mas fueron tan escasos como efímeros sus progresos, y su pequeña partida acosada muy de cerca por una columna móvil, se desbandó ocultándose algunos de sus individuos y presentándose otros á indulto. Tambien Cendrós, el Currutaco y Cobet que se habian lanzado á la márgen izquierda del Ebro con poca premeditacion y corto caudal de gente se vieron en la precision de repasar este rio el dia 8 de octubre por el vado de la Magdalena; logró este último su intento, pero Cendrós y el Currutaco fueron rechazados hácia los barrancos de Valmorla, donde su posicion se hizo sumamente crítica; la desercion cundió entonces con rapidez entre sus reducidas filas; muchos se ocultaron huyendo de vida tan trabajada y angustiosa, 47 se presentaron á las autoridades de la reina y solos 16 hombres quedaron con los jefes Cendrós y el Currutaco. Cendrós con estos reveses sin amilanarse, y apellidando guerra por aquellas inmediaciones, logró reunir hasta 200 hombres; mas ni aun asi pudo conjurar su infeliz destino, pues fué sorprendido y preso el dia 14 en las casas de Verdiel, jurisdicion de Fraga, con su hijo D. Pedro que llevaba el título de teniente, un comandante llamado D. Jaime Aragonés y cinco individuos de tropa. Las miserables reliquias de esta partida se perdieron entre las gargantas del Maestrazgo ó regresaron trabajosamente á Cataluña.

Mas en este pais no se limitaron los montemolinistas á esquivar el encuentro de las columnas de la reina con la rapidez de sus movimientos, sino que repitieron como antes sus escursiones y sus sorpresas. El citado dia 14 de octubre, Vilella, Torres y Caletrus, formando con sus fuerzas reunidas un tercio de 400 hombres, se dirijieron acelerada y sijilosamente al pueblo de Belbey donde habia un corto destacamento de los isabelinos. Llevaban para

simular mejor su ocurrencia, cuarenta y tantos ó cincuenta hombres disfrazados de mozos de escuadra, mas el destacamento avisado oportunamente de su aproximacion y artificio, salió de Belbey y marchó á Sallent. Los montemolinistas viendo frustrado su plan y temiendo el advenimiento súbito de alguna de las columnas que cruzaban por aquellos alrededores, se acojieron de nuevo al baluarte natural de la montaña.

Tal fué el éxito y marcha de la guerra en este breve periodo. El número de los montemolinistas se aumentó considerablemente y se engrandeció el horizonte de sus esperanzas, porque la confianza es siempre el resultado de un peligro orillado ó vencido. La suma y distribucion de las fuerzas carlistas en esta época aparece en el estado siguiente, que aunque puede tacharse de algo exajerado, sin embargo, no dista mucho de la exactitud.

ESTADO

DE LAS FUERZAS CARLISTAS A ULTIMOS DE OCTUBRE DE 1847.

	HOMBRES.
Vilella	300
Boquica	260
Hermanos Tristany	250
Marsal	250
Bozo	230
Castells	200
Borjes	200
Clenchu	200
Caletrus	190
Torres	190
Gruet de Cabra	180
Cendrós	180
Cor de Roure	160
Currutaco	160
Estartus	150
Tuerto de la ratera	120
Anton de la Puda	90
Pau Mañe	70
Estallade	70
Llucifer	60
Garrofa	50

PATAIX.	50
BLANCO (EL COMEDIANTE).	40
CAMPANERA.	40
COBET DE SERÓS.	40
JUVANY.	40
ALTIMIRA.	40
POCA-ROPA.	40
GALART.	30
PIO.	20
GIRONELLA.	20
ESTEBET DE SELLEP.	20
GRAVAT.	10
TOTAL DE HOMBRES. . . .	3950

El cambio de gabinete produjo el del capitan jeneral del Principado. El jeneral Concha fué relevado por decreto de 3 de noviembre y reléjido en su lugar D. Manuel Pavia, marqués de Novaliches. No es posible fallar en definitiva sobre el sistema del primero de estos gefes. La historia juzga narrando, y su conciencia se apoya sobre la autoridad de los hechos, pero si estos arguyen en contra del pensamiento planteado y seguido por el marqués del Duero, es preciso tener tambien en cuenta que le faltó el ausilio del tiempo y que en el corto trascurso de cincuenta dias, era muy difícil desenvolver y poner en juego un plan militar y político muy complicado.

Al encargarse Pavia del mando el dia 9 de noviembre tenia ya una opinion formada y madura del estado de Cataluña y habia cimentado sobre ella su plan que manifestó al gobierno en una estensa esposicion dirijida con fecha del 10 al jeneral Narvaez, presidente á la sazon del consejo de ministros. En este notable documento el marqués espresaba con la franqueza del soldado y la dolorosa convicion del hombre político que vé en la marcha de los acontecimientos aciagos la persistencia lójica y activa de las causas, que la situacion de Cataluña lejos de mejorar, empeoraba de dia en dia, que el número de los montemolinistas se habia aumentado rápidamente, que se

esterilizaban los esfuerzos de las numerosas tropas esparcidas por todo el ámbitos del Principado, que no se habia logrado vencer la profunda indiferiencia de los pueblos, contenida por las disposiciones económicas del anterior gobierno, y que si bien el actual inspiraba mas simpatías, se creia que su existencia reciamente combatida habia de ser precaria, siendo muy difícil desapoderar de los ánimos la zozobra, influencia de un pasado triste que combate en el corazon humano la esperanza de un porvenir mejor. Pero Pavía como su predecesor estaba persuadido de que sin la cooperacion de los pueblos catalanes, no podria darse cima á la guerra montemolinista y proponia para obtener esa tan apetecida cooperacion dos medios; uno era el admitir desde luego la parte cardinal y mas importante del sistema de Concha, procurando calmar todos los intereses sobresaltados por las pasadas determinaciones, atraer á los hombres influyentes, prometer mejoras materiales que á la par que favorecian el desarrollo de la riqueza jeneral sirvieran de ocupacion á los muchos brazos inertes que habia en el Principado, levantar el bloqueo de la frontera de Francia á fin de que el comercio cosmopolita como el pensamiento, no encontrára entorpecida esta gran via de comunicacion, previniendo anticipadamente al gobierno de aquella nacion para que vijilase los pasos de los emigrados carlistas que aprovechando esta circunstancia intentáran lanzarse á Cataluña y por último deseaba Pavía para completar esta primera parte de su pensamiento conceder á los montemolinistas con motivo de los dias de la reina, un indulto por el término de 10 dias. En el caso de que este sistema de lenidad no produjera el éxito deseado, Pavía opinaba por reemplazarle con otro de rigor que impusiera á las partidas montemolinistas, y obligara á los pueblos á romper todo lazo de connivencia con aquellos, impelidos por el resorte del temor al castigo.

Conociendo Pavía que la actividad es la primera prenda del triunfo, puso en práctica sin demora sus disposiciones, en consonancia con el plan que habia presentado al gobierno como el mas conveniente y oportuno. Pero ante todo quiso inculcar en el espíritu de sus tropas la necesidad de atraerse con sus procederes la benevolencia de los catalanes, y así es que en la órden jeneral del dia 11, las decia entre otras cosas: «Conociendo vuestra disciplina y sabiendo vosotros lo que yo exijo de todos, nada tengo que recomendaros, pero sí os recordaré que sin las simpatías de estos habitantes y sin una estrecha union con todos, vuestras fatigas se prolongarán. No olvideis que sus intereses están estrechamente unidos á los vuestros; pues bien convencidos debeis estar de que sin la ayuda de los que tanto anhelan su tranquilidad y reposo, que son los mas, vuestro sufrimiento y heróica abnegacion no alcanzarian tan pronto los resultados que todos apetecemos.»

El 19 de noviembre, hallándose el jeneral en Manresa, concedió un indulto, lato y sin escepciones, prefijando el término de quince dias para que los montemolinistas se acojieran á la gracia, y espidiendo las órdenes necesarias oportunas á las autoridades civiles y militares para que facilitaren á los presentados un salvo conducto interino con el cual podrian trasladarse al pueblo de su naturaleza ó al punto de residencia que elijieren. Cuando

espiró el plazo designado, le prorogó Pavia por medio de circulares has ta el 15 de diciembre.

Menos dificultades ofrecia la resolucion de este punto que el de levantar el bloqueo de la frontera francesa. Habiale establecido el jeneral Concha de acuerdo con el ministerio Salamanca—Escosura, sin dejar abiertas mas comunicaciones que la de la Junquera, para la introducion de jéneros mercantiles, y las de Seo de Urjel, Puigcerdá y Figueras para las personas. Esta disposicion tenia por objeto impedir que penetráran los emigrados en el territorio, catalan; pero siendo muy estensa la frontera, no podia, ni aun desplegando la vigilancia mas esquisita, obtenerse aquel fin y solo servia realmente para abatir los vuelos del comercio, fomentando el contrabando que es la cáries de una poblacion industriosa, porque destruye la buena fé, alma y vehículo de los intereses comerciales y fabriles. Por esta parte el problema estaba resuelto y la prudencia aconsejaba el que se levantara el bloqueo, pero no sucedia lo mismo respecto á la línea fronteriza de Andorra. Esta pequeña república enclavada al pié del Pirineo, debia su conservacion al amparo tutelar de los gobiernos francés y español, pero lejos de corresponder al justo miramiento que este habia manifestado en sus relaciones internacionales, fomentó bajo la capa de una neutralidad aparente, el fuego de nuestras discordias civiles por aquella parte, dando abrigo en su seno, á muchos emigrados carlistas, y facilitándoles el paso al territorio catalan. Pavia pretendió cortar este mal de raiz y al efecto exijió y obtuvo del consejo andorrano la promesa formal y solemne de cambiar de conducta en lo sucesivo, comprometiéndose á espulsar del territorio de la república á todos los enemigos de la reina, cualquiera que fuese su linaje y procedencia, ó entregarlos á las autoridades del Principado en el término de 24 horas. Conocia no obstante el capitan jeneral de Cataluña, que los empeños mas sagrados resultan ilusorios cuando no están protejidos por la buena fé, y deseando captarse las simpatías del obispo de Urjel, varon respetable que tenia ademas de su investidura sacerdotal el carácter de príncipe de la república, tuvo una entrevista con este prelado que volvia de su emigracion en Francia. El obispo animado de deseos pacíficos y conciliadores, convino en todo cuanto le propuso el jeneral, y la esperiencia acreditó que sus palabras habian sido sinceras, pues contribuyó con singular eficacia á que la república cumpliera relijiosamente el convenio otorgado en 28 de noviembre. Asegurado Pavia de la fidelidad de los andorranos, publicó con fecha del 30 un bando, levantando el bloqueo de toda la línea.

Adoptadas estas disposiciones y habiendo terminado el plazo concedido para el indulto, sin que la guerra declinara sensiblemente, creyó Pavia llegado el caso de poner en ejecucion la segunda parte de su plan, adoptando medidas severas, y sin permitir que con el lapso del tiempo se debilitára la accion enérjica de su autoridad, espidió en Olot el dia 15 de setiembre en que concluia el término y próroga para el indulto concedido por el bando de 19 de noviembre, otro comprensivo de los siguientes artículos:

Digitized by Google

Artículo 1.° Todo rebelde que aprehendido se justifique ser cabecilla, jefe ú oficial de las facciones, los que hayan cometido alguna muerte, dado martirio, ó efectuado robo sacrílego, incendiado, ó formado parte de las partidas que ejecutan exacciones y arrebatan sus casas á las justicias, propietarios y vecinos pacíficos para exijir contribuciones, serán condenados á muerte.

Artículo 2.° Los que no estando comprendidos en el artículo anterior y procedentes de Francia, de presidio, de las cárceles ó desertores del ejército, sean aprehendidos con las armas en la mano, serán condenados á diez años de presidio sin perjuicio de las sentencias que anteriormente hubiere impuestas.

Artículo 3.° Los que hallándose en el caso á que se refiere el artículo que antecede, sean aprehendidos sin armas, serán condenados á seis años de presidio sobre las sentencias anteriores que se les hayan impuesto.

Artículo 4.° Los individuos que sean aprehendidos con las armas en la mano y no estén comprendidos en los artículos primero y segundo, serán destinados á servir por diez años en el ejército de Ultramar.

Artículo 5.° los que se encuentren en el caso que espresa el anterior y se acojan sin armas, serán igualmente destinados al servicio militar en Ultramar, por el término de seis años.

Llevada la guerra á este estremo, era preciso que un plan de operaciones hábilmente combinado y ejecutado con vigor y rapidez, obligára á someterse al fallo de la fuerza á los montemolinistas que habian rechazado el arbitrio de la paz. Pavía no alteró en su esencia el que habia adoptado en la anterior campaña, pero le hizo mas sólido y susceptible de una esplicacion venturosa apoyándole en los muchos elementos de que ahora y y no entonces, podia disponer. Las columnas convenientemente reforzadas empezaron á maniobrar en un diámetro mas estenso, y rodeando de en este modo la falda de la alta montaña, estrecharon á los matinés el recinto de aquella cadena de eminencias, puesta allí por la providencia como el brazo de un jigante, para protejer á nuestro pais de una invasion súbita estranjera. Pero no bastaban sin duda estas medidas para concluir la guerra, era necesario que el capitan jeneral diese impulso en persona á las operaciones, porque el ejemplo es el consejo dirijido al corazon de los hombres. Pavía salió de Barcelona el 17 de novienbre, ocho dias despues de haberse encargado por segunda vez del mando, é imprimió con su presencia á los movimientos de las columnas, la celeridad indispensable para neutralizar las ventajas, que la organizacion de guerrillas, en un pais áspero y montuoso, daba á los montemolinistas organizacion que como hemos visto, fué su áncora salvadora en lances bien apretados y difíciles.

A la colocacion y movilidad de las columnas isabelinas, al efecto que siempre producen en los ánimos los resortes de la indulgencia y del temor, manejados oportunamente, y al movimiento de los somatenes que regularizó Pavía, mas bien que á los choques, refriegas y empeños parciales,

se debieron los grandes resultados que arrojó la campaña de los meses de noviembre y diciembre de 1847. El brioso ataque dado por el comandante de Gerona al montemolinista Estartús el dia 12 de diciembre dispersando su gente y causándole la pérdida de 4 muertos y 7 heridos, fué el único que merece citarse en este período; y no obstante era tal el desconcierto de las fuerzas, y tan profundo el desaliento de los jefes montemolinistas, que hácia los últimos dias del año ya habian depuesto las armas los conocidos bajo los pseudónimos y apellidos de Poca-Ropa, coronel Altimira, Felinet de Manresa, Estellet, coronel Bataller, D. José Sucarraz, Coll de Roure, Fananguet, Castellar de Nuch, Fregaire de san Quintin, el coronel Mauri (á) Gallina, Anton de la Puda, el coronel Gonzalez y Culof.

Tambien cayeron en poder de las tropas y los somatenes en este mismo período, Jabot, Sellares y Dacols; y Collet de Mont, que perdió á manos de sus enemigos una existencia ajitada, llena de peripecias y plagada de crímenes.

Alentado por estos resultados lisongeros, Pavia preparó un golpe que debia ser mortal para la causa montemolinista. El dia 30 de diciembre á las ocho de la mañana presentaba el Principado el aspecto de un campamento en los instantes que preceden á una batalla decisiva: en las aldeas, en las villas y en las ciudades, el rumor desusado de los hombres que salian apresurados de sus casas, las despedidas cariñosas, las reconvenciones tiernas y los prudentes consejos que el amor y el temor sujieren á las familias cuando alguno de sus individuos vá á arrostrar un peligro próximo ó eventual, la grita y algazara de los jóvenes y muchachos tan apasionados al aparato marcial, se confundian con la impresion monótona, producida por la marcha lenta y acompasada de las tropas, con el ruido estridente de los tambores, con el retintin de las armas, y con los ecos de las campanas que se cruzaban en una atmósfera de muchas leguas. Habíase dispuesto un somaten jeneral y una falanje inmensa, heterogéneamente armada con fusiles, trabucos, escopetas, chuzos y sables, arrancada á sus faenas agrícolas é industriales, iba á precipitarse sobre las partidas montemolinistas. Las tropas del ejército maniobraban en combinacion con esta multitud, recorriendo el territorio amenazado por el azote de la guerra y penetrando en sitios y lugares que hasta entonces les habian sido desconocidos.

No se atrevieron los montemolinistas, y temeridad hubiera sido el intentarlo, á contener este torrente de fuerzas, y así es que les dejaron desbordarse y recorrer libremente todo el pais, hasta que sobrevino la noche y con ella la disolucion de los somatenes. La insurreccion montemolinista humillada y abatida no se habia estinguido sin embargo; pocos matinés cayeron en poder de los somatenes; los mas se ocultaron en cuevas y parajes retirados, y la connivencia de los habitantes de la alta montaña les proporcionó un asilo que no hubieran encontrado sin esta circunstancia.

Digitized by Google

La aurora de la paz parecia brillar en los primeros dias de este año, pues si existian algunos montemolinistas con las armas en la mano, estaban desmoralizados, dispersos y sin condiciones probables de reorganizacion. Por manera que la destruccion que antes habia sido objeto de un plan militar y político de realizacion difícil, ahora ya debia estar cifrada á la habilidad táctica que desplegáran algunas columnas móviles y al ausilio indirecto de los pueblos cuyo espíritu íbase tornando con la fortuna, propicio á la causa de la reina. El indulto que publicó en Granollers el 6 de enero el capitan jeneral contribuyó tambien á este resultado, pues mas de 220 matinés se acojieron á él inmediatamente.

Abrigaba esta alagüeña confianza el jeneral Pavía y se la comunicó al gobierno en un parte fechado el mencionado dia 6. Esta comunicacion es de tanta importancia y constituye una parte tan integrante de la historia, que reputamos necesario insertar sus párrafos mas notables.

«La pacificacion de este pais, objeto constante de la privilejiada atencion del gobierno, á que he consagrado todos mis desvelos, ha sido alcanzada, poniendo en accion los medios que con fecha 10 de noviembre pasado, espuse eran en mi juicio los únicos que podian ofrecer este resultado.

Ha contribuido poderosa y principalmente á él la confianza y seguridad inspiradas á los habitantes de estas provincias por el gobierno de S. M. y las medidas protectoras y de reparacion tomadas por el mismo en favor de sus intereses, que impulsaron el notable cambio operado en su espíritu público.

«Los hombres honrados é influyentes de todos los partidos, las corporaciones populares, el clero, las autoridades y funcionarios de los distintos ramos, todos han cooperado con el mayor celo é interés á la consecucion de tan importante objeto.

»Por último, el gobierno y la nacion sabrán apreciar en su verdadero valor la constancia y lealtad de este sufrido y disciplinado ejército, que en una campaña de 14 meses ha arrostrado todo jénero de penalidades y fatigas; que siempre ceñido al cumplimiento de sus deberes ha derramado con entusiasmo su sangre, ávido de gloria sin otro anhelo que llenarlos; que en las operaciones de este invierno ha tenido que luchar de dia y de noche con las nieves y los rigores de la estacion en las difíciles y elevadas montañas que encierra este distrito.

»Algunos cabecillas que abandonados de sus partidarios, no han sido prisioneros, ni vuelto á Francia, se han ocultado en la espesura de los bosques, donde en su obcecacion les seguirá la justicia de la ley.

»Los pocos que cargados de delitos, se creen en el caso de seguir su ejemplo, vendrian á ser el azote del pais, ejerciendo sus antiguos hábitos de *ladrones trabucaires* como lo practicaban en los años de 1841, 42 y 43, y hé aqui, Excmo. Sr., la necesidad de que para esterminarlos continúe por algun tiempo este ejército ocupando el pais, dando proteccion á los habitantes que contribuirán á purgarlo de tan ominosa plaga

y prestando fuerza á las autoridades y justicias de los pueblos, cuyo prestijio y accion se encuentran un tanto debilitados por las mismas circunstancias por que han pasado.»

No tardó en desvanecerse la esperanza de ver terminada la guerra de Cataluña, esperanza fundada en el precitado parte que elevó al gobierno el jeneral Pavía. Los montemolinistas acosados y perseguidos por todas partes perdieron sin duda la cohesion de partidas indispensable para luchar con las tropas de la reina, pero conservaron la adhesion á sus principales caudillos, elemento bastante para restablecerse. Merced á esta causa y obedeciendo á las órdenes que habian recibido se agruparon de nuevo al rededor de sus jefes é intentaron otra vez la suerte de las armas. Es verdad que muchos de los que habian hasta entonces dirijido partidas se habian sometido unos y perecido otros, pero quedaban aun fieles á la causa de Montemolin, los de mas renombre y reputacion, y los que ya por sus conocimientos militares, ya por las luces de su injenio, ya por la esperiencia del terreno y costumbres de Cataluña habian dado hasta esta época á la guerra mayor impulso y fomento. Tales eran Givert, Mat, Bou, Janér, Castells, Boquica, hermanos Tristany, Marsal, Caletrus, Estartús, Vilella, Currutaco, Borjes, Marichau, Bob del Oli, Basquetas y Garrafa. Todos estos hombres eran resueltos y audaces y demostraban en las ocasiones críticas el valor de la desesperacion, que hace ilusorios todos los cálculos.

Bien lo demostró el montemolinista Gibert en el ataque que sostuvo en Oriols, pueblo situado entre Figueras y Gerona en los primeros dias del mes de enero. Luego que Pavía tuvo noticia de este acontecimiento, mandó contra Gibert al teniente coronel D. Juan José de Hore á la cabeza de una columna de infantería y un cuerpo de caballería. Antes de embestir al montemolinista, le cercó Hore cortándole la retirada y situó su caballería á distancia conveniente para arrojarse sobre el enemigo, en el momento en que combatido vivamente se precipitára en la fuga. Acometieron entonces los isabelinos con desusado brio; los montemolinistas se defendieron con teson é hicieron un fuego sostenido que hirió al oficial D. Antonio Gil y varios soldados que intentaron con él penetrar en la casa por el techo. Igual suerte sufrieron algunos de los jinetes colocados en las inmediaciones. Viendo cerradas todas las avenidas, los montemolinistas prefiriendo la muerte á la ignominia de la derrota, quisieron abrirse paso con la bayoneta, pero fueron rechazados y entonces el jefe de los isabelinos les ofreció una capitulacion honrosa, amenazándolos en caso contrario con prender fuego al edificio y tocar á somaten. Este debia ser el último recurso del valor y el principio de la temeridad; algunos de los matinés conceptuándose sin esperanza de auxilio opinaban por rendirse, pero Gibert su jefe, rechaza este parecer y tomando solo consejo de su corazon, monta á caballo; manda abrir la puerta de la casa, y se lanza como un rayo en medio de las de sus enemigos; abren estos sus filas por un movimiento espontáneo; esta sorpresa detiene todos los brazos y embaraza todas las voluntades, pero vuelven en sí los isabelinos al cabo de pocos instantes, y Hore en persona, se lanza en per-

secucion del montemolinista y llega á alcanzarle con la punta de su sable: la distancia de dos ó tres pasos separaba la muerte de la vida del arrojado Gibert. Hore aguija su caballo, mas el animal cae abrumado de fatiga, y aprovechándose de esta circunstancia Gibert hace un esfuerzo supremo y logra escaparse de las garras de los isabelinos. Los 42 matinés que comandaba menos afortunados que él y pugnando en vano por salvar el muro de bayonetas que les cercaba, se vieron en la precision de rendirse despues de haber perdido 4 muertos y 4 heridos. La pérdida material de las tropas de la reina fué mucho mas considerable.

Casi simultáneo fué el choque ocurrido entre la columna de Solsona y los restos de la partida de Borches. De una y otra parte se peleó con denuedo, mas no fué larga la lucha, porque los montemolinistas obraban bajo la influencia de sus recientes derrotas y les faltaba con la resolucion de vencer, el consejo y direccion que llevan á la victoria: 4 heridos montemolinistas regaron con su sangre el sitio del combate, pero la columna no esperimentó quebranto alguno de entidad.

Activamente dirijida esta fuerza isabelina, dió alcance el dia 7 á las partidas reunidas de Borjes, Coscó y Tristany. No se atrevieron estas á empeñarse en una accion formal y la columna las siguió dando caza, aunque con circunstancias poco propicias, pues una niebla espesa y glacial, á la vez que ocultaba bajo los pies del soldado una garganta, una maleza ó derrumbadero, entumecia sus miembros é hizo infructuosa la persecucion.

Cuando la opresion física y moral no destruye las fuerzas enemigas, se robustecen éstas centralizándose y producen una reaccion violenta y estrepitosa como la de una vírgula de acero, doblegada bajo el peso de un resorte poderoso ó lenta y palatina como la de un hombre que se levanta despues de haber perdido parte de su enerjía y robustez. De este último modo se operó la reaccion de los montemolinistas á la última mitad del mes de enero de 1848. Las partidas fueron reconstruyéndose poco á poco y empezaron á dar pruebas de su existencia activa, ya en sus escursiones á los pueblos, ya en las refriegas que por este tiempo sostuvieron.

El dia 14 penetró en Torelló, pueblo distante tres horas de la ciudad de Vich, el jefe montemolinista apodado el Muchacho, al frente de cincuenta y tantos ó sesenta caballos, regularmente equipados, permaneció en él una hora, y al cabo de este tiempo se marchó llevándose como en prenda de un pedido que habia hecho, á dos individuos de ayuntamiento. A las 8 de la mañana del 15 se vió invadido el pueblo de Beyo por 50 matinés que obedecian la voz de Planademunt, y que hicieron prisioneros á cuatro hombres del resguardo, á los cuales fusilaron inmediatamente, reproduciendo de nuevo el funesto sistema de represalias, que como un yugo de plomo gravita mas sobre la parte mas débil, y redunda en grave mengua y detrimento del vencido.

Mas político ó mas humanitario Marsal, observó una conducta diametralmente opuesta con otros 4 carabineros á quienes sorprendió entre Caldetas y Arenas, pues despues de haber probado su constancia incitán-

Digitized by Google

doles á que desertasen de las filas de la reina, les concedió la libertad.

Este mismo jefe montemolinista que habia dado tan reiteradas pruebas de su celo infatigable en favor de la causa que entonces se aclamaba como emblema de la insurreccion y que habia resistido con gran fuerza de ánimo los terribles embates y crueles alternativas de la guerra, Marsal pues, á la cabeza de 200 peones y 16 jinetes, aventuró un choque el dia 27 entre Llangostera y Hostalrich. Los combatientes desplegaron un valor tenaz y tranquilo, que por largo tiempo mantuvo indeciso el éxito de la accion; los montemolinistas menos vejados que su enemigo, se retiraron antes sin embargo, y las tropas de la reina conquistaron con bastante pèrdida y sacrificio de sangre, una posicion que no ofrecia ventaja alguna táctica ni estratèjica.

Otro choque ocurrió el dia 18 en las inmediaciones de Manresa entre una pequeña columna de los isabelinos que marchaba á las órdenes de un capitan y las partidas de Boquica y Vilella. No fuè larga la refriega, pero los montemolinistas obtuvieron la mejor parte de ella, pues con pérdida propia insignificante se la ocasionaron grave á su enemigo, que tuvo entre varios heridos al capitan jefe de la columna.

La vida se acrecienta con la actividad, y asi es que á medida que operaban los carlistas, cobraban mayor aliento y se arrojaban á nuevas empresas. El dia 26 se presentó en Almenara Castells, que todavia conservaba el carácter de jefe superior de los montemolinistas catalanes, y que en esta ocasion llevaba bajo su direccion inmediata 200 hombres, todos de infantería. Apremiado por grandes necesidades pecuniarias, pidió gruesas cantidades, y viendo que no se las facilitaban, se llevó consigo á 6 vecinos pudientes, exijiendo la misma suma como prenda de su rescate. Almenara era una villa de 1200 habitantes con las condiciones necesarias para detener por algun tiempo la marcha de una columna.

Tambien Marsal exjia las contribuciones, y aun las de los pueblos mas inmediatamente protejidos, por las tropas de la reina. El dia 27 se dirijió con este objeto á Granollers, y realizó sus deseos, si bien tuvo que sostener una lijera escaramuza en aquellas inmediaciones. En Granollers habia estado el dia antes el capitan jeneral, y esta circunstancia esplicará hasta qué punto habian recuperado los montemolinistas su primitiva audacia y enerjía.

Tan favorable como estas dotes era para su causa el incremento que recibieron sus filas con jente de refresco procedente de la emigracion. En los últimos dias del mes de enero apareció en Alfarás, pueblo fronterizo, una partida compuesta de 100 hombres, la que á fin sin duda de darse las manos con las que operaban en las vertientes de la montaña, se corrió hacia Boix repasando el rio Nogueras.

Asi fenecia en medio del aparato militar y de los violentos vaivenes de la guerra el mes de enero de 1848, tan rico en ilusiones y esperanzas. El jeneral Pavía creyó haber hallado la clave de un gran ploblema y la mayoría de la nacion que suspiraba por la paz, empezó á asociarse á esta con-

viccion y á participar de tan grata esperanza; los hechos la autorizaban y grandes probabilidades surjian de todos ellos. Pero los cálculos mas precisos del hombre se desvanecen ante la omnipotencia de las circunstancias, y las fuerzas de estas levantando de su postracion á la causa montemolinista, la dió un impulso que debia ser mucho mayor en lo sucesivo. Para comprender bien todo esto, conviene echar una mirada retrospectiva sobre el continente europeo, y sujetar al dominio de una reseña histórica los últimos acontecimientos políticos de esta parte privilejiada del mundo.

Desde que la Europa se emancipó de la tutela de hierro de la edad media, el jenio de la libertad, fujitivo y hasta entonces proscrito, empezó solo á apoderarse del corazon de las sociedades, y no pudiendo sostenerse con el ausilio de las pasiones de la multitud, se infiltró, por decirlo asi, en las ciencias y las artes preparando y consumando la civilacion de nuestra época. Pero esta civilizacion era incompleta y viciosa asi como las causas que la habian producido: las exijencias intelectuales se aumentaron de una manera rápida y fué preciso crear nuevos elementos para satisfacerlas, mas el liberalismo, que hasta aqui habia sido de un principio positivo y constructor, se convirtió en un liberalismo negativo y en un medio de destruccion. La revolucion inaugurada contra los padecimientos físicos de las grandes masas fomentaba indiscretamente los intereses materiales de las mismas, con mengua y desdoro de su moral, y en las naciones mas civilizadas, la economía política fué virtualmente el código de todos sus derechos y el epítome de todos sus deberes. La Francia dominada por esta influencia, dió en 1790 el espectáculo mas sorprendente que jamás se habia visto; pretendió hacer una resolucion social rompiendo con todos los elementos históricos y tradicionales, pero el resultado no correspondió á lo desacordado del intento, porque despues de desesperados esfuerzos y de haber anegado en sangre y miseria sus mas ricas poblaciones acabó por crear una nueva forma de gobierno insubsistente y precaria. Los revolucionarios de aquella época olvidaron que la humanidad no camina á saltos y que en su marcha majestuosa procura conciliar el desarrollo de las ideas que constituyen la existencia del entendimiento con la estabilidad de las costumbres que sostienen la vida del corazon. Los elementos históricos fueron restableciéndose poco á poco y á través de los obstáculos que creaban las pasiones todavia mal dulcificadas, y los dos elementos que mostraron mas fundadas aspiraciones fueron el monárquico y el relijioso.

Pero tal como los gases encerrados en el seno de la tierra jerminan sordamente sin desgarrar la superficie de aquella, hasta que les impulsa una corriente de aire, del mismo modo las mas ardientes pasiones revolucionarias, viéndose relegadas por los gobiernos europeos, trabajaron en silencio para minar la base de esos mismos gobiernos. Un grito de libertad, lanzado desde el fondo del Vaticano, las puso en conmocion violenta y estrepitosa. Provincias y reinos enteros se arrojaron á los azares de una revolucion en los últimos meses del año de 1847 y los primeros del 48. La Sicilia se desprendió de la unidad napolitana; en la alta Italia estalló el grito de in-

surreccion; en Roma mismo se empezó á desconocer la autoridad paternal del nuevo pontífice, y en Francia, como en el principal cráter de esta arrolladora erupcion de ideas y pasiones, rodó por el polvo el dia 24 de febrero, el trono de la dinastía Orleans, despues de una lucha menguada, en que quedó muy empañado el lustre militar del ejército francés.

Aunque el nuevo gobierno establecido en la nacion vecina, se apresuró á sostener las buenas relaciones diplomáticas que unian al precedente con el de la reina de España, sin embargo, aflojó la vigilancia en la frontera, ya porque un poder levantado en alas de la revolucion careciera del nervio y fortaleza suficiente para hacer cumplir religiosamente sus órdenes, ya porque se le consideraba como levadizo, y fugaz; y ya, finalmente, porque habia sido engendrado como el precursor de una gran cruzada contra los poderes monárquicos, y predicaba la emancipacion política de los pueblos. Todas estas circunstancias debian ser muy propicias á los montemolistas que encontraban en cada obstáculo que entorpeciera la marcha del gobierno español, una nueva causa para su fomento y un motivo mas para su desarrollo. Otras mas trascendentales ocurrieron despues que afectaron gravemente la existencia del partido dominante, y conmovieron hasta el escabel del trono de la reina; pero de estas nos iremos ocupando á medida que la mano del tiempo las presente en la narracion.

No fué notable bajo el concepto militar el mes de febrero de 1848. Algunos movimientos operados por las partidas montemolinistas, y la sorpresa de Igualada, forman el cuadro de los hechos militares ocurridos en este periodo. El dia 1.° se presentó Estartús en Torrella, y en este punto se le reunieron Marsal, Posas y un nuevo gefe apellidado Mallorca, procedente de Francia, y portador de una gruesa suma de dinero, con que los montemolinistas pudieron atender á sus primeras y mas perentorias necesidades.

Mucho llamó la atencion pública la sorpresa de Igualada, acaecida el dia 21 del mes que estamos recorriendo. Es verdad que diferentes veces habian penetrado en ella los montemolinistas, pero nunca lo habian verificado, desafiando circunstancias tan difíciles como las que entonces militaban. Esta poblacion, que constaba de 16,000 habitantes, se hallaba entonces protegida por un batallon de Iberia, un escuadron de Lusitania, varias partidas de zapadores, una de guardia civil y otra de salvaguardias, constituyendo todas estas fuerzas un total de 1,600 hombres. Castells, bien servido por sus espías, conocia la existencia de estas tropas, y á pesar de eso, concibió el atrevido proyecto de lanzarse al recinto de la villa, fiado mas bien en su resolucion, en la intrepidez de los suyos y en el influjo de la sorpresa, que en los elementos materiales de que podia disponer para contrarestar la resistencia de sus enemigos. A la cabeza de 400 hombres, y en la hora de las siete y media de la noche, se arrojó sobre la villa, y recorrió atrevidamente

las principales calles, dirigiéndose á la cárcel en mientes de poner á los presos en libertad. La guardia de este edificio, confiada á los zapadores, opuso una gallarda resistencia, y le obligó á desistir, mal de su grado, de propósito tan audaz; pero el intrépido montemolinista, lejos de mostrarse desconcertado con este contratiempo, cambió de direccion, y encaminándose á la casa del ayuntamiento, se apoderó de todos los fondos que esta corporacion tenia en caja. Entretanto la tropa que guarnecia la villa, salia de sus alojamientos y procuraba reunirse, mas solo pudo lograrlo al cabo de algun tiempo, y con el detrimento de sus fuerzas, porque los invasores, dueños de las bocas-calles y principales avenidas, hacian un fuego vivo y mortífero. Una hora se sostuvo, y al cabo de este tiempo se retiraron los montemolinistas, divididos en dos trozos, uno de los cuales tomó el camino de Odera, y el otro siguiendo las huellas de Castells, se ladeó hácia Manresa con intencion al parecer de internarse en la montaña. La entrada de este puñado de matinés en una poblacion de segundo órden, y provista de elementos de defensa, afectó mucho la moral del Principado, y su corta permanencia en aquel pueblo, cubrió de luto el corazon de varias familias que tuvieron que deplorar la pérdida de algunos de sus individuos. Una de las víctimas mas notables fué D. Francisco Rovira, hijo del administrador de rentas de Igualada, que sufrió temprana muerte, debida á la irreflexion ó á una casualidad infausta; tres guardias civiles, cuatro salvaguardias y dos soldados cayeron peleando.

Sucesos como este debian tener una influencia muy marcada sobre el desarrollo de la guerra; pero antes de valorarle en sus resultados, conveniente y aun necesario será, detenernos á considerar la marcha seguida por el gobierno y el capitan general de Cataluña en órden á la pacificacion de este pais. Pavía que la anhelaba vivamente, se esforzaba en remover todos los obstáculos, y discurria diferentes arbitrios para calmar la ansiedad de la clase proletaria, sobre la que refluian siniestra y completamente todas las consecuencias de las crisis fabriles, y que agoviada de vejámenes y miserias, aceptaba como un bien los trastornos políticos, tal como un enfermo oprimido de dolores pide y acepta como un alivio el cambio de posicion. Esta clase suministraba soldados á las filas montemolinistas y esperanzas á todos los fautores de desórdenes, procediendo en esto menos por cálculo que por sentimiento, porque el último límite de las virtudes vulgares es el primero de la necesidad.

Pavía se propuso principalmente mitigar los sufrimientos de esta clase, retrayendo á sus individuos del deseo de fomentar la guerra, cuando propuso al gobierno la construccion de carreteras en los primeros dias del mes de febrero; pero el general enlazaba esta medida con otras consideraciones de profunda trascendencia para el desenlace de la guerra actual, y para el reposo y bienestar futuros del Principado. Conociendo que el lazo político es, aunque violento, quebradizo

para retener las partes heterogéneas de una nacion como la nuestra, y considerando topográficamente al Principado como un brazo casi separado del tronco de la monarquía, pues solo tenia tres vias débiles é inseguras de comunicacion con el interior de aquella, opinaba porque la construccion de carreteras contribuiria á desenvolver la índole espansiva del comercio, y á multiplicar entre los catalanes y el resto de los españoles, los vínculos de armonía que crea y sostiene la reciprocidad de intereses.

Por otra parte, todas las grandes elaboraciones de la industria catalana propendian naturalmente á Barcelona; pero esta aglomeracion de artefactos y aun de primeras materias, producia con frecuencia una exuberancia de vida mercantil; y roto el equilibrio entre los productos y consumos, resultaban esas terribles paralizaciones de trabajo, que merman y deprimen á las clases esencialmente laboriosas. Formando largos ramales de carretera, se llamaba la accion del comercio hácia otra esfera mas lata, y se empezaba á restaurar la importancia de una nacion que por su posicion geográfica, debia ser el segundo emporio del comercio europeo. Por manera, que el interés local refundido en la conveniencia de dirijir hácia verdadero destino, la actividad de las clases pobres, y el interés general que debia producir la aplicacion de este pensamiento, eran causas mas que suficientes para abonarle.

Pavía espuso estas consideraciones principales, relacionándolas con otras mas secundarias en una comunicacion que con el carácter de confidencial, dirigió en 2 de febrero al ministro de Instruccion y Obras Públicas, pero no obtuvo una respuesta inmediata; y de este modo quedó por entonces en pié la causa acaso mas influyente de la guerra. Creyó tambien Pavía por este tiempo, que era llegado el caso de realizar la quinta que correspondia al Principado por el cupo de 1846. Los catalanes, aunque naturalmente belicosos, habian resistido tenazmente el pagar este tributo de sangre, apoyándose para ello en fueros y usages conquistados en una época mas venturosa, y de ninguna aplicacion legal en el dia. El mismo Pavía juzgó prudente contemporizar con aversion tan arraigada, mandando suspender las operaciones de reemplazo en el distrito de su mando por circular espedida en 28 de marzo del precitado año. Esta transaccion con las circunstancias debia durar tanto como estas, y asi es que luego que vió reducido el número de los montemolinistas y sostenida su autoridad por un ejército respetable, dispuso en 16 de febrero que se llevára á cabo la quinta en las cuatro provincias de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida.

Una órden espedida el dia 15 por el gobierno, contrarió en gran manera los proyectos del general. El ministro, tomando motivo de la reduccion hecha en el presupuesto de la guerra y de los enormes gastos invertidos en la subsistencia del ejército que operaba en el Principado, prevenia que se desmembrase de él una porcion considerable de fuerzas, consistentes en el batallon 1.° de cazadores, los dos del regimiento de

Valencia, los de San Quintin, el regimiento de Soria y los tres escuadrones de Lusitania. Pavía diferió cuanto pudo detrás de los límites de la ley, el llevar á cabo esta disposicion; representó al gobierno esponiendo los perjuicios probables que debia irrogar á la causa de la reina; comisionó al brigadier D. José Ignacio de Echevarría para que viniera á Madrid y esplanase de palabra las razones que consignaba en su representacion; pero todas estas diligencias fueron vanas, porque el ministro persistió en su primera resolucion, y la reiteró despues con fecha 26, autorizándola ya con la necesidad de evitar que en algunas poblaciones brotára algun destello de revolucion.

Despues de la marcha de estas tropas, el ejército de Cataluña á principios de marzo, es decir, en la época en que empezaron á surgir las grandes complicaciones de la guerra, constaba de las fuerzas que se espresan en el siguiente estado:

NOMBRES DE LOS REGIMIENTOS.	INFANTERIA. Batallones.	CABALLERIA. Escuadrones.
Rey.	3	
Princesa.	3	
Soria.	3	
Córdova.	3	
Castilla..	3	
Union.	3	
Coustitucion.	3	
Asturias.	3	
Astorga.	3	
Sagunto.	»	3
Santiago.	»	3
Montesa.	»	3
Cazadores.	»	3
Total de batallones y escuadrones. . .	32	12

Habia ademas el primer regimiento de artillería, una batería de la brigada de montaña del primer departamento y una batería del segundo; tres compañías de ingenieros y las compañías de cazadores de todos los regimientos, escepto el de Baza.

Leves eran estas fuerzas, si se atiende á la revolucion que amenazaba despedazar el corazon de nuestra entidad política en medio de acerbas convulsiones, y á que en Cataluña habia armados y sobreescitados mas elementos de trastorno, que en ninguna de las otras provin-

cias. Es verdad que en la mayor parte de estas era grande la fermentacion y profundo el desasosiego de las ánimos; pero solo en Cataluña habia un centro de resistencia erigida y organizada, en ninguna otra habia mas brazos fuertes y llenos de vigor que demandaban una lanzadera, un pico ó un fusil, es decir, el instrumento de un trabajo legal ó el instrumento de una revolucion radical; y Cataluña, con todos estos agentes de inquietud, se hallaba en el vértice de la Francia y debia recibir casi íntegro el caudal de ideas revolucionarias acogidas y ensalzadas en la nacion vecina. Ya veremos hasta qué punto se combinaron estos precedentes con la última medida del gobierno para fomentar la guerra; y en el entretanto, sin perder de vista la relacion cronológica de los acontecimientos, enumeraremos rápidamente los que acaecieron en el resto de la monarquía.

Apenas habia fenecido en España el espíritu de revolucion, y esta circunstancia era propicia para la conservacion del órden, porque cuando en las sociedades se relaja esa tension violenta hácia un principio ó un sentimiento enérgico ó esclusivo, inclinacion terrible que produce tantos héroes como mónstruos, tantas víctimas sublimes por la abnegacion, como verdugos implacables por el fanatismo ó la venganza, tarda mucho, y á duras penas, en restablecerse. Las naciones solo se mueven impetuosamente por un pensamiento propio ó muy asimilado, pues el galvanismo solo comunica á los cuerpos físicos y morales una vida ficticia y momentánea. La parte mas sana de los partidos y la gran masa del pueblo español, nutrida de una esperiencia amarga, consideraban desde luego con sobrado recelo, los principios que se presentaban entonces como gérmenes de grandes y venturosas reformas, y aunque esta por cálculo, y aquella por instinto, comprendian la diferencia entre los principios y las pasiones de los que les aclamaban, viéndose asociados unos á otros, acabaron por renegar de los primeros en ódio á las segundas. El ejército, por otra parte, modelo hasta entonces de lealtad, valor y disciplina, oponia un dique poderoso á todos los proyectos de desórden.

Pero no se pudo evitar el que estallase este de un modo ruidoso é imponente. Alguna parte de la juventud, cuyo corazon se abre con facilidad á los sentimientos nobles y generosos, acogió los nuevos principios que traian sobrepuesto un carácter eminentemente filantrópico: otros muchos hombres revoltosos, los unos de oficio, estrechados otros por las necesidades de la posicion individual, se arrimaron á la nueva bandera, procurando medrar á su sombra y bajo su proteccion; y la clase baja del pueblo, cuyas pasiones como mas fuertes se precipitan mas pronto, ofrecia á los revolucionarios una cooperacion activa y vigorosa. Todos estos elementos encendidos por la electricidad de la revolucion, que estendiéndose del Mediodia al Norte, habia originado sangrientos conflictos en Prusia y Alemania, estos elementos, pues, produjeron en Madrid una insurreccion formidable, que si

hubiera tenido tanta disciplina como fuerza y vigor, habria comprometido gravemente la existencia del gobierno y de las instituciones monárquicas. Al terminar el dia 26 de marzo, atacaron los sublevados con valor ciego é impetuoso, los puntos mas importantes de la capital; las principales autoridades que habian manifestado una confianza inaudita en los primeros momentos del peligro, acudieron despues á combatirle con brio y energía; la lucha fué larga y sangrienta; y el velo de la noche cubrió muchos actos que de heróicos pudieran graduarse si el heroismo no reconociera por orígen una voluntad espontánea y deliberada. Hasta la una de la mañana del dia siguiente 27, se percibieron los ecos de las descargas, pero á esta hora cesó toda resistencia y se restableció el órden, aunque no la tranquilidad de los ánimos que estaban profundamente afectados. En esta lucha porfiada los insurgentes se batieron con un denuedo que no era de esperar de gentes mal acostumbradas á los trances belicosos, y las tropas de la guarnicion, compuestas en su mayor parte de soldados noveles, mostraron tanta bizarría como subordinacion. Se calculó en 30 el número de muertos que tuvo el paisanage sublevado y en 150 el de sus heridos. La tropa sufrió tambien pérdidas de entidad, debiendo incluirse en ellas la de dos capitanes dignos de mejor suerte. La insurreccion vencida quedó herida de muerte. El gobierno de España, á diferencia de los de otros paises, creyó fundadamente que no luchaba con una idea, sino con una pasion y oprimia á esta con la fuerza. Pero despues de la victoria se manifestó humanitario, pues si bien fueron muchas las proscripciones, ni una sola víctima manchó con su sangre la plataforma del cadalso. Pudo influir en esta conducta ya la consideracion muy atendible de aparecer fuerte, pues la clemencia con el vencido es la mejor prueba de la fuerza del vencedor, ya el que no quisiera lanzar á las pasiones, todavia muy irritadas en la via de la desesperacion, puesto que no se creia enteramente resuelto el problema con los sucesos de Madrid, ya el que temiera complicaciones en otros muchos puntos. Pero sea cualquiera la causa de este proceder, la imparcial voz de la historia proclamará que se defendió y castigó sin vengarse, y que en esto acreditó ser gobierno.

Estas complicaciones podian temerse, segun hemos indicado, con mas motivo en Cataluña, que en ninguna otra parte; y á semejante circunstancia se debió el aspecto que presentó la campaña del mes de marzo. La mayor parte de las tropas isabelinas se reconcentraron en las grandes poblaciones, y los montemolinistas pudieron recorrer el pais casi á su albedrío, aumentarse y organizarse. Veamos por la narracion de los hechos, hasta qué punto esplotaron estas circunstancias favorables. El dia 5 se presentó Caletrus en las inmediaciones de San Quintin, y se llevó al dueño de una casa de campo. Dos dias despues, el 7, se situaron 200 montemolinistas en el rádio de Valls, cerca del Pont de la Armentera, y empezaron á reclutar gentes, y á reorganizar sus fuer-

zas. El 17, 46 matinés vinieron á las manos cerca de Porqueresas con el destacamento de este pueblo. El choque emprendido entre tan escasas fuerzas se sostuvo por algun tiempo con valor; pero los isabelinos que habian tomado la iniciativa, no pudiendo desalojar á sus enemigos de la formidable posicion que ocupaban, tuvieron que retirarse, dejando en poder de los matinés cuatro soldados y un oficial prisioneros, y dos soldados muertos sobre el sitio de la refriega. Mayor quebranto sufrió otra fuerza del gobierno en un encuentro ocurrido el dia 24.

Una partida compuesta de tropa de línea y de algunos guardias civiles, salió de Gerona con direccion á Figueras. Habia echado como mas breve, por el camino de Orriols, y se hallaba ya cerca de este pueblo, cuando fué sorprendida por 130 infantes y 13 caballos montemolinistas. Alerta y ordenados se pusieron muy pronto los de la reina; pero aunque lograron aguantar y rechazar por fin el furioso ímpetu de sus adversarios, perdieron un teniente, tres soldados y cuatro guardias civiles muertos, un cabo gravemente herido y dos soldados contusos. Tan infausta como este choque fué para los isabelinos la sorpresa verificada en el pueblo de Vidrá en la tarde del mismo dia 24. Arrojáronse sobre él los montemolinistas tan de improviso, que cayó en su poder el oficial, gefe del destacamento, con un sargento y cinco soldados, mas emplearon sin fruto las promesas y amenazas para reducir á quince soldados mas, que bajo las órdenes de un cabo se hallaban en el fuerte. Los montemolinistas, considerando inútiles todos sus esfuerzos, y temerosos de que se aproximase una columna situada en S. Quirce de Basora, se retiraron llevando consigo los siete prisioneros. Nada de positivo se pudo indagar acerca de la suerte de estos, pero debió ser funesta, pues á los dos dias se hallaron en las inmediaciones de Vidrá, las botas del oficial sobre un charco de sangre.

En los últimos dias de marzo, los montemolinistas engreidos con las ventajas de su posicion, lejos de rehuir, provocaban choques con las columnas isabelinas, y obtenian prósperos resultados; porque las tropas de la reina, débiles por su número y por la falta de combinacion en las operaciones, apenas podian verificar un corto trayecto, sin peligro de bruscos ataques de un enemigo que tenia por lo regular, la superioridad del número y de las posiciones. De este modo se concibe como sufrió un fuerte reves la columna de S. Quintin en el choque que mantuvo durante algunas horas con los 200 hombres que capitaneaba Borges, el que padeció otra partida de tropa que se hallaba en la Juncosa, y el desaire que sufrieron las fuerzas de la reina que estaban en el pueblo de la Llacuna.

La importancia que el afortunado éxito de estas belicosas empresas proporcionó á los montemolinistas, vino á aumentarse con una disposicion del gobierno, que tenia en su abono altas razones de humanidad. En la sorpresa de Igualada, ocurrida el 21 de febrero, y de la que hemos hecho ya mérito y detenida relacion, se apodera-

ron los montemolinistas de un capitan del regimiento de Soria, llamado D. Raimundo Pastor, y de D. Francisco Malo y Garces, secretario del gobierno civil de aquella. Eran ambos sugetos de condicion y precedentes ilustres; y sus desconsoladas familias, temiendo que desencadenada cada vez mas la era de la guerra, perecieran victimas de su posicion y convicciones políticas, intentaron con noble ardor, todos los medios para arrancarles de manos de sus enemigos. Pero la fuerza y la astucia eran impotentes para alcanzar este objeto, y fué ademas preciso renunciar al espediente del rescate, pues el gefe montemolinista Castells, habia rechazado la oferta de gruesas cantidades, y persistia en su primer propósito de no conceder la libertad á Pastor y Malo, sino cangeando sus personas por las de dos oficiales montemolinistas. El gobierno, movido por las súplicas de las familias y atribulados amigos de ambos prisioneros, consintió en dar un paso que vino á cambiar de repente el carácter de la guerra, concediéndola una entidad moral de que hasta entonces habia carecido, y ordenó al capitan general que verificára el cange pretendido por Castells, aunque procurando salvar en su ejecucion todas las apariencias que pudieran tener un influjo nocivo en el porvenir. En vano Pavía representó contra lo impolítico de esta determinacion; en vano demostró, aunque en términos embozados, que la filantropía es, en muchos casos, consejera falaz, aun para el resguardo de los mas nobles derechos de la humanidad; en vano se esforzó á patentizar que los montemolinistas procurarian dar eco á este rasgo de debilidad por parte del gobierno, y que prevalidos de tal circunstancia, sacarian de los pueblos desguarnecidos ó inermes, las personas mas consideradas para que les sirvieran á la vez de prenda para exigir dinero, y de medio para recobrar todos ó los mas autorizados de sus prisioneros, citando en apoyo de esta presuncion la órden comunicada por Castells en los últimos dias de marzo, al comandante Vila (a) Caletrus, á fin de que prendiera á cuatro ó cinco individuos principales del pueblo de Guardiola; en vano, por último, manifestó que de este modo se relajaba el nervio de su autoridad y la observancia de sus bandos; el gobierno se afirmó en su primer dictámen y el capitan general se vió en la precision de llevarle á cabo. A los tres dias (23 de marzo) recibió por conducto del ministerio de la Guerra, la siguiente real órden: «Excmo. Sr.:=Por el escrito de V. E. de 19 del corriente, se ha enterado S. M. la reina (Q. D. G.) de haber dispuesto V. E. sean puestos en libertad D. Ramon Rosal y D. José Caramasa, en cambio del capitan del regimiento de infanteria de Soria, D. Raimundo Pastor y el secretario del gobernador civil de Igualada, que los *trabucaires* tienen en su poder, cuya providencia ha sido aprobada por S. M.» Esta órden era la sancion mas fuerte que podia prestar entonces el gobierno al poder de los montemolinistas.

Entretanto iba madurando en el pecho de algunos hombres apegados á los cambios políticos que se operaban en Europa, el deseo de intentar una conmocion en el seno de la populosa capital del Principado. La parte de la juventud, dedicada al cultivo de las ciencias, mas predispuesta que otra alguna, por su independencia y por el influjo eléctrico que ejerce sobre corazones ardientes el espíritu de asociacion, tomó la iniciativa de una asonada que amenazaba ser de graves consecuencias. En la tarde del 28 de marzo, los estudiantes de la universidad que para patrocinar sus miras y alardes de indignacion, habian apelado á la prolongacion del curso y á otros fútiles pretestos, prorrumpieron en algunos vivas y mueras, aludiendo estos á algunos abusos que de envejecidos se tachaban y aquellos á las ideas de emancipacion que entonces se hallaban en voga. Sobrevino la noche y pareció calmarse su efervescencia; pero á las diez de la mañana siguiente, en el momento de entrar las clases en sus respectivas cátedras, se amotinaron algunas, é invadiendo impetuosamente las otras, dieron principio al tumulto. Acudieron aceleradamente á la universidad el gefe político y el corregidor y procuraron arengarles; pero los estudiantes, desconociendo la voz de las autoridades, cerraron las puertas del edificio y esperaron el curso de los acontecimientos. Iban estos tomando un carácter al parecer imponente, pues se agrupaban algunas gentes alrededor de la universidad, y otras muchas recorrian con aire sospechoso y continente amenazador, la calle del Cármen y la Rambla. Casi todos los que formaban estos grupos, eran advenedizos que habian entrado en Barcelona bajo el pretesto de demandar trabajo; que habian sido en efecto destinados á la carretera, pero que ahora en presencia de la ocasion, manifestaban su verdadero objeto, aprestándose á precipitar el incipiente movimiento revolucionario. Viendo crecer el peligro, las autoridades trataron de obrar con energía y mandaron inmediatamente á circumbalar la universidad fuerzas del ejército, guardia civil y mozos de la escuadra. Muchos estudiantes de índole pacífica, y que contra su voluntad habian sido envueltos en el tropel, al notar la actitud hostil de la tropa, se apresuraron á descolgarse por las tapias y ventanas, viniendo á quedar solos dentro del edificio los fautores y cómplices de la asonada. Por momentos afluian nuevas tramas y se situaban en los puntos mas amenazados. Se apostaron en la Rambla de la Boguería una mitad de caballería, un piquete de granaderos y cuatro piezas de á 16. Durante algunos minutos, permaneció esta fuerza firme é inmóvil en sus puestos; pero habiendo sido alcanzada por una granizada de piedras que partió de la plaza al ruido de grandes imprecaciones y amenazas, la infantería se adelantó é hizo una descarga, de la que resultó muerta una verdulera y heridos algunos paisanos. Con esto se desvanecieron los principales grupos; el general segundo cabo penetró sin obstáculos en la

universidad, mandó prender algunos estudiantes y salir los demas del edificio.

Las fuerzas se retiraron de este punto; mas se redoblaron las ordinarias precauciones, y la fermentacion fué disipándose poco á poco, sin dejar en pos de sí otro rastro sangriento que el de las víctimas de la plaza y un infeliz mozo de la escuadra, que reconocido, á pesar del trage de paisano que llevaba, fué muerto á pedradas en la calle de S. Pablo. Floja y estéril habia sido esta demostracion, y liviano el consejo que la precediera, pues debió fundarse sobre el conocimiento de la gran masa del pueblo barcelonés que, lejos de asociarse al movimiento, le reprobó y contribuyó á detenerle con su inércia; mas se hizo doblemente congojosa y difícil la posicion del capitan general que debia tener fija la atencion sobre la huella aun caliente de estos acontecimientos, abandonando cada vez mas el grave cuidado de la guerra.

Iba esta, en efecto, tomando levantado vuelo al abrigo de las divisiones intestinas. El mes de abril es mas fecundo que el anterior en hechos militares y en desastres para los isabelinos.

Reñido fué el combate ocurrido el dia 1.° de este mes entre los montemolinistas que seguian las inmediatas órdenes de Castells y el destacamento de Monistrol. Inferior este en número á sus enemigos, se replegó al fuerte, donde opuso una defensa bizarra, digna de loa y merecimiento. Constaba el cuerpo del edificio fortificado de tres casas enlazadas entre sí por una obra lijera de mampostería, y adecuadas bastante bien por lo que hace á las entradas, salidas y puntos principales de espugnacion, al objeto para que se habian destinado. Los montemolinistas, viendo desestimadas sus primeras proposiciones de capitulacion, rompieron un fuego muy vivo, al que contestó el destacamento con firmeza y decision; pero no se prolongó mucho el ataque, porque los montemolinistas irritados con la porfiada resistencia de sus enemigos, incendiaron el fuerte, repitiendo al través del estallido de las llamas, la intimacion de rendirse. Rechazáronla los isabelinos con ínclita fortaleza, prefiriendo quedar sepultados entre las ruinas y escombros del edificio, á ceder con mengua de su honor. Resolucion tan briosa debia acarrear una catástrofe terrible, porque dos de las tres casas que constituian el fuerte, estaban casi reducidas á cenizas, y el fuego, elevando sus ráfagas gigantescas, como la cabellera de un volcan, brillaba ya sobre las cabezas de los intrépidos defensores del fuerte. Por fortuna, en trance tan estremo, apareció á la entrada del pueblo la columna del distrito de Manresa, y los montemolinistas que no se atrevieron á medir sus fuerzas con ella, abandonaron aceleradamente su empresa, llevando cinco heridos que habian resultado en el combate, siendo uno de ellos, al decir de muchos, el apellidado Guidet, segundo de Caletrus. Otros muchos choques, algunos de los que pudieran graduarse de acciones sostenidas por ambos beligerantes, con desigual fortuna, acae-

cieron en el mes precitado ; pero antes de relatarlas, necesario es ocuparnos de la entrada en territorio catalan de un nuevo gefe montemolinista, hombre de precedentes muy acreditados, de alta graduacion militar, y que al prestigio que ejercia sobre los montemolinistas catalanes, unia la audacia del consejo con la actividad en su ejecucion, dos prendas que podian hacerle muy temible, ó muy apreciable respectivamente, en una guerra como la que entonces se sostenia en el Principado.

El general Masgoret, á quien aludimos, entró en Cataluña el dia 7, á la cabeza de algunas fuerzas bien organizadas, que podian servir de núcleo á otras mas respetables, y esparció con profusion una proclama, que aunque firmada el 1.° de abril en el campo del honor, no fué conocida hasta este tiempo. Dirigíase en ella á los catalanes como segundo comandante general, y mostrándose intérprete fiel de la soberana voluntad de su monarca, sin desviarse, ni permitir lo hiciera ninguno de sus subordinados de la línea de conducta trazada en el manifiesto de 23 de mayo de 1845, y alocucion del 12 de setiembre 1846, se proponia hacer desapareciera toda la idea de colores políticos, sin permitir que las armas confiadas á su mando, se volvieran jamás donde no halláran resistencia. «Catalan, como ellos, decia, no podia ser indiferente á la »comunidad de intereses que los unia.»

Reconocia lo árduo de la tarea que emprendia, pero confiaba con la decisiva cooperacion y lealtad de sus subordinados, con todo lo cual contaba conseguir una fácil y completa victoria. «Los sacrificios inhe»rentes á la guerra, añadia, son siempre dolorosos, es verdad; pero es »todavia menos tolerable ese yugo ominoso á que os tiene sujetos un »puñado de ambiciosos. Resignémonos, pues, á sacrificios momentá»neos para evitarnos males sin término. Vosotros lo conoceis; los hechos »hablan á vuestras puertas; ellos son recientes y bastantes para despre»ocupar al menos advertido.»

Conduélese de que hacia siete años habia desaparecido por una traicion el ejército carlista, sin que fuera causa de conseguir benéficos resultados, sino que antes por el contrario, se veian en vez de beneficios, ruinas y desmoralizacion, fortunas colosales y un lujo que apellida inmoral y escandaloso; protesta de la combinacion matrimonial, y presenta un cuadro de desgracias, que llama «un cúmulo de males que »se harian eternos, si una mano salvadora no se opusiese á su curso.»

«Esta mano, continúa, está ya levantada, catalanes, y es la única »que puede salvaros y sacaros del abismo: tal es la de nuestro rey. Sí, »del verdadero rey de España, el Sr. D. Cárlos Luis de Borbon, legí»timo sucesor del trono de S. Fernando, que apoyado y fortalecido en »la legitimidad de sus derechos, no ha de abandonar los vuestros á las »ambiciones de mil tiranos que os oprimen.

»Volad, pues, á sus banderas: dadle pruebas de vuestra lealtad mar»cadas en el tributo de vuestros servicios. Dignos herederos de vuestros

»padres, no habreis degenerado en valor ni querreis haceros indignos de »sus glorias. Se cuenta con vuestra cooperacion en los términos en »que la situacion de cada uno lo permita.. . . . .
. . . . »

Pronto se vió este gefe al frente de 150 hombres y con ellos ostentó la suerte de las armas. En el sitio denominado *La Carrer del Bonayre*, tres leguas distante de Berga, se avistaron los montemolinistas con la columna de San Lorenzo de Morninys y se dió principio á la accion. Fué esta larga y sangrienta, y la mas notable de las que hacia mucho tiempo se empeñára en el Principado: de una y otra parte se peleó con ánimo esforzado: durante mucho tiempo ninguno de los combatientes pudo esperar ceñirse el laurel de la victoria pero al cabo, como los montemolinistas no aspiraban á conservar el dominio de una posicion, sino á desmembrar las filas de su enemigo, luego que lograron este objeto, se retiraron con buen órden y concierto. Los montemolinistas dejaron en el campo ocho muertos y se llevaron nueve heridos; los isabelinos tuvieron diez muertos y once heridos, perteneciendo á estos dos oficiales. Pérdida fué esta considerable y que prueba lo récio y encrudecido del choque, si se atiende á lo escaso de las fuerzas que en él tomaron parte.

Tres dias despues, el 17 de abril, se esparcieron la consternacion y la alarma por la ciudad de Gerona. A las cuatro de la tarde, cruzó rápidamente las calles de la poblacion un capitan de caballería que llevaba la cabeza descubierta, el uniforme cubierto de polvo y la ansiedad pintada en el semblante y aguijaba á su fatigado corcel, preguntando por el comandante general. Avistóse en efecto, con esta autoridad, y á los pocos momentos, se oyó el toque de generala; la tropa salió presurosa de sus cuarteles; y bajo las órdenes del comandante general tomó el camino de Barcelona. Grave sobresalto y congoja se apoderaron de las personas pacíficas, en vista de estos preparativos, pero no se tardó en averiguar la verdadera causa. Marsal, seguido de 250 infantes y 25 caballos, habia sorprendido en la carretera de Barcelona á una partida de isabelinos, compuesta de 60 hombres de infantería y 10 de caballería, que escoltaban un pequeño convoy de armas y municiones. Cayeron estas en poder de los montemolinistas, siendo sobrado aciaga su defensa á los de la reina, pues perdieron un capitan, dos sargentos primero y segundo y cuatro soldados muertos; otros quedaron heridos de gravedad. Esta sorpresa se verificó á la distancia de media legua de Gerona, cuya circunstancia basta para esplicar el vivo sentimiento de ansiedad que notó en esta poblacion y la audacia de los montemolinistas.

Un puñado de estos, conducidos por un tal Coll de Buc, hombre sanguinario y de funestas intenciones, recorrió atrevidamente toda la comarca de Vich, y aun llegó á infundir la alarma en esta ciudad, dirigiéndose despues al Plat de Arenas. Fueron tantos los desacatos y

tropelías cometidas por el de Buc en esta escursion, que Marsal, indignado de que se tomára una enseña política como emblema de los crímenes mas abominables, puso precio á la cabeza de Coll de Buc, medio arbitrario y odioso, pero que era entonces el único para hacer desaparecer de la escena política á aquel hombre desalmado. No obstante este precedente, Buc cayó torpemente en el lazo que le habia Marsal, pues poco despues, habiendo logrado este atraerle con pretesto de una conferencia, mandó arrancarle de la mesa y conducirle á la capilla, donde estuvo una hora, al cabo de la cual le fusilaron. Era el Coll de Buc, hombre de oscuro ingénio, de pasiones muy desencadenadas y alumno, por decirlo asi, del crímen, y habia sido arrancado del fondo de la sociedad por las revoluciones y trastornos, que como un crisol arrojan la escoria á la superficie, en el momento de la ebullicion.

La fuerza de agresion que habian adquirido los montemolinistas en los últimos dias del mes de marzo y primeros de abril, ponia en peligro la seguridad de las poblaciones que estaban solo protegidas por cortos destacamentos. El que habia en la de Camprodon no retrajo á una partida de matinés de penetrar en esta villa el 22, aunque no parece que tuvo esta otro objeto que el de acreditar su confianza en las simpatías del pueblo, y salió de él sin molestar á nadie y aun sin contestar á los disparos del destacamento.

Menos suave y moderada fué la conducta que observó Castells en Mombuy el dia 23. Exigió los fondos que habia en el estanco de tabacos, se llevó preso á un sugeto que creyó ser regidor de la villa, y marchó de esta despues de haber mandado pegar fuego á una de sus puertas. Al salir de Mombuy los montemolinistas, se dividieron en dos trozos; uno de estos echó por el camino de S. Lorenzo de Saball, y otro tomó la direccion de Senmanat. El primero fué embestido, roto y disperso por la columna de Farnés; pero el ruido de los disparos, atrajo al sitio del combate á los matinés que seguian la via de Senmanat, dirigiéndose simultáneamente al mismo punto la columna de Tarrasa. Con esta repentina afluencia de fuerzas enemigas se renovó el choque; pero Castells desalojado bien pronto de sus posiciones, tuvo que pronunciarse en retirada. La pérdida de ambas partes fué igual, y la de los montemolinistas consistió en seis muertos y 13 heridos. El revés que sufrieron las partidas de Borges y Coxio en las inmediaciones de la casa titulada *Mas de Sendros*, á manos de la columna de Oliana, y otro que esperimentó el gefe montemolinista Planademunt, recien venido de Francia, completan la série de los hechos de armas emprendidos durante el mes de abril; pero no dan una idea bastante cabal del incremento y prepotencia de los montemolinistas. Es preciso decir tambien, que ademas de Masgoret y Planademunt, vinieron de Francia Boquica, que se hallaba refugiado en el territorio de aquella nacion, desde mediados de enero, y algunos gefes de menos valer y renombre; que la juventud adversa

como la mayoría del pais, al tributo de las quintas, y falta ademas de medios de subsistencia por la paralizacion del trabajo, engrosaba diariamente las filas de los defensores de Cárlos VI, que de Olot salieron con este objeto; y á mediados de este mes, casi todos los mozos, llevándose los fusiles de los soldados que estaban alojados en sus respectivas casas, y que los montemolinistas se mostraron tan engreidos con estos favores de las circunstancias, que penetraron en el pueblo de Sans, uno de los arrabales de Barcelona, y se llevaron prisionero al alcalde.

Siempre se consideraba la paralizacion de trabajo como un manantial fecundo de desórdenes; mas el gobierno con la atencion absorta en las muchas dificultades que rodeaban su posicion, y careciendo ademas de recursos, no lograba destruir el marasmo en que iban cayendo los grandes ramos de la industria, ni disipar los peligros que de situacion tan violenta podian surjir. El general Pavía acudió al remedio de un mal de tanta trascendencia, y sus disposiciones firmes y decisivas, sin ser imprudentemente severas, contribuyeron eficazmente á conservar el órden en las grandes poblaciones, y á arrancar al Principado del borde de una de esas guerras desastrosas, tan frecuentes en la historia de Cataluña, en que la sublimidad de los hechos bélicos, hace olvidar muchas veces la injusticia de su origen. El primer pensamiento de Pavía se fijó en la necesidad de proporcionar medios, no solo á los obreros, sino tambien á los fabricantes que no se atrevian á hacer frente á la crísis monetaria que iba entonces desenvolviéndose con grande intensidad, y lo logró apelando al patriotismo de los capitalistas catalanes. Convocó á estos á una junta, á la que acudieron tambien los principales funcionarios en el órden político y administrativo, y cuando estuvieron todos reunidos, Pavía, á quien su carácter de capitan general daba derecho á la presidencia, pintó con vivos colores la situacion del Principado, y especialmente la de Barcelona, consideró la grande importancia de esta plaza en el órden político, reseñó los elementos de trastorno que habia en su seno, valoró la perturbacion mortal que un trastorno político podia producir en aquellas circunstancias, en la industria catalana, y concluyó poniendo en relieve la necesidad de ocurrir á peligro tan grave como inminente, proporcionando trabajo á los obreros, á quienes la desventura de su posicion obligaria á lanzarse en el peor de los estremos. Los concurrentes escogieron satisfactoriamente esta indicacion, y no solo prometieron fondos para subvenir á las exigencias del momento, si que tambien se comprometieron en su nombre y en el de sus amigos, á dar impulso á la fabricacion, sosteniendo por consiguiente el trabajo. Merced á esta medida, se afirmó en Barcelona la tranquilidad un tanto alterada por las oscilaciones ocurridas en los últimos dias de marzo.

Confiaba Pavía en la lealtad del ejército que se hallaba bajo sus

Digitized by Google

inmediatas órdenes, para alcanzar este objeto privilegiado, y asi es que rechazó la idea de proceder al armamento y organizacion de algunos batallones de paisanos, aun cuando la conducta y posicion social de ellos les pusieran á cubierto de toda sospecha y recelo de que prestaran una cooperacion directa ó indirecta á los enemigos del gobierno. Habia concebido este el pensamiento de crear esas cohortes ciudadanas, cuando amenazado enérgicamente en el centro y en la periferia de su poder, creyó que las fuerzas del ejército eran insuficientes para reprimir la conjura que le amagaba. El presidente del gabinete, general Narvaez, y el ministro de la Guerra, Figueras, autorizaron á Pavía en cartas dirigidas con fecha 2 de abril, para apelar á este recurso. Narvaez, despues de ocuparse de otros particulares concernientes á la política, decia, refiriéndose á este punto: «Si V. cree que armando algunos batallones y escuadrones »de los hombres honrados y pacíficos de los que no quieren bullan»gas, sino órden, porque tienen que perder, podria V. encontrar »alguna ayuda en ellos, proceda V. á hacerlo.» No menos esplícito Figueras, participaba al de Cataluña la circular dirigida con este motivo á todos los capitanes generales de provincia, y continuaba en estos términos: «Tengo el gusto de trasladarlo á V. con igual »objeto; pero añadiendo que como Barcelona se halla en una si»tuacion particular, que V. conoce perfectamente, el *gobierno auto»riza á V. desde luego*, para que en el caso de que considere in»dispensable ó conveniente distribuir algunas armas á personas hon»radas é interesadas en la conservacion del órden y de las instituciones, »puede V. verificarlo con todas las precauciones y reservas que serian »necesarias.» Pavía contestó á las dos cartas calificando de inconveniente la determinacion propuesta, y fundándose para ello en que los hombres pacíficos no admitirian las armas temiendo comprometerse, segun lo habia acreditado la esperiencia en tiempo del general Concha, y que los que las solicitaran, faltos de las condiciones de probidad y arraigo, las emplearian en subvertir el órden.

Mientras las autoridades sostenian este en las grandes poblaciones de Cataluña, desplegando una vigilancia suma y un aparato de fuerza imponente; mientras la guerra montemolinista adquiria mayores proporciones, el principio democrático habia encontrado una personificacion y un nombre en un sugeto de régia prosapia. El infante don Enrique, revuelto contra el órden político existente en España, se habia adherido pública y ruidosamente á la forma republicana planteada en Francia, y rebozando como casi siempre sucede, cálculos ambiciosos, á vueltas de sus tendencias populares, aconsejaba que se acometiese en España una revolucion bajo la bandera de aquella forma de gobierno. No era el infante hombre prestigiado ni habia puesto en relieve el valor tranquilo y sosegado, la actividad, el génio de la intriga y el talento de la oportunidad que constituyen las prendas de un gefe

de partido ; pero era un jóven ardiente é impetuoso, que se creia profundamente desairado en el asunto de la doble boda; que deseaba medrar vengando agravios recibidos, y que á trueque de suscitar obstáculos y embarazos al gobierno , ofrecia á los amigos de la revolucion el brillo de su cuna , pensando y con razon en que aceptarian desde luego esta prenda de alianza , ya porque los tránsfugas son por su influencia moral los enemigos mas temibles de una causa ó institucion cualquiera , ya porque debia padecer mucho la monarquía al verse combatida y repudiada por un individuo salido de su seno. Merced á esta circunstancia , tuvo algun eco la manifestacion de don Enrique , y el coronel Ballera , antiguo centralista , que sin duda obraba de concierto con este infante , al penetrar en Cataluña al frente de 200 hombres , hizo circular la siguiente proclama :

«Compañeros de armas, catalanes, españoles todos. El grito lanzado por el ciudadano Enrique María de Borbon , será repetido en todas las provincias de España; república es la bandera alrededor de la cual se agrupan todos los libres para defender la libertad , para aniquilar de una vez, para romper los planes de los tiranos que nos tienen esclavizados.

»El pueblo unido siempre á la marina y ejército, estrechará hoy sus fraternales lazos , y en su valor y muy acreditado patriotismo y suma constancia , se estrellarán los enemigos de la libertad de la patria.

»Yo, que toda mi vida he defendido la libertad del pueblo, y que por ella he derramado mas de una vez mi sangre en los campos de batalla, ofrezco de nuevo en las aras de la patria, mi vida y mi espada que desenvaino por cuarta vez, venido del estranjero, para combatir la traicion y la tiranía.

»Pronto la victoria coronará nuestros esfuerzos; concluirá el poder de los tiranos, y la libertad quedará para siempre asegurada. ¡Gloria eterna á los libres! Viva la República! Libertad, igualdad, fraternidad.» Provincia de Gerona 2 de abril de 1848.=El ciudadano, FRANCISCO BALLERA.»

Bajo estos auspicios se inauguró el mes de mayo , que formará época en la historia de nuestras discordias intestinas , pues la revolucion que parecia amilanada bajo el golpe que recibió en Madrid el 26 de marzo , hizo un esfuerzo supremo y se levantó de nuevo en Madrid y en Sevilla. Los partidos no se aniquilan como los ejércitos despues de una batalla ; viven y se agitan tanto como la esperanza de su porvenir , y solo perecen y se disuelven por la accion doblemente corrosiva del tiempo y del descrédito. Verdad es que, como hemos dicho , los principios republicanos andaban desapoderados en nuestro pais , pero se sostenian sobre el influjo magnético de estrañas complicaciones , y la fraccion que los sostenia invocó el auxilio de la oportunidad. No obstante , viendo que no podia concitar de nuevo contra el gobierno la ira imponente de las masas popu-

Digitized by Google

lares, se dió á intrigas y ocultos resortes, sin advertir cuánto rebajaba su influencia moral obrando de este modo, pues la conspiracion es siempre prueba cierta de la debilidad de un enemigo. Vivia alerta el gobierno, pero no supo sin sorpresa que una parte de la guarnicion de Madrid se apartaba de su obediencia y hacia causa comun para derribarle, con los mas ardientes amigos de las nuevas reformas. En efecto, á las dos de la mañana del dia 7 de mayo, salieron del cuartel de S. Mateo algunas compañías del regimiento de España, número 30, conducidas por varios oficiales de reemplazo, paisanos y los sargentos. Marcharon á la Plaza mayor, y apoderándose allí de algunas casas, organizaron una vigorosa resistencia.

Los primeros albores de la mañana del 7 de mayo dejaron ver el cuadro de una batalla sangrienta, porque se peleaba á quemaropa, y hasta jugaban algunos cañones colocados en la embocadura de la calle de Santiago.

Los rasgos de valor que tuvieron lugar de una y otra parte son tan difíciles de referir, como peligrosa es la narracion de algunos hechos sobre que corremos un velo, no por temor á lo que pudiéramos decir, si porque deben permanecer aun ignorados sucesos de tanta trascendencia.

La insurreccion militar fué vencida al cabo de una hora de combate, aunque influyó sin duda en que este no fuera mas prolongado, el haberse roto en el momento crítico algunos compromisos de gran importancia. Una lucha sostenida con ardor, necesariamente debia ser mortífera, y en efecto, aunque no se lograron determinar las pérdidas de una y otra parte, puede calcularse que la de los insurgentes ascendió á 80 hombres, incluyéndose en este número 26 paisanos; y las de las tropas fieles al gobierno consistió en 70, entre los que deben contarse varios oficiales y algunos gefes. Tambien quedó mortalmente herido el capitan general de Madrid, D. José Fulgosio.

El gobierno, apartándose de su conducta anterior, desplegó en este trance una severidad que pudiera calificarse de dureza. Apenas fenecida la insurreccion, se organizó un consejo de guerra, que celebró sus sesiones á campo raso, segun fuero y usanza de campaña, estando sus individuos sentados sobre tambores y los reos en sillas. A las seis y media de la tarde fueron fusilados un sargento, dos cabos y cinco soldados del regimiento de España, designados por la suerte entre 70 que se resistieron hasta el último estremo, y cinco paisanos de los que se habian adherido á la insurreccion. Algunos otros sargentos prófugos, á la sazon, fueron condenados á la pena de muerte.

Bien necesitaba el gobierno del prestigio que da la victoria para imponer y oponerse á sus enemigos. Hubo un momento en que el triunfo mismo pareció serle tan funesto como un revés, porque se inflamó en gran manera el resentimiento de los disidentes, y se avivaron los celos de la diplomácia inglesa, que le habia sido clandestinamente hostil desde el

Digitized by Google

asunto del doble enlace, pero que ahora mostraba sin rebozo, sus simpatías en favor de los que apoyaban la democrácia. Alentaba á estos la conducta del embajador inglés, y como por otra parte habian hallado medio de atacar al gobierno con sus propias armas, no decayeron de ánimo, con el mal éxito de esta tentativa y empezaron á propalar noticias de próximos disturbios. Con efecto, esta influencia, y el oro que ha reemplazado en las sociedades modernas al génio de las revoluciones, repartido profusamente, produjeron en la noche del 13 otra insurreccion militar en la ciudad de Sevilla, insurreccion en que tomaron parte algunas fuerzas de infantería y caballería de los regimientos de Guadalajara é Infante. Pero fué vigorosamente reprimido tambien este movimiento, y los insurgentes, perseguidos por una columna á las órdenes del capitan general de Sevilla, Schelly, penetraron en Portugal el dia 17. Desde entonces se fué calmando poco á poco la efervescencia de las cindades y grandes poblaciones, pero se aumentó en el campo considerablemente el número de enemigos del gobierno.

Solo en la provincia de Valencia se levantaron hácia mediados de este mes, como defensores del estandarte republicano, un abogado llamado D. Juan Bautista Ferrer, que se presentó á la cabeza de 100 hombres, un médico de apellido Mazip, que apareció en el pueblo de Faure, mandando 200, D. Felix Jover, capitan que habia sido de la milicia nacional, D. Miguel Alegre y D. Luis Monzó. Eran estos en su mayor parte, jóvenes entusiastas, que habian abrazado con ardor los nuevos principios, que estaban resueltos á sacrificarse en su defensa y en la de su ambicion, que es el privilegio de la juventud. Pertenecian á una buena condicion social y debian al parecer gozar de prestigio en el pais; pero ninguno aventajaba bajo este último concepto á Sendrá, conocido por el *Mayorazgo de Pego*, que á los pocos dias de presentarse, se vió rodeado por 800 adictos, muchos de ellos contrabandistas, hombres de corazon y endurecidos en la fatiga. Sin embargo, fué fugaz y atribulada la existencia de estas partidas, porque los pueblos rechazaron su bandera; y faltas de este auxilio, no pudieron resistir á la activa persecucion que organizaron el general Boiges y otros gefes isabelinos.

Tambien en Aragon se alzó el *Cojo de Cariñena* y otro aventurero apellidado Romana; mas fueron por entonces débiles sus fuerzas y lentos sus progresos, y es preciso que volvamos ya la atencion, un tanto distraida, al principal teatro de la guerra, á los acontecimientos de Cataluña.

El primer suceso digno de mencion, ocurrió el dia 15 de mayo. Las partidas de Marsal, Caragol, Jubany y Proch, ocupaban una cadena de eminencias guarnecidas por un espeso bosque, denominado de la Gastosa. Avistólas en este punto la columna de Santa Coloma de Farnés, y las embistió sin vacilar. Resistieron los montemolinistas con rara tenacidad, reconquistando cinco veces consecutivas las posiciones perdidas; pero á la sesta, las compañías de cazadores de Ciudad-

Digitized by Google

Rodrigo, que sostenian toda la fuerza de la accion, se apoderaron definitivamente de la cumbre, y precipitaron á los montemolinistas en la fuga. Perdieron estos cinco muertos y varios heridos, y en mas debieron mermarse las filas de los de la reina, pues tuvieron que luchar largo tiempo contra un enemigo obstinado en la defensa, y con las dificultades de la escelente posicion que este ocupaba.

Entre las mismas fuerzas montemolinistas con Marsal á la cabeza, y la columna de Santa Coloma, ocurrió otro choque el dia 18. Estaban los primeros situados en las inmediaciones de San Martin de las Esposas, apoyando su espalda en la ermita de Santa Bárbara, que domina como una corona de jaspe, una cuesta empinada, áspera y de muy difícil acceso. Habia venido la columna en su seguimiento durante cuatro horas con precipitado paso, y tan luego como les dió alcance, se preparó el ataque. Comenzóle con bizarro porte el capitan don Manuel Tejeiro, que al frente de una compañía, y en combinacion con el gefe de la columna y con el subteniente don José Diaz Coza, empezó á trepar por la pendiente, abriéndose paso sus soldados á la bayoneta; esta prueba de arrojado valor impuso á los montemolinistas, los cuales, despues de hacer algunas descargas, se retiraron á la altura de los Osos, dejando cuatro muertos en el sitio de la refriega.

En el mismo dia 18 se cruzaron en otro punto las armas de los beligerantes, siendo los agresores los montemolinistas. Marcharon estos en número de 300 bajo la conducta de Estartús y Salpich, tomando la vuelta de las alturas de Ilayes para caer sobre la columna de Ripoll, compuesta de medio batallon del 2.° de cazadores, bajo las órdenes del teniente coronel Hore. La columna, apercibida del movimiento practicado por sus enemigos, esperó el ataque de estos, apoyándose en una casa colocada sobre la cresta de la montaña. Rompió el combate la gente de Castells y Salpich con ardor y denuedo singulares; pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la entereza de los isabelinos. Hore su gefe, se portó este dia como entusiasta capitan y valeroso soldado, y aunque contuso y con el uniforme atravesado por siete balas, siguió en el centro del peligro, alentando á los suyos con la voz y el ejemplo. Los montemolinistas que habian visto desvanecerse la esperanza de sorprender á su enemigo, abandonaron el propósito de apoderarse de la casa, despues de esta tentativa sangrienta, que les costó 12 muertos y bastantes heridos. Las tropas de la reina, bajo el amparo de la mencionada casa, no sufrieron tan grave quebranto, y su pérdida consistió en un soldado muerto y un oficial y 11 soldados heridos.

Obstinada fué tambien la accion que se empeñó entre la columna de San Hilario y las partidas de Marsal, Torres y Granfons, que ocupaban el pueblo de Viladran. Atacó la columna con ímpetu, y los montemolinistas resistieron con teson; desalojados de sus primeras posiciones, se replegaron á otras, y en ellas continuaron defendiéndose

hasta que sobrevino la noche y separó á los combatientes. Esta resistencia regular y tan prolongada, probaba que los montemolinistas iban adquiriendo organizacion y hábitos militares. Al principio, arremetian con valor impetuoso y con alardes de sorpresa para desbandarse á los pocos minutos de trabarse el choque; ahora ya esperaban las acciones y defendian palmo á palmo, y durante muchas horas, las posiciones que ocupaban. Sus progresos eran bajo esta consideracion rápidos y sensibles. El valor de la agresion es completamente espontáneo, y nace de los primeros ímpetus del corazon, pero el de la resistencia procede de una voluntad deliberada, y es hija de la disciplina y de la costumbre de combatir.

Pruebas claras dieron los montemolinistas del ascendente que iban conquistando, en la accion de Bagá, la última de las ocurridas en el mes de mayo y la mas desastrosa para los isabelinos. Una columna de estos, compuesta de 140 hombres, se dirigió hácia el pueblo de San Jaime de Fontaná, donde suponia hallar á los mentemolinistas; pretendieron estos ahorrarla gran parte del camino, y se presentaron al mediodia del 25 en número de 40 hombres, en las inmediaciones de la Pobla de Lillet, y en el sitio denominado de Santa Eugenia, trabando desde luego una ligera escaramuza y retirándose con tal artificio, que atrajeron á los de la reina á un punto donde se hallaban emboscados 300 hombres bajo las órdenes de Masgoret, Castells y el coronel Gomez. Cayeron las fuerzas montemolinistas sobre los isabelinos con ímpetu arrollador, acompañando el fuego vivísimo que hacian con grandes gritos y estrepitosa algazara, á fin de aumentar el efecto de la sorpresa; pero la columna, recobrada pronto de la primera impresion, resistia con denodado ahinco los ataques de frente y flanco. Mandábala el comandante D. Salvador Garcia, que tenia fama de bizarro militar, y que lejos de desmentirla, la acrecentó en este dia. Siempre á la cabeza de sus tropas se estuvo batiendo con noble obstinacion, hasta que viendo muy desmembradas las fuerzas de los suyos, trató de guarecerse en la casa de Santa Eugenia, mas los montemolinistas previendo este caso, habian cerrado la puerta, y este contratiempo desconcertó un tanto á los soldados de la reina, pero siguieron defendiéndose y ofendiendo, y probablemente su defensa hubiera fatigado la animosidad de los montemolinistas, sino hubieran faltado las municiones y caido herido de cuatro balas el intrépido comandante Garcia. En trance tan estremo se rindieron los isabelinos, escepto algunos individuos de la ronda que lograron escaparse. Aunque vivo y sostenido el fuego, y varias las cargas á la bayoneta, no fué considerable el número de muertos por parte de los isabelinos, pero sí el de los heridos y mucho mas el de los prisioneros. Ascendieron los primeros á cuatro, á 27 los segundos y á 98 los prisioneros de la clase de tropa, seis de la de oficiales y el físico de la columna. Los montemolinistas tuvieron un comandante y seis individuos de tropa muertos y varios heridos y contu-

sos. La columna de Berga, bajo la conducta del brigadier Paredes, salió á perseguir á los victoriosos montemolinistas y les obligó á abandonar la mayor parte de los prisioneros de Bagá; pero retuvieron en su poder como gente de mas estima, á los seis oficiales y al facultativo.

Antes de terminar la relacion de los hechos concernientes al mes de mayo, vamos á ocuparnos de uno que bien merece pertenecer al dominio de la historia.

José Gallofré, propietario de las casas situadas en el sitio conocido por las Cuadras, y unidas ambas por medio de un pasadizo de 20 pies de largo y siete de ancho, á un pajar, fué atacado por 94 montemolinistas, capitaneados por Vilella y Pau-mañé. Defendióse Gallofré secundado por un colono y dos jóvenes, hijo suyo el uno y el otro del colono, y para obligarle á desistir, prendieron fuego los sitiadores á las casas y al pajar, obligando á los valientes defensores á replegarse al pasadizo, único punto que no ardia, y en él, rodeado de su familia, continuó la obstinada defensa, causando á sus enemigos dos muertos y seis heridos, pereciendo de un balazo el hijo del colono. Desesperanzados los sitiadores de obtener el resultado que se proponian, abandonaron la empresa; pero Vilella quiso antes *ver la cara de su enemigo*, el cual convino en presentarse sin hacer fuego, exijiendo que el montemolinista se colocase á medio tiro de fusil con seis de los suyos; asi se hizo, admirando la bizarría de aquellos cuatro valientes, cuyo gefe sostuvo una lucha personal con el mismo Vilella, que hubiera perecido á no faltar la escopeta á Gallofré.

Fué notable el valor con que se condujo una hija de este, haciendo uso de una de las cinco armas de fuego con que en totalidad contaban los defensores de las casas.

La reina, de acuerdo con la propuesta hecha por el capitan general, le concedió la cruz de San Fernando de 1.ª clase y la nobleza personal para sí y sus hijos; mandando ademas se le propusiera para otra recompensa útil y ventajosa, incluyendo al colono que con tanto denuedo le secundó.

El aspecto del mes de junio es puramente militar. Ibase estinguiendo la fermentacion de los ánimos en las grandes poblaciones: los elementos sociales dislocados volvian á ajustarse dentro del cánon de la ley, y los enemigos mas resueltos del gobierno salieron al campo de batalla para vender caras sus vidas, ó disputar con honroso empeño el precio de la victoria. Los montemolinistas lidiaron en este periodo con desigual fortuna. Cúpoles adversa en el choque ocurrido el dia 8 entre las partidas de Masgoret y los hermanos Tristany, y la columna de Manresa, mandada por el brigadier comandante general de este distrito, D. Joaquin Manzano. Atacados los montemolinistas en las inmediaciones de S. Joaquin de Vallenesta, se retiraron despues de breve resistencia; mas reforzados en el camino con la gente de Posas y hermano de Castells, se situraron ventajosamente cerca de la villa de Ca-

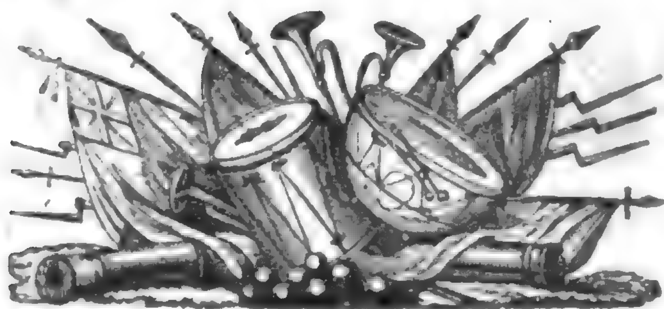
basi, é hicieron firme rostro á su enemigo. Acometiólos este de repente y con grande arrojo á la bayoneta, y el ataque fué tan brusco y bien concertado, que los montemolinistas abandonaron sus posiciones, convirtiéndose al cabo la retirada en deshecha fuga, dejando nueve muertos y 30 heridos. Aumentóse al dia siguiente el descalabro de los matinés, que fueron envueltos y de nuevo rotos, por las columnas de San Feliú y Castells, en las posiciones de Castelloz y Collespina, sufriendo la pérdida de seis muertos y 15 heridos. Las tropas de la reina que habian verificado una marcha combinada y próspera, tuvieron en estos dos encuentros pérdida, aunque menor, no escasa.

Pretendieron los montemolinistas indemnizarse arrebatando al destacamento de Vidrá, que constaba de 25 soldados del batallon de cazadores de Tarragona, mandados por el teniente del mismo cuerpo, D. Aureliano Esteban de Reguez. Con tanto valor como confianza en el éxito atacaron los montemolinistas; mas el destacamento que habia tenido tiempo de encerrarse en la casa–fuerte, se defendió en ella durante cinco horas y media: mas estrechado por fuerzas muy superiores, su pérdida era segura, á no haber acudido en su auxilio la columna de S. Quirse, cuya presencia impuso é hizo retirar á los montemolinistas. Vidrá quedó de todo punto desguarnecida, porque se creyó que solo retirando el destacamento, podria evitarse el que cayera en manos de los montemolinistas, que por entonces se agolpaban á la frontera como en ademan de esperar algun gefe notable.

Asi terminó este periodo, uno de los mas importantes de la guerra de Cataluña. Se habian ensayado varios sistemas militares para terminarla, y los generales que se sucedieron en el mando de Cataluña, pusieron en juego para concluirla diferentes arbitrios y elementos, fundados unos en la situacion geográfica del pais, atemperados otros al carácter de los habitantes; pero ninguno de estos medios, ni aisladamente, ni en combinacion, produjo un resultado decisivo.

La bandera montemolinista combatida, humillada y próxima á sucumbir, se levantó de nuevo en alas de la revolucion. Habia esta cruzado el horizonte político como un relámpago, conmoviendo, pero sin herir, las principales partes de la constitucion, y dió mayor cohesion á los diferentes elementos que constituian la vida del gobierno, porque se estrecharon con la resistencia, y se hermanaron en el peligro. No tenia naturalizacion en nuestro pais, ni representaba la concordia de los intereses con la voluntad del pueblo, y asi es que terminó en una sedicion militar. No brotaron en las ciudades catalanas, como se temia, algunos destellos de aquella; pero embebida la atencion, é invertidos los principales medios del capitan general en conjurar este peligro, los montemolinistas lograron aumentarse, y lo que es mas, organizarse; es decir, que tendian á completar una existencia tan réciamente combatida y defendida con singular vigor. Habianse ya

puesto á su frente gefes acreditados como Marsal, Masgoret y aun D. Domingo Forcadell, recien entrado de Francia, general viejo que conocia á fondo el carácter de la guerra que entonces se sostenia, y á quien sus mismos enemigos habian concedido en la guerra pasada bastantes conocimientos tácticos y estratégicos, y un amor á la equidad, bien raro en una época en que las pasiones estaban muy desencadenadas, y pocas veces tibio el furor de los partidos. Pero aunque estos eran gefes de valía y consideracion, circulaba ya entre los montemolinistas otro nombre mucho mas prestigiado, y que enlazaba, por decirlo, en el ostracismo, la historia de dos épocas: se esperaba de un dia á otro la venida de D. Ramon Cabrera.



CAPITULO IV.

Estado del pais.—Coalicion carlo-progresista.—Insurreccion en Guipuzcoa y Navarra: Elio: Alzáa: su muerte.—Proclama de Cabrera.—Su entrada en España.—Alocuciones.—Sus primeros actos.—Invasion de Estremadura: Royo y Peco.—Partidas en Andalucia y Santander.—Conatos republianos.—Conspiracion carlista en Madrid.

LA situacion política de España en el período que sirve de punto de partida á este capítulo, era de las mas críticas y angustiosas porque ha pasado desde el comienzo de su revolucion. Suspensas las garantías constitucionales, sujeta la nacion á un régimen escepcional basado en terror, imperando la ordenanza militar, constituia todo un órden de cosas que pudo decirse se habia ya erigido en sistema fijo de gobierno. Vencida la revolucion, se vió fuertemente encadenada; y en verdad que si aquella se mostró tan poco imponente en la lucha, no era muy lógico presentarla mas temible cuando habia sucumbido. Se la vió lanzarse á la pelea y se la esperó con entera confianza; se

Digitized by Google

la venció, y asi como se destroza la presa, se trató de esterminarla, sin tregua ni consideracion.

El partido que pretendió vencer en las barricadas, tuvo que ceder de su empeño. Veíase el gobierno libre de este enemigo; pero surgia otro de su mismo seno con circunstancias mas trascendentales. El mal escogido palenque de las calles se trasladaba al campo, donde iba á encenderse la grande hoguera de muchos combustibles, tan heterogéneos como inflamables. Pretendióse que opuestos partidos lucháran mancomunadamente, y sobre esta coalicion de que tanto se ha hablado, vamos á ser tan esplícitos como lacónicos; escribimos para la historia y la debemos la verdad, á la cual rendimos respetuoso homenage.

Vencida por el gobierno, como hemos dicho, la revolucion armada, se creia invulnerable, y cual otro Aquiles, si desconcertaba al partido montemolinista. Al efecto trató de ganar á su gefe con halagadoras promesas, de que eran portadores algunos de los que defendieron á su padre. Diéronse estos mismos pasos cerca de casi todos los generales, y solo alguna insignificante escepcion, que sirvió para demostrar mas y mas la arraigada fé de los constantes defensores de Montemolin, fué el resultado de tanta ida y venida, y comisiones y correos.

Montemolin, en tanto, debia aprovechar el estado de la Europa y el descontento que reinaba en la Península. Allende los Pirineos, estaban ademas valientes militares emigrados de su patria, hácia la que tendian sus miradas, con el anhelo de gozar de su ambiente. El enemigo de todo, era el poder: derribarle, era su sueño mas dorado: la ocasion no podia ser mas oportuna, y los soldados de Montemolin, á la órden de los gefes liberales, formarian un ejército invencible, cuya marcha á Madrid seria triunfal. La cooperacion de estos generales convenia, pues, al conde, y pensó sériamente en ella; no porque desconfiase de los suyos, sino porque hacian aquellos cuestion de dias, lo que de otro modo lo seria de mucho tiempo, y este incierto y aun desastroso, si le combatian los que queria atraer á su favor.

Llegó por este tiempo á Lóndres el señor Olózaga, y al anunciar su arribo con elogio el *Morning-Post*, le titulaba el *Berryer español*. Esto, y los antecedentes espuestos, dieron ocasion á que parte de Madrid tuviera por efectuada la coalicion de que se trata, considerando que se ponia á Olózaga en la línea política de aquel orador, el primero de los del partido legitimista.

Tal coalicion, sin embargo, no existia. Si algunos con mejores deseos que prudencia, prestaron oidos á ciertas ofertas desinteresadas, vieron en su mismo abandono lo peligroso de la empresa, que no por esto dejaba de ser algun tanto popular; pues solo guiándose el vulgo por los estremos, y tan dispuesto á perdonar como á ven-

garse, se coaligaria gustoso con los absolutistas, perdonándoles, por vengarse de los moderados. Pero no creemos sea el vulgo el mejor barómetro para saber apreciar las necesidades de la nacion: lo será de la opinion reinante; pero ya sabemos cómo se falsea esta.

Los gefes y la prensa del partido progresista rechazaron la coalicion como imposible, si bien tampoco se proponian resistir al que fuera su mas encarnizado enemigo. No esperaban de él mayores persecuciones y males que los que les agoviaban los que habian militado con ellos, y se mostraban impasibles ó indiferentes.

La palabra coalicion, despertaba en el partido progresista dolorosos recuerdos: vigentes están los efectos de los que la admitieron con una nobleza tan ingratamente pagada: el errar una vez es disculpable, dos no; y en materias políticas se suelen pagar tales errores con la vida.

No existia, pues, la coalicion carlo-progresista; mas adelante veremos combatir juntos á los progresistas y montemolinistas, pero no en virtud de coalicion alguna, como lo demostraremos.

Grande era la satisfaccion del gobierno al ver no existia tan peligrosa amalgama, que por lo mismo que la creia, la temia. Sabia que los estremos se tocan, y si asi lo hubieran hecho los montemolinistas y progresistas, su triunfo era seguro, como lo hemos insinuado mas adelante al hacernos cargo de los elementos que componen ambos partidos, que verdaderamente pueden llamarse tales en España, por su fuerza numérica y por sus ideas propias.

Causas eran todas estas que favorecian estraordinariamente á Montemolin; asi que, contando con la indiferencia, ya que no con ayuda del agraviado partido progresista, formula su nuevo plan de campaña y apresta á sus generales al combate. La invasion simultánea en varias provincias distraeria la atencion del gobierno á otros tantos puntos, diseminaria sus fuerzas y daria lugar al levantamiento de los antiguos defensores de don Cárlos y á su pronta organizacion. Combinado asi todo, nombrados los gefes para cada punto, formados en Francia y Portugal los núcleos de las fuerzas invasoras, bien uniformadas y bien pagadas, solo esperaban la convenida señal para pisar el territorio español. A esta señal habian de ser invadidas las Provincias Vascongadas, antiguo teatro de gloriosos hechos, las provincias de Santander, Estremadura, Andalucía, el Maestrazgo y Cataluña.

¡La señal se dió! En la imposibilidad de seguir á todos á un tiempo, observaremos el órden establecido en el epígrafe de este capítulo.

Para la campaña de Navarra y Provincias Vascongadas, no habia gefe mas á propósito que el jóven D. Joaquin Elio, cuyo primer acto fué estender, para circularla, la siguiente

Proclama del general en gefe del ejército carlista.

«Habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas:

»El rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando militar de estas fidelísimas provincias.

»Al presentarme de nuevo en medio de vosotros, es mi deber esponeros la mision que me ha sido confiada, los sentimientos que animan á nuestro jóven y augusto monarca, y la línea de conducta que observaré constantemente.

»Los principios generales que S. M. adoptará para gobernar se hallan espuestos en su manifiesto del 23 de mayo de 1845 y su arenga del 13 de setiembre de 1846. Los graves acontecimientos políticos que han ocurrido despues, y que agitan la mayor parte de Europa, lejos de haber cambiado en nada sus ideas, le han convencido, por el contrario, de la necesidad de formar un gobierno puramente español, que, fuerte con el apoyo de todos los hombres de bien sinceramente adictos á su patria, salga al fin de esa humillante y vergonzosa posicion en que se encuentra hace tantos años respecto de las demas naciones, y sea bastante fuerte y poderoso para no temer á las unas ni mendigar el apoyo de las otras.

»Comprendiendo sus generosas intenciones, todos los que sigan su bandera no reconocerán por enemigos sino á los que se presenten como tales, á los que por ambicion ó egoismo quieran oponerse al establecimiento de un estado de cosas por el que hace mucho tiempo suspiran todos los buenos españoles, como el único remedio para preservar al trono y á la nacion de la ruina inevitable que los amenaza.

»Quince años de esperiencia, quince años durante los cuales hemos visto en el poder á todos los hombres eminentes del partido que habia tomado por divisa *órden y libertad*, han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el órden, la justicia y la libertad bien entendida.

»El medio de lograrlo todos los saben. El nombre del rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse á la voluntad general del pais seria un crímen imperdonable.

»Seamos los primeros á ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos á una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habeis dado este noble ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él, y que será seguido inmediatamente por las demas provincias del reino, que solo aguardan esta señal para levantarse.

»Conservar en toda su pureza y esplendor la santa religion de nuestros padres; respetar y proteger á sus ministros; rodear el trono de toda la fuerza y prestigio necesarios á su conservacion; restablecer en él al soberano que la justicia y la felicidad de la nacion reclaman; asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la pros-

peridad de nuestro pais, tal es nuestra mision; mision santa, que llevaremos á cabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la lealtad.

»A las armas, pues, vascongados y navarros. Agrupémonos al rededor del estandarte enarbolado por nuestro rey. Sea nuestra divisa *Cárlos VI y olvido de lo pasado.* ¿Qué español se negará á afiliarse bajo esta bandera, que no rechaza la cooperacion de nadie para combatir y vencer á los insensatos que quisieran todavia oponerse á su triunfo?

»El resultado que nos proponemos y la gloria no se adquieren sin sacrificios; pero serán tanto menores, cuanto mayores y mas enérgicos sean nuestros primeros esfuerzos. Si en su ciega obstinacion, los seides del gobierno usurpador que pesa sobre España quisieran prolongar un sistema que se desploma por su impotencia é impopularidad, la nacion indignada les haria desaparecer prontamente de la escena política, y les seguirian en su fuga la execracion y maldicion de todos los buenos españoles, cuya ventura les hubiera sido tan fácil asegurar.

»Nuestro triunfo depende de nosotros. La nacion nos espera como á sus libertadores; su bendicion y gratitud deben ser nuestra mas preciosa recompensa; pero el rey, que no tardará en hallarse en medio de nosotros; el rey, que va á ser testigo de vuestro valor y de vuestros sacrificios, no dejará de recompensaros con la real munificencia que le dicte su corazon generoso.

»Gefes antiguos, cuya fidelidad y esperiencia os son bien conocidas, os guiarán por el sendero del deber. Seguidlos; no os separeis de la línea que os tracen, y lograreis el objeto que en todas épocas han logrado los vasco-navarros. Orgulloso con este título, velaré porque se conserve siempre puro y sin mancha; vuestra gloria es la mia.

»El nombre y la felicidad del pais: hé aquí la brújula que dirigirá constantemente mis acciones.

JOAQUIN ELIO.»

Designado el malogrado Alzáa para comandante general de la provincia de Guipúzcoa, á pesar de su resistencia á encargarse de esta dificil mision, se decidió por fin á entrar en España, y lo verificó por Navarra en 23 de junio. Puesto de acuerdo con sus amigos, y despues de esperimentar no pocos desengaños y repulsas, dispuso su plan de operaciones asesorado de un tal Arrondo, natural de Oyarzun, famoso jugador de pelota, quien ha sido su mas poderoso auxiliar en esta provincia.

Tres fueron los proyectos en que convinieron: era el primero apoderarse de Tolosa por un golpe de mano, de las autoridades política y foral, y de la caja de la provincia, para lo que señalaron el 27 de junio; dia que les presentaba una ocasion mas disimulada por la circunstancia de ser el señalado para jugarse un gran partido de pelota, diversion favorita del pais, y á la que ordinariamente concurre un gen-

Digitized by Google

tio inmenso, lo cual debia necesariamente facilitar la reunion de los conspiradores, sin llamar la atencion de las autoridades y del público. Era el segundo, el reunir un gran número de hombres en un punto inmediato á la villa de Placencia en la noche del mismo dia 27, con objeto de acometer de improviso al romper el dia 28 la real fábrica de armas de aquella villa, y apoderarse de los caudales y de las armas que existian en bastante número en aquel establecimiento. El tercer proyecto era el de apoderarse por sorpresa de Santa Bárbara de Hernani, en la noche del 28; para cuya operacion estaba de acuerdo con el oficial que mandaba la tropa del fuerte, al cual tenian sobornado.

Cualquiera que conozca este pais, comprenderá fácilmente que el plan de los montemolinistas estaba bien concebido, y que á no habérseles frustrado el primer golpe, hubieran causado una gran perturbacion, toda vez que el segundo fuera entonces de mas fácil ejecucion, y que provistos de armas y dinero, y con la fuerza moral que con la toma de un fuerte hubiesen adquirido, era de temer pusiesen en combustion una provincia privada ya de sus autoridades. Asi es que formaban los cálculos mas halagüeños, y contaban como infalible el levantamiento en masa de las Provincias Vascongadas.

Una sola cosa dejaron de tomar en cuenta los montemolinistas: la vigilancia de las autoridades política y foral, y este solo descuido bastó para hacer abortar todos sus proyectos.

El gefe político y la diputacion foral vigilaban tiempo habia, segun estas mismas autoridades aseguraron, y sabedoras de la existencia de la conspiracion, meditaron con calma las providencias que convendria adoptar, á fin de conjurar la tempestad que amenazaba. No quisieron ser las primeras en alarmar al pais, en cuya lealtad y sensatez tenian completa confianza, y por lo mismo prefirieron á hacer suspender el partido aplazado, el tomar medidas de precaucion tales, que sin alarmar á los pacíficos habitantes, fuesen bastantes para hacer conocer á los rebeldes que estaban vigilantes. Puestas de acuerdo las autoridades civiles con el comandante general de la provincia, que tambien se hallaba en Tolosa, se situó una compañía de granaderos en Irura, que dista un cuarto de legua de esta villa: se reunieron en el cuartel las dos compañías de guarnicion con sus respectivos oficiales; y despues de cubiertos con piquete de miqueletes la casa de la diputacion y su tesorería, se trasladó el resto de esta fuerza al juego de pelota. Estas disposiciones bastaron para que los montemolinistas, armándose de prudencia, desistiesen de su intento.

Frustrado asi el primer golpe, y desquiciados por su base tan gigantescos proyectos, la posicion de Alzáa, que á la sazon estaba oculto en las inmediaciones de Tolosa, se hizo sumamente crítica. Pudo palpar prácticamente que á pesar de las seguridades que se le habian dado de que se le reunirian hasta 600 mozos, no lo verificaron mas que una veintena de antiguos oficiales carlistas, no obstante que se les presen-

Digitized by Google

taba la ocasion mas á propósito y mas disimulada posible de reunirse con la gran concurrencia que acudió al partido: pudo personalmente desengañarse que era árdua empresa, si no imposible, la de sublevar un pais donde habia tenido efecto el grandioso acto de la reconciliacion de Vergara; pais que aun miraba la guerra como una calamidad, y que al recorrerle nosotros, nos hemos enternecido con aquellos sencillos habitantes al contemplarles rodeados de sus familias, á las cuales referian con los ojos humedecidos por las lágrimas, los estragos que causára la guerra en sus escasos bienes, presentando sus efectos como el verdadero azote del Señor.

Una circunstancia ocurrió aquel dia, que por su mucha gravedad y por lo que aboga en favor de estos naturales, nó puede pasarse en silencio. Un partido de pelota es la diversion que mas concurso acarrea en estas provincias, donde todo el mundo conoce las reglas é incidentes de este juego; asi es que generalmente acontece, que, concluido el partido, las gentes se retiran á comer, y las conversaciones sobre las jugadas mas críticas suelen dar lugar á largas y acaloradas discusiones, que se prolongan comunmente hasta bien entrada la noche: nada de esto sucedió el dia 27 en Tolosa, á pesar de haberse jugado uno de los mejores partidos, y de haberse competido en términos que, despues de igualarse por tres veces, hubo que suspender el juego sin que quedasen vencedores ni vencidos; la concurrencia, que no fué escasa, se disipó como por encanto, en términos que á la hora de concluido aquel no se veia un aldeano por las calles, ni se oia el menor ruido en las posadas ni tabernas. La causa de esta repentina y desusada desaparicion es significativa.

Los amigos de Alzáa, en tanto, redoblaron, aunque inútilmente, sus esfuerzos en la parte alta de Guipúzcoa, con el fin de hacer prosélitos para dar el golpe sobre la fábrica de armas de Placencia; pero tambien fracasaron como en Tolosa. Todos sus esfuerzos no obtuvieron otro resultado que el de reunir en la barriada de los Mártires, punto distante un cuarto de hora de Placencia, 36 hombres, de los que mas de 20 eran oficiales carlistas mandados, por un ebanista de Oñate, antiguo capitan carlista, llamado don Saturnino Ramirez, hombre ya de edad algo avanzada. Al verse en tan escaso número, prefirieron esperar la llegada de mas comprometidos antes de aventurarse con tan poca gente á dar el golpe premeditado.

Entretanto se tuvo noticia en Placencia de lo ocurrido en los Mártires, y esto bastó para que el director de la fábrica se preparase á la defensa, á la que se prestó espontáneamente el vecindario; asi es que desde el momento quedó tambien frustrado este golpe de mano, ó sea la segunda parte del plan de campaña.

No fueron mas felices en la tercera, relativa á la ocupacion del fuerte de Santa Bárbara. La diputacion foral tuvo noticia de este proyecto, lo puso inmediatamente en conocimiento del gefe político, y

Digitized by Google

esta autoridad dió aviso al punto por el telégrafo al comandante general á San Sebastian, y á las pocas horas se procedió al relevo de la guarnicion del fuerte con tal oportunidad, que á la sazon se hallaban á la inmediacion de Santa Bárbara, Alzáa y Arrondo con 24 hombres, á los que se reunió el oficial que mandaba la fuerza, que iba á ser relevada. Los montemolinistas se vieron obligados á abandonar aquellas inmediaciones y se dirigieron á Arano, primer pueblo de Navarra por esta parte.

Informada la autoridad militar por las civiles, del movimiento de los montemolinistas, destacó al punto desde Tolosa una compañía á Azpeitia y otra á Villafranca, y el gefe político y la diputacion foral dispusieron tambien que la fuerza de guardia civil y los miqueletes saliesen en direccion á Villareal, que consideraron el punto mas á propósito para base de operaciones.

Mientras el enemigo permanecia en Elosua, llegó á aquel punto á las cinco de la tarde del dia 28 la seccion de guardia civil de Elgoibar, con fuerza de seis hombres en direccion á Villareal, á reunirse con la seccion de su arma en este punto, y aunque de improviso se encontró con aquella tan superior en número, se retiró en órden hacia Azcoitia, despues de hacer algunos disparos. Esto bastó sin embargo para que Ramirez con su gente se pusiera en movimiento: corrióse por la cima de la cordillera, atravesó el camino real en el alto de Descarga y fué á pernoctar en unos caserios de Gazpia.

El capitan general, al recibir el aviso de las autoridades de Vergara, envió inmediatamente uno de sus ayundantes con un batallon y algunos caballos á las órdenes del coronel Damato, y esta columna despues de descansar algunas horas en Mondragon, continuó por Oñate á Telleriarte, direccion que llevaba la faccion.

La fuerza de miqueletes y guardia civil, que habia salido de Tolosa el 28, se hallaba en la mañana del 29 en Villareal, y sabedor su comandante de la operacion efectuada por Ramirez, salió en su persecucion en dos direcciones: los miqueletes se encontráron con los insurrectos en la inmediacion de Telleriarte, dispersándoles y cogiendo un prisionero que fué entregado al coronel Damato, quien lo hizo fusilar; la guardia civil apresó otros cinco, que habiendo manifestado iban á presentarse, fueron entregados en la cárcel de Vergara.

La persecucion que sufrieron en este dia y en el siguiente, fué tal, que muchos individuos se presentaron á indulto, á escepcion de algunos oficiales que pudieron reunirse á Alzáa.

Considerando muy probable el capitan general, el que se encendiera con fuerza la guerra, dispuso en una órden general del 28 del citado, que todos los destacamentos del distrito formáran columnas móviles para operar dentro del pais de su demarcacion ó fuera de él; que la guarnicion de Estella, al mando de su comandante general, el escelentísimo señor brigadier D. Francisco Ortigosa, formara una columna, de-

jando en el espresado punto la fuerza competente para custodia del cuartel; operando tambien bajo la dependencia de dicho brigadier, las dos compañías que se hallaban en las Améscoas. Prescribia las operaciones que habian de efectuar los destacamentos de Tafalla, Puente la Reina, Echalar y Echarri Aranaz, Sangüesa, Lodosa, Tudela y los de la línea de la frontera, ocupando y vigilando con esmero los puntos de Vera, Urdax y demas fronterizos, y terminaba con unas *instrucciones generales* que se limitaban á espresar la conducta que debian observar los gefes entre sí, con relacion á las operaciones, al enemigo, á los pueblos y al soldado, sin olvidar la parte que correspondia á este, recomendando la mas severa disciplina, cuya infraccion mandaba castigar con la prontitud y rigor que exige la ordenanza.

En tanto que esto sucedia, la partida capitaneada por Alzáa y Arrondo, ostigada y perseguida por la columna que desde S. Sebastian salió con este objeto á las órdenes del brigadier Zapatero, pasó desde Areno al monte Aralar, en cuyas intrincadas espesuras y encumbradas breñas, pensaba sin duda rehacerse de los pasados descalabros; pero Alzáa no pudo descansar un solo instante, y vivamente perseguido durante tres largos dias, se vió obligado á tomar las alturas de San Miguel de Excelsis.

El coronel Damato tuvo noticia exacta de este movimiento en 1.° de julio, hallándose en Atau: inmediatamente se puso en comunicacion con las fuerzas de Navarra, y un oportuno movimiento hecho por las que se hallaban en Echarri Aranaz, obligó á los rebeldes á contramarchar sobre Guipúzcoa, y á internarse en el monte Aralar. Con este conocimiento el coronel Damato que habia hecho venir á Ataun, caminando de noche, la fuerza de guardia civil y miqueletes, dispuso bajar con su columna al punto de Lezcano, y subir en seguida por las vertientes de Zaldivia y Amezqueta hácia la cumbre de Aralar, encargando al comandante de la guardia civil, que despues de dar algun descanso á su gente en Ataun, concurriese al movimiento sobre Aralar por aquella parte. Alzáa, que huyendo de la columna Echarri, bajaba hácia Zaldivia, observó el movimiento de Damato, y persuadido por lo que sus atalayas le habian informado, que no habia fuerzas hácia Ataun, retrocedió en esta direccion, y vino de este modo á encontrarse con la fuerza de guardia civil y miqueletes: apenas fué divisado, emprendieron su persecucion con empeño, siendo el resultado la prision del desgraciado D. Joaquin Julian de Alzáa, quien estremadamente fatigado é imposibilitado materialmente de andar, fué hecho prisionero á las dos de la tarde del dia 2 de julio por un miquelete de la diputacion, y llevado al pueblo de Zaldivia, donde por disposicion del coronel Damato fué fusilado á las ocho de la mañana del dia siguiente.

La captura y fusilamiento del general Alzáa tuvo inmensa importancia, y puede decirse fué de un efecto decisivo. Alzáa era uno de

los gefes mas honrados, mas populares, mas pundonorosos y brillantes que tuvo el antiguo ejército vasco-navarro.

Hijo de una de las primeras familias del pais, se dedicó en su juventud á la carrera de las leyes; recibió el doctorado en ambos derechos, y abrió su bufete en la villa de Oñate, de donde era natural. Allí le cogió la guerra civil de 1833, y comprometido, mas bien que por sus estudios y opiniones personales, por obligaciones de atencion y gratitud que debia su casa al gefe de la segunda rama de nuestra real familia, se lanzó á defenderla con el denuedo y lealtad que allí se consagran á todas las causas que una vez se abrazan.

Su valor y su capacidad le hicieron llegar antes de concluirse la guerra al distinguido puesto de general. D. Joaquin Julian Alzáa tendria ahora cuarenta años. Era alto, derecho, de noble figura y continente. Su carácter dulce y fino trato cautivaban. Durante la guerra, fué el protector, y no como algunos otros de sus compañeros, el azote de los pueblos. Por eso estos le amaban con pasion, y se hubieran hace pocos años, sacrificado por él. Esto, sin embargo, no bastó para salvarle de un fin tan trágico, y ordenado por quien fué su antiguo amigo y compañero de armas (1).

Las causas á que se atribuyó el desgraciado éxito de la pequeña insurreccion guipuzcoana, son tantas y tan contradictorias, que seria colosal empresa hacernos cargo de ellas; pero una sola creemos cierta: la aversion del pais á la guerra. Existentes aun los males causados por la anterior, no eran el mejor estímulo para lanzar al campo á la juventud, que oye diariamente á sus padres la triste narracion de recientes desastres. Y bien puede asegurarse existe tal aversion, cuando no pudo Alzáa con su inmenso prestigio, renovar la guerra. Añádase á esta creencia de fé y entusiasmo la falta de armas: este elemento tan abundante en 1833, por poseerle los voluntarios realistas, y se comprenderá exactamente la causa del mal resultado de la insurreccion.

(1) «*Estracto ó índice de los documentos hallados al general carlista Alzáa.*—Una esquela fechada en Tudela á 4 de marzo de 1848, firmada por Ramon de Benito, sin manifestar á quién se dirige por no tener sobre. Empieza: «apreciable paisano:» su contenido abraza diferentes particulares; uno de ellos dice: »El poco afecto á los »de ese pais me lo tenia manifestado diferentes veces, y en la última de 14 de febre»ro último me decia: aquí no hay otro Dios, otra religion, otra patria ni otra opinion »que el *interés*, la *falsedad* y la *adulacion*. Este es el carácter de los flamencos: por »lo demas, no puedo prometerme en España ni más comodidades, ni mas abundancia »de todo lo necesario para la vida.» En otro párrafo dice «que conserva alguna carta »de la señora viuda Marsan y sobrino, de Bayona, que puede ser útil al que dirige »la carta.

»Un borrador de instrucciones á los gefes carlistas que hayan de emprender sus »operaciones sobre Irun y su guarnicion, S. Sebastian, Hernani y Pasajes, Tolo»sa, Vergara y Placencia, al parecer dirigidas por Alzáa.

»Otro borrador de una circular á los alcaldes, incluyéndoles dos proclamas y una »circular, fechada en Urnieta á 28 de junio de 1848, para que les den toda la pu»blicidad.

Esto que decimos de Guipúzcoa, entiéndase igualmente de Navarra; no obstante haber mas fanatismo en este pais, y ser mas belicoso el carácter de sus habitantes. Por esta causa tuvo mas prosélitos la de Montemolin en este punto, y comenzó con mas ardor que en las montañas.

Los anuncios que tuvo el capitan general casi desde su llegada á esta provincia, de que se intentaba encender la guerra civil en sus montañas, le hicieron tomar algunas medidas de precaucion y variar la situacion de las tropas. Se acercaba la época para que estaba fijada la realizacion de los planes muy de antemano fraguados, segun un paquete de correspondencia cogido á los enemigos en el campo, y reforzando hasta donde le fué posible la linea de la frontera de Francia, el 27 de junio se dirigió á Elizondo, tanto para hacer en la situacion de las tropas las modificaciones que le aconsejára el conocimiento práctico del terreno, cuanto para estar dispuesto á emprender operaciones contra las gavillas de emigrados carlistas que pudieran penetrar de la nacion vecina.

El 28 llegó á aquel punto, y desde luego espidió las órdenes convenientes para que las fuerzas situadas en los diferentes cantones de que se compone esta capitanía general, se constituyeran en columnas móviles que empezasen á recorrer sus respectivas demarcaciones. Esta órden fué obedecida con toda puntualidad, y antes de que aparecieran las facciones, cuyo levantamiento tuvo lugar á un mismo tiempo en muchos puntos, las tropas se hallaban ya operando con sujecion á las instrucciones del general, y aquellos, sin conseguir hacer sorpresa alguna, lo cual era muy de temer en los primeros momentos, hubieron de refugiarse en las escabrosidades de las montañas.

Villalonga, entretanto, se mantenia sobre la frontera de Francia con ánimo de impedir la entrada de los emigrados ó de marchar sobre

»Proclama de D. Joaquin Elío á los habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas.

»Otra proclama á los habitantes de Guipúzcoa, dirigida por Alzáa.

»Borrador de una circular, comprensiva de ocho artículos, y en los que se hacen varias prevenciones para que los ayuntamientos de los pueblos sigan en sus funciones, hagan los suministros que se necesiten, comuniquen noticias, etc., etc.

»Una carta empezada, con fecha en Tolosa en 26 de junio de 1848, en que se dice:

»*Amigo Chantre: Suspendan Vds. el movimiento hasta el 30 por la mañana, á menos que reciban Vds. alguna otra órden.*

»Borrador de una carta dirigida á D. José Ignacio, invitándole á unirse á sus antiguos compañeros de armas, su fecha 29 de junio de 1848.

»Una carta empezada que dice: junio 30 á la una de la tarde. Mi estimado Chaurin: las dos adjuntas dirija Vd. inmediatamente á sus títulos. ¿Por qué no rompen Vds...? Es indispensable nos veamos esta noche.

»Una lista de 37 individuos que empieza con D. Domingo de Egam, y concluye con Andres Beaspin. En ella están comprendidos oficiales carlistas que habian pedido su revalidacion, y otros que habian entrado por la amnistía antes del 17 de abril.»

ellos, si conseguian penetrar por alguno de los muchos puntos que la escasez de fuerza no permitia tener ocupados.

Al primer grito de guerra se fugaron de Pamplona varios gefes superiores, muchos oficiales de los amnistiados y bastantes mozos, pertenecientes todos á las antiguas tropas de D. Cárlos, entrados la mayor parte en España, á consecuencia del decreto de 17 de abril. De Villalba salieron tambien 20 mozos, y otros tantos de cada uno de los pueblos inmediatos, y de Puente la Reina, Mendigorria y otros. Formaron cinco ó seis partidas que operaban de acuerdo, siendo su principal fin ir pronunciando el pais y reclutando fuerzas. No eran pocos los jóvenes que respondian al llamamiento, pero carecian de armas, y esto hacia ineficaz su presentacion y retraia á los demas. Nada habia de cierto en los armamentos que cada dia publicaban los periódicos se aprestaban en Inglaterra, señalándose su número y hasta el buque conductor; y en verdad que el no serlo estas noticias, fué la pérdida de la causa de Montemolin. En Navarra tenia hombres, dinero tambien, pero fusiles no, pues eran escasos los que entraban en España las pequeñas partidas procedentes del vecino reino, donde se organizaban.

En los primeros dias de julio, los grupos de montemolinistas unidos se hallaban situados unos en la parte de Roncal, y otros en Salinas de Oro, Lezaur, una de las Amezcoas y faldas de la Sierra de Andia.

El 1.° de julio recibió Villalonga la noticia de las novedades ocurridas en el interior, y dejando encargada al coronel D. José Ortiz, gefe de la línea, la mayo rvigilancia sobre la frontera, se dirigió el 2 á Pamplona con objeto de mandar imprimir y firmar despues un bando, declarando la provincia en estado de sitio. Hecho todo esto, el dia 3 en que llegó á aquella plaza, y avisado por sus confidentes de que el movimiento principal debia ser en la merindad de Sangüesa, en la cual estaba ya todo preparado para recibir á Elio, se encaminó el 4 á Lumbier con su escolta; y desde allí pasó el 16 á Sangüesa, moviendo en combinacion con la columna de aquel canton y la de Tafalla, con el fin de imponer al pais y de acosar á las facciones acaudilladas por Zabaleta y Monreal, las cuales habian escogido por base de sus operaciones el monte Leache con toda su cordillera.

La diputacion provincial de Navarra se encargó de formar cinco compañías de francos con el nombre de Voluntarios de Navarra, que costearia y mantendria, una destinada á Estella, y cuatro á la montaña y valles de Azcona, Salazar y Roncel.

El brigadier Ortigosa, con la columna de Estella, en combinacion con la de Echarri Aranaz, mandada por el comandante Mas y Mir, con la de Puente la Reina, á las órdenes del comandante Barutell, y las fuerzas que habian salido de Pamplona á las del coronel Macias, operaban activamente sobre las Amezcoas y Valle de la Barranca, y aunque los enemigos rehuian los encuentros, ni la celeridad de sus mar-

chas, ni lo escabroso del pais habian podido librarlos de verse siempre acosados muy de cerca, debiendo mas de una vez su salvacion al sistema de dispersiones que, si no proporcionaba sobre ellos ventajas materiales, se conseguia al menos la de cansarlos é impedir su organizacion. Otro tanto hacia el coronel Ortiz en la frontera, y el coronel D. Ciriaco Iriarte, encargado de la persecucion del brigadier Zubiri, y de estar á la mira de la fábrica de Orbaiceta, sobre la cual tenian fija la vista los montemolinistas.

Nada se sabia de la entrada de Elio, al paso que se veia que el grueso de las fuerzas rebeldes continuaba reunido en las Amezcoas, y que en Estella se observaba bastante efervescencia. Esto decidió al general á marchar en aquella direccion, y dejando encargado al gefe de la columna de Sangüesa que operasé principalmente sobre esta parte, poniéndose en comunicacion con el coronel Iriarte, salió el 8 de Sangüesa, marchando á pernoctar á S. Martin de Uriz, desde cuyo punto pasó el 9 á Tafalla, donde encargó á un oficial muy conocedor del pais de la persecucion de los rebeldes Zabaleta y Monreal, trasladándose el 10 á Estella.

En los tres dias de marcha referidos, supo que el brigadier Ortigosa habia batido en las Amezcoas á la faccion acaudillada por Ilzarbe: que otro tanto habia hecho el capitan de carabineros Artola, dependiente de la columna Iriarte, con la faccion Zubiri en Elzaburu, y que los brigadieres Equilaz y Zapatero, habian entrado en esta provincia, con fuerzas de los Vascongados, operando el primero sobre las Amezcoas, y sobre Lumbier el segundo.

No bien hubo llegado á Estella, supo por el brigadier Ortigosa que los enemigos se habian dividido, marchando Ilzarbe hácia el valle de Ulzama, suponiéndoles la intencion de reunirse con los brigadieres Zubiri y Ripalda, cuyas fuerzas componian un total de 400 hombres, despues que marcharon en su persecucion todas las columnas, quedando Villalonga en Estella, tanto para operar sobre las Amezcoas, cuanto para publicar, como lo hizo el 11, un bando de indulto, en el que demostrando saber que muchos de los jóvenes que se habian unido á los rebeldes, reconocian su error y deseaban abandonarlos y restituirse al seno de sus familias, lo que no habian verificado temerosos de no ser bien acogidos por las autoridades, concedia en nombre de S. M., indulto de toda pena á los individuos no pertenecientes á las clases de gefes y oficiales que se presentásen en el término de 20 dias: indultaba de pena capital á los gefes y oficiales, esceptuando de esta gracia á los que mandaban partidas, y á los que por consecuencia del convenio de Vergara ó de indultos y disposiciones oficiales hubiesen obtenido la revalidacion de sus empleos. Terminaba condoliéndose, del derramamiento de sangre de los seis desgraciados que fusiló el 9 en Estella, é inducia á los navarros á que permanecieran tranquilos, para que él no tuviera que hacer uso de las medidas enérgicas que emplearía en caso de necesidad, sin consideracion de ninguna especie.

Digitized by Google

La fuerza de Iturbide que se habia corrido hácia los Arcos, abandonó aquel terreno luego que pudo saber la llegada del general á Estella, y en su retirada á las Amezcoas fué alcanzada en Aucin por la columna del brigadier Equilaz y completamente batida y dispersada; así como lo fueron en las inmediaciones del Espinal, por el coronel Iriarte, las de Ilzarbe y Zubiri reunidas.

Publicado el bando de indulto, formó Villalonga en Estella varios movimientos combinados, que ejecutados por las fuerzas de aquella guarnicion y su escolta, divididas en pequeños grupos, tuvieron en constante alarma el crecido número de mozos que se habian incorporado á la faccion Iturbide, los cuales no pudiendo continuar por mas tiempo la vida errante, cuyos peligros habian crecido desde la derrota de Ancin, se acogieron á indulto: dispuso tambien varias salidas, tanto con ánimo de sorprender á la partida Senosiain, como de capturar á diferentes espías de los enemigos; y todas estas disposiciones que el brigadier Equilaz apoyaba con sus movimientos sobre el mismo terreno, dieron por resultado la desaparicion de la partida Senosiain y la aprehension de cuatro sugetos que eran confidentes de los montemolinistas, y fueron fusilados con otros mas.

Libre de enemigos todo el distrito civil de Estella, emprendió su marcha sobre Lumbier con objeto de activar y contribuir á las operaciones que todas las columnas en combinacion practicaban en la frontera, teniendo la satisfaccion de que las gavillas de Ripalda, Zabaleta y Lama, no pudiendo sostenerse en el pais sin estar espuestas á frecuentes choques con las tropas, se internasen en Francia, y de que hiciese otro tanto el coronel Riezu, que con un grupo de oficiales, habia ido delante del general, desde la parte de Estella.

Divididos los montemolinistas en nueve partidas, al mando de Ilzarbe, Zubiri, Ripalda, Iturbide, Landa, Zabaleta, Argüelles, Senosiain y Monreal, habian reunido una fuerza que los partes hacen ascender á 900 hombres próximamente. Tuvieron seis encuentros con las tropas, sufriendo en ellos la pérdida de 22 muertos, 14 prisioneros y 35 heridos, contándose entre estos, el gefe Argüelles; pasaron de 300 los individuos que se han internado en la nacion vecina; se estendieron 200 certificados de indulto, y muchos de los jóvenes que al estallar la sublevacion salieron de sus casas, regresaron á ellas dejando de acojerse á indulto, bien por ignorancia de que debian hacerlo ó bien por seguridad de que no se habia dado parte á las autoridades de su incorporacion á los enemigos.

La pérdida total de las tropas de la reina, ascendió á cuatro muertos y nueve heridos, entre ellos un oficial, siéndolo todos ellos por su arrojo en los encuentros con los montemolinistas, á los cuales tocó siempre la suerte de ser batidos y dispersados sin que hubiesen podido obtener ni por sorpresa, la mas insinificante ventaja.

Asi vieron España y Europa nacer y morir una guerra, que metien-

Digitized by Google

do doble ruido que la anterior, podia ser comparada al *mons parturiens* de la fábula. Perdióles tambien su demasiada confianza, pues en vez de trabajar sordamente en preparar el alzamiento, le creian seguro á la sola presentacion de cualquiera de los gefes de prestigio; siendo tan amargo el desengaño, como era dulce la esperanza.

Tal fué el resultado de la campaña de Navarra.

CABRERA.—Trasladémonos ahora á Cataluña donde ya se halla Cabrera, á quien habremos de dejar para ocuparnos de otros gefes cuya aparicion en el teatro de la guerra, fué como la de un verdadero actor en la escena.

En virtud del plan de invasion general, dispúsose Cabrera á penetrar en Cataluña, donde habia á la sazon mayor número de fuerzas, para que puesto á su cabeza las diera vigoroso impulso su génio organizador. Al efecto, y siendo costumbre dirigir la palabra para entusiasmar á quienes se trata de hacer combatir, publicó antes de su entrada en España la siguiente alocucion, inédita hasta ahora entre nosotros.

»VETERANOS VALIENTES, heróicos jóvenes que morais en las márgenes del Ebro, del Túria, del Tajo, dejad vuestras tareas que ya el »clarin y la corneta os llaman. Si sus sonidos belicosos no pueden »llegar hasta vosotros, á lo menos estoy seguro de que el eco de mi »voz resonará en vuestros oidos.

»Por ventura, ¿deseais saber el motivo de este llamamiento? En »breves palabras os lo diré. Un príncipe avaro, mezquino, falso y »corruptor, aprovechándose de nuestras disensiones civiles, en union »con una princesa degradada, hicieron objeto de especulacion mundana el trono católico de los Alfonsos y Fernandos, y en las tinieblas »de la noche (porque las noches casi siempre fueron protectoras de los »grandes crímenes) echaron los fundamentos á su inícua obra, por medio de una combinacion matrimonial. Por consecuencia de esta, la »corona que sobrepujára en brillo á todas las del universo, asi por las »escelsas virtudes de los grandes hombres que la llevaron, como por »la mucha sangre que derramaron nuestros padres por conservarla ilesa, pretenden que pase desde las sienes femeninas que contra derecho »la ciñen, á las de un estrangero sin crédito, sin valor y hasta sin título alguno de merecimiento.

»Ya la Francia, avergonzada de tener á su cabeza al autor de tan »innoble trama, le espulsó de su suelo, mientras que nosotros españoles, aun reputados de mas altivos, conservamos en el nuestro, y en »el apogeo de la influencia á la autora, y en el poder á todos los cómplices, empeñados mas que nunca en esplotar el fruto de tan vil »mercado.

»¡Aragoneses! ¡Valencianos! ¡Tortosinos! ¡Murcianos! á vosotros »toca hacer ver al mundo que no todos los españoles quedaron sepul-

Digitized by Google

»tados en las ruinas de Zaragoza. La causa por la que yo os llamo á »las armas, es idéntica á la que defendieron los héroes que allí su»cumbieron: la de la independencia española. Para tan noble y gran»de empresa, cuento con vosotros, como vosotros contareis sin duda, »conmigo.

»Apresuraos á venir, porque el tiempo es precioso. En los mis»mos campos, teatro de nuestras glorias pasadas, os espero. Allí en»contrareis la espada que tuvo la dicha de conduciros á la victoria, y »el pendon que ilustró el Maestrazgo, con la sola diferencia que ve»reis en este ahora inscrito de un lado el nombre de *Cárlos Luis de* »*Borbon*, nuestro legítimo rey, y del otro el lema de *viva la Indepen*»*dencia Española*. Nombre y lema preciosos que nosotros llevamos to»dos tambien inscrito en nuestros pechos con caractéres de fuego, y que »no podrán jamás apagar los amaños y arterías de unos cuantos mi»serables traficantes de nuestro honor pátrio.

»¡Españoles! vosotros, los que por consecuencia de mi llama»miento empuñeis las armas, acordaos que sin la union, la subordi»nacion y la disciplina todo ejército es impotente: guardad riguro»samente estos tres principios, y mirad en cada uno de vuestros »compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinion, un padre, »un amigo, un protector: en cada enemigo rendido un hermano, un »compañero. Jamás olvideis que la sangre es el tesoro mas precioso »de las naciones: conservad, pues, la de los enemigos aun cuando fue»se á costa de la propia, y contad de seguro con la recompensa. La »clemencia ha de ser siempre vuestra divisa: hasta para con esos rep»tiles de forma humana que prolongan hoy dia por todos medios, las »desdichas de nuestro pais. Los límites de la España son bastante es»paciosos para poder contener á todos sus hijos y la tierra suficiente»mente fértil para mantenerlos. Esto y mucho mas sucederá el dia en »que la religion de nuestros padres, el amor al trabajo y obediencia á »las leyes, imperen. Sobre estas bases, reconstituirá su trono el augus»to soberano que nos está destinado por la Divina Providencia, y des»de allí, estad seguros de que sabrá recompensar vuestras fatigas y tra»bajos. Asi os la promete

Vuestro comandante general,

RAMON CABRERA.»

Tales fueron las primeras palabras que el adalid tortosino dirigió á sus amigos en esta nueva campaña.

La guerra que sostenian en Cataluña los partidarios del conde de Montemolin iba á tomar un nuevo aspecto y variar de índole y naturaleza con la entrada de Cabrera en territorio español, al frente de algunas fuerzas organizadas en Francia.

Diseminadas en las montañas las gavillas carlistas, desde la apari-

cion de los Tristanys, y la sorpresa de Cervera, han vagado siempre dispersas huyendo de la persecucion de las tropas, sin plan fijo de campaña, y sin órden ni concierto, porque les faltaba un gefe superior, un centro de accion que uniendo los diversos elementos de que pudiera disponerse en el pais, diese impulso directo á las operaciones y las encaminára á un fin calculado de antemano. Por mas que se acrecentára su número, por mas que se les agregasen todos los malcontentos y menesterosos, y recibieran auxilio del estrangero, no podian pasar de ser unas bandas siempre errantes y fugitivas, temibles por su desorganizacion é indisciplina, no solo á sus adversarios y á los indiferentes, sino á sus mismos amigos y parciales. Penetraban á menudo en las villas y aldeas, sorprendian algunas veces los convoyes y á las columnas; pero sus pequeñas ventajas eran de consecuencia poco favorables para la causa que defendian, porque no obraban de comun acuerdo: cada gefe tenia un pensamiento diverso, y mientras uno batia á las tropas de la reina ó conservaba una posicion importante, otro sufria una terrible derrota debida al abandono en que le habian dejado sus compañeros.

La vuelta del antiguo gefe de los ejércitos de D. Cárlos, tan célebre en Valencia, Aragon y Cataluña, no solo por sus bizarrías, sino por su génio para la guerra, su carácter emprendedor y sus conocimientos estratégicos, iba á dar una nueva vida á las partidas, contribuyendo á que se pusieran en contacto unas con otras, y aceleráran el momento de su organizacion.

Nada habia de exagerado en este juicio, que hechos posteriores se han encargado de justificar.

En la noche del 23 de junio penetró Cabrera en España por la parte de la Cerdaña y bosque llamado de Palau, acompañándole Arnau, un intendente, su E. M. y unos 25 ordenanzas de los que en la época pasada formaban el escuadron que mas contaba con la confianza de Cabrera. El suelo español no vió ahora en Cabrera el gefe aterrador de la pasada lucha: en sus ideas, en sus acciones, en su lenguaje, en todo, se habia efectuado una variacion notable: mil veces repetia al tratar del sistema que se proponia seguir, que la *época de los frailes, de la inquisicion y del despotismo, pasó para España.* Vestia, si no con lujo, con suma elegancia; y en todo su porte se vislumbraba esa tintura de buen tono que se adquiere á las orillas del Sena y del Támesis.

Confundido ya entre sus compañeros de armas, solo pensó en la guerra. Sin detenerse mucho en los puntos de su tránsito, procuró rodearse de todos los defensores de Montemolin, para convencerse de su estado, y de los recursos con que podia contar, en el pais.

El 27 pernoctó en Ayguafreda, donde se le fueron uniendo algunas partidas, con las cuales comenzó ya á operar al dia siguiente, que tuvo un encuentro cerca del pueblo de Samalus. No se creyó, sin embargo, seguro en estas ventajosas posiciones, y emprendió su retirada, situándose en las casi innaccesibles de Prades, que sostuvo con

Digitized by Google

valerosa tenacidad, como todas las restantes que á cada cien pasos le ofrecia el asperísimo terreno; que no por eso impidió á las fuerzas liberales que iban en su persecucion, continuar constantes en ella desde las tres y media de la tarde, hasta las diez de la noche.

La principal y mas fuerte resistencia de Cabrera fué en la última posicion, haciendo brillar con un valor desesperado el que los soldados de la reina desplegaron en esta jornada; pues las guerrillas que en aquellas espinosas breñas no podian ir con regular formacion, rechazaron tranquilamente el ataque brusco, que ejecutaron en una pequeña esplanada, 40 caballos, apoyados por una masa de infantería, titulada: *Compañía Sagrada*, causándoles la pérdida de cinco caballos y algunos muertos. El batallon de cazadores de Alba de Tormes, con su primer gefe á la cabeza, secundado por las compañías del regimiento del Rey, mandadas por su teniente coronel D. Cárlos María de Fanch, los despojó de sus primeras posiciones, distinguiéndose en el ataque el capitan D. Francisco Pulgar, que con un valor ejemplar, subió con su compañía, sin disparar un tiro, á un cerro defendido con una obstinacion heróica, dirigiendo tambien las guerrillas con acierto y valor el teniente de reemplazo D. Miguel Valleorba, conocedor práctico del terreno.

La pérdida total de estas escaramuzas fué por parte de los montemolinistas, de 12 muertos y los cinco caballos citados, y 16 á 20 heridos, teniendo las tropas de la reina cinco oficiales tambien heridos, 10 de tropa, é igual número de muertos de esta última clase.

De resultas del encuentro del 28, se dirigió Cabrera hácia Hostalrich; pero tuvo que retroceder por encontrar aquel punto ocupado por la columna del coronel Ruiz, que le persiguió, aunque de lejos. Encaminóse á Viladran, y le salieron al encuentro las columnas reunidas de Santa Coloma de Farnés y de S. Hilario, haciendo lo mismo la de Vich, cuando se dirigió á Osormot. Intentó entonces pasar el rio Ter por Rupit, y encaminarse á las Guillerias; pero el general Enna, que de antemano le esperaba en aquel paso, se le echó encima, causándole alguna pérdida, y persiguiéndole hasta Vidrá.

Uno de los primeros cuidados de Cabrera fué organizar una respetable fuerza de caballería, porque su principal pensamiento era correrse al Maestrazgo donde necesitaba de aquella arma. Por esto la mayor parte de los gefes de partidas se ocupaban en requisar caballos. Sabedor de ello Pavía, publicó una órden en 30 de junio, en la cual mandaba que desde el dia de la fecha todos los particulares que tuvieran en su poder monturas y demas arreos de caballo, las depositaran en las casas-fuertes ó puntos fortificados, entregándolas al respectivo gefe militar, ó á la persona que este designase, bajo recibo circunstanciado, para que cuantas prendas entregasen, pudieran ser devueltas cuando las circunstancias lo permitieran. Imponia una multa de 4,000 rs. por cada silla de montar que fuese entregada voluntaria ó forzosamen-

te á los montemolinistas; y á los dueños ó tenedores de caballos y yeguas que pudieran servir para montar, ya se emplearan en este uso, en los tiros de diligencias, correos, ó en cualquiera otro, les hacia responsables de su conservacion, y en caso de que los vendiesen ó entregasen á los montemolinistas, forzosa ó voluntariamente, deberian aquellos ser presos y á disposicion del general, para dictar la providencia que juzgase conveniente, atendidas las circunstancias de cada caso.

El aspecto que iba presentando Cataluña nada tenia verdaderamente de lisonjero. Cabrera reunia y organizaba las partidas que andaban dispersas y fugitivas, y aunque no lograban obtener ventaja alguna, comenzaba ya á hacer frente á las tropas que le perseguian, y les causaba algunas pérdidas.

A la aparicion de Cabrera en España siguió la de otros gefes, que aunque de menor graduacion, no eran de menos importancia, ya por su actividad, por lo peritos que eran en el terreno, y sobre todo, por su entusiasmo.

Plan era tambien de Cabrera interesar á cierto partido político en la guerra, cuya cooperacion le importaba mucho, y tratando conquistarle, publicó una alocucion en que, lisonjeándose con que tocaba á su término la era «de libertad ficticia, y asomaba la aurora de un porvenir próspero y fecundo, estimulaba á los catalanes á la union, invitándoles á que cesáran las intestinas querellas que habian ido entronizando el despotismo, y que á la voz de union, libertad, ley sálica y patria, rompiesen la coyunda que les tenia unidos al ominoso carro de la tiranía, salvando por un voto unánime la patria y sus mas caros intereses.» Alentábales para que se levantáran en masa: les recordaba para ello las quintas, el sistema tributario, el lujo de la córte, recargando de tintas fuertes cuanto habia sustituido á los privilegios que les decia gozaban anteriormente. Presentábales el ejemplo de sus vecinos los franceses, para que se alzáran como ellos para conquistar sus derechos, y se estrecháran en torno de la bandera que se enarbolaba, bandera que llamaba de salud y que llevaba por lema la religion, la verdadera libertad, la paz y la ley.

Tal era el espíritu de la proclama dirigida á los catalanes y repartida profusamente entre ellos, sin firma, fecha ni lugar, como otras tantas que se esparcian, impresas unas en Barcelona, en Madrid otras, y la mayor parte en Francia.

En los primeros dias de julio ya estaba Cabrera al frente de 800 infantes y cerca de 100 caballos; con esta fuerza estuvo el 4 en Montagut, convocando á varias personas á quienes manifestó el sistema de guerra que pensaba seguir, el cual les tranquilizaba sin duda, pues nada era en él de temer, garantizando sus palabras la rigurosa disciplina que observaban los soldados, quienes no osaban cometer el menor esceso.

Aunque iban aumentándose las fuerzas de Cabrera, no eran bastantes á hacer frente á las columnas que le perseguian, y de acuerdo con Marsal, Posas, Grao y otros, se distribuyeran sus soldados para operar en distintas direcciones, si bien con arreglo al plan fijo eludian mejor de este modo la persecucion que sufrian, y obtenian en detall ventajas, que, repetidas, llegaban á ser de consideracion. Reuníanse tambien para hacer frente desde favorables posiciones á las columnas que les iban al alcance, cual sucedió el 11.

El brigadier Paredes salió de Berga el 10 con direccion al pueblo de Castell del Areny, y cuando llegó al molino de este nombre, que está situado á media hora del referido pueblo, Cabrera, Forcadell, Masgoret, Castells, Borges, Zaragatal y otros varios, con mas de 800 hombres, partieron para San Jaime de Frontañá. Permanecieron allí hasta las dos de la madrugada, y despues se dirigieron á un bosque que está inmediato al molino de Tarradellas, y que dista del pueblo de San Jaime media hora escasa. Tomaron sus posiciones y se quedaron allí ocultos aguardando la columna.

El brigadier pernoctó en Borredá, y la columna de Prats de Llusanés lo verificó en Viladrá.

En la mañana siguiente se reunieron entrambas columnas y salieron á cosa de las ocho para San Jaime, habiendo ordenado Paredes que una partida de los de la seguridad pública, con dos compañías de la columna de Prats flanqueasen por la izquierda, mientras él con toda la demas fuerza iba por el camino real. Asi se efectuó, y al llegar cerca del bosque donde estaban ocultos los montemolinistas, vió un corneta casualmente á un hombre asomar la cabeza por detrás de una peña, y avisándolo al subteniente de infantería don Miguell Margall, comisionado de apremios, que habia salido con la tropa á cumplir su comision en algunos de los varios pueblos que tiene encargados, volvió este la cabeza y vió á unos 40 pasos dos ó tres mas. Dió á seguida parte de ello al señor brigadier; pero apenas tuvo tiempo este de disponer nada, cuando ellos, viéndose ya descubiertos, dispararon tal descarga, que á no ser por su ilimitada serenidad y de toda la oficialidad, hubiera habido grandes apuros, pues ya se habia metido la confusion entre toda la tropa, de suerte que hubo un momento de crisis. Entonces el referido Margall, como práctico en el pais, prestó muy buenos servicios; y á las voces del brigadier comandante Roure, comandante de la columna de Prats y de varios oficiales, se incorporaron los soldados y se lanzaron á ellos como leones. Estuvieron mezclados por espacio de media hora, durante el cual las bayonetas y sables se cruzaban, y á culatazos y pedradas se atontaban, sin cesar por esto el tiroteo que fué una descarga contínua. El comandante de Prats fué cogido dos ó tres veces y sus cazadores le rescataron. En fin, tanto era el encarnizamiento con que se batian, que si dura aquel barullo medio cuarto de hora mas, la mitad de unos y otros queda en el

campo; pero nuestras tropas, á pesar de su estraordinario valor, en atencion á que combatian con fuerzas muy superiores, tuvieron que retirar y reunirse para tomar alguna posicion. Apenas se habian reunido, cuando aparecieron allí las dos compañias que habian ido por el flanco izquierdo, y viéndolas los enemigos, principiaron á desfilar en retirada, sin embargo de contar á lo menos 200 hombres mas que la tropa, que se les echó otra vez encima, y desalojándolos de todos los puntos que tenian ocupados, les puso en precipitada y desordenada fuga, siguiéndoles por espacio de dos horas haciendo fuego. Es decir, que entre todo, la accion duró cerca de tres horas.

La pérdida por parte de la tropa de la reina consistió en nueve ó 10 muertos, 30 heridos, un oficial y tres soldados prisioneros y un caballo muerto y dos mas heridos, y por la de los montemolinistas en 15 ó 16 muertos, y tambien unos 30 heridos. Entre los muertos de estos se contaba al comisario de Cabrera; siendo la mayor parte de los demas oficiales, y entre los heridos al coronel Zaragatal; el físico de la columna de Prats recibió un balazo en el brazo en el acto de curar á un herido.

Estos encuentros que iban haciéndose repetidos y muy sérios, infundian la alarma en el pais y daban osadía á los montemolinistas, porque se hacian respetar de sus contrarios; pues los que empezaban por resistir con tal desesperacion, acabarian por vencer. No era este aun el ánimo de Cabrera, cuya principal mira se encaminaba á formar un ejército fuerte y entusiasta. Asi lo comprendió Pavía, y se propuso impedirlo; pero sin perjuicio de las medidas que habia tomado anteriormente, veremos que no tuvo un éxito feliz en las que de nuevo adoptó; y que lejos de atemorizar á los enemigos, tenian estos la temeraria osadía de llegar á las puertas de Barcelona, y no en pequeño número, mas fácil de sustraerse á cualquiera persecucion, sino con mas de 500 hombres. Apostáronse 300 en el *Torrent del Olla*, entre Gracia y Barcelona, 200 en otros puntos inmediatos, y 50 penetraron entre nueve y diez de la noche en el paseo, y se estuvieron tiroteando con los carabineros, inmediatos á la puerta del Angel, de la ciudad.

El plan de los montemolinistas era, segun parece, hacer salir á la tropa de Barcelona, sorprenderla en las emboscadas que tenian, desarmarla y apresar á varios fabricantes.

En otros puntos comenzaban los montemolinistas á bloquear las poblaciones que no aprontaban en breve el contingente de contribucion que les pedian. Bloquearon á Cardona, hasta que pagaran 20,000 reales, y cuantos se dirijian á ella eran detenidos. Lo mismo que en Cardona sucedia en otros varios puntos. Estas exacciones organizadas en algunos pueblos por Cabrera, no lo eran en mucha parte del territorio, invadido por hordas, mas bien que por defensores de ninguna causa, que no fuera su interés. Contábase entre estos el cabecilla Grau, que con muy insignificante número de secuaces, tan bandidos como él, talaba

completamente el pais que recorria, sin hacer caso ni aun de las amenazas que Cabrera le dirigió.

Cien montemolinistas, á las órdenes de Torres, invadieron en la noche del 12 á Guisona, y despues de una hora de permanencia, se retiraron sin molestar á nadie.

Una gruesa partida atacó la casa-fuerte de Culera, rindiendo á los soldados que la defendian: envalentonados los montemolinistas con este hecho, acometieron á la iglesia de Garriquella, en la cual se refugió el destacamento.

Afecto Pavía al sistema de pequeñas partidas, encerradas en casas-fuertes aisladas, pudo ver palpablemente lo infructuoso que era. La mayor parte de estos destacamentos, sucumbieron á pesar de resistirse heróicamente, y convocar á un somaten á que nadie asistia, aunque tenian órden de acudir con palos, como se mandó en algun pueblo.

Estas providencias favorecian al enemigo, y Cabrera iba ya reuniendo un considerable número de prisioneros, de los cuales tomaban muchos las armas en su defensa. Considerábalos Cabrera, y con el fin de atraer á sus compañeros de armas, publicó la siguiente alocucion, que por ser bastante notable y corta, no estractamos:

El general Cabrera, conde de Morella, á las tropas del ejército.

«Si una cuestion de legitimidad nos separó en la pasada guerra, una »nueva cuestion de independencia nacional nos debe reunir ahora. Ja»más el soldado español toleró el yugo del estrangero. En fuerza de estos »antecedentes nunca desmentidos, yo os conjuro que abandoneis esas »filas en que os encontrais alistados, y que están destinadas á sostener »la rapacidad, el vilipendio y la traicion, y que vengais á abrazar á »vuestros hermanos que hoy forman en derredor de la bandera del es»pañol Cárlos Luis de Borbon, nuestro lejítimo soberano, cuya persona »representa la independencia de España y el cúmulo de sus glorias.

»Todos nosotros os aceptamos y deseamos teneros en nuestras filas, »para llevar á cabo la heróica empresa que nos hemos propuesto con »vuestra cooperacion; y lo mismo invocamos la del simple soldado que »la del oficial, la del gefe, que la del general. Nuestra bandera no esclu»ye á ninguno: basta que tenga la calidad de español.

»Los empleos y honores adquiridos serán sagrados para nosotros.

»¡Compatriotas! No derramemos nuestra sangre en cuestiones de »partido. El siglo en que vivimos condena esta conducta, ni la espen»demos tampoco en beneficio de unos cuantos especuladores inhumanos. »Entre una princesa débil, cuyo sexo la condena á hacer del cetro un »juguete, y un jóven príncipe de irreprensible conducta, aplicado á los »negocios, de capacidad para manejarlos, instruido, ademas, por el »infortunio, la eleccion que mas conviene al pais no puede seros du»dosa.

»Y si para hacer el paralelo de varon á varon, prefiriéseis á Montpen»sier, su calidad de estrangero hace inútil el cotejo: la España lo recha»za. Ademas, ¿en qué calidad personal se funda el mérito que debe »hacerlo digno de sentarse en el trono de Castilla? ¿Es por ventura, el »ser un don presentado por mano de esa otra princesa, que no satisfecha »con haber cubierto de sangre española todos los campos de la Penín»sula, hace inundar en estos momentos las calles y plazas de las capi»tales? ¿de esa muger codiciosa que nos tiene reducidos á la mas »espantosa pobreza? y que aun despues de tantas vicisitudes sigue »siempre apegada á todos los gobiernos que se suceden como la rémo»ra á la nave!

»¡Españoles! Hora es ya que salgamos de una tutela tan degradante, »porque es llegado el momento de la regeneracion de nuesta patria. No »se hable mas de partidos, á menos que no sea como el dia de ayer, que »ya pasó.

»La independencia nacional, la verdadera libertad y el glorioso por»venir, están contenidos en la bandera del rey Cárlos Luis que tremola »en nuestro campo. *¡Viva el Rey!!!*»

No podia impedir Pavía la circulacion de estas proclamas, que trataban de minar la disciplina del ejército, única base de su poder; y en su vista, y atendiendo á la situacion en que se ponian los negocios públicos, y de lo que sucedia en el vecino reino, pensó en un plan de campaña, ayudado del pais y de las autoridades que debia comenzar en el otoño. En su consecuencia, adoptó reglamentos y bases que juzgó indispensables. Habia pensado distribuir armas, no á personas determinadas de cierto color político, sino á hombres honrados, probos y de suficiente arraigo, de los que pagaban cierta cuota de contribucion. Esto le parecia algo mas justo y equitativo que lo que el gobierno deseaba, y para ello tenia datos suficientes á la vista; dispuso que se reparasen las fortificaciones para encomendar cada una al cuidado de un comandante general; y por último, eligió á estos de la clase de oficiales de reemplazo para no gravar el presupuesto. Pero fueron á Cataluña los quintos de Huelva, Galicia y otros puntos: era el rigor del verano, y se hallaban desnudos 1400 hombres. Aquellos hombres necesitaban distraer tropas para su custodia é instruccion; los dejó para que formásan dos ó tres batallones que á los ocho dias estaban ya haciendo centinelas.

El gobierno no aprobó esta conducta y mandó que los disolviera: soldados visoños, que eran buenos para la muralla, tuvieron que salir por su órden al interior de la montaña. Pero no es esto solo. Llamó la atencion de los gefes militares sobre el abandono de las prendas de los quintos, y el gobierno le dijo que no se mezclase en aquel asunto, porque era usurpar atribuciones que no le correspondian. Tenia ademas tres ó cuatro vapores; pero á principios de julio no podia ya disponer de ninguno, pues para el único de que

le fuera dable echar mano, necesitaba el permiso del director de rentas y otras formalidades que dificultaban el pronto cumplimiento de sus órdenes.

Continuaba Cabrera en su propósito de reunir y organizar fuerzas: este era el objeto que mas le desvelaba. Sabia muy bien que con solo los ardientes defensores de Montemolin no formaria muchos batallones, y menos aun con aquellos fanáticos partidarios de añejos usos, que á fuerza de sufrimientos y desengaños habian visto apagarse la voraz llama que les impelia á arrostrar hasta la misma muerte con placer, en obsequio de sus arraigadas creencias; y era preciso por lo tanto, reemplazar con otros hombres el vacío que estos dejáran en sus filas: vacío de importancia y trascendencia; porque justamente los defensores del carlismo han sido y aun son los que profesan mas sinceras convicciones por su causa, y el dia que carezcan de ellas, morirá para siempre el partido, pues son su única base.

Pensó Cabrera en los disidentes del partido progresista, en los cuales veia arrojo y entusiasmo, y para darles una garantía, ó mas bien para estimularlos, les dirigió tambien una alocucion, en la que bajo el carácter de gefe de las fuerzas de Aragon, Valencia y Murcia, se presentaba como amigo protector de las personas é intereses de los españoles, observando en ello estrictamente las superiores instrucciones que recibiera de Montemolin, las cuales constituian la norma de su conducta, mostrándose solo severo con los que las interpretáran ó tergiversáran para eludir su cumplimiento. El era el representante, decia, de la política que habia adoptado el conde; por la cual desaparecian todos los partidos, y solo existian españoles; quedaban los ódios estinguidos, y una dichosa reconciliacion, fundada en el completo olvido de los desmanes de la lucha pasada, prometia la era de paz y ventura, por que suspiraba España. Como prueba de sus buenos y leales sentimientos, recomendaba que ninguno abandonára sus hogares, ni se desviara de sus tareas ordinarias: que serian respetadas sus casas, y justa y prontamente atendidas y juzgadas sus reclamaciones. Declaraba que solo haria la guerra al gobierno de Madrid, que llamaba enemigo comun, y á los que de su órden fueran á resistirle; pero estos mismos, una vez vencidos ó rendidos, serian tambien sus amigos, asi como los oficiales de todas graduaciones y los sargentos conservarian sus empleos y antigüedad, y los soldados incorporados en las filas, si lo pedian, ó en caso contrario, puestos en libertad, para que se dirigieran donde les conviniese. Que no haria represália y otros hechos que *una esperiencia de muchos años le hacia condenar en su corazon y en su conciencia.*

Terminaba llamando á las armas á los habitantes de las tres provincias de su mando, despues de estimularles á una completa union, presentándoles de un modo sumamente lisonjero las cualidades que

adornaban á Montemolin, y la halagüeña perspectiva que ofrecia su mando, en esta nacion que necesitaba y debia ser independiente, para ser feliz.

El lenguaje y los sentimientos que se espresaban en estos documentos, llamaban la atencion, como no podian menos de hacerlo: ellos comprobaban el nuevo carácter que, como ya hemos dicho, tenia esta guerra, que solo se parecia á la anterior en tener algunos de sus gefes; pero tan trasformados, que puede asegurarse que solo conservaban el nombre, sin convenirles en manera alguna los adjetivos con que se le acompañaba antes.

No diremos que hicieran estas alocuciones el efecto que su autor deseaba; pero si bien eran desdeñadas por las personas pensadoras del partido liberal, la masa popular, que suele admitir sin exámen cuanto la lisonjea, oia gustosa las halagüeñas palabras que la dirigia su anterior enemigo, é iba acortando la distancia que dividia á los defensores de Cárlos VI, y á los que combatieron á Cárlos V. La buena fé que hace crédulo generalmente al pueblo, no le hacia desconfiar de las palabras del héroe tortosino, al menos por el pronto, pues necesitaba indudablemente amigos, y debia agradar á cuantos quisieran serlo, sin reparar en antecedentes; por esto corria de boca en boca el buen recibimiento que tenian de parte de Cabrera los que llegaron á presentársele para militar á sus órdenes. Veíase tambien en Cabrera un génio organizador, y esto entusiasma siempre, aunque sea enemigo el que lo posea; esta simpatía que se capta, predispone favorablemente á olvidar, no solo los errores, sino hasta las ofensas, máxime cuando recae en persona que se considera necesaria, y no hay quien la reemplace.

Organizaba Cabrera sus fuerzas entre Vidrá y poblaciones limítrofes, y á pesar de las tres ó cuatro columnas que le perseguian, no le hicieron nunca abandonar completamente aquel terreno. El 18, al medio dia, se presentó en Villanova de San en su persecucion, la columna de este punto, con la que tuvo una pequeña é insignificante escaramuza.

Posas con su gente se hallaba al mismo tiempo en la Garriga, en combinacion con Cabrera. Habíanse unido á Posas, Llorens, Martorell, y algun otro gefe, cuando D. Luis María Adriani, comandante del 2.° batallon del regimiento de San Quintin, con su columna compuesta de tres compañías del citado cuerpo, al mando de los capitanes Araoz y Morales, salió de San Celoni, dirigiéndose á San Esteban, sin embargo de la inferioridad numérica de sus fuerzas respecto á los montemolinistas, los atacó y desalojó del citado pueblo y de cuantas posesiones quisieron defender, al solo grito de ¡viva la reina! hasta que se dispersaron, dirigiéndose al *Plá de la Calma*.

Por este tiempo habia tenido lugar en Cataluña un suceso, que aunque particular, merece consignarse como un rasgo de heroicidad.

En la noche del 13 de julio, penetró en el lugar del Molá del término de Garcia, una partida de 40 montemolinistas y se dirigió á la casa de Juan Serres y Mateu, atacándola bruscamente sin resultado, por la heróica defensa que en ella hizo aquel con su hijo del mismo nombre, los que consiguieron rechazar á los enemigos, matándoles á Francisco Sabinat, segundo de Basqueta que los mandaba, y causándoles dos heridos. En la madrugada del siguiente dia volvieron los montemolinistas á atacar la casa de Serres, y la prendieron fuego, pero sus dos bizarros defensores lograron fugarse, presentándose en Falset al comandante de la columna allí establecida, que se puso inmediatamente en movimiento sobre los enemigos.

En recompensa de tan bizarro comportamiento, la reina tuvo á bien conceder á Juan Serres y Mateu, la cruz de San Fernando de primera clase y á su hijo de igual nombre, la cruz sencilla de Maria Isabel Luisa, sin perjuicio de mandar al capitan general se les indemnizara de la pérdida que sufrieron en la destruccion de su casa entregada á las llamas.

Cabrera, como hemos visto en sus anteriores proclamas, hacia alarde nuevas ideas que se creian inspiradas por la política inglesa. En su consecuencia, se le tenia por supeditado á ella, y se tomó de aqui ocasion á fin de desacreditarle entre los catalanes, para decir que á su triunfo seguiria la ruina de la industria fabril, pues habia estipulado Montemolin un tratado ofreciendo la libertad de comercio, en cambio de la ayuda de la Inglaterra. Nadie veia los efectos de esta cooperacion; y sin embargo, se dió por corriente y con la alarma cundia el desprestigio de Cabrera en Cataluña, al menos en aquellas poblaciones manufactureras que veian en tal medida el fin de su perjudicial monopolio. Importaba muy mucho á Cabrera desvanecer esta errónea suposicion, que calificó de calumnia en un escrito firmado en Mura el 20 de julio, en que daba á los catalanes completas seguridades en nombre de Montemolin, de que era uno de sus principales pensamientos la proteccion de las fábricas é industria, en la que el mismo Cabrera decia se hallaba interesado, porque habia nacido en el mismo suelo, cuyo principal elemento de subsistencia era la industria.

En todos los último dias del mes de julio pocos hechos de armas tuvieron lugar: importaba á Cabrera eludir la persecucion de las columnas que le iban al alcance, para no presentar en accion á sus nuevos soldados, hasta no tenerlos completamente instruidos; y es prodigioso en verdad, que á pesar de las triplicadas fuerzas enemigas que rodeaban á Cabrera, continuaba este la organizacion é instruccion de su gente, hasta que la puso en pie de guerra, contando para en adelante con escasa, pero buena caballería.

Ya le veremos, pues, con respetables fuerzas; y en tanto que se preparan á pelear, nos ocuparemos de lo que en otros puntos acontecia, en virtud del plan de invasion general que se llevaba á efecto.

De acuerdo D. Mariano Peco en el plan general de invasion, y despues de quince meses de permanecer en Portugal, recibió órden de formar un escuadron, y lo hizo, bien incompleto, por no tener mas que ocho mil duros que gastó de su bolsillo. En mayo de 1848, que fué Royo á Portugal, le dió 50,000 reales, únicos fondos que habia recibido de Montemolin. Empleáronse estas cantidades demasiado cortas para el fin que se proponian, y de acuerdo ambos gefes, penetraron en España á fin de junio, con 35 caballos, por entre Badajoz y el castillo de Alburquerque, esparciendo en Villanueva la proclama siguiente, único documento que insertaremos íntegro de esta curiosa espedicion.

«*Comandancia general de las provincias de Estremadura, Toledo y »la Mancha.=Españoles*: El momento de vindicar la independencia y »la dignidad nacional conculcadas de tantos modos, ha llegado ya. En »el largo periodo de 15 años, todas las naciones han recibido nuevos »adelantos; pero la España, cambiando sin cesar de instituciones, pa»sando de una mala reforma á otra peor, solo ha podido llorar la hu»millacion á que la ha condenado la inmoralidad de la mas execrable »administracion.

»La Divina Providencia nos ofrece benigna el único medio de salir »de tanta abnegacion y de readquirir nuestro esplendor y restituirnos á »aquella posicion honrosa que en tiempos mas felices ocupára esta »patria de los Cides y Pelayos.

»El Rey N. S. don Cárlos VI (Q. D. G.), os convida con la paz; con»dena al olvido las disensiones pasadas; sus prendas, su instruccion, »su esperiencia, su conocimiento de los males que aquejan á la Es»paña, la salvarán de la ruina que la amenaza; y con el consejo de »los verdaderos españoles, dará instituciones análogas á la época, á »nuestras necesidades, usos, costumbres y creencias.

»Una série demasiado larga, de maldades, de errores y mise»rias, establecen una positiva imposibilidad de conciliar vuestra exis»tencia con el órden de cosas actual; asi como por el contrario, los »elevados y nobles sentimientos del Rey N. S., que podeis admirar »en sus manifiestos, son la garantía de nuestra suerte futura.

»Unidos todos los españoles bajo la sagrada bandera de S. M., la »transicion será insensible; y casi sin conocerlo, veremos terminada »la regeneracion que necesitamos. De este modo, en vez de los horro»res de la guerra, resonarán en toda la estension de esta nacion herói»ca, las dulces emociones de la reconciliacion, del olvido de los sen»timientos de la mas sincera amistad; y el luto, compañero insepara»ble de la guerra, se tornará en júbilo, satisfaccion y confianza.

»Revestido por S. M. con el mando de estas provincias, y con bas»tantes facultades, nada omitiré para cumplir sus instrucciones pater»nales, que son la regla de mi conducta. Los pueblos, hallarán »en mí un celoso protector; el bienestar de todos, será el obje–

Digitized by Google

»to constante de mi solicitud. La tropa que se me reuna, será »justamente considerada, y los oficiales, sargentos y cabos serán en »sus mismas clases, y ademas recibirán una recompensa proporciona»da al mérito con que su presentacion vaya acompañada.

»Estremeños, Manchegos y Toledanos, la causa santa de la justicia »os llama á las armas: venid pronto para que ninguno de vosotros »quede sin parte en la victoria, sin la gloria de haber contribuido »al bien de que careceis. Salvemos la patria, secundemos las sábias »miras del mejor de los reyes, cuya munificencia se ocupará sin des»canso en labrar nuestra felicidad, asegurar nuestra independencia y »la prosperidad que merecemos y no podemos alcanzar sin el legítimo »sucesor de San Fernando.

»A las armas; á las armas! Viva el Rey.

»Cuartel general de Villanueva de la Serena, junio de 1848.

»*El comandante general*,
»Royo.»

El 3 de julio fué el dia en que entraron en Villanueva de la Serena, según el plan combinado; sacaron 120,000 reales, tabaco, caballos, que pagaron de los mismos fondos, y cogieron á un capitan de la guardia civil con su asistente, á quien, consecuentes con las generosas instrucciones que tenian, le trataron con la mayor urbanidad, despojándole solamente del caballo.

Salió Peco en el mismo dia para Campanario, á donde habia ido antes Royo: llegó de tres á cuatro de la tarde, y permaneció recogiendo los caballos y fondos del pueblo, en cuya operacion gastó dos horas, durante las cuales dormia Royo. Descansaron luego los demas, y tuvieron aviso de la aproximacion de una partida de 24 civiles de á caballo, con otros tantos carabineros y paisanos. Las fuerzas eran iguales, y se echaron los montemolinistas fuera del pueblo á esperarles: se formaron en una esplanada, cargaron á la guerrilla que se presentó, rechazándola; mas súbitamente y sin motivo justificable, Royo, que estaba á la cabeza de la demas fuerza, se puso en retirada á todo escape, resultando en esta carrera la caida de siete ginetes que fueron acuchillados por las tropas que perseguian á los azorados fugitivos. Entre estos siete ginetes estaba don Antonio Gonzalez que hacia de comisario, el recaudador Infantes, el coronel de infantería don Bernardino García, el comandante de la misma arma don Eusebio Fernandez, el teniente Diaz y don Miguel Hortelano, que criado con Montemolin desde su niñez, se separó de él en Lóndres, para defender su causa en el campo de batalla, como verdadero amigo, lo cual acreditó peleando hasta perder la última gota de su sangre.

Tal resultado al primer encuentro, no podia menos de ser doble-

Digitized by Google

mente desastroso por la fuerza moral que les hacia perder, que enervaria necesariamente su valor.

Al siguiente dia llegó Peco á Peñalsordo, donde se racionaron los montemolinistas y salieron á las inmediaciones, para pasar el dia guarecidos del calor á la orilla del rio y bajo la sombra de las encinas que forman su ribera, emprendiendo la marcha al oscurecer, pasando por Valdemanso y el Vaterno, yendo á amanecer á Agudo, primer pueblo de la Mancha, á donde principalmente se dirigian entonces. Sacaron cuatro caballos y los fondos del estanco y administracion de la sal; y antes de concluidas estas operaciones, se presentó en las inmediaciones del pueblo una compañía de tropa, que les vió marchar sin molestarles. Fueron á la Puebla de don Rodrigo, donde tuvieron tiempo para herrar los caballos, y racionarse para cuatro ó cinco dias, descansando ademas.

De aqui fueron á Sacarufelas, y corriéndose por toda la ribera izquierda del Guadiana, penetraron en Luisiano, por donde pasaron el rio para ir á Pozuna, y de este punto á las inmediaciones de Fernan-Caballero, en el cual estuvieron acampados cuatro dias esperando la salida de los que estaban de acuerdo para unirseles. Doce lo efectuaron armados completamente, y colocándolos á la grupa de los caballos, se dirigieron á Torralba: aqui aconteció un caso estraño. Era el amanecer, y estando en las paredes del pueblo, oyeron el ruido que formaban los caballos de un escuadron que penetraba entonces por las calles, y era de los destinados á perseguirlos; y no pudiendo oponerles su corta fuerza los montemolinistas, se retiraron con toda seguridad y sin que supieran los isabelinos lo próximos que habian tenido á sus enemigos, hasta que ya era imposible darles alcance.

Retrocedieron los montemolinistas para Malagon, dos leguas del anterior punto, sacaron cuatro caballos y algunos fondos de contribuciones, y permanecieron hasta las dos de la tarde, que se presentó una compañía de infantería del regimiento de Granada, que salió hasta tres cuartos de legua, persiguiéndoles inútilmente, pues ni aun les impidió pernoctar en la venta de la Zarzuela, camino de Toledo. Aqui se separó Royo con cuatro hombres montados á pretesto de estar cansado y no poder soportar aquel género de guerra. A latos comentarios se presta este acontecimiento; pero no tratando nosotros de ocuparnos de ciertos puntos, ni sernos dable interpretar sentimientos, renunciamos á ocuparnos detenidamente de este hecho, que tuvo gran trascendencia, como veremos al fin, por los efectos que de él surgieron.

Quedó Peco autorizado para todo; y procediendo de su propia cuenta y bajo su responsabilidad, se dirigió á Urda, sacó tres caballos, ocho armas de fuego, y se le presentaron ocho individuos.

Variando su plan de campaña, marchó á Yébenes, cuyo ayunta-

Digitized by Google

miento salió á suplicarle no entrára en la poblacion, y fué entonces á Marjaleza, donde se racionaron los 14 caballos que llevaba, que eran á los que habia quedado reducida su partida: valientes todos, pero en tan pequeño número, que no prometian grandes progresos.

Hallóse esta corta fuerza con unos 20 hombres de la guardia civil, y sin embargo de ser mayor el número de estos, presentó Peco la accion que se trabó, dando una carga los civiles, que fué esperada á pié firme y resistida; la secundaron con mayor denuedo, y con imponente calma fueron tambien esperados y aun rechazados, teniendo lugar combates parciales en que se mostró de una y otra parte heróico valor. El mismo Peco se distinguió en uno de estos. Hallábase frente á frente del gefe de los civiles, y disparándole con su boca–marta un tiro, que erró, se la arrojó luego, lastimándole en los riñones; echó en seguida mano á la espada y se defendió con ella de 14 hombres sin que le causáran la mas leve herida.

Desvióse una y otra fuerza, y Peco marchó á Molinillo, donde le cargó una columna de 100 infantes y 50 caballos en el momento en que estaba reparando los herrajes. Lleváronle en retirada hasta las inmediaciones de los cortijos de Malagon, donde llegó con los caballos completamente aspeados y sin poder moverse. De los mismos cortijos salió otra columna de frente, y en tan crítica y angustiosa situacion solo le salvó á Peco el ser consumado conocedor del terreno, que le hizo tomar una vereda, diez años hacia no frecuentada, retirándose por ella pié á tierra y con los caballos por delante, arreándoles con varas. Dejó asi burladas á las dos columnas, que estuvo en poco se chocáran, las cuales contaban ya seguro el completo esterminio de aquella pequeña partida que hacia inútiles los esfuerzos y actividad de sus operaciones.

No pararon aqui los sustos de Peco: bajando el monte, se encontró con otra columna que llevaba la direccion de la venta de enmedio; y para salvarse entonces de este nuevo é inminente peligro, mandó abandonar los caballos medio moribundos, y siguieron los ginetes con sus carabinas sorteando á las nuevas fuerzas que se les presentaban.

Solo dando tan exactos detalles, puede concebirse la historia casi fabulosa de esas partidas de guerrilleros, tan pronto esterminadas, como pujantes y osadas. Solo la constancia de nuestros guerrilleros puede comprobar estos hechos increibles en cualquiera narracion que no tuviera la garantía de los comprobantes de que hacemos uso para esta historia, que se ha valido en muchos casos de los mismos actores, de las estraordinarias escenas que refiere.

Libre ya Peco de tales apuros, merced á su valor y pericia, volvió al siguiente dia á buscar los caballos, que como esperaba, los halló tumbados en el mismo sitio en que los abandonaron. Comenzó á cuidarlos, y á poco los tuvo ya útiles para nuevas fatigas.

Digitized by Google

Aqui comienza ya otro periodo que se presentó mas favorable á las fuerzas invasoras de Estremadura. Diseminó Peco su fuerza en cuatro grupos que permanecieron asi 14 dias, para evitar la activa persecucion de las muchas columnas que les acosaban. Peco invirtió estos dias en recorrer la línea de Estremadura, organizando una partida de 10 caballos.

En Madrid se dió ya por efectuada la destruccion de Peco; y no fué pequeño el asombro que causó el saberse que se hallaba en la Gargantilla, al frente de 40 caballos que habia ya organizado, y no era mucho mas considerable el número por frustrársele el plan que debia efectuarse, y para el que contaba con seguridades: 12 caballos con sus ginetes y algunos infantes se le unieron entonces.

Otro proyecto suyo de tamaña trascendencia, vió tambien inutilizado al presentarse en Almodovar del Campo, á cuyo pueblo ya habia acudido el comandante general de la Mancha. Retrocedió entonces para Agudo: se retiró al saber su aproximacion una columna de 70 infantes, que no osó hacer frente á las nuevas fuerzas del infatigable Peco. Dirigiéronse este y los suyos á Castilblanco; la noche estaba lluviosa, y cuando les iba sonriendo la fortuna pareció cambiar de aspecto, pues en tan horrible noche se vieron sin caballos que escaparon asustados por los lobos; pero los recobraron al amanecer en el pueblo.

Púsose Peco en combinacion con algunas poblaciones; y entre otros, preparó un gran golpe en Ciudad-Real, que albergaba á la sazon 600 caballos de remonta: contaba casi de seguro con ellos, cuando traslucióndose algo, sin duda, llegó una órden para que se trasladasen los potros cerca de Madrid, lo cual frustró el plan; pues solo consiguió estraer 14 caballos que sacaron siete hombres del diestro. De Liar sacó luego tres caballos y 4,000 rs.; de Muelas, dos de los primeros y algunos efectos de guerra, y de Sevilleja, Villorta y Lechosa, de 8 á 10 caballos, é igual número de hombres.

Peco se hallaba ya entonces al frente de 70 buenos caballos completamente equipados: ofició á Royo; se presentó este en la casa del Campillo; permaneció tres dias sin tomar la menor determinacion, y se retiró nuevamente sin otra causa que el «no querer continuar aquel género de guerra.»

En vista de tan incomprensible conducta, reunió Peco todas las partidas sueltas, y se halló con 110 caballos y 40 infantes, formada esta ya respetable fuerza como por encanto, debiéndo á él su organizacion. Distribuyóla en pequeñas partidas en puntos convenientes, en tanto que el mismo Peco, en combinacion con personas de influencia en diferentes grandes poblaciones, preparaba un nuevo plan que, enterados de él, no dudamos de la infalibilidad de su éxito, á no mediar lo que siempre media en las conspiraciones descubiertas.

Echados asi por tierra los planes de Peco, se halló completamente aislado, pues sin darle el menor parte, ni saber cómo, fueron presen-

tándose á indulto las partidas que envió á Estremadura, que eran 40 caballos al mando de los Cuestas, y la que ocupaba la línea de la Mancha y de Estremadura de 20 caballos, cuyas partidas eran la base de las operaciones de Peco.

Este, aburrido, reunió los pocos que le quedaban, y presentóse entences Royo á manifestarle la imposibilidad de continuar la guerra, dándole una órden en que decia tener que marchar á Lóndres con Peco, á espresar cuanto habia ocurrido, y mandaba á sus subordinados, se retiráran donde mejor les pareciese.

A poco vióse á Royo paseando las calles de Madrid, y á Peco en las prisiones de S. Francisco, sin que este segundo gefe viera disminuido en nada el prestigio de sus subordinados que vieron siempre la lealtad y franqueza con que procedió en todas sus acciones.

Tal fué la invasion de Estremadura, parecida á una representacion teatral con sus dramáticas peripecias.

La Andalucía era otro de los puntos que, dándose la mano con la Estremadura por un lado, y con el reino de Valencia por el otro, preparaba un levantamiento que, de acuerdo con los de Cataluña, Provincias Vascongadas, Galicia y Castilla, iba á partir de la circunferencia al centro, acudiendo todos á la córte á un tiempo dado.

Para gefe de Andalucía fué nombrado el general D. Miguel Gomez, de segundo comandante general D. José María Arévalo, y á sus inmediatas órdenes D. Felix Gomez Calvente. Este, con nueve oficiales generales y un capellan, salió de Inglaterra á bordo del bergantin, *Queely Qihel*, con destino á Oporto, teniendo que variar de suerte é ir á Gibraltar, en cuyo punto obrarian de acuerdo con las instrucciones que recibieran del general, ó en su defecto secundasen las medidas que Calvente tomara para su entrada en España.

Llegaron, en efecto, á Gibraltar: no hallaron al general que debia instruirlos de lo que debian hacer: estaban tambien obstruidas todas las relaciones particulares con que contaban en la plaza; las autoridades prevenidas y alarmadas contra ellos. Hallábanse, pues, aislados, sin recursos pecuniarios, con comunicaciones misteriosas, y sin saber qué partido tomar, continuando á bordo del bergantin. Mediaron latas, y hasta sérias contestaciones entre Calvente y Arévalo, que al reproducirlas nosotros, se veria en ellas una prueba palpable del mas raro y estraño desconcierto en que puede hallarse partido alguno. Todos se culpaban mútuamente; culpaban á Montemolin, á los que en Lóndres le rodeaban, y el resultado, en fin, fué el de dirigirse cada uno á donde mejor pudo, maldiciendo su credulidad, y las intrigas de que eran víctimas. Tal sucedió á la pretendida invasion de Andalucía, que enagenó á Calvente del partido motemolinista, rompiendo de un modo ruidoso, y que hacia poco honor á Montemolin, como alguna vez tendremos ocasion de espresarlo detalladamente, pues los límites de este libro no nos lo permiten ahora. Lástima da verdade-

Digitized by Google

ramente ver los indisculpables errores que cometen con tanta frecuencia los partidos; errores que llevan en sí una total ruina que se prefiero á miserias y caprichos individuales; pero *ipso facto et ista sunt.*

Aunque hubiérase efectuado la invasion en Andalucía, podria calcularse desde luego su resultado por las pocas simpatías con que cuenta el montemolinismo en las provincias meridionales; sin que se crea por esto que deje de tener prrtidarios, y aun en mayoría numérica en algunas poblaciones de abundante clero. De todos modos, no ha contado ni D. Cárlos, ni Montemolin, con muchos soldados andaluces.

Casi al mismo tiempo que en las bellas cercanías del Guadalcanal habia aparecido una pequeña partida montemolinista, se trataba de probar fortuna enarbolando la misma enseña en la provincia de Santander, sin embargo del carácter pacífico de sus habitantes. En la madrugada del 19 de julio se presentaron 21 hombres con boinas encarnadas y bien uniformados y armados, proclamando á Cárlos VI, en la venta de Calera, Baldicio, Calzona y Quintana, del Valle de Soba, partido judicial de Ramales. Distribuian armas y uniformes á los mozos que se les agregaban, é imponian contribuciones que cobraban en dinero y especies, en aquellos puntos donde no podian hacerles frente.

Los carabineros de la costa inmediata al sitio de la insurreccion se pusieron al instante en movimiento; la alarma y la consternacion cundian por todo el valle, y hasta el brigadier Andechaga, destacado con 40 hombres en las Encartaciones de Vizcaya, pernoctó aquel dia en La Nestosa, dispuesto á dar una batida á los montemolinistas que se albergaban entre las breñas; pero al saber que el 20 habian penetrado dos ó tres compañías de tropa y carabineros en este valle, procedentes de Santoña y Villarcayo, regresó el espresado gefe á su acantonamiento de Carranza.

Vióse con el alcalde, y dispuso se prendiese al herrador Lecanda, el cual fue puesto en seguida en la cárcel pública. Registró cuidadosamente el meson que habitaba Lecanda, y parece no encontró lo que buscaba. Se susurraba que este antiguo subalterno del ex-realista Andechaga habia recibido 200 onzas de oro para dar una á cada individuo que entrase al servicio de Montemolin.

En la misma noche habian ido algunos carabineros de la comandancia de Bilbao á las órdenes de su comandante el Sr. Camison, á prender al brigadier D. Fulgencio Carasa y á los oficiales Vierna, Igual y cuatro mas, todos carlistas, que vivian en Bárcena de Cicero, Veranga y otros pueblos de la Trasmiera, pero á ninguno hallaron.

Emprendiéronse las operaciones, y perseguida vivamente esta partida, que carecia de simpatías en el pais, sucumbió, entregándose casi todos los insurrectos.

Sumamente crítico era el estado del partido progresista á conse-

cuencia de los deplorables sucesos del 26 de marzo y 7 de mayo. Diezmadas sus filas por las prisiones y el ostracismo, no es de estrañar que los que se hallaban en este último caso, tratáran de volver á su patria y conspiráran: el conspirar es comunmente la consoladora ocupacion de los desterrados. Muchos de los proscriptos sobreescitados por la influencia de las ideas dominantes en Francia, pretendian importar á España la forma republicana, desconociendo las tendencias de la gran masa de esta nacion, porque nada hay mas falible que el prisma de la desgrácia, y al travès de él se confunde el deseo con las probabilidades y la apariencia de las cosas con su fondo y realidad.

Olvidaban tambien que el gobierno fuerte por la victoria, y rodeado de elementos, podia sofocar cualquier tentativa, y no acertaban tampoco á comprender que los partidos se desconstituyen y disuelven cuándo se dividen en la derrota.

Esta division del partido progresista era un hecho que se engrandecia mas de dia en dia, y como las causas existentes eran ya tan conocidas, se empezó á circular una carta en que se invocaban los principios democráticos.

Esta carta estaba suscrita en París por A. T., que no dudamos sea uno de los mas constantes adalides del republicanismo español, por el que años antes sufriera contínuas persecuciones y confinamientos á pesar de su corta edad.

Dirigíase en ella á los republicanos españoles, á los que estimulando á la union, y estrechar sus filas, y á declararse francamente para saber quiénes eran republicanos; les iba esponiendo los principios que consideraba útil inculcar á fin de que se fueran propagando. Principios espone generosos, porque no hay necesidad para ser república de alimentar ódios de ninguna especie, y mucho menos en perjuicio de hombres que deben merecer de los republicanos compasion, si no desprecio, en vez de ódio. *El hombre moral y justo*, dice, *es el mejor republicano*, y no creemos sea el ódio una cualidad moral. El republicanismo no es compatible con las pasiones, á no ser la de la humanidad, interés por la patria y un caudal de virtudes que no se limiten á la teoría, para no contraer asi los defectos inherentes á los demas partidos, de los que hasta ahora no está exento el republicano.»

La carta, en fin, pasó, puede decirse desapercibida; y en verdad que ademas de no decirse en ella nada de nuevo, es una esposicion de ideas rancias y en desuso, y que no demuestran gran tacto político en quien se dirigia á los republicanos españoles en tan solemne momento.

Escusado es decir el ningun efecto de esta tea que se arrojaba en nuestro suelo. Era preciso apelar á otros medios: ardia la guerra en Cataluña, y aquel era el mejor campo para enarbolar el pendon republicano; pensóse en ello, y ya veremos el resultado de los planes que se fraguaban allende los Pirineos, los cuales temia mas el

Digitized by Google

gobierno, porque eran el fruto de la desesperacion, que aunque suelen ser temerarios, triunfa la temeridad muchas veces.

El gobierno se hallaba sobre un verdadero volcan, pudiendo muy bien aplicársele aquellos versos de Horacio:

..... Incendo per ignes
Luppositos sineri doloro (1).

Eran los postreros dias de junio, y se preparaba en Madrid una conspiracion montemolinista, que debia estallar prontamente. Noticiosos de ella el capitan general y gefe político, pusiéronse de acuerdo para frustrarla, poniendo en juego sus omnímodos recursos.

Reducíase el plan de los conspiradores á organizar una partida compuesta de las personas que pudieran reunir en la córte y en el inmediato pueblo de Vicálvaro, alzar el grito de rebelion en favor de Montemolin, procurarse las armas y caudales necesarios y marchar á engrosar las filas de Cabrera.

Madurado el plan en nocturnas y frecuentes reuniones en el paseo de Recoletos, les delataron, y al reunirse en la noche del 26, se encontraron con las autoridades y fueron capturados y conducidos á la cárcel de Córte en completa incomunicacion.

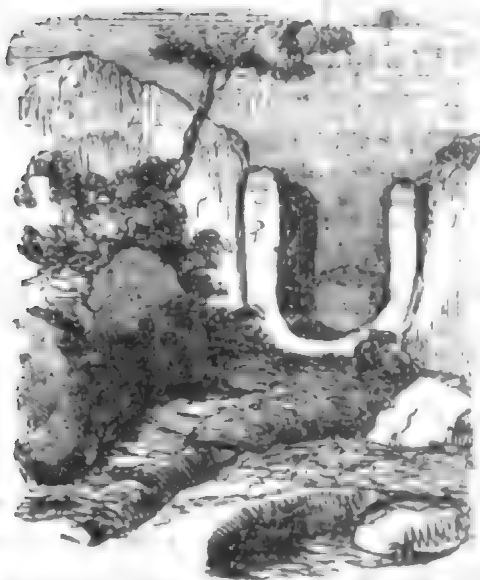
Un comisario de policía con alguna fuerza marchó á las doce de la noche á Vicálvaro, donde prendió á 7 individuos de los 11 que allí habian estado conspirando con los de Madrid, y que tambien habian concurrido á las reuniones de Recoletos. Este fué el fin de esta desgraciada conspiracion.

(1) ..... Vas pisando sobre ascuas
Cubiertas de ceniza engañadora.

Digitized by Google

CAPITULO V.

Continúa la guerra en Cataluña.—Choques ocurridos durante el mes de agosto.—Se somete á las autoridades la partida montemolinista del Cojo de Cariñena.—Cesa Pavía en el mando de Cataluña, y le reemplaza el general Córdoba.



NA de las cosas que revelaban el incremento de la guerra, era la actividad desplegada en las operaciones militares. El tráfago de las armas, la rapidez de las marchas de ambos beligerantes, las agresiones audaces de los montemolinistas, su afan de combatir, su organizacion militar y administrativa, sus constantes tendencias á estender el radio de la guerra, y el hábito de disciplina que iban contrayendo, y merced á que obraban en combinacion para alcanzar ventajas, ó se reponian con facilidad de las derrotas; todos estos elementos, pues, que anunciaban la prolongacion de la lucha, traian en constante zozobra y desasosiego al gobierno y á las autoridades de Cataluña, y en dolorosa inquietud á los habitantes pacíficos del Principado, que sobre padecer graves quebrantos en sus bienes, á consecuencia de los impuestos que unos y otros recaudaban, veian disminuirse los mejores y mas pingües ramos de su riqueza; la agrícola porque semejante á la vejetacion que arroja, se esteriliza con el ardor tor-

mentoso de la guerra; y la fabril, porque falta de comunicaciones, devuelve sus productos al centro de la produccion, para que allí se aniquilen olvidados ó menospreciados por los consumidores, siendo por lo demas inminente el riesgo de las personas, y aflictivo el estado de los ayuntamientos, que en la necesidad de cumplir órdenes opuestas del capitan general de Cataluña, ó de los gefes montemolinistas, tropezaban siempre con el inconveniente de atraer sobre sí la justicia ó la venganza de uno ó de otros.

El mes de agosto es una série casi no interrumpida de choques, refriegas y escaramuzas, emprendidas por una y otra parte con grande denuedo, y terminadas con inconstante fortuna. Trazaremos la relacion de todas ellas y de otros hechos análogos, al ayuda de un severo órden cronológico, procurando ser muy sóbrios en detalles, pues todos estos acontecimientos tienen una fisonomía muy semejante, y seria difícil hacer una narracion prolija, sin que resultara monótona.

El primer choque digno de mérito ocurrió el dia 3 de agosto. El coronel D. José María Fanch, comandante del distrito del Valles, que iba al alcance de las partidas de Picou y Margarit, las atacó en el pueblo de Baquerisas, con tanto arrojo y buen éxito, que los montemolinistas despues de una oposicion menguada, huyeron en desórden, perdiendo algunos heridos y varios efectos. Mas importante fué el encuentro ocurrido el dia 4. Redoblando sus marchas, seguian las columnas de San Hilario y Santa Coloma de Farnés, la huella de los montemolinistas, y al darles frente en el pueblo de Lozas les acometieron con gallarda resolucion, pero fue tambien nerviosa y firme la resistencia, pues los montemolinistas arrojados de pronto sobre las formidables posiciones del Bancat de Dall, hicieron en ellos hincapie, y no las dejaron sin haber causado á los isabelinos la pérdida de 18 ó 20 hombres, ascendiendo la suya á 9 muertos y varios heridos.

Otros dos choques acaecieron el mismo dia 4. El coronel D. Facundo Enriquez, comandante general del distrito de Solsona, á la cabeza de algunas compañías del regimiento de la Constitucion, alcanzó cerca de Pinel á la partida de Borges, y atacándola con decision, la dispersó causándola dos muertos. Con parecido resultado lidiaba el comandante Villacampa, gefe de la columna de Molins del Rey. Avistó en las cercanías de Palleja á las fuerzas de Masgarit y Comas, y arremetiéndolas con superior empeño, las precipitó en la fuga, ocasionándolas tres muertos y cuatro heridos.

Una batida organizada y dirigida el dia 9, sobre el territorio de Segarra, por el comandante del distrito de Cervera, dió por resultado el descubrimiento de 70 matinés en las inmediaciones de Trudella, los cuales huyeron con levantado paso, al aproximarse las tropas isabelinas, debiendo su salvacion á la velocidad de sus movimientos. Eran, en efecto, muy superiores en este caso los de la reina, y asi es que cuando hicieron alto los montemolinistas al amparo de la sierra, cor-

Digitized by Google

rieron grave riesgo de ser envueltos, costándoles este amago de resistencia dos muertos y un prisionero.

Aqui es preciso romper el hilo de la narracion que abraza los hechos de armas, para volver la consideracion y la pluma sobre un acontecimiento que empezó á notarse desde los primeros dias del mes de agosto. Los montemolinistas y los republicanos, grandes disidencias políticas, que representaban mas ó menos imperfectamente el poder de la tradicion y el poder de la reforma, la rémora y el impulso de las ideas, habian combatido al gobierno, sin hostilizarse y aun guardando las apariencias de armonía; hecho que se esplicaba y concebia perfectamente, porque en la marcha política, como en la de la humanidad y de la naturaleza entera, las fuerzas mas divergentes detenidas ante un mismo obstáculo, trabajan de consuno para derribarle, pero no habia llegado la concordia de los montemolinistas y republicanos hasta el punto de unir sus partidas, porque á ello se oponian el orgullo, el recuerdo de antiguos ódios personales, y otras causas que separaban á los gefes. Mas al terminar el mes de julio y principiar el de agosto, la razon de partido empezó á salir victoriosa de las pasiones individuales, y muchas de las partidas republicanas hicieron causa y cuerpo comun con los montemolinistas para las empresas militares. Esta union aumentaba las fuerzas de los insurrectos, facilitaba sus combinaciones, atraia hácia un centro único y conocido, las simpatías de los enemigos del gobierno, y debia dar á la guerra considerable fomento.

En efecto, y á pesar de los ligeros descalabros que padecian los montemolinistas, no flaqueaba su ánimo ni se entibiaba su propósito guerrero. Indemnizábanse ventajosamente de sus pérdidas con golpes de mano y ataques súbitos que daban á las pequeñas partidas de tropa, y á los destacamentos que habia en los pueblos.

Penetraban en algunos de estos Bailen, como Torelló y San Hipólito, invadidos á principio de este mes por los montemolinistas que entraron asimismo en los de Castelldesoll, San Feliú de Codinas y Moya, abandonados por los vecinos, temerosos de incurrir en la responsabilidad determinada por los bandos vigentes, pues inermes y en pueblos desmantelados, no podian oponer á los agresores una resistencia fundada. Opúsola, no obstante, briosa Olot el dia 10, á la gente que acaudillaba el montemolinista Estartús. Cayó este de improviso sobre la villa, fiando á la sorpresa el buen éxito de su tentativa, pero la guarnicion que velaba apercibida de las intenciones y proximidad de su adversario, cubrió las principales avenidas del pueblo, y se propuso disputar el paso á los matinés con perseverante esfuerzo. Trabóse con este motivo una refriega en que salieron mal paradas las fuerzas de Estartús, viéndose precisadas á retirarse, habiendo perdido en la refriega al segundo gefe D. Juan Miguel de Deu, víctima de su valor impetuoso, y varios heridos. Y no acabó aqui el desastre de los matinés, pues arrojados de rechazo sobre las bayo-

Digitized by Google

netas de una columna que mandaba el coronel del regimiento de Astorga, D. Diego de los Rios, se dispersaron, no sin esperimentar mayor quebranto en sus fuerzas.

Estéril en resultados fué el choque ocurrido el 12 entre la columna de Molins del Rey y algunas partidas montemolinistas y republicanas. Mas importante, aunque sin efusion de sangre, acaeció otro, emprendido por la columna del coronel Hore, comandante general del alto Ter, en el sitio denominado de Monás, contra las partidas de Burjó, Trilla y Vasgas, las cuales, mal acondicionadas, y en número escaso, huyeron tras un leve amago de resistencia, y acosadas vivamente por la columna, penetraron en territorio francés.

Entretanto, Cabrera esquivaba todo encuentro con las columnas isabelinas, pensando, y con fundamento, que aunque un revés no eclipsára la aureola de su prestigio, pues su gente era poco esperta todavia en las funciones marciales, sin embargo podia deslucirle en el concepto de sus subalternos, algunos de los cuales, acostumbrados á una vida aventurera, soportaban con disgusto el freno de la obediencia, y estaban dispuestos á rebajar la reputacion del gefe superior para hacer mas disculpables los propios yerros, ó para autorizar en cierto modo sus caprichos y desazonadas pasiones. Atento tambien á elaborar nuevos planes de organizacion, á tramar combinaciones, y á dar impulso á las hostilidades desde un centro conocido, daba órden á los gefes de partida para que hostilizáran sin tregua ni descanso las columnas de la reina, pero no debia adoptar para sí ni para los que inmediatamente le seguian, ese sistema de fuga y desbandamiento que haria sobremanera instable su permanencia en un punto, que dificultaria por consiguiente sus comunicaciones con sus subalternos, y echaria á pique sus mejores combinaciones. No obstante, comprendiendo cuan conveniente seria sostener la llama de la guerra hácia el Maestrazgo, hizo un movimiento rápido á principios de agosto sobre las márgenes del Ebro, decidido al parecer á pasar este rio, mas hubo de variar de consejo, ya porque reflexionándolo bien considerase indispensable su presencia en el Principado, ya porque temiera arrojarse con poco caudal de gente en un pais, testigo á la verdad de sus pasadas proezas, pero donde el desengaño habia abatido las ilusiones y el fervor de partido, tornando en adversos ó indiferentes los ánimos antes propicios. Replegóse, pues, hácia el Estanny, y aqui fué alcanzado por la columna que marchaba bajo las órdenes del brigadier Manzano. Este activo gefe redobló sus marchas, verificándolas con el mayor sigilo, y se precipitó sobre el Estanny, á tiempo que Cabrera, desprevenido y con fuerzas muy débiles para empeñar una accion, solo pensó en salvarse acompañado del comandante Posas, de algunos infantes y de muy pocos ginetes. En tan inminente peligro, el coronel montemolinista Gomez alineó precipitadamente 14 hombres y empezó á sostener con ellos la retirada, refrenando con un fuego graneado, la

Digitized by Google

impetuosa impaciencia de los isabelinos. Este puñado de hombres llegó defendiéndose y replegándose al pueblo de Olót, y Cabrera, que como hemos dicho, les precedia, hizo alto en una posicion inmediata al precitado pueblo. Gomez, á ejemplo de su gefe, se detuvo y rompió el fuego de frente sobre la vanguardia de los isabelinos, contestando á la vez al que hacian algunas compañías de cazadores posesionadas á su izquierda.

Pero una carga vigorosa de la caballería de la reina, apoyada por la infantería, aniquiló la defensa de estos valientes; y temiendo ser envueltos, se trasladaron velozmente á la izquierda, cuyo terreno áspero y fragoso les ponia á cubierto de los golpes de la caballería, mientras que Gomez su gefe, seguia con su caballo, la longitud del camino que conducia á las posiciones donde continuaba Cabrera con el resto de sus fuerzas; mas le siguieron la pista los isabelinos con tan desbocada precipitacion, que casi llegaron á alcanzarle con las puntas de sus lanzas. Cabrera que recibió la noticia de haber perecido Gomez en este encuentro, trató de colocarse á la cabeza de 14 caballos y dar un ataque brusco, en último trance, á los de la reina; llegó en aquel momento Gomez y solicitó de su general el permiso de cargar con los 14 caballos á los tiradores enemigos, mas Cabrera que comprendia toda la imprudencia de empeñar el choque con condiciones tan desiguales y que solo lo hubiera aceptado en un estremo de desesperacion, no accedió á su demanda, antes noticioso de que los isabelinos se le venian encima, aguijó su caballo y le puso al galope, siguiéndole los otros 14 y el gefe Posas que se habia quedado algunos pasos detras. Todavia intentó Gomez detener la marcha victoriosa de la columna de la reina, pero con menguada fortuna, pues perdió en esta resistencia breve é infructuosa, al capitan D. Juan Correger, que se defendió con valerosa constancia, aun despues de herido, y fué muerto á bayonetazos. Cabrera se indignó con la conducta observada por el coronel Gomez, vituperándole el haber hecho frente á la columna á la salida de Olót, acarreando asi un desastre menos material que moral; y aunque por entonces no estalló violentamente su resentimiento produjo despues una ruptura completa entre el general y el coronel.

Siempre el pensamiento favorito de Cabrera era el de afianzar la guerra en el Maestrazgo, y al efecto dió órdenes á Forcadell, Arnau, Borges, Guerxo ó tuerto de la Ratera, para que con sus respectivas fuerzas se aproximaran á las vertientes del Ebro, con lo cual lograba amenazar la parte montañosa de las provincias de Aragon y Valencia, aprovechar una circunstancia propicia para lanzarse al corazon de aquella naturaleza imponente, estender cada vez mas el diámetro de la guerra y preparar á las tropas de la reina una diversion favorable á las operaciones de los montemolinistas en el Principado. La última parte de este plan, se realizó tal como lo habia previsto su autor. Varias columnas de la reina acudieron acelerando sus movimientos sobre los puntos ocu-

pados por Forcadell, Arnau y demas gefes mencionados, y las partidas que acaudillaban recibieron en este periodo golpes tan frecuentes como récios y sangrientos. El primero y el menos notable por sus resultados, acaeció el dia 10 de agosto. El brigadier Contreras, gefe de la division de Urgel, dió frente á las mencionadas partidas que ocupaban el pueblo de Arbeca, y esperaban el choque con tranquilo continente. Cargó la gente de Contreras á la bayoneta con singular bravura, y como los montemolinistas eran muy inferiores en esta especie de combate por la heterogeneidad de sus armas, aflojaron pronto en la defensa y fueron desalojados del pueblo, así como de las posiciones de la Fuente y de la Merla á que sucesivamente se acogieron, siendo en esta última tan arrollador el empuje de las fuerzas isabelinas, que los montemolinistas se dispersaron completamente. Su pérdida consistió en un muerto y varios heridos, siendo casi igual la de las tropas de la reina. Mas encarnizada fué la accion que sostuvieron el dia 15 Borges y el Guerxo de la Ratera, que se habian corrido hácia la falda de la montaña y que recibieron en ademan de pelea sobre la línea del Gort á la columna de Guisona, que bajo las órdenes del coronel Pieltani, habia seguido sus huellas con perseverante afan. Brioso fué el ataque de los isabelinos y porfiada la resistencia de los montemolinistas; al fuego de fusilería muy vivo y sostenido por ambas partes, sucedieron las cargas á la bayoneta, y aunque hemos visto que los montemolinistas eran inferiores en este género de ataques, resistieron en la ocasion presente con bizarra entereza, cejando con dificultad y lentitud y recuperando con violentos esfuerzos el terreno que habian perdido. Por último, la disciplina de las tropas de la reina terminó un combate que no hubiera podido decidir el valor. Los montemolinistas atacados simultáneamente de frente y flanco, perdieron la cohesion de sus filas y acabaron por dispersarse: 10 muertos y muchos heridos les costó su árduo empeño, y las tropas de la reina no alcanzaron la victoria sino á costa de 4 muertos, bastantes heridos y algunos contusos.

Algunos otros encuentros tuvieron lugar en el mes de agosto, mas de tan poca importancia, que nos limitaremos á reseñarlos. El 19 la columna de la Bisbal, perteneciente al regimiento infantería de Asturias, atacó y dispersó á las partidas de Pau-Mañé, Torres y Campanera; el 22 deshizo el coronel Quesada á otra, compuesta de 20 hombres; el 24 arrolló el coronel Fanch á la gente que capitaneaba el montemolinista Toffull de Vallinera; el brigadier Paredes puso en completa fuga el 25 á las fuerzas de Santa Ana y Altimira; el 26 acometió Quesada á 130 montemolinistas que estaban emboscados, causándoles dos muertos, un herido y un prisionero y cargando vigorosamente el 27 el coronel Boffil, gefe de la columna de San Feliú de Codinas, á las partidas de Picou y Cortacaus, las desalojó de las posiciones que ocupaban en las inmediaciones de Monistrol de Caldas, y acabó por dipersarlas.

Mas digna es de especial y detenido relato la accion ocurrida el

Digitized by Google

dia 28. La columna de Bañolas, compuesta del batallon de cazadores número 14, y de 10 lanceros del regimiento de Sagunto, guiada por el primer comandante don Juan Gonzalez Lafont, alcanzó por medio de una hábil contramarcha á las partidas de Gisbert y Saballs, que en fuerza de 130 infantes y 19 caballos, dominaban á la sazon el Mas de Guri y Olivares de Villert. Los montemolinistas sorprendidos, abandonaron muy luego el campo; pero con tanto desconcierto y tan ciego impulso de fuga, que esperimentaron una pérdida mayor que la que podia calcularse, atendido el tiempo que duró el choque. Consistió esta en 11 muertos, bastantes heridos y prisioneros, siendo casi nula la de las tropas de la reina, por el poco vigor de la resistencia.

Todos estos reveses no tenian una afluencia marcada sobre el detrimento de la guerra de Cataluña, y aun podian considerarse como resultados precisos del sistema de hostilidades planteado por los montemolinistas, pero debió afectar á estos la desaparicion de las partidas que invocando su mismo lema, se habian levantado en Aragon, y que en caso de verificarse una invasion en el Maestrazgo, hubiesen podido darles la mano y fomentar en gran manera sus proyectos. Capitaneaba los montemolinistas aragoneses un guerrillero apodado el *Cojo de Cariñena*, hombre de ánimo entero, aunque de limitados alcances, que al frente de una partida habia adquirido en la pasada guerra dinástica, fama de valiente y activo, y que dueño en la actual de reducidas fuerzas, empezó no obstante á practicar movimientos atrevidos, renovando con su ejemplo la mal estinguida adhesion de algunos partidarios de don Cárlos, y sembrando la inquietud y zozobra entre los habitantes pacíficos, que mirando solo la superficie de los acontecimientos, temian que aquel primer destello de guerra se convirtiera en voraz incendio. Pero no se realizaron estos presentimientos. El *Cojo*, acosado vivamente por las columnas isabelinas, y casi oprimido por las fuerzas que afluian sobre él continuamente, no pudo sostenerse á pesar de su actividad, y el 2 de agosto se presentó en Calatayud con sus compañeros Aznar y Eufadaque, acojiéndose los tres á indulto, cuyo ejemplo siguieron los demas individuos de su partida, restableciéndose de este modo la tranquilidad en una de las provincias mas vejadas en la última década, por el azote de la guerra.

No podia acontecer lo mismo en Cataluña, donde habia echado hondas raices y tenia robustos elementos. Las fuerzas que bajo opuestas banderas operaban en el Principado en los primeros dias de setiembre, aparecen consignadas en la siguiente tabla, cuya exactitud no es sospechosa.

Estado de las fuerzas montemolinistas.

GEFES.	INFANTES.	CABALLOS.
El general Cabrera.	400	60
Idem Masgoret.	300	30
Brigadier, Marsal.	300	20
Idem Posas.	250	18
Caletrus.	200	12
Castells.	200	18
Torres.	200	12
Boquica.	200	»
Borges.	200	20
Estartús.	180	»
Muchacho.	180	10
Sebatés de Cornudella.	150	»
Vilella.	150	14
Escoda.	150	8
Peret de Rasguera.	150	»
Baldrich.	170	10
Gisbert.	140	12
Ramonet.	100	»
Molins.	100	12
Bou.	100	»
Parrót.	80	»
Coscó.	50	»
Monserrat.	50	»
Valiarda.	40	10
Garrafa.	40	»
Planademunt.	50	»
Saragatal.	40	»
Moga.	30	»
Guillaumét.	30	»
Tristany, hermanos.	50	12
Malla.	50	»
Luis, don Benito.	40	»
Cortacaus.	40	»
Guerxó de la Ratera.	60	»
Santana.	60	8
Tinoy.	30	»
Basquetas.	40	»
Marcó, Jofre, Ribas, Sincó, Sabaté, Arbonés, Gitxó y Torjác.	360	12
45	4960	298

Tropas de la Reina que operaban en la capitanía general de Cataluña.

NOMBRES DE LOS REGIMIENTOS.	INFANTERÍA. Batallones.	CABALLERÍA. Escuadrones.
Rey	3	
Príncipe	3	
Princesa	3	
Soria	3	
Córdova	3	
Zaragoza	3	
Castilla	2	
Valencia	1	
Union	2	
Constitucion	2	
Asturias	2	
Jaen	1	
S. Quintin	2	
Astorga	2	
Cazadores de Tarragona	1	
——— Barbastro	1	
——— Talavera	1	
——— Tarifa	1	
——— Chiclana	1	
——— Figueras	1	
——— Ciudad-Rodrigo	1	
——— Alba de Tornes	1	
——— Arapiles	1	
——— Simancas	1	
——— Las Navas	1	
——— Antequera	1	
——— Vergara	1	
Sagunto	»	3
Santiago	»	1
Montesa	»	1
Total de batallones y escuadrones	45	5

Habia ademas el primer regimiento de artillería, una batería de la brigada de montaña del primer departamento y una batería del segundo y cuatro compañías de ingenieros.

Habian llegado los montemolinistas á tan crecido número en el decurso de siete meses, pues al inaugurarse el año de 1848, sus fuerzas se hallaban escesivamente estenuadas, y aun mas que estenuadas, abatidas; hasta el punto de creer terminada la guerra el general Pavia, segun hemos indicado oportunamente. Trabajó este gefe con ardoroso afan para precipitar la ruina de los montemolinistas; podia disponer de grandes recursos, y acaso hubiera llegado al término de sus deseos sin las causas estraordinarias que se arrojaron como en tropel sobre la accion de su autoridad. La revolucion á la par que encadenaba las tropas en las grandes poblaciones, enardecia los ánimos desazonados anteriormente con el órden político á la sazon vigente, por manera que levantaba en el campo nuevos elementos hostiles, y paralizaba los medios de resistencia. A esta causa de accion y reflexion igualmente enérgica se debieron en gran parte los progresos de la guerra. Pero el aumento de esta era un hecho, se habia verificado durante el mando de Pavia, y el gobierno le separó de él con fecha 10 de setiembre. No es este caso sumamente oportuno para entrar en el exámen detenido de la conducta que observó Pavia durante su permanencia en el Principado: la historia juzga narrando, mas al presentar los hechos nunca olvida que las circunstancias suministran su esplicacion verdadera, y si los primeros parecen probar la ineficacia del sistema militar planteado por Pavía, las segundas le absuelven y justifican. Tampoco su sucesor el general Córdova alcanzó el laurel de la victoria, pero de esto nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

CAPITULO VI.

El general Córdova se encarga del mando.—Situacion de Cataluña.—Alocucion á los catalanes del general en gefe.—Sistema que adoptó para la pacificacion del Principado: sus ventajas é inconvenientes.—Operaciones militares en Cataluña.—Conspiraciones.—Fusilamientos.—Movimientos de Cabrera hácia el Alto Aragon.—Accion de Grau.—Carta de Cabrera.—Progreso de la guerra.—Negociaciones del general Córdova con los gefes montemolinistas, Posas, Peb del Oli y Caletrus.—Partidas montemolinistas en el Maestrazgo y reino de Valencia.—Abad: su muerte.—El mayorazgo de Pego.—Toma del castillo de Guadalest.—Accion de Aviñó: es derrotado y prisionero el brigadier Manzano.—Dimite Córdova el mando en gefe del ejército de Cataluña.

LEGÓ Córdova á Barcelona el dia 17 de setiembre, acompañado de los generales Oribe, Lersundi, Alcalá Galiano y Mata y Alós, gefes que habian acreditado su valor y su adhesion al gobierno en las últimas convulsiones políticas, y que iban ahora á Cataluña esperando recoger en medio de los peligros mayor prez y consideracion militar.

Sin embargo, muy árduas se mostraban las circunstancias del Principado para fundar sobre ellas cálculos lisonjeros. No eran el incremento numérico de los montemolinistas, su audaz confianza en la indiferencia del país, su arrojo en las lides parciales que diariamente se trababan, la profunda debilidad de la industrial Cataluña, la miseria de las clases laboriosas, la ereccion de partidas republicanas, y el poco fruto que sacaban las tropas de su actividad, valor y constancia, no eran las únicas causas que entonces daba pávulo y alimento á la guerra, porque estas causas que persistieran desde largo tiempo habia, se iban debilitando á medida que el resto de la nacion recobrándose poco á poco de sus dolorosas perturbaciones, y perdiendo esa exhuberancia de vida producida por el galvanismo revolucionario, entraba en una situacion normal.

Pero la causa principal del encumbrado vuelo que tomaba la guerra en Cataluña era la presencia de Cabrera. Este caudillo montemolinista, desplegando tanta constancia como firmeza de carácter, habia logrado establecer entre sus subalternos el lazo de disciplina indispensable para que sus fuerzas, hasta este tiempo dispersas ó mal dirigidas, obrasen con combinacion y concierto. Este hecho, ademas de las consecuencias materiales que debia producir, presidiendo un pensamiento á las operaciones de la campaña, tenia tambien suma trascendencia moral, ya por lo que debia temerse del valor proverbial de estos hombres, sostenido ahora por la fuerza de la subordinacion, sin la cual la victoria misma es un don funesto de la suerte, ya tambien porque revelaba el ascendiente de Cabrera, que habia logrado reducir á la obediencia á gentes que ni en esta ni en la pasada guerra, habian tenido otra regla que su capricho, ni mas ley que las circunstancias. Pero este resultado, aunque halagüeño, no satisfacia los deseos del general en gefe de los montemolinistas; queria tambien regularizar la masa informe de sus fuerzas, y en efecto, empezó por este tiempo á organizarlas en batallones y escuadrones. Atendió del mismo modo, con particular providencia, á facilitarse recursos, designando á los ayuntamientos de los pueblos la cuota con que debian contribuir, y estrechándoles al pago con bloqueos ú otros medios coercitivos. Por manera, que al lado de la administracion creada y consolidada por las autoridades de la reina, se levantaba otra administracion creada y á punto de consolidarse por los gefes montemolinistas. Esta encarnacion que adquiria la guerra en el Principado catalan, debia aumentarse por el impulso de otra causa íntimamente relacionada con la que acabamos de esponer. La entrada de Cabrera en Cataluña anunciaba uno de esos momentos de crisis en que los partidos, semejantes á los individuos, agitan todas sus fuerzas para recuperar los quilates de vida que han perdido ó caer en una postracion dolorosa. Era indudable que el partido carlista no queria dejar desairados los esfuerzos de su mas renom-

Digitized by Google

brado caudillo, ni apagar el brillo de su reputacion con el mal éxito de la empresa, y que removeria todos los elementos, y pondria en juego todos los resortes conocidos ó clandestinos de que podia disponer, lo cual debia complicar en gran manera la marcha de la guerra.

Córdova, á quien no podian ocultarse estos medios existentes ó probables de hostilidad, procuró en parte simularlos en la siguiente alocucion que dirigió á los catalanes tres dias despues de su llegada á Barcelona.

«Catalanes: La Reina (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando »del ejército y provincias de Cataluña; y á tan elevada honra corres»ponderé con el mas ardiente celo consagrando todos mis esfuerzos á »la pronta terminacion de la guerra civil que os aflige. A la cabeza de »un ejército cuya decision y disciplina os es tan conocida, la princi»pal mision que el gobierno de S. M. me ha recomendado es la de »restablecer la paz en vuestros hermosos campos protegiendo los pue»blos y las propiedades de sus honrados y pacíficos habitantes. A vues»tra prosperidad y contento, á la proteccion de vuestras industrias, al »desarrollo de vuestra riqueza, á facilitar en fin, todas las mejoras mate»riales que en provecho general de Cataluña exijan la cooperacion de mi »autoridad, me encontrareis dispuesto, con la sola ambicion de mere»cer vuestra confianza y afecto.

»Catalanes, para conseguir la paz cuento con vuestros auxilios y »con los esfuerzos reunidos de todo buen catalan. Con vuestro propio »apoyo, esas bandas que llevan por todas partes el terror y la desolacion, »que atacan vuestras propiedades, que os agovian con multas y contri»buciones, que obligan á vuestros hijos á hacer armas contra los inte»reses mas caros de Cataluña, las vereis desaparecer enteramente pre»sentándose á solicitar la clemencia de nuestra Reina, y Cataluña tran»quila marchando por camino mas firme hácia el engrandecimiento de »sus intereses materiales, tendrá la gloria de deber á sus esfuerzos la »paz que necesita y por la que despues de tanto tiempo de revueltas ha»ce tan ardientes votos, verá á la sombra de ella aumentar la espor»tacion de sus ricas y estimables producciones y crecer sus hijos sin te»mor de perderlos en una impía guerra entre hermanos, sostenida por »la ambicion de algunos, y alimentada por vuestros propios émulos y »enemigos.

»Catalanes, yo recorreré bien pronto vuestro territorio para exa»minar por mí mismo vuestra situacion y acudir á vuestras necesidades; »os daré pruebas constantes del interés y proteccion de que es digno un »pueblo tan esencialmente industrioso y trabajador, y si mis esfuerzos »fuesen inútiles, si Cataluña no comprendiese sus mas evidentes inte»reses, y sus valientes habitantes temiesen ante la impotente fuerza de »una faccion que para existir necesita, engañando á los pueblos, in-

»vocar principios opuestos á la historia entera del partido carlista, al »menos llevaré el consuelo al retirarme de este mando, de haber he»cho todos los esfuerzos para aseguraros el bienestar y tranquilidad que »tanto habeis anhelado y á que desea contribuir vuestro

»*Capitan general*,
»FERNANDO FERNANDEZ DE CORDOVA.

»Barcelona 20 de setiembre de 1848.»

El general Córdova se separó de la línea seguida por su predecesor Pavía, y pretendió no principalmente el abatir con el rigor de las armas la bandera montemolinista, sino el separar de su lado á los gefes influyentes, ofreciéndoles en cambio de su honor militar y de su fé política, copiosas dádivas, grados y condecoraciones militares. Los autores de este plan pensaron ir derechamente con su auxilio al término de la guerra, pues muchos de los corifeos montemolinistas, con su antigua vida aventurera, con las depredaciones que habian cometido en la guerra pasada, con su humor desasosegado y turbulenta condicion, habian dado de sus prendas morales poca aventajada idea; creíaseles hombres de espíritu liviano é inquieto, que por una parte se acomodaban mal á las estrecheces de la emigracion, y que por otra desearian consolidar su categoría militar, adhiriéronse á la causa qne mas probabilidades de triunfo presentára. Ya veremos despues qué grados de exactitud tenia este cálculo; pero no será inoportuno derramar alguna idea sobre la conveniencia ó inconveniencia de este plan, ya que no sea posible tratarle en la region de la justicia, porque esta nunca se violenta para prestarse á exigencias del momento, aunque solo es obra sólida y perenne la que se emprende y consuma bajo su proteccion. No hay duda en que retrayendo con negociaciones clandestinas, de su primer propósito, á los campeones montemolinistas, se acortaba la existencia de la guerra, se economizaba la sangre española, y se inutilizaban de todo punto para la causa montemolinista á los que ahora se separasen de sus filas tras el aliciente del oro ó de mejor posicion; pero tambien es cierto que se abria de este modo una ancha brecha en la moralidad pública, cuando debia atenderse mas que nunca á repararla y fortificarla, que se ponia en una deplorable evidencia la falta de recursos del gobierno, que la adquisicion de estos caudillos dejaba de ser preciosa desde el momento en que perdian su prestigio, que los gefes leales podian resentirse al verse equiparados con estos hombres, algunos de los cuales tenian poco decorosos precedentes, que los montemolinistas, fieles á su bandera, tomarian de estos tratos un pretesto honroso para ensalzar su causa y concitar en beneficio suyo la hidalguía de algunas personas qne hasta entonces les habian sido indiferentes, y que podria en suma, rea-

Digitized by Google

lizarse la sentencia de uno de los mejores Césares: « que es menos funesta una derrota debida al ciego fallo de la fortuna, que una victoria adquirida por medios poco nobles. »

Pero entretanto las operaciones militares que conservaban aun el impulso dado por el general Pavía, se proseguian con la mayor actividad. Sin embargo, y á pesar de que los movimientos de las tropas eran rápidos, acrisolada su disciplina y espontáneo su ardor en las acciones, los montemolinistas continuaban demostrando grande audacia, y haciendo gala de una confianza suma en pueblos abiertos que no presentaban condicion alguna de defensa. El dia 7 de setiembre penetraron en la importante villa de Falcet 200 montemolinistas al mando de Arbonés, impusieron á sus habitantes, bajo el concepto de contribucion, una crecida suma, y á fin de hacerla pronto efectiva, quisieron llevarse como en rehenes á varias señoras, y lo hubieran verificado sin el arrojo del subteniente don Jacobo Ruiz, que á la cabeza de unos pocos soldados, desalojó á los invasores de la poblacion.

Al llegar el dia 9, Castells y Tristany, comandando 120 hombres á las inmediaciones de Valbebre, fueron acometidos por la columna de Berga que marchaba bajo las órdenes del comandante de este punto. Récio fué el ataque, y de una y otra parte mordieron el polvo muchos combatientes; pero los montemolinistas, inferiores en número, no pudiendo aguantar por mas tiempo las vigorosas cargas de sus enemigos se retiraron precipitadamente. Entre los varios heridos que tuvieron las tropas de la reina, se hallaba el teniente del regimiento del Príncipe, D. José Ceriano, que lo fué de un balazo en el pecho, y los montemolinistas perdieron ademas de bastantes muertos y heridos al coronel D. Manuel Audivar, antiguo ayudante de Maroto, que fué hecho prisionero en la refriega.

Casi simultáneamente pereció en otro punto, un gefe de estos, conocido bajo el pseudómino de Moragas de Rubí. Sorprendido en la casa de Moragas, intentó en vano defenderse, pues le alcanzó una bala y cortó el hilo de su existencia.

Andaban tan poco precavidos los grupos sueltos de montemolinistas que se esponian frecuentemente á estas sorpresas. El dia 11 estaban bailando algunos en el pueblo de Gelida, y cuando se entregaban al parecer sin rebozo ni recelo, á la alegría espansiva que producen estas diversiones, vieron acercarse repentinamente desplegando sus alas, como para envolverlos á la columna de Molins del Rey. Rompiendo bruscamente el circuito del baile, volaron á las armas los joviales guerreros, mas aunque se resistieron con gran porfia, tuvieron que ceder el campo á la columna, que se contentó con lanzarles del pueblo.

Por este tiempo penetró en Cataluña D. Victoriano Atmeller. Era hombre activo, muy consecuente en sus principios, conocia perfectamente la situacion topográfica y social del Principado, y llegaba al

Digitized by Google

frente de una fuerte columna de centralistas. Apenas puso el pié en el territorio español, dirigió á los alcaldes de los pueblos la siguiente circular, que no vacilamos en insertar íntegra, tanto porque revela el ódio enconado y profundo que los centralistas ó republicanos tenian al gobierno, cuanto para que pueda comprenderse la situacion angustiosa de los ayuntamientos obligados á cumplimentar tantas disposiciones opuestas y severas.

Ejército liberal.—Division de vanguardia.—Circular número 1.°

1.° Para atender á los gastos de la guerra contra el gobierno corrompido y tiránico de Madrid, se hace indispensable que los pueblos contribuyan con sus esfuerzos, prestando cuantos auxilios sean necesarios al efecto; por estas razones, haciendo falta dinero para satisfacer el importe de armas, vestuarios y municiones, contando con su patriotismo, creo escusado tomar otras medidas que invitarle á que satisfaga las contribuciones de ese pueblo y lo efectúe incontinenti de las del presente semestre, por apremiar la escasez de recursos, debiendo prevenir á V. que para evitar todo evento de fraude, los recibos lleváran el V.° B.°

2.° La seguridad de las tropas liberales exije la vigilancia de los pueblos, para avisar con oportunidad el movimiento de los enemigos. En este concepto he tenido á bien ordenar que los pueblos me den parte bajo su responsabilidad, en el término mas perentorio de la entrada, salida ó aproximacion de las tropas enemigas, igualmente que de su número y demas datos que puedan convenir: los alcaldes que falten á esta órden serán pasados por las armas, advirtiendo á V. que con la prudencia de mi carácter le libraré en cuanto sea posible de todo compromiso con el gobierno usurpador de Madrid, reservando con el mayor sigilo cuantos servicios presten á la causa de la libertad.

3.° Se servirá V. dar publicidad á las adjuntas proclamas, disponiendo todo lo que conduzca á que esos jóvenes quintos, arrancados por una ley agena de este siglo de sus casas, para defender una causa tan injusta como la de la pandilla inmoral que gobierna, se enteren de su contenido: de este modo podrá V. librar á nuestra patria de los horrores de una guerra civil que la maldad del gobierno de Madrid en su ciega obstinacion quiere sostener. Espero que sus sentimientos liberales le harán corresponder á mis invitaciones, escusándome asi de dictar medidas revolucionarias para nuestro sostenimiento y defensa, Dios y libertad.=Salinas 13 de setiembre de 1848.=El gefe de las fuerzas liberales, Victoriano de Ametller.=Sr. Alcalde de....

La proclama era un tejido de invectivas contra el gobierno y una invocacion enérgica del bello, pero vago nombre de libertad. No se acrecentó esta partida como se temió en un principio, y fueron disipán-

Google

dose los sérios cuidados que su aparicion infundiera al gobierno y á las autoridades catalanas.

Mas graves debian inspirárseles las operaciones de Cabrera. Este infatigable caudillo que habia practicado tantos movimientos para que sus noveles tropas no vinieran á las manos con las isabelinas, luego que estuvo satisfecho de su instruccion y disciplina, se arrojó sobre la interesante villa de Castellon de Ampurias, cabeza de todo el Ampurdan, acaudillando 1200 hombres. Dueño de este punto el dia 15, sin amago alguno de resistencia, mandó derribar la fortificacion imponiendo pena de la vida á los albañiles que trabajaran en su reconstruccion; se apoderó de los caballos hábiles para el servicio militar; llevó consigo tres concejales en rehenes de la contribucion, y emprendió tranquila y ordenadamente el camino de Garriguerilla, con intencion al parecer, de dirigirse sobre Rosas. Pero debió cambiar de pensamiento, porque al poco rato enderezó sus pasos á Navate, siguiendo desde este punto hasta Muga, donde sostuvo un ligero choque con la columna del coronel Rios, y cayendo sobre las faldas del Pirineo, cruzándolas en casi toda su estension, tocó en Rocabrima y Ridaure y remontó su marcha hasta Vidrá, donde dió descanso á su gente, y dividiéndola despues en varios trozos, se dirigió con 300 hombres entre ginetes y peones, al pueblo de Gulleria, situándose en el centro de las escabrosidades de Monseut. Habia recorrido en pocos dias toda la llanura del Ampurdan sin que las tropas de la reina le desviasen de su proyectada marcha, y habia demostrado que no solo en el corazon de la montaña, sino tambien en la costa, podia asegurar su existencia y la de sus tropas.

Inauguróse el mes de octubre con un triunfo ruidoso de los montemolinistas. Hallábase la columna del coronel Boffil en el Coll Daví, entre Mauresa y Tarrasa, y sabedor de ello Posas, trató de sorprenderla y lo consiguió, merced á las acertadas precauciones que empleó. Presentáronse primeramente unos 30 hombres y alucinadas las tropas, se adelantaron á arrojarse sobre ellos con mas valor que prudencia, y se vieron entonces envueltas por todo el resto de los montemolinistas que estaban ocultos. Escepto unos 50 que con un sargento se hicieron fuertes, quedó destruida toda la columna y dispersa. El mismo gefe de la columna halló una muerte digna en el campo de batalla, muriendo peleando y reparando con su sangre la falta de dejarse sorprender. Contáronse 26 muertos y unos 80 prisioneros: los demas se dispersaron, escepto los 50 que hemos citado y que estuvieron defendiéndose heróicamente, hasta las 11 de la mañana del siguiente dia.

En la madrugada del 2 de octubre penetró en Monroig una pequeña partida de montemolinistas, apoderándose de las puertas en el momento que el sereno las abria para que salieran los ordinarios, como se hace diariamente, los cuales continuaron su camino sin ser molestados, pues el único objeto de aquellos era presentarse al alcalde para que pagase la contribucion.

Digitized by Google

En la noche del mismo dia estuvo Cabrera en Caldetenas, á media hora de Vich, con unos 800 á 900 infantes y 50 caballos, llegando sus avanzadas al puente de Gurrí, mitad del camino: destacó durante la noche algunas partidas á diferentes pueblos, las cuales regresaron llevando presos á algunos individuos de los ayuntamientos en calidad de rehenes, hasta que pagaran los contigentes que les habia pedido: entre los apresados estaban tambien los del ayuntamiento de Caldetenas. Antes de amanecer salió con direccion á Samboy cruzando el llano, y á no haber llegado á Vich el batallon del Príncipe, se hubiera dirigido á esta poblacion. En Figueras, cabeza de partido, se reunieron los dos brigadieres Ros y Nouvilas.

De estos dos gefes, Ros quedó de gobernador del famoso castillo de San Fernando de Figueras, y Nouvillas de comandante general del Ampurdan, pero siempre á las órdenes del general Enna que lo era de la provincia.

Todos los carabineros del resguardo que cubrian el litoral, se reunieron en Figueras con objeto de componer con ellos una columna que perennemente recorriera los 128 pueblos que contiene el partido.

El mencionado brigadier Nouvilas convocó el 3 á todos los alcaldes y secretarios del partido, los arengó pidiéndoles muy amistosamente que cooperáran al esterminio total del enemigo, que él prestaria el apoyo posible, y que muy en breve llegarian tropas. Los concurrentes se retiraron muy complacidos, sobre todo los payeses que estaban bastante animados con el recibimiento que les hizo y porque les habló en su idioma.

Gisbert y Estartús vagaban con sus partidas de 100 á 150 hombres por la comarca, percibiendo las contribuciones; y por la parte de la frontera hacia Pilamenisela, se entretenian unos 14 ó 16 sin emblema ni bandera, que aligeraban los bolsillos de los propietarios que caian en sus garras. El resto de esta gavilla, que antes de partir el general Pavía se engrosaba considerablemente, fué á parar en su totalidad á las cárceles de Ceret y de Perpiñan, en Francia.

El 4 á eso de las nueve de la mañana, salió de Vich el general Paredes con toda la fuerza disponible, dirigiéndose á Olost, cuatro horas distante de aquella poblacion, donde se supo que estaba Cabrera desde la tarde del dia anterior; pero cuando el general llegó á aquel punto, tuvo noticia que á las diez de la mañana se habian subdividido los montemolinistas y marchado en varias direcciones.

Tambien al amanecer del 4 pidieron al pueblo de Olost, desde un punto inmediato, 100 raciones para los prisioneros de la columna de Boffil.

En la tarde del mismo, el gefe montemolinista Muchacho con unos 300 infantes y algunos caballos, estuvo á una hora de Vich y á media del pueblo de Caldetenas: se adelantaron unos 12 ó 14 caballos, permanecieron tres cuartos de hora de observacion.

La columna de Villafranca sostuvo un choque poco favorable en las inmediaciones de San Quintin, sufriendo la pérdida de unos 12 muertos y algunos heridos.

Por este tiempo, Masgoret al frente de unos 600 hombres, no impidió se cometieran algunas tropelías hácia Villanueva, quemando algunas casas y saqueando otras, contándose entre las primeras, las del alcalde Puig, y entre las segundas las del regidor Jacas.

Tenia á la sazon preocupada la atencion pública un suceso que pudo tener estraordinarios resultados. Descubrióse en Barcelona una vasta conspiracion que tenia ramificaciones en toda Cataluña. El primer objeto de los conjurados era apoderarse por sorpresa del castillo de Monjuich, de la Ciudadela y de Atarazanas.

Díjose que los conjurados pertenecientes al partido radical estaban de acuerdo con Cabrera; pero ni el plan, ni las personas que en ello mediaron, lo comprueban: verdad es que no hacia mucho se auxiliaban mútuamente las partidas montemolinistas y las pequeñas de centralistas; mas esta ayuda, que les era necesaria en el campo, para nada la necesitaban en la capital, con cuya posesion adquirian inmenso poder, máxime contando con fuerzas del ejército.

Noticioso el general Córdova de tal conspiracion, hizo ir á Barcelona apresuradamente cuatro batallones de cazadores que estaban en puntos diversos y distintos entre sí; previno que entraran en la ciudad sin que nadie se apercibiese de ello, y cuando los hubo colocado en los sitios en que era mas de temer la rebelion, procedió á hacer la captura de los principales directores del complot, entre los cuales se contaban varios gefes y oficiales de las tropas que formaban la guarnicion, de acuerdo con varios emigrados del vecino reino.

Casi al mismo tiempo que esto sucedia en Barcelona, se publicó en Gerona con todo aparato la ley marcial, y se formó inmediatamente un consejo de guerra para entender en la causa que debia abrirse sobre la conspiracion descubierta en Barcelona.

Presos los que aparecian como gefes de la conspiracion, fueron sometidos á un consejo de guerra establecido en la Ciudadela, que sin levantar mano en la causa, condenó á ser pasados por las armas á los capitanes don Ramon Lopez Vazquez, don Juan Valterra y don Joaquin Clavijo, jóvenes valientes que derramáran su sangre en defensa de la libertad contra los pendones de don Cárlos, y que en virtud de la sentencia del consejo verbal, fueron fusilados en el glásis de la Ciudadela á las siete de la mañana del 9, sin que en tan fatal instante decayera en lo mas mínimo su valor, que les acompañó hasta el postrer momento.

En cuanto cundió por la ciudad la triste nueva de que habian sido condenados á la pena de muerte, fué general y unánime el sentimiento que produjo, y todos sus moradores, sin distincion de matices políticos, se apresuraron á hacer cuanto estaba en su mano para

evitar que se llevára á cabo la sentencia; pero fué inútil su buen deseo, é infructuosos sus esfuerzos. El general Córdova no atendió á los ruegos y reiteradas súplicas del clero, del ayuntamiento, de la comision de fábricas, de la audiencia territorial, del colegio de abogados y de otras personas respetables; desestimó una esposicion que le presentaron suscrita por mil y tantas firmas, contestando que no podia acceder á lo que Barcelona entera le pedia, y el glásis de la Ciudadela fué teatro de una de las sangrientas escenas que tan célebre le hicieron en los tiempos del conde de España.

Ejecutada la fatal sentencia, dirijió Córdova la siguiente alocucion:

«Soldados: Una horrenda conspiracion que tenia por objeto entregar á Cabrera las plazas confiadas á vuestra lealtad y poneros á »vosotros mismos bajo la dominacion de los enemigos de nuestra »reina que con tanto denuedo combatís, ha sido descubierta; pues»tos los principales cómplices ante el tribunal militar, la ley los ha »juzgado; aprobada por mi autoridad la adjunta sentencia, hoy á las »siete de la mañana, han sido pasados por las armas don Juan Valterra, »don Ramon Lopez Vazquez y don Joaquin Clavijo, de quienes debe»mos aborrecer el crímen y deplorar la ceguedad y desgracia.

»Avaro de la sangre del soldado que tanto se derrama en los »campos de batalla, me felicito de no haber tenido que perder ni »una sola gota de la vuestra, porque en vuestros nobles pechos no »se cobija la traicion y el crímen; pero vivid alerta, estad preve»nidos contra la seduccion de vuestros enemigos, y al que intenta»re desviaros de la senda de vuestros deberes que ostentais para gloria »del ejército español, aseguradle con una mano fuerte, presentadlo »á vuestros gefes para recibir de la reina el premio merecido á la »lealtad, que os ofrece vuestro

»vuestro general,
»FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA.»

A estos fusilamientos siguieron varias deportaciones, mas ó menos graves, continuándose en tanto el proceso, si bien no hubo mas ejecuciones.

Corramos un velo sobre tan trágicos sucesos, renunciando á insertar algunas de las cartas de despedida de los fusilados, por no aumentar las penosas emociones que nos abruman.

Con los sucesos que acabamos de narrar, inauguró su mando en Cataluña el general Córdova. Desde Barcelona disponia el nuevo gefe su plan de campaña, el cual era esperado con ansiedad por toda la nacion; mas pasaba uno y otro dia sin salir Córdova de la capital, y Cabrera en tanto se prevalia de esta circunstancia que no podia menos de favorecerle.

Digitized by Google

El general Alcalá Galiano iba á encargarse del mando de las fuerzas situadas á la izquierda del Ebro, y Orive de las que operaban en la provincia de Lérida; Lersundi iria al frente de la vanguardia de la division que llevára el general Córdova, y Larrocha quedaria en la capital como segundo cabo.

El aparato militar continuaba en Barcelona el 9 en los mismos términos que el dia anterior. Los rastrillos de la Ciudadela seguian levantados, y el consejo de guerra iba adelantando el curso del sumario y decretaba incesantemente nuevas prisiones de gefes y oficiales, ya de los de reemplazo residentes en la ciudad, ya de los que estaban en servicio activo con mando en la guarnicion de la plaza ó en otros puntos del Principado, contándose entre estos últimos el coronel Apellaniz, comandante de la columna de Santa Coloma de Farnés.

Aunque descubierta la conspiracion, no por eso se templó la actividad en las operaciones ni se debilitó el brazo de la guerra.

El 12 cercaron las tropas francesas los pueblos de Muralles y las Illas, donde se hallaba Roquer y el infatigable Barrera con unos 80 republicanos, los cuales, favorecidos por la niebla, se fugaron, escepto 10 que quedaron prisioneros en poder de aquellas.

Las autoridades y tropas francesas desplegaban el mayor celo para perseguir y apoderarse de cuantos intentaban refugiarse en la frontera, que no eran muchos, y entre estos se contaban los republicanos ó centralistas que iban haciendo esfuerzos por organizarse y presentar su contingente respetable.

Tal se proponia D. Victoriano Atmeller, á quien se unieron por este tiempo algunos jóvenes guiados solo por el fervor de su patriotismo, llegando hasta el número de unos 70 á 80 de los pueblos de Massanet de Cabrenys, Agullana, La Junquera, Cantallops, Capmany, Viure y Darnins.

En la madrugada del 13 entraron en Bañolas los montemolinistas. Despues de haber escalonado algunos las tapias de la villa, derribaron dos puertas pegándolas fuego, abriendo de este modo el paso al resto de la partida, que se componia de 2 á 300 hombres y 20 caballos á las órdenes de Marsal y Muchacho, dirigiéndose á casa del alcalde, al que no encontraron, pero se llevaron en rehenes á un hijo: vino en el ínterin una patrulla y empezó á hostilizarles, obligándoles á retroceder hasta las puertas de la villa; mas reforzados los montemolinistas por los que habian quedado de reten, hicieron retroceder á la patrulla hasta la plaza, donde reforzada con 20 hombres que salieron de la casa-fuerte, persiguió á los invasores hasta fuera de la poblacion, no pudiendo continuar persiguiéndoles por la corta fuerza de que constaba. Los agresores tuvieron el capitan Piox herido, y al retirarse se llevaron en rehenes al hijo del alcalde primero, á una hija del segundo, á un regidor y un mozo de la compañía de salvaguardias, exigiendo por su rescate tres trimestres de contribucion.

Digitized by Google

Tristany al frente de cerca de 400 hombres, recorria impunemente las inmediaciones de Berga, haciendo tocar su música al entrar y salir de los pueblos, á cuyas justicias ordenaba no reconociesen á Castells, ni le satisfacieran las contribuciones por haberle quitado Cabrera el mando.

En el mismo dia, la columna de Igualada, al mando del brigadier D. Francisco de Paula Garrido, alcanzó á la partida del Tuerto de la Ratera en el término de Piedrafita, la persiguió por mas de dos horas hasta Coll-Rudo, donde se puso en completa dispersion, siendo el resultado causarla 12 muertos vistos, y 9 prisioneros, entre ellos un capitan, cogiendo ademas 24 armas de fuego y muchas mantas.

Habian salido de San Juan de las Abadesas las columnas de Olot y de Ripoll, que mandaban Rios y Hore, dirigiéndose á la primera de estas villas en número de 800 hombres. Cabrera con 600 infantes y 40 caballos les esperó en el lugar llamado Santigosa, en donde sostuvo un fuego de tres horas, pasadas las cuales se retiró.

Si la columna Ripoll, que fué la única que entró en accion, no se hubiese compuesto de soldados valientes y aguerridos, se habria puesto en conflicto, á pesar de lo cercano que estaba la columna del Sr. Ruiz. Despues del fuego, Cabrera con su caballería y algunos infantes se fué á las Presas.

Torres con su partida, permaneció dos dias en las inmediaciones de Seo de Urgel, recaudando las contribuciones: marchó en dirección de Fórnula y Bagá, sin que le estorbaran el paso por lo escasa que era la guarnicion disponible de Urgel, y no podia apartarse mucho de la ciudad.

Caragolet y Mosen Peruches, desde la parte de Tremp, bajaron tambien hasta Noves, otro pueblo de la comarca de la Seo. Fanech con los suyos, no se habia movido hacia cinco meses de Gosol y Fornoli, dejándose caer de vez en cuando sobre la Cerdaña, para recoger el tributo á que tenian sujetos los pueblos pequeños.

Sabaté y Ramonet estuvieron con unos 250 hombres en Hombrió, pueblo que aun no se habian atrevido á invadir, á pesar de las muchas demandas de contribucion que habian hecho; registraron alguna casa particular para buscar escopetas, se les dió alguna cantidad y se marcharon.

El 15 Borges, Ramonet, y Sabaté á la cabeza de 500 hombres, sitiaron la casa-fuerte del pueblo de Perelló, en donde estaban encerrados unos 40 hombres con un capitan, á cuyo arrojo debieron estos el no ser víctimas de los carlistas, pues pegaron fuego al edificio y les ahogaban con el humo de pimientos secos que quemaban á la puerta. Seguramente no hubieran podido resistir al número de los sitiadores y á las medidas que empleaban mucho tiempo mas; pero llegó una columna de Tortosa y otra de Tarragona, y al saber la aproximacion de las tropas, se retiraron los montemolinistas.

El destacamento perdió cuatro soldados y tuvo diez heridos.

Borges habia desafiado varias veces al gefe de la columna de Falset, que era el valiente comandante Calvet, provocándole á batirse en campo raso; pero este gefe, contando con muy pocas fuerzas, no podia aceptar la propuesta, y mucho menos atendiendo al duplicado número de enemigos; así es que hacia 13 dias que estaba encerrada dicha columna en Falset. El nuevo brigadier Quesada, que mandaba otra columna de operaciones del distrito de Reus, le ordenó que saliese á batirse con los que le provocaban, y que él saldria en combinacion por retaguardia; pero la combinacion salió frustrada, pues Calvet, á pesar de batirse heróicamente, tuvo que retirarse con seis muertos y 12 heridos, y refugiarse en el Molá, donde hubiera tenido que rendirse, por ser un pequeño pueblo sin ningun medio de defensa, y en mala situacion topográfica para defenderse.

Acudió pocas horas despues á sacarle de tan crítica posicion el brigadier Quesada; y no sabemos si culpar á Calvet de haberse adelantado, ó á Quesada por haber llegado tarde.

La provincia de Gerona era el terreno que escojieran las partidas republicanas por ser la mas próxima al vecino reino, donde se organizaban, y hallaban seguro asilo en caso de una derrota. Los mariscales de campo D. Manuel Enna y Nouvilas eran los destinados á obrar en combinacion para destruir en su principio tan temible enemigo; circunstancia que no puede negarse en cuanto á que á la aparicion de la mas pequeña de estas partidas se ponian en movimiento todas las columnas, y abandonaban la persecucion de los montemolinistas, por acudir á los republicanos. Asi fué como el 17 dieron alcance los citados gefes á una partida republicana en las inmediaciones de Basagorda, causándola dos muertos, tres heridos y dos prisioneros. Defendíanse con valerosa obstinacion; pero acosados por todos puntos por triplicadas fuerzas, tenian que trasponer en breve las empinadas cimas de los Pirineos, por no poder dar un paso sin enredarse en la no interrumpida red de las tropas que les acosaban.

Tal era la historia de todas las partidas republicanas; pues si hubo algunas mas afortunadas debíanlo á la proteccion que les dispensaban los montemolinistas, á los cuales les interesaba mas una compañía de aquellos que un batallon de compañeros; porque temiendo mas el gobierno á los primeros, destinaba en su contra al grueso de las fuerzas que dejaban un respiro á los segundos: por esto los protegian, y no por otra causa obraban de acuerdo Baldera y Marsal, Baldrich y Cabrera.

En tanto que las tropas liberales se entretenian en tan pequeñas operaciones los montemolinistas se ocupaban en hechos de la importancia de la ocupacion de Falcet despues de un vivo y nutrido fuego de tres horas con la tropa que se hallaba destacada en dicho punto, precisada á encerrarse en la iglesia. Una vez posesionados los montemolinistas de la poblacion que tantos heróicos hechos demostró en la

Digitized by Google

anterior lucha, estrellándose ante sus umbrales las aguerridas huestes de D. Cárlos, parece que se esparcieron en tropel por todo su casco, dirigiéndose señaladamente al edificio donde se recaudaban las contribuciones, de donde se llevaron cuantos caudales encontraron en la caja.

Corrióse Cabrera hácia la provincia de Lérida por la parte de Solsona, con bastante fuerza; pues al tratar de invadir nuevo territorio, mandó se le unieran las partidas de Borges, Torres y Caragolet, con los cuales entró en Pons.

Plan era de Cabrera dirigirse sobre el Alto Aragon, por lo cual pernoctó el 22 en Cubells y el 23 en Ager, habiendo pasado el Segre por el puente de Alentor.

A la sazon mandaba en la provincia de Lérida, llave respectiva del Aragon y Cataluña, el general Oribe, que por medio de un hábil plan de operaciones habia destruido á la partida montemolinista del Ramonet, que se habia enseñoreado durante un año de las márgenes del Ebro. Adivinó Oribe sin tardanza el plan de Cabrera al verle mover sus 800 infantes y 50 caballos sobre el puente de Fraga, que enlaza el Principado con la provincia de Huesca, y resolvió prevenirle, atrayendo gran golpe de gente sobre el punto amenazado. Juzgó el general isabelino de la mayor importancia esta espedicion del montemolinista, calculando que tendria por objeto generalizar la guerra en el escabroso territorio del Alto Aragon, casi completamente desguarnecido entonces, y proteger un movimiento republicano que estalló cerca de Huesca, y que falto de elementos, fué al poco tiempo sofocado en Sistanmo; mas érale muy difícil reunir tropas de su mando, tropas que sobre ser escasas operaban en diferentes rádios. Con efecto, las columnas de Contreras y Garrido que formaban el nervio de sus fuerzas, marchaban en la direccion de Igualada, protegiendo un convoy. Pero luego que Oribe supo el movimiento atrevido de Cabrera, estrechado por la perentoriedad y consultando solo la necesidad de desconcertar la combinacion del caudillo montemolinista, salió de Lérida al frente de dos compañías y de algunos caballos, y se dirijió sobre Tárrega, llegando á este punto á las doce de la noche. Habianlo ya verificado, siguiendo líneas convergentes, los brigadieres Contreras y Garrido, que noticiosos tambien de las operaciones de Cabrera, retrocedieron para perseguirle. Incorporóse á ellos Oribe con su gente, y el grueso de las fuerzas isabelinas, con el comandante general á la cabeza, emprendió sus movimientos al despuntar el dia, pernoctó en el pueblo de Liñolas, y fué á caer al siguiente sobre Tamarite, á tiempo que los montemolinistas despues de haber cruzado los rios Nogueras y Ribargorzana, se dirijian hácia el mismo pueblo. Sorprendido Cabrera de la rapidez con que habian verificado sus marchas los isabelinos, y sabiendo que ya le precedian, se replegó aceleradamente sobre Benabarre, y continuó su movimiento retrógado basta internarse en la montaña, pasando por Graus,

Digitized by Google

Campo y el puente de Suez, sin haber sacado de esta espedicion otro fruto que algunas cantidades que exigió á los pueblos del tránsito. No hay duda en que si Cabrera hubiera realizado su pensamiento, la guerra habria tomado vuelo y adquirido estensa ramificacion, atendidas las circunstancias; y el general Oribe evitándolo, prestó un servicio mas positivo que brillante, á la causa de la reina.

El general Córdova que tenia á sus órdenes 47 batallones de buena tropa, varias brigadas de artilleria y 12 escuadrones, permanecia aun en Barcelona, y lejos de mejorar con sus providencias la situacion en que se encontraba Cataluña bajo el mando del marqués de Novaliches, se empeoraba, ora á consecuencia de los acontecimientos que sucedieron en aquel pais desde su llegada, que se señaló con los dos terribles reveses del Coll de David y de Villafranca, ora por el creciente y progresivo aumento que habian empezado á tener las partidas carlistas en el otoño, ó ya en fin, por falta de vigor, de energía, y sobre todo, de combinacion y de concierto en las operaciones.

La mayor parte de los pueblos de la montaña, pertenecientes á la provincia de Gerona y aun á la de Barcelona, estaban sujetos á pagar á los partidarios de Montemolin los impuestos que les señalaban; lo mismo sucedia á algunos de Tarragona y de Lérida, y los caminos, tanto de Zaragoza como de Valencia, eran ocupados con frecuencia por destacamentos de los enemigos, que, aun cuando no ofendieran ni molestáran á los pasajeros, detenian los correos, se apoderaban de la correspondencia del gobierno, y solian quedarse á veces tambien con la de los particulares y con los periódicos.

Se habian presentado á indulto bastantes individuos de algunas partidas insurgentes; pero en cambio era mayor el número de los mozos que se agregaban continuamente á otras.

Los habitantes de Igualada, de una respetable poblacion de numeroso vecindario, situada en medio de la carretera real que conduce de Zaragoza á Barcelona, que solo habia sido invadida alguna vez por sorpresa, temian ser bloqueados por las partidas carlistas. Semejante recelo seria sin duda ridículo ó absurdo; mas bastaba que algunos le hubieran concebido para comprender la idea que tenian allí de la fuerza con que podian contar los partidarios del Pretendiente.

En tanto que marchaba y contramarchaba Cabrera, obraban los demas partidarios en otros puntos con asombrosa actividad y lisonjeros resultados, pues solo parecia ser adversa la suerte á los republicanos, que sin embargo de penetrar en la villa de Alcocer, en escelente formacion y con sus cornetas á la cabeza, haciendo reunir al ayuntamiento, iluminar la poblacion y hacer algun pedido, uniéndoseles varios mozos, sufrieron luego fatales descalabros.

Nouvilas les alcanzó el 27 en San Llorens, participándolo en estos lacónicos términos:

Comandancia general del Ampurdan.

Excmo. Sr.—20 prisioneros republicanos, entre ellos Barrera y el titulado gefe de E. M., Altimira, y el caballo de Atmeller, una porcion de armas y otros efectos, seis muertos, algunos heridos y la mas completa dispersion, ha sido el resultado de la jornada de hoy, sin que por nuestra parte haya habido un solo herido.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Llorens de la Murga 27 de octubre de 1848.—El general, comandante general, Ramon Nouvilas.

Barrera y Altimira fueron fusilados á las tres de la tarde del 21 en Figueras.

El estado de la provincia de Tarragona era fatal.

Una partida montemolinista hizo prisionero todo el destacamento del pueblo de La Bisbal, compuesto de un subalterno y 30 soldados, de los que 15 tomaron parte en las filas rebeldes, y los demas fueron despedidos quitándoles el armamento y las prendas de vestuario, sin molestarles bajo ningun concepto.

Una pequeña columna de 50 infantes y cuatro caballos, al mando de Reverter de Villdecona, que recorria la línea desde este último punto al de Amposta, cayó tambien en poder de los enemigos, de suerte que solo consiguieron salvarse el citado gefe y cuatro caballos.

La villa de Santa Coloma de Farnés, cabeza de partido, fué invadida el 30 por Garrofa y Setre, saltando ó escalando una pared de las que cierran su recinto, en la que hay una puerta, la cual abrieron por dentro para facilitar la entrada de los demas, y dirigiéndose á las casas del letrado D. Mariano Riu, de un procurador llamado Casabosca, y de D. Dalmacio Fábregas y Jalpí, hacendado, se llevaron preso á un hijo de este, y á dichos abogado y procurador.

Mientras el comandante de armas de la espresada villa, ignorando sin duda lo que ocurria, iba patrullando con algunos individuos de la ronda de seguridad pública y topó con unos cuantos invasores, á cuya vista se retiró y le dispararon un trabucazo hiriéndole en un muslo; pero no lograron detenerle hasta que de resultas de otro trabucazo, con el cual le hirieron otra vez, cayó, y acercándosele le dijeron: que si no hubiese huido, y se hubiese reunido, no le hubieran hecho daño alguno; pero aquel valiente les contestó: « que no se hubiera rendido ni se rendia entonces tampoco; que acabasen de matarle si querian, ó bien le dejasen;» y al parecer le condujeron ellos mismos á parte donde pudiese auxiliársele, y se marcharon llevándose su asistente, ó un mozo de seguridad pública que hacia de ordenanza.

Tambien estuvieron algunos matinés en la villa del Malgrat, y se

llevaron preso á un hermano del alcalde, por no haber hallado á este en su casa.

Dias antes, Marsal y Garrafa con cuarenta caballos, estuvieron en la villa de Calella, donde fueron sorprendidos por una parte de la columna de Hostalrich, mandada por el coronel Ruiz.

Aquella fué una verdadera sorpresa, pues se estaban en el meson cenando muy descansados, cuando apareció la tropa que ya les habia perseguido por la tarde, y les perdió la pista en Tordera, pasando ellos por la villa y estos por la carretera. Cuando los matinés supieron la llegada de la tropa, mandaron cerrar las puertas del meson, encendieron un cigarro cada uno por seña para conocerse, pues estaba oscura la noche, y despues de montar las abrieron de par en par y salieron á escape, disparando de paso algunos trabucazos, con los cuales hirieron á varios soldados. La tropa les disparó una descarga, hiriéndoles dos caballos, uno de los cuales cayó con el ginete, que al parecer se titulaba oficial, quien haciendo el muerto, recibió varios bayonetazos sin moverse, pero despues se conoció que vivia y le cogieron prisionero.

Las partidas reunidas de Posas y Borges, fuertes de 500 infantes y 14 caballos, penetraron en el pueblo de Afajá, donde se detuvieron cuatro horas ocupados en la cena, recogiendo ademas alguna cantidad de dinero. Dichos gefes y don Antonio Ortiz, que mandaba la caballería, se hospedaron en el meson, observando una conducta bastante delicada.

Llegamos al fin de octubre y ya se disponia Córdova á dejar la capital para comenzar su campaña, persuadido de que la acabaria felizmente, sin quemar mucha pólvora.

Dispuso primeramente reconcentrar sus fuerzas, y mandó retirar todos los destacamentos, convencido de su inutilidad; pues tenian que encerrarse siempre que el enemigo se presentaba en algun pueblo donde ellos estuvieran.

El 30 á las dos de la tarde salió Córdova de Barcelona por la puerta de San Antonio, rodeado de un numeroso y escojido E. M. que se componia de treinta y tantos oficiales de todas graduaciones, y formando la escolta medio escuadron.

Todos esperaban fundadamente que la persecucion de Cabrera seria activa y decisiva, y era objeto de la pública espectacion el ver al infatigable Cabrera eludir, ya que no hacer frente, á la masa de fuerzas que iba á sofocarle. Pero cálculos humanos! cuando mas apurado se creia al intrépido tortosino se ostenta triunfante en el Grau.

La columna de Paredes, una de las mejores que operaban en el Principado, se encontró con las fuerzas reunidas de Saragatal, Marsal y Muchacho. Formaron estos tres partidas, y les imitó Paredes formando otros tres grupos, para atacar cada uno á otro de los enemigos. Cuando estos los tuvieron á corta distancia, se precipitaron impetuosa-

mente sobre las tropas liberales, saliendo al mismo tiempo nuevas fuerzas montemolinistas que estaban emboscadas. A tan brusco ataque, perdieron los de Paredes la necesaria serenidad y empezaron á desvandarse, emprendiendo entonces los vencedores una viva persecucion auxiliada por la caballería que tambien estaba emboscada.

Parte de la columna tuvo que posesionarse de una casa de campo donde se hizo fuerte, y la otra parte con la caballería, fué perseguida hasta el pueblo del Esquirol.

Perdió Paredes 10 ó 12 muertos, 150 prisioneros, su propio caballo y dispersado casi todo el resto de la columna: perdió tambien la brigada de nueve mulas, algunos caballos y las municiones.

Los montemolinistas se dirigieron á Vidrá.

Cabrera estaba entonces en Cubells, donde escribió la siguiente carta, no publicada aun en España. Este documento es de los mas notables de la finada guerra, tanto por las revelaciones que hace, como por la sencilla franqueza con que está escrito. A falta del original tenemos que traducirla del francés, en lo cual procuramos poner mas cuidado en el sentido literal de las espresiones, que en la elegancia del estilo.

La exactitud de la carta es evidente: su contenido son hechos á los que no debemos añadir reflexion de ningun género, aunque sean falsos. Habla Cabrera, no nosotros.

Dice asi la carta dirigida al director del periódico frances L'Union:

Señor Redactor:

«Bajo la tiránica dictadura de Narvaez, la prensa independiente de »España no puede acoger mis comunicaciones, y sin otras noticias que »los partes oficiales de nuestros enemigos, ó algunas cartas de corres»ponsales que se limitan á noticiarlos, *se dice*: esta prensa no puede es»clarecer la opinion sobre la guerra de Cataluña.

»La prensa estrangera no me rehusará sus columnas, 1.° para des»mentir las falsas noticias y puerilidades de la mayor parte de los ge»fes que mandan las tropas isabelinas (isabellistes); 2.° para protestar »contra las calumnias que los periódicos asalariados por el gobierno de »Madrid repiten incesantemente sobre la conducta de mis volunta»rios; 3.° para esponer ante mi pais y ante la Europa, la verdad so»bre los hechos de ambos ejércitos.

»Nuestros enemigos nos llaman aun bandidos (brigands), dán»donos el nombre de *trabucaires*. A creerlos, nosotros huimos siem»pre y somos constantemente derrotados. Si se quieren contar en vis»ta de sus boletines oficiales nuestros muertos, nuestros heridos, »nuestros prisioneros, la suma seria espantosa. En desquite, ocultan »siempre con cuidado nuestros progresos siempre crecientes: la toma del »fuerte de la Bisbal, la del de Cabra, la última derrota del general »Paredes, que nos ha dejado en su huida 150 hombres, su propio ca-

»ballo, etc. Mi pluma de soldado se niega á escribir los nombres de »los gefes isabelinos que deben sus grados á noticias tan falsas como »despreciables. Pero estos mismos gefes no podrán negar que mis vo»luntarios han quitado las armas que llevan á sus soldados; que para »combatir *las bandas insignificantes de trabucaires* el gobierno de Ma»drid se ha visto precisado á enviar á Cataluña 50,000 hombres de tro»pas escogidas y la nata de sus generales. Ademas, y este hecho es hu»millante para nuestros enemigos y concluyente para la Europa, ¿por »qué ese gobierno implora el concurso de Portugal y le pide 8,000 »hombres?

»En cuanto al odioso epiteto de trabucaires con que nuestros ene»migos nos disfrazan, una simple reflexion bastaria para justificarnos. »Mis 6,000 voluntarios no podrian combatir y vencer frecuentemente »á 50,000 hombres de tropas, sin el concurso espontáneo y poderoso »de la Cataluña. Tan desigual lucha se hubiera concluido, sino tuvié»semos las simpatías de sus nobles poblaciones; asi, pues, si la tenemos »es porque somos dignos.

»La Cataluña está cansada de los actos arbitrarios del gobierno de »Madrid, de su odioso sistema de corrupcion. Este yugo vergonzoso es »lo que quiere sacudir. En cuanto á mis voluntarios, la mayor parte son »sus hijos; y ella está arrogante de su conducta, y arrogante sobre to»do de su fidelidad y valor.

Los gefes de las tropas enemigas no les rehusan estas cualidades, »pero es poco comun. La mayor parte de estos gefes no tienen mas »que un objeto, avanzar en su carrera adulando al gobierno de Ma»drid. El coronel Rios que manda la columna de Olot, se distingue »entre ellos; sin embargo, si estuviera á mis órdenes, yo le habria »llevado muchas veces ante un consejo de guerra por su impericia »y la exajeracion de sus noticias. Sin duda quiere imitar al gefe de »la columna del Ripoll; que despues de haber sido batido y encer»rado con todos sus soldados en la villa de Lilles, obtuvo por me»dio de un parte falso el grado de coronel. Me hace recordar esto la »prostitucion militar. Pero la pesadilla del gobierno de Madrid, es la »fusion carlo-progresista. La desgracia ha aproximado siempre á los »compatriotas, que se veian igualmente encarcelados, deportados, fu»silados por los tiranos que la astucia, la corrupcion y el terror solo »mantenian en el poder. Añadamos que el conde de Montemolin en »su manifiesto del 14 de setiembre de 1846, nos ha recomendado el »olvido de lo pasado, la reconciliacion. «*Nada de partidos*, ha dicho; »*todos somos españoles*.» Despues de esta época, solo miramos como »enemigos á los que nos combaten con las armas en la mano, y re»cibimos con placer en nuestras filas á todos los progresistas que, »privados como nosotros del derecho de la discusion, han recurrido »al derecho de la insurreccion para derribar á nuestro comun enemi»go. Yo debo confesar que su valor y su conducta son dignos.

Digitized by Google

»Relativamente á los prisioneros, tantos como los enemigos fusilan »de los nuestros ó los deportan á las islas Filipinas, yo he devuelto »hasta el dia los suyos, escepto los oficiales que son tratados tan bien »como mi posicion y las precauciones de la guerra lo permiten. Voy »á proponer al general Córdova el canje de nuestros prisioneros. Es»peremos, y él aceptará. En todo caso no seré responsable ante la »Europa de las consecuencias de su negativa. En cuanto á los últimos »asesinatos del general Villalonga, la nacion no está aun humillada. »Ah! si mi deber no me detuviese en esta fiel provincia, iria allí á »recordar á este mónstruo las leyes de la humanidad. Esperemos!

»Mis graves ocupaciones me impedirán quizá refutar las calum»nias de mis enemigos, que todos nosotros despreciamos. Por lo de»mas, no puedo mas que repetir; porque mi sistema no cambiará. »Fuerte en mi conciencia, con el honor de mis soldados, con el po»deroso concurso de esta provincia leal y generosa, proseguiré la de»fensa de mi legítimo rey y de la independencia de mi muy amada pa»tria. Contribuir á su triunfo es toda mi ambicion.

»Recibid, etc.

»Cubells 5 de noviembre de 1848.

»Firmado.—Cabrera.
»*Conde de Morella.*»

En la noche del 1.° entraron en la villa de Moncada, cabeza de partido judicial, á una hora de Valencia. A pesar de haber sorprendido al juez de primera instancia, nada le dijeron, y se llevaron algun dinero y á un preso de las cárceles de la villa. Los espedicionarios eran unos 130. Esto era sumamente significativo, y revelaba que todos los terribles esfuerzos de Villalonga no bastaban para el esterminio de los muchos carlistas de este reino.

Todas las partidas carlistas que se hallaban cerca de la capital, seguian sin abandonar su puesto y aumentando sus filas.

Las partidas centralistas continuaban en la tierra de Engra y sus cercanías, y ningun encuentro de importancia tuvieron con las tropas hasta entonces.

Al entrar los carlistas en la importante poblacion de Segorbe, no fueron hostilizados por los vecinos, y se llevaron 25 uniformes de la guardia civil. Los invasores eran 300 infantes y 50 caballos al mando de don Ramon Flores y don Ramon Gayeta, coroneles. Unos 250 infantes y 26 caballos invadian al mismo tiempo los pueblos de Botera, Pedrosa y Moncada, en cuyo último punto se presentaron á las diez de la noche, permaneciendo hasta las diez del otro dia. Pidieron 4,000 reales al ayuntamiento, de los que se les entregaron 3200, y varias prendas y raciones que pagaron.

Villalonga, capitan general de estos puntos, trataba de acabar de

Digitized by Google

una vez con los enemigos, sin reparar en los medios; y al efecto mandó arrancar las patatas sembradas en las tierras de los pueblos situados á la orilla del Ebro que comprende el distrito de su mando, cojer los higos que hubieren las higueras, y retirar todo el grano y las legumbres que existieran en ellos, para que los carlistas no halláran asi víveres con que mantenerse.

Ya habia sido por este tiempo alcanzada en Bejí la partida de Arnau por las columnas de los comandantes Elorriaga é Izquierdo, que la causaron cinco muertos, varios heridos, un prisionero, y cogieron bastantes armas.

La de Gamundi fué perseguida por la columna de Aragon del coronel Gispert, cogiéndoles cinco bagages y varias armas.

Y por último, la columna del comandante de Saboya don Sebastian Garnica, hizo prisioneros en 29 del anterior desde Fontanete á Mosqueruela, al teniente coronel don Claudio Ramos, y mató al montemolinista don Joaquin Maria Ortega, gefe de la partida entrada últimamente procedente de Cataluña; al comisario don Joaquin Cazorla y otros dos que se decian empleados de hacienda, cogiéndoles tres caballos y algunas armas.

Las partidas reunidas que habian hecho una escursion por las inmediaciones de Teruel se concentraron hácia el Maestrazgo. Una de ellas trató de caer sobre una numerosa cuerda de presos políticos y no políticos que marchaba á Valencia; pero habiéndose reforzado la partida que los conducia con otra que salió con este objeto, resolvieron las dos fuerzas unidas atacar al enemigo en unas masias ó cortijos de las inmediaciones de Mosqueruela, consiguiendo matar á tres y hacer prisionero á un titulado capitan que fué fusilado en dicho pueblo.

En la madrugada del 7, el brigadier D. Juan Cabañero con una columna compuesta de la primera compañía de cazadores del regimiento de la Reina Gobernadora, primera de granaderos del de Vitoria, una seccion del regimiento caballería de Lusitania y ocho guardias civiles, batió y dispersó en el barranco de Valdelpuente, término de Maelta (Valencia) á las partidas de Gamundi, Montanés, Pila y Viñales reunidas. El resultado fueron 12 muertos vistos, varios heridos, todos los bagajes, varias armas, morrales y mantas, y hacer dos prisioneros, el capitan montemolinista D. Vicente Sepúlveda y Serafin Suñé.

Lo mismo que en el reino de Valencia, progresaban los montemolinistas en el Maestrazgo.

El 8, la partida de Rafelet de Cherta, llamada compañía de Cherta por ser casi toda de hijos de este pueblo, tuvo un encuentro con otra compañía de tropa, cerca de Alfara, del que resultó un soldado muerto de esta última, entrando la misma en retirada en Cherta, de donde salió con direccion á Tortosa.

El 9 al anochecer volvió Basquetas con su gente sobre el Perelló, y se tiroteó con la guarnicion del fuerte. Sabido en Tortosa, salió hácia

allí una compañía con los *Salinés*, especie de miqueletes alistados hacia poco para el resguardo de las Salinas, á las que ya no podian ir.

Las disposiciones que Villalonga dictára para esterminar los montemolinistas, comenzaron á perjudicar de una manera dolorosa al comercio, á la agricultura y á todos los intereses creados. El primero se hallaba enteramente paralizado por no permitirse la navegacion por el Ebro, y los 600 ó 700 matriculados en la comandancia marítima de Tortosa se hallaban sin poderse ganar la subsistencia.

Otro tanto sucedia con los labradores de la derecha del Ebro, á quienes se les obligó á abandonar sus haciendas y tapiar las casas en que habitaban, teniendo que retirarse á la ciudad ó á los arrabales, abandonando así sus masías.

Esto, sin embargo, merodeaban impunemente los montemolinistas por todo el pais, como hemos visto, y Raga, uno de sus gefes, era dueño desde mediados de agosto de las salinas, y sin duda tendria que darle la empresa algunos duros por cada uno de los barcos que se permitia ir allí á cargar.

El sistema que emprendia Villalonga no podia menos de producir lisonjeros resultados en beneficio de la paz: acabaria en efecto la guerra, pero no por las armas y conquistando el laurel de la victoria. El medio que adoptaba hacia padecer tanto á los amigos como á los enemigos; y aunque disculpariamos sus enérgicas providencias si hubieran de tener lugar seis ú ocho dias, no hallamos razon para prolongar tan doloroso estado, que habia de irrogar perjuicios sin cuento é indemnizables.

La provincia de Valencia seguia invadida de montemolinistas. El 9 estuvieron varias partidas en Chiva y otros pueblos, llegando hasta Torrente que dista una hora de Valencia.

En Liria fueron fusilados cinco montemolinistas, en Buñol dos ó tres que fueron cogidos en una cueva, á los que al parecer se atribuia la muerte de un soldado. Aquellos tomaron represalias fusilando tres de los prisioneros de la accion de Alberique.

El mismo 9 á las cinco de la mañana, fué invadida la villa de Benaguacil por los montemolinistas en número de 100 hombres, mandados por Santes y Esteve.

El alcalde y varios regidores fueron sorprendidos en sus casas. Inmediatamente publicaron un bando para que todo vecino que tuviera caballos y armas las presentára bajo el término de media hora y pena de la vida en la plaza, en donde habia una corta fuerza, pues la demas estaba situada en el Calvario, y tomadas todas las entradas y avenidas del pueblo, para que ningun vecino pudiera salir.

El ronco sonido de la corneta del alguacil despertó á todos los moradores, que no pudieron menos de obedecer el bando é ir inmediatamente á la plaza á hacer la entrega de los caballos. Se reunieron unós

50, y asi que los sacaron fuera se llevaron 20 de los mejores, y desecharon los demas por flojos.

Ocuparon unos 1200 rs. poco mas ó menos, con los que pagaron los cigarros y el pan que necesitaron.

En las tres horas que permanecieron no incomodaron por opiniones á ningun vecino. Sobre las ocho tomaron la direccion del camino de Villa-Marchante.

Los montemolinistas en pocos dias bajaron de las sierras á estas hermosas llanuras dos veces, y sin llevar caballeria: en esta incursion se proveyeron de caballos.

Los resultados que hasta entonces iba obteniendo Villalonga era la presentacion de algunos dispersos que se sometian á indulto, como lo hicieron el 12 un coronel, dos comandantes, cinco capitanes, tres subalternos y 15 individuos de tropa, contándose entre ellos Pellicer. En Benasal, Castellon y otros puntos, tambien se presentaron algunos; pues todo el que no fuera unido á grandes fuerzas que pudieran invadir los pueblos, perecia irremisiblemente, por no hallar el menor recurso en los campos, pues se llegaba á castigar á los jornaleros que sacaban al campo donde iban á trabajar, mas que su racion.

La presentacion de mas importancia que tuvo lugar á la sazon fué la del hermano político de Cabrera, el mariscal de campo Arnau, sometido á indulto en la villa de Alcalá de la Selva el 19 de octubre. Este suceso y la gran enfermedad que estaba sufriendo Forcadell escondido en una cueva, desconcertaron muy mucho las partidas del Maestrazgo y Valencia. Forcadell, especialmente, ha sido siempre uno de los guerrilleros mas valientes y de mayor prestigio, é infatigable siempre en defender la causa que le hace ahora comer el pan de la emigracion, sin embargo de haberse anunciado hace un año su muerte de un modo oficial, anunciando que habia sido apresada la caritativa muger que le llevaba las medicinas á su escondrijo.

Tambien se presentó á indulto el cabecilla Meseguer y 64 individuos mas, verificándolo con las armas la mayor parte.

En reemplazo de Forcadell y Arnau quedaban Gamundi y Montanés, los cuales, corriéndose osadamente hácia la parte de Castilla, penetraron el 21 en Molina, provincia de Guadalajara, y en la ciudad de Borja despues.

De doce á una penetraron en Molina, y la corta fuerza que habia de la guardia civil, en union con los empleados de todas clases, dependientes del gobierno civil y juzgado de primera instancia, rompió un vivo fuego contra los montemolinistas, por disposicion del comandante militar, de acuerdo con las demas autoridades, hostilizando á aquellos desde el recinto esterior de la fortificacion.

Exijieron los montemolinistas 3,000 rs. y algunas arrobas de vino al ayuntamiento; y despues de descansar dos horas en la poblacion, se retiraron tranquilamente hácia Balsalobre. A este tiempo se presentó

por el camino de Aragon una columna de infantería de San Fernando con algunos caballos, é incorporándose con los guardias civiles, marcharon todos á alcanzar al enemigo.

No tenia la misma suerte que Gamundi y Montanés el partidario Rubio, á quien se refiére la siguiente comunicacion en que el coronel D. Marcelino Alvarez, gefe de la columna de Buñol, que derrotó completamente la naciente partida de Zarra, mandada por el precitado Rubio, desde el pueblo de Latoz, dice con fecha 20 al general segundo cabo lo que sigue:

«Excmo. Sr.: Sabedor, que la faccion del cabecilla Rubio, aumen»tada al número de 60 ó 70 hombres, habia llegado á este pueblo an»tes del amanecer de hoy, á la carrera me dirijí sobre él consiguiendo »alcanzarlos formados dentro de la poblacion en donde fueron carga»dos á la bayoneta, despreciando el fuego que nos hacian. Hasta aho»ra los muertos vistos dentro del pueblo y sus inmediaciones pasan »de 20; se les han cogido bastantes armas, la única corneta que lleva»ban, ademas de las mantas y otros efectos. Tan señalada victoria nos »ha costado tres heridos de S. Marcial, otro de la guardia civil, ade»mas de algunos contusos, que yo sepa hasta ahora, que es la una de la »tarde, pues la persecucion todavia continúa, y considero esta gavilla »acabada con tan severa leccion. Despues que reuna todos los datos, »tendré el honor de dar el parte detallado, no siendo justo termine esta »sin manifestar á V. que el sufrimiento y bizarria de los señores oficia»les é individuos que componen esta columna de mi mando esceden »á todo elogio, y son dignos, si V. me autoriza, de ser propuestos para »las recompensas que les correspondan, cuando menos á los heridos, y »aquellos á quienes su buena suerte les puso en puntos en que mas pu»dieron distinguirse.»

Igual suerte tuvo la partida centralista que se levantó en Borja, que quedó disuelta, habiendo caido en poder de la columna del teniente coronel graduado don Lorenzo de Uzelay, capitan del regimiento de Estremadura, 29 lanzas con sus correspondientes portaregatones y banderolas, 13 armas de fuego, 24 caparazones blancos, 23 casaquillas, 20 sables de caballería, 43 morriones y dos cajas de municion.

Al mismo tiempo que eran derrotadas unas partidas, se levantaban otras como para ocupar el vacío y vengar la muerte de sus compañeros.

En Andalucía, en Alicante, en Valencia, en Aragon, en Castilla, en todas partes aparecian nuevos prosélitos, que aclamaban unos á Montemolin y la junta central otros.

La fuerza que se levantó en Ejea de los Caballeros comenzó por desarmar un destacamento de 40 hombres. Dos compañías de infantería y alguna caballería salieron de Zaragoza á perseguirla. En esta provincia seguian merodeando, aunque vivamente perseguidos, los republicanos Cruz y Beverté.

Raga, que continuaba dueño de las salinas, sorprendió el 25 por la mañana en el punto conocido por el *Seigallo*, inmediato á la Amposta, á la guarnicion de este pueblo, compuesta de 50 soldados de San Fernando, dos oficiales y cinco ó seis caballos, al mando de Reverté, comandante de armas de Uldecona. Rindiéronse todos á discrecion, y fueron puestos en libertad al cabo de dos horas, dejando en poder del enemigo todo el armamento. Reverté y los caballos á escape, fueron á refugiarse á Amposta. En los pocos disparos que hicieron los montemolinistas, resultó un soldado herido. A la partida de que disponia Raga se le unieron otras que acababan de pasar el Ebro.

La izquierda de este rio estaba cubierta de partidas insurgentes, pero se facilitaban de tal modo el paso del Ebro, que combinaban sus movimientos y los ejecutaban con asombrosa rapidez. En vano se mandaba retirar toda la madera de una y otra orilla del rio, y eran agujereadas las embarcaciones menores y las *llangás* recogidas á la ribera; nada de esto era obstáculo.

Las fuerzas del Maestrazgo se fueron dividiendo en pequeñas partidas para eludir la persecucion fácil en algunos puntos, como donde se acampaba Raga, cuyo terreno le formaban prados pantanosos; difícil en otros, como en las masadas de la Vegatilla, término de Cevillay, por ejemplo, donde la columna del mando de Gispert cayó sobre la de Gamundi y Montanés, dispersándola, si bien se unieron luego en cuatro grupos que fueron perseguidos. Los montemolinistas tuvieron de pérdida cuatro muertos, dos de ellos oficiales, seis heridos, bagajes, 34 armas de fuego y diez sables, sin pérdida alguna por parte de las tropas segun el parte.

Por este tiempo hubo presentaciones de importancia, no tanto por su número, sin embargo de ser 17, como por ser toda la partida de Santés, incluso este (1).

Un inesperado suceso vino á complicar de nuevo la situacion del gobierno y del pais. El hecho de que vamos á ocuparnos pudo tener grave trascendencia por el carácter que tomó en los primeros momentos; pero fuese la impericia del gefe, ó su mala estrella, sus intentos acabaron con su vida.

(1) En la siguiente lista se espresan su grado, el pueblo de su naturaleza, su procedencia, y el punto donde residirán en lo sucesivo.

Segundo comandante, D. José Santes, vecino de Liria: pertenenciente á la faccion de Rio-Blanco: se presentó en Andilla el dia 27 de octubre: va á fijar su residencia á Madrid: fué estudiante. (Era gefe de la faccion de Rio-Blanco.)

Segundo comandante, D. Simon Santes, vecino de Liria: perteneciente á la misma de Rio-Blanco: se presentó en Andilla el 27: va á fijar su residencia á Valencia: de oficio labrador. (Padre del anterior.)

Teniente graduado, subteniente, D. Gregorio Santes, vecino de Liria: perteneciente á la faccion de Rio-Blanco: va á fijar su residencia á Madrid: fué estudiante. (Hijo del anterior.)

Capitan, D. Juan Vicente Gutierrez, vecino de Madrid: perteneciente á la faccion

El 27 de octubre recibió el gefe político de Huesca un parte oficial del levantamiento de una partida centralista en las Cinco Villas, al mando de don Manuel Abad, que se titulaba comandante general de aquella provincia, y del ejército libertador.

El 28 supo por la mañana que los centralistas habian llegado á Murillo y Santa Eulalia de Gállego, desde cuyo punto se dirigieron á la populosa villa de Ayerve, distante poco mas de cinco horas de Huesca. Alli permanecieron hasta las once del dia, durante cuya permanencia se racionaron de pan y vino y dieron el grito de libertad. A nadie molestaron en lo mas mínimo; se les incorporaron 14 mozos, entre ellos algunos de familias distinguidas, un oficial retirado y un abogado de la poblacion. Mas tarde se marcharon con el mayor órden, sin que hicieran mas exacciones que la racion y una requisa de todos los caballos.

Se dirigieron á la villa de Bolea y Loharre, situadas en la falda de la sierra.

La fuerza se componia de 200 hombres de infantería y 40 caballos,

de Santes: va á fijar su residencia á Madrid: de oficio dorador. (Procedente de la faccion del 33.)

Subteniente, D. Francisco Herrans, vecino de Francia: perteneciente á la facion de Santes: su residencia en Ubeda; de oficio labrador. (Procedente de la faccion del 33.)

Subteniente, D. Cesareo Pozuelo, vecino de Francia: perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia á Pozo-Blanco: de oficio labrador. (Procedente de la faccion del 33.)

Soldado, Blas Martinez, vecino de Francia; perteneciente á la faccion de Santes) va á fijar su residencia á Moncada, de oficio labrador. (Procedente de la faccion del 33.

Soldado, Agustin Granell, vecino de Francia: perteneciente á la facion de Santes: va á fijar su residencia en Alcira; de oficio labrador. (Procedente de la faccion del 33.)

Soldado, José Sarguera, vecino de Canals: pertenecientes á la faccion de Santes. va á fijar su residencia en Canals de oficio labrador. (Procedente de la faccion del 33.)

Soldado, José Pineda, vecino de Riolá: perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia en Canals de oficio labrador. (No perteneció.)

Sargento primero, Bautista Ferrer, vecino de Valencia, perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia á Valencia, de oficio capacero. (Procedente de la faccion del 33.)

Soldado, Antonio Llopis, vecino del Mas del Casinos, perteneciente á la parte de Santes; va á fijar su residencia al Villar del Arzobispo: de oficio herrero. (Procedente de la faccion del 33.)

Soldado Vicente Verdú: vecino de Ibi, perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia á Ibi: de oficio labrador. (No perteneció.)

Soldado, Ramon Tomás, vecino de Villar; perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia al Villar: de oficio labrador. (No perteneció.)

Soldado Vicente Marco, vecino de Masanasa, perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia al pueblo de Valbona: de oficio labrador. (No perteneció).

Sargento primero graduado, Segundo José Armengós, vecino de Espadilla: perteneciente á la faccion de Santes: va á fijar su residencia en Espadilla: de oficio sastre. (Procedente de la faccion del 33.)

Subteniente graduado, sargento primero don Giliberto Gonzalez, vecino de Segorbe: perteneciente á la faccion de Santes: va fijar su residencia á Valencia: fué estudiante. (Procedente de la faccion del 33).

casi todos ellos procedentes de Cinco Villas; donde se dió el grito.

Al medio dia salió en persecucion de los centralistas el señor comandante de la guardia civil con los individuos de su arma, y unos pocos soldados que habia en Huesca, que al todo serian 90 hombres. D. Manuel Abad, gefe de los centralistas, era un jóven bizarro, que en la última guerra causó con sus rasgos de valentia centenares de bajas á los carlistas de Cataluña, habiéndose distinguido en tanto grado, que el general Van-Halen mandó erijir en su honor un monumento que perpetuase la memoria de tan intrépido oficial en el campo mismo donde dió una brillante accion.

No era como algunos lo querian suponer jóven atolondrado y valiente sin prudencia, pues profesaba y tenia muy arraigada la conveniente y famosa máxima de Napoleon, de que el militar debe meditar con cordura y ejecutar con denuedo. Era ademas un hombre jovial, de buen humor, y apreciado entre los que le conocian por su nobleza de corazon; y como hijo de Huesca, en cuya universidad hizo sus estudios, no dejaba de gozar de prestigio entre sus amigos.

Los hombres que mandaba, iban vestidos de paisano, como cuando salieron de sus casas, pero muy bien armados, y con algunas cargas de fusiles. Con este motivo pasaron las autoridades toda la noche en vigilancia, retirando los papeles y efectos de las oficinas al convento de monjas de Santa Clara

Cuando creíase en Huesca que las columnas que el dia 28 y 29 habian salido de esta capital al mando del comandante general y capitan Pano, de la guardia civil, compuesta de ambas armas la primera, y de infantería únicamente la segunda, batirian á las pocas horas á los centralistas, y se esperaba de un momento á otro el resultado del encuentro y choque que se daba por seguro, despertaron los habitantes en la mañana del 20 en medio del mayor sobresalto, porque principió á circular la noticia de que los centralistas estaban extra-muros de la ciudad, y habian tomado las salidas de la misma.

Todos se agitaron: unos ocultaron armas, otros se dirigian á varios puntos para averiguar la certeza de la noticia, y no pocos creian una pura farsa, y la mayor parte de cuanto se aseguraba sobre el particular, pues imposible parecia de todo punto, que al paso que dos columnas perseguian tan de cerca á los centralistas, pudiesen estos aproximarse á la ciudad. Pero fué cediendo la incredulidad á medida que observaban que las autoridades y los oficinistas se apresuraban á encerrarse en el convento de Santa Clara, llevando los fondos, papeles, armas, etc.

Los centralistas eran efectivamente los que se hallaban en las puertas de la ciudad. Al poco rato, que serian como las ocho y media, se oyó el estrépito de la caballería que á todo escape entraba por la calle de San Martin, cuya puerta derribaron para facilitar el paso.

Se posesionaron de toda la poblacion, estando en ella hasta las

Digitized by Google

doce y media, sin que durante su permanencia cometiesen el menor atropello ni descalabro en personas ni cosas.

Mientras que la fuerza guardaba las avenidas del convento de Santa Clara, donde se hallaban las autoridades, el gefe de los centralistas, D. Manuel Abad, se presentó al ayuntamiento que celebraba sesion permanente, al que manifestó que su mision era de paz, y que, llegado el momento de darse el grito de libertad en España, solo deseaba que se le proporcionasen dinero y alpargatas. El ayuntamiento espuso desde luego las graves dificultades que ofrecia el reunir la suma de 40,000 rs. vn. que pedia, y solamente se llevó 6,000 procedentes de la recaudacion de consumos, aunque ofreció el gefe centralista volver dentro de pocos dias á buscar la restante cantidad.

Se publicó un bando para que todos presentasen los caballos y armas que tuviesen: asi se practicó, y á la hora citada dejó la ciudad el gefe centralista con todas sus fuerzas, aumentándolas con unos cien hombres, entre los que voluntariamente se le agregaron algunos quintos que habia por la poblacion, y los presos de la cárcel á quienes puso en libertad.

No se cometió ningun esceso por parte de los centralistas que entraron en la ciudad en número de 60 infantes y 40 caballos, y se marcharon con el mayor órden sin haber dado otros vivas que á la libertad. Su direccion fué hácia Barbastro; el comandante general pasó por las inmediaciones de esta ciudad á las cinco de la tarde con 66 caballos.

Al anochecer del 30 llegaron al pueblo de Siétano, distante tres horas de Huesca: los centralistas, rendidos de la fatiga y cansancio consiguientes á su larga y precipitada marcha de la noche anterior, y no siéndoles posible, por esta causa, pasar mas adelante, fueron alcanzados por las tropas de infantería y caballería que habia reunido el comandante general, quien despues de haber rodeado el pueblo con los soldados de la segunda arma, mandó que la infantería hiciese una descarga al enemigo, que le correspondió con otra, acto continuo.

Inmediatamente los centralistas cometieron el desacierto de encerrarse en la iglesia y en las casas á ella contiguas, y despues de un largo y nutrido fuego por ambas partes, y supuesto que la oscuridad de la noche hacia inútiles los disparos, no menos que la horrorosa tempestad que sobrevino, hubo largo rato de armisticio, hasta que, llegado el dia y reforzadas las filas mandadas por el comandante general, se reprodujo con mayor ardor el combate, cuyo mortífero y sostenido fuego duró hasta las seis de la tarde, conduciéndose ambos combatientes con una serenidad asombrosa, y con una bizarría sin igual.

El término de tan reñida acion dió el resultado que necesariamente debia de producir, atendido el aislamiento de los sitiados en la

Digitized by Google

iglesia sin esperanza alguna de socorro, la escasez de municiones de guerra, la inutilidad de sus armas, pues su mayor número la componian escopetas de caza, la privacion de alimentos con que socorrer sus necesidades, la falta de organizacion y disciplina, como fuerza compuesta en su totalidad de jóvenes inespertos, muchachos visoños pertenecientes á la clase de paisanos, algunos de los cuales habian principiado el dia anterior su triste y prontamente concluida carrera; y por último, la superioridad de fuerzas de los sitiadores, y la sumision y respeto con que obedecian la voz de su gefe. Asi es que los centralistas, acosados por el empuje de tantas y tan desfavorables circunstancias como agravaban su amarga situacion, hasta rayar en lo imposible, el propósito de mantenerse firmes por mas tiempo, y mas que todo la defeccion cometida por uno á quien se le habia encargado la defensa de una casa, cuyo punto era del mayor interés é importancia, se vieron en la dura precision de entregarse á la generosidad de su competidor, que de antemano habia levantado barricadas en las bocas-calles para que nadie pudiera fugarse, á escepcion de una que dejó espedita, y sobre la cual cargó con el grueso de sus fuerzas.

Todos, pues, incluso D. Manuel Abad, que hacia de comandante, se rindieron á discrecion, y la partida centralista dejó de existir completamente, habiéndose restablecido en su totalidad en la provinla calma y el órden público que por momentos fué alterado.

Poco despues presentaba Huesca el cuadro mas triste y aflictivo que pueden ofrecer nuestras intestinas y lamentables discordias.

Con rostro demudado, espíritu abatido y el mas intenso dolor se vió entrar por las calles de la poblacion, y entre filas de soldados los 201 prisioneros de que constaba el número de centralistas que se hicieron fuertes en la iglesia de Siétano, y á su cabeza formaba el desgraciado D. Manuel Abad que no se veria fácilmente reducido á tan fatal situacion si los hombres á quienes mandaba hubieran sido dóciles á la determinacion, que segun se asegura, quiso tomar, arrojándose sobre las tropas antes que rendirse.

Tambien parece que con pistola en mano trató de suicidarse cuando se vió perdido, y no se lo permitieron algunos de sus compañeros de infortunio, y se ha afirmado que luego que se encontró en poder de las tropas vencidas, suplicó á su gefe que pusiera prontamente término á su vida con tal que diera la libertad á los súbditos, pues que tal era su deber, y asi lo exigia su delicadeza.

Para custodia de estos infelices se destinó el cuartel que antes ocupaba el presidio, cuyo local ofrecia comodidad y ventilacion, á escepcion de siete ú ocho de los que mas figuraban en la sublevacion, que fueron conducidos á las cárceles públicas, y entre ellos el titulado comandante D. Manuel Abad.

El 3 llegó por la diligencia un oficial enviado de Zaragoza por el

Digitized by Google

capitan general, con encargo de desempeñar las funciones de fiscal en la causa que con toda rapidez se empezó á sustanciar.

Comenzó sus tareas á las tres de la tarde sin abandonarlas en toda la noche, recibiendo declaraciones á los que suponian principales gefes de la rebelion; el 4 continuó sin levantar mano, y á las seis se reunió el consejo de guerra de señores oficiales.

La infeliz y desgraciada madre de D. Manuel Abad recurrió al júez de primera instancia, solicitando por medio de pedimento, y á nombre de su hijo, que se sirviese reclamar del consejo de guerra el conocimiento de la causa, por corresponder al tribunal civil ordinario, supuesto que la rebelion estalló con anterioridad al bando del capitan general, declarando en estado de sitio el partido judicial en que se levantó la bandera, y pertenecian los sublevados á la clase de paisanos.

Para que se suspendiera la ejecucion de la sentencia, caso de imponerse pena capital á alguno de los procesados, se recurrió (ademas de acudir á Madrid el padre de Abad) al capitan general, solicitando esta gracia, hasta que S. M. se dignase resolver lo que fuere de su real agrado. En esta cuestion de humanidad tomaron parte todo lo mas notable de la poblacion, el ayuntamiento, cabildo de la santa iglesia catedral, gefe político y las personas mas distinguidas, rivalizando todos en buenos deseos y en la práctica de diligencias para evitar la efusion de sangre.

En tanto que el consejo fallaba, la ciudad representaba el aspecto de un verdadero campo de batalla. Toda la tropa estaba sobre las armas, la caballería transitando por las calles, con sable en mano los ginetes, y todo indicando la proximidad del fusilamiento de siete desgraciados, á quienes el consejo de guerra habia condenado á la pena de ser pasados por las armas á las once y media de la noche del sábado 6. Estos eran los sugetos siguientes: D. Manuel Abad de Huesca, D. Saturnino Arrizabalaga, D. Saturnino Dehesa, D. Mariano Dehesa y D. Anselmo Perez Delgado, los caballeros D. Santos Castejon de Sadava y D. N. Velazquez, oficial escedente del cuerpo de carabineros.

A las siete y media de la mañana del siguiente dia á la noche en que se pronunció tan terrible sentencia, fue notificada á los en ella comprendidos. En el mismo acto se les puso en capilla, para lo cual estaban preparados los sacerdotes que habian de prestarles precipitadamente los auxilios espirituales.

Confesados que fueron, se les sacó de la cárcel y entre filas fueron conducidos al suplicio, atados del brazo unos á otros, y asociados á virtuosos sarcedotes, hasta que llegada la fúnebre comitiva á las llamadas *Eras de Cascaro*, inmediatas al edificio de la suprimida universidad y dentro de los muros de la ciudad, se puso término á la existencia de los reos, que tambien tuvieron la desgracia de padecer muchísimo por lo malamente que se hicieron las descargas, pues mas bien parecia un fuego graneado; de modo que hubo hombre á quien se le tiró por tres veces.

Entre aquellos desgraciados se distinguio muy particularmente D. Manuel Abad. Este bizarro jóven murió como valiente, como cristiano y como caballero. Valiente, porque en toda la carrera marchó con una serenidad imperturbable, saludando jovialmente á sus paisanos, recomendándoles la firmeza de sus opiniones políticas, y suplicando al comandante del piquete que le hiciese la gracia de permitirle mandar la descarga que habia de concluir con su vida, exigencia que no le fue concedida, como tampoco la de admitirle unos reales que pretendia regalar á los soldados que formaban el piquete.

Murió como cristiano, porque escuchando con el mayor agrado las evangélicas reflexiones del digno sacerdote que le auxiliaba, y asido fuertemente con una contricion dolorosa de la efigie de nuestro Divino Redentor, él mismo se ayudaba á bien morir, esplanando la máxima aquella, al tratar de lo que era el mundo, *vanitas vanitatis et omnia vanitas*. Al tiempo de arrodillarse para ser fusilado abrazó tiernamente al apreciable ungido del Señor, que era casualmente un amigo y condiscípulo suyo, á quien dijo que moria sin remordimientos, por haber vivido sin crímenes proposicion que sin duda habia leido en la historia de Juliano, pues era jóven de una instruccion mas que regular. Murió, por último, como un distinguido caballero, porque en todas sus declaraciones manifestó que no habia otro culpable en la rebelion que él, y que á nadie sino á él mismo debia quitársele, en su caso, la vida, cuya pena sufria muy gustoso, con tal de que se salvaran sus demas compañeros, por cuya consideracion habia resuelto rendirse; cosa que jamás habria hecho sino por afianzar la vida de sus compañeros de infortunio.

El oficial de carabineros tambien marchó al suplicio con sereno continente, su cigarro puro encendido en la boca, y despidiéndose de todos cuantos oficiales conocia, á quienes abrazaba con una ternura que acongojaba á todo el mundo.

Los demas salieron algun tanto abatidos, pensando únicamente, segun manifestaban, en sus esposas é hijos y en la eternidad á donde iban.

A los tres cuartos para las nueve, estaban sus almas en la eternidad. Los fusilamientos se ejecutaron mientras que la iglesia celebraba sus divinos oficios, y á los desgraciados reos no se les dió lugar para recibir el consuelo de amigos y parientes desde que fueron puestos en capilla hasta que se les quitó la vida, pues no trascurrió mas que una hora.

Tan horrible espectáculo, que llenó de consternacion y luto á toda la ciudad, solo fué presenciado por una porcion de noveleras mugeres, pues no asistió ninguna persona decente. Así es como murieron aquellos desgraciados, víctimas de las pasiones políticas.

No era de presumir que despues de los acontecimientos que tuvieron lugar en la provincia de Valencia en el verano anterior, permane-

Digitized by Google

ciese en ella D. Joaquin Sendra, conocido por el mayorazgo de Pego; pero ya estuviese oculto en alguno de los pueblos de aquel partido, en los que ejercia bastante influencia, ó ya viniera de Oran, como suponian algunos, ello es que el 26 volvió á alzarse contra el gobierno, al frente de unos 30 hombres, con cuyas fuerzas invadió los pueblos del marquesado de Albaidá y varios de la marina, haciendo prosélitos y protejiendo el alzamiento que promovia.

Las autoridades de Alicante, como era de suponer, redoblaron la vijilancia, reforzando la guarnicion del castillo de San Fernando, haciendo salieran de observacion los guarda-costas de esta division, y dando parte de todo al capitan general de Valencia, al gefe político de Murcia y al gobernador de la plaza de Cartajena.

Por la parte de la ribera de Valencia andaban algunas otras partidas, las cuales sin molestar á los pueblos, solo requisaban todas las armas y caballos que podian.

Una partida centralista al mando de don Lorenzo Carreras, natural de Castell, se habia apoderado del castillo de Gaudalest. Resuelto el comandante general de Alicante á posesionarse de la fortaleza, emprendió la marcha hácia ella al amanecer del 29, habiendo comunicado sus órdenes en tiempo oportuno á los comandantes de la columna el coronel don Joaquin Valcárcel, comandante del canton de Gandía, al teniente coronel primer comandante del primer batallon del regimiento del Infante don Joaquin Laso de la Vega, y al segundo capitan comandante de la guardia civil don Mateo Verges, para que circunvalasen el castillo hasta su llegada, que fué á las diez de la mañana, por haber hecho un rodeo para buscar un camino en el que con dificultad se tenian los caballos.

Hecho el reconocimiento acto contínuo, teniendo que pasar bajo sus fuegos, y al arranque de la posicion, vió lo inaccesible de ella por su eminencia, perfectamente escarpada, con sus obras poco vulnerables aun para la artillería, tanto por el poco blanco que presenta, como por su buena conservacion, y se creyó en el caso de no intentar nada formal hasta que la impericia de los enemigos proporcionase la ocasion: esta se presentó á las doce del dia, pues entretenido el enemigo con calor en repeler la compañía de cazadores del Infante, que insensiblemente hizo adelantar sobre la derecha del fuerte, consiguió llamar fuertemente la atencion sobre aquel punto, y el enemigo cayó en el lazo, pues que cuatro carabineros de una seccion mandada por el teniente con grado de capitan, don José Amador, que se habian arrojado á la puerta, escalaron un risco que por su prolongacion les proporcionó batirla de revés. Los que la defendian, sorprendidos de aquel fuego, se refugiaron á una torre contigua, y ya no hubo mas que abrir á toda costa, procurando callar los fuegos que de las casas inmediatas salian.

Cuando estos tomaban posesion de la puerta y hacian prisionera

la guardia, que tenia un muerto y un herido, el ayudante de campo don José García Velarde y el teniente graduado de capitan del Infante don Pedro de las Faces, con una cuarta, se unian á los carabineros, principiando el ataque de la plaza de armas, donde se replegaban los centralistas, defendiéndose desesperadamente en tres casas que fueron ocupadas á viva fuerza y con grandes pruebas de valor, consiguiendo la muerte y captura de los defensores. Mientras esto pasaba en aquel sitio, Carreras con tres ó cuatro probó la fuga, descolgándose por una cascada, á la que se dirijió una guerrilla de cazadores del Infante y una seccion de la guardia civil.

El malogrado subteniente don Manuel Ojeda salió al encuentro del primer fugitivo, que era don Lorenzo Carreras, y al caer sobre él con su espada, le disparó este un tiro que le concluyó la vida, quedando prisionero el matador por los guardias civiles, y los que le seguian por los cazadores. A este tiempo las tropas se mezclaban en todas las direcciones, y ya no habia roca por elevada que fuera donde no se viesen soldados aclamar á su reina, tomando completa posesion de aquel elevado castillo. Ordenadas las tropas en la plaza de Armas, hizo el comandante poner en capilla los 20 prisioneros que se habian entregado, y pasarlos por las armas tan pronto como estuviesen dispuestos espiritualmente, recogiendo 60 armas de fuego, 14 bayonetas, dos cajones de municiones y una caja de guerra, rescatando al comandante de armas de Altea, don Miguel Orozco, y al teniente de carabineros don Antonio Ozaeta, que habian sido sorprendidos por los rebeldes, los que fueron presos á Alicante y sujetos á la competente causa. La pérdida de los vencedores, aunque corta, fué sensible, pues ademas del subteniente Ojeda, soldado bizarro y virtuoso, fueron gravemente heridos el sargento primero de carabineros, Vicente Perez, y el soldado de la misma arma, Pedro Ferminali, habiendo sido ligeramente otros cuatro de los diversos cuerpos que allí se hallaban.

En los primeros dias de noviembre emprendieron varios movimientos las fuerzas isabelinas. Córdova que se hallaba en Cervera, salió de este punto con un brillante y numeroso estado mayor, y una fuerte columna de infantería, dirigiéndose á Guisona; Oribe partió para la provincia de Lérida, y otro cuerpo respetable de tropas marchó hácia la Planadella con el objeto de proteger las fortificaciones que se estaban construyendo en este pueblo.

Córdova al verificar esta marcha, tenia como principal mira y pensamiento el estudiar la fisonomía del pais que servia de teatro á las operaciones, crear nuevos medios de agresion y defensa, fundados en este conocimiento, utilizar y robustecer los existentes, apreciar las tendencias del espíritu público, á fin de darle una direccion conforme á su sistema de paz, recoger nuevos elementos para la aplicacion de un sistema económico y financiero, activar sobre todo los misteriosos tratos que habia entablado con algunos gefes montemolinistas; y en una pa-

labra, debilitar el nervio de la guerra, orillando ó aniquilando las causas que la sostenian.

Mostrábase esta de dia en dia mas poderosa y pujante, y los montemolinistas llevaban á cabo empresas dificiles con una audacia sorprendente. Habia en San Feliú un destacamento compuesto de nueve hombres, que dependia regularmente de las inmediatas órdenes del teniente don José Jáuregui, y que ahora obedecia las superiores del comandate de armas don Manuel Valcorva. Atacada esta escasa tropa el dia 4 por el montemolinista Posas, se replegó á la casa-fuerte y se defendió con noble y ejemplar denuedo, sin pensar en ceder, aunque el gefe enemigo mandó incendiar las puertas del edificio con botellas fulminantes. Convencidos los montemolinistas de la imposibilidad de rendir á unos hombres que apreciaban en menos su vida que su honor, se retiraron dejando sobre el campo un muerto y llevándose algunos heridos.

Con igual éxito y con la mayor intrepidez se arrojaron á la Pobla de Lillet el 11 las partidas montemolinistas de Borges, Boquica y Ramonet. Cayendo de repente y con impetuosidad sobre la casa-fuerte que ocupaba el destacamento, se apoderaron del principal tambor; pero á esto se limitaron sus progresos, pues el destacamento se defendió con tal bizarria que no les dejó avanzar un paso mas, y despues de dos horas de un fuego muy vivo, del que resultaron varios heridos, se retiraron los agresores.

Pretendian sobre todo los montemolinistas hacer sentir su ascendiente á los habitantes del Principado, y asi es que se lanzaban á las poblaciones considerables, sin que les retrajeran las columnas que continuaban su persecucion con perseverante actividad. Para realizar en todas sus partes este pensamiento dominante se apostaron Vilella y Masgoret en la carretera que conduce desde Barcelona á Villanueva, y detuvieron á los ómnibus que salian del primero de estos puntos, obligándoles á retroceder á la capital del Principado, y previniendo á los viajeros, bajo severas penas, que no salieran en lo sucesivo sin solicitar su permiso.

Mientras ocurria esto en el camino entraron 250 montemolinistas en Villanueva, se dirigieron á las casas consistoriales, exijieron las armas que tenian los vecinos y una considerable suma de dinero, y al cabo de una hora concedieron por escrito y en forma de pase, licencia á los carruages que estaban detenidos, quedando ellos en la poblacion, sin mostrar el menor recelo.

En tanto que en la provincia, y casi á las puertas de la populosa Barcelona, ostentaban los montemolinistas una seguridad tan inaudita, otras partidas de los mismos se enseñoreaban sin obstáculo de la provincia de Reus, moviéndose y ajitándose basta en los alrededores de esta capital, donde se habian reconcentrado algunas columnas con los generales Rodriguez y Alcalá Galiano, permaneciendo otras en Valls,

y Montblanch. Entre los gefes montemolinistas que á mediados de noviembre recorrian este territorio, merecen especial mencion Masgoret, que acaudillaba 500 hombres; Basquetas, que se hallaba á la cabeza de 400; Borges, que comandaba igual número; Rivas, que dirijia 300, y Pepó de Ginesta, que tenia bajo sus órdenes 150. Habia tambien el gefe republicano Baldrich al frente de 300 hombres. Todos estos partidarios invadian las poblaciones del llano, hacian pedidos de dineros y reclutaban incesantemente mozos.

Al propio tiempo que hacian estas escursiones venturosas, no olvidaban los medios de prevenir las eventualidades de la guerra, y fortificaban con gran conato y esmero la formidable posicion de Busa en la montaña.

A esta época deben referirse las defecciones de algunos gefes montemolinistas. El primero que dió el ejemplo fué D. Miguel Vila (a) Caletrus, que rompiendo todos sus precedentes y compromisos, se presentó á las autoridades de la reina, habiendo estipulado antes el reconocimiento del grado de comandante que tenia. Vila era un hombre vulgar, y su adhesion á la bandera isabelina tuvo poco eco entre los beligerantes, y apenas sirvió de pábulo á la hilaridad pública durante un par de dias; pero fué mas notado y sentido respectivamente el cambio inesperado del brigadier montemolinista don José Pons (a) Peb del Oli. Tenia este sugeto altas prendas de guerrillero y bastante consideracion en el pais, y habia acreditado con su sangre en la guerra pasada su aficion á los principios absolutistas y á la dinastía de don Cárlos. Se cree que un sentimiento de despecho, á vueltas de interesados cálculos, produjo esa metamorfósis en su posicion política. Refiérese en efecto con muchos visos de verdad, que Pons estaba resentido de Cabrera por no haberle querido nombrar este capitan general de Cataluña, y falto de paciencia para dar treguas á su enojo, lo desahogó de una manera estrepitosa. Tambien se dijo que Cabrera no confirió á Peb del Oli el destino que pretendia, porque creyó aparecer injusto dándole un título tan alto, y entre ellos tan considerado, cuando acababa de entrar de Francia, no habia por consiguiente contraido los méritos que los gefes de partidas que habian formado y consolidado ellos mismos á costa de fatigas, penalidades y contratiempos, añadiéndole para suavizar la respuesta, que reclutara y organizara gente, y marchando á su cabeza, se hiciera acreedor á la categoría que solictiba.

Pero Pons halló sin duda este medio lento ó incierto, y le pareció mas fácil y espedito agregarse á las filas de la reina, prévia la revalidacion de su grado de brigadier. Poco despues se le confió el mando de una columna, y al frente de ella persiguió con ardiente celo á sus antiguos compañeros de armas. Tambien Caletrus mandaba por este tiempor alguna fuerza isabelina.

Córdova que, como hemos dicho, deseaba llegar á la pacifi-

cacion del Principado por estas vias diplomáticas, debió agotar su ingenio y sus recursos para atraer á términos de avenencia al principal campeon de aquella lucha, al general en gefe montemolinista Cabrera. Se cree que se entablaron entre ambos caudillos pláticas de reconciliacion, pero no se sabe hasta qué punto se llevaron las negociaciones, aunque no debieron ir muy lejos, si se tiene en cuenta que Cabrera, reputado mas que por su buena estrella militar y sus dotes de gefe, por la firmeza de sus principios políticos y el temple de su carácter, no podia romper con su historia, ni destruir la fuerza moral de su posicion, sin colocarse en una deplorable evidencia ante la España y la Europa. Cabrera podria muy bien sucumbir con su causa bajo el rigor de las armas y el espíritu de la época, pero no debia contribuir en términos probables, ni al desquiciamiento de esta, ni al suicidio de su reputacion.

La esperiencia vino á desvanecer todas las conjeturas que pudieran haberse formado en sentido contrario, y á restablecer los quilates que en poder de la murmuracion hubiera perdido el prestigio del general montemolinista. La actividad y vigilancia le habian proporcionado triunfos imprevistos, y por estos dias tambien coronó la victoria sus constantes esfuerzos.

El brigadier Manzano era uno de los gefes de columna mas entendidos y resueltos. Infatigable en sus movimientos, seguia constantemente la huella de las partidas montemolinistas, y en muchas ocasiones habia desmembrado considerablemente sus filas. Las buenas prendas militares de este brigadier y el afortunado éxito de sus ataques, le hacian tan querido del soldado, como temido de sus enemigos, y por esto sin duda, se propuso Cabrera medir con él sus fuerzas. Saliendo de Suria el dia 15 echó por Cornet á Aviñó, donde se situó fuertemente y en aptitud amenazadora. Cuando Manzano que se hallaba en Artés, supo la posicion de Cabrera marchó directamente sobre él. Eran dispares las fuerzas que iban á trabar la accion; los montemolinistas formaban un cuerpo de 1,500 hombres, siendo escaso el número de ginetes; las tropas isabelinas consistian en 800 infantes y 40 caballos; tenian estos notables ventajas en organizacion, armamento y disciplina; aquellos se hallaban en posiciones escogidas y muy á propósito para sorpresas y estratagemas. La columna de la reina, tomando la iniciativa del combate, cargó con mucho ardor; pero el gefe montemolinista que no habia presentado al principio de la accion mas que algunas compañias de tiradores, arrojó de repente sobre los confiados isabelinos el resto de sus fuerzas, y fué tan violento el golpe de esta, tan brusca su aparicion, tan nutrido el fuego que hacian desde la cresta de una cordillera algunos centenares de montemolinistas que se presentaron alli como por encanto, y tan atronadora la grita y victoreo que se esparció por todas las filas de los soldados de Cabrera, que los de Manzano, creyéndose oprimidos por fuerzas enemigas y próximos á perecer envueltos, se desbandaron sin brújula alguna, y arrojando las armas caian en poder de sus enemigos

Digitized by Google

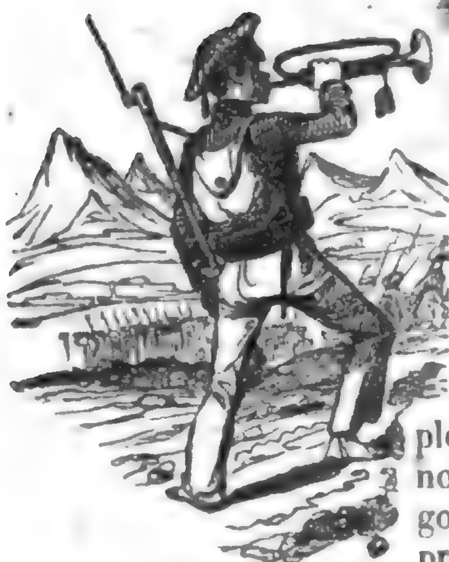
En vano el pundonoroso Manzano se esforzaba á rehacer su gente; en vano algunos granaderos sostuvieron en el centro todo el ímpetu de los enemigos, peleando como leones; en vano la caballería colocada á retaguardia quiso sostener á los infantes, porque la derrota estaba ya pronunciada, y todos los esfuerzos que se hacian solo sirvieron para engrandecerla. Manzano herido, fué hecho prisionero; los granaderos, estrechados por todas partes, tuvieron que rendirse y peones y ginetes, acometidos en su atropellada fuga, se entregaban á discrecion. Algunos soldados, no obstante, guiados por sus oficiales, y conservando en su retirada mucho órden y correcta formacion, lograron encerrarse en dos casas inmediatas, una de ellas denominada de Guardiola. Grande fué la pérdida de los isabelinos: veinte y tantos muertos, igual número de heridos, y mas de cuatrocientos prisioneros. Los restos de la columna, escepto los pocos que se acogieron á las dos casas mencionadas, dispersos por aquellos alrededores, se fueron presentando en la ciudad de Manresa, en cuyo distrito se habia dado la accion.

Este notable hecho de armas levantó en gran manera el poder de los montemolinistas, y pudo temerse por un momento que alucinados los catalanes por la prosperidad de esta bandera, se agitáran violentamente por defenderla, rompiendo la insurreccion en otros puntos y acrecentándose en su foco primitivo. Habian en efecto derrotado en pocos dias las columnas mas respetables de las destinadas á su persecucion, la que dirigia el coronel Boffil, muerto en el campo del honor, la que mandaba el general Paredes, comandante del distrito de Berga, y la que acaudillaba el brigadier Manzano, comandante del de Manresa. Por manera, que los puntos principales del Principado quedaban hasta cierto punto desguarnecidos, y los montemolinistas podian esparcirse como una ola desatada por todo aquel estenso y rico territorio.

Al recibir el gobierno la noticia del desastre ocurrido á la columna de Manzano, por conducto del señor Mata y Alós, separó á Córdova de la capitanía general del Principado, nombrando para reemplazarle al general D. Manuel de la Concha, marqués del Duero. Córdova no habia sido venturoso en su mision diplomática, y al querer sustituir su espada de general con el caduceo de negociador, no acertó á dar á las operaciones el impulso necesario para cercenar la fuerza de los montemolinistas. Cuando encargó del mando en gefe, los insurgentes estaban limitados á la defensiva: ahora tomaban muchas veces una ofensiva victoriosa.

CAPITULO VII.

Continúan las hostilidades en Cataluña.—Plan y recursos del nuevo capitan general.—Posas.—Alocucion de Cabrera.—Montemolinistas en Castilla.—Estado respectivo de los beligerantes.—Conclusion del año de 1848.



Cundia la alarma por todo el ámbito del Principado. Los montemolinistas engreidos por sus últimos triunfos, amenazaron de cerca hasta las grandes ciudades, y los habitantes de estas llegaron á temer dentro de su murado recinto. Parecerian infundados estos recelos si los hechos no hubieran venido á autorizarlos y el ejemplo de lo acontecido en Manresa y Mataró no hubiese suministrado un desengaño amargo á los que calculaban por su número la prepotencia de los montemolinistas.

A la hora de las siete de la tarde del 24 de noviembre, cuando los vecinos de Manresa reposaban de sus faenas diarias y se preparaban á gozar de las distracciones que en los pueblos de alguna consideracion proporciona una nebulosa noche de otoño, se vieron sorprendidos por la voz que empezó á circular repentinamente, de que los montemolinistas estaban á las puertas de la ciudad. Muchos no querian dar crédito á esta noticia, teniendo por fabuloso semejante rasgo de audacia; pero otros mas avisados ó mas previsores no lo creian dificil, despues de los últimos acontecimientos. En efecto, un grupo de montemolinistas á las órdenes de Tristany, habia penetrado en el arrabal de San Andres y detenia á todos

cuantos se dirijian á la ciudad. Prendieron á varios sugetos notables, y entre ellos al regidor Eloy, al hermano del regidor Valles, al hijo del concejal don José Bros, y otros dos vecinos, siendo uno de ellos yerno del opulento fabricante don Pablo Serrano. Cuando la familia de este último le vió en poder de los montemolinistas, empezó á gritar: ladrones!! «no somos *ladrones*, decian los invasores á los habitantes que corrian sobresaltados al escuchar aquella voz de alarma; *somos voluntarios realistas y defensores del rey Cárlos VI.* Y los gritos entusiastas de viva el rey, que partian de sus pechos, se confundian con los ecos marciales de la corneta que entonaba el himno de Riego. Al cabo de un largo rato, se marcharon sin que nadie les molestase, llevándose los tres primeros presos arriba mencionados, y concediendo libertad á los demas.

Pero no fue este el último límite de la audacia de los montemolinistas. Tan á salvo se creian de toda persecucion que volvieron á las ocho de la noche al arrabal de Manresa y estuvieron disparando tiros sueltos hasta las cuatro de la mañana.

Casi simultáneamente penetraron en la ciudad de Mataró, que dista cinco leguas de Barcelona y se comunica por un camino de hierro con la capital, y los habitantes de Vich se vieron amenazados por pasquines que una mano oculta fijaba en las esquinas, si accediendo á los deseos de las autoridades y del gobierno, llegaban á empuñar las armas. Podian sentir todo el efecto de estas amenazas, porque Vich, colocado bajo el principal cono de la guerra, por decirlo así, no tenia tan ventajosas condiciones de defensa como Manresa y Mataró.

Difícil era de calcular el resultado que debia producir esta intranquilidad de las poblaciones. Por de pronto todos los elementos de riquezas que huyendo de las aldeas y pueblos pequeños se refugiaban en éstos grandes centros de vida y de actividad, debian estenuarse al sentirse inseguros en estos puntos, y las contribuciones que imponian los carlistas que afectaban tan gravemente el desarrollo de aquellos ya bastante oprimidos, bajo el peso de los tributos del gobierno, debian pagarse, so pena de esponerse los ayuntamientos á una venganza ejemplar. Tampoco debia esperarse que en el espíritu público se operase una reaccion propicia á la causa de la reina, pues aun los hombres mas predispuestos en este sentido podian temer declararse sin rebozo, una vez que ni aun en el seno de las ciudades, no estaban á cubierto de los montemolinistas. Por último, tambien es digna de valorarse la incertidumbre que estos golpes atrevidos habian de producir en las operaciones de las columnas, pues estas no se atreverian á maniobrar como antes en el campo sin dejar competentemente protegidas las poblaciones que servian de punto de apoyo á sus operaciones, y claro es que de este modo, era mas escaso el número de las fuerzas activas precisamente en el momento en que mas se necesitaban para reparar los perniciosos efectos de la derrota.

Digitized by Google

Merced á esta influencia, y á la postracion moral de los pueblos, los montemolinistas hallaban abundantes recursos, aun prescindiendo de los que provenian de contribuciones directas, pues esplotaban tambien uno de los impuestos indirectos mas lucrativos. La sal en Cataluña proporciona al gobierno utilidades considerables, porque allí no se forma ese estimulante por capas delgadas y sucesivas, cuya elaboracion exije el auxilio de muchos brazos, sino que se agrupa naturalmente en moles gigantescas, que heridas por los rayos del sol, ofrecen á la vista brillantes cristalizaciones y que se desprenden y desmenuzan con la aguda punta de un pico. Los montemolinistas se propusieron hacerse dueños de las salinas de Cardona, y lo lograron en mucha parte. Son dignos de referirse los medios de que se valian para estraer la sal y enagenarla. Se presentaban en las salinas, por lo regular á boca de noche, y sostenian un vivo tiroteo con los mozos del resguardo, mientras que los paisanos que iban con ellos preparaban y cargaban la sal en caballerías; terminada esta operacion se dirijian unos cuantos matinés á los pueblos inmediatos, tocaban á las puertas de las casas y brindaban á los vecinos con la carga de sal al precio de 12 rs. El cebo de la ganancia tentaba la codicia de estos y se apresuraban á bajar por sal protejidos por la oscuridad; y asi se verificaba este comercio nocturno en que vendedores y compradores obtenian un interés reconocido. Otras veces empezaban á circular por todos los pueblos de aquel rádio grupos de montemolinistas, anunciando que en una noche determinada podian acudir á por sal, abonando 12 reales por carga, y en efecto los payeses concurrian presurosos, llevando 100 ó mas acémilas.

A la vez que los montemolinistas combatian tan briosamente las fuerzas del gobierno, procuraban minar sordamente el poder del mismo elevando el suyo sobre las ruinas de aquel. Por este tiempo se fraguó una estensa conspiracion que tenia por objeto reducir á la obediencia de Montemolin varios pueblos del Principado. Debia lanzarse el grito de insurreccion en Tortella y Bañolas, entregando á Cabrera el importante punto de Olot. La combinacion estaba hábilmente tramada y los conjurados prontos, esperando la oportunidad, pero lograron apoderarse las autoridades de uno de los cabos de la intriga, y dispusieron prender aceleradamente en la noche del 25 á quince paisanos, un oficial del regimiento de Astorga, tres del de Simancas y el físico de otro cuerpo.

Antes de terminar el mes de noviembre recobró la libertad el brigadier Manzano. Cabrera que conocia la importancia de este gefe y los útiles servicios que podia prestar á la causa de la reina, no quiso cangearle sino por un tal Carvajal, sugeto distinguido que habia sido gentil-hombre de don Cárlos. Ignórase si se apreció por las autoridades esta pretension del caudillo carlista, ni si se dieron algunos otros pasos para conseguir el rescate de Manzano, que al fin se verificó de la manera siguiente:

Digitized by Google

A las siete y media de la mañana del 24 salió de Cardona el general Paredes dirigiendo una fuerte columna, y tomó el camino del Milagro; pero antes de llegar á este punto, cambió de ruta y pronunció su movimiento sobre San Yusto, en cuyo pueblo se destacaron en guerrillas las tres compañías de cazadores y los mozos de escuadra, dando unos y otros caza á Antonio Tristany, quien, se decia, que con muy poca gente vagaba por aquellos alrededores. Una de las guerrillas, fascinada por la niebla, se apartó desmedidamente de la direccion prescrita, y fué á caer sobre una casa, de la que salieron con veloz paso tres hombres. Otros dos permanecieron en la entrada de la casa, y uno de ellos, al acercarse los soldados se arrojó á tierra implorando gracia, mientras que el otro en fin conservaba un continente altivo y severo. Los soldados dirigieron contra este la punta de sus fusiles, y su vida hubiera corrido grave riesgo á no haber declarado su nombre y dádose á conocer como el brigadier Manzano. El otro prisionero era uno de los cuatro montemolinistas que custodiaban á este gefe, y que, no pudiendo huir como los demas por estar cojo, se entregó á la clemencia de los soldados de la reina, que no podian mostrarse crueles en aquellos momentos de dulce efusion. Aunque la que acabamos de presentar es la version mas admitida de este hecho, no falta quien suponga que la aparicion de Manzano en la referida casa, y la fuga de sus guardas, eran cosa convenida, y que en el mismo dia alcanzó Carvajal la libertad, disfrazando el permiso con el pretesto de evasion imprevista; pero estas noticias no tienen el grado de firmeza y exactitud que reclama la conciencia de la historia.

El regocijo que naturalmente debia producir en el ánimo de los isabelinos el rescate del valiente brigadier, vino á aumentarse con la noticia de otro suceso tan fausto como importante: la captura de Antonio Tristany. Entretanto que los cazadores trepaban osadamente por aquellas eminencias, los mozos de la escuadra se dirigian á otra de las varias casas que, como centinelas inmobles, sobresalen de trecho en trecho, entre las rocas y los arbustos. Cautivó desde luego con atencion la vista de dos fusiles arrimados á la pared, y en la idea de encontrar algun enemigo en la casa, pasaron á registrarla, despues de haberla circumbalado. En efecto, á los pocos minutos salió un hombre que acababa de encender su cigarro y se despedia de una jóven. «Ríndete,» le dijo el primer mozo de la escuadra que encontró al paso, poniéndole su fusil al pecho. El desconocido dió un paso atrás para creer vacilando al parecer sobre el partido que adoptaria; pero al ver que el mozo levantaba las greñas de su fusil y repetia la intimacion «en tierra, ó te mato,» se sentó en el suelo sin hablar una palabra. Llegaron en esto algunos individuos de la ronda y el cabo Fernando Prat, quien preguntó al desconocido su nombre, y le pidió las armas y papeles que llevára. Contestó se llamaba Antonio Tristany, y entregó una pistola de seis cañones y dos carteras. Inmediatamente fué conducido ante

Digitized by Google

el general, á quien el cabo presentó la pistola y las carteras.

Tal era en esta época el estado de la guerra, cuando llegó á Fraga el 29 de noviembre el nuevo capitan general de Cataluña D. Manuel de la Concha, marqués del Duero. Hallábase en este punto el general Mata y Alós, gefe de estado mayor, con un brillante cortejo de oficiales y una numerosa columna compuesta de tropas escogidas, que debia operar inmediatamente bajo las órdenes del capitan general. Traia este principalmente una mision conciliadora, que se acomodaba bien con el fondo de su carácter, y que consistia en ir acercando y refundiendo en la esfera del gobierno, á todos los partidos estremos en sus tendencias liberales y absolutistas, haciéndoles aceptar el olvido como un beneficio, y sabiendo templar la justicia con la tolerancia y esta con las miras de partido. Concha era uno de esos hombres de corazon espansivo y franco, que sabia dar á sus beneficios el valor inestimable de la oportunidad, y que acostumbrado á respetar la dignidad personal de sus enemigos, les heria sin advertirlo en la fibra mas delicada y les empeñaba insensiblemente en el logro de sus pensamientos, presentándoles como motivo de honra, lo que en rigor era una defeccion. Algunos actos de generosa equidad que acordó durante su permanencia en Fraga, empezaron á atraerle las simpatías de los catalanes. A esto se dirijian sus principales conatos, y con este objeto publicó una alocucion en que, despues de recordar la estraña alianza existente entre las dos banderas enemigas, montemolinista y republicana, y de deducir de aqui la impotencia de una y otra obrando aisladamente, se espresaba en estos términos:

«En breve recorreré vuestros pueblos y oireis de mis lábios las benéficas disposiciones del gobierno de S. M., patentizareis cuán quimérico es el triunfo de los enemigos de vuestro reposo y prosperidad, al ver las numerosas tropas que de todas las provincias de la monarquía acuden al Principado para ahogar la sedicion; y os convencereis, en fin, que nada os interesa tanto como el pronto restablecimiento de la paz, fácil y trivial empresa, si secundais los esfuerzos de un gobierno que tiene á su frente á una reina á quien tantas pruebas de lealtad y amor habeis dado, y que en cambio derrama sobre vosotros los tesoros de su magnánimo corazon, vigilando vuestros intereses con maternal solicitud.

»Catalanes: sabeis que uno de los gefes de la rebelion, con muchos de sus compañeros, se entregaron á mi palabra, que cuando la empeño es para cumplirla. Reconocido y fiel á la confianza de mi reina, sabré precaver la impunidad de los que perseveren en la senda del crímen, y con la fácil y leal cooperacion que empezásteis á dispensarme en el breve período de mi mando anterior, estoy seguro de remover muy pronto el único obstáculo que se opone á que la España, ofreciéndose como modelo de órden y completa paz ante

Digitized by Google

»la agitada Europa, pueda llamarse de entre sus naciones la mas sen»sata y culta.»

Contaba Concha para realizar sus pensamientos con abundantes y poderosos recursos, pues el gobierno inquieto al ver el rápido incremento de los montemolinistas, pretendia acumular grandes elementos sobre el Principado para derribar los vuelos á la insurreccion, y habiendo renacido la calma en las demas provincias de la monarquía, podian destinar numerosas fuerzas á sofocar el *fomes* de la guerra: «Soldados, decia el general Concha, dirigiéndose al ejército con fe»cha 14 de diciembre: Numerosos batallones, despues de haber al»canzado la tranquilidad de Navarra, Aragon, Valencia y Castilla, »acuden presurosos al Principado, émulos de vuestra gloria, para com»pletar la pacificacion general uniendo sus esfuerzos á los vuestros, y »25,000 hombres salidos de las demas provincias de la monarquía están »disponiéndose á concurrir al mismo objeto. Desde hoy va á empe»zar una persecucion activa, incesante, sin tregua ni descanso al»guno, persecucion que no se detendrá ni ante los rigores de la esta»cion, ni ante obstáculo de ningun género. La campaña va á ser »ruda y penosa, pero corta y coronada del éxito mas completo, y á »vuestros nobles esfuerzos y heróica constancia deberán nuestra reina »y el pais la paz y tranquilidad que intentan turbar algunos díscolos, »enemigos de nuestra prosperidad. Esta es la mayor gloria que puede »caber al soldado español y este el único lauro á que aspira vuestro »general en gefe.»

A estos medios enérgicos, bastante por sí solos para dar á la guerra un golpe de mano, reunió Concha el de la seduccion, y mas feliz que Córdova en esta parte, logró atraer á las filas de la reina al gefe montemolinista Posas. Esta conversion fué muy ruidosa y de la mayor trascendencia, porque Posas, reputado como amigo personal de Cabrera, era un guerrillero activo, diestro, lleno de valor y energía que habia salido airoso de casi todos los lances marciales empeñados en los últimos meses. El ejemplo de este hombre podia ser contagioso y funesto á la causa montemolinista, y para neutralizar en parte sus perniciosos efectos, el coronel Ceballos, gefe de estado mayor de Cabrera, se apresuró á circular entre los suyos y los pueblos del Principado una relacion, en la cual, aunque se describe el acontecimiento con fuertes colores é iracundas recriminaciones, se suministran detalles que inspiran interés, y que no vacilamos por consiguiente en reproducir.

Bajo el pretesto de atacar el fuerte de Esparraguera acampó Posas el dia 4 á la vista de este pueblo, donde acababan de entrar el general Concha y el brigadier Pons (a) Peb del Oli. Posas conferenció con ambos gefes, y despues de fijar en 30,000 duros y el grado de brigadier el premio de su defeccion, se volvió al campamento montemolinista, haciendo ademanes estremos, y esclamando con acento de desesperacion. «Estamos perdidos, 15,000 isabelinos nos rodean; no tenemos

medio alguno de salvacion.» Pero no temais, añadió al notar el efecto que sus palabras hacian en los voluntarios, el general Concha acaba de ofrecerme una capitulacion ventajosa. Volveremos á nuestros hogares si entregamos las armas. «Al llegar á este punto un grito de indignacion estalló entre los soldados montemolinistas.» *Antes morir*, decian unos, *fueran los cobardes*, esclamaban otros, y algunos fusiles se asestaron contra el pecho de Posas.

En aquel momento se presentó el general Concha á la cabeza de su estado mayor y de una fuerte columna, y rodeó á los montemolinistas, que viéndose sin caudillo, pues el segundo de Posas, Monserrat, estaba tambien en la combinacion, y no pudiendo abrirse paso por entre las bayonetas enemigas, hubieron de rendirse á driscrecion.

Pero la sombría espresion de un semblante anunciaba el despecho mas profundo, y del que no tardaron en dar evidentes pruebas, pues en la misma noche del 4 se fugaron cien montemolinistas.

Al dia siguiente se aumentó la desercion, no obstante que la caballería de la reina perseguia á rienda suelta á los montemolinistas que se desbandaban, y el 10 Posas era el único que permanecia fiel á sus nuevos compromisos, y se aprestaba á acreditar su sinceridad al frente de una columna compuesta de soldados isabelinos.

Ceballos añadia, que sublevada contra este hecho la altiva y generosa condicion de los catalanes se habia pronunciado en favor de la bandera montemolinista, y que mas de 2,000 paisanos impelidos por este sentimiento, habian ingresado en las filas del nuevo pretendiente.

Cabrera mismo que habia sabido, al parecer con indiferencia, la conducta de Vila y Pons, creyó ver en la de Posas un precedente fatal, porque los sentimientos facticios y sociales, como el del honor, se ensalzan, deprimen y estinguen con el ejemplo; y no seria estraño que bajo la influencia casi omnipotente de este, otros muchos gefes abandonaran una vida llena de privaciones y zozobra por otra mas cómoda y segura. A fin de evitar esto, dirijió su voz á sus tropas en estos términos:

«Comandancia general de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia.— »Estado mayor general.—Orden general del ejército del 6 de diciembre »de 1848, en el cuartel general de Talamanca.—Voluntarios: El co- »mandante D. Bartolomé Posas se ha pasado al enemigo, engañando »á la fuerza que mandaba, precisamente cuando yo volaba á castigar »sus crímenes y sus rapiñas. Testigos oculares, y todos los voluntarios »que han logrado fugarse, me han referido las lágrimas y desespera- »racion de nuestros compañeros al verse tan alevosamente vendidos por »su gefe.

»¡Estas son las armas de que se valen nuestros enemigos! Persua- »didos de que jamás podrán venceros en el campo de batalla der- »raman el oro que roban á los pueblos para comprar las traiciones

Digitized by Google

»mas repugnantes, valiéndose del veneno y de los puñales para ase- »sinar á vuestros gefes.

»Horror á los traidores, voluntarios! Vosotros sois españoles dig- »nos, y dignos catalanes. Si entre vosotros ha habido hombres hipó- »critas y espúreos, aun quedamos bastantes para hacerlos temblar hasta »en sus mas recónditos conciliábulos á donde les seguirá la reprobacion »y el desprecio general. En cuanto á nuestros hermanos vendidos, pronto »volverán á abrazarnos.

»Voluntarios: nosotros somos del ejército del rey y del pueblo. El »rey aprecia y recompensará vuestros servicios; el pueblo nos ama y »nos proteje. Si un traidor nos abandona, cien leales le reemplazarán »en vuestras filas.

»Voluntarios: cuando contemplo vuestro entusiasmo, vuestra dis- »ciplina, vuestro valor y vuestros sufrimientos; cuando considero que »tengo la honra de mandar un ejército de héroes; que los voluntarios »alistados hoy, podrian servir de ejemplo á los mas veteranos soldados, »mi corazon se llena de alegria y apenas puedo espresar mi reconoci- »miento.

»La Europa admira la lucha tan desigual que sosteneis contra los »opresores de vuestra patria; y ella y la posteridad sabrán hacernos jus- »ticia. Seguid siendo modelos de valor, subordinacion y lealtad, bra- »vos ante el enemigo, ante los vencidos humanos, y no dudeis que el rey »y la patria premiarán vuestro singular mérito.

»Voluntarios, queridos compañeros, viva Cárlos VI, viva la liber- »tad é independencia de nuestra patria. Horror á los traidores; y con- »tad siempre con el apoyo y el egercicio de vuestro general y paisano.

»El conde de Morella.»

Concha por el contrario, queriendo dar á este suceso toda la mayor importancia en el concepto público, hizo su entrada en Barcelona el dia 5 de diciembre, acompañado de Posas y Monserrat, notándose entre los ginetes de su escolta 15 lanceros montemolinistas, los cuales volvieron á combatir al lado de sus compañeros de armas, si se da crédito á la relacion del coronel Ceballos.

Abandonamos la nuestra en lo que se referia á las operaciones militares al terminar el mes de noviembre, y ahora es preciso desprenderla de este periodo, continuándole durante el mes inmediato.

El dia 1.° de este salió Cabrera de Masanet y Margrat, cuyos puntos habia ocupado con su fuerza consistente en 1,500 hombres, dirigiéndose á Tordera y Calella donde pernoctó. El 2 emprendió su marcha para Arenis de Munt, y entró en Sabadell el 5 á las diez y media de la mañana. Acompañábale Marsal con parte de su gente, habiendo dejado la restante en la Sierra de la Salud. Cabrera en esta espedicion trató de reparar algunos daños y tropelias cometidos por Posas, y con cuya conducta pretendió el general montemolinista conquistarse el afecto de

Digitized by Google

los pueblos y hacer odioso á aquel gefe. Despues marchó sobre Torrellos á donde llegó el dia 8. Tárrega fue invadido por una partida de matinés, que sostuvo una ligera escaramuza con la tropa que habia en este punto; y otra fuerte de 800 hombres, al mando de Saragatal y Estartús, estuvo en Esquirol el 5.

No abandonaba Cabrera el pensamiento de invadir el Aragon, y como deseaba sobre todo llamar hácia otro punto la atencion de las fuerzas isabelinas que operaban en el Principado, dirigió una circular á los ayuntamientos de los pueblos situados en el litoral del Cinca, previniéndoles que tuviesen preparadas las contribuciones, pues trataba de mandar algunas fuerzas á recaudarlas. Se consideró esta amenaza destituida de fundamento, porque el general Oribe habia aniquilado poco antes el proyecto que concibiera Ramonet de apoderarse de Mequinenza, plaza fuerte, situada sobre la confluencia de los grandes rios Ebro, Segre y Cinca: el montemolinista viendo frustadas sus maquinaciones se habia corrido hácia el interior de la provincia de Lérida, quedando el brigadier Contreras á la mira de aquel punto, uno de los mejores baluartes del Alto Aragon. Pues bien; á pesar de estos precedentes, el gefe montemolinista Arbonés, acaudillando 700 infantes y 40 caballos, se arrojó sobre las márgenes del Cinca, y despues de haber tocado en los pueblos de San Esteban de Litera y Binefar, sacando cuatro caballos de este y 800 reales de cada uno de ellos, se presentó á la vista de Barbastro, y con una audacia limítrofe de la temeridad, penetró á las diez de la mañana del dia 5, en esta ciudad murada, que era la segunda por su categoria y poblacion de la provincia de Huesca. Arbonés permaneció en Barbastro hasta las cinco de la tarde, observando y haciendo observar á su gente la mas estricta disciplina, exigió 15,000 reales bajo el concepto de contribucion y se marchó hácia Berbejal, cuando supo que se aproximaba alguna fuerza isabelina. Era en efecto la columna de Contreras que habia salido de Mequinenza, y redoblando sus marchas vino á caer sobre los montemolinistas. Una compañia de estos, mandada por Gamundi, esperó el ataque á pie firme, en unos olivares contiguos á la ciudad. Sostúvose por largo rato un fuerte tiroteo, y cuando la noche separó á los combatientes, Contreras con su gente se replegó sobre Barbastro y Arbonés que con el grueso de sus fuerzas habia permanecido en el santuario del Pueyó, tomó la via de Cariñena, habiendo penetrado en Berbejal la compañia montemolinista que empeñó el choque, de cuyo pueblo se llevó á un vecino, como en rehenes de la contribucion. Pérdidas de escasa entidad, produjo esta escaramuza entre las fuerzas que tomaron parte en ella: contáronse tres montemolinistas muertos y cuatro prisioneros; en las filas de la reina hubo un guardia civil muerto y dos caballos. Los cuatro montemolinistas prisioneros fueron despues fusilados en Huesca, aunque imploraron su gracia personas y corporaciones respetables. Actos eran estos de destemplada severidad que afectaban mas hondamente los sentimientos de los hombres probos de todos los par-

tidos, porque formaban un sangriento contraste con la conducta en lo general humana y conciliadora de los montemolinistas. Por lo demas Arbonés supo eludir con tal destreza la persecucion de los isabelinos, que con triplicadas fuerzas le acosaban, que llevó por entonces á cabo su espedicion sin esperimentar mayor quebranto.

Mientras que descendian al Aragon las fuerzas de una y otra bandera que de ordinario operaban en la provincia de Lérida, en la de Tarragona peleaban con mala estrella los montemolinistas. Segun los partes oficiales que se publicaron en esta época, el brigadier Quesada alcanzó á la partida de Masgoret el dia 6, y atacándola con denuedo la derrotó, causándola la pérdida de nueve muertos y 13 prisioneros. Tambien el brigadier Garrido se apoderó de la persona de Roix, moderno gefe montemolinista y de seis individuos de su partida, y estos dos gefes isabelinos concertaron una persecucion tan activa y vigorosa, que las pequeñas partidas montemolinistas se fueron recogiendo hácia la falda de la montaña.

Mas para neutralizar estos ligeros reveses y dar nuevo impulso á la guerra, se levantó sobre la costa una nueva partida de centralistas. Acaudillaba uno que habia sido sargento de miqueletes en la guerra anterior, apellidado Castelló de Labisbal, y la constituian 30 jóvenes de este pueblo y de los de S. Feliú, Palafurgel y Calonge. Parte de esta partida se presentó en S. Feliú y Llangostera, reclutando gente y organizándose.

Otra partida de centralistas, fuerte de 200 hombres, penetró en Massanet de Cabrenys el 18. Invadieron este pueblo, lanzando voces y aclamaciones á los principios que les servian de lema, entregaron á las llamas las puertas, hicieron algunos disparos y dejando algunas partidas de observacion en las afueras del pueblo, se estuvieron paseando tranquilamente por las calles, entraron en los cafés y otros establecimientos públicos y pagaron religiosamente todo cuanto consumieron. Entre tanto la guarnicion de Massanet encerrada en su fuerte, no se decidia á tomar la iniciativa sobre los centralistas, cuya superioridad numérica era muy notable; por manera, que sin ser molestados por nadie, ni irrogar ellos perjuicio alguno, si se esceptúa la exaccion de una corta cantidad de tabaco, permanecieron en Massanet de Cabrenys y sus inmediaciones hasta el amanecer del siguiente dia. Otras partidas menos considerables aparecieron en el pueblo de Tapis y el punto denominado Coll de Lli.

En la provincia de Tarragona la guerra tomaba por estos dias un carácter violento y sanguinario, descollando las pasiones viles y egoistas por cima del interés general y de la defensa de los principios.

El gefe montemolinista Basquetas que se habia mostrado en otras ocasiones tolerante y mesurado, dió ahora un ejemplo terrible del influjo que ejercen sobre las almas de un falso temple la ocasion y las circunstancias del momento. A la cabeza de una fuerte partida llegó el dia 12

á Mora la Nueva, pueblo rico, situado sobre el litoral del Ebro, y tomando pretesto de no haber satisfecho oportunamente el ayuntamiento las contribuciones vencidas, y de haber participado á los gefes isabelinos sus marchas y operaciones, mandó sus tropas entrasen á saco en el desventurado pueblo; y como sucede en semejantes casos roto una vez el dique de la moderacion, no pueden calcularse ni determinarse los límites del desórden. Pero no paró aqui la arbitrariedad del codicioso é inhumano Basquetas, pues habiendo pedido á los principales propietarios de Mora la suma de 14,000 duros, y como algunos resistiesen tan exorbitante demanda, bien por el natural deseo de conservar su fortuna adquirida quizás á costa de penosas fatigas, bien porque realmente carecieran de recursos en bastante cantidad, el gefe de los matinés mandó torturarlos despiadadamente echando á uno aceite hirviendo, y desplegando sutil ingenio para inventar esos medios que mas ofenden á la razon del hombre.

Cuando era mayor la tribulacion que produjo la noticia de estos escesos en las personas honradas y pacíficas, se supo que los montemolinistas habian penetrado al amanecer del mismo dia 12 en Valls, una de las poblaciones mas importantes del Principado, por su comercio industria y número de habitantes. Muchos de estos huyeron por entre las balas, saltando por tapias y tejados, y se refugiaron en Reus, donde á la sazon se hallaba el brigadier Quesada con una columna de 1500 infantes y 23 caballos. No se movió este gefe hasta que recibió órden del comandante de la provincia, el general Enna; pero entonces salió de la ciudad á paso de carga, partiendo á galope la caballeria mientras Enna con 400 hombres emprendia desde Tarragona un movimiento acelerado; mas no arrojó esta operacion un resultado decisivo, porque los montemolinistas contaban con la ventaja del tiempo.

La gravedad de estos sucesos se complicaba con el sitio puesto á Vich por los montemolinistas. Bolles se lo anunció al ayuntamiento de esta ciudad en la siguiente concisa comunicacion. «Desde el 15 se declara en estado de sitio esa ciudad, y todo el que entre ó salga de ella será fusilado.» Desde este dia se estableció un bloqueo rigoroso, y una poblacion de segundo órden que estaba por lo regular bastante bien guarnecida, y contaba ya en su seno 300 vecinos armados, llegó á sufrir las angustias del hambre, causada por un enemigo que muchas veces era inferior en la mitad al número de sus defensores. Tambien Reus se vió amenazada, y su corregidor recibió, hallándose en el teatro, un oficio exigiéndole el tercio de contribucion, y amenazándole en caso de resistencia, con invadir la ciudad y entregarla al pillaje.

Alternaban las ventajas y reveses de los insurgentes, aunque las primeras eran siempre importantes, porque inflamaban el fuego de la guerra, y los segundos tenian una influencia efímera y limitada. Si

se desorganizaba una partida, se formaba otra con los restos de aquella, ó con nuevos y entusiastas reclutas. Alcanzó mala suerte una que se formó en la montaña con gentes afectas á la bandera republicana, y conocida con el título de «tiradores de la libertad.» Acaudillábala un tal Ferratéz, y constituia el número de 200 hombres. Apenas llegó á conocimiento de Concha la existencia de esta partida, mandó que salieran varias columnas á perseguirla, y una de ellas mandada por el coronel graduado comandante de infantería D. Ignacio la Plana, la alcanzó al anochecer del 14, y cogiéndola de sorpresa, la derrotó, causándola la pérdida de 3 muertos, 28 prisioneros y 14 caballos ensillados.

Mas no eran solo en los accidentes y vicisitudes de la guerra de Cataluña en los que se fijaba la atencion general; tambien en Castilla ocurrian sucesos que aunque en sí menos graves, tenian un valor accesorio y de circunstancias, por acaecer casi en el corazon de la monarquía.

Ya desde los últimos dias de noviembre el estudiante de Villasur, guerrillero activo, fecundo en recursos, y muy conocedor de toda la parte occidental de Castilla la Vieja, se habia presentado en nuevo al frente de 50 hombres en la quinta de Quintanasuso, y bien servido por la casualidad, se apoderó de las armas de sus soldados de caballería del regimiento de *Farnesio*, que se hallaban de paso en el pueblo de Ontamin; sorprendió poco despues á un destacamento de ocho infantes en Quintanapalla, y empezó á hacer sus escursiones desde el litoral del Duero hasta los pinares de Soria, los que le servian como de baluarte cuando la persecucion era activa y poderosa. Estimulado por este rasgo de audacia del *Estudiante*, ó confiando en el espíritu del pais, dió el grito de insurreccion en Alaejos, pueblo de la provincia de Búrgos, un nuevo partidario llamado D. Feliciano Muñiz. Agrupáronse al principio á su voz 14 ó 15 hombres regularmente armados y equipados, y aunque este número era muy escaso, é incapaz de infundir á las autoridades ningun fundado recelo, se creyó que se aumentaria rápidamente, pues no se concebia que estos guerrilleros se lanzaran solos á una lucha tan desventajosa, sin condicion alguna probable de existencia, y corriendo por su natural impulso á una destruccion cierta y próxima. Sus primeros pasos fueron venturosos, y pudieron fundar sobre ellos alguna esperanza. El 10 de diciembre, dia en que se alzaron estos nuevos defensores de Montemolin, se apoderaron, prevalidos de la sorpresa, de dos caballos y cinco uniformes de los guardias civiles que habia en Alaejos. Marcharon despues precipitadamente, y antes que pudiese precederles la noticia de su insurreccion á Nava del Rey, villa considerada y grande, cabeza de partido judicial, y de ordinario centro de alguna fuerza de línea y guardia. En efecto, á la hora en que llegaron á las puertas (seis de la mañana), acababan de retirarse las patrullas y serenos, y aprovechándose de tan propicia

coyuntura los montemolinistas, se dirijieron en busca del juez de primera instancia, exijiéndole la órden de poner en libertad á los presos, y amenazándole en caso contrario con prender fuego á su casa. Este funcionario, hombre de un valor tranquilo, y de esforzado ánimo, se presentó en el balcon y anunció á los montemolinistas que ni debia ni queria acceder á su demanda, y que estimaba en menos su vida y su fortuna, que el cumplimiento de sus obligaciones. La energía del deber impone siempre á los trastornadores, y los montemolinistas, sin decidirse á tomar contra el juez medida alguna violenta, fueron á casa del teniente alcalde, le sorprendieron en la cama, y le hicieron firmar la órden apetecida. Catorce presos lograron por este medio la libertad; la mayor parte de ellos se hallaban en la cárcel bajo una acusacion política, y otros estaban procesados por delitos comunes. Reforzada la partida con esta gente y con 20 caballos, debia al parecer obrar con mas desembarazo y decision; pero no fue asi, desde este dia arrastró una existencia penosa y trabajada, practicó movimientos nocturnos é inciertos, por la sierra de Avila y Segovia, sufrió un fuerte revés, en el monte de Sancho Pedro, del que se rehizo lentamente y con dificultad; y por último, en un pueblo inmediato á Búrgos cayeron casi todos los individuos de la partida en poder de una columna, escepto cuatro, que por entre mil peligros lograron escaparse de la casa en que estaban encerrados. El general Ros y Olano, comandante de la provincia de Búrgos, adoptó severas medidas; pero la partida del Estudiante de Villasur, mermada con ataques parciales, no acabó por disolverse.

La influencia de estos descalabros no reflejaba sobre la guerra del Principado que continuaban sosteniendo los montemolinistas con valeroso ardimiento. Cabrera, mostrándose superior á los reveses de la fortuna, inspiraba á sus soldados su propio denuedo y amenazaba á su cabeza, á pueblos respetables y bien guarnecido. Es verdad que el éxito no siempre secundaba sus esfuerzos, pero al menos mantenia la alarma y lograba que sus conminaciones produgeran efecto, porque contra todos los cálculos y probabilidades venia á egecutarlas, rompiendo las dificultades y obstáculos que encontraba á su paso. Ripoll, villa importante, rica, amurallada y bien defendida, fué invadida por las fuerzas que acaudillaba el general en gefe montemolinista, ayudado de Estartús y otros gefes subalternos. Acometieron los enemigos con tanto ímpetu que penetraron en las primeras calles, arrollando la guarnicion compuesta de una compañía de cazadores de Tarragona; pero se rehizo esta luego al amparo de los edificios, y renovando el fuego con gran intensidad, obligó á retirarse á los montemolinistas causándoles alguna, si bien insignificante pérdida.

Seguia entretanto el bloqueo de Vich, aunque las columnas de la reina cruzaban incensantemente por las inmediaciones de la ciudad, y el mismo Concha se hallaba algunos dias hacia dentro de sus mu-

Digitized by Google

1. *Cruz de casa Quimet.*	8. *Yglesia de S. Eudaldo.*
2. *Pla de la Madalena.*	9. *El Arquet.*
3. *Ermita de N.ª S.ª del Catlla.*	10. *Puente de Madera.*
4. *Puente de Barcelona.*	11. *Hospital.*
5. *Rio Fresé.*	12. *Puente de Clot.*
6. *Parroquia de S. Pedro.*	13. *Rio Ter.*
7. *Monasterio de Benedictinos.*	14. *Union de los dos Rios.*

VISTA MERIDIONAL DE LA VILLA DE RIPOLL.

Digitized by Google

ros. El montemolinista Bolles, encargado principalmente de mantenerle, era hombre de corazon entero, de grande actividad, y que sabia evitar los grandes peligros, desafiándolos al parecer, con lo que lograba no comprometerse temerariamente, y no resfriar el ardor belicoso de los suyos. Sin embargo, corrió grave riesgo de ser envuelto el dia 25. Viendo que venia sobre él la columna de Vich, procedente de Prats de Llusanés, trató de disputarle el paso á la cabeza de 500 hombres; pero habiendo sabido antes de emprender el choque que la columna constaba de 1500, se replegó sobre unas alturas, donde tomó posicion y esperó con firmeza el ataque que emprendieron las tropas de la reina y lo sostuvieron durante largo rato los montemolinistas, hasta que temiendo Bolles que alguna otra columna atraida por el fuego cayera de repente en el sitio del combate, se pronunció en retirada. No eran, en efecto, infundados los recelos de Bolles, pues pocos momentos despues de terminarse la accion, se presentó en el campo la columna de Berga que habia salido de Vich.

Acudian de todos puntos tropas á Cataluña, se procedia al armamento de los habitantes del Principado, que por sus antecedentes políticos ó su posicion social inspiraban mas confianza al gobierno, y todo hacia presagiar que se iba á dar un grande impulso á las operaciones. El general Concha, que durante los primeros dias de su mando habia logrado captarse las simpatías de los hombres influyentes de los matices liberales, observando una conducta equitativa y contemporizadora, salió de Barcelona el 19 para proseguir la campaña, bajo un nuevo aspecto. Una indisposicion que le retuvo en cama durante algunos dias, fué causa de que difiriera la ejecucion de sus proyectos; pero apenas restablecido, los continuó con nuevo ardor.

La organizacion que dió Concha al ejército debia satisfacer todas las exigencias de las circunstancias y conducir rectamente al término de la guerra. Atendiendo á conciliar la actividad en las operaciones con la energía de la accion y el vigor de la resistencia, se fijaba un dato seguro para la resolucion del problema que con tanto encarnizamiento y porfía se agitaba en Cataluña, pues si los montemolinistas habian reportado singulares é inesperados triunfos, debidos eran principalmente á su grande movilidad y al aislamiento y falta de concierto con que operáran las columnas de la reina. Era preciso que estas, fuertes por su número, formidables por las condiciones de disciplina y valor, fuesen ademas temibles por la facilidad de maniobrar bajo un hábil plan estratégico, y desde bases que estuvieran á cubierto de toda invasion repentina por parte del enemigo. Estos puntos cardinales debian estar enlazados entre sí, ofreciendo una relacion de contigüidad vigorosa y persistente, y presentando líneas convergentes sobre el centro de operaciones. Concha creyó vencer estas dificultades y otras muchas imprevistas que siempre nacen bajo la mano del que acomete una grande empresa, distribuyendo las considerables fuerzas

existentes en Cataluña en divisiones, y estas en brigadas y columnas.

Las divisiones eran seis; pero la de vanguardia diferia algo de las otras cinco, en su organizacion, pues solo constaba de dos brigadas, mientras que cada una de las restantes se componia de dos brigadas, y cada una de estas de dos columnas. Al frente de las divisiones se habia colocado á los gefes de mas prestigio, á quienes se suponia mas conocedores del pais; era comandante general de la division de vanguardia el brigadier D. Manuel Lasala, y al frente de las divisiones 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª se hallaban los mariscales de campo D. Ramon de la Rocha, D. Manuel de Enna, D. Francisco Lersundi, D. Ramon Nouvilas y D. Francisco García de Paredes.

Cuatro de estas divisiones debian maniobrar en otras tantas provincias de que constaba el Principado; destinóse la primera á la de Barcelona, la segunda á la de Tarragona, la cuarta á la de Gerona, y la quinta á la de Lérida. La tercera division habia de operar en el dilatado estadio de la alta montaña. Las brigadas y columnas tenian como centro de operaciones los puntos de Igualada, Molins de Rey, Tarrasa, Areñs de Mar, Gracia, Sta. Coloma, Villafranca, Monblanch, Tarragona, Manresa, Vich, Solsona, Berga, Prats de Llusanés, Hostalrich, Gerona, Olot, Tárrega y Biosca

Ademas de estas fuerzas activas habia otras destinadas á guarnecer los puntos importantes, y columnas sueltas que tomaban denominacion de los puntos que protejian. Los carlistas por este tiempo apenas ascendian á 6,000 hombres, bajo la conducta de los gefes que hemos designado; y entre fuerzas tan desiguales en número, organizacion y elementos de vida, se iba á continuar la lucha que con sorpresa de la nacion y detrimento de Cataluña, se sostenia desde los últimos meses del año 46.

Hemos llegado insensiblemente siguiendo el hilo de la narracion, á fines del 48. Este año que constituye la grande época del siglo actual, y ha formado en la vida de las sociedades europeas el momento de crisis de que ha de resultar su marasmo ó regeneracion enérgica, fué notable tambien en la guerra de Cataluña, porque precipitó en último resultado todos los agentes de trastorno sobre este centro de encendida discordia, quedando sosegado y tranquilo el corazon de nuestro pais, porque en las convulsiones políticas como en las físicas, la parte de vida exuberante é inflamable, propende naturalmente hácia el punto en que se han roto los lazos de la naturaleza ó de la ley. Ya hemos visto el origen, incremento y desarrollo de este sangriento drama y ahora vamos á asistir á su desenlace, juzgando á los actores por los hechos, y á estos por la razon imparcial, que es la conciencia de la historia.

CAPITULO VIII.

Situacion del pais al comenzar el año de 1849.—Opiniones militares.—Accion del Pasteral.

Es un hecho incontestable que el pais habia llegado á un estado de indiferencia política completo; siendo muy notable el contraste que formaban dos épocas recientes: la inaugurada en 1833, y la de 1846. Los mismos españoles que tomaron una parte tan activa en la pasada lucha dinástica y política, mirarán ahora con los brazos cruzados é impasibles otra lucha que representaba los mismos principios. La misma generacion se agitaba todavia; sus hechos principales palpitantes aun, apenas habian entrado en el dominio de la historia; no era un nuevo problema el que pasaba del poder de la discusion á los campos de batalla, ni realmente eran distintos los intereses afectados, pero lo era la situacion de los ánimos.

Esta consecuencia solo podia tener dos causas; ó ser tan mala la situacion de los pueblos que no esperaban empeorar, ya que no mejorar con el triunfo de los enemigos del gobierno; ser tan buena su situacion como la que tendrian con el triunfo de los mismos, lo cual les inducia á esperarlo todo de la Providencia. El hecho, sin embargo, que no se ha negado, era la indiferencia que habia en el pais, y que no podria ser dable vencer al gobierno en la senda política que se habia trazado. Confiaba solo en la fuerza de su poder.

En Cataluña no habia obtenido la menor ventaja el gobierno. El número de los montemolinistas ascendia á 6,000 distribuidos en diferentes partidas, que como hemos dicho, tomaban su nombre del de sus gefes.

Las partidas montemolinistas que recorrian los pueblos de la provincia de Búrgos se habian ido aumentando notablemente, sin que bastáran á esterminarlas las providencias que dictára con este objeto el capitan general de aquel distrito, y la actividad de las columnas destinadas á perseguirlas.

A pesar de esto se lisongeaban los gefes de Cataluña y Castilla de concluir la guerra en el primer mes del año, en lo cual se espresaban con completa confianza. Los montemolinistas esperaban tambien por su parte grandes triunfos y sucesos que variarian el aspecto de la guerra. Salian de Lóndres circulares firmadas por el ministro de Montemolin, D. Romualdo Mon, en las cuales, despues de hablar pésimamente del gobierno, recomendaba á sus generales y gefes el buen comportamiento con los pueblos, prohibiendo absolutamente las represalias, sea cual fuere la conducta de sus contrarios para con sus prisioneros.

La guerra de Cataluña es de muy dificil estudio; tuvo períodos tan estraordinarios y tan opuestos en sí, que bastarian á confundir la imaginacion mas despejada que tratara de profundizarlos y penetrar en su laberinto, sin tener presente que la mayor parte de los sucesos eran mas bien hijos de la casualidad, que de la premeditacion. Veíase unas veces marchar los montemolinistas eludiendo la activa persecucion de algunas de las columnas de la reina, y otras no atreviéndose estas á atacarlas. Concebian aquellos planes, se lanzaban á la ejecucion, y un acontecimiente inesperado é insignificante á primera vista, lo trastornaba todo y variaba completamente la guerra. A haber tenido efecto todos los proyectos de Cabrera, hubiera quizá triunfado ó insurreccionado á toda España y encendido una nueva guerra civil que aun deplorariamos. Nosotros conocemos algunos de sus planes, los hemos examinado detenidamente, y no solo los creimos posibles, sino tambien de seguro éxito. Pero no tenia que habérselas Cabrera solamente con los generales en gefe, ofuscados muchos y poco conocedores de la guerra que hacian, sino con gefes subalternos, conocedores profundos de esta, no estraños al terreno que pisaban, y que adoptando el sistema estratégico que convenia, desbarataban sin ruido los planes mejor concebidos de aquel y dispensaban servicios que no podian ser apreciados en todo su valor, porque no llevaban la alucinadora recomendacion de una victoria conseguida en accion que diera el único resultado de unos cuantos muertos y heridos.

Victorias hay á veces, como es bien sabido, que mas perjudican al que las gana, que al que las pierde.

La lucha en tanto, dos años habia comenzada, seguia su curso,

aumentándose mas bien que disminuyendo el número de los montemolinistas, á pesar de algunos descalabros. Se necesita la arraigada fé y profunda conviccion que tienen por su causa estos partidarios para insistir con tal tenacidad en ir á buscar la muerte donde la habian hallado los que les precedieran. Asómbranos, pues, ver que nuevas partidas se levantaban en varios puntos, y aun trataban de penetrar en Navarra por los Alduides, á cuya noticia salieron de Vitoria para Guipúzcoa dos compañías de infantería, no sabemos si para tener en respeto á Oñate, y otros pueblos, ó para escoltar el armamento que habia en las fábricas de Eibar y Elgoibar que se mandó trasladar á la capital.

El brigadier Zapatero estaba con un batallon ocupando á Lecumberri, en Navarra, punto muy interesante para observar á los que pudieran entrar de Francia; y parte de los miñones de la provincia de Alava, fueron á ocupar Santa Cruz de Campezu, punto tambien interesante. En todo esto se veia que el capitan general Urbiztondo conocia bien lo que debia hacerse para evitar nuevas desgracias.

El pais se mostraba tan indiferente á todas estas escenas y movimientos, que no dejaba de alarmar mucho al buen pensador, porque si bien se veia que el carlista no se hallaba tan entusiasmado en la apariencia como en el mes de junio del año anterior, se notaba tambien que el partido que con tanto entusiasmo, y á costa de tantos sacrificios defendió en los siete años á Doña Isabel II y á la libertad, estaba enteramente muerto, ó como si lo estuviera, pues ni aun aprecio hacia de cuanto pasaba á su vista. Siempre es el entusiasmo hijo de la conviccion, y la falta de esta nacia del cansancio y los desengaños.

Solo asi podria tambien esplicarse cómo una tan despreciable partida como la que mandaba el Estudiante de Villasur hacia mas de un año, que se enseñoreaba de una dilatada estension de la provincia de Búrgos, contando con la proteccion del pais, cual se vió de un modo palpable mas adelante, al poner precio á su cabeza.

Unicamente á fuerza de una activa persecucion le daban alcance algunas columnas, cual sucedió á la de D. José Arellano, comandante del 8.° tercio de la guardia civil, el dia 1.° de enero, que despues de seis horas de persecucion al trote, alcanzó al Estudiante cerca del puente de Roa, donde batió y dispersó toda su gente, que dejó en el campo una pequeña pérdida. A este resultado contribuyó tambien el coronel del 11.° tercio D. Leon Palacios, que anteriormente se habia incorporado á la fuerza del comandante Arellano. El resto de los montemolinistas se salvó por lo pantanoso del terreno, y haber pasado á nado el rio Duero, lo cual hicieron tambien las tropas; pero sobrevino la noche, y no les fué posible darles alcance.

Los pormenores detallados de este encuentro son curiosos.

Serian las dos y media de la tarde cuando un movimiento y griteria general indicó que algun suceso de importancia iba á tener lugar en

la hermosa planicie denominada de la Vega: con tal motivo, la mayor parte del vecindario recurrió presurosa al Espolon, que es el punto que la domina, y desde allí presenció lo siguiente: la partida montemolinista, capitaneada por el Estudiante de Villasur, y su segundo D. Manuel Alonso, compuesta de 36 á 40 caballos, venia en direccion del puente de Roa, perseguida con media legua de distancia por 60 caballos y mayor número de infantes de la reina; y como el terreno que ocupaban los montemolinistas estaba circunvalado por los rios Riaza y Duero, no tenian mas medio de salvacion que pasar á todo trance el puente.

Ignoraban sin disputa ninguna que este paso estaba tomado á la sazon por 36 caballos de la guardia civil y carabineros, con mas otros tantos civiles de infantería, quienes no sabiendo tambien que los montemolinistas se les echaba encima, estaban dando pienso á los caballos y los infantes distraidos en las cercanías de la venta que está contigua al puente. Asi, se acercaron los unos á los otros como á distancia de tiro de fusil, y en esto entró la confusion entre los dos partidos beligerantes, mútuamente sorprendidos é irresolutos sobre el partido que habian de tomar, desvaneciéndose la sorpresa de los civiles con tirarles algunos tiros la infanteria, ínterin se preparaba la caballería para el combate.

Los montemolinistas no pueden retroceder porque viene el enemigo á retaguardia; no pueden avanzar, porque le tienen de frente, y en tan crítica situacion no tenian mas medio que rendirse á discrecion ó perecer, y esto se creia con tanta mayor razon, cuanto que el único medio de poder salvarse, estaba en permitirles la columna de atrás poder vadear el Duero por el sitio del puente caido, distante de donde se hallaban dos leguas y media, cosa que á todos parecia imposible.

En estos apuros emprendió la retirada hácia este vado con mucho órden; unas veces á trote sostenido, y otras á galope en igual forma, y siempre unidos como los dedos de la mano, hasta que consiguieron repasar el Duero, con solo la pérdida de un muerto y dos heridos, el capellan que llevaban en su compañía y el titulado Porhuguesin, otros dos que se presentaron, la aprehension de dos ó tres caballos, algunas armas y efectos de insignificante valor.

Réstanos hacer justicia á los dos partidos. Los montemolinistas debieron su salvacion á la buena direccion que supo darles su segundo gefe D. Manuel Alonso, quien como conocedor del terreno que pisaba, los condujo al monte de Ventosilla con mucho órden por el mejor camino y sin perder un solo palmo.

Los de la reina no lograron capturarlos, porque ignorando los muchos escollos que para la caballería é infanteria ofrecen los cáuces de la vega, perdieron bastante tiempo en ellos, y se retiraron cuando mejor creian cortarles, porque las acequias impedian saltar á sus caballos.

Poco despues estuvo á punto de caer el Estudiante en poder del comandante Villanueva en los montes de Cilleruelo, pero un tiro escapado á un infante de la espresada columna hizo que el mencionado partidario se apercibiese de la aproximacion de aquella fuerza y emprendiera la marcha.

Un mes hacia que se hallaba de capitan general de Cataluña D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, y aunque no del todo, habia mejorado en mucho la lamentable situacion del Principado, merced á las acertadas y generosas providencias que adoptó para captarse el aprecio público. No fue de las menores la que media hora antes de montar á caballo para trasladarse á la alta montaña, centro del teatro de la guerra, llevó á efecto con magnánima nobleza.

Varios progresistas bastante notables de la capital, entre los cuales se hallaban D. Antonio Minguez, D. Antonio Apignani, D. José Pí, D. Francisco Camprubi y D. José Martorell, presos en el fuerte de la ciudadela unos, y otros en las cárceles nacionales, por delitos de supuesta conspiracion contra el gobierno de doña Isabel II, fueron puestos en libertad por mandato espreso, devolviendo tan laudable resolucion la tranquilidad y la calma al seno de sus angustiadas familias. Esperábase que durante el mando de una autoridad militar tan justiciera, el Principado no presenciaria el horrible espectáculo de ver morir en un suplicio á los liberales, ni precisados á aprontar cuantiosas sumas, que bajo el nombre de multas, les impusieron en tiempos no muy distantes.

Corrian en tanto mil versiones con motivo del estrecho y riguroso bloqueo que tenian puestos los montemolinistas á la ciudad de Vich, punto donde se hallaba entonces el cuartel general. La obstinada resistencia de aquel cabildo en no querer pagar las contribuciones que impusieran á dicha ciudad los enemigos, era causa de que sus habitantes, y en particular la clase pobre, tocaran muy de cerca los efectos de tan triste como desastrosa providencia.

Comenzaron á faltar en la plaza algunos artículos de consumo, vendiéndose los que por casualidad aparecian á precios muy subidos, por el grave riesgo que corrian sus proveedores de caer en manos de los que mantenian el bloqueo: á medio cuarto de hora de la ciudad, y en el márgen de los caminos que conducen á ella, se veian clavados unos postes de ocho ó nueve pies de elevacion, sosteniendo un cartel que contenia la órden mas severa y terminante para los que intentaran traspasar aquel límite. Sin embargo de que las columnas del ejército que incesantemente recorrian el pais, conseguian á veces echar por tierra y destruir esos padrones de crueldad, á la mañana siguiente volvian á aparecer en los mismos sitios ó en otros no muy apartados.

Por faltar á las órdenes establecidas en estos postes fueron fusilados algunos infelices trajineros.

El decreto espedido por el gobierno en el mes anterior llamando 25,000 hombres al servicio de las armas, no produjo el menor efecto

en el ánimo de los catalanes por la consideracion que merece el pais y por el indomable carácter de sus habitantes. Por eso al mismo tiempo que se estaban sorteando los jóvenes de las demas provincias de España para el remplazo del ejército, se persuadia el gobierno de la decidida é invencible dificultad que se toca en estas montañas para poner en ejecucion un sistema que tantas lágrimas y amarguras causaba en las familias pobres y desvalidas. Pasarian los catalanes por las horcas caudinas antes que obligarles á ser soldados. Entre tanto se verifican las quintas contribuyendo todos los jóvenes con la cantidad que el cuerpo municipal les señala, en la suposicion de que tengan medios con que satisfacerla, pues de no, se llenan los vacíos del mejor modo que se puede. Tales son los hábitos que tienen arraigados y que con vana porfia se tratará de hacer desaparecer.

El 2 de enero á las cinco de la tarde entraba en Reus el comandante general Enna con un batallon de Vergara y otro de Antequera conduciendo 140 montemolinistas y los gefes Ribas, padre é hijo, y Sabaté de Cormudella, los cuales se presentaron al indulto, parodiando á los Posas y Monserrat.

Habia ya muchos dias que se decia entre los oficiales de varias columnas que el general Galiano estaba en tratos con los referidos gefes y algun otro que no los siguió. Seguramente acabarian por entenderse, pues el 31 por la mañana se encontraban en la Vilella baja (Alto Priorato) los cabecillas Ribas, Sabaté, Linconet y otros, cuando de repente se vieron rodeados por cuatro columnas de tropa. Al momento los montemolinistas vendidos, empezaron á propagar la voz entre su gente de que no habia remedio de salvacion, y que por lo mismo valia mas sacar un buen partido, que no dudaban lo sacarian, y tenian razon, (pues ya lo sabian de antemano) y asi es que viéndose engañados, se rindieron y pasaron á las filas de Isabel II con todos los honores de la guerra y con reconocimiento de todos los grados y empleos. Simonet de Montroig se escapó antes de llegar á Falcet con una partida que seria de unos 60 hombres, y el 1 por la noche se fugaron un gran número de Falcet, gritando traicion y venganza. Los que entraron en Riba eran la mayor parte muchachos, y con el mayor descaro estaban insultando á sus gefes, Ribas y Sabaté, que iban montados entre la turba.

A las doce del 2 llegó á Gerona el cuartel general.

Sabedor el capitan general que Cabrera concentraba sus fuerzas en Amer, salió de Vich el 30 al medio dia, y fué á pernoctar á Villadrau como punto céntrico, desde el cual podria contener las incursiones del enemigo.

Al llegar á Villadrau se supo que algunas partidas montemolinistas reunidas estaban en Breda, y calculando entonces el general que quizás intentarian invadir la marina ó pasar al campo de Tarragona, dispuso que las fuerzas al mando del brigadier la Sala y del coronel Ruiz, marchasen sobre Hostalrich y San Celoni á cubrir las avenidas del Moseny, mientras

él mismo en persona faldeaba el monte para caer á retaguardia del enemigo. Pero al llegar á Arbucias se supo la inexactitud de la noticia, y que solo se hallaba en Breda la caballería de Marsal y algunos infantes, en vista de lo cual resolvió el general Concha seguir su marcha á Gerona, tanto para activar la organizacion de las columnas de dicha provincia, como para hacer los reconocimientos tipográficos que exigia el establecimiento de la línea telegráfica.

Mas estando ya cerca de Gerona se supo desde Granollers que la partida de Marsal habia atravesado la carretera en direccion de Cassá de la Selva; cambió al momento de dirreccion el general, y despues de dirigir sobre dicho pueblo el 6.° batallon de cazadores y una seccion de caballería al mando del coronel Solana, se encaminó con el resto de la fuerza á Camplloch, para el caso probable de contramarcha por parte de los montemolinistas.

En efecto, Marsàl con 600 hombres y alguna caballería estaba en Cassá de la Selva sin noticia del movimiento del general Concha; pero bien pronto supo la aproximacion de las fuerzas isabelinas, y evacuó precipitadamente el pueblo, casi en el acto de entrar la vanguardia de estas á las órdenes del coronel Oscariz, protegida por la noche que ya habia cerrado. Avisado el capitan general, acudió apresuradamente desde Complloch, pero el enemigo ya se habia fraccionado en diferentes direcciones.

Marsal llevaba 400 infantes y veinte y tantos caballos cuando cruzó la carretera con direccion á Cassá de la Selva, y tuvo efecto lo que se acaba de referir.

Los montemolinistas tenian bloqueada la importante poblacion de Balaguer, sin que lo impidieran las columnas que operaban en aquel distrito, y sin embargo de haber pasado por la ciudad la columna del brigadier Contreras con direccion á Lérida, en donde se unió con la del Peb del Oli, compuesta de 1500 infantes, dos compañías de miqueletes y unos 40 caballos, que tambien pasó por Balaguer.

Es preciso fijar la atencion sobre el suceso que acabamos de narrar; no parecia sino que unos y otros tenian interés en no encontrarse, y andaban buscándose las vueltas para ir, si no uno detrás de otro, paralelos al menos, y marchar y contramarchar sin mas resultado que el decir en un parte al gobierno: he tomado tal, y posicion que tenia el enemigo que se ha dispersado en fracciones difíciles de perseguir.

En la montaña de San Mateo recorria con ventajas la partida republicana al mando de Ferratéz; pero dispuso el general segundo cabo saliera el brigadier comandante de las escuadras del Principado, D. José Vivé, y el coronel del Rey, D. Cárlos María Fanch, á fin de que en combinacion con el coronel Busto, que mandaba la columna de carabineros practicasen una batida por aquel terreno, que dió por resultado la aprehension de 32 prisioneros, tres caballos, 22 armas de

fuego, ocho cananas, tres bayonetas, un sable y algun herido.

El Maestrazgo volvió á ser nuevamente invadido por los montemolinistas, entrando 200 al mando del indomable Raga, en un pueblo poco distante de Urnariz, donde tuvieron un pequeño encuentro con la tropa, sin resultados notables para una y otra parte.

En Uldecona y algunos otros puntos aparecieron tambien algunos insurrectos que obedecian á Raga.

Cabrera y Marsal permanecian reunidos en Amer, pasando alegres y bulliciosos dias, entreteniendo las noches en bailes de gefes y oficiales, de sargentos y clases bajas, ejercitando por el dia sus soldados de infantería y caballería. En medio de este sosiego que les dejaban disfrutar, reclutaban partidarios los montemolinistas en los pueblos limítrofes.

El 2, en vista de la llegada á Gerona del general, abandonaron el punto de Amer, tomando diferentes direcciones: Cabrera, con sus principales gefes hácia la parte de Olot; Marsal por la de la Selva y lado del Ter; Suvany por la de Santa Coloma. El primero, al llegar á las dos de la tarde á San Martin de Cantallops, mandó confesar, poner en capilla y fusilar á los coroneles de su comitiva D. Miguel Pons, hermano del Peb del Oli y D. Juan Oristizabal, por sospechas de conspiracion, y planes de presentarse á las autoridades de Cataluña.

Al verse este alcanzado por el comandante general del Maestrazgo cerca del convento de Benifasá, se dividió en pequeños grupos, huyendo en varias direcciones. Otro encuentro mas sério tuvo con el capitan D. Pedro Grau, quien yendo en busca de Raga, le alcanzó al cuarto de hora de su salida de Yodal, hallándole parapetado en unos corrales, desde donde rompieron los montemolinistas un vivo fuego contra la vanguardia que mandaba el teniente D. Máximo Martinez. El capitan Grau los cargó á la bayoneta, desalojó y dispersó completamente, causándoles varios heridos y cogiendo el caballo del mismo Raga, cuatro fusiles, un trabuco y otros efectos. Distinguióse ademas del teniente y capitan citados, el sargento primero D. Esteban Cuarter.

La posicion de Amer era sumamente ventajosa á Cabrera, y aunque el 2 salió de este punto no le abandonó, pues se hallaba en él el 6.

El siguiente dia salió Concha de Gerona entre siete y ocho de la mañana con toda la fuerza que habia entrado, acompañándole el general Nouvilas con toda su division. Se dirigian hácia Amer en busca de Cabrera.

El dia anterior estuvieron reunidos Borges, Guerxó de la Ratera y Tristany en el pueblo de Manresa, á dos leguas de Cervera.

En Reus se presentaron 200 montemolinistas, cuyos gefes se dejaron circunvalar de tres columnas y se pasaron; mas á las pocas horas ya habian desertado 50 con el cabecilla Simonet. A todos los ofi-

ciales se les reconoció sus grados y empleos, porque tales eran las condiciones para entregarse.

Todas estas presentaciones empezaban á surtir su efecto en las filas montemolinistas y comenzaban los soldados á desconfiar de sus gefes mas queridos, y los mismos gefes entre sí, y prescindiendo por ahora del resultado que dieron estos tratos, del cual nos ocuparemos á su tiempo detenidamente, veremos ahora que tuvieron muchos gefes que protestar su lealtad para seguir poseyendo la confianza de sus compañeros y la del soldado.

Como era natural se esplotó está circunstancia para enervar el entusiasmo de lós montemolinistas, y tales voces corrian, ya de que estaban forzados los soldados en las filas, ya de que los gefes se tendian lazos para que los vendidos destruyeran á los leales, ya en fin, se aseguraba que hasta el mismo Cabrera se prestaba á ciertas condiciones que sino le eran muy honrosas, no carecian de interés por ser sumamente positivas.

A todas estas voces contestó Bórges con la siguiente carta que dirijió á un amigo suyo para que la publicara.

«Señor D...

«Todo hombre que se precia de amigo de la verdad y de su patria, debe seguir la bandera bajo la cual me honro de militar. Por esto sigo la causa de mi legítimo rey don Cárlos VI (Q. D G.) al cual »defenderé con mi espada hasta que yo respire. Sírvase V. hacerlo »publicar en los periódicos de esa, á fin de desmentir las voces con que »la calumnia dice que yo me he vendido á un partido impuro. Jamás »me he vendido ni me venderé, aunque por ello sepa morir; pereceré »antes que no defender á don Cárlos y á la España.

»Haga V. público, si lo tiene á bien, que todos los guerrilleros no »me siguen de mala gana; nuestras columnas pueden acogerse al indulto, prévio permiso mio; no quiero forzados.

»Queda suyo y B. S. M.=El comandante general de la provincia de »Tarragona, general de los reales ejércitos y guerrillas sueltas de la »misma provincia.

»Borges.»

No eran todo presentaciones; pues en tanto que Ribas y Sabaté se presentaban en Reus, salian jóvenes de Cervera á engrosar las filas enemigas y á ocupar quizá mas adelante el vacío que dejaran los que se presentaban.

Alcalá Galiano fué nombrado comandante general de la provincia de Lérida, á cuya poblacion llegó el 9, saliendo á recibirle el briga-

Digitized by Google

dier Quintana, gobernador de la plaza, y el brigadier Contreras con algunos oficiales.

El 10 salió de Lérida una pequeña columna para efectuar una batida. Estas tenian lugar con bastante frecuencia en todos los demas puntos, con mas ó menos resultados.

En una de ellas, la columna del coronel Garset, alcanzó á la partida de Escoda en las alturas de Garraf, causándola la pérdida de cinco heridos y dos prisioneros.

El coronel graduado don Ignacio Plana, gefe de la columna de Molins de Rey, sorprendió al mismo Escoda en el pueblo de San Cugat, despues de atravesar por la barca de San Boy; siendo de mayor consideracion la pérdida que le ocasionó, pues consistió en cuatro muertos y 50 prisioneros, con varias armas, municionos y algunos caballos, quedando diseminada la partida en pequeñas bandas por aquellos bosques. Tomaron parte en esta operacion el capitan don Santiago Garcia, que mandó una subdivision; el de igual clase de aquel tercio, Monserrat, y otros oficiales de los cuerpos del Rey, Soria y 1.° de cazadores, y de caballería de Sagunto y Santiago.

No impedia esto que continuara estrechándose mas cada dia el bloqueo de Vich, que se iba estendiendo á Olot, Solsona, Berga y otros puntos que no pagaban inmediatamente la contribucion que pedian los montemolinistas. Hallábase la columna de Santiago hácia la montaña en persecucion de los montemolinistas, y entre tanto se adoptaron algunas medidas preventivas en Vich, siendo una de ellas dividir la ciudad en cuatro cuarteles, nombrando para cada uno otros tantos gefes del ejército, quedando á sus órdenes los individuos que tenian las armas en sus respectivas demarcaciones, para cuando hubiere necesidad de mostrar resistencia á cualquier agresion.

Tal era el estado á que habian llegado las poblaciones de Cataluña. Añádase á esto los vejámenes que algunas familias sufrian por parte de las autoridades, y se tendrá cabal idea de la situacion de aquellos desgraciados pueblos, de los que eran espulsadas las familias de los que iban á combatir en las filas montemolinistas, como dispuso el comandante general de Olot, y que se denunciaran los que habian marchado desde 1.° de diciembre último.

Por providencia del capitan general se comenzó á dar armas á algunos paisanos.

Cabrera iba concentrando sus fuerzas en la comarca de Guillerías, disponiéndose á presentar batalla. Deciase que le acompañaba un oficial inglés, á quien se suponia adornado de vastos conocimientos militares, y que estaba á su lado lo mismo en campaña que en los alojamientos.

No aseguraremos esto, aunque nada tiene de particular, sí diremos que Ceballos, su gefe de E. M., era uno de sus mas inseparables compañeros y el que dignamente podia serlo por instruccion,

despejado ingenio, y por su valentia, que todo merecia ser empleado en mejor guerra que en la civil; mas no desmerecen por esto las buenas cualidades que reconocemos en el amigo de Cabrera, el consecuente Ceballos.

Resueltos los montemolinistas á sostener la guerra en Cataluña y persuadidos de las inmensas dificultades con que tendria que luchar Cabrera, si se reunian en el Principado para combatirles todas las fuerzas del ejército, hacian los mayores esfuerzos para promover alzamientos en otras provincias, sino con la esperanza de que tuvieran feliz éxito y pudieran ser duraderos, con el fin de llamar la atencion en varios puntos á la vez, y hacer que en todas partes fuera preciso permanecer siempre en inquietud y desasosiego con las tropas necesarias para resistir cualquier tentativa y evitar un golpe de mano.

En Galicia empezaron á trabajar antes de que concluyera el otoño último para levantar partidas; díjose despues que habian desistido de su intento viendo las inmensas dificultades que se ofrecian; y ahora volvian á tratar de encender allí la guerra civil, aprovechando los elementos que pudieran emplearse en favor de la causa del Pretendiente.

Otro tanto sucedia en las provincias Vascongadas, donde el 14 de enero penetraron algunos montemolinistas que sorprendieron y desarmaron á cuatro carabineros en la madrugada del siguiente dia, dejándolos luego en plena libertad. Esto acontecia en Navarra, en cuya capital ó en sus inmediaciones, comenzaban á reunirse varios grupos que se distribuyeron en diferentes partidas al mando de Sotico, cura de Allo, y otros que escogieron los alrededores de Estella por campo de sus operaciones, mandando ya una fuerza de cerca de 200 hombres bien armados y equipados, los cuales tuvieron que abandonar el campo al aproximarse el conocido por el cura de Dallo, que marchó en su persecucion. A pesar de la activa y entendida que esta era, su competidor el de Allo la burlaba, sin abandonar las cercanías de Estella.

Aguirre, Sanz y Arrondo con unos 150 hombres, se veian en Guipúzcoa acosados por las columnas reunidas de Urdapilleta y Artola: avistáronse al anochecer del 18 en los montes de Saldias; pero no se chocaron por haber sobrevenido la noche que dificultaba cualquiera operacion en las espesuras que aumentaban la oscuridad.

Creíase que esta nueva invasion en las belicosas provincias, que habian sido la base de la anterior guerra civil, seria efecto de mayores y mejor combinados planes, y se empezó á temer; por lo cual se adoptaron medidas salvadoras, hasta por la diputacion foral: esta autoridad paternal, que sacrificándose siempre por la felicidad de los vascongados, ejerce sobre ellos el natural influjo á que es acreedora tan benéfica institucion.

El segundo del capitan general D. Ramon de Berrenechea, les habló tambien en el dialecto del pais, lo cual era para ellos de un efecto estraordinario, pues podian comprender todos las palabras con que

les convidaban á continuar gozando de las inefables dulzuras que les proporcionaba la paz, que hacia ya nueve años disfrutaban. Unido á esto la correspondiente declaracion en estado escepcional, con todas las consecuencias anejas á tal situacion, bastante conocidas por desgracia en nuestro pais, veremos que por parte de las autoridades de la reina se adoptaron las providencias indispensables para conjurar la tormenta que amenazaba. Necesitaban las autoridades que todo el decantado levantamiento se limitára á los pocos que entraron en España por la barca de Narbalosa unos, por entre Irun y Vera otros, y no muchos por los Alduides.

En persecucion de estas cortas fuerzas salieron de Pamplona dos compañías de preferencia y 50 caballos. Estos y las partidas de que ya hemos hablado, venian á hacer un total de 2000 á 3000 hombres, con los cuales podian esterminar en breve á los invasores. Asi vimos que á los pocos dias se hallaban Arrondo, Sanz y Aguirre en la formidable peña de Larrun, situada en el límite que forman España y Francia por la parte de Guipúzcoa. Las fuerzas que les perseguian no les dejaban penetrar en España: no podian tampoco batirlos por esta parte inespugnable, y ya que no pudieron penetrar en territorio estranjero, les tuvieron como sitiados, en cuya situacion no podian permanecer mucho tiempo, viéndose precisados á retirarse é internarse en Francia, como al fin lo ejecutaron.

La partida que mandaba Soto se veia tambien vivamente perseguida hasta el punto de quedar reducida á unos 95 ó 100 hombres, gefes y oficiales la mayor parte. Los partidarios Landa y Moriones no tenian mejor suerte por la otra parte de Navarra, pues fueron batidos por la partida del coronel del regimiento de Sevilla, D. Jorge Tomás, en las alturas de Arrola, esperimentando los enemigos la pérdida de dos muertos, tres heridos, 20 fusiles, una corneta, cinco bagajes y otros efectos.

El mismo gefe consiguió á poco otro pequeño triunfo sobre los montemolinistas y centralistas que en número de 200 invadieron el 29 la ciudad de Sangüesa, mandando los primeros el coronel Soto, y los segundos el capitan Moriones. Todas estas ventajas que conseguian las tropas de la reina, hubieran resaltado mas á no empañarlas con la sangre que derramaron los prisioneros fusilados en Estella, Cirauqui y otros puntos.

La partida del cura de Allo y de Iturmendi fué alcanzada, batida y dispersada el 30 en el monte de San Gregorio, en Navarra, por la columna del coronel D. Luis Serrano, compuesta de tropas, guardias civiles y miñones de esta provincia. Dicha faccion constaba en su mayor parte de gefes y oficiales montemolinistas.

Sufrieron estos en el encuentro la pérdida de ocho ó 10 muertos y bastantes prisioneros.

Fué luego cargado el resto por la caballería y una mitad de miño-

nes, y el comandante de estos dos, D. Lesmes Salazar, sufrió la pérdida de su caballo y de cuatro mas de la guardia civil.

Volvia el Maestrazgo á ser invadido por partidas montemolinistas, que eran un foco de insurreccion para este reino. El 15 de enero entraron 26 ó 30 hombres en Onda y en otros pueblos. Las demas partidas seguian vagando por la provincia de Castellon, y la partida de Raga posesionada de los puertos. De Valencia salieron tropas, aunque si se aumentaban los montemolinistas, se verian en grandes apuros, porque quedó esta provincia sin ejército por haber pasado á Cataluña.

El 19 fueron sorprendidos por el destacamento de la Cenia el montemolinista Guardia, el titulado capitan D. Joaquin Respine y otro oficial llamado Matamoros, habiendo muerto los dos últimos, y fugádose el primero por medio de un ardid, despues de hallarse ya en poder de cuatro soldados. En los dias 18, 19 y 20 se acogieron á indulto seis individuos, entre ellos un hermano de Raga y el montemolinista Guardia.

El gefe montemolinista Raga repasó el Ebro con 13 hombres, los cuales le abandonaron presentándose á indulto el 20 en la plaza de Tortosa. Quedaba por consiguiente restablecida la paz en la derecha del Ebro, consistiendo la pérdida total de las partidas que intentaron renovar la guerra en cinco muertos y 85 presentados á indulto. Resultados debidos á la constancia y decision con que operaron las escasas tropas destinadas á la persecucion de los montemolinistas.

La partida que habia aparecido en Ludiente fué desconcertada y destruida por las medidas que adoptaron el comandante general de Castellon y el brigadier Llorens.

Volvamos á Cataluña, donde dejamos á Cabrera empeñado en poder presentar sus fuerzas en combate. Bien conocia esto Concha, y si bien es cierto que no esquivaba la lid con su enemigo, lo es tambien que no podia ni debia consentir su organizacion; por lo cual se dirijió á impedirla; y Cabrera que no se hallaba en disposicion de hacerle frente, dejó sus acantonamientos de Amer, Susqueda y Vidrá, y dividiendo sus fuerzas, burló el plan que Concha tenia para batirle.

El capitan general entró en Vich, de donde salió el 22 de enero, sin dirijirse á Vidrá, en cuyos alrededores merodeaba Cabrera con unos 400 infantes, penetrando impávido en la villa sin temor de ser atacado, pues obsequiaban sus oficiales á las señoras del pueblo con bailes.

Vidrá y Amer eran puntos interesantes para los montemolinistas, y los escojieron para teatro de sus operaciones. Acudió á él Marsal y se acampó en Amer con 1,200 hombres. En la parte de Olot estaban Altimiras, Estartús y Saragatal con unos 600 hombres.

Concha al salir de Vich se proponia limpiar aquella comarca de enemigos, decidiéndose á no descansar hasta conseguirlo; por esto sin duda ordenó que las columnas fueran completamente socorridas por un mes.

Todos cuantos deseaban la pronta terminacion de la guerra, no podian menos de congratularse al ver estas disposiciones de Concha, que contando con tan sobrados elementos, se hallaba firmemente decidido á no descansar un momento hasta conseguir la suspirada paz. Circuláronse á los gefes de columnas las órdenes mas apremiantes, dispusiéronse planes, se alentó al soldado y solo faltaba ya pelear.

Accion del Pasteral.

Tenian los montemolinistas grande interés y especial empeño en conservar el pueblo de Amer, base principal de sus operaciones. Este pueblo situado en el centro de la montaña sobre la márgen izquierda del Ter, se halla protegido por las profundas aguas de este rio y tiene á sus costados espesos bosques, baluartes, naturalezas donde los rayos del sol penetran dificilmente y que ofrecen una série de posiciones, subordinadas unas á otras, poco á propósito para desplegar grandes fuerzas, pero escelentes para apoyar los movimientos táctios de una columna. Un espacioso anfiteatro que se estiende desde el Oeste de la montaña hasta los mismos bordes del Ter, tiene la denominacion del *Pasteral*, y fué centro de la accion que vamos á describir. En esta parte el rio estaba cortado por un puente de madera que habia mandado construir Marsal para facilitar las comunicaciones de la montaña con el llano y las escursiones de los montemolinistas en la márgen derecha del rio; por el lado de la Sellera se eleva una gigantesca mole de granito que domina la corriente del Ter, y al pie de aquella se estiende un dilatado llano muy idóneo para las maniobras de la caballería.

El 26 de enero llegó Cabrera á Amer con su compañia de Guias, su primer ayudante Ceballos y los coroneles Garcia y Gamundi. Hallábase en esta villa Gonfaňs (a) Marsal, que tenia á sus órdenes el batallon denominado de *Gerona* y dos de *Hostalrich*, formando entre todas estas fuerzas un total de 500 infantes y 12 tiradores de á caballo.

Media hora habria trascurrido desde la entrada de Cabrera en Amer, cuando recibió la noticia de que se habia roto el fuego en el *Pasteral*. El general montemolinista escuchó esta nueva con tranquilo semblante; dió órden para que dos compañias corrieran al punto amenazado, y se puso á almorzar sin afectacion y sin zozobra. Pero el encuentro era mas sério de lo que al principio se figurara Cabrera. El coronel Ruiz obedeciendo las instrucciones del general Nouvilas, se habia puesto en marcha desde Angles, á la cabeza de 900 infantes y 50 caballos; y tocando en la Sellera, se arrojó sobre el puente de madera del Ter, trabando desde luego la refriega con una escasa fuerza montemolinista que Marsal habia dejado en aquel punto para protejer el puente. Arrollada esta débil fuerza empezaron á pasar los isabelinos á la orilla izquierda, y ya

lo habian verificado 20 soldados, cuando cayeron sobre ellos de repente los montemolinistas de Amer, profiriendo estrepitosas aclamaciones y gritos de *viva el rey, viva el conde de Morella.* Este momento debia ser decisivo. Los 20 soldados, temiendo ser envueltos, se replegaron velozmente, y lograron repasar el Ter, mientras el grueso de la caballería é infantería isabelina dominaba la eminencia que se destaca sobre el rio, y la caballería y reserva ocupaban el llano de que hemos hecho mérito tambien. Alentado Cabrera con esta primer ventaja, no vacila un instante; precipita á sus guias sobre el Tér, y estos valientes soldados, dóciles á la voz de su gefe, atraviesan el rio con el agua al pecho en el corazon del invierno, seguidos de los 14 caballos de Marsal, y al llegar á la orilla derecha, acometieron con tal furia á la columna de Ruiz, que la obligaron á encerrarse en unas casas contiguas á la Sellera. La caballería isabelina, situada ventajosamente, amagó una carga á los 14 caballos de Gonfaňs, pero estas se replegaron mas de 30 pasos hasta colocarse bajo la proteccion de su infantería, sin haber perdido mas que un caballo.

El choque habia sido empeñado, pero no tan sangriento como podia presumirse. Perdieron los isabelinos 16 muertos, dos de ellos oficiales y 10 prisioneros: los montemolinistas tuvieron cuatro soldados de infantería y uno de caballería muertos, con varios heridos. Eran dueños del campo de la accion y habian conquistado una superioridad decidida.

La noche no puso término al afan de combatir y al deseo de la victoria: Marsal trató de apoderarse de una de las casas en que estaban encerrados los isabelinos, y no perdonó medio alguno para lograrlo. Todos los resortes que impelen al hombre al sacrificio de su vida, como el honor, la ambicion, la codicia, todos los puso en juego el gefe montemolinista para avivar el ardor belicoso de sus oficiales y soldados. Arengó á unos y á otros; prometió á los primeros el grado inmediato, y á los segundos recompensas pecuniarias si se decidian á incendiar la casa. Era la empresa sobrado árdua, pues para llegar hasta el edificio hacíase preciso arrostrar una granizada de balas que salian de todos sus costados; mas los oficiales montemolinistas avanzan con ejemplar intrepidez; sus soldados les siguen con hachas en la mano y no se sabe cuál habria sido el resultado de tan tenaz empeño y tan gallarda defensa, si el edificio asentado sobre sólidos aumentos, no hubiera resistido la accion incipiente del fuego, y si Marsal, viendo caer mortalmente heridos á dos oficiales y á cuatro individuos de tropa, y diez de esta clase heridos de menor gravedad, no hubiese dado órden para desistir de tan arrojado combate.

Pero la situacion de la columna Ruiz era dificil y comprometida á todas luces; porque falta de víveres y comunicaciones, se hallaba en la alternativa de sucumbir ó de abrirse paso con los filos de las bayonetas, corriendo todas las eventualidades y grandes contingencias que

llevaba consigo una série de combates en detall, contra fuerzas victoriosas que tenian por otra parte la ventaja de las posiciones.

Por fortuna, el general Nouvilas, que se hallaba á la sazon en Gerona, noticioso del acontecimiento, se puso en marcha inmediatamente, llevando bajo sus órdenes 1700 infantes, 100 caballos y media bateria rodada. Parte de estas fuerzas pertenecian á la columna del coronel Rios, quien iba tambien con la espedicion, y todas se reunieron á las de Ruiz en el pueblo de la Sellera, á las nueve de la mañana del dia 27. Cabrera habia recibido en la noche del 26 el refuerzo de un batallon denominado de *Olot* y 70 caballos.

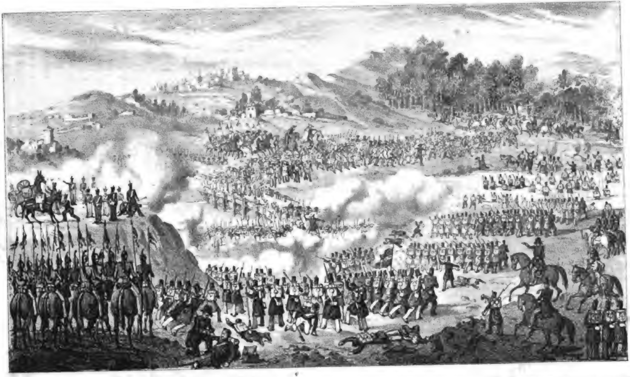
Esta tropa de refresco se situó en el bosque para sostener los movimientos de la caballería montemolinista, y la infantería que combatiera el dia anterior, apoyaba sus nutridas filas sobre las líneas paralelas del puente, decidida á disputar el paso de este hasta el último estremo. Bien conocia Nouvilas las grandes dificultades que presentaba la espugnacion del puente, y que si no lograba arrebatarle de pronto por medio de un gran golpe de fuerza, cosa á la verdad muy dificil, se veria empeñado en un combate largo sangriento, y sin esperanza de resultado propicio. Nouvilas colocó en batería las cuatro piezas de montaña sobre las alturas de la derecha del Ter, y maniobró sobre el puente y el vado de un molino que tenia en frente, mientras que el coronel Rios atravesaba en una barca el vado del Ter, llevando á sus órdenes el batallon de las Navas y el 1.° de Astorga. Saltan estas tropas en el litoral opuesto y arrollan el ala izquierda de los montemolinistas; procuran estos rehacerse al abrigo de su caballería y de la masa de infantería ocultas en el bosque; pero las cuatro piezas de montaña dirijidas por el capitan Mesa, fulminaron un terrible fuego de blanco, que introdujeron la confusion durante algunos minutos en las fuerzas montemolinistas obligándoles á pronunciarse en retirada.

A fin de sostener vigorosamente el movimiento progresivo del coronel Rios, dispuso Nouvilas que la caballería al trote marchase apoyando sus alas, y el mismo general puesto á la cabeza de las tropas que operaban bajo su inmediato mando, se arrojó al vado del Ter, atravesó este rio con el agua á la cintura y se esforzó á precipitar la retirada de los montemolinistas.

Sin embargo, recobrados estos de la primera impresion rehicieron sus columnas, y aunque los cañones continuaban jugando con grande acierto y por instantes, se le venian encima fuerzas enemigas muy inferiores por su número, emprendieron y sostuvieron con bastante órden y firmeza su movimiento retrógrado, echando Marsal con la caballería y un batallon de infantería por la carretera de Gerona á Amer, y siguiendo Cabrera con el resto de sus fuerzas una línea convergente, para caer sobre este último punto.

Pero aun retirándose no habia renunciado el general montemo-

Teatro de la Guerra.



ACTO DECISIVO DE LA ACCION ULTIMA EN EL PASTERAL

acaecida en Enero de este año

Digitized by Google

linista al pensamiento de vender mas cara la victoria á las tropas de la reina. Pretendia apoyar sus fuerzas en una nueva série de posiciones y desplegar en su defensa, rara y sangrienta tenacidad, y al efecto mandó hacer alto á una de sus compañias; echó pie á tierra y se puso á observar los movimientos de los isabelinos. En esta aptitud le alcanzó una bala de fusil que le atravesó el muslo derecho. Condujéronle apresuradamente á Amer, y de aqui á San Martin de Cantallops. El detrimento de sus fuerzas en una campaña tan poco gloriosa, comprimió el corazon de Cabrera, y una nube de tristeza eclipsó el ardor marcial en los ojos del caudillo; pero se disipó tan luego como despues de hecha la primera cura en la cuesta de San Martin le aseguró el facultativo que su herida no era de gravedad. El 28 conducido en una camilla y escoltado por la mitad de sus guias, pasó por entre dos columnas de la reina, y sin ser visto, llegó al punto que deseaba. Las columnas de Ruiz y Nouvilas llegaron á la vista de Amer, y recelando alguna emboscada, no se decidieron á penetrar en esta villa hasta el anochecer del 27, habiendo arrojado antes bastantes granadas de mano. Marsal al frente de las fuerzas que habian tomado parte en la accion, y acompañado de Garcia y Ceballos, llegó á Mieres el 27, ostigado por las dos victoriosas columnas.

Tal fué el éxito de este combate que duró dos dias, y en el que ambos combatientes mostraron un valor distinguido y un hábito de disciplina fácil de concebir en las tropas de la reina; pero muy estraña en los montemolinistas, atendidos los elementos de su organizacion. Las ventajas que alcanzaron el 26 las debieron á su denuedo; pero las tropas de la reina, no solo supieron vengar este descalabro, sino convertir la derrota en esclarecida victoria. La pérdida de ambas partes se diferenció poco en el número, pero sí en la calidad, pues la herida de Cabrera debia ser un golpe funesto para los montemolinistas. Tambien quedó herido un primo suyo llamado Velero, el ayudante y cuñado de Marsal y mas de 40 individuos de tropa.

Entre los muertos que ascienden á 25, estaban el ayudante de Saragatal y otros tres oficiales montemolinistas, siendo tres los prisioneros y dos los presentados. Las filas de la reina se disminuyeron durante los dos dias de la accion en 26 muertos, entre ellos dos oficiales, 35 heridos, en cuyo número deben incluirse tambien dos oficiales, cinco soldados y dos oficiales contusos. Ignórase si los diez prisioneros del 26 volvieron á su primera obediencia durante el calor de la accion.

En vista de tales hechos, ofrecen escaso interés los que acontecian en otros puntos, si esceptuamos la presentacion á indulto, que habia tenido lugar por este tiempo, de los gefes montemolinistas Sabater, Ribas, Lluis y Borras en la provincia de Tarragona.

Quedó efectivamente herido Cabrera en la accion del Pasteral, y fué conducido á Francia en una litera, sin mas acompañamiento que

la gente indispensable para conducirlo en hombros, y el físico.

Marsal que con rápidas y prolongadas marchas habia logrado fatigar y desorientar á las fuerzas de Nouvilas y Ruiz que le seguian la pista, dejó su infantería al abrigo de la montaña, y seguido de 110 caballos, tomó la carretera de Gerona, llegando al pueblo de Fornols á las dos de la tarde del dia 30. Apenas se habian apeado los ginetes teniendo aun de la brida á los caballos, cuando fueron acometidos bruscamente por la escolta del general Concha que habia salido de Bañolas cuando los montemolinistas se hallaban á una hora de distancia de este pueblo. Pasado el primer momento de sorpresa, se rehicieron los soldados de Marsal, y volvieron sobre la escolta, haciéndola varios muertos y heridos y obligándolas á abandonar la calle de que se habian posesionado, dejando en ella seis espadas y dos caballos. Esta ventaja alcanzada por unos hombres que se batian bajo la influencia perniciosa de la persecucion y mal repuestos de la sorpresa, debia ser precursora de otras mas decisivas, y ya se disponian los montemolinistas á estrechar á los isabelinos arrojándolos de la poblacion, cuando vieron venir á la carrera dos batallones de la division de vanguardia y precipitarse con ciego ímpetu en el combate. Los montemolinistas acometidos por todos lados, huyeron del pueblo con todo el poder de sus caballos. Siguióles el alcance la escolta de Concha, pero luego que Marsal se contempló seguro de la accion de la infantería, mandó á los suyos volver grupas, hacer una descarga cerrada y lanzarse despues sable en mano sobre los ginetes de la escolta, que desconcertados por esta resistencia tan vigorosa como imprevista, abandonaron la persecucion con mas apariencias de fuga que de retirada.

Sin detencion y sobre el campo de batalla, arengó Concha á las tropas, reprobando el comportamiento de la caballería, y concluyó dando la efectividad á uno de los heridos que estaba graduado de capitan, y á un sargento primero que lo era de alferez; distribuyó ademas algunas cruces de S. Fernando ó Isabel II entre los que mas se habian distinguido, y mandó se arrancasen los uniformes á tres soldados de caballería, que sufrieron ademas cien palos al frente de la columna, en la plaza del pueblo de Fornells.

Tales acontecimientos pusieron fin á la campaña del mes de enero de 1849.

CAPITULO IX.

Movimientos y choques de los beligerantes.—Nueva partida centralista.—Vuelve Cabrera al campo montemolinista: su proclama.—Continúan las operaciones.—Sucesos de Castilla.—Negociaciones y fusilamiento del baron de Abella.—Sorpresa de Cabrera por Pons (a) Peb del Oll.—Bando del general Concha.—Otro de Cabrera: influencia de estas disposiciones en el desenlace de la guerra.—Origen, progresos y término de los sucesos de Pinos.—Reflexiones.

A razon es el último cánon de todos los derechos; pero en las sociedades no podrian estos fijarse sin la intervencion de la fuerza material. Lanzado un problema político ó dinástico desde la region del entendimiento á la arena de los combates, no tiene otra solucion inmediata y sólida que la victoria, porque las transaciones no son propiamente consideradas mas que armisticios, en que el fuerte se debilita concediendo al débil una entidad moral de que carecia. Los hombres son los instrumentos de las ideas, se forman con las circunstancias, y los grandes genios como, los meteoros, solo aparecen en medio de las convulsiones atmosféricas y sociales. Por consi-

guiente, una causa no se pierde porque perezcan algunos de sus gefes, sino porque perezca esta misma en el fondo de la opinion. Hé aquí la razon por qué eran de todo punto inútiles las defecciones de los gefes montemolinistas; si la causa tenia existencia propia y poderosa en la razon y en los sentimientos del pais, acudirian á sostenerla nuevos y entusiastas defensores, y si se habia presentado desapoderada y débil en este doble dominio, bien por su orígen, bien por las circunstancias del momento, sucumbiria de una manera mas noble para los vencedores y para los vencidos.

La marcha franca seguida por el marques del Duero habia colocado la guerra en su verdadero terreno, y provocado varias acciones, siendo la mas notable la del Pasteral, de que hemos hecho detenida narracion. Pero si bien en esta accion se habian probado de una manera obstinada y sangrienta, las fuerzas de los combatientes, los montemolinistas, aunque cedieron el campo el segundo dia, no podian tener la conciencia de la derrota, pues habian sido oprimidos por fuerzas numéricamente muy superiores. Asi, no debe estrañarse el que recorrieran de nuevo y con mayor aliento, las provincias del Principado, entregaran nuevas acciones, reapareciera á su frente el caudillo tortosino, y devolviéndoles la esperanza que siempre inspira la presencia de un gefe considerado, les empeñara en nuevas lides, y sostuviera con la punta de su espada y la energía de su carácter una guerra tan falta de elementos propios y tan próxima á ser sofocada por la aglomeracion de elementos contrarios.

En los primeros dias del mes de febrero recorria la provincia de Reus una partida montemolinista, fuerte de 900 hombres y 80 caballos mandada por el general montemolinista Borges, secundado por el coronel Vilella y el centralista Baldrich. Esta fuerza cruzó todo el distrito de Montblanch, tocó en Vembode y Vinaixa, penetró seguidamente en el alto y bajo Priorato, inclinándose sobre Ponesa, Pobleda, Torroya, Grutallops y algunos otros pueblos, de los cuales sacaban dinero, jóvenes y caballos, teniendo como principal objeto de esta atrévida espedicion el de recojer los restos desorganizados de las partidas de Ribas y Sabaté, que vagaban por aquellas inmediaciones en pequeños grupos, sin brújula ni ley de disciplina, ó moraban en los pueblos deazonados con una situacion pacífica que repugnaba á sus instintos turbulentos, á su carácter bullicioso, y sobre todo, á su desapego al trabajo. Gracias á esta propension, lograron aumentar sus filas Borges y Baldrich; pero era casi imposible que en la posicion en que se habian colocado, pudieran esquivar un encuentro con las tropas de la reina.

Con efecto, las columnas de Enna, Quesada y Damato, que constituian un total de 3000 hombres, verificaban movimientos concéntricos, á fin de encerrar en reducido espacio, á los montemolinistas, cortándoles la retirada. Dos dias despues tomó parte en la combi-

nacion con su fuerza el general Galiano, y esta circunstancia complicó en gran manera la situacion de los montemolinistas: tenian de frente y flanco las fuerzas isabelinas, y á su espalda el ancho y profundo cauce del rio Ebro. El combate no podian ofrecerles probabilidad alguna de buen éxito, porque 1200 infantes y 60 caballos, muchos de ellos recien llegados y mal provistos de armas, no debian provocar sin rayar en temerarios, á 5000 hombres bien armados, organizados, disciplinados y con algunas piezas de batir. El atravesar el Ebro para arrojarse sobre el alto Aragon, no era tampoco asequible, porque escaseaban las embarcaciones, y si pretendian pasar en ellas, la operacion se haria lentamente y á la vista de un enemigo poderoso que podria barrer con sus fuegos á cuantos se presentáran en las márgenes del rio. Creyóse á los montemolinistas en la alternativa de rendirse ó de abrirse paso á la bayoneta, por entre las filas isabelinas, pero este último recurso, incierto y peligroso como todos los que sugiere la desesperacion, lo era mas, atendiendo á su notoria inferioridad en esta arma. No obstante, Borges sin arredrarse por el peligro, toma un partido pronto, y antes de dejarse circumbalar completamente por las columnas, ejecuta una hábil contramarcha, y se refugia en las Cuadras de Lema, situadas en el riñon de la montaña.

Este movimiento rápido dividió las fuerzas montemolinistas y las de sus perseguidores, y Villela unido á Baldrich, vino á las manos con el brigadier Quesada, en el Pont de la Armentera, el dia 11 de febrero. Duró la accion cuatro horas, y se peleó con encarnizamiento; los montemolinistas que tenian un interés notable en replegarse sobre el grueso de sus fuerzas, abandonaron el campo, pero sin la mengua de la fuga, y despues de haber causado á sus adversarios la pérdida de 10 muertos y 20 heridos, siendo menos grave la suya porque tenian la ventaja de las posiciones. Durante la accion, ocurrieron algunos rasgos de singular valor. El centralista Baldrich se batió cuerpo á cuerpo con un lancero isabelino, y le derribó del caballo mortalmente herido. Uno de los ginetes centralistas, notable por su elevada estatura, el vigor de su brazo, y su habilidad en el manejo del arma blanca, cayó atravesado de un balazo, y algunos otros oficiales isabelinos y montemolinistas se batieron con hidalgo denuedo y generoso ardimiento.

Borges, impasible, escuchaba á un cuarto de legua el ruido de los combatientes y el fuego de la accion. No pretendia empeñarse en el choque pero habia elegido una posicion privilegiada, y tomando una actitud imponente, mantenia en respeto á la columna de Damato que circulaba por aquellas inmediaciones, y ofrecia un fuerte apoyo en caso de derrota á las fuerzas que acaudillaban Vilella y Baldrich.

Entretanto reunidos los Tristanis, Bonet y Carragolet, al frente de una partida de 800 hombres, se situaron en las formidables posiciones de Peranca y Bresco. Alvarez, comandante de la columna de

Tremp, á la cabeza de 500 hombres, salió de Gerri dirigiéndose á Sort para caer sobre los montemolinistas; pero cuando supo el número y situacion de estos, se replegó rápidamente sobre Gerri, y pidió al comandante militar de la provincia refuerzos suficientes á impedir que los montemolinistas se enseñoreasen de aquel pais. Pocos dias despues, el 7 de febrero, marcharon tres columnas á incorporarse con la que se habia encerrado en Gerri, y las cuatro emprendieron una persecucion combinada que arrojó á los montemolinistas de aquel territorio.

La rapidez de sus marchas era sin duda el principal elemento de existencia de los insurgentes catalanes. Si en todas las guerras el tiempo es el mejor auxiliar y el beligerante que menos lo aprecia, es el que queda vencido, lo era mucho mas en esta en que lidiaban fuerzas tan desiguales, y en que los enemigos del gobierno tenian que multiplicarse, por decirlo asi, esforzando sus movimientos. Veíaseles, en efecto, en el trascurso de pocos dias, y á veces de pocas horas, agruparse y formar una partida respetable; precipitarse sobre una columna aislada; fraccionarse despues cuando acudian en su persecucion tropas de refresco; vagar alrededor de las poblaciones; penetrar de repente en ellas, con asombro de los habitantes y del pais entero; abandonar el rádio en que ejecutaban estas osadas operaciones, é incorporarse á otras partidas, y repetir sus proezas en un estremo opuesto.

Tal sucedió con Baldrich, á quien dejamos batiéndose el dia 5 en el alto Priorato. Despues de la accion se separó de Vilella, y se unió con su partida á Escoda, y ambos capitaneando 250 hombres, entraron en el pueblo de Villanueva. Permanecieron dos horas en la poblacion, sosteniendo un vivo tiroteo con un piquete de línea que se hallaba en la torre, y con los individuos de la ronda que se habian encerrado en la casa-fuerte. Al marchar se llevaron tres regidores en rehenes de una gruesa suma de dinero que habian pedido.

A este periodo debe referirse la aparicion en el Principado de Don Narciso Atmeller. Este hombre, ardiente defensor de los principios radicales, habia acreditado su celo en favor de estas doctrinas, durante las convulsiones políticas ocurridas en el Principado en los años 40 y 43. Con un carácter impersonable y entusiasta, con una alma de fuego, tenia Atmeller un valor intrépido y bastante ambicion para no apartarse de la línea que en política elijiera desde su principio. Inflexible, bien por orgullo, por cálculo ó por moralidad, Atmeller era á la vez estimado de todos los hombres probos que profesaban ideas avanzadas y de la parte sensible, irritable y levadiza de la sociedad que nada detesta tanto como la inconsecuencia de sus corifeos ó tribunos. Si se tienen en cuenta estos precedentes, parece que la venida de Atmeller debia ser de grande importancia, y asi lo esperaban muchos, porque confundian al hombre con el principio; el hom-

bre podia gozar aun de prestigio, pero el principio yacia agonizante en el fondo de la sociedad.

A las ocho de la mañana del dia 6 de febrero se presentó Atmeller en la villa de Bañolas, al frente de 420 hombres, mal armados y equipados y de dos caballos casi inútiles para el servicio. Acompañábanle con el carácter de gefes un coronel emigrado, otro sugeto apellidado Cuaristé, intendente que habia sido de la provincia de Gerona, los Molins padre é hijo, antiguos empresarios del teatro de Barcelona, y algunos otros oficiales emigrados.

Apenas puso el pie en la villa, se le unieron 40 hombres, y esperando que se aumentasen este número, y que los presentados tuvieran tiempo para equiparse, permaneció en Bañolas hasta las once de la mañana; mas no bien hubo emprendido su marcha, cuando se encontró con Marsal, que al frente de 320 infantes y 60 caballos se acercaba á la precitada villa. Saludáronse ambos gefes con el júbilo pintado en el semblante, y con la sonrisa en los lábios; apeáronse presurosamente de sus respectivos caballos, y se estrecharon las manos al parecer con cordial efusion á la vista de sus fuerzas, y disponiéndolas despues en órden de marcha, volvieron á entrar en Bañolas, donde estuvieron hasta las tres de la tarde, sin haber irrogado el menor vejamen á los habitantes. Cuando salieron los montemolinistas y centralistas por la puerta de Gerona, entraba por la opuesta la columna del general Nouvilas, y se cruzaron algunos entre las fuerzas enemigas.

Tambien ocurrió en esta época un suceso estraño, del que no ha podido encontrarse todavia la verdadera clave. Hallábase el 13 de febrero en la villa de Torá el gefe montemolinista Borges con la fuerza de su mando. Serian las ocho de la mañana cuando se presentó en el alojamiento de Borges uno de sus subalternos, acompañado de varios oficiales que le trataban con singular miramiento y deferencia. Dirijió el subalterno la palabra á Borges, y le anunció con el acento firme que infunde la conciencia de un deber, que tenia órden espresa de Cabrera para encargarse de la direccion de la gente que hasta entonces habia acaudillado Borges, y que este por consiguiente debia considerarse como destituido. Quiso Borges protestar contra tan inopinada determinacion, alegando sus servicios y constante adhesion á la causa montemolinista; pero el subalterno le impuso silencio, añadiendo con tono severo, que sus órdenes eran mas latas, pues tenia la de arrestar y llevarle atado á presencia de Cabrera.

Viendo Borges que los demas oficiales se aprestaban á secundar las órdenes emitidas por el estraño embajador, y no queriendo sin duda empeorar su causa con una resistencia infructuosa, se sometió á las intimaciones de sus adversarios, quienes, aprovechando la oportunidad, le ataron y sacaron inmediatamente de la casa en que se hallaba.

Pero no estaba consumada la obra del que se decia enviado de Cabrera. Circuló rápidamente entre los soldados montemolinistas la no-

ticia de hallarse preso y atado su gefe; reuniéronse en derredor del edificio donde habia ocurrido la anterior escena, y aunque no manifestaron el desórden con voces y estrépito, no atreviéndose á romper el último dique de la disciplina, el sombrío silencio que guardaban, la nube de tristeza que cubria su marcial semblante, y ese sordo murmullo que anuncia siempre el estadillo de una tempestad, y que empezaba á circular entre los grupos de los soldados, devolvieron la esperanza al corazon del gefe. Borges les arenga con tono y ademanes patéticos; protesta de nuevo su adhesion á la bandera montemolinista; enumera sus trabajos y sacrificios; les dice que es víctima de una oscura traicion, y apela por último á esa simpatía oculta que siempre hace vibrar las fibras del corazon de un soldado cuando el gefe la invoca oportunamente; les recuerda los peligros que han arrostrado juntos y la imposibilidad en que le pone la que él califica de aleve intriga, de continuar asociándose á sus penalidades, y de participar de sus glorias. Al llegar á este punto, le interrumpen los soldados; se arrojan sobre sus opresores; le desatan y le proclaman de nuevo su gefe, despreciando la órden que se suponia de Cabrera, y desoyendo las amonestaciones de sus oficiales. Restituido al mando Borges, mandó prender á los oficiales que le habian preso á él, y no tomando consejo mas que de su enconada ira, dispuso que los fusilasen inmediatamente en la plaza de Torá.

Por entonces se atribuyó este acontecimiento á una convencion del brigadier Pons (a) Peb del Oli con los oficiales montemolinistas, y si bien no faltan probabilidades en apoyo de esta suposicion, no ha podido depurarse la verdad.

No obstante el gran movimiento de tropas que habia en Cataluña, ocurrian pocos encuentros; los insurgentes prevalidos de esta circunstancia, entraban en los pueblos, y les imponian como antes, por medios suaves ó violentos, el sello de su voluntad. Santa Creu, nuevo partidario centralista, llegó el 12 á Villaseca con 20 caballos y 40 infantes; se apoderó del alcalde y de un particular que tenia un buen caballo, y se los llevó en clase de prisioneros. El dueño del caballo logró evadirse de manos de los centralistas; pero el infortunado alcalde pereció lastimosamente en un choque que sostuvieron estos con una partida de tercios catalanes.

Estartús, Muchacho, Plana y Tristany, con una fuerza de 1,200 infantes y 70 caballos, llegaron á Cacerra el 14, y Marsal y Saragatal se situaron el 15 en el camino de Vich á Barcelona, esperando un convoy que debia salir de este último punto. Escoltábale el coronel Hore con su columna; pero avistando á los montemolinistas en el Plá, les atacó con denuedo, sufriendo casi todo el golpe de la accion la caballería de Marsal, que no pudiendo resistir una carga á la bayoneta, se dispersó dejando en el campo algunos ginetes y caballos muertos. Tambien la columna tuvo varios muertos y heridos.

Atmeller era vivamente perseguido por el general Lersundi que habia reemplazado á Galiano en el cargo de comandante general de Lérida. Obrando Lersundi de concierto con otras muchas fuerzas leales que recorrian el Ampurdan, logró alcanzar al gefe centralista en el pueblo de la Llorona, y cayendo sobre él de improviso el 15, le arrojó sobre el territorio francés, causándole nueve prisioneros. Poco despues de la accion se presentaron á indulto varios inviduos de la partida.

La guerra que no habia perdido su energía durante los primeros dias del mes de febrero, debió adquirir mayores proporciones con la reaparicion de Cabrera. Este hombre que acreditaba en una campaña reducida la reputacion que conquistara en la anterior, mal restablecido de su herida, quiso ponerse de nuevo á la cabeza de sus tropas, anunciándoselo asi en la siguiente notable proclama espedida en mayo:

«Voluntarios catalanes.—Vuelvo desde hoy á dirigir personalmente las operaciones y los combates, queria decir, vuestras victorias que acabarán de cicatrizar mis heridas. Mis primeras palabras serán de agradecimiento á los gefes y oficiales por su vigilancia y decision; á los bravos voluntarios por su sufrimiento y disciplina; á mis queridos paisanos por sus públicos testimonios de aprecio, consuelos vivificadores que han adelantado mi cura, consuelos que vivirán eternamente en mi pecho.—Pueblos, voluntarios y oficiales, en nombre del Rey nuestro Señor (Q. D. G.) y con toda la efusion de mi alma, os doy las gracias por vuestra noble conducta.—Ya nos secundan enérgicamente Navarra y las Provincias Vascongadas.—No tardarán en imitarlas Aragon y Valencia.—En Galicia y Asturias las mismas tropas combaten el odioso gobierno de Madrid.—Otras nuevas importantes apresurarán nuestro triunfo.—Constancia, voluntarios! ¡esperanza, heróicos catalanes! unos y otros habeis conquistado la felicidad é independencia de España.—¡Independencia! Voz mágica para todos los españoles, blason sublime que vanamente intentan arrancaros algunos traidores.—En torno de esta sagrada enseña, todos los españoles nobles somos amigos; todos debemos agruparnos para jurar esta nueva guerra de sucesion que nos amenaza.—Franco ha sido el lenguaje del Rey; instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época.—Las promesas del Monarca las sostendrá con su espada—Cabrera, conde de Morella.»

Secundaba la fortuna los proyectos del caudillo montemolinista, aunque sus favores servian para sustituir algunas veces el defecto de prudencia en los gefes subalternos, mas bien que la actividad y el valor. Estas dos prendas se desarrollaban cada dia mas en el fondo del carácter inquieto y bullicioso de los guerrilleros catalanes y daban de

ella pruebas bien relevantes. Baldrich y Escoda que seguian unidos con sus respectivas partidas, concibieron la atrevida idea de arrojarse sobre el barrio de Gracia, uno de los de Barcelona, colocado estramuros de esta populosa capital, y sin reparar en inconvenientes ni detener la reflexion sobre los graves peligros que rodeaban á tan audaz empresa, se pusieron al frente de 400 hombres y se presentaron en Gracia, sosteniendo un vivo tiroteo con algunos mozos de la escuadra; uno de estos cayó atravesado el vientre de un balazo. El ruido del fuego podia oirse en Barcelona, y llegar en pocos momentos á esta poblacion la noticia de la estrema osadía de los centralistas; en cuyo caso no debian estos permanecer mucho tiempo en aquel punto, sin merecer la nota de temerarios; en efecto, fue breve, aunque no infructuosa, su permanencia, pues lograron aumentar sus filas con algunos jóvenes de Gracia, y demostraron á los habitantes, y á las autoridades de Cataluña, que fuera del recinto de las cuatro grandes capitales, ya no habia punto alguno donde los insurgentes no pudieran estampar su atrevida huella. Semejante circunstancia tenia para ellos en esta guerra el mismo valor y mayores utilidades que las grandes victorias que en una guerra nacional, abren á un invasor estrangero las puertas de un pais. Representaba, en efecto, la indiferencia de los catalanes, y en las guerras civiles, análogas á la lucha de dos sentimientos contrarios en el corazon del hombre, que se fomentan por el encono de las pasiones, y que se sostienen por la rivalidad de los intereses, el mayor mal es la indiferencia de la gran masa de la poblacion, porque es la que contribuye á prolongarlas.

Pero mucho mas notable que este hecho fue bajo el aspecto militar la marcha que verificó Marsal. Este gefe que se hallaba el 15 del mes de febrero en la parte norte de la provincia de Gerona, emprendió su espedicion con tanto sigilo como celeridad, cruzó el centro del Principado, burló los esfuerzos y perspicacia de los gefes de columna, se precipitó con sus 700 hombres en los llanos de Barcelona, y sorprendió en los alrededores de Granollers, el 18, á tres compañías de quintos que estaban ejercitándose en el manejo del fusil. Fué tan hábil la operacion del gefe montemolinista, que no solo se apoderó de los quintos, sino de los diez oficiales instructores, sin que uno solo se escapase. Marsal concedió libertad á muchos de los quintos que no quisieron afiliarse en su bandera, retuvo á los oficiales, se llevó 355 fusiles de piston, y tomó la ruta de la Garriga. Pero no fué colmada la prosperidad de este suceso, pues dos dias despues, hallándose situado Marsal en las cercanías de San Martin de Reco, alentado por sus recientes ventajas, hizo firme rostro á la columna del coronel Santiago, pero fué batido y perdió 8 muertos y varios heridos, siendo menor el número de los de la columna.

Tambien Baldrich sufrió un fuerte reves el 19, en el pueblo de Galba, á manos del coronel D. Ignacio Planes, quien le disper-

só, causándole la pérdida de ocho muertos y ocho prisioneros.

Los demas sucesos que ocurrieron en este mes, pueden reducirse á breve y reducido cuadro. Los movimientos de los montemolinistas eran constantemente rápidos, pero se aumentaba de dia en dia la movilidad de las columnas, sus gefes rivalizaban en celo y procuraban con verdadero ahinco dar un golpe mortal al enemigo, y el marqués del Duero, recorriendo al frente de una fuerza respetable las poblaciones, se esforzaba á dar impulso á la guerra con su presencia y á reanimar el espíritu público. Escasos en número y poco trascendentales fueron los hechos de armas ocurridos durante este periodo; refiérense, no obstante, el acaecido en Centellas el 21 entre la columna de Vich, y la partida de Marsal, y en el que este perdió algunos prisioneros de Granollers; la sorpresa de una partida centralista, fuerte de 40 hombres, acaudillada por Franco y Bardaji, verificada por una columna, en la casa de Trepadus cerca de Villalar. En esta sorpresa sucumbieron todos los gefes é individuos de la partida; otra que sufrieron Bonet y Jove en los pueblos de Llaborsi y Ceterri. Estos gefes centralistas penetraron despues en el territorio francés, esquivando la autoridad de Cabrera, y sus partidas se desvanecieron emigrando muchos de los individuos; un ligero encuentro habido en el Congost el 19, entre una pequeña fuerza montemolinista y la columna del general Paredes, sin pérdidas notables de una y otra parte; la accion que sostuvo el tercio de Molins de Rey contra la partida de Baldrich, ocasionándola siete prisioneros y rescatando cuatro carabineros y tres municipales; otra mantenida por algun tiempo en Hostalet de la Sierra, por las partidas de Borges, Pila y Basquetas, y la columna mandada por el comandante Cuadros; obtuvo este ventajas decisivas, pues los montemolinistas se retiraron aceleradamente y con la pérdida de seis hombres y dos caballos muertos y algunos heridos. Cúpoles igual suerte á varios soldados de la reina. Tambien es digno de mencion el bloqueo puesto á la ciudad de Solsona el 24 por las fuerzas montemolinistas, las que por estos dias trataron de aplicar las escalas al muro y penetrar á viva fuerza en esta poblacion tan respetable y tan vejada constantemente por el azote de la guerra: y no debe pasarse en silencio la refriega ocurrida en San Juan de las Abadesas el 25, peleando de una parte la caballería de Sagunto, perteneciente á la columna del coronel Santiago, y de la otra 12 ó 14 ginetes de Gonfañs con escasa fuerza de peones. Lograron los isabelinos arrebatar al montemolinista cuatro prisioneros, contándose entre ellos el comandante Grau de San Jaume, y un oficial francés, hijo del conde Chavanney. Los gefes montemolinistas Estartus y Peu, Planademunt y el calderero de Cánovas, sufrieron ligeros descalabros en las alturas de San Privat y en las escabrosas posiciones del Congost.

Entretanto Cabrera, sin abandonar la montaña, trabajaba con creciente anhelo en reclutar y organizar su gente. Conociendo los

peligros que rodeaban su posicion, vivia alerta, y tal vez la suspicacia, tanto al menos como la razon de partido, le movió á tomar una determinacion sangrienta en los últimos dias del mes de febrero.

Aunque la guerra se sostenia con ardor en los campos, el deseo de la paz iba haciendo notables conquistas en la voluntad nacional y en la mayoría de los catalanes, segun hemos ido observando mas de una vez, y sabido es que cuando una idea ó un sentimiento se generaliza y fecunda, brotan del seno de la sociedad algunas de esas almas nobles y generosas, ricas de abnegacion y de patriotismo, que toman una iniciativa mas enérjica en la ejecucion del comun deseo, y que se lanzan en medio de los peligros que rodean el cumplimiento de su mision. Verdaderos mártires de la religion de un principio, estos seres privilegiados, se fortifican con la conciencia de su deber, y marchan rectamente por la línea que se han trazado, llevando fijos los ojos del cuerpo y del entendimiento en el símbolo de su fé, ó en el término de su plan. Estos tipos no son raros, y hermosean las historias de todas las revoluciones y guerras, como la luz fija y rutilante de las estrellas, hermosea mas que nunca un horizonte próximo á ser envuelto en las densas nubes de una tempestad.

No se sabe si el baron de Abella, rico propietario de Cataluña, que trató por esta época de acelerar el fin de la guerra por medio de la sumision ó destruccion de los montemolinistas, era uno de esos hombres apreciables que arrostraban grandes y peligrosas eventualidades para ahorrar á su pais el infortunio de las discordias civiles, ó si por el contrario era un ambicioso, ávido de honores y de posicion política, que á trueque de obtenerla, arriesgaria su vida y comprometeria la situacion de su familia. La voz de los partidos opuestos era sin duda incompetente para fallar en definitiva sobre ello, y el baron se llevó al sepulcro el secreto de sus intenciones. Pero sus principales hechos, que en rigor pertenecen al dominio de la historia, son los siguientes:

El baron de Abella trató de abrir negociaciones con algun gefe montemolinista, y se dirigió en efecto al coronel D. Rafael Tristany, bien porque este se hallára generalmente en sitio y coyuntura mas propicia, bien porque su ejemplo y sus palabras inclinarian la conducta de sus otros tres hermanos (en esta época ya se habia escapado de Manresa el Antonio) en cuyo caso seria de grande influencia la defeccion de estos cuatro hombres tan autorizados y tan adictos á la causa montemolinista, ó ya porque podria estipularse la entrega de Cabrera, principal sostenedor de esta misma causa. Aparentó el D. Rafael admitir gustoso las pláticas de paz, y despues de haber cambiado algunas cartas para arreglar las condiciones de la sumision, el montemolinista empeñó á Abella en que fuese á tener con él la última entrevista. Cayó incautamente el baron en el lazo que le tendiera Tristany; fué á celebrar la conferencia solicitada, pero en vez de rostros amigos, solo descubrió las fisonomías hostiles de algunos hombres, que ro-

Digitized by Google

deándole, le presentaron á Cabrera. Afeóle este su conducta con grandes muestras de enojo, y le sometió inmediatamente á un consejo de guerra, el que pronunció su sentencia de muerte.

Pocos minutos despues de haber sido fusilado el baron de Abella, circuló en el campo carlista *una órden general del ejército,* en la que se leian los siguientes notables párrafos:

«Habiendo sido confeso y convicto el baron de Abella de ser el »autor y hallarse á la cabeza de una asociacion titulada: *Hermandad »de la Concepcion*, con el objeto de seducir á los gefes y demas indi»viduos del ejército real, y de negarle los auxilios que tan generosa»mente le presta el pueblo catalan, teniendo en mi poder la correspon»dencia que dirigia el citado baron con fechas 4 y 9 del corriente á »uno de nuestros fieles y mas honrados compañeros, estando de acuer»do con el consejo de guerra de los señores gefes de la tercera division, »en virtud de las facultades que me están conferidas por el rey N. S., »he dispuesto que el dicho baron de Abella sea pasado por las armas. »Voluntarios: he conseguido por fin descubrir á uno de nuestros ver»dugos, porque asi debe llamarse á quien con el oro y falsas prome»sas trafica con vuestro honor y vuestra sangre. Mientras que el baron »de Abella ha sido un habitante pacífico, ha disfrutado de la libertad »y proteccion que todos nuestros compatriotas; pero una vez que se le »ha probado su crímen, ni su rango ni sus riquezas han podido exi»mirle del castigo á que se habia hecho acreedor. ¡Desgraciados de »aquellos que quieran imitarle!»

Hagamos punto en este trágico suceso, y traslademonos con la imaginacion á Castilla, donde no faltaba quien procurase atizar la moribunda llama de la guerra. A principios de febrero, á 12 leguas de la capital, levantó una partida montemolinista. Era su gefe el conocido por el pseudónimo del *Pimentero,* hombre tan audaz como ambicioso, de cuyas dos cualidades dió claras pruebas en esta breve insurreccion. Mostróse audaz marchando en la diligencia de Madrid con el gefe civil de Tarancon, señor Fariñas, lanzando el grito sedicioso en el centro de esta poblacion que constaba de mas de 1200 vecinos, y penetrando poco despues en Huete, pueblo tambien crecido y donde habia un destacamento de guardia civil. En Huete y Tarancon se apoderaron los montemolinistas de varios caballos, de bastante dinero y algun tabaco. La ambicion precipitó al *Pimentero* en un crímen que tal vez ocasionó su ruina, pues aprovechándose de una escaramuza que tuvieron los montemolinistas con las tropas de la reina, mató de un pistoletazo al gefe de su partida, y de este modo ascendió al primer lugar en el mando, desde el segundo que ocupaba. Pero gozó por poco tiempo del fruto de esta accion desleal; su partida fuerte de 40 infantes y 80 caballos fué rota y dispersa, y él se volvió á Madrid disfrazado con un nombre supuesto, y aqui tomó la diligencia para Francia; mas rebelóse su infausta estrella contra tantas precauciones, porque se supo pronto su

fuga, y habiéndola comunicado por telégrafo las autoridades de Madrid á las de las provincias, fué detenido en Búrgos, y fusilado á las pocas horas.

Tan desastrosa y mas breve fué la existencia de otro partido que se organizó en Madrid por este tiempo. Tuvo conocimiento el gobierno de que el 21 de febrero debian salir los individuos que la constituyeran, con direccion á los montes de Toledo, y apostó al anochecer del 21, detrás del santuario de San Isidro, una compañia de granaderos de la reina, mandada por el capitan D. Luis Maria Guerrero. Llegan los conjurados en número de siete hombres, bien distantes de suponer la triste suerte que debia alcanzarles, aunque precavidos para cualquier eventualidad. A la voz robusta del centinela que les pedia el *quién vive*, contestan con una descarga: hacen otra los granaderos, y caen bañados en su sangre cuatro de los siete agresores. Tres yacian cadáveres sobre la tierra y otro estaba gravemente herido. Uno de los muertos era el gefe de la partida. Los tres restantes lograron salvarse huyendo, protegidos por la oscuridad de la noche.

Menos infausta al pronto se presentó la fortuna al brigadier carlista D. Valentin Bermudez, que vino de Lóndres con instrucciones y dinero; y se puso á la cabeza de unos cuantos voluntarios, cuyo número variaba desde 30 á 40 hombres. Con tan débiles fuerzas penetró sucesivamente en los pueblos de San Martin de Pusa, Navalucillos, Malpica, Santa Olalla, Maqueda y Cebolla, esquivando el encuentro de los destacamentos de guardia civil; mas no pudo evitar el venir á las manos en Bullaquejo, con las columnas que operaban bajo las órdenes del brigadier D. Francisco Marin Bernardo. Gente allegadiza la de la partida y muy novel en trances belicosos, se desvandó á las primeras descargas, perdiendo siete prisioneros, dos muertos y algunos heridos.

Ocurrió este suceso á principios de marzo, cuando ya en Cataluña acaecian otros de la mayor importancia. El brigadier Pons (a) Peb del Oli defendia su nueva bandera con ese ardor de cálculo indefinible que despliegan los hombres para acreditar su fé y su propio mérito. Odiaba á Cabrera, tanto porque éste era la segunda personificacion de la causa montemolinista, cuanto porque no se habia estinguido en su corazon el resentimiento personal que habia contribuido á lanzarle en las filas de la reina, si hemos de dar crédito á documentos, cuya veracidad no se ha contestado formalmente. Peb del Oli, pues, deseaba apoderarse de Cabrera, y no puede negarse que mostró en la ejecucion de este deseo, sagacidad, actividad, constancia, y un conocimiento exacto de la topografia del pais, prendas todas que habian elevado y distinguido su carácter de guerrillero. Marchaba Cabrera el 28 de marzo al frente de una corta columna, seguido de Peb del Oli, que con fuerzas mucho mas considerables y mejor acondicionadas, le iba al alcance. No queriendo Cabrera presentar con desventaja la accion á su adversario, abandonó la ruta de Cumbrils que habia tomado, y al llegar al Hostal de Plá, confió el grueso de

sus fuerzas á uno de sus segundos, y acompañado de Ceballos y el estudiante Gamundi, escoltándole una mitad de sus guardias, se dirigió con acelerado paso á San Lorenzo de Morunys. Tuvo noticia Pons en el Hostal del designio y via del caudillo montemolinista, y formó sobre la marcha el proyecto de sorprenderle. Sin embargo, era mucho mas fácil concebirlo que ejecutarlo, porque Cabrera dueño de las simpatías de los habitantes de la alta montaña, tenia un sistema de espionaje perfectamente organizado, y si el isabelino se adelantaba por el camino regular, de seguro le precederia la noticia de sus movimientos. Peb del Oli preveia este grande inconveniente, pero halló en su valor, en su conocimiento del terreno y en la constancia de sus tropas, un medio cierto de orillarle. Durante una marcha de 17 horas, por un terreno áspero y escabroso, arrostrando todas las dificultades de una naturaleza llena de accidentes, cruzando barrancos y rios, trepando por empinadas cuestas, chocando á cada paso con breñas y enormes peñascos, logró llegar bien entrada la noche del 2 á las inmediaciones de San Lorenzo. Entonces dispuso que el batallon de cazadores de *Arapiles* y el regimiento de la *Princesa*, circunvalaran el pueblo, como lo hicieron en efecto, cerrando cuidadosamente todas las salidas.

El movimiento habia sido ejecutado con tanto sigilo y destreza, que la primer noticia que tuvo Cabrera la recibió de unos vecinos que acudieron de tropel á la casa en que estaba alojado con el comandante Gamundi y el coronel Ceballos. No perdió Cabrera su sangre fria enmedio de trance tan terrible; y mandó á Ceballos que puesto á la cabeza de 20 hombres reconociera la exactitud de tan rigoroso bloqueo. Pocos momentos despues volvió Ceballos con la indignacion y la sorpresa pintada en el semblante, y anunció á su gefe que no habia medio alguno hábil para romper aquella muralla de hombres, y que en cualquier punto á donde se dirijieran, serian rechazados por un nutrido fuego. Es dificil comprender todas las angustias de situacion semejante; las grandes tribulaciones del corazon humano son misterios en la teoría, que solo puede demostrar bien la esperiencia propia. Sesenta hombres encerrados en un pueblo pequeño, y rodeados por cuatro batallones fuertes y aguerridos, que no solo tienen que defender su propia existencia, sino tambien intentar lo imposible para desempañar la deuda de honor y disciplina de salvar á su gefe principal, debian esperimentar ese sentimiento de ira impotente, cuya descripcion siempre resulta descolorida. Siete veces intentaron los montemolinistas, con Cabrera á la cabeza, abrirse paso por entre las filas isabelinas, y otras tantas fueron vigorosamente rechazados. Entonces el caudillo toma un partido estremo; coje un fusil, arenga á los suyos, y se precipita con ellos sobre los sitiadores; pero la línea de estos, firme como un muro de diamante, hace de nuevo inútil el arrojado valor de aquel gefe.

Viendo Cabrera que la fuerza era impotente para romper la línea

de los isabelinos, apeló á una estratagema y por su medio logró evadirse de tan apurada situacion. Como la noche impedia ver á las tropas de la reina los movimientos que operaban los montemolinistas envueltos en las largas sombras de los edificios, dispuso que Gamundi con ocho hombres se acercara sigilosamente al punto que ocupaba una compañía de *Arapiles*, é hiciera sobre ella un fuego vivo, á fin de que creyeran los isabelinos que el grueso de sus adversarios cargaba por esta parte, y se reconcentraran debilitando ó rompiendo la línea de continuidad. Tal cual lo habia calculado el caudillo montemolinista, asi se verificó; la compañía atacada contestó con descargas nutridas, y otra del mismo batallon que se hallaba inmediata hizo un movimiento de flanco para proteger á la primera, mas no pudo verificarlo sin dejar descubierto un pequeño espacio, y Cabrera que espiaba con ojo avizor esta coyuntura, se precipitó al frente de los suyos por una rambla abierta en la eminencia que sostenia al pueblo de San Lorenzo. Debilitado de este modo el nervio de la defensa interior, avanzaron los isabelinos con victorioso paso, creyendo estrechar entre sus filas al formidable gefe montemolinista; mas solo encontraron trece hombres que se habian sacrificado generosamente en aras de su causa, amenazada de muerte con la prision de Cabrera. Dejó este en la casa donde habia estado alojado su caballo, su acémila, su maleta, sus sellos y boina.

La circunstancia de haberse verificado por la noche este ataque, influyó para que se derramara poca sangre. Los montemolinistas tuvieron tres muertos, y no fué ni mas elevada ni sensible la pérdida de las tropas de la reina. Pocas horas despues se hallaba Cabrera al frente de 500 hombres que atraidos por el fuego se aproximaban á San Lorenzo de Morenys.

Una tentativa frustrada hace estallar todas las fuerzas de la reaccion, y asi es que lejos de amilanar á los montemolinistas el golpe en vago que diera Peb del Oli, sirvió para encender mas en su corazon el deseo de hacer cruda y prolongada la lid. Dos nuevos gefes insurgentes penetraron en el Principado, el coronel Ballera, antiguo caudillo centralista, y otro montemolinista llamado Pavet de Arboli: la campaña tomó un nuevo aspecto, y la guerra se hizo mas en detall, pues si las columnas isabelinas fuertes y numerosas operaban con actividad suma, sus enemigos, fraccionándose por sistema, esquivaban el empeñar todo encuentro sério ó trascendental. Los choques ocurridos en Selma, San Bartolomé del Grau, Case, Corominas, Seriñá, Belianes, no tuvieron eco ni influencia en el carácter general de las operaciones. Entretanto los montemolinistas regularizaban su sistema de impuestos, y le llevaban á cabo con rigor, la mano ávida de los contrabandistas les proporcionaba armas y municiones: continuaban bloqueando á Solsona; llevaron su audacia hasta el punto de aproximarse al castillo de Monjuich de Barcelona, colocándose bajo los fuegos de esta imponente fortaleza, y sus principales gefes manio-

Digitized by Google

braban de concierto para trasladar el foco de la guerra á la provincia de Lérida, y poder amenazar desde los confines de esta al limítrofe reino de Aragon. En armonia con con este plan descendió Cabrera con 600 hombres escogidos á las inmediaciones de Agramante: la columna de los Tristanys, fuerte de de 600 infantes y 70 caballos, se estuvo en la carretera que conduce á la capital de aquella provincia, y Borges con 800 se enseñoreó del vasto territorio comprendido en la Plana de Urgel.

Llevada la guerra á este estremo, pensó Concha en variar de sistema. Habíase mostrado desde su advenimiento al mando, equitativo sin pecar en débil, procurando captarse las simpatías del pais, y disminuir la acerbidad de las pasiones políticas, por medio de una administracion recta, prudente y contemporizadora. Esta obra de pacificacion debia ser lenta para que resultara sólida y permanente; mas el capitan general de Cataluña, viendo que eran estériles sus buenos oficios, creyó equivocadamente que los insurgentes catatalanes olvidaban las prendas del hombre para no ver mas que la causa que defendia, y que colocada de este modo la cuestion bajo el dominio absoluto de la fuerza, debia decidirse por todos los rigores de la guerra. Indudablemente los pueblos cuando se levantan en son de guerra al grito de su independencia, nunca consideran en los que pretenden sujetarlos mas que el símbolo de su opresion; pero los pueblos y los hombres, cuando pretenden vengar agravios recibidos de parte de sus gobernantes, se aplacan con un proceder humano y reparador. En todos estos sentimientos hay una lógica constante, y en sus resultados hay diferencias trascendentales, porque la victoria adquirida á viva fuerza, dura tanto cuanto tardan en restablecerse los elementos de reaccion; y la victoria alcanzada por la clemencia, es perpétua, porque no tiene reaccion posible.

Concha, decidido á desplegar una energía vigorosa, prefiriendo muchas consideraciones, publicó en Barcelona el dia 14 de marzo un bando precedido de una alocucion. Dirijíase en esta al pueblo catalan, y despues de reseñar la marcha de la guerra, las probabilidades de una próxima era de tranquilidad y los desacatos que sostenia haber cometido los insurgentes, debia á este último propósito. «En semejante estado, mal cumpliria con las obligaciones que me impone mi cargo, si dejase por mas tiempo impunes estos crímenes: las medidas de rigor que tanto repugnan á mi corazon, han llegado ya á ser una necesidad imperiosa, y al dictarlas por primera vez, cedo tanto á la voz del deber que asi me lo ordena, como al clamor de varias autoridades y multitud de pueblos, de propietarios y personas de influencia; á la opinion general, en fin, unánimemente pronunciada por un sistema de justa severidad.»

Bajo la sancion de estas circunstancias promulgaba el bando el general Concha. Solo el artículo 1.° contenia una palabra de indul-

gencia, pues se la otorgaban á todos los insurgentes que se presentaran con armas en el término de un mes; pero los demas estaban dictados con un rigor que solo el éxito podria justificar.

Los individuos pertenecientes á las partidas montemolinistas y centralistas, que se presentasen sin armas, ó los que lo verificaren con ellas, habiéndose adherido á los enemigos del gobierno, despues de publicado el bando, no podian gozar del indulto. Todos los demas insurgentes que cayeran en poder de las tropas de la reina, incurrian en la pena gradual y ascendente de diez años de servicio en Ultramar, á diez años de presidio con retencion, y esta grave pena se convertia en la de muerte para los espias, incendiarios; para todos los que habiendo sido indultados, volvieran á ingresar en sus filas, y para cuantos militando en ellas, hubieran amenazado con la pérdida de la vida, á los que encargaban el cumplimiento de sus órdenes.

Las penas que se imponian á los pueblos y á las familias de aquellos que hicieren ó hubieren hecho armas contra el gobierno, estaban comprendidas en otros artículos cuyas variantes son tantas, segun las circunstancias de caso y de lugar que seria muy dificil dar una idea completa de ellas sin reproducirlas literalmente.

«Los pueblos de mas de 1500 almas que contribuyan á los rebeldes con las sumas que estos mandan repartir y cobrar, sufrirán por la primera vez un recargo de 50 por 100 sobre el total de sus contribuciones ordinarias, y en caso de reincidencia serán castigados los individuos del ayuntamiento con la pena de un tiempo determinado de prision, deportacion fuera de Cataluña ó á Ultramar, segun las circunstancias que en el caso concurran.

»En igual pena incurrirán los pueblos desde 1000 á 1500 almas y sus ayuntamientos, que por tener destacamento, ó por su situacion á retaguardia de las líneas ó proximidad de las columnas, reciban la proteccion suficiente de las tropas para sustraerse á las exigencias de los rebeldes, á juicio de los comandantes generales.

»Los pueblos que por su menor número de habitantes no estén comprendidos en los dos artículos anteriores, se eximirán únicamente de las penas que á aquellos se imponen cuando justifiquen haber cedido obligados por la fuerza material de los rebeldes, no entendiéndose como fuerza material irresistible, otra que la de las armas, y nunca las órdenes y mandatos que les comuniquen.

»Los pueblos que dejen de pagar las contribuciones á la hacienda pública, requeridos para ello por los intendentes de las provincias en los plazos prescritos por las leyes é instrucciones vigentes, sufrirán ademas de las penas que aquellos imponen los mismos recargos y castigos de que tratan los artículos 6.° y 7.° en el modo y forma que en ellos se establece.

»La comunicacion con los rebeldes por medio de escritos sellados con los sellos ó membretes municipales, ó solamente firmados por los

alcaldes ó individuos del ayuntamiento, inclusos los secretarios, se considera como un acto de rebelion, y sus perpetradores sufrirán la pena de relegacion temporal. Si estas comunicaciones tuviesen por objeto dar noticias á los rebeldes de los movimientos de nuestras tropas, la pena se estenderá hasta la de 10 años de presidio con retencion, segun las circunstancias y consecuencias del acto, comprendiéndose en estas comunicaciones los partes verbales.

»Las familias de los que desde la publicacion de este bando se uniesen á las filas rebeldes, pagarán ocho reales diarios para sostener con ellos un hombre en los tercios móviles; y por las que se justifique ser insolventes, pagarán los pueblos en que residan. Se esceptúan de la segunda parte de esta disposicion las poblaciones armadas.

»A las familias de los que, trascurrido un mes de la publicacion de este bando, se hallen en las facciones, se les obligará á mudar de domicilio á los puntos que designen los comandantes generales segun las circunstancias que en cada una concurran y con arreglo á las instrucciones que les comunicaré. Podrá eximirse de la anterior medida á las familias que tuviesen otro individuo sirviendo en las filas de la reina ó empleado del gobierno.

»No se concederá pasaporte ni paso de rádio á ningun individuo de las familias que estuviesen en el caso que se espresa el artículo anterior, y los que á pesar de falta de documentos se ausentaren serán deportados á otra provincia ó fuera de Cataluña, segun el caso.

«Se entenderá por familia para la aplicacion de los tres artículos precedentes, la que figura como tal en los censos oficiales para los efectos administrativos.

»Los ayuntamientos darán desde luego una noticia de los mozos de su respectiva jurisdiccion que estén con los rebeldes espresando los que sean de reincidencia; y los que los ocultaren sufrirán la pena de prision, deportacion fuera de Cataluña, á América ó presidio segun las circunstancias, y en igual responsabilidad incurrirán los que no den parte de los que en lo sucesivo se uniesen á las facciones.

»Los ayuntamientos que no comuniquen la llegada y salida de los facciosos en el acto de verificarse, á los comandantes de columna que estén en las inmediaciones, ó á los de los puntos fuertes, que les esté prevenido; la mitad de sus individuos por sorteo serán condenados á determinado tiempo de prision, desterrados de Cataluña, deportados á América, y aun destinados á presidio por un tiempo proporcionado segun su mayor ó menor culpabilidad y las circunstancias y consecuencias del caso.»

Designábanse las penas de prision y deportacion en sus diferentes escalas, para que los que no diesen prontos avisos de los movimientos del enemigo, y se prescribia la traslacion á las grandes poblaciones ó puntos fortificados de los habitantes de quintas y caserios, que tuvieran el carácter y renta de electores, debiendo entender en este particular una

junta de pacificacion erijida en las cabezas de partido. Por último, se prescribia que todos los pases y pasaportes fuesen refrendados por los comandantes de los respectivos distritos, y de este modo las principales funciones orgánicas de la vida mercantil, quedaban sujetas á la autoridad militar.

A estas severas disposiciones contestó Cabrera con una esplosion de ira. En la alocucion que á su vez espidió el 25 desde San Lorenzo, trazaba con fuertes colores el cuadro de la administracion del partido moderado, y valorando los elementos sobre que descansaba su poder, se espresaba en estos términos:

«*Un egército de* 70,000 *hombres único sosten de su tiránico sistema, ha invadido vuestro territorio, y un bando sultánico, os pone en la alternativa de ayudar á vuestros verdugos ó de combatir al lado de vuestros hermanos.*

»*Catalanes; la eleccion no puede ser dudosa para pechos nobles y valerosos; si lo fuese, desde ahora me retiraria deplorando la ruina completa de mi patria.*»

El bando que sigue á esta alocucion era de una energia aterradora. El primer artículo estaba escrito con sangre; el segundo era un cánon de recompensas. La espresion testual de aquel era la siguiente:

«Todo individuo que obedeciendo al bando del 14 de marzo abandone su casa, se niegue á pagar las contribuciones, diere parte al enemigo de nuestras tropas y demas que previene el citado bando, será considerado como traidor á su patria y como tal juzgado verbalmente por un consejo de guerra.»

«Todo daño y perjuicio, decia el segundo, ocasionado por ser fiel al rey y á su pais, será recompensado en tiempo oportuno.»

Fuertes y sostenidas impugnaciones se hicieron al bando del capitan general de Cataluña. Todos los que combatian al gobierno en la arena de la discusion y los hombres filantrópicos de los diferentes partidos le rechazaron con una energía igual; los primeros desde los límites de su cálculo político, y los segundos desde el fondo de su conciencia. Tachósele de escesivamente duro, de ineficaz, de ruinoso para el Principado, y hasta se le consideró como un nuevo incentivo de la guerra. Habia en estas impugnaciones algun rayo de justicia y de verdad, pero muy abultado y envuelto en el juego de vanas palabras. Existia sin duda una razon para creerle duro, mirando solo á la justicia distributiva, porque heria con la desgracia á muchas personas inocentes, y establecia una responsabilidad inadmisible en la esfera de ningun derecho. Era tambien hasta cierto punto ineficaz, porque pretendia destruir la indiferencia de los pueblos con la imposicion de algunas penas, sin advertir que esta podia quedar neutralizada, como quedó en efecto, por el temor de mayores males. El entusiasmo puede hacer á los pueblos valientes, y á los hombres héroes, pero el temor solo logra hacer víctimas. Esta disposicion ha—

bria sido conducente en el caso de que los pueblos hubiesen tenido fuerzas superiores á las de los enemigos, pero estando en su mayor parte desmantelados y sin medios hábiles para rechazar una invasion ó burlar una sorpresa, necesariamente debia resultar nula. Por último podia considerarse como un aliciente de la guerra en cuanto que introducia mayor perturbacion en la sociedad catalana, dificultaba las comunicaciones y dejaba ociosos muchos brazos que irian á pedir al campo enemigo una espada ó un fusil. Hasta aqui llegaba la justicia y empezaban las declamaciones apasionadas y ardientes.

Una razon general de alta política, y aun de profunda justicia conmutativa, abonaba el pensamiento del general Concha al espedir su bando. En la altura á que se habia elevado la guerra, los medios determinados por este, eran sin duda severos; pero se les consideró como los mas prontos y decisivos. Las guerras civiles son la gangrena de las naciones y el sentimiento filosófico, como las reglas de la medicina prescriben la amputacion de un miembro, á trueque de conservar la accion de la vida en las partes principales de la economía animal ó social.

A la vez que se tomaban estas vigorosas medidas, y se preparaban las tropas para emprender grandes operaciones, se reanudaban las negociaciones para la sumision de los Tristanys, interrumpidas por la deplorable catástrofe del baron de Abella. El coronel D. Leonardo Santiago, encargado de inspeccionar el establecimiento de una línea telegráfica, tuvo hallándose en Lérida, una conferencia con el arquitecto D. Pedro Casals, en la que le manifestó este que un amigo suyo de honrosos antecedentes y reconocida probidad, le habia participado el deseo emitido por el coronel carlista D. Francisco Tristany de adherirse, en union con sus hermanos, á la causa de la reina.

El palpitante recuerdo de lo acaecido al baron, debió hacer muy circunspecto al coronel Santiago; pero decidido á sondear el fondo de este asunto, mandó llamar á su presencia á D. Roque Ferres, propietario de Copons, que era el sugeto designado por Casals. Reprodujo Ferres el relato del arquitecto, y como era hombre bastante considerado en el pais, Santiago concedió grande importancia á su mensage, y solicitó y obtuvo del segundo cabo de Cataluña, general La-Rocha, la autorizacion competente para entablar las negociaciones.

En este estado ocurrió la intervencion de D. Vicente Gibergas. Conocido por su constante devocion á la dinastía de D. Cárlos, Gibergas habia acreditado sus sentimientos políticos en los campos de batalla, sirviendo en clase de teniente, durante la guerra anterior, en la compañía que mandaba D. Francisco Tristany. Endurecido en las fatigas de la guerra, pero no esperando porvenir para la causa que habia defendido, Gibergas hubiera vuelto al seno de su familia, pero el sentimiento de la gratitud tuvo mas eco en su corazon que los

goces domésticos, y se decidió á compartir generosamente el ostracismo de los huérfanos Tristanys, desplegando en su asistencia y educacion un celo y constancia tutelares.

Tal era el negociador elegido por los Tristanys, quien presentó de parte de estos las siguientes condiciones: reconocimiento de grados y honores de los gefes y oficiales: una suma de doscientos mil reales que debian distribuirse á los batallones que los Tristanys tenian á sus órdenes el dia antes de realizarse el convenio: la circunstancia de que el coronel Santiago llevara á cabo la negociacion entablada. Por su parte el D. Francisco y sus hermanos se comprometian, no solo á adherirse leal y sinceramente á la bandera de la reina, si que tambien prometian la sumision de las fuerzas que se hallaban bajo su inmediato mando, y lo que era mas importante, la prision del general Cabrera. Para dar cima á esta última parte del plan, Tristany imaginó un medio de empeñar á su gefe en un ataque contra la ciudad de Manresa, y abandonado por sus tropas en el momento mas crítico, debia caer en poder de las isabelinas convenientemente situadas al efecto. El coronel Santiago rechazó este medio como sujeto á muchas eventualidades, y porque de él debian surgir graves conflictos para el vecindario de aquella ciudad, y esta repulsa no desconcertó los tratos de una paz que el gefe montemolinista aparentaba desear ardientemente, y que el isabelino tenia un vivo interés en concluir.

Para conciliar los deseos de ambos, y dar mayor impulso á las negociaciones, D. Roque Ferres se avistó en el pueblo de Guardiola con el coronel Tristany, quien para inspirar mas confianza, se presentó acompañado de un sordo-mudo, el que tuvo su caballo mientras arreglaba con Ferres las bases definitivas de su sumision, y acordaba los medios probables de orillar cualquier accidente fortuito.

El coronel Santiago, que habia regresado á Barcelona salió de esta capital el 27 de marzo con direccion al Bruch, acompañado del segundo comandante de infantería, D. Máximo Comes, y escoltado por dos compañías del regimiento de ingenieros. Pero como los precedentes autorizaban la desconfianza, y nunca deben inspirarla grande los hombres que se deciden á enagenar la religion de sus juramentos, el coronel Santiago dispuso que una brigada, bajo las órdenes de D. Ignacio Planas se situase en Esparraguera, y otra, dirigida por D. Manuel Cathalan, en Piera. Estos dos puntos ofrecian ventajas estratégicas, y la comunicacion breve con el Bruch, del que solo distaban dos leguas.

El dia 3 de abril se presentó en el Bruch el negociador Gibergas anunciando á los gefes isabelinos que los tres hermanos se hallaban dispuestos á cumplir en aquel mismo dia los compromisos que habian contraido.

Lleno de júbilo Santiago, se dirigió con las dos compañías de ingenieros á las inmediaciones del Horno de Vidrio, una hora distante

del Bruch, y situando convenientemente su fuerza y en disposicion de que no pudiese ser vista por el Tristany, se adelantó trescientos pasos, acompañado del comandante Comes, del arquitecto Casals, de su asistente y de su escribiente, yendo los cinco disfrazados y sin armas segun se habia estipulado preventivamente. La impaciencia á vueltas con la desconfianza empezaba á apoderarse del ánimo de los isabelinos porque habia transcurrido la hora de las tres de la tarde, prefijada para la entrevista, y cuando ya el sol arrojaba sus últimas reberveraciones sobre la cresta de las montañas, se mostró una lontananza montemolinista fuerte de 600 hombres, que formando por compañías presentó un frente respetable. Ferres y Gibergas, que se habian adelantado para recibir y acompañar á Tristany, volvieron entonces al lado del coronel isabelino, anunciándole con una efusion de gozo difícil de describir, las benévolas disposiciones y cordial acomodamiento del montemolinista. Con efecto, la fisonomía de este al acercarse revelaba una satisfaccion pura é intima; estrechó entre sus brazos al coronel Santiago, y las hondas y envejecidas discordias parecian iban á ofrecerse como en espiatorio hecatombe, ante las aras de la paz.

Despues de haber concedido al parecer algunos instantes á esa elocuencia del corazon, muda porque no podria producirse bien en ningun idioma, los dos gefes entablaron la conversacion sobre el objeto de su entrevista, Tristany la obordó y habló con fuego y resolucion, tales que el coronel de la reina no vaciló en prestar asenso á sus palabras. Sin embargo, instado Tristany por Santiago, para que en el acto reconociese con los suyos la nueva causa que pretendia abrazar, respondió que aquella ocasion y circunstancias, no le permitian dar el paso definitivo, porque sus hermanos que se hallaban a la sazon cerca de Cabrera, serian víctima de la saña de este gefe. Esta causa que acaso no tenia otro valor que el de la oportunidad, convenció al coronel Santiago y despues de ratificadas las proposiciones de que hemos dado cuenta, y ya se disponian á despedirse los dos gefes, cuando el isabelino propuso al montemolinista que recordando una antigua costumbre creada y sancionada por el génio caballeresco de la edad media, cambiasen alguna prenda como símbolo de la buena fé que habia presidido á la estipulacion. Asintió á esta idea Tristany y dió al coronel Santiago su reló y su boina, recibiendo de este como en permuta de honor, otros dos objetos iguales. A las ocho de la noche se verificó la despedida, á las nueve se hallaba en el Bruch de regreso el coronel Santiago, y á las diez emprendió su marcha con direccion á Barcelona, adonde llegó á las cuatro de la mañana.

Terminado y ratificado el convenio por el general La-Rocha, le llevó Gibergas el dia 6 al punto en que se hallaban los Tristanys á fin de recoger las firmas de los tres hermanos, pues el cuarto estaba bajo las inmediatas órdenes de Cabrera. El coronel Santiago salió otra vez de Barcelona, llegó el 7 á Igualada, y en esta villa recibió un aviso de Gi–

bergas, participándole que vencidos ya todos los obstáculos, se verificaria la presentacion al dia siguiente, y que al efecto convendria que se adelantara con sus tropas sobre Calaf.

Puesto á la cabeza de la brigada Cathalan, llegó el coronel Santiago á este punto el dia convenido, y en él encontró á Gibergas que volvia con el convenio firmado por D. Rafael, D. Ramon y D. Francisco Tristany, y una carta de este para el coronel negociador.

La carta escrita en estilo oscuro y desaliñado, establecia no obstante un hecho importante: la presencia de Cabrera al lado de los Tristanys y en medio de unas tropas dominadas por la influencia de estos gefes. Mostraba sin embargo algo receloso el D. Francisco, de que el general en gefe montemolinista, valiéndose de algunos ginetes y peones que le eran personalmente adictos, echase per tierra la obra vacilante de la sumision, ó cuando menos quebrantara con el filo de su espada el lazo que se le tendia. Para vencer este inconveniente, Tristany prometia poner en juego todos sus recursos á fin de alejar del campo la fuerza desafecta; pero aun en la que estaba iniciada en el plan, era preciso aniquilar todo elemento de reaccion, empeñando la codicia del soldado y la ambicion de los oficiales. «Como el general Cabrera decia, es una persona bastante te»mible, aunque nosotros tenemos confianza en los nuestros, seria muy »útil, ó por mejor decir indispensable, el que V. nos mande dinero, pues »para una cosa decisiva tendriamos alucinados á los principales oficiales »y la tropa......» Apoyándose en esta circunstancia Tristany, pedia 100,000 reales mas sobre los 200,000 que antes habia recibido.

A las diez de la noche del 11 de abril tuvo el coronel Santiago con D. Francisco Tristany una nueva entrevista en el camino de Pinós. Habiála solicitado el primero, para debatir sobre algunos de los medios de ejecucion, y el montemolinista accedió á ella sin dificultad y sin recelo. Era esta vez, á diferencia de la anterior, débil y reducido su cortejo, pues le constituian únicamente dos hombres armados de trabucos, llevando él una arma igual debajo de la manta. El triste y solemne silencio de la noche, interrumpido únicamente por algunas ráfagas del viento que se estrellaban contra las rocas lanzando un débil mujido, daba á esta conferencia cierto aspecto siniestro y lúgubre. Parecia imposible que de en medio de estos misterios tenebrosos, brotase un rayo de felicidad y ventura. Los interlocutores estaban divididos en dos grupos colocados á corta distancia; en el uno se hallaban el comandante Comes y los dos compañeros de Tristany; el otro le constituian los dos principales actores del grande acontecimiento. Rechazado definitivamente el espediente de atacar á Manresa, Tristany propuso otro mas sencillo y seguro, al que asintió desde luego el coronel Santiago. Cabrera estaba en la casa de Deu Cos, término de Ardevol, escoltado solo por una compañia de cazadores del batallon de Tristany, cuyo capitan habia recibido ya 4,000 duros y pasaporte para dirijirse á Francia. Por manera que esta fuerza, inducida por el ejemplo de su inmediato gefe y siendo ademas afecta á la perso-

1. *Hermita de S. Sebastian.*
2. *Castillo.*
3. *Colejiata.*
4. *Molino de Bientos.*
5. *Torre de Casellas.*
6. *Convento de S. Francisco.*
7. *Puerta del Carmen ó sea del Vall.*
8. *Puerta de S. Jayme.*

VISTA MERIDIONAL DE LA VILLA DE CALAF.

Digitized by Google

na é intereses de los Tristanis, no opondria la menor resistencia, y el temido caudilo montemolinista rodeado de hombres enemigos ó desleales, ajitaria en vano su baston de mando, pues no tendria en trance tan estremo otro apoyo que la conciencia de sus deberes y el testimonio íntimo de su lealtad. El soldado podia haber adquirido una hoja mas de laurel, cayendo como valiente en el campo de batalla; pero el hombre político sucumbiendo, se mostraba mas grande que su fortuna, y elevaba su reputacion sobre la conducta de sus adversarios.

Aunque Tristany aparentaba trabajar con ahinco en llevar á efecto la prision de Cabrera, estipulaba tambien para que se le concediera la vida. «Reitero á V., decia en carta del 12, al coronel Santiago, que cuento con la palabra que V. me ha dado de respetar la vida del general Cabrera y ademas de los pasados que sirven con nosotros.....» Acordóse, por último, que preso el general en gefe se someterian los cuatro hermanos con los seis batallones que tenian á sus órdenes.

Antes de terminarse la conferencia, exigió el coronel Santiago una garantía de las promesas que habia hecho el gefe montemolinista, y este por su parte ofreció acompañar al de la reina, mientras se verificaba la presentacion de sus hermanos y tropas. Tristany hizo á su vez otra demanda que pareció dictada por sentimiento bien estraño: pidió que se tuvieran dispuestos en Igualada sombreros y galones para él y sus hermanos, alegando que sus trages no eran muy decentes, y deseaban vestir el uniforme al entrar en aquella villa. Santiago convino en ello, sin reparar en que unos hombres que habian hasta aqui fijado todo su orgullo en el valor de su apellido y en el de sus propios hechos, y que como gente jóven y codiciosa de distinciones, deseaban atraer la atencion pública, lo que lograrian mejor con un trage de campaña, mudo testigo de sus proezas, que con un uniforme que aunque en sí preclaro, le habian adquirido sin gloria y sin esfuerzos. En esta insidiosa demanda un observador atento hubiera podido descubrir una espresion de sarcasmo; pero el coronel Santiago solo vió el deseo de satisfacer una pueril vanidad.

Designada la noche del 13 al 14 de abril para realizar el convenio, regresaron respectivamente á sus puntos de partida los coroneles isabelino y montemolinista, y el primero trató de adoptar aquellas precauciones que la prudencia sugiere en semejantes casos. Dispuso que la brigada Solano que amenazaba atacar las fuerzas montemolinistas, se replegase sobre Calaf, donde debia permanecer hasta la noche del 13, emprendiendo su movimiento en direccion de Pinós en el caso de que oyera fuego hácia este punto. Tambien quedaron en Calaf los tercios catalanes, incorporados á las brigadas de los coroneles La-Rocha y Cathalan, su equipage, los caballos de los oficiales de infantería y aun los que perteneciendo á los cuerpos de caballería, tuviesen el vicio de relinchar.

Se determinó ademas que en el caso de romperse el fuego por parte del enemigo, cada gefe formase en masa las tropas de su mando, y no las permitiera contestar ni empeñar el combate hasta recibir órden espresa. Por último, se prohibió, bajo pena de la vida, fumar durante la noche. Gibergas precedió á las tropas saliendo de Calaf á las dos de la tarde del dia 13, y llevando la cantidad de 100,000 reales de que ya hemos hecho mencion. A las cuatro emprendieron la marcha las columnas La-Rocha y Cathalan, mandadas por el primero de estos gefes como coronel mas antiguo, pero sometidas á las instrucciones del coronel Santiago, y tomaron la direccion del Santuario de Pinós.

El movimiento fué penoso y lleno de dificultades. A boca de noche se desencadenaron los elementos con increible furia; las nubes estendiéndose por el horizonte, como un crespon inmenso, robaron al dia la poca luz que le quedaba, y una agua fina y penetrante impelida por el viento, que daba de cara á los soldados, les infundia un agudo frio y les privaba muchas veces de ver el terreno sobre que ponian los pies. Parecia que la Providencia moviendo sus grandes agentes, queria impedir que se consumara una nueva catástrofe. Pero las columnas seguian avanzando á traves de estos obstáculos naturales, y llegaron al Hostal de Gromau, media hora distante del Santuario de Pinós.

Opinó el coronel Santiago que las columnas hicieran alto en el referido Hostal, ya con el objeto de reconcentrar las fuerzas, ya con el de esperar la llegada de Tristany, quien segun lo pactado debia acudir á aquel punto y constituirse en rehenes del buen éxito de la operacion. A las diez de la noche se presentó en el campamento isabelino el confidente Gibergas, y manifestó que Tristany se habia quedado al pie de la hermita de Pinós, y que á un silvido suyo, que era la señal convenida, vendria á reunirse con el coronel Santiago. Entonces se emprendió de nuevo la marcha, aumentando las precauciones; se dobló el fondo de las columnas á fin de que estas ocuparan el menos terreno posible, y una fuerte vanguardia compuesta de cazadores de Vergara, y de los pertenecientes á los regimientos de la Princesa, Soria y Castilla, mandada por el segundo comandante don Máximo Comes, tocó, al cabo de poco tiempo, en los alrededores de Santa María de Pinós. Comes, en union con Gibergas, debian recibir á D. Francisco Tristany; pero al aproximarse al sitio convenido, una voz fuerte pidió el «*quién vive*,» y al oir el grito de *Isabel II*, esclamó la mismo voz con imperativo acento, «*pues fuego.*» Seguia dominando un temporal furioso, y la detonacion unísona de la descarga se estinguió pronto entre el zumbido del aire y el estrépito del agua que caia á la sazon con gran fuerza. Las tinieblas de la noche, aumentadas con la lluvia, impidieron que fuese certera la punteria, y esta feliz circunstancia evitó por de pronto la efusion

de sangre, pero se habia verificado una grande y trascendental poripecia; todas las ilusiones lisongeras se habian desvanecido en un momento; todas las sospechas y desconfianzas habian obtenido de la esperiencia una triste sancion: los montemolinistas en vez de aceptar el ramo de oliva que les ofrecian sus adversarios, preferian esgrimir hasta el último momento las armas de combate; pero todavia se ignoraba si esta reaccion era obra de algun accidente casual, de la vigilancia de Cabrera, ó de la conducta espontánea de los Tristanys.

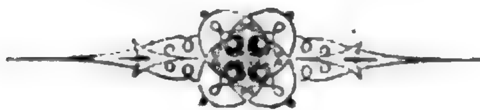
Este último estremo era el exacto. D. Francisco Tristany habia entablado y proseguido las pláticas de reconciliacion como un ardid de guerra, ó como una especie de represalia, obrando siempre en armonía con el general en gefe montemolinista. Cuando llegó la noche del 13 se reunieron en el santuario de Pinós, las fuerzas de los hermanos Tristanys, de Borges, Coscó y Cabrera, aunque no se hallaba este á su cabeza. Constituian entre todas el número de 1000 hombres, gente escogida, práctica en el terreno é idónea por consiguiente para una sorpresa nocturna. Gefes y soldados montemolinistas contaban con la influencia de esta, y con las ventajas de su posicion para hacer considerable estrágo en las filas isabelinas.

La vanguardia, viéndose acometida de una manera tan impensada y brusca, no solo se mantiene firme sin cejar un paso, sino que conserva la serenidad suficiente para tomar posicion; mas al propio tiempo el enemigo rompe un fuego mas vigoroso sobre el flanco izquierdo de la columna, y la situacion de esta iba haciéndose dificil.

Mas la decision de los gefes y el bizarro continente de los soldados de la reina, son dos elementos poderosos contra los accidentes de la atmósfera, del terreno y el número de enemigos. El coronel La-Rocha manda formar en masa las tres compañías de zapadores y los batallones de Soria; y de concierto con el coronel Cathalan, la dirige sobre la posicion ocupada por los montemolinistas. Ambos combatientes demuestran gran tenacidad en su espugnacion y defensa; se estrechan las distancias; cesa el fuego de fusilería; á las descargas sucede el ataque á la bayoneta, y la lucha se empeña cuerpo á cuerpo. Entretanto, el coronel D. Santiago Rotalde dispone que la segunda columna mandada inmediatamente por el comandante Giron, marche en apoyo de la primera; Rotalde y el comandante Marquez preceden á los soldados; atraviesan la línea enemiga y llegan á la cima de la posicion donde se habia trabado el combate. Los montemolinistas, al ver que se concentran las tropas de la reina, pretenden lanzarlas de la cumbre de la posicion por medio de una carga vigorosa; acometen en efecto con mucho valor, pero son rechazados, y entonces pronuncian lentamente su retirada en direccion de San Pedro de Padullés. La-Rocha, al frente de las columnas, regresó á Calaf conduciendo los heridos. Un ataque nocturno nunca es mortífero, y asi es que á pesar de la obstina-

cion con que se peleó, no resultaron grandes pérdidas. La de los montemolinistas consistió en 14 muertos, siendo uno de ellos el comandante D. Vicente Astiriaga y varios heridos. Las tropas de la reina tuvieron seis muertos, 12 heridos, un contuso que fué el coronel Cathalan y 23 estraviados. La gloria de la jornada pertenecia en rigor á las fuerzas isabelinas, que en medio de la sorpresa manifestaron suma intrepidez y disciplina; pero la influencia moral del suceso aprovechó á los montemolinistas, porque se creyó que despues de haber dado esta prueba sangrienta de adhesion á su bandera, continuarian defendiéndola hasta exhalar el último aliento, y la guerra se proseguiria, cerradas con este hecho las vias de avenencia, por todo el rigor de las armas.

La conducta de los Tristanys fué muy diversamente interpretada. Algunos la pintaron con los mas feos colores, calificándola de aleve y sosteniendo que se habia mancillado con ella la proverbial hidalguía española. Otros, imbuidos de diferentes sentimientos, la reputaron como una prueba de lealtad, y aunque deploraron la sangre derramada en Santa María de Pinós, pensaron que debia recaer sobre el gobierno, que con mengua de su decoro y de los puros principios de moral universal, provocaba la defeccion de los gefes montemolinistas, procurando deslumbrarles con el brillo del dinero y de las distinciones. La historia colocada entre estos pareceres tan opuestos, no puede pronunciar un fallo absoluto. Imparcial como el pensamiento de justicia que debe presidirla siempre, condenará cuanto tienda á corromper el corazon de los hombres y á favorecer el desarrollo de las pasiones sórdidas y bastardas; pero humana como la voluntad social que debe existir en su fondo, lamentará constantemente la ocurrencia de un acontecimiento, que no solo sacrificó las inocentes víctimas del 13 de abril, sino que debia, segun los cálculos mas verosímiles, dar poderoso fomento á la guerra é infundir en el beligerante mas débil el valor de la desesperacion, pues no habia al parecer medio alguno de orillar el terrible dilema, de victoria ó muerte.



CAPITULO X.

Declinacion de la guerra.—Desgraciada espedicion de Montemolin.—Cae Marsal prisionero.—Choques y reveses de los montemolinistas.—Marcha de Cabrera á Francia.—Conclusion de las hostilidades.—Carácter general de esta guerra.

Al mismo tiempo que la noticia de los acontecimientos de Pinós, escitaban la alarma y una consternacion dolorosa en el ánimo de cuantos temian la prolongacion de la guerra, circulaban de boca en boca, y aparecia consignada en los diarios oficiales la narracion de otros sucesos menos ruidosos que graves, pues debian ejercer su accion disolvente sobre los principales elementos de la campaña. Rara vez se creen sin desconfianza los hechos que fomentan ó destruyen un gran sentimiento; á los primeros trasportes del júbilo ó de la sorpresa, sucede siempre el recelo y la ilusion: autorizándose con el nombre de escepticismo, renace en la voluntad, y pasa por lo regular de la negacion de las circunstancias que rodean el suceso á la del suceso mismo. Los partidos, sobre todo, no renuncian al tesoro de esperanzas que constituyen su vida moral en tanto que tienen un pretesto en que apoyarlas, y solo

la luz de la evidencia que disipa la obcecacion de las pasiones hasta en los últimos pliegues del corazon humano, puede fijar la conciencia general sobre la verificacion de un suceso. Esta conciencia, superior ya á todos los fueros de la decision, estraña á los dominios de la duda; esta conciencia que sacrifica el corazon al entendimiento, se fijó sobre el hecho mas trascendental y decisivo de la guerra: la prision del conde de Montemolin.

Este jóven príncipe sabia en Lóndres la defeccion de algunos de sus partidarios, debida en gran parte á la discordia que nacida y alimentada entre los principales gefes, se sostenia, tanto al lado de la prosperidad, como de la desgracia, porque no tenia por móvil el interés absoluto y espansivo de la causa, sino la aptaccion individual é implacable del egoismo. La presencia del conde hubiera sin duda, dado tregua á estas rivalidades, y afirmado el lazo de la disciplina, conveniente en todas las épocas, é indispensable en una guerra tan escasa de recursos materiales. Habia otra razon general ademas de esta, incidental y de circunstancias; en las revoluciones una idea ó un principio subleva los ánimos y les precipita en los mayores peligros, porque como tienen una aplicacion universal, rechazan la personificacion de un individuo; pero en las luchas dinásticas, las palabras abstractas, solo sirven para designar el derecho de un hombre, y las obligaciones de muchos, y por consiguiente la presencia de aquel ejerce el mas alto y considerado influjo; siendo el centro de todos los sentimientos y planes, su persona es la mejor bandera. Por otra parte, si Montemolin llegaba á poner el pie en Cataluña, sus partidarios en cualquiera de los puntos de la península, se ajitarian violentamente, pondrian todos sus medios en juego, y si la causa era susceptible de triunfo, indudablemente le obtendria de este gran arranque de adhesion política y de pundonor individual. Cabrera que podia apreciar á fondo estas razones, se las espresó á su soberano y le instó á que viniera á colocarse á la cabeza de sus tropas; pero los amigos del conde se oponian vivamente al principio á este proyecto, porque no querian comprometer la persona y el prestigio de su gefe. Montemolin, educado en la desgracia, casi criado en los campamentos, impelido por el ardor de esa juventud, que solo tiene dos grandes móviles constantes, la ambicion y la gloria, y fiando absolutamente en la lealtad del caudillo tortosino, venció la resistencia de los consejeros, y partió de Lóndres el 27 de marzo, emprendiendo tan atrevida espedicion bajo el pseudónimo del teniente *Lirio*, acompañado de los coroneles Gonzalez y Gimenez. Este arriesgado viaje se verificó en los primeros dias sin inconveniente alguno; cerca de París se reunió á los viajeros el coronel Algarra, ayudante de Cabrera. El conde y sus tres compañeros llegaron á la frontera y se ocultaron en una aldea enclavada al pie de la misma, aunque perteneciente al territorio francés, esperando que se presentase en aquellas inmediaciones alguna

fuerza montemolinista, ó que Cabrera pronunciara su movimiento en aquella direccion. Dos dias permaneció Montemolin en el mismo punto, y al cabo de este tiempo, tomando solo consejo de su impaciencia, salió acompañado de los tres sugetos referidos, llevando un guia para que les enseñara el camino. Cabrera entre tanto operaba vigorosamente en la provincia de Lérida, á fin de atraer hácia este punto las fuerzas isabelinas que cubrian la linea; mas aunque logró en gran parte su objeto, no pudo impedir el que la mano de la desgracia alcanzara al conde cuando iba á tocar la cima de su proyecto. Al llegar el dia 4 de abril á San Lorenzo de Cerdanes, se presentaron seis aduaneros franceses, que disfrazados de catalanes perseguian de ordinario á los contrabandistas de aquella comarca, é intimaron al conde y sus compañeros la órden de rendirse. Los coroneles Algarra, Gonzalez y Gimenez, dominados al principio por la sorpresa, y comprendiendo despues lo infructuoso de la resistencia, no opusieron alguna, y se entregaron á merced de sus enemigos; pero no se halla tan averiguada la conducta que observó Montemolin en este trance dificil: segun la comunicacion telegráfica que se pasó al gobierno, el conde ofreció á los aduaneros 2000 francos por su libertad y la de los tres coroneles precitados, persistiendo en sostener que eran simples oficiales carlistas que iban á hacer la guerra bajo las órdenes de Cabrera: segun otra version que se refirió entonces como bastante exacta, Montemolin al ver á los aduaneros franceses, indignado contra el rigor de su fortuna, quiso resistirse, y corrió peligro de ser dos veces fusilado; al fin logró evadirse del poder de los aduaneros; pero al ir á salvar una zanja, abierta en el límite de una heredad, cayó en ella y fué cojido de nuevo. Trasladado desde San Lorenzo á Arlés, y desde aqui á Perpiñan, le encerraron en uno de los pabellones de la ciudadela de esta poblacion, y á sus compañeros de viaje y de infortunio en la cárcel pública. Se ha supuesto que Montemolin fué reconocido en Arlés por un jóven de Bourges; pero aunque este hecho fuera cierto en nada podia alterar ni debilitar las noticias que preventivamente tenia la policía francesa acerca de la clase, proyectos y direccion del proscripto príncipe. Este golpe fué mortal para la guerra de Cataluña. No importa que Montemolin salga libre á los pocos dias de la ciudadela de Perpiñan; este hecho carece de toda reaccion favorable á su causa. Se necesitaba su presencia en el Principado para mantener la gerarquia de los gefes, su ejemplo para enardecer el valor del soldado, sus recursos para cubrir las necesidades del servicio y el interés que inspirara el peligro de su persona, para sobrescitar en el pecho de antiguos servidores un afecto ya meramente pasivo; y estos tres grandes resortes de la influencia militar, de la influencia política, y del subsidio financiero, resultaban nulos con la emigracion de Montemolin. La causa montemolinista se hallaba entonces en uno de esos momentos de crisis de los que siempre salen el triunfo ó la postraccion; faltáronla

en ocasion oportuna sus principales elementos de vida y empezó á declinar rápidamente.

Entre los acontecimientos que prepararon el desenlace de las hostilidades, merece sin duda una mencion especial la captura de Marsal. Este gefe montemolinista habia logrado crearse á fuerza de actividad y constancia un nombre prestigiado, y su amor á la disciplina le hizo huir de los escesos en que dominados por la ira de la ocasion ó el encono de los recuerdos, cayeron otros caudillos menos afamados. Apto para mandar un cuerpo de caballería, sabia armonizar la intrepidez del soldado con la prudencia del gefe, y aunque no era muy estensa su erudicion ni desplegó esas dotes que constituyen una notabilidad en el concepto público, sin embargo ofrecia en su persona la alianza consoladora del partidario entusiasta, y del hombre de sentimientos equitativos y humanos; alianza estraña, porque el fanatismo nunca está exento de escesos. Marsal era despues de Cabrera el caudillo mas considerado entre los montemolinistas, y asi que, la noticia de su persona tuvo grande eco en Cataluña y aun en el resto del reino. Cayó en poder de la columna acaudillada por el coronel Hore, hallándose en una casa situada en el monte de Ginestá. Su ayudante D. Manuel Romero y Abril, antiguo teniente del regimiento del Rey, y el partidario Planademunt que le acompañaban, sufrieron su misma suerte. Hore condujo sus prisioneros á Gerona y no se mostró avaro de atenciones para dulcificar su desgracia: Marsal y sus compañeros entraron en la cárcel de esta poblacion, donde esperaron el destino que les deparase la severidad ó la clemencia de sus vencedores. A las siete de la mañana del dia 10, despues de verificarse su captura, fueron fusilados, Planademunt y Romero y Abril; Marsal estando ya en capilla, elevó á la reina una esposicion en que abjuraba sus principios políticos, calificando de desacertada y funesta la senda porque habia dirijido su carrera militar y que le conducia ahora al borde del sepulcro. Este rasgo que entonces se calificó de debilidad y que aminoró en gran manera la reputacion de Marsal, salvó su existencia, porque la reina le hizo gracia de la vida, suspendiéndose todo procedimiento judicial contra este gefe montemolinista. El modo con que se verificó su sorpresa, las consideraciones que se le guardaron por los gefes militares y autoridades civiles de Gerona, y la conducta que observó renunciando á su historia y á sus precedentes, hicieron surjir algunas sospechas, respecto á tratos y estipulaciones anteriores á su prision; pero nosotros que hemos podido apreciar bien de cerca este suceso, no hemos logrado obtener prueba alguna sólida de estas suposiciones, que acaso no tengan otra que la natural suspicacia de un partido, que habiendo sufrido tan duros desengaños de la fortuna y de los hombres, podia desconfiar en todo, de estos y de aquella.

El desaliento producido por tan importantes sucesos debia reflejarse en los campos de batalla. En efecto, durante un breve periodo fueron multiplicados y récios los descalabros de los montemolinistas. Su-

frieron el primero en el pueblo de Canmayor. Hallábase aqui el 6 el gefe montemolinista Serrat á la cabeza de 80 hombres. Luego que tuvo conocimiento de este hecho el coronel Gonzalez Lafont, dividió sus fuerzas en tres columnas, dos de las cuales, bajo las inmediatas órdenes del comandante Bomort y del capitan Montero, debian operar sobre los pueblos de Sellen y Canmayor, mientras que Lafont con el centro se dirijia sobre Torn. Montero cayó con tanto ímpetu sobre los montemolinistas, que sin ser poderosos á resistir el brioso ataque de sus adversarios, se precipitaron en horrible confusion, perdiendo 19 muertos, siendo uno de ellos el gefe de la partida D. Ramon Rui, 69 prisioneros, en cuyo número deben incluirse 11 oficiales y cuatro sargentos, 60 fusiles, cananas y otros efectos. Serrat acompañado de cuatro ginetes, huyó del campo de la accion con todo el poder de su caballo.

Otro hecho de armas notable ocurrió en Castell-Florile el 18. Un escuadron montemolinista compuesto de 108 caballos que habia dirijido Marsal, y de los ordenanzas de Cabrera, mandado por Saragatal y Gamundi, cruzó rápidamente el llano de la provincia de Lérida, con propósito al parecer de arrojarse sobre Aragon. Súpolo oportunamente el general Paredes, y quiso cerrarles el paso á la cabeza de un batallon, 46 caballos de Montesa, siete de Lusitania y 18 de Pavía. Esta fuerza de caballeria precedia á los infantes, y marchaba bajo las inmediatas órdenes del brigadier Dulce. Los montemolinistas fiados en su superioridad numérica y en la calidad de su gente, hicieron alto en el precitado pueblo y esperaron que se acercaran los caballos isabelinos, y cuando ya se situaron convenientemente y en disposicion de acometer, disparan los trabucos á quema-ropa y desconciertan por un momento las filas de sus enemigos; pero se rehacen estos instantáneamente bajo la voz de sus oficiales y el hábito de la disciplina, bajan las lanzas y se precipitan á toda brida sobre los montemolinistas, dando una furiosa carga de *pretal*. Este ataque tan brusco hace cejar á los caballos de Saragatal; pierden sensiblemente terreno y cuando quieren hacer un último esfuerzo para recobrar su superioridad, son rechazados con ímpetu creciente y se pronuncian en retirada. Tuvieron los montemolinistas diez y nueve muertos, varios heridos, trece hombres y catorce caballos prisioneros; los isabelinos esperimentaron la baja de dos oficiales, seis soldados y dos caballos.

Las acciones y encuentros de la Guardiola en que el coronel Solano batió á las fuerzas de Cabrera y Tristany, obligándolas á atravesar el Segre; del Coll de Nargó, en que Pons atacó á varias partidas montemolinistas, causándolas la pérdida de ocho muertos; de Sierra Seca, donde obtuvieron los isabelinos mandados por el mismo Solano, importantes ventajas, y los montemolinistas se desbandaron con la pérdida de algunos muertos, heridos y prisioneros; el choque ocurrido en San Lorenzo entre las tropas del brigadier Manzano y las de Borges, que cayeron despues sobre el pueblo de Aliña, y la persecucion que hizo la escolta del

general Concha á la caballeria del Negre de Agramunt, forman la junta de los hechos militares acaecidos hasta el 15 del mes de abril.

Los que ocurrieron en lo sucesivo carecen de ese interés que sostiene y eleva el espíritu de la historia; pero á fin de no dejar esta incompleta, deben incluirse en una lijera reseña.

El dia 18 esperimentó un duro revés la partida centralista de Baldrich, habiendo sido dispersada con la pérdida de dos muertos, dos prisioneros, un caballo y varias armas de fuego; el 19, el comandante militar de San Feliú de Codinas sorprendió en Castellblersol á algunas fuerzas montemolinistas, y atacándolas con denuedo las dispersó y causó tres heridos, y el tercio móvil de Vich se apoderó de algunos insurgentes que se hallaban en Sú, uno de los cuales tenia el título y carácter de comisario de guerra.

De mas considerable resultado fueron las operaciones combinadas que emprendieron varias columnas de la reina contra las fuerzas que acaudillaban Cabrera y los Tristanys, durante los dias 17, 18, 20 y 21. El 17, las brigadas reunidas de Pons y Serrano, se apoderaron de las eminentes posiciones de Sierra Seca, causando á su enemigo la pérdida de 14 muertos, cuatro de ellos oficiales y 26 heridos. El 18 renovó el ataque el brigadier Manzano en las cercanías de San Lorenzo de Morunys: los montemolinistas se batieron con rara constancia; desalojados de una posicion por las tropas, muy superiores en número, se replegaban sobre otra, y defendieron cinco consecutivas con gallardo esfuerzo, hasta que comprendiendo la multitud de defensa tan obstinada, se retiraron con buen órden y concierto. Habian sufrido la pérdida de nueve muertos, 16 heridos y ocho prisioneros. Los de la columna, aunque no consta de una manera positiva, debió ser mucho mas considerable, si se atiende á que tuvo que combatir con un enemigo situado en posiciones escogidas. En los dias 19 y 20 hicieron las tropas de la reina algunos prisioneros, y el 21 sostuvo el coronel Echagüe otro ataque en Matamargó en que los montemolinistas tuvieron fuera de combate 15 hombres, y 10 las fuerzas isabelinas. Dispersáronse aquellos, y Vilella, que en union con Tristany, iba á su cabeza, llegó á Castellfulit en un caballo sin silla. El 22 alcanzó el brigadier Damato á las partidas de Martinez y el Caldeiraire en las casas de Espiels, término de San Llorens, y acometiéndolas con inteligencia y valor, las dispersó y causó la pérdida de seis muertos, cinco prisioneros y 36 armas de fuego. Análoga suerte tuvo una partida republicana que vino á las manos con la columna del coronel Gaset. Incapaz de resistir por su número y organizacion el valeroso ataque de los isabelinos se desbandó, dejando en el campo dos muertos, y en poder de su enemigo cinco prisioneros, uno de los cuales era un antiguo capitan de francos, llamado D. Francisco Ros.

Cuando acaecieron estos sucesos, muchos espíritus fáciles y lijeros que solo ven la superficie de los hechos, y que constituyen la vida

facticia de la sociedad, pronosticaron de un modo absoluto la pronta terminacion de la guerra. Otros, mas maduros y reflexivos, no se atrevian á abandonarse á la esperanza dulce y lisonjera de una pacificacion inmediata, pues aunque creian que se habia adelantado mucho para conseguirla, y aunque la guerra carecia ya de los principales elementos de existencia propia, sin embargo, recordaban lo ocurrido á principios del año 48, y se detenian ante un recelo mas ó menos fundado, porque la historia es la rémora constante de las ilusiones.

Es verdad que no habia exactitud en el paralelo de las causas, pero podia haber semejanza en los resultados; existian entonces mas causas generales de trastornos; ahora las causas locales tenian la energía de la organizacion. Es cierto que segun los datos oficiales, desde el 1.° de enero de 1849 hasta el 17 de abril, habian caido prisioneros 1400 montemolinistas, contándose entre ellos 40 gefes y oficiales, y se habian presentado á las autoridades de la reina un brigadier, seis coroneles, dos tenientes coroneles, 36 capitanes, 94 tenientes, 30 subtenientes, dos cadetes, tres físicos, 26 gefes de partida, cuya graduacion no estaba determinada, 16 sargentos, y 3281 individuos de tropa. Notorias eran las derrotas y pérdidas de los insurgentes durante los últimos dias del mes, y circulaba como muy válida la voz del fallecimiento de Borges, caudillo jóven que unia á un valor intrépido bastantes conocimientos militares; pero de ninguno de estos precedentes podian surgir consideraciones absolutas, porque la accion disolvente de tales acontecimientos estaba neutralizada en parte por acontecimientos contrarios. Muchos de los presentados se habian adherido de nuevo á su bandera; los recientes descalabros eran muy poco importantes por la pérdida material que sufrieran los montemolinistas; su dispersion podia ser efecto de un sistema que ya habian planteado otras veces con éxito venturoso; si habian faltado algunos gefes todavia quedaban otros para reemplazarles, y una causa nunca perece por falta de caudillos. Manuel de Hostal Neu, Muchacho, Boquica y Ramonet Né, recorrian con sus partidas el distrito de Berga. Vilella mismo, repuesto de su dispersion, se habia unido á Baldrich, y capitaneaban ambos mas de 100 hombres en la provincia de Tarragona. Todavia quedaban los Tristanys en disposicion de agitar su grande influjo en el pais, y todavia se hallaba en Cataluña Cabrera, principal personificacion de la guerra. Los que se interesaban por el triunfo de la causa montemolinista y concedian á este hombre brillantes y aventajadas dotes, le pedian un esfuerzo de valor y de génio, porque el génio solo se demuestra en las ocasiones supremas.

Las esperanzas de unos y los recelos de otros quedaron igualmente defraudados cuando el gobierno anunció haber recibido un parte telegráfico fechado en Bayona á las once de la noche del 25 de abril, segun el cual, Cabrera, acompañado del coronel Gonzalez Ceballos, su gefe de E. M., de Boquica y de otros dos gefes, habia intentado

Digitized by Google

penetrar en el territorio francés, y sido preso en la frontera. Desde este dia, nadie, nadie dudó de la conclusion de la guerra del Principado, porque las partidas que habian quedado en pié, ó se aniquilarian con sus propios esfuerzos, ó apelarian á la emigracion. Ante este hecho callaban las convicciones particulares; pero los hombres de todos matices políticos se preguntaban en Cataluña con la misma anhelante curiosidad: ¿cómo Cabrera lleno de audacia y de energía, de ese orgullo que es igualmente el consejero de las grandes acciones y de los mayores crímenes; cómo Cabrera no habia recogido todas sus fuerzas y entregado una furiosa batalla, aumentando con esta su consideracion de valiente soldado, y enalteciendo su valor de hombre político, ó bien si queria esperar algo del auxilio del tiempo, por qué no adoptaba el sistema de dispersion, y esquivando el alcance de las columnas isabelinas, aumentaba y organizaba las suyas en el corazon de la montaña? Todos comprendian el fundamento del problema, pero ninguno presentaba una clave satisfactoria, y cada uno interpretaba el hecho en armonía con sus intereses y sentimientos.

El mismo caudillo montemolinista comprendió todo lo estraño de su emigracion, y queriendo atenuar su efecto y reclamar al propio tiempo contra la severidad del gobierno de Francia, dirigió á sus amigos de París la siguiente carta, fechada en Marsella el 27 de abril, que publicaron los periódicos de esta nacion:

«He sido detenido en una casa de la estrema frontera, donde habia venido á cumplir un deber, y no como fugitivo, puesto que durante tres dias habia derrotado y puesto en dispersion al enemigo.

»Llegado en este momento á Marsella, voy á partir con escolta para Tolon. No tengo tiempo mas que para escribiros algunas, á fin de que deis algunos pasos para que me dejen libre cerca de los ministros y del presidente de la república.

»Será tratado un estranjero bajo el régimen de la libertad, del mismo modo que lo era en tiempo de la infame tiranía de Luis Felipe?

»Tengo fé en vuestro gobierno.

»Espero vuestra respuesta que me traerá sin duda una órden para que me pongan en libertad, lo cual me permitirá marchar á las fronteras de la república.»

No se realizaron los deseos de Cabrera, y la insurreccion, falta de su apoyo, sucumbió completamente. Las reliquias de las partidas se desvanecieron ante la vigorosa persecucion de las tropas, y en 19 de mayo el capitan general D. Manuel de la Concha, decia en una proclama dirijida á los catalanes estas palabras:

«Las armas nacionales han conquistado en vuestro suelo el laurel mas hermoso que puede producir la guerra, al restablecimiento de la paz.»

Mas si la paz habia sobrevenido como un bálsamo reparador á cicatrizar la profunda herida, abierta en la industria, comercio, agricultura, en todos los grandes ramos de la riqueza catalana todavia andaba discorde y vacilante la opinion sobre las causas que habian preparado y consumado un beneficio tan grande que la guerra solo es justa y conveniente en cuanto tienda á asegurar la paz.

Concha en una alocucion á los barceloneses decia, refiriéndose á este objeto:

«La debeis (la paz) *á la generosidad del gobierno que no ha perdonado ningun sacrificio para proporcionuros un bien tan inmenso; la debeis á la generosidad de esas tropas, cuyo solo talante revela todavia las virtudes que hacen á los ejércitos invencibles.»*

No podia negarse la accion ocasional é inmediata de estos grandes medios y su influencia en la terminacion de la guerra. El ejército, modelo de lealtad, valor y disciplina, habia combatido con ese ardor noble y poderoso, que parece mas bien hijo del entusiasmo del soldado, que de la ley de la subordinacion, y habia obtenido, prodigando su sangre y sus esfuerzos, triunfos menos brillantes que sólidos y difíciles. Desafiando á la vez la inclemencia del clima, los rigores de la topografia del Principado y el valor temerario de sus enemigos, habia corrido á los peligros, sin que ni un acto de cobardia deshonrára sus precedentes, ni un solo ejemplo de insubordinacion ni sedicion empañára la aureola de su prestigio. Un ejército con estas condiciones es invencible, porque si alguna vez queda derrotado, halla en sí siempre elementos prontos y seguros de rehabilitacion. Hé aquí bajo qué concepto la conducta del ejército pudo influir en la obra de la pacificacion: habria este vencido en un periodo mas ó menos largo, porque la victoria pertenece constantemente al mayor número, auxiliado del valor y de la disciplina; pero no era esto sin duda suficiente para precipitar de un modo tan súbito el desenlace de la guerra.

La opinion general, halagada por un grande acontecimiento, se remonta siempre al origen del bien, y como en estos momentos callan todas las pasiones mezquinas para dar lugar á la espansion inefable de la gratitud, todos cuantos anhelaban la ocurrencia de la paz, se apresuraron á ofrecer al general Concha el homenage de su aprecio, de sus simpatías y aun de su admiracion.

La historia debe examinar la justicia de estos sentimientos. El general Concha, como todos los capitanes generales de Cataluña durante este turbulento periodo, tiene un doble concepto; el de hombre po-

lítico y el de militar. Como entidad política, sus primeros procederes fueron humanos, prudentes y equitativos: su bando fué agriamente censurado, pero la moderacion natural del hombre, templó la acritud del funcionario, y en la ejecucion desapareció casi todo cuanto tenia de escesivamente dura aquella medida. La verdadera consideracion de Concha en esta última campaña existe en su carácter militar, porque el impulso que dió á las operaciones, el plan estratégico que adoptó, el tino que desplegó en la eleccion de los gefes de columna, y la actividad de que él mismo dió ejemplo, fueron tales, que si la guerra hubiera podido perecer de pronto por el vigor de las hostilidades, á él le perteneceria esclusivamente el lauro de la victoria.

Pero la verdadera ruina de la guerra existia en su misma constitucion. Cuando en un cuerpo cesa de circular el jugo de la vida se descomponen sin estraño esfuerzo todas las partes de su organizacion. La insurreccion catalana constaba de dos elementos, puestos por las circunstancias en violenta alianza: el montemolinista, que era el mas fuerte, quedó abatido con la prision de Montemolin: el centralista ó republicano careció de fortaleza desde el momento en que se estinguió el fervor de las pasiones sociales. Uno y otro, el primero especialmente, sucumbió falto de recursos materiales. En efecto, los pueblos, exaustos de medios, no podian suministrar á los montemolinistas las contribuciones con que antes se habian sostenido; los auxilios procedentes del estranjero se menguaron á la par que sus probabilidades de triunfo, y cesaron de todo punto cuando ocurrió la prision del conde. Faltos de este modo, aun de lo indispensable para proveer á su subsistencia, empezaron á abandonar una bandera que se caia de sus desfallecidas manos, y como las necesidades eran cada dia mas grandes y perentorias, tambien la desercion se hizo mas considerable.

El gobierno por el contrario, venciendo sus dificultades financieras y decidido á estirpar la insurreccion de Cataluña, empleando todos sus recursos, ofrecia á los montemolinistas que abandonaban sus filas, medios de continuar su belicosa y aventurera vida, incorporándolos en los tercios fijos, que por esta época recibieron singular incremento; y de este modo lograba, no solo debilitar la base de aquella, sino convertir en daño de la misma los fundamentos de su agonizante poder.

Todas las guerras civiles proceden de una exuberancia de vida pública, y no tienen mas que dos terminaciones, ó la disolucion de los principios que constituyen una banderia, ó la consuncion de sus principales medios. Las victorias mas decisivas solo sirven para precipitar aquella ó acelerar esta. La guerra de Cataluña acabó del último modo.

A estas causas generales y ostensibles podíamos añadir otras ocultas; pero no nos decidimos á hacerlo, porque la mano del historiador

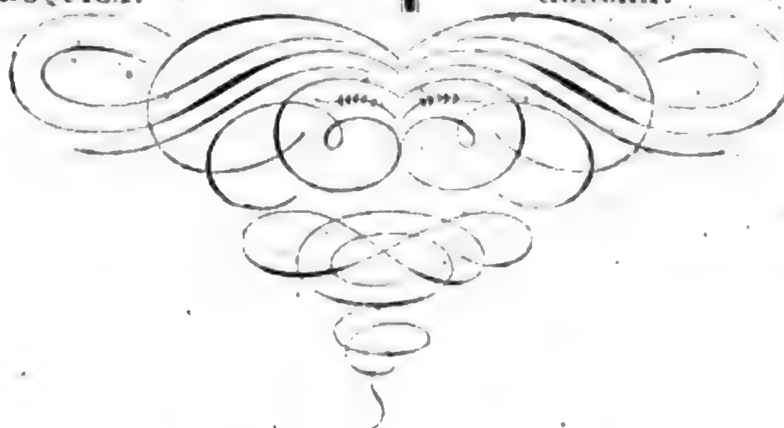
debe tender un velo sobre la estátua de la verdad, cuando la vista de esta pueda sublevar pasiones felizmente adormecidas. Hemos dado fin á nuestra mision: hemos narrado los sucesos con el espíritu mas puro de imparcialidad: hemos admirado y sorprendido en esa epopeya activa y sangrienta tipos de audacia, de ingénio y aun de abnegacion; y si bien al terminar nuestro relato deploramos la situacion de ese laborioso Principado, que durante quince años apenas ha gozado un momento de completa tranquilidad, consuélanos la idea de que la Providencia solo educa en la desgracia á los pueblos, para los que reserva altos destinos, y la de que la virtud de los pueblos como la virtud de los individuos, solo se purifica y acrisola en medio de las grandes tribulaciones.

SECCION BIOGRÁFICA.

BIOGRAFIAS

QUE CORRESPONDEN A ESTE LIBRO, Y SON DE LOS SIGUIENTES.

Montemolin.	Pavia.
Tristany.	Los hermanos Tristanys.
Ros de Erolés.	Ametller.
Cabrera.	Baldrich.
Forcadell.	Planadamunt.
Boquica.	Concha.



ADVERTENCIA

Consecuentes con lo que ofrecimos en nuestro prospecto, damos principio á la SECCION BIOGRÁFICA *en la cual insertamos las* biografias *de los personages cuyos nombres figuran en la portada. De esta manera amenizamos la obra, dando lugar á episodios importantes siempre, y que presentan á la historia general nuevo colorido.*

Estas biografias ocuparán sin embargo un corto número de entregas que se repartirán con rapidez, y con el objeto de que se haga menos costosa la obra se ha adoptado un tipo compacto, como nuestros lectores pueden observar.

A la última entrega de esta SECCION BIOGRÁFICA *acompañarán los* indices y cubiertas general *del tomo, con lo cual queda completamente finalizada la obra.*

Digitized by Google

MONTEMOLIN.

TIEMPO hacia que la conducta observada por don Cárlos María Isidro de Borbon, durante su permanencia en las provincias Vascongadas, le habia enagenado todas las voluntades; asi que, cuando á consecuencia del *convenio de Vergara* abandonaba el territorio español, seguido de algunos restos de suejército, acompañábanle al vecino reino bien pocas simpatías.

Débil, irresoluto, la parte ilustrada del partido carlista veia en él la causa de su desgracia y solo conservaba su antiguo prestigio entre ciertos sugetos, en su mayor parte eclesiásticos, tan inútiles para el campamento como en los consejos. Podia muy bien decirse que al retirarse D. Cárlos María Isidro de España, habia muerto políticamente, y que su nombre no habia de llevar en lo sucesivo á los combates á los esforzados campeones de su causa. No es esta la ocasion de enumerar los sucesos que habian producido semejante conviccion; detallados suficientemente en nuestra obra, bástanos únicamente por ahora conocer el resultado, el efecto, la consecuencia que, como hemos dicho, no era otra que el descrédito de D. Cárlos, y el deseo general de que una persona nueva viniese, por decirlo asi, á rejuvenecer la causa, á prestarla vigor y á dar fé y aliento á sus decaidos partidarios. Por esta razon, si bien podia creerse en 1839 y 40 que no volveria á encenderse la guerra civil á nombre de Cárlos V; nadie habia tan cándido que llegase á creer de buena fé que la causa carlista habia sucumbido para siempre; que mucha estupidez fuera necesaria para sostener semejante error; porque por mas que por algunos de distinto modo se haya juzgado, la lucha no se habia sostenido en nombre de las personas, si bien estas pareciesen en primer término, sino en nombre de los principios, de las doctrinas, de las religiones políticas que representaban.

El tiempo, marchando con su rapidez ordinaria, habia de producir complicaciones que naturalmente habian de encender de nuevo la guerra civil, y si bien algunos visionarios creian que el enlace de Isa-

Digitized by Google

bel II con el hijo de D. Carlos seria el término de nuestras desgracias, no ya los hombres de Estado, sino hasta las personas de mediano criterio, conocian que semejante acontecimiento era de todo punto imposible. Por eso todos temblaban abordar la cuestion del matrimonio de Isabel.

Mientras el partido liberal fraccionábase y dividíase en España hasta el infinito, y sus diferentes fracciones luchaban entre sí con negro encono, los partidarios del carlismo reuníanse y maquinaban, ya en el estrangero, ya dentro del pais, y conservaban siempre en alarma al gobierno de Madrid, combinando sus elementos para mejor ocasion.

En 18 de mayo de 1845, tuvo el mundo una prueba inequívoca de que los carlistas no habian desistido de sus antiguas pretensiones, y que si su estrella quedó eclipsada en los campos de Vergara, podia aun lucir con esplendente brillo. Nos referimos a la abdicacion de D. Cárlos Maria Isidro en su hijo primogénito D. Cárlos Luis, que apareció en aquella época. Esta medida era de suma trascendencia, y mucho mas en aquellos instantes. Dividido y trabajado, por personales rencores el partido carlista, D. Cárlos Luis, estraño á todas sus discordias, nuevo, sin antecedentes sospechosos para ninguna de las fracciones, era el único personage que podia reunir los discordes elementos. Su juventud, su ilustracion, su talento, su carácter franco y resuelto eran otras tantas garantías para sus partidarios, que contrastaban notablemente con las prendas de su padre. La vieja causa carlista se rejuvenecia en la persona de su nuevo gefe.

D. Cárlos Luis María, nació en Madrid á las seis y treinta y cinco minutos de la madrugada del dia 31 de enero de 1818. El nacimiento de este príncipe hizo concebir á muchos halagüeñas esperanzas; hijo de D. Cárlos María Isidro, heredero presunto del trono de Fernando, por carecer este de sucesion, creyóse desde luego asegurada para mucho tiempo la paz de la monarquía. Así que, la noticia de su nacimiento vino á esparcir la alegría y el contento en la capital, que con iluminaciones y regocijos dió muestra del que la animaba por tán fausto acontecimiento. Si en aquellos dias de entusiasmo y esperanzas, lejos de el trono que todos pronosticaban para el recien nacido, alguno se hubiese atrevido á predecirle el ostracismo y la proscripcion, hubiera sido reputado por un demente; sin embargo, estaba escrito que Cárlos Luis no ocuparia el trono de sus mayores, y en vez de los ecos de alegria con que al venir al mundo fué saludado, solo habia de escuchar en su derredor los tristes acentos del infeliz espatriado que vuelve los ojos al sol que alumbra el pais que le vió nacer, donde reposan sus padres y donde viven sus amigos y sus hermanos.

Fernando VII y su esposa doña María Isabel de Braganza fueron los padrinos del recien nacido; su educacion vigilada directamente por su madre, fué correspondiente á su alta estirpe, y el infante por su parte no dejó de aprovechar las lecciones de sus doctos maestros. La filosofía, las matemáticas, los idiomas francés, inglés, italiano, aleman y portugués, la música, la pintura y todos los demas ramos de adorno propios de su edad y de su clase, constituyeron su ocupacion en los primeros años de su vida, y en todas estas materias hizo rápidos progresos; pues posee un talento claro y despejado y un génio observador, profundo y reflexivo.

Piadoso sin fanatismo, sóbrio en sus comidas, se privaba fácilmente de las cosas que mas le agradaban, porque de ellas disfrutasen sus amigos ó sus hermanos. En sus juegos demostraba siempre su aficion á la carrera militar, y en su carácter notábase siempre cierto tinte melancólico que le hacia buscar la soledad; parecia que su tierno corazon preveia las desgracias que en lo futuro le estaban reservadas.

Fernando VII simpatizaba estraordinariamente con el jóven príncipe, quien por su parte profesaba al monarca un verdadero cariño: ambos se buscaban mútuamente, y el infante no dejaba de acudir ningun dia á la cámara del rey, con quien solia pasar algunas horas.

Los acontecimientos vinieron bien pronto á turbar su felicidad y alterar su reposo. Quince años contaba apenas, cuando siguiendo la suerte de su familia, hubo de abandonar el alcázar donde habia visto la luz primera; era el 16 de marzo de 1833. Desde entonces acá, puede asegurarse que no ha lucido un dia sereno para el infortunado príncipe. Sin embargo de su corta edad, ha sufrido con digna entereza y con noble resignacion las desgracias todas que á sus progenitores amagaron. Tranquilo y sereno le vieron todos en la crítica retirada de Portugal, cuando á cada paso se hallaban en peligro de caer en manos de Rodil que los perseguia con incansable actividad, y allí acreditó la sangre fria de que se hallaba dotado, permaneciendo siempre á retaguardia, durante aquella penosa cuanto precipitada fuga: tranquilo y sereno se mostró tambien cuando embarcado por la primera vez de su vida á bordo del navío ingles *Donegal*, se aproximaba á las costas de Inglaterra, prodigando consuelos á su atribulado padre y sosteniendo la fé de su esforzada madre, ya durante la travesía, ya en su residencia en el suelo

británico, donde esperimentó una desgracia, la mayor de cuantas ocurrirle podian, y que dejó en su corazon una herida profunda, que ni el tiempo trascurrido ha sido bastante á cicatrizar completamente. Nos referimos á la muerte de su augusta madre, ocurrida en 11 de mayo de 1834.

Imposible seria describir la honda sensacion que en el ánimo del jóven príncipe produjo la enfermedad de su querida madre. Observador por naturaleza, desde los primeros momentos se formó una idea verdadera de la intensidad del mal que minaba los dias de la que le habia dado el ser: puede asegurarse que no se formó ilusiones; asi que, su ansiedad era horrible, cuando separado forzosamente del lado de la ilustre princesa y trasladado á Gosport, preguntaba noticias de la enferma: á cada momento temia escuchar la triste nueva. Mas de una vez burlando la vigilancia de sus domésticos se dirigió á la quinta llamada Albertoke Rectory, situada cerca de Gosport, donde se hallaba la infanta, en cuyos brazos sin duda se hubiera precipitado, si el temor de acelerar su muerte con una emocion violenta no le hubiese contenido.

No es empero posible formarse una idea del dolor que esperimentó D. Cárlos Luis cuando despues de algunos dias de terrible amargura se le presentó uno de sus maestros, el Padre Frias, diciéndole:

—«Señor! los decretos de la Providencia son insondables: ella ha querido sin duda poner á prueba hasta el colmo, la virtud y la paciencia de V. A., y cada vez le envia nuevas desgracias.»

El infante comprendió bien pronto toda la estension de la que le oprimia, y aunque la esperaba hacia tiempo, quedó anonadado bajo su peso y cayendo de rodillas prorumpió en un intenso llanto.

Por la muerte de su madre quedó el príncipe, así como sus hermanos, bajo la tutela y cuidados de la princesa de Beira, hermana de la difunta, que se apresuró á trasladarlos á Lóndres. D. Cárlos Luis manifestó siempre á esta señora, el mismo respeto, consideracion y ternura que á su madre; y ciertamente que á ello era acreedora, pues fué una verdadera madre de los príncipes.

A mediados de aquel año creyó oportuno la ilustre tia de los infantes abandonar el territorio británico, y despues de haber recorrido en compañía de sus jóvenes pupilos diferentes puntos de la Alemania fijáronse en Salzbourg, cuya situacion amena y deliciosa logró cautivarles. Esta incursion fué muy útil al proscripto príncipe. Siguiendo los instintos de su carácter, examinó y reconoció cuanto notable existia en los puntos que recorrió, observándolo todo con prolija minuciosidad. Fábricas, artefactos, establecimientos científicos, museos, bibliotecas, archivos, tribunales, todo llamaba su atencion, en todas partes se detenia y en todas hacia juiciosas y exactas observaciones, estudiando la topografía, religion, historia, usos y costumbres de los pueblos por donde transitaba, en cuya ocupacion invirtió hasta el año 1838, en que por órden de su padre que habia contraido por poder segundas nupcias con la princesa de Beira, vino acompañando á esta señora á las Provincias Vascongadas.

Los detalles de este tan largo cuanto penoso viage, son suficientemente conocidos para que nos detengamos en referirlos de nuevo. Baste decir que D. Cárlos Luis dió en él reiteradas é inequívocas pruebas de la serenidad de su alma y de la grandeza de su espíritu. Cuando llegó á Zugarramurdi, primer pueblo de nuestro territorio, el jóven nieto de Cárlos IV vestia blusa, boina y llevaba al hombro un pesado azadon, cual si fuese un trabajador del pais. Alli cambió estos avios por el uniforme adoptado en el cuartel general de D. Cárlos. Sustituyó la blusa con la zamarra; vistió el pantalon con la franja azul, y este traje conservó durante su permanencia en el territorio vasco. En el mencionado Zugarramurdi dió una prueba inequívoca de la decision de que se hallaba animado en favor de la causa de su padre. Al presentarle una espada que aquel señor le regalaba, alabaron algunos el lujo y delicadeza del trabajo de la empuñadura que pretendian hacerle notar; pero desenvainándola el jóven príncipe con marcial continente y reconociendo la hoja, esclamó:

—«*No es el lujo del puño lo que necesito sino el fino temple de la hoja.*»

Cuando D. Cárlos Luis llegó al campo de su padre no habia ya en todos los partidarios de su causa la uniformidad de miras que existiera en tiempos anteriores. Mil ódios, mil funestas rencillas le dividian y unas y otras fracciones profesábanse el ódio mas implacable. El irresoluto ánimo de D. Cárlos María Isidro se dejaba dominar hoy de los unos, para ser subyugado mañana de los otros, sin confianza en ninguno y temiendo de todos. El infante D. Sebastian, habia sido separado del mando del ejército, y aun se le hizo ver un rival peligroso y temible en el príncipe su hijo y sucesor. Por eso fueron desoidas las repetidas gestiones de D. Cárlos Luis para que se le diese el mando de algunos batallones, y por eso hubo de contentarse con seguir á todas partes á su padre, aunque con el dolor de no desenvainar su espada en la defensa de sus derechos.

Su permanencia en el real tampoco fue

estéril para él. El arma de artillería fijó su atencion, y en la maestranza de este cuerpo pasaba largas horas, instruyéndose minuciosamente en todos sus detalles.

No fué esta época la menos amarga para él. Vigilado y espiado de continuo, teniendo que reprimir los arranques de su carácter que le impulsaba á los peligros de las batallas y que le hacia envidiar las glorias de los voluntarios, deploraba en el alma los desaciertos que diariamente aconsejaban á su padre sus fanáticos consejeros, y veia morir una causa dotada de muchos elementos. Para sustraerse á sus pesares recurrió al estudio, y en la lectura de escojidas obras militares y en el estudio de los buenos autores, encontraba solaz y entretenimiento.

Si hondo pesar afligia el ánimo del desventurado príncipe al abandonar en 1833 el alcázar de sus mayores, mas intenso, mas profundo le agoviaba, cuando á consecuencia del convenio de Vergara pisaba en 1839 en compañía de su familia el territorio francés. No era el sentimiento de la derrota el que le dominaba; no era el pesar de haber perdido el que le combatia, sino el recuerdo del triste, del vergonzoso papel que se le habia hecho representar. Miraba vírgen su espada y rugia á la idea de que achacar se pudiese á cobardía.

Al penetrar D. Cárlos María Isidro en el territorio francés, los comisarios franceses recogieron las espadas á cuantos les acompañaban, y aun al mismo D. *Cárlos*; mas D. Cárlos Luis negóse á entregar la suya cuando le fué pedida, diciendo:

«Eso no: los príncipes españoles jamás entregan su espada.»

Estas palabras conmovieron á los oficiales franceses, y el infortunado príncipe, cuya biografía tan breve como pálidamente trazamos, fué el único que conservó su espada.

Conducido á Bourges en compañía de su familia, el estudio siguió siendo su recreo y ocupacion. Allí continuó completando sus conocimientos matemáticos, bajo la direccion del célebre coronel de artillería Montenegro, ministro que habia sido de la Guerra en el campo carlista; y como quiera que en Bourges existiese la direccion de un departamento del arma, allí perfeccionó su instruccion, coadyuvando por su parte al éxito de la empresa los oficiales franceses que tuvieron la cortesanía de invitarle siempre á los ejercicios y maniobras de los trenes.

Su pasion favorita es la de pasear á caballo, haciendo largas y peligrosas correrías, en las cuales difícilmente puede seguirle nadie, pues es uno de los mas perfectos ginetes que se conocen. En las Provincias Vascongadas, sus exentos y guardias, como en Francia los gendarmes que tenian encargo de no perderle de vista, han tenido que renunciar mil veces á su propósito, y algunos han quedado estropeados por la violencia de las carreras que emprendia, saltando zanjas, trepando breñas y recorriendo terrenos frecuentados únicamente por los pastores.

Dos cosas proponíase en estos peligrosos paseos: satisfacer su amor á la soledad y sustraerse de esa manera á la vigilancia de sus guardianes.

Ocupado segun acabamos de decir, llegó el año de 1845 que debia hacer época en la vida de nuestro príncipe.

Don Cárlos María Isidro comprendió bien que su prestigio estaba gastado, y que su nombre no podia reanimar su perdida causa. El tiempo, que no pasa en balde, produce reformas, y estas no podian de ningun modo acomodarse ni á sus hábitos ni á su carácter, decidióse, pues, á abdicar en D. Cárlos Luis, efectuándolo, como ya hemos dicho, en 18 de mayo de 1845.

En dicho dia escribió al príncipe una carta, en la cual le anuncia que, hallándose resuelto á separarse de los negocios políticos, ha determinado renunciar en él y trasmitirle sus derechos á la corona, y que desde aquel dia toma el título de conde de Molina, bajo el cual quiere ser conocido en adelante. El acta de su abdicacion limítase á manifestar que considerando como un deber sagrado el de hacer la felicidad de los españoles y procurar el bien de la monarquía, ha consagrado su existencia á cumplir tan difícil mision. Que en España como fuera de ella, al frente de sus súbditos como en la soledad del cautiverio, la paz de la monarquía fué siempre su único anhelo. Que debió respetar sus derechos, pero que nunca ambicionó el poder, y por lo tanto, su conciencia se hallaba tranquila. Que despues de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos soportados sin éxito, la voz de su misma conciencia y los consejos de sus amigos le hacen conocer que la Divina Providencia no le tiene reservado cumplir el cargo que le habian impuesto, y que era llegado el momento de trasmitirlo al que los decretos del Altísimo llamaban á sucederle, y concluye con el siguiente párrafo:

«Renunciando, pues, como renuncio, á los derechos de que mi nacimiento y la muerte del Rey D. Fernando VII, mi augusto hermano y señor, me dieron á la corona de España, trasmitiéndolos á mi hijo primogénito Cárlos Luis, príncipe de Asturias, y comunicándolo á la España y á la Europa por los solos medios de que puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta, y me retiro á vivir

libre de toda ocupacion política, y pasaré lo que me falta de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz de una conciencia pura, rogando á Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada patria.»

Don CÁRLOS LUIS contestó á la carta de su padre, manifestando que su deber era conformarse con su soberana voluntad, y que desde aquel dia, y por el tiempo que creyese oportuno, tomaba el título de CONDE DE MONTEMOLIN. En otro lugar hemos insertado la breve acta de su aceptacion.

El 23 del mismo mes dirigió el CONDE DE MONTEMOLIN por primera vez su palabra á á los españoles, en un manifiesto, en el cual funda su política en la justicia sin violencias, reparacion sin reacciones, prudente y equitativa transaccion entre todos los intereses, aprovechando lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores, sin contrarestar el espíritu de la época en lo que encierra de saludable.

Este manifiesto fué acogido diversamente segun el carácter de los que le juzgaban. Unos vieron en él una de esas pomposas promesas que se ponen en boca de los príncipes por los consejeros que los cercan, atentos á conseguir el fin que se proponen, y no muy cuidadosos del porvenir de sus ofertas, ni de la posibilidad de realizarlas.

Otros no vieron en él mas que el primer paso dado en favor de la candidatura de D. CÁRLOS LUIS á la mano de Isabel II; candidatura que moderados y progresistas rechazaron con mas ó menos energía, y el gobierno de la Reina por su parte consignó abiertamente su opinion en una célebre circular dirigida por el ministerio de la Guerra á los capitanes generales, en la cual se les recuerda que D. Cárlos y su familia están estrañados del reino, esclüidos por la Constitucion del Estado y por las leyes especiales de la sucesion de la corona, y privados de los derechos que gozaron en su calidad de infantes de España, previniendo á dichas autoridades, que á los que tomaren parte en la realizacion de sus pretensiones, que calificaba de quiméricas, sea cual fuese el velo con que quisiesen encubrirlas, se les persiguiese hasta su esterminio, si pisasen el territorio español, y en el caso de ser habidos, se les juzgára breve y sumariamente por un consejo de guerra como traidores y enemigos declarados del trono y de las libertades de la nacion; en el concepto de que la ley seria inexorable con los que intentasen directa ó indirectamente trastornar las instituciones fundamentales del reino, ó el órden de sucesion á la corona, *bajo engañosas promesas y mentidos sacrificios que la Reina, como gefe supremo del Estado y la nacion entera, rechazaban abiertamente.*

En aquella época espedíanse en Madrid retratos del CONDE DE MONTEMOLIN, que fijados á las puertas de las librerías, llamaban la atencion de los curiosos que parábanse en gran número á contemplarlos. Cierto dia en que el partido progresista hallábase mas irritado que de ordinario por la denuncia de cierto folleto que en aquellos momentos se hallaba pendiente ante el jurado, acertó á pasar por la calle de Carretas cierto jóven, bien conocido por lo exagerado de sus ideas, y viendo el retrato en un cuadro colocado á la puerta de una libreria, rompió el cristal, y apoderándose de la estampa, la hizo mil pedazos; suceso aislado, de ninguna significacion, hijo únicamente del atolondramiento del calavera que lo ejecutó, y que sin embargo fué esplotado por los periódicos, segun su respectiva opinion; aunque hubiera cumplido mas á su consecuencia denunciarle como verdadero ataque á la propiedad, como lo verificó el diario progresista *El Clamor público.*

Despues de la abdicacion de Bourges, el CONDE DE MONTEMOLIN que aceptaba la posicion que hasta entonces habia ocupado su padre, vió ejercerse sobre sí esclusivamente toda la vigilancia de la gendarmería francesa. Reformó desde entonces su método de vida, y despojándose de la austera severidad de que habia sido víctima mientras vivió al lado de su padre, procuró frecuentar, y frecuentó efectivamente, las reuniones y sociedades de la ciudad en que residia, en las cuales su aire distinguido y la finura y franqueza de sus modales, le grangearon muchas simpatías. Su tolerancia le hizo suscribirse á los periódicos de todos matices de nuestro pais; estudió las cuestiones, y procuró ilustrarse en todas las materias que con España tenian relacion, abonándose á las obras que salian de las prensas nacionales.

La vigilancia que la policía francesa ejercia sobre las acciones y pasos del CONDE DE MONTEMOLIN, le disgustaba sobremanera, y pensó sériamente en sustraerse á semejante vejacion. Por otra parte llegaba la época solemne en que el partido carlista debia hacer un nuevo esfuerzo para lograr su triunfo. La resolucion de la cuestion del matrimonio de Isabel, y sobre todo el de la infanta, habia producido en el pais mucho disgusto: la ocasion era á propósito para intentar un albur, y el CONDE DE MONTEMOLIN queria participar de los peligros de sus defensores. Trabajóse, pues, y el éxito coronó sus planes. Algunos aseguran que la Inglaterra favoreció su evasion; pero sea de ello lo que

quiera, el resultado es que el CONDE DE MONTEMOLIN, por medio de un plan perfectamente combinado y ejecutado mejor, logró salir del territorio francés.

El dia 14 de setiembre tuvo lugar su evasion. El CONDE habia mandado hacer un charavan que estrenó precisamente en dicho dia. La casualidad habia hecho que entre las pocas personas de que constaba su servidumbre, se encontrase un criado, llamado Manuel Charri, que se le parecia algun tanto. Vestido igualmente que el príncipe dicho doméstico, fué anteriormente apostado en cierto sitio, hácia el cual dirigió el CONDE su paseo, guiando el nuevo carruage, en el que le acompañaban el marqués de Obando, el general Montenegro y el ayuda de cámara. El carruage tomó con rapidez el camino de Never, en direccion de una quinta próxima, llamada Barbansois; pero al doblar el *charavan* uno de los recodos del camino, en el cual se hallaba, como hemos dicho, apostado el criado Chavarri, salta el CONDE en el suelo, y mientras que monta en un brioso caballo, ocupa su puesto en el coche el dependiente, y en vez de seguir su camino, retrocede por el contrario á Bourges, sin que los gendarmes que seguian de cerca al carruage, hayan podido apercibirse de la verificada sustitucion. El criado entró en los aposentos del príncipe con la etiqueta ordinaria, y habiendo pasado al siguiente dia el prefecto de Bourges á visitar al príncipe, se le contestó que estaba enfermo, con cuya respuesta se satisfizo; mas volviendo al siguiente fué preciso demostrarle la verdad.

El CONDE DE MONTEMOLIN hallábase empero á considerable distancia de su reclusion. En menos de tres horas habia atravesado los bosques de Berry, caminando siete leguas, al cabo de las cuales llegó á una quinta donde se le esperaba, y en la cual, despues de haber tomado un lijero alimento y rapádose la barba, subió á un carruaje que se le tenia preparado. A las cuatro de la mañana del dia siguiente, y cuando nadie habia aun concebido la menor sospecha de su evasion, se hallaba á diez y ocho leguas de Bourges. En este sitio le aguardaba con un carruage de refresco un sugeto de toda confianza. Este pidió el equipaje del CONDE, y recibió de él un pequeño paquetito que contenia dos camisas, un pantalon y dos corbatas.

—«*Equipaje de soldado, señor,*» dijo al príncipe.

—«*Mi vida de soldado y proscripto no me ha acostumbrado al lujo*, respondió; *ademas, hemos de hacer un viaje rápido, y no nos servirá de estorbo lo que llamaba el César* impedimento.

El príncipe se despidió afectuosamente de los que, aunque por breves instantes le habian acompañado, y el carruaje partió con increible rapidez.

Al primer relevo tomaron la posta dirigiéndose á la posesion de un amigo, cuyos caballos preparados oportunamente estaban á su disposicion. En el camino se encontraron á dos españoles á quienes el CONDE conoció y con quienes conversaron brevemente.

Los guias eran grandemente recompensados; de suerte que en uno de los relevos un postillon dijo a su camarada: «Apresúrate; ese caballero paga como si acompañase á un príncipe.»

Al salir el sol al siguiente dia distinguieron una torre telegráfica que se hallaba precisamente en movimiento en aquellos instantes. Esta circunstancia inspiró á los viajeros graves temores; pero se desvanecieron pronto cuando al llegar al relevo, no advirtieron movimiento alguno estraordinario, ni observaron, que hubiese gendarmes ni agentes de policía, ni en las puertas del pueblo, ni en la posta. El carruaje necesitaba, empero, algunos reparos que no podian diferirse, y que retardaron el viaje una hora.

El sugeto que acompañaba al CONDE bajó las persianas del carruaje y convino con este en que pasaria por un sobrino suyo gravemente enfermo, y que fingiria dormir mientras se ejecutaba la reparacion. De este modo pensaba prevenir el caso en que un agente de policía no se contentase con ver los pasaportes en toda regla. Una gorra caida hácia los ojos, y unos anteojos azules, secundaban perfectamente el plan, y el CONDE permaneció en el carruaje todo el tiempo que se empleó en componerlo.

—No se apea vuestro compañero? preguntó el maestro de postas.

—No; es un jóven sobrino mio que se halla enfermo; necesita dormir.

Felizmente y sin esperimentar el menor contratiempo, aproximabanse nuestros viajeros á la frontera. Al llegar el último relevo, les pidieron los pasaportes, que fueron examinados y devueltos mientras el CONDE fingia dormir. En el último puesto bajó del coche el guia de D. CÁRLOS LUIS, y se presentó al comisario de policía quien le dijo:

—Usted está corriente; pero desearia ver á su compañero.

—Señor, le contestó, escusadme esta molestia; viajo con un sobrino de 22 años, enfermo, para el cual son ineficaces los recursos de la medicina francesa, razon por la cual, recurrimos á la habilidad de los estranjeros.

—En este caso, puesto que no puede apearse, yo mismo iré allá.

—Me obligais á una confesion sensible,

pues mi sobrino tiene el cerebro tan débil, que á nadie puede ver sino á mí; tiene la cabeza...

—Comprendo, trastornada.

—Y por esta causa, si os viese, le causariais miedo, y no sé yo si podria ya continuar mi viaje.

—Nada de eso, no le incomodaremos.

El buen comisario visó los pasaportes, y pocas horas despues, CÁRLOS LUIS se hallaba en libertad.

A los tres dias, el CONDE DE MONTEMOLIN pisaba las calles del populoso Lóndres, donde por el pronto se escondió á la vista, aun de sus amigos mas leales. La evasion del CONDE coincidió con la de D. Ramon Cabrera.

Imposible es describir la sorpresa que estos sucesos que ocurrian mientras se preparaban los matrimonios de Isabel II y de su hermana, produjeron tanto en España cuanto en Francia. Luis Felipe, sobre todo, se disgustó estraordinariamente, y cuando supo que el ilustre emigrado se hallaba en la capital de la Gran Bretaña obligó á su ministro plenipotenciario á reclamar de lord Palmerston el cumplimiento de lo pactado por aquella nacion en el tratado de la Cuadruple Alianza, por el cual pretendia el gobierno francés hallarse el británico en la obligacion de asegurar á satisfaccion de las naciones contratantes al nuevo gefe del partido carlista español.

El gobierno de la reina Victoria rechazó enérgicamente la pretension del francés. «La Inglaterra, dijo, es un pais hospitalario para cuantos desgraciados llegan á ponerse en ella bajo la salvaguardia del derecho de gentes. La Inglaterra no puede entregar al CONDE DE MONTEMOLIN, ni someterle á una vigilancia mas ó menos indecorosa y arbitraria, sin comprometer su dignidad y su carácter.»

Gracias á este sano principio, Luis Felipe pudo á los dos años buscar tranquilo en el suelo inglés la misma hospitalidad.

La decorosa y digna respuesta dada por el ministro de S. M. B. tranquilizó al CONDE DE MONTEMOLIN acerca de su suerte futura, y entonces el príncipe español presentóse en público y recibió á cuantas personas quisieron visitarle.

En Lóndres como en Bourges, escitó profundas simpatías. Su despejo, su finura y su galantería cautivaban á cuantos llegaban á hablarle; de todas partes recibió invitaciones, y todos se disputaban el honor de obsequiarle. Su vida en la capital de la Gran Bretaña fué de estudio, como siempre. Recorrió todos sus establecimientos, visitó todos los monumentos; en todas partes fué recibido con la mayor consideracion, y en todos los sitios acreditó su talento é ilustracion con las oportunas reflexiones que hizo.

Mientras tanto sus partidarios bullianse y se preparaban, y poco despues levantaron osadamente su bandera en Cataluña. *Cabrera*, no ya el feroz *Cabrera* de 1836 y 37, sino el hombre aleccionado, instruido en la desgracia, se presentó en el Principado y comenzó esa campaña, cuyos detalles conocen nuestros lectores, esa campaña terminada por la inmoralidad, y el CONDE DE MONTEMOLIN quiso participar de la buena ó mala suerte de sus partidarios. No cuadraba á la hidalguia de sus sentimientos permanecer impasible á muchas leguas del sitio en que se vertia pródigamente la sangre por su causa, y así es que venciendo la obstinacion de sus consejeros salió de Lóndres el 27 de marzo de este año sin mas acompañamiento ni servidumbre que dos coroneles, uniéndoseles en las inmediaciones de aquella capital el comandante Algarra, ayudante de Cabrera, que hacia pocos dias habia llegado de Cataluña para servir de guia al príncipe.

El viaje no ofreció dificultad alguna hasta la frontera de España, donde el conde corrió graves peligros. Cabrera, ignorante de que D. CÁRLOS LUIS se hallase tan inmediato, habia hecho un movimiento hácia la provincia de Lérida; de suerte que el PRINCIPE y sus compañeros hubieron de permanecer dos dias ocultos en un pueblecillo, esperando noticias del caudillo de Tortosa; pero cansados de esperar y con la impaciencia disculpable en su edad, se decidieron á penetrar solos, sin mas que un guia que les enseñase el camino; mas hallandose próximos á la raya, y cuando se creian mas seguros, tropezaron con seis aduaneros franceses de los que persiguen el contrabando por cuenta del gobierno francés y á los carlistas y centralistas por la del cónsul español de Perpiñan.

El CONDE DE MONTEMOLIN no quiso rendirse, y poco le faltó para morir á manos de los aduaneros, cuya vigilancia logró burlar una vez dándose á la fuga; pero al ir á salvar una zanja, cayó y fué cogido en ella. A pesar de verse prisionero no habia renunciado á su proyecto, pues ocultaba su nombre presentándose como simple oficial, con el objeto de obtenido el pasaporte para su internacion, torcer el rumbo y volver á probar fortuna. Conducidos á Arlés los prisioneros, fueron desde alli trasladados á Perpiñan, en cuyo punto fueron reconocidos, y frustrado de este modo su trazado plan. Esto ocurria el 5 de abril.

Avisado por el telégrafo, el gobierno francés mandó al prefecto de Perpiñan entregase un pasaporte al príncipe, po-

Digitized by Google

niéndole inmediatamente en libertad. En efecto, aquel funcionario puso ademas á disposicion del CONDE un coche de cuatro asientos, y le hizo acompañar por dos oficiales de la prefectura, de elegantes maneras. El 10 salió para Calais. El 11 llegó á Tolosa, donde hizo un breve descanso, y el 14 recorrió ligeramente, y guardando el mas riguroso incógnito, los Campos Eliseos, el Arco de la Estrella y la plaza Vendome, y tomando el camino de hierro inmediatamente, llegó el 15 á Lóndres, donde continuaba recibiendo pruebas inequívocas de simpatía y respeto.

TRISTANY.

VARIOS son los hombres que figuran en línea mas ó menos elevada de la narracion histórica que precede; pero pocos hay que merezcan ocupar una página singular en las crónicas contemporáneas con tanta justicia como el caudillo D. BENITO TRISTANY, fiel y constante sostenedor de las causas carlista y montemolinista, tipo exacto del hombre de grandes convicciones políticas, y del intrépido guerrillero. Tracemos, pues, su *biografía* con la concision y brevedad posible, anotando sus hechos con la imparcialidad que forma la primera y mas digna circunstancia del verdadero historiador.

DON BENITO TRISTANY (a) MOSEN BENET, nació el 6 de marzo de 1791, cerca del pueblo llamado Ardeból. Sus padres, honrados habitantes de la casa de campo donde TRISTANY vió por primera vez la luz benéfica del sol, pensaron que su hijo no debia perder el inapreciable tiempo de la infancia, y encomendaron la instruccion primaria del mismo al venerable sacerdote párroco del mismo pueblo. Este respetable ministro del altar cumplió tan á satisfaccion su cometido, que en muy poco tiempo ya sabia el niño BENITO leer, escribir, gramática y aritmética, y por consiguiente se hallaba apto para emprender estudios superiores. Asi lo juzgaron sus padres, y lo mandaron á la ciudad de Solsona, donde estudió gramática latina, rudimentos de retórica y un año de filosofía, cursando despues varios de teología moral, á cuya clase no tuvo gran aficion, y por el contrario, presentando continuas pruebas de su carácter, que entonces empezaba á mostrarse ardiente, inquieto y bullicioso.

Pero siguió su inalterable marcha el tiempo, y como él enseña grandes cosas, el jóven TRISTANY se decidió por la carrera eclesiástica, y fué ordenado de presbítero á los 23 años de edad, corriendo el año de 1820.

Poco despues aconteció la llamada revolucion de las cabezas de San Juan. El clero, en su mayor número, y con particular empeño, el catalan, manifestó ser adversario de los principios constitucionales proclamados entónces. El presbítero DON BENITO TRISTANY, llevado de la impetuosidad y firmeza de su carácter, creyó estemporáneo el entrar á discutir con sus enemigos sobre la mayor ó menor latitud de principios abstractos, y decidió, en fin, habérselas con ellos con las armas en la mano.

Tomada esta resolucion, y siendo el dia 17 de mayo de 1822 uno de esos momentos de agitacion en los diferentes partidos políticos, TRISTANY, lleno de fé y entusiasmo por el sistema absoluto, fué el primero que marchó con el estandarte en la mano, enarbolado en Solsona, reclutando fuerzas por do quiera que pasaba, y á cuyo frente se colocó, recogiendo durante aquella campaña laureles y miradas de deferencia y admiracion. Pero habiendo entrado los franceses en España, el baron de Eroles dispuso que se le pusiera preso é incomunicado, mandando igualmente que le formasen causa por los muchos abusos

Digitized by Google

y escesos que en la campaña, se decia, que habia cometido. Instruyóse dicha causa, y acordaron remitirla al señor obispo de Solsona, juntamente con el preso, considerando que como á gefe de la Iglesia correspondia imponer á Tristany el castigo á que se hubiera hecho merecedor, pues que pertenecia al estado eclesiástico. No obstante, el obispo examinó nuevamente la sumaria, y poco despues fué puesto en libertad, entregándole igualmente las licencias de celebrar; y asi permaneció por algun tiempo.

Cuando hubo terminado la guerra creyó Tristany que podia pedir alguna gracia en recompensa de sus muchos y señalados servicios, y emprendió con este propósito un viaje á Madrid. Llegó, y se dió tan buenas trazas en la córte, que fué nombrado canónigo de la colegiata de Guisona, dándole ademas una real órden en la que se disponia que en la primera vacante fuese promovido á una catedral, lo que logró muy en breve, siendo nombrado para una de Gerona en el año 1826. Pero el cabildo lo recibió con disgusto, tanto porque les habian dado malos antecedentes de su nuevo compañero, cuanto por la escasez y superficialidad de conocimientos científicos que observó poseia, tan necesarios é indispensables en el hombre colocado en ciertas dignidades, como lo era la que se le habia conferido. Idearon, pues, un medio de alejarle, y dispensándole de asistir con tal que saliera de Gerona, lo consiguieron porque Tristany accedió y fijó su residencia en Barcelona.

Allí permaneció durante algun tiempo, hasta que habiendo sabido el curso que tomaba la política, tanto interior como esterior, juzgó en el santuario de su conciencia que se habian atropellado los derechos del infante D. Cárlos, y arrojando sus manteos y demas insignias eclesiásticas, fué el primero en 1833, que levantó la bandera carlista.

Siguió Tristany las inspiraciones de su fé y entusiasmo, por la causa que se propuso defender, y prestó no pequeños servicios al ejército realista. El infante D. Cárlos comprendió que merecia una distincion, y le nombró mariscal de campo de sus egércitos.

Desempeñó Tristany tan alto puesto, sin deshonra ni mancilla, durante un largo periodo, y decidió tomar por sorpresa el pueblo de Manlleu, lo que verificó rápidamente, no obstante las complicaciones é inconvenientes que en aquella época se oponian al feliz éxito de tales empresas. Sin embargo Tristany hombre de serenidad, comprendió que le importaba cumplir su propósito, y en aquel mismo año de 1838 lo efectuó, con lo que adquirió mas consideracion, si bien dicho pueblo tuvo que lamentar los azares de la guerra, pues lo mandó incendiar, tal vez con algun secreto cálculo para el porvenir.

Mas adelante, en el año 1839, sostuvo una lucha terrible con los valientes defensores de la villa de Moyá, de los cuales pocos se salvaron; porque el mas sangriento furor dominaba el corazon de ambos combatientes. Por este mismo tiempo fueron entregados al furor de las llamas el pueblo llamado Pals, y una gran parte del de Calaf. —Tales desgracias son harto frecuentes en las guerras civiles, y aunque siempre deplorables, hay momentos en que el general mas morigerado se encuentra en la dolorosa necesidad de emplear los medios citados para la consecucion de sus mejores planes.

Otra de las sorpresas que hizo Tristany, fué en la Panadella, donde despues de un pequeño combate, fueron hechos prisioneros hasta 200 que mandó fusilar en Prades. Y continuando su táctica favorita de hacer sorpresas, lo hizo en Casa Mansana del Bruch, donde quedaron en su poder dos compañias del ejército isabelino, cuya suerte tuvo tambien en aquella carretera el batallon de cazadores de Oporto, de los cuales murieron gran número.

Marchó despues por el camino que hay desde Tarrasa á Rubí, donde aprehendió á siete milicianos nacionales, como igualmente á 17 de Calaf, y de los cuales fusiló cinco. El comandante de armas de aquel punto le pasó un oficio en el que manifestaba, que si continuaba vertiendo sangre de adictos á la reina, él verteria la de su hermana, que tenia en su poder.

No satisfecho Tristany con tantas y tan felices sorpresas, emprendió su marcha hácia Solsona, en la que entró la noche del 20 al 21 de abril de 1837, cuyas puertas le fueron abiertas por uno de la misma ciudad, habiéndolo efectuado por el palacio, donde el introductor estaba de guardia.

Por este tiempo preparó una emboscada en el monte de San Justo a una compañia de cuerpos francos que iba de Cardona á Solsona con la correspondencia pública, y consiguió realizar sus deseos, pues cayendo sobre ellos con su infanteria y caballeria, los persiguió tanto, que se vieron obligados á encerrarse en una casa del término de Solsona, en la que hallaron todos su tumba, escepto el capitan y un soldado que no se encerraron, porque fué entregada á la accion rápida del fuego.

La guerra, empero, iba tocando á su término, y muchos gefes carlistas se habian marchado á Francia, y los demas hacian sus preparativos con la mayor prontitud. Solo quedó un gefe en el campo de

batalla, y este gefe era D. Benito Tristany.

Hiciéronse grandes esfuerzos para obtener su captura, lo que era sumamente difícil, si se atiende á que permanecia entre los pueblos de Ardebol, Valmaña, Sú, Matamargó, Treivinel, Prades, Molcosa, Fonollosa, Vallforosa y otros, y á que si bien en ellos habia consumado hechos terribles, tambien les dió dias de alegria y consuelo, repartiendo con mano pródiga auxilios al necesitado, por lo que no debe sorprender que fuera tanto tiempo ocultado por aquellos habitantes, pues todos conocemos el sentimiento noble de la gratitud.

Permaneció Tristany en esta situacion, tan poco conforme con su caracter, hasta que poniéndose de acuerdo con algunos de los suyos que permanecian dentro de Cervera, defendida á la sazon por 10 ó 12 hombres (segun tenemos manifestado en la seccion histórica, capitulo II) se decidió á entrar en ella, y lo efectuó al aparecer el sol sobre el límpido y puro techo de aquella antigua ciudad, el 16 de febrero.

Todos los demas pormenores y hechos de D. Benito Tristany, segun hemos dicho arriba, están consignados en la parte histórica, y sería por consiguiente muy molesto reproducirlos en este lugar.

Cerremos esta página puesto que la mision del biógrafo aqui tuvo su término, y seános permitido decir para concluir, que aun en medio de los sangrientos sucesos de la guerra, no debe despreciarse el sentimiento moral y religioso, pues su benéfico y sorprendente influjo lleva con serenidad á los hombres á los mayores conflictos, como fué D. Benito Tristany á recibir la muerte, alentando sin duda el puro ambiente que exhalan la confianza y la religion.

ROS DE EROLES.

Puede observarse que en las grandes convulsiones políticas, aparecen hombres notables que, salidos de la mas humilde casa de algun pequeño pueblo, logren hacer sus nombres preclaros, distinguiéndose unos por sus admirables invenciones, y otros por sus gloriosos hechos de armas. A estos últimos pertenece el personage que nos ocupa, y cuya biografía vamos á trazar en pocas líneas, sin dejar por esto de detenernos en aquellos hechos cuya novedad é importancia los haga dignos de una minuciosa y detallada narracion.

Nació D. Bartolomé Porredon (a) Ros de Eroles, en una pequeña casa de campo llamada de Eroles, perteneciente á la parroquia de Castell-Llebré, y jurisdiccion de la villa de Oliana, en el año 1736. Deseando sus padres que adquiriera los primeros rudimentos del saber, cuando ya habia entrado en la adolescencia, encargaron su educacion á un sacerdote; pero no quiso aprender mas que leer y escribir.

Con tan escasa instruccion facil es comprender cuán poco apto seria para otro ejercicio que el de la agricultura el niño Porredon; y con efecto, llevados por esta natural conviccion, le emplearon durante algunos años en las faenas del campo, donde empezó á descubrir que por su carácter y aun ingenio no estaba destinado á permanecer en el quietismo moral en que están muchos habitantes de las campiñas, y que contribuye, y no poco, á la destruccion particular, y por consiguiente al malestar social, económicamente hablando, que sentimos hoy mas que nunca.

Pocos años hábia pasado en esta situacion, cuando concibió la idea de emanciparse del suave yugo paterno; y á fin de realizar este juvenil deseo, pidió y obtuvo la mano de una sobrina del cura de un pueblo, inmediato al suyo, llamado Anores, trasladándose despues con su consorte, y para vivir con mas libertad, á la villa de Oliana, ocupándose desde entonces en la arrieria, con que subvenia á las necesidades que se creó con su matrimonio.

Pero no debia detenerse mucho tiempo Porredon en aquel nuevo camino. Una bandera enarbolada en aquel año de 1822, y cuyo lema era defender hasta morir la causa del sistema absoluto, ponia en movimiento todos los hombres decididos por estos y los opuestos principios políticos. De los primeros era gran partidario el cura, tio político de Ros de Eroles, el cual procuraba prosélitos á su causa. Alistóse, pues, su sobrino, y por consideraciones, fáciles de comprender al principio, y despues por los servicios que prestó, obtuvo algunos grados, llegando á la efectividad de capitan al terminar aquella campaña.

Concediéronle licencia ilimitada con una parte de paga, y se retiró á descansar en la villa de Oliana, no distante, como tenemos dicho, de donde residia su tio, y en cuyo lugar permaneció por algun tiempo.

Sin embargo de los grandes elementos de órden que el gobierno de entonces poseia, sublevéronse en aquel año, 1827, algunos poco conformes con la administracion de la cosa pública, y otros con el sistema político vigente. Con ellos lo hizo Porredon, y habiéndose destruido por la base aquel levantamiento, fácil es comprender que los que en él tomaron parte no quedarian sin el justo castigo, y por consiguiente á nadie debe sorprender que D. Bartolomé Porredon fuera desterrado á Ceuta. Aquí, como en todas partes, su conducta moral fué irreprensible.

Cuando hubo terminado el tiempo de destierro, volvióse tranquilo á Oliana donde le esperaba una familia y un hogar queridos, por tantas veces abandonados. Pero muy luego tuvo que alejarse de ellos, porque su honor, su conviccion y hasta su interés, le impulsaban á marchar al lado de sus antiguos compañeros que á la sazon (1833) pedian por la legitimidad de derecho al trono, en nombre del infante don Cárlos. Unióse á los nuevos campeones del absolutismo, y en cien veces y otras cien, tuvieron la satisfaccion de observar, que Porredon sabia en funcion de guerra, ser tan valiente como un encanecido granadero, y tan humano y prudente, como su mismo sacerdote ó *capellan*.

Sus notables hechos de armas, y la consideracion de lo que dejamos manifestado, influyó sin duda alguna para que le nombrasen brigadier del ejército carlista.

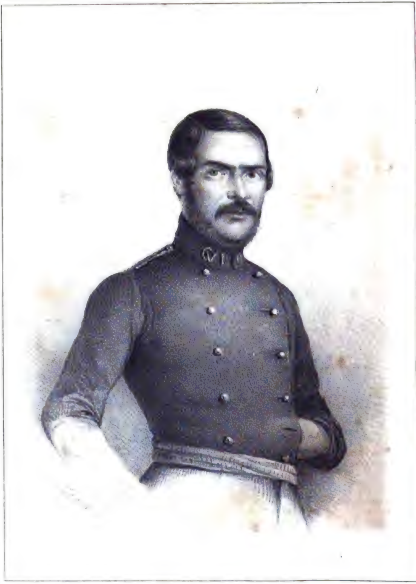
Entusiasta defensor del infante D. Cárlos, no permitia que llegasen á sus oidos ni aun esas palabras que manifiestan la duda que hay sobre las intenciones de los superiores. Con mas de un antiguo amigo rompió relaciones por haber manifestado recelos, y aunque en algunos hechos dolorosos tuvo parte, no tuvo otra causa mas claramente reconocida, sino saber Porredon que ciertos hombres de su mismo partido hacian mal á la causa del infante con sus impremeditadas resoluciones.

Aquella guerra terminó, como todos sabemos, con el convenio de Vergara. Creyó Porredon que no debia entrar en aquel, y marchó con algunos otros á Francia, donde comiendo el pan y la desesperacion del emigrado, permaneció hasta que se inauguró una nueva guerra en el Principado de Cataluña, y que pedia el trono de España para el conde de Montemolin, que volvió á entrar en la amadá patria, y reuniéndose con los montemolinistas, continuó prestando servicios á la causa que desde jóven se propusiera defender.

Pero si los hombres le distinguian, condecoraban y graduaban, la fosa se abria ante sus pies, y el dedo de la Providencia le señalaba el camino de la eternidad.

Sus esfuerzos tuvieron un fin trájico, pues sorprendido con Tristany en las casas de Vila, fué cosido á bayonetazos en el mismo lecho en que le tenian postrado unas fuertes calenturas. Su cadáver fué trasladado á Solsona, y colocado dentro del cuadro en que fué fusilado Tristany.

Todos los hechos que hemos referido son contemporáneos, y por consiguiente al verlos escritos en la historia las generaciones sucesivas tendrán derecho para juzgar. A nosotros como biógrafos, cúmplenos solo presentarlos, y asi como si viven los hombres que los consumaron, se deja abierta su página, por el contrario si han muerto se cierra, como nos sucede ahora, y ciertamente que esta es la mision mas triste del historiador.



Lit de J. Donon

Ramon Cabrera

Digitized by Google

CABRERA.

No deben buscarse en la historia lineamientos generales para comprender la fisonomía de esos hombres á quienes la sociedad que les rodea califica de héroes ó monstruos. Los espíritus filosóficos que brillan con tranquila y benéfica luz, presentan grandes analogías porque todos siguen el desarrollo armónico de los principios. Pero las existencias ajitadas y turbulentas, los hombres de accion y de movilidad, se deben en todo y por todo á las circunstancias. Alejandro, Timur Beck, César y Napoleon, cautivaron la admiracion del universo, en cuanto que los dos primeros guiaron el impulso naciente de unos pueblos para abatir y regenerar decaidas fuerzas de otros muchos, y los dos últimos supieron dirigir hácia la espansion de la gloria la enerjía á la vez terrible de la vida pública en sus respectivas naciones.

Tampoco pueden hallarse rasgos importantes de semejanza en su carácter. Colocados á larga distancia por la gran laguna de los tiempos, representan una situacion distinta y diferentes sentimientos. Alternativamente humanos y feroces, duros y compasivos, llévaron á unas partes el génio del esterminio, y á otras los gérmenes de saludables reformas, cumplien-

Digitized by Google

do el voto de la Providencia y las necesidades de aquellas generaciones. A esto estaba reducida su mision. El talento del físico no podrá evitar el que choquen dos nubes cargadas de electricidad, y que de semejante choque salga el rayo; pero logrará dar á este la direccion conveniente para que no produzca funestos resultados en su rápido descenso. El cálculo del político en las grandes convulsiones consiste en descubrir la tendencia principal de la sociedad, y en saber dirigirla por las vias del bien y de la prosperidad. El que quiera contrariarla perece sin remedio; porque las fuerzas del hombre mas poderoso se aniquilan ante las mil fuerzas de la sociedad. Refiriéndonos á nuestro pais, el mas fecundo sin duda en notabilidades políticas y guerreras, tampoco se descubren esas analogías recíprocas. Los grandes capitanes de nuestro siglo de oro, como Hernan-Cortés, Pescara, Leiva, don Juan de Austria, no se parecen á los campeones de la guerra de la Independencia, mas que en la lealtad y el valor, y de estos últimos pocos ó ninguno han logrado comprender la índole de nuestras últimas discordias civiles. Por consiguiente, para retratar con algun acierto al personage de que vamos á ocuparnos, es preciso tener en cuenta que como entidad política perteneció al dominio de las circunstancias, y que será responsable de sus hechos ante sus contemporáneos y la posteridad, cuando haya violentado ó desconocido la marcha de estas; mas como entidad militar está sujeto á las reglas subsistentes del arte.

Corria el año de 1833, cuando ya estaba vivamente encendida la guerra civil en el Norte de la Península. En el centro habia estallado tambien la insurreccion, pero no tan amenazadora ni con tan robustos elementos. Sin embargo, dábala grande importancia la plaza de Morella, sobre cuyas viejas almenas tremolaba, aunque insegura, la bandera del Infante. Proveia asiduamente á su defensa el gobernador D. Cárlos Victoria, y allegaba para el caso de un ataque próximo, gentes y recursos. El dia 13 de noviembre, y en la hora en que el sol arrojaba sus últimas reverberaciones sobre el elevado recinto de la plaza, penetró en ella y se presentó al gobernador Victoria un jóven, cuyo talante y porte anunciaban audacia, energía y resolucion. Tenia una de esas fisonomías que á primera vista parecen vulgares, y que no obstante, presentan al observador atento, cierto sello de originalidad. Su frente era ancha y despejada, la nariz recta, pero cuyas ventanas demasiado abiertas, parecian revelar la actividad de su organizacion; los pómulos salientes y el ángulo de la cara bastante agudo. Sus cejas muy espesas, se unian sobre el vértice superior de la nariz y le daban un aspecto, que la naturaleza y la historia, su trasunto fiel, han adjudicado á los caractéres duros. El pelo era negro y áspero, y sus ojos negros tambien y se revolvian sin cesar en sus órbitas, y despedian un brillo fascinador. Su mirada era altiva; mas carecia de fijeza, y de esa penetracion que llega muchas veces hasta el santuario de los sentimientos agenos. En suma, todo en él anunciaba el tipo del valor ardiente y de pasiones impetuosas, y el acento firme con que habló al gobernador Victoria, argüia en favor de estas cualidades. Quiso este destinarle al depósito recientemente creado para instruccion de los reclutas; pero el jóven pidió un fusil, y dijo que habia venido a batirse por la causa de don Cárlos. Destinósele entonces á la compañía que mandaba el capitan Corbasi. Al tomarle la filiacion se supo que se llamaba Ramon Cabrera.

Este nombre iba á adquirir una celebridad terrible en la lucha que entonces se inauguraba.

Nació Cabrera en Tortosa el 27 de diciembre de 1806. Su padre, José Cabrera, era patron de barco y gozaba fama de honrado y laborioso, y su madre María Ana Grino, entonces en la flor de su edad, unia á los dones de la naturaleza, las prendas morales que constituyen el único cimiento sólido de la felicidad conyugal. Seis años contaba Cabrera cuando falleció su padre, y falto del principal mentor y guia en la edad que el hombre empieza á tener alguna participacion en la vida social, su educacion debió ser descuidada y viciosa. En vano acudió á llenar este grande vacío la voluntad de su solícita madre; porque dotada esta de un carácter benévolo y complaciente, no desplegaba la necesaria fortaleza para reprimir el instinto turbulento y ajitador de su hijo. Para dirijir la conducta de este y su fortuna que iba en decadencia, contrajo segundas nupcias con Felipe Caldero; pero el adolescente cuyos caprichos infantiles se habian convertido con la fuerza de la edad en verdaderos hábitos, no se plegó, desde luego, á la voluntad del padrastro. Desaplicado é indolente, se inició, no obstante, pronto en sus primeras letras, pero en la gramática latina fueron muy lentos sus progresos. Su imaginacion viva y flotante, se desazonaba con la austera severidad de los libros didácticos y las amonestaciones de sus maestros, no lograban hacer mella en un espíritu halagado desde la infancia por el sentimiento de emancipacion, y enemigo por consiguiente de todo freno y disciplina escolástica. Pensó despues Caldero en dedicarle al co-

mercio; pero la vida sedentaria no podia satisfacer todas las exigencias de la organizacion de Cabrera, y acaso se hubiera amoldado este mejor á la profesion de marino, profesion de movimiento, de peripecias y de emociones fuertes, si un suceso inesperado no hubiera modificado notablemente su posicion, dando otro sesgo al pensamiento de sus padres.

Vacó una capellanía de que eran patronos unos parientes suyos, y como por esta época (1823) dominaba todavia el influjo teocrático en el fondo de nuestra sociedad, sus padres y su familia toda trataron de aprovechar esta circunstancia á fin de dedicar al jóven Cabrera á la carrera eclesiástica. Con efecto, despues de un pleito prolongado, recibió Cabrera la prima tonsura el 33 de setiembre de 1825, y tres dias despues, la colacion é investidura del beneficio. Los que atribuian su incuria y atolondramiento á sus malas impresiones de la niñez, y á los primeros y tumultuosos fervores de la adolescencia, creyeron que comprenderia por fin la línea de sus deberes, alumbrado por la reflexion, y estimulado por el deseo de realizar los ardientes deseos de su familia, pero no fué asi: Cabrera solo vió en su nueva situacion un estado mas ancho para ejercitar su instinto revoltoso y mayores medios para dar rienda suelta á sus caprichos. En las diferentes historias y biografías que se han escrito de este personage, se pinta con notable discrepancia este periodo de su vida. En unas se le considera como un mozo desacatado é insolente, abandonado á la crápula y al libertinaje, apurando en orgías y libidinosos banquetes su vida y su capital: en otras se le presenta como un jóven de pensamientos levantados, de condicion afable y generosa, protector del desvalido, altivo hasta ser pendenciero, galante, cortés y de grandes, aunque confusas, aspiraciones.

Entre los apologistas y los detractores debe colocarse el pensamiento imparcial del biógrafo. Dotado Cabrera de un temperamento fogoso, de un alma imperativa, de unas pasiones nunca vencidas completamente, y que se irritaban con los obstáculos, debió continuar siendo, y lo fué en efecto, adverso al estudio y á toda sujecion, lijero, frívolo y dominante. En vez de recoger las fuerzas de su imaginacion para arrancar sus secretos á la teología que estaba cultivando en el colegio seminario de Tortosa, en vez de empeñarla en la resolucion de esos grandes problemas, que siendo superiores á la razon, atraen los espíritus fuertes y tenaces, que sucumben ó se estravian en esta lucha temeraria del hombre con la divinidad; en vez de sostener este duelo atrevido del entendimiento con la esencia, Cabrera pasaba las horas de cátedra contando con impaciencia los minutos que le faltaban para salir del aula, y combinando algun juego ó diversion que ponia en planta tan pronto como era dueño de sus actos. Casi todos sus ejercicios eran violentos, lo cual nada tenia de estraño en una edad en que se verifica el desarrollo físico, y esa gran transaccion, la mayor de la vida, que separa al adolescente del hombre. Pero algunos escritores que fundan sobre la esperiencia la infabilidad de sus oráculos, y que pretenden hallar una ilacion lójica en todos los hechos de una notabilidad, reparan mucho en el predominio que ejercia Cabrera sobre sus condiscípulos y en el valor impetuoso que demostraba en varias ocasiones. Con efecto, se constituia en caudillo de una parcialidad compuesta de los estudiantes de Tortosa, y sostenia con ardimiento varios trances y peleas contra otra parcialidad de valencianos, y cuando sus amigos empezaban á flaquear y ceder el campo, se adelantaba blandiendo un palo, y con la voz y el gesto les alentaba á continuar la batalla.

Estos violentos ejercicios, y muy principalmente la circunstancia de haberse bañado en el Ebro, estando cubierto de sudor, le ocasionaron una grave dolencia que duró dos años, y para cuya completa curacion tuvo que pasar tres meses en Barcelona. Restablecido de su enfermedad y queriendo sus padres domar su carácter rebelde, le encerraron en el convento de Trinitarios de Tortosa; pero el claustro considerado como el suicidio moral cuando hay un grande arranque de abnegacion, y cuando las pasiones encendidas por el contacto de la vida social se adormecen bajo el sombrío techo de una celda, no podia ni debia serlo para un jóven atolondrado é irreflexivo, que reputaba su reclusion como un castigo, y que trataba de hacer ver lo ilusorio é ineficaz de este. Asi es que á los pocos dias de hallarse en el convento ensayó nuevas travesuras, y aunque al principiio trató de encubrirlas con el velo del disimulo y llegaron á hacerse públicas con grande mengua de su reputacion. Tan pronto bajaba sigilosamente á la cocina, y aprovechándose de la ausencia del cocinero inficionaba los manjares con fuertes dosis de estimulantes; ya obstruia las cerraduras de las celdas, introduciendo piedras pequeñas, é imposibilitaba á los religiosos el retirarse á la hora acostumbrada; ya en las altas de la noche echaba á vuelo las campanas del convento, poniendo en consternacion y alarma á la comunidad y á la poblacion entera, y ya finalmente saltaba las tapias, y emacipándose de su

reclusion, pasaba las horas de reposo, en jugar á los naipes ó en galantes devaneos.

Cuando la noticia de estos escesos pasó al dominio de la sociedad culta, se comentó desfavorablemente, y la parte sana del clero se declaró contra su autor, que poco recatado, y cuerdo habia hollado todas las razones del decoro. Pero el audaz estudiante no vaciló en arrostrar esta fundada ojeriza, y terminado el tiempo de su estudio, se presentó al obispo de Tortosa, don Victor Saez, pidiendo le confiriese las cuatro órdenes menores. El prelado clavó sus ojos en el resuelto semblante del jóven tonsurado, y le dijo con un acento dulce, pero firme: «Tú has nacido para ser militar; basta mirarte para conocer que no tienes vocacion eclesiástica; no quiero ordenarte.»

Sin embargo, estas palabras no podian aceptarse como un vaticinio de su suerte futura. Atrevido hasta rayar en insolente, agitador y evaporado, era idóneo sin duda Cabrera para todas las empresas prontas y arrojadas. Podia haber sido un tribuno ardiente en un dia de revolucion, un aventurero, un bota-fuegos de guerra civil, una existencia inflamada y flotante siempre en choque con los peligros y las grandes emociones; mas para la carrera militar solo tenia el valor del soldado y la energía del mando, pues no demostraba aun ese sexo y madurez que encadenan hasta cierto punto los instables fallos de la fortuna. En la guerra, la cabeza puede mas que las manos, y todos los grandes capitanes se han formado con la meditacion y el estudio.

No causó enojo ni sentimiento á Cabrera la resolucion del obispo: al contrario, la aplaudió en lo íntimo de su corazon y aun en las confidencias de sus amigos, porque le dejaba á solas con sus instintos sin despojarle de las obvenciones del beneficio. Sin quehaceres, sin ocupacion, sin obligaciones de ninguna especie, siguió Cabrera en Tortosa entregándose á una vida liviana é indolente, frecuentando tertulias, suscitándose á cada paso rivales con su conducta altiva y sus empresas amorosas, imponiéndolos con su presencia y resolucion unas veces, resolviendo en otras sus rencillas por medios violentos, y haciendo siempre alarde de su suerte y de su valor. Empero no recogió, como se ha sostenido, la suma de disolucion y de escándalos, y se constituyó en apóstol del vicio, autorizándole con su palabra y ejemplo. Cabrera no era procaz, era simplemente un aturdido que traspasaba con frecuencia el límite de las consideraciones debidas á clases mas respetables y provectas de la sociedad, por captarse la admiracion y el respeto de otras mas ajitadas y jóvenes, y en cuyas demasías acaso no tenia escaso influjo el deseo de agradar á las mujeres amantes siempre de cualquier género de gloria ó superioridad. Como hay organizaciones en que se hermanan los sentimientos mas opuestos al parecer, Cabrera en esta época oia diariamente misa y asistia á otras prácticas piadosas, sin que en un carácter franco y espansivo como el suyo pueda esto atribuirse á hipocresía.

Como el ódio nunca es infecundo, y de las relaciones entre las pasiones públicas y las particulares nacen el concierto ó la perturbacion de la sociedad, las animosidades que habia provocado Cabrera tan sin premeditacion, se volvieron en contra suya, y precipitaron su destino. Los jóvenes, sus rivales, se apresuran á alistarse en las filas de la milicia urbana recientemente creada, y esto bastó para que Cabrera, que no habia manifestado hasta entonces opinion política determinada, empezára á mirar con aversion el restaurado sistema liberal: los insultos y aun amenazas que aquellos profirieron, aumentaron su desabrimiento, y siendo incapaz de permanecer por largo tiempo en una posicion equívoca y hostilizada, se adhirió sin rebozo á los intereses dinásticos de D. Cárlos, y entabló relaciones íntimas con las personas mas señaladas, por su tendencia á esta línea política. Algunas reuniones á que asistió y en que tomó parte muy activa, llamaron la atencion del comandante militar de Tortosa, brigadier Breton. Las prohibió este gefe; pero como siguieran inspirándole sospechas las personas que las habia frecuentado, desterró á varias y amonestó á otras severamente. Cabrera, cuyo carácter y precedentes eran bien conocidos de la autoridad militar, recibió órden el dia 12 de noviembre para marchar desterrado á Barcelona.

El jóven proscripto trató de evadir con la fuga los efectos de su condena, y se puso de acuerdo con D. Magin Solá, capitan de realistas y el cocinero de San Blas. Despidióse de su familia, recibió 4500 reales en monedas de oro que le proporcionó la cariñosa solicitud de su madre, y á las diez de la mañana salió por la puerta del Temple vestido de estudiante. Al llegar á aquel punto, vió á varios sugetos destinados como él á marchar á Barcelona. ¿Viene V. con nosotros? le preguntaron estos.—No, contestó Cabrera: yo me voy á Morella: el que quiera acompañarme que me siga á las montañas. Si hasta ahora no se ha hablado de mi mas que en Tortosa dentro de poco tiempo mi nombre hará ruido en el mundo.» Tres dias despues estaba Cabrera en la plaza de Morella.

La guerra que se sostenia entonces no

tenia ejemplo en nuestra historia. No era purá y simplemente una cuestion dinástica, cuyos árbitros supremos son el valor y la disciplina de un ejército y la pericia de un caudillo, y que puede resolverse en una ó mas batallas; tratábase en primer término de una revolucion que hervia en el seno de nuestra sociedad desde principios del siglo, y de una reaccion que defendia los intereses de muchos siglos; se pretendia por una parte dar á las ideas y á los principios liberales una emancipacion arrolladora, y por otra dotar de una tensa enerjía á las fuerzas tradicionales y á los principios teocráticos; todas las pasiones estaban por consiguiente sublevadas, todos los resortes de irritabilidad levantados y el fanatismo precipitaba á los partidos en la violacion de los mas respetables fueros de la humanidad. No era una guerra que podia decidirse de pronto, por medio de una gran batalla, sino la incandescencia de todos los sentimientos poderosos que solo podia templarse con el lapso del tiempo y la accion sensible de los reveses y desengaños. El alma exaltada y vehemente de Cabrera podia muy bien apoderarse de muchas de estas circunstancias y entregarse con su época al desenfreno y al furor de las parcialidades.

Empezó, no obstante, su carrera bajo infelices auspicios. La primera refriega que se trabó el dia 6 de diciembre entre las fuerzas liberales y los carlistas que habian salido de Morella, fué funesta á estos. Gente novel, sin foguear en su mayor parte, y sin otro principio de disciplina que un entusiasmo espontáneo y exajerado, se desbandó á las primeras descargas, dando al olvido las instrucciones, y desacatando la voz de sus gefes. Al oir el silbido de las balas, Cabrera, dominado por el pánico, cerró los ojos y se arrojó al suelo. Los que han querido presentar este hecho como una prueba de cobardia, olvidan el poder de las primeras impresiones sobre una organizacion subsceptible. Muchos guerreros afamados han recibido trémulos el bautismo de los combates, y del segundo capitan de este siglo (lord Welington), se refiere un hecho semejante.

Encontraron á Cabrera en esta temerosa aptitud los oficiales carlistas Llarach y Egea, y al preguntarle «¿qué es esto, tiene V. miedo?» se levantó el bisoño soldado como impelido por el resorte del pundonor, y contestó entre arrepentido y confuso: «No lo niego, he tenido miedo; nunca habia oido silbar las balas; pero en adelante se verá quien es Cabrera.» Y para probar que sus palabras no eran vanos acentos del orgullo ofendido, se abalanzó á un fusil que estaba á su lado y se batió despues con tal bizarria, que le concedieron los galones de cabo. Este fué su primer progreso en la carrera militar.

El descontento y el espíriritu de rivalidad que reinaba entre los carlistas aragoneses y valencianos, pudieron servir de pábulo y aun de motivo á las nacientes aspiraciones del jóven Cabrera. Vió que sus gefes olvidándose del interés general, trataban con loco empeño de arrebatarse un mando, que debia ser mas precario cuanto mas codiciado: vió erigirse á su alrededor numerosas pretensiones qué faltas de otro título carecian de la legitimidad, de la inteligencia y del valor; comprendió oportunamente cuan poco temibles debian ser unos hombres que fundaban su ambicion, menos sobre sus hechos que sobre sus palabras, y concibió confusamente la probabilidad de colocarse á su nivel y aun de dominarles. Esto era entonces mas bien un deseo vago que un cálculo seguro, porque la pasion del jóven hablaba mas alto que la razon del ambicioso, pero al fin constituia su deseo, y Cabrera tendió constantemente á realizarle, y aunque en su dificil ejecucion le ayudó poderosamente la fortuna, no puede negarse que desplegó ese valor limítrofe de la temeridad, que fascina y cautiva el afecto de la multitud, y cierta astucia refinada á vueltas con la osadia de los consejos, tan propias para vencer á los hombres prevalidos, como á las situaciones complicadas.

Declinaba la insurreccion en el centro, y de sus principales caudillos el baron de Herbés derrotado de nuevo y prisionero, fué fusilado despues, y los demas dispersos y fugitivos, ó al frente de un puñado de voluntarios, se guarecian entre los riscos y breñas, en las entrañas mas recónditas del Maestrazgo.

Cabrera, que ya habia ascendido á sargento el 10 de diciembre, pugnó para reunir bajo una mano las fuerzas carlistas desparramadas por las escabrosidades de la montaña: los mismos gefes aparentando comprender todo lo funestas que eran para la causa comun sus divisiones intestinas, se avienen á elegir uno superior, y se reunen al efecto en Vistabella. Cabrera, que como sargento carecia de voto, desempeñaba las funciones de secretario en el escrutinio; sale electo Marcoval, pero en el momento de darse á conocer como tal, halla que su título es ilusorio, porque las fuerzas carlistas, seducidas y acaudilladas por algunos gefes descontentos, habian abandonado el pueblo en distintas direcciones. Cabrera observaba la situacion embarazosa y ambigüa de Marcoval, y le ofrece reducir á su obediencia á la estraviada tropa. Parte en efecto, alcanza al grupo mas considerable á media hora del

pueblo, habla á los soldados con fuego y energía y logra empeñarles á volver á Vistabella para obedecer las órdenes de Marcoval. Este, agradecido al servicio que acababa de prestarle CABRERA, le nombró en el acto subteniente.

Una desgraciada tentativa para apoderarse del fuerte de San Mateo, produjo la division de las fuerzas carlistas. CABRERA, unido á Marcoval, se ocultó en las asperezas de la Vallibana; pero su posicion en este punto era muy crítica. Sin víveres, sin recursos, y espuestos á caer en manos de las columnas liberales que vagaban por aquellas inmediaciones, era preciso que adoptáran una determinacion pronta y vigorosa para vencer tantos obstáculos. CABRERA pidió á Marcoval permiso para ir á Tortosa á fin de proporcionarse algun dinero. Vino en ello el gefe carlista, y CABRERA disfrazado de valenciano, emprendió este atrevido viaje, y se hospedó en la casa de un amigo suyo situada en las afueras de la ciudad. Desde allí avisó á sus conocidos y parientes; acudieron unos y otros á verle cauta y sigilosamente, le proporcionaron algunos fondos, y aunque su familia, y especialmente su madre, le instaban á que abandonara una vida azarosa y llena de tribulaciones, CABRERA se obstinó en volver al punto hácia el que su estrella y su inclinacion le llamaban. El 16 de enero de 1834 se hallaba de regreso al lado de Marcoval, quien le abrazó con esa efusion de placer que no puede espresarse en ningun idioma conocido y que solo aprecian bien dos hombres que despues de haber corrido juntos grandes peligros, se separan con pocas esperanzas de volverse á ver, y que hallan en su reunion un medio de orillar las dificultades mas apremiantes. Marcoval confirió entonces al celoso subteniente el grado inmediato, y concertó con él el modo de dar un nuevo impulso á la guerra, recogiendo y organizando cada uno en distinto rádio todos los elementos posibles. Dividieron el dinero y se separaron otra vez, ofreciendo CABRERA dar á su gefe cuenta de todas sus operaciones.

Mientras que Marcoval, impelido por su infausto destino corria hácia una muerte próxima, CABRERA reclutaba mozos y se afanaba en formar una partida. El dia 19 de enero empezó á titularse comandante, aunque las circunstancias autorizaban bien poco este título. Toda su fuerza estaba reducida á nueve hombres, cuatro de los cuales estaban armados con fusiles, dos con escopetas y tres con palos. Pero no se desalentó este resultado poco lisonjero; recorrió audazmente la falda de las montañas; ofreció una peseta diaria á cuantos acudieran á alistarse en sus filas, y el dia 6 de febrero contaba ya con 135 hombres medianamente armados y equipados. Participó á Marcoval el éxito afortunado de sus esfuerzos, y este, en contestacion le mandó el despacho de capitan con la órden de dirigirse á Santo Domingo de Villabona, donde deberian reunirse el 10, acaudillando sus respectivas partidas, los demas gefes carlistas.

No pudo realizarse este pensamiento, porque atacada con brio la tropa de CABRERA en el barranco de Villabona por superiores fuerzas enemigas, se dispersó, y su gefe, acompañado de 10 hombres, llegó al través de mil peligros, hasta San Miguel de Valderobles. Habiéndose unido al Serrador en este punto, logró evitar el alcance de las fuerzas de la reina por medio de una hábil maniobra, y llegó á la Masía del Brut, donde le esperaba casi toda su gente. Aquí supo el fusilamiento de Marcoval, y penetrado del mas vivo sentimiento, esclamó, segun refiere uno de sus biógrafos mas autorizados (1): «Mi amigo Marcoval, mi protector, fusilado! Sangrienta será la guerra que empezamos! *Quiera Dios que algun dia no haya de ser yo el vengador de estas muertes.*» Desvanecida de nuevo su partida á efecto de la cruda persecucion, y no pudiendo sostenerse en los confines de Valencia, pasó á Aragon, donde redoblando su actividad y sus esfuerzos, logró atraer 140 hombres, habiéndosele incorporado poco despues el gefe carlista Valles, á la cabeza de 40 infantes, y un oficial apellidado Bardavió.

Por este tiempo se incorporaron las escasas fuerzas de Carnicer á las de CABRERA. Promovióse entonces entre ambos gefes un generoso altercado sobre cuál de ellos debia ejercer el mando superior. CABRERA deferió á la antigüedad y conocimientos militares de Carnicer, y cediéndole la autoridad de gefe, quedó él con el carácter y atribuciones de segundo.

En el estrecho cánon de una biografía no pueden incluirse los hechos de armas que constituyen la vida militar de CABRERA, y si hasta aquí hemos seguido sin interrumpirle el hilo de sus operaciones, ha sido con el objeto de poner en relieve este período de su vida, el mas oscuro, y durante el cual sus acciones no reflejan todavía sobre la historia de nuestra guerra civil.

Cuanto mas estensa é imponente es una insurreccion, nace menos consolidada; y así es que al principio esperimenta del poder organizado esos récios golpes que parecen que tienden á aniquilarla, y que sin embargo solo sirven para encender

(1) Córdova-*Historia de Cabrera.*

mas la ira de los opuestos bandos. Toda su consistencia la recibe del tiempo que disminuye el valor de la agresion, y engendra el mas difícil de la resistencia. Tal acaeció en la guerra que se sostuvieron los carlistas en el centro: despavoridos, amilanados por los frecuentes descalabros que padecian, se desbandaron, mas volvolvieron en sí de la sorpresa, y entonces se agruparon en derredor de Carnicer y Cabrera que tenian un núcleo de fuerza regularmente organizado.

Constituyendo pronto una columna de mas de 500 hombres, empezaron á tomar una ofensiva vigorosa, y á acometer árduas empresas, cuyo buen resultado se debia en parte al valor ardiente y casi temerario de Cabrera. Fué tal y tan rápido el incremento de los carlistas en Aragon, que el 6 de abril se aprestaron á invadir la provincia de Cataluña en fuerza de 2,000 hombres, acaudillados por Carnicer, Cabrera y Quilez, esperando fomentar la guerra en el Principado, favorecidos por ocultas maquinaciones que á su arribo debian estallar estrepitosamente.

Mas la fortuna abatió otra vez el levantado vuelo de los carlistas, y dió en tierra con una empresa acometida contra el dictámen de Cabrera, con mas valor que prevision. En los campos de Mayals se trabó un furioso combate en que sucumbieron las fuerzas carlistas con pérdida de 400 hombres entre muertos y prisioneros. Los demas, escepto 140, apelaron á la fuga. Cabrera se batió con intrepidez, y viendo que el arrojo del brigadier Breton decidia la accion, cojió un fusil, y le apuntó dos veces; pero en ambas le faltó el tiro. Rodeado de enemigos logró abrirse paso, y huyó montado á la grupa del caballo de un oficial.

La derrota de Mayals tuvo trascendentales consecuencias para los carlistas. En vano Cabrera designado por Carnicer para recojer los dispersos, logró reunir bastantes, porque poco acostumbrados unos á los variables trances de la guerra, solo tenian entonces ese valor solidario que nace de la reunion de muchos, pues habiendo sido batidos en considerable número, recelaban volver á probar la suerte de las armas; y otros eran padres de familias, voluntarios realistas, que arrancados de los goces y tranquilidad doméstica, por la fuerza de compromisos anteriores, ó por el fervor del momento, volvian ahora en demanda de su perdida felicidad acojiéndose á indulto: en vano se reportaron algunos triunfos, porque no se pudo neutralizar con ellos todos los efectos de la derrota, y la causa carlista siguió en Aragon vacilante, insegura y tenazmente perseguida. Cabrera combatió en este periodo con gran valor é intrepidez; á él se debieron los mas importantes ventajas adquiridas, y su actividad era tan estraordinaria, que decia el general Hore en una carta, fechada en el mes de junio de 1834: «Parece imposible que Cabrera sea criatura humana, respecto á que cuanto alcanza la ciencia militar y la astucia de los hombres mas sagaces, se ha empleado para sorprenderle, pero todo lo ha hecho vano el atrevimiento del caudillo carlista.»

Pero esta actividad febril, esta tension constante del espíritu y la agitacion del cuerpo en medio de la inclemencia de aquella estacion y aquel clima, precipitaron la accion de su vida, y destruyendo la armonía orgánica, le ocasionaron una enfermedad. Corrió grave peligro en el punto á donde se habia retirado, pues fueron tantas las pesquisas practicadas por las autoridades para indagar su paradero que le averiguaron por fin, y el dia 2 de agosto una partida de tropa circundó la Masía de Barrina, adoptando todas las precauciones imaginables para evitar la evasion del temido gefe carlista. Pero este habia salido la noche anterior, y las tropas liberales solo hallaron dos oficiales carlistas llamados Monteverde y Matamoros, que fueron conducidos á Horla y fusilados á los dos dias.

Cabrera, aunque convaleciente y débil, volvió á arrostrar los rigores de la guerra con inconstante suerte, pues aunque sostuvo algunos choques venturosos, y sorprendió á la guarnicion de Aljara, sufrió tambien duros reveses, y en el pueblo de la Avejuela se vió en inminente peligro de perder la libertad y la vida. Precediendo á las fuerzas de Carnicer, y á la cabeza de unos cuantos cazadores, penetró Cabrera en Avejuela al anochecer del dia 13 de noviembre. Distraido en apremiar al alcalde, para que aprontara las raciones, no advirtió que la vanguardia de lo columna Valdés habia invadido el pueblo, hasta que la descarga de una compañia de fusileros advirtió á los confiados carlistas todo el riesgo de su situacion.

Cabrera, sin tener tiempo para montar á caballo, huyó precipitadamente, y ya estaba á punto de salir del pueblo, cuando tropezó y cayó. Un fusilero que le seguia de cerca se arrojó sobre él, le cogió los faldones de la casaca, y le intimó la rendicion. En este instante supremo, Cabrera, sin poderse valer de arma alguna, estrecha con sus brazos las piernas del fusilero, y haciéndole perder el equilibrio, le derriba vigorosamente en tierra. Recoje entonces todas sus fuerzas, prosigue su carrera con una velocidad sorprendente, llega al borde de un precipicio, no vacila,

y se lanza al fondo, recibiendo un fuerte golpe que le privó de sentido. Recobrado de su aturdimiento se puso de nuevo en marcha y se reunió á Carnicer á la una de la madrugada. Otro suceso ocurrió por este tiempo que prueba que CABRERA poseia recursos para dominar las situaciones apuradas. El dia 12 de noviembre se hallaba con 165 hombres en una Masía del término de Fortanete; á corta distancia, y en otra Masía, estaba una columna de la reina que le habia seguido con tenacidad la pista, y se habia guarecido en aquel punto de los rigores de la estacion. Separaba las dos fuerzas enemigas un muro de nieve, y CABRERA carecia de municiones y de todos los medios necesarios para repetir un ataque que consideraba probable tan luego como se aplacára la ira de los elementos. En este conflicto ideó un medio que no dejaba de ser ingenioso, y que trae a la memoria el artificio que empléó Annibal en la guerra contra los romanos. Reunió en un mismo punto todos los toros de la Masía, y dió órden para que los aguijonearan fuertemente en el caso de que se aproximáran las tropas isabelinas, abrieran la puerta de improviso y arrojáran sobre el enemigo esta imponente vanguardia; el ataque no se verificó, ni por consiguiente se echó mano de estos vigorosos auxiliares.

Ya en este periodo tenia CABRERA el grado de coronel de infantería. Confirióselе Carnicer el 24 de noviembre cuando este gefe carlista habia recibido el despacho de brigadier de caballería y el título de segundo comandante general interino de Aragon.

La Providencia parecia velar por la vida de CABRERA, preservándole ya de los grandes peligros anejos á los combates, ya de las asechanzas de los que le rodeaban. El 18 de diciembre, hallándose en el pueblo de Ejulbe, descubrió una conspiracion tramada por seis soldados y un sarjento, los cuales habian formado el proyecto de asesinarle. Todos los iniciados en el crímen depusieron paladinamente la verdad, manifestando que la codicia les habia inducido á trocar la espada de los valientes por el puñal del alevoso. CABRERA los perdonó; pero este suceso debió llenar de amargura su alma, y considerando la imposibilidad de incorporarse á Carnicer y de resistir la vigorosa y bien organizada persecucion del general Valdés, ordenó que se dispersára su gente sin designarla como de costumbre el punto en que debia reunirse. Viéndose á solas con el comandante García, le dijo con ese tono firme que no admite réplicas ni observaciones: «Mañana se viene V. conmigo á Navarra: es urgente dar cuenta á S. M. del deplorable estado de sus defensores en Aragon, y rogarle que envie alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados. Si no alcanzamos el objeto, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer es imposible, porque ignoramos su paradero; el asunto no da treguas y en la guerra vale mucho el tiempo.» El dia 20 de diciembre emprendieron ambos el viaje, dirigiéndose á Alloza. En esta espedicion, rodeada de azares y dificultades, algunas de las que podrian acaso vencerse con el poder universal del dinero, llevaba CABRERA la cantidad de siete reales.

Llegaron los dos viajeros á Alloza y se ocultaron en casa de un labrador rico, á quien CABRERA reveló su proyecto, pidiéndole dinero y un pasaporte falso. Proporcionóle uno y otro aquel leal amigo y CABRERA salió de Alloza, bajo el pseudónimo de Vicente Cortiella, y disfrazado de arriero aragonés. En Alloza se adhirió al pensamiento y peligros del caudillo carlista *María la Albeytaresa*, muger audaz, resuelta, activa, que se hallaba entonces en la primavera de su vida y que acojió las indicaciones de CABRERA con ese ardor noble y desinteresado que crea una imaginacion exaltada y entusiasta. Los tres espedicionarios se detuvieron en el pueblo de Hijar, y cargaron las caballerías de jabon; el 28 de enero de 1835, atravesaron el Ebro, y el 9 de febrero entraron en Zúñiga, donde se hallaba á la sazon el cuartel de D. Cárlos. En la audiencia que otorgó este príncipe á CABRERA y García el dia 13, trazó el primero un cuadro lúgubre y sombrío de la situacion en que se hallaba la causa carlista en las provincias del centro; describió con fuertes colores el desencadenamiento de los partidos, el furor que autorizándose con el nombre de justicia, inmolaba víctimas inermes é inocentes; la postracion en que habian caido los defensores de su causa á consecuencia de los últimos reveses; la falta de concierto en las operaciones y la carencia de los recursos que engendran y alimentan la guerra, porque sostienen con el lazo del interés la adhesion problemática á una causa de algunos de sus servidores. «Por lo demas, al hacer estas manifestaciones, continuó CABRERA, no tengo otro objeto que poner remedio á nuestros males en beneficio de la causa del rey, á la cual por conviccion y compromisos estamos íntimamente unidos; y tanto yo como mi compañero, estamos resueltos á prestar nuestros servicios en estas filas como simples voluntarios.» «No, contestó don Cárlos, es preciso que volvais á Aragon, dondo vuestros servicios serán de mas utilidad que aquí. Al efecto, Villemur os dará un plie-

go, que tú CABRERA pondrás en manos de Carnicer, pues os interesa. Idos á preparar vuestro viaje, y el cielo os le conceda feliz.»

Llana y segura habia sido la marcha de los viajeros á Navarra; pero en el regreso les ocurrieron algunas aventuras, que pudieron tener para ellos fatales consecuencias, sin la presencia de ánimo de CABRERA. Salieron el dia 18 de Zúñiga, y tomaron la ruta de Sangüesa, en cuyo punto permanecieron dos dias con pretesto de vender jabon y azafran. El 27 entró CABRERA en Zaragoza, mientras sus compañeros de viaje se dirijian á una casa de campo, propiedad del conde de Villemur, situada en las afueras de la ciudad. CABRERA desempeñó algunas comisiones importantes, y volvió á reunirse con Garcia y la *Albeitaresa* en un jardin contiguo á la casa precitada. Allí recibió las visitas de algunos sugetos distinguidos, señaladamente afectos á la causa carlista. Mientras giraba la conversacion sobre asuntos de interés, observó CABRERA que en un riachuelo inmediato bajaban á beber agua varias caballerías, y entonces concibió el proyecto de apoderarse de dos buenos caballos, y espió con ojo avizor la ocasion propicia; pero no se presentó esta en aquel dia, y CABRERA que habia observado que algunos de los transeuntes le dirigian miradas llenas de desconfianza y de recelosa curiosidad, tomó consejo de la prudencia, y se ausentó de Zaragoza el 28. Pero ni sus precauciones, ni su incógnito, ni su estraño menaje y comitiva, impidieron que fuera descubierto el 29 en una venta, colocada á la derecha del camino de Belchite.

Habia en ella 12 ó 14 arrieros, con los cuales entablaron familiar conversacion CABRERA, Gasca y la Albeitaresa; y queriendo captarse sus simpatías y sondear sus sentimientos y noticias, CABRERA propuso la idea de que cenáran todos juntos. Aceptóse con franqueza cordial, pero mientras se sazonaba la conversacion con algunos chistes y con esa alegria espansiva que reina en semejantes reuniones, advirtió el caudillo carlista que uno de los arrieros le miraba de soslayo y con cierto aire de socarronería. CABRERA hizo un movimiento de despecho, pero no fué apercibido por los circustantes; mas dominándose pronto esperó que terminará la cena. Entonces se levantó el arriero para dar agua á su recua. CABRERA, alegando el pretesto de ver sus caballerías, le siguió los pasos y entró pocos segundos despues en la cuadra, y lanzándole una mirada investigadora, le preguntó con breve é imperioso acento:—¿De dónde es V?

—De Montalban, contestó el arriero.

—He notado que V. me miraba mucho cuando estábamos en la cocina, y desearia saber si V. encuentra en mí algo que llame su atencion.

—Toma! pues no he de mirar á V. atentamente si le conozco: V. es CABRERA...

Difícil es comprender el caudal de ira y de fogosa cólera que acumuló en al corazon de CABRERA esta atrevida revelacion. Veia confirmadas sus sospechas, y con ellas el riesgo de su persona y las de sus compañeros. Abalanzóse sobre el arriero con el puño crispado, los ojos centellantes y el rostro encendido por la indignacion, y le amenazó con la muerte si proferia una sola palabra. El arriero prometió y juró guardar el mas absoluto silencio, pero no podia satisfacer á CABRERA una promesa arrancada por el miedo, y le obligó á que volviera á la cocina, y no revelára la menor cosa en punto á la escena que acababa de ocurrir. Siguióle CABRERA, llamó á García y la Albeitaresa, refirióles lo que habia acontecido, requirió con la vista todos los ángulos para ver si habia alguna puerta falsa ó lateral, y se colocó delante de la principal, intimando á los arrieros la órden de permanecer inmóviles en su sitio. Pero considerando despues que en cuestion de números y fuerzas tenian ellos pocas probabilidades de salir airosos; que repuestos los arrieros de su sorpresa, tratáran de abrirse paso empleando la violencia, ó que invocáran el auxilio de una compañía de urbanos que habia en aquellas inmediaciones, se acordó emprender la marcha antes que amaneciera, protegidos por la oscuridad de la noche. Al dia siguiente estaban en Lecera, donde se creyeron á cubierto de todo peligro; pero no fué asi, porque embelesados los carlistas que habia en este punto con la narracion que les hizo CABRERA de su viaje, fueron sorprendidos y envueltos por una partida de tropa liberal que se arrojó súbitamente sobre el pueblo. CABRERA y García huyeron con el traje de arriero, y anduvieron vagando algunos dias por los montes, compartiendo el hambre y las vigilias, haciendo uno centinela mientras el otro se entregaba á un breve y necesario reposo, agitados por el temor de caer á cada paso en poder de sus enemigos y anhelando encontrar á Carnicer.

Por fin encontraron á este gefe en las Masías de Ludrunan y Villarluengo. Despues de conceder los primeros momentos á las recíprocas felicitaciones, CABRERA entregó á Carnicer el pliego que habia recibido de su soberano. Leyole Carnicer en silencio, y levantando en seguida la voz, anunció que la voluntad de su rey le empeñaba á dirigirse á Navarra, y que durante su ausencia nombraba gefe accidental interino de todas las fuerzas carlistas

del Bajo Aràgon y reino de Valencia, al coronel de infanteria D. Ramon Cabrera.

Investido Cabrera de este carácter, y colocado en esfera tan superior, aspira á ensanchar la de la guerra, y dotar de mayor nervio á las operaciones, pero tropieza al primer paso con rivalidades y contradicciones, y aunque su antagonista no emplea contra él otro medio que el de la murmuracion, que es el poder del débil ofendido, sin embargo conoce las circunstancias y las gentes que le rodean; sabe que una autoridad controvertida por unos, y negada por algun otro, puede desvanecerse en un momento crítico, comprende que para arrostrar una larga série de peligros, no hay fortaleza posible sin la voluntad de pensamientos, y queriendo captarse y asegurar el afecto de sus tropas, en vez de imponer á sus rivales con la violencia, emplea un medio hábil, y de cuyo resultado le responde su prestigio. Reune á todos los gefes y oficiales, les recuerda la órden general en que fué nombrado comandante, y les dice, sin embargo, que atento mas que á todo á la causa comun, cederá sin repugnancia el mando siempre que ellos estimen conveniente esta determinacion al aprovechamiento y mejora de aquella. La junta en que las ambiciones particulares estaban muy sorprendidas para mostrarse desbocadas, confirmó con entusiasmo la eleccion de Carnicer. Quilez mismo que se habia manifestado mas codicioso del mando que otro alguno, no se atrevió á levantar la voz, y concibió la idea mas noble de rivalizar en gloria con Cabrera, aunque fuese en inferior gerarquía.

Desde entonces Cabrera se esfuerza en dar vida á la guerra con el galvanismo de su propia autoridad. No busca ni aun con la imaginacion, triunfos ruidosos y señaladas victorias, porque conoce que una insurreccion naciente, cuando no sucumbe, vence; y que su existencia es ya de por sí una victoria. Por eso sus principales conatos tienden á agolpar gentes y recursos, á proceder á su organizacion, y si para lograr este doble objeto tiene que entregar acciones desproporcionadas, el éxito justifica sus temeridades, y si padece graves quebrantos, ocurre á su remedio con su acostumbrada celeridad; si sus soldados flaquean á vista del enemigo, vence su irresolucion, arrojándose el primero en el combate á la cabeza de un puñado de cazadores, y sin otra arma que un palo ó un látigo.

Derrotado y fugitivo muchas veces, se rehace presurosamente, y en Alloza sostiene ya con formidable teson un ataque de la columna Nogueras, y se retira no con su gente desbandada como antes, sino manteniendo compacta y alineada, y disputando el terreno palmo á palmo; cuando su tropa se siente fatigada, la alienta, la sostiene con su palabra y el ejemplo, y viéndola á punto de desmayar, rendida de fatiga, quiere sacrificarse generosamente en su obsequio, y convida á reto singular al brigadier Nogueras, su perseguidor: este no acepta, pero Cabrera habia ganado tiempo, que era su objeto; habia concedido á los suyos algunos minutos de reposo, y un tanto recuperadas las perdidas fuerzas, logra apoderarse de una eminencia, llave de aquellas posiciones, y se pone así fuera del alcance de la caballería enemiga. Dos dias despues sostiene otro ataque contra algunas fuerzas que salian de la ciudad de Alcañiz, y las rechaza apoderándose de algunas casas; pero afluyen nuevas fuerzas isabelinas, y se vé obligado á replegarse emprendiendo un movimiento retrógrado hacia Valdealgorfa. Estrechado por las columnas de la reina, y teniendo muy mermada su gente con las pérdidas esperimentadas en los choques casi diarios que sostenia, se retira á los puertos de Beceite, y ordena la dispersion de los suyos, designándoles previamente el punto á que debian acudir.

Tal es Cabrera en los meses de febrero y marzo de 1835, los primeros de su mando. Activo, intrépido, tiende ya infundir en sus tropas el espíritu marcial y la firmeza en los combates, y lo logra, como lo prueba la accion de Alcora. Demuestra ambicion de mando, pero despliega el valor y la perseverancia que la legitiman; los reveses le irritan, pero no le abaten, y parece desafiar con todo el poder de su energía á la fortuna que le vuelve el rostro. En los trances mas angustiosos no le abandona la serenidad, y cuando no puede dominar los peligros con la fuerza, pone en juego el ardid, y entonces viene la suerte á secundar su último esfuerzo. Cerca del pueblo de Hoz, de donde huia con todo el vigor de su caballo, le alcanzó un teniente de carabineros, y cuando ya iba á hendirle la cabeza con el sable, Cabrera, que no tenia arma alguna para parar el golpe, se quitó su capa con agilidad suma y la arrojó sobre el caballo del carabinero, que cegó de este modo, y marchando á toda brida, vino á tierra, y arrastró á su dueño en su caida. En otra ocasion, hallándose con escasa fuerza, y rodeado de columnas enemigas, mandó que siguiera á sus tropas un rebaño de ovejas, para que borrára la huella de los infantes y caballos, á fin de que perdieran la pista los isabelinos, como en efecto se verificó.

A principios del mes de abril se reunieron bajo la mano y conducta de Cabrera, las partidas de Quilez, Torner, Forcadell

y Añon, formando un total de 900 hombres. Viéndose Cabrera á la cabeza de esta fuerza, que era por otra parte muy defectuosa en punto á organizacion, disciplina y homogeneidad, pensó acometer alguna empresa importante; parecióle desde luego tal, una incursion á la plana de Valencia donde podria recoger cuantiosos víveres y recursos, y ya se habia puesto en camino para realizarla, cuando supo que se acercaban las columnas de Decreff y Buil. No esquivó Cabrera el combate y desplegó bastante tino y condiciones tácticas para asegurar el éxito. Fué este dudoso, y ambos beligerantes se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que Cabrera no debió esperimentar grave quebranto, porque terminada la accion, variando de rumbo y pensamiento, se arrojó sobre la populosa é interesante villa de Caspe. Opusiéronle gallarda resistencia los urbanos y la guarnicion; mas atacados con nuevo y creciente brio, se replegaron al castillo, y dejaron á los carlistas dueños de la villa. Fué breve su permanencia en ella, porque hubieron de evacuarla al saber que se aproximaba la columna de Nogueras; pero este hecho suministró á Cabrera una gran fuerza moral. Se le creia errante y fugitivo y se le veia penetrar en una poblacion de 16,000 habitantes, bien murada y guarnecida. Muchos jóvenes se agregaron desde entonces á sus filas, y la guerra empezó á tomar un considerable fomento. En los primeros dias de marzo estaba Cabrera á la cabeza de veinte y tantos hombres, y en los últimos de diciembre podia disponer de 3416 infantes y 218 caballos. Es verdad que estas tropas carecian de organizacion y aun de armas en alguna parte; pero estaban compuestas de hombres valientes y entusiastas atraidos, unos por el prestigio del gefe, nutridos otros de ódios y venganzas personales, y decididos todos á perecer mas bien que transigir, con una causa que les habia herido en sus mas caras afecciones.

Antes de llegar este último periodo y como hácia el promedio del año 35, cuando la fortuna empezaba á sonreir á Cabrera, y elevaba este cada vez mas el horizonte de sus esperanzas y proyectos, un suceso imprevisto vino á destruir el fundamento de estos y de aquellas.

Fusilado Carnicer en Miranda de Ebro, habia caducado la autoridad delegada de Cabrera, y la corte de D. Cárlos atenta mas que á todo, á evitar rivalidades entre los gefes aragoneses y valencianos, dispuso apenas tuvo noticia de aquel acontecimiento, que los que ejercieran mando sobre fuerzas distintas por su orígen ó carácter provincial, operasen con absoluta independencia entre sí. Este golpe fué muy sensible para el jóven comandante carlista. Habia organizado sus fuerzas de modo que todos cuantos se adhirieran á la bandera de D. Cárlos en las provincias del centro, habian sido incorporados por el mismo Cabrera en las filas de Quilez, Forner, Forcadell y Llorach; y de esta distribucion resultó que en el momento de separarse las respectivas fuerzas, se vió Cabrera sin un solo hombre de que poder disponer, y colorado en la alternativa de servir como subalterno á las órdenes de uno de sus rivales ó de abandonar una causa que correspondia con tanta ingratitud á sus esfuerzos y grandes sacrificios. Pero era Cabrera sobrado ambicioso para adoptar este último estremo y la conducta que observó al despojarse del mando, acreditó que le merecia. Acató sin replicar las órdenes de su soberano, y como los jóvenes tortosinos se negáran resueltamente á seguir bajo la obediencia de Llorach, Cabrera con entero ánimo y tranquilo semblante les impuso silencio, y les advirtió bien con palabras dulces y templadas que no mentáran su nombre, pues no queria asociarle á ningun acto de insubordinacion. Cabrera, defendiendo la disciplina con mengua de su propio interés, tenia sin duda el presentimiento de su gloria, y aunque colocada todavía en oscura y desigual comparacion, recordaba los grandes rasgos militares de los germánicos, de los Belisarios y de otros ínclitos caudillos antiguos y modernos. Era sin disputa un ambicioso, pero no un ambicioso vulgar. Testigos los demas gefes montemplinistas de la abnegacion de Cabrera quisieron rivalizar con él en generosidad y Quilez fué el primero que le ofreció el mando de su tropa. Rehusóle aquel asi como las ofertas de Forner y Llorach, y aceptó la de Forcadell con quien le unia ademas de las relaciones de partido el vínculo de la amistad personal. Era por otra parte la fuerza mas considerable, pues ascendia á 797. Desde mediados de setiembre en que aconteció este hecho hasta el 11 de noviembre, Cabrera, aunque carece de un carácter oficial, figura en primer término, ya porque Forcadell defiriese á sus consejos, pagando tributo á su inteligencia y energía, ya tambien porque las tropas le respetaban como á gefe principal, ya finalmente porque llegó á verse á la cabeza de sus fieles tortosinos.

Mientras que los demas gefes carlistas agitaban en diferentes rádios sus influencias para aumentar su gente y entregaban acciones con instable ventura, Cabrera y Forcadell caen con su tropa sobre una columna de la reina y la destrozan en las inmediaciones de Cherta, reducen al mayor apuro á otra dirigida por el coronel Azpi-

Digitized by Google

roz en Prat le Compte, alcanzan cerca de Yeca una sangrienta victoria, en la que Cabrera estuvo dos veces espuesto á perecer, y debió su salvacion al valor, ora temerario, ora tranquilo que sabia desplegar en estos trances fuertes y arriesgados; y despues de otros choques menos notables, penetran en la ciudad de Segorbe; pero alcanzados en este punto por la columna de Nogueras, se retiran con celeridad perdiendo escaso caudal de gente. Redundó en considerable beneficio de la causa carlista el valor moral de estos hechos, y se aumentó con las ventajas reportadas por los mismos caudillos sobre la columna de Decreff, la cual hubiera sido completamente deshecha en Jana sin el oportuno auxilio del brigadier Nogueras. Quilez, rival y émulo de Cabrera, combate con singular ardimiento, y reduce á su obediencia varios pueblos de Aragon, y la guerra abatida á principios de este año (35) se levanta de nuevo como el gigante hijo de la tierra amenazadora é imponente, sembrando la consternacion y la alarma por los fértiles paises que riegan el Ebro y el Júcar. Un suceso digno de detallada narracion aconteció en Rubielos. Esta opulenta villa, situada a 10 leguas de Teruel, fortificada, y con su competente guarnicion era como un centinela avanzado que dificultaba á los carlistas hacer sus escursiones al interior del pais. Cabrera y Forcadell, á la cabeza de dos batallones y 40 caballos se propusieron atacarla, arrebatándola por sorpresa. El impetuoso Cabrera llega con sus valientes tortosinos á la puerta de la villa, manda derribarla y se lanza á las calles, arrollando á los urbanos y guarnicion que se encerraron en la iglesia. Rechazaron la intimacion de rendirse, y se propusieron hacer noble y esforzada defensa, y renovándose el ataque, creyó Cabrera que el medio mejor de reducirles, era derribar tambien las puertas del templo. Para lograrlo, hizo traer un carro y levantar en él un parapeto de colchones, detrás del que debian situarse los hombres encargados de conducirle; y en la parte posterior del mismo carro se habia formado otro baluarte de colchones, quedando desocupado un espacio suficiente para contener cuatro ó cinco. En este trecho se colocó Cabrera, un capitan de apellido Castells y tres soldados tortosinos. Esta improvisada máquina, algo semejante á las torres movibles de los germanos, empezó á marchar sin obstáculo hasta llegar á 50 pasos de la iglesia.

En este trayecto Cabrera procuraba hacer olvidar á sus compañeros su inminente peligro, y se reia de las contingencias de la guerra que les habia obligado á encerrarse en una especie de jaula. Pero de pronto se para el carro; todos los esfuerzos empleados para hacerle rodar de nuevo son inútiles; se habia roto la vara principal, y quedó como clavado en aquel sitio. Entonces Cabrera y los otros cuatro carlistas fueron el blanco de los disparos de los sitiados; dos de los mozos tortosinos cayeron muertos á los pies de su gefe. Castells y el otro resultaron heridos; solo Cabrera salió ileso del carro, y en vez de arredrarse por este fatal precedente, se reune con el grueso de sus fuerzas, y pone en planta nuevos medios para apoderarse del fuerte.

Dispuso que se echaran á tierra los tabiques intermedios de las casas contiguas á la iglesia, y para impedir que el fuego de los sitiados retrajera á los encargados de este trabajo, hizo suspender una porcion de varas de lienzo al largo de la calle, con lo que logró que los del fuerte perdieran la punteria en sus descargas. Siguió el combate obstinado y sangriento; los urbanos se defendieron con un valor heróico digno de mejor suerte; mas al fin sucumbieron oprimidos por la superioridad numérica de sus enemigos. Mora siguió el ejemplo de Rubielos, y Cabrera acreditó su preponderancia en Alcanar y Vinaroz.

La noticia de las proezas de Cabrera, llegó á la córte de D. Cárlos, y este príncipe comprendió que debia galardonar al esforzado y perseverante caudillo. Con efecto, el 11 de noviembre recibió el nombramiento de comandante general interino de Aragon.

No debe juzgarse á los hombres en una posicion oscilante y vaga, porque la inseguridad detiene el desarrollo del pensamiento, y anda recatada y equivoca la voluntad de los que han de concurrir á la verificacion de aquel. Por consiguiente, desde el momento en que fué colocado Cabrera por mandato y órden de D. Cárlos al frente de las fuerzas carlistas del centro, sus actos debian someterse de un modo absoluto á la justicia distributiva de la historia, que considerando al hombre con la conciencia de sus facultades le concede, sin el velo de la pasion, la merecida loa ó vituperio. En la posicion de Cabrera habia ocurrido un cambio notable; al hombre de accion, de movimiento y de un valor temerario debia suceder el hombre activo, pero cauto; valiente, pero reflexivo, creador y organizador al propio tiempo. Al guerrillero habia reemplazado el gefe militar de un partido en una gran estension de pais; porque Cabrera no representaba pura y simplemente una fuerza de dos ó tres mil hombres, heterogéneamente armados y equipados, si que toda la fuerza viva de un partido numeroso que debia agitarse y combatir, segun todas las

Digitized by Google

probabilidades, en una parte principal del territorio. Por entonces esta probabilidad creaba una tendencia constante; porque D. Cárlos, su córte y todos los gefes aragoneses y valencianos, esperaban que la insurreccion tomara mucho mayor incremento; y para dirigirla se necesitaba elegir, no un soldado lleno de ardimiento, capaz de perecer el primero en un dia de batalla, sino un hombre de ingenio preclaro, que supiera regularizar los elementos de agresion y resistencia segun se fueran presentando.

Cabrera comprendió su nueva situacion, y trató de obrar en armonía con ella. Recojidas sus fuerzas en los puertos de Beceite, consagró sus primeros cuidados al establecimiento de un hospital, á la creacion de una fábrica de municiones, cuya falta habia entorpecido tanto los progresos de los carlistas, y determinó los fundamentos de una administracion militar, planteando un sistema financiero sencillo, y tal cual le permitian las circunstancias; fijó su atencion sobre el vestuario y calzado de sus tropas, y tomó algunas medidas conducentes á remediar la escasez de uno y otro, ya estableciendo un taller, ya haciendo acopios de alpargatas, y puso la mano sobre la defectuosa organizacion de sus fuerzas, siguiendo en tan importante asunto el giro mas conveniente. Existian ya dos batallones que dependian inmediatamente de Forcadell; pero los recien agregados constituian una masa informe mas propia para embarazar que para acelerar el curso de las operaciones. Formó con ellos dos batallones de tortosinos y valencianos, y reforzó los que existian ya. Organizóse tambien otro que se denominó 4.º de Aragon, y se dividió la caballería en dos escuadrones, pero sujetos ambos á las superiores órdenes del coronel Añon. Tambien comprendió la necesidad de velar por la disciplina, y al efecto creó una comision que debia entender y juzgar los delitos segun la ordenanza.

Arreglada de este modo la economía de su pequeño ejército, y viéndose á la cabeza de unas tropas que aunque noveles, y sin foguear en gran parte, ardian en deseos de batirse, salió Cabrera de los puertos, con la alta y difícil mira de precipitarse sobre Castilla, con el fin de aumentar su caballería. Púsose en marcha siguiendo el litoral del Ebro, y la suerte le proporcionó un triunfo inesperado. Cerca de Terrer tropezó la vanguardia carlista con un batallon y algunas compañías de zapadores, y cayendo impetuosamente sobre esta fuerza, la deshizo, causándola algunos muertos y considerable número de prisioneros. Dura y sensible fué para el caudillo tortosino la compensacion de esta ventaja. Alcanzado en Molina por el general Palarea, y embestido por fuerzas muy superiores, vió que sus tropas se desbandaban, y á fin de evitar el que cayeran bajo los golpes de la caballería de la reina, se adelantó él solo á caballo; provocó al enemigo, y logró atraer sobre sí la persecucion de su enemigo, dando tiempo á los fugitivos para que atravesasen el rio Gallo, y se pusieran fuera del alcance de las lanzas isabelinas.

Por este tiempo las pasiones habian adquirido un grado de rencor y destemplanza imposible de describir. Todo lo que pueden los odios comprimidos, desatados de repente y revueltos contra la opresion; todo lo que puede la venganza de la superioridad ofendida, que es la mas terrible sin duda, porque tiene como auxiliar el orgullo; todos los resentimientos particulares provocados, envejecidos y atormentados durante las pasadas peripecias políticas y los impulsos disolventes de la codicia, habian pasado y como infundidos en lo pasion pública, convirtiendo la guerra en hecatombe horrible. No era el torrente de la revolucion que se embravece con los obstáculos, y los arrolla, el que causaba los mayores males; no era la resistencia de la reaccion que se esforzaba en defender con igual empeño sus usurpaciones y derechos; era mas sin duda: era la alianza monstruosa del calor revolucionario con el cálculo frio é infalible de la reaccion, la que abria tan profunda llaga en el seno de la madre patria. Ambos beligerantes comprendian y condenaban su aterradora energía, y se recriminaban mútuamente; pero las recriminaciones solo servian para hacer mas acerba y cruel su recíproca indignacion. Las represalias que no son un de derecho, sino el abuso de todos ellos, que no tienen fundamento en ninguna jurisprudencia posible, que no cabe en ninguno de los cánones del código de gentes, apilaban las víctimas inermes é inocentes. Tan poco recatados anduvimos, tan poco celosos del decoro nacional, que fué necesario que la filantrópica mano de un estranjero viniera á enseñarnos el medio de conciliar el valor con la humanidad. Mas esto habia acontecido en nuestras provincias del Norte; pero en las del centro seguia la guerra con bárbara inclemencia; si el capitan general de Aragon publicaba un bando sanguinario, Cabrera daba á luz otro, prodigando la pena de muerte; si el primero mandaba encarcelar á los parientes y familias de los oficiales carlistas, el segundo hacia dar de palos á los individuos de ayuntamientos que no obedecian sus órdenes, y pasaba por las armas á los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa. A este último hecho respondieron Nogurras

Digitized by Google

y Mina dando órden para fusilar á la madre de Cabrera.

Aunque las circunstancias mas terribles no pueden agravar un hecho de esta naturaleza, sin embargo, justo será, siquiera para satisfacer la curiosidad del lector, que nos detengamos á referir algunas de las que rodean este sangriento episodio. Era María Griño muger casi sexagenaria, de afable y piadosa condicion, que deploraba en lo íntimo de su corazon el desencadenamiento de nuestras discordias civiles, y la parte activa que en ellas tomaba su hijo.

Presa desde 1834, para contener é intimidar á este, abrigaba el funesto presentimiento de su muerte, y decia á las personas que se acercaban á consolarla: «yo no saldré de aqui mas que para ir al suplicio.» No obstante, cuando en las primeras horas de la mañana del 16 de febrero de 1836, la arrancaron de las dulzuras del sueño para notificarla la órden de su muerte, se atribuló en gran manera, y con voz angustiosa invocaba la clemencia del cielo y la justicia de los hombres. «*¿Qué he hecho yo?* esclamaba la infeliz, *¿cuál es mi culpa?* Hijo mio, si vieses que tu madre iba á morir por tí, no lo permitirias; sé que te retirarias al instante» Pero fortalecida su alma con el sentimiento de la religion, ya solo pensó en llenar sus últimos deberes y en ofrecerse como en holocausto de la felicidad de su patria. «Contenta moriria yo, decia al sacerdote Curto, si supiera que con mi muerte se acabaria la guerra... Decid á mi hijo que no tome venganza ya que Dios lo permite asi.» Mas no solo se queria la existencia de esta infeliz mujer; se quiso tambien al parecer, atormentarla en sus instantes de agonía. Pidió que la permitieran ver á sus hijas y nietos, que se la administrase el pan de la Eucaristía, y cubrir su cabeza con una mantilla para ir al suplicio, y se la negó obstinadamente este postrer alivio de su desgraciada situacion. Cuando un partido comete en masa un desacato semejante, se perpetúa con las generaciones, pero el ánimo se consuela al considerar que el nombre de uno ó dos individuos, puede quedar desapercibido ú olvidado en la historia.

Imposible es pintar el efecto que produjo en Cabrera la muerte de su madre: para espresar los grandes arranques del corazon, son imperfectos todos los idiomas. Aquel hombre susceptible, fogoso é irritable de suyo, volcanizado con la noticia del infausto acontecimiento, se desbordó completamente y lanzó un alarido de rábia y de dolor. Hallábase en Valderrobres cuando le dieron la triste nueva, y allí mismo, en el acto, mal debilitada la primera inspiracion, dictó un bando comprensivo de cuatro artículos. En el primero y segundo imponia la pena de muerte á todos los individuos que perteneciendo al ejército de la reina, cayera en poder de los carlistas; en el tercero ordenaba fusilar á cuatro mujeres que tenian como prisioneras, y las que se aprehendieren en lo sucesivo hasta el número de 30, y en el cuarto estableció las represalias en una proporcion horrible, señalando el número de 20 por cada uno de los carlistas que fuesen fusilados.

Desde esta época empieza una série de catástrofes que al cronista toca referir, pero á la que el biógrafo debe renunciar, volviendo hácia otros objetos su atencion y su pluma.

La vida militar de Cabrera durante el año 36 está sujeta á alternativas y vicisitudes. Nombrado brigadier en los últimos dias de febrero, trata de legitimar este ascenso, acomete á los enemigos en diferentes puntos, viene á las manos con Palarea en Cenidola, y aunque queda derrotado, se repone pronto; se apodera de Cantavieja, la fortifica con esmero, y establece en ella una maestranza y fundicion de cañones, y de este modo puede disponer de esta arma privilegiada; reforma todos los ramos de su administracion, traslada á la plaza conquistada sus hospitales y fábrica de municiones, y hace de ella un depósito de víveres y un seguro punto de retirada; pretende apoderarse de Morella por infidencia de la guarnicion, pero se frustran sus intentos, y sin dar tregua á los hechos de armas, en medio de estas atenciones, ataca con terrible ímpetu á la columna de Iriarte en Ildecona, y la destroza, dejando tendidos en el campo mas de 300 cadáveres de sus enemigos, haciendo 40 prisioneros, y dispersando á los demas.

Todavia se le muestra la fortuna decididamente propicia en algunos otros puntos y sabe sostener sin mengua la persecucion de sus enemigos que entonces redoblan sus fuerzas y su actividad, y esto junto al incremento y organizacion que logró dar á sus tropas, tuvo tanto eco en el Real de D. Cárlos, que en el 16 de agosto se le espidió el nombramiento de mariscal de campo.

Asociado á la espedicion de Gomez, Cabrera combate esforzadamente en Córdoba, Baena y Almaden. Mas bien fuera por desavenencia con el gefe principal de la espedicion, bien impelido por el deseo de salvar á Cantavieja, que iba á ser atacada por el general San Miguel, ó bien porque coincidieran ambas causas, se separa de aquella parte; casi desde los confines de Portugal atraviesa la Mancha, donde segun asegura uno de sus biografos, corrió

grave peligro de perder la vida, pues un manchego le tuvo apuntado con su carabina; y solo le detuvo el temor de las represalias; robustece sus fuerzas y las de Miralles con las de Jara y Orejita; rinde al paso las guarniciones de Abenojar y Almodovar del Campo; pero sabe que Cantavieja ha sucumbido, y entonces forma el arrojado proyecto de dirigirse á Navarra. Cruzó en casi toda su longitud Castilla la Nueva y llegó el 1.º de diciembre á Rincon del Soto.

Acometióle aquí la columna de la Ribera y dispersó toda su infantería, causándola notable pérdida de muertos y prisioneros. Decaido, oprimido por la fatiga, con el ánimo tan enfermo como el cuerpo, cedió Cabrera el mando de su gente despues de este revés á Miralles, y se retiró á Arévalo de la Sierra, donde le esperaba mayor desgracia y quebranto. La brigada de Albuin penetró en el pueblo, ignorando que se hallára en él Cabrera, y á poco rato se trabó un récio combate en que quedaron muy mal tratados los sorprendidos carlistas, precipitándose en confusa dispersion y atropellada fuga.

Rodeado de enemigos Cabrera, trató de tomar sus caballos, pero estos ya habian caido en poder de los isabelinos; y cruzando por entre una granizada de balas, logró reunirse á los suyos, protegido por la oscuridad de la noche. Colocado á la cabeza de unos cuantos hombres valientes y desesperados como él, intentan abrirse paso por entre las tropas de la reina, y lo consigue en efecto; pero recibe un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda. Sus ginetes muy mermados con la última carga que habian sostenido, se desbandaron completamente, y el caudillo carlista fué alcanzado en la carrera por un soldado de la brigada, el cual le dió tan fuerte golpe con la culata de su fusil, que le derribó desde una altura de 25 pies, que era lo que se elevaba la carretera sobre el nivel del terreno. En esta situacion congojosa, sintió Cabrera que se aproximaban las fuerzas de la reina atraidas por el deseo de perseguir á los fugitivos, y entonces, haciendo un último esfuerzo, se levantó, anduvo un largo trecho con inseguro y vacilante paso y fué á caer en un sitio donde ya no llegaba el ruido del combate. Allí, solo, abandonado, con sus heridas manando sangre, sin recurso alguno probable de salvacion; aquel hombre, de temple duro, que habia afrontado con impavidez tantos peligros, conoció que su energía le abandonaba, y principió en sentidas y melancólicas esclamaciones. El metal de su voz atrajo al coronel carlista D. Ramon Rodriguez Cano, que huyendo de la refriega, habia tomado la misma direccion. Cano se acerca al general carlista, le vé, comprende todo el peligro de su posicion, y ayudado de un asistente, le monta en su caballo, y se alejan los tres sin rumbo cierto de aquel funesto sitio. Durante el dia 3 de diciembre permaneció Cabrera en lo alto de un cerro con sus libertadores, esperando que pasaran algunos dispersos, á fin de poder formar un núcleo de fuerzas y de resistencia para el caso de un nuevo ataque. Cabrera tenia sin curar sus heridas, y ni él ni sus compañeros habian comido en 35 horas. Indecisos sobre el partido que habian de tomar, sin poder orientarse ni conocer el terreno que pisaban, y cuando su perplejidad subia de punto, vieron un paisano; llamáronle, y le fiaron sus vidas y direccion; el filantrópico paisano les presentó algunos manjares, que aceptaron como un don de la Providencia. El caballo de Rodriguez Cano relinchaba, y temiendo ser descubiertos, mataron á pedradas á aquel noble animal que acababa de prestarles tan inmenso servicio. El paisano condujo á su casa á los fugitivos carlistas, mas Cabrera no quiso permanecer en ella, porque temió que un jóven que requeria de amores á una parienta de su huesped, les delatara tal vez en un arrebato de infundados celos; pero como era preciso buscar pronto una mansion hospitalaria donde pudiera curarse de sus heridas, y estar al abrigo de las pesquisas de sus enemigos, escribió Cabrera al párroco de Almazan D. Manuel María Moron, pintándo su situacion, y pidiéndole un asilo. Proporcionósele Moron en su misma casa, á la que pasó Cabrera con sus dos compañeros disfrazados de aldeanos. Rodriguez y su asistente marcharon á unirse con las fuerzas carlistas, dejando á Cabrera encomendado á la vigilante solicitud de aquel eclesiástico.

Mal restablecido de sus heridas, débil y convaleciente aun, pensó Cabrera salir de su hospitalario albergue, y ponerse de nuevo á la cabeza de sus tropas. Emprendió su marcha de inteligencia y acuerdo con Forcadell, y llegó sin suceso alguno adverso, a Aliaga, donde le esperaba Arévalo para entregarle el mando. Recibiéronle sus tropas con indefinible entusiasmo, y él se preparó á remover con su actividad acostumbrada las dificultades que habian ocurrido durante su ausencia afirmar los lazos de la disciplina un tanto relajada, y á dar vigor é impulso á las operaciones.

De este modo inauguraba el año de 1837: deploraba siempre la pérdida de Cantavieja, la mejor joya de sus conquistas y la base muy sólida de su existencia militar, y perseguia con perseverante afan los medios de recuperarla: logrólo en efecto á mediados de este mismo año, pero antes

Digitized by Google

le sobrevinieron nuevos azares y tribulaciones que pusieron otra vez en grave riesgo su existencia. Entre los varios choques y acciones que se trabaron en este tiempo, merece especial mencion la empeñada cerca de Chelva el dia 20 de enero. Mandaba las fuerzas de la reina el general portugués Borso di Carminati, y CABRERA se hallaba al frente de los carlistas. Combaten al principio unos y otros con singular lozanía; pero al fin empieza á ceder el ala derecha de Borso, y CABRERA que observa este movimiento, se arroja con su escolta sobre la desordenada hueste; pero los soldados de la reina hacen una descarga á quema-ropa, y CABRERA, gravemante herido, hubiera caido del caballo sino hubieran acudido á sostenerle sus ayudantes Ojeda, Andreu y Arnau. Con la noticia que circuló de su muerte, sus tropas perdieron el nervio de la defensa, y CABRERA que lo observaba tendido en una camilla, quiso volver de nuevo á la pelea, pero le faltaron las fuerzas, y hubo de desistir de su empresa: estrajéronle las balas en las Cuebas, y se trasladó á la cama, donde permaneció algun tiempo curándose sus heridas. Impaciente por reparar algunos reveses que habian esperimentado los suyos, pide el caballo, y contra el dictámen de los facultativos, sale á batir su enemigo. Una carga impetuosa le proporciona el alcanzar un fácil triunfo; pero temiendo ser arrollado por fuerzas superiores, emprende una retirada peligrosa, y llega á la Cenia, esperimentando agudos dolores, con las heridas abiertas y enconadas. Pudo serle fatal esta ocurrencia, pero su enérgica organizacion resistió la accion del mal, y se restableció á los pocos dias.

Pero esta alternativa de prosperidades y desgracias hace á los hombres duros y feroces, y CABRERA lo acreditó poco despues. Alcanzó en la venta del Plá del Pou una ruidosa victoria; pero en vez de hacer de ella el noble uso que la humanidad y hasta la prudencia aconsejaban, quiso solemnizarla con una deplorable bacanal. Cerca de Burgosot, á tres cuartos de hora de Valencia, mientras CABRERA saboreaba con los manjares el placer del triunfo obtenido, y recibia de sus parciales una especie de ovacion: en su presencia, á pocos pasos de distancia eran fusilados por su órden los oficiales y sargentos de la accion del Plá del Pou; y los vítores, los brindis y ovaciones, y los alegres ecos de las músicas, se confundian con el ruido de las descargas, y con los gritos de los infelices prisioneros que poblaban el aire con sus lamentos. Ha querido esplicarse este hecho por una fatal coincidencia, suponiendo que CABRERA, aunque dispuso que se fusilaran los oficiales y sargentos prisioneros, en uso del derecho de represalias, no quiso presenciar el espectáculo por un refinamiento de crueldad; pero conociendo los precedentes de CABRERA, aun sin dar considerable valor á las apariencias, bien puede creerse que precedió al triste acontecimiento de Burgosot, una intencion horrible y premeditada. Las circunstancias habian pervertido aquella alma que arrojó al principio de la guerra, algunos destellos de generosidad, y la habian familiarizado con ese detestable lujo de sangre y de venganzas.

Dueño de San Mateo y Cantavieja, CABRERA se dispuso á salir al encuentro del nuevo capitan general de Aragon, Valencia y Murcia D. Marcelino Oráa, y la gloria de haber medido sin desventaja sus armas con este esperimentado caudillo, levantó en gran manera el prestigio del gefe carlista. Es verdad que el ejército isabelino que operaba en el centro, estaba desmoralizado, mal ropado y hambriento; pero tambien CABRERA mandaba gente allegadiza, poco acostumbrada á sufrir el freno de la disciplina y organizada bajo el fuego de la persecucion; tenia que sostener sus tropas sobre el pais; su tren de batir era casi nominal, y antes de la reconquista de Cantavieja carecia de toda base fija y segura de operaciones. Así hasta cierto punto se equiparaban las condiciones de ambos beligerantes, neutralizándose las desventajas de uno, con la falta de recursos del otro. Pero cuando el general carlista estaba mas engreido con estas prosperidades, amenázale la muerte, de una manera inesperada. Con el pensamiento de obligar al pueblo fortificado de Samper á que aprontara varios pedidos que le habia hecho, se dirigió hácia este punto el dia 6 de junio, á la cabeza de un buen cuerpo de tropas. Ya se hallaba cerca del pueblo cuando se desataron los elementos con indecible furia; el agua que caia estrepitosamente mezclada con granizo, é impelida por grandes ráfagas de viento, daba de cara á los soldados y dificultaba su marcha, y las apiñadas nubes lanzaban brillantes destellos de electricidad, anunciados por la ronca voz de los truenos. Tan desencadenada y récia se presentó la tempestad, que CABRERA ordenó á sus tropas se guarecieran en unos pajares inmediatos á Samper, y él mismo, acompañado del coronel Suarez, del ayudante Andreu y del secretario Caire, se refugió en uno de aquellos. Esperaban con impaciencia que se aplacara aquella magnífica y á la vez aterradora oscacion de la naturaleza, cuando de repente un rayo, hendiendo la endeble techumbre del pajar, penetra hasta el sitio en que se encontraban los tres, mata al secretario Coire, al caballo de éste y al de Andreu;

Digitized by Google

el del general carlista se encabritá, da una fuerte sacudida y arroja violentamente á su dueño. En medio de aquella atmósfera impregnada de gases mefíticos, Cabrera y su ayudante que yacian en tierra sin sentido al lado del cadáver de Caire, habrian perecido sin remedio, á no haberse apercibido del triste acontecimiento algunos gefes y soldados que se hallaban en un pajar próximo al en que ocurrió la catástrofe. Acudieron inmediatamente á prestár eficaces auxilios á las tres víctimas, y se atribularon al notar que Cabrera no daba el menor indicio de vida. Con el rostro cadavérico, frias las estremidades, paralizado el pulso, el caudillo tortosino cayó cual inerte masa en brazos de sus leales servidores. Solo las palpitaciones del corazon, el último síntoma de vitalidad, hicieron concebir algunas esperanzas de salvarle. Pocos minutos despues arrojó gran cantidad de sangre por ojos, narices y oidos; pero ni aun con esta evacuacion espontánea y abundante, pudo recobrar el conocimiento. Grande fué la consternacion que se apoderó de los carlistas al ver á su gefe en tan deplorable estado. Pocas sensaciones, ninguna tal vez, es tan acerba como la que esperimentan los hombres por la pérdida de otro hombre superior de quien reciben una vida prestada, por decirlo así, una vida de influencia. Los rostros fieros é impasibles de aquellos soldados que habian desafiado tantas veces grandes peligros, es la voz de su general, se humedecieron con lágrimas al verle entrar en Hijar con la cabeza caida sobre el pecho, montado en el mulo de su cocinero y sostenido por este y un asistente. Hiciéronle en Hijar dos sangrías y recuperó el sentido, pero sus facultades mentales aparecieron tan afectadas, que los facultativos creyeron probable el caso de un ataque de demencia. El sueño reparó las fuerzas del caudillo carlista, y al dia siguiente al llegar á Castelseras, cuyo viaje hizo en un carro, se hallaba casi completamente restablecido, pues se sentó á la mesa y comió con apetito.

Desde este período Cabrera desempeña un papel muy importante en la guerra: sus hechos no están ya localizados en las escabrosidades del Maestrazgo, y entre las corrientes del Mijares y Guadalavia, sino que ejercen una influencia activa y preponderante sobre su causa, y muchos de sus parciales le miran ya como el mas robusto sosten de esta. La espedicion denominada real, se aproxima á las márgenes del Ebro, ha sido derrotada en los campos de Grá, y á no atravesar el rio está espuesta á perecer de hambre y por las armas victoriosas de sus perseguidores. El paso del Ebro es indispensable, pero faltan barcas y los demas medios de trasportes, y Borso y Nogueras que comprenden la posibilidad de que la espedicion perezca aconchada sobre el litoral del Ebro, intentan acudir á la orilla opuesta para impedir que Cabrera le facilitara los auxilios necesarios; mas el caudillo tortosino trabó con Borso un furioso combate: le ganó, logra apresar tres barcas cargadas de comestibles; detiene á Nogueras en la mitad de su camino, y sin terminarse la accion entra en una barca, cruza el rio y se presenta á D. Cárlos. No conoce el ceremonial ni la primera alocucion de las córtes, pero sabe el lenguaje franco y noble del soldado; llega allí cubierto de polvo, de sudor y con el brazo teñido de la sangre de sus enemigos; mas puede presentarle el laurel de la victoria y decirle con una espresion de elevado orgullo: «Señor, ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre: cuando V. M. ordene, puedo pasar el Ebro; abiertas están las puertas del reino de Valencia.» Este fué uno de los mas bellos dias de Cabrera. El mismo lo declara en sus memorias. «Confieso, dice, que estaba envanecido y loco de contento despues de la Cherta, y al verme tan honrado por S. M. que me dió á besar su real mano, y me recibió con afectuosas demostraciones propias de un padre.» En efecto, Cabrera fué colmado de distinciones y honores; el mismo dia en que la espedicion pasó el Ebro fué agraciado con la gran cruz de la órden militar de San Fernando. La confianza que le dispensa el príncipe despierta la envidia de sus cortesanos, y estos pretenden rebajarle con artificiosas tramas, designándole con el epíteto de *Estudiante*, sin advertir que esta palabra, empleada por ellos como insulto, envuelve el panegírico del caudillo tortosino. Respondió este con una sonrisa desdeñosa á las irónicas miradas de sus antagonistas, y como aspiraba á cautivar el afecto de D. Cárlos, prestándole servicios grandes y positivos, cuando los otros no podian emplear sino hueca palabreria, y así es que tanto aquel como los hombres mas autorizados y sensatos que le rodeaban, creian que debian estimular al jóven caudillo catalan ensanchando la esfera de su mando.

El 3 de julio se nombró á Cabrera comandante general de los reinos de Murcia, Aragon y Valencia, quedando sujeto á su autoridad Miralles que la ejercia independiente en el territorio valenciano, y él pudo disponer de mas refuerzos y tropas, lo que á la par que halagaba sus ambiciosas miras, redundaba en beneficio de su causa, pues todas podrian partir de un centro enérgico y conocido las operaciones que se verificaban en tan dilatada periferia.

La espedicion real dejó pasar un tiempo precioso, perdiendo en movimientos inciertos y precarios el valor de la iniciativa y atendiéndose á uno por alguna defensiva infructuósa. Cabrera opinaba porque se marchára directamente á Madrid, esperando mucho de un ataque súbito contra un punto que carece de todas las condiciones estratégicas, donde existian ajitándose en la oscuridad muchos parciales del infante, y donde podria esperarse mucho de la sorpresa y de la distancia en que se encontraba el nervio principal de las fuerzas isabelinas. No apreció el consejo del caudillo tortosino porque se esperaba adelantar mas por las vias diplomáticas que por las de la fuerza. Tal vez era muy atrevido el pensamiento de Cabrera; tal vez irrealizable; pero si los caudillos de la espedicion debian aproximarse á Madrid, aquella era la ocasion mas oportuna de verificarlo. Refiérese que el fogoso Cabrera al verse al frente de la capital de la monarquía, instó fuertemente por el ataque, y que al recibir despues de dos dias de inactiva aptitud la órden de retirarse, prorrumpió en amargas y destempladas quejas contra los que tan en mengua de sus intereses aconsejaban á D. Cárlos. Sus fieles batallones de aragoneses y tortosinos le acompañaron durante la espedicion, y se batieron á su lado con estraordiuario brio.

Uno de sus biógrafos asegura que el Pretendiente ofreció á Cabrera el mando en gefe de un ejército, y que el caudillo catalan reusó modestamente un cargo que consideraba superior á sus fuerzas; pero si este hecho es cierto, no puede dudarse que el cálculo entró por mucho en la determinacion del ambicioso jóven; veia á un ejército, la flor y esperanza de la causa carlista, retirarse desalentado, abatido y en ademan de fuga, delante de los muros de la metrópoli de España, y dirijirse á un pais desolado ya por una guerra de cinco años; debió comprender que este pais habia hecho su último esfuerzo para colocar á D. Cárlos sobre el sólio de sus mayores, y que la postracion sobreviene despues de frustrarse un grande esfuerzo: habia tenido ocasion de ver y apreciar las rivalidades de los principales gefes de la espedicion; rivalidades que fructificaron con la ayuda de la desgracia, y no podia desconocer, á menos que le cegara un orgullo insensato, que los generales viejos, encanecidos en los campos de batalla, y con reputacion de inteligentes, jamás perdonarian al jóven aventurero, como le llamaban, el que les precediera en el mando del ejército; que trabajarian en su ruina con singular ahinco y constancia, porque no hay sentimiento mas perseverante que el de la envidia.

Mejor podia él campear en las provincias del centro, donde los menos observaban, los mas admiraban y acataban todos su valor, su ingénio y su fortuna. Allí estaba su obra, la representacion de todos sus trabajos y sacrificios, y la piedra angular de su porvenir. Allí tenia gefes leales que le estaban unidos por el vínculo de la disciplina y por el de la amistad ó parentesco, y allí se hallaban las fieles tropas que habia levantado, organizado, infundido el espíritu marcial y los principios de la táctica. En las provincias del centro apenas se podia dar un paso sin encóntrar un hecho de devastacion ó de gloria, y sin que se descubriera en este hecho el pensamiento ó la mano de Cabrera: este nombre circulaba con terror y entusiasmo en boca de sus amigos y enemigos, y todo en un ámbito de muchas leguas recordaba la presencia del caudillo tortosino. De modo que la ambicion de Cabrera no debía satisfacerse en las Provincias Vascongadas con un mando efímero y disputado, sino en las del centro, donde seria mas desahogada, reverenciada é independiente, y donde habia acumulado tantos elementos para levantar en su prestigio la importancia de su causa.

Un bloqueo de dos años, y la fuerza auxiliada por infieles tratos pusieron en manos de Cabrera la interesante plaza de Morella. Poco despues adquirió la posesion y pleno dominio del Maestrazgo por medio de una línea de puntos fortificados, apoyada en Morella y Cantavieja. En aquel recinto, casi inaccesible á las tropas de la reina, planteó un sistema civil y militar para satisfacer las necesidades sociales de aquellos habitantes y las de la guerra que adquiria cada vez mas incremento. Aumentó el número de hospitales y las comodidades de los enfermos; elevó el de brazos empleados en las maestranzas y fundiciones; dió una forma mas perfecta y consistente á sus divisiones; modificó el personal de los gefes, estableció una especie de auditores de guerra, que con el título de letrados asesores, ilustraban á los comandantes de division sobre los puntos legales, y creó una especie de marina, compuesta de algunas lanchas que se trasladaban de un punto á otro, ya por agua, ya á brazo por tierra. Servian estas lanchas ó almadías para trasportar víveres para hostilizar buques pequeños enemigos con artillería de menor calibre. Felipe Calderó, el padrastro de Cabrera, era gefe de esta marina y de algunas fuerzas de infantería y de caballería que operaban; y segun las circunstancias, ora en el agua, ora en la tierra. Mas adelante organizó Cabrera compañías de zapadores y un cuerpo de ordenanzas. Formó, en suma, un ejército

respetable por su número y organizacion. Tambien llevó sus cuidados á la administracion de justicia: habia ya puesto en los pueblos donde dominaba alcaldes mayores de su devocion; pero como las sentencias de estos afectaban siempre desfavorablemente los intereses de uno de los litigantes, y el error ó la mala fé podian pervertir sus fallos, estableció, de acuerdo con la junta *Tribunales de Alzada*, que entendieran en las apelaciones, mientras la córte de D. Cárlos aprobaba el plan trazado para la creacion de audiencias. Habia en estos pueblos escribanos, abogados: se otorgaban los contratos bajo la garantia de la fé pública, y se desempeñaban con bastante libertad todas las demas funciones de la vida civil. Por estos medios, asociando todos los intereses particulares al interés general, aseguraba Cabrera sus concepto en Aragon y Valencia.

Pero fué preciso que acudiera á defender con su espada la principal acometida con tenaz empeño por un general hábil y un ejército valiente y aguerrido. La defensa de Morella fué el hecho que ennobleció mas la consideracion de Cabrera. Los mismos que no habian visto en él mas que al guer rillero intrépido y afortunado, le concedieron prendas de varon eminente y de esforzado campeon. Los sucesos prósperos no siempre legitiman las reputaciones, pero las consolidan y engrandecen. D. Cárlos, para remunerar sus distinguidos servicios, le promovió á teniente general, y le concedió el título de conde de Morella. En 18 de noviembre de 1833 salió Cabrera fugitivo de Morella con los galones de cabo; en 18 de agosto de 1833 entraba en la misma plaza en medio de las aclamaciones de un pueblo y del ejército, condecorado con uno de los mas altos grados de la milicia y con un título de Castilla. Esta comparacion es el mejor epítome de su historia.

La accion de Maella, cuya gloria manchó con la sangre de 93 sargentos prisioneros inhumanamente sacrificados, le concedió una preponderancia decidida sobre las tropas isabelinas. Van-Halen, sucesor de Oráa, pretendió en vano detener el curso de sus rápidos progresos, y despues de algunas tentativas inútiles para circunscribir el diámetro de la dominacion carlista, se vió precisado á limitarse á una estéril defensiva. Tan ofuscado tenia al general de la reina la ventura de su enemigo que le reconoció tácitamente el título de conde de Morella en comunicaciones oficiales. Estas comunicaciones tenian por objeto regularizar la guerra, estipulando el cange de los desgraciados prisioneros. En Aragon y Valencia, como en Navarra y las Provincias Vascongadas, tomó una iniciativa generosa un inglés coronel de artillería, llamado M. Lacy.

Cabrera asintió desde luego á los deseos emitidos por el británico; mas suscitáronse entre el general carlista y el isabelino, infelices cuestiones accidentales debatidas con la acritud de costumbre, que retardaron desgraciadamente la conclusion del tratado. No obstante, antes de que Van-Halen cesára en el mando del ejército y provincias del centro, se ajustó un convenio, que los beligerantes designaron con la denominacion de Segura ó Lecera, aludiendo á los pueblos en que fué firmada por ambos caudillos. Estipulóse en él el cange de prisioneros, fundándole en bases bastante ámplias y equitativas, y se puso de este modo término á esas muertes cometidas á sangre fria, que solo el falso lenguaje de la política impide llamar asesinatos.

Mas al lado de este hecho humano y lisonjero, se descubre otro que subleva el ánimo mas imparcial. Nos referimos á los medios empleados en este período para detener á Cabrera en el camino de sus adelantos. La venganza es el crímen de todas épocas; pero los pueblos y los hombres se diferencian en la eleccion de los medios que emplean para egecutarlo. En Roma el ambicioso Graco fué asesinado por los padres conscriptos; César sufrió una suerte igual; el gran Gustavo Adolfo pereció en medio de una batalla bajo el puñal de un aleve; contra Napoleon y otras notabilidades mas subalternas se emplearon tósigos y máquinas infernales. Pero en España, pais clásico de la hidalguia, nunca se habia apelado á estos medios para contener los escesos de la ambicion.

Era preciso que la ceguedad de las pasiones políticas autorizara un hecho de esta especie; por lo demas, no deja de sorprender que Cabrera, á quien por ta to tiempo se habia despreciado, se hubiese elevado ahora á tal altura y prepotencia que no se creyeran suficientes para abatirle los esfuerzos de aguerridas huestes y la pericia de afamados capitanes, y que algunos hombres de espíritu lijero, y dañado corazon, quisieran engrandecerle empleando la alevosía como auxiliar de la fuerza y de la inteligencia. Sabia el caudillo tortosino que se armaban asechanzas á su vida, y el oro prolijamente derramado, y la intercepcion de correos, le proporcionaron la clave de tenebrosas maquinaciones. Supo hasta el nombre de las personas que habian concebido el pensamiento de asesinarle, y el de las que se habian encargado de llevarlo á cabo. Esas noticias llenaron su alma de inquietud y zozobra, y adoptó todas las precauciones necesarias para evitar un atentado. Ningun desconocido se le

acercaba ni aun podia ingresar en su ejército sin sufrir préviamente un minucioso interrogatorio acerca de su procedencia, precedentes y conducta, y se desplegaba la vigilancia mas esquisita para con los que se pasaban de las filas de la reina. Rodeaban constantemente al general carlista sus ayudantes, oficiales y los miñones, cuya lealtad tenian bien acreditada; no comia otros manjares que los preparados por su cocinero en presencia de los miñones; y durante las marchas tomaba muchas veces la racion de un voluntario ó se dirigia de improviso, á la casa mas humilde del pueblo donde se hallaba y mandaba hacer á su vista unas sopas ó unas migas.

Mucho debió padecer Cabrera con este martirio lento de la ansiedad, pero todas sus precauciones no alcanzaron á evitar el que se intentara formalmente cometer el crímen. Supo el caudillo tortosino que debian salir de Madrid con este objeto tres personas, cuyo nombre, señas y hora de partida se le designaba, y al efecto espidió órdenes para que se redujera á prision á los tres sugetos mencionados, tan pronto como penetrasen en el territorio donde él dominaba. Uno de ellos, llamado Antonio Lopez Moel, salió de Segorbe y se dirigió al campamento de Forcadell, quien mandó verificar inmediatamente su captura. Trasladado á la cárcel de Morella hizo imprudentes revelaciones á un supuesto preso, que no era otro que un oficial de apellido Ortega enviado por Cabrera para esplorar los designios de Lopez Moel; entonces hizo traer á este á su presencia, y le manifestó con acento severo todo cuanto sabia acerca de sus proyectos. Quiso Lopez Moel disculparse alegando que, siendo picador de oficio y habiendo sabido que el general carlista acostumbraba á montar buenos caballos, habia venido á ofrecerle su servicio y á pelear por la causa que defendia, con la que estaba identificado por sus principios y opiniones. Cabrera, sin dejarse arrebatar por la cólera, hizo presente al acusado que sabia todo su itinerario, que habia dispuesto le siguiese uno de sus confidentes hasta el campamento de Forcadell, y que tampoco ignoraba el nombre de las personas con las cuales habia hablado en Zaragoza acerca del objeto de su viaje. Quiso Lopez Moel replicar; pero Cabrera dando á su fisonomía una espresion siniestra, esclamó con acento terrible :*silencio; un puñal y un papel que contenia veneno, se hallaron en poder de Vd. en el acto de prenderle.*—Mi general, piedad.—*No hay piedad para los cobardes asesinos y envenenadores. Ahora debiera obligar á Vd. a tomar ese veneno con la punta de mi espada; merece Vd. la pena del talion, pero va Vd. á ser juzgado inmediatamente por un consejo de guerra. Allí será Vd. interrogado y careado con su compañero de prision. Detras de Vd. tres envenenadores mas por si se yerra este golpe; pero ellos retrocederán escarmentando en cabeza agena. Lo sé todo, todo; los que han concebido el proyecto de matarme alevosamente, quisiera yo tener aqui; ellos no se atreven y envian á un desalmado como Vd. Señores,* (dijo volviéndose á los circunstantes), *saquen Vds. á ese hombre de mi presencia...* (1)

El infeliz Lopez Moel fué decapitado; el instrumento quedaba destruido, aunque no la intencion ni los planes de los que lo habian manejado. Mas adelante se renovaron las tentativas contra la existencia del caudillo tortosino. Continuaba este en el entretanto combatiendo con tanto brio como felicidad. Tres reputaciones se habian gastado en aquella lucha, durante pocos meses: Van-Halen, Amor, Averbe y Nogueras, gefes todos de nota, habian pretendido en vano cercenar su dominacion; pues no pudieron lograrlo y se retiraron sucesivamente del mando de las tropas. Reemplazóles el general D. Leopoldo O'Donell, joven, valiente, entusiasta y entendido en el arte de la guerra. Acaso estas prendas no hubieran sido suficientes á domar una guerra tan encrespada y formidable sin el eficaz auxilio de los circunstancias. En el período á que nos referimos, habia sucumbido la causa carlista en las provincias del Norte. Cabrera supo este acontecimiento el mismo dia en que se apoderaba de Carboneras y de 2000 hombres que constituian su guarnicion. Produjole esta noticia hondo despecho y reconcentrada ira, y en su primer arrebato vomitó injurias contra todos los fautores de la que él calificaba traicion. Levantaba con la imaginacion mil proyectos que, por lo instables y temerarios, se desvanecian luego. Por último, se aferró al pensamiento de combatir hasta mas no poder; mas creyó prudente que antes de empeñar una lucha desesperada y sangrienta debia conocer la opinion de los principales gefes de su ejército. Esperaba Cabrera que batallando con tenacidad, se daria lugar á que estallara una reaccion á favor de su causa, allí mismo en Navarra donde acababa de recibir mortal herida, y aunque esto no se realizase, algo ganaria con prolongar la lucha; pero el tiempo que templa todos los dolores, consuma tambien todas las desgracias, y la de su causa iba acercándose su término.

Reunidos los gefes en su habitacion, se

(1) *Historia de Cabrera por Córdoba.*

Digitized by Google

presentó á ellos CABRERA con tranquilo semblante y ánimo al parecer sosegado, y les habló de este modo:

«Señores: el mejor servicio del rey y »mis particulares sentimientos, me obligan »á exigir de Vds. que francamente mani»fiesten cuáles son los suyos despues de lo »que se llama *Convenio de Vergara*, y »que para nosotros los leales no merece »otro nombre que el de *traicion*. Mis in»tenciones se reducen á emplear todos los »medios inagotables para conseguir el »triunfo de nuestra causa, y proteger al »pais que tantos sacrificios ha hecho y »hace para sostenernos, sacándole de las »garras de la revolucion. Yo miro con hor»ror aquel increible suceso; me parece un »sueño todavia y no quiero hacer reflexio»nes que me recordarian cosas que debo »olvidar, y me quitarian la tranquilidad »de ánimo, tan necesaria en estos momen»tos. Lejos de desalentarme parece que »Dios me inspira mayor entusiasmo. »A O'Donell le batiremos.»

Aquellos gefes educados bajo su influencia, acostumbrados á adherirse á todos sus pensamientos y opiniones, que le estaban unidos por el lazo del peligro, al verle hacer firme rostro á la desgracia, y mostrar, en estos momentos críticos tan briosa resolucion, le interrumpieron con unánimes aclamaciones. CABRERA, en cuya frente brilló un rayo de esperanza y alegría, prosiguió asi:

«Bien, señores: Chulilla y Carboneras »acaban de llenar de fusiles y prisioneros »nuestros depósitos; el enemigo no se mue»ve despues que le escarmentamos en Ta»les; si ataca nuestras fortalezas, le cos»tará cara la empresa; el invierno se acer»ca; yo tengo mis planes, y necesito saber »si Vds. están ó no dispuestos á secundar»los. Al que quiera abandonar estas filas, »le daré pasaporte para el punto que elija: »prefiero esto á que el contagio de Navar»ra llegue hasta aqui. Pero tambien advier»to que si hay mal intencionados ó traido»res que, aparentando fidelidad, introdu»cen la discordia y la indisciplina en el »ejército, á la menor sospecha serán fusi»lados. *No hallamos rencores en circuns»tancias estraordinarias, y es preciso »apelar á remedios tambien estraordina»rios. Seré inflexible, y sirva de gobierno.* »Viva el rey.»

Seguro de la decision de los gefes trató de alentar á sus soldados, y dirigió una alocucion presentándoles, en ennegrecido relieve, los tratos de Navarra, recordándoles sus pasadas victorias, y escitándoles á desplegar en la adversidad, la intrepidez ardiente y obstinada á la vez que constituye la inmortalidad de los héroes, y el valor tranquilo y resignado que forma la aureola de los mártires. Pedíales que fuesen héroes en nombre de su rey y mártires en el de su religion. «*Voluntarios*, les decia, *fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias. La religion y el rey reclaman nuevos esfuerzos de nosotros; el rey y la religion los tendrán. Contádlos por victorias! Os lo promete vuestro general y camarada á quien como siempre vereis pelear entre vosotros, como capitan y como soldado.*»

Hizo previamente prestar á su ejército nuevo juramento de fidelidad, y tomando ocasion de este suceso, mandó celebrar en Morella públicos regocijos, con el fin de neutralizar ó disipar en el espíritu del soldado la impresion producida por los acontecimientos de Navarra. De este modo se dispuso á emprender una série de operaciones, en las que, cualquiera que fuera el fallo de la fortuna, debia pertenecerle toda la gloria de la campaña. Con sus 20,000 infantes y 2,000 caballos, parte de los cuales estaba en guarniciones, iba á resistir á un ejército de cerca de 100,000 hombres con inmenos recursos y con un formidable tren de artillería.

Este ejército, tan imponente por su número, familiarizado con la victoria, y lleno de confianza en su caudillo que iba á arrancar una por una á CABRERA sus mas preciadas conquistas, tomó una iniciativa vigorosa, atacando y tomando con inaudito arrojo los fuertes de Chulilla, Alpuente, Castellote, Segura, Ares y Alcalá de la Selva. En todos estos puntos, el valor de los carlistas vendió cara á los sitiadores la victoria. Las bocas de fuego que derruian los robustos terronos de los fuertes, no abatian el valor desesperado de estos hombres que perecian entre los escombros, ó se entregaban cubiertos de heridas en poder de los vencedores.

Sin embargo, en lo general las operaciones militares de los carlistas fueron un tanto desconcertadas; y al poco tiempo, y bajo la influencia de estos reveses, se mostraron tibios y desalentados muchos de los mismos que al principio de la campaña aparecieron dotados de belicoso ardor. Faltaba en aquellos el pensamiento generador y vivificante que les habia presidido hasta entonces, y estos echaban de menos la presencia de su gefe principal. En la prosperidad el valor de los soldados se sostiene por sí solo, y en los peligros por el espíritu de asociacion; pero en una campaña como esta, mas que azarosa, temeraria, era preciso que el ejemplo del caudillo sublevara los ánimos de la multitud contra la enemiga suerte. Asi es que el ejército carlista se vió amanazado de una disolu-

cion inminente cuando circuló en las filas, la noticia de que CABRERA habia muerto envenenado.

Prestábale el vulgo de los soldados fácil y lijera creencia, porque los boletines de Morella habian denunciado poco antes otra tentativa de asesinato contra el general carlista. Los verdaderos ó supuestos autores de este crímen, de apellio Cabot y Guarch, pagaron con su existencia el no haber tomado bien sus medidas. Díjose tambien que Guarch habia confesado sin siniestra intencion, manifestando habérsele ofrecido 80,000 rs. y el grado de capitan. Apoyada en este precedente, corrió muy válida la opinion de que CABRERA habia sucumbido, porque sus fieles soldados no podian persuadirse que el, á quien habian visto á su lado en los trances mas fuertes de los combates, que les habia empeñado últimamente en sostener una lucha condenada por la pendencia, no volará a su socorro, hallándose vivo y sano. En efecto, CABRERA estaba enfermo y ofrecia pocas esperanzas de vida; pero su enfermedad no era un envenenamiento, como se sospechaba, sino una calentura nerviosa, segun opinaban los médicos, procedente de las muchas causas, que durante un periodo de seis años, habian agitado aquella organizacion singularmente susceptible. Las vigilias, las laboriosas elumbraciones, la tension constante de su espíritu, las duras fatigas de su cuerpo en una campaña tan cruda como larga, sus hábitos de constante actividad, sus impestuosos placeres y la influencia de sus muchas heridas, habian ido minando poco á poco su existencia, y solo necesitaban una causa ocasional para estallar y mostrarse al esterior. Esta causa se presentó. Los últimos acontecimientos habian producido acerba sensacion en CABRERA; se veia solo: el único campeon armado de la causa carlista; debió considerarse imposible una victoria completa por su parte, y por cousiguiente vislumbrar muy próxima la ruina de sus proyectos personales. El ambicioso y el hombre de partido habian sido heridos de un mismo golpe, y en la fibra mas sensible, por la mano de las circunstancias. Esta consideracion basta á esplicar la invasion, el desarrollo y el carácter del mal que atormentaba al caudillo tortosino.

La enfermedad que se habia presentado de una manera clara y ostensible el dia 16 de diciembre de 1839, adquirió un aspecto tan grave, desde el dia 23 hasta el 27, que los médicos que le asistian, hicieron ver como probable su muerte; postrado, inmóvil sobre el lecho, solo se agitaba de vez en cuando á impulsos del delirio que le habia sobrevenido; un sudor glacial cubria su cara y pecho; sus estremidades estaban frias, y acometíanle con frecuencia desmayos, que ponian su vida en mucho peligro, y en gran consternacion á cuantos le rodeaban. Los médicos siguieron sin resultado el plan antiflogístico y revulsivo. Al anochecer del dia 24, habiendo desaparecido el delirio, confesó y comulgó con notable recogimiento y presencia de espíritu.

Hasta este dia empezó una reaccion favorable, y á pocos pudo presentirse que la naturaleza saldria vencedora de la enenfermedad. Trasladáronle desde el pueblo de Hervés á Morella en una camilla conducida por cuatro miñones. Iba detrás largo séquito de médicos, gefes, ayudantes y oficiales. Antes de llegar á Morella salió a su encuentro una multitud compuesta de pueblo y soldados: todos los circunstantes acompañaron al general carlista hasta su casa, guardando un sombrío silencio. Esta ovacion del dolor era una prueba evidente del prestigio que ejercia CABRERA en aquel pais. El pesar, la congojosa tribulacion y la viva ansiedad que se retrataban en todos los semblantes, decian mas en favor del gefe carlista que todos los artificios de la lisonja y la lijera lengua de la fama. CABRERA, casi á las puertas del sepulcro, era mas general que en el dia siguiente al de una victoria, porque dominaba sus subordinados por el influjo propio, por el valor de su persona, y no por el de las circunstancias.

Muy quebrantada estaba todavia la salud del caudillo catalan, y muy lento debia ser su restablecimiento si se atiende a la penosa situacion de su espíritu. Asaltábale de contínuo la idea de las operaciones, y preguntaba qué giro habian tomado estas, cual era la aptitud de Espartero y cuál la de sus tropas, y hasta qué punto habian llegado la ofensiva y defensiva recíprocas. Los que le rodeaban procuraban contestar con evasivas á estas preguntas, pues no querian revelarle el deplorable estado de sus negocios, temiendo, y con fundamento, que tal noticia produciria en su oscilante salud un retroceso fatal. Sin embargo, como las tropas de la reina continuaban avanzando; como la desercion y los desastres mermaban las filas realistas, comprendieron que la verdad no podia andar por mas tiempo recatada, sin que aumentándose el peligro se hiciera imposible de rechazar. Reunidos en junta los gefes trataron de elegir el medio mas á propósito de manifestar á su general todo lo ocurrido; pero habíales precedido en este asunto Calderó, el padrastro de CABRERA, quien abordando la cuestion con la ruda franqueza de un marino, se espresó en estos términos: «Hijo mio, nuestros asuntos van cada dia peor; hemos perdido á Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente y

Alcalá; la dispersion cunde en el ejército, y es preciso poner á todo esto remedio pronto, muy pronto. ¿Qué haremos Ramon?» Imposible es describir la impresion que estas palabras produjeron en Cabrera, y la récia batalla que trabaron sus atropellados sentimientos; sin ser poderoso á dominarse, cayó como herido de un rayo en un parasismo que se creyó mortal. Apenas recobró su razon y sus sentidos, mandó llamar á los gefes y les reprendió su silencio con muestras y acento de profunda indignacion; quisieron disculparse, alegando que el temor de empeorar su salud les habia conducido á seguir semejante línea de conducta; pero Cabrera repuso sin dejarles concluir: «y qué, ¿es por ventura primero mi vida que la causa y los derechos de mi rey?» Inmediatamente dispuso que se dirigiesen á Morella, «pues una vez dijo, que Dios asi lo dispone, buscaré la muerte al lado de mis camaradas.» El mismo dia en que salió de La Cenia, pernoctó en Chert, y al siguiente pasó revista á los batallones que se hallaban en este punto. A las seis de la tarde entró en Morella en medio de estrepitosas salvas de artillería; los batallones que estaban formados prorumpieron al verle en vivas aclamaciones, y los habitantes salieron de sus casas para observar el estado de su salud.

Desde este punto los sucesos se precipitan y la causa carlista declina sensiblemente, y ni los esfuerzos de Cabrera, ni la bizarría de sus tropas puede levantarla de la postracion en que habia caido despues de los sucesos del Norte. En el centro perdia tambien uno de sus mejores baluartes, Cantavieja; esta plaza amenazada por fuerzas considerables, y no contando con suficientes elementos de defensa, fué abandonada por órden del general carlista; y el victorioso ejército cristino avanzando siempre, llegó hasta los muros de la formidable Morella. En vano Cabrera, valetudinario y débil, pelea en la Cenia con O'Donell para retardar aquel acontecimiento, porque despues de derramarse mucha sangre por una y otra parte, se vieron obligados á replegarse los carlistas. Todavía se empeñó un último choque entre los mismos combatientes el dia 30 de mayo cerca del Mas de Barbaran. En lo mas récio de la accion cayó atravesado de cinco balazos el caballo que montaba Cabrera, y este envuelto en la caida, se vió espuesto á ser prisionero de un escuadron inglés. El valor deseperado de una compañía de granaderos que cargó á la bayoneta sobre el enemigo, le salvó de este peligro.

Convencido Cabrera de que no podia sostenerse por mas tiempo en las provincias del centro, se dirigió á la de Cataluña cuyo mando en gefe le habia sido conferido últimamente por D. Cárlos; mas este movimiento no podia ya tener por fin el de reanimar la guerra, y sí el de prolongar la resistencia, combatiendo hasta el último límite de las probabilidades é internándose en el territorio francés luego que la defensa se convirtiera en temeridad é inútil efusion de sangre. Asi se verificó; Cabrera no halló en Cataluña los recursos que esperaba y que le habian prometido; y viéndose aqui como en Aragon y Valencia con enflaquecidas fuerzas para resistir el ímpetu de sus enemigos, sostuvo en Berga el último combate, y el dia 6 de 1840 llegó al pueblo de Palau enclavado en la frontera francesa acompañado de los generales Forcadell, Llangostera y Burjó, del intendente general Lavandero, de los brigadieres Añon, Arnau, Franco y Vals, de individuos de la plana mayor y de 4600 infantes y 300 caballos. Estos hombres habian sido los últimos adalides de la causa carlista en España durante la guerra de los siete años. Ellos como su gefe, al poner el pié en el territorio estrangero, volvieron los ojos hácia la patria que habian regado con su sangre. Despues se pusieron en manos de la gendarmería francesa.

Cuando en 1847 estalló de nuevo la guerra en Cataluña, se hallaba Cabrera en Lyon, donde tuvo noticia de aquel acontecimiento, y se le hicieron indicaciones á fin de que se lanzára otra vez á los azares de la campaña, y contribuyera á dar á esta el prestigio, la fuerza y la unidad de accion que necesitaba; Cabrera acogió con ánimo tibio esta primera insinuacion, y aun dicen que manifestó al encargado de hacérsela, que la guerra nuevamente fomentada, carecia de todas las probabilidades de triunfo, y que él no se hallaba en el caso de emprender la vida agitada, errante y peligrosa de guerrillero; pero añadió en otra ocasion, en que se le reiteró la misma propuesta. «Mi deber de súbdito y de soldado me impone el de obedecer las órdenes del rey; mas creo francamente que la causa de este, está interesada en que no se agiten de nuevo todos los recursos con que cuenta en España; yo opinaré siempre porque en las fragosidades de Cataluña se sostenga la guerra de guerrillas, á fin de atraer las fuerzas y perpetuar, si es posible, la inquietud y los recelos del gobierno de Madrid: mas de esto á una guerra en que se equilibren nuestras fuerzas con las del enemigo, creo que hay una distancia inmensa. Es preciso comprender que la España está muy trabajada, que tiene muy presente los horrores de la guerra de los siete años, y que su primer deseo, su deseo mas dominante en el dia, es la paz. Si nos presentamos ahora con la guerra, nos mirará como hi-

jos desnaturalizados y nos arrojará de su seno.»

No obstante, como fué grande y rápido el curso de los acontecimientos, como sobrevinieron complicaciones consideradas vulgarmente, como imposibles seis meses antes y la revolucion electrizó todas las voluntades hostiles al gobierno, creyeron los consejeros del jóven Cárlos Luis que habia llegado el momento de alcanzar el triunfo de sus pretensiones y de poner en juego los resortes de la fuerza, de la intriga y de la seduccion. Alucinados ó engañados por falsos informes, creyeron que el pais puesto al borde del abismo volveria los ojos hácia un príncipe que habia abdicado pública y generosamente todos sus resentimientos y que aceptaba como conquistas del siglo, muchas de las reformas operadas durante nuestra revolucion. Prestaron tambien fácil y ligero, asenso á la promesa ambigua de un auxilio estrangero; y contando de este modo con sobrados elementos para organizar una insurreccion arrolladora, empeñaron á sus principales caudillos para que marcharan á colocarse á su frente. Los generales Alzáa y Elio se dirigieron á las Provincias Vascongadas primer centro de la pasada guerra; y Cabrera investido con el cargo de comandante general de las provincias del centro y Cataluña, tomó la ruta del Principado. Refiérese que Cabrera mostró hasta lo último, repugnancia al plan que se pretendia seguir, y que cuando se le preguntó definitivamente si aceptaba ó no la comision que se le habia encomendado, respondió: «Yo no puedo reusar lo que debo aceptar por decoro, pero tengo el presentimiento de que esas magníficas esperanzas han de salir fallidas.»

Dispuesto á partir, hizo sus preparativos y el 23 de junio penetró en España por el bosque de Palau, acompañándole su cuñado el brigadier Arnau, un intendente, varios gefes de la plana mayor y 25 ordenanzas de los que habian estado á su lado durante la anterior campaña.

La noticia de haber entrado Cabrera en Cataluña circuló con rapidez suma, y produjo honda sensacion en los afectos al gobierno y en los amigos sinceros y leales de la paz; al paso que creó levantadas pretensiones, no solo en los montemolinistas, sí que tambien en cuantos aborrecian el sistema político vigente á la sazon.

Fundábanse unos y otros, para alimentar tales recelos é ilusiones, en que siendo Cabrera el caudillo mas prestigiado de la dinastia carlista, no se hubiera arrojado á la lid, sin contar con fuerzas poderosas, y sin considerarse apoyado por combinaciones estensas y eficaces. Este cálculo era exacto, pero resultó ilusorio. Alzáa pereció en Navarra al principio de su demanda. Elio no se atrevió á pasar la frontera: en las demas provincias fracasaron las tentativas de insurreccion, y en Cataluña solo halló Cabrera algunas partidas heterogéneas por su origen político, mal armadas, peor equipadas, é indóciles al freno de la disciplina. Organizar estas fuerzas, instruirlas, hacerlas maniobrar bajo un pensamiento comun, estender el rádio de la guerra, dotar á las opiniones de una movilidad bastante á que 5,000 hombres, no solo resistieran los esfuerzos de 50,000, si que tambien tomaran con frecuencia la iniciativa, penetraran en el corazon del pais, y reportarán insignes triunfos sobre sus perseguidores: establecer un sistema financiero, capaz de proveer á las necesidades de su pequeño ejército, y mantener firme hasta el último momento, un núcleo de fuerzas en medio de las decepciones y de la mas activa y vigorosa persecucion, tal fué la obra de Cabrera durante su última campaña.

Pero mas notable que sus operaciones militares fué la fidelidad con que siguió su nueva línea política. Cabrera, cuyo nombre despertaba tan aterradores recuerdos, seguia ahora una conducta humana y contemporizadora, prohibia que se irrogasen á los pueblos ni á los particulares otras vejaciones que las que trae inevitablemente consigo la guerra, como satisfaccion de impuestos y raciones, y aun en esto mismo nada dejaba á la arbitrariedad de los subalternos; amonestaba é imponia castigos, siempre que traspasaban el límite de la moderacion, y aunque muchos de los suyos eran fusilados, él conservaba la vida á los prisioneros, y en algunas ocasiones les devolvia la libertad. Entre el Cabrera de 1837 y el de 1847 no existia sobre este punto el menor rasgo de analogía. Una década fecunda en lecciones y desengaños, habian modificado profundamente su carácter; al hombre de pasiones irritadas habia reemplazado el hombre de cálculo, á sus sentimientos, su conciencia política y moral.

Las acciones de Aviño en que quedó prisionero el brigadier Manzano, la del Pasteral en que fué herido Cabrera, la sorpresa de S. Lorenzo de Mrunys, en la que corrió grave riesgo de perder la libertad ó la vida el general en gefe montemolinista; los acontecimientos de Pinós, en los cuales dominó el pensamiento de Cabrera, y otros hechos menos importantes consignados como estos en el cuerpo de la historia, constituye el conjunto de los emprendidos por el caudillo tortosino en esta última guerra. Viendo sus recursos agotados, disminuidas sus fuerzas, abandonado por los mismos hombres que hasta

aquella época le habian dado tan señaladas pruebas de adhesion, y no pudiendo reparar ya mucho del país exausto y ocupado enteramente por las tropas de la reina, no quiso arrostrar por mas tiempo las peligrosas eventualidades de una campaña sin porvenir. Se dirigió á Francia el 26 de abril de 1849, y fué preso en la frontera con el coronel Gonzalez Ceballos, su gefe de estado mayor, Sequera y algunos otros gefes mas. Sus vaticinios se habian cumplido. La guerra de Cataluña fenecia por segunda vez.

Con la suma de estos hechos podido y concienzudamente revelados se presenta Cabrera ante la jurisdiccion de la historia. Esta no debe reconocer en él á uno de esos hombres eminentes que constituyen el prodigio de un siglo ó el de una generacion, y que siendo como los precursores de la sociedad en que viven, determinan sus grandes crisis y los bienes con las fuerzas de su elevada inteligencia y de su inflexible voluntad en las vias de una civilizacion próspera, rica y fecunda; esta es la obra del génio, es decir, de una luz superior, de un destello especial de la Providencia, de un caudal inmenso de creaciones y de sentimientos nobles y poderosos: y Cabrera no es un genio, repetiremos, con uno de sus biógrafos (1). Pero tampoco es un aventurero sin otro mérito que el valor personal, que debe toda su posicion á los caprichos de la fortuna, y que engreido con los favores de esta, ha soltado las riendas á todos los instintos de una organizacion licenciosa y cruel: crapuloso, egoista, sanguinario, sin otro tributo que el de una hipocresía, la deshonra, en fin, de la época que le vió nacer. Entre dos extremos han abrazado sus apologistas y detractores de Cabrera; y como es ciego la pasion que á acertar tales aberraciones les mueve, justo será tirar una línea entre pareceres tan opuestos y seguirla como norte de imparcialidad. Nosotros consideraremos á Cabrera segun manifestamos al principio de la biografía, como entidad política y como entidad militar. Como hombre político carece Cabrera de ese cálculo frio é imparcial que se apodera del génio y tendencias de una grande situacion, sin hacer alto ni retraerse por oscilaciones momentáneas ni por complicaciones incidentales, y que descubre desde el advenimiento de aquello puesto á meta que ha de ir á parar el curso de los acontecimientos; prenda principal y de alta valía en esta, porque en política un error es mas funesto que un crímen. Fáltale tambien la energía que consiste en la fortaleza de voluntad y en el tino de manejar oportunamente los medios

(1) Pastor Díaz.

de represion y no en las disposiciones sangrientas. La energía que se apoya en el terror no es otra cosa que una venganza vulgar. Por lo demas, como las virtudes políticas no son mas que pasiones ennoblecidas por el fin, no vacilamos en conceder muchas de estas á CABRERA. Su lealtad á su primera bandera no se ha desmentido nunca, ni en los peligros de las campañas, ni en otros menos fáciles de arrostrar; su constancia se ha esperimentado tambien sin debilitarse en duros trances y en penosas situaciones, y siempre le ha asistido facilitando en gran parte sus mas arrojadas empresas el valor de la iniciativa. Háse mostrado CABRERA artificioso, hábil y astuto; en el trato cortesano, ha dominado con acierto rivalidades poderosas y enconadas, y sin participar de la exagerada opinion que defendian los aulicos de D. Cárlos pertenecientes al partido apostólico, supo granjearse su voluntad y conservar su gracia, concediendo siempre mucho mas á las otras fórmulas que á las intenciones.

No debe arrojarse sobre su nombre como una injuria la nota de ambicioso. La ambicion es la pasion de las armas fuertes, y de ella nacen la perseverancia, el amor á la fatiga y el trabajo y aun la abnegacion de la propia existencia. ¿Que sentimiento pudo sostener á CABRERA en medio de los azares de la guerra en lucha constante con la fortuna, en la miseria y los peligros durante los primeros tiempos de su campaña, cuando apenas sabia distinguir la línea que separaba los derechos de Isabel II y de D. Cárlos, sino el deseo de figurar al frente de aquellos hombres rústicos que en los combates le daban todavia el título de compañero? Luego cambiaron las circunstancias. Si al principio fué ambicioso por instinto, despues lo fué por cálculo. Porque sin ambicion, tanto él como todos los hombres notables, ni figurarian en la historia, ni serian hombres notables. Pero se ha sostenido que el afan de mandar y de colocarse en primera línea, le indujo á cometer un crímen, tanto mas odioso cuanto que iba acompañado de la mas negra ingratitud. CABRERA delató, dicen, al desgraciado Carnicer cuando pasaba á Navarra, y fué detenido en el puente de Miranda de Ebro. Nadie ha presentado prueba alguna en corroboracion de este aserto; y tan liviana aseveracion se funda en que CABRERA no podia sufrir superior; que Carnicer, temido y respetado de sus soldados, querido en el pais y considerado en la corte de D. Cárlos, era á sus ojos un rival muy temible, del que procuraria deshacerse en la primera ocasion, salvando las apariencias. Parece que se olvida al discurrir de este modo que Carnicer era el amigo y el protector de CABRERA, y que al partir á Navarra confió al jóven tortosino un mando que envidiaban y pertenecia por ordenanza á otros gefes mas antiguos. A la idea solo de un crímen semejante, se sublevan todos los sentimientos de la naturaleza, porque con su perpetracion se violaban todos los derechos de esta. La historia, que es el reflejo de la vida social, no debe creer sin pruebas evidentes é irrefragables en la existencia de crímen tan inaudito, porque debe dudar siempre de que en el seno de la humanidad, se albergue un mónstruo.

El sistema sanguinario de CABRERA sino admite justificacion, tiene escusa en la muerte de su madre. Tal vez ningun otro gefe en la primera guerra dinástica ha inmolado tantas víctimas inocentes; pero tampoco á ninguno se le ha sometido á tan dura prueba. Si CABRERA hubiese contestado á aquel acto con un rasgo de generosidad se habria mostrado grande; mas no puede pedirse un hombre dominado por la tiránica influencia de sentimiento tan acerbo, hechos de sublime heroicidad.

CABRERA como general, tiene algunas prendas muy dignas de consideracion: la afabilidad benévola para con los soldados, que une á estos á sus gefes por el doble vínculo del amor y de la disciplina; la solicitud por los enfermos y heridos, con la que siempre se cautivan las simpatías de las masas; la discrecion en los planes y la actividad en su ejecucion, sin las cuales quedan confiadas todas las operaciones al ciego capricho de la fortuna. Su valor, mal aconsejado por la prudencia, puede serle un don funesto. En los dias de batalla su continente es marcial, y aunque las proclamas que dirigia á su ejército carecen de esos rasgos de fuego que encienden el entusiasmo de la multitud, sin embargo, como interpretaban y revelaban los sentimientos de aquellas, producian el mismo efecto.

Se le han censurado agriamente, y con justicia, algunas de sus disposiciones militares, precisamente aquellas en que tuvo mas ocasion de desplegar sus talentos de general; la actitud que toma despues del primer sitio de Morella y su sistema de puntos fortificados.

El no haber atacado con tenacidad al ejército de Oráa en una retirada que emprendia descalzo, hambriento, afectado por los últimos reveses y embarazado con el tren y un numeroso convoy de heridos, es una falta que no puede justificarse ante los principios de la guerra. La razon que se alega de que los carlistas estaban desprovistos de víveres, y que necesitaban hacer, como la hicieron, una escursion á la rica

huerta de Valencia, solo sirve como todas las razones secundarias para poner mas en relieve la principal. Un ejército victorioso soporta con gusto las vacaciones cuando va buscar nuevos laureles, y si CABRERA hubiera derrotado á Oráa, habria tenido á su disposicion inmensos surtidores de víveres y se habria enseñoreado del pais. Tal vez hubiera resultado vencido el golfo carlista; pero en la guerra como en todas las empresas humanas, deben aceptarse las probabilidades y arrostrar las consecuencias; las probabilidades aconsejaban á CABRERA que provocara la batalla.

Tambien es muy vituperable la linea de puntos fortificados. Esta línea puede ser buena cuando se opera esteriormente, y se trata de encerrar al enemigo en una esfera reducida donde apura pronto sus subsistencias y recursos, y tenga que luchar con el peor de los adversarios, el hambre; pero una linea interior solo puede producir perniciosos resultados, ya porque desmembra con las guarniciones la fuerza activa del ejército, ya porque encadena en un punto determinado la atencion del general. Si CABRERA con un buen punto fortificado, como base de sus operaciones, se hubiera movido con rapidez de uno al otro extremo de la linea ofensiva, habria logrado batir en detalle á las tropas de la reina, y entonces mucho mas fácil y fácil le hubiera sido la ocupacion de las plazas. En tésis absoluta, el beligerante que ofende, debe acudir antes con grandes golpes de fuerzas á las tropas de batalla, que á la conquista de las plazas. Asi que, CABRERA pagó caro su imprevision: pues perdió con sus puntos fortificados la sangre de sus valientes, y si los generales de la reina hubieran desplegado mas actividad, habria perecido con su ejército acuchillado sobre las vertientes del Maestrazgo.

Solo la educacion militar de CABRERA puede excusar polemicamente estas graves faltas. Lanzado de repente en la guerra, tuvo que aprender la táctica en medio de los combates, y mas de una vez al interrumpir las lecciones que le daba el oficial Belgado, para ir á rechazar al enemigo, se le oyó decir: «por ahora sabemos bastante; aprenderemos mas en lo sucesivo.» Continuando esta existencia agitada y turbulenta, agoviado de negocios perentorios políticos, económicos y militares, se comprende como no pudo disponer de una hora al dia ni para abrir un libro, ni para preparar una combinacion estratégica. Teniendo en cuenta estos precedentes, sorprenden, no sus faltas, sino sus hechos. Para juzgar á CABRERA, como general, no debe olvidarse nunca al caudillo de Mos-Camé.

Hacemos aquí punto en la vida pública de D. RAMON CABRERA, y para concluir, referiremos algunos hechos que le ocurrieron durante su primer emigracion. Desde Palau se dirigió CABRERA á Prades, acompañado del brigadier Arnau, y vigilado de cerca por la gendarmería, siguió á Perpiñan, y desde este punto marchó á Paris para cumplimentar una órden del gobierno francés. Como su salud era tan delicada, y se fatigaba á caballo, tomó un carruaje para hacer el camino con mas comodidad. El carruaje le costó 3,000 rs., y este gasto extraordinario afectó en gran manera sus recursos pecuniarios. Consistian estos en 12 ó 14,000 duros, procedentes en su mayor parte de las economías de su madre, de las cuales hizo entrega esta señora, pocos minutos antes de su muerte, al sacerdote Cano, designándole el sitio donde se encontraban. Pero la casi toda esta suma (120,000 rs.), fué presa de la rapacidad de los consortes Pirola, que abusaron inicuamente de la credulidad de las hermanas carnales de CABRERA, doña Juana y doña Teresa Caldero, y aunque el general esclamó alguna vez recurso ante los tribunales franceses, no pudo recuperar aquella cantidad, y si solo obtener una órden de prision para los esposos Pirola.

Al llegar á Paris se apeó CABRERA en la fonda Oriente, rodeándole constantemente los agentes y gendarmes. A las pocas horas tuvo una entrevista con el ministro de policía, M. Remusat, quien le hizo un interrogatorio largo y artificioso sobre su entrada en Francia, y la de su ejército, sobre las fuerzas de ambos beligerantes en los últimos meses de la campaña, su enfermedad, la calidad de sus tropas, su supuesta connivencia con los generales Elío y Alzáa para una nueva insurreccion, y su conducta en Cataluña.

«Cree V., le dijo tambien el ministro, que si el gobierno francés diese las armas á los soldados que han entrado con V. serian fieles? Los escribiera V. para que se alistaran?

—Ellos han sido fieles hasta la muerte, contestó CABRERA (1), y lo que es mas, hasta la esperiencia y la miseria. Yo no puedo decir si consentirian en alistarse bajo las banderas de Francia. En cuanto á invitarles a ello, mi honor no me lo permite; yo no lo haré jamás.»

Mientras el gobierno francés vejaba á los emigrados carlistas para obligarlos á que se alistaran en el ejército argelino; CABRERA fué trasladado á la ciudadela de Ham, y pocos dias despues á la de Lille, donde solo podia ser visitado por los individuos de

(1) Prólogo de Cabrera adjunto á su Historia.

su familia, y ni aun se le concedia este pequeño alivio en su posicion sin adoptar enojosas precauciones que hacian la gracia mezquina y casi aborrecible. Al principio solo se le permitia pasear en el jardin del gobernador de la ciudadela desde las ocho á las 10 de la mañana; mas adelante se estendió el permiso hasta las cuatro de la tarde.

Una transicion tan brusca, un cambio tan repentino y absoluto en su método de vida, debió afectar profundamente su salud ya muy quebrantada de suyo; en efecto, se exacerbaron sus dolencias, y aunque se le aplicó una cantárida al pecho, no pudo evitarse el que escupiera sangre en bastante cantidad. Alarmados su familia y sus amigos con este grave síntoma, solicitaron del gobierno francés el que se le permitiera trasladar á otro punto, donde un clima mas puro influyera beneficiosamente en su restablecimiento. M. Dupui, médico del hospital militar de Lila, apoyó esta solicitud con un informe, y el gobierno le designó como el nuevo lugar de residencia la ciudad de Hieres, situada al mediodia de Francia, y dotada de una temperatura suave y benigna. Partió de Lila el 24 de setiembre el general carlista, acompañado de un gefe de policía, y llegó á París, alojándose de nuevo en la fonda de Orleans. Fué á ver á los ministros para darlos gracias por su traslacion, y recibió de ellos algunas muestras de cortesana benevolencia. La curiosidad, por una parte, y por otra el interés que escitaba su persona, proporcionaron al proscripto Cabrera una especie de ovacion. Afluian á la fonda gentes de todas clases y categorías sociales; entre ellas habia personas de elevado rango, títulos, pares, y muchas notabilidades del partido legitimista. El duque de Jitzsames, el marqués de la Rochejaquelin y el vizconde Eduardo de Valls obtuvieron del gobierno, permiso para que Cabrera pudiera ver libremente las obras maestras del arte, que cautivan la atencion del viajero, tanto en la populosa capital de Francia como en el delicioso sitio de Versalles. Fué por la noche al teatro, y la inmensa concurrencia atraida por la noticia de que asistia á la funcion el general carlista, pidió repetidas veces y con anhelosa impaciencia que se dejára ver este, lo que le obligó á levantarse del asiento que ocupaba en un palco.

En el trayecto de París á Hieres obtuvo las mas lisongeras manifestaciones y las atenciones mas delicadas de parte de los legitimistas franceses. En Lyon y Nimes se le dispensaron singulares obsequios. En Aviñon le esperaban con músicas, un banquete espléndido y otros agasajos; pero el comisario de policía no le permitió detenerse en este punto. Solo en Montpeller estuvo espuesto á recibir los insultos de algunos estudiantes españoles que cultivaban las ciencias médicas en su famosa universidad; mas tuvo noticia de esto y dirigió al gefe de policía una comunicacion enérgica manifestándole, que sino se apresuraba á evitar cualquier desman de parte de los estudiantes, adoptaria él todas las medidas que su honor y su seguridad personal le sugirieran. Desplegó el gefe de policía la vigilancia necesaria á impedir cualquier escándalo y conflicto, y los estudiantes desistieron de todo pensamiento hostil contra Cabrera.

Hallándose en Montpeller pasó por esta ciudad la reina Cristina. El gefe de policía indicó al general carlista que en tal caso convendria que no se dejara ver; pues podria con su presencia provocar algun lance desagradable. Cabrera escuchó sin alterarse esta advertencia de la autoridad, y al contestar, dijo con tono de firme conviccion. «Mucho estraño que Vd. me haga semejante observacion; sé respetar el infortunio de la reina Cristina y guardar las consideraciones que todo buen español debe tener a su Real Persona. Yo nunca ofendo á los desgraciados ni insulto á los caidos; villania tal no es propia de españoles ni de hombres bien nacidos.» Pocos minutos despues le anunciaron que la reina Cristina iba á pasar; y el comisionado de policía que le acompañaba constantemente le advirtió que no se presentara en el balcon de la fonda. «Está bien,» le dijo, y se asomó á una ventana que habia al lado. Entonces pasaba la reina Cristina, y entonces se cruzaron por primera vez las miradas de aquellos célebres proscriptos. Cuando el comisionado de policía le reconvino por haber olvidado ó despreciado su indicacion, le respondió Cabrera: «Vd. me previno que no me asomara al balcon: por consiguiente yo no he infringido la órden, porque la ventana no es el balcon.»

Llegó á Hieres el 26 de octubre, donde se le concedió libertad empeñando como garantia su palabra de honor. Desde este punto se dirigia á Tolon con frecuencia y siempre que debia maniobrar la escuadra, lo cual le anunciaban anticipadamente los gefes de la misma. En Hieres permaneció el invierno, y el ejercicio, el clima y las distracciones le restituyeron poco á poco sus fuerzas y la energia de su constitucion; recuperólas de todo punto, en Lyon, á donde se trasladó el verano, habitando una casa de campo inmediata á esta ciudad, elegantemente amueblada y situada en un caprichoso panorama; casa que le cedió M. Byer Petit. Aqui fué visitado y obsequiado por personas de mucha consideracion social; D. Cárlos, su hijo primogé-

nio y el infante D. Sebastian le escribian cartas muy afectas y cuyo lenguaje revelaba un afecto cordial de parte de sus autores; el rey de Cerdeña le dirigió este invitándole á que pasara á sus estados; mas como CABRERA no pudiera obtener del gobierno francés el necesario consentimiento, el monarca sardo queriendo demostrar de cualquier modo al caudillo carlista sus vivas simpatías, agració al hermano y sobrino de este con dos plazas en el colegio de Chambery, proveyendo á todos sus gastos con regia munificencia, y recomendando sus adelantos á los distinguidos profesores de aquel establecimiento científico.

A esta época ó poco despues, se refiere la noticia que circuló de haberse dedicado CABRERA al comercio. Esta noticia se fundaba en el hecho siguiente. Ignorando CABRERA el tiempo de su emigracion, y contando con escasos fondos para proveer á su subsistencia y la de su familia, trató de darles una inversion útil; y al efecto, y agregando algunas cantidades prestadas, tomó una de 7,000 francos, con la que estableció un almacen de vinos, chocolate y frutos de España. Al frente del comercio puso á D. Francisco Martinez, comisario que habia sido de guerra. Pero ya fuese con el objeto de extender las relaciones mercantiles, y ya dominado por un ocurrimiento filantrópico, CABRERA dispuso que se repartiesen muchos géneros al fiado, y de aquí resultó que por insolvencia y falta de garantías en los compradores, perdió gran parte del capital, y tuvo que cerrar el almacen al cabo de un año.

CABRERA, durante su permanencia en Lyon, dividió el tiempo entre el estudio y las distracciones: por las mañanas se levantaba muy temprano, é invertia las mejores horas en leer las obras militares de mas mérito y valía y las historias que cuentan con mayor aceptacion. A las diez almorzaba café con leche, y á las tres de la tarde tomaba una modesta comida, y el resto de la tarde lo empleaba en pasear y devolver visitas; por la noche despachaba la correspondencia, ayudado generalmente por alguno de los generales en ejercicio.

No ocurrió en este sistema de vida una alteracion notable, á no ser en la temporada veraniega, durante la cual pasaba muchas veces á las casas de campo de M. Flerins y del conde de Cha-vases.

Despues de su segunda campaña, y de haber sido presa en la lucha, CABRERA pasó á Inglaterra, y actualmente, cuando terminamos este ligero trabajo biográfico, (8 de setiembre de 1849) CABRERA se halla en Londres visitado y obsequiado por los hombres mas notables del reino unido.

FORCADELL.

Nació en Ulldecona, pueblo de Cataluña, en los confines del reino de Valencia. Fué primeramente conocido por Domingo del Pebreroch. Sus padres eran labradores bastante acomodados, y le dedicaron á los trabajos del campo. A la muerte de aquellos entró su hermano mayor en posesion de la herencia, quedando él atenido á una escasa legítima. Por aquella época, inmediatamente despues de la guerra de la independencia, llegó á Ulldecona el conocido guerrillero Chambó, con el cual se relacionó Forcadell estrechamente, y ambos se unieron en 1822 al célebre Rambla, que poco antes habia proclamado el rey absoluto. En aquella partida obtuvo Forcadell el nombramiento de sargento primero, aunque no sabia leer ni escribir. Llegó de ascenso en ascenso hasta comandante de batallon, y ayudante de campo de Chambó en la accion de Brihuega, por el arrojo y serenidad que en ella manifestó. En la clasificacion de oficiales que se hizo despues, á la vuelta de Fernando VII de Cádiz en 1823, descendió de comandante á simple teniente, con cuatro reales diarios. Entonces fué cuando aprendió á mal leer y escribir por no verse espuesto otra vez á tan vergonzosa postergacion.

Consumido en poco tiempo su corto caudal, y resucitando del modo con que se le habia considerado, se agregó á los descontentos y empezó á conspirar. Trabajó en 1827 para que madurase la conspiracion de Cataluña. Forcadell fué denunciado y preso con Tallada y otros, y conducido á Tortosa, fué encerrado en el edificio de los cuarteles, hasta que le libró una órden de Calomarde, comprometido tambien en el negocio. Retiróse á Ulldecona, donde protegió bastante á varios carlistas y aun liberales perseguidos por el Conde de España. Fué de los primeros que tomaron parte en el levantamiento de 1833. Pero representó solo un papel secundario en los primeros dias, siguiendo como particular á Carnicer, de Morella á Calanda, y sufriendo la derrota y dispersion en dicha villa; lo cual le obligó á regresar otra vez á su pueblo. Sospechando de su conducta el general Breton, gobernador entonces de Tortosa, espidió nuevo arresto contra él. Pero sabedor de ello, echó á huir al través de mil peligros, en compañía de un cuñado suyo, llamado el Jaque de la Piga: este no fué tan feliz, pues alcanzado por los perseguidores, quedó muerto en el acto, mientras Forcadell logró esconderse por los montes inmediatos á su pueblo, indeciso del partido que tomaria. Entonces, informados de su retiro algunos gefes de la reina, trataron de ganar para la causa de esta, á un hombre no exento de prestigio entre los suyos. Pero sin duda, alguna imprudencia de los que intervenian en el asunto, hubo de comprometer el secreto, el cual hecho ya público entre los mismos carlistas, no quedó á Forcadell otro recurso, para evitar los efectos de su venganza, que declararse abiertamente por ellos, renunciando á la aparente neutralidad que hasta allí se habia manifestado. Salió, pues, á campaña con 400 hombres, casi todos de Ulldecona, entre ellos los célebres Tallada, que fué

Digitized by Google

fusilado en Chinchilla, y Peret del Rin, conocido por D. Pedro el Cruel, que sufrió igual suerte en esta ciudad.

Cuando FORCADELL hizo su definitivo pronunciamiento, las partidas carlistas estaban ya algo organizadas, por lo cual tuvo que contentarse al principio con la gente que sacó de Ulldecona, y algunos mas que se le agregaron. Aunque su carácter orgulloso no sufria rivales, sabia sacrificar las exigencias de su altivez á las reglas de su astucia y disimulo. Por lo mismo, aunque fué de los que mas desearon la ruina de Cabrera, cuya superioridad temia, ninguno de sus hechos prestó asidero á la suspicacia ó malevolencia del gefe tortosino. FORCADELL ha cometido algunos escesos, pero ha sido bastante hábil para descargar sobre otro la responsabilidad de estos hechos, y su reputacion no ha aparecido tan mancillada como la de otros gefes.

Contribuia á ello la conducta que observaba en sus marchas y en los pueblos donde se alojaba. Pocas veces, per regla general, era gravoso á los patrones, y para no serlo, llevaba tras sí un abundante repuesto de provisiones de boca. No fué, sin embargo, tan desinteresado. Las exacciones que hacia, se realizaban con rigor, aunque sin ruido ni aparato. Por lo que toca á su persona, FORCADELL es de complexion robusta, su estatura cinco pies y cinco pulgadas, talla proporcionada; pero que su obesidad hace parecer mas baja. La cabeza gruesa, y el rostro ancho, la tez amulatada, y una cicatriz sobre la ceja izquierda; el pelo, al principio negro, últimamente gris, y su aire poco atractivo. Gustaba de vestir bien, es decir, llevar ropa de valor, pero naturalmente desidioso, nada le lucia de cuanto se ponia.

Despues de la muerte de Carnicer, solo quedaban tres rivales para disputarse el mando; Cabrera, el Serrador y FORCADELL. Poco tuvo que hacer este para dominar al segundo, cuya tosquedad era poco á propósito para luchar con su astucia. En cuanto á Cabrera, no tardó en rendirle homenaje, penetrando lo que encerraba de energía aquel carácter tan frívolo en la apariencia. Húbose despues de contentar con representar el segundo papel, y sustituir á Cabrera en ausencias y enfermedades. Su carrera militar ofrece rasgos de valor juntos con otros de crueldad, que todas sus astucias no bastarán á disimular. Sus hechos mas notables son la accion de Siete-Aguas en febrero de 1837, la espedicion al reino de Murcia en fines de marzo, y la invasion de la huerta de Valencia en agosto del mismo año.

En el primero de estos hechos, que mas bien fué una sorpresa, cayeron en su poder bastantes prisioneros, y sin respetar el valor de que habian dado muestras en el combate, los mandó fusilar á sangre fria, siendo comprendidos en el sacrificio el coronel y hasta 60 oficiales de Ceuta y Saboya. La espedicion al reino de Murcia la emprendió para esplotar los ánimos de los paises donde aun no habian penetrado ninguno de las filas en que militaba, introducir en ellos la discordia y sostener el espíritu de los carlistas que los poblaban. Pero no llegó el caso de reportar grande utilidad de intentativa, porque atravesando la provincia como un meteoro, ocupó á Orihuela cuatro ó cinco dias, y curado de sus ilusiones, regresó á las antiguas guaridas. La correría por la huerta de Valencia fué otro rasgo de temeridad que pudo costarle cara. Pues tratando de invadir la ribera del Júcar, en vez de flanquear á Valencia, dejándola á la izquierda desde la provincia de Castellon, emprendió la ruta por la orilla del mar, pasando por entre Valencia y la costa, y vadeando el Túria en su misma embocadura. Este alarde no tuvo resultado funesto para FORCADELL, porque lo increible de la osadía y rapidez del movimiento, sorprendieron en estremo é inutilizaron las medidas, que en otro caso pudieran adoptarse. Tambien fué uno de los que mas se distinguieron en el sitio de Morella, y en las acciones que durante él tuvieron lugar, antes de la rendicion de la plaza, al general Espartero.

Comprendido en la emigracion, ha permanecido casi todo el tiempo de ella en uno de los departamentos centrales de Francia, hasta que sacudiendo la apatía, y escitado por sus antiguos camaradas, se decidió á emprender la cuarta campaña, en la cual apenas ha figurado. Túvosele por muerto en un rincon de los puertos de Tortosa, pais que habia sido su cuna y teatro de sus primeras hazañas, y á poco de anunciarlo oficialmente el gobierno, apareció en Cataluña al lado de Cabrera, y hoy se halla en Francia.

D. JOSÉ PUIG (a) BOQUICA.

SIEMPRE se han juzgado como principales bases en que descansa la verdadera historia, la imparcialidad, la exactitud y la justicia. Abrid sus páginas, meditad, comparad los hechos de las generaciones pasadas con las de las que van arrastrando ante nosotros su fatigada vida, y estareis próximos á la verdad y á la filosofía de la misma. Pero no siempre hallareis historias escritas con un criterio imparcial, porque muchos olvidan que ante la consideracion del historiador debe ceder la del hombre político, y que encubrir una verdad por miras mezquinas de partido, es causar á las sociedades venideras muchos y trascendentales perjuicios. Y ciertamente que las pasiones mas ó menos nobles de algunos cronistas son causa conocida de que haya dudas hasta hoy sobre algunos hechos, personas y circunstancias, que vivieron y consumaron en épocas aun no lejanas.

Considerando, pues, tan indispensables esas circunstancias en la historia general, es evidente que procuraremos presentar este lijero cuadro ó biografía conforme con los principios indicados, y con tanta mas razon, cuanto que del sugeto que va á ocuparnos, se ha hablado bastante, pero sin los suficientes datos. Nosotros, empero, no queremos hacer una narracion demasiado minuciosa de sus hechos, porque consideramos cuán desagradable sería al lector ver aqui consignados algunos, de que tendrá conocimiento, por haber leido la seccion histórica. Sin embargo, diremos todo lo que juzguemos mas necesario.

Nació D. José Puig (a) Boquica, en *Castelló de Nuch*, el año de 1797. Sus padres, mas ricos en honradez que en bienes de fortuna, dedicaron al niño José al estudio de las primeras letras, á cuya tarea se consagró con gran empeño, y por consiguiente con resultados satisfactorios. Pero las travesuras que hacia en la infancia, manifestaban claramente la intrepidez y valor que mas tarde habian de distinguirle.

Pocosaños tenia Puig (a) Boquica, cuando ya se ocupaba en el tráfico de telas, y con cuya ocupacion, no solo aumentó el número de sus amigos, sino tambien los intereses de su familia. Continuó asi durante algun tiempo, hasta que, llevado de su carácter belicoso, levantó una gran partido en 1822 en defensa de los principios que entonces proclamaba el partido realista, y á los cuales tenia mas afecto por instinto que por conviccion.

Digitized by Google

La série de acontecimientos que se verificaban ante su vista, influyeron sin duda en su ánimo para tomar algunas determinaciones, entre otras la de ponerse á las órdenes del conocido *Montaner* con toda su gente, teniendo en consideracion la esperiencia y tacto que aquel poseia en materias y funciones militares, y la falta de recursos en que se encontraban los que le seguian, cuya escasaz era muy natural, atendiendo á que no permitia que se cometiesen atropellos, ni se hiciesen sufrir vejaciones á los pueblos por donde pasaba. Conducta que merecia los sinceros elogios de los hombres mas entusiastas de todos los partidos.

Siendo subordinado, como desde entonces fué del citado Montaner, no causa gran sorpresa saber que este gefe nombrase á Puig capitan de infanteria, y que este siguiese firme en su primer propósito, aunque la graduacion que se le concedia no correspondia con las fuerzas que habia reunido y empezado á organizar; pues es una verdad reconocida en todos los pueblos, que nada hace tanto daño á las opiniones nacientes como las exigencias de mando en los primeros defensores de ellas. Esta consideracion y la de observar con exactitud cuanto le mandaba su gefe, le acarrearon grandes disgustos y algunas diatrivas; pero diatrivas sin estar enterados sus autores de que procedia este caudillo á la ejecucion de algunos hechos, porque recibia órden de hacerlo, y llevado de su entusiasmo y decision por aquellos principios que al lanzarse á la pelea habia jurado defender.

El curso que siguieron los acontecimientos de 1822, su influencia en la política europea, el efecto que han producido, aunque lijeramente, en la moral de nuestra sociedad, la valoracion que se hizo de estos y aquellos principios; y el desenvolvimiento, en fin, de ciertas doctrinas, todo prueba lógica y políticamente que el movimiento verificado en aquel año era prematuro. Por eso, su término fué tan rápido como su nacimiento y marcha; pero dejando tristes recuerdos de los dias que tuvo de existencia. Las ciencias exactas se enaltecen con justicia de haber conseguido que la materia eléctrica les obedezca, enterrándose para no privar de la vida á los séres, pero no por eso dejan de causar algunos males aunque leves y remediables.

Ahora bien: restablecida la tranquilidad creyó el gobierno que debia cortar de raiz muchos abusos, y á fin de conseguirlo en lo perteneciente á las diferentes graduaciones del ejército, dispuso que una junta de clasificacion señalase á cada individuo el empleo que desde entonces juzgase podia desempeñar. Esta junta dió principio muy luego á sus trabajos, y declaró teniente de infanteria á D. José Puig, pero sin destinarle con mando á un regimiento. Diéronle licencia ilimitada, y se marchó á su pueblo, donde permaneció disfrutándola hasta el levantamiento de los catalanes en favor de D. Cárlos, que formó una nueva partida que llamó batallon volante, y con el cual empezó á hostilizar á las tropas isabelinas.

No pasó mucho tiempo en este nuevo estado. Hombre de arrojo, comprendió que podia cometer algun error trascendental á sus adictos, y decidió despues de habérselo manifestado á aquellos ponerse á las órdenes de otro gefe llamado *Caballeria*, el cual le nombró primer comandante.

El año 1834 corria á la sazon. La guerra se estendia mas y mas por las provincias del Norte, y la desolacion y la muerte penetraban en el seno de todas las familias.

Tal era el aspecto de la sociedad en el citado año, y en que Puig se hallaba mandando un batallon carlista. Cargo difícil no solo por la circunstancia de ser voluntarios, sino por su desórden é indisciplina. Mas Puig tenia un génio organizador, y consiguió por lo tanto introducir todas las mejoras de que era susceptible aquella pequeña columna. Una de ellas fué nombrar gefes de compañía y distribuir el personal de tropa con igualdad entre las mismas para facilitar las operaciones y poder reunirse con mas prontitud si tuvieren que declararse en dispersion algun dia. Despues dió algunas otras disposiciones referentes á policía y subordinacion, con lo cual logró mandar una de las mas brillantes columnas del ejército carlista.

Con tales elementos fácil es comprender que D. José Puig no estaria ocioso, y por consiguiente que no perderia ocasion para batir las tropas de la reina. Asi lo hacia efectivamente, y hasta para conseguirlo hizo marchas harto fatigosas.

San Juan de las Abadesas, *Tuxen* y otros puntos inmediatos, vieron defenderse á Puig contra fuerzas muy superiores. Tambien presenciaron muchos de sus hechos de armas los habitantes de *Camprodon*; y los fuertes de las poblaciones comarcanas fueron atacados mas de una vez por las tropas que mandaba *Caballeria* como gefe, y comandaba Puig como su mas inmediato subalterno, dando por resultado algunas veces un nuevo triunfo para las armas carlistas.

Pero no se crea que todas las acciones en que se halló fueron coronadas con igual éxito. En algunas estuvo en grandísimo apuro, y debemos dejar espuesto del modo mas terminante, que solo

consiguió salvarse por el conocimiento minucioso que de aquel terreno poseia. Sin él indudablemente hubiera perecido cuando se ha visto tantas veces atacado por un número de tropas mucho mayor que el de las que disponia. Pero ese conocimiento y su serenidad en los mayores conflictos, le han salvado la vida. Que tanta es la ventaja del que hace guerra en montañas teniendo simpatías en el pais, y mas que todo las cualidades enunciadas.

Continuando siempre su sistema mas grato, que era hacer sorpresas, no dejó de prestar tambien grandes servicios. Empero despues de tantos esfuerzos y hazañas, Puig se hallaba tanto en sus grados como en sus intereses lo mismo al principio que al fin de la pasada campaña. Ni su carácter le habia permitido adular á ninguno de sus superiores, ni su conciencia le dejaba marchar por todos los caminos que hay para hacer cuantiosos capitales cuando existen en un pais discordias civiles.

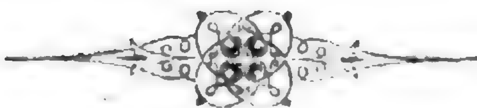
Cuando llegó al antiguo Principado el conde de España, nombró inmediatamente gefe del distrito de *Gósoli*, *Tuxen y San Llorens* á D. José Puig, cuyo cargo desempeñó a satisfaccion de sus gefes. Continuó con él algun tiempo, y despues en union de Castell, siguió persiguiendo á las tropas de la reina, con una constancia, celo é inteligencia que sorprendia hasta sus mismos compañeros.

Tales fueron los principales hechos de Puig durante la guerra de 1833 al 40. Terminada esta se vió precisado á emigrar á Francia, donde permaneció hasta que se levantó en Cataluña la bandera montemolinista. Fiel Puig á sus principios se lanzó de nuevo á defenderlos en la arena de los combates. Organizó una partida y al frente de ella penetró en el territorio catalan dando mayor fomento con su actividad y valor á la lucha.

Sin embargo, un ejército numeroso y disciplinado estaba destinado á combatir aquellas fuerzas heterogéneas y sin elementos para sostenerse largo tiempo, y por consiguiente las probabilidades de victoria estaban de parte de los primeros. Y asi fué, si bien á ello contribuyeron otras causas de todos conocidas. La presentacion de unos y las derrotas que sufrian otros, manifestaban claramente que la guerra tocaba á su fin; y si algun otro hecho faltaba para declararlo de una manera absoluta, la marcha de *Cabrera* á *Francia*, era mas que suficiente para adquirir este conocimiento. Todos dejaban las armas y corrian á buscar un hogar ó un pais hospitalario donde librar su vida de las iras políticas.

Entre estos últimos se hallaba Puig que como ellos marchaba emigrado á *Francia*, y á cuyo punto lograron llegar sin que les ocurriese suceso alguno notable, cuando el mes de abril de 1849 estaba concluyendo.

Alli permanece hasta hoy D. José Puig, esperando, como los hombres de su partido, que llegue un dia venturoso para sus doctrinas y principios.



Google

PAVÍA.

...n joven que ve ceñida su frente con el laurel de la victoria, que ha llegado á las últimas categorías del ejército, que ha desempeñado altos é importantes destinos y ha sabido unir al valor activo de la ejecucion propio de los verdes años, la prudencia del consejo, patrimonio de la edad provecta, bien merece ser comprendido en el cuadro de una biografía, que nunca debe ser el trasunto de entidades frívolas, ó de hombres desprestigiados, sino el retrato histórico de los hombres que por los esfuerzos de su corazon ó de su espíritu han logrado distinguirse en medio de la sociedad que les rodea.

Tal es D. MANUEL PAVÍA, marqués de Novaliches, teniente general del ejército español. La relacion clara y sencilla de sus principales hechos, servirá de sancion á nuestras aseveraciones.

Nació PAVÍA en la ciudad de Granada el dia 6 de julio de 1814. Fueron sus padres D. Tomás Pavía y Miralles, coronel de infantería, y Doña Manuela Lacy y Bergungo, señora que enaltecia su ilustre prosapia con las virtudes dulces y expansivas que forman el encanto de su sexo.

Pasó PAVÍA los años de su infancia en el recinto del hogar doméstico, y entregado á esos goces puros é inefables que constituirían la verdadera felicidad del hombre, si ésta no consistiese esencialmente en las ilusiones morales. Cuando

llegó á la edad de diez años, se separó del lado de su familia y entró como cadete en el colegio militar de Segovia.

Los progresos que hizo el jóven Pavía en el estudio árido y difícil de las ciencias militares fueron tan rápidos como brillantes, y le granjearon la estimacion de sus gefes y el aprecio de sus condiscípulos. Su talento claro y lúcido, sostenido por una laboriosidad creciente, le hizo descubrir los arcanos de la ciencia, y le puso en la plena posesion de los conocimientos concernientes á cada asignatura, que en los seis de estas durante los cinco años que permaneció en el colegio, obtuvo la censura de sobresaliente, hecho notable porque constituye una escepcion honrosa y privilegiada. No eran menos distinguidas que el desarrollo de su inteligencia las prendas de su carácter, y los gefes que habian tenido mas de una ocasion de valorarlas debidamente, le nombraron sucesivamente sub-brigadier y brigadier. Desplegó Pavía en el cumplimiento de este cargo una firmeza incompatible, al parecer, con sus tiernos años: sin permitir que ninguno de sus condiscípulos se separase un ápice de la línea de sus deberes, procuraba él mismo observar ante ellos una conducta intachable, comprendiendo, menos por calculo que por instinto, que enseña que el ejemplo vale tanto como una teoría divorciada de la práctica. Tambien mostró una tendencia económica, muy rara en una edad en que no se conoce el precio del dinero. De las prendas que se daban á los colegiales por cuenta del erario, llegó á ahorrar casi una mitad; de suerte que en el ajuste final alcanzaba una cantidad considerable.

Promovido Pavía á subteniente de infantería por real resolucion de 25 de enero de 1833, consiguió á los pocos dias el paso á la escuela especial de ingenieros; mas al presentarse al general director del arma, se vió tratado con algo de dureza y altanería, y se le dictó la órden de someterse á nuevos exámenes. Esta disposicion no podia arredrar al jóven aspirante; pero su amor propio debia naturalmente sublevarse contra una medida que ademas de ser contraria á lo que se habia prometido á los alumnos de Segovia, ponia en duda la buena fé de sus profesores; varió, pues, de propósito y permaneció en Madrid con licencia ilimitada, desempeñando diferentes comisiones en las que manifestó tanta exactitud como circunspeccion. Pero estas tareas, aunque honrosas todas y muchas de ellas difíciles, no podian absorver su actividad, y en el pecho del jóven oficial que habia creado algunos títulos para el porvenir, debia germinar el noble deseo de dar pasos rápidos y atrevidos en la carrera de la vida, porque la ambicion que nivela todas las edades, es siempre un sentimiento puro y laborioso en la esfera de nuestra existencia social. Pavía, pues, aspiró á ingresar en el ejército, y el 25 de mayo del precitado año, fué destinado á la Guardia Real de infantería.

Por entonces despuntaba la guerra de sucesion. Los derechos verdaderos ó supuestos de los aspirantes á la corona, pasaban de la conciencia de los individuos al tribunal de la fuerza, invocando en su auxilio ó el espíritu de reforma que existe en su pensamiento bullicioso, ardiente y con grandes pretensiones, ó el poder de las tradiciones, todavía muy arraigado en el corazon de las masas. La cuestion dinástica era la invocacion de la guerra; la cuestion política, el nervio que la sostenia; y si no hubiera logrado divorciar esta de aquella, la causa de D. Carlos habria perecido en la cuna. Muchos de los oficiales de la Guardia, muy apegados por sus precedentes y aun por el mismo carácter privilegiado de su instituto, al sistema político que simbolizaba el infante, rompieron el lazo de sus juramentos, y fueron á engrosar las filas de este príncipe. Pero ni las insinuaciones, ni las ofertas, ni aun la influencia contagiosa del ejemplo pudieron retraer al jóven Pavía del cumplimiento de sus deberes, y siguió en Madrid hasta el 7 de octubre de 1833, dia en que salió con el cuarto regimiento de la Guardia, para perseguir á las fuerzas levantadas en las estremidades de Castilla, al rededor de la bandera carlista. Inauguró Pavía la carrera de los combates bajo los auspicios de la victoria, pues el conde Armildez de Toledo, que marchaba á la cabeza del cuarto regimiento de la Guardia y de otras fuerzas isabelinas, atacó el 1.° de noviembre á las fuerzas carlistas acaudilladas por Villalobos, y las derrotó completamente. Se halló tambien en la campaña de Bilbao, verificada el 28 del mismo mes, bajo las inmediatas órdenes del general en gefe, D. Pedro Sarsfield, y el 22 concurrió á la accion que sostuvo en el pueblo de Lugando la partida carlista de Ibarrola contra algunas fuerzas de la Guardia, que mandaba el capitan de este cuerpo, D. José Cabrera.

Mas brillantes que decisivos fueron los triunfos alcanzados por las tropas de la reina en los primeros meses de 1834 sobre los defensores de D. Carlos, que perseguidos constantemente, empezaban á organizarse en la arena de los combates, y adquirian temple por el rigor de la disciplina que por la energía de sus convicciones, en los mismos derrotas aprendian el arte de vencer.

Hasta aquí nada habia dejado que de-

sear el comportamiento de Pavía. Era el modelo mas cumplido del oficial de filas; mas su arrojo, su entusiasmo y su inteligencia requerian un campo mas vasto, una posicion en que pudiera desplegar con toda su plenitud las brillantes dotes que le adornaban; y esta posicion no tardó muchos dias en ocuparla. Pasando un dia revista el baron de Meer al regimiento de su mando, encontró al jóven Pavía al frente de la compañía á que pertenecia, por no haber en ella oficiales de mayor graduacion, y despues de revistadas ambas filas, le mandó que se le presentase en su casa. El carácter severo de este gefe con quien no le unia ninguna relacion personal ni de familia, los recuerdos que escitaba su nombre en todos los que le conocian, hubieron de despertar en su alma muy sérios temores. Mas al cumplimentar la órden que se le habia dado, se desvanecieron estos temores, reemplazándolos el sentimiento de la mas pura satisfaccion. El baron habia visto el brillante estado de la compañía que mandaba Pavía y sus modales finos y marciales, un espejo fiel en que se reflejaban sus aventajadas cualidades, y habia querido darle una prueba inequívoca de su aprecio, llamándole á su lado con el carácter de ayudante de órdenes.

El 15 de enero de 1835 marchó Pavía á Tudela con su gefe que habia sido nombrado comandante general de aquel distrito, y permaneció en este punto hasta el 27 de junio, en que pasó á la segunda division, cuyo mando se habia conferido al baron.

Por este tiempo, la guerra habia adquirido grande incremento y desarrollo. En aquella exuberancia de vida política y guerrera, los carlistas olvidaban igualmente las pesadas fatigas y la difícil obra del porvenir, marchaban de victoria en victoria, y habian convertido su briosa defensiva en una ofensiva enérgica y llena de valor. Oprimian estrechamente á Bilbao, llave del Océano y principal escala del comercio por aquella parte de la península, y esperaban apoderarse de ella antes que el ejército de la reina acudiera á su socorro. Movióse este el 27 de junio y logró imponer á los carlistas, haciéndoles desistir de su propósito y esfuerzos. El ayudante Pavía marchaba con la segunda division mas no pudo satisfacer en esta jornada la noble ambicion de gloria, que es la primera y mas levantada palpitacion de un corazon jóven, porque no llegaron á las manos los beligerantes.

Pero la fortuna le reservaba una coyuntura mas propicia para acreditar su ardor belicoso. Poco despues del levantamiento del sitio de Bilbao, se dió la batalla de Mendigorría, ese gran duelo en que los dos ejércitos enemigos lucharon con el nervio de su gente, y en que se quebrantó el poder de la causa carlista que habiéndose presentado desde el principio como insurreccion, perdia mas con el tiempo que con las derrotas. Pavía se condujo en esta célebre batalla con bizarría singular; en lo mas récio de la accion le mataron el caballo, pero siguió combatiendo á pié y esforzadamente hasta que los carlistas se alejaron del campo. El jóven oficial obtuvo en premio de su denodado comportamiento, ademas de la condecoracion creada para perpetuar la memoria de este insigne hecho de armas, y concedida á todos los que tomaron parte en él, la cruz de S. Fernando de primera clase, y el derecho de entablar el competente juicio contradictorio para optar á la de segunda. Promovido Meer á la categoría de general, y nombrado virey en cargos de Navarra, concedió al ayudante de órdenes Pavía el título y consideracion de ayudante de campo, concurriendo con este carácter á la destruccion del puente de Ibero, árdua y arriesgada empresa, en la que fué preciso operar bajo la accion mortífera del fuego enemigo.

Al comenzar el año de 1836, dió Pavía otra prueba de sus hábitos militares, y del deseo que le animaba de derramar su sangre peleando sin tregua en defensa de la bandera que habia abrazado. Su regimiento, que habia permanecido en el Norte desde el principio de la campaña, se trasladó por este periodo á Madrid para dar guardia en el régio alcázar, y nada mas natural, que al parecer, el jóven Pavía, cansado de la inclemencia y duros trances de una guerra tan obstinada, aceptára la suerte de sus compañeros, y viniera á disfrutar las dulzuras de la corte, y á buscar tal vez, como hacian muchos, en el laberinto de palaciegas intrigas el hilo de sus adelantamientos y porvenir. Pero Pavía no vaciló en la eleccion: teniendo preventivamente noticia de la marcha de su regimiento, solicitó y obtuvo en 27 de enero permiso para permanecer en Navarra. Este hecho, en una época en que el deber mismo solia tomar la voz y fuero del mérito, y los hechos vulgares se presentaban con levantada ostentacion, debió merecer los sinceros elogios de los inmediatos gefes, y aun de los subordinados de Pavía. El camino de los peligros, aunque el mas difícil es el único que conduce á las reputaciones legítimas.

Espuesta estuvo á quedar mancillada la del ayudante Pavía por esa rara susceptibilidad de los partidos que confunden las apariencias con la esencia de los acontecimientos. En el primer cange que se verificó entre los carlistas y las tropas isabelinas que operaban en Navarra, vino á Pamplona como comisionado D. Juan Pavía,

hermano del D. Manuel, que militaba en las filas contrarias. Aunque de opuestas opiniones, existia entre ambos la armonía fraternal, y fiel á este sentimiento dulce y espansivo, D. Manuel Pavía agasajó al D. Juan, convidándole á comer y acompañándole hasta las puertas de la ciudad cuando regresó á su campamento. Este hecho tan sencillo se interpretó desfavorablemente, y empezó á decirse por alguno que los dos hermanos estaban en connivencia, y que autorizados por la ley de la naturaleza, preparaban pérfidas maquinaciones, inventando á este tenor otros mil artificios de la cavilosidad. Los hechos constituyen la mejor refutacion de los rumores absurdos, y con ellos demostró muy pronto Pavía cuán livianos y deleznables eran los que acerca de su proceder se habian formado. Pocos dias despues del precitado suceso, se presentan los carlistas á las puertas de Pamplona: sale inmediatamente de la plaza una reducida fuerza al mando del capitan de carabineros, Segura, y al lado de este capitan marcha el jóven, de cuya lealtad parecia desconfiaba el público. Apenas se divisa al enemigo, estos dos valientes caen sobre él con ímpetu arrollador, y aunque ni en una ni en otra parte se economizan el valor ni los esfuerzos, los carlistas se ven obligados á abandonar el campo, dejando en él varios muertos y heridos. Tan heróico comportamiento hablaba demasiado alto en favor del jóven Pavía, para que la calumnia continuara fomentando los rumores con que quiso empañar su nombre.

Un nuevo hecho, no menos digno de encomio, vino muy pronto á consolidar la reputacion de Pavía, dando al público una prueba muy inequívoca de su decision y arrojo.

En las batallas, los hombres reciben el valor de la asociacion y el ejemplo mútuo, y para poder apreciar el de un individuo, es preciso considerarle aislado, desafiando á los peligros con rostro firme y ánimo sereno, acudiendo solo al corazon y no á un caudal de gente mas ó menos considerable. Pavía reveló en esta época que poseia este valor difícil. Como ayudante de campo del baron de Meer, debia desempeñar en Vitoria una comision importante, y sin permitir que le siguiera escolta alguna, llegó á la capital de Alava, pasando por Puente La Reina, Larraga y Azagra, cuyos puntos estaban á la sazon bloqueados por los enemigos. Salvóle la fortuna en este peligroso viaje emprendido, menos con el dictámen de la prudencia que por la fuerza de una necesidad imperiosa.

El 30 de abril salió el baron de Meer de Pamplona para destruir el puente de Vidaurreta. Esta operacion era difícil, porque la fuerza carlista que defendia una de las cabezas del puente, protegida por un fuerte, se habia reforzado con dos batallones. Para llamar la atencion de estos y producir una diversion favorable á las tropas de la reina, dispuso Meer que 30 flanqueadores, bajo las órdenes del capitan Mayo, cruzasen el rio, llevando cada uno á la grupa un soldado de infantería. Este paso era sobradamente peligroso. Sin embargo, esta circunstancia enciende en vez de entiviar el ardor guerrero del jóven ayudante de campo, y conociendo por otra parte que del éxito de este movimiento pende tal vez el de la jornada, se ofrece á emprenderle con Mayo y sus flanqueadores, y lo verifica en efecto, llevando consigo á su asistente Gregorio Sanchez, soldado de reconocido volor y lealtad. Tan atrevido movimiento desconcertó á los carlistas, y viéndose estos atacados á un tiempo y con brioso ímpetu por el flanco y de frente, hubieron de retirarse, lográndose de este modo destruir el puente y privar al enemigo de una comunicacion importante. Peleó Pavía en este trance con hidalgo denuedo, y contribuyó poderosamente á que la victoria coronara los esfuerzos de las tropas liberales. No quedó sin galardonar su conducta en esta ocasion, pues se le concedió el grado de capitan.

Concurrió tambien á la accion de los Berrios, dada el 14 de mayo, á la de Zuriain empeñada en 20 de junio para levantar el sitio de Larrasoaña y á la de Zuviri, acaecida el 4 de julio. Hizo en todas ellas alarde de constante intrepidez y de singular pericia; prendas que se avenian y hermanaban bien en el carácter de este jóven oficial. Conservaba siempre el de ayudante de campo del baron de Meer, y habiéndose conferido á este el cargo de comandante general de la segunda division del ejército, pasó Pavía á participar de las glorias y peligros de estas bizarras tropas que adquirieron una reputacion inmortal en el levantamiento del segundo sitio de Bilbao. Pavía, ávido de honores, y sostenido ademas por el resorte del entusiasmo, combatió esforzadamente en Castrejana el 27 de noviembre; el 5 de diciembre en la retirada de Erandio y en la accion de Luchana, la mas memorable de aquella guerra; lucha temeraria emprendida por el valor, y consumada por la fortuna, y en la que quedó mortalmente herida la causa de D. Cárlos. Los vencedores dieron á este hecho la importancia capital que tenia en sí; pero se olvidó, como en todos los sucesos prósperos, la proteccion del destino; y como se habia logrado victoria tan señalada, no se apreciaron las probabilidades de una derrota desastrosa. No obstante, la masa del ejército

se habia portado heróicamente; justo y aun parco premio fué para tan ínclito denuedo la declaracion de beneméritos para cuantos se hallaron en la jornada, y la creacion de una cruz que perpetuara la memoria de un acontecimiento tan fausto. PAVÍA, que como ayudante de campo se halló en los puntos de mayor peligro y corrió mil veces el riesgo de perecer, obtuvo ademas de las gracias mencionadas, la de ser promovido á mayor de batallon por el general en gefe.

Por este tiempo ardia tambien la guerra en Cataluña, y los dos bandos políticos se agitaban en violentas convulsiones, y desgarraban el corazon de la patria, cuyo nombre mentaban ambos como lema de combate; pero allí á la inclemencia y encendida irritacion de los partidos, uníase el temple duro y pertinaz carácter de los habitantes, y los insurgentes protegidos por un brazo gigantesco del Pirineo, hacian inútiles la actividad y fatigas de las tropas de la reina. Es verdad, que allí los carlistas no combatian á fuer de espertos soldados como en las provincias del Norte, y que entre ellos era flojo y débil el lazo de la disciplina; pero estaban dotados de un valor ardiente é impetuoso; protegíales altamente la topografía del pais, y favorecidos por estas circunstancias daban fuertes golpes de mano; se apoderaban de algunos puntos importantes y cometian escesos que hacian estremecer á la humanidad. A este nuevo teatro de la guerra se trasladó PAVÍA cuando el baron de Meer fué elegido capitan general de Cataluña.

En el viaje que emprendieron Meer y PAVÍA á la capital del Principado, ocurriólos un suceso que pudo tener funestas consecuencias. Iban ambos en un coche escoltados por nueve coraceros; al llegar al Corral de Almaguer fueron acometidos por 30 hombres de á caballo, gente sin opinion ni color político alguno, sino malhechores que pretendian ennoblecer el crímen bajo la salvaguardia de una bandera política, y que no lograban sino mancillar esta y hacerse asi mas aborrecibles. Estos hombres atacaron con ímpetu á la dicha escolta y amenazaban arrollarla; PAVÍA luego que los divisó saltó del coche, montó á caballo y se puso á la cabeza de los coraceros escitándoles á desplegar una gallarda resistencia; su asistente Gregorio Sanchez, que era el único que llevaba fusil, hizo fuego con rara constancia y certería; este fuego contribuyó á desconcertar á los agresores, y el arrojo de los coraceros acabó por dejar frustradas sus esperanzas. Prosiguieron los viajeros su camino, y sin otro accidente notable llegaron á Barcelona el 18 de marzo de 1837.

En la capital del Principado reinaba esa efervescencia que sigue á todas las tempestades políticas; allí como en todos los grandes centros de la industria, habia numerosos elementos que en una situacion normal habrian contribuido poderosamente al desarrollo de los grandes ramos de la riqueza; pero que ahora separados de su verdadero destino se convertian en seguros medios de perturbaciones, y como estas dificultaban cada vez mas y mas la vida fabril y comercial, se perpetuaban y engrandecian asimismas. Esta masa movediza y susceptible del último impulso, cedia fácilmente al que le impusieran algunos agitadores de costumbre, cabezas volcanizadas por el fuego de la revolucion ó espíritus frios y egoistas que buscaban como satisfacer en medio de los padecimientos sociales sus ambiciones ó ilegítimas ó precoces. Los hombres dominados por estas influencias se electrizan mútuamente y dan á los pretestos mas sútiles el valor de verdaderas causas. Tal sucedió en Barcelona á los pocos dias de haber llegado el baron de Meer y PAVÍA. Dispuso el nuevo capitan general que un batallon de la Milicia Nacional trasladara su cuartel á la calle de Fernando VII; el título solo de la calle desazonó los predispuestos ánimos, y atribuyéndole al baron ideas realistas, empezó á cundir la alarma y se formaron en diferentes partes grupos numerosos é imponentes. El brigadier Luna, teniente de rey de la plaza, procuró en vano desvanecer la incipiente conmocion, porque los grupos no se disolvian; y aunque no habian llegado al último trance de las armas, revelaban en su sombrío y amenazador silencio una intencion hóstil mal reprimida.

Declinaba rápidamente el dia y haciase preciso aniquilar este principio sedicioso antes que adquiriera con el favor de la noche un vuelo levantado; era cerca de oscurecer cuando PAVÍA poniéndose á la cabeza de 20 caballos del regimiento del Infante, recorrió las calles y logró restablecer el órden en pocos momentos, empleando hábil y alternativamente los medios de persuasion y energía. Las operaciones militares que habian caido en grave desconcierto, recibieron un vigoroso impulso de la presencia y disposiciones del baron. Solsona, estrechamente bloqueada por los carlistas, reclamaba un pronto y eficaz auxilio; el baron se puso en marcha con direccion á aquel punto, y en el camino sostuvo un ataque contra el enemigo, dueño de las formidables posiciones de Peracamps. La victoria, indecisa por algun tiempo, volvió el rostro á los carlistas, y las tropas de la reina avanzando siempre, levantaron el cerco que habian puesto

aquellos á la plaza. PAVÍA se distinguió notablemente en esta accion; siempre en el centro del peligro desempeñó con tanto celo sus funciones de ayudante de campo, que mereció ser promovido al grado de comandante de infantería.

Investido con el carácter de gefe acudió PAVÍA al ataque de Barbastro, y el 12 de mayo se halló en la batalla de Grá, en la que la espedicion carlista esperimentó una derrota que no estaba en la esfera de las probabilidades á la sazon dominantes, pero que sin embargo era consecuencia necesaria, aunque anticipada tal vez, de la falsa situacion militar y políticas en que se encontraban las fuerzas acaudilladas por D. Cárlos. Perteneció el lauro de la victoria á los gefes y soldados de la reina, como premio de la bizarría que desplegaron en esta funcion marcial; pero pocos aventajaron al comandante PAVÍA que, entrándose por lo mas récio y encendido de los batallones carlistas, logró abrir en sus filas ancha brecha, recibiendo en este vigoroso ataque una grave herida en el brazo derecho. Por consideracion á su comportamiento se le concedió el ascenso á teniente coronel. Mal restablecido de su herida estuvo el 15 de julio en la accion de Tornellas y el 18 en la de San Feliú de la Serra donde se batió con un denuedo ejemplar, atacando y destrozando la mas fuerte de las alas del enemigo que se vió entonces obligado á replegarse sobre su centro, donde sufrió tambien un duro revés, logrando con este hecho de armas que se le confiriese el grado de coronel de infantería. Concurrió tambien á las acciones de Capsacosta el 29 del precitado mes; al levantamiento del sitio de Fornellas el 10 de agosto, y á la de Capsacosta y San Paú el 28 del mismo mes para socorrer á San Juan de las Abadesas atacado por fuerzas enemigas, al mando del general Urbiztondo.

Prosiguiéronse activamente las hostilidades durante los primeros meses de 1838, y en ellas tomó una parte eficaz y directa el coronel PAVÍA. En los sangrientos choques sostenidos sobre Sarriá y Puente de Malagarriga en los dias 3, 4 y 5 de febrero; en la ocupacion de la villa de Ripoll el 16 de marzo; en la accion de Biosca empeñada contra las fuerzas carlistas de Tristany, y en el levantamiento del sitio de Monistrol, acaecido el 17 de abril, dió PAVÍA relevantes pruebas de ese valor tranquilo y sereno que encadena y domina los instables fallos de la fortuna, y de los conocimientos tácticos que forman la mejor aureola de un gefe en los campos de batalla. Puso ambas prendas en mayor evidencia durante los dias 27, 28, 29 y 30 del mes de abril. Las tropas de la reina sitiaban con singular empeño el castillo de Oris; los carlistas defendian esta fortaleza con perseverante intrepidez. Las bocas de fuego que jugaban sobre las robustas almenas del castillo no hacian mella en el ánimo de sus defensores, que decididos á vender cara la victoria, rechazaron con noble indignacion la intimacion de rendirse, teniendo en mas la mengua de su honor que la de su propia existencia. Entonces el baron dispuso que se procediera al asalto, y las compañías á que habian tocado el fatal lote, marcharon con marcial continente hácia la brecha. El ayudante PAVÍA encargado de dirigir el asalto iba á su cabeza y arrostraba sin cejar el vivo fuego que hacian los del castillo; una bala que le alcanzó en medio de este arriesgado trayecto detuvo sus pasos, pero siguió animando con la voz á sus valientes soldados, y los enemigos al verlos avanzar con tan gallarda resolucion y denuedo, cayeron de ánimo y se rindieron á discrecion. PAVÍA habia sido herido en el hombro derecho. Este notable rasgo de valor le valió la efectividad del grado de coronel.

Justificó este ascenso con la conducta que observó en el sitio de Solsona. Habíanse apoderado de esta ciudad los carlistas en una de las alternativas de la guerra, y Meer conociendo su importancia, trató de reconquistarla á todo trance. En los últimos dias del mes de julio llegó el ejército á la vista de la plaza, y desde luego se trató de proceder al asalto. PAVÍA le dirigió con igual pericia y mejor fortuna que el del castillo de Oris, embistiendo la plaza por el baluarte del Hospital á la cabeza de una columna, compuesta de parte del segundo batallon del regimiento infantería de Zamora, del primero de América, del de los granaderos de Oporto y voluntarios de Cataluña. La noche se acercaba con apresurado paso, cuando las tropas aplicaron las escalas al muro. Tell de Mondedeu habia acumulado numerosos elementos de defensa y dispuesto fuegos rasantes que se inflamaran en el momento en que los soldados empezaban á trepar por las escalas. PAVÍA, colocado entre dos aspilleras enardecia su valor con la voz y el ejemplo, pero empezó á circular entre la tropa la noticia de que el baluarte estaba lleno de combustibles y próximo á estallar en horrible incendio, y un sentimiento de terror se apoderó de aquellos soldados, impeliéndoles á abandonar la comenzada empresa. PAVÍA que observa este movimiento retrógado, corre hácia los fugitivos, les arenga con esa elocuencia de corazon que cautiva las voluntades en los momentos críticos, y logra por fin escitar en su espíritu la reaccion del temor infundado, mas enérgica to-

davia que el valor espontáneo, y colocándose á su frente se apodera del primer recinto y obliga al enemigo á encerrarse en la catedral, palacio episcopal y otros edificios que formaban el segundo recinto. Pero las tropas que habian logrado penetrar en la plaza, eran en escaso número y parecia probable que los carlistas vueltos de la sorpresa, se arrojaran sobre ellos y los hiciesen pedazos. PAVÍA adivinó este peligro y trató de prevenirle, haciendo creer al enemigo que tenia á sus órdenes mayor caudal de combatientes. Al efecto reunió todos los tambores y cornetas, y les mandó tocar diferentes marchas que indicasen la entrada de numerosas fuerzas en la poblacion. Un soldado de Oporto que sabia imitar con la corneta el clarin, dió varios toques que anunciaban la entrada de la caballería. Este ardid produjo el efecto deseado, pues el enemigo no se atrevió á renovar el ataque durante la noche. Al amanecer, PAVÍA participó al baron de Meer las ventajas adquiridas y el conflicto en que se encontraba, pidiéndole pronto y eficaz auxilio. Llegó este en efecto, y PAVÍA se apresuró á formalizar el ataque del segundo recinto. Colocáronse cuatro piezas en batería que empezaron á jugar con singular habilidad y acierto. PAVÍA formó un espaldon para protegerse del fuego de su enemigo, y esperó que la brecha se presentara accesible. En el el instante en que comprendió que podia dar un segundo asalto, dispuso sus tropas para emprenderle; pero los carlistas creyéndose débiles, no se atrevieron á llegar á este último límite del valor y se rindieron el dia 27. Entonces ocurrió una escena interesante que debió lisongear poderosamente la ambicion de gloria de PAVÍA. Cuando el gobernador Tell de Mondedeu presentó su baston al baron de Meer como general en gefe de aquellas tropas, le tomó este de manos del gefe carlista y le puso en las de PAVÍA, dando á entender con este hecho *que á la bizarría y á las acertadas disposiciones del jóven coronel, se debia el éxito de aquella jornada.* Este suceso debia tener notable influencia sobre el espíritu de PAVÍA alentándo á otras empresas. Cuando se premia oportunamente el mérito, se puede esperar que se formen hombres notables para el porvenir.

En el entretanto se batia la columna con venturoso resultado contra las tropas del conde de España que habian acudido al socorro de la plaza. PAVÍA asistió tambien á este ataque, y pudo añadir un triunfo mas á los que habia alcanzado en aquellos dias.

El grado de brigadier fué la recompensa de los servicios prestados por PAVÍA en esta ocasion.

Tambien fué distinguido su comportamiento en las acciones de Gurriguera y el Etsanny, ocurridas en los dias 3 y 4 de agosto. El ejército que marchaba escoltando un convoy á la precitada plaza de Solsona, fué acometido de repente por fuerzas enemigas, y se empeñó el combate con raro teson por una y otra parte; los carlistas reforzados con tres batallones y un escuadron de lanceros de Tortosa, sostenian dignamente el vigor de la iniciativa, y las tropas de la reina pretendian inútilmente abrirse paso al través de aquellas fuerzas, que las atacaban por el frente y por los flancos. PAVÍA, como ayudante de órdenes, se puso á la cabeza de los granaderos de Oporto, y cayendo impetuosamente sobre el enemigo, le obligó á replegarse con celeridad sobre Solsona, haciéndose dueño de la llave de aquellas posiciones. Terminado el ataque con el dia, se renovó con mayor furor al siguiente, y PAVÍA marchó á dar órden para que avanzara la caballería de la reina, y dirigiendo él mismo un escuadron, logró batir á la enemiga, dejando de este modo desguarnecida y débil el ala derecha de los carlistas, que tuvo tambien que replegarse. Penetró el grueso de las fuerzas isabelinas en la plaza, y PAVÍA permaneció al frente de la caballería, manteniendo su respeto á la del enemigo, que oculta en un bosque procuró en vano rehacerse y volver á la carga. En la primera de estas acciones tuvo PAVÍA herido su caballo, y corrió grave riesgo de perder la vida.

Tomó igualmente parte en las acciones de Solsona y de Bergús, acaecidas en los dias 5 y 6 de noviembre, y en este última, colocado á la retaguardia, protegió la marcha de la division, rechazando constantemente al enemigo, que con fuerzas superiores, se obstinaba en desconcertar las tropas de la reina.

Cúpole tambien una parte de la gloria que alcanzó el ejército de Cataluña en Sors, Rialp, Astaren, Tirbia, y en las operaciones sobre Viella, que terminaron la campaña de 1838.

Logró PAVÍA captarse la ilimitada confianza del general en gefe, baron de Meer, quien le promovió á la categoría de segundo gefe de E. M., y con este elevado carácter concurrió á la toma de Ager. PAVÍA trazó las líneas de circumbalacion y contrabalacion, y se puso á la cabeza de la columna encargada de dar el asalto. Rechazado al principio, volvió con mayor brio al ataque, y venciendo la tenaz resistencia de los sitiados, se apoderó de esta plaza muy considerada por su posicion topográfica, y porque podia servir como de punto de apoyo á una escelente línea de operaciones. Fortificósela esmeradamente,

Digitized by Google

y FAVIA mostró en estos trabajos tanta actividad como intrepidez en los campos de batalla. En premio de su distinguido comportamiento en las mencionadas acciones y ataques, le fué concedida la cruz de tercera clase de San Fernando.

Sorprendió FAVIA sin que declinara su reputacion en los choques ocurridos el 16, 17, 18 y 19 de abril sobre Pallolles y Tremp; pero la desgracia que alcanzó al baron de Meer, detuvo el curso de sus adelantos. Destituido Meer el 13 de junio del mando en gefe de la capitanía general de Cataluña, creyó FAVIA que importaba tanto á su decoro como á sus mas nobles afecciones participar de la suerte del baron, y así es que solicitó y obtuvo su licencia, y marchó á Francia. Poco despues de este suceso, al regresar en últimos de julio, le señaló el gobierno su cuartel para Galicia, donde permaneció hasta que se verificó el cambio de ministerio, sustituyendo al progresista otro que pertenecía á la misma fraccion política, de que eran tambien miembros y sostenedores el baron de Meer y FAVIA. Trasladóse entonces el cuartel á Madrid, y el 7 de enero de 1839 se le destinó al ejército del centro á pelear del general O'Donell, que mandaba en gefe aquel ejército. El 25 de febrero fué nombrado FAVIA gefe de la segunda brigada de la segunda division, y el 27 del mismo comandante general de las tropas encargadas de cubrir la carretera de Teruel á Segorbe.

El 20 de marzo de 1839, conducía por esta linea un convoy á Segorbe durante la marcha; cuando las tropas llegaron al pueblo de Cervera, creyó ver FAVIA algunos síntomas de insubordinacion en las compañías de cazadores que formaban la vanguardia. Aquellos soldados endurecidos en las fatigas y peligros, que habian adquirido en una campaña próspera, altos y gloriosos timbres, soportaban con dificultad el freno de la disciplina, y creyeron que el cambio de gefe les ofrecía una ocasion propicia para traspasar la linea de sus deberes. Tenia entonces FAVIA 26 años, y aunque le faltaba la autoridad del tiempo, sobrábale la energía fortalecida por la conciencia de su misma posicion, y se decidió á emplear en último evento los recursos mas eficaces para reducir á la obediencia á la desmandada tropa. Al efecto al dia siguiente dispone que en el momento de emprender su marcha la columna, salgan solo las compañías de cazadores, y que el resto de la fuerza se detenga hasta que se dé la órden de marchar. Cuando los cazadores se habian destacado suficientemente, se dirige á ellos, les habla con el fuego de la indignacion; les recuerda sus hechos, sus deberes y sus juramentos; les pone á la vista toda la fealdad de su delito, y concluye diciéndoles: «¡Que sin la disciplina, la victoria misma es un don funesto de la fortuna», exhortándoles á que se mantengan en la línea de sus deberes, atendiendo con él al pensamiento de adquirir nuevos é inmarcesibles lauros. Los soldados le escuchan al principio con semblante equívoco, pero despues ceden al poder de sus palabras, y prometen ser modelos de lealtad y de obediencia. Al dia siguiente, la columna entera estaba ya unida, y terminada esta, prosiguió su marcha, escoltando el convoy una escasa fuerza, y dirigiéndose la restante con paso firme y atrevido hácia las masas carlistas que se apercibian ya en lontananza. Tanta decision impone al enemigo que se detiene en las inmediaciones del pueblo de Novaliches, irresoluto, al parecer, sobre el partido que habia de tomar. FAVIA por el contrario, se preparó á emprender el combate, y tomó posicion en las alturas que dominan el pueblo y dispuso sus tropas de modo que el enemigo no pudiera calcular aproximadamente su número ni sus principales movimientos. La artillería de la reina, ventajosamente situada, hizo algunos disparos sobre las masas carlistas, á fin de empeñarlas en el combate. Adelántase entonces la caballería de estos para hostilizar y envolver los flancos de las tropas liberales, pero marcha en desfilada á causa de los accidentes del terreno; y FAVIA, que abarcaba con su mirada segura y penetrante todos los sucesos de la accion, se apercibe al instante de este error táctico, conoce el valor inapreciable del tiempo, y se arroja sobre el enemigo con 60 caballos. El alférez Gonzalez, gefe de esta reducida fuerza, pretende cubrirle con su cuerpo y librarle de las lanzas carlistas. FAVIA, dominado por un heróico ardimiento, se obstina en ocupar el puesto de mayor peligro en un trance en que el valor debia ser el árbitro supremo de la suerte. Los carlistas, que no esperaban una carga tan recia y bien concertada, oponen una resistencia menguada, y se desbandan por fin, dejando el campo cubierto de cadáveres. FAVIA, con este hecho glorioso, elevó considerablemente su prestigio é hizo comprender á los soldados que el lino y el valor constituyen el privilegio de las almas de gran temple, y no el patrimonio de una edad determinada. Agraciósele con la cruz de tercera clase de San Fernando, por real órden de 31 de marzo de 1839, y por otra espedida en 12 de abril, se le concedió el uso del uniforme del cuerpo de E. M. á que habia pertenecido como teniente coronel.

Antes de terminar el mes de abril, contribuyó eficazmente FAVIA á un triunfo nota-

vo y esclarecido, que reportaron por este tiempo las tropas de la reina. Los carlistas que operaban en el centro, aunque sin probabilidades de victoria, combatian con ese valor de la desesperacion que traspasa los cálculos humanos, y sosteniales tambien el generoso orgullo de defender hasta el límite de lo imposible una causa abandonada por los mismos que la enaltecieron en un principio. Rechazados de los campos de batalla, se acogieron á sus fuertes, y allí opusieron una bizarra defensa. Uno de estos fuertes era el Castillo de Aliaga, atrevido y colosal monumento de las belicosas costumbres feudales y reparado con esmero desde que se apoderaron de él los carlista. Asentábase sobre una enorme mole de berroqueña que dominaba y protegia á la vez al pueblo de aquel nombre, y constaba de tres recintos, formando un triángulo, cuyo vértice se apoyaba sobre el mayor poder de la roca. El primero de los recintos se componia de torreones circulares, el segundo de torres cuadradas, y el tercero de dos torres angulares, de sólida construccion y persistente fábrica. Defendíanle 400 hombres intrépidos bajo las órdenes de un gefe valiente y esperimentado. En el momento en que se aproximaron las tropas del centro, acaudilladas por el general O'Donell, izaron bandera negra, dando á entender que estaban decididos á sepultarse entre los escombros de aquella imponente fortaleza. El ejército tenia que combatir con tan tenaz empeño y con la inclemencia de la estacion que entonces se anunciaba con nieves y frios penetrantes, pero aunque los soldados emprendian con notable constancia los rudos trabajos del sitio, no podia aspirarse á resultado alguno satisfactorio sin el auxilio de la artillería. Mas aqui empezaba realmente la dificultad del asedio; la topografía de las inmediaciones rechazaba el establecimiento de las baterías para atacar la parte accesible del castillo; la superficie escarpada y resbaladiza del terreno, por otra parte impedia que las piezas de grueso calibre fuesen conducidas por el ganado, y solo á fuerza de brazo se movian los cañones. Cuando la perplegidad producida por tantos obstaculos, empezaba á apoderarse del ánimo de los gefes y á enervar la energía de los soldados, PAVÍA, que continuaba mandando la segunda brigada de la segunda division, esploró aquellos alrededores, y descubriendo un punto donde podia colocarse una batería, escitó el ardor de sus soldados, y redoblando estos sus esfuerzos, lograron en pocas horas montar sus cañones sobre sus afustes y ponerles en disposicion de ofender vigorosamente al castillo. Cuando O'Donell recibió la noticia de este suceso, manifestó una grata sorpresa, porque se habia considerado el emplazamiento imposible. El fuego de esta batería fué tan intenso y devorador, que los torreones quedaron reducidos á escombros, y los carlistas que los defendian, cubiertos de polvo y de sangre, se acogieron á la clemencia del vencedor.

Siguiendo con sus fuerzas la marcha victoriosa del ejército del centro, concurrió PAVÍA á la ocupacion de Cantavieja, S. Mateo, Uldecona y La Galera. Nombrado en 3 de junio comandante general de la línea de Oropesa á Mirabel, aniquiló las reliquias de las fuerzas carlistas, que todavia procuraban sostenerse albergadas en el corazon del Maestrazgo.

La juventud, protegida por la fortuna, nunca es egoista, y se deja guiar fácilmente por las ideas de lo grande y de lo glorioso: PAVÍA, lleno de entusiasmo por la causa que defendia, y queriendo perpetuar la memoria de los que habian sucumbido defendiéndole, propuso que se erigiese en las inmediaciones de Benifasá, antiguo depósito de prisioneros, un monumento que recordára las tribulaciones y lealtad de los que en aquel sitio habian preferido arrostrar la miseria y las mayores calamidades á abjurar de los principios cuya defensa abrazáran. Encargado PAVIA de la direccion de este monumento, la llevó á cabo con su acostumbrado celo y actividad. Los aventajados servicios que prestó PAVÍA, no quedaron sin recompensa; en 29 de julio se le promovió á la categoría de mariscal de campo, y pocos dias despues fué llamado á Valencia para que quedase de segundo cabo encargado de la capitanía general, mientras que el propietario se disponia á acompañar á la corte en su regreso á Madrid; mas el pronunciamiento del 1.° de setiembre inutilizó este proyecto y recibió órden para sofocar el movimiento revolucionario que habia estallado en Alcoy. Salió de Valencia el 8 del precitado mes, con fuerzas de diferentes divisiones, y tocando sucesivamente en Alcira, Albaida, Concentaina y Muro, les redujo á la obediencia del gobierno, pero no llegó á penetrar en Alcoy, pues en las inmediaciones de este punto se le previno que regresára á Valencia, á donde habia llegado ya su brigada, dirigida interinamente por el coronel Santa Cruz. Volvióse á encargar de su mando; mas al verificarlo se le sublevaron los batallones 3.° de Africa y 1.° de Valencia, los cuales se dirigieron á Alcira, donde de nuevo se habia alzado el grito de insurreccion contra el gobierno. Por este tiempo, la conflagracion se hizo general; los elementos de resistencia al gobierno, ocultos en el fondo de las grandes poblaciones se convirtieron en medios de agresion; el ejército mas fiel

á sus primeros caudillos que á los principios de la subordinacion, rompió el lazo de la disciplina, y se adhirió á la causa popular, y el gobierno, flaco y débil, no pudo resistir al torrente de las circunstancias, y cedió abdicando la regencia la reina Cristina. PAVÍA, en presencia de estos acontecimientos, creyó comprometida la severidad de sus convicciones militares, y aprovechándose de una licencia para pasar al estranjero que habia solicitado y obtenido el 8 de setiembre, se dirigió á Francia el 10 de octubre, recorriendo despues la Bélgica, la Holanda y la Alemania, y recogiendo en este emporio de la moderna civilizacion, las luces y conocimientos mas idóneos para formar el espíritu del militar y del hombre político. En la altura á que habia llegado PAVÍA debia reasumir en su persona estas dos grandes entidades sociales, y necesitaba ensanchar tanto la esfera de sus nociones tácticas y estratégicas como las que se necesitan para manejar los complicados resortes de la administracion pública.

El gobierno de setiembre, formado en el seno de una insurreccion, habia sido legitimado por la voluntad esplícita del país. Cuando PAVÍA vió que se habia restablecido el estado normal, trató de volver á España, y emprendió su viaje desembarcando en Barcelona el 29 de agosto. Designósele el cuartel para Madrid, donde permaneció poco tiempo, trasladándose luego á la capital del Principado. En este punto se hallaba cuando estalló el movimiento reaccionario de 7 de octubre. No resultó contra PAVÍA prueba alguna evidente de complicidad en estos sucesos; pero como en los momentos críticos se juzga indistintamente á los hombres por sus hechos y por sus precedentes, se le supuso iniciado en las ocurrencias de Madrid y Pamplona, y se dió órden á las autoridades para que procediesen á su arresto. Tuvo noticia oportuna de esta disposicion, y se ocultó hasta que se le presentára una ocasion propicia de buscar un asilo mas seguro en territorio estranjero. Verificólo en efecto, venciendo grandes riesgos y dificultades; pasando abordo del *Brick Surprise*, que tocó en la bahía de Tolon el 23 de octubre. Pasó despues á Paris, en cuya ciudad y en las de Lóndres y Tolouse, esperó que los acontecimientos políticos presentáran nueva y mas favorable faz, á fin de volver al seno de la madre pátria.

La amnistía publicada en el mes de mayo de 1843, vino á realizar sus mas fervientes deseos, permitiéndole volver á España el 14 de julio del precitado año. Cuando llegó á Valencia halló que esta ciudad se habia levantado contra el poder erigido en 1.° *de setiembre*, acordando el ostracismo del regente Espartero, y allegando tropas para tomar una iniciativa poderosa en la lucha aceptada y apellidada por otras poblaciones. La junta de salvacion que se habia creado en la enunciada capital, acogió á PAVÍA con inequívocas muestras de benevolencia, considerándole como un campeon altamente útil de los principios que invocaba como lema de guerra. Confiriósele la organizacion y mando de la division de reserva que se estaba creando en Albacete, y aunque PAVÍA permaneciendo fiel á las severas máximas militares, debia haber rechazado un cargo que no podia aceptar sin vulnerar la disciplina, y ponerse en abierta pugna con sus antecedentes, aceptóle, sin embargo, porque en el corazon del jóven general tuvo sin duda mucho eco el sentimiento hidalgo y generoso de volver por una causa que habia sido arrancada de quicio por otra convulsion revolucionaria. Es verdad que ni en la jurisprudencia política, ni en ningun otro fundamento de la legislacion humana, puede apoyarse la absurda máxima de que el fin justifica los medios; pero la historia sin perdonar las flaquezas del entendimiento humano, puede admirar, y aun aplaudir las tendencias hácia todo lo grande y generoso.

Sabido es el desenlace que tuvieron aquellos graves sucesos. PAVÍA siguió mandando las fuerzas de la division valenciana hasta que se consolidó la nueva situacion y se disolvió el ejército provisional de Andalucía. Reabilitóse en 3 de diciembre el cuartel para Madrid que se le habia concedido en agosto del 41, y el 13 del precitado mes se le agració con la gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica, disponiendo ademas que durante este período se le considerase como general empleado.

El gobierno recientemente establecido, remuneró de otro modo y con merced mas grata á su consideracion, los servicios prestados por PAVÍA. Por real órden del 13 fué nombrado gobernador de Cádiz y comandante general de su provincia, y deseando la reina por otra parte acreditarle la alta cuenta en que tenia sus méritos y prendas, le confirió el honorífico título de gentil-hombre de cámara con ejercicio.

Por este tiempo el principio progresista, violentamente reprimido, hizo un esfuerzo enérgico, y se presentó en Cataluña imponente y amenazador; los insurgentes apellidaron el lema de *Junta central* y se apoderaron de algunos puntos fuertes del Principado. El baron de Meer recibió órden de sofocar este primer destello que con el tiempo podia producir otra conflagracion y complicar la existencia del gobierno de julio. Pero el baron que conocia

lo árduo y difícil de la empresa que necesitaba ser secundado por un gefe activo é inteligente, y que habia podido apreciar estos dotes en el general Pavía, pidió que este concurriera á las operaciones emprendidas contra el castillo de Figueras, el último y mas formidable baluarte de la instruccion; á lo que accedió el gobierno interpretando los deseos de Pavía que anhelaba la ocasion de adquirir nuevos títulos á la consideracion y aprecio de su generoso protector y amigo.

Nombrado segundo gefe del ejército sitiador, tuvo una parte muy activa en la capitulacion del castillo, y el gobierno deseando que ejerciera en esfera mas dilatada sus conocimientos políticos y militares, le nombró en 18 de enero de 1844, capitan general de Navarra. Mas como el estado de Cataluña no podia infundir todavia una seguridad completa, y en caso de nuevas conmociones, el baron de Meer reputaba necesaria la asistencia del jóven Pavía, representó al gobierno dando fuerza y valor á estas consideraciones, y logró que se revocara el nombramiento enunciado. A consecuencia de esta representacion, y por decreto espedido en 3 de febrero, se encomendaron á Pavía los difíciles cargos de segundo cabo de Cataluña y gobernador de Barcelona. Poco despues se complicaron sus funciones, porque el baron le nombró gefe político interino, mereciendo esta medida la aprobacion del gobierno. Era muy difícil que desempeñara satisfactoriamente todos los negocios anejos á su triple carácter de gobernador, segundo cabo y gefe político, precisamente en una capital y provincia donde no se habia estinguido completamente esa efervescencia que precede y sigue siempre á las tempestades en el órden político y atmosférico; alteróse en efecto su salud, y se vió en la precision de solicitar su cuartel en 7 de junio; pero el gobierno no accedió á su demanda, manifestándole que debia continuar desplegando en lo sucesivo el celo que habia mostrado hasta entonces en la complicada resolucion de las dificultades que se oponian á la marcha armónica de la administracion militar. Por esta época ya habia cesado en el cargo de gefe político, pues llegó el nombrado en propiedad; mas como este hiciera al poco tiempo su dimision, se le cometió nuevamente á Pavía por real órden de 8 de julio; pero no lo admitió, alegando, como razon suficiente, el delicado estado de su salud.

Elegido segunda vez capitan general de Navarra por real decreto de 13 de setiembre, se trasladó en posta á Pamplona y tomó posesion de su empleo. Mostró en el desempeño de este las mismas cualidades, que hasta habian formado su reputacion pero en escala mayor y progresiva, porque era mas independiente y desembarazada la órbita, dentro de la cual podia ejercerlas. Ocurrió en este período la sublevacion de Hecho y Ansó, y aunque estos valles se hallaban fuera del diámetro de la capitanía general de Navarra, Pavía que tenia como máxima favorita la que debe llevarse el celo y la lealtad de una causa hasta el límite de lo imposible, corrió á la cabeza de un buen cuerpo de tropas á contener el movimiento, y no solo lo logró, sino que dictó las disposiciones mas idóneas para estirpar los gérmenes de futuras discordias, y establecer la tranquilidad sobre sólidos fundamentos. Pero el partido progresista maltratado por la fortuna, no se habia estinguido; porque los partidos, duran tanto como á las doctrinas que forman su espíritu, y se agitaba ocultamente revelando alguna vez con violentas palpitaciones su combatida existencia. Uno de los adalides mas notables de este partido el general Zurbano, se arrojó á los azares de una revolucion con menos consejo que valor, y lanzó en la Rioja un grito de anatema contra el gobierno. Acudieron tropas de diferentes puntos á detener los vuelos de esta insurreccion menos imponente por sí misma, que por la valia del hombre que la acaudillaba, y Pavía concurrió tambien apresuradamente á obtener este resultado. Todos los hechos tienen ademas de su estimacion intrínseca, la que reciben del poder de las circunstancias y como estas eran entonces críticas para el gobierno se apreciaron altamente los del general Pavía y le alcanzaron el grado de *teniente general del ejército*, elevándosele á esta categoría por decreto de 29 de diciembre de 1844, y real despacho de 4 de enero de 1845. Cuando fué promovido á rango tan elevado, tenia la edad de 30 años.

Regresó Pavía á Pamplona y en esta ciudad se hallaba cuando ocurrió el viaje de la régia familia á las provincias del Norte. Pavía preparó en la capital de Navarra una recepcion digna de las personas á quienes se dirigia, acompañándolas despues hasta San Sebastian, término de su viaje, y volviendo á Pamplona con el objeto de recibir á los príncipes franceses. Mostró Pavía en las fiestas y agasajos que dispuso, todo lo que podia sugerirle el deseo de enaltecer las nobles y generosas virtudes de la nacion española. De su órden evolucionaron las tropas existentes en su distrito, haciendo digno alarde de su instruccion y disciplina, verificándose corridas de toros y torneos, esa diversion que recuerda el espíritu varonil de otros siglos, enlazado y asimilado á la civilizacion actual. Los príncipes se mostraron altamente satisfechos de estos agasajos y

dieron al general Pavía marcadas pruebas de benevolencia.

Su conducta firme y enérgica impuso á los carlistas que desde la frontera procuraban en los primeros meses de 1846, escitar de nuevo la guerra civil en las mismas provincias que la habian servido de cuna; el pais colocado bajo la égida de la paz y descansando en la tutelar vigilancia de su primera autoridad militar, cultivó con venturosos resultados los grandes gérmenes de riqueza que se encerraban en su seno.

Por este tiempo (agosto de 1846) se decidió la debatida cuestion de los régios enlaces; el infante D. Francisco de Asís que se hallaba en Pamplona como coronel del regimiento del Príncipe, marchó á Madrid, cabiéndole á Pavía la satisfaccion de predecir al infante el alto destino que segun todas las probabilidades le esperaba, y que se realizó en efecto á los pocos meses.

Por este tiempo ocurrieron los ruidosos acontecimientos de Portugal. El carácter grave de estos hechos inspiró sérios recelos al gobierno español, porque temia, y al parecer con fundamento, que los emigrados impulsados por la oscilacion revolucionaria, pasaran la frontera y procuraran renovar en nuestro pais las mal cicatrizadas llagas de la guerra. Para evitar cualquiera tentativa, se acumularon tropas en la frontera y se pensó en colocar al frente del distrito de Castilla la Vieja, limítrofe del vecino reino, á un hombre de acreditados precedentes políticos y militares. Se pensó desde luego en el general Pavía y en primeros de agosto se le confirió el mando de la capitanía general de aquel distrito. No defraudó Pavía las esperanzas del gobierno, pues merced á su celo y acertadas medidas no se conmovió la tranquilidad pública, ni se realizaron ninguno de los temores del gobierno. Siguió Pavía desempeñando su destino con su acostumbrado celo é inteligencia, organizando é instruyendo las numerosas fuerzas que á la sazon se hallaban bajo sus órdenes, y dictando las disposiciones mas conducentes para que su administracion resultara probida y benéfica. Hallábase dedicado á estas tareas y elevadas ocupaciones, cuando en 28 de enero de 1847, fué nombrado ministro de la Guerra. El 9 de febrero tomó posesion del ministerio. Antes de aceptar este difícil cargo, espuso Pavía sus principales ideas de gobierno, que en aquella época se calificaron de atrevidas y aun en poca consonancia con el régimen constitucional. Pretendió, pues, *que se le concediese jurisdiccion, es decir, que allí donde alcanzase la voz del ministro de la Guerra, fueran obedecidas sus órdenes sin tener que invocar el augusto nombre de la reina.* Este pensamiento anunciado así, de una manera tan lata, tendia á crear un poder de hecho incompatible con las leyes fundamentales; pero Pavía lo modificaba en sus aplicaciones; queria que fuese efectivo en derredor del ministro de la Guerra, no no para hacer de él un uso inmoderado ni por regir arbitrariamente, ni tanto cuanto la imaginacion pueda figurarse á la idea de facultades tan amplias; el general Pavía deseaba por este medio crear la responsabilidad ministerial; que el esplendor del trono no se oscureciese, invocando para todo el escelso nombre de la reina, y que el ministro, cargando con la responsabilidad de sus hechos, respondiera de ellos ante el tribunal de la conciencia pública y política. Esta proposicion suscitó entre sus cólegas acalorados debates y vehementes impugnaciones; y cuando al salir del círculo ministerial pasó al dominio de la opinion, suscitó ágria censura y vigorosas invectivas. Supusiéronse á su autor ideas democráticas, ó mejor, una ambicion desmedida que conspiraba á establecer en el seno del Estado una oligarquía injustificable segun el espíritu de la época, nuestros hábitos nacionales y nuestras necesidades públicas. Todas las ideas nuevas producen antagonismo; y así no es de estrañar que Pavía, aventurando estas á primera vista trascendentales, se hiciera el blanco de terribles recriminaciones.

Los demas ministros admitieron por de pronto el proyecto de Pavía, tal vez por contemporizar con las circunstancias y las complicaciones de una situacion nueva y difícilmente creada y convinieron en que se formulara el decreto de autorizacion; mas pesando despues la importancia y graves consecuencias de esta, se opusieron resueltamente á que se firmára. Colocado entonces Pavía en la alternativa de tener que sacrificar sus propias convicciones ó su elevado cargo, optó por este segundo estremo, é hizo dimision del ministerio el 15 de febrero, es decir, *seis dias* despues de haber tomado posesion, sucediéndole el teniente general D. Marcelino Oráa.

En 27 de febrero volvió á nombrársele capitan general de Castilla la Vieja, cuyo cargo desempeñó hasta el tiempo en que marchó al Principado.

Cuando el gobierno pensó nombrarle capitan general de Cataluña cuyo cargo desempeñaba á la sazon el general Breton, Pavía contestó á las indicaciones que se le hicieron referentes á este objeto, que como militar no conocia otro código de deberes, ni mas norma de conducta que la ordenanza, y que bajo este concepto estaba decidido á marchar donde se le destinase:

pero que como caballero y amigo leal no podia aceptar un cargo que el general Breton no habia renunciado, á no ser que la quebrantada salud de este no le permitiera acudir á las muchas y delicadas atenciones de su mando, en cuyo caso deseaba que el gobierno diera á su predecesor una prueba clara de benevolencia, sin la que no quedaria satisfecha su propia delicadeza. Asintió el gobierno á esta generosa demanda, y agració al general Breton con un título de Castilla bajo la denominacion de conde de la Rua. Entonces PAVÍA admitió sin vacilar el nombramiento de capitan general de Cataluña, espidiéndose decreto en forma en 7 de marzo de 1847.

En el cuerpo de la historia hemos descrito la situacion del Principado en esta época; pero no será inútil consignar aquí algunas breves ideas sobre el orígen, desarrollo é incremento de la guerra de Cataluña; pues de otro modo resultaria incompleto y defectuoso este cuadro biográfico, porque PAVÍA iba á reasumir en su persona, la série de los grandes acontecimientos, dotándoles él mismo de vida, formas y organizacion.

La guerra del Principado, dinástica en la apariencia, carecia sin embargo de esa influencia magnética que atrae poderosamente la voluntad de las grandes masas de un pais, empleando como lema un nombre y como símbolo una persona. La cuestion dinástica controvertida en la esfera del derecho, habia recibido la mas poderosa sancion de la práctica durante la lucha de los siete años. Poco importaba que fuera D. Cárlos ó su hijo el que se presentara en primer término; el poder y el derecho de esta rama colateral estaban ya vencidos, y la sucesion directa, fiel y genuinamente representada en la persona de Isabel II, reconocida y aprobada por la inmensa mayoria de la nacion.

Tampoco era propiamente hablando una revolucion la que se operaba en Cataluña. Todas las revoluciones proceden de una exuberancia de vida social ó política, y nuestro pais habia pasado por una larga série de tribulaciones y desengaños, y caido despues de violentos esfuerzos en una postracion de reaccion muy lenta y difícil. Por otra parte no era de la naturaleza de la revolucion la guerra que se hacia por entonces, porque estas se alimentan y nutren en el seno de los grandes pueblos, y solo se valen de los ejércitos para defenderse esteriormente. La lucha que se sostenia en aquella época, era una hostidad franca, abierta, que buscaba con nobleza la victoria ó la muerte en los campos de batalla.

Los que miraban superficialmente la marcha y progresos de aquellas turbelencias, las atribuia al natural inquieto, fogoso y desmandado de los catalanes; suponiendo ideas absolutistas á los habitantes de las montañas, y democráticas á los del litoral, y no faltaban quienes se aventuraban á decir que el deseo de proteger el contrabando, era lo que principalmente les habia movido á suscitar esta nueva guerra. Todas estas opiniones eran descabelladas, porque ni podia creerse en una opinion colectiva localizada de esta manera, ni mucho menos reputar como móvil el deseo de favorecer el contrabando, que arruinaria el comercio de buena fé y aniquilaria los mas abundantes surtidores de riqueza del pais, cuya industria necesitaba todavia de cierta solicitud tutelar para poder competir al cabo de algun tiempo, con las estranjeras en los grandes mercados de Europa.

La verdadera causa debia buscarse en la irritacion que produjo en el partido carlista el enlace de la reina, pues viendo ya cerradas todas sus esperanzas por las vias diplomáticas y legales, se decidió á intentar un último esfuerzo y allegó cuantas gentes y recursos le fueron asequibles. Así es que por entonces la guerra no ofrecia mas que complicaciones militares, y un gefe que tuviera la conciencia de su pericia y actividad y la seguridad de medios superiores, podia lisongearse con la esperanza de ponerla pronto término.

Llegó PAVÍA á Barcelona el 13 de marzo y tomó posesion del mando. Dedicó desde luego sus principales conatos á dar un récio impulso á las operaciones, y como las tropas que tenia á sus órdenes no eran las suficientes para cubrir militarmente el pais, las dividió en columnas planteando el sistema de círculos y distritos, de que hemos hecho mérito en la narracion histórica. Este sistema era quizás el único aceptable en aquellas circunstancias pero no debia producir resultados inmediatos y eficaces, porque los montemolinistas dueños de las eminentes posiciones de las montaña podian romper fácilmente la línea de contigüidad de los círculos y operar sobre la periferia de estos, lo cual les era tanto mas fácil cuanto que las columnas tenian que verificar para perseguirles un movimiento retrógrado ó de flanco y dejando desguarnecida de este modo la línea, no podian evitar nuevas escursiones. Ademas los pequeños destacamentos establecidos en pueblos desmantelados, corrian peligro de ser atacados ó sorprendidos por partidas enemigas, cuyo principal poder emanaba de su estraordinaria movilidad. Sin embargo, mucho se adelantaba con él, porque se cercenaba la dominacion de los montemolinistas y se les ponia en el caso de obrar á la ventura

sin organizacion ni concierto. Asi se podria á fuerza de golpes vigorosos y sucesivos irlas mermando hasta que se desvanecieran, con lo que se obtendria, aunque de una manera lenta, la completa pacificacion del Principado. Otra de las circunstancias que favorecian mas el desarrollo de los insurgentes, era el conocimiento topográfico que estos tenian del pais, en lo cual aventajaban notoriamente á los gefes y tropas de la reina. PAVÍA trató de neutralizar esa especie de preponderancia, organizando algunos cuerpos de catalanes; pero todos sus esfuerzos y desvelos no pudieron lograr que la fuerza de las rondas escediese de 1600 hombres.

Adoptada estas primeras y mas perentorias medidas, salió PAVÍA de Barcelona á mediados de abril con el objeto de dirigir las operaciones de las tropas, vigilar el buen comportamiento y disciplina del soldado, conocer de cerca sus necesidades, hablar á las personas mas influyentes de los pueblos, al clero y á las corporaciones locales escitándoles á que desplegasen todo su prestigio y medios para conseguir la paz, poniéndoles de manifiesto los estragos de la guerra y pintando con los mas negros colores á los que intentaban renovarla. Pero no produgeron efecto estas conciliadoras diligencias, porque los pueblos de Cataluña mal contentos con la marcha económica y administrativa del gobierno, mostrában esa indiferencia profunda que en las discordias civiles es el peor de los males, y que la marcha fungible de nuestra civilizacion impide calificar de delito.

Tambien creyó prudente PAVÍA emplear el rigor para con los insurrectos, creyendo que les retraeria de sus propósitos el temor de grandes penas. Este pensamiento no era contrario á las razones generales de justicia, porque no vulneraba derecho alguno y sí solo tendia á reprimir los perturbadores; mas no era del mismo modo defendible bajo el aspecto de la conveniencia y de la filantropía, ya porque el carácter obstinado de los catalanes, se reveláre contra toda medida sangrienta, ya tambien porque imponiendo la pena de muerte á cuantos fueran habidos con las armas en la mano, se les reducia á la desesperacion, y resistir hasta el último trance, provocando al propio tiempo el funesto abuso de las represalias. Cuando la conveniencia y la humanidad están en armonia, siempre deben seguirse los consejos de la última. Es verdad que PAVÍA concedió indulto á cuantos se presentaron á los gefes ó autoridades de la reina, y que era preciso no alentar con la impunidad á los que quisieran convertir la guerra en una especulacion; pero esto no podia referirse á los hombres de principios que habian tomado parte en ella, y que arrostrando la muerte en los combates, no se retraerian por el temor de hallarla en poder de sus enemigos. Bajo este aspecto el sistema de PAVÍA era sobradamente rigoroso, y por lo acerbo impugnable; pero tenia en su abono una consideracion de elevada importancia, propia y mas que suficiente para determinar su justificacion. Mostrándose blando y contemporizador, podia merecer la nota de vacilante y débil; pues el discurso sofístico é interesado de los partidos, en la necesidad de interpretar un hecho, constantemente, le esplica por la flaqueza y no por las nobles prendas de su enemigo. Podia ademas suponérsele propicio á tratos y á transacciones, que son siempre la victoria del combatiente mas débil, lo cual redundaria en grave mengua de su autoridad y en mayor aliento y esperanzas de los insurgentes, logrando asi en vez de apagar, dar mas crecido pábulo á la guerra.

PAVÍA pudo creer que sus disposiciones eran acertadas, y felices la direccion é impulso de las operaciones, pues al poco tiempo sucumbieron los dos gefes carlistas que en Cataluña tenian mas reputacion y fama, Tristany y Ros de Eroles. Cierto era, y bien debia comprenderlo, que una causa no perece por falta de caudillos; mas esta guerra en que la causa comun andaba desconsiderada y tibia, y como accidentalmente reconocida, recibia de los caudillos su mayor nervio y fuerza principal. Ademas, redoblando las tropas la persecucion en aquellos momentos en que los carlistas estaban como aturdidos bajo un golpe tan tremendo, habrian logrado desalojarles completamente de Cataluña, y reducirles á la sumision ó á la fuga. PAVÍA se aprestaba á esforzar todos sus medios y recursos para obtener tan venturoso resultado, cuando una medida imprudente del gobierno complicó singularmente su posicion. La ley de aranceles espedida por el ministerio Salamanca-Escosura, irritaba los grandes intereses industriales, y heria la fibra mas delicada de la constitucion cocomercial del Principado, avocando muchos ódios que estaban ocultos ó adormecidos, tornando en indiferencia la amistad, y la indiferencia en aborrecimiento, de todos aquellos que consideraban sus fortunas comprometidas. PAVÍA, que podia apreciar y observar de cerca todos los efectos que iba á producir tan estemporánea reforma dirigió al gobierno con fecha 4 de setiembre la representacion de que nos hemos ocupado en el cuerpo de la obra, en la que con el valor del hombre público que no embaraza ni ofende la subordinacion militar, ponia en relieve los muchos males que iban

á surgir en el Principado si llegaba el caso de plantearse la enunciada determinacion. Mas el ministerio de aquella época que defendia sus obras con esa tenacidad rara que inspira el sentimiento de la propia precariedad, no hallando á PAVÍA bastante dócil á sus deseos, le separó de la capitanía general y mando en gefe del ejército de Cataluña. Al resignar ambos cargos, dirigió á las tropas una alocucion, recomendándoles la obediencia á su sucesor el general Concha, y practica las demas virtudes militares que conducen al camino de la verdadera gloria, y emprendió despues su viaje para Madrid, á donde se le habia destinado de cuartel.

Causó en muchos sorpresa la noticia de la alocucion de PAVÍA, porque la sumision al gobierno de entonces andaba mal recatada por el velo del disimulo; las grandes fracciones políticas postradas un momento á consecuencia de sus violentos choques, se iban restableciendo y asaltaban el poder por todos lados, y se habia creido que el capitan general de Cataluña, muy señalado por su afecto á la comunion moderada, olvidaria sus deberes militares tras la pasion del hombre político, y resistiria por todos los medios la destitucion, produciendo un grave conflicto. Fundaban algunos esta conjetura en otro precedente, atribuyendo la caida de PAVÍA á la desconfianza que inspirára al gobierno por las distinciones y mercedes que habia recibido de una persona augusta, y suponian que el sentimiento de la gratitud, podria si no autorizar, servir de escusa á cualquier acto de resistencia. El jóven general contestó á un amigo suyo, que se habia hecho el eco de estos rumores: «Mal conocen la severidad de mis principios los que asi piensan; en mi concepto, el gran mal de las naciones, es la falta de armonía entre las fuerzas gubernamentales; el funcionario que no pueda cumplir los votos ó satisfacer las exigencias de su gobierno, debe retirarse: eso es lo que yo haré siempre.» Palabras eran estas que anunciaban una conciencia fuerte, y un juicio recto y severo, y que podian por sí solas formar la honra de su autor. Cuando el ministerio Narvaez reconquistó el poder, fué nombrado otra vez PAVÍA capitan general de Cataluña (3 de diciembre de 1847).

Prolijo é importuno seria reproducir aqui las noticias consignadas en otra parte de nuestra publicacion, respecto al plan militar de PAVÍA y á sus disposiciones políticas, algunos de los acontecimientos, y las causas generales y locales que influyeron, prepararon y consumaron su segunda separacion del mando: un hecho, sin embargo, vamos á recordar que constituye al decir de sus antagonistas, su acusacion palpitante y poderosa. PAVÍA en este segundo periodo tuvo á sus órdenes casi el doble de fuerzas que en el primero: asistiéronle tambien mayores auxilios, y pudo disponer de mas tiempo para desarrollar sus planes y terminar la guerra por la victoria. Si no lo hizo, si en vez de esto permitió que los enemigos adquirieran mayor cuerpo y número, y dió lugar á que se organizáran y que se colocára á su cabeza su mas nombrado caudillo; PAVÍA declaró de hecho su incompetencia y falta de aptitud para dar cima dignamente al difícil cargo que con poco conocimiento de sus facultades, esperiencia y mengua de la causa pública le habian conferido.

Estas y otras análogas imputaciones se han dirigido á PAVÍA; imputaciones livianas porque solo pesan sobre la conciencia, los cargos que tienen fundamento de razon.

Solo una voz parcial y amiga de la hipérbole ha podido levantar asi los hechos en contra de la conducta que observó PAVÍA en Cataluña, menospreciando las circunstancias, es decir, la accion viva y precipitada de la época en que acaecieron. La situacion en que se encontró PAVÍA era una de las mas complicadas y difíciles, y se necesitaba tino y energía superior para conjurar la tormenta que amenazaba descargar con indecible furia. La Europa, electrizada por ideas nuevas mas que atrevidas y disolventes, se levantaba en són de guerra contra sus antiguas instituciones, los destellos de la revolucion circulaban, cundian rápidamente, y amenazaban prender mejor que en parte alguna en las poblaciones manufactureras del Principado, y especialmente en Barcelona, donde la industria, mermada por una crísis monetaria, y conmovida por la perspectiva de récios vaivenes, dejaba sumidos en la miseria y en la desesperacion á millares de hombres, que no teniendo nada que esperar de la situacion dominante, debian naturalmente tender á derribarla en medio de sangrientas convulsiones.

En este azaroso período todos los que presenciaban la marcha atropellada de los sucesos, volvian los ojos con afectos distintos hácia la capital del Principado, esperando ver estallar allí de un instante á otro el movimiento revolucionario. Para aumento de complicaciones el gobierno distrajo parte de las tropas que operaban antes en Cataluña. Si contra todos los cálculos y razones verosímiles, PAVÍA sostuvo el órden reprimiendo con enérgica actividad un sacudimiento incipiente; si en la populosa Barcelona la industria no paró su curso, gracias á sus medidas protectoras, y si no se detuvo aunque se menguara la persecucion contra los insurgentes, preciso es concederle altas y reco-

mendables prendas; pues ninguno de sus predecesores se halló en posicion tan ardua, y pocos en otras menos difíciles supieron manejar con tanto pulso y firmeza los convenientes resortes de la máquina gubernativa. No puede negarse que durante este período se aumentaron considerablemente los montemolinistas; pero la razon de esto emana directa y esencialmente de las circunstancias. Si en los grandes estados del continente europeo, cuya estructura política parecia tan firme y bien cimentada, ocurrieron considerables trastornos, ¿qué estraño que en el nuestro, siendo su organizacion mas delicada, sobrevinieran tambien algunos disturbios, y que en Cataluña donde existia un foco de guerra se agolparan los disidentes de todas opiniones?.

La lógica de los hechos nunca debe ser absoluta, pero la de las causas puede serlo siempre, y mirando la naturaleza de estas, debe sorprender, no al que se aumentara las fuerzas de los insurgentes con algunos centenares de adictos, sino que el número de estos fuera tan menguado y escaso. La página que comprende la narracion de los hechos de Pavía durante su segundo mando en Cataluña, es sin duda la mas brillante de su historia; y aunque no esté exenta de algunos lunares en el órden militar, segun hemos indicado anteriormente, podria no obstante, consolidar por sí sola la reputacion de hombres muy notables.

Despues que cesó Pavía en el mando de la capitanía general de Catalaña, regresó á Madrid, donde reside actualmente, sin otro carácter político que el de senador del reino, cuyo cargo le habia sido conferido por real decreto de 15 de agosto de 1845.

Lit. de J. Donon

Digitized by Google

AMELLER.

...os sangrientas, críticas y peligrosas puede aparecer la situacion de un país, con dificultad lo será tanto, como lo fué la de España en 1848. Los partidos políticos parecian haber recobrado nuevo vigor: sus rencores habíanse agravado, y las conmociones de que la Europa era presa en aquellos instantes, parecian animar á todos á probar fortuna. Madrid vió por dos veces ensangrentadas sus calles con sangre, Sevilla, la tercera capital de España, fué tambien teatro de tumultuosas escenas, y á consecuencia de estos sucesos, mil decretos de proscripcion separaron del seno de sus familias á multitud de españoles, y otros muchos debieron su libertad á la fuga ó al acaso. Pero los desastres de Madrid y Sevilla no fueron bastantes á aterrar al partido progresista, si este nombre podia darse en aquella época, ó puede darse hoy á cualquiera de las fracciones políticas que dividen á nuestros compatriotas: refugiados en el vecino reino multitud de individuos de opiniones mas ó menos avanzadas, trataron de realizar su propósito, aprovechando los momentos en que Cabrera, al frente de los suyos llamaba la atencion del gobierno, y decidieron lanzarse á los campos á combatir al gobierno de la reina. D. VICTORIANO AMELLER fué uno de los principales jefes de aquellas fuerzas.

Nació en 1818, en la ciudad de la Carolina, provincia de Jaen, siendo sus padres el respetable general D. Juan Bautista Ameller y la señora doña Bernarda Lucia Vilademunt, pero no habiendo residido sino muy pocos dias en aquel punto, siendo sus parientes catalanes y habiendo recibido en Cataluña su primera educacion, ha sido siempre considerado como hijo de este último pais.

Su inclinacion le llevó á seguir la carrera de las armas, ingresando como cadete de menor edad en el regimiento de infantería de Zamora, núm. 8, en 6 de marzo de 1829, es decir, á los once años de su edad, por cuya razón no se le empieza á contar la antigüedad, sino desde el 25 de abril de 1830, en cuyo dia cumplió los doce años.

En la clase de cadete permaneció desde aquella época hasta el año de 1833, sirviendo en los regimientos de América, Córdoba y Saboya, y hallándose de guarnicion, primero en Gerona, al mando del general D. José Carratalá, y despues en Barcelona, Tarragona y Zaragoza, á las órdenes respectivamente de los generales conde de España, D. Pedro Sarsfield y D. Blas de Furnas.

En las academias de instruccion militar se distinguió siempre por sus adelantamientos en los estudios, y llevó la nota de sobresaliente, mereciendo diferentes veces los premios de preferencia.

Encendida en 1833 la guerra civil, salió á campaña con su regimiento en 10 de octubre, hallándose el 26 en la accion y toma de la ciudad de Logroño, en la cual fué agraciado con el grado de subteniente, cuya efectividad empezó á contársele desde el 29 de mayo de 1834, en cuya época pasó á Cataluña, donde continuó en las operaciones de guerra, hallándose en diferentes acciones y escaramuzas, hasta que promovido en mayo de 1835 al empleo de subteniente del 2.° regimiento de la Guardia Real, pasó á Madrid, donde estuvo á las órdenes del malogrado general Quesada, hasta el 3 de noviembre, en cuyo dia salió con su batallon para las Provincias Vascongadas.

Siguiendo la suerte de su regimiento, asistió en 1836, y á las órdenes del general Córdoba, á la accion de Arlaban, que tuvo lugar el 16 y 17 de enero; á la de Berrioplano el 23 de febrero; á la de Anchoris el 24 de junio; á la de los altos de Zubiri el 4 de julio; á la del reducto de Iñigo el 1.° de agosto; á la de Montejurra el 14 de setiembre, donde se distinguió señaladamente, mereciendo ser agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase, y á la de las inmediaciones de Estella, que tuvo lugar el 8 de noviembre.

En 1837 concurrió á las órdenes del general Sarsfield, á la accion de las alturas de Erice el 11 de marzo; á las de Muzquiz y Larrainza el 21 y 22 de dicho mes; á la de Huesca, en el reino de Aragon, el 24 de mayo, al mando del general Iribarren, en la cual volvió á merecer la cruz de S. Fernando de primera clase; á la de Barbastro el 2 de junio; á la de Grá, en Cataluña, el 12, y á la de Herrera ó Villar de los Navarros, en Aragon, á las órdenes del general Buerens, el 24 de agosto. En este hecho de armas, tan desastroso y fatal para la causa de Isabel II, D. Victoriano Ameller fué hecho prisionero, cabiéndole la horrosa suerte que á todos sus compañeros de desgracia.

En otro lugar de esta historia hemos minuciosamente referido las crueles vejaciones y los increibles malos tratamientos de que fueron víctimas aquellos tan valientes como pundonorosos militares, que prefirieron sacrificarse antes que tomar parte con sus enemigos; no necesitamos detenernos de nuevo á referirlos, pero cumple á nuestro propósito, y al deber que al anunciar la presente biografía nos impusimos manifestar, que D. Victoriano Ameller, á pesar de sus cortos años, dió en esta ocasion una cumplida muestra de la grandeza de su alma, y de la serenidad de su espíritu, arrostrando orgulloso su desgracia, y desafiando con su magnánima entereza la cólera de sus enemigos que no escucharon de sus lábios ni la mas lijera queja.

La guerra, como saben nuestros lectores, habia tomado en aquella época un carácter ferocísimo en los reinos de Aragon, Valencia y Murcia, á cuyas provincias no se habian hecho estensivos los beneficios del tratado Eliot. Unos y otros caudillos fusilaban sin compasion, y D. Victoriano estuvo cuatro veces para ser pasado por las armas en virtud de represalias ordenadas por Cabrera. Afortunadamente salvó la vida, y cangeado despues de ocho meses de horribles sufrimientos, pudo en 1838 incorporarse á su regimiento que se hallaba en la Mancha formando parte del ejército de reserva, con quien pasó en 1839 á la provincia de Santander á las órdenes del general Espartero, hallándose en las operaciones ejecutadas sobre los fuertes de Ramales y Guardamino, y acciones sobre los mismos en los dias 27 de abril, 8 y 11 de mayo; en la de las alturas de Alberti y Villareal de Alava, el 14 de agosto, y en la de Menaella, Aragon, el 16 de noviembre. Antes de caer prisionero habia sido promovido al empleo de teniente de la Guardia en su propio regimiento, y en agosto de 1839, elegido ayudante de la Guardia Real.

Continuando en 1840 á las órdenes del general Espartero asistió en el reino de Aragon al sitio y toma de Segura, desde el 23 al 27 de febrero; al de Castellote, desde el 21 al 26 de marzo; al del fuerte de Peñaroya el 9 de abril; á la accion de las alturas de Valdelladre y Sierra del Caballo el 10 de mayo; al sitio y toma del castillo y plaza de Morella, desde el 19 al 30 del mismo mes, donde por sus distinguidos méritos fué premiado con el grado de comandante de infantería, sin antigüedad, hasta obtener el grado inferior inmediato, pasando despues á Cataluña, donde se halló en la toma de Berga, que tuvo lugar el dia 4 de julio.

Valiente, activo, decidido, mereció siempre el aprecio de sus gefes, y se captó el cariño de sus subordinados. Jamás esquivó los compromisos; siempre se halló en el puesto que el deber y el honor le designaban, y ni usó de licencia temporal, ni dió lugar á arresto ni reconvencion de ninguna clase. Aun hoy dia en que las pasiones políticas tienen hasta tal punto divididos los ánimos, sus gefes le hacen justicia, y le demuestran la mas completa estimacion.

Hasta aqui la vida de los campamentos no habia permitido á nuestro jóven comandante hacer pública ostentacion de sus ideas políticas. Contenidas estas en la órbita de sus relaciones, en su regimiento empero se veia con disgusto que tuviese ideas tan avanzadas en política el oficial de un cuerpo privilegiado; pero los acontecimientos políticos del año que nos ocupa, dieron ocasion á hacer mas público alarde de ellas, y consecuente con las mismas, á pesar de los perjuicios que naturalmente debia sufrir, demostró su opinion altamente favorable á la reforma de la Guardia Real, quedando, á consecuencia de la que se verificó, sin colocacion, y con el carácter de supernumerario.

Las ocurrencias de octubre de 1841 le sorprendieron en Madrid, en donde prestó un servicio importantísmo, que contribuyó mucho á la salvacion del Regente Espartero, pues impidiendo la entrada en el cuartel de su regimiento á los oficiales del mismo, que en su mayor parte se hallaban iniciados en la conspiracion, y colocándose á la cabeza de la tropa, estorbó la sublevacion aquel cuerpo, en recompensa de cuyo hecho el Regente le ascendió á capitan de la Guardia dándole á mandar la primera compañía de gradaderos de la Guardia Real, al frente de la cual marchó poco despues á las Provincias Vascongadas, á sofocar los últimos restos de la insurreccion.

En 1842 fué nombrado ayudante de campo de S. A. R. el infante D. Francisco de Paula, y en este puesto tuvo ocasion de demostrar su culta educacion y sus maneras finas y elegantes. El augusto tio de Isabel II le manifestó repetidas veces su aprecio, que aun hoy dia le conserva, como igualmente su hijo, el hoy dia esposo de la reina. La atmósfera del palacio no llegó á contaminarle. Franco y respetuoso no dejó ni una sola vez de demostrar su opinion, influyendo cuanto podia en el ánimo de SS. AA. Si D. Victoriano Ameller hubiera sido de aquellos jóvenes, que atentos siempre á su provecho, esplotan todas las ocasiones, hubiera, sin disputa, hecho mas rápida carrera; pero ni entonces, ni despues, á pesar de haber enseñado al rey el ejercicio, la táctica y el manejo de la lanza de caballería, abusó de su posicion solicitando gracias, mercedes ni recompensas.

La rigidez de sus opiniones políticas le hizo dimitir en 1843 este puesto, pasando á Valladolid al lado de su familia. En esta época habia ya recibido el grado de coronel. Durante su permanencia en Valladolid, en situacion de reemplazo, ocupóse en compañía de uno de sus hermanos en levantar y dibujar el plano topográfico de aquella ciudad, cuyo trabajo, reconocido por la Academia de Nobles Artes, le mereció el nombramiento de Académico de la Concepcion de Valladolid.

Formados en 1844 los depósitos de gefes y oficiales de reemplazo, pasó al de la Nava, donde fué nombrado director de una academia de matematicas, cuyo cargo desempeñó con gusto, y mereciendo los elogios de aquellas autoridades.

Disueltos los depósitos trasladóse á Madrid, desde donde fué desterrado á Barcelona á consecuencia de sus opiniones políticas, y enviado posteriormente á Valencia, donde se matriculó en las cátedras de filosofía y mecánica de aquella universidad, con el objeto de recordar los estudios que de dichas materias habia hecho privadamente.

Trasladado á Madrid á mediados de 1845, dedicóse á la enseñanza de las matemáticas en un colegio particular agregado á la universidad, aceptando despues una plaza de profesor de dibujo lineal y topográfico en el Colegio Politécnico, y aunque en esta época recibió varias veces la órden de salir de la capital, escusó su cumplimiento con la falta de salud.

Llegamos á la época en que los sucesos políticos, separando al jóven Ameller de sus pacíficas ocupaciones, vinieron á hacerle representar un papel importante en la escena pública; pues comprometido en los sucesos de marzo de 1848 en Madrid hubo de emigrar á Francia, por cuyo reino hizo diferentes viajes con objeto de instruirse, viniendo poco despues á es-

tablecerse cerca de nuestra frontera. Habíanse allí agrupado multitud de españoles, que alejados de su pais á consecuencia de los sucesos políticos, aguardaban con ánsia la ocasion oportuna para levantarse en contra del gobierno. Juntas revolucionarias habíanse organizado en Perpiñan, Bayona y en Burdeos; trabajábase con afan; pero no suplia este á la impaciencia y fogosidad de algunos que deseaban con ánsia salir á la palestra. Don Victoriano Ameller fué el gefe de una porcion de jóvenes que, fiados mas en su valor, energía y actividad y en la decision del pais, que en los combinados elementos, se lanzaron decididamente al territorio español en los primeros dias de setiembre, atravesando la frontera por el lado de las Hillas, y poniéndose á la cabeza de unos 80 hombres reunidos á las órdenes de don Ramon de Malla, capitan de nacionales en Barcelona, y del comandante de francos don Juan Barrera.

Era el 10 de setiembre de 1848 el dia en que el coronel Ameller arengaba en las Salinas, á las inmediaciónes de Massanet de Cabrenys á aquella pequeña fuerza que parecia haberse de disolver á los pocos dias; y sin embargo, llegó á organizarse en número considerable y con la mayor disciplina é instruccion para durar meses y sostener encuentros reñidos con las fuerzas del gobierno.

El 13 del mismo recibió aquella fuerza su bautismo militar, pues encontrándose con una columna de línea y otra de carabineros, se empeñó un combate, del que resultaron varios heridos y algun muerto, practicando la fuerza de Ameller una retirada por escalones con el mayor órden á unos bosques inmediatos, despues de haber resistido algunas cargas de caballería. A la media hora de concluido el fuego, la fuerza centralista siguió á retaguardia de las columnas, hostilizándolas hasta cerca de Massanet, regresando a pernoctar en las Salinas.

Al verificar su retirada por escalones, hizo Ameller sembrar el camino de una proclama que habia dirigido al pais al levantar su bandera, en la cual, recordando el desarme de la milicia nacional, y los fusilamientos hechos por el gobierno en diferentes épocas, manifestaba haber *llegado la tremenda hora de la justicia; que el pendon de la libertad tremolaba magnífico en el campo de batalla, invitando á los españoles á empuñar las armas y á acogerse á las sombra de aquella enseña sagrada precursora del triunfo mas esclarecido*; y dirigiéndose á los soldados del ejército, los halagaba con la esperanza de recibir muy pronto sus licencias absolutas.

Cuando Ameller entró en Cataluña las fuerzas carlistas hallábanse en considerable incremento; pero militaban en sus filas muchos de los centralistas del año 41, que huyendo de la persecucion del gobierno, habian buscado en ellas un abrigo, que abandonaron por trasladarse al bando de Ameller; de suerte que desertando de los montemolinistas en grupos considerables, tuvieron los gefes de aquel partido que dictar las órdenes mas severas, y aun fusilar á unos con el objeto de contener la desercion. Este rigor no fué sin embargo suficiente á impedirla, y el gefe republicano veia aumentarse diariamente sus filas con la presentacion de individuos que huian de las de Cabrera.

Con el objeto de que la guerra no gravitase en lo posible sobre los pueblos, y menos sobre los progresistas, el centro directivo revolucionario decretó un empréstito forzoso destinado á las atenciones y gastos del movimiento, y cuyo empréstito habian de hacer efectivo aquellas personas conocidas como desafectas al principio proclamado en la nueva bandera, y que segun las circulares que tenemos á la vista, seria reembolsable como deuda preferente del Estado, despues de hallarse constituido en la capital el gobierno revolucionario, *siempre que los acreedores hiciesen constar no haber hecho armas ni hostilizado directa ni indirectamente á las tropas del ejército liberal.*

Varias veces trató Cabrera de oponerse á que las fuerzas de Ameller cobrasen las contribuciones; pero sus reclamaciones fueron siempre desatendidas, logrando el gefe centralista montar su pequeña administracion con una sorprendente regularidad.

Celoso de su honra, y con el objeto de que nadie pudiese abrigar el dia de mañana idea alguna equivocada acerca de la distribucion de los fondos, adoptó una disposicion sumamente singular y que honra sobremanera á su delicadeza. Reunió desde los primeros instantes á sus subordinados, y en una sentida arenga les hizo entender que debiendo el hombre temer antes los ataques á su honor que la pérdida de su vida, estaba obligado á poner su reputacion fuera de la mas lijera duda; que en su consecuencia se declaraba pobre mientras estuviese á la cabeza de las fuerzas, y ordenaba el nombramiento de un cajero elegido entre todos, el cual habia de hacer sus operaciones con la mayor publicidad, estando autorizado cualquier individuo de la columna á exigirle cuentas cuando lo creyese oportuno.

Conformándose á sus órdenes, cuando el gefe centralista necesitaba dos reales, los pedia á cualquiera de los individuos que voluntariamente se los facilitaba y comia

siempre el rancho de sus soldados; de suerte que cuando fué preso por las tropas francesas se hizo registrar y no se le halló ni un solo maravedí. Sin embargo de esto, fué siempre generoso con los desgraciados del pais, en donde ha dejado muchas simpatías, pues mandaba socorrer á los pobres y recompensaba pródigamente los servicios que se le prestaban.

En medio de los graves conflictos consiguientes á la posicion en que voluntariamente se habia colocado D. VICTORIANO AMELLER, ha dado irrefragables pruebas de su talento y pericia, como igualmente de las buenas dotes que para el mando reune. No menores de su actividad é infatigable constancia han tenido ocasion de observar en él cuantos han servido á sus órdenes, pues en los cinco meses en que sostuvo la guerra no se desnudó una vez sola para dormir, vigilante siempre y procurando en todas ocasiones por el mejor estar de los hombres que habian en él depositado su confianza.

La junta revolucionaria establecida en Bayona elevó al empleo de brigadier á D. VICTORIANO AMELLER, nombrándole comandante general de la provincia de Gerona, en cuyo concepto continuó la guerra y dirigió sus operaciones.

Corta fué, es cierto, esa campaña, pero memorable. D. VICTORIANO AMELLER parecia multiplicarse en ella. Ora habia de dedicarse á la instruccion de su pequeña columna; poco despues debia atender á la combinacion de los movimientos; luego mas tarde debia consagrarse á la parte administrativa, á la remision de comisionados de apremios y de recaudacion, y á mantener su correspondencia con el directorio revolucionario; pero en medio de esas fatigas sereno siempre, tranquilo, gozoso. No se le veia montar á caballo en las repetidas y continuadas marchas forzadas que tuvieron ocasion depracticar, llevando en esto la idea de animar á sus soldados, dándoles ejemplo.

Por disposicion del gobierno de la reina se retiraron de los puntos de menos consideracion los pequeños destacamentos de tropa que en ellos existian, situándose otros mayores en puntos de consideracion, como en Camprodon, Tortella y otros: esta determinacion no fué sin embargo bastante a impedir que AMELLER entrase á viva fuerza en el primero de los mencionados puntos, obligando á encerrarse al destacamento, multando á los moderados en 400 duros, cobrando la contribucion y proveyendo de calzado á su gente, logrado lo cual evacuó la poblacion. En el desempeño de operacion tan arriesgada por la proximidad de numerosas fuerzas enemigas, tuvo ocasion de demostrar sus conocimientos estratégicos, pues hizo una marcha forzada hacia Puigcerdá con objeto de engañar las columnas que le perseguian, y habiendo penetrado en el Valle de Rivas, precisó á retirarse al destacamento que allí se hallaba como igualmente al de Llinrona, donde despues puso un comandante de armas.

Tambien entró repetidas veces en Massanet, obligando á encerrarse al destacamento, é intimándole la rendicion.

Hallándose en un caserío llamado la Trilla, cerca del pueblo de Tapis, y habiendo confiado la vigilancia á su segundo Barrera, este mandó retirar las avanzadas por haber sobrevenido repentinamente un fuerte aguacero; empero las tropas del general Nouvilas anduvieron á pesar del temporal, aproximándose impensadamente al caserío ocupado por las fuerzas centralistas, que se vieron de repente cercadas y acometidas por las de la reina al ir D. Ramon de Malla á establecer de nuevo la vigilancia por órden de AMELLER.

El combate fué sostenido por ambas partes con decision y encarnizamiento, y el gefe centralista dió en este dia una nueva prueba de su serenidad y de su arrojo, que fué dignamente secundado por sus compañeros Barrera, Altimira y Malla; pues logró abrirse paso por entre la tropa que le acometia, si bien con la pérdida, para él sensibilísima, de diez y ocho hombres y la de Barrera y Altimira que fueron hechos prisioneros, hallándose este último herido, y, trasladados á Figueras, fusilados de órden del general Córdoba.

En esta sorpresa AMELLER salió, como hemos dicho, por entre las tropas de la reina, habiendo tenido que tirar con un fusil á un sargento que quiso detenerle. Solamente su serenidad en ordenar la columna á la salida, pudo evitar que cayese toda en poder de los soldados de Nouvilas.

Ni los fusilamientos de Figueras, de que ya hemos hecho mencion, ni los padecimientos, consecuencia de la cruda é infatigable persecucion que se le hacia, pudieron arredrar á nuestro jóven coronel ni separarle de su propósito. Entusiasta por la causa que habia abrazado y por los principios cuya realizacion habia constituido el dulce sueño de su vida, las fatigas y los trabajos eran impotentes á vencer su energía. A las disposiciones del gobierno contestaba con otras no menos arrogantes que las de aquel, y si bien por un lado veia el cadahalso, semejante idea le preocupaba bien poco, pues del otro veia el triunfo de la causa, que juzgaba santa, como la causa del pueblo. Tuvo noticia de que se proyectaba la organizacion de algunas partidas de francos, y con el objeto

de impedir la realizacion de esta medida, dirigió á los pueblos una circular en la que prevenia serian declarados fuera de la ley y pasados por las armas, tan pronto como fuesen habidos cuantos en ellas se alistasen. Asimismo prohibió por otra circular á las justicias de los pueblos donde no hubiese destacamento, el dar parte á las autoridades de los movimientos y posiciones de las columnas centralistas, bajo la pena de ser fusilados inmediatamente los alcaldes qué lo verificasen, á menos que lo hiciesen con la autorizacion y en la forma que se lo previniesen los gefes de las fuerzas de su ejército. Igual pena de ser pasados por las armas se imponia á los paisanos que fuesen habidos conduciendo partes.

Cabrera y los demas gefes montemolinistas trataron de impedir el que las fuerzas centralistas ó republicanas cobrasen en los pueblos las contribuciones; con el objeto de aterrar al pais y retraerle de satisfacer los impuestos a las fuerzas de Ameller, dictó algunas disposiciones que produjeron en algunos grande morosidad. Al mismo tiempo Cabrera comisionó á Estartús para que, avistándose con el gefe centralista, le redugese á un arreglo ó tratado que este rechazó siempre con energía, ó que de lo contrario le desarmase. Entonces, y con la mira de hacer ver que no desistia de su propósito, publicó Ameller un edicto comprensivo de dos artículos, en los cuales disponia: *que los alcaldes que hiciesen resistencia al pago de las contribuciones, sin que les sirviese de pretesto haberlas entregado á los agentes del gobierno, fuesen presos, fijándoles un plazo para el pago, bajo pena de la vida, y que las justicias diesen parte puntual de los morosos en el pago para tomar con ellos las medidas severas á que hubiese lugar.*

Pero tanto valor, tanta decision, tanta energía, no produgeron los felices resultados que Ameller se habia prometido. Bien que los pueblos cansados de promesas que jamás han visto cumplidas; bien que lo incoloro del pendon enarbolado no diese las garantías suficientes, ó que las providencias del gobierno contrarestasen el plan é impidiesen la propagacion del movimiento; sea la que fuere la causa, el hecho es que los esfuerzos de Ameller no fueron secundados, y que su posicion era cada vez mas crítica; pues las noticias que diariamente llegaban de Aragon, Navarra y otros puntos, eran cada vez mas desconsoladoras. Ya no solo eran perseguidos por las fuerzas del gobierno, las autoridades francesas les hostilizaban crudamente, y los montemolinistas, hasta entonces indiferentes, presentáronse dispuestos á combatirle, desarmando una partida de 150 hombres que dependia de sus órdenes y arrestando á algunos gefes y oficiales.

El 18 de enero del año en que escribimos, tuvo lugar el último hecho de armas en el sitio de la Bajol, á media legua de la frontera, y en el cual Ameller sostuvo un encarnizado combate contra diferentes columnas; las fuerzas que le eran contrarias ascenderian á unos 3000 hombres, al paso que las suyas llegarian á 300. En este encuentro Ameller se salvó milagrosamente. Su levita fué atravesada por quince balazos. El éxito del combate hubiera sido dudoso, si posible hubiese sido dirigir la retirada en línea recta hácia retaguardia; pero la proximidad de la frontera les obligó á dirigirse por el flanco izquierdo, y á los pocos momentos tropezaron dentro de la línea con el destacamento francés, en cuyo poder quedó Ameller herido con algunos veinte mas, entre ellos varios gefes y oficiales.

Así terminó esta breve campaña sostenida por mas de cuatro meses con tan escasísimos recursos y luchando con tan poderosos inconvenientes. D. Victoriano Ameller acreditó en ella la estension de sus conocimientos militares, y la honradez y probidad de que se halla adornado. Pocos, hallándose en su lugar, hubieran seguido sus ejemplos de abnegacion y desinterés de que ha dado tan alta muestra.

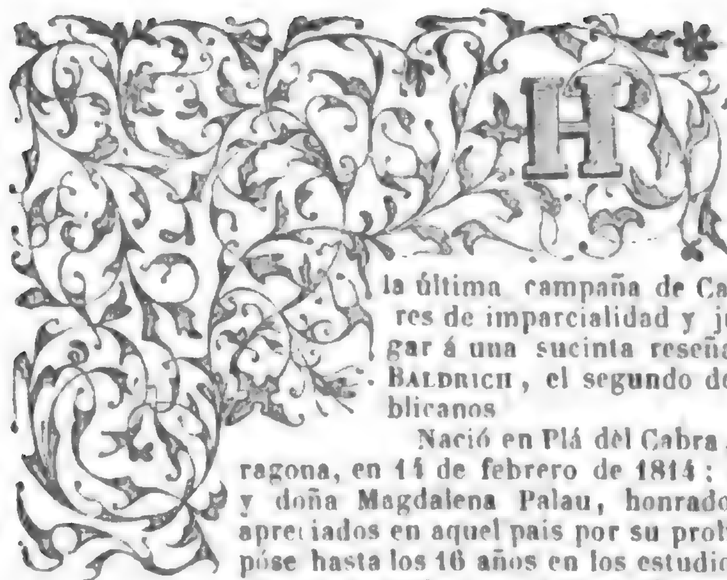
Muy válida ha corrido la voz de la existencia de cierta coalicion entre los montemolinistas y centralistas. Ameller, á quien hemos consultado acerca del particular, nos ha asegurado lo contrario, y en el curso de esta ligerísima reseña biográfica á que por la estrechez de nuestras columnas hemos debido reducirnos forzosamente, han podido observar nuestros lectores que Cabrera y sus fuerzas procuraron crearle embarazos en su marcha, y aunque algunos centralistas fueron desarmados por los que el gefe tortosino capitaneaba. Ameller no vió á Cabrera sino una vez momentánea y casualmente, por haber este llegado, batido por las tropas al sitio donde se hallaba el gefe centralista, y su impensada entrevista no sirvió para tratar de nada por haberse rodeado el último de sus gefes y subordinados, con el objeto de que no se fundase misterio alguno en la breve conferencia.

La policía francesa condujo á Ameller á la cárcel de Ceret, donde permaneció la noche en que cayó prisionero y de allí á la de Perpiñan, desde donde en virtud de consulta del prefecto al gobierno francés, fué trasladado á la ciudad de Besançon donde permaneció hasta la publicacion de la última amnistía.

El deseo de abrazar á su familia le condujo á Madrid, donde hoy dia vive apreciado y estimado de cuantos le conocen.

Gabriel Baldrich

BALDRICH.



Habiéndonos propuesto dar lugar en esta seccion á las biografías de los gefes de los distintos bandos que han sostenido la última campaña de Cataluña, faltariamos á los deberes de imparcialidad y justicia, sino diésemos aqui lugar á una sucinta reseña de los hechos de D. Gabriel Baldrich, el segundo de los gefes centralistas ó republicanos.

Nació en Plá del Cabra, pueblo de la provincia de Tarragona, en 14 de febrero de 1814; siendo sus padres D. Bernardo y doña Magdalena Palau, honrados propietarios y comerciantes, apreciados en aquel pais por su probidad y escelente carácter. Ocupóse hasta los 16 años en los estudios propios de su edad, y despues consagróse, como sus padres y abuelos, á la agricultura y comercio de ganados, en cuya pacífica ocupacion vinieron á sorprenderle la muerte de Fernando VII y los sucesos y trastornos políticos que fueron su consecuencia.

Dotado de un carácter resuelto, decidido, activo y emprendedor, las circunstancias vinieron á dar á sus ideas distinta direccion. No convenia á sus inclinaciones aquella vida pacífica, tranquila y oscura. Su genio le hacia desear los azares y turbulentos peligros de la profesion militar, asi es que fué de los primeros á alistarse en la compañía de milicia nacional que se formó en su pueblo, de la que en enero de 1835 fué nombrado teniente. Pero las filas de la guardia ciudadana no le ofrecian tampoco el campo que su imaginacion le habia hecho desear, y en 1.° de mayo de aquel año sentó plaza de voluntario en la compañía de guias de Villafranca del Panadés, en la cual sirvió hasta el 5 de agosto del mismo año en que pasó á Tarragona, donde tomó parte en el pronunciamiento que en dicha ciudad tuvo lugar en el insinuado año.

A consecuencia de este suceso formóse el primer batallon franco de Cataluña, y entonces fué nombrado subteniente de la cuarta compañía del mismo. En 11 del mes últimamente citado asistió á la accion que las tropas de Isabel II sostuvieron en Julivella contra las fuerzas carlistas de Vall y Margant. Su comportamiento en este hecho de armas le mereció de sus gefes una particular recomendacion al gobierno, y tambien tuvo ocasion de distinguirse en el encuentro que tuvo lugar en 3 de setiembre de aquel año en Montagut. En 1.º de octubre se halló en el sitio y asalto del castillo de Carol, siendo el primero que entró en aquella fortaleza.

A mediados del insinuado mes fué destinado al segundo batallon franco, en el que no estuvo mas que quince dias, porque pasó á Barcelona en busca de vestuario. Hallándose en la capital del Principado cumpliendo su comision, fué destinado al tercer batallon de francos que mandaba el comandante D. José Rodriguez Soler, á cuyas órdenes sirvió hasta el 4 de noviembre de aquel año.

Dotado de una imaginacion viva, fogosa, ardiente é impresionable, sus ideas políticas eran, sin disputa, de las mas avanzadas, y las demostraba en todas ocasiones con noble franqueza. A ellas únicamente pueden atribuirse los padecimientos de que fué víctima en la época á que nos referimos.

Desempeñaba á la sazon la capitanía general de Cataluña el general D. Francisco Espoz y Mina, y era su gefe de estado mayor el coronel D. Joaquin Dalmau, á quien Baldrich recibió órden de presentarse. Hízolo asi efectivamente, y el mencionado coronel Dalmau le entregó un oficio para el gobernador de la ciudadela. Bien ageno estaba Baldrich al conducir á su destino el oficio que se le habia encargado, del contenido de la comunicacion que trasmitia, ni de los males que habian de ser su consecuencia; asi es que fué grandísima su sorpresa, cuando luego que hubo leido el oficio la autoridad á quien habia sido dirigido, le hizo acompañar á un calabozo en el que estuvo encerrado hasta la noche del 4 de enero de 1836, en que amotinado el pueblo de Barcelona fué á ponerle en libertad. Baldrich, sin embargo, no quiso hacer uso de ella, y presentándose inmediatamente al gobernador de la fortaleza, le manifestó lo que acababa de sucederle, pidiéndole sus órdenes, pues no queria la libertad de la manera que le habia sido dada: la respuesta del gobernador fué que se presentase al capitan general; mas hallándose Mina á la sazon en campaña, Baldrich lo hizo al segundo cabo Alvarez, quien le dijo que estuviese tranquilo, dejándolo en libertad. A los tres dias llegó Mina á Barcelona, y enterado de la ocurrencia de Baldrich, lo destinó en clase de simple arrestado al indicado fuerte.

En 13 de junio de 1836 fué puesto en libertad y á las órdenes del gobernador de Vich, donde permaneció hasta el 3 de agosto del mismo año en que recibió la órden de incorporarse en clase de supernumerario á las cuatro compañías de francos que recorrian el pais al mando de D. José Camprubí, con quien pasó posteriormente á la provincia de Tarragona á reunirse á las otras cuatro compañías del batallon que operaban en aquella provincia á las órdenes del comandante D. Francieco Bellera. En este cuerpo permaneció hasta el mes de julio de 1837, asistiendo á los diversos encuentros en que se halló, y mereciendo el aprecio de sus gefes.

En julio de 1837 fué destinado á la compañía de guias de la Cerdaña que se hallaba en Puigcerdá, cuyo mando desempeñó interinamente por ausencia del capitan hasta el mes de octubre; poco despues fué disuelta la mencionada compañía por el gobernador de la plaza; lo cual no impidió que Baldrich contribuyese á la defensa de la villa que fué sitiada por los carlistas poco despues de disuelta la compañía á que nos referimos. Levantado por los carlistas el sitio de Puigcerdá, merced al auxilio de la division mandada por el mariscal de campo D. Jaime Carbó, comandante general en aquella sazon de la provincia de Gerona, pasó Baldrich á esta ciudad agregado al primer batallon franco que formaba parte de la mencionada division, en cuyo batallon sirvió muy poco tiempo, por haber pedido y obtenido licencia para ir á Barcelona.

Llegado á esta ciudad en enero de 1838, se presentó al inspector de cuerpos francos, quien le destinó al séptimo batallon de los mismos, con el cual asistió á diferentes acciones. En esta época fué ascendido á teniente por antigüedad.

Continuando en el referido batallon, se halló en abril de 1839 en la reñida accion de Biosca. En este célebre hecho de armas, Baldrich se distinguió de tal manera por su bravura, decision y arrojo, que mereció ser promovido sobre el campo de batalla al empleo de capitan, confiriéndosele el mando de la compañía de tiradores.

En 20 de mayo del insinuado año, se halló en la accion que, fatalmente para las tropas de Isabel II, tuvo lugar en el pueblo de las Pilas, entre una columna de la que formaba parte la compañía de Baldrich, y cuyo total ascenderia á unos 500 hombres, y las fuerzas carlistas man-

dadas por el Llarg de Copons en número de 2000 hombres. La pequeña columna isabelina sostuvo su puesto largo tiempo con honor; pero acosada por la desigualdad numérica de la contraria hubo de cederla el campo. BALDRICH no desmintió en este caso su reputacion de valiente. Su deseo de animar á sus soldados le hizo buscar imprudente y temerariamente los parajes de mayor peligro, recibiendo una herida en el brazo izquierdo.

Igual muestra de bravura dió algunos meses despues en la accion mandada por el general Valdés en las alturas de Peracamps, en noviembre del mismo año, en la cual quedó herido en una rodilla. Su comportamiento en esta jornada protegiendo la marcha de un convoy que se dirigia á Solsona, le valió el grado de comandante. Las alturas de Peracamps han sido repetidas veces testigos de su valor. En febrero de 1840 se encontró en la reñida accion dada en dicho sitio por el general Buerens, en la cual fué condecorado con la cruz de San Fernando de primera clase. E igual premio mereció en abril del mismo año, por haberse notablemente distinguido en las batallas de Peracamps, dadas por el general Van-Halen, en las cuales salió herido en el muslo izquierdo.

Desde 1838 hasta la conclusion de la guerra, se halló en todas las acciones que tuvieron lugar en la provincia de Tarragona, en las que siempre fué recomendado al gobierno, y por algunas de ellas se le recompensó con grados que habia obtenido anteriormente; de manera que por tres veces distintas se le dió el grado de teniente, y el empleo de capitan cuando ya tenia el grado de comandante.

Su arrojo y la decision de que se hallaba animado en favor del trono de Isabel II y de la constitucion del Estado, y el conocimiento que tenia del pais, le merecieron el aprecio y deferencia de los comandantes generales de la provincia que en todas ocasiones le demostraron su consideracion.

Disueltos los cuerpos francos por disposicion del gobierno, terminada que fue la guerra civil, BALDRICH solicitó la licencia ilimitada por toda recompensa de sus afanes y de su sangre repetidas veces derramada, marchando á unirse á su familia que acababa de llegar al pais, despues de una voluntaria espatriacion de seis años á causa de la guerra, dedicándose de nuevo á su antigua profesion del comercio de ganados. Ejemplo raro de desinterés que por desgracia ha tenido bien pocos imitadores. Otros en su lugar, apoyados en los servicios prestados, hubieran procurado engrandecerse y enaltecer su posicion. BALDRICH vuelve á la esfera de que habia salido por servir á la causa que habia abrazado contento con la satisfaccion interior de haber llenado un sagrado deber.

El amor y la confianza de sus conciudadanos le recompensaron superabundantemente. En 1842 le eligieron alcalde constitucional, cuyo honroso cargo desempeñó á satisfacion de sus comitentes, todo el tiempo marcado por la ley, y el año siguiente fué tres veces reelegido, hasta que los electores tuvieron que ceder á las exigencias del gefe político de la provincia, que, infringiendo las leyes, impuso una multa á los vocales que constituian la mesa en aquellas elecciones.

Cuando en 1843, el entonces coronel y hoy dia general, D. Juan Prim; conde de Reus, sublevó esta ciudad contra el regente Espartero, BALDRICH se dirigió á este punto á incorporarse á los sublevados: cumple, sin embargo, hacer en este lugar una aclaracion importante, porque el gefe centralista, segun los datos que por él nos han sido suministrados, dió este paso, mas bien instigado por la injusta persecucion de que se veia objeto por parte del gobierno, que por sus relaciones particulares lo creia afiliado en la bandera coalicionista, que porque sus convicciones le moviesen á auxiliarla.

BALDRICH lamentaba, es cierto, los funestos errores de los ministros del regente; BALDRICH deploraba de corazon el descrédito de los principios progresistas, producido por hombres de su comunion; BALDRICH sentia en el alma los estados de sitio, la persecucion de la prensa, el bombardeo de Barcelona, ensayados como medios de gobierno por hombres de su partido; pero BALDRICH conocia tambien que la muerte del partido progresista estaba en la coalicion, y por otra parte no se sentia con valor para combatir con las armas á unos hombres, que sean cuales fueren sus desaciertos, disentian en muy pocas cosas de los principios que él profesaba. Con BALDRICH acaeció en esta época un fenómeno, que hemos tenido ocasion de observar repetidas veces en las azarosas circunstancias que hemos atravesado: la intolerancia, y la suspicaz cavilosidad del gobierno, convirtieron en enemigo suyo á un hombre que cuando mas hubiera sido un amigo indiferente. A pesar, sin embargo, de sus justos motivos de resentimiento, no quiso tomar una parte activa en el movimiento, y prefirió desempeñar una comision cerca de las personas que desde la capital de la monarquía le dirigian, al disgusto de presentarse en el campo de batalla, frente á frente á sus amigos.

Constituido el gobierno provisional, consecuencia de aquel movimiento, fué nombrado BALDRICH primer comandante

de milicias provinciales; pero sus opiniones vinieron á colocarle frente á frente del nuevo gobierno; **Baldrich** recordaba la palabra empeñada al pueblo barcelonés por el general Serrano, y creia que esa palabra imponia al gobierno provisional un deber sagrado, cuyo cumplimiento de ninguna manera podia eludir; creia asimismo que la nacion constituida en junta central, era la única que podia determinar el cauce por donde debian marchar en lo sucesivo los negocios políticos, y abrazó decididamente esta causa, y unióse á los que en Zaragoza, Barcelona y Gerona habian enarbolado la bandera de junta central, incorporándose en el campo de Tarragona á las fuerzas que capitaneaba el coronel D. Juan Martell.

Pero la bandera centralista halló pocos prosélitos en el campo de Tarragona, por lo cual tuvieron que abandonar aquel pais dirigiéndose al bajo Aragon. No les fué mas favorable la fortuna en este reino, donde tampoco pudieron resistir la enemistad del pais y la persecucion de las tropas.

Batida y dispersa la division Martell, solo al través de mil peligros, pudo **Baldrich** burlar la persecucion y penetrar en el castillo de San Fernando de Figueras, á cuya formidable fortaleza se habia visto forzado á retirarse el general en gefe de los centralistas D. Narciso Ameller, cuando abandonó la plaza de Gerona en virtud de una capitulacion. En este punto habia sido organizado un batallon de voluntarios con el título de guias de Gerona, cuyo mando con el grado de coronel fué conferido á **Baldrich**.

En dicha fortaleza permaneció hasta el 13 de enero de 1844, en que celebrada capitulacion entre el capitan general de Cataluña, baron de Meer y D. Narciso Ameller, que fué aprobada por el gobierno en todas sus partes, tomó **Baldrich** pasaporte para el pueblo de su naturaleza, con el objeto de dedicarse de nuevo á sus negocios.

Pero estaba destinado que **Baldrich** no habia de gozar por mucho tiempo de la tranquilidad y dulzuras del hogar doméstico, pues hallándose en 9 de agosto de aquel año en la villa de Valls, con el objeto de evacuar ciertos negocios mercantiles, fué mandado llamar por el comandante de armas de aquel punto, quien por órden del de la provincia le entregó un pasaporte para ir confinado á Berga. La causa de semejante disposicion no ha podido ser descubierta.

Baldrich obedeció por el pronto la órden; pero siempre con la idea de sustraerse en cuanto le fuese posible á aquella persecucion para él injusta é inmerecida. Fijo en su plan de evasion le puso en planta, y á los pocos dias respiraba libre en Francia, contento por verse fuera del alcance de sus perseguidores. Efectivamente en 14 de octubre **Baldrich** emigró á Francia, y allí permaneció hasta el mes de abril de 1845, en que creyéndose comprendido en el indulto concedido por el capitan general D. Manuel de la Concha á los confinados políticos del Principado, se presentó al gobernador de Puigcerdá, quien le facilitó pasaporte para que fuera á presentarse al capitan general. Así lo verificó, teniendo el disgusto de ver desvanecidas su esperanzas; pues aquella autoridad, lejos de aplicarle el deseado indulto, lo mandó conducir á un calabozo de la ciudadela de Barcelona.

A los cuatro dias de hallarse en él incomunicado se le instruyó un sumario por el tribunal militar y el consejo de guerra celebrado en 2 de setiembre de 1845, le sentenció á un año de confinamiento en las islas Baleares, por atribuirle tres anónimos de que **Baldrich** no tenia noticia, y en los que se pretendia hallarse iniciado en una conspiracion descubierta por el gobierno.

Llevóse á cumplido efecto el fallo del consejo, y dirigióse á Palma de Mallorca, prévia una respetable fianza; pero ni aun en este punto le fué permitido vivir tranquilamente; pues por órden del gefe político hubo de trasladarse á un pequeño pueblo de la isla, llamado Inca. Diez meses hacia que vivia sosegado en el dicho punto, creyéndose ya olvidado de todos, cuando se le presentó una escolta de caballería mandada por un teniente, quien le comunicó una órden del capitan general de aquellas islas, que prevenia fuese conducido preso á la ciudad de Palma; donde á su llegada fué encerrado en un calabozo de la torre del Angel, y á los siete dias de hallarse incomunicado, trasladado á un buque guarda-costas que lo condujo á Barcelona.

A su llegada á este punto se hizo cargo de su persona el fiscal militar D. Lucio Esteban de la Reguera, con cuatro mozos de escuadra, el cual sin consideracion indeferencias al militar, ni al caballero, lo mandó atar como á un facineroso, y conducirle de esa manera por las calles mas públicas de Barcelona á la cárcel civil, donde se le tomó inmediatamente declaracion, poniéndole de manifiesto unas cartas escritas en el estrangero, de las que se le consideraba autor. Gravísimos fueron los cargos que en esta época se le hicieron, y sombrío el porvenir que se le presentaba, cuando la amnistía general de 1846 vino á evitarle esos males mientras el proceso se hallaba aun en el suma-

rio. Comprendido en ella, Baldrich tomó su pasaporte, y dirigióse á su pueblo, donde se prometia otra vez vivir tranquilo y reparar los males que las persecuciones sufridas habian causado ya en su salud, ya en su fortuna.

Pero la vida de Baldrich debia ser siempre azarosa y turbulenta, porque no creyéndose seguro en su pueblo en 1847 á causa de las partidas montemolinistas que recorrian el pais y que temió pudiesen cometer todo género de atropellos contra una persona que tan decididamente habia combatido á los carlistas en la guerra anterior, creyó prudente retirarse á Villanueva de Geltrú, por ofrecerle mayor seguridad la permanencia en esta villa. Desde ella solicitó pasaporte del capitan general, que lo era á la sazon el general Breton, y no habiéndosele concedido, sin que pueda adivinarse la causa de semejante negativa, se vió en la imposibilidad de concurrir á las férias y mercados para dedicarse á sus especulaciones.

Relevado Breton por el general Pavía, volvió á reproducir su pretension siempre, empero, con el mismo éxito; y habiendo sustituido á este general el marqués del Duero, se decidió Baldrich á avistarse con él y solicitar personalmente la gracia que sus predecesores le habian negado. Una fatal estrella parece conducir los pasos de Baldrich siempre que en Barcelona se presenta, pues lejos de obtener del general Concha la suspirada licencia, halló de nuevo hospedage en la ciudadela, donde permaneció encerrado é incomunicado por espacio de 18 dias, al cabo de los cuales se le presentó el mencionado fiscal, D. Lucio Esteban de la Reguera, haciéndole la pregunta de «cómo se mantenia.»

Puesto en comunicacion inmediatamente, lo fué en libertad á los dos meses, sujetándole, empero, á permanecer en Barcelona bajo fianza, cuyas disposiciones mereció al general Pavía, quien le facilitó despues pasaporte para transitar libremente, con el cual se dirigió Baldrich á diferentes poblaciones de la provincia de Tarragona con el objeto de dedicarse á su industria.

En junio de 1848 supo casualmente que el general Pavía habia mandado requisitorias contra él, y trató de sustraerse á las vejaciones que por repetidas veces habia sido víctima. Se escondió, pues, y gestionó por conseguir un pasaporte para el estrangero, lo cual no pudo lograr, cuando en 6 de agosto recibió la sorprendente nueva, de que por órden del comandante general de Tarragona, habian sido presos tres hermanos suyos que vivian en compañía y contribuian al sustento de su anciana madre. La indignacion de Baldrich no reconoció entonces límite alguno, y deseando vengar las persecuciones de que habia sido tan repetidas veces víctima, y la que ahora sufrian sus hermanos, púsose de acuerdo con los emigrados progresistas de la frontera, y el 9 de agosto dió el grito de *«Abajo el gobierno»* en la provincia de Tarragona, poniéndose al frente de 20 hombres, que á los pocos dias llegaron hasta 50.

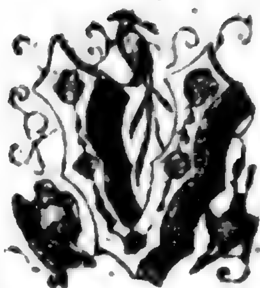
Temerario era verdaderamente el paso acabado de dar por Baldrich: su indignacion y aburrimiento pueden únicamente disculparle; no se concibe de otra manera como con tan escasos y reducidos elementos pueda un jóven de talento acometer la colosal empresa que él acometia, y en la cual esponíase á perder de seguro la existencia; pues la mayor fuerza que llegó á reunir en los pocos meses que duró su campaña, fué la de 360 hombres y 10 caballos.

La junta revolucionaria de Bayona nombró á Baldrich comandante general de la provincia de Tarragona, y el nombrado por la misma capitan general del Principado D. Narciso Ameller, le comunicó sus órdenes.

Pero los esfuerzos de Baldrich fueron inútiles, como los de Ameller y demas gefes centralistas, y únicamente pudo evitar el ser batido y derrotado por las tropas del gobierno, burlando á fuerza de actividad y de vigilancia la incesante persecucion de que fué objeto, asi es que solo fueron sorprendidos diez hombres de su columna que se hallaban al mando de un sargento y un capitan que se encontraba enfermo.

Disuelta su columna, Baldrich buscó un refugio en el vecino reino donde ha permanecido hasta la publicacion de la última amnistía, en cuya época se trasladó á Madrid donde en la actualidad reside esperando tiempos mas tranquilos que los que últimamente ha tenido la desgracia de alcanzar.

LOS TRISTANYS.



Vamos á recorrer, aunque ligeramente, la historia de cuatro hermanos mas célebres por el nombre y la memoria de su tio que por sus propios hechos; historia, que si bien es breve y casi insignificante en sí, ofrece sin embargo una leccion terrible, un ejemplo práctico de que la efusion de sangre es el peor remedio de que puede echarse mano en casos dados y en conocidas circunstancias. Efectivamente, exáminese como se quiera la reseña que trazamos, analícense bajo sus diferentes fases los hechos de los cuatro HERMANOS TRISTANYS en la última campaña; el hecho, la consecuencia de ese exámen y de ese análisis será que el deseo de vengar la muerte desastrosa de su tio Mosen Benet Tristany, llevó á los hermanos de que nos ocupamos, al campo montemolinista y les hizo empuñar las armas y esponer sus vidas en obsequio y defensa de la causa de que consideraban mártir á su tio.

Desgraciadamente no es este el único ejemplar que la historia nos ofrece de lo infructuoso de la pena de muerte. La relacion de nuestra guerra civil nos presenta numerosos ejemplos. Las terribles, las horrorosas represalias por los del uno ú otro bando ejecutadas, no han aterrado al contrario; no han servido para contener á los unos ó á los otros en su funesta carrera de sangre y de matanzas; la sangre ha producido mas sangre; los castigos han aumentado la irritacion, han exasperado los ánimos, y el deseo de la venganza ha producido mas partidarios que el principio político, que el amor á la causa proclamada.

Las pasiones políticas, como hemos dicho, se exacerbaron mas con la muerte de Tristany y Ros de Eroles, y lejos de desaparecer para siempre del suelo catalan los últimos restos de las partidas montemolinistas como el general Pavía prometia al pais en su bando, fechado en su cuartel

general de Solsona el 17 de mayo de 1847, nuevas fuerzas aparecieron en el pais, mandadas las unas por gefes ya conocidos, guiadas las otras por noveles aventureros, arrastrados por la cólera, y movidos por el deseo de la venganza.

Hijos de aquel pais en que los hechos de su tio habian hecho célebre su nombre, cuatro jóvenes llamados Francisco, Ramon, Rafael y Antonio, á la sombra del prestigio que su predecesor habia logrado captarse, apresuráronse á recojer la sangrienta manda que al morir pareció legarles, y el pueblo de Montblanch y el campo de Tarragona los vieron bien pronto decididos á apoderarse de los quintos que en el primero de los citados puntos existian; llevar su arrojo y osadía hasta penetrar en la importante villa de Igualada, y estender sus correrías y escursiones hasta la ciudad de Reus, en cuyos habitantes sembraron la consternacion y el desaliento, circunscribiéndolos al recinto de sus murallas.

Las tropas del gobierno acosábanlos, es cierto, en todas direcciones; pero su conocimiento del pais les hacia burlar las combinaciones de los gefes isabelinos, que á pesar de su actividad y decision, rara vez pudieron darles alcance. Los hechos militares de los Tristanys fueron, es cierto, de escasa importancia; sus movimiento, empero, rápidos, atrevidos y osados tuvieron en contínua alarma á las fuerzas contrarias, sin permitirlas el menor descanso; así es que á pesar del acertado plan que Pavía puso en ejecucion en la época á que nos referimos, los Tristanys lograron siempre frustrar sus disposiciones y dejar ilusorios sus mejor fundados proyectos.

Mientras Pavía anunciaba la terminacion de la guerra de Cataluña, los Tristanys acostumbrábanse al peligro, aleccionaban sus escásas fuerzas, y reunidas á las de otros montemolinistas, presentábanse de cuando en cuando á medir sus armas con las de las tropas de la reina, como sucedió el 7 de enero de 1848, en que, unidas con las de Borges y Coscó sostuvieron un encuentro bastante formal.

Varias escaramuzas con mejor ó peor éxito sostuvieron los Tristanys, que no merecen particular detalle. Haremos, sin embargo, mencion del choque que tuvo lugar el 8 de junio entre las fuerzas que ellos comandaban, unidas á las de Masgoret, con la columna de Manresa mandada por el brigadier Manzano, en cuyo encuentro, que empezó en las inmediaciones de San Joaquin de Valleneta, si bien los montemolinistas se hubieron de retirar en los primeros momentos, reforzados despues con otras partidas que se les unieron y posicionados cerca de Cabassi, sostuvieron despues fuertes ataques á la bayoneta, pronunciándose luego en retirada. Tambien al dia siguiente midieron sus armas con las de la reina, y á los pocos dias atacaron, aunque sin efecto, el destacamento de Vidrá.

Prolija é inútil tarea seria la de hacer aquí especial mencion de los diversos hechos de armas en que tuvieron parte los Tristanys. Referidos con minuciosidad en el cuerpo de la obra, no lograriamos añadir nuevos detalles y conseguiriamos tan solo llenar infructuosamente algunas columnas; bástenos por ahora decir, que sostuvieron la campaña con increible teson y encarnizamiento; que utilizaron en favor de la causa á que se consagraron, su prestigio, sus conocimientos en el pais y hasta su reducido patrimonio; que en todas ocasiones dieron muestras inequívocas del valor mas cumplido, colocándose en los puestos de mayor compromiso, tanto que el uno de ellos, D. Rafael, alcanzó gloriosas heridas en la sorpresa de Tarrasa cuando ya tenia el grado de coronel.

Los hechos porque son mas conocidos los Tristanys, son la ocurrencia del baron de Abella y el fingido convenio con el coronel Santiago. En su respectivo lugar hicimos detallada mencion de estos hechos que los partidos han desfigurado á su modo, y que cada cual ha juzgado segun la pasion que le movia: refiriéndonos en este particular á lo que en la parte histórica dejamos asentado, diremos únicamente que los Tristanys en esa ocasion dieron una prueba de abnegacion, desinterés y consecuencia política que por desgracia tiene pocos imitadores en la azarosa época que atravesamos.

Terminada la campaña, como ya tienen noticias nuestros lectores, los Tristanys que fueron los últimos en dejar las armas y abandonar el suelo catalan, se refugiaron en el vecino reino, donde permanecen disfrutando de una consideracion de que no gozaban antes del hecho de Pinós.

PLANADAMUNT.

MUY importantes, aunque con reducidas fuerzas, fueron los servicios que prestó PLANADAMUNT á la causa montemolinista. Activo, fiel á sus principios, incapaz de retroceder ante le linea política á que una vez se adhiriera, ha sellado con su sangre la firmeza de sus juramentos, y se ha cautivado la atencion pública, tanto por su desastroso fin, como por los esfuerzos que ha desplegado en defensa de su bandera.

Nació D. RAFAEL SALAS en el año 1815. Aprendió durante los años de su infancia á leer, escribir y algunos conocimientos de aritmética, pero no podia permanecer por mas tiempo el niño RAFAEL asistiendo á recibir los primeros destellos de la ciencia, y sus padres lo llevaron al campo, para que viese y aprendiese las faenas agrícolas.

No habia pasado mucho tiempo cuando el jóven SALAS sabia perfectamente todo lo necesario para ser un regular labrador. Su inteligencia, aunque jóven, era tan clara, que comprendia con facilidad cuanto veia y le esplicaban. Por eso sus progresos en este egercicio sorprendian no solo á sus padres, sino á sus vecinos.

En esta ocupacion hubiera subsistido toda su vida, si no hubieran hecho una profunda sensacion en su corazon algunas causas propias de las convulsiones políticas. Parecióle que debia ser uno de los mas firmes baluartes del partido carlista, y se presentó con la fe del apóstol y el ardor del jóven, á ofrecer sus brazos para defender los derechos del infante.

Admitiéronle, como que en aquellos momentos (1833) necesitaban hombres decididos todos los bandos políticos lanzados á la pelea, y empezó mandando unos cuan-

Digitized by Google

los hombres, pero con la graduacion de teniente. Graduacion de que tuvieron muchas ocasiones de alegrarse por haberla dado los superiores cuando vieron en el jóven SALAS, no solo un oficial valiente é intrépido, sino pundonoroso y disciplinado.

Las repetidas, acciones y escaramuzas en que se ha encontrado SALAS manifiestan sobradamente su admirable serenidad. No nos detendremos á enumerarlas cuando ya lo hemos hecho en la seccion histórica. Referiremos, empero, algunos de sus hechos y circunstancias.

Caminaba en el mes de diciembre del año 1833, mandando unos 60 infantes por un camino estrecho y profundo, cubierto de nieve como sus soldados, y con todos los rigores de aquella estacion, cuando una descarga de fusilería, hecha desde la eminencia, por dos compañías de las tropas isabelinas, le deja fuera de combate algunos de sus mas decididos y valientes soldados. En tal situacion, cualquiera otro hombre que no tuviera la firmeza de SALAS hubiera huido vergonzosamente; pero muy lejos estaba de tomar esa determinacion. Contramarchó rápidamente para poder subir á encontrar los enemigos, y habiéndolo efectuado, consiguió ponerlos en completa dispersion. Este hecho no solo fué notable por las desventajas de terreno y número de combatientes, sino porque habiendo cogido prisionero á uno que tenia muchas heridas, procuró que no sufriera, llevándole á otro punto, donde lo curaron. Generosa y caritativa accion, muy propia en el hombre de verdadero valor.

Otro de los acontecimientos mas singulares que verificó SALAS fué el desarme de dos gendarmes que le conducian preso cuando hizo su primera emigracion. Sorprendiéronle inmediato á Aviñon, y despues de haberle puesto una argolla en el cuello, marcharon con él hácia el interior. Comprendieron los gendarmes que debian tener gran cuidado con aquel preso, y ahora uno y despues otro, no soltaban la cuerda que pendia de la argolla. SALAS, sin embargo, sufria mucho por ver la situacion en que estaba, y concibió la idea de fugarse, pero habia muchos inconvenientes para la realizacion de tan natural deseo. Siguió tranquilo su marcha, y cuando los gendarmes comprendieron lo que les pasaba, estaban sobre la tierra tendidos y las armas en poder del prisionero. En uno de esos sublimes actos del alma que arrastra á la materia con mas rapidez que se comunica la electricidad, habia RAFAEL SALAS hecho caer á sus pies á los que pocos momentos antes eran dueños de su existencia.

Libre por aquel momento, veia la posibilidad de ser detenido si seguia marchando, y lo preveia con tanta mas razon, cuanto que la argolla no se la podia quitar. Creyó que debia pedir auxilio en algun caserío, y con efecto, obtuvo hospitalidad en una casa de campo, donde permaneció durante algunos dias, y desde cuyo punto marchó para *Perpiñan*.

No habia pasado mucho tiempo cuando estaba en poder de otros gendarmes, y los cuales llevaban órden para trasladarle desde *Carcasona* al *Paso de Calais*, y estrañarlo de Francia. Ocurrióle á SALAS el feliz éxito de su primer arrojo, y aprovechando la ocasion de estar algo distraido uno de los que le conducian, y que tenia en aquel momento la cuerda de su argolla, tiró fuertemente, y con una velocísima carrera consiguió adquirir de nuevo su libertad. Resoluciones como esas son hijas de una voluntad firme y de un temple de alma, propiedad esclusiva de ciertos hombres.

Cuando estuvo próximo á Perpiñan, dijo á unos pastores que le quitasen la argolla, y habiéndolo conseguido aquellos, no sin dificultades, siguió tranquilamente su camino, y permaneció en las inmediaciones de la citada ciudad durante algun tiempo, en compañía de unos antiguos amigos de sus padres.

Habiendo sabido que los defensores de D. Cárlos se presentaban nuevamente en los campos del antiguo Principado para defender la bandera que llevaba por lema el *conde de Montemolin*, salió inmediatamente de aquel punto, y se dirigió á Cataluña, donde formó en pocos dias una considerable partida, con la que empezó sus nuevas hazañas militares.

Una série de circunstancias, ó mas bien de etiquetas militares, ha sido causa de que SALAS en esta última guerra no consiguiera elevarse á una graduacion digna del caudillo intrépido y valiente. El gefe de partida, *Estartús*, tuvo gran deseo de que PLANADAMUNT se pusiera con su gente bajo sus órdenes, cuyo deseo no se realizó porque SALAS comprendia la diversidad que habia entre su carácter y el de *Estartús*, y preveia por consiguiente cuán fácil era que su reunion produjese mayor número de males que de sucesos prósperos y favorables á la causa que sin embargo ambos se habian propuesto defender.

Pero un suceso imprevisto y desagradable para los montemolinistas puso fin á tan encontradas opiniones. Muere repentinamente *Estartús*, y las tropas que estaban á sus órdenes se unieron voluntariamente á las de SALAS, quien al ver centralizadas unas fuerzas antes sin comunicacion, con sus planes y combinaciones, juzgó que desde aquel momento estaba en el caso de acometer á toda clase y número

de enemigos; y sus hechos prueban sobradamente que en esta confianza y con su natural arrojo, se lanzaba en el mas difícil combate. Siempre los hombres llenos de fé se presentan en las batallas sin atender al número de enemigos. De ese modo se presentaba PLANADAMUNT delante de las tropas de la reina.

Continuó con este nuevo refuerzo batiendo algunas fuerzas isabelinas, mereciendo por consiguiente las consideraciones de sus superiores y el aprecio de sus soldados. Pero la suerte que tan pródiga se habia mostrado con SALAS hasta entonces, le abandonó y entregó á todos los rigores del vendabal de la vida.

Los dias 3 y 4 de abril fueron los señalados por el caudillo Marsal para dar una accion de importancia en las inmediaciones de Gerona. Combinároose entre todos los gefes de partida próximos al sitio designado el plan que debia seguirse en tales dias, y con efecto, cada uno cargó con la responsabilidad de tomar una posicion ó perecer en el campo en donde operase. Entre los gefes que habian dado su palabra se hallaba SALAS.

Se empezó la accion, y aunque hubo grande órden y subordinacion en unos y otros combatientes, quedó muy en breve decidida la victoria. Habian atacado por flancos y frente los soldados del ejército isabelino, y arrollando por consiguiente á los montemolinistas, les causaron gran número de muertos, heridos y prisioneros. Entre el de estos últimos se hallaban *D. Manuel Romero* y SALAS.

Terminada esta pequeña batalla, y despues de quedar en poder de los defensores de la reina todo aquel terreno, fueron trasladados los heridos y prisioneros á la plaza de Gerona, donde pocos dias despues de su llegada se les notificó la sentencia por la que serian fusilados. Oyeron con serenidad tan terrible notificacion, tanto el ayudante de *Marsal*, *Romero* como SALAS; y despues de haber hecho lo que en tales ocasiones debe hacer el hombre religioso, caminaron llenos de fé y resignacion al sitio de la ejecucion.

Pocos momentos habian pasado despues de su llegada, cuando una descarga cerrada habia concluido con la existencia de D. RAFAEL SALAS. Eran las ocho de la noche del dia 10 de abril cuando dió el postrer aliento.

No pertenece al biógrafo del personage contemporáneo formar comentarios sobre algunos hechos. La posteridad está destinada para hacerlo con su sano criterio é inexorable fallo, y ella, mejor que nosotros, los juzgará.

CONCHA.

Digitized by Google